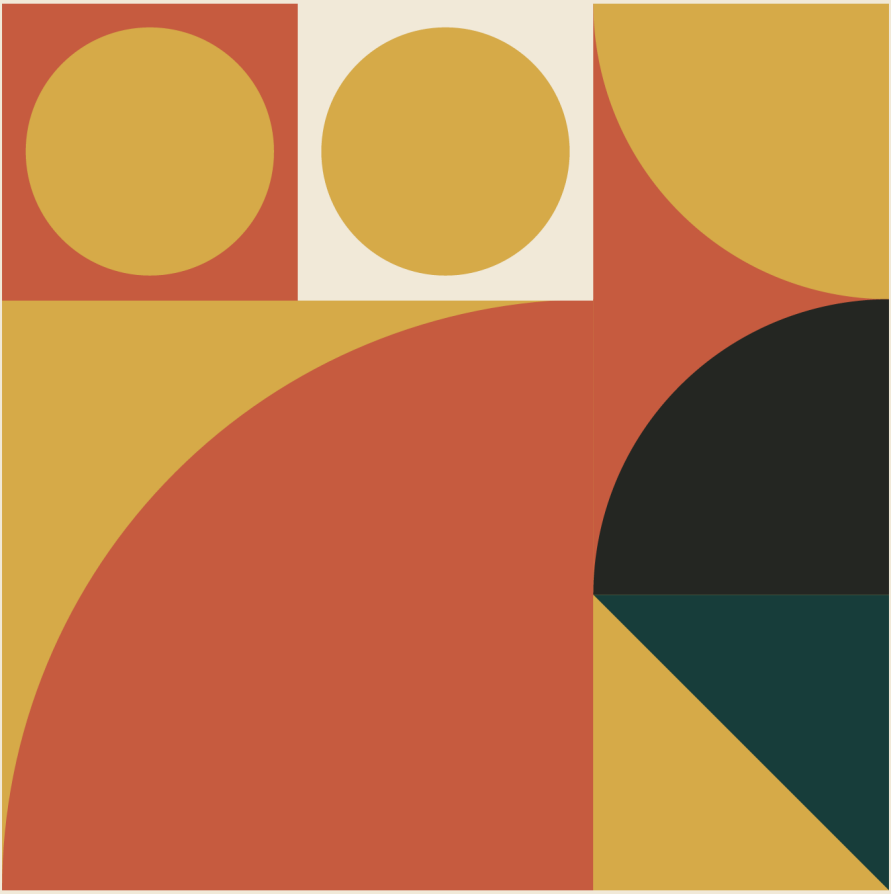
Eurípides

Obras dramáticas



GENIO MALIGNO

EURÍPIDES

Obras dramáticas

GENIO MALIGNO

Obras dramáticas, de Eurípides.

Traducción: Eduardo de Mier.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1914 (traductor verificado: Eduardo de Mier, m. 1914). Dominio público en Argentina desde el 1/1/1985.

Texto de dominio público, a partir de una transcripción hecha por voluntarios.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Tomo I

Prólogo del traductor

* * *

Esta versión castellana de Eurípides no se publicaría ahora, si antes no hubiese costeado don José Gutiérrez de la Vega la impresión de parte de ella, en 1865, si el señor don Cayo Ortega, catedrático de Bibliología de la Universidad Central, no la hubiera elegido para la Biblioteca Clásica, asesorándose previamente de don Marcelino Menéndez y Pelayo, autoridad tan acatada por todos en tales materias; y si, por último, no existiese la Empresa editorial que, con tanto acierto como justicia, ha encargado la dirección literaria de la misma a dicho señor Ortega. Verdadero, justo y digno es declararlo así primero.

El traductor, a quien desagrada sobremanera llamar la atención del público hacia su persona, se limita solo a anunciarle que, al hacer esta versión, se propuso llenar un vacío sensible de nuestra literatura, contribuir en escala mínima al conocimiento y estudio de los grandes modelos dramáticos griegos, en cuanto es posible en nuestros tiempos, y formar y depurar el gusto de los aficionados y cultivadores de la literatura dramática. Su plan, magnífico y soberbio como suelen serlo todos en su principio, puesto que se extendía a todo el Teatro Helénico, hubo después

de reducirse, por las exigencias invencibles de la realidad, al postrero de los trágicos, el que menos vale en absoluto, a su juicio, pero el más importante para cuantos hoy vivimos, por ser el lazo de unión de la dramática griega con la de los pueblos modernos, y por haber sido, por lo mismo, el más estudiado, conocido e imitado por los autores dramáticos posteriores. Siempre, sin embargo, para sus compatriotas y para los demás, ha sido y será un poeta de primer orden.

Presentarlo, por consiguiente, tal cual es, sin exageraciones ni aditamentos extraños que lo desfiguren; elegir y comparar los mejores textos; consultar a sus traductores más fidedignos; atenerse así al espíritu como a la letra de sus escritos en cuanto es esto hacedero a las lenguas modernas, e inspirarse, en fin, en el ambiente más helénico posible, sin olvidarse nunca de que respira otro muy distinto, e insistiendo siempre en aquello que más distingue a la buena literatura griega, y es y será eterno en todas las literaturas sanas, no caducas y enfermizas, de todos los pueblos y de todos los tiempos, ha sido, en resumen, su principal o su única tarea, porque el aticismo y el buen gusto, la claridad, el orden y disposición acertada, sobria y fácil al parecer de las partes de cualquier conjunto literario, sea el que fuere, son y serán siempre leyes eternas de la estética literaria, como los rebuscamientos, las perífrasis, el desorden y la confusión y el afán insano de innovar ligeramente a costa de la verdadera y eterna belleza, son y han sido también siempre los escollos tan seguros como inevitables y mortales que caracterizan a las literaturas decaídas, y en donde se estrellan con harta frecuencia así los grandes como los pequeños ingenios.

En estas ideas se apoyan cuantos juicios favorables o adversos se emiten

acerca de Eurípides, y en mostrarlo tal como es a los lectores. Las notas y aclaraciones, a veces repetidas para comodidad de quienes lo leen, no tienen otro objeto que facilitar su inteligencia, esquivando lo que puede enaltecer y vanagloriar al traductor a costa de la paciencia y del bolsillo del lector, porque atender y contemplar al bien y a la satisfacción lícita ajenas con mengua de la propia, hasta en literatura es seguramente, y más ahora que en otras edades, una soberana y rara virtud.

¿Habrá conseguido su fin, o lo duda tanto como lo desea?

* * *

Introducción

* * *

OJEADA GENERAL HISTÓRICO-CRÍTICA
SOBRE LAS
TRAGEDIAS DE EURÍPIDES

* * *

La más grave dificultad con que tropieza el historiador o el crítico al censurar las obras de Eurípides, proviene de la imposibilidad en que uno y otro se hallan de trasladarse mentalmente a la época en que se escribieron, desprendiéndose de las ideas de la presente. Añádase a esta la no menor que ofrece el examen de las opiniones de los distintos escritores que se han propuesto juzgarlas, sus apasionados apologistas los unos, ya por falta de gusto y de instrucción suficiente, ya por exagerado amor nacional, y sus acerbos censores los otros, movidos de ordinario por causas análogas a las indicadas, por su oposición a los primeros, o acaso por su deseo de llevar la verdad al ánimo del público en medio de tan encontrados extremos. Así es que Aristófanes, Aristóteles, Quintiliano y otros autores de la antigüedad,

y las escuelas literarias modernas de Francia y Alemania, han emitido de ordinario diversos y opuestos juicios, elevándolo estas últimas hasta la cúspide de la perfección, y presentándolo como perpetuo e inimitable modelo, o ensañándose en él sin piedad, deteniéndose en sus faltas con placer, y atacando realmente a sus imitadores y a la nación a que pertenecen con el achaque de criticar al maestro. Nosotros, igualmente alejados de esos campos de enconadas pasiones; en una época literaria más tranquila; amantes de la verdad; sin antipatías ni simpatías por esta ni aquella nación, ni por una ni otra escuela, y con la calma y la tranquilidad necesarias para pesar con ánimo imparcial los móviles que guiaron a los mantenedores de esos pareceres contrarios, nos esforzaremos en exponer el nuestro, humilde, sin duda, y poco autorizado, pero hijo de la convicción más profunda, fruto de algunos estudios y reflexiones, y resultado de tareas tan oscuras como prolijas y molestas. Ya es tiempo también de que España tome parte en esas luchas de la erudición y del ingenio con la gravedad y el juicio que le son propios, sin exageración ni petulancia, y sin olvidar que la Historia es de ordinario la madrastra, no la madre de la verdad; la Crítica, hija de la pasión, de la debilidad o de la envidia, y máscara la Erudición de la ignorancia, de la vanidad o de la ligereza.

Con tal propósito, y para formar idea exacta del mérito dramático de Eurípides, echaremos antes una ojeada rápida sobre el estado de su patria; apreciaremos la situación del teatro griego en su tiempo, y, por último, descenderemos a dar algunas noticias de su vida, que acaso nos expliquen después satisfactoriamente no pocos pasajes de sus tragedias.

Eurípides, en efecto, alcanzó los días venturosos en que su patria llegó al apogeo de su grandeza, y pudo aspirar el aire que daba la vida a Pericles y

Aspasia, a Sócrates y Anaxágoras, a Sófocles, Aristófanes, Lisias, Tucídides y Heródoto, a Metón e Hipócrates, a Ictino y Calícrates, a Fidias, Zeuxis, Polignoto y Parrasio. Atenas era el estado más poderoso de la Grecia por su disciplina militar y su marina;[1] metrópoli de numerosas colonias; cabeza de una liga helénica, cuyo tesoro manejaba y cuyos litigios resolvía; más humanitaria y simpática que su rival Esparta; floreciente por su ciencia, por su filosofía, por su comercio, por sus letras y sus artes; cuna y teatro de grandes oradores; civilizada hasta un extremo que hoy nos parece fabuloso; madre natural o adoptiva de los hombres eminentes en todos los ramos del saber; y por sus fiestas solemnes, por su culto a la belleza bajo todas las formas, por sus gloriosas tradiciones, por la ilustración y buen gusto de sus habitantes,[2] la ciudad mirada por toda la Grecia con envidia o con entusiasmo. Y, sin embargo, si este bosquejo que acabamos de trazar nos parece verdadero, no lo es menos que en él se observan ciertas sombras que habían de extenderse poco a poco, hasta envolverlo todo en tinieblas. Su religión politeísta, riquísima vena explotada por los poetas, adolecía, considerada filosófica y moralmente, de dos graves defectos, que con el tiempo habían de producir amargos frutos. A medida que se fuese propagando y perfeccionando la ciencia, había de llegar la época en que fuese menester atacar en su base a la religión, puesto que los hombres pensadores, remontándose de los efectos a las causas, solo por la luz natural, y sin el auxilio de la revelación, debían reconocer una sola, así en el mundo espiritual como en el físico, y contribuir al descrédito o abolición del politeísmo. He aquí lo que sucedió a Anaxágoras de Clazomene, maestro de Eurípides, y más tarde a Sócrates y Platón. Considerada moralmente, era también imposible que dejase de influir en las costumbres

una religión cuyos dioses participaban de todas las flaquezas humanas y eran reos de los mayores crímenes. Por otra parte, las escuelas filosóficas, que en último término hubieron de fundarse, no se detuvieron en su carrera después de arruinar lo existente, como no podía menos de acontecer en un pueblo tan vivo y apasionado, y tan propenso a la exageración. En las letras como en la filosofía, cuando se alcanza cierta altura, marcada por la Providencia en sus impenetrables designios, la fragilidad humana cae y se precipita como un torrente desde ella. Parece que se apodera el cansancio de los hombres y que el amor a la novedad gana todos los corazones, no contentos ya, como antes, con lo que es solo verdadero, natural y sencillo. Brotan entonces, como por encanto, genios audaces llenos de orgullo o de vanidad que, sin acertada elección en los medios, tienden, como a su principal objeto, a conseguir aplausos, y no se paran en las consecuencias fatales que puede producir su conducta; y como los abusos humanos, a semejanza de los astros del cielo, recorren en giro fatal el estadio señalado; después de los sublimes principios de Anaxágoras, admitiendo la existencia de un Espíritu Supremo, árbitro del mundo, vienen los sofistas, que todo lo niegan y discuten, que baten en brecha las nociones capitales de la filosofía, de la religión, del gobierno y de la moral pública, y que siembran por todas partes el escepticismo, la desconfianza y la muerte. Además, la organización social de la Grecia, dividida en tantos Estados y ciudades independientes, regidas por distintas formas de gobierno, contribuyó también no poco a su propia decadencia, puesto que era punto menos que imposible fundar entre ellas lazos armónicos de tal naturaleza que, sin faltar a la unidad, las dejara moverse en un círculo desahogado. Alguna había de descollar más que las otras; y si en los

momentos de común y gravísimo peligro pudo el miedo reunir todos los brazos y hacer palpitar a un tiempo todos los corazones, una vez pasados, o intentaría la más poderosa ejercer una supremacía tiránica, o había de estrellarse contra alguna rival más fuerte o más afortunada. Así comprendemos fácilmente las guerras de Atenas y de Esparta, que terminaron en la ruina de toda la Grecia.

Por otra parte, el Gobierno democrático de la primera de estas ciudades, por su veleidad e inconstancia, por la ingratitud con que pagó en ocasiones a sus hombres más eminentes y necesarios, presa de osados demagogos, que hacían girar al pueblo en todos sentidos, lisonjeando solo sus pasiones o sus caprichos, sin cuidarse de la prosperidad de la patria,[3] y exclusivista, sin embargo, hasta el extremo de conceder el ejercicio de los derechos de ciudadanía a una parte mínima de su población, no ofreció nunca las condiciones de estabilidad que logró después Roma haciendo lo contrario.[4] Aunque los historiadores que han discurrido sobre los sucesos a que nos referimos se complazcan en enumerar las distintas causas que contribuyeron, en su juicio, a la caída de Atenas, no se detienen, sin embargo, en una de las más importantes en el nuestro; a saber: en la falta de unidad de miras que en el gobierno de esta república se observa durante la guerra del Peloponeso, ya nombrando y destituyendo continuamente nuevos generales, ya dirigiendo hoy los esfuerzos de todos en un sentido, para emplearlos mañana en el opuesto. ¿Cómo, si no, se explican sus derrotas por mar y por tierra, cuando en realidad era más poderosa que Esparta, más simpática y humanitaria, el emporio de la civilización, del comercio, de las artes y las letras helénicas, y sus recursos al empezar la guerra muy superiores a los de su rival? Y si tan espantoso era el desorden

que se había introducido en la inteligencia y en el gobierno, ¿qué podremos decir también sobre las costumbres áticas, cuando los cuadros que de ellas nos ofrecen las comedias de Aristófanes con su escandalosa licencia, solo pueden compararse con los no menos picantes y licenciosos que hallamos de Roma en las sátiras de Juvenal? Si la gestión de los negocios de la república exigía la constante asistencia de los hombres a la ágora, era natural que cuidasen mientras tanto de la fidelidad de sus esposas, condenándolas al encierro de los gineceos, y que la sociedad en general se resintiese de esta ausencia del bello sexo y del saludable influjo que suele ejercer en el decoro de todos. La esclavitud, admitida en Atenas como en todos los demás Estados de la Grecia, y causa innegable de corrupción, primero en el seno de las familias y después en más vasta esfera, no dejó también de contribuir a la perversión de las costumbres; y como, por otra parte, afluían a Atenas por su importante comercio multitud de extranjeros, quienes, al mismo tiempo que importaban nuevas riquezas, traían consigo sus vicios, patrocinados a veces por los mismos dioses, encontrando no pocos incentivos en las fiestas religiosas, en el culto de Afrodita y de Dioniso, y hasta en su singular afición a la belleza, bajo todas las formas y en los dos sexos, no se extrañará que en los tiempos en que vivió Eurípides no fuese la moral pública modelo perfecto de compostura y de decencia.

Con estas breves indicaciones acerca del estado de Atenas en la época en que vivió el último de sus grandes trágicos, es fácil comprender la degeneración de la tragedia griega. El gusto del público no era ya el mismo, ni los poetas dramáticos podían lisonjearse de rivalizar con las obras maestras de Sófocles, modelos acabados de grandeza y sencilla sublimidad,

severas y profundas en sus argumentos, religiosas siempre y morales en su fondo, sin ostentación ni aparato, monumentos eternos del más puro aticismo y del genio poético más completo que en este género encontramos en la antigüedad. Ni el destino, ni los dioses, ni los héroes significaban ya lo que antes. Las tradiciones heroicas se habían agotado en parte, y era menester alterarlas para que se acomodasen al gusto del público; ya no existían esos grandes caracteres que se retrataban en las obras dramáticas, ni se comprendían tampoco por el vulgo; se iba perdiendo poco a poco la idea moral, inherente al coro, y solo se le miraba como un accesorio agradable; y al mismo tiempo que se concedía al poeta mayor libertad para hablar de lo divino y lo humano, se le prescribían formas más mecánicas y constantes, y se le exigía que conmoviese más a los espectadores, en detrimento del buen gusto y de la tradición dramática. Con semejantes estímulos podía temerse, con razón, que apareciese un poeta más dado a ganar aplausos que gloria verdadera; más propenso a conciliarse las buenas gracias de los espectadores que a mirar por el prestigio y la grandeza del arte. Por desgracia, en esas ocasiones solemnes se encuentran pocos hombres que, desentendiéndose de las voces de su vanidad personal, tengan la entereza y el ánimo necesarios para contrarrestar la opinión, no para adularla; y ya que los impulsen causas exteriores más fuertes que la débil voluntad humana, ya que el heroísmo y la abnegación sean dotes raras y excepcionales, la Historia nos enseña que pocas veces o ninguna se ha contenido la humanidad cuando ha comenzado a recorrer este resbaladizo sendero. Al mismo tiempo penetraban en todas partes los adelantos de la filosofía, y con mayor motivo en el teatro. Ya los dioses no eran seres sobrenaturales, terribles por

su poder y por su inmensa superioridad sobre los hombres, ni sus bienhechores y maestros. El libre examen analizaba su naturaleza, pesaba el valor moral de sus acciones, y aunque todavía no le era dado aniquilarlos, por ignorar lo que había de sustituirlos, los hacía descender gozoso del Olimpo a la tierra, les echaba en cara sus faltas, presumía que en sus atributos y en las tradiciones poéticas admitidas hasta entonces había mucho que era obra exclusiva de los hombres, sin existencia en la realidad; y como no era posible desterrarlos por completo de la tragedia, por la índole especial de esta clase de composiciones, parecía que se vengaba desacreditándolos. Zeus, con sus interminables aventuras amorosas; el sensible Apolo, Dioniso, las vanas diosas del cielo, se mostraban ya en ella a los mortales sin disfraz alguno que las encubriera. El destino había perdido también su poder sobre los habitantes del Olimpo, y estos aparecían muchas veces como juguetes de la Fortuna, diosa llena de veleidad y de caprichos, no misteriosa, justa e inexorable como el Hado. Débiles unas veces, crueles e injustos otras, ingratos las más, son soberanos sin cetro y sin corona a quienes cobija miserable solio. Las tradiciones heroicas comienzan a parecer fábulas; los héroes, hombres como los demás, y aun inferiores algunos a los de aquella época; se desvanece poco a poco la brillante aureola que los adorna, y desde el momento en que se miran como fábulas las tradiciones más venerandas, no se rehúsa al poeta la facultad de alterarlas a su arbitrio, o la de componer otras, contrarias en todo a las admitidas. Así descendía la tragedia de su altura ideal, y de la misma manera que los demagogos en la ágora conseguían honores y aplausos adulando a la multitud, el poeta seguía también sus huellas en el teatro, y no perdía ocasión de enaltecer a su patria, con razón o sin ella, y

por tanto al pueblo que la gobernaba; hablábales también de libertad y de filosofía; ridiculizaba a los dioses; se burlaba del bello sexo; representaba en el teatro las disputas y litigios de los ciudadanos; pronunciaba largos discursos como si se hallara en la tribuna de los oradores, y confundiendo muchas veces lo trágico y lo cómico, hacía presentir que no tardaría en colmarse el profundo abismo que los había separado hasta entonces. Hácense más rebuscados los pensamientos; apura el poeta los recursos de su ingenio para conmover profundamente a su auditorio, más gastado ya y menos sensible que en épocas anteriores, y prefiere las situaciones dramáticas de efecto. Ya no se atiende principalmente a inspirar al pueblo nobles y patrióticos sentimientos, ni a hacerlo comprender con una fábula adecuada la inmensa distancia que separa al cielo de la tierra, ni a purificar su corazón con grandes y vivos ejemplos, ni a tirar por tierra el miserable orgullo humano, extendiendo sobre sus insensatas aspiraciones la mano de hierro del destino, que todo lo nivela y destruye. La mansión sombría de esta deidad temida se ve ya alumbrada por la razón, y la casualidad hace las veces del Hado o de la Providencia. Si antes se contenían todos en límites prudentes y se guardaba respeto y veneración a ciertas formas, consagradas desde tiempos anteriores, ya el poeta no se cree obligado a atenderlas, las desecha con desdén cuando le estorban, y convierte al teatro en cátedra de crítica filosófica y literaria.

No bastan, sin embargo, estas consideraciones para fundar nuestro juicio sobre las tragedias de Eurípides, si no conocemos también algunas otras circunstancias de su vida. Nuestro malogrado Balmes pensaba, con razón, que ellas nos explican a veces las obras de un escritor satisfactoriamente, y con ese fin expondremos las noticias biográficas que,

desde época tan remota, se han conservado hasta nosotros.

Eurípides, hijo de Mnesarco y de Clito, nació en Salamina, adonde sus padres se habían refugiado huyendo de la invasión de Jerjes, en el primer año de la olimpiada 75[5] (480 antes de Jesucristo), y en el mismo día en que ganaron los atenienses esta célebre batalla. La condición social de su familia no fue muy distinguida en Atenas. Se cree que era oriundo de la Beocia, y que su madre fue verdulera, como dice Aristófanes en las Tesmoforiantes[6] y en otros pasajes de sus comedias. La consideración y las riquezas de que disfrutaban los artistas en Atenas le hicieron consagrarse en su juventud a la Pintura, y más tarde a la filosofía y a la elocuencia, siendo su maestro en la primera Anaxágoras de Clazomene,[7] y Pródico en la segunda. Añádese que fue amigo de Sócrates, y hasta algunos escritores han llegado a afirmar que le ayudó en la composición de sus tragedias.[8] Sus triunfos escénicos no impidieron, sin embargo, que en el hogar doméstico no encontrase la felicidad que buscaba, porque se casó dos veces y ninguna de sus dos mujeres fue modelo de castidad conyugal. Sufrió innumerables disgustos de los cómicos atenienses, que se ensañaron en él de la manera procaz y licenciosa que entonces se usaba, sin disfraz alguno, llamándole por su nombre, y atacando los defectos de sus tragedias. Sin duda huyendo de ellos se retiró dos años antes de su muerte a la corte de Arquelao, rey de Macedonia, su amigo y protector, muriendo al fin en el año 3.º de la olimpiada 93 (406 antes de Jesucristo), a los setenta y cuatro de edad, y, al parecer, pocos meses antes que Sófocles. Aquel monarca generoso le consagró un sepulcro magnífico,[9] oponiéndose a los deseos de los atenienses, que le enviaron una embajada para transportar al Ática sus restos mortales. Durante su vida llegó Atenas al apogeo de su grandeza para

caer en seguida; diéronse batallas memorables, vivieron y murieron hombres inmortales, y las ciencias, las artes y las letras despidieron un resplandor tan vivo que sus destellos llegan hasta nosotros y todavía nos iluminan.

Entre los antiguos se han emitido distintas opiniones acerca de su mérito literario. Sócrates asistía siempre a la representación de sus tragedias, no sabemos si por su amistad con el autor, o por admirar su mérito.[10] Aristóteles, aunque con ciertas restricciones, le llama el trágico por antonomasia,[11] y Menandro y Filemón lo preferían a Esquilo y a Sófocles.[12] En cambio Aristófanes lo ridiculiza cruelmente en sus comedias, con especialidad en *Las Ranas*. Longinos le niega la sublimidad,[13] para Dionisio de Halicarnaso es muy inferior a Sófocles,[14] y el escoliasta de sus tragedias las critica a veces con severidad, siendo de notar que estos escolios contienen, según afirma una autoridad respetable,[15] los juicios de los críticos alejandrinos. Quinto Cicerón[16] y nuestro compatriota Quintiliano las admiraron grandemente,[17] si bien este último lo hace con ciertas limitaciones, que a veces no se han tenido en cuenta. En nuestros tiempos los escritores franceses lo celebran de ordinario, al paso que los alemanes no son parcos en exponer sus defectos, distinguiéndose entre todos Jacob[18] y A. G. Schlegel.[19]

No puede negarse que son graves algunos de los que le atribuyen, sobre todo cuando se compara con Sófocles y Esquilo. La idea del destino, que domina en sus obras, no tiene ya la grandeza que se observa en las del primero ni segundo. En las tragedias de estos es un ser superior a todo lo divino y lo humano, que cuida del orden moral en el cielo y en la tierra, y cuando amenaza trastornarse, y sus fuerzas chocan entre sí y están a punto

de destruirse, restablece con sus decretos el equilibrio, y restituye al mundo moral su calma y su armonía. En las obras de Esquilo, y desde sus primeros versos, se nota que ese dios misterioso es el protagonista de la acción; que todo lo llena con su poderoso influjo, y que el hombre y los dioses, el espíritu y la materia, son en sus manos dóciles instrumentos. En las de Sófocles no aparece en primer término con ese aspecto sombrío que se advierte en las de Esquilo; pero a poco que se busque se halla en todas partes: por él se explican todas las principales peripecias, los caracteres de los personajes lo anuncian, y la catástrofe es siempre su obra. En Eurípides, al contrario, solo se muestra mientras el poeta no halla medio de hacerlo desaparecer; los dioses no se cuidan de obedecerlo; su influjo no se hace sentir siempre, y como hemos dicho ya, en ocasiones ni aun poder divino se le atribuye, mirándolo tan solo como la simple y vana casualidad. Los personajes de Esquilo son sublimes y muy superiores a los hombres; ideales los de Sófocles, o como debieran ser, y reales los de Eurípides. Los dos primeros respetan el carácter tradicional de los héroes, sin hacerlos perfectos, porque entonces no habría verdadero argumento, pero sin rebajarlos ni escarnecerlos. Eurípides, al contrario, cuando no nos ofrece a Heracles como a un héroe brutal y glotón; a Orestes y su hermana Electra como a dos insignes y despreciables criminales; a Menelao como a un esposo débil y cobarde, nos presenta a Dioniso engañando alevemente a Penteo para que lo despedacen las bacantes; a Apolo como a un seductor vulgar, y al mismo Zeus, soberano del Olimpo, como a un dios injusto unas veces, y de escaso poder otras. Parece que protesta contra esas creencias sencillas y saludables que se conservan en el pueblo; que las ridiculiza con gusto, y que lo invita a dudar de todo, cuando tan poco

respeto le merecen tradiciones consagradas por los años. Solo tiende a producir efecto, aunque sea momentáneo, al paso que sus dos predecesores dejan una impresión perpetua, que crece y se desenvuelve con más vigor después de sentida. No los preocupa tanto la pasión como a Eurípides, ni interviene en sus cuadros sino como uno de los elementos que dan realce a los demás, no como el principal y el que descuella en primer término. Cuando hablan sus personajes, no pronuncian sentencias dogmáticas en estilo pretencioso; ni *juran con la lengua, no con el pensamiento*; ni excitan a disfrutar de los placeres de los sentidos; ni ponderan el valor de las riquezas; ni se quejan con desprecio de los dioses; ni siempre están dando clamores, llenos de harapos, hambrientos y sedientos, deplorando sus años y el trabajo que les cuesta andar. Si el coro es en Esquilo y en Sófocles el intérprete de los sentimientos morales del pueblo, siempre presente, que en las luchas y conflictos de los personajes entre sí los contiene y refrena, y simboliza los ejes del mundo moral, que no pueden desaparecer, siempre interesados en la acción y necesarios para su cumplimiento, en Eurípides se convierte en simple adorno, que filosofa, discute, canta o poetiza, como mejor le place, sin acordarse muchas veces de los últimos sucesos, y solo da tiempo para que salgan o entren los personajes principales. Ni Esquilo ni Sófocles predican en la escena las ventajas de la moralidad, y sin embargo, no son inmorales en último término, al paso que Eurípides siempre tiene en los labios la palabra sabiduría, y el efecto de sus tragedias no es muchas voces ni sabio ni moral. Es también probable que ni Sófocles ni Esquilo fuesen desdichados en su matrimonio, puesto que ni el uno ni el otro se vengan, como Eurípides, en todas las mujeres de las infidelidades de las suyas.[20] Como Esquilo y Sófocles no alteran las fábulas tradicionales que

andan en los labios del pueblo, solo evocan recuerdos, y no necesitan de largos y pesados prólogos, llenos de noticias genealógicas, en oposición con las tradiciones admitidas. El estilo del primero de estos poetas es vigoroso y enérgico como su alma, ampuloso a veces, pero gráfico siempre y descriptivo; lleno de felices y pintorescas expresiones; exuberante en imágenes atrevidas; torrente, en fin, de inagotable poesía, que llena la imaginación y asombra al alma. El del segundo, natural, bello y elegante, siempre sobrio y contenido, fácil y fluido, lleno de encanto y de armonía, castizo y puro sin afectación, reflejo evidente de su gusto y buen juicio literario. El de Eurípides, en fin, es desigual y afeminado a veces; abunda en pensamientos y expresiones rebuscadas; no observa siempre las leyes de la versificación; no se sostiene en el mismo tono largo tiempo, y raya a veces en familiar y cómico. Como ninguno de los dos primeros tiene pretensiones de orador, no defienden causas en la escena, ni se ven obligados a dividir sus oraciones en diversas partes, ni a emplear exordios ni pruebas ordenadas como Eurípides, que no pierde ocasión de hacerlo. El teatro es para ellos un templo venerable en donde el pueblo cree y aprende, no cátedra de filosofía ni escuela de relajación. En una palabra, y usando una frase repetida muchas veces, pero que pinta el genio de estos tres poetas: Esquilo representa el nacimiento de la tragedia, pero el nacimiento de un gigante; Sófocles su más acabada perfección, y Eurípides su decadencia.

Sin embargo, discurriendo sin pasión, debemos decir que Eurípides poseía grandes cualidades, como ingenio e inventiva inagotables y fácil y amena poesía, y que sus tragedias se distinguen, ya por lo patético, ya por sus felicísimos rasgos, ya, en fin, porque su autor es el que más se acerca a

nosotros y más se ajusta a nuestras ideas. Su diálogo es animado y vivo; bellísimas sus descripciones; sentencioso y profundo a veces; gran poeta en sus coros; variado y nuevo en sus fábulas, y hábil en la elección de las situaciones dramáticas de sus personajes. Era griego al fin, y contemporáneo de muchos de los hombres más eminentes de su patria en la política, en la filosofía, en las letras y en las artes. Ninguno como él ha representado pasiones vehementes, de esas que rayan en la locura; ninguno conmueve a sus lectores con tanta fuerza; ninguno, en fin, ha sondeado como él el corazón humano, ofreciéndolo sin disfraz a la expectación de las gentes. Hasta en sus defectos es admirable, y así se explica la estimación que le dispensaron sus contemporáneos y la fama que logró en toda la Grecia, lo cual ni allí ni en parte alguna suele adquirirse sin dotes eminentes.

* * *

Notas

1. La obra de M. Victor Duruy, titulada *Histoire Grecque*, que hemos tenido a la vista, es algo parcial por la democracia, cuya defensa parece ser uno de sus principales objetos. Habla siempre de Aristófanes con pasión y con odio, acaso porque no ha sabido apreciar sus relevantes dotes como poeta y como ciudadano, y porque combate los excesos de la demagogia. Fuera de esto, es obra recomendable, si bien no debemos olvidarlo, porque anda en manos de todos. Al leerla, dentro de algunos años, dirá, sin duda, la posteridad: «¡Qué bien escribía este autor la historia de su tiempo, creyendo escribir la de Grecia!».

2. Teofrasto, este hombre que hablaba con tanta gracia, que se expresaba divinamente, fue calificado de extranjero y llamado así por una pobre mujer a quien compraba hierbas en el mercado, y que averiguó, por yo no sé qué perfil ático que le faltaba, y que los romanos llamaron después urbanidad, que no era ateniense: y Cicerón refiere que aquel personaje se admiró de ver que, habiendo envejecido en Atenas, dominando tan perfectamente el

dialecto ático, y habiendo adquirido su acento por un hábito de tantos años, no había logrado alcanzar lo que el pueblo poseía naturalmente y sin ningún trabajo. (La Bruyère, *Discours sur Théophraste*).

3. Un pueblo democrático, con sus ciudadanos egoístas, díscolos, frívolos, fanfarrones y vanidosos, no puede prosperar, sino que se suicida, víctima de sus propias faltas. (Hegel, *Esthétique*, traducción francesa de M. Bénard, tomo V, pág. 17, edición de 1852).

4. Aunque el obispo Thirlwall, historiador de la Grecia, habla de *all the attempts which for the last forty years have been systematically made in our own literature —the periodical as well as the more permanent— for political and other purposes to vilify the Athenians*, no por eso es menos cierto, como puede verse en la obra de Druman, titulada *Geschichte des Verfalles der griechischen Staaten*, y sobre todo en Tucídides, Aristófanes y Jenofonte, testigos presenciales de estos sucesos, que el pueblo ateniense contribuyó con sus faltas a la ruina de su patria.

5. Como está tan embrollada la cronología del teatro griego, no es extraño que los eruditos discrepen tanto acerca del año en que nació Eurípides. Nosotros seguimos a Plutarco, *Symps.*, lib. VIII, cap. I, y a Diógenes Laercio en su vida de Sócrates. La Crónica de Paros dice que Eurípides nació en el año 3.º de la olimpiada 73 (486 antes de Jesucristo), esto es, seis años antes. De este mismo parecer son Samuel Prevost, Tomás Lydiat, Hesychio y Segismundo Jacobo Baumgarten, el cual añade que el nombre de Eurípides proviene del río Euripo, en cuya desembocadura se dio la batalla de Salamina. Levesque, en sus *Mémoires de L'Instit. national*, tomo I, pág. 325, dice así: «Eurípides nació el año 3.º de la olimpiada 63, (526 antes de nuestra Era).» Este dato es conocidamente erróneo, porque entonces resulta que Eurípides es un año anterior a Esquilo. Samuel Murgrave ha dilucidado suficientemente este punto en su *Chronologia scenica ab Euripidis nati tempore ad ejusdem mortem*, y en Boeck (*Corpus inscriptionum græcarum*. Berlín, 1743) se encuentran también muchas ingeniosas y útiles observaciones. En la obra de Gottl. Chris. Fried. Mohnike, titulada *Geschichte der Literatur der Griechen und Römer*, hallamos esta tabla:

6. Llámale, en efecto, hijo de la verdulera (τῆς λαχανοπωλητρίας) en el v. 393 y en otros muchos pasajes de sus comedias, y lo mismo dice Aulo Gelio con referencia a Theopompo. Suidas y Manuel Moscópulo, griego de Constantinopla que pasó a Italia cuando la toma de

aquella ciudad por los turcos, aseguran, fundándose en la autoridad de Filócoro, que esta tradición es falsa. Valerio Máximo en el lib. III, cap. IV y Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXII, cap. XXXVIII, hablan también de esto. La aserción de Aristófanes, tantas veces repetida y en boca de un autor contemporáneo de Eurípides, es para nosotros irrecusable.

7. Tal es la opinión de Valckenaer en su *Diatr. in Eurip. per. dram. reliquias*, cap. IV, en donde asegura que se encuentran doctrinas de Anaxágoras en las tragedias de Eurípides, y en efecto, si es auténtico el pasaje que se conserva de *Melanipa*, tragedia perdida, su aserción no carece de fundamento.

8. Diógenes Laercio cita dos versos de Mnesíloco, antiguo cómico, que dicen así:

9. El epitafio ha sido conservado por Tomás Magister.

10. Ælian., *Var. hist.*, lib. II, cap. XIII.

11. Τραγικώτατος, *Poet.*, lib. XXIII, 14.

12. Tomás Magister ha conservado un epigrama, en el cual dice Menandro que si los muertos sintieran, como algunos piensan, él se alegraría de visitar el infierno para conocer a Eurípides.

13. *Tratado de lo sublime*, cap. XV.

14. *Crítica de los antiguos escritores*, publicada por Jacob, págs. 419 y 20.

15. Aug. Wilhelm. Schlegel, *Vorles. über dram. Kunst und Literatur*. Leipzig, 1846, tomo I, pág. 134.

16. Epist., lib. XVI, ep. 8.

17. Longe clarius quam Æschylus illustraverunt hoc opus Sophocles atque Euripides, quorum in dispari dicendi via, uter sit poeta melior, inter plurimos quæritur. Idque ego sane, quoniam ad præsentem materiam nihil pertinet, injudicatum relinquo. Illud quidem nemo non fateatur necesse est, iis, *qui se ad agendum comparent*, utiliorem longe Euripidem fore. Namque is et in sermone, quod ipsum reprehendunt, quibus gravitas ex cothurnus et sonus Sophocli videtur esse sublimior, magis accedit oratorio generi, et sententiis densus, et in iis, quæ a sapientibus tradita sunt, pene ipsis par; et in dicendo ac respondendo cuilibet eorum, qui fuerunt in foro diserti, comparandus; in affectibus vero cum omnibus mirus, tuum in iis, qui miseratione constant, facile præcipuus. Hunc et

admiratus maxime est, et sæpe testatur et secutus, quamquam in opere diverso, Menander. (Quintil., *Instit. orat.*, lib. X, cap. I). Obsérvese la frase *qui se ad agendum comparent*, en la cual repara sin duda M. Émile Lefranc en su *Histoire de la littérature grecque*, ed. 1838, pág. 133, y que realmente es un epigrama contra Eurípides, porque son muy distintos el estilo de la retórica y el del drama.

18. Jacob, *Nachtragen zu Sulzer's Allgemeine Theorie der sch. Künste*, Theil 5, págs. 335-422.

19. Aug. Wilhelm Schlegel, *Vorles. über dram. Kunst und Literatur*, Leipzig, 1846, págs. 131-146.

20. También se ha suscitado la cuestión de si Eurípides es o no enemigo de las mujeres, μισογύνης, como le llamaban los griegos. Aug. Guill. Schlegel cita, en sus *Vorles. über dramatisch. Kunst und Literatur*, tomo I, pág. 141 (Leipzig, 1846), las palabras de Sófocles, que ha conservado Ateneo, según las cuales su aborrecimiento provenía de su extremada afición a ellas. Welcker, en sus comentarios a *Las Ranas*, de Aristófanes, pág. 248, y N. G. Lenz en la *N. Bibl. d. sch. Wiss.*, 58, 11, págs. 195-215, lo defienden de esta imputación nada lisonjera, fundándose en lo que dicen Aulo Gelio y Suidas sobre el carácter sombrío e intratable de este poeta. Basta, sin embargo, leer sus tragedias para convencerse de la verdad de ese dictado, y sobre todo a Aristófanes, que, como hemos dicho antes, es el mejor juez en este punto, puesto que conocía otras muchas tragedias suyas además del *Hipólito*, hoy perdidas, en las cuales debió aparecer enemigo declarado del bello sexo.

Hécuba

* * *

ARGUMENTO

Cuando los griegos pusieron sitio a Troya y Príamo se vio acometido de tantos y tan fuertes enemigos, no solo acudió a la defensa de su reino poniendo al frente de sus tropas a sus numerosos hijos, que podían manejar las armas, sino que, presintiendo el fatal desenlace que esta guerra podría tener para su familia, confió su hijo impúbero Polidoro a la custodia de Poliméstor, rey del Quersoneso de Tracia, y depositó en sus manos al mismo tiempo un cuantioso tesoro. Poliméstor, mientras resistieron los troyanos, fue fiel a los deberes que le imponían sus antiguas relaciones con Príamo, en cuya mesa había apurado tantas veces la copa de la hospitalidad; pero cuando pereció el anciano rey de Ilión y los griegos la tomaron e incendiaron, repartiéndose su rico botín y las cautivas que habían hecho, según las leyes de la guerra entonces vigentes, codicioso del oro que guardaba, o por congraciarse con los vencedores, o sin temor ya a los parientes de su tierno pupilo, lo asesinó con alevosía, apoderándose de sus

riquezas. A los tres días de muerto, y deseosa la sombra de Polidoro de que se diese sepultura a su cadáver, se apareció a su madre Hécuba, que, en compañía de las esclavas troyanas, esperaba en el Quersoneso vientos favorables a la navegación de los griegos. Hallábanse estos detenidos allí, aterrados con el fantasma de Aquiles, que, derecho sobre su túmulo, situado enfrente, había rogado que se le sacrificase Políxena, hija también de Príamo y de Hécuba, y hermana de Polidoro; y con tal premura que, a no hacerlo, no podrían navegar hacia su patria. Esta tragedia de Eurípides se propone representar dramáticamente los dolores de Hécuba, herida en su corazón por la muerte de sus dos hijos Políxena y Polidoro, y la venganza que toma de Poliméstor, cegado por ella y por sus esclavas, que matan también a sus hijos.

He aquí su argumento. Es fácil de observar que abraza dos acciones distintas, la venganza de Poliméstor por Hécuba, y la muerte de Políxena, si bien su centro de unidad es la mísera exreina de Troya, dolorosamente afectada por la muerte de sus hijos, corona de sus terribles infortunios. Es eminentemente trágico, quizá demasiado, y su desarrollo, aparte del defecto de la duplicidad de la acción, trazado con la maestría que caracteriza a Eurípides. Pertenece al ciclo troyano, y expone dramáticamente un episodio posterior a la guerra de Troya. Ofrece, por tanto, algunos puntos de contacto con *Las Troyanas*, si bien la fábula de esta última tragedia es anterior a la de Hécuba. El coro se compone en ambas de cautivas troyanas, y así en la una como en la otra describen los horrores del asalto y los males que la esclavitud les promete lejos de su patria. En *Las Troyanas* se reparten los griegos las esclavas, y en la Hécuba sirven ya a sus distintos dueños, como dice el verso 95, τὰς δεσποσύνους

σκηνὰς προλιποῦσα. En ambas es también Hécuba la protagonista, perdiendo en una a su mísera hija Políxena y a Polidoro, y en la otra a su nieto Astianacte, hijo de Andrómaca y de Héctor.

En las demás peripecias de ambas tragedias hay ya notables divergencias, que podrán conocer los estudiosos, si quieren compararlas. Los caracteres, tales como se representan en el teatro griego, están bien sostenidos, y tanto Agamenón como Odiseo y Poliméstor conservan sus diferencias y cualidades tradicionales. El de Políxena, su heroica resolución y su muerte, es de gran mérito artístico, y ofrece esa belleza plástica de primer orden en que fueron inimitables los griegos. No podemos decir lo mismo de Hécuba, vengativa, furiosa y cruel, hasta el punto de apelar para el cumplimiento de su venganza (en el verso 789) a la deshonra de su hija Casandra, para conciliarse el favor de Agamenón, diciendo:

ποῦ τὰς φίλας δῆτ' εὐφρόνας δείξεις, ἄναξ,
ἢ τῶν ἐν εὐνῇ φιλτάτων ἀσπασμάτων
χάριν τίν' ἕξει παῖς ἐμή, κείνης δ' ἐγώ;

ni aprobar sus sangrientos sarcasmos contra Poliméstor, ya ciego, y la ira insensata que la domina, la cual, si bien disculpable en cierto modo por su especial y desgarradora situación, no por eso nos parece hoy de buen gusto, ni creemos que tampoco lo fuese entre los griegos. La mitad o algo más de esta tragedia es de lo mejor que ha escrito Eurípides por su patético; lo restante vale mucho menos. Entre sus escenas dramáticas más curiosas debemos citar la de la llegada de Odiseo para llevar a Políxena al sacrificio; y entre sus más bellos trozos, por el aroma helénico que respira, la descripción de la muerte de Políxena hecha por el heraldo Taltibio. Los dos poetas latinos Ennio y L. Accio y el erudito Erasmo de Rotterdam la han

traducido en versos latinos; Lodovico Dolce en italiano, y nuestro Fernán Pérez de Oliva ha escrito una traducción de ella; Racine ha copiado algunos versos en su *Iphigénie*, y Voltaire en su *Mérope*.

En cuanto a la época en que se representó, parece lo más probable que fuera en la olimpiada 88, 4. Así lo hace presumir la parodia de los versos 162 y 173 de esta tragedia, hecha por Aristófanes en los 708, 709 y 1148 de su comedia titulada *Las Nubes*; y como esta se representó en la olimpiada 89, 1, parece lo más verosímil fijar la de la Hécuba en el año anterior, porque esas alusiones del cómico griego no podían referirse sino a tragedias representadas poco tiempo antes, cuya memoria conservaba todavía el público. Esto debe entenderse dando por supuesto que Aristófanes no retocase su comedia, como todo lo hace sospechar, en cuyo caso viene a tierra todo el edificio levantado con tanto trabajo por los eruditos, puesto que la parodia indicada pudo ser muy bien una adición posterior. Teobaldo Fix, en su *Chronologia fabularum Euripides*, pág. 9, añade que debió ser en la época que hemos fijado, y da como razón que en el verso 558 y siguientes se alude a la fiesta instituida por los atenienses después de la toma de Delos, de que habla Tucídides (III, 104) y Plut. (*Nic.*, c. 3); pero es poco convincente, porque la alusión, si existe, es tan vaga, que nada prueba. Aun sin haberse instituido esas fiestas, pudo Eurípides decir muy bien lo que aparece en los versos citados. Lo mismo sucede con lo que ha creído ver M. Artaud (*Tragédies d'Euripide*, tomo I, pág. 15) en los versos 649 y 650, alusivos, en su concepto, a la derrota de los espartanos en Pilos. Aun suponiendo que los espartanos no hubiesen sido derrotados, era natural que Helena llorase a las orillas del Eurotas, acordándose de Paris y de sus goces en Troya. Algo más vale lo que añade después, fundándose en

la versificación de esta tragedia, indicio de ser de las más antiguas de Eurípides.

PERSONAJES

La sombra de Polidoro, *hijo de Hécuba.*

Hécuba, *reina cautiva de Troya.*

Coro de cautivas.

Políxena, *hija de Hécuba.*

Odiseo.

Taltibio, *heraldo griego.*

Una esclava de Hécuba.

Agamenón, *general de los griegos.*

Poliméstor, *rey de Tracia.*

El lugar de la acción es la costa meridional del Quersoneso de Tracia, frente a la Frigia.

* * *

La escena representa el campamento de los griegos, y se ven en ella dos tiendas, a la izquierda la de Hécuba y las cautivas troyanas, y a la derecha la de Agamenón y Casandra. Empieza a romper el día.

LA SOMBRA DE POLIDORO

Vengo de la mansión de los muertos y de las puertas de las tinieblas, en donde Hades habita, separado de los demás dioses; soy Polidoro, hijo de Hécuba, cuyo padre fue Ciseo,[1] y del rey Príamo. Este, viendo el peligro que corría la ciudad de los troyanos de caer al empuje de las lanzas griegas, me llevó ocultamente de Ilión al palacio de Poliméstor, huésped suyo

tracio que siembra las muy fértiles llanuras del Quersoneso,[2] rigiendo con su cetro a un pueblo cabalgador. Mucho oro envió también conmigo mi padre, para no dejar sumidos en la miseria a los hijos que le sobreviviesen, si alguna vez se hundían las murallas de Ilión; y como yo era el más joven de los Priámidas, secretamente me alejó de mi patria, cuando ni podía soportar el peso de las armas,[3] ni sostener la lanza con mi infantil brazo. Mientras no variaron las lindes troyanas y sus torres no se derrumbaron, y mientras mi hermano Héctor venció con su lanza, como a tierno renuevo me alimentó el varón tracio, huésped de mi padre. Pero cuando Troya sucumbió y exhaló el alma Héctor, y fue derribado mi hogar paterno, pereciendo Príamo junto al ara consagrada a manos del sanguinario hijo de Aquiles, el huésped de mi padre me mató sin compasión, codicioso del oro, y me arrojó a las ondas del mar, para guardar en su palacio mis riquezas. Yazgo, pues, en la ribera, a merced de las tempestades, agitado por las movibles olas, no llorado, insepulto.[4] Ahora recurro a Hécuba, mi amada madre, habiendo abandonado mi cuerpo, y después de vagar durante tres días por el aire, ya que esa desgraciada ha venido desde Troya a esta región del Quersoneso. Todos los aqueos, que tienen naves, hállanse en esta costa tracia, porque Aquiles, el hijo de Peleo, apareciéndose sobre su túmulo, detiene a la armada griega, que movía hacia su patria los marinos remos, pidiendo que se le sacrifique sobre el túmulo mi querida hermana Políxena. Y lo conseguirá, y le harán esa ofrenda sus amigos, porque el destino ha fijado para este día la muerte de mi hermana. Mi madre verá dos cadáveres de dos hijos: el mío y el de esa infeliz doncella. Me apareceré, pues, para que me sepulten, a los pies de una esclava, en brazos de las olas. He rogado a los que imperan en el infierno que me concedan la sepultura y

que me vea mi madre; se cumplirá mi mayor deseo; pero me apartaré un poco, que sale ahora la anciana Hécuba hacia la tienda de Agamenón,[5] asustada de mi sombra. (*Sale Hécuba de la tienda*).

¡Ay, madre mía, que de reina te has convertido en esclava, y de feliz en infortunada! Algún dios te castiga hoy por tu ventura anterior. (*Sale Hécuba apoyada en sus esclavas, y se dirige con tardo paso a la tienda de Agamenón*).

HÉCUBA

Llevad delante de la tienda a esta anciana, ¡oh vírgenes troyanas!; sostened a vuestra consierva, antes vuestra reina; coged mi arrugada mano; guiadme, llevadme, ayudadme, que yo, apoyado en el corvo báculo, aceleraré cuanto pueda mi tardo paso. ¡Oh relámpagos de Zeus! ¡Oh tenebrosa noche! ¿A qué me despertáis con terrores y apariciones? ¡Oh tierra veneranda, madre de los sueños de negras alas!;[6] libradme de esta visión nocturna, de la sombra de mi hijo, que vive en Tracia, y de la terrible aparición de mi hija Políxena, que he visto con mis ojos durante mi insomnio. ¡Dioses indígenas, proteged a mi hijo, áncora de mi linaje y el único que de él queda en la fría Tracia bajo la tutela del huésped de su padre!

Algo nuevo va a ocurrir; con lúgubres lamentos se mezclarán nuestros llantos. Nunca mi alma ha sentido tanto miedo ni tanto horror. ¿En dónde encontraré al divino Heleno o a Casandra, ¡oh troyanas!, para que me interpreten estos sueños? He visto una manchada cierva, que despedazaba un lobo con sus garras llenas de sangre, arrancándola violentamente de mis rodillas, que movía a compasión. También me aterró el espectro de Aquiles sobre lo alto del túmulo, que pedía se le sacrificase algunas de las

desdichadas troyanas. ¡Que no sea mi hija, oh dioses, que no sea mi hija! ¡Yo os lo suplico!

EL CORO (*apareciendo sobre la timele*).[7]

De prisa, ¡oh Hécuba!, he dejado la tienda de mi dueño para buscarte, ya que la suerte me ha hecho esclava suya, arrebatándome de Ilión, cautiva por la lanza de los aqueos, no para aliviar tus males, sino para anunciarte, mensajera de dolores, triste nueva. Dícese que en solemne asamblea han decretado los aqueos sacrificar a tu hija a los manes de Aquiles: tú sabes que se apareció sobre su túmulo con sus doradas armas, y detuvo las naves que surcaban las ondas con sus hinchadas velas, sujetas por cuerdas, exclamando así: «¿Adónde habéis de ir, ¡oh dánaos!, sin tributar antes a mi túmulo los honores debidos?».[8] Gran tempestad se promovió entre ellos, dando origen a dos opiniones opuestas en el belicoso ejército de los griegos, y creyendo unos que debía ofrecérsele una víctima, y otros lo contrario. Agamenón no se olvidaba de ti, porque la profetisa Casandra tiene la honra de frecuentar su lecho; pero los Teseidas,[9] nobles atenienses, pronunciaron dos arengas, conviniendo ambos en la necesidad de regar el túmulo de Aquiles con sangre caliente, y negando que el lecho de Casandra debiera ser nunca preferido a la lanza de Aquiles. Igual era el número de los que defendían estas dos opiniones antes que el hábil, ingenioso, elocuente y popular hijo de Laertes persuadiese al ejército, que no debía desairar al más fuerte de los griegos por víctimas serviles, no fuese que alguno de los que habitan en la mansión de Perséfone dijera que los dánaos, ingratos con sus hermanos, muertos por la Grecia, abandonaban los campos de Troya. Pronto, pues, vendrá Odiseo a arrancar de tu pecho y de tus arrugadas manos a la doncella. Acude a los templos, acude a los

altares, prostérnate ante las rodillas de Agamenón y suplícale; invoca a los dioses que están en el cielo y debajo de la tierra. O tus ruegos impedirán que te arrebaten tu mísera hija, o la verás sucumbir sobre el túmulo,[10] virgen manchada con su sangre, que, como río, correrá de su aurífero[11] cuello.

HÉCUBA

¡Ay de mí, mísera! ¿A qué he de gritar? ¿De qué servirán mis voces y mis lágrimas? ¡Vejez infortunada! ¡Intolerable servidumbre, que no podré sobrellevar! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Quién me defenderá? ¿Qué gente? ¿Qué ciudad? Murió el anciano Príamo, y morirán también sus hijos. ¿Iré por aquí o iré por allí? ¿Adónde me encaminaré? ¿Do habrá algún dios, o algún genio, que me socorra? Ya no me será grato ver la luz. ¡Oh, troyanas, mensajeras de malas nuevas, mensajeras de calamidades; me habéis dado muerte, habéis acabado conmigo! ¡Oh pies míseros! Llevadme, conducid a esta anciana a la tienda inmediata. (*Volviendo hacia su tienda*). ¡Fruto de mis entrañas, hija de misérrima madre! Sal, sal de tu habitación; oye la voz de tu madre, ¡oh hija!, para que conozcas la amenaza contra tu vida que ha traído la fama.

POLÍXENA

Madre, ¿por qué te quejas? ¿Qué novedad anuncias, haciéndome salir de mi tienda, aterrada como un pajarillo?

HÉCUBA

¡Ay de mí! ¡Oh hija!

POLÍXENA

¿Por qué sollozas?

HÉCUBA

¡Ay, ay de tu vida!

POLÍXENA

¿Por qué dices esto?

HÉCUBA

¡Hija, hija de desdichada madre!

POLÍXENA

¿A qué llamas con esa voz de mal agüero? Nada bueno me indica. Habla, no me lo ocultes más tiempo. ¡Tengo miedo, madre, tengo miedo!

HÉCUBA

Refiero, ¡oh hija!, un rumor fatal: dicen que los argivos han decretado arrancarme tu vida.

POLÍXENA

¡Ay de mí, madre! ¿Cómo me anuncias tan horrendos males? Explícate, madre, explícate.

HÉCUBA

Los argivos, de común acuerdo, tratan, ¡oh hija!, de sacrificarte sobre el túmulo del hijo de Peleo.

POLÍXENA[12]

¡Oh, madre, que tales penas sufres! ¡Oh tú, la más infeliz de las madres! ¡Oh mujer desdichada! ¿Qué numen ha suscitado contra ti de nuevo tantas infaustas e inauditas calamidades? Ya no seré tu compañera de esclavitud; ya no podré, siendo tu hija, consolarte en tu deplorable vejez. Como a leoncilla criada en las selvas, como a ternerilla nueva, me verás separada de ti, me verás degollar, y bajaré a las subterráneas tinieblas de Hades, en donde yaceré con los muertos. Por ti lloro, ¡oh madre desdichada!, por ti me lamento amargamente. No por mi vida, llena de males y de oprobio,

porque es mejor mi suerte muriendo.

EL CORO

He aquí a Odiseo, que viene con pies ligeros, ¡oh Hécuba!, a participarte sin duda alguna nueva.

ODISEO

Paréceme, ¡oh mujer!, que conoces la decisión del ejército y el resultado de sus sufragios; pero te lo diré, sin embargo. Los griegos han decretado que tu hija Políxena muera sobre el alto túmulo del sepulcro de Aquiles. Quieren que yo sea quien acompañe y conduzca a la virgen, y que el hijo de Aquiles presida y ejecute el sacrificio. ¿Sabes, pues, lo que has de hacer? No me obligues a emplear la violencia ni intentes luchar conmigo; resígnate ante una fuerza mayor y, de lo contrario, teme mayores males. Sabido es que hasta las desdichas se han de sentir con moderación.

HÉCUBA

¡Ay de mí! Gran lucha, según presumo, se prepara, y abundantes gemidos y no pocas lágrimas. ¡Y no morí cuando debía haber muerto, y Zeus no me mató; antes me conserva para que cada día sufra mayores males! Pero si es lícito a esclavas preguntar a los que son libres, sin amargura ni encono, dígnate contestarme, y que nosotras, que preguntamos, escuchemos.

ODISEO

Te es lícito; interroga; te concedo sin obstáculo este plazo.

HÉCUBA

¿Recuerdas que fuiste de espía a Ilión, disfrazado con viles harapos, y manchada tu barba con las gotas de sangre que caían de tus ojos?[13]

ODISEO

Me acuerdo; grande fue mi apuro.

HÉCUBA

Pero te conoció Helena, y a mí sola lo dijo.

ODISEO

No se me olvida que estuve en gran peligro.

HÉCUBA

Y abrazaste humildemente mis rodillas.

ODISEO

Y mi mano, fría como la de un difunto, se agarró a tus vestidos.

HÉCUBA

¿Qué decías entonces cuando eras mi esclavo?

ODISEO

Atormenté mi ingenio y mi lengua para no morir.

HÉCUBA

Te salvé, y te dejé salir de Troya en libertad.

ODISEO

Por esto veo la luz ahora.

HÉCUBA

¿Y no podré echarte en cara tu ingratitud, habiendo confesado lo que acabo de oír, y no haciéndome bien, sino todo el mal que puedes? Ingratos sois los que anheláis alcanzar fama en las asambleas; que yo no os mire, que para nada os acordáis de vuestros amigos que sufren, ganosos de decir algo que os concilie la gracia del pueblo. ¿Pero a qué astuta invención habéis recurrido para decretar la muerte de esta niña? ¿Manda acaso el destino sacrificar hombres sobre el túmulo, en donde debieran sacrificarse toros?[14] ¿O Aquiles reclama esa sangre con justicia para matar a su vez a los que le

mataron?[15]

Pero esta no le hizo mal alguno. Mejor fuera que pidiese a Helena, víctima más grata a su sepulcro, causa de todas sus desdichas y de su venida a Troya. Si conviene que muera alguna cautiva ilustre, de notable hermosura, esto no nos atañe, que Helena es bellísima, y ha hecho no menor daño que nosotras. Oblígame la equidad a defender así mi causa; oye lo que debes exigir en cambio, siendo yo quien te lo pide. Tocaste mi mano, como tú mismo dices, y estas débiles rodillas, cayendo a mis pies; yo ahora toco las tuyas, y te suplico que me pagues mi anterior beneficio, y te ruego que no arrebates de mis manos a mi hija, y que no la sacrifiquéis. Bastantes han muerto ya: esta es mi alegría; esta sola el olvido de mis males;[16] esta me consuela por muchos, y es a un tiempo mi ciudad,[17] mi nodriza, mi báculo, la estrella de mi vida. Los que vencen no han de mandar injusticias, ni porque son felices creer que lo han de ser siempre. Yo también lo era y ya no lo soy, y un solo día me arrebató para siempre mi dicha; respétame, pues; ten compasión de mí, vuelve al ejército de los argivos, y adviértele que es odioso matar mujeres cuya vida perdonasteis al arrancarlas de los altares, apiadándoos de ellas. Prohibición de derramar sangre hay por la ley entre vosotros, tan favorable a los libres como a los siervos. Basta tu autoridad para persuadir a los demás, aunque defendieras peor causa, porque las palabras de villanos y nobles, siendo las mismas, no valen lo mismo.

EL CORO

No hay hombre, por feroz que sea, que al oír tus gemidos y continuos sollozos no llore también.

ODISEO[18]

Escúchame atenta, ¡oh Hécuba!, y que la ira no te ciegue hasta el punto de interpretar mal mis benévolas frases. Pronto estoy a protegerte, porque tú me salvaste, y así lo he dicho siempre, que no negaré lo que todos han oído. Tomada Troya, es preciso que tu hija sea sacrificada al más valeroso de nuestro ejército, que la pide, si es cierto que los males de muchas ciudades provienen de que se recompensa lo mismo a los fuertes y buenos que a los cobardes. Aquiles merece entre nosotros ese honor, ¡oh mujer!, habiendo muerto como un valiente por los griegos. ¿No es vergonzoso que al que en vida tuvimos por amigo no lo sea después de muerto? ¿Qué, pues, se dirá si es preciso juntar otro ejército y venir de nuevo a las manos con el enemigo? ¿Pelearemos, o cuidaremos solo de nuestra vida, viendo que ningún homenaje honroso se tributa a los difuntos? Bástame cualquier cosa mientras yo exista, aunque tenga poco; mi mayor deseo es que sea honrado mi sepulcro, porque esta gracia dura mucho tiempo. Si dices que sufres males dignos de lástima, oye de mí en cambio que hay entre nosotros ancianos y ancianas como tú, y muchas esposas que perdieron esforzadísimos esposos, a quienes hoy cubre la tierra idea.[19] Ten, pues, paciencia; si hicimos mal decretando honrar al fuerte, habremos pecado sin saberlo; vosotros, bárbaros, ni tratáis a los amigos como a amigos, ni honráis a los muertos, y por eso es la Grecia afortunada y vosotros sufrís las consecuencias de vuestro yerro.

EL CORO

¡Ay! ¡Qué dura es la esclavitud, y vivir en ella, y sufrir lo que no debemos, y ser víctimas de la violencia!

HÉCUBA

¡Oh, hija! El aire se ha llevado mis palabras, proferidas en vano para

librarte de la muerte; si tú puedes más que tu madre, no pierdas tiempo; habla en diversos tonos, como el ruiseñor, para que no te arranquen la vida. Abraza las rodillas de Odiseo, que acaso excites su compasión y lo persuadas; sobrado justa es tu causa, y acaso lo muevas a lástima, porque tiene también hijos.

POLÍXENA

Te veo, ¡oh Odiseo!, ocultando tu diestra bajo el vestido e inclinándote hacia atrás para que no toque tu barba.[20] Alégrate, que has esquivado mis súplicas, que ensalza Zeus; yo te seguiré, obligada por la necesidad y sin rehuir la muerte, que si otra cosa hiciera parecería mujer cobarde y demasiado amante de la vida. ¿Para qué he de vivir habiendo sido mi padre rey de toda la Frigia?[21] Plácida comenzó mi existencia, haciéndome esperar que después me casaría también con reyes, y que haría envidiable la suerte del que me tomase por esposa y me hiciese compañera de su casa y de su hogar. Yo, ahora infeliz, reina era de las mujeres del Ida, virgen notable e igual a los dioses, y solo me diferenciaba de ellos en que estaba expuesta a la muerte. ¡Y soy esclava! Este solo nombre me hacía desearla en un principio, no pudiendo acostumbrarme a oírlo. Acaso tocaría después a dueños crueles que me comprarían por dinero, siendo hermana de Héctor y de tantos héroes, y me obligarían a amasar el pan, a barrer su casa y a tejer con la lanzadera, pasando triste vida; y mi lecho, antes digno de un rey, sería profanado por cualquier esclavo. No será así; al Orco entregaré mi cuerpo, y mis ojos, siempre libres,[22] no verán ya la luz. Llévame, pues, y mátame de paso, ¡oh Odiseo! No debemos esperar nada ni confiar en nadie, que el destino me fuerza a sufrir esta desventura. No te opongas, ¡oh madre!, a mi propósito ni con palabras ni con obras; déjame morir antes que apelar a

ruegos vergonzosos, indignos de mí. Quien no está acostumbrado a los males, los sufre en verdad, pero le duele sujetar a ellos su cerviz; el muerto es, bajo este aspecto, más feliz que el vivo; que una vida sin honra es la mayor de las desdichas.

EL CORO

Favor insigne y señalado entre los hombres es nacer de nobles padres, y más nobles aún son aquellos que a la nobleza de su linaje añaden la de sus acciones.[23]

HÉCUBA

Con dignidad has hablado, ¡oh hija mía!, pero con dignidad no exenta de amargura. Mas si conviene honrar al hijo de Peleo y podéis evitar el oprobio que os amenaza, no quitéis a esta la vida, ¡oh Odiseo!, sino conducidnos a ambas a la hoguera que arderá junto al sepulcro de Aquiles, y sacrificadnos sin compasión. Yo di a luz a Paris, que mató al hijo de Tetis, hiriéndole con sus flechas.

ODISEO

La sombra de Aquiles, ¡oh anciana!, no pidió a los griegos que fueses tú la víctima, sino solo esta.

HÉCUBA

Matadme al menos con mi hija, y beberá la tierra y el que la pide doble raudal de sangre.

ODISEO

Basta la muerte de tu hija; no añadiremos otra, y ojalá que ni aun la suya fuese necesaria.

HÉCUBA

Morir con mi hija es mi más ardiente deseo.

ODISEO

¿Cómo así? Yo no sabía que también tuviese dueños.

HÉCUBA (*abrazando a Políxena*).

Como la hiedra a la encina me adheriré a ella.

ODISEO

No lo harás si obedeces a quienes son más prudentes que tú.

HÉCUBA

Jamás consentiré que se la lleven.

ODISEO

Y yo no me iré sin ella.

POLÍXENA

Escuchadme: tú, hijo de Laertes, muéstrate más generoso con madres justamente irritadas; y tú, madre, no luches con los vencedores. ¿Quieres caer en tierra, y que se lastime tu débil cuerpo, vencida por la fuerza, profanándote un brazo vigoroso que te separará de mí? Así sucederá sin duda. Nada hagas que no debas hacerlo. Dame tu dulcísima mano, ¡oh madre amada!, y que tus mejillas toquen las mías, que nunca después (esta es la vez postrera) veré el disco y los rayos del sol. Y no volverás a oírme hablar, ¡oh madre!, ¡oh tú que me diste a luz!, que ya voy a los infiernos. (*Abrazadas las dos entablan el siguiente diálogo*):

HÉCUBA

Nosotras, ¡oh hija!, seremos esclavas en la tierra.

POLÍXENA

Sin haber conocido esposo, ni casarme como a mi linaje convenía.

HÉCUBA

Digna eres de lástima; yo también soy desgraciada.

POLÍXENA

Allá en el Orco yaceré separada de ti.

HÉCUBA

¡Ay de mí! ¿Qué hacer? ¿En dónde acabaré mi vida?

POLÍXENA

Moriré esclava, habiendo sido mi padre libre.

HÉCUBA

Y yo he perdido cincuenta hijos.

POLÍXENA

¿Qué he de decir a Héctor o a tu anciano esposo?

HÉCUBA

Diles que soy la mujer más digna de lástima.

POLÍXENA

¡Oh seno maternal! ¡Oh pechos que tan suavemente me alimentasteis!

HÉCUBA

¡Deplorable e inesperada desdicha!

POLÍXENA

Vivo feliz, madre mía; adiós, Casandra...

HÉCUBA

Otros podrán vivir, no una madre.

POLÍXENA

Y tú, hermano Polidoro, ahora entre los caballeros tracios...

HÉCUBA

Si vive, que lo dudo, siendo tanta mi desgracia.

POLÍXENA

Vive, y cerrará tus ojos al morir.

HÉCUBA

Matáronme mis males antes de haber llegado mi última hora.

POLÍXENA (*arrancándose de los brazos de su madre*).

Llévame, Odiseo; cubre con el peplo[24] mi cabeza, porque, antes de sacrificarme, desgarran mi corazón los gritos de mi madre, y yo el suyo con los míos. ¡Oh luz! ¡Siquiera puedo invocar tu nombre! Nada tuyo me pertenece, sino el espacio que media entre este lugar, y la cuchilla y el túmulo de Aquiles. (*Se retira*).

HÉCUBA

¡Ay de mí! Ya no puedo sostenerme, y desmaya mi fuerza. ¡Oh hija! ¡Abraza a tu madre, extiende tu mano, dámela! (*Acuden sus esclavas y la sientan en el suelo*). ¡No me dejes sin hijos! Yo muero, ¡oh amigas! (*Con la vista fija en Políxena*). ¡Oh, si yo viera a la lacedemonia Helena, hermana de los Dioscuros, la de los bellos ojos, que arruinó a Troya ignominiosamente!

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh aura, aura marina, que impeles a las ligeras naves, surcando las olas! ¿Adónde llevarás a esta mísera? ¿Qué dueño me comprará para arrastrarme a su hogar? ¿Iré a las riberas de la Dóride,[25] o a las de la Ftía,[26] en donde dicen que el Apídano,[27] río de cristalinas ondas, fertiliza los campos?

Antístrofa 1.ª — ¿O a alguna de las islas, al son del marino remo, para vivir triste vida, a do crece la primera palma que vieron los hombres,[28] y el laurel sagrado en honor de Leto y de sus hijos, delicias de Zeus? ¿Cantaré himnos con las vírgenes delias a la diosa Artemisa, y celebraré sus blondos cabellos y su arco?

Estrofa 2.ª — ¿O en la ciudad de Palas y en el peplo amarillo de Atenea labraré con la aguja la cuadriga y sus caballos, sembrándolo de tejidas y artificiosas flores, o al linaje de los titanes, a quienes Zeus, el hijo de Cronos, condenó con sus rayos a perpetuo sueño?[29]

Antístrofa 2.ª — ¡Ay de mis padres, ay de mis hijos, ay de mi patria, que cayó envuelta en humo, vencida en la guerra por los griegos! Yo dejo el Asia sierva de la Europa, trocando el tálamo por el Orco,[30] y me llamarán esclava en tierra extraña.

TALTIBIO

¿En dónde, ¡oh doncellas troyanas!, podré encontrar a Hécuba, la que hace poco era reina de Ilión?

EL CORO

Es la que miras, ¡oh Taltibio!, junto a ti, tendida en tierra y envuelta en su vestido.

TALTIBIO

¿Qué diré, oh Zeus? ¿Te interesas por los hombres, o ellos lo creen falsamente, pensando que hay dioses, y que la fortuna domina al mismo tiempo a los mortales? ¿No fue Hécuba reina de los frigios, ricos en oro? ¿No fue esposa de Príamo, gloriosamente afortunado? La lanza ha derribado su ciudad, y ella, esclava y anciana, huérfana de sus hijos, yace en tierra, manchando con el polvo su cabeza desventurada. ¡Ah!, ¡ah! Viejo soy, pero más quiero morir que sufrir vergonzosos males. (*Acercándose a Hécuba*). Levántate, ¡oh mujer infeliz! Que tu cuerpo y tu blanca cabeza abandonen la tierra.

HÉCUBA (*levantándose*).

¡Ah! ¿Quién turba mi reposo? Quienquiera que seas, ¿por qué no

respetas mi aflicción?

TALTIBIO

Yo soy Taltibio, heraldo de los hijos de Dánao, qué vengó a llamarte de orden de Agamenón.

HÉCUBA

¿Has venido acaso, y entonces llenarás mis deseos, para sacrificarme ante el túmulo por mandato de los griegos? ¡Oh, cuán grato me sería! Vayamos cuanto antes, apresurémonos; guíame, ¡oh anciano!

TALTIBIO

Vengo a llamarte, ¡oh mujer!, para que sepultes a tu hija, ya muerta. Encárganmelo los dos Atridas y el pueblo aqueo.

HÉCUBA

¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¿No has venido a buscarme, cuando estoy a punto de morir, sino para anunciarme males? Pereciste, ¡oh hija!, arrancada de los brazos de tu madre: yo quedo sin hijos, sin ti al menos; ¡oh, cuán desgraciada soy! ¿Cómo la sacrificasteis? ¿Con respeto, os ensañasteis en ella, ¡oh anciano!, como si fuese un enemigo? Habla, aunque tus frases me aflijan.

TALTIBIO[31]

Me harás llorar dos veces, ¡oh mujer!, compadecido de tu hija; ahora humedeceré mis ojos recordándolo, y al morir lloré también junto al sepulcro. La muchedumbre infinita del ejército aqueo acudió alrededor del túmulo para presenciar el sacrificio de Políxena: el hijo de Aquiles la llevó de la mano hasta colocarla en lo alto del túmulo, teniéndome a su lado; seguíanle los principales jóvenes aqueos para sujetar a la víctima en las convulsiones de la agonía. El hijo de Aquiles, con el vaso dorado de las

libaciones, las hizo a los manes de su padre, ordenándome después que impusiese silencio a todo el ejército. Yo entonces, en medio de ellos, dije: «Callad, ¡oh griegos!; haya silencio en el pueblo; que ninguno hable, que todos guarden compostura», y la muchedumbre calló en efecto. Él, a su vez, se expresó así: «Recibe, ¡oh padre mío!, hijo de Peleo, estas libaciones que evocan a los muertos, y muéstrate propicio: ven a beber la negra y no libada sangre de esta virgen, que el ejército y yo te ofrecemos; favorécenos, desata nuestras popas, suelta nuestras naves, y concédenos a todos que tornemos con felicidad desde Troya a nuestra patria». Así dijo, y todo el ejército le acompañó en su oración. Cogió luego la empuñadura de oro de su espada, y, desenvainándola, hizo seña a los jóvenes griegos para que sujetaran a la víctima. Ella, al conocerlo, habló de esta manera: «De buen grado muero, ¡oh argivos que arruinasteis mi patria!; nadie toque mi cuerpo, que ofreceré al hierro mi cerviz con ánimo esforzado; pero por los dioses os ruego que no me sujetéis, para que muera como debe morir una mujer libre, que me avergonzará ante los manes el nombre de esclava, siendo reina». Murmullos de aprobación se oyeron en la muchedumbre, y el rey Agamenón ordenó que los jóvenes soltasen a la virgen. Ella, al escucharlo, desgarró su peplo desde los hombros hasta la cintura,[32] y enseñó su pecho, tan hermoso como el de una estatua, e hincó en tierra sus rodillas, y pronunció esta frase muy animosa: «He aquí mi pecho; hiérelo, ¡oh joven!, si lo deseas; si ha de ser en la garganta, prepara la cuchilla». Él vacilaba, movido a compasión; pero al fin la dio muerte, y su sangre corrió a raudales. Al morir no se olvidó de su decoro, y ocultó a nuestras miradas lo que no deben ver los hombres. Después que exhaló el alma, ocupáronse los griegos en distintos menesteres, ya cubriéndola de hojas, ya llenando la

pira con ramas de pino. Los que nada hacían, oyéronles expresarse así: «¿Te estarás quieto, ¡oh perezoso!, y no ofrecerás a esta doncella ni fúnebres galas ni tu peplo? ¿Nada darás a esta víctima tan valerosa como noble?». Esto es lo que puedo decirte acerca de la muerte de Políxena, considerándote, si miro a tus numerosos hijos, la más feliz de las mujeres, y si a tu suerte, como a la más infortunada.

EL CORO

Horribles desgracias han sobrevenido a los hijos de Príamo y a mi patria por decreto inexorable de los dioses.

HÉCUBA

¡Oh, hija! En medio de tantos males, no sé a cuál atender: si uno me alcanza, el otro no me deja: sucédense sin cesar y acumúlanse sin descanso. Y ahora no puedo olvidar tu triste suerte y dejar de gemir; pero no lo haré con exceso, sabiendo con cuánta grandeza has muerto.[33] No es, pues, de admirar si una tierra estéril, favorecida por el cielo, produce rica cosecha, y que la fértil, privada de este bien, dé amargo fruto: solo entre los hombres el malo es siempre malo, el bueno siempre bueno, y no le dañan las calamidades, y siempre es virtuoso. ¿Proviene esto del linaje, o acaso de la educación? No puede negarse que algo contribuye la educación, enseñando la virtud, que quien bien la aprende distingue lo bueno de lo malo. Pero todo esto es inútil: tú, Taltibio, vete y di a los argivos que nadie toque a mi hija, y que la preserven de la multitud, que no faltarán atrevidos en tan numeroso ejército, y cuando la licencia entre marinos es más violenta que el fuego, teniéndose por malo al que no lo es. (*Vase Taltibio*).

Tú, anciana servidora, toma esta urna, y sumergiéndola en la mar, tráeme agua para lavar por última vez a mi hija, esposa y no esposa, virgen y

no virgen,[34] para exponerla al público como merece; pero ¿cómo lo haré sin recursos? ¿De qué medio me valdré? Reuniré las joyas de estas cautivas que me acompañan en la tienda, si han podido ocultar algo suyo de la vista de sus nuevos dueños. (*Vase la esclava*).

¡Oh suntuosas moradas! ¡Oh palacio, feliz en otro tiempo! ¡Oh afortunado Príamo, padre de tantos y tan hermosos hijos![35] ¡Oh madre suya anciana! Trocose en humo nuestra soberbia. ¡Y todavía nos enorgullecemos, ya por nuestras riquezas, ya por los honores que nuestros ciudadanos nos dispensan! Y nada es todo esto sino causa de cuidados y motivo de vanidad. ¡Feliz entre los felices el que no sufre un mal cada día! (*Entra en la tienda*).

EL CORO

Estrofa. — Calamidades, horribles pérdidas había yo de llorar sin falta, desde el momento en que Alejandro cortó los abetos del Ida para navegar por el hinchado Ponto hacia el tálamo de Helena, hermosísima mortal que contempló asombrado el sol de cabellos de oro, inundándola con sus rayos.

Antístrofa. — Duros trabajos y un destino más cruel aún nos esperaban. Daño mortífero por nuestra propia locura, y calamidades causadas por nuestros enemigos han caído sobre la tierra que baña el Simois.[36] Fallada está la contienda que se suscitó en el Ida entre un pastor y tres hijas de dioses, terminando en guerra y muerte y ruina de mi patria.

Epodo. — Pero también gime y llora la joven lacedemonia en las orillas del Eurotas,[37] de deleitosa corriente, y la madre de tantos hijos muertos se arranca sus blancos cabellos, y lastima sus mejillas, y llena de sangre sus uñas.

LA ESCLAVA

¿En dónde está, oh mujeres, la muy desgraciada Hécuba, cuyos males superan a los de todos los mortales? Nadie podrá arrebatarle esta palma.

EL CORO

¿Qué buscas con esos clamores de mal agüero? ¿Dejaremos de oír alguna vez tus tristes anuncios?

LA ESCLAVA (*entra la esclava, trayendo un cadáver, que deposita en el teatro*).

Vengo a traer a Hécuba un nuevo dolor: cuando las desdichas nos agobian, no es fácil proferir palabras alegres.

EL CORO

Mírala salir de la tienda, apareciendo tan a tiempo para oírte.

LA ESCLAVA

¡Oh dueña infeliz, y más aún de lo que digo! Llegada es tu última hora, no siendo posible vivir, aunque te vea la luz, sin hijos, sin esposo, sin patria, sin ninguna esperanza.

HÉCUBA

Nada nuevo dices, que bien conocemos la extensión de nuestra ignominiosa desgracia. ¿Pero a qué me traes el cadáver de Políxena, habiéndoseme dicho que todos los aqueos le darían honrosa sepultura?

LA ESCLAVA (*aparte*).

Nada sabe, y solo llora a Políxena: ignora sus nuevos males.[38]

HÉCUBA

¡Cuánta es mi desgracia! ¿Me traes acaso el cadáver de Casandra, la inspirada profetisa?

LA ESCLAVA

Casandra vive: pero ¿no gimes por este muerto? Mira su cuerpo desnudo y, contra lo que esperabas, contemplarás un prodigio.

HÉCUBA

¡Ay de mí! El muerto que veo es mi hijo Polidoro, el que me guardaba el tracio. ¡Yo muero; ya no puedo vivir más! ¡Oh hijo! ¡Hijo de mi corazón! Ya comienzo otro lúgubre canto, puesto que un numen maléfico me anuncia nuevas calamidades.

LA ESCLAVA

¿Sabías, ¡oh desdichada!, que tu hijo había sido asesinado?

HÉCUBA

Nuevo, nuevo es para mí esto; increíble, increíble; los males se suceden a los males, y ni un solo día dejaré de llorar y de gemir.

EL CORO

Horrendas, ¡oh mísera!, horrendas son nuestras desdichas.

HÉCUBA

¡Oh hijo, hijo de madre infortunada! ¿Qué destino fatal te ha hecho perecer? ¿Qué accidente? ¿Quién ha sido tu asesino?

LA ESCLAVA

No lo sé; lo encontré en la orilla del mar.

HÉCUBA

¿Arrojado por las olas en la apretada arena, o víctima de lanzada cruel?

LA ESCLAVA

El oleaje lo arrastró a la orilla.

HÉCUBA

¡Ay de mí! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya entiendo el sueño y la visión de mis ojos! No me engañó el fantasma de negras alas, que lo vi enseñándomelo, privado de

la luz del cielo.

EL CORO

¿Quién lo asesinó? ¿Podrás decirlo, instruida por el sueño?

HÉCUBA

Mi amado,[39] mi amado caballero tracio, a quien lo confió en secreto su anciano padre.

EL CORO

¿Qué dices? ¡Ay de mí! ¿Para apoderarse de sus tesoros después de muerto?

HÉCUBA

¡Crimen nefando, superior a todo encarecimiento, impío e intolerable! ¡Así se agradece la hospitalidad! ¡Oh, execrable malvado! ¿Cómo osaste desgarrar su cuerpo y cortar sus infantiles miembros con tu espada sin sentir compasión?

EL CORO

¡Oh, mujer infeliz! ¡Cómo te ha hecho la más infortunada de las mortales el numen que te es adverso! Pero me parece que veo venir a Agamenón: callemos, pues.

AGAMENÓN[40]

¿Por qué no vienes, ¡oh Hécuba!, a sepultar a tu hija, según me anunció Taltibio, encargándome de tu parte que no la tocase ningún argivo? Así lo hemos hecho, y no la hemos tocado; pero tú tardas hasta el punto de excitar mi sorpresa; vengo por ti: todo se ha hecho bien allá, si es que puede hacerse bien. ¿Pero quien es el troyano que veo muerto en esta tienda? Los vestidos que lo envuelven me indican que no es ninguno de los griegos.

HÉCUBA (*aparte*).

¡Infeliz Hécuba, pues hablo conmigo misma hablando contigo! ¿Qué haré? ¿Abrazaré las rodillas de Agamenón, o sufriré mis males en silencio?

AGAMENÓN

¿Por qué lloras volviendo el rostro, y no me dices la causa de tu llanto, ni quién es este?

HÉCUBA (*aparte*).

Pero si me rechaza de sus rodillas, tratándome como a esclava y enemiga, será mayor mi pena.

AGAMENÓN

No soy adivino para conocer lo que piensas, si no me lo dices.

HÉCUBA (*aparte*).

¿Sospecharé quizá que me es hostil, y no lo es en verdad?

AGAMENÓN

Si nada quieres descubrirme, somos del mismo parecer, porque tampoco quiero oír nada.[41]

HÉCUBA (*aparte*).

Sin su ayuda no podré vengar a mis hijos. ¿A qué pienso en esto? Es menester atreverme, consiga o no lo que quiero. (*Hablando con Agamenón*). ¡Oh Agamenón! Te suplico, por estas rodillas que abrazo, y por tu barba y afortunada diestra...

AGAMENÓN

¿Qué quieres? ¿Deseas vivir en libertad? Esto es fácil para ti.

HÉCUBA[42]

No es eso ciertamente, sino castigar a hombres malvados, que así serviré de buen grado toda mi vida.

AGAMENÓN

¿Pero con qué objeto imploras mi auxilio?

HÉCUBA

No solicito lo que supones. ¿Ves este cadáver que me hace llorar?

AGAMENÓN

Ya lo veo; pero no por eso te entiendo.

HÉCUBA

Lo llevé en mis entrañas, y lo di a luz.

AGAMENÓN

¿Es quizá alguno de tus hijos, mujer desventurada?

HÉCUBA

No es ninguno de los hijos de Príamo que murieron por defender a Troya.

AGAMENÓN

¿Tuviste algún otro?

HÉCUBA

Sí; pero, según ves, de nada me ha servido.

AGAMENÓN

¿En dónde estaba cuando arruinamos la ciudad?

HÉCUBA

Su padre lo alejó de ella, temiendo su muerte.

AGAMENÓN

¿Adónde? ¿Separándolo de los demás que vivían?

HÉCUBA

Mandándolo a esta región, en donde se le ha encontrado muerto.

AGAMENÓN

¿Confiándolo a Poliméstor, rey de ella?

HÉCUBA

Enviolo a esta tierra, y además un funestísimo tesoro.

AGAMENÓN

¿Quién le ha dado muerte? ¿Cómo ha sido esto?

HÉCUBA

¿Quién puede ser? Lo mató el huésped tracio.

AGAMENÓN

¡Oh infeliz! ¿Codicioso sin duda del tesoro?

HÉCUBA

Así fue, desde que supo los males de los troyanos.

AGAMENÓN

¿En dónde lo hallaste? ¿Quién trajo el cadáver?

HÉCUBA

Esta, que lo encontró a la orilla del mar.

AGAMENÓN

¿Buscándolo porque lo sabía, o casualmente?

HÉCUBA

Fue a traer agua para lavar a Políxena.

AGAMENÓN

¿Lo arrojaría a él el huésped después de matarlo?

HÉCUBA

Así lo hizo, destrozando antes su cuerpo.

AGAMENÓN

¡Oh desventurada! ¡Cuán grandes son tus males!

HÉCUBA

No puedo resistirlos; no hay calamidad que no sufra.

AGAMENÓN

¿Qué mujer hubo nunca tan desventurada como esta?

HÉCUBA

No la hay, a no ser la misma desventura;[43] pero óyeme, ya que me prosterno a tus rodillas. Si crees que sufro con justicia, haré lo posible por sobrellevarlo; pero si no lo piensas así, ayúdame a vengarme de este huésped, el más impío de todos los hombres, que, sin temor a dioses celestes ni infernales, perpetró un crimen de los más nefandos, habiendo bebido muchas veces a mi mesa, y siendo el primero de mis amigos por la hospitalidad que le di; y después de recibir cuanto fue necesario, y de conocer nuestros más fervientes deseos, lo mató; y no satisfecho con esto, lo privó de la sepultura, arrojándolo a la mar. Esclavas y débiles somos, pero poderosos los dioses, y la ley más que todos: la ley nos dice que hay dioses, y nos enseña en la vida a distinguir lo justo de lo injusto. Si, pues, imploro tu ayuda para que se observe, y en vez de esto se huella, impunes quedarán los que matan a sus huéspedes, o los que cometen sacrilegios, y no habrá justicia entre los hombres. Si condenas también estos crímenes, respeta mi desdicha, compadécete de mí, y como el pintor que mira desde lejos, mírame también, y considera los males que sufro. ¡Antes reina, y hoy tu esclava; antes feliz, con larga prole, y ahora anciana y sin hijos, sin patria, abandonada, la más infeliz de las mujeres! (*Agamenón se aparta conmovido*). ¡Ay de mí! ¡Cuán grande es mi desdicha! ¿Por qué retiras tu pie? Ya veo que nada conseguiré. ¡Oh desventurada! ¿A qué fin los mortales cultivan y aprenden tantas artes útiles, si a la elocuencia, reina sola entre los hombres, no la perfeccionamos más que a otra alguna, ni recompensamos a los que la poseen, para persuadir lo que deseamos, y

lograrlo al mismo tiempo? ¿Quién, después de esto, podrá tener ventura en lo que emprenda? De tantos hijos no me queda ya ninguno, y cautiva estoy, llena de ignominia, y todavía veo el humo que se escapa de la ciudad.[44] Y acaso de nada me sirva invocar a Afrodita, aunque se diga que mi hija la profetisa, la que llaman Casandra los frigios, descansa en el lecho a tu lado. ¿En dónde, ¡oh rey!, pasarás noches agradables, y disfrutarás de tiernos abrazos en el lecho? ¿No has de probar tu amor a mi hija, y a mí que soy su madre? Oye ahora, por último. ¿Ves a este muerto? Hazle bien, y lo harás a un pariente tuyo. Réstame solo decirte pocas palabras. Ojalá que pudiesen hablar mis brazos y mis manos, mis cabellos y todos mis miembros, por arte de Dédalo[45] o de algún dios, para adherirme a tus rodillas, y llorar a la vez con todo mi cuerpo, y a un mismo tiempo rogarte con todo género de súplicas: accede a ellas, que eres mi señor, el sol resplandeciente de la Grecia; ofrece a esta anciana tu mano vengadora, aunque ella nada sea; ofrécela por tu vida, que es de hombres honrados amar la justicia y castigar sin consideración a los criminales.

EL CORO

Sorprendente es observar cómo se trastorna todo entre los mortales, y cómo la necesidad se sobrepone a leyes y costumbres, haciendo amigos a los que eran enemigos y enemigos a los que se amaban antes.

AGAMENÓN[46]

Compadézcome de ti, ¡oh Hécuba!, de tu hijo, de tus desdichas y de tus ruegos, y en gracia de los dioses, y por amor a la justicia, quiero castigar a ese huésped impío si hay medio de hacer lo que deseas sin que sospeche el ejército que maquino la muerte del rey tracio por amor a Casandra. No estoy tranquilo, sin embargo, porque el ejército lo mira como amigo y

como a enemigo a este muerto, pues que si tú lo amas, afecto tuyo es solo, no común a los griegos. Piénsalo, pues, que pronto estoy a socorrerte, pero tardo si han de acusarme los griegos.

HÉCUBA (*levantándose*).

¡Ay, que ningún mortal es libre! O son esclavos del dinero o de la fortuna, o el pueblo o las leyes le impiden seguir los impulsos de su corazón. Pero ya que temes y das tanta importancia a la muchedumbre, yo te libertaré de ese temor. Bástete saber los medios de que pienso valerme para castigar a mi enemigo; no me ayudes tú mismo; pero si los aqueos se alborotan y quieren socorrerlo, si le sobreviene algún daño, refrénalos y no descubras que lo haces por favorecerme. Confía por lo demás, que a mi cargo corre arreglarlo todo bien.

AGAMENÓN

¿Pero de qué manera? ¿Qué vas a hacer? ¿Empuñarás la espada con tus débiles manos y matarás a ese rey bárbaro, o con veneno o con ayuda ajena? ¿Quién te dará auxilio? ¿En dónde encontrarás un amigo?

HÉCUBA

Bajo estos techos se albergan muchas troyanas.

AGAMENÓN

¿De las cautivas hablas, presa de los griegos?

HÉCUBA

Con ellas castigaré al homicida.

AGAMENÓN

¿Pero cómo han de vencer a los hombres estas mujeres?

HÉCUBA

Mucho puede el número, y con la astucia es invencible.

AGAMENÓN

Verdad es que puede mucho, pero valen poco las mujeres.

HÉCUBA

¿Por qué no? ¿No fueron mujeres las que mataron a los hijos de Egipto[47] y exterminaron a los hombres en Lemnos?[48] Así se hará, y no hablemos más de esto; manda que no detengan a esta esclava en todo el campamento, y tú, sierva, acércate al huésped tracio, y dile: «Hécuba te llama, la que era hace poco reina de Ilión, porque así conviene a ti y a ella; que contigo vengan tus hijos, que ellos deben saber también lo que piensa hacer». Retarda, ¡oh Agamenón!, el entierro de Políxena, para que ambos, el hermano y la hermana, doble objeto de mi maternal amor, ardan en una misma pira y sean sepultados juntos.

AGAMENÓN

Así se hará, porque si navegase el ejército, no podría concederte esta gracia; pero ahora, y ya que por obra de los dioses no soplan vientos favorables, debemos permanecer aquí, esperando tranquilamente hacernos después a la vela. Que todo suceda con felicidad; es de interés de todos en general, de cada uno en particular y de la república que el malo sufra el mal y que el bueno sea afortunado. (*Vanse los dos en distintas direcciones*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh Troya, mi patria! ¡Ya no te llamarán la inexpugnable! Te cercó una nube de griegos, y con la lanza, sí, con lanza te arruinaron. Derribaron la corona de tus torres, y la triste mancha del humo desfigura tu desventurado rostro; jamás te volveré a visitar.

Antístrofa 1.ª — Consumose a media noche mi desastre, cuando el blando sueño que sigue a la cena cierra suavemente los ojos; mi esposo

yacía en el lecho, descansando de sus cánticos y alegres fiestas, colgada su lanza, y sin ver la muchedumbre de enemigos que desde las naves acometía a la ilíaca Troya.

Estrofa 2.ª — Y yo sujetaba mis cabellos con cintas,[49] y miraba los varios resplandores de los dorados espejos antes de subir al tálamo. Un ruido se oyó entonces, y una voz que resonaba en toda Troya, y decía de esta manera: «¿Cuándo, ¡oh hijos de los griegos!, cuándo volveréis a vuestra patria después de arruinar la ciudadela troyana?».

Antístrofa 2.ª — Y yo dejé el dulce lecho, sencillamente vestida[50] como una doncella dórica,[51] y nada conseguí, intentando en vano que me fuese propicia Artemisa, y me arrastran, matando a mi esposo, al mar salado. Y miré desde lejos la plaza cuando las naves se alejaron, y me separé de mi patria, ¡ay de mí!, exhalando de dolor el alma.

Epodo. — Y maldije a Helena, hermana de los Dioscuros, y al pastor del Ida, al funesto Paris, porque me arrancaron de mi país natal, y abandoné mi hogar, no a causa de himeneo legítimo, sino por obra de numen maléfico. Que el marino piélago no la lleve en su seno, y que nunca vuelva a su patria. (*Antes de concluir el coro aparece Poliméstor con sus hijos y séquito, y las esclavas corren a la tienda a llamar a Hécuba*).

POLIMÉSTOR

¡Oh Príamo, el más querido de los hombres, y tú, Hécuba, mujer la más amada! Lloro al verte, a tu ciudad y a esa hija tuya, muerta hace poco; ni es duradera la gloria, ni feliz después el que lo es ahora; complácense los dioses en desconcertar a los hombres, ignorantes de lo futuro, para que los reverencien. Pero ¿a qué llorar si no he de aliviar tus males? No te quejes, sin embargo, de mi ausencia, que cuando llegaste aquí me hallaba en los

últimos confines de la Tracia. A mi vuelta, y al tiempo de salir de mi palacio, me encontró esta esclava tuya y me habló de tu parte, y por esta causa me ves aquí.

HÉCUBA (*cubriéndose el rostro*).[52]

Me avergüenzo, ¡oh Poliméstor!, de mirarte frente a frente, siendo tantas mis desdichas. Tú me conociste feliz, y tu recuerdo, cuando lo comparo con mi infortunio presente, me hace bajar los ojos. No lo atribuyas a malevolencia, ¡oh Poliméstor!; otra es la causa, y las mujeres no deben mirar a los hombres con descaro.

POLIMÉSTOR

No lo extraño; mas ¿para qué me necesitas? ¿Por qué me mandaste llamar?

HÉCUBA

Quiero hablar en secreto contigo y con tus hijos; ordena, pues, a tu guardia que nos deje solos.

POLIMÉSTOR (*a los soldados*).

Alejaos, que no hay motivo de desconfianza en esta soledad. (*A Hécuba*). Tú eres mi amiga, y amigo mío es también el ejército aqueo. Indícame, por tanto, lo que pueden hacer los felices por los infortunados, porque estoy dispuesto a ello.

HÉCUBA[53]

Respóndeme primero si vive en tu palacio mi hijo Polidoro, el que te entregamos en persona yo y su padre; después te preguntaré lo demás.

POLIMÉSTOR

Sin duda alguna; y por lo que a él toca, puedes estar tranquila.

HÉCUBA

¡Oh amigo el más querido! ¡Qué dignidad y hombría de bien respiran tus palabras!

POLIMÉSTOR

¿Qué más quieres saber de mí?

HÉCUBA

¿Se acuerda algo de su madre?

POLIMÉSTOR

Tanto, que quería venir a verte ocultamente.

HÉCUBA

¿Y está seguro el oro que trajo de Troya?

POLIMÉSTOR

Seguro, y guardado en mi palacio.

HÉCUBA

Consérvalo, y no codicies los bienes ajenos.

POLIMÉSTOR

De ninguna manera; gozaré de lo que tengo.

HÉCUBA (*en voz baja*).

¿Sabes lo que quiero decirte y a tus hijos?

POLIMÉSTOR (*con curiosidad*).

No; ahora me lo dirás.

HÉCUBA

Hay, ¡oh amigo!, para que me estimes...

POLIMÉSTOR

¿Qué hay que yo y mis hijos debamos saber?

HÉCUBA

Un antiguo tesoro escondido por los hijos de Príamo.

POLIMÉSTOR

¿Quieres que lo sepa el tuyo?

HÉCUBA

Justamente, y por tu conducto, porque eres hombre piadoso.

POLIMÉSTOR

Y entonces, ¿para qué es necesaria la presencia de mis hijos?

HÉCUBA

Por si mueres, que lo sepan ellos.

POLIMÉSTOR

Dices bien; más prudente es.

HÉCUBA

¿Conoces tú acaso el lugar en donde se eleva el templo de Atenea troyana?

POLIMÉSTOR

¿Está allí el tesoro? Pero ¿qué señal podrá indicarlo?

HÉCUBA

Un peñasco negro que sobresale de la tierra.

POLIMÉSTOR

¿Quieres decirme más acerca de esto?

HÉCUBA

Deseo que guardes tú el dinero que he traído conmigo.

POLIMÉSTOR

¿En dónde está? ¿Lo ocultas bajo tus vestidos?

HÉCUBA

No; entre los despojos que aquí se guardan.

POLIMÉSTOR

¿En dónde? Estas son las tiendas que cercan a las naves aqueas.

HÉCUBA

Solo las habitan cautivas.

POLIMÉSTOR

¿Tienes en ellas confianza? ¿No hay hombre ninguno?

HÉCUBA

No hay dentro ningún aqueo; estamos nosotras solas. (*Entra detrás de él en la tienda*). Pero entra, porque los griegos anhelan soltar los cables para dirigirse a su patria desde Troya; prepara, pues, lo necesario para que vuelvas con tus hijos adonde dejaste el mío.

EL CORO

Aún no has expiado tu delito, pero quizá, pronto lo expíes, como el que cae de improviso en mar embravecido, perdiendo su vida, que tanto amaba. Mortal, mortal daño amenaza a quien ofende a la justicia y a los dioses. La esperanza que te mueve, ¡oh desgraciado!, te llevará al Orco, en donde habitan los muertos, y una débil mano te arrancará la vida.

POLIMÉSTOR (*dentro de la tienda*).

¡Ay de mí, que apagan la luz de mis ojos!

EL CORO

¿Habéis oído, ¡oh amigas!, los lamentos del tracio?

POLIMÉSTOR

¡Ay de mis hijos y de su funesta suerte!

EL CORO (*corriendo hacia la tienda*).

Nuevas calamidades, ¡oh amigas!, suceden en esta tienda.

POLIMÉSTOR

En vano huiréis con pies ligeros; yo venceré a la fuerza todos los

obstáculos que estas tiendas me ofrecen.

EL CORO

Posada mano descargó este golpe. ¿Entramos? ¡Socorramos a Hécuba y a las troyanas!

HÉCUBA (*saliendo de la tienda con sus esclavas*).

Golpea, nada perdones; rompe las puertas; nunca verán tus ojos la luz, ni tampoco a tus hijos, muertos a mis manos.

EL CORO

¿Venciste al tracio, triunfaste de él, ¡oh mi dueña!, e hiciste lo que pensabas?

HÉCUBA

Lo veréis ciego delante de la tienda, vacilando con pies torpes, y los cadáveres de sus dos hijos, a quienes dimos muerte yo y las valerosas troyanas. Ya me he vengado. Míralo cómo sale de la tienda; pero huyo para escapar de la rabia de tan feroz tracio.

POLIMÉSTOR (*sale vacilante de la tienda,*
a cuya entrada deja los cadáveres de sus hijos).

¡Ay de mí! ¿Adónde iré? ¿A quién acudiré? ¿A quién llamaré? Andando con las manos como los animales que frecuentan las selvas, ¿por dónde me dirigiré para apresar a las homicidas troyanas que me hirieron? ¡Malvadas, malvadas doncellas frigias! ¡Malditas seáis! ¿Adónde se habrán refugiado, huyendo de mí medrosas? ¡Si curaras, si curaras, ¡oh sol!, mis ensangrentados párpados y disiparas las tinieblas que me cercan! (*Se detiene y escucha*). Pero callemos; siento aquí tímidos pasos de mujeres. (*Corriendo ciego*). ¿Adónde me arrojaré para saciarme de huesos y de carne, celebrando un festín como el de las fieras de los montes y vengando mi mano la

mutilación que he sufrido? ¡Oh desgraciado! (*Se detiene y vuelve a la tienda*). ¿Adónde, por dónde caminaré, dejando entregados mis hijos a estas infernales bacantes,[54] que los despedazarán después de haberlos asesinado, y los ofrecerán llenos de sangre a los perros, o los arrojarán a las fieras de las montañas? ¿En dónde me detendré? ¿Adónde iré? ¿Adónde tornaré, como nave de fuertes cordajes que pliega sus velas de lino, precipitándome hacia este lecho mortal para guardar el cuerpo de mis hijos? (*Se sienta al lado de sus hijos*).

EL CORO

¡Oh desventurado! ¡Qué intolerables son para ti tus males! Pero has cometido un crimen infame, y grave ha de ser su expiación.

POLIMÉSTOR

¡Ah, ah! ¡Tracios belicosos, caballeros de robustas lanzas, tan hábiles en el manejo de las armas! ¡Aqueos! ¡Atridas! Oíd mis clamores; oíd mis clamores; oíd mis clamores; andad, venid, por los dioses. ¿Me oye alguno? ¿Ninguno me socorre? ¿Por qué vaciláis? Mujeres cautivas me perdieron; graves, graves males hemos sufrido. Compadeceos de mi daño. ¿Adónde me volveré? ¿Adónde me encaminaré? ¿Volaré al celeste éter, a los aéreos palacios, en donde Orión o Sirio lanzan rayos de sus ojos,[55] o me precipitaré en las negras aguas de Hades?

EL CORO

Digno es de lástima el que, sufriendo males insoportables, desea morir.

AGAMENÓN

He oído clamores, y vengo aquí, que Eco, la hija jamás dormida de las agrestes rocas, ha resonado en todo el campamento, promoviendo gran alboroto; y, si no supiésemos que las torres de los frigios han caído al

empuje de la lanza griega, nos hubiese infundido tal clamoreo temor inmenso. (*Acércanse a Agamenón Poliméstor y Hécuba*).

POLIMÉSTOR

¿Ves, ¡oh tú!, el muy amado (que he conocido la voz de Agamenón), los males que sufro?

AGAMENÓN

¡Ah, infeliz Poliméstor! ¿Quién te mutiló? ¿Quién cegó tus ojos, ensangrentando sus pupilas, y mató a tus hijos? Cualquiera que haya sido ha obrado así sin duda contra ti y contra ellos movido por ira poderosa.

POLIMÉSTOR

Hécuba y las cautivas me perdieron; no me perdieron, que hicieron algo más.

AGAMENÓN

¿Qué oigo? ¿Tú has hecho esto tal como él lo dice? ¿Tú, Hécuba, has tenido tanta audacia?

POLIMÉSTOR

¡Ay de mí! ¿Qué hablas? ¿Hay alguien aquí cerca? Indícame en dónde está, para desgarrarla con mis manos y llenarla de sangre.

AGAMENÓN (*conteniéndolo*).

Desgraciado, ¿qué te sucede?

POLIMÉSTOR

Por los dioses te ruego que dejes a mi furiosa mano apoderarse de ella.

AGAMENÓN

Detente, y despojándote de esa bárbara furia explícate, para que os oiga a ambos y juzgue con conocimiento de causa de tu desdicha.

POLIMÉSTOR[56]

Hablaré, pues. Polidoro, el menor de los hijos de Príamo y de Hécuba, me fue confiado por su padre para educarlo en mi palacio, presintiendo, sin duda, la ruina de Troya. Yo le maté, pero oye la razón que me movió a hacerlo, y aprecia mi previsión y sabiduría: recelaba que este niño, tu enemigo, se pusiese a la cabeza de los troyanos y reconstruyese la ciudad; y que los griegos, sabiendo que vivía alguno de los hijos de Príamo, acometiesen otra vez a la Frigia y devastasen después los campos de la Tracia y que, por nuestra proximidad a los troyanos, fuésemos víctimas de los mismos males que ahora sufrimos. Al conocer Hécuba la suerte fatal de Polidoro, me llamó pretextando indicarme el lugar en donde se ocultaba cierto tesoro de los hijos de Príamo, y me hizo venir solo con los míos, para que ningún otro lo supiese. Me siento en medio del lecho, dobladas las rodillas, y muchas doncellas troyanas se sentaron también a mi izquierda y a mi derecha, tratándome como a un amigo, y miraban mi manto, obra de mano edónica,[57] y lo celebraban y revolvían a la luz, mientras otras examinaban mi dardo tracio, despojándome así de mi doble defensa. Las que eran madres tomaban en sus brazos a mis hijos, como para admirarlos, separándolos de su padre, y los pasaban de mano en mano. Después de gratos coloquios, ¿cómo lo creerás?, sacan puñales, que llevaban ocultos bajo sus vestidos, y las unas matan a mis hijos, y las otras, como si fuesen mis enemigas, sujetan mis pies y mis manos; y cuando quería socorrerlos y levantar mi cabeza, me retenían por los cabellos; si movía las manos, nada conseguía contra tantas mujeres. Al fin, añadiendo un daño a otro, perpetraron un crimen espantoso: con sus broches[58] hirieron las niñas de mis ojos y las llenaron de sangre; después huyeron de la tienda. Yo salté entonces como una fiera que persigue a sanguinarios perros, tentando la

pared como un cazador, y rompiendo y destrozándolo todo. Esto he sufrido, ¡oh Agamenón!, por hacerte bien y matar a tu enemigo. Para no pronunciar más largo discurso, resumiré en pocas palabras cuanto mal se ha dicho antes de las mujeres, cuanto ahora se diga y se dirá después: ni la tierra ni los mares albergan ningún ser que pueda compararseles, lo cual, en verdad, saben como yo los que las tratan.[59]

EL CORO

No seas audaz ni insolente, ni hables así de todas las mujeres, excitado por tus males; muchas de nosotras somos objeto de envidia, aunque otras seamos malas en efecto.

HÉCUBA

La lengua de los hombres, ¡oh Agamenón!, nunca debía valer más que sus hechos, sino solo hablar bien si bien obraban, y si sus acciones eran vituperables, que sus palabras ahuyentasen a las gentes, y no revestir sus injusticias con elocuentes frases. Sabios los hay, en verdad, hablando con exactitud; pero es difícil serlo siempre, y cada cual recibe su premio o su castigo, y ninguno lo ha evitado hasta ahora. Y así es como debo empezar por lo que a ti atañe; pero ahora toca a él, y será a su vez interrogado, ya que ha dicho que por ahorrar dos trabajos a los griegos, y por afecto a Agamenón, ha dado muerte a mi hijo. Pero advierte en primer lugar, ¡oh infame!, que nunca fueron los bárbaros amigos de los griegos, ni podrán serlo. ¿Qué esperabas conseguir? ¿Intentabas acaso contraer algún matrimonio ventajoso, o vengar a tus parientes? ¿Qué motivo te impulsaba? ¿Temías quizá que, volviendo los griegos con sus naves, destrozasen tus sembrados? ¿A quién lo persuadirías? El oro y tu codicia, si quieres decir la verdad, han sido los asesinos de mi hijo. Pruébame, si no,

por qué cuando Troya era feliz, cercada de sus murallas, y Príamo vivía, y Héctor empuñaba su robusta lanza, no lo mataste entonces por conciliarte la gracia de este, y lo alimentabas y lo hospedabas en tu palacio. ¿Por qué no lo entregaste vivo a los griegos? ¿Por qué cuando se nubló nuestra fortuna y los enemigos llenaron de humo la ciudad, mataste a tu huésped, al que se había refugiado en tu hogar? Oye además otras razones que probarán tu delito. Si eras amigo de los griegos, debiste dar el oro que guardabas, y que confiesas no ser tuyo, a los que tanto lo necesitaban peregrinando tan largo tiempo lejos de su patria; ni aun ahora quieres soltarlo, sino que persistes en retenerlo; y sin embargo, si hubieses alimentado, como era justo, y defendido a mi hijo, mucha gloria ganaras, si es cierto que los amigos verdaderos se conocen en la adversidad, y que la buena fortuna los atrae por sí misma. Si hubieses necesitado dinero y la suerte te hubiera sido propicia, mi hijo habría sido rico tesoro para ti, y ahora no puede ser este tu amigo, y has perdido esas riquezas y tus hijos, y te ves reducido a este extremo. Y te digo, ¡oh Agamenón!, que si socorres a este, te creerán también malvado, porque no serás benéfico con un huésped piadoso, ni fiel a los que debías serlo, ni santo, ni justo; antes bien, diremos que, si lo haces, es porque te agrada favorecer a los criminales. Pero no quiero proferir injurias contra mis dueños.

EL CORO

En verdad, en verdad que una buena causa inspira o los hombres discursos elocuentes.

AGAMENÓN[60]

Molesto es para mi juzgar pleitos ajenos, y, sin embargo, es preciso, porque sería indecoroso aceptar un compromiso y no cumplirlo. Has de

saber, pues, que, en mi concepto, ni por favorecerme, ni por conciliarte la benevolencia de los aqueos has dado muerte a tu huésped, sino por guardar su tesoro en tu palacio. Tú hablas como te conviene, obligado por tus males. Fácil os será, acaso, matar a quienes dais hospitalidad; pero entre nosotros, los griegos, es una infamia. ¿Cómo, pues, si te absuelvo, evitaré el vituperio? Seguramente no puedo. Pero ya que osaste cometer lo que no era justo, sufre sus tristes consecuencias.

POLIMÉSTOR

¡Ay de mí! Vencido, a lo que parece, por una esclava, hasta los seres más despreciables me castigarán.

HÉCUBA

¿Y por qué no, habiendo cometido tantos delitos?

POLIMÉSTOR

¡Ay de mí, mísero, de mis hijos y de mis ojos!

HÉCUBA

¿Te lamentas? ¿Y yo? ¿Crees que no lloro al mío?

POLIMÉSTOR

¡Gozas insultándome, oh mujer maliciosa!

HÉCUBA

¿No he de alegrarme, habiéndome vengado de ti?

POLIMÉSTOR

Pero bien pronto se disipará tu gozo, cuando las saladas ondas...

HÉCUBA

¿Me llevarán en las naves hasta los confines de la Grecia?

POLIMÉSTOR

Al contrario, te tragarán cayéndote de lo alto de los mástiles.

HÉCUBA

¿Quién me hará dar tan mortal salto?

POLIMÉSTOR

Subirás por tus pies al mástil.

HÉCUBA

¿Con alas en mis espaldas, o de qué modo?

POLIMÉSTOR

Serás transformada en perra, y tus ojos parecerán de fuego.

HÉCUBA

¿Y cómo sabes que mi forma ha de cambiar?

POLIMÉSTOR

Dioniso, oráculo de los tracios,[61] me lo ha dicho.

HÉCUBA

¿Y no te anunció ninguno de los males que padeces?

POLIMÉSTOR

Nunca hubiese sido víctima de tus asechanzas.

HÉCUBA

Y lo que dices, ¿me sucederá en vida, o después de muerta?

POLIMÉSTOR

Después de muerta, y tu nombre designará tu sepulcro.

HÉCUBA

¿Que signifique mi nueva forma, o de qué manera?

POLIMÉSTOR

Sepulcro de una perra desdichada, y señal para los navegantes.

HÉCUBA

Poco me importa, siempre que me haya vengado de ti.

POLIMÉSTOR

También morirá tu hija Casandra.

HÉCUBA

Caiga sobre ti mi maldición, y ojalá que tú sufras esos males.

POLIMÉSTOR

La matará la esposa de este, cruel defensora de su palacio.

HÉCUBA

Que la hija de Tíndaro no delire hasta ese punto.

POLIMÉSTOR

Y también a Agamenón, levantando segunda vez su segur.

AGAMENÓN

¿Has perdido el juicio, desventurado? ¿Quieres ser víctima de nuevos infortunios?

POLIMÉSTOR

Mátame, que en Argos te espera el agua lustral de este homicidio.

AGAMENÓN

Llevadlo arrastrando de mi vista, ¡oh servidores!

POLIMÉSTOR

¿Te duele oírme?

AGAMENÓN

¿No le cerraréis los labios?

POLIMÉSTOR

Cerradlos, que ya lo dije todo.

AGAMENÓN

¿Y no lo arrojaréis a alguna isla desierta, ya que tanto ha abusado de su lengua? (*Llévanse a Poliméstor*). Tú, desdichada Hécuba, ve a sepultar tus

dos hijos muertos. Encaminaos vosotras, ¡oh tróades!, a las tiendas de vuestros dueños, que ya sopla el viento favorable que ha de llevarnos a nuestra patria. ¡Que sea feliz nuestra navegación! ¡Que libres de tantos infortunios, veamos gozosos a los que dejamos en nuestros hogares!

EL CORO

A las tiendas y al puerto, amigas, a trabajar como esclavas: la dura necesidad lo manda.

* * *

Notas

1. En la genealogía de Hécuba, Eurípides ha seguido una tradición desconocida, fundada acaso en algún poeta griego anterior, cuyas obras no han llegado hasta nosotros. Homero en su *Ilíada*, XVI, 758, dice que el padre de Hécuba fue Dimas, rey de Frigia. Polidoro tampoco aparece en dicho poema como hijo de Hécuba, sino de Laótoe, y muere a manos de Aquiles, no de Poliméstor. (*Ilíada*, XX, 408; XXI, 81 y siguientes). La opinión de Eurípides es también la de Virgilio (*Eneid.*, X, 706) y la de Ovidio (*Metam.*, 429-575), los cuales, como él, hacen a Hécuba hija de Ciseo.

2. Quersoneso, de las dos palabras griegas χέρσος y νῆσος, continente e isla, equivale a nuestra voz *península*. Los antiguos conocieron varios, y uno de ellos era este de Tracia, hoy Galípoli, entre el golfo Melas y el Helesponto. Perteneció a los atenienses desde Milcíades, y lo perdieron en la guerra del Peloponeso.

3. En el texto leemos ὅπλα, armadura, arma defensiva, lo contrario de ἔγχος, que era la ofensiva. Dice, pues, bien el escoliasta: ὅπλα τὰ φυλακτήρια οἷον θώραξ, κράνος, ἔγχος δὲ καὶ σπάθη ἀμυντήρια.

4. Virgilio, a este propósito, dice en el canto IV de su *Eneida*:

5. Para entender este pasaje debemos suponer que Hécuba, asustada de su visión, sale en busca de su hija Casandra, famosa profetisa y concubina de Agamenón, en cuya tienda debía hallarse. La desolada madre desea que le explique su sueño.

6. Estos sueños horribles, distintos de los plácidos, son hijos de la Noche y de la mansión subterránea en donde habitaban. (Véase la *Teog.* de Hesíodo, 212; la *Odisea* de Homero, XXIV, 12; Virgilio, *Eneida*, VI, 282-894, y la *Ifig. en T.* del mismo Eurípides, 1203).

7. *Timele*, del griego θυμέλη, altar, templo, estrado, segunda división de la orquesta destinada al coro.

8. En el verso 91 se dice claramente que Aquiles, al aparecerse a los griegos, no pidió el sacrificio de Políxena, no obstante las palabras de Polidoro en el verso 40 y las de Odiseo en el 387. Si así lo hubiera hecho, la cuestión promovida en la asamblea de los griegos estaba resuelta y hubiera sido ociosa. Versó solo acerca de si había de ser o no Políxena. Polidoro se expresa así en el verso 40, porque tenía ya conocimiento de lo que había de suceder, y Odiseo por igual razón, pero no refiriéndose a las palabras textuales del espectro de Aquiles.

9. Acamante y Demofonte, hijos de Teseo. (Véase los *Heráclidas* de Eurípides).

10. M. Artaud, *Tragédies d'Euripide*, tomo I, pág. 21, traduce las palabras τύμβου προπετῆ por *renversée devant le tombeau*, y en nuestro juicio no debe ser así, sino como nosotros lo hacemos. La voz προπετής corresponde exactamente a la latina *pronus*, y por eso el escoliasta la explica, añadiendo ἐπὶ τὸν ταφόν πορευομένην. En este mismo sentido la vemos usada en la *Alc.*, 909, y en las *Traqu.* de Sóf., 975. Así piensa también Hermann, y es lo más lógico, porque el sacrificio se celebra luego sobre el mismo túmulo, no delante de él, y no hay necesidad de incurrir en esa contradicción.

11. Llama aurífero al cuello de Políxena porque supone que está adornado de collares de oro.

12. M. Artaud, en sus *Tragédies d'Euripide*, tomo I, 23, llama justamente la atención hacia estas palabras de Políxena. Laudable, bello y hasta cristiano es, en efecto, su amor filial, que, desentendiéndose de las voces del egoísmo, solo se acuerda de las desdichas de su madre.

13. Aunque se nos haga extraño que Odiseo llorara lágrimas de sangre, y la expresión parezca metafórica, no lo es, sin embargo, porque esa sangre provenía de las heridas que se había hecho en el rostro, sea para desfigurarse más, sea para excitar la compasión de los troyanos. Helena cuenta así esta aventura en la *Odisea*, VI, v. 242 y siguientes:

14. Séneca, *Troades*, v. 293, dice:

15. Porque Aquiles murió de un flechazo de Paris, hermano de Políxena.

16. A propósito de este verso, repetido en el 66 de *Orestes*, dice J. A. Hartung en su *Euripides, Hecube*, XI, pág. 150: «Dieser aus Orest. (v. 66) herübergesetzte vers passt hier nicht: denn er sagt zu viel. Wie kann Hecabe, einige Tage nach der Einascherung ihrer Stadt, bereits sagen, dass sie sich freue und ihr Leiden vergesse im Anblick ihrer Tochter?». Al contrario, es lo más natural que después de haber perdido a su esposo, a sus hijos y a su ciudad concentrase en Políxena todo su afecto. No dice, pues, demasiado, ni es inconcebible que así se exprese, y tanto en boca de Helena como de Hécuba, siendo distinto el carácter de ambas, es una frase propia.

17. Algunos eruditos rechazan la palabra πόλις, y ponen en su lugar κόσμος o πόθος, porque, en su concepto, es extraño que Hécuba compare a Políxena con una ciudad. Bien mirado, sin embargo, no lo es, porque su sentido es el más natural y comprensible. Hécuba solo quiere decir que Políxena es para ella un objeto tan amado como lo era Troya antes de perecer. Adviértase además que los griegos profesaban a la ciudad en que nacían el mayor cariño, y que no eran, ni con mucho, tan humanitarios ni cosmopolitas como nosotros.

18. Todo este discurso de Odiseo replicando a Hécuba es un tejido de sofismas, entre los cuales domina la razón de Estado como supremo móvil de tan inhumano sacrificio. Por lo demás, caracteriza bien al astuto hijo de Laertes y al orador popular, despiadado y duro que, por congraciarse el favor del ejército, no retrocede ni aun ante los crímenes. Obsérvase, sin embargo, que el Odiseo que aquí vemos no es el de la *Odisea* de Homero.

19. El Ida, hoy Kaz-dag, es un monte del Asia Menor a cuya falda estaba situada Troya, célebre por el juicio de Paris y porque de él nacían los ríos Escamandro, Rheno y Gránico.

20. Leemos en Plinio, *Hist. Nat.*, l. III, c. 43: «Antiquis Græciæ in supplicando mentum attingere mos erat». Abrazaban también las rodillas, o tocaban la mano, todo lo cual estaba consagrado a Zeus ἱκέσιος. Para no pecar contra Zeus, aquel a quien suplicaban se oponía a que le tocasen, como hace aquí Odiseo.

21. La Frigia, una de las regiones del Asia Menor, se extendía en un principio desde la desembocadura del Meandro hasta cerca de Partenio, y bañábanla los mares Egeo, la Propóntide y el Ponto Euxino. Limitábanla al este el Halis, y al sur los montes de la Pisidia y de Licaonia. Con el tiempo variaron mucho estos límites. En ella estaba edificada Troya.

22. En esta parte seguimos el texto griego de Hartung. En vez de ὀμμάτων ἐλευθέρων, se lee

en muchas ediciones ἐλεύθερον, concertándolo con φέγγος, no con ὀμμάτων; pero es indudable, no solo que la luz no es cautiva de los ojos ni se liberta de su prisión al cerrarlos, sino que el poeta alude a la calidad de mujer libre de Políxena, pues aún no tenía dueño. Confirman nuestra opinión los versos 984 de la *Ifig. en A.*, 219 del *Hérc. Fur.* y 868 de la *Elect.*, en todos los cuales ἐλεύθερος va con ὄμμα.

23. Juvenal va más allá, y dice: *Nobilitas sola est atque unica virtus*. (Sát. VIII contra la nobleza, v. 20).

24. Entiéndese por *peplo* una especie de túnica ligera que cubría a la interior, sin mangas, bordada a veces de oro o de púrpura, que se sujetaba con broches, ya en el hombro, ya en el pecho. Hacía las veces de las túnicas de brocado con que vestimos a las efigies de las vírgenes, y engalanaba las estatuas de los dioses, y principalmente de las diosas. Los más famosos fueron el de Afrodita, obra de las Gracias, y el de Atenea. Unas veces llegaba hasta el suelo, y otras no. En las estatuas de la antigüedad se ve levantado o ceñido con un cinturón, y ordinariamente deja descubierta parte del cuerpo.

25. El nombre de *Dóride* se daba a un reducido territorio entre la Fócide, la Lócride y la Tesalia, al ángulo SO de la Caria, en el Asia Menor, por las colonias dóricas fundadas en él y el Peloponeso, en donde se fijó esa raza helénica. Eurípides alude a esta última región, porque habla de riberas, y porque de allí eran Menelao y muchos guerreros griegos.

26. *Ftía*, capital de la Ftiótide, que comprendía toda la parte meridional de la Tesalia.

27. *Apídano*, río de la Tesalia, hoy *Epideno*, que nacía en el monte Otris, pasaba cerca de Farsalia y desembocaba en el Peneo.

28. «Un día en Delos (dice Odiseo, *Odisea*, VI, v. 163), cerca del altar de Apolo, yo vi, esbelto como tú, un tronco nuevo de palmera». — Ovidio en sus *Metam.*, VI, 335, alude también a ella en estos versos: *Illic incumbens cum Palladis arbore palmae — Edidit invita geminos Latona noverca*. — Este tronco, según se deduce de las palabras de Homero y de Plin., *H. N.*, XVI, c. 89, se guardaba en Delos como una sagrada reliquia.

29. Alusión a la fiesta de las grandes Panateneas, en la cual se ofrecía a la diosa Atenea un peplo suntuoso, labrado primorosamente por las matronas y doncellas atenienses con ayuda de sus esclavas. Estas labores representaban de ordinario las hazañas de la diosa.

30. Cuando dice el coro que trueca el tálamo por el Orco, no debe entenderse que va a

morir, sino que el nuevo estado que le aguarda es comparable al infierno, sobre todo recordando los placeres de que hubiese disfrutado en Troya, a no haber sido tomada. Este, en nuestro concepto, es el sentido más natural.

31. Esta larga narración del heraldo Taltibio es tan bella y tan helénica, ya por su sencillez y falta de artificio, ya por las costumbres que nos revela, ya por el patético que en ella reina, que no nos cansamos de leerla. Bárbaro es, en verdad, el sacrificio; pero recuérdese que los héroes del sitio de Troya nada tenían de cultos, y que por eso mismo, en concepto de Hegel, eran más poéticos, puesto que con su sencillez y rudeza primitiva disfrutaban de más libertad e independencia en las acciones que los hombres de nuestros días, siempre cercados por la ley. Hablamos poética, no socialmente.

32. Literalmente, «hasta el ombligo».

33. Poco valen, en verdad, dramáticamente consideradas, estas palabras de Hécuba. En vez de consolarse porque su hija murió con dignidad, otra madre la hubiera sentido más. Tampoco es esta ocasión oportuna de filosofar, sino solo de sentir, y así lo conoce el poeta, que vacila entre sus tendencias sofísticas y su buen gusto literario, y que acaba, después de dejarse llevar de las primeras, por rendir su tributo al segundo. Defecto es este de Eurípides que observamos en otras tragedias, y que nos pinta la sociedad de aquella época, algo semejante a la de Roma desde los emperadores, y a la de Europa en el pasado siglo.

34. Hécuba alude al himeneo de Políxena, la prometida de Aquiles, que se hubiera celebrado a no ser por la traición de Paris, que hirió en el talón vulnerable al hijo de Peleo. Por eso la llama esposa y no esposa, virgen y no virgen.

35. Como que tuvo cincuenta hijos. Así lo dice Príamo en Homero, *Ilíada*, XXIV, 495. «Cincuenta eran mis hijos cuando vinieron los griegos: diecinueve de unas mismas entrañas, el resto de las mujeres que encierra mi palacio». — Virgilio en la *Eneid.*, II, 503, dice también: *Quinquaginta illi thalami, spes tanta nepotum*.

36. *Simois*, río de la Tróade que nacía en el Ida, atravesaba la llanura de Troya y desaguaba en el Escamandro.

37. *Eurotas*, hoy Iri o Vauli-potamo, río de la Laconia que bañaba los muros de Esparta y desembocaba en el golfo Lacónico. Era célebre por sus orillas, en las cuales, además de las cañas, crecían el mirto, la oliva y el laurel.

38. Grande efecto debía causar en el público ateniense esta nueva desdicha de Hécuba. Acaso un poeta imperito, para hacer más impresión, hubiera ofrecido de repente a sus ojos el cadáver de su desdichado hijo; pero Eurípides no solo lo anuncia en el prólogo, *φανήσομαι γὰρ, ὡς τάφου τλήμων τύχω, δούλης ποδῶν πάροιθεν ἐν κλυδωνίῳ*, sino que la misma esclava lo indica ya claramente desde que comienza a hablar. Prepara, pues, el ánimo de los espectadores con ese delicado miramiento que observamos también en Sófocles y Esquilo.

39. Como dice el escoliasta que Hécuba llama amado a Poliméstor irónicamente, *κατ' εἰρωνείαν λέγει τὸ φίλος ἡ Ἑκάτη*, asegurando que el texto decía φίλος, no ξένος, hemos seguido esta versión por parecernos la más natural, y porque la palabra ξένος debió ser una glosa que se introdujo después para aclarar el sentido.

40. La presencia de Agamenón, no llamado por Hécuba, se explica naturalmente recordando la proximidad de ambas tiendas, la distinción con que la trataba el general de los griegos, la resistencia que hizo al sacrificio de Políxena y su amor a Casandra, hija de la desdichada exreina de Troya.

41. La expresión de despecho de Agamenón al ver que Hécuba no lo trata con la franqueza y la confianza que esperaba, es de lo más natural y sencillo, casi pueril, pero bello, sin embargo. Esto, encantadora cualidad de todo el teatro griego, más visible aún en Esquilo y Sófocles, es digna de imitación en nuestros tiempos, no solo porque agrada en todos, sino porque en ciertos periodos de la sociedad lo sencillo es al mismo tiempo lo más nuevo.

42. Ya comienza a aparecer el carácter cruel y vengativo de Hécuba.

43. M. Artaud, en sus *Tragédies d'Euripide*, 42, nota, recuerda muy oportunamente que este mismo pensamiento lo hallamos en Cic., *Tusc.*, IV, 31, en un trozo de Trabeas que cita el famoso orador: *Fortunam ipsam anteibo fortunis meis*. También dice Plauto en la *Asin.*, II, esc. 2, v. 1:

44. Ya antes de ahora (V. el Argumento de Hécuba) hemos censurado esta razón de Hécuba para mover a Agamenón. Como complemento de lo que allí dijimos, añadiremos que el destino de Casandra, condenada a compartir el lecho del generalísimo de los griegos, era ignominioso, no solo porque perdía su virginidad, y no en virtud de legítimo himeneo, sino porque su suerte era al fin la de una esclava. La única disculpa de Hécuba, o más bien dicho

de Eurípides, es que aquella no lo alaba ni enaltece, llevada de su deseo inmoderado de venganza. Limítase a aceptar este hecho consumado, explotándolo en su beneficio.

45. Dédalo, como es sabido, fue un artífice famoso que juega un papel nada lisonjero en la fábula de Pasífae y del Toro, autor del laberinto de Creta, de las primeras estatuas griegas y hasta del arte de volar, que costó la vida a su hijo Ícaro. Este personaje debió ser egipcio, ya por lo que sabemos de sus obras de arte, ya por la época en que vivió, en la cual hubo estrechas relaciones entre el Egipto y la Grecia. Algunos creen que es fabuloso, si bien no hay la menor duda de que su nombre simboliza el ingenio y la más fecunda inventiva.

46. Esta debilidad de Agamenón no se explica de ninguna manera, atendido su tradicional carácter. El hombre ambicioso que sacrifica inhumanamente a su hija Ifigenia por ganar gloria y renombre, el héroe feroz y duro de aquellos tiempos, no es el Agamenón de Eurípides, que se expone a servir de ludibrio a todo el ejército si se descubre su condescendencia a los ruegos de Hécuba por amor a Casandra. Solo lo justificaría alguna pasión violenta, que no consta ni aparece en toda la tragedia.

47. Dánao, padre de cincuenta hijas, las casó con los cincuenta hijos de su hermano Egipto, todos los cuales fueron asesinados por sus esposas en la noche de bodas, excepto Linceo, a quien salvó la danaide Hipermnestra, y fue el vengador de sus hermanos. (V. *Las Sup.* de Esquilo).

48. Los de Lemnos robaron varias doncellas atenienses, de quienes tuvieron hijos que aborrecían de muerte a sus padres por el odio que les inspiraron sus madres. Habiendo intentado exterminarlos, todos ellos murieron a manos de sus esposas e hijos.

49. El texto dice ἐῤῥυθμιζόμαν, de ῥυθμίζω, compongo, ordeno, arreglo. M. Artaud, I, 46, traduce *relever sur la tête*: Hartung, XI, 97, v. 890, *ich band mit der Rind empor*. Siempre es extraño que las troyanas se aliñasen el cabello antes de dormir, a no ser que el poeta aluda a la costumbre de las griegas, que hoy reina entre muchas que no lo son, o de sujetarlo con cintas para rizarlo al día siguiente, o solo para descansar mejor.

50. Esto es, solo con la túnica, el vestido que inmediatamente cubría sus carnes.

51. Las dóricas o lacedemonias usaban solo este sencillo traje, ordenado por Licurgo, ya para que se acostumbrasen a resistir a la intemperie, ya para mayor comodidad en sus luchas y ejercicios varoniles. Sabido es que ni la decencia ni la moral atormentaron mucho la

imaginación de este legislador.

52. Este movimiento de Hécuba es muy natural, ya porque se horrorizaba al mirar al asesino de su hijo, ya para disimular el odio que debía reflejarse en sus ojos.

53. Este diálogo es uno de los mejores de Eurípides, tanto por la finísima ironía que reina en todo él, cuanto por la sobriedad y mesura con que lo desarrolla el poeta. Las preguntas que Hécuba hace a Poliméstor son intencionadas y malévolas, y este último contesta con la serenidad y pericia de un consumado criminal.

54. Ocúrresele de pronto a Poliméstor, en medio de sus furiosos transportes, que si abandona los cadáveres de sus hijos, los expone a las iras de las troyanas, que podrán desgarrarlos y ofrecer sus ensangrentados restos a las fieras y a los perros. Sabido es el aprecio que hacían los paganos de la sepultura, de lo cual hallaremos claras pruebas en otras tragedias de Eurípides, análogas a la que observamos en el prólogo de esta, que recita la sombra de Polidoro.

55. De la versificación del escoliasta se deduce que debe de haber leído así:

56. Aquí comienza una de esas luchas forenses a que tan aficionado se muestra Eurípides, sin duda más indulgente en esta parte con el gusto del público que con los consejos de la razón literaria; y ya sea que la vanidad del poeta en un pueblo tan dado a los encantos de la palabra lo impulsase, ya que quisiese ofrecer al auditorio una imitación de las escenas a que asistía diariamente, ya, en fin, que respetase alguna costumbre dramática recién introducida, el hecho es que no deja pasar ocasión alguna favorable de lucir sus dotes oratorias. De aquí que tan estudiado fuera más tarde por los declamadores romanos.

57. Edonia, región de Tracia, más tarde de la Macedonia, entre el Estrimón y el Nesto, célebre por sus tejidos.

58. Broche o hebilla con que sujetaban sus vestidos. Edipo en Sófocles se ciega también con ellas, porque remataban en punta y era el instrumento que tenían más a mano.

59. Extraño es, en verdad, este odio que Eurípides muestra a las mujeres. Parece imposible que asistiesen al teatro y oyesen tales injurias, falsas de ordinario y destituidas de fundamento, si no recordásemos las comedias de Aristófanes y viésemos probada en ellas la excesiva tolerancia de los atenienses en esta parte. Hoy, con nuestras ideas de igualdad cristiana y con los restos del espíritu caballeresco que conservamos, nos es difícil darnos

cuenta de tamaño desacato; pero debemos decir también en defensa de Eurípides que, a nuestro juicio, las mujeres de su tiempo debieron ser peores que las del nuestro, porque su vida triste y retirada y su condición social poco envidiable, hubo de contribuir a su perversión.

60. Entablada la acusación y oída la defensa, el juez, que es Agamenón, pronuncia la sentencia, fundándola, y Poliméstor la respeta y se somete a ella. Adviértase, sin embargo, que, prescindiendo de la forma de esos discursos artificiosos e impropios de los tiempos heroicos, nada es más natural y sencillo, ni más primitivo, que erigir en juez las partes a cualquier hombre respetable, exponer por sí mismas sus razones y sujetarse a su fallo. Así debió hacerse en un principio, ya fuese el juez un anciano o el padre de familia.

61. El culto de Dioniso estaba muy extendido en la Tracia desde que, ayudado de las Ménades, triunfó de su rey Licurgo. Más tarde encontramos una prueba evidente en la afición que mostraron al vino los reyes macedonios Filipo y Alejandro. Su oráculo, según el escoliasta, estaba en el monte Pangeo o en el Hemo. Heródoto habla también (VII, 111) de otro entre los satras, pueblos belicosos de esta región.

Hipólito

* * *

ARGUMENTO

La diosa Afrodita, despreciada por Hipólito, hijo de Teseo, deseoso de conservar su virginidad, trama su ruina y la satisfacción de su venganza, inspirando a su madrastra Fedra un amor violento por él; pero no osando declarárselo, y víctima de su pasión vehemente, la confía a su nodriza en ausencia de su esposo Teseo, la cual comete la insigne imprudencia de participarla a Hipólito, que se indigna y la rechaza con toda su energía. La desdichada Fedra, sabedora del mal éxito de esta tentativa, resuelve suicidarse y ejecuta su proyecto ahorcándose, si bien se venga de su hijastro dejando al morir unas tablitas suspendidas de su cadáver, en las cuales dice que, contra su voluntad y forzada por Hipólito, ha manchado el lecho nupcial. Entonces Teseo, sin informarse con escrupulosidad de la certeza de esta acusación, y recordando que Poseidón le había prometido realizar tres votos suyos, le pide que mate a Hipólito, y lo destierra de su reino. El mísero e inocente joven, lleno de dolor, y no queriendo faltar a su

juramento de no publicar la declaración de la nodriza, huye en su carro, acompañado de sus más fieles servidores, y perece en el camino acometido por un toro, que suscita contra él el dios marino. Cuando lo traen moribundo a la presencia de Teseo, se aparece Artemisa, su amiga y protectora, descubre su inocencia y lo consuela, profetizando los honores y fiestas que se le tributarán en lo sucesivo.

Esta tragedia, imitada por Séneca y por Racine, no puede juzgarse desde el punto de vista de nuestras ideas como lo han hecho de ordinario la mayor parte de los críticos. Han olvidado que este espectáculo era entre los griegos esencialmente religioso, dirigido a poner de relieve el incontrastable poder del destino y la debilidad humana, fortificando por el temor dicho sentimiento religioso, y que el Hipólito no solo no produce ese efecto, puesto que nos inspira odio y aversión justísima contra Afrodita, diosa vengativa y egoísta, sino que la base de su argumento es un amor adúltero e incestuoso, asunto mirado como indigno de la solemnidad y elevación de la tragedia, que suscitó con razón en su tiempo las censuras más acerbas. Por lo demás, no estamos, conformes con los que juzgan las obras dramáticas griegas como podrían juzgar una tragedia moderna.[1] Hipólito no es un caballero andante de la Edad Media, sino un griego de los tiempos heroicos, excesivamente casto, que miraba a las mujeres con desprecio, y que justamente indignado de la declaración de la nodriza de Fedra, huye de ella y ni siquiera repara en el coro de mujeres que lo observa. Por consiguiente, no hay en su conducta la inverosimilitud y la grosería que se supone, sino, al contrario, un motivo más para que Fedra, a quien no ve, llena de vergüenza, precipite su resolución de suicidarse. Verdad es que su larga declamación contra las mujeres no es del mejor gusto; pero también

convendremos en que pocas veces se debería hablar de ellas como Hipólito lo hace esta bajo la impresión de las infames proposiciones de la nodriza y del descubrimiento del amor criminal de la mujer de su padre. Si Teseo no aparece hasta el fin, no es por otra razón que para hacer más verosímil cuanto sucede en su ausencia y después de su llegada; solo así, y dejándose arrastrar del dolor que siente al contemplar el cadáver de su esposa, se concibe que, trastornado por la ira, condene a su hijo al destierro y pida a Poseidón su muerte. La de Fedra y su póstuma venganza son tan naturales y verosímiles, que lo contrario sería indudablemente afectado e inverosímil. ¿Fedra era cristiana o era griega? Suicidándose dominada por el amor, el despecho y la vergüenza, ¿qué cosa más natural que su venganza de Hipólito? Los héroes y heroínas de la Grecia, como el Áyax de Sófocles, no se arrepientan de su propósito, una vez decididos a ejecutarlo como debieran hacerlo si fueran buenos cristianos. Lo mismo acontece con las demás críticas superficiales que se han hecho de esta tragedia, que no refutamos tan fácilmente como las anteriores para no alargar más de lo justo estas líneas. En nuestro concepto, y prescindiendo del defecto capital indicado, el Hipólito es una obra dramática digna de la Grecia y de Eurípides, y hay en ella rasgos y escenas, como la del diálogo entre la nodriza y Fedra, en que esta le revela su pasión, que no ceden a las mejores de ninguna otra de cualquier época ni de cualquier pueblo.

Respecto a la fecha de su representación, no tenemos otros datos que los que nos ofrece el autor del argumento griego: sus palabras son las siguientes: ἐδιδάχθη ἐπὶ Ἐπαμείνονος ἄρχοντος Ὀλυμπιάδι πζ' ἔτει τετάρτῳ. πρῶτος Εὐριπίδης, δεύτερος Ἰοφῶν, τρίτος Ἴων. ἔστι δὲ οὗτος ὁ Ἱππόλυτος δεύτερος, καὶ Στεφανίας προσαγορευόμενος. ἐμφαίνεται δὲ ὕστερος

γεγραμμένος· τὸ γὰρ ἀπρεπὲς καὶ κατηγορίας ἄξιον ἐν τούτῳ διώρθωται τὸ δράματι.

Como al mismo tiempo los últimos versos de esta tragedia hablan de la muerte de los grandes hombres, se ha creído que Eurípides alude a la de Pericles, ocurrida en el año II de la guerra del Peloponeso, cuya fecha concuerda, en efecto, con la indicada por el autor citado: esto es, en la olimpiada 87, 4. Sépase, además, que esta tragedia, llamada *Hipólito que trae la corona* (στεφανηφόρος), es una refundición de otra, cuyo título era *Hipólito velado* (καλυπτόμενος), porque no se contentaba con ofrecer la corona a Artemisa, volviendo las espaldas a Afrodita, sino que se cubría el rostro al pasar por delante de la estatua de esta.

PERSONAJES

Afrodita.

Hipólito, *hijo de Teseo y de la amazona Antíope.*

Servidores de Hipólito.

Coro de mujeres trecenias.

La nodriza de Fedra.

Fedra, *esposa de Teseo, hija de Minos.*

Un mensajero.

Teseo, *rey de Atenas, hijo de Egeo.*

Otro mensajero.

Artemisa.

La acción es en Trecén.

* * *

La escena representa el palacio de Teseo en esta ciudad, y a la izquierda y a la derecha de la puerta se ven las estatuas de Afrodita y de Artemisa.

AFRODITA

Yo soy Afrodita, diosa célebre y venerada en la tierra y en el cielo, propicia a cuantos habitan entre el Ponto Euxino[2] y los confines del Atlántico y ven la luz del sol, rindiendo homenaje a mi poder, y funesta a los que se ensoberbecen contra mí. Es conforme a la naturaleza de los dioses que reciban placer de los honores que se les tributan. Pronto probaré esta verdad, porque Hipólito, hijo de Teseo, descendiente de las Amazonas[3] y discípulo del casto Piteo,[4] es el único mortal que en Trecén[5] se atreve a escarnecerme, diciendo que soy la peor de las deidades, y odia el lecho nupcial, y no quiere casarse, y rinde culto a Artemisa, hermana de Febo e hija de Zeus, creyendo que es la diosa de más poder, y vive siempre en su virginal compañía en la verde selva, persiguiendo a las fieras con sus ágiles perros, frecuentando su trato y dándose más que humana importancia. Seguramente no lo hago por envidia, pues ¿a qué vendría? Pero me vengaré hoy de él, porque me ha ofendido; y como hace ya tiempo que preparo mi venganza, no me será difícil realizarla. Muéveme a ella que cuando vino del palacio de Piteo al campo de Pandión[6] para asistir a las fiestas y ceremonias de los sagrados misterios,[7] lo vio Fedra, noble esposa de su padre, y la inspiré un amor ardiente, y antes de llegar a Trecén, y en la misma roca de Palas,[8] que mira hacia aquí, edificó para mí un templo, ardientemente enamorada de Hipólito, que peregrinaba a la sazón, y en honor suyo quiso que en adelante se llamase el templo de Afrodita. Pero cuando Teseo abandonó el país de Cécrope,[9] desterrado en castigo de la muerte de los Palántidas,[10] y navegó hacia aquí con su esposa para sufrir

voluntariamente penosa relegación, que ha de durar un año, ella no hace más que gemir, y estimulada por el aguijón del amor, sufre en silencio su desventura, y ninguno de sus servidores conoce la causa de su mal. Este amor no dejará de dar su fruto, y yo lo descubriré a Teseo, y se hará público. Y su padre matará a este enemigo mío, pronunciando terribles imprecaciones, que cumplirá Poseidón, dios del mar, por haberse obligado a hacer tres veces lo que le pidiera Teseo. Ínclita es Fedra y morirá, sin embargo, porque su ruina no pesará tanto en mi ánimo que consienta en que mis enemigos queden impunes y renuncie a mi propósito. Pero como veo a Hipólito, el hijo de Teseo, que viene hacia aquí para descansar de las fatigas de la caza, abandonaré estos lugares. Síguenle multitud de servidores cantando himnos en honor de Artemisa; no sabe que ya se abrieron para él las puertas de la muerte, y que este será el último día que ha de ver.

HIPÓLITO (*que trae una corona,*
seguido de sus compañeros de caza).

Seguidme, seguidme cantando en honor de Artemisa, nuestra protectora celestial, hija de Zeus.

EL SÉQUITO DE HIPÓLITO[11]

Salve, diosa muy augusta, hija de Zeus, digna, digna de veneración; salve, Artemisa, hija de Leto y de Zeus, la más hermosa de las vírgenes, que en el vasto cielo habitas en el ilustre palacio paterno, resplandeciente con el oro de Zeus.

HIPÓLITO (*dirigiéndose hacia la estatua de Artemisa*).

Salve, ¡oh bellísima, bellísima Artemisa!, virgen que moras en el Olimpo: para ti traigo esta corona tejida de flores no libadas, que la adornan, y cogidas por mí en donde el pastor no se atreve a llevar sus

rebaños ni ha entrado jamás el hierro: solo la primavera visita este prado y las abejas no le tocan, y el pudor lo nutre con húmedo rocío. El que nada adquirió con el estudio y en todo es igualmente casto por naturaleza, puede cortar sus flores, no los malvados. ¡Oh dueña querida!; recibe esta corona de mis manos piadosas para engalanar tus cabellos de oro. Solo entre los mortales disfruto de este privilegio; a tu lado estoy siempre, contigo hablo, y escuchas mi voz, aunque no vea tu rostro. Como he empezado, así acabaré mi vida.

UN SERVIDOR (*que se separa del coro*).

¡Oh rey!, puesto que a nuestros señores debemos llamar como a los dioses,[12] ¿quieres oír un consejo útil?

HIPÓLITO

Con mucho gusto: si no lo hiciera, no parecería sabio.

SERVIDOR

¿Conoces una ley que ha de regir a los mortales?

HIPÓLITO

No; ¿a qué ley aludes?

SERVIDOR

A la que nos manda evitar la ostentación y lo que no sea grato a todos.

HIPÓLITO

Muy bien dicho; en verdad, ¿qué hay más repugnante que el hombre orgulloso?

SERVIDOR

En la urbanidad, ¿no se nota cierta gracia, que nos concilia la benevolencia de las gentes?

HIPÓLITO

Mucha, sin duda, y ofrece largo lucro con poco trabajo.[13]

SERVIDOR

¿Y crees que con los dioses sucede lo mismo?

HIPÓLITO

Sí, porque los hombres, obrando así, obedecen las leyes divinas.[14]

SERVIDOR

¿Y por qué tú no saludas a una diosa veneranda?

HIPÓLITO

¿A cuál? Guárdate de ofenderme.

SERVIDOR

A Ciprina, la que preside a tus puertas.[15]

HIPÓLITO

Como estoy puro, la saludo desde lejos.

SERVIDOR

Pero es digna de veneración, e insigne entre los mortales.

HIPÓLITO

Cada dios y cada hombre eligen recíprocamente al que mejor les parece.

SERVIDOR

Que seas feliz, si sabes cuanto te interesa.

HIPÓLITO

No me agradan los que reverencian de noche a los dioses.

SERVIDOR

Necesario es, ¡oh joven!, darles culto.

HIPÓLITO

Id, compañeros, y cuidad en el palacio de preparar nuestro sustento,

que es grata una mesa abundante después de la caza, y conviene que los caballos se repongan de sus fatigas, para que al uncirlos al carro, satisfecho mi apetito, lo rija sin trabajo; que tu Ciprina se conserve buena mucho tiempo. (*Retírase con su séquito*).

SERVIDOR (*ante la estatua de Afrodita*).

Por lo que hace a mí, que no debo imitar a los jóvenes, y pensando humildemente como siervo, adoro tu imagen, ¡oh Afrodita!, señora mía; perdona al que así delira hablando de ti, porque siento hervir en su pecho el fuego de la adolescencia;[16] disimula si lo oyes, que los dioses han de ser más prudentes que los hombres.

EL CORO (*que viene del campo*).

Estrofa 1.ª — Fama tiene un peñasco a la orilla de la mar, que destila agua, del cual brota una fuente en donde se llenan las urnas. Cierta compañera mía lavaba allí vestidos de púrpura, y los ponía a secar después en el peñasco abrigado y tibio.[17]

Antístrofa 1.ª — Ella, la primera, me contó el rumor de que mi dueña no salía de su palacio, consumiéndose en doliente lecho, y que sutiles telas velaban su cabeza. Tres días hace ya, según he oído, que su boca no saborea los frutos de Deméter ni se alimenta su cuerpo, y que oculta pena la arrastra a desear la muerte, término de su mísera existencia.

Estrofa 2.ª — Sin duda te ha tocado Pan, ¡oh joven!, o Hécate, o los venerables coribantes, o la madre que recorre los montes, y por eso deliras.[18] Acaso pecaste contra Dictina,[19] que vive gozosa entre las fieras, y no le has ofrecido sacrificios ni libaciones, y por esto te consumes, que también ella atraviesa los mares y va más allá de la tierra, en los salados remolinos del húmedo piélago.

Antístrofa 2.ª — ¿Acaso tu marido, el primero de los hijos de Erecteo, noble varón, se deleita en tu palacio profanando tu lecho con ilícitos amores? ¿Ha navegado algún marinero desde Creta[20] a este puerto, el más hospitalario, trayendo a la reina algún fatal mensaje, y esa es la causa de su tristeza, y de que yazga en su lecho y esté afligido su corazón?

Epodo. — Solo en las mujeres se ven juntas la frivolidad natural a su sexo y cierta propensión a la melancolía, tan perjudicial como molesta, ya por temor a los dolores del parto, ya por su innata demencia. Por mis entrañas discurrió alguna vez este aura, e invoqué a la diosa que nos ayuda en tan apurado trance, a Artemisa, diestra en disparar sus saetas, y siempre propicios los dioses, me favoreció mucho en mis trabajos. Pero he aquí a la vieja nodriza que la saca del palacio: triste nube se mece en torno de sus cejas. Quisiera saber la causa funesta que ha alterado la salud de la reina. (*Las esclavas traen a Fedra recostada en un lecho portátil*).

LA NODRIZA

¡Oh males humanos y tristes dolencias! ¿Qué haré por ti? ¿Qué no haré? Mira la clara luz que te alumbra, mira el aire. Fuera del palacio está ya el lecho en que descansas de tus dolores. Solo hablabas de venir aquí; pero no tardarás en volver a tu nupcial aposento. Pronto varías de parecer, y nada te divierte; no te agrada lo que posees, y anhelas lo que no tienes. (*Dirigiéndose al público mientras Fedra dormita*). Más fácil es enfermar que asistir al doliente, porque lo primero es sencillo y natural, y en lo segundo se junta la aflicción del alma al sufrimiento del cuerpo. Llena de tormentos está la vida humana, y no hay descanso en nuestras penalidades; y si tan dulce es vivir, a lo mejor nos envuelven las tinieblas de la muerte. Perdidamente nos enamoramos de esta luz, que brilla alguna vez en la

tierra, sin saber lo que pasa en la otra vida, ni conocer nada de lo que sucede debajo de nosotros; temerarias son las ilusiones que nos arrastran.

FEDRA (*revolviéndose inquieta*).

Levantad mi cuerpo, sostened mi cabeza; no tengo fuerzas para mover mis miembros, ¡oh amigas! Acercaos, servidoras, y apoyaré mis brazos dulcemente. Pésame la diadema en las sienes; quítala, que mis cabellos se esparzan por mis hombros. (*Dos esclavas sostienen a Fedra en los brazos; la nodriza recibe en su pecho la cabeza y le quita la diadema*).

LA NODRIZA

Ten ánimo, ¡oh hija!, y no te agites, que así se agravará tu padecimiento. Más tolerable será descansando tranquila y sufriendo con noble resignación: ley es de los mortales luchar con los dolores.

FEDRA

¡Ay, ay! ¡Ojalá que yo beba agua cristalina de fresca fuente, y que bajo blancos álamos y en verde prado yazga reclinada!

LA NODRIZA

¿Qué dices, hija? No hables así delante de esta gente, ni profieras palabras insensatas.

FEDRA (*delirando y agitándose inquieta en su lecho*).

Llevadme a las selvas; que vaya yo a los bosques y a los pinares, en donde corren los perros que matan a las fieras, saltando sobre los manchados ciervos; deseo, por los dioses, animarlos con mis gritos, y lanzar el dardo tesálico rozando con mi blonda cabellera, y vibrar en mi mano la saeta de acerada punta.

LA NODRIZA

¿Por qué, ¡oh hija!, revuelves esto en tu ánimo? ¿A qué cuidarte ahora

de la caza? ¿A qué apetecer las ondas de las fuentes? Cerca del palacio hay una colina húmeda, en donde puedes beber a tu gusto.

FEDRA

¡Oh Artemisa!, señora de la marina Limnes[21] y de los ecuestres gimnasios: ¡ay, si estuviera en tu campo domando caballos vénetos![22]

LA NODRIZA

¿Por qué, delirando de nuevo, pronuncias tales palabras? Hace poco que, como si te hallaras en los montes, te arrastraba la afición a la caza; ahora, segunda vez, y lejos de las ondas, deseas regir caballos. Adivino consumado es preciso ser para explicar todo esto: ¿qué dios, ¡oh hija!, te hace tascar el freno y extravía tu juicio?

FEDRA (*cayendo abatida en su lecho*).

¡Infeliz de mí! ¿Qué he hecho? ¿Cuál ha sido mi absurdo delirio? He perdido la razón, he caído en las redes de alguna deidad funesta. ¡Ay, ay mísera de mí! Nodriza, cubre otra vez mi cabeza; me avergüenzo de lo que he dicho hace poco. Cúbrela; lágrimas brotan de mis ojos, y el pudor enrojece mis párpados. Porque he recobrado el seso, y el dolor me atormenta, y si la locura es un mal, más vale morir sin sentirla.

LA NODRIZA

Ya la cubro; pero ¿cuándo la muerte velará también mi cuerpo? (*Cubre su cuerpo y se dirige al público*). Mucho me enseña mi larga vida; convendría que los mortales no contrajesen amistades estrechas, de las que penetran hasta lo íntimo del alma, y así sería fácil que se desvaneciese esta pasión, y que, como nace, muriese. Pero que uno sufra por dos, es grave carga, como a mí me acontece, sufriendo por esta.[23] Dícese que el excesivo apego a la vida aflige más que deleita, y que es opuesto a la salud; pero los excesos son

para mí menos laudables que practicar aquel otro precepto de *nada demasiado* y como yo opinarán los sabios.

EL CORO

¡Oh anciana, fiel nodriza de la reina Fedra!; aunque sea testigo de estas calamidades, es para mí inexplicable su enfermedad; quisiéramos oírla y saberla de ti.

LA NODRIZA

Ni preguntándolo lo sé, ni quiere decirlo.

EL CORO

¿Ni cuál haya sido el origen de estos males?

LA NODRIZA

Piensas como yo; pero ella lo calla todo.

EL CORO

¡Qué enferma está, y cuán flaco su cuerpo!

LA NODRIZA

¿Y cómo no ha de ser así, si hace tres días que no toma alimento?

EL CORO

¿Pero es efecto de su mal, o porque desea morir?

LA NODRIZA

Por morir; se abstiene del alimento por dejar la vida.

EL CORO

Sorprendente es lo que has dicho, si agrada a su marido.

LA NODRIZA

Oculta y niega su dolencia.

EL CORO

¿Pero no la conoce él si le basta mirarla?

LA NODRIZA

Lejos está ahora.

EL CORO

¿Y tú no la violentas para averiguar su mal y la causa del extravío de su juicio?

LA NODRIZA

Vanos han sido todos mis esfuerzos. Sin embargo, aún no he desistido de mi propósito, como te habrás convencido, observando lo que hago con mi desventurada dueña. (*A Fedra*). Vamos, hija querida, olvidémonos ambas de lo que antes hablamos, y tú explícate, y desarruga tu ceño, y abandona tu resolución, y yo, por mi parte, sin acordarme ya de lo que he hecho hasta ahora que haya podido desagradarte, te hablaré con más dulzura. Si padeces algún mal oculto, estas mujeres lo calmarán; pero si lo han de curar los hombres, habla para declararlo a los médicos. Sea, pues, así; ¿por qué callas? No debes callar, hija, sino replicarme si no te parece bien lo que digo, o seguir mis consejos si lo merecen. Habla algo, mira hacia aquí. ¡Cuánta es mi desventura! En vano, ¡oh mujeres!, nos tomamos este trabajo; tan lejos estamos como antes de conseguir nuestro fin: ni le hacían mella nuestras palabras, ni ahora tampoco. Pero ten en cuenta, aun cuando seas más obstinada que la mar, que si mueres, abandonando tus hijos, no participarán de la herencia de su padre y le sucederá el noble y generoso bastardo, que dio a luz la reina Amazona aficionada a cabalgar, y será su señor. Bien sabes de quién hablo: ya sabes que aludo a Hipólito.

FEDRA

¡Ay de mí!

LA NODRIZA

Qué, ¿te interesa esto?

FEDRA

Me has afligido, nodriza, y te ruego por los dioses que jamás me hables de ese hombre.

LA NODRIZA

¿Ves? Eres prudente, y no querrás faltar a tus hijos, y cuidarás de tu vida.

FEDRA

Amo a mis hijos; pero no es ese el mal que me atormenta.

LA NODRIZA

Sin duda, ¡oh hija!, tus manos están puras de sangre.

FEDRA

Puras están mis manos, pero no mi corazón, y es menester purificarlo.

LA NODRIZA

¿Quizá por efecto del daño que te ha causado algún enemigo?

FEDRA

Contra su voluntad y la mía me ha perdido un amigo.

LA NODRIZA

¿Te ha faltado en algo Teseo?

FEDRA

¡Ojalá que yo nunca le ofendiera!

LA NODRIZA

¿Y cuál es esa pena cruel que te hace morir?

FEDRA

Deja que yo falte; no eres tú la ofendida.

LA NODRIZA

No, seguramente; líbrenme los dioses de pensarlo; pero tú puedes salvarme. (*Arrójase a sus pies y estrecha sus manos y rodillas*).

FEDRA

¿Qué intentas? ¿Me haces violencia estrechando mi mano?

LA NODRIZA

Y nunca soltaré tus rodillas.

FEDRA

Lo sentirás, ¡oh desventurada!; lo sentirás si lo oyes.

LA NODRIZA

¿Qué mayor sentimiento que perderte?

FEDRA

Morirás, y sin embargo puede darme gloria.

LA NODRIZA

¿Y me ocultas este bien, cuando yo te lo suplico?

FEDRA

A males que me avergüenzan busco salida honesta.

LA NODRIZA

Luego si los declaras será mayor tu ventura.

FEDRA

Retírate, por los dioses, y suelta mi mano.

LA NODRIZA

Jamás, si no me concedes lo que tan justamente pido.

FEDRA

Lo haré, porque como religioso vínculo es para mí tu mano.

LA NODRIZA

Callaré ya; ahora tú debes hablar.

FEDRA (*después de algunos instantes de silencio*).

¡Oh mísera madre, cuáles fueron tus amores![24]

LA NODRIZA

¿Lo dices porque se enamoró del toro, o por qué?

FEDRA

¡Y tú, hermana desventurada, esposa de Dioniso![25]

LA NODRIZA

¿Qué te sucede, oh hija? ¿Hablas mal de tus parientes?

FEDRA

¡Y yo, tercera desdichada, que muero de pena!

LA NODRIZA

Horrorizada estoy en verdad. ¿Adónde irá a parar esto?

FEDRA

¡Y yo después, y no hace poco tiempo, soy también infeliz!

LA NODRIZA

Hasta ahora nada sé de lo que anhelo oír.

FEDRA

¡Ay de mí! ¿Cómo me dirías tú lo que yo debo decir?

LA NODRIZA

No soy adivino para comprender estos enigmas.

FEDRA

¿Qué cosa es el amor? ¿Qué dicen de él los hombres?

LA NODRIZA

Lo más dulce, ¡oh hija!, y al mismo tiempo lo más amargo.

FEDRA

No es eso lo que yo sufro.

LA NODRIZA

¿Amas, ¡oh hija!, a alguno?

FEDRA

Cualquiera que sea, el hijo de la amazona...

LA NODRIZA

¡Hablas de Hipólito!

FEDRA

Tú lo dices, no yo.

LA NODRIZA

¡Ay de mí, oh hija! ¿Qué has dicho? ¡Cómo has desgarrado mi corazón! Esto es intolerable, ¡oh mujeres! Ya no puedo vivir. ¡Día odioso, odiosa luz es la que veo! Yo me despeñaré, yo abandonaré mi cuerpo, yo dejaré esta triste vida; vivid vosotras, que yo aborrezco la existencia. Los que se contienen, aunque involuntariamente, aman, sin embargo, sus propios males. No es diosa Afrodita, sino más que diosa, y la ha perdido, y a mí, y a esta familia.

EL CORO

¿Has oído, ¡oh!, has oído a la reina confesando sus malhadados amores, que no deben escucharse? Que muera yo, ¡oh amada!, antes de cometer el delito que embarga tu pensamiento. ¡Ay de mí! ¡Oh desventurada víctima de estos dolores! ¡Oh penas, alimento de los hombres! Tú misma te has perdido publicando tu mal. ¿Cuánto tiempo vivirás así? Alguna novedad va a ocurrir en este palacio. Ya no ignoramos, ¡oh desdichada joven cretense!, en dónde descargará la tempestad que Afrodita envía.

FEDRA

Mujeres trecenias que habitáis en este vestíbulo,[26] que da entrada a la

tierra de Pélope: hace ya largo tiempo que reflexioné una noche en las causas de la corrupción humana, y me parece que no todos los hombres cometen las faltas más graves por sus escasas luces, porque en muchos se observa juicio recto; preciso es, por tanto, confesar que, aun conociendo lo bueno, no lo seguimos, unos por pereza y otros porque posponemos la virtud al deleite.[27] Muchos placeres ofrece la vida, gratos coloquios y ocio, mal que tiene su encanto, y vergüenza. Esta es de dos clases: una no vituperable, azote la otra de las familias. Y si las ocasiones en que se manifiestan no diesen lugar a dudas, no serían iguales las dos palabras que las expresan. Y como he pensado antes todo esto, no hay poder bastante fuerte que me obligue a adoptar la opinión contraria. Pero te diré cómo he llegado a discurrir así. Después que el amor me hirió, traté de conciliarlo con la virtud, y comencé entonces a ocultar mi dolencia. No debía fiarlo a la lengua, que, si a veces rectifica los pensamientos ajenos, se expone otras a muchos males. Determiné resistir con entereza a este amoroso delirio y dominarlo castamente. Por último, no pudiendo vencer a Afrodita, he decidido morir. Nadie se opondrá a esta resolución. ¡Ojalá que no se olviden mis acciones honestas, ni que las presencien muchos testigos si son vergonzosas! No ignoraba cuán infame era mi apasionada dolencia, y sabía además que era mujer detestada de todos.[28] Mala muerte tenga la que mancille el lecho conyugal con quien no fuese su esposo. De las mujeres nobles pasó este mal a las demás, porque cuando lo torpe agrada a los de elevada alcurnia, parece a los malos honesto. Odio a las que son castas en sus palabras y ocultamente lascivas. ¿Cómo, ¡oh Afrodita!, señora del mar,[29] se atreven a mirar el rostro de sus esposos y no tienen horror a las tinieblas, cómplices de sus culpas? ¿Cómo no dan voces los techos de sus

casas? Mátame, ¡oh amigas!, el temor de que mi marido sepa mi deshonra, o los hijos que he parido, pues quisiera que, libres y hablando sin temor, brillasen en la noble ciudad de los atenienses honrados en memoria de las virtudes de su madre, porque detiene mucho al hombre más osado saber las maldades de sus padres. Dicen que vale tanto como vivir ser justo y honesto. El tiempo descubre a los malos cuando llega la ocasión, como el espejo que refleja a la virgen. ¡Ojalá que nunca me cuenten entre ellos!

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¡Qué bella es la modestia y qué gloria tan egregia ofrece a los mortales!

LA NODRIZA

Gran temor, ¡oh señora!, me ha infundido de repente tu mal; ahora conozco mi ineptitud, y que entre los hombres los últimos pensamientos son los más prudentes. No es extraño lo que te sucede, ni fuera de razón se ha ensañado en ti la ira de la diosa. Tú amas; ¿por que nos ha de sorprender? Haces lo que muchos. ¿Y perderás la vida por eso? ¿De qué sirven a los enamorados sus amigos, y la inquietud que muestran, si al fin han de morir? Porque Ciprina es intolerable si nos ataca con violencia; a quien cede, persigue blandamente, y arrebata y atormenta al orgulloso y arrogante; ¿no lo crees así? Vuela por los aires, y la hallarás en las olas del mar, y de todo es origen. Ella inspira y alimenta al Amor, que a todos nos ha engendrado en esta tierra. Cuantos conocen los escritos antiguos y se consagran asiduamente al culto de las musas, saben cómo Zeus amó en otro tiempo a Sémele,[30] y cómo la brillante Aurora robó enamorada a Céfalo,[31] llevándolo con los demás dioses, y habitan en el cielo, y no huyen de las demás divinidades, sino que, según creo, sufren vencidos su suerte.

¿Y tú no la sufrirás? Debió engendrarte tu padre de distinta manera que los demás, y obedecerías a otros dioses si no habías de observar estas leyes. ¿Cuántos hombres de sano juicio fingirán ignorar la deshonra de su cónyuge? ¿Cuántos padres no protegen los amores ilícitos de sus hijos? Entre las sagaces precauciones de los hombres cuéntase la de ocultar lo que no es honesto. Ni conviene que vivan vida austera, como no cuidan tampoco de alinear con esmero las paredes y el techo de sus viviendas. Del abismo tan profundo en que has caído, ¿cómo piensas salir? Grande es tu ventura si, siendo mortal, son más numerosos tus bienes que tus males. Abandona, pues, ¡oh amada hija!, tus malos pensamientos; déjate de tales sacrilegios, que lo es sobreponerte a los dioses; sufre el amor con fortaleza, que una diosa lo envía. Ya que esa dolencia te aqueja, cúrala dulcemente. Hay encantos y palabras que la aplacan, y podrá encontrarse eficaz remedio. Tarde hallará algún hombre la medicina si nosotras las mujeres no la descubrimos.

EL CORO

Lo que esta dice, ¡oh Fedra!, puede servirte ahora, y yo te alabo. Pero mi alabanza es para ti menos grata que sus palabras, y la oirás con más trabajo.

FEDRA

Con pláticas demasiado sabrosas se han arruinado familias y ciudades bien gobernadas. No conviene decir lo que agrada a los oídos, sino lo que puede traer gloria.

LA NODRIZA

¿Por qué hablas tan sublime lenguaje? Tú no necesitas de palabras seductoras, buenas solo para ese hombre. Yo lo sondearé cuanto antes, y le hablaré como es debido. Si no peligrase tu vida en este trance y fueses

mujer de juicio, jamás llegaría yo a ese extremo por proporcionarte ese deleite en tu lecho; pero ahora mi principal objeto es salvar tu vida, y nadie podrá reprobarlo.

FEDRA

¿Cómo dices tales despropósitos? ¿No cerrarás tus labios y no volverás a pronunciar frases tan torpes?

LA NODRIZA

Torpes son, pero más convenientes ahora que las honestas, y valdrán más si te salvare que la fama con que morirías orgullosa.

FEDRA

No pases más adelante, no, que está bien lo que dices, aunque, ¡por los dioses!, sea vergonzoso; porque si hasta ahora, a pesar de mi amor, no he faltado, si con palabras especiosas me inspiras sentimientos indignos de mí, pereceré deslizándome en el abismo de que huyo.

LA NODRIZA

Si tal te parece, no debiste darle entrada en tu pecho; pero como sucede lo contrario, obedéceme, que también redundará en tu beneficio. Yo tengo en casa filtros[32] que aplacan la fuerza del amor, y ahora me he acordado de ellos, y sin vergüenza ni menoscabo de tu razón te librarán de ese mal si no eres débil; pero necesitamos alguna prenda del que amas, algún rizo o pedazo de su vestido, para que sea una misma vuestra amorosa pasión.

FEDRA

Y ese filtro, ¿se unta o se bebe?

LA NODRIZA

No lo sé; es menester que me ayudes y no me preguntes, ¡oh hija!

FEDRA

No es para tranquilizarme tu refinada astucia.

LA NODRIZA

Todo te asusta; ¿qué temes ahora?

FEDRA

Que reveles algo al hijo de Teseo.

LA NODRIZA

Déjame, hija, que yo te curaré bien. Solo te ruego que me favorezcas, ¡oh Afrodita, diosa marina! (*Aparte*). Lo demás que pienso hacer lo sabrán únicamente los amigos que hay dentro.[33] (*Se retira*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Amor, Amor que con la mirada inspiras los deseos e infundes suave deleite en los ánimos de aquellos a quienes haces la guerra: que nunca te vea con daño mío ni tiránico me domines. Ni el fuego ni los rayos que despiden los astros pueden compararse a la saeta que lanza Amor, hijo de Zeus.

Antístrofa 1.ª — En vano, en vano junto al Alfeo[34] y en el templo pítico de Febo acumula hecatombes la Grecia; no adoramos al Amor, tirano de los corazones, que guarda la llave de los lechos más codiciados y nos pierde y nos infecta cuando nos acomete, enviándonos todo linaje de males.

Estrofa 2.ª — Pues Afrodita dio al hijo de Alcmena la doncella de Ecalia,[35] que no había conocido el himeneo, y que por tanto ignoraba lo que era un esposo y un tálamo nupcial, llevándola desde su palacio en rápida nave, cual ministro veloz del Orco, con sangre y fuego, y celebrando terribles bodas. ¡Cuán desventuradas fueron sus nupcias!

Antístrofa 2.ª — ¡Oh santas murallas de Tebas! ¡Oh fuente Dircea! Vosotras fuisteis testigos del poder de Afrodita. Con ardiente rayo aletargó

a la madre de Dioniso, engendrado por Zeus, unida a él en himeneo funesto. Abrasa lo que toca con su hálito, y vuela como una abeja.

FEDRA

Callad, mujeres; somos perdidas.

EL CORO

¿Qué sucede en tu palacio, ¡oh Fedra!?

FEDRA

Estaos quietas; dejadme oír los clamores que suenan dentro.

EL CORO

Callo; pero mal exordio es este.

FEDRA

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Cuánta es mi desventura! ¡Cuántos mis males!

EL CORO

¿Qué significan tus quejas? ¿Qué tus voces? Di, ¡oh mujer!, ¿qué súbito rumor te atorra?

FEDRA

Perdidas somos. Acercaos aquí, y escuchad el ruido que se oye dentro.

EL CORO

Tú estás a la puerta; en cuidado te han puesto los clamores que salen del palacio. Pero dime, dime qué desgracia sucede.

FEDRA

Grita Hipólito, el hijo de la Amazona, aficionada a cabalgar, profiriendo horribles maldiciones contra mi esclava.

EL CORO

Conozco su voz, pero no entiendo bien lo que dice. Por las hendiduras de la puerta oirás tú sus palabras.

FEDRA

Y oigo claramente que la llama forjadora de males, y que la acusa de hacer traición a su dueño.[36]

EL CORO

¡Ay de mis desdichas! Te han vendido, ¡oh amiga! ¿Qué consejo te daré? Si ha descubierto el secreto, cierta es tu muerte.

FEDRA

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Vendida por tus amigos.

FEDRA

Me ha perdido descubriendo mi dolencia, con buena intención, es verdad, pero sin curarla como debía.

EL CORO

¿Y qué se hace? ¿Qué harás tú, que sufres males incurables?

FEDRA

Solo me ocurre morir cuanto antes, único remedio de este infortunio.

HIPÓLITO (*que sale por una de las puertas laterales, seguido de la nodriza. Como Fedra se halla en el hueco de la principal, y lejos, no la ve*).

¡Oh tierra, nuestra madre, oh inmensa luz del sol! ¿Qué palabras nefandas han manchado mis oídos?

LA NODRIZA

Calla, hijo, no te oiga alguien.

HIPÓLITO

No es posible callar, habiendo oído tales horrores.

LA NODRIZA (*suplicándole humildemente*).

Suplícote por tu barba y tu hermosa diestra.

HIPÓLITO (*rechazándola*).

No acerques tu mano ni toques mi vestido.

LA NODRIZA (*echándose a sus pies*).

¡Por tus rodillas, que abrazo, no me pierdas!

HIPÓLITO

¿Y cómo así, cuando, según aseguras, no has dicho nada malo?

LA NODRIZA

Lo que yo he dicho, ¡oh hijo!, no debe saberlo el vulgo.

HIPÓLITO

Mejor es, sin embargo, que el vulgo solo sepa lo bueno.

LA NODRIZA

¡Oh hijo!, no quebrantes tu juramentos.

HIPÓLITO

La lengua juró; el alma no ha jurado.[37]

LA NODRIZA

Hijo, ¿qué vas a hacer? ¿Perderás a tus amigos?

HIPÓLITO

Les niego ese nombre: ningún malvado es mi amigo.

LA NODRIZA

Perdona; siempre han errado los hombres, ¡oh hijo!

HIPÓLITO (*dirigiéndose al público, mientras la nodriza se levanta*).[38]

¡Oh Zeus! ¿Por qué dispusiste que las mujeres viesen la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? Si deseabas que estos se multiplicasen, no debías haberlas creado, sino que ellos en sus templos, pesando el oro, o el hierro, o el bronce, comprasen los hijos que

necesitaran, pagando el justo precio de cada uno, y que viviesen en sus casas, libres de femenil compañía. Ahora, como han de morar con nosotros, agotan nuestros recursos. Manifiesto es de aquí qué azote tan grande es la mujer; pues el padre, que la engendra y la educa, da además la dote y la casa para librarse de ella: al contrario, el que recibe en su hogar esta peste destructora, goza engalanando a una pésima estatua, y la viste con sus mejores ropas, y el desventurado gasta así sus rentas. Obligado se ve, si ha de emparentar con familia ilustre, a mostrarse alegre y ser fiel en su amargo consorcio, o si es buena la esposa y pobres los suegros, a remediar bondadosamente su infortunio. Lo mejor, si ha de vivir con nosotros, es que la fortuna nos favorezca, dándonos una compañera inepta y demasiado sencilla. Aborrezco a la sabia; que no albergue un mismo lecho a la que sepa más que yo, y más de lo que conviene a una mujer. Porque Afrodita hace a las doctas las más depravadas, y la sencilla, por sus cortos alcances, está libre de deshonestidad. Convendría también que no las acompañasen esclavas, sino que habitasen con ellas monstruos mudos o fieras, con quienes no pudiesen hablar ni oír su voz. Ahora sus esclavas no cesan de urdir intrigas vituperables, y después las ejecutan fuera de su casa, como tú (*A la nodriza*), ¡oh malvada!, osando proponerme que profane el sagrado lecho de mi padre: yo me purificaré de esta mancha en agua corriente, lavando con ella mis oídos. ¿Qué me sucedería si fuese criminal, cuando ni aun me creo puro habiéndola oído? Ten muy presente lo que te digo, ¡oh mujer!; solo mi piedad te salva; a no haberme tendido una red con mi propio juramento, jamás me contuviera, y lo hubiese revelado a mi padre. Pero ya que Teseo está ausente por mucho tiempo, me iré de este palacio, y mis labios guardarán silencio. Veremos a ver cuando vuelva cómo

arrostráis su presencia tú y tu señora: ya avisado, sabré hasta dónde llega tu audacia. ¡Que perezcáis ambas! Nunca me cansaré de odiar a las mujeres, aunque alguno diga que tal es siempre mi propósito; y no se engaña, en efecto, porque son siempre malvadas. Que aprendan a ser castas, o nunca dejaré de ensañarme con ellas.[39] (*Retírase*).

FEDRA

Mísera y desventurada es nuestra suerte. ¿Qué artes emplearemos, qué recursos, frustrada nuestra esperanza, para desatar el nudo de esta intriga? Recibimos el castigo merecido, ¡oh tierra y luz! ¿Cómo evitaré estas calamidades? ¿Cómo, ¡oh amigas!, ocultaré mi mal? ¿Qué dios me favorecerá, qué hombre me ayudará? ¿Quién querrá hacerse cómplice de maldades tan impías? No veo medio alguno de alejar la tempestad que amenaza a mi vida. ¡Soy la más infeliz de las mujeres!

EL CORO

¡Ay, ay! Ya no tiene remedio, y de nada sirvieron los artificios de tu esclava, ¡oh señora!, que el resultado ha sido desastroso.

FEDRA (*acércase a Fedra la nodriza*).

¿Qué has hecho en mi daño, ¡oh tú, la peor de las mujeres, ruina de tus amigos!? Que Zeus, mi progenitor,[40] te hiera con sus rayos y te extermine. ¿Acaso no te dije, previniendo tu propósito, que no revelases mi mal? Pero no pudiste callar, y ya no moriremos sin mancha. Necesito ahora apelar a otros medios. Él, enfurecido ya contra mí, descubrirá tu falta con deshonra mía a su padre, contará al viejo Piteo sus desdichas, y pronunciará en todas partes los más denigrantes discursos. Que mueras tú y cualquier otro, pronto a hacer lo que no debe, repugnándolo sus amigos.

LA NODRIZA

Razón tienes, ¡oh señora!, en reprenderme: como estás afligida, no dejas descanso a tu juicio; pero te responderé, si me lo permites. Te he criado, y te quiero bien: buscando remedio a tu dolencia, me dejé llevar de mi buen deseo. Si mi propósito se hubiera realizado, me creerían muy prudente, que el éxito favorable nos da de ordinario fama de tales.

FEDRA

¿Es justo, acaso, y quedaré satisfecha, dándote la razón, después de afligirme tanto?

LA NODRIZA

Ociosa es nuestra disputa: no he sido cuerda, pero todavía puedo salvarte.

FEDRA

No hables más; antes erraste, y me has acarreado grave desdicha. Vete, pues, y piensa en ti; yo cuidaré de mí. Vosotras, nobles jóvenes trecenias, favorecedme solo en lo que os ruego, callando cuanto habéis oído hasta ahora.

EL CORO

Juro por la casta Artemisa, hija de Zeus, que jamás publicaré tus males.

FEDRA

Has dicho bien. Por más que pienso solo hallo un remedio a mi desventura para que mis hijos vivan honrados, y salga yo como pueda de este abismo. Jamás llenaré de oprobio a mi familia de Creta ni me presentaré a Teseo, torpemente manchada por la oficiosidad de mi única amiga.

EL CORO

¿Te expondrás acaso a sufrir algún daño irreparable?

FEDRA

Solo anhelo morir; el cómo, yo lo pensaré.

EL CORO

No pronuncies palabras de mal agüero.

FEDRA

Y tú aconséjame bien. Yo llenaré de gozo a Ciprina, que me ha perdido, dejando hoy de vivir, víctima de un amor cruel. Pero después de muerta, causaré daño a otro para que no se enorgullezca con mis males, y para que, participando también de mi pena, aprenda a ser más modesto. (*Entra Fedra en el palacio*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Ojalá que ahora me viese en los profundos valles de las montañas y algún dios me convirtiera en ave alígera y me juntase con los demás volátiles! Desde lo alto de los aires contemplaría las olas del mar Adriático y las aguas del Erídano, en donde tres desventuradas doncellas, llorando a Faetón, aumentan las ondas purpúreas de su padre con los brillantes destellos de sus lágrimas de ámbar.[41]

Antístrofa 1.ª — Y volaría a la costa de las cantatrices Hespérides,[42] rica en manzanas, do el marino rey del purpúreo lago no da paso a los navegantes, defendiendo los límites venerandos del cielo, que sostiene Atlas, y adonde las fuentes destilan ambrosía en el palacio de Zeus, y la divina y alma tierra derrama para los dioses abundante dicha.

Estrofa 2.ª — ¡Oh nave cretense de blancas alas que, surcando las sonoras y marinas aguas del piélago, trajiste a mi señora de su feliz morada, para disfrutar del más desventurado himeneo! O de ambas regiones o de la tierra de Creta voló genio funesto a la ínclita Atenas; pero ataron las

puntas de los torcidos cables en la ribera de Muniquia,[43] y descendieron al continente.

Antístrofa 2.ª — Por esto aquejó su ánimo amorosa dolencia y pasión ilícita, y fue víctima de dura calamidad, y del techo que contempló su himeneo cuelga lazo fatal que ceñirá su blanco cuello en honor de triste diosa, prefiriendo morir sin infamia y librar su alma de amor molesto.

UNA ESCLAVA (*desde dentro*).

¡Ay, ay! Socorredme todos los que se hallen cerca de este palacio: mi señora, la esposa de Teseo, yace suspendida de lazo fatal.

EL CORO

¡Ay, ay! Consumose ya el suicidio. Ya no existe la esposa del rey, ahorcada con nudo corredizo.

LA ESCLAVA

¿No os daréis prisa? ¿Nadie traerá un cuchillo de dos filos para cortar la cuerda que rodea su cerviz?

PRIMER SEMICORO

¿Qué hacemos, amigas? ¿Queréis entrar en el palacio y desatar los apretados lazos que ahogan a mi dueña?

SEGUNDO SEMICORO

¿A qué, pues? ¿No hay servidores jóvenes? No es prudente a veces mezclarse en ciertos negocios.

LA ESCLAVA

Extended el mísero cadáver de la dueña de este palacio, que llenará de amargura a mi señor.

EL CORO

Según oigo ha perecido esta infeliz, puesto que extienden su cadáver.

TESEO (*que llega coronado de laurel*).[44]

¿Sabéis, mujeres, qué significan estos clamores que se oyen en el palacio? Fuerte vocerío de esclavas ha llegado hasta mí. Mi familia no se digna, sin duda, salir a saludarme, abriendo las puertas con alegría cuando vuelvo de consultar al oráculo. ¿Ha sucedido algo a Piteo, ya de edad avanzada? Muchos son sus años, y, sin embargo, con sentimiento mío dejará este palacio.

EL CORO

Esta desgracia, ¡oh Teseo!, no afecta en nada a los ancianos: muertos más jóvenes afligirán tu alma.

TESEO

¡Ay de mí! ¿Ha fallecido acaso alguno de mis hijos?

EL CORO

Viven; muerta su madre, pena dolorosa para ti.

TESEO

¿Qué dices? ¿Ha perecido mi esposa? ¿De qué manera?

EL CORO

Preparó un lazo en el techo para estrangularse.

TESEO

¿De dolor a causa de algún accidente desgraciado?

EL CORO

Solo esto sabemos; hace poco, ¡oh Teseo!, que yo, que deploro tus males, llegué a este palacio.

TESEO

¡Ay, ay! ¿A qué me presento llevando en mi cabeza corona de hojas entrelazadas, consultor desventurado del oráculo? (*Se arranca la corona*).

Abrid las puertas, servidores; quitad las barras, para que contemple el horrible espectáculo que va a ofrecerme mi esposa, cuya muerte me ha perdido. (*Ábrense las puertas y dejan ver el cadáver de Fedra*).[45] ¡Ay, ay! ¡Cuán infortunado soy! ¡Cuán crueles mis males! Tú también has sufrido; tú que has osado cometer una acción que será la ruina de tu familia. ¡Ay, ay! ¡Cuánta ha sido tu audacia! ¡Oh tú, muerta violentamente con muerte impía y por tus mismas manos! ¿Qué dios, ¡oh desdichada!, te borró del libro de la vida? ¡Ay de los males que mísero sufro! Este es el mayor de todos. ¡Oh fortuna funesta para mí y para mi palacio, mancha inesperada, obra de las Furias, que pondrá término a mi vida intolerable![46] Solo vislumbro un piélago de desdichas, del cual nunca podré salir sin luchar con sus calamitosas olas. Quitad las barras, que yo contemple ese horrible espectáculo. ¿Con qué palabras, cómo, desgraciado, apostrofaré a tu adversa fortuna, ¡oh mujer!? Te escapaste de mis manos volando como un ave, y con salto rápido te lanzaste en la morada de Hades. ¡Ay, ay, ay, ay! Dignos de lástima son estos infortunios. Por alguna causa estaba condenado a esta pena hace tiempo; quizá por haber faltado a los dioses alguno de mis progenitores.

EL CORO

No eres tú solo el que sufre estos males repentinos, que otros muchos han perdido también sus esposas.

TESEO

A las infernales, a las infernales tinieblas quiero descender, y vivir sin ventura en ellas, privado de tu muy dulce trato. Mayor es mi desdicha que la tuya. ¿Quién declarará, ¡oh mujer!, la causa de ese fatal propósito? ¿Me lo dirán, o en vano estará lleno mi real palacio de esta muchedumbre de

criados? ¡Cuánto lloro, ay de mí, desventurado, que ya veo el luto que ha de cubrir esta mansión, que ni puede expresarse ni tolerarse! Yo muero: desierto está mi hogar, huérfanos mis hijos. (*Se precipita sobre ella y abraza su cadáver*).

EL CORO

Nos has abandonado, nos has abandonado, ¡oh amada!, la mejor de las mujeres que ven la luz del sol, y la luna, que alumbra de noche, rodeada de estrellas. ¡Desventurada de mí, cuántos males sufre este palacio! Mis párpados, húmedos de lágrimas, llorarán tu destino; ya preveo con horror el nuevo infortunio que nos amenaza.

TESEO (*que se levanta,*
teniendo entre sus manos las de Fedra).

¡Ah, ah! ¿Qué significan estas tablillas suspendidas de una mano amada? ¿Anunciarán alguna nueva calamidad? ¿Dispondrá acaso la infeliz lo que debo hacer de su lecho y de sus hijos? No te inquietes, desventurada, que ninguna otra mujer entrará en el palacio y ocupará tu lugar al lado de Teseo. Y he aquí que el sello de la piedra preciosa, encerrada en el anillo de oro de la difunta, me enternece de nuevo. Veamos, desatando los lazos del sello, qué quieren decir estas letras.

EL CORO

¡Ay, ay! Alguna deidad preparará un nuevo mal, no contenta con los pasados. Ya no podrá vivir después de lo que ha sucedido, qué grave desdicha, ¡ay, ay!, ha arruinado a la familia de mis reyes. ¡Oh numen fatal! Si es posible todavía, no destruyas este palacio, sino óyeme, atiende a mis súplicas, que, como adivino, me inquietan anticipadamente presagios de alguna nueva calamidad.

TESEO

¡Ay de mí! Un nuevo infortunio sucede al otro, que ni se puede expresar ni sufrir. ¡Ay desventurado de mí!

EL CORO

¿Qué hay? Dilo, si puede interesarme.

TESEO

Estas letras, sí, estas letras dicen a voces lo que no puede tolerarse. ¿Adónde huir? ¿Cómo evitaré tal cúmulo de males? Perdido muero: triste queja, triste queja publican estas líneas. ¡Ay de mí, mísero!

EL CORO

¡Ay, ay de mí! Profieres palabras preludio de nuevas desdichas.

TESEO

Ya mis labios no callarán más tiempo este funesto mal, que cuesta trabajo decir, ¡oh ciudad! Hipólito se ha atrevido a manchar por fuerza mi lecho, despreciando el ojo venerando de Zeus.[47] Pero, ¡oh padre Poseidón!, que en otro tiempo me prometiste cumplir tres votos míos, cumple uno contra mi hijo: que muera hoy, si me concediste ese don.

EL CORO

Desdícete, ¡oh rey!, por los dioses, que después, mejor informado, te arrepentirás de tu falta; obedéceme.

TESEO

No es posible. Además, lo desterraré de aquí; uno de estos dos destinos ha de alcanzarle: o Poseidón lo enviará muerto al palacio de Hades, cumpliendo mis votos, o lejos de este territorio y vagando en tierra extraña, pasará triste vida.

EL CORO

Mira cuán oportunamente se presenta tu hijo Hipólito: aplaca, ¡oh rey Teseo!, tu injusta ira, y resuelve lo que más convenga a tu familia.

HIPÓLITO (*seguido de sus amigos y compañeros de caza*).

Al oír tus clamores, ¡oh padre!, he venido precipitadamente, y aunque no sé cual sea la causa que te hace gemir ahora, deseo oírla de tus labios. Vamos, ¿qué hay? Veo muerta a tu esposa, ¡oh padre!, con gran sorpresa mía, puesto que la dejé no ha mucho mirando esta misma luz. ¿Qué le ha sucedido? ¿Cómo ha muerto? Quiero, ¡oh padre!, oírlo de ti. ¿Callas? Cuando los males nos cercan no es ocasión de callar, porque nuestro corazón, deseoso de saberlo todo, quiere conocer también las desdichas. No es justo, ¡oh padre!, que a tus amigos, y a los que son algo más que esto, ocultes tus males.

TESEO (*que miraba fijamente a Hipólito mientras hablaba, y ahora separa de él la vista*).

Hombres que tanto y tan vanamente estudiáis, ¿a qué aprendéis innumerables artes, y sobre todo investigáis y pensáis, y la única que no sabéis ni podéis enseñar es la de hacer bueno al que no lo es?

HIPÓLITO

Has llamado sabio consumado a cualquiera que sea capaz de hacer buenos a los que no lo son. Pero como no me parece oportuno descender ahora a sutiles disputas, ¡oh padre!, temo que tu lengua, dejándose dominar del infortunio, no guarde moderación.

TESEO

¡Ay! Convenía que hubiese una señal cierta entre los hombres para conocer a los amigos, y distinguir el verdadero del falso, y debían tener también dos voces, una de ella veraz y otra no, fuese la que fuese, para que,

al pensar cosas injustas, le arguyese la voz justa y no nos engañase.

HIPÓLITO

Acaso me ha calumniado alguno de tus amigos, deslizándose en tu oído, y me acusas sin culpa. Maravíllanme, sin duda, tus palabras, aberraciones de un sano juicio, que me ofenden.

TESEO

¡Oh pensamiento humano! ¿Hasta dónde llegarás? ¿Cuál será el término de tu temeridad y de tu audacia? Si con la edad crece la osadía, y a la larga ha de ser peor que antes, valiera más que los dioses creasen otra tierra para los perversos y criminales. (*Al coro*). Mirad a este que, siendo hijo mío, ha profanado mi lecho, convicto de su grave falta por declaración de una muerta. (*Volviéndose hacia Hipólito aterrado*). Deja ver tu rostro a tu padre, ya que en tal pena has incurrido. ¿Conversarás tú con los dioses, cual varón irreprochable? ¿Tú eres el casto y el no corrompido? Ya no me hará fuerza tu jactancia, pues equivaldría a pensar que los dioses ignoraban tu delito. Ya puedes vanagloriarte: engáñalos alimentándote de vegetales;[48] sigue las lecciones de Orfeo;[49] abandónate a tu estro; envanécete con tu vasta sabiduría, que te llena de humo; ya no puedes negar tu delito. A todos aconsejo que huyan de tales seres: seducen con palabras pomposas, y solo maquinan torpezas. Fedra ha muerto; pero ¿crees salvarte por eso? Al contrario, por lo mismo es más segura tu perdición. ¡Oh tú, el más malvado de los hombres! ¿Que juramento, qué razones tendrán más fuerza que su muerte? ¿Cómo podrás defenderte? ¿Dirás que ella te odiaba, y que los hijos bastardos son aborrecidos de los legítimos? En poco estimaba, sin duda, su vida si, siendo lo más grato, como dices, la ha perdido por la aversión que te tenía. Dirás acaso que la lujuria no es natural en nuestro

sexo, sino innata en las mujeres; pero yo he conocido jóvenes iguales a ellas en esa parte, cuando Afrodita perturbaba su ánimo juvenil, aunque su misma virilidad les sirviese al fin de baluarte. ¿Pero a qué disputo así contigo, presente este cadáver, testigo el más irrecusable? Sal de aquí desterrado cuanto antes y no vuelvas a Atenas, edificada por los dioses,[50] ni a los últimos confines de la tierra que obedece a mi cetro. Si tú me vencieras, siendo tanta la justicia que me asiste, de nada serviría que el istmio Sinis[51] atestiguase a mi favor con su muerte (que más bien debiera envanecerte), ni que los peñascos del mar, amigos de Escirón,[52] confesaran que soy terrible azote de los malvados.

EL CORO

No puedo llamar dichoso a ningún mortal, cuando tales vueltas da la fortuna.

HIPÓLITO

Violenta es tu ira, ¡oh padre!, y la conmoción de tu alma; pero el asunto que da origen a un bello discurso, si se examina por el lado opuesto, no parece tan bueno. Yo, poco versado en hablar al vulgo, solo valgo en esta parte cuando lo hago a mis compañeros y amigos. Mas esto tiene también sus ventajas, porque los de ninguna valía entre los sabios son los más a propósito para arengar a la multitud. Sin embargo, necesario es que desate mi lengua, ya que soy víctima de tal desdicha; comenzaré al fin por donde me has atacado, como si no pudiera defenderme ni tampoco replicarte. ¿Ves esta luz y esta tierra? No hay ninguno en ella, aunque tú lo niegues, más casto que yo. Enseñáronme primero a adorar a los dioses y a tener amigos incapaces de faltar a la justicia, y que se avergonzarían de mandar nada vituperable, y de ayudar a otros en las torpezas que pudieran

discurrir. No me burlo de mis familiares, ¡oh padre!, que lo mismo son para mí ausentes que presentes. De una sola mancha estoy libre, aunque pienses haberme convencido de lo contrario. Mi cuerpo, hasta hoy, está puro de todo trato con mujeres. Jamás las he conocido sino de oídas o por pinturas, y ni aun ver esto quisiera, por conservar mi alma virginal. Podrá suceder, no obstante, que mi pudor no te persuada, aunque tú debieras probar cómo me han pervertido. ¿Acaso superaba esta en belleza a todas las demás? ¿Esperé, quizá, que, manchando tu lecho paternal, sería después cabeza de esta familia? Vano hubiese sido mi propósito, y sin razón que lo abonara. ¿Quizá porque el reinar es grato a los castos? De ninguna manera, a no ser que el deseo de mandar corrompa las almas de aquellos a quienes agrada. Quisiera vencer en los juegos[53] a todos mis compatriotas, y ser el primero en ellos, y el segundo en la ciudad, y vivir feliz con mis mejores amigos. Así también podría gobernar, y, libre de riesgos, disfrutar mandando de mayor deleite. Fáltame exponer un argumento en mi favor, ya que sabes los demás: si tuviese un testigo como yo, y defendiese mi causa, viviendo esta, depurada la verdad, conocerías también entonces a los verdaderos criminales. Pero júrote por Zeus, que castiga a los perjuros, y por la Tierra, que jamás he tocado a tu esposa, que nunca lo deseé, que ni aun siquiera lo pensé jamás. Que, a no ser así, muera yo de muerte innoble e infame, desterrado de mi patria, sin hogar, fugitivo y errante; que el mar y la tierra rechacen mi cadáver si soy delincuente. No sé si por temor ha perdido la vida, ni es lícito decir más. En apariencia ha sido casta, aunque no lo fuese en realidad, y yo, que lo soy, sufro esta desdicha.[54]

EL CORO

Bastante has dicho en defensa del crimen que se te imputa, jurando por

los dioses, prueba de no escaso valor.

TESEO

¿Es este mágico, o capaz de hacer milagros, cuando espera aplacarme con su dulzura después de llenar a su padre de ignominia?

HIPÓLITO

Y me maravilla, ¡oh padre!, porque si tú fueses mi hijo y yo tu padre, de cierto te matara; no solo te desterraría si osases tocar a mi esposa.

TESEO

¡Qué bien has hablado! No morirás fácilmente si te lo has propuesto, que una pronta muerte es lo más grato para el hombre infortunado, sino que, errante y lejos de tu patria, pasarás triste vida en tierra extraña, pues tal es la pena que merece el impío.

HIPÓLITO

¡Ay de mí! ¿Qué haces? ¿No esperarás que el tiempo, maestro de verdades, aclare esta, sino que me desterrarás de aquí?

TESEO

Te lanzaría más allá del Océano y de las orillas del Atlántico,[55] si pudiese y atendiera al odio que me inspiras.

HIPÓLITO

¿Y sin apelar a los juramentos, sin examen de pruebas, sin oír a los adivinos, me desterrarás indefenso?

TESEO

Esta carta, sin necesidad de más adivinaciones, por sí sola, cual testigo fidedigno te condena, y vuelen cuanto quieran las aves que pasan por encima de mi cabeza.

HIPÓLITO

¿Por qué, ¡oh dioses!, no despliego mis labios, puesto que vosotros, a quienes doy culto, me perdéis? No, seguramente; no persuadiría a quienes quisiera, y violaría inútilmente mi juramento.[56]

TESEO

¡Ah! ¡Cómo me atormenta tu hipocresía! ¿No huirás cuanto antes de tu patria?

HIPÓLITO

¿Adónde me dirigiré? ¿En dónde pediré hospitalidad, desterrado por este delito?

TESEO

No faltan quienes reciban placer en darla a los seductores de mujeres, ni escasearán criminales, autores como tú de delitos domésticos.

HIPÓLITO

Hasta el corazón me traspasas, y estoy a punto de llorar, porque parezco criminal y soy infortunado.

TESEO

Debiste gemir y ser más precavido cuando pensabas deshonrar a la mujer de tu padre.

HIPÓLITO

¡Oh palacio! ¡Ojalá que hablases, y testificaras si yo era delincuente!

TESEO

¿A testigos mudos apelas? Esta carta, que no habla, claramente prueba tu culpa.

HIPÓLITO

¡Ay de mí! ¡Ay, si pudiera mirarme frente a frente para llorar los males que sufro!

TESEO

Mucho más te has cuidado de ti mismo que de ser, como debías, piadoso con tus padres.

HIPÓLITO

¡Oh infelicísima madre! ¡Oh funesto día en que nací! Que ninguno de mis amigos sea jamás bastardo.

TESEO

¿No os lo llevaréis, esclavos? ¿No habéis oído hace ya tiempo que lo destierro?

HIPÓLITO

Llorará el que ose tocarme: si lo deseas, expúlsame tú de esta región.

TESEO

Así lo haré, si no obedeces mis órdenes; tu destierro no excita en mí la más ligera compasión.

HIPÓLITO

Decretado está, según parece. ¡Cuánta es mi desventura! Aunque sé lo que ha sucedido, no acierto, sin embargo, a declararlo. ¡Oh, hija de Leto, diosa la más amada, tú que vives conmigo en las selvas y eres mi compañera de caza! ¡Huiremos de la ínclita Atenas! Adiós, pues, ciudad y tierra de Erecteo; adiós, suelo de la Trecenia, que tantos solaces ofreces a la juventud; yo te saludo por última vez. Venid, ¡oh jóvenes amigos!, despedidme y llevadme de aquí; jamás veréis otro hombro más casto, aunque no lo crea mi padre. (*Retírase con su séquito. Teseo entra en su palacio*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Sin duda mi piedad para con los dioses me libra de los

dolores que pueden aquejar mi ánimo; pero cuando más confío en la divina Providencia, desmayo contemplando la varia suerte y las acciones de los mortales. Todo cambia en este mundo, e inconstante es la vida humana, y sujeta a muchos errores.

Antístrofa 1.ª — Que el cielo oiga mis súplicas y me dé fortuna próspera; que viva feliz, libre de penas; no sea mi fama insigne ni de mala ley, suaves mis costumbres, variables según la necesidad de cada día, y que ninguna duda turbe mi dicha.

Estrofa 2.ª — Perdí la tranquilidad de mi alma; engañome mi esperanza desde que vi a la estrella más brillante de la Grecia lanzada a otras regiones por la ira paternal. ¡Oh arena de las riberas de mi país natal! ¡Oh selvas de los montes, en donde con tus ágiles perros matabas a las fieras, acompañado de la casta Dictina!

Antístrofa 2.ª — No subirás más al carro[57] tirado de yeguas vénetas, refrenando en Limne con tu diestro pie a los dóciles caballos, y tu no interrumpido canto, que acompañado de la lira se oía antes, no resonará en el palacio paterno, y escasearán las guirnaldas en los santuarios en que habita la hija de Leto en la profunda selva, y con tu destierro se acabará la lucha que por obtener tu mano han entablado las doncellas.

Epodo. — Yo lloraré tu triste destino, y recordaré tu desdicha. ¡Oh mísera madre, en vano lo diste a luz! ¡Ay! Me indigno contra los dioses. ¿Cómo vosotras, Gracias fraternales, lanzáis de su palacio a tierra extraña a este infortunado, inocente de toda culpa? Pero veo al servidor de Hipólito, que triste y con paso rápido se dirige hacia aquí.

EL MENSAJERO

¿En dónde, ¡oh mujeres!, encontraré a Teseo, rey de este país? Si lo

sabéis, decídmelo. ¿Está acaso en el palacio?

EL CORO

Míralo ya, que sale de él.

EL MENSAJERO

Triste mensaje, ¡oh Teseo!, traigo a ti y a los ciudadanos que habitan en la ciudad de los atenienses y en los confines de la Trecenia.

TESEO

¿Qué hay? ¿Alguna calamidad ha invadido acaso a las dos ciudades vecinas?

EL MENSAJERO

Para decírtelo en pocas palabras, Hipólito morirá, aunque todavía lo queden algunos momentos de vida.

TESEO

¿Cómo así? ¿Ha muerto quizá a manos de algún enemigo, cuya esposa violara, como la de su padre?

EL MENSAJERO

Su propio carro ha sido la causa de su muerte, y las imprecaciones que pronunciaste pidiendo su cumplimiento a tu padre, señor de los mares.

TESEO

¡Oh dioses, y tú, Poseidón! Seguramente eres mi padre, pues si no lo fueras, no hubieras oído mis imprecaciones. Di cómo ha muerto, cómo lo hirió la espada de la justicia por haberme deshonrado.

EL MENSAJERO

Peinábamos nosotros llorando las crines de sus caballos, junto a las riberas que el mar lava con sus olas, por haber venido cierto mensajero diciendo que Hipólito no pisaría más esta tierra, y que lo habías

condenado a triste destierro. Él mismo llegó después confirmando tan lamentable nueva, y le seguían muchos de sus amigos y compañeros. Cuando sus llantos cesaron, dijo: «¿Por qué lloro? Es preciso obedecer las órdenes de mi padre. Esclavos, uncid los caballos al yugo de los carros; Atenas murió ya para mí». Todos, pues, nos apresuramos, y en un momento llevamos a nuestro dueño los caballos enjaezados. Fijó las riendas en el extremo delantero del carro, y aseguró sus pies en los borceguíes adheridos a él.[58] Primero suplicó a los dioses de esta manera, levantando al cielo las manos: «Si soy criminal, ¡oh Zeus!, que no viva más, y que mi padre conozca que ha sido injusto conmigo, ya después de mi muerte, ya mientras vea la luz». Y mientras tanto, cogió el látigo y aguijó los caballos; nosotros, sus servidores, seguíamos cerca del carro a nuestro dueño, que se encaminó en derechura a Argos y Epidauro. Poco después que entramos en lugares desiertos, más allá de esta tierra,[59] y llegamos a la orilla del mar Sarónico, se oyó cierto ruido horrible, como si fuera el de un trueno subterráneo de Zeus, que nos hizo temblar a todos; los caballos levantaron la cabeza y enderezaron las orejas; nosotros teníamos gran miedo, no sabiendo cuál fuese la causa que lo producía; pero habiendo mirado a la orilla del alborotado mar, vimos una espantosa ola que amenazaba al cielo, hasta el punto de ocultarnos la ribera Sarónica, y el istmo y el promontorio de Esculapio. Hinchándose más después, y derramando en torno mucha espuma, y bramando horriblemente, se estrelló en la orilla, en donde estaba la cuadriga, y del seno de la tempestad y de las agitadas olas salió un toro, monstruo fiero, con cuyos mugidos resonaba pavorosamente la tierra; a todos los que presenciamos este espectáculo parecía espantoso, y no podíamos mirarlo sin estremecernos. El miedo se apoderó de los caballos, y

mi señor, muy diestro en manejarlos, cogió en sus manos las riendas y tiró hacia atrás, como el marinero hace con el remo, y con ellas ciñó su cuerpo; pero los caballos, tascando el bocado endurecido al fuego, arrancaron con ímpetu, sin cuidarse de la mano que los regía, ni e las riendas, ni de los carros bien labrados; siempre que en tierra llana, y sin soltar las riendas, cambiaba su carrera, aparecía el toro delante, como para acometer al carro, e infundía en los caballos invencible miedo; si con furia lo llevaban contra los peñascos, seguía acercándose en silencio, hasta que le embistió y volcó, rompiendo las ruedas contra una peña. Todo fue entonces confusión; los rayos de las ruedas y los clavos de los ejes saltaron en todas direcciones. El desventurado, sujeto por las riendas, se estrelló la cabeza contra los peñascos y se magulló el cuerpo, exclamando con la mayor amargura: «Deteneos, caballos alimentados en mis pesebres; no me matéis. ¡Oh, cruel maldición de mi padre! ¿Quién quiere socorrerme y salvar a un hombre bueno si los hay?». Muchos que lo deseábamos, con tardo paso le seguíamos de lejos. Al fin, desenredándose de las riendas, cayó no sé de qué modo, y le quedan pocos instantes de vida, y los caballos y el malhadado y milagroso toro se escondieron no sé en qué lugar montañoso. Yo soy, en verdad, un siervo de tu palacio, ¡oh rey!, pero jamás podré creer que tu hijo ha delinquido, aunque se ahorquen todas las mujeres y escriban tantas tablillas cuantas pueden hacerse de las selvas del Ida,[60] seguro como estoy de su inocencia.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! Consumáronse nuevos desastres, e inevitable es el destino.

TESEO

Gozo me infundieron tus palabras por el odio que tengo a la víctima de estos males; venerando ahora a los dioses, y recordando que es mi hijo, ni sus desdichas me placen ni me afligen.

EL MENSAJERO

¿Qué hacemos, pues? ¿Lo traemos aquí? ¿Cuáles son tus órdenes acerca de ese desventurado? ¿Cómo te agradaremos? Piénsalo bien, y si quieres seguir mi consejo, no seas cruel con tu infortunado hijo.

TESEO

Traedme para que vean mis ojos al que negó haber profanado mi lecho, y lo convenzan mis palabras, y la desgracia que le agobia, obra de los dioses.

EL CORO[61]

Tú, Afrodita, doblegas el ánimo inflexible de los hombres y de los dioses con ayuda de tu hijo, revestido de variado plumaje, que los cobija bajo sus alas velocísimas. Vuela por toda la tierra y por el salado mar, que profundamente resuena. Cupido ablanda los corazones y los asalta con su antorcha, resplandeciente como el oro, que inspira el furor, y a las fieras que viven en los montes, y a los peces del mar, y a cuanto alimenta la tierra, que el sol purifica con sus rayos: todos los hombres están sujetos a su imperio, y Afrodita sola manda en todos a un tiempo como reina.

ARTEMISA (*en un carro de nubes doradas*).[62]

Óyeme, que tal es mi voluntad, noble hijo de Egeo; yo soy Artemisa, hija de Leto, ¡oh Teseo! ¿Por qué, mísero mortal, te deleitan estos males, y has dado injusta muerte a tu hijo, creyendo lo que no es cierto, seducido por las falsas palabras de tu esposa? Manifiesta es la desdicha que te pierde. ¿Cómo no te precipitas con rubor en los abismos de la tierra, o evitas este daño volando? Ya no podrán contarte entre los justos. Entérate, Teseo, de

sus desdichas, que esto, aunque de nada te sirva, te llenará al menos de dolor. No tiene otro objeto mi venida que probar la piedad de tu hijo, y su gloria al morir, y el furor de tu esposa, y hasta cierto punto su nobleza. Estimulada por la diosa más aborrecida de los que rendimos grato culto a la virginidad, se enamoró de Hipólito, intentó vencer su pasión, y murió inesperadamente por la imprudencia de su nodriza, que la descubrió a tu hijo mediante juramento. Él, como era honrado, no accedió a sus deseos ni fue impío, a pesar de tu enojo, violando después su juramento. Pero Fedra, temiendo que supieras su delito, escribió una carta falsa y te persuadió lo que quiso, y perdió con engaño a tu hijo.

TESEO

¡Ay, ay de mí!

ARTEMISA

¿Te afligen mis palabras? Tranquilízate, oye lo restante y llorarás más. ¿No sabías que tu padre[63] había de cumplir tres votos tuyos? Contra tu hijo, ¡oh tú, el más malvado de los hombres!, fulminaste uno de ellos, como si hubiese sido tu mayor enemigo. Tu marino padre, que bien te quiere, te concedió lo que debía, puesto que lo había prometido; pero tú has sido criminal con él y conmigo, y no esperaste que las pruebas te convencieran, ni oíste a los adivinos, ni nada averiguaste, ni aguardaste a que el tiempo descubriese la verdad, sino que más pronto de lo que convenía maldijiste a tu hijo y ocasionaste su muerte.

TESEO

Que yo muera, ¡oh diosa!

ARTEMISA

Cometiste atrocidades, pero aún puedes obtener el perdón. Afrodita

ha sido causa de todo por saciar su ira: es ley entre los dioses que ninguno se oponga a los deseos del otro, y que todos cedan cuando es menester. Ten por cierto que, de otra manera, y a no temer a Zeus, no me deshonraría hasta el punto de consentir en la muerte del mortal que más amo. Tu ignorancia demuestra que has faltado sin malicia, y además tu esposa al morir destruyó las pruebas orales que te hubiesen convencido. Sobre ti principalmente descargan ahora estos males, aunque yo también los sienta. No agrada a los dioses la muerte de los piadosos, sino la ruina de los malvados, con sus hijos y su familia. (*Hácese invisible*).

EL CORO

Ya llega el infeliz, desgarrados horriblemente sus miembros juveniles y desaliñada su blonda cabellera. ¡Oh palacio infortunado! ¡Que doble calamidad[64] te agobia por mandato del cielo!

HIPÓLITO (*que llega en una camilla*).

¡Ay de mí! ¡Ay de mi! ¡Ay de mí! ¡Cuánta es mi desventura!, despedazado injustamente a causa de las imprecaciones[65] de un padre, también injusto. No tiene remedio mi desdicha; ¡ay de mí, mísero! ¡Ay, ay! Dolores intolerables atormentan mi cabeza, e incesantes espasmos acometen mi cerebro. Dejadme descansar, dejad que reciba algún consuelo mi fatigado cuerpo. (*Ponen en tierra la camilla*). ¡Ay, ay de mí! ¡Oh caballos odiosos que alimentó mi mano, me habéis perdido, me habéis dado la muerte! (*Mientras lo sientan sus servidores*). ¡Ay, ay, por los dioses! ¡Oh esclavos, tocad con cuidado mis doloridos miembros! ¿Quién está a mi derecha? Levantadme con amor, con suave movimiento, que mi desdicha es grande y mi padre me maldijo equivocado. Zeus, Zeus, ¿ves esto? Yo soy aquel varón casto que daba a los dioses culto, el que en la práctica de esta

virtud superó a todos, y ahora pierdo la vida y me aguarda la muerte debajo de la tierra; en vano fui piadoso entre los hombres y sufrí grandes molestias, ¡ay, ay, ay, ay de mí!, y ahora el dolor, sí, el dolor me aflige de nuevo. Dejadme abandonado a mi desventura; no prolongad mi martirio, y que la muerte cure mis males. Matadme, matadme, que soy un desdichado; ojalá que me hiera una espada de dos filos y acabe de una vez conmigo. ¡Oh malhadada imprecación de mi padre! ¡Oh parientes manchados de sangre![66] Mi desdicha corona ahora sin vacilar las de mis viejos progenitores, y viene contra mí, que nada tengo que ver con ellas. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué diré? ¿Cómo me libertaré de este dolor cruel? Que la negra y nocturna Necesidad, que habita en el palacio de Hades, aletargue mis sentidos.

ARTEMISA (*invisible*).

¡Oh infeliz! ¡Qué calamidad te atormenta! La grandeza de tu alma ha sido causa de tu ruina.

HIPÓLITO

¡Ay de mí! ¡Oh divino y embriagador perfume![67] Aun en medio de mis males te he percibido, y mi cuerpo siente consuelo. Aquí está la diosa Artemisa.

ARTEMISA

¡Oh mísero! A tu lado está la diosa que más te ama.

HIPÓLITO

¿Vesme, señora, en la desventura en que me hallo?

ARTEMISA

Te veo; pero no me es lícito derramar lágrimas de mis ojos.

HIPÓLITO

Ya no sobrevivirá a su desdicha tu cazador y sacerdote.

ARTEMISA

No, seguramente; pero mueres amado de mí.

HIPÓLITO

Ni el que guiaba tus caballos y guardaba tus estatuas.

ARTEMISA

Obra es de la engañosa Afrodita.

HIPÓLITO

¡Ay de mí! Ya reconozco la deidad causa de mis males.

ARTEMISA

Enojada porque no la adorabas, se vengó de tu castidad.

HIPÓLITO

Ella sola, según veo, nos ha perdido a los tres.

ARTEMISA

A tu padre, a ti, y en tercer lugar a su esposa.

HIPÓLITO

También deploro los infortunios de mi padre.

ARTEMISA

Ha sido engañado por las sugestiones de la diosa.

HIPÓLITO

¡Oh padre infeliz! ¡Grande es tu desventura!

TESEO

Perecí, ¡oh hijo!; no me deleita ya la vida.

HIPÓLITO

Deploro tu suerte más que la mía, a causa de tu yerro.

TESEO

¡Ojalá, ¡oh hijo!, que yo hubiese muerto en tu lugar!

HIPÓLITO

¡Oh dones crueles de tu padre Poseidón!

TESEO

Quisiera no haberlo evocado nunca.

HIPÓLITO

¿Y por qué? Segura era siempre mi muerte, siendo tanta tu ira.

TESEO

Los dioses habían perturbado mi juicio.

HIPÓLITO

¡Ay de mí! ¡Ojalá que los mortales pudiesen maldecir a los dioses![68]

ARTEMISA (*invisible*).

Déjame, que ni aun cuando vayas a las tinieblas que hay debajo de la tierra se ensañarán en ti impunemente las iras de Afrodita, acordes con su deseo, pues de ellas te libraron tu piedad y buenos pensamientos. Yo, con mi misma mano, y con mis inevitables saetas, te vengaré, dando muerte a uno de sus favoritos, al mortal que más ame.[69] Te concederé, ¡oh desventurado!, por tus graves desdichas los más grandes honores en la ciudad de Trecén; las doncellas, antes de casarse, cortarán en tu honor sus cabellos, y gozarás largo tiempo de sus lágrimas copiosas.[70] Siempre te honrará música de vírgenes, y se hará público el amor que inspiraste a Fedra. Y tú, hijo del viejo Egeo, toma en tus brazos a tu hijo, y oprímelo contra tu pecho. Involuntariamente lo has perdido, pero errar es natural en los hombres, consintiéndolo los dioses. Ruégote, ¡oh Hipólito!, que no odies a tu padre, que el destino ha sido causa de tu muerte. Adiós, que no me es lícito mirar los muertos ni empañar mis ojos con el aliento del

moribundo, y veo que se aproxima ya tu última hora.

HIPÓLITO

Adiós, tú también, virgen bienaventurada; olvida sin pena mi trato cotidiano. Perdono a mi padre, accediendo a tus ruegos, como antes te obedecí siempre en todo. (*Retírase Artemisa*). ¡Ay, ay de mí! ¡Que las tinieblas envuelven ya mis ojos! Abrázame, padre, y levanta mi cuerpo.

TESEO

¡Ay de mí, hijo mío! ¿Cómo me abandonas así, sumido en la mayor desventura?

HIPÓLITO

Yo muero; ya veo las puertas de los infiernos.

TESEO

¿Y me dejas el alma mancillada?

HIPÓLITO

De ningún modo, puesto que no te imputo este desastre.

TESEO

¿Qué dices? ¿Me absuelves de haber derramado tu sangre?

HIPÓLITO

Por testigo pongo a Artemisa, la de las irresistibles saetas.

TESEO

¡Oh hijo el más amado! ¡Cuánta es tu generosidad para con tu padre!

HIPÓLITO

Adiós, tú también, ¡oh padre!; adiós muchas veces.

TESEO

¡Ay, cuán piadoso y bueno eres!

HIPÓLITO

Pide que así sean tus hijos legítimos.

TESEO

No me abandones, ¡oh hijo!; recobra tus fuerzas.

HIPÓLITO

Mis fuerzas se acaban; yo muero, ¡oh padre!; cubrid cuanto antes mi rostro con el peplo.[71]

TESEO

¡Oh maldita región de Atenas y de Palas! ¡Qué hombre has perdido! ¡Oh desventurado de mí! ¡Cuántas veces, ¡oh Afrodita!, recordaré los males que me causas!

EL CORO

A todos nos sorprende esta desgracia; ríos correrán de lágrimas, porque la memoria de los grandes hombres debe llorarse mucho tiempo.

* * *

Notas

1. Lefranc, *Histoire de la littérature grecque*, página 152.

2. Ponto Euxino, hoy mar Negro, al SE de Europa, que comunica con el Mediterráneo por el estrecho de Constantinopla, el mar de Mármara y los Dardanelos, y con el mar de Azov por el estrecho de Yenikaleh. Baña a la Europa al N y al O, y al Asia al S y al E. Llamose primero *Axenos* o inhospitalario, y después *Euxenos*, hospitalario, como el cabo de Buena Esperanza se llamó primero de las Tormentas.

3. Hipólito era hijo de Antíope, reina de las Amazonas y prisionera de Teseo en la guerra que sostuvo contra ellas.

4. Piteo, abuelo de Teseo e hijo de Pélope y de Hipodamía, rey de Trecén, famoso por su sabiduría. Educó sucesivamente a su nieto Teseo y a su biznieto Hipólito.

5. Trecén, hoy Damala, ciudad de la Argólida, cerca de la costa oriental.

6. Hubo en Atenas dos reyes de este mismo nombre: el uno fue hijo y sucesor de Erictonio y padre de Erecteo, de Procne y Filomela; el otro padre de Egeo, y por consiguiente abuelo paterno de Teseo. Es probable que Eurípides se refiera a este último, y que llame campo de Pandión a las cercanías de Atenas, en donde estaba edificada Eleusis.

7. Estos sagrados misterios son los de Eleusis, instituidos en honor de Deméter, de su hija Perséfone y de Triptólemo. Consistían en ciertas reminiscencias del culto cabírico o pelásgico, se celebraban todos los años y duraban nueve días. Menudeaban las procesiones, las abluciones, las carreras con antorchas y los juegos. El iniciado en el primer grado se denominaba *mysto*, y en el secundo, *epopto* o *que veía*. Eleusis, según Pausanias, fue fundación de Ógiges, y estaba situada en el golfo Sarónico, a 17 kilómetros al NO de Atenas, entre el Pireo y Mégara. Pericles edificó allí a Deméter un templo suntuoso.

8. La acrópolis de Atenas.

9. Cécrope, egipcio fundador de Atenas, que instituyó el Areópago y el culto de Zeus y Atenea. Enseñó también la agricultura y ordenó los casamientos y las sepulturas.

10. Los Palántidas eran los cincuenta hijos de Palante, hermano de Egeo, que intentaron arrebatarle el cetro de Atenas, y fueron vencidos por Teseo.

11. Este coro secundario, distinto del principal y compuesto de cazadores, abandona pronto el teatro para dejar su puesto a las mujeres trecenias. El escoliasta cita otros dos ejemplos de coros de esta especie: el uno de la tragedia de *París*, hoy perdida, en la cual aparece este personaje rodeado de pastores, que se retiran, y el otro en el *Faetón* del mismo poeta, en que el rey Mérope sale a la escena con otro coro secundario, semejante a estos.

12. Generalmente se traduce este verso: «Puesto que solo a los dioses se puede llamar señores»; pero varias razones nos inclinan a traducirlo de otra manera. No es probable que un esclavo que osa hacer a su señor esta advertencia comience, para conciliarse sus buenas gracias, recordándole la distancia que lo separa de los dioses. Lo natural es lo contrario. Además la palabra ἄναξ (príncipe o rey) es más honorífica que la de δεσπότης, porque esta era aplicable a cuantos tenían esclavos, y la otra solo a los personajes del más elevado rango. El texto de Jenof., *Anab.*, III, 2-8, que cita Valckenaer, nada prueba, porque allí se habla de griegos libres, aquí de un esclavo. Estas anfibologías, que a veces se encuentran en griego y en latín por la construcción de dos acusativos con un infinitivo, o por las licencias del

hipérbaton, deben entenderse siempre con arreglo a lo que indique el buen sentido. Tradúzcase esta frase de Juvenal, *Sát.* 8, 20, *nobilitas sola est atque unica virtus*, y será incompresible, o se expresará lo contrario de lo que quiere decir el poeta, puesto que solo asegura que la virtud es la sola y única nobleza.

13. Gran verdad, sin duda, que no supo o no quiso practicar Diógenes el Cínico y sus secuaces antiguos y modernos.

14. Esto es, que cuanto los hombres poseen es don de los dioses, y la afabilidad uno de ellos.

15. Ya se ha visto que su estatua estaba a la entrada del palacio.

16. Lo que quiere decir este servidor de Hipólito es que su dueño, como joven, irreflexivo e inexperto, no es tan racionalmente religioso como él, ya anciano, y, en efecto, es lo que sucede de ordinario.

17. Punto de reunión, sin duda, como sucede entre nosotros.

18. Mirábase a Pan como al dios que inspiraba repentinos e infundados terrores; a Hécate como a la diosa de encantadores y mágicos, que enviaba a la tierra espectros y fantasmas, y a Cibeles como a la deidad que daba la locura. Loco estuvo, en efecto, Atis, pastor frigio, que la desdeñó. Los coribantes eran sacerdotes que danzaban y aullaban como furiosos para impedir que Cronos oyese los gritos de su hijo Zeus.

19. Dictina, advocación de Artemisa, de δίκτυον, red, porque cazaba con ella.

20. Fedra era hija de Minos, rey de Creta, y de su mujer Pasífae.

21. Limnes, paraje inmediato a Trecén, de donde viene el sobrenombre de Artemisa. El escoliasta dice así: Λίμνη, τόπος Τροιζῆνος ἔνθεν Λιμνῆτες Ἄρτεμις καλεῖται. Allí mismo debía haber un gimnasio, pues también dice el escoliasta: Λίμνη γυμνάσιον ἐν Τροιζῆνι, ὡς καὶ ἐν τοῖς ἐξῆς φησὶ Λίμνης τροχόν.

22. El escoliasta reprueba este anacronismo, puesto que hasta la olimpiada 89 no consiguió el premio en Olimpia el lacedemonio León con caballos vénetos, y en esta época, si damos crédito a Polemón, ni siquiera se conocían.

23. Esta máxima, fundada en el egoísmo, es inmoral y absurda, y probablemente alude a ella Cic. cuando dice en su libro *De amicitia*, cap. XIII, lo siguiente:

24. Alude a los amores de su madre Pasífae con el toro de Creta, en los cuales tanto le sirvió

el ingenioso Dédalo.

25. Ariadna, que dio a Teseo el hilo para salir del laberinto y matar al Minotauro, y huyó después con él, siendo abandonada en Naxos, de donde se la llevó Dioniso.

26. Porque viniendo del Ática hacia el Peloponeso era la primera ciudad de esta región que se encontraba.

27. Este discurso filosófico de Fedra no está exento de algunos errores, aparte de su inoportunidad dramática. La sagrada Biblia, al hablarnos del pecado original, nos recuerda la imperfección humana y la necesidad de poseer el supremo bien a costa de infinitos esfuerzos. La diferencia que hay entre el bien moral y el intelectual, es que el primero no se oculta a la generalidad de los hombres; no así el segundo, por lo mismo que aquel es más esencial que este. La vida del hombre virtuoso es una constante lucha contra el vicio y las pasiones, época de peregrinación y de prueba, oscuro laberinto a cuya salida le espera el paraíso. Obsérvese que el poeta vacila muchas veces, y ya atribuye la pasión de Fedra a causas humanas, ya a la ira de Afrodita; que el cristiano no da a la vida esta importancia, ni se resuelve nunca a quitársela, ni alcanza así gloria alguna.

28. Recuérdese la escasa consideración social de que disfrutaba la mujer en la sociedad antigua.

29. Porque nació de la espuma del mar.

30. La madre de Dioniso. Tan lejos fue su amor, que llegó a abrasarla.

31. Céfalo, esposo de Procris, hermosísimo mortal, de quien se enamoró la Aurora. Como esta deidad deseaba alejarlo de su esposa, a quien amaba tiernamente, le persuadió que probase su fidelidad disfrazándose. Procris no salió bien de la prueba, y se separó de ella, aunque se reconcilió después. Por último la mató involuntariamente con un dardo, y, desesperado, se atravesó con él. La Aurora entonces lo llevó al Olimpo.

32. Los filtros (en griego φίλτρον, de φιλεῖν, amar) eran de dos especies: unos trastornaban el juicio, y otros infundían o borraban el amor. Para componerlos valíanse de los más variados y repugnantes ingredientes, como del pescado llamado *rémora*, de ciertos cartílagos de rana, de la piedra astroides, del hippomanes, de sangre menstrual, de cortaduras de uñas, etc., etc. Preparado el filtro, según leemos en el idilio 2.º de Teócrito, se hacía a la claridad de la luna un sacrificio. Echábase harina en el fuego, que simbolizaba los huesos del hombre, y después

hojas, cera y salvado, fleco o resto de su traje y zumo de hierbas. Si a su conclusión se oía ladrar algún perro, era señal indudable de que Hécate en persona venía a dar su aprobación y consentimiento.

33. Esto es, Hipólito.

34. Alfeo, río de la Élide que nacía en la Arcadia, cerca de Megalópolis, pasaba por Olimpia y Pisa, y desembocaba en el mar Jónico. Estas hecatombes de que habla el poeta se hacían en Olimpia en honor de Zeus, y en Delfos en honor de Apolo. El Amor, dios alegórico, no tuvo altares ni templos hasta más tarde.

35. La Ecalia era una ciudad tesalia, próxima a la Etolia. Eurito, su rey, prometió dar la mano de su hija Yole al que lo venciera tirando el arco. Heracles lo venció, y no queriendo cumplir su promesa, fue tomada su ciudad y él pereció delante de su hija, que como furiosa bacante recorría el campamento enemigo. (V. las *Traquinias*, de Sófocles.)

36. Teseo.

37. Célebre frase, sutileza de Eurípides tan inmoral como sofística, que justamente ha levantado contra él a todos los críticos sensatos. Sin embargo, como el ingenio humano es siempre el mismo, y siempre hábil en buscar argucias para eludir sus deberes o paliar sus faltas, no han escaseado en épocas posteriores sectas heréticas y perniciosas que han aplicado este mismo principio falso, probablemente sin conocer las palabras de Eurípides.

38. Esta larga y sangrienta sátira contra las mujeres, tan del gusto de Eurípides, es, sin embargo, en nuestro juicio, muy inferior a la celebérrima de Juvenal, imitada después por tantos otros, y entre ellos por nuestro Quevedo. Afortunadamente no escasean en ella las puerilidades, y en general es injusta y poco sólida. Shakespeare en su *Cymb.*, acto II, última escena, se desata también contra el bello sexo en estos términos:

39. La castidad de Hipólito envolvía al mismo tiempo no leve ofensa a la diosa Afrodita, una de las más veneradas, y no dejaba de ser extraña en un pueblo que siempre dio grande importancia a los goces de los sentidos. Sin embargo, la venganza de Afrodita es inmoral, cruel y egoísta. Es seguro que ni en Sófocles ni en Esquilo encontraremos nunca dioses de esta índole, que si infunden temor, infunden también desprecio.

40. Porque Minos, su padre, rey de Creta, era hijo de Zeus y de Europa.

41. Conocida es generalmente la fábula de Faetón, hijo de Apolo y de Clímene, su disputa

con Épafo, en que este sostenía que no era hijo del Sol, el juramento de su padre, y su desventurado ensayo al regir el carro paterno, siendo precipitado en el Erídano o Po, a cuyas orillas le lloraron tanto sus hermanas las Helíades, que fueron convertidas en álamos blancos y sus lágrimas en ámbar.

42. Conocida también, como la anterior, es la fábula de las Hespérides Egle, Aretusa y Hesperetusa, hijas de Atlante y de Hespéride, y su jardín de manzanas de oro, y el dragón que las guardaba. Eurípides indica claramente que moraban al pie del Atlas, en la Mauritania. Otros dicen que habitaban en la Cirenaica, en donde había una ciudad llamada Hésperis, o en nuestra España, cerca de Cádiz, o en las Canarias o islas Afortunadas.

43. Muniquia, aldea y puerto del Ática, entre el Pireo y el cabo Sunio, uno de los tres puertos de Atenas, célebre por su fortaleza y por el templo de Artemisa que había allí edificado.

44. Teseo, que, según dice, vuelve de consultar al oráculo, trae puesta una corona de las hojas del árbol consagrado al dios Apolo. Tito Livio (lib. XXIII, § 11) dice así hablando de la embajada a Delfos de Q. Fabio Píctor: *Hæc ubi ex græco carmine interpretata recitavit, tum dixit, se oraculo egressum ex templo iis omnibus divis rem divinam thure ac vino fecisse; jussumque ab templi antistite sicut coronatus laurea corona et oraculum adisset, et rem divinam fecisset ita coronatum navem adscendere, nec ante deponere eam, quam Romam pervenisset*.

45. Ordinariamente se ponen en boca del coro las palabras que siguen, contra el sentido y la costumbre, puesto que, al contemplar tan doloroso espectáculo, Teseo es quien debe hablar, y porque su versificación y traza indican claramente qué las pronuncia Teseo, no el coro.

46. El texto griego dice ἀβίοτος βίου, una vida que no es vida.

47. Esto es, el de la Providencia, que todo lo ve.

48. El texto vulgar griego dice καὶ δι' ἀψύχου βορᾶς σίτοις καπήλευ'. Valckenaer, comentando esta frase, se expresa así: *Vim non animadverto, quam istis* δι' ἀψύχου βορᾶς *adjungere possit vox* σίτοις. Mathias, por el contrario, observa que σίτα *opponuntur* τῇ ἀψύχοῳ βορᾳ, *et fruges, ac fructus, herbas, radices, etc. significat, quibus terra natis homines vescuntur*. Parece, pues, que por ἀψύχου βορᾶς debe entenderse los vegetales, *cibus inanimis*. Es extraño, sin

embargo, que tan célebres críticos no hayan leído con atención las palabras del escoliasta, que literalmente son estas: ἢ ἐν λόγοις ἐμπορεύου, καθάπερ οἱ λεγόμενοι λογέμποροι, καὶ μὴ κατὰ φύσιν φιλοσοφοῦντες, ἀλλ' οἱ τοὺς λόγους καπηλεύοντες. De ellas se deduce que Eurípides alude a los sofistas charlatanes, esto es, a ciertos pitagóricos que, alimentándose de vegetales, engañaban al vulgo hipócritamente. Adviértase también que, como dice Suidas, καπηλεὐειν se construye con acusativo, como vemos en Esq., *Los Siete del T.*, v. 545, ἐλθὼν δ' ἔοικεν οὐ καπηλεύσειν μάχην, traducido por Ennio (Cic., *Off.*, I, 12) *non cauponantes bellum, sed belligerantes*. No vacilamos, pues, en traducir, como Hartung, λόγους, en vez de σίτοις.

49. Ya en tiempo de Eurípides circulaban muchos versos órficos, compuestos por sectarios de Pitágoras, fórmulas ridículas de encantamiento para devolver la salud corporal y la espiritual. Platón, en su *Rep.*, II, 7, califica a los sectarios de Orfeo de ἀγύρται καὶ μάντεις, charlatanes y adivinos.

50. Por Atenea, aunque realmente fuese fundada por Cécrope, y por una colonia egipcia.

51. Sinis, famoso bandido griego que en el istmo de Corinto robaba a los caminantes, arrojándolos al mar, o matándolos con su maza, o atándolos a dos pinos encorvados hasta la tierra, que después soltaba de repente. Murió a manos de Teseo.

52. Escirón, bandido del Ática, hijo de Éaco, que robaba en el camino de Atenas a Mégara, precipitando a sus víctimas en el mar desde unos elevados peñascos. Teseo lo venció también, y le dio muerte.

53. Es un verdadero anacronismo suponer la existencia de los juegos en una época en que no se conocían; pero a este propósito recordamos los que cometió el pintor Rafael en su cuadro titulado *La Escuela de Atenas*, que no por eso deja de ser excelente. No defendemos por eso tales yerros, sino solo observamos que, a pesar de ellos, sus autores fueron grandes poetas o grandes artistas, y que, evitándolos muchos de nuestros contemporáneos, no lo son; en una palabra, que, sin ser arqueólogo, es posible remontarse mucho en la Poesía o en el arte.

54. Este discurso de Hipólito es muy bueno como discurso, y justifica los elogios que Quintiliano prodiga a Eurípides. Como Hipólito ha sido atacado en lo más sensible, tiene que hablar de sí, pero lo hace con cierta modestia, sin faltar a la verdad. Su carácter se retrata

en él al vivo, y está trazado de mano maestra.

55. Esto es, más allá de las columnas de Heracles, último término del mundo entonces conocido.

56. Vemos, pues, que Hipólito, a pesar de las célebres palabras que profiere en su diálogo ron la nodriza, ἡ γλῶσσ' ὀμώμοχ', ἡ δὲ φρὴν ἀνώμοτος, no viola su juramento. Así se comprende fácilmente que, apoderándose de una sola frase de una composición poética, cuyo correctivo o complemento viene después, se haga decir al autor lo que no quiso. En este caso, sin embargo, es preciso confesar, no solo que Eurípides nunca debió escribirla en absoluto, sino que ni aun ponerla en boca de Hipólito, tan religioso y tan puro; adviértase, no obstante, que Hipólito no lo quebranta sino por lo convencido que se halla de que no le serviría, dando a entender que lo haría en otro caso.

57. El carro de los griegos era de dos ruedas como el romano, y se entraba en él por detrás. Por delante no tenía abertura alguna, y era descubierto. Iban en él dos personas: el guerrero y el cochero o conductor. El carro griego era más ligero, elegante y esbelto que el romano, según se deduce del bajorrelieve de un vaso que se encontró en Santa Ágata.

58. Parece, según dicen Eustacio y el escoliasta, que en los carros se usaban estos borceguíes, o como quiera llamárseles, con el objeto de ofrecer sólido apoyo al que lo regía y no exponerlo a los continuos vaivenes, naturales en vehículos sin muelles y que caminaban por toda clase de terrenos.

59. Caminando de Trecén a Epidauro se encuentra a la derecha una pequeña península, en donde está edificada Metana, e inmediatamente después, siguiendo por la costa, el golfo Sarónico, entre Epidauro y Mégara. Hacia el norte se descubren los altos peñascos Sarónicos, en donde se halla el desfiladero que lleva de Corinto a Mégara, en donde habitaba el bandido Escirón, y cerca, y a la derecha, la costa de la península mencionada, desde la cual se alborotaron las olas y arrojaron al toro que mató a Hipólito, e impedían ver el istmo y el promontorio de Esculapio.

60. M. Artaud dice así: *Il s'agit ici du mont Ida de La Crète, patrie de Phèdre*. ¿Por qué ha de ser el Ida de Creta y no el de Troya, mucho más célebre y conocido en toda la Grecia, a no ser que hagamos la singular suposición de que Fedra trajo las tablillas de Creta, de que eran del Ida, y lo sabía este esclavo?

61. Aunque Valckenaer opine que este canto del coro es superfluo, adviértase que siempre se oía su voz en la transición de una escena cualquiera a otra interesante, aludiendo, sin faltar a la discreción, a la causa de los sucesos ocurridos.

62. La frecuencia con que intervienen los dioses en las tragedias de Eurípides, sobre todo a su conclusión, y cuando la intriga parece más complicada o el desorden moral más profundo, nos autoriza a pensar que no siempre es pobreza de recursos dramáticos del poeta. Acaso el carácter religioso de esta clase de espectáculos, o la necesidad de que fuese obra de un dios el restablecimiento del equilibrio moral, perdido por la influencia de otro, inclinaran al poeta a desatar el nudo de esta manera. Como en las de Esquilo y Sófocles eran los conflictos humanos resultado de los decretos del destino, superior a todos los dioses, no podía suceder esto.

63. Teseo, como Heracles y los demás héroes de la antigüedad pagana, no era hijo de Egeo, en opinión de las gentes, sino de Poseidón y de Etra, esposa de aquel. Alejandro Magno pretendió serlo más tarde de Zeus Amón.

64. El suicidio de Fedra y la muerte de Hipólito.

65. Aunque no estemos completamente de acuerdo con Hartung (*Religion der Römer*, P. I, pág. 100 y siguientes), que sostiene, fundándose en algunos datos, que entre los griegos y romanos el *omen*, el oráculo y la imprecación determinaban los sucesos, y no declaraban simplemente lo resuelto con anterioridad, no podemos prescindir de llamar la atención de los lectores hacia estas palabras de Hipólito, que revelan la creencia universal de todos los pueblos en el carácter religioso y respeto inherente a los padres, cuyas maldiciones (justas de ordinario) eran ensalzadas por la divinidad.

66. Piteo, abuelo materno de Teseo, era hijo de Pélope y de Hipodamía, esto es, de la familia de los Tantálidas o Pelópidas, tan famosos por sus crímenes.

67. M. Artaud cita muy oportunamente a este propósito las palabras del *Prometeo*, de Esquilo, v. 115, al acercarse las Oceánidas, que dice:

68. Por más que algunos sostengan, por defender ciegamente a Eurípides, que estas palabras no debían asustar al público, nosotros pensamos que son irreligiosas en absoluto, e impropias de Hipólito, varón santo y perfecto.

69. M. Artaud, citado hace poco, dice que *C'est Adonis, qui fut tué à la chasse par un*

sanglier, sin acordarse de que este jabalí era Ares, celoso de Adonis, tan querido de Afrodita.

70. Luciano (*de Licia Dea*, p. 60) dice así: Τροιζήνιοι τῇσι παρθένοισι, καὶ τοῖσι ἠιθέοισι νόμον ἐποιήσαντο, μή μιν ἄλλως γάμον ἰέναι πρὶν Ἱππολύτῳ κόμας κείρασθαι.

71. Políxena en *Hécuba* dice también a Odiseo:

Las fenicias

* * *

ARGUMENTO

Si damos fe al escoliasta de Aristófanes (*Las Ranas*, v. 53) y a lo que nos dice J. A. Hartung (*Euripides restitutus*, tomo II, pág. 415 y siguientes), la tragedia titulada Las Fenicias es la tercera de una trilogía, cuya primera y segunda fueron, por su orden, *Antíope* e *Hipsípile*. El argumento de la *Antíope* era la fundación de Tebas, y el de *Hipsípile* el asedio de esta ciudad por los siete capitanes mandados por Adrasto, antes de ocurrir la muerte de los hijos de Edipo.

La fábula de Las Fenicias (con algunas variantes si se compara con algunas tragedias griegas y tradiciones épicas pertenecientes como ella al ciclo tebano) cuenta la muerte de Eteocles y Polinices, nietos de Layo. El poeta supone que Polinices, desterrado de Tebas por su hermano Eteocles, no obstante el pacto celebrado entre ambos de reinar un año cada uno, se refugia en la corte de Adrasto, rey de Argos, con cuya hija se desposa, y con cuyo auxilio y el de otros famosos guerreros pone sitio a Tebas para obligar

a su hermano a cederle parte del reino. Yocasta, madre y mujer de Edipo, y madre de ambos, obtiene de Eteocles que permita a Polinices la entrada en Tebas con el maternal objeto de reconciliarlos; pero no pudiendo conseguirlo a pesar de sus ruegos y exhortaciones, se da el asalto por los sitiadores, que son rechazados de las murallas y vencidos por los tebanos, después que Meneceo, hijo de Creonte, se sacrifica por su patria, obedeciendo al oráculo que revela el adivino Tiresias. Eteocles entonces, para evitar la efusión de sangre inútil, propone a ambos ejércitos la decisión de la fratricida contienda por medio de un combate singular entre él y Polinices, que se verifica, en efecto, sucumbiendo uno y otro. Al saberlo, su madre Yocasta se dirige al campamento con su hija Antígona, ansiosa de evitarlo, pero llega tarde; se precipita inconsolable sobre la espada de uno de los muertos, y perece también abrazada a ellos. Eteocles, antes de pelear con su hermano, encarga a Creonte, su tío, que no dé sepultura a Polinices si muere, y aquel intenta cumplir sus órdenes, no obstante la resistencia de la piadosa Antígona, que al fin acompaña a su padre, ciego, al destierro a que lo condena Creonte.

La acción de esta tragedia, como se deduce fácilmente de las líneas anteriores, es eminentemente trágica, no solo en el sentido que esta palabra tiene entre nosotros, sino también en el griego. El destino con su horrible influjo se muestra en toda ella, y recuerda a los mortales sus inflexibles decretos. Sin embargo, ni la escena en que el pedagogo enseña a Antígona los capitanes del ejército sitiador, ni la entrada de Polinices en Tebas, forman parte esencial de ella, a pesar de su belleza incomparable. Los dos caracteres de Eteocles y Polinices, que aparecen en primer término, están bien dibujados y sostenidos, y ambos se distinguen por su ambición y por

su odio fratricida y por sus opuestos sentimientos.

En nuestro juicio, y no obstante los lunares mencionados, algunas máximas nada morales que contiene y las extrañas críticas literarias de Eurípides intercaladas en la tragedia, es una de las mejores que de él nos quedan. Tiene escenas inimitables, trozos felicísimos, y su versificación es en general muy superior a otras obras suyas. En una palabra: leyéndola despacio, y no una vez sola, se puede aprender mucho.

Séneca la ha imitado en su *Tebaida*, de la cual solo existen fragmentos, y Estacio en su poema heroico que lleva el mismo nombre; entre los franceses, Rotrou en su *Antígona*, y Racine en sus *Hermanos enemigos*, una de sus más débiles producciones.

En cuanto a la fecha de su representación, parece lo más probable, atendiendo al escolio citado al principio, que fuera en la olimpiada 93, 2 (407 antes de Jesucristo). En efecto, además de este dato del escoliasta, que no deja de tener fuerza, y que en todo caso es el único que poseemos, confírmalo también la observación que hace Hermann (*in Præfat. Phœn.*, pág. XV) cuando dice: *Quum illa* (Yocasta) *deinde cum Polinice coierit sermonem, ejus prior pars, qua singulatim exquirit cur grave sit patria carere, non est ita inserta, ut apareat qui hoc in mentem venerit Yocastæ. Quo fit ut ista aliena abs re videri debeant*. Chocan en verdad las preguntas que Yocasta hace a su hijo Polinices acerca de los males del destierro, y es de presumir que aluda el poeta a la vuelta de Alcibíades a su patria a principios de junio del año 407, en el arcontado de Euctemón, cuya fecha concuerda exactamente con la señalada por el escoliasta.

PERSONAJES

Yocasta, *esposa de Edipo, antes de Layo.*

El pedagogo.

Antígona, *hija de Edipo y de Yocasta.*

Coro de vírgenes fenicias.

Polinices

hijos de Edipo y de Yocasta.

y

Eteocles

Creonte, *hermano de Yocasta.*

Meneceo, *hijo de Creonte.*

Tiresias, *adivino.*

Un mensajero.

Otro mensajero.

Edipo, *hijo de Layo y esposo de Yocasta.*

La acción es en Tebas.

* * *

La escena representa la plaza de Tebas, frente al Palacio Real.

YOCASTA

¡Oh sol, que en tu curso cortas los astros del cielo, sentado en carro de oro, y haces girar la llama con tus ligeros caballos! ¡Qué día tan infausto fue para Tebas[1] el que alumbraron tus rayos, cuando Cadmo[2] vino a esta tierra, dejando las riberas fenicias! Casose con Harmonía,[3] hija de Afrodita, y tuvo de ella a Polidoro, padre, según dicen, de Lábdaco,[4] y este de Layo. A mí me llaman la hija de Meneceo, y Creonte es mi hermano, e hijo de mi madre.[5] Yocasta es el nombre que me puso mi padre, y Layo fue mi esposo.

Como no tuviese hijos después de muchos años de matrimonio, fue a consultar a Apolo y le pidió que le diese herederos varones. Respondiole así: «¡Oh tú, que imperas en los caballeros tebanos!, no siembres el sulco en donde nacerán tus hijos, que te son contrarios los dioses; te matará el que tengas, y tu palacio se llenará de sangre». Pero él, amigo del deleite, y excitado por el vino, engendró en mí un hijo, y confesando su yerro al recordar el oráculo del dios, lo entregó al nacer a los pastores para que lo expusiesen en el prado de Hera y en la cima del Citerón,[6] atravesados sus talones por férreas agujas, por lo cual lo llama Edipo[7] la Grecia. Pero los yegüerizos de Pólibo lo recogieron, y lo llevaron a su casa, y lo entregaron a su dueña. Ella amamantó con sus pechos al fruto de mis entrañas, e hizo creer a su marido que era suyo. Ya hombre, cuando la barba sombreaba su rostro, o por sus propias sospechas, o por consejo ajeno, quiso conocer a sus padres, y se encaminó al templo de Apolo al mismo tiempo que Layo, que deseaba averiguar si vivía o no su hijo expósito. Y los dos se juntaron en una encrucijada de la Fócide, y así dijo a Edipo el cochero de Layo: «Deja libre el paso a los tiranos, ¡oh peregrino!». Él iba callado, aunque lleno de arrogancia. Los caballos lo atropellaron y lo mancharon de sangre, y por esta causa (¿pero a qué referir antiguas desdichas?) el hijo mató al padre, y dio su carro a Pólibo, el que lo había criado. Después de la muerte de mi esposo, y cuando la Esfinge[8] devastaba a la ciudad con sus rapiñas, Creonte anunció por sus heraldos que daría mi mano al que adivinase los artificiosos enigmas de la virgen. Y mi hijo Edipo los explicó, y recibió el cetro en premio. El desdichado, sin saberlo, se casó conmigo, ignorando que su madre, que también lo ignoraba, había de ser la compañera de su tálamo. Tengo de él dos hijos varones, Eteocles y el esforzado Polinices, y

dos hijas. Su padre llamó a la una Ismene; yo puse a la mayor el nombre de Antígona. Y cuando Edipo averiguó que su esposa era también su madre, él, que tantos males había sufrido, se cegó con rabia, hiriendo sus pupilas con los dorados broches.[9] Cuando la barba cubrió las mejillas de mis dos hijos, ocultaron a su padre en los aposentos interiores del palacio para que se olvidase este suceso, lo cual, en verdad, no era fácil empresa. Vivo está, pues, en el palacio, pero lleno de ira y quejoso de su suerte, y ha pronunciado contra ellos las más impías maldiciones, y ha pedido a los dioses que desgarren el seno de esta familia con el aguzado hierro. Temiendo ambos que se realizasen las imprecaciones paternales si vivían juntos, convinieron en que Polinices, que es el más joven, se desterrase de Tebas voluntariamente, y que Eteocles se quedase en ella, reinando un año cada uno. Pero después que se sentó Eteocles en el trono, no ha querido bajar de él, sino que ha expulsado de este reino a Polinices. Encaminose, pues, a Argos, en donde se casó con la hija de Adrasto, y ha reunido numeroso ejército de argivos, que acaudilla, y ha atacado las siete puertas de esta muralla, reclamando el cetro paterno y parte del territorio. Yo, para acabar la contienda, persuadí a mi hijo que le diese un salvoconducto para venir aquí antes de empuñar la lanza. El mensajero que se ha enviado dice que vendrá. Líbranos, pues, de estos males, ¡oh Zeus!, que habitas los esplendentes senos del cielo, y reconcilia a mis dos hijos; que si eres sabio, conviene que no hagas a los mortales perpetuamente desdichados. (*Entra en el palacio*).

EL PEDAGOGO[10] (*que aparece en el terrado*
y habla dirigiéndose hacia dentro).

¡Oh noble Antígona, hija de ilustre padre! Ya que tu madre te ha dado licencia para dejar la compañía de las vírgenes y subir al terrado[11] del palacio, accediendo a tu deseo de ver el ejército argivo, detente para que yo explore las avenidas, por si aparece algún ciudadano y me reprenden y me avergüenzan como a siervo y a ti como reina; todo lo he examinado, y te diré cuanto he visto y oído de los argivos cuando fui a entregar a tu hermano el salvoconducto, primero de aquí para allá, y luego a mi vuelta. Pero ningún ciudadano se acerca al palacio; sube por estas viejas escaleras de cedro, y mira los campos y la corriente del Ismeno,[12] y la fuente Dircea,[13] y el numeroso ejército enemigo.

ANTÍGONA (*oculta todavía*).

Dame, dame tu arrugada mano desde los peldaños en que te hallas, para que pueda subir allá.

EL PEDAGOGO

Tómala, pues, ¡oh virgen! A tiempo has subido, que el ejército pelásgico se mueve y sus cohortes se separan unas de otras.

ANTÍGONA (*que aparece sobre el terrado*).

¡Oh Hécate, hija veneranda de Leto! Todo el campo broncíneo[14] resplandece.

EL PEDAGOGO

Seguramente no viene Polinices desprevenido, que le acompañan con estrépito muchos caballos e innumerables hoplitas.

ANTÍGONA

¿Están seguras las puertas del palacio y las barras de bronce que defienden los muros de piedra construidos por Anfión?[15]

EL PEDAGOGO

No tengas miedo; por dentro está la ciudad bien fortificada. Pero mira primero, si quieres saber lo que sucede.

ANTÍGONA

¿Quién es aquel del blanco penacho que va al frente del ejército, llevando en su brazo sin trabajo el pesado escudo de bronce?[16] ¡Es uno de los jefes! ¿Quién es? ¿En dónde ha nacido? Di, anciano, ¿cómo se llama?

EL PEDAGOGO

Dicen que ha nacido en Micenas, pero que ahora habita junto a la laguna de Lerna,[17] y se llama el rey Hipomedonte.[18]

ANTÍGONA

¡Ay, ay! ¡Qué soberbio! ¡Qué temible es su aspecto, como el de un gigante, hijo de la Tierra, con sus estrellas pintadas! No se asemeja a los demás hombres.

EL PEDAGOGO

¿Ves a aquel jefe que atraviesa las aguas de Dirce?

ANTÍGONA

Distintas, distintas son sus armas; pero ¿quién es?

EL PEDAGOGO

Es Tideo,[19] el hijo de Eneo, que lleva en su pecho el Ares etolio.

ANTÍGONA

¿Este es, ¡oh anciano!, el marido de la hermana de la mujer de Polinices? ¡Qué peregrino es el color de sus armas! ¡Es semibárbaro!

EL PEDAGOGO

Todos los etolios[20] llevan clípeos, y manejan bien la lanza.[21]

ANTÍGONA

¿Y cómo sabes esto, ¡oh anciano!?

EL PEDAGOGO

Observé las divisas de sus escudos cuando los vi al llevar a tu hermano el salvoconducto; y como me acuerdo bien de ellos, los conozco cuando los veo.

ANTÍGONA

¿Quién es ese que pasa ahora junto al monumento de Zeto,[22] de cabellos rizados, feroz mirada y juvenil aspecto? Parece un jefe, porque le rodea y sigue armada muchedumbre.

EL PEDAGOGO

Ese es Partenopeo,[23] el hijo de Atalanta.[24]

ANTÍGONA

¡Que Artemisa, que veloz corre las selvas con Atalanta, su madre, lo mate con sus dardos por haber venido a devastar mi ciudad!

EL PEDAGOGO

¡Ojalá que así suceda, oh hija! Con razón vinieron aquí, sin embargo, y temo que se la den los dioses.

ANTÍGONA

¿En dónde está el que nació de mi misma madre con destino funesto? Dime, anciano muy querido, ¿en dónde está Polinices?

EL PEDAGOGO

Cerca de Adrasto,[25] junto al sepulcro de las siete vírgenes, hijas de Níobe.[26] ¿Lo ves?

ANTÍGONA

No claramente; pero me parece que columbro su figura y como la traza de su pecho. Ojalá que, cual ligera nube, pudiese atravesar el aire con mis pies y llegar hasta mi hermano; con mis brazos, después de tanto tiempo,

rodearía el muy amado cuello de este mísero desterrado. ¡Cómo se distingue de los demás por sus armas doradas, ¡oh anciano!, brillando como los matutinos rayos del sol!

EL PEDAGOGO

Vendrá a este palacio a llenarte de gozo, que ya ha recibido permiso para hacerlo.

ANTÍGONA

¿Quién es, ¡oh anciano!, ese que, sentado, rige un reluciente carro?

EL PEDAGOGO

Ese, ¡oh señora!, es el adivino Anfiarao,[27] y con él van víctimas que serán ofrecidas a la tierra, ávida de sangre.

ANTÍGONA

¡Oh luna!, hija del sol, que ciñes cinturón espléndido, bella luz en cerco de oro; ¡con cuánta modestia y serenidad aguija a los caballos de su carro! ¿En dónde está el que ha proferido contra esta ciudad tan atroces amenazas?

EL PEDAGOGO

Capaneo[28] examina ahora la entrada de las torres, y mide escrupulosamente los muros.

ANTÍGONA

¡Oh Némesis,[29] y tú, Zeus, de horrísonos truenos, y de rayos que disipan las tinieblas! Refrena su soberbia y castiga sus insolentes palabras. ¿Entregará las cautivas tebanas a los guerreros de Micenas y al tridente lerneo,[30] e impondrá el yugo de la esclavitud en las aguas de Amimone, consagradas a Poseidón? Nunca, nunca, ¡oh Artemisa veneranda!, hija de Zeus, de cabellos de oro, sufriré yo tal servidumbre.

EL PEDAGOGO

Entra en el palacio, ¡oh hija!, y no salgas de tu gineceo, ya que has tenido el gusto de ver lo que tanto deseabas. Una turba de mujeres se encamina al palacio de los reyes, alborotada la ciudad. Maligno es por naturaleza el sexo femenino, y por el más leve pretexto habla hasta la saciedad; cierto placer sienten las mujeres en murmurar unas de otras.

EL CORO (*que llega de la ciudad*).[31]

Estrofa 1.ª — He venido desde la isla Fenicia, dejando el mar Tirio, ofrenda escogida de Febo, para servir en su templo en las gargantas del Parnaso, cubierto de nieves, atravesando en las naves el mar Jónico, mientras el céfiro agitaba el aire en los estériles campos que rodean a Sicilia, y resonaba armoniosamente.

Antístrofa 1.ª — Don grato a Apolo, he venido desde mi ciudad predilecta a la tierra cadmea de los ínclitos Agenóridas,[32] y he llegado a las murallas de Layo, fundadas por mis ascendientes. Como a estatua dorada me han hecho sierva de Febo. Pero también es verdad que me esperan las aguas de la fuente Castalia para lavar en ellas mi cabellera, y gozar de estos virginales deleites al servicio de Apolo.

Epodo. — ¡Oh peñasco brillante!, que despides dos llamas en las báquicas cumbres consagradas a Dioniso, y tú, vid, que cada día haces germinar pesados racimos de lozanas uvas; gruta divina del dragón, rústicas cavernas de los dioses y sagrado monte, cubierto de nieve.[33] ¡Ojalá que danzando en los coros de los dioses inmortales pierda el miedo en los valles de Febo, en donde está el centro de la tierra, lejos de la fuente Dircea!

Estrofa 2.ª — El fiero Ares me sale al encuentro delante de estas murallas, y promueve contra esta ciudad (ojalá que no sucedan) bélicas

matanzas. Comunes son los dolores de los amigos, y si algo padece este país, fortificado con siete torres, también sufrirá la región fenicia. ¡Ay, ay! La sangre es la misma, hijos son también de la cornígera Ío,[34] y yo compartiré sus trabajos.

Antístrofa 2.ª — Densa nube de escudos fulgura en torno de la ciudad, anunciando la sangrienta batalla que Ares dará a los hijos de Edipo, y la destrucción con que amenazan las Furias. ¡Oh pelásgico Argos! Tengo miedo al poder y a la venganza divina: el que armado pide su palacio, no ataca sin justicia.

POLINICES (*con la espada desenvainada,*
y mirando receloso a todas partes).

Con facilidad me abrieron paso los guardas de las puertas y me dejaron entrar en la ciudad, y por lo mismo temo algún lazo, y que no pueda escaparme sin derramar mi sangre. Miraré, pues, a todas partes, no sea que me armen asechanzas. En la diestra traigo mi espada, y mi osadía me salvará. ¡Hola! ¿Quién es aquel? ¿Me asusta acaso el ruido? Todos son peligros para los que se atreven a pisar tierra enemiga. Confío ciertamente en mi madre, y desconfío de ella al mismo tiempo, por haberme persuadido que viniese aquí, fiado en su palabra. A mano está el socorro, que hay cerca altares, y un palacio no abandonado. Vamos, guardaré mi espada en la oscura vaina, y preguntaré a las que veo junto a la regia morada. Mujeres extranjeras, decidme: ¿de dónde habéis venido a este país griego?

EL CORO

La Fenicia es la patria que me crió. Los nietos de Agénor, como presente escogido del botín de su victoria, me enviaron al servicio de Febo,

y cuando el ínclito hijo de Edipo deseaba que fuese a venerar el oráculo y a las aras de Apolo, atacaron a la ciudad los argivos. Dime tú ahora quién eres, y a qué vienes a las torres de las siete puertas de Tebas.

POLINICES

Mi padre es Edipo, el hijo de Layo; mi madre Yocasta, hija de Meneceo, y el pueblo tebano me llama Polinices.

EL CORO

¡Oh tú!, de la misma sangre que los hijos de Agénor, mis señores, que me han traído aquí. De rodillas te adoro, ¡oh rey!, según se acostumbra en mi patria. Largo tiempo has tardado en venir al lugar de tu nacimiento. Dueña veneranda, ven corriendo, abre las puertas. ¿Me oyes, madre que diste a luz a este? ¿Por qué tardas en salir de los altos atrios y abrazar a tu hijo?

YOCASTA

Al oír, ¡oh vírgenes!, estas voces fenicias[35] dentro del palacio, vengo arrastrando mis trémulos pasos. ¡Oh hijo!, al fin veo tu rostro después de largo tiempo, después de muchos días; que mis brazos maternales opriman tu pecho; déjame besar tus mejillas, y que tus rubios y rizados cabellos den sombra a mi cuello. Bendigamos, bendigamos a los dioses, que te traen a mis brazos contra toda esperanza. ¿Qué te diré? ¿Cómo, palpándote todo con mis manos y hablándote al mismo tiempo, podré en múltiple deleite recordar mis antiguas alegrías? ¡Oh hijo, hijo mío, que dejaste desierto el hogar paterno, y sin razón fuiste desterrado por tu hermano! ¡Cuánto te echan de menos tus amigos! ¡Cuánto la ciudad de Tebas! Desde entonces corto sollozando mis blancos cabellos en señal de duelo, y no me he puesto blancos vestidos, ¡oh hijo!, sino estos negros y tenebrosos paños. Pero el

anciano ciego, víctima de su profunda pena, no viendo unidos a sus dos hijos como a dos novillos de una misma yunta, hoy separados, se precipita sobre su espada para darse la muerte, y prepara lazos en el techo, arrepentido de las maldiciones que ha fulminado contra vosotros, y siempre se oculta en las tinieblas dando gritos y sollozos. Ya sé, ¡oh hijo!, que te has casado y disfrutas de los placeres conyugales, teniendo en palacio extranjero parientes también extranjeros, motivo de tristeza y de disgusto para mí y para el linaje del viejo Layo. Ni yo encendí en tus bodas las nupciales antorchas, con arreglo a nuestras leyes, y como lo hubiese hecho una madre más afortunada, ni te lavaron las ondas del Ismeno, ni se celebró en Tebas con cantos la entrada de tu esposa. ¡Oh! Que todo esto se acabe, o por el hierro, o por la discordia, o por tu padre, también interesado en ello, o por el destino, que fijó su eterno asiento en el palacio de Edipo, que yo soy víctima de los tormentos que estos males producen.[36]

EL CORO

Doloroso es el parto de las mujeres, y sin embargo, todas aman a sus hijos.

POLINICES

Prudente he sido, e imprudente, ¡oh madre!, en venir adonde estaban mis enemigos; pero una fuerza irresistible nos obliga a todos a amar a nuestra patria; quien otra cosa dice habla por hablar, pero no lo siente. Miedo y temor tengo a un tiempo de que mi hermano me mate a traición, y por esto he atravesado la ciudad mirando a todas partes, y llevando en mi diestra la espada. Tranquilízanme, sin embargo, la tregua y tu palabra, que me facilitaron la entrada en las murallas paternas. Mucho he llorado al venir, viendo al cabo de tanto tiempo los templos y las aras de los dioses, y

los gimnasios en que me eduqué, y la fuente Dircea, de todo lo cual fui despojado sin derecho, habitando desde entonces en una ciudad extranjera, convertidos mis ojos en fuentes de lágrimas. Ya te contemplo, ¡oh madre!, víctima de incesantes dolores, con la cabeza rapada y llevando negros vestidos. ¡Ay de mí y de mis males! ¿Qué desgracia es comparable al odio entre los que habitan bajo un mismo techo? Y ¿qué más difícil que su reconciliación, cuando llegan a aborrecerse? Y mi viejo padre, ¿qué hace en el palacio solo en las tinieblas? ¿Y mis dos hermanas? ¿Lloran mi mísero destierro?

YOCASTA

Algún numen maléfico se ensaña en el linaje de Edipo desde que yo tuve hijos contra la voluntad divina, y tu padre se casó, y tú naciste. Pero ¿de qué sirven estos recuerdos? Suframos nuestro destino. Temo y deseo a un tiempo preguntarte por no afligir tu ánimo.

POLINICES

Pregunta sin cuidado cuanto quieras; tu voluntad, ¡oh madre!, es también la mía.

YOCASTA

Te preguntaré primero esto: ¿qué es el destierro? ¿Es un mal grave?

POLINICES

El mayor, y tan grave, en realidad, que las palabras no pueden expresarlo.

YOCASTA

¿Cómo así? ¿Qué clase de mal es?

POLINICES

El mayor de todos: no poder hablar con libertad.

YOCASTA

De esclavo es lo que acabas de decir, si no se puede expresar lo que se siente.

POLINICES

Es necesario sufrir las impertinencias de los poderosos.

YOCASTA

Amargo es compartir la insensatez ajena.

POLINICES

Y por nuestro bien, y contra lo que dicta la naturaleza, es preciso hacerse esclavos.

YOCASTA

Pero, según cuentan, la esperanza infunde aliento a los desterrados.

POLINICES

Es verdad que los mira con blandos ojos, pero tarda en cumplirse.

YOCASTA

¿Te ha probado el tiempo que son vanas las tuyas?

POLINICES

En medio de los males ofrecen cierto suave deleite.

YOCASTA

¿Cómo vivías y buscabas el sustento antes de casarte?

POLINICES

Unos días lo encontraba, otros no.

YOCASTA

¿Y los amigos de tu padre, y los que disfrutaron de su hospitalidad, no te socorrían?

POLINICES

Que seas siempre afortunada; en la desgracia de nada te sirven los amigos.

YOCASTA

¿Ni la nobleza de tu alcurnia te sirvió?

POLINICES

Malo es carecer de todo, que la nobleza no da de comer.

YOCASTA

La patria, según parece, es muy amada por los mortales.

POLINICES

No puedes figurarte cuán amada sea.

YOCASTA

¿Cómo fuiste a Argos? ¿Con qué objeto?

POLINICES

No lo sé; alguna deidad lo dispuso.[37]

YOCASTA

Sabios son los dioses; pero ¿cómo te casaste?

POLINICES

Apolo pronunció cierto oráculo a ruego de Adrasto.

YOCASTA

¿Cuál? ¿Qué has dicho? No lo entiendo.

POLINICES

Le ordenó dar la mano de sus hijas a un león y a un jabalí.

YOCASTA

¿Pero qué tenías tú de común con esas fieras, hijo?

POLINICES

Era de noche cuando llegué al palacio de Adrasto.

YOCASTA

¿En demanda de un albergue, o como errante desterrado?

POLINICES

Así era, y después llegó también otro desterrado.

YOCASTA

¿Quién era? Seguramente tan mísero como tú.

POLINICES

Tideo, el que llaman hijo de Eneo.

YOCASTA

¿Por qué os comparó Adrasto con las fieras?

POLINICES

Porque vinimos a las manos y reñimos por nuestros lechos.

YOCASTA

¿Entonces comprendió la profecía el hijo de Tálao?[38]

POLINICES

Sí, y nos dio en matrimonio sus dos hijas.

YOCASTA

¿Y eres feliz con tu esposa, o desventurado?

POLINICES

Hasta hoy no tengo motivos para arrepentirme.

YOCASTA

¿Y cómo conseguiste que te acompañara aquí el ejército?

POLINICES

Adrasto juró a sus dos yernos que volverían a su patria, y yo el primero. Auxílianme muchos príncipes dánaos y de Micenas; por mí cumplen este triste, pero necesario deber, y traigo ese ejército contra mi patria. A los

dioses pongo por testigos de que contra mi voluntad hago la guerra a mis parientes muy amados; pero tú puedes disipar estos males que nos amenazan, ¡oh madre!, y hacer que se reconcilien dos hermanos, y librarme de esos trabajos, y a ti misma y a la ciudad. Muy celebrado es este antiguo proverbio, pero lo diré, sin embargo: mucho valen entre los hombres las riquezas, y su poder es sin igual en las cosas humanas. Por ellas vengo aquí seguido de innumerables lanzas, porque el noble que es pobre, nada vale.

EL CORO

He aquí a Eteocles, que acude a reconciliarse con su hermano. Deber tuyo es, ¡oh Yocasta su madre!, hablarle de manera que se acabe la enemistad de tus hijos.

ETEOCLES

A tu lado me ves, ¡oh madre!, que he venido por complacerte. ¿Qué he de hacer ahora? Que alguno empiece a hablar, porque he abandonado las centurias,[39] que en doble fila defienden las murallas, para oír otra vez tu fallo, relativo a nuestra contienda, y por cuya causa ha venido este sin peligro. Solo por tus ruegos he consentido en recibirlo dentro de los muros.

YOCASTA

Poco a poco; nunca la precipitación es compañera de la justicia; al contrario, pláticas pacíficas dan mejor resultado. Déjate de lanzar miradas sombrías, y despójate del orgullo que te domina, que no estás mirando la cabeza de la Gorgona separada de las fauces, sino a tu hermano. Tú también, Polinices, vuelve el rostro hacia Eteocles, porque así hablarás mejor y lo oirás mejor también. Quiero amonestaros y haceros una advertencia prudente: cuando un amigo se ha enemistado con otro y se

junta con él, y sus ojos se encuentran, debe atender solo al objeto de su entrevista, sin acordarse de sus anteriores agravios. Así tú hablarás primero, ¡oh Polinices!, que vienes con ese ejército de argivos, por habérsete hecho injusticia, según dices; ¡que algún dios sea juez y reparador de estos males!

POLINICES

Sencillos son los discursos verdaderos, y las palabras justas no necesitan de intérpretes,[40] y pesan por sí mismas: las causas injustas, enfermas de suyo, exigen medicamentos sofísticos. Yo he reflexionado en cuanto puede interesar a mi padre, y a mí y a este; queriendo evitar las maldiciones que Edipo profirió hace algún tiempo contra nosotros, me alejé de aquí voluntariamente, y pacté con este que reinase él en Tebas un año, y yo después otro, a fin de no enemistarme con él, ni venir a las manos y no sufrir ni hacer mal, como sucede de ordinario. Convino en ello y juró observarlo ante los dioses, y no cumplió ninguna de sus promesas, sino que solo empuña el cetro y posee el palacio de mi padre. Y ahora estoy dispuesto, si recupero lo que me pertenece, a alejar el ejército de esta tierra y a gobernar a mi vez a Tebas, permitiéndole que reine igual tiempo cuando le toque, y a no devastar la región tebana, ni arrimar las escalas a los muros para asaltar las torres, todo lo cual intentaré si no me hace justicia. A los dioses pongo por testigos de la sinceridad de mis palabras, y de que en todo he procedido sin falsía, y de que me han despojado de mis derechos inicuamente. Verdades tan sencillas, expresadas sin artificio, componen el fondo de mi discurso, ¡oh madre!, y a mi parecer son de igual fuerza para los sabios que para los ignorantes.

EL CORO

A nosotras, aunque no educadas en Grecia, parécenos también

prudente lo que dices.

ETEOCLES

Si las frases elegantes y sensatas valiesen lo mismo para todos, no habría disensiones y dudas entre los hombres; pero nada hay entre ellos igual ni semejante, excepto los nombres, no las cosas.[41] Hablaré sin disfrazar mis sentimientos, ¡oh madre!: yo iría adonde nacen los astros del cielo y debajo de la tierra por conseguir la soberanía, deidad la más poderosa de todas. Quiero reservar para mí este bien tan grande, ¡oh madre!, no concederlo a otro, que es bajeza recibir lo que menos vale por lo que más precio tiene. Además, me avergüenza que Polinices logre lo que pretende viniendo armado a devastar este país, que será desdoro para Tebas entregar por miedo a los de Micenas el cetro que yo empuño. Armado como está, no cabe reconciliación, ¡oh madre!; porque si los discursos todo lo vencen, también vence el hierro enemigo. Si con otras condiciones quiere habitar aquí, puede hacerlo; pero no dejaré voluntariamente el reino; pudiendo mandar, no obedecerlo. Venga, pues, el fuego, venga el acero; uncid vuestros caballos a los carros, llenad con ellos los campos: no te cederé mi imperio. Si alguna vez se puede hollar el derecho, nunca mejor que por reinar: en lo demás, si se quiere, se puede atender a la piedad.[42]

EL CORO

No se debía hablar bien si no es justo lo que se dice, y en verdad que no lo es lo que he oído, sino contrario a la justicia.

YOCASTA

No todos son males en la vejez, ¡oh Eteocles!, que la experiencia nos hace más sabios que a los jóvenes. ¿Por qué tributas a la ambición tan ardiente culto, ¡oh hijo!, cuando es la peor de las divinidades? No lo hagas

así, que es diosa injusta y ha perjudicado no poco a muchas familias y ciudades, antes felices, con daño de los mismos ambiciosos, y tú deliras, arrastrado por ella. Es mejor, ¡oh hijo!, adorar a la igualdad, lazo de amigos, vínculo de estados, prenda de unión entre aliados: la ley y el derecho solo son estables entre los hombres, y, lo que es más, sin él es enemigo el que menos vale, y lo obliga a pensar en el día de la venganza. La igualdad entre los mortales es el origen de las medidas y de los pesos, y ha inventado los números, y la oscura noche y la luz del sol dividen el año en iguales partes, y ninguno usurpa lo que al otro corresponde. Así sirven a los nombres uno y otra: ¿y tú no consentirás en partir igualmente este palacio, y dejar la mitad a tu hermano? ¿En dónde está, pues, el derecho? ¿Por qué tributas ese honor inmoderado a la tiranía, espléndida injusticia, y das tanta importancia o que te vean lleno de honores? Solo vanidad es esto. ¿Ambicionas los trabajos, teniendo tantos en tu palacio? ¿Qué es la abundancia, sino un vano nombre, si los modestos se contentan con lo necesario? Los mortales no poseen riquezas propias; solo administran las que los dioses les conceden, y cuando quieren se las quitan. Ea, contesta a estas dos proposiciones que voy a hacerte: ¿quieres más bien reinar, o salvar la ciudad? ¿Dices que quieres reinar? Pero si Polinices te vence, y las lanzas argivas derrotan al ejército de los hijos de Cadmo, verás bajo su dominio esta ciudad de los tebanos, verás muchas vírgenes cautivas, las verás robadas por los enemigos. Amargo para Tebas será el poder que anhelas, y funesto para ti. Y esto también se lo digo a Polinices, y esto te declaro: triste es el favor que te hace Adrasto, e insensato eres tú en venir a atacar tu patria. Si no, dado el caso de que tomes esta ciudad (que no lo permitan los dioses), ¿cómo erigirás los trofeos de la victoria? ¿Te será favorable la inspección de

las víctimas, dueño de Tebas, tu patria, por la fuerza de las armas? ¿Cómo escribirás sobre los despojos junto a la corriente del Ínaco: Polinices consagró a los dioses estos escudos suspendidos después de incendiar a Tebas? Que jamás, ¡oh hijo!, alcances esta gloria con daño de los griegos. Si, al contrario, eres vencido y Eteocles queda victorioso, ¿cómo volverás a Argos, dejando aquí innumerables muertos? Alguno dirá entonces con verdad: ¡Desdichadas fueron las nupcias que celebraste, ¡oh Adrasto!, que perecimos por casar una de tus hijas! Dos males te amenazan, ¡oh hijo!: malograrse tu propósito, o sucumbir por conseguirlo. No seáis tan ambiciosos, no seáis ambos insensatos, que cuando estos defectos se reúnen en un hombre, es su muerte la más desventurada.

EL CORO

Alejad, ¡oh dioses!, estos males: que transijan los hijos de Edipo.

ETEOCLES

Si hablamos más, ¡oh madre!, perderemos el tiempo; tus esfuerzos serán vanos, y tu deseo no podrá alterar lo que ya se ha hecho; no hay transacción posible sino bajo las condiciones que he propuesto, a no conservar yo el cetro y gobernar esta región; déjate ya de largos discursos, y tú, Polinices, sal de esté recinto murado, o morirás.

POLINICES

¿Por mano de quién? ¿Quién es tan invulnerable que si se desenvainan las mortíferas espadas no pueda morir también?

ETEOCLES

Cerca, no lejos está: ¿ves mis manos?

POLINICES

Las veo; el rico es cobarde, y el malvado amante de la vida.

ETEOCLES

¿Y cómo te acompañan tantos contra el que no sirve para la pelea?

POLINICES

El capitán prudente vale más que el temerario.

ETEOCLES

Soberbio eres, confiado en la tregua que te libra de la muerte.

POLINICES

Y vuelvo a pedir otra vez el cetro y parte del territorio.

ETEOCLES

Como si no me lo pidieras; yo habitaré en mi palacio.

POLINICES

Poseyendo más de lo que te corresponde.

ETEOCLES

Sí; pero vete de aquí.

POLINICES

¡Oh altares de los dioses de mis padres!...

ETEOCLES

Que tú vienes a derribar.

POLINICES

Oídme...

ETEOCLES

¿Quién te ha de oír haciendo la guerra a tu patria?

POLINICES

Y palacio de los dioses que cabalgan en blancos caballos...[43]

ETEOCLES

Que te aborrecen...

POLINICES

Me expulsan de mi patria...

ETEOCLES

Tú has venido a desterrarme.

POLINICES

Injustamente, ¡oh dioses!

ETEOCLES

Invócalos en Micenas, no aquí.

POLINICES

Eres un impío...

ETEOCLES

Pero no enemigo de mi patria, como tú.

POLINICES

Que me despojas de lo mío y me destierras.

ETEOCLES

Y además te mataré.

POLINICES

¡Oh padre! ¿Ves lo que sufro?

ETEOCLES

Y también lo que haces.

POLINICES

¿Y tú, madre?

ETEOCLES

No te es lícito nombrarla.

POLINICES

¡Oh ciudad!

ETEOCLES

Ve a Argos e invoca a las aguas de Lerna.

POLINICES

Me iré para dejarte sin cuidados. Alábote, ¡oh madre!

ETEOCLES

Sal de aquí.

POLINICES

Ya salgo; pero déjame ver a mi padre.

ETEOCLES

No lo conseguirás.

POLINICES

Al menos a mis hermanas vírgenes.

ETEOCLES

Tampoco las verás nunca.

POLINICES

¡Oh hermanas!

ETEOCLES

¿A qué las llamas tú, su mayor enemigo?

POLINICES

Que la dicha te acompañe, ¡oh madre!

YOCASTA

No hay duda que todo esto es para dármela, ¡oh hijo!

POLINICES

Ya no soy tu hijo.[44]

YOCASTA

¡Cuántas desdichas me agobian!

POLINICES

Ese me injuria.

ETEOCLES

Y yo a mi vez soy injuriado.

POLINICES

¿Delante de qué torre te apostarás?

ETEOCLES

¿Para qué me lo preguntas?

POLINICES

Para combatir contigo y matarte.

ETEOCLES

Tal es también mi anhelo.

YOCASTA

¡Cuánta es mi desventura! ¿Qué hacéis, ¡oh hijos!?

POLINICES

Lo que suceda lo dirá.

YOCASTA

¿No evitaréis las maldiciones de vuestro padre?

ETEOCLES

Perezca todo mi linaje.

POLINICES

Pronto se llenará de sangre mi espada y no estará ociosa. Sírvanme los dioses de testigos y la tierra que me crió, y recuerden los males que sufro, dignos de lástima, desterrado de mi patria como un esclavo y como si Edipo no fuera también mi padre. Si algún mal te sobreviene, ¡oh ciudad!, no me acuses, sino a este: contra mi voluntad vengo, contra mi voluntad

me expulsan de tu seno. Tú, Febo, que proteges estas calles de Tebas;[45] vosotros, mis compañeros, y vosotras, estatuas de los dioses, que aceptáis las víctimas que os sacrifican, ya no sé si podré invocaros después. Mis esperanzas, que no duermen, y los dioses, en quienes confío, dícenme que, muerto este, me apoderaré del territorio tebano.

ETEOCLES

Vete de aquí; con razón te puso la divina Providencia el nombre de Polinices, sinónimo de lucha.[46] (*Retíranse en opuestas direcciones Eteocles y Polinices, y Yocasta entra en el palacio*).

EL CORO

Estrofa. — Cuando vino a esta región el tirio Cadmo, una ternerilla[47] postró en tierra su indómito cuello, confirmando el oráculo, y ordenó la profecía que cultivasen estos campos y trajesen trigo de la Aonia,[48] y aquí mismo la fuente Dircea, de cristalina corriente, riega los prados floridos y los profundos sulcos. Aquí, de su himeneo con Zeus, parió Sémele a Dioniso,[49] y la flexible yedra que lo rodeaba lo protegió mientras fue niño con sus verdes hojas, y dio origen a los cantos de los báquicos coros de las vírgenes tebanas y de las bacantes.

Antístrofa. — Aquí estaba el sanguinolento dragón de Ares, cruel guardián que con el brillo de sus ojos, que todo lo veían, celaba las corrientes fructíferas y los valles resplandecientes de verdura; y cuando Cadmo vino a purificarse en sus aguas,[50] lo mató de una pedrada, hiriendo con su robusto brazo la sanguinosa cabeza del monstruo por consejo de Palas, hija sin madre de Zeus, y sembró sus dientes en los hondos sulcos de los campos, y se convirtieron en hombres armados hasta en los últimos límites del suelo, que volvieron a la tierra, de donde habían salido,

matándose unos a otros, y la regaron con su sangre después que fueron expuestos a los abrasadores vientos y a la intemperie.

Epodo. — ¡Oh Épafo, hijo de Zeus y de Ío, nuestra abuela! Yo te invoco, yo te invoco en mi lenguaje bárbaro y mis bárbaras súplicas; ven, ven a esta tierra que poblaron tus descendientes, en donde habitaron las diosas Perséfone y Deméter y la reina de todas, la Tierra, que a todos alimenta; manda que las deidades que traen las antorchas socorran a esta región, pues todo es fácil a los dioses.

ETEOCLES (*que vuelve y se dirige a su servidor*).

Ve tú, y que te acompañe Creonte, hijo de Meneceo y hermano de Yocasta, y dile que quiero celebrar con él consejo para resolver lo que me interese y convenga a la salud del Estado antes de presentar la batalla. Pero ya no te molestes, que lo veo venir hacia mi palacio.

CREONTE

En muchas partes he estado buscándote, ¡oh rey Eteocles!, y siguiendo tus pasos he recorrido todas las puertas de los hijos de Cadmo y todas las guardias.

ETEOCLES

Y yo también deseaba verte, ¡oh Creonte! La reconciliación ha sido imposible, y de nada ha servido mi entrevista con Polinices.

CREONTE

Me han dicho que sus pretensiones orgullosas eran intolerables para los tebanos, confiado en su parentesco con Adrasto y en su ejército. Pero he venido a participarte lo que más urge en este momento.

ETEOCLES

¿Qué es? No lo sé.

CREONTE

Ha venido un tránsfuga de los argivos.

ETEOCLES

¿Y dice algo de lo que allí sucede?

CREONTE

Que el ejército de los argivos cercará en breve a Tebas por todas partes con sus apiñadas cohortes.

ETEOCLES

Menester es, por tanto, que los hijos de Cadmo saquen al campo las suyas.

CREONTE

¿En dónde? ¿Acaso tu juventud te impide ver lo que debes?[51]

ETEOCLES

Más allá de esos fosos, como para pelear al instante.

CREONTE

Escasa es nuestra gente y la suya innumerable.

ETEOCLES

Sé que son valientes fanfarrones.

CREONTE

Argos tiene alguna fama entre los griegos.

ETEOCLES

Ten ánimo; pronto sembraré su campo de cadáveres.

CREONTE

Así quisiera yo; pero veo que costará mucho trabajo.

ETEOCLES

Me será imposible contener las tropas dentro de las murallas.

CREONTE

Pero la victoria es el resultado de la prudencia.

ETEOCLES

¿Quieres acaso que varíe de parecer?

CREONTE

Sí, siempre que no lo aventures todo en una jugada.

ETEOCLES

¿Y si los acometemos de noche de repente?

CREONTE

Sí, en verdad, suponiendo que salgas bien de tu empresa y puedas volver aquí salvo.

ETEOCLES

La noche ofrece a todos ventajas, y mayores a los osados.

CREONTE

Si la suerte no te ayuda, las tinieblas de la noche pueden ser fatales.

ETEOCLES

¿Y si los ataco mientras cenan?

CREONTE

Acaso los amedrentes; pero lo que interesa es vencerlos.

ETEOCLES

Profundas son las aguas dirceas para dar libre paso a los fugitivos.

CREONTE

Lo peor es no precaverlo todo.

ETEOCLES

¿Y qué sucederá si embestimos con nuestros caballos al ejército argivo?

CREONTE

Todo él está cercado de carros.

ETEOCLES

¿Pues qué hacer? ¿Entregaré la ciudad a los enemigos?

CREONTE

De ningún modo; pero si eres prudente, delibera.

ETEOCLES

¿Qué será lo más acertado?

CREONTE

Según he oído, dícese que siete capitanes...

ETEOCLES

¿Nada más? Pocos son siete hombres.

CREONTE

Están al frente de las tropas que han de acometer a las siete puertas.

ETEOCLES

¿Qué hacemos? Porque no aguardaré hasta el último extremo.

CREONTE

Elige tú otros siete capitanes que los hagan frente.

ETEOCLES

¿Para mandar las tropas, o solo con sus lanzas?

CREONTE

Para mandar las tropas; prefiere los más valerosos.

ETEOCLES

Ya comprendo; para que rechacen el asalto.

CREONTE

Y agrégales auxiliares; que uno solo no puede preverlo todo.

ETEOCLES

Para la elección, ¿tendré en cuenta el valor, o la prudencia?

CREONTE

Ambas prendas, porque la una nada vale sin la otra.

ETEOCLES

Sea, pues; iré a recorrer las murallas de las siete torres, y encargaré a capitanes esforzados la defensa de cada puerta, como tú dices, para que haga frente a su adversario. Prolijo sería citar sus nombres, estando los enemigos cerca de los muros.[52] Pero iré allá para no estar ocioso. Ojalá que sea mi hermano mi adversario, y que, peleando con él, lo venza y mate, porque viene a devastar su patria. Conviene que tú cuides, si la fortuna nos es adversa, de celebrar las bodas de mi hermana Antígona y de tu hijo Hemón; ahora al salir renuevo mi antigua promesa. Eres hermano de mi madre; ¿a que decir más? Que la trates como merece por ti y por mí. Mi padre cometió la necedad de cegarse: no lo alabo mucho, y nos perderá si el destino ensalza sus maldiciones. Solo nos falta saber si Tiresias pronunciará algún oráculo. Que tu hijo Meneceo, ¡oh Creonte!, que lleva el mismo nombre que tu padre, nos traiga aquí a Tiresias; de buen grado hablará contigo; que yo me burlé en sus barbas del arte adivinatoria, y se indigna al verme. A ti, ¡oh Creonte!, y a los ciudadanos encargo especialmente que si mi causa sale victoriosa, jamás se sepulte en territorio de Tebas el cadáver de Polinices, y que muera el que lo haga, aunque sea alguno de mis amigos. Esto es lo que tengo que decirte: que traigan mis servidores las armas y todos los bélicos arreos, para que cuanto antes, y protegidos por la justicia vencedora, vayamos al combate. Y rogaremos a la Precaución, la más útil de las diosas, que salve a esta ciudad.

(*Mientras canta el coro, Eteocles se pone la armadura, y marcha al*

combate. Creonte se queda en el teatro).

EL CORO

Estrofa. — ¡Oh aflictivo Ares! ¿Por qué te deleitan tanto la sangre y la muerte, y tan poco las fiestas de Dioniso? No entre las bellas guirnaldas que ciñe en los coros la juventud florida, ostentando sus rizados cabellos, te place cantar al son de la flauta y en compañía de las Gracias que danzan, sino solo con guerreros, incitando al ejército de los argivos contra los hijos de Tebas, y presidiendo un coro que detesta las flautas; ni saltas con el tirso del dios que inspira el delirio,[53] formando círculos con las pieles de ciervos, sino que haces girar con las riendas al solípedo caballo de las cuadrigas, y llevado por ellas junto a las corrientes del Ismeno, gozas con los ejercicios ecuestres, animando a los argivos contra los hijos de los Espartos,[54] coro armado que lleva escudos para su defensa, enemigos de las murallas de piedra. Atroz es la Discordia, que ha suscitado estos males contra los Labdácidas, hijos de la desdicha, reyes de esta tierra.

Antístrofa. — ¡Oh selva de maravillosas hojas, muy abundante en fieras! ¡Oh Citerón nevado, delicia de Artemisa! Nunca debiste proteger a Edipo, hijo de Yocasta, destinado a la muerte desde que lo expulsaron de su palacio con la señal de los dorados broches, ni tampoco debió venir la Esfinge, virgen alada y salvaje monstruo, azote de esta región, con sus tristísimos versos, que se acercaba a las murallas y se llevaba en sus garras a los senos inaccesibles del Éter a la cadmea prole, enviada contra Tebas por el infernal Hades. Otra funesta querella nació entre los hijos de Edipo en el palacio y en la ciudad. Lo que no es bueno nunca puede serlo, y nunca lo serán los hijos que han de expiar las faltas de su padre, y que dio a la luz su madre contra todo lo lícito, y fueron concebidos por ella en lecho

incestuoso.

Epodo. — ¡Oh tierra! que engendraste, que engendraste en cierto tiempo, como dice bárbaro rumor, como oí también en el palacio, al dragón de roja cresta, a los hijos de sus dientes, perla bellísima de Tebas. Los habitantes del Olimpo vinieron aquí también a celebrar las bodas de Harmonía, y al son de la cítara se construyeron las murallas tebanas, y con la lira de Anfión se levantaron sus torres, cerca de las dos corrientes de la fuente Dircea, que, adelantándose al Ismeno, riega el verde campo. Ío, mi cornígera abuela, engendró a los reyes de los cadmeos, y, colmándolos de bienes, logró que esta ciudad fuese digna de adorar a Ares en elevados templos.

TIRESIAS (*que aparece guiado por su hija*
y en compañía de Meneceo).

Llévame más allá, ¡oh hija!, porque tú diriges mis ciegos pasos, como la estrella a los marineros; ve delante, y llévame por terreno llano para que no tropecemos, que tu padre es débil. Y guarda en tus manos virginales las tablas adivinatorias que contienen los augurios de las aves, hechos por mí en el santo templo en que profetizo.[55] Dime, ¡oh Meneceo!, hijo de Creonte, si tengo que andar mucho por la ciudad para llegar al palacio de tu padre, porque mis rodillas están fatigadas y sufro cuando acelero el paso.

CREONTE

Anímate; has venido, ¡oh Tiresias!, a ver a tus amigos; sostenlo tú, hijo, porque el niño pequeñuelo y los pies del anciano suelen recibir alivio de manos ajenas.

TIRESIAS (*que se sienta ayudado por Meneceo*).

Bueno, ya estamos aquí; ¿para qué me llamas con tanta precipitación, ¡oh Creonte!?

CREONTE

Aún no nos hemos olvidado de ello; pero recobra tus fuerzas y reanímate, descansando de la fatiga del camino.

TIRESIAS

Cansado estoy, porque llegué ayer de la tierra de Erecteo,[56] que allá también había cierta guerra contra Eumolpo,[57] y por mi causa han conseguido los Cecrópidas gloriosa victoria; y, como ves, traigo esta corona de oro, primicias de los despojos de los enemigos.

CREONTE

Buen presagio es para mí tu corona victoriosa. La tempestad que ha promovido la guerra contra los argivos, nos azota, como tú sabes, y grande agitación reina en Tebas. Ya el rey Eteocles, revestido de sus armas, fue a pelear con los de Argos, y me ha ordenado que te pregunte lo que hemos de hacer para salvar a la ciudad.

TIRESIAS

Eteocles me obligaría a cerrar mis labios y a no declarar los oráculos; pero te los descubriré, ya que quieres conocerlos. Este país sufre, ¡oh Creonte!, desde que Layo tuvo hijos contra la voluntad de los dioses y engendró al mísero Edipo, esposo de su madre. La sangrienta mutilación de sus ojos obra es de los dioses y enseñanza para la Grecia. Neciamente erraron los hijos de Edipo queriendo ocultar esta desgracia, como si hubiesen de eludir los decretos divinos: ni honraron a su padre, ni lo dejaron libre, y lo exasperaron en su desdicha, y contra ellos profirió terribles imprecaciones, aquejado de grave dolencia y lleno de ignominia. Y

por decir todo esto, a pesar de mis esfuerzos, a pesar de mis ruegos, incurrí en el odio de los hijos de Edipo. Cercana está ya su muerte, ¡oh Creonte!, obra de sus manos fratricidas, y muchos otros caerán exánimes a su lado, y se confundirán los dardos argivos y los tebanos, y habrá en Tebas mucho duelo. Y tú, ciudad sin ventura, tú serás también arruinada si no sigues mis consejos. Porque sería mejor que ninguno de los hijos de Edipo fuese aquí ciudadano ni rey, que las Furias los hacen delirar y han de destruirlo todo,[58] y ya que el mal es más poderoso que el bien, queda solo un medio de salvarla. Mas si lo digo, me expongo a no pocos peligros; y como es fatal la muerte que amenaza a algunos, y el único remedio, me voy; adiós, pues, que yo solo, entre tantos, sufriré lo que haya de sobrevenir; ¿qué he de hacer?

CREONTE

No te vayas, anciano.

TIRESIAS

No me lo impidas.

CREONTE

No te vayas. ¿Por qué huyes de mí?

TIRESIAS

La fortuna es la que huye, no yo.

CREONTE

Di cómo han de salvarse la ciudad y sus habitantes.

TIRESIAS

Ahora quieres eso, y luego no lo querrás.

CREONTE

¿Cómo no he de querer que se salve mi patria?

TIRESIAS

¿Quieres oír demasiado? ¿Lo deseas?

CREONTE

¿Y qué otra cosa mejor podía yo desear?

TIRESIAS

Ya oirás mis oráculos. Lo primero que has de decirme es en dónde está Meneceo, que me ha traído aquí.

CREONTE

No está lejos, sino cerca de ti.

TIRESIAS

Que se vaya, pues, y que no oiga mis oráculos.

CREONTE

Mi hijo callará lo que deba.

TIRESIAS

¿Quieres que te hable en su presencia?

CREONTE

Se alegrará de saber el medio de salvarnos.

TIRESIAS

Oye, pues, mis oráculos, cumpliendo los cuales salvaréis a la ciudad de Cadmo. Es menester que sacrifiques a tu hijo Meneceo por tu patria, ya que tanto anhelas salvarla.

CREONTE

¿Qué dices? ¿Qué palabras has pronunciado, ¡oh anciano!?

TIRESIAS

Lo que el destino ha dispuesto es lo que debes hacer.

CREONTE

¡Cuántos males has anunciado en tan poco tiempo!

TIRESIAS

Para ti, es verdad; pero para la patria, grandes remedios.

CREONTE

Ni he oído ni comprendido nada; sea de la ciudad lo que quiera.[59]

TIRESIAS

Ya no eres el mismo; ya reniegas.

CREONTE

Vete en paz; para nada necesito tus oráculos.

TIRESIAS

¿Dejarán de ser ciertos, aunque tú seas desgraciado?

CREONTE

Por estas rodillas y por tus blancos cabellos te ruego...

TIRESIAS

¿A qué me suplicas? Conjuras males inevitables.

CREONTE

Que calles, y que no digas nada a los ciudadanos.

TIRESIAS

¿Quieres que yo cometa iniquidades? No me callaré.

CREONTE

¿Qué harás, pues? ¿Matarás a mi hijo?

TIRESIAS

Otros cuidarán de eso; a mí me basta decirlo.

CREONTE

¿Por qué hemos de sufrir esta desdicha yo y mi hijo?

TIRESIAS

Con razón me preguntas, y podremos entendernos. Es menester que muera en la gruta en que estuvo el dragón, hijo de la Tierra, guardián de las aguas dirceas, y que se ofrezcan libaciones con su sangre para aplacar la ira inveterada de Ares contra Cadmo, que ansía vengar la muerte del dragón, hijo de la Tierra.[60] Y si lo hacéis, Ares os auxiliará. Si recibe fruto por fruto y sangre humana por su sangre, os será propicia la tierra, que produjo en otro tiempo para vuestro bien la cosecha de los Espartos, de dorados cascos; es preciso que muera alguno del linaje que nació de la quijada del dragón. Tú y tus hijos sois ya los únicos descendientes por ambas líneas de estos hombres sembrados. Verdad es que las próximas nupcias de Hemón son un obstáculo a que se le sacrifique, porque no es virgen; pero si este joven se consagra a la ciudad y muere, salvará a su patria y hará fatal la vuelta de Adrasto y de los demás argivos, triste su destino y grande la gloria de Tebas. Decídete por uno de estos dos extremos: o salvas a tu hijo, o a la ciudad. Ya sabes cuanto podía decirte; llévame a mi casa, ¡oh hija! Todo el que se dedica a la adivinación es un necio, porque si es odioso lo que declara, es aborrecido por aquellos en cuyo daño profetiza; y cuando por lástima dice falsedades a los que lo consultan, comete un sacrilegio. Solo Febo, que a nadie teme, debía anunciar oráculos a los hombres.

EL CORO

¿Por qué callas, Creonte, sofocando tu voz en silencio? No es menor mi sorpresa que la tuya.

CREONTE

¿Qué podrá decir nadie? Claras son mis palabras. Jamás llegaré a la deplorable extremidad de consentir en el sacrificio de Meneceo por salvar a Tebas. Todos los hombres aman la vida de sus hijos, y ninguno los ha

entregado jamás a la muerte.[61] Que no me alaben por la suya. Por salvar a mi patria, ya en la edad madura, estoy dispuesto a morir. Pero tú, hijo mío, antes que lo sepa toda la ciudad, y sin hacer caso de odiosos oráculos, huye cuanto antes de esta tierra. Lo dirá a todos los próceres y capitanes, y se dirigirá a las siete puertas y lo repetirá a los siete jefes que las defienden; si nos adelantamos a él, te salvas; si tardas, somos perdidos y morirás.

MENECEO

¿Adónde he de huir? ¿A qué ciudad? ¿En dónde me darán hospitalidad?

CREONTE

Vete de aquí lo más lejos que puedas.

MENECEO

Di tú adónde, y yo te obedeceré.

CREONTE

Pasando por Delfos...

MENECEO

¿Adónde me he de encaminar, ¡oh padre!?

CREONTE

Al país de los etolios...

MENECEO

¿Y de allí adónde he de ir?

CREONTE

Al país de los tesprotas.[62]

MENECEO

¿Al sagrado bosque de Dodona?[63]

CREONTE

Justamente; me has entendido.

MENECEO

¿De qué me servirá?

CREONTE

El dios te protegerá.

MENECEO

¿Y cómo hallaré el sustento?

CREONTE

Yo te daré oro.

MENECEO

Dices bien, padre; vete pues, que yo veré a Yocasta, tu hermana, cuyo seno me alimentó primero cuando perdí a mi madre y quedé huérfano, y me despediré de ella y salvaré mi vida. Vete, pues, para que no me sirvas de obstáculo. (*Retírase Creonte*).

¡Oh mujeres! ¡Cómo he desvanecido los temores de mi padre, engañándolo para conseguir lo que anhelo! Él desea que yo me aleje, y privar a Tebas de su bien y prostituirme en aras de su cobardía. Pero es preciso perdonarlo, porque es anciano; yo sí que no merezco perdón si soy traidor a la patria que me engendró. Sabed, pues, que iré y salvaré a la ciudad, y al morir exhalaré por ella el alma. Vergonzoso sería, ¿por qué no?, que aquellos a quienes no aluden los oráculos ni obliga la fuerza divina del destino, embrazaran los escudos y no vacilaran en morir peleando por su patria delante de las torres, y que yo fuese traidor a mi padre y a mi hermano y a mi ciudad, y me alejara de aquí como un cobarde. ¡En dondequiera que viva seré siempre un villano! No, por Zeus, que mora entre los astros, y por el sanguinario Ares, que dio el cetro de esta región a

los Espartos, nacidos de la tierra. Yo iré adonde mi deber me llama, y desde las altas almenas de las murallas me mataré, y arrojándome a la oscura gruta del dragón, como ha ordenado el adivino, salvaré a Tebas. Tal es mí propósito. Voy, pues, a cumplirlo, y con mi muerte haré a mis conciudadanos no despreciable beneficio. Yo libraré de mal a esta región. Si todos a medida de sus fuerzas hiciesen con perseverancia todo el bien que pueden en aras de su país, menores males sufrirían las ciudades, y serían después felices.

EL CORO

Estrofa. — Viniste, viniste, ¡oh alabada e híbrida virgen, hija de la Tierra y de la infernal Equidna,[64] azote de los hijos de Cadmo, fuente de lágrimas para muchos y de daño para otros, monstruo cruel de alas formidables y desgarradoras uñas, y desde la fuente Dircea te llevabas a los niños con tristes lamentos y pernicioso estrago, y a Tebas, sí, a Tebas causabas terribles dolores! Sanguinario fue el dios que tales cosas hizo. El llanto de las madres, el llanto de las vírgenes resonaba en las casas, lúgubre voz, lúgubre voz, y triste, triste lamento; todos gemían en la ciudad. Sollozos y clamores semejantes al trueno oíanse por doquier siempre que la virgen alada arrebataba a alguno de la ciudad.

Antístrofa. — Al fin vino por orden de Apolo a esta tierra tebana el mísero Edipo, primero causa de alegría y después de dolor. Con su madre celebró himeneo infausto, vencedor de la virgen de los enigmas; profanó la ciudad y la llenó de sangre, arrastrando con sus maldiciones a execrable lucha a sus propios hijos. Admiremos, admiremos al que caminó a la muerte por salvar a su patria, dejando a Creonte anegado en lágrimas, pero dando también preclara victoria a esta ciudad de las siete torres. ¡Ojalá que

nosotras seamos madres, ojalá que lo seamos de hijos tan ilustres, ¡oh Palas amada!, que con piedras mataste al dragón, alentando a Cadmo a dar cima a esta empresa, desde cuyo tiempo daños infernales han azotado a estos campos!

EL MENSAJERO

¡Hola! ¿Quién está a la puerta del palacio? Abrid, que salga Yocasta. ¡Hola otra vez! Tarde, en verdad, pero al fin saliste, ínclita esposa de Edipo: óyeme, y cesen tus llantos y tu dolor.

YOCASTA

¿Vienes acaso, ¡oh tú el muy amado!, a anunciar alguna desgracia? ¿Ha muerto Eteocles, junto a cuyo escudo siempre te hallas para librarlo de los dardos enemigos? ¿Qué nueva vienes a anunciarme? ¿Vive mi hijo, o ha muerto? Dímelo.

EL MENSAJERO

Vive; nada temas; no te inquietes por eso.

YOCASTA

¿Qué hay, pues? ¿Qué ha sucedido en el recinto de las siete torres?

EL MENSAJERO

Resiste incontrastable, y la ciudad no ha sido tomada.

YOCASTA

¿Probaron ya el empuje de las lanzas argivas?

EL MENSAJERO

Vinieron ya a las manos; pero el Ares de los cadmeos ha vencido a las lanzas de Micenas.

YOCASTA

Dime solo si sabes algo de Polinices, cuya vida me interesa.

EL MENSAJERO

Hasta ahora viven tus dos hijos.

YOCASTA

Que seas feliz. ¿Cómo peleando desde las torres rechazasteis de las puertas a las tropas argivas? Dilo para que me regocije y vaya al palacio en busca del anciano ciego, y le diga que Tebas se ha salvado.

EL MENSAJERO

Después que el hijo de Creonte (muerto por la patria) se atravesó el pecho con su reluciente espada en lo alto de las torres y salvó a la ciudad, tu hijo dispuso que siete cohortes y otros tantos capitanes defendiesen a las siete puertas de los ataques del ejército argivo, y distribuyó la caballería que había de hacer frente a la enemiga y los infantes que habían de resistir a los armados de escudo, para que en todos los lugares más peligrosos de las murallas hubiese fuerzas suficientes. Desde lo más elevado del alcázar[65] vimos hacia el Teumeso[66] al ejército argivo, que brillaba con sus fulgurantes escudos, y ya cerca del foso asaltar a la carrera a la ciudad de Cadmo, sonando a un tiempo el Peán[67] y las trompetas mientras nosotros les respondíamos desde las murallas. Partenopeo, el primero, hijo de la cazadora, embistió a la puerta Neista con una cohorte erizada de clípeos, llevando en el centro del suyo a Atalanta, que con su arco de largo alcance mataba al jabalí etolio. El vate Anfiarao se dirigía contra la puerta Prétida, llevando víctimas en su carro, sin soberbios emblemas, con armas modestas. El rey Hipomedonte atacó la puerta Ogigia, y por divisa llevaba en su clípeo a Argos mirando con sus varios ojos: con unos a los astros que nacen, con otros a los que se ocultan, según pudimos ver después de muerto. Tocó a Tideo la puerta Homoloide, y llevaba cubierto su clípeo

con una piel de león de hórrida melena; en la diestra, como el gigante Prometeo, agitaba una antorcha para incendiar la ciudad. Tu hijo Polinices acometió a la puerta Crenea; destacábanse de su clípeo las ligeras yeguas Potniades,[68] que saltaban tremebundas, moviéndose sin duda por un resorte interior junto al manubrio, obra de ingenio, y de suerte que parecían estar furiosas. No menos valor que Ares respiraba Capaneo capitaneando su hueste hacia la puerta Electra; un gigante de la Tierra, de férrea forma, aparecía en su clípeo y sostenía en sus hombros una ciudad entera arrancada de raíz, emblema de la suerte que aguardaba a Tebas. En la séptima puerta estaba Adrasto, que ostentaba en su brazo izquierdo un clípeo con una hidra de cien pintadas víboras, alarde de la jactancia argiva, puesto que los dragones arrebataban en sus fauces de las murallas a los hijos de Tebas. Todo esto vi minuciosamente al llevar la seña a los capitanes de las cohortes. Primero peleamos con arcos y dardos, con hondas de largo alcance y con peñascos. Como llevábamos la mejor parte de la batalla, tu hijo y Tideo exclamaron de repente: «¿Vaciláis, hijos de Dánao, antes que nos ofendan las armas arrojadizas en acometer todos a las puertas, así los armados a la ligera como los caballeros y los que rigen los carros?». Todos al oírlo arremetieron con vigor; muchos caían con la cabeza ensangrentada; muchos de los nuestros caían también precipitados desde las murallas, y regaban la seca tierra con ríos de sangre. Aquel arcadio, hijo de Atalanta, no argivo,[69] atacó la puerta como un torbellino, y pidió fuego y hachas como si hubiese de derribar la ciudad; pero lo contuvo en su furia Periclímeno, el hijo del dios marino, lanzando a su cabeza un peñasco capaz de llenar un carro, puesto que era una almena de la muralla; descompuso su rubia cabellera, y rompió la juntura de sus huesos, y llenó sus mejillas de

sangre, y su madre la Menalia,[70] ilustre por su arco, no volverá a verlo. Cuando tu hijo, a quien yo seguía, vio segura esta puerta, se encaminó a otra. Entonces vi a Tideo y a sus numerosos satélites lanzando contra las altas torres sus dardos etolios para que huyesen los nuestros y abandonaran las murallas; pero tu hijo los reunió otra vez como un cazador, y los apostó de nuevo en las torres. Así que reparábamos el daño de una puerta, nos encaminábamos a hacer lo mismo en otra. ¿Cómo describiré los furores de Capaneo? En su mano traía una larga escala, y decía con arrogancia que ni el fuego sagrado de Zeus le impediría derribar las altas murallas de la ciudad; y mientras así hablaba y las piedras se estrellaban contra su cuerpo, se resguardaba bajo su escudo y subía sus pulimentados peldaños; mas el rayo de Zeus lo hirió cuando estaba a punto de pasar las almenas; resonó horriblemente la tierra, y todos se estremecieron, y sus miembros, como lanzados por una honda, caían de lo alto de la escala separados unos de otros, y al cielo entregó su alma y a la tierra su cuerpo, y dando vueltas sus pies y sus manos, como en la rueda de Ixión,[71] al fin quedó en el suelo su cadáver calcinado. Cuando observó Adrasto que Zeus se mostraba contrario a sus armas, formó al ejército argivo fuera del foso; pero los nuestros, animados con el signo favorable de Zeus, carros, caballeros e infantes rompen en tropel las huestes argivas. Todos los males se desencadenaron a un tiempo: morían, caían de los carros, saltaban las ruedas, los ejes se amontonaban sobre los ejes, y los cadáveres sobre los cadáveres. Por hoy hemos evitado que las torres vengan a tierra, pero a los dioses toca decidir si en lo sucesivo ha de ser o no afortunada esta ciudad; algún numen benéfico la ha salvado también ahora.[72]

EL CORO

Grata es la victoria; pero si otra cosa hubiesen ordenado los dioses, sería yo feliz.

YOCASTA

Los dioses y la fortuna nos son propicios, y mis hijos viven, y la ciudad se ha salvado. Paréceme que el infeliz Creonte expía mis malhadadas nupcias con Edipo, perdiendo a su hijo en bien de la patria, aunque con dolor suyo. Pero prosigue: después de esto, ¿qué hicieron mis hijos?[73]

EL MENSAJERO

No me preguntes más; hasta aquí eres afortunada.

YOCASTA

Tus palabras excitan mis sospechas; no calles.

EL MENSAJERO

¿Qué puedes desear sino que tus hijos vivan?

YOCASTA

Quiero saber si en todo ha sido igual mi ventura.

EL MENSAJERO

Déjame; a tu hijo Eteocles hace falta su escudero.

YOCASTA

Algo siniestro me ocultas y lo envuelves en tinieblas.

EL MENSAJERO

Después de tan gratas nuevas, no las daré infaustas.

YOCASTA

No será así, a no escaparte por los aires.

EL MENSAJERO

¡Ay, ay! ¿Por qué no me has dejado alejarme, oído este alegre mensaje, y me obligas a participarte su triste conclusión? Tus hijos maquinan una

maldad de las más negras, y quieren pelear en singular combate, separados de sus ejércitos. En público, y ante argivos y tebanos, han dicho lo que nunca debieron decir. Eteocles el primero, desde una elevada torre, impuso silencio a los soldados y exclamó: «Oh capitanes griegos y nobles argivos que habéis venido aquí, y vosotros, hijos de Cadmo, no deis vuestras vidas por Polinices ni por mí: yo solo, tomando sobre mí todo riesgo, pelearé en singular certamen con mi hermano, y si lo mato, gobernaré mi palacio; si soy vencido, le entregaré la ciudad. Y vosotros, sin pelear más, volveréis al territorio argivo, y no dejaréis aquí la vida». Al concluir salió de las filas tu hijo Polinices, y alabó su propósito. Todos los argivos y el pueblo de Cadmo lo aprobaron con favorables murmullos, estimándolo justo. Celebrose una tregua bajo estas condiciones, y a igual distancia de ambos ejércitos los capitanes juraron su observancia. Entonces los dos hijos del viejo Edipo se revistieron sus armaduras[74] de bronce, ayudando al rey de esta tierra los príncipes tebanos, y al otro los próceres argivos. Resplandecientes estaban ambos y serenos, y no se alteraron los colores de sus rostros, y ambos furiosos se arrojaron mutuamente sus lanzas. Acercáronse los amigos de uno y otro, y excitábanlos a la pelea con estas palabras: «En tu mano está, ¡oh Polinices!, erigir a Zeus una estatua como trofeo de tu victoria y alcanzar gran fama, que redundará en gloria de Argos». Decían también a Eteocles: «Ahora peleas por tu patria; ahora que la victoria te corona, poseerás solo el cetro». Así los animaban al combate. Los adivinos sacrificaban ovejas y examinaban las entrañas de las víctimas, y los líquidos que de ellas corrían, y la extremidad de las llamas, que contiene dos signos, el de la victoria y el de la derrota. Si conoces algún remedio para sanar estos males, si tu elocuencia es bastante poderosa, o si

puedes preparar eficaces encantos, ve e impide la lucha cruel de tus dos hijos, que grande es el peligro.

YOCASTA

Sal, ¡oh hija Antígona!, del palacio; tu adversa fortuna no te deja ya asistir a los coros y vivir con tus vírgenes compañeras; con tu madre debes oponerte a que tus dos hermanos, varones esforzados, caminen a la muerte y sucumban en lucha fratricida.

ANTÍGONA

¿Qué nuevo horror, ¡oh madre que me concebiste!, anuncias a tus amigas delante de este palacio?

YOCASTA

¡Oh hija!, tus hermanos mueren.

ANTÍGONA

¿Qué dices?

YOCASTA

Han resuelto pelear en singular combate.

ANTÍGONA

¡Ay de mí! ¿Qué oigo, madre?

YOCASTA

Nueva nada grata; pero sígueme.

ANTÍGONA

¿Adónde? ¿Abandonaré mi tálamo virginal?

YOCASTA

Al ejército.

ANTÍGONA

Me avergüenzo de presentarme delante de tantos guerreros.[75]

YOCASTA

Tu propio interés exige que no te avergüences ahora.

ANTÍGONA

¿Y qué he de hacer, pues?

YOCASTA

Poner término a la enemistad de tus hermanos.

ANTÍGONA

¿Y de qué manera, ¡oh madre!?

YOCASTA

Prosternándote conmigo en tierra.

ANTÍGONA

Precédeme al atravesar las filas, que no es ocasión de vacilar.

YOCASTA

Pronto, pronto, hija mía; porque si llegamos a tiempo, antes que mis hijos comiencen el combate, podré vivir; si ya han muerto, moriré también con ellos.

EL CORO

Estrofa. — ¡Ay, ay, ay! Trémulo de horror, trémulo está mi pecho; mi compasión, mi compasión por esta desdichada madre me hace estremecer. ¿Cuál de sus dos hijos llenará al otro de sangre? ¡Ay de mis sufrimientos! ¡Oh Zeus! ¡Oh tierra! La muerte, atravesando sus escudos, separará de sus cuerpos dos cuellos fraternales, dos almas de hermanos. ¡Cuán desdichada, cuán desdichada soy! ¿A cuál de los dos lloraré cuando muera?

Antístrofa. — ¡Oh tierra, tierra! Dos fieras, dos almas sedientas de sangre decidirán con la lanza de su suerte; después, como enemigos, sí, como enemigos, regarán la tierra. ¡Desventurados, que nunca debieran

pelear frente a frente! Prorrumpiendo en bárbaros clamores, y llorosa, gemiré como a los muertos agrada. Pronto se decidirá el duelo; este día verá su término. ¡Nefanda, nefanda muerte, obra de las Furias! Pero veo a Creonte, que se acerca triste a este palacio; enjugaré mis lágrimas.

CREONTE

¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¿Lloraré mi desgracia, o lloraré la de la ciudad, envuelta por todas partes en negra nube, como para ser sumergida en el Aqueronte?[76] Mi hijo ha muerto por la patria y ha conseguido inmortal renombre, pero debo deplorarlo; lo recogí en la gruta del dragón, muerto por su mano, y, desventurado, lo traje yo mismo y llené todo el palacio con mis clamores. Yo, anciano, vengo a buscar a mi hermana Yocasta, también anciana, para que lave y tribute los últimos deberes a mi hijo difunto, pues conviene que el que vive honre a los muertos y adore piadosamente al dios de los infiernos.

EL CORO

Tu hermana ha salido del palacio, ¡oh Creonte!, y con ella su hija Antígona.

CREONTE

¿Adónde y para qué? Dímelo.

EL CORO

Supo que sus hijos decidirían en singular combate cuál de los dos había de mandar en este real palacio.

CREONTE

¿Qué dices? Yo, que solo me cuido del cadáver de mi hijo, no he venido a saber esto.

EL CORO

Ya hace tiempo que se fue tu hermana; yo creo, ¡oh Creonte!, que los hijos de Edipo terminaron ya su duelo a muerte.

CREONTE

¡Ay de mí! Señal de esto será lo que veo; un mensajero de semblante y ojos tristes, que anunciará la conclusión de todo.

EL MENSAJERO

¡Desdichado de mí! ¿Qué diré? ¿Cómo me lamentaré?

CREONTE

¡Ay de nosotros! Tu exordio no promete nada bueno.

EL MENSAJERO

¡Ay de mí!, vuelvo a exclamar otra vez; anuncio tristes males.

CREONTE

¿Tienes que añadir alguno a los que ya han sucedido?

EL MENSAJERO

Los hijos de tu hermana no ven ya la luz, ¡oh Creonte!

CREONTE

¡Ay, ay! Gran daño me anuncias, y también a esta ciudad. ¡Oh palacio de Edipo!

EL CORO

Lloraría si pudiese.

CREONTE

¡Oh calamidad sin ejemplo! ¡Cuántos son mis males! ¡Cuánta mi desdicha! ¡Cuán grande mi infortunio![77]

EL MENSAJERO

¡Si supieses lo que ha ocurrido después!...

CREONTE

¿Alguna otra desgracia más grave?

EL MENSAJERO

Tu hermana ha muerto con sus dos hijos.

EL CORO

Llorad, llorad, y con las blancas manos golpead vuestra cabeza.

CREONTE

¡Oh mísera Yocasta! ¡Cuál ha sido el fin de su vida y de sus nupcias, desde que la Esfinge vio adivinados sus enigmas! ¿Cómo se han dado la muerte los dos hijos de Edipo? ¿En qué pararon las maldiciones de este? Cuéntamelo.

EL MENSAJERO

Ya sabes cómo nos favoreció la fortuna en las murallas; no está tan lejos su recinto para que ignores lo sucedido en ellas. Después que los jóvenes hijos del viejo Edipo se vistieron las armaduras de bronce (los dos capitanes, generales los dos),[78] se adelantaron con firmeza en medio de las filas para decidir la suerte de la guerra en singular combate. Mirando hacia Argos, Polinices profirió esta súplica: «Tuyo soy, ¡oh Hera veneranda!,[79] desde que me casé con la hija de Adrasto y habito en su territorio; concédeme que mate a mi hermano y que llene con su sangre mi diestra victoriosa. Pido nefanda corona: matar a mi hermano». Muchos lloraron al pensar en su desdicha, y se miraban unos a otros con tristes miradas. Eteocles, dirigiéndose al templo de Palas, la del escudo de oro, habló así: «Concédeme, ¡oh hija de Zeus!, que mi brazo y mi mano hundan en el pecho de Polinices mi lanza vencedora, y que lo mate por haber venido a destruir su patria». Después que sonó la trompeta tirrénica, clara como la luz de una antorcha,[80] señal del sangriento combate, en veloz carrera se

embistieron uno y otro, y como jabalíes que aguzan sus crueles colmillos, despidiendo relámpagos sus ojos y revolviéndolos en todos sentidos, trabaron la pelea, llenos sus labios de espuma. Primero comenzaron el duelo con las lanzas, pero evitaban los golpes bajo sus escudos circulares y no los alcanzaba el hierro. Si el uno veía los ojos del otro por encima de su clípeo, dirigía la lanza contra su rostro, ansioso de herirlo antes; mas siempre se resguardaban con cautela debajo de sus escudos para que no los ofendiese el arma mortífera. Más sudor corría por los cuerpos de los amigos de entrambos, llenos de temor, que por los de los mismos combatientes; pero Eteocles, tropezando en una piedra, ofreció a su adversario un blanco; entonces lo acometió Polinices y le atravesó la pierna con el asta argiva, y todo su ejército lo alentó con un grito unánime. El que primero fue herido, al ver descubierto el hombro de su hermano Polinices, reuniendo sus fuerzas quiso alcanzarlo con la lanza, y reanimó las esperanzas de los descendientes de Cadmo; pero se le rompió al mismo tiempo, y se encontró desarmado. Retrocedió, y tirándole una piedra partió a su vez la de su contrario por el centro; ya era igual la lucha, puesto que los dos carecían de lanzas. Empuñaron entonces las espadas y pelearon de cerca; juntando sus escudos hacían gran ruido, envolviendo el uno al otro. Eteocles se acordó en este instante de un ejercicio tesalio que había aprendido en ese país; cesando en sus ataques cuerpo a cuerpo, echó atrás el pie izquierdo, resguardando sus entrañas, y adelantando el derecho le hundió en el vientre la espada y se la clavó hasta las costillas. El desdichado Polinices, sin fuerzas para sostenerse, cayó en tierra anegado en sangre. Y el vencedor, poniendo a un lado su espada, lo despojaba de sus armas sin acordarse de otra cosa. Esto lo perdió, porque Polinices, que había caído

primero, conservando la suya en su deplorable caída, aunque ya con escaso vigor, la introdujo, sin embargo, en el hígado de Eteocles. Los dos mordieron la tierra y juntos cayeron, y quedo indecisa la victoria.

EL CORO

¡Ay, ay, Edipo, cuántos son sus males! ¡Cómo me hacen llorar! Los dioses han realizado tus imprecaciones.

EL MENSAJERO

Oye las desgracias que acaecieron, a más de las dichas. Mientras los hijos exhalaban en tierra el alma, llegó su mísera madre. Viéndolos heridos de muerte, gimió así: «Tarde, ¡oh hijos!, vengo a socorreros». Abrazaba ya al uno, ya al otro, y lloraba, y de sus ojos corrían dos ríos de lágrimas, y acompañábale en sus sollozos Antígona, la hermana de los muertos, y decía: «¡Oh báculos de mi vieja madre! ¡Oh hermanos muy amados, que impedís con vuestra discordia mi himeneo!».[81] El rey Eteocles, revolviendo en su pecho un horrible suspiro, oyó a su madre y la presentó su mano trémula, pero no habló, sino la saludó con lágrimas de sus ojos, significándole su amor. El otro respiraba aún, y mirando a su hermana y a su anciana madre, dijo así: «Morimos, ¡oh madre!; me compadezco de ti y de esta hermana mía, y de mi hermano muerto; nació para amarme, fue mi enemigo y lo amé, sin embargo. Sepultadme, ¡oh madre y hermana!, en mi país natal, y aplacad a la ciudad irritada; que al menos posea ese pedazo de tierra suyo, ya que perdí mi palacio. Con tu mano, ¡oh madre!, cierra mis ojos (y él mismo la llevó a ellos), y sed felices; ya las tinieblas me cercan». Los dos exhalaron el alma a un mismo tiempo. Pero la madre, así que presenció estos horrores, vencida por el dolor, arrancó del cadáver la espada y ejecutó una acción atroz: con el acero se atravesó el cuello, y yace muerta

entre sus dos hijos muy amados, abrazada a ambos. Gran alboroto se promovió en los dos ejércitos; nosotros decíamos que había vencido nuestro rey, ellos que Polinices; los capitanes también disputaban, y mientras los argivos sostenían que Polinices había herido el primero con su lanza, los cadmeos afirmaban que, muertos los dos, ninguno había alcanzado la victoria. Corrimos a las armas; nosotros, los cadmeos, por una inspiración providencial, no habíamos abandonado nuestros escudos, y como los argivos no estaban ya defendidos por sus carros, los atacamos de repente, y no resistieron el choque; los fugitivos llenaban los campos, y ríos de sangre corrían de los cadáveres, heridos por las lanzas. Como ganamos la batalla, unos en trofeo ofrecieron a Zeus una estatua, otros los escudos de los argivos muertos, y, ricos con sus despojos, entramos en la ciudad. Algunos, con Antígona, traen aquí los cadáveres para que los lloren sus amigos. Esta batalla ha sido en parte muy afortunada para Tebas, en parte fecunda en desdichas.

EL CORO

Nuestros oídos no serán solo los que conozcan los males del real linaje: nuestros ojos verán los tres cadáveres delante de los atrios, y sus almas yacen en el reino de las tinieblas, y han muerto los tres a un tiempo.

(*Mientras pronuncia el coro estos versos, llegan los conductores de los tres cadáveres y hacen alto en la timele. Antígona viene también con ellos y entona este canto*):

ANTÍGONA

No vengo velando mis tiernas mejillas cubiertas de rizos, ni ocultando su purpúreo carmín con el rubor que tiñe mi rostro virginal, sino como una infernal bacante sin sujetar con la redecilla mis cabellos[82] y desatada la

estola,[83] color de azafrán, para llorar a los muertos y presidir sus funerales. ¡Ay, ay, ay de mí! ¡Oh Polinices, no has desmentido tu nombre! ¡Ay de mí! ¡Ay de Tebas! Tu querella, mal digo tu querella, tantas muertes horribles, acumuladas unas sobre otras, han perdido al linaje de Edipo y lo han envuelto en sangre cruel, en triste sangre. ¿A qué cantor, a qué poeta llamaré para que llore, ¡oh palacio!, ¡oh palacio!, cuando traigo estos tres cuerpos ensangrentados, unidos por los lazos del parentesco, una madre y sus hijos, delicias de Erinis?[84] Sí, Erinis resolvió acabar con el linaje de Edipo desde que adivinó, sagaz, los oscuros enigmas de la Esfinge, pérfida poetisa, y la hizo morir. ¡Ay de mí, oh padre! ¿Qué griego o bárbaro, o qué otro noble mortal de los pasados tiempos sufrió tantos males ni derramó tantas lágrimas como yo? ¿Qué ave posada en el ramaje del abeto o de la encina igualará en sus lamentos a los míos, huérfana de madre? Ayes y sollozos expresarán mi dolor; yo viviré solitaria, derramando siempre perenne llanto. ¿A quién lloraré? ¿A quién ofreceré primero las primicias de mis cabellos? ¿A los pechos de mi madre que me alimentaron con su leche, o a las funestas heridas de mis dos hermanos? ¡Ay, ay! Deja, ¡oh padre anciano!, tu palacio; acude con tus ojos que no ven; que todos, ¡oh Edipo!, contemplen tu triste vejez, la penosa vida que arrastras en tu morada después que tú mismo te cegaste. ¿Me oyes tú, que vagas por el palacio y arrastras tus trémulos pasos por el aposento en que duermes?

EDIPO

¿A qué quieres, ¡oh hija!, traerme a la luz con mis vacilantes pasos y sacarme con tus misérrimas lágrimas del tenebroso tálamo en que siempre vegeto, para ofrecer a las gentes esta blanca[85] y vana imagen del éter, sombra infernal o fugitivo fantasma?

ANTÍGONA

Oye la fatal nueva que voy a anunciarte, ¡oh padre!: no verán ya la luz tus hijos ni tu esposa, que junto a tu báculo cuidaba siempre de dirigir tus pasos trémulos. ¡Oh padre, ay de mí!

EDIPO

¡Ay de mí! ¡Ay de mis males! Solo me es dado gemir así, clamar de esta manera. Di, ¡oh hija!: ¿cómo murieron? ¿Cómo estas tres almas abandonaron la luz?

ANTÍGONA

No para escarnecerte ni insultarte, sino con dolor mío lo digo: tu genio infausto, armado del acero y del fuego, y ávido de crueles combates, acometió también a tus hijos. ¡Ay de mí, oh padre!

EDIPO

¡Ay, ay de mí!

ANTÍGONA

¿Por qué gimes así?

EDIPO

¡Oh hijos!

ANTÍGONA

Mayor sería tu pena si vieses la cuadriga del sol y contemplares estos cuerpos exánimes al esplendor de sus rayos.

EDIPO

Los males de mis hijos a todos son manifiestos; pero ¿cómo ha muerto mi mísera esposa, ¡oh hija!?

ANTÍGONA

Derramando en presencia de todos lúgubres lágrimas, mostraba a sus

hijos su pecho; sí, lo mostraba como dolorida suplicante. Encontrolos junto a la puerta Electra, en el prado en que crece el loto, peleando con sus lanzas en lucha fratricida como leones de una misma cueva, llenos de sangrientas heridas, y ofreciendo ya libaciones de su sangre helada al infernal Hades, aunque eran obra de Ares. Arrancó de los muertos la espada de bronce, y la introdujo en su cuerpo, y cayó con dolor al lado de sus hijos. Sea cual fuere el dios autor de las calamidades de nuestra familia, hoy, ¡oh padre!, se ha desencadenado como nunca.

EL CORO

Fuente de muchos males para el linaje de Edipo ha sido este día. ¡Ojalá que su vida sea más feliz en adelante!

CREONTE

Acábese el llanto, que ya es tiempo de acordarnos de los funerales. Oye, ¡oh Edipo!, estas palabras: tu hijo Eteocles me ha instituido heredero de su imperio, como dote de Hemón[86] cuando celebre sus nupcias con Antígona. Yo no consentiré que tú vivas en Tebas: claramente dijo Tiresias que nunca será afortunada esta ciudad mientras residas en ella. Vete, pues; y no te lo digo por escarnecerte, ni como enemigo, sino a causa de las furias que te atormentan, y temiendo los males que podrá sufrir este país.

EDIPO

¡Oh destino! Desgraciado como pocos he sido desde que me engendraste. Antes que mi madre me diese a luz, cuando aún no me había concebido, Apolo profetizó a Layo que yo lo mataría. ¡Oh desventurado de mí! Y después que nací, mi padre decretó mi muerte, mirándome ya como a enemigo, pues que fatalmente había de perecer a mis manos, y como presa que les era debida me arrojó a las fieras cuando solo deseaba mamar, y

así me salvé. ¡Ojalá que el Citerón se hubiese sumergido en los profundos abismos del Tártaro! Y después que, infortunado, maté a mi padre, subí al lecho de mi mísera madre, y engendré hijos que eran también mis hermanos, y los he perdido, profiriendo contra ellos las imprecaciones que Layo pronunciara contra mí. No soy tan insensato que, sin la influencia de algún dios, hubiese hecho contra la vida de mis hijos y contra mis ojos lo que ya sabéis. Pero así y todo, ¿qué partido tomaré ahora? ¿Quién me acompañará y guiará mis trémulos pasos? ¿Será esta, ya muerta? De cierto sé que lo haría si viviera. ¿Serán mis hijos? ¡Ay, bienaventurada yunta! Ya no existen. ¿Soy yo joven bastante para proporcionarme el sustento? ¿De dónde? ¿Por qué, ¡oh Creonte!, me anonadas así de un solo golpe? Me matarás, sin duda, si de aquí me expulsas. No me rebajaré abrazando tus rodillas; no desmereceré de mi antigua nobleza por adversa que me sea la fortuna.

CREONTE

Bien has pensado en no estrechar mis rodillas, que yo no he de consentir por eso que estés aquí más tiempo. Menester es que se lleven ya estos muertos al palacio; arrojad sin sepultura, fuera de los límites de este país, el cadáver de Polinices, que vino con otros enemigos a arruinar su patria. Hágase saber a todos los tebanos que, cualquiera que fuere aprehendido coronándolo o cubriéndolo con tierra, pagará con la vida su delito. Tú, Antígona, enjuga ya las lágrimas que derramas por estos tres cadáveres, y vuélvete al palacio, y vive como las vírgenes, esperando el día en que dormirás en el lecho de Hemón.

ANTÍGONA

¡Oh padre, cuántos son nuestros males! Más mereces tú que te llore

que los muertos: los infortunios que te agobian, ¡oh padre!, no son graves ni leves, sino que eres horriblemente desdichado. A ti pregunto yo ahora, ¡oh nuevo tirano!: ¿por qué condenas a un muerto inofensivo?

CREONTE

Es orden de Eteocles, no mía.

ANTÍGONA

Necia, sin embargo, y necio tú también que la obedeces.

CREONTE

¿Cómo? ¿No es justo obedecer lo que se manda?

ANTÍGONA

No, si es injusto e impío.

CREONTE

¿Cómo, pues? ¿No será justo abandonar a los perros el cadáver de Polinices?

ANTÍGONA

La pena que le impones no es legítima.

CREONTE

Ha sido enemigo de su patria, cuando por su nacimiento no debía serlo.

ANTÍGONA

¿Con su muerte no ha expiado su delito?[87]

CREONTE

Pero que además lo expíe careciendo de sepultura.[88]

ANTÍGONA

¿Por qué crimen, si reclamaba la parte de reino que le pertenecía?

CREONTE

Ten entendido que este hombre no será enterrado.

ANTÍGONA

Yo lo sepultaré aunque lo prohíba la ciudad.

CREONTE

Te sepultarás con él.

ANTÍGONA

Glorioso es, sin duda, que dos que se aman yazgan juntos en un mismo sepulcro.

CREONTE

Prendedla y llevadla al palacio.

ANTÍGONA (*abrazando el cadáver*).

De ningún modo; no soltaré este cadáver.

CREONTE

Lo ha decretado así un dios, ¡oh virgen!, no quien tú sospechas.

ANTÍGONA

Y decretado está también que no se insulte a los muertos.

CREONTE

Que nadie cubra este cuerpo con deleznable polvo.

ANTÍGONA

¡Suplícote por mi madre Yocasta, que ves aquí!

CREONTE

Vana es tu súplica; no lo conseguirás.

ANTÍGONA

Déjame al menos que lo lave.

CREONTE

También lo han prohibido los ciudadanos.

ANTÍGONA

Siquiera vendaré sus mortales heridas.

CREONTE

De ninguna manera honrarás a este muerto.

ANTÍGONA (*abrazando de nuevo el cadáver*).

Te besaré el rostro tan solo, ¡oh hermano!, el más amado.

CREONTE

No llorarás por este, estando tan próximo tu himeneo.

ANTÍGONA

¿Crees acaso que, mientras viva, me casaré con tu hijo?

CREONTE

Mucho lo necesitas; ¿cómo, pues, osarás rehuirlo?

ANTÍGONA

Se repetirá aquella noche de boda de las Danaides.

CREONTE

¿Ois la criminal amenaza que me hace?

ANTÍGONA

Sea testigo este acero: esta espada responderá de lo que digo.

CREONTE

¿Por qué intentas oponerte a este himeneo?

ANTÍGONA

Acompañaré en su destierro al más desdichado de los padres.

CREONTE

Noble es tu propósito, pero poco prudente.

ANTÍGONA

Y también moriré con él, para que lo sepas todo.

CREONTE

Vete; no matarás a mi hijo;[89] deja este país. (*Retírase Creonte*).

EDIPO

Alabo, ¡oh hija!, tu decidida abnegación.

ANTÍGONA

Y si yo me caso, ¿vivirás solo, padre mío?

EDIPO

Sé aquí dichosa; yo sufriré mis males con paciencia.

ANTÍGONA

¿Quién te cuidará ciego, ¡oh padre!?

EDIPO

Cuando el destino me haga sucumbir, yaceré en tierra.

ANTÍGONA

¿Qué fue de aquel Edipo y de sus preclaros enigmas?

EDIPO

Murió: un día me hizo feliz, otro me perdió.

ANTÍGONA

Luego yo debo compartir tus desdichas.

EDIPO

Vergonzoso es para una hija ser desterrada con su ciego padre.

ANTÍGONA

No, que es honroso para la hija modesta, ¡oh padre!

EDIPO

Guíame para que palpe el cuerpo de tu madre.

ANTÍGONA

Hela aquí; toca a esta anciana muy querida.

EDIPO

¡Oh madre! ¡Oh esposa muy amada!

ANTÍGONA

¡Vedla en tierra, moviendo a compasión, víctima de todos los males!

EDIPO

¿En donde están los cadáveres de Eteocles y de Polinices?

ANTÍGONA

Aquí yacen, uno junto a otro.

EDIPO

Pon mi mano ciega en sus infortunados rostros.

ANTÍGONA

Helos aquí; toca con ella a tus hijos exánimes.

EDIPO

¡Oh cadáveres queridos, desdichados hijos de un padre también desdichado!

ANTÍGONA

¡Oh Polinices, nombre muy amado!

EDIPO

Ahora, ¡oh hija!, se cumple el oráculo de Apolo.

ANTÍGONA

¿Cómo, pues? ¿Anuncias nuevos males?

EDIPO

Que moriré en Atenas desterrado.

ANTÍGONA

¿En dónde? ¿Qué torre del Ática te servirá de asilo?

EDIPO

La sagrada Colono[90] y el templo del dios ecuestre. Pero vamos, guía mis ciegos pasos, ya que deseas acompañarme al destierro.

ANTÍGONA

Estrofa 1.ª[91] — Anda, emprende tu mísera peregrinación; dame la mano querida, ¡oh padre anciano! Yo te llevaré como el viento lleva a las naves.

Aquí, aquí, anda hacia mí; aquí, aquí, pon tus pies, padre, que tus fuerzas son de vano fantasma.

EDIPO

Estrofa 2.ª — Ya me voy, ¡oh hija! Guía mis pasos, desdichada.

ANTÍGONA

Antístrofa 1.ª — Yo soy, yo soy la más mísera de las vírgenes tebanas.

Antístrofa 2.ª — A mis compañeras amadas dejo mis lágrimas para memoria, y me ausento errante de mi país natal, no como acostumbran las vírgenes. ¡Ay de mí! Famosa seré en el mundo por mis piadosos sentimientos, pues intento consolar a un padre desventurado.

EDIPO

Estrofa 3.ª — Destierro infausto es el de un anciano a quien expulsan de su patria. La justicia castiga los delitos de los mortales, pero horrible, horrible es mi desgracia.

ANTÍGONA

Antístrofa 3.ª — Mísera yo, que sufre afrenta mi hermano; yacerá insepulto lejos del palacio de sus padres; mísero él, a quien yo debo enterrar ocultamente, aunque muera.

EDIPO

Estrofa 4.ª — ¿En dónde asiento mi trémulo pie? Dame el báculo, ¡oh

hija! Yo soy el que adivinó los enigmas de la vencedora poetisa, y la precipitó en el abismo.

ANTÍGONA

Antístrofa 4.ª — ¿Recuerdas ahora la gloria que alcanzaste triunfando de la Esfinge? ¡Olvida, olvida tu pasada dicha! Aguárdante horribles sufrimientos, ¡oh padre!, y morir lejos de tu patria en cualquier parte.

* * *

Notas

1. Se comprende desde luego que esta es la Tebas griega, capital de la Beocia, distinta de la Tebas egipcia de las cien puertas.

2. Cadmo, hijo de Agénor y hermano de Europa. Fue a buscarla por mandato de su padre, después que la robó Zeus, y no encontrándola, se fijó en la Beocia y fundó a Tebas. Créese que importó en Grecia la escritura fenicia.

3. Harmonía, hija de Ares y de Afrodita, esposa de Cadmo, transformada como él en serpiente.

4. De aquí que su linaje se llame Labdácida.

5. Podía ser hijo de distinta madre.

6. El Citerón es un monte famoso al sur de Tebas. En uno de sus extremos, confinante con el Ática, se encontraba un valle consagrado a Hera, en donde fue expuesto Edipo.

7. Οἰδίπους, de οἰδέω, me hincho, y πούς, pie.

8. Monstruo que tenía el cuerpo de mujer, la cabeza de león y las alas de águila. Proponía enigmas a los caminantes, y los ahogaba si no los acertaban. Cuando Edipo descifró el que le propuso, se precipitó despechada en la mar.

9. Broche con alfiler de oro y piedras preciosas, marfil, bronce y otras materias con que se sujetaban las vestiduras en el pecho o en el hombro.

10. Bajo el nombre de pedagogo (de παῖς, niño, y ἄγω, yo llevo) entendían los griegos ciertos

esclavos que desempeñaban con los niños las funciones de nuestros ayos. Unas veces se nombraba para este cargo al de más experiencia, otras al más servicial, a veces al más inútil. Plutarco, en su tratado de *La Educación*, nos dice que se empleaban en este servicio los esclavos más estropeados del trabajo y los que habían costado menos. Acompañaba al niño a las escuelas y gimnasios, vigilaba sus pasos, le aconsejaba y enseñaba, pero sin el derecho de castigarle. Diógenes fue pedagogo de Jeníades de Corinto.

11. Como el pedagogo queda solo en la escena, el escoliasta dice que esto provenía de la necesidad en que estaba el actor que había representado el papel de Yocasta, de mudar de traje y de máscara para representar el de Antígona.

12. Ismeno, río de la Beocia que nacía al norte de Tebas, consagrado a Apolo.

13. A Dirce, segunda esposa de Lico, rey de Tebas, Zeto y Anfión, hijos de Antíope, primera mujer de Lico, la ataron a las colas de varios potros cerriles, que la desgarraron. Compadecidos de ella los dioses, la convirtieron en fuente, que corría cerca de Tebas.

14. Por ser las armas de bronce, no de acero.

15. Anfión, hijo de Lico y de Antíope, reinó en Tebas con su hermano Zeto. Había recibido de Apolo una lira de oro de tan dulce sonido, que las piedras se movieron al oírla, y colocándose unas sobre otras, formaron los muros de Tebas. Casó con Níobe, hija de Tántalo.

16. Clípeo, escudo grande y redondo que usaba la infantería griega. Era convexo, y tan vasto que resguardaba el cuerpo desde el cuello hasta las piernas. A veces era todo de bronce, aunque de ordinario se componía de varias pieles de toro superpuestas y cubiertas de placas de metal. En ocasiones estaba resguardado con ramas de mimbre entrelazadas, forradas de cuero crudo y de metal.

17. Lerna, región y famosa laguna de Argólida. En ella habitaba la hidra que mató Heracles, y sus aguas recibieron las cabezas de los esposos de las Danaides.

18. Hermano de Adrasto, rey de Argos. Se llama rey porque rige o manda tropas.

19. Tideo, hijo de Eneo, rey de Calidón. Mató involuntariamente a su hermano Menalipo y se desterró a Argos, en donde se casó con Deípila, hija de Adrasto. Fue padre del célebre Diomedes.

20. Etolia, región de la Grecia antigua, separada al oeste de la Acarnania por el Aqueloo.

Confinaba al este con los Dorios Ozoles, el Parnaso y los Eteos; al norte con el Epiro y la Tesalia, y al sur con el golfo de Ambracia y el de Corinto. Sus ciudades principales eran Calidón y Termo.

21. La lanza griega se componía de tres partes: punta de hierro o bronce, astil de madera y *spiculum* o cuento, terminado en punta. Era también arma arrojadiza.

22. Zeto, hijo de Zeus y de Antíope, y hermano de Anfión. Fue gran cazador, y ayudó a su hermano a edificar los muros de Tebas.

23. Su padre fue Meleagro.

24. Atalanta, célebre cazadora, la primera que hirió al jabalí de Calidón. Su amante Meleagro le regaló la cabeza.

25. Adrasto, rey de Argos y generalísimo de esta expedición desastrosa. En la segunda, o de los Epígonos (descendientes de los capitanes de la primera), perdió a su hijo Egialeo, y murió de dolor.

26. Níobe, hija de Tántalo y mujer de Anfión. Tuvo siete hijos y siete hijas, y orgullosa con ellos, insultó a Leto, madre solo de Apolo y Artemisa, que se vengó de ella matándolos a flechazos. Níobe, de dolor, fue convertida en piedra.

27. Anfiarao, hijo de Ecles y de Hipermnestra, famoso adivino griego, que se casó con Erífile, hermana de Adrasto. Conociendo en virtud de su don profético el triste éxito de su expedición contra Tebas, se ocultó, negándose a tomar parte en ella; pero fue descubierto por su propia esposa, sobornada por un collar de diamantes. Antes de partir hizo jurar a su hijo Alcmeón que castigaría a su madre.

28. Capaneo, hijo de Hipónoo y de Astínome o de Laódice, y padre de Esténelo. Había jurado apoderarse de Tebas contra la voluntad de los dioses.

29. Némesis, hija de Zeus y de la Necesidad, o del Océano y de la Noche, o del Érebo y la Noche, o de la Noche sola. Castigaba a los malos, y sobre todo a los hijos que ultrajaban a sus padres. En concepto de Platón, Némesis era la única furia.

30. Según dice el escoliasta, la ninfa Amimone fue perseguida por Poseidón, que clavó su tridente junto a la laguna de Lerna, e hizo brotar una fuente de agua viva. Lo que parece positivo es que esta fuente estaba próxima a dicha laguna, según es de colegir de las siguientes palabras de Estrabón: δείκνοται δὲ καὶ Ἀμυμνώνη τις κρήνη κατὰ Λέρνην.

31. Esta estrofa encierra tales desatinos geográficos, que es muy difícil entenderla, a no suponer que Eurípides no sabía una palabra de Geografía, lo cual dista mucho de ser cierto, pues en todo caso sería el único error de esta especie en que incurre. No solo la Fenicia no era una isla; sino que para venir a Tebas era imposible que diesen el absurdo rodeo de navegar hacia ella por el mar Jonio. En nuestro juicio, lo que dice solo debe entenderse de la Sicilia, adónde en todo caso vinieron desde Tiro, colonizado por los fenicios, y más tarde por los cartagineses, que tanto se les asemejaban.

32. Cadmo era hijo de Agénor.

33. El Parnaso, monte de la Fócide, tenía dos cumbres: en una estaba situado el santuario de Apolo, y en la otra el de Dioniso. En ambas se veían de noche las antorchas de las fiestas que se celebraban. Inmediata al santuario de Dioniso se ostentaba una vid que producía diariamente un pesado racimo, de cuyo zumo se hacía el vino destinado a las libaciones del dios. También se enseñaba a los devotos la caverna de la serpiente Pitón, cuya piel se guardaba en el templo, y el lugar desde donde el dios pudo sorprenderla y matarla.

34. Ío era hija del río Ínaco. Enamorose de ella Zeus, y temiendo a la celosa Hera, la convirtió en vaca para ocultar sus amores. Habiéndosela pedido Hera, y no atreviéndose a negársela, la dio a guardar a Argos, de cien ojos, que murió a manos de Hermes. Al fin, después de largas correrías, se detuvo a las orillas del Nilo, y dio a luz a Épafo, padre de Belo, Agénor y Fénix. Se cree que era la diosa egipcia Isis, y Épafo, su hijo Apis. El coro alude a la fundación de Tebas por los fenicios.

35. La solemnidad inherente a esta clase de espectáculos no permitía que se hablase en otra lengua que en la griega. El poeta, sin embargo, supone que el coro habla en fenicio, cuando su lenguaje es griego castizo. Tal inverosimilitud no debe extrañarnos habiendo leído obras maestras de los más célebres poetas dramáticos, que suelen cometerlas a cada paso. Por lo demás, esta escena es tan tierna y bella, que acaso no se encuentre otra semejante en todas las tragedias de Eurípides.

36. Hay tanto y tan profundo sentimiento en estas frases de Yocasta, y encierran tan triste verdad, que no es posible leerlas sin melancolía. Tiene razón: ¡pobres madres, que sufren penas infinitas, convertidas de ordinario en doloroso centro adonde convergen todos los males y disgustos de las familias!

37. El texto griego, antes que Jacobs lo corrigiera, aparecía tan defectuoso, que hemos preferido seguir su opinión, teniendo en cuenta que la primera condición de cualquier obra literaria es la claridad. En efecto, desde el verso 395, si adoptamos el texto vulgar, hallamos tal incongruencia entre las preguntas y respuestas de Yocasta y Polinices, que es imposible creer en su autenticidad. Por ejemplo, cuando Yocasta pregunta a Polinices cómo llegó a Argos y con qué objeto, este contesta que Adrasto tuvo conocimiento de cierto oráculo de Apolo. Así es fácil comprender, o que se ha trocado el lugar que estos versos deben ocupar respectivamente, o que falta algún complemento del sentido. Hemos creído, pues, que basta conservarlo, alterando solo la numeración de los versos.

38. Padre de Adrasto, rey de Argos.

39. La centuria, en griego λόχος, varió, según los diversos tiempos, desde 8 hombres hasta 100 entre los atenienses, y 125 entre los lacedemonios.

40. Estas palabras de Eurípides y las frecuentes alusiones que hace a los encantos de la oratoria en otras tragedias, son un monumento histórico de la mayor importancia, que nos inician en los misterios del ágora y en los graves inconvenientes del gobierno democrático. Sin profundizar mucho, y solo en vista de esta y otras frases de Eurípides, se llega a concluir que los oradores, abusando de su arte y de sus facultades, arrastraban más de lo justo al pueblo que los escuchaba, las más veces en daño de su patria.

41. Schiller en su *Wallenstein* ha expresado este mismo pensamiento diciendo: «Gleich heisst ihr alles schändlich oder würdig. — Bös oder gut; und was die Einbildung — Phantastisch schleppt in diesem dunkeln Namen — Das bürdet sie den Sachen auf und Wesen.»

42. Cicerón en sus *Officiis*, lib. III, cap. XXI, dice que César repetía continuamente estos versos de Las Fenicias, y en efecto, cuadran al divino Julio y a todos los ambiciosos. Augusto G. Schlegel menciona también y comenta estas palabras de Cicerón, y acusa a Eurípides de sembrar en sus tragedias máximas perniciosas. En nuestro juicio, sin embargo, es esta vez injusto, porque el poeta dramático puede representar malos caracteres que en sus palabras sean consecuentes consigo mismos. Aquí no sucede como en el *Hipólito*, cuando se habla del juramento de la lengua, distinto del que hace el alma, y pretender lo contrario sería quitar al poeta la facultad de representar todo lo que es, así lo bueno como lo malo.

43. Anfión y Zeto, fundadores de Tebas, como Rómulo y Remo de Roma. Debían tener en la primera de estas ciudades algún templo suntuoso, además de los santuarios aislados que podían existir.

44. Polinices quiere decir que, a causa Eteocles, y habiendo fracasado su reconciliación con él, su conducta en adelante no será la de un hijo con su madre, perdiendo esta sus derechos maternales.

45. Según observa el escoliasta, este Φοῖβος Ἀγυιεύς, semejante al Jano de Roma, se encontraba a la entrada de las casas, representado por una columna.

46. De πόλυς, mucho, y νείκη, combate. Sin embargo, aunque diga Quintiliano (v. c. 60) que *illud apud Euripidem frigidum sane, quod nomem Polynicis, ut argumentum morum, frater incessit*, nada es más natural en estas disputas que asociar la significación del nombre al carácter que suponemos en quien lo lleva.

47. De aquí el nombre de Beocia, de βοῦς, buey.

48. Nombre antiguo de la Beocia.

49. Sémele, hija de Cadmo y de Harmonía. Sabedora Hera de sus amores con Zeus, la aconsejó, apareciéndose bajo la forma de Beroe, su nodriza, que rogase a su amante que se le mostrase en toda su gloria. Accedió Zeus por haberlo jurado antes, y abrasó su palacio y a ella también. Dioniso, a quien llevaba en sus entrañas, fue conservado en un muslo de su padre.

50. Cadmo llegó a purificarse a la fuente Dircea para sacrificar la ternerilla que le había indicado el lugar en que había de edificar a Tebas, y encontró en ella al dragón de que habla el coro.

51. El carácter de Eteocles, irreflexivo y fogoso, forma natural contraste con la serenidad y la prudencia de Creonte. El primero solo oye la voz de su belicosa impaciencia, y con la imprevisión propia de sus pocos años, no piensa siquiera en el éxito de la batalla, y mucho menos en la posibilidad de que sea funesta. Creonte, al contrario, atento solo a rechazar a los sitiadores sin peligro, prueba su previsión y su capacidad en las cosas de la guerra, y da a conocer que ha reflexionado seriamente en las distintas peripecias que puede ofrecer el combate.

52. Las malignas alusiones de Eurípides a las tragedias de su antecesor Esquilo, que debía

hacerle no poca sombra, puesto que sobre ellas versan siempre sus críticas, se refieren ahora a la prolija enumeración que hace en sus *Siete delante de Tebas* de los capitanes enemigos. Naturalmente en las obras de Esquilo domina el elemento épico, que después va desapareciendo.

53. Dioniso. En sus fiestas se armaban las bacantes con tirsos; cubiertas con pieles de manchados cervatillos, cantaban en coro las alabanzas del dios.

54. Espartos, de σπαρτός, sembrado, esto es, de los hijos de los dientes del dragón, que sembró Cadmo.

55. Dedúcese de estas palabras de Tiresias que los augurios de los griegos eran semejantes a los de los romanos y etruscos. Generalmente se elegía un lugar alto y sagrado, fijándose dos objetos en el horizonte, desde los cuales, y desde otros puntos intermedios, tiraba el observador hacia sí líneas ideales. El vuelo de las aves y los fenómenos celestes eran el objeto de sus observaciones, las cuales se apuntaban con cuidado. Debemos suponer que estos eran obra de Tiresias y de su hija, porque él solo, siendo ciego, no podría hacerlos. Las tablillas eran de madera, cubiertas con una capa de cera.

56. Erecteo, rey de Atenas, e hijo de Pandión, sacrificó a su hija Ctonia por vencer a los habitantes de Eleusis. Mató a Eumolpo, nieto de Poseidón, y en castigo fue herido por un rayo. Se le atribuye la institución de los misterios de Eleusis.

57. Eumolpo, rey de Eleusis, guerrero y poeta religioso, natural del Ática, según unos, y nieto de Triptólemo, y según otros, oriundo de Tracia y yerno de Tegirio, su rey. Murió a manos de Erecteo en la guerra que ambos se hicieron por la posesión del trono de Atenas. Sus descendientes, por espacio de mil doscientos años, tuvieron el privilegio de presidir los misterios de Eleusis.

58. Recordemos, para apreciar la moralidad de esta fábula, que todas las desdichas de los Labdácidas provienen de la inobediencia de Layo al oráculo. Muere a manos de su hijo, y expía su ligereza incalificable. Edipo espera también eludir los decretos del destino, y es castigado casándose con su madre, cegándose y dando la vida a hijos incestuosos e ingratos. Estos, por último, sufren las tristes consecuencias de su odio fratricida, y se matan uno al otro cuando creían también evitar la muerte que les aguardaba. La inmensa superioridad del destino sobre la frágil voluntad humana, queda, pues, plenamente confirmada.

59. Nos agrada por su sencillez este cambio repentino de Creonte. En general, puede decirse que los personajes del teatro griego obedecen siempre a sus primeras y naturales impresiones, y que jamás obran por cálculo ni por refinamiento de la pasión que sufren. Parécenos que es un dato muy importante para estimar su mérito, y que los diferencia esencialmente de los personajes del teatro moderno, como se diferencian también ambas sociedades.

60. La Tierra, antigua deidad, como los monstruos que encerraba en su seno, y como los que produjo en un principio, según la mitología primitiva, era un numen inexorable, que representa aquí la lucha de los dioses antiguos con los nuevos; y aunque Ares aparezca en la *Ilíada* como hijo de Zeus y more en el Olimpo con los demás dioses, no es simpático al cielo ni a los hombres, y bajo este aspecto se confunde con los hijos de la Tierra. Si nos dejáramos llevar de los ensueños de algunos mitólogos, diríamos que todo esto alude a la resistencia que hace la tierra a la intrusión en ella del linaje humano para cultivarla y aprovecharse de sus frutos.

61. En efecto; no era fácil prever que en Roma existieran L. Junio Bruto y L. Manlio Torcuato, y en España el inmortal Guzmán el Bueno.

62. Región del Epiro occidental al oeste de Ambracia, e inmediata a la mar. Sus ríos principales eran el Aqueronte y el Cocito, y sus ciudades Butrinto y Onquesmo.

63. Ciudad del Epiro, en la Caonia, al pie del Tomaro, rodeada de espesas selvas, santuario y oráculo pelásgico de Zeus. La sacerdotisa profetizaba observando la encina fatídica, ya por el ruido de sus hojas, ya por el de ciertos vasos de cobre que se suspendían de sus ramas, ya por el canto de las palomas que se albergaban en ellas.

64. Equidna, monstruo mitad mujer y mitad serpiente que nació de Crisaor, engendrado él mismo de la sangre de Medusa. De ella y de Tifón fueron hijos el Cancerbero, la Hidra de Lerna, la Quimera, la Esfinge, el León de Nemea y otros muchos monstruos.

65. Este alcázar fue fundado por Cadmo, y se llamaba Cadmeo.

66. Teumeso, monte a cuatro leguas de Tebas, a cuya falda estaba acampado el ejército argivo.

67. Himno guerrero que precedía y seguía al combate.

68. Estas yeguas Potniades eran de Glauco. Habiendo perdido el instinto, devoraron a su

dueño en Potnia, ciudad de la Beocia. Acaso por esta furia de que se hallaban poseídas llame Eurípides a las Furias propiamente dichas ποτνιάδες en el verso 305 de *Orestes*, cuando dice:

69. Porque había otro Partenopeo argivo, hijo de Tálao y hermano de Adrasto.

70. Llamada así del Ménalo, monte situado en el centro de la Arcadia, continuación del Hipionte y del Falanto. Estaba consagrado a Pan.

71. Ixión, rey de los lápitas, asesinó traidoramente a su suegro Deyoneo, y fue desterrado por este crimen. No encontrando quien le diese hospitalidad, Zeus se compadeció de él y lo admitió en su corte; pero le pagó tan mal este beneficio, que quiso seducir a Hera. Zeus, para no errar, dio a una nube la forma de su esposa, y ya sin escrúpulo, lo condenó en el infierno a dar vueltas en una rueda. Fue padre de Pirítoo y de los Centauros.

72. Cuando leemos la descripción de este asalto, no podemos menos de convenir con J. B. Vico en la perfecta identidad que se observa entre las edades heroicas de los distintos pueblos. Parécenos que vemos un combate de la Edad Media. Eurípides ha imitado mucho de Esquilo en sus *Siete delante de Tebas*.

73. Se ve que Yocasta, acariciando una consoladora esperanza, se cree ya libre de una parte de sus males, puesto que se compadece de la suerte de Creonte. Al fin, sin embargo, y aleccionada por triste experiencia, vuelve a recelar de su suerte, y no sin razón.

74. Estas armaduras protegían las espaldas, el pecho, el vientre y los costados hasta más abajo de la cintura, y eran de cuero o de metal. Las hubo de diferentes especies, ya compuestas de dos láminas juntas o separadas (θώραξ σιάδιος, γυαλοθώραξ), ya formando escamas (θώραξ λεπιδωτός φολιδωτός). (V. Antonio Richy, *Antigüedades griegas y romanas*).

75. Las vírgenes heroínas de Eurípides manifiestan siempre en iguales casos la misma vergüenza, sin duda a causa de la vida retirada que hacían en sus gineceos.

76. Llamábase Aqueronte un lago del Egipto al sur de Menfis, en el cual había una isla con su necrópoli. Antes de enterrar en ella a los muertos sufrían el famoso juicio de su vida, de que hablan todos los historiadores. De aquí el considerarlo después los griegos y romanos como un río que corría en el infierno. En el Epiro había también otro del mismo nombre.

77. La verdad es que los personajes de Eurípides lloran y se quejan tanto, y repiten sus plegarias y lamentos en tonos tan distintos, que no faltaba razón a Aristófanes para criticarlo.

78. No sabemos por qué razón se ha de suprimir el verso διssὼ στρατηγὼ καὶ διπλὼ στρατηλάτα, cuando no repugna al sentido ni mucho menos, y hallándose en los códices más antiguos y fidedignos. Valckenaer los ha conservado, y su juicio y autoridad es de gran peso en tales cuestiones. Hermann, quizá por su prurito de rebajar el mérito de aquel, fue el primero en borrarlo, dando razones nada convincentes.

79. Patrona de Argos.

80. No es nada fácil percibir la relación que puede haber entre la trompeta y la antorcha.

81. Extemporáneo es en demasía este recuerdo de Antígona ante sus hermanos moribundos y su desconsolada madre.

82. Esta redecilla era una cinta o cordón con que las griegas se sujetaban graciosamente los cabellos.

83. La estola era una especie de faja que servía de ordinario para ceñir la túnica, y caía después por detrás hasta los pies a manera de cola.

84. La única Furia primitiva de los griegos. Más tarde fueron tres: Tisífone, Alecto y Megera.

85. Lo dice por sus cabellos.

86. El hijo de Creonte.

87. La edición de Eurípides de Théob. Fix, la más conocida en España, escribe este verso así:

88. Creonte y Eteocles defienden en esta cuestión las leyes y costumbres griegas, con arreglo a las cuales el que venía armado con un ejército extranjero a hacer la guerra al suelo y a los dioses patrios, no podía ser sepultado en su territorio. Autígona, al contrario, personifica nuevas ideas, más filosóficas y humanitarias, más propias de nuestro tiempo, las cuales, como sucede de ordinario, están en abierta contradicción con las antiguas.

89. Creonte recuerda la amenaza de Antígona de matar a Hemón, cual otra Danaide, en la noche de sus bodas.

90. Colono, aldea inmediata a Atenas, con un bosque consagrado a las Euménides, en donde murió Edipo. Había allí también un templo de Poseidón, dios que creó el caballo al golpe de su tridente, cuando Atenea hizo brotar el olivo.

91. Es de presumir que esta tragedia en su conclusión ha sufrido la misma suerte que la

Ifigenia en Áulide. Es probable que los últimos folios del códice más antiguo fueran arrancados, o que se llenaran las márgenes con citas y versos de la Antígona, del mismo Eurípides, y del *Edipo*, de Sófocles. Los primeros comentaristas hubieron de embrollarlo más, deseando corregirlo; y como Valckenaer, el erudito más capaz de enmendar estos errores, cansado ya al fin de su trabajo, los dejó como los encontrara, nada tiene de extraño que su autoridad haya sido tal que ninguno osase tocarles. Nosotros seguimos el texto de Hartung por parecernos el más auténtico.

Orestes

* * *

ARGUMENTO

Orestes, después de asesinar a su madre Clitemnestra con ayuda de su hermana Electra y de su amigo Pílades, se ve acometido de las Furias, vengadoras del parricidio, y postrado en su lecho, en donde espera que los ciudadanos de Argos conozcan de su delito y lo condonen o lo absuelvan. Llega entonces de Troya Menelao, hermano de su padre Agamenón y rey de Esparta, juntamente con su esposa Helena, hija de Tindáreo y hermana de Clitemnestra. Helena desembarca primero de noche, y se refugia en el palacio de Agamenón, en donde estaban también sus dos sobrinos, hijos de aquel. Estos, viendo que todos sus esfuerzos para persuadir a Menelao que los defienda en la asamblea de los ciudadanos es inútil, puesto que se les condena a morir apedreados, forman el proyecto de salvarse, o de morir y vengarse de él, apoderándose de Helena y de su hija Hermíone y dándoles muerte en presencia de su esposo y de su padre, e incendiar al mismo tiempo el palacio de Agamenón, ayudados de Pílades, su inseparable

compañero. Helena muere, en efecto, a sus manos, aunque desaparece sobrenaturalmente; y cuando están a punto de matar a Hermíone, interviene Apolo que salva a todos la vida, casando a Orestes con ella y a Pílades con Electra, después de declarar que Helena tendrá un asiento en el cielo al lado de Cástor y Pólux.

El asunto de esta tragedia es el mismo que el de *Las Euménides*, de Esquilo, aunque muy inferior a ella en trágica grandeza. El proyecto de los hijos de Agamenón y de Pílades de matar a Helena y a Hermíone para vengarse de Menelao, no aparece como obra del destino, sino como el resultado de móviles puramente humanos, comprensibles para todos. La acción, además de esto, no se desenlaza con naturalidad y verosimilitud, sino que el poeta, después de embrollarla con un fin mas o menos dramático, sale de su apuro por la intervención de un dios, que de una manera inesperada termina el conflicto. Los caracteres, excepto el de Pílades, modelo fiel de amistad, no valen gran cosa, ni pertenecen a los tiempos heroicos en que se supone ocurrir la acción. Orestes y Electra son dos vengativos criminales dominados de aviesas pasiones que no retroceden ante ningún delito por satisfacerlas; Menelao es un esposo enamorado lastimosamente de su esposa, cobarde, ambicioso y bajo; Helena una mujer vana y coqueta, que solo piensa en su hermosura y en agradar a los hombres. A pesar de estos defectos capitales, tiene bellezas de primer orden. La escena primera entre Electra y Orestes es de lo más perfecto que se encuentra en el teatro antiguo, y eminentemente dramática, como lo es también la conclusión, antes de intervenir Apolo. Esta tragedia es curiosa bajo otro concepto, porque nos inicia en los misterios de la ágora de Atenas por medio del heraldo Taltibio, que

describe el juicio de Orestes en la asamblea de los ciudadanos, y por las alusiones que hace a los demagogos y a un orador desconocido, que se asemeja mucho al Catón de Salustio. La narración del frigio y el desenlace por los casamientos indicados son más bien cómicos que trágicos, y los discursos de Tindáreo y Orestes más propios de un tribunal que de un teatro. Abunda, sin embargo, en pensamientos felicísimos, en rasgos brillantes, y toda ella descubre, a pesar de sus lunares, que es obra de un ingenio eminente y compuesta para un pueblo artístico, civilizado y dramático.

Para fijar la época en que se representó por primera vez, no tenemos otro dato que el que nos suministra el escoliasta al verso 371, cuando dice: πρὸ Διοκλέους, ἐφ' οὗ τὸν Ὀρέστην ἐδίδαξε, etc. Debió ser, por tanto, en la olimpiada 92, 4 (409 antes de J. C.), en cuyo año fue arconte Diocles. Así lo hace presumir también el examen de esta tragedia, puesto que, como observamos más arriba, tiene ya mucho de comedia, lo cual debió suceder en los últimos años de la vida de Eurípides.

PERSONAJES

Electra, *hija de Agamenón y de Clitemnestra.*

Helena, *esposa de Menelao.*

Hermíone, *su hija.*

Coro de mujeres argivas, *amigas de Electra.*

Orestes, *hijo de Agamenón y de Clitemnestra.*

Menelao, *rey de Esparta y hermano de Agamenón.*

Tindáreo, *padre de Helena y de Clitemnestra.*

Pílades, *hijo de Estrofio el focense, cómplice y amigo de Orestes.*

Apolo, *dios que profetiza en Delfos.*

Un frigio.

La acción es en Argos.

* * *

Se ve en el teatro el palacio de Agamenón, y en el hueco de la puerta principal el lecho de Orestes, que yace en él enfermo y duerme un sueño inquieto. Delante está sentada Electra, que se levanta al caer el telón.

ELECTRA

Nada hay, por horrible que sea la palabra que lo exprese, ni aflicción, ni calamidad de origen divino, cuyo peso no resista la naturaleza humana. Pues aquel feliz Tántalo,[1] hijo, según dicen, de Zeus (y no lo nombro para insultarlo en su desgracia), temeroso del peñasco que amenaza su cabeza, está suspendido en el aire, y expía así, si creemos lo que nos cuentan, el desenfreno vergonzoso de su lengua, cuando siendo un simple mortal tenía el honor de sentarse a la mesa de los dioses. Tántalo engendró a Pélope,[2] padre de Atreo, condenado por la diosa que hila el fatal estambre[3] a perpetua discordia, y a hacer la guerra a su hermano Tiestes.[4] ¿A qué he de referir estos crímenes nefandos? Invitolo a comer Atreo después de matar a sus hijos; de él (omitiendo lo que le sucedió después) fue hijo aquel ínclito Agamenón, si en verdad fue ínclito, y Menelao, y madre de ambos Aérope la cretense. Menelao se casó con Helena, aborrecida de los dioses, y el rey Agamenón con Clitemnestra, matrimonio famoso entre los griegos. Fueron hijos de estos Crisótemis, Ifigenia, yo, Electra y Orestes, el varón, todos de una madre muy malvada, que mató a su marido envolviéndolo en

un velo inextricable.[5] Decir por qué lo mató no es decoroso a una virgen;[6] que el público averigüe ese misterio. Pero ¿por qué he de quejarme de la injusticia de Febo? Ello es que persuadió a Orestes que matase a la madre que le engendró; acción, en verdad, que no todos alaban. La mató, sin embargo, obedeciendo al dios, y yo fui su cómplice en cuanto puede serlo una mujer, y Pílades, que nos ayudó a perpetrarlo. Cruel dolencia consume desde entonces al mísero Orestes, y yace en su lecho delirando por haber derramado la sangre materna, pues temo llamar por su nombre a las Euménides, causa de su delirio. Seis días hace que mi madre murió asesinada, y que el fuego purificó su cuerpo, y en este tiempo ni ha tomado alimento ni se ha bañado; envuelto en su vestido, cuando la enfermedad lo deja recobrar el juicio, llora, y otras voces salta veloz del lecho como el caballo del yugo. Los argivos han decretado que ningún hogar nos dé asilo y que nadie hable con los matricidas, y hoy mismo decidirán con sus sufragios si nos han de matar a pedradas o herir nuestro cuello con afilada cuchilla. No obstante, tenemos alguna esperanza de salvarnos, porque Menelao ha llegado a su patria desde Troya, y llenando con sus naves el puerto de Nauplia,[7] ha arribado a la orilla después de andar perdido largo tiempo, y ha enviado delante a nuestro palacio a la llorosa Helena, amparándose de las tinieblas de la noche, para que no la vea entrar de día alguno de aquellos cuyos hijos murieron en Troya por su causa y la maten a pedradas, y está aquí dentro llorando la muerte de su hermana y las calamidades de su familia. Tiene, sin embargo, algún consuelo en sus dolores, puesto que Menelao trajo de Esparta a Hermíone,[8] y la dejó en mi palacio cuando navegó hacia Ilión, dándola a mi madre para que la educase, y con ella se consuela y se olvida de sus males. Miro con cuidado a

lo largo del camino por si llega Menelao, pues leves son las esperanzas que en los demás ciframos si él no nos socorre.

HELENA (*que sale del palacio*).[9]

¡Oh Electra!, hija de Agamenón y de Clitemnestra, virgen ha tanto tiempo: ¿cómo, ¡oh mísera!, os va a ti y a tu hermano, el infortunado Orestes, asesino de su madre? Tu palabra no me mancilla, porque atribuyo a Febo este delito. Lloro el destino de Clitemnestra, mi hermana, a la que no veo desde mi partida a Troya, cuando la ira divina me obligó a navegar hacia ella, y no encontrándola, lloro su desgracia.

ELECTRA

¿Qué he de decir estando tú presente? ¿Que los hijos de Agamenón son desdichados? Yo, sin dormir, asisto a este mísero muerto (tal es su débil respiración, que muerto parece) sin insultarlo en su desgracia, cuando tú, feliz, en compañía de tu afortunado esposo, nos halláis sumidos en la mayor desventura.

HELENA

¿Hace mucho tiempo que yace Orestes en el lecho?

ELECTRA

Desde que asesinó a su madre.

HELENA

¡Oh infeliz, e infeliz también la madre que así pereció!

ELECTRA

Tan triste es nuestro estado, que he perdido toda esperanza.

HELENA

Por los dioses te lo pido, ¡oh virgen!, ¿querrás complacerme?

ELECTRA

En cuanto pueda, y siempre que no me separe de mi hermano.

HELENA

¿Quieres ir al sepulcro de mi hermana?

ELECTRA

¿De mi madre dices? ¿Para qué?

HELENA

Para llevar la primicias de mis cabellos y hacer libaciones en mi nombre.

ELECTRA

Pues ¿por qué no puedes ir tú al sepulcro de tu hermana?

HELENA

Me avergonzaría si me viesen los argivos.

ELECTRA

Tarde lo sientes, habiendo abandonado indignamente tu palacio.

HELENA

Con razón hablas, pero no como amiga.

ELECTRA

¿Pero por qué te avergüenzas de que te vean los habitantes de Micenas?[10]

HELENA

Temo a los padres de los que han muerto en el sitio de Troya.

ELECTRA

Y en verdad que los argivos te acusan con encono.

HELENA

Líbrame de estos temores haciéndome el favor que te pido.

ELECTRA

Yo no podré mirar el sepulcro de mi madre.

HELENA

Pero será indecoroso que las esclavas lleven las ofrendas.

ELECTRA

¿Por qué no va tu hija Hermíone?

HELENA

No está bien que las vírgenes se presenten al vulgo.

ELECTRA

Y seguramente le pagaría lo que le debe por haberla educado.

HELENA

Hablas bien, y haré lo que dices, ¡oh doncella!, enviando a mi hija; me parece sensato tu consejo. Sal, ¡oh hija Hermíone!, ven (*Entra Hermíone*) delante de este palacio, y toma estas libaciones y mis cabellos para los manes (*Dale el vaso y parte de sus cabellos, que corta con cuidado*), y acercándote al sepulcro de Clitemnestra, derrama miel mezclada con leche[11] y espuma de vino, y subiéndote en lo alto del túmulo di lo siguiente: «Tu hermana Helena te ofrece estas libaciones, temerosa de aproximarse a tu sepulcro por miedo al populacho argivo». Ruégale que me sea propicia, y a ti y a mi esposo, y a estos dos desdichados que un dios ha perdido, y prometo ofrecerle todos los fúnebres dones que yo debo a mi hermana. Ve, pues, ¡oh hija!; apresúrate, y hechas las libaciones al sepulcro, vuelve cuanto antes. (*Retíranse Helena y Hermíone*).

ELECTRA

¡Oh ingenio, qué mal tan grande eres a veces para los mortales, y qué saludable dote siendo bueno! ¿Habéis visto cómo ha cortado las puntas de sus cabellos para que no sufra detrimento su belleza? ¡Siempre la misma!

Aborrézcante los dioses porque me perdiste, y a este y a toda la Grecia.

¡Cuán desgraciada soy! Otra vez llegan mis compañeras amadas para asociarse a mis lamentos; acaso interrumpirán su sueño,[12] cuando ahora descansa, y llenarán mis ojos de lágrimas si veo delirar a mi hermano. Andad con cuidado, ¡oh mujeres muy queridas!; no haced ruido, que nada se oiga. Aunque vuestra amistad es para mí muy grata, sentiré mucho que lo despertéis.

EL CORO (*que llega de la ciudad*).

Estrofa 1.ª — Callad, callad; pisad con tiento, no hagáis ruido, que nada suene.

ELECTRA

Alejaos por allí, alejaos del lecho.

EL CORO

Ya ves si te obedezco.

ELECTRA

Háblame como el dulce son de la flauta, formada de tenue caña, ¡oh amada![13]

EL CORO

Mira cómo hablo, cual si mi voz saliese de debajo de la tierra.

ELECTRA

Así, así; ten cuidado, ten cuidado; acércate en silencio; anda con sigilo; dime por qué has venido, que este, aunque tarde, se ha dormido al fin.

EL CORO

Antístrofa 1.ª — ¿Cómo está? Dímelo, ¡oh amiga!

ELECTRA

¿Qué te diré de su infortunio, qué de sus males? Todavía respira y gime

débilmente.

EL CORO

¿Qué dices? ¡Oh desgraciado!

ELECTRA

Lo mataréis si le obligáis a abrir sus párpados cuando disfruta del placer dulcísimo del sueño.

EL CORO

¡Oh desdichado, que tanto sufres por haber obedecido las órdenes nefandas de los dioses!

ELECTRA

¡Oh tú sin ventura, qué trabajos padeces! Loxias, injusto, pronunció un injusto oráculo, sí, un injusto oráculo, cuando desde la trípode de Temis decretó el execrable asesinato de mi madre.

EL CORO

Estrofa 2.ª — ¿Ves? Su cuerpo se remueve bajo los vestidos.

ELECTRA

Tu voz, ¡oh imprudente!, lo ha despertado.

EL CORO

Creí que dormía.

ELECTRA

¿No te alejarás de nosotros y de este palacio sin hacer ruido?

EL CORO

Mucho duerme.

ELECTRA

Dices bien. Noche, Noche veneranda, diosa que das el sueño a los cansados mortales: ven desde el Érebo, ven, ven volando al palacio de

Agamenón, que los dolores y las penas acaban con nosotros, acaban con nosotros. Habéis hecho ruido. ¿Por qué no en silencio, o hablando en voz baja, huyes del lecho y lo dejas dormir tranquilo, ¡oh amada!?

EL CORO

Antístrofa 2.ª — Di: ¿cuál será el término de sus males?

ELECTRA

Morir, morir. ¿Cuál otro puede ser? No apetece ningún alimento.

EL CORO

Tendrá, pues, que morir.

ELECTRA

Febo nos mata ahora, habiéndonos ordenado cometer el asesinato impío de una madre.

EL CORO

Justo fue, es verdad.

ELECTRA

Pero no digno de alabanza. Muerta estás, ¡oh madre que me diste a luz!; muerta estás, aunque perdiste a mi padre y a estos hijos, nacidos de tu sangre. Como muertos estamos, sí, como muertos, y tú descansas entre ellos, y mi vida triste es entre lamentos y suspiros y lágrimas nocturnas; sin esposo, sin hijos arrastro siempre mi existencia.

EL CORO

Acércate, virgen Electra, y mira no te engañes y haya muerto tu hermano, porque tan largo descanso no me agrada. (*Al volverse Electra hacia el lecho despierta Orestes*).

ORESTES

¡Oh sueño, dulce alivio, remedio de dolores, que tan a tiempo y tan

suavemente te deslizas por mis párpados! ¡Olvido adorable de los males! ¡Cuánta es tu sabiduría y cuánto te aman los desventurados! (*Mirando alrededor*). ¿De dónde vine aquí? ¿Cómo llegué? No me acuerdo de nada de lo que pensaba antes.

ELECTRA

¡Oh hermano muy querido, cuán grande ha sido mi alegría viéndote dormir! ¿Quieres que te ayude a levantarte?

ORESTES

Sí, sí, y limpia de mi boca y de mis ojos la espuma que los cubre.

ELECTRA

Grata obligación; nunca me opondré a tributar a mi doliente hermano mis cuidados fraternales.

ORESTES

Sostenme con tu pecho y sepárame del rostro estos desaliñados cabellos, que no me dejan ver.

ELECTRA (*sentándose a su lado*
y echando hacia atrás sus cabellos).

¡Oh mísera cabeza de sórdidos rizos! ¡Cuán hórrida pareces descuidada ha tanto tiempo!

ORESTES

Reclíname otra vez en el lecho; cuando el delirio me deja, me siento débil y languidecen mis miembros.

ELECTRA

Ya está; amado es el lecho por el enfermo; molesto es, aunque necesario.

ORESTES

Levántame otra vez y vuélveme; las angustias impacientan a los que sufren.

ELECTRA

¿Quieres bajarte al suelo y andar un poco con cuidado? La variación es en todo muy agradable.

ORESTES (*Electra lo sienta en el lecho*).

Seguramente, y parecerá que estoy bueno; engaña la apariencia, aunque diste mucho de la realidad.

ELECTRA (*sentándose a su lado*).

Oye, ¡oh hermano!, mientras las Furias no alteran tu razón.

ORESTES

¿Podrás decirme algo nuevo? Si es bueno, me alegraré; si desagradable, bastante tengo con mis desdichas.

ELECTRA

Ha llegado Menelao, el hermano de tu padre; los bancos de remeros de sus naves tocan ya a las costas de Nauplia.

ORESTES

¿Qué dices? ¿Aliviará mis males y los tuyos la venida de ese pariente, que tantos beneficios recibió de mi padre?

ELECTRA

Ha llegado ya, y como prueba de ello, sabe que, desde Troya, viene con él Helena.

ORESTES

Sería más envidiable su suerte si se hubiese salvado solo; pero si trae a su esposa, gran calamidad le acompaña.

ELECTRA

Tindáreo ha engendrado hijas insignes por sus maldades, e infames en toda la Grecia.

ORESTES

Que no te parezcas a esas mujeres malvadas; en tu mano está, y que no solo lo digas, sino que también lo sientas.

ELECTRA

¡Ay de mí! ¡Oh hermano!, túrbanse tus ojos y pronto deliras, estando bueno hace muy poco.

ORESTES (*levantándose*).

Ruégote, ¡oh madre!, que no concites contra mí a esas vírgenes que destilan sangre, agitando sus cabellos de serpiente. ¡Helas, helas aquí, que saltan hacia mí!

ELECTRA (*sujetándolo*).

Estate quieto en el lecho, ¡oh desventurado!; nada ves de lo que te figuras.

ORESTES

¡Oh Apolo!, me matarán como perros estas diosas atroces de torva mirada, ministros del infierno.

ELECTRA (*estrechándolo en sus brazos*).

No te soltaré, sino que, sujetándote con mis manos, refrenaré tus furiosos transportes.

ORESTES (*desasiéndose de ella*).

Suéltame; tú eres una de las Furias, que me oprime entre sus brazos, y me vas a lanzar en el Tártaro.

ELECTRA

¡Oh desventurada de mí! ¿A quién llamaré en mi auxilio, si los dioses

nos son adversos? (*Se sienta llorando en el lecho, y se cubre la cabeza*).

ORESTES

Dame el arco de cuerno, presente de Apolo, con el cual me ordenó que ahuyentase a esas diosas si me aterraba su rabia. (*Coge el arco*). Ya vienen, sí, ya se abalanzan (*tiende el arco*) hacia mí. Pues diosas y todo, recibirán mis flechas[14] si no se apartan de mi presencia. (*Dispara el arco*). ¿No oís? ¿No veis las aladas flechas, que vuelan de sus arcos de largo alcance? ¡Ah, ah! ¿Por qué vaciláis? Subid con vuestras alas a lo alto del Éter, y acusad a los oráculos de Febo. (*Deja caer las manos*). ¡Ah! ¿Por qué desfallezco y respiro con tanto trabajo? ¿Por qué, por qué he saltado de mi lecho? Después de la tempestad, veo renacer la calma. (*Andando hacia su lecho*). ¿Por qué lloras, hermana, y ocultas tu cabeza bajo tus vestidos? Avergüénzome de que compartas mis trabajos, y de que mi dolencia moleste a una virgen como tú. No te aflijas por mis males, pues aunque tú aprobaste el asesinato, yo lo cometí; solo acuso a Apolo, que me excitó a perpetrar este crimen muy impío, y me ha consolado con palabras, no con obras. Creo que mi mismo padre, si yo le preguntara si había de matar a mi madre, tocaría muchas veces mi barba, rogándome que no hundiera mi cuchilla en su cerviz, puesto que él no recobraría la vida y yo había de sufrir tantas desdichas.

Descúbrete, pues, ahora, ¡oh hermana!, y no llores, por grandes que sean nuestros infortunios; y ya que me ves desfallecer, aplaca mi furia, y refrena y alivia mis sentidos perturbados y descompuestos, que cuando tú lloras, yo debo consolarte blandamente; tal es el deber de los que se aman. Entra, pues, ¡oh mísera!; descansa y cierra tus soñolientos párpados; aliméntate y lava tu cuerpo. Si tú me abandonas, o enfermas a causa de tus asiduos cuidados, no nos queda ningún recurso. Tú sola me asistes, que los

demás, como ves, nos han abandonado.

ELECTRA

No será así; contigo quiero vivir y morir; es lo mismo, porque si tú mueres, ¿qué haré yo, mujer infeliz? ¿Cómo viviré sola, sin hermano, sin padre y sin amigos? Pero, si te parece, haz lo que debes; reclina en el lecho tu cuerpo, y no temas ni te asustes, ni saltes de él tan fácilmente, huyendo de soñados fantasmas; descansa ahora; aunque nada tengas, solo con pensarlo te sucederá lo que a los demás, que sufren y se fatigan. (*Orestes vuelve a su lecho, y Electra entra en el palacio*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Ay, ay! ¡Negras Euménides, divinidades furiosas de ligeras alas, que jamás asististeis a las fiestas de Dioniso, tocándoos tan solo en suerte las lágrimas y los gemidos, y azotando los aires castigáis a los que derraman sangre, y vengáis los asesinatos! Una y otra vez os suplico que libréis de vuestra rabia loca y frenética a los hijos de Agamenón, de los males y tormentos que sufren desde que Febo, sí, desde que Febo habló en la trípode de los oráculos,[15] en donde se dice que está la entrada del centro de la tierra.

Antístrofa 1.ª — ¡Oh Zeus! ¿Qué desdicha, qué lucha homicida es esta que te persigue, sirviéndote tan solo para que algún dios añada nuevas lágrimas a tus lágrimas, o inunde tu hogar con la sangre de tu madre, que te hace delirar? ¡Yo me lamento, yo me lamento! Una gran dicha no es duradera entre los hombres, que la mano de los dioses, rasgándola cual velamen de ligera navecilla, la sumerge, como en el mar, en horribles males y en ondas agitadas y mortíferas. ¿A qué familia debo venerar más bien que a esta, que desciende de Tántalo, fruto de sus nupcias divinas? Pero he aquí

a mi dueño Menelao, que se acerca, demostrando con su lujo que es uno de los Tantálidas. Salve, tú, que concitaste contra el Asia una armada de mil naves; grande ha sido tu dicha, cuando con el favor divino has realizado tu deseo.

MENELAO (*que llega de sus naves*).

En parte, ¡oh palacio!, recibo placer al verte a mi vuelta de Troya; en parte gimo al mirarte, porque jamás hubo otro en todo el orbe tan visitado de míseros males. Ya conozco la desdicha de Agamenón, y la muerte que le dio su esposa cuando acercó su proa a Malea;[16] desde las olas me lo anunció el profeta Glauco,[17] dios veraz, hijo de Nereo, y vate de los marinos, diciéndome con voz clara: «Yace muerto tu hermano, ¡oh Menelao!, cayendo sin vida en el último baño que le preparó su esposa»; y me hizo derramar muchas lágrimas, y a todos mis marineros. Después que arribé a Nauplia, envié delante a mi esposa, y cuando esperaba a Orestes, hijo de Agamenón, y a su madre para abrazarlos, creyéndoles felices, me contó un pescador el impío asesinato de la hija de Tindáreo. Decid, pues, ahora, ¡oh tiernas jóvenes!, ¿en dónde está el hijo de Agamenón, autor de tales iniquidades? Niño era aún en brazos de Clitemnestra cuando dejé mi patria para bogar hacia Troya, por cuya razón no lo conocería si lo viese.

ORESTES (*levantándose de su lecho y dirigiéndose hacia Menelao*).

Yo soy ese Orestes a quien buscas, ¡oh Menelao! Yo mismo te contaré mis males, aunque suplicante tocaré primero tus rodillas, y te rogaré sin ceñir de hojas mis sienes:[18] ¡sálvame! Has venido en el instante más crítico de mis desdichas.

MENELAO

¡Oh dioses! ¿Qué veo? ¿Vienes acaso de los infiernos?

ORESTES

Has dicho bien; mis males no me dejan vivir, aunque vea la luz.

MENELAO

¡Cuán hórridos parecen tus desaliñados cabellos, oh mísero!

ORESTES

No mi aspecto; mis hechos me atormentan.

MENELAO

Y horriblemente miras con tus descarnados ojos.

ORESTES

Mi cuerpo ha desaparecido, pero mi nombre es el mismo.

MENELAO

¡Oh! ¡Qué deforme me pareces, cuando esperaba lo contrario!

ORESTES

Yo soy el asesino de mi desgraciada madre.

MENELAO

Lo sé; pero deja eso ahora, para que no hables tanto de tus males.

ORESTES

Sea como dices, y a pesar de las calamidades que contra mí suscita alguna deidad adversa.

MENELAO

¿Qué te ha sucedido? ¿Qué enfermedad te consume?

ORESTES

Mi conciencia, porque conozco que he ejecutado acciones atroces.

MENELAO[19]

¿Cómo dices? Es de sabios hablar claramente, no en términos oscuros.

ORESTES

Profunda tristeza me devora.

MENELAO

Diosa cruel, pero que puede aplacarse.

ORESTES

Y delirios que castigan el asesinato de mi madre.

MENELAO

¿Cuándo comenzó tu locura? ¿Qué día?

ORESTES

El mismo día en que sepulté a mi desventurada madre.

MENELAO

¿En tu palacio, o cuando estabas junto a la pira?

ORESTES

Velando sus huesos.

MENELAO

¿Había algún otro contigo para compartir tus fatigas?

ORESTES

Pílades, mi cómplice en el cruel asesinato de mi madre.

MENELAO

¿Qué fantasmas te atormentaron?

ORESTES

Creí ver tres vírgenes semejantes a la Noche.

MENELAO

Sé quiénes son, pero no quiero nombrarlas.

ORESTES

Intolerables en verdad. Haces bien en no pronunciar su nombre.

MENELAO

¿Y son las que te atormentan por el asesinato de tu madre?

ORESTES

Cruel persecución que me hace delirar.

MENELAO

No es intolerable que sufran graves penas los que cometieron delitos atroces.

ORESTES

Pero tengo una excusa de esta calamidad...

MENELAO

No digas que la muerte de tu padre; no sería una razón.

ORESTES

Febo me ordenó matar a mi madre.

MENELAO

Ignorante como el que más de lo honesto y de lo justo.[20]

ORESTES

Obedecemos a los dioses, sean como fueren.

MENELAO

¿Y cómo no te socorre Apolo en tus males?

ORESTES

Duda, que tal es la naturaleza de los dioses.

MENELAO

¿Cuánto tiempo hace que expiró tu madre?

ORESTES

Seis días: calientes están aún las cenizas de su pira.

MENELAO

¡Qué pronto te castigaron las diosas por haber derramado su sangre!

ORESTES

No sagaz; franco he sido con mis amigos.[21]

MENELAO

¿De qué te ha servido hasta ahora haber vengado a tu padre?

ORESTES

Todavía de nada, y esta dilación y no hacer nada en mi favor, es para mí lo mismo.

MENELAO

¿Y cómo califican tu acción los ciudadanos?

ORESTES

Tanto me odian, que ni siquiera me hablan.

MENELAO

¿No has purificado tus manos de la sangre que derramaron, según las leyes?

ORESTES

Me rechazan de todas las casas a que me acerco.

MENELAO

¿Cuáles son los ciudadanos de este país que más guerra te hacen?

ORESTES

Éax,[22] que me odia como a mi padre desde el sitio de Troya.

MENELAO

Ya entiendo: te aborrece por la muerte de Palamedes.

ORESTES

Con la cual nada tenía que ver, pero siempre resulta que mi suerte es desastrosa.

MENELAO

¿Hay más? ¿Quizá algún amigo de Egisto?[23]

ORESTES

Los que mandan en la ciudad son los que me insultan.

MENELAO

Pero ¿consienten los ciudadanos que tú empuñes el cetro de Agamenón?

ORESTES

¿Cómo, si no me dejan vivir?

MENELAO

¿Qué piensas hacer? Dímelo sin ambages.

ORESTES

Hoy votarán contra nosotros.

MENELAO

¿Para desterraros, para condenaros a muerte, o para obedeceros?

ORESTES

Para matarme a pedradas.

MENELAO

¿Y por qué no huyes, y te alejas de este país?

ORESTES

Cércannos bronceadas armaduras.

MENELAO

¿Son enemigos tuyos particulares, o tropas de los argivos?

ORESTES

Todos los ciudadanos para darme la muerte: helo aquí en pocas palabras.

MENELAO

¡Oh desventurado!; no puede ser mayor tu desdicha.

ORESTES

Tú eres el único refugio de mis males, y ya que, afortunado, encuentras amigos infelices, comparte con ellos tu dicha, y no seas egoísta poseedor de ella; sufre algo a tu vez, y muéstrate agradecido con los hijos del que te favoreciera. Solo en el nombre son amigos los que no nos socorren en la desgracia.

EL CORO

He aquí que llega con tardos pasos el espartano Tindáreo,[24] vestido de negro y rasurada su cabeza en señal de duelo por su hija.

ORESTES

¡Muerto soy, oh Menelao! Tindáreo se acerca, y me avergüenzo mucho de verlo al recordar mis acciones. Él y Leda[25] me amaron no menos que a los Dioscuros, y me alimentó cuando era niño, y me besaba con frecuencia, y llevaba en sus brazos al hijo de Agamenón; y no he correspondido a estos beneficios: ¡oh corazón y ánima desventurada! ¿En qué tinieblas ocultaré mi rostro? ¿Qué nube pondré delante de mí para que no me vea ese anciano?

TINDÁREO

¿En dónde, en dónde encontraré a Menelao, el esposo de mi hija? Al hacer las libaciones en el sepulcro de Clitemnestra, supe que, al cabo de tantos años, había desembarcado en Nauplia con su esposa. Llevadme adonde esté, porque quiero saludarlo en persona, estrechar su diestra y verlo después de tan larga ausencia.

MENELAO

Salve, anciano, que tuviste a Zeus por compañero de tu lecho.

TINDÁREO (*estréchanse las manos*).

Salve, tú también, ¡oh Menelao, mi pariente! ¡Qué dañoso es ignorar lo futuro! Este dragón matricida,[26] a quien detesto, vibra delante del palacio sus pestíferos rayos. ¿Hablarás tú, ¡oh Menelao!, a este criminal?

MENELAO

¿Por qué no? Es hijo de un padre a quien yo amaba.

TINDÁREO

¿Y ha nacido de él tal como es?

MENELAO

Sin duda; y si está afligido, debe respetarse.

TINDÁREO

Se ha hecho un bárbaro, viviendo entre ellos tanto tiempo.

MENELAO

Al contrario; los griegos honran como nadie a sus parientes.

TINDÁREO

Sí, pero siempre sin sobreponerse a las leyes.

MENELAO

El sabio es esclavo de la necesidad.

TINDÁREO

Aunque sea esta tu opinión, yo no la aceptaré.

MENELAO

Tu ira en tus años no es de sabio.

TINDÁREO

¿A qué disputar sobre la sabiduría con este hombre? Si todos distinguen lo justo de lo injusto, ¿qué mortal hubo más necio que este, que ni se cuidó de las leyes, ni del derecho común a todos los griegos? Después

de morir Agamenón, herido en la cabeza por mi hija, crimen de los más infames (que nunca alabaré), debió perseguir al asesino, acusando a su culpable madre, y expulsarla del palacio: semejante moderación en medio de talos desdichas, sería celebrada; hubiera obedecido las leyes y obrado piadosamente. Su destino es ahora igual al de su madre, porque creyendo, con razón, que era criminal, él lo ha sido más dándole muerte. Esto tan solo te preguntaré, ¡oh Menelao!: si la esposa que te acompaña en el tálamo te mata, y después la asesina su hijo, y el nieto hace lo mismo con su padre, ¿cuándo se acabarán tantos males? Con razón dispusieron nuestros antepasados que ni se dejase ver de nadie el reo de homicidio, ni hablase con ninguno; y lo castigaban con el destierro, no autorizando interminables asesinatos, porque siempre había uno amenazado de muerte y contaminadas las manos con la última mancha de sangre. Aborrezco, en verdad, a las mujeres impías, y a mi hija la primera por haber asesinado a su esposo, y ni alabaré jamás a tu esposa Helena, ni te alabaré tampoco, ni celebraré que hayas ido a Troya por una mujer impúdica: defenderé la ley en cuanto pueda, anulando esta costumbre bestial y parricida, perdición de reinos y ciudades. (*Volviéndose hacia Orestes.*) ¿Qué sentías, ¡oh miserable!, cuando tu madre descubrió su pecho suplicándote? Yo, que no lo presencié, derramo lágrimas de mis arrugados ojos. Confirma también mi parecer que los dioses te aborrecen, y pagas la pena que debes a tu madre vagando aterrado y delirante. ¿A qué hemos de oír testigos, cuando nosotros mismos vemos las cosas? Sabe, pues, Menelao, que no debes oponerte a la voluntad de los dioses ayudando a este, sino dejar que lo maten a pedradas; de otro modo no entres en Esparta. Justa ha sido la muerte de mi hija, pero no por mano de este: yo, afortunado en otras cosas,

no lo soy con mis hijas, que seguramente no me hacen dichoso.[27]

EL CORO

Digno de envidia es el que tiene fortuna con sus hijos y no sufre por su causa grandes calamidades.

ORESTES

Temo, ¡oh anciano!, hablar contra ti, porque te he de afligir y contristar tu ánimo. No nos acordemos ahora de tu vejez, que me turba cuando hablo, y persistiré en mi propósito, rindiendo antes, como he dicho, homenaje a tu años. Yo, en verdad, impío por haber asesinado a mi madre, soy piadoso bajo otro aspecto por haber vengado a mi padre. ¿Qué debía yo hacer? Compara unas cosas con otras: mi padre me engendró, y tu hija me parió, recibiendo como un campo su semilla, pues sin padre nunca nace el hijo.[28] Yo creía, pues, que debía hacer más por el que me engendró que por la que solo me alimentó; pero tu hija (temo llamarla madre), casándose sin más guía que su capricho, subió al tálamo de otro esposo. Si hablo mal de ella, hablaré también de mí; pero no callaré: Egisto era su marido, oculto en el palacio; lo maté y a mi madre después, cometiendo una impiedad, pero también vengando a mi padre. En cuanto a tu amenaza de que he ser apedreado, óyeme para que lo sepa toda la Grecia: si la audacia de las mujeres llega al extremo de matar a sus maridos, buscando luego auxilio en sus parientes y moviendo a lástima con sus desnudos pechos, poco les importará asesinarlos todos pretextando cualquier motivo; pero yo, en el momento en que ejecuté las atrocidades de que hablas, abolí esta ley. Odiaba a mi madre, y la maté con razón, porque ella faltó a su esposo, general de todos los griegos, y ausente antes con su ejército, y no mantuvo su tálamo inmaculado, y cuando conoció que

pecaba, no se castigó a sí misma, sino que, en vez de expiar su delito, quedó impune y mató a mi padre. Por los dioses (no debí nombrarlos defendiendo un asesinato), si callando hubiese yo aprobado el delito de mi madre, ¿qué hubiera hecho conmigo el muerto? Si me odiaba, ¿no suscitaría contra mí a las Furias? ¿Auxiliarán acaso a mi madre y no a mi padre, más ofendido y con mejor derecho? Tú, ¡oh anciano!, que engendraste una hija malvada, tú me has perdido, que por su osadía me quedé sin padre y fui matricida. Telémaco no mató a la mujer de Odiseo: no se casó en vida de su primer marido, sino que fue fiel a su esposo. ¿No sabes que Apolo habita en el centro de la tierra, y pronuncia para los mortales certísimos oráculos, a quien todos obedecemos, mande lo que quiera? Por obedecerlo maté a la que me dio a luz. Sea él el impío, y dadle muerte, que él pecó, no yo. ¿Qué debía yo hacer? ¿No te satisface que un dios tome sobre sí la responsabilidad de la expiación? ¿Qué refugio buscarán los hombres, si el que lo ordenó no me libra de la muerte? No digas, por tanto, que no es justo lo que he hecho, sino que fue adversa mi suerte. Feliz la vida de aquellos cuyo casamiento es afortunado: los que no tienen esa dicha, infelices son dentro y fuera de su casa.

EL CORO

Siempre las mujeres sirvieron de pesada rémora a la fortuna de los hombres.

TINDÁREO

Ya que tú cobras aliento y no cedes, sino que me respondes de tal modo que me afliges y me incitas a perseverar en tu muerte, coronaré el propósito laudable que aquí me trajo de honrar el sepulcro de mi hija. Yo me presentaré a la asamblea de los argivos cuando se reúna, y excitaré a los

ciudadanos, ya inclinados a hacerlo, contra ti y tu hermana, para que sufráis la pena de ser apedreados, pues ella merece morir más bien que tú, porque te alentó contra tu madre, animándote siempre con sus palabras y contándote los sueños en que se le aparecía Agamenón, y hablándote del adúltero Egisto: ojalá que siga siendo odiosa a los dioses infernales, ya que aun en la tierra la aborrecían, llegando a incendiar el palacio con fuego, que no era de Vulcano. Dígote, ¡oh Menelao!, y yo mismo lo haré, que no los defiendas de la muerte contra los dioses si en algo estimas mi amistad y mi parentesco, sino que dejes a los ciudadanos que los maten a pedradas, o de lo contrario, que no entres en territorio espartano. No olvides mis palabras, y no prefieras amigos impíos rechazando los piadosos. Vosotros, servidores, llevadme de este palacio. (*Vase*).

ORESTES

Vete, para que libre prosiga mi discurso y persuada a Menelao sin el temor que me inspiran tus años. ¿Por qué discurres así, paseándote a uno y otro lado, y en lucha con dos opuestos sentimientos?

MENELAO

Déjame; por más que reflexiono, no sé qué hacer.

ORESTES

No te decidas ni deliberes sin oírme antes.

MENELAO

Habla, que has dicho bien. Hay ocasiones en que el silencio debe ceder su puesto a las palabras, y otras en que las palabras han de cederlo al silencio.

ORESTES[29]

Hablaré, pues. Más vale una oración larga que breve, que así se

comprenderá más fácilmente. No me des nada tuyo, ¡oh Menelao!, sino devuélveme tan solo lo que recibiste de mi padre. No hablo de riquezas, que la más preciada es para mí ahora la vida. Obré mal, y por esta razón debo sufrir algún daño de tu parte, ya que mi padre Agamenón, juntando injustamente a los griegos, fue a Troya, no por falta suya, sino para enmendar la de tu esposa y su injusticia. Solo por esto debes tú concederme otra gracia. Ya he dicho que convocó a unos amigos para favorecer otros, y se puso a tu servicio, pasando por ti trabajos en el campo de batalla para que recobraras a tu Helena. Devuélveme, pues, ahora lo que entonces recibiste de él, trabajando un solo día en mi favor, no diez años cumplidos. No hablaré ahora del sacrificio de mi hermana en Áulide,[30] ni exijo que mates a Hermíone, porque encontrándome en tan triste situación has de tener más ventajas que yo, y me toca ser indulgente. Devuelve mi vida a mi desgraciado padre, y también la de mi hermana, virgen ha largo tiempo, porque si yo muero, se acaba el linaje de mi padre. Dirás que es imposible acceder a mi ruego; pero si no hay duda que los amigos deben socorrerse unos a otros en la desgracia, ¿qué necesidad hay de ellos, si los dioses han de hacer buenamente sus veces? Basta que un dios quiera para auxiliar a quien lo agrade. Todos los griegos creen que amas a tu esposa, y no te lo digo por adularte, sino para suplicarte en su nombre (*Aparte*).[31] (¡Oh cuánta es mi desventura cuando a tales extremos recurro!) (*En voz alta*). ¿Por qué he de sufrir tanto? Por mi linaje imploro tu ayuda. ¡Oh tú, hermano de mi padre; imagínate que oye mis ruegos debajo de la tierra, que su alma vuela a tu alrededor, y que dice lo que yo digo! Tales son mis súplicas entre lágrimas, gemidos y males sin cuento, para pedirte la vida, amada no solo por mí, sino por todos.[32]

EL CORO

Y yo te suplico, aunque sea una mujer, que, ya que puedes, socorras a quienes imploran tu auxilio.

MENELAO

Yo respeto tu desgracia, ¡oh Orestes!, y quiero ayudarte en tus males, pues debemos aliviar los de nuestros parientes, si el cielo nos da fuerzas, ya muriendo por ellos, ya matando a sus enemigos. Pido a los dioses que me lo concedan, aunque solo traigo mi lanza, y he sufrido infinitas penalidades y sobrevivido a ellas con un puñado de amigos. Peleando no podemos, pues, vencer a los pelásgicos argivos; pero esperamos lograrlo con palabras persuasivas. Porque ¿cómo hacer grandes cosas con escasas fuerzas? Hasta de necios es intentarlo. Cuando el pueblo se amotina, ardiendo en ira, es tan difícil apaciguarlo como un fuego terrible; pero si se cede con maña y se aprovecha la ocasión oportuna, se mitigará quizá su cólera, y en este caso se conseguirá de él lo que se desee. Domínalo a veces la compasión, a veces espantosa rabia, joya preciosa para el que aguarda el momento favorable. Iré, pues, para persuadir a Tindáreo y a la muchedumbre que moderen sus ímpetus. La nave se sumerge si tiendes demasiado las amarras de las velas, pero vuelve a salir a flote si las aflojas. El cielo odia los arrebatos apasionados, los ciudadanos también; conviene, pues, que yo (y no hablo temerariamente) te libre con cordura de los que pueden más que tú, no por la violencia. No lo conseguiría, como tú crees, empleando la fuerza de las armas, porque una sola lanza no triunfa de los males que te cercan. Nunca fui humilde con los argivos; pero es necesario que los sabios se hagan esclavos de la fortuna. (*Vase hacia la ciudad*).

ORESTES

Hombre, que solo sirves para pelear por mujeres, ¡oh tú el más cobarde en defender a tus amigos! ¿Huyes y me dejas? Vanos fueron los beneficios de Agamenón. En la adversa fortuna, ¡oh padre!, te abandonan tus amigos. ¡Ay de mí, que me hacen traición y pierdo toda esperanza de escapar al suplicio a que me condenan los argivos! Este era mi único recurso en medio de mis males. Pero veo a Pílades, que viene corriendo de la Fócide,[33] grato consuelo, porque es para mí el mortal más querido; que al hombre que no nos abandona en el infortunio se mira con mejores ojos que al mar tranquilo los navegantes. (*Llega Pílades corriendo*).

PÍLADES

Más presuroso de lo que debía he atravesado la ciudad y asistido en parte a la asamblea de los ciudadanos convocada contra ti y contra tu hermana, al parecer para mataros en breve. ¿Qué es esto? ¿Cómo van tus asuntos? ¿Que haces tú, el más amado de mis compañeros, amigos y parientes? Todo esto a un tiempo eres para mí.

ORESTES

Perdidos somos, para darte cuenta de mis males en pocas palabras.

PÍLADES

Perdido soy yo también, que las desgracias de mis amigos son las mías.

ORESTES

La conducta de Menelao conmigo y con mi hermana es lo más infame.

PÍLADES

Natural es que sea esposo malvado de mujer malvada.

ORESTES

Como si no hubiese venido, puesto que con su llegada no se han aliviado mis cuitas.

PÍLADES

¿Pero ha venido aquí en efecto?

ORESTES

Mucho tiempo ha tardado, pero pronto dio pruebas de deslealtad a sus amigos.

PÍLADES

¿Y ha traído en su misma nave a su criminal esposa?

ORESTES

No él a ella, sino ella a él.

PÍLADES

¿En dónde está la mujer que ha perdido sola a tantos argivos?

ORESTES

En mi propio palacio, si puedo llamarle mío.

PÍLADES

¿Y qué has dicho al hermano de tu padre?

ORESTES

Que hiciese lo posible para no presenciar mi suplicio y el de mi hermana, si así lo decretan los ciudadanos.

PÍLADES

¡Por los dioses!, ¿qué dijo? Deseo saberlo.

ORESTES

Contestó con cautela, como hacen los malos amigos.

PÍLADES

¿Y cuáles fueron sus razones? Sabido esto, todo lo comprendo.

ORESTES

También vino el padre de tan excelentes hijas.

PÍLADES

¿Aludes a Tindáreo?; acaso esté airado contigo por la muerte de su hija.

ORESTES

Así es: entre Tindáreo, su suegro, y mi padre, que es su hermano, se decide por el primero.[34]

PÍLADES

¿Y estando aquí, no se ha atrevido a socorrerte en tus males?

ORESTES

No es guerrero, sino esforzado entre mujeres.

PÍLADES

Terribles son tus infortunios, y tienes que morir.

ORESTES

No tardarán los ciudadanos en emitir sus sufragios.

PÍLADES

¿Y qué resolverán?, dime; yo tengo miedo.

ORESTES

Que muera, o que viva: pocas palabras su necesitan para resolverlo, no obstante la importancia del asunto.

PÍLADES

¿Por qué no huyes con tu hermana y abandonas este palacio?

ORESTES

¿No ves? Por todas partes nos cercan.

PÍLADES

He visto las plazas de Argos guardadas por soldados.

ORESTES

Como ciudad sitiada por enemigos estamos nosotros.

PÍLADES

Pregúntame también lo que me sucede: mi perdición es segura.

ORESTES

¿A quién la deberás? Esto solo me faltaba.

PÍLADES

Mi padre Estrofio me ha desterrado lleno de ira.

ORESTES

¿Por algún delito común, o por alguno público contra tu patria?

PÍLADES

Porque, en su juicio, me había contaminado, siendo cómplice tuyo en el asesinato de tu madre.

ORESTES

¿Tú también, ¡oh mísero!, vas a verte envuelto en mis males?

PÍLADES

No soy como Menelao; no hay más recurso que sufrirlos.

ORESTES

¿No temes que también te maten los argivos?

PÍLADES

No deben ellos castigarme, sino mis conciudadanos los focenses.

ORESTES

Atroz es el pueblo cuando son malos sus gobernantes.

PÍLADES

Pero si son buenos, resuelve siempre lo mejor.[35]

ORESTES

Sea en buen hora; pero deliberemos ambos.

PÍLADES

¿Acerca de nuestra crítica situación?

ORESTES

Si yo me acerco a los ciudadanos para decirles...

PÍLADES

¿Que has obrado en justicia?

ORESTES

Que lo hice por vengar a mi padre.

PÍLADES

Mira no se alegren de que caigas en sus manos.

ORESTES

¿Moriré callando de miedo?

PÍLADES

Es de cobardes.

ORESTES

¿Y qué he de hacer?

PÍLADES

¿Tienes alguna esperanza de salvarte si nada haces?

ORESTES

No.

PÍLADES

Y si vas allá, ¿podrás lograrlo?

ORESTES

Quizá lo consiga, si la fortuna me favorece.

PÍLADES

Luego es preferible a permanecer aquí.

ORESTES

Iré, pues.

PÍLADES

Si mueres, mueres con honra.

ORESTES

Dices bien: así no incurriré en la nota de cobarde.

PÍLADES

Mejor que si te quedas.

ORESTES

Y por una causa que creo justa.

PÍLADES

Ojalá que lo mismo parezca a ellos.

ORESTES

Y alguno acaso se compadecerá de mí...

PÍLADES

Vale mucho tu noble alcurnia.

ORESTES

Recordando la muerte de mi padre.

PÍLADES

Todo esto es claro.

ORESTES

Hay que ir: es de cobardes morir deshonrados.

PÍLADES

Alabo tu propósito.

ORESTES

¿Lo diremos a mi hermana?

PÍLADES

No, por los dioses.

ORESTES

Tendremos llantos.

PÍLADES

Y será mal presagio.

ORESTES

Conviene, pues, callar.

PÍLADES

Y aprovecharás el tiempo.

ORESTES

Solo temo...

PÍLADES

¿Qué dices ahora?

ORESTES

Que las diosas me hagan delirar otra vez.

PÍLADES

Yo te curaré.

ORESTES

Molesto es vivir un hombre enfermo.

PÍLADES

Tú no lo estás para mí.

ORESTES

Guárdate, no te contagie mi locura.

PÍLADES

Suceda lo que quiera.

ORESTES

¿No vacilarás?

PÍLADES

La duda es mal grave entre amigos.

ORESTES

Anda pues, que tú eres el timón que gobierna mis pasos.

PÍLADES

Grato es para mí este cuidado.

ORESTES

Y llévame al sepulcro de mi padre.

PÍLADES

¿Para qué?

ORESTES

Para suplicarle que me salve.

PÍLADES

Paréceme bien.

ORESTES

Y que no vea la tumba de mi madre.[36]

PÍLADES

Era tu enemiga. Pero apresúrate, no te condenen los sufragios de los argivos; y apóyate en mi brazo, que la enfermedad ha debilitado tus fuerzas. Atravesaré contigo la ciudad sin curarme de la plebe y sin que la vergüenza me intimide. ¿Cuándo te probaré mi amistad, si no te ayudo ahora, agobiado de males tan terribles?

ORESTES

Esto es tener amigos, no solo parientes. El hombre que, libre de ese sagrado lazo, simpatiza con nosotros, nos sirve mucho más que un ejército

de aquellos. (*Vanse a la ciudad*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Las grandes riquezas y el vano esplendor de los Atridas, que, llenando la Grecia, penetraron hasta las orillas del Simois, se desvanecieron desde aquella antigua calamidad de su linaje, cuando la discordia dio a los Tantálidas la oveja de vellón dorado,[37] y desde aquel misérrimo banquete y muerte de nobles hijos; y un asesinato sucede al otro, y una nube de sangre envuelve a los dos Atridas.

Antístrofa 1.ª — No honra, que deshonra es herir con el acero el cuerpo de nuestros padres, y enseñarlo a la luz del sol manchado de sangre; al contrario, cometer tales atentados es impiedad insana y delirio de hombres criminales. El miedo a la muerte hizo exclamar así a la hija de Tindáreo: «¡Oh hijo, no eres piadoso matando a tu madre; que por congraciarte con tu padre no contraigas perpetua infamia!».

Epodo. — ¿Qué causa más justa de dolor y de lágrimas, qué calamidad hay mayor en la tierra que asesinar a una madre? El hijo de Agamenón, que cometió ese crimen, será presa del delirio, y en él se cebarán las Furias para castigar su delito, y andará errante con ojos extraviados. ¡Oh mísero, que sin cuidarse del seno maternal, que dejaron ver sus vestidos desgarrados, se atrevió a matar a su madre por vengar a su padre!

ELECTRA (*que sale del palacio*).

¡Oh mujeres!, ¿adónde ha ido Orestes desde este palacio, dominado por el furor que los dioses le inspiran?

EL CORO

No ha sido así, que fue a la asamblea de los argivos para defenderse en esa terrible lucha, en la cual se ha de decidir de vuestra vida o de vuestra

muerte.

ELECTRA

¡Ay de mí! ¿Qué ha hecho? ¿Quién lo ha persuadido?

EL CORO

Pílades; pero pronto nos anunciará aquel mensajero lo que ha sucedido allá a tu hermano.

EL MENSAJERO

¡Oh mísera! ¡Oh veneranda Electra, hija infeliz del guerrero Agamenón! Oye la triste nueva que te traigo.

ELECTRA

¡Ay, ay! Cierta es nuestra muerte; así lo indican tus palabras; mensajero eres de malas nuevas, según parece.

EL MENSAJERO

Los sufragios de los argivos han decretado hoy tu muerte y la de tu hermano.[38]

ELECTRA

¡Ay de mí! Acaeció lo que esperaba, lo que temía hace ya tiempo, causa de mis lágrimas incesantes. Pero ¿qué certamen, qué discursos precedieron al decreto de los argivos que nos condena a muerte? Di, ¡oh anciano!, si exhalaremos el alma apedreados, o por medio del hierro, víctimas ambos de una misma desventura.

EL MENSAJERO

Casualmente yo había venido del campo deseando conocer la decisión de este asunto, que os interesaba; porque siempre tuve afecto a tu padre, y tu familia me mantuvo, pobre, es verdad, aunque fiel a mis amigos. Vi al pueblo que se encaminaba a la colina,[39] en donde dicen que Dánao lo

convocó primero para resolver su litigio con Egipto. Ya en la asamblea pregunté a uno de los ciudadanos: «¿Qué ocurre en Argos? ¿Alguna nueva de enemigos alborota así la ciudad de las Danaides?». Él me respondió: «¿No ves a Orestes, que llegó hace poco para sufrir su juicio capital?». Entonces presencié un espectáculo inesperado que nunca hubiera creído; a saber: a Pílades y a Orestes, que llegaban juntos, triste este y devorado por su mal, como un hermano aquel, compartiendo los dolores de su amigo, y asistiéndolo en sus males, y cuidándolo como a un hijo. Después que todos se reunieron, levantose el heraldo y dijo: «¿Queréis declarar si Orestes debe o no morir, por haber asesinado a su madre?». Entonces Taltibio, que con tu padre combatió contra los troyanos, pronunció palabras ambiguas, como quien se doblega ante los poderosos, celebrando en verdad a Agamenón, pero sin alabar a tu hermano, y haciendo malévolas alusiones a la ley nada buena que se establecería contra los padres, y mirando siempre a los amigos de Egisto con ojos expresivos. Tales son los heraldos: sonríen siempre a los felices, y son amigos de los que más pueden, y de los magistrados de las ciudades. Luego habló el rey Diomedes,[40] oponiéndose a tu muerte y a la de tu hermano, y defendiendo por piedad la pena del destierro. Aclamáronlo algunos, porque, en su concepto, decía la verdad; otros no lo alababan. Después se levantó un hombre de lengua desenfrenada, temible por su audacia, argivo no verdadero sino intruso,[41] confiado en el tumulto, y a quien su osadía, no su saber, inspiraba, capaz de persuadirle todo lo malo; porque cuando elocuente en sus discursos, aunque de ideas funestas, convence al vulgo, gran daño resulta a la ciudad. Al contrario, los que solo atienden a su bien, son siempre a la larga útiles a su patria. Así debemos juzgar al que más manda en una ciudad, si

examinamos este punto, porque igual es la condición del orador a la del que desempeña los cargos más importantes. Este, pues, proponía que tú y Orestes murieseis a pedradas, sobornado por Tindáreo para que hablase en este sentido y recayera sentencia de muerte. Otro sostuvo lo contrario: su traza no era brillante, pero grande su fortaleza, poco amigo de visitar la ciudad y el ágora, dedicado a labrar sus tierras, de los que sirven a su país, de agudo ingenio cuando quiere disputar, íntegro, que vive honradamente: declaró que Orestes, hijo de Agamenón, debía ser coronado porque obró así por vengar a su padre, dando muerte a una mujer tan malvada como impía, y cuando de no hacerlo, nadie querría tomar las armas y hacer la guerra, abandonando su casa, si los que se quedan seducen y corrompen a las mujeres, encargadas de los cuidados domésticos. Aprobáronlo los buenos, y fue el último que habló. Entonces se acercó tu hermano y dijo: «Por vengaros a vosotros, los que poseéis el país pelásgico[42] de Ínaco,[43] y por vengar también a mi padre, di muerte a mi madre. Porque si es lícito a las mujeres asesinar a sus esposos, pronto moriréis o seréis sus esclavos, y haréis lo contrario de lo que debéis hacer. Ha muerto, es verdad, la que fue infiel a mi padre; pero si me condenáis al último suplicio, la ley es inútil, y ninguno evitará la muerte, puesto que la osadía de Clitemnestra tendrá muchas imitadoras». Mas no persuadió a la muchedumbre, aunque pensaron que hablaba con cordura, consiguiéndolo aquel malvado que había sostenido que tú y tu hermano debíais perecer. Con dificultad obtuvo Orestes que no se le apedreara en el acto, prometiendo que ambos os suicidaríais hoy mismo. Pílades, llorando, se lo llevó de la asamblea en compañía de otros amigos, llenos los ojos de lágrimas y compadecidos de sus desdichas; pronto presenciarás un espectáculo doloroso y digno de

lástima.[44] Prepara, pues, el puñal o el lazo que ha de poner fin a tu vida, ya que precisamente has de dejar la luz: ni vuestra nobleza ni el pítico Apolo, sentado en su trípode, os han servido para otra cosa que para perderos.

EL CORO

¡Oh virgen sin ventura! Tu mirada fija en la tierra y tu silencio anuncian que lágrimas, acompañadas de gemidos, inundarán bien pronto tu faz.

ELECTRA

Estrofa 1.ª — Ya comienzo mis lamentaciones, ¡oh Pelasgia!, desgarrando mis mejillas con mis blancas uñas,[45] tiñéndolas de sangre y golpeando mi cabeza en honor de la diosa, tan joven como bella, que reina en la subterránea mansión de los infiernos. Gima la clamorosa tierra ciclópea, y corten los argivos sus cabellos. ¡Familia criminal! ¡Compadeceos, compadeceos de los que han de morir en breve, hijos del que capitaneó en otro tiempo a todos los griegos!

Antístrofa 1.ª — La estirpe de Pélope, su estirpe y sus hijos no existirán dentro de poco, que los dioses tuvieron envidia de su pasada ventura. Sí, la envidia de los dioses y una sentencia inicua y sanguinaria la han derribado en tierra. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Ved, mortales que lloráis y os afligís, cómo sin esperarlo se cumple el destino. Otros tardan a veces mucho tiempo en sufrir desdichas, porque la vida entera de los mortales es instable de suyo.

Ojalá que yo vea este peñasco suspendido entre el cielo y la tierra con eslabones de oro, montaña pendiente del Olimpo que se revuelve en remolinos,[46] para aclamar lamentándome a mi viejo abuelo Tántalo, tronco, tronco de mi familia, que presenció tantas desdichas, cuando Pélope, que llevaba a Mírtilo[47] en ligera cuadriga de veloces yeguas, lo

precipitó en la mar, turbando el hinchado Ponto en la costa espumosa del Geresto.[48]

De aquí los llantos y la maldición de mi linaje, cuando en el rebaño de Atreo, rico en caballos, y por obra del hijo de Maya, nació un prodigio mortífero, sí, mortífero, revestido de vellón de oro, causa bastante de discordia para alterar el curso del sol,[49] que, en vez de dirigirse por su camino de Occidente, retrocedió hacia la Aurora, que cabalga en un solo caballo, mientras Zeus llevaba por otro rumbo a las siete Pléyades. Los asesinatos se suceden unos a otros en esta familia; celébrase el festín, llamado de Tiestes, mánchase el lecho de Aérope, la pérfida cretense, y los últimos males alcanzan a mi padre y a mí después. ¡Oh familia de fatal destino!

EL CORO

Mira cómo se acerca tu hermano, condenado a muerte por los sufragios, y Pílades, el más fiel de los amigos, ayudándole como un hermano a sostenerse.

ELECTRA

¡Ay de mí! Yo gimo, ¡oh hermano!, viéndote ya delante del túmulo y de la pira que ha de enviarte al infierno. ¡Ay otra vez de mí!, que pierdo la razón al mirarte por última vez.

ORESTES

¿No te someterás en silencio a lo resuelto, absteniéndote de mujeriles lamentos?[50] Necesario es que sufras estos nuevos males, que tal es nuestra desgracia.

ELECTRA

¿Y cómo he de callar? ¿Tan grande ha de ser nuestra desdicha, que no

veré más la luz?

ORESTES

No me mates tú también; basta a mi desventara que lo hagan los argivos; olvídate de nuestros infortunios presentes.

ELECTRA

¡Oh Orestes, tan joven y tan desdichado, y debiendo morir tan prematura muerte! Pereces cuando debías vivir.

ORESTES

Por los dioses, no contristes mi ánimo deplorando nuestra suerte.

ELECTRA

Moriremos, pero no puedo menos de deplorarla, que la vida, aun llena de amargura, es amada de todos los mortales.

ORESTES

Este es nuestro último día; menester es, por tanto, preparar los lazos que han de ahorcarnos, o aguzar el acero.

ELECTRA

Mátame tú, pues, ¡oh hermano!, para que ningún argivo llene de ignominia a los hijos de Agamenón.

ORESTES

Bastante tengo con la muerte de mi madre; no te mataré: tú, como puedas, morirás por tu propia mano.

ELECTRA

Sea así: tu espada me servirá, pero quiero estrechar tu cuello entre mis brazos.

ORESTES

Goza de este vano placer, si placer es abrazar a los que caminan a la

muerte.

ELECTRA

¡Oh, tú, hermano el más querido! ¡Oh rostro dulcísimo y muy amado!; si tus facciones son las de tu hermana, la misma es también tu alma.[51]

ORESTES

Tú me obligarás a deshacerme en lágrimas; abrazándote, quiero también corresponderte: ¿y por qué me he de ruborizar? ¡Oh pecho fraternal, oh dulces abrazos! Consolémonos así en nuestro infortunio, ya que somos el uno para el otro el hijo y la esposa o el esposo.

ELECTRA

¡Ay de mí! Que el mismo puñal, si es posible, nos dé la muerte, y que un mismo féretro, obra artística de cedro, nos encierre a ambos.

ORESTES

Sería para mí lo más grato; pero ya ves cómo nos abandonan los amigos, para juntarnos después en la tumba. Nada ha dicho en tu favor, nada ha hecho para que no mueras ese villano Menelao, traidor a mi padre; ni siquiera lo hemos visto; atento solo a no perder su cetro, tuvo miedo de salvar a sus amigos. ¿Qué hemos de hacer? Que sea gloriosa nuestra muerte y digna de los hijos de Agamenón. Y yo probaré mi nobleza a los ciudadanos atravesando mis entrañas con la espada; tú debes hacer lo mismo. Pílades, preside a nuestro suicidio, tributa a nuestros cadáveres los últimos deberes y entiérranos juntos, llevándonos al sepulcro de mi padre. Y adiós; como ves, ahora mismo voy a cumplir mi sentencia.

PÍLADES

Espera. Tengo que reconvenirte porque has creído que yo querría vivir sin ti.

ORESTES

¿Y por qué has de morir conmigo?

PÍLADES

¿Qué has dicho? ¿Cómo he de vivir sin verte?

ORESTES

No mataste a tu madre como yo.

PÍLADES

Pero sí la tuya, y debo morir como tú.

ORESTES

Vuelve a buscar a tu padre, y no mueras conmigo. Tú tienes patria, yo no la tengo ya; tu hogar paterno, puerto que te sonríe, ofreciéndote grandes riquezas. Verdad es que no has podido casarte con Electra, como te prometí, para estrechar más nuestra amistad, pero no te faltará otra que te haga padre de larga prole; ya no puede haber ese lazo entre los dos. Que la dicha te acompañe, ¡oh Pílades!, nombre grato entre todos mis iguales. A nosotros nos está vedada la felicidad, no a ti, porque muertos, se acabaron nuestros placeres.

PÍLADES

Muy distinto es tu parecer del mío. Que ni la fértil tierra acepte mi sangre, ni el éter mi alma[52] si por libertarme yo de la muerte te abandono y te vendo; no niego que yo también maté a tu madre y te aconsejé cuanto te ha acarreado estos males; debo, pues, morir contigo, y con esta al mismo tiempo. Como a mi esposa miro a la que prometí mi mano: ¿cómo podré vindicarme si vuelvo a Delfos al alcázar de los focenses? Yo, que fui vuestro amigo antes de ser vosotros desgraciados, ¿no lo seré ya porque eres infeliz? No es así por cierto; vuestros infortunios serán también los míos. Ya que

hemos de morir, discurramos el medio de perder también a Menelao.

ORESTES

Que así suceda y moriré contento.

PÍLADES

Haz, pues, lo que te digo, y aplaza ahora tu muerte.

ORESTES

Sea, pues, si de cualquier manera me vengo de mi enemigo.

PÍLADES

Calla; tengo en las mujeres poca confianza.

ORESTES

No desconfíes de estas: son nuestras amigas.

PÍLADES

Matemos a Helena; el dolor más acerbo para Menelao.

ORESTES

¿Cómo? Dispuesto estoy a ello si se presenta ocasión favorable.

PÍLADES

Degollándola; está oculta en tu palacio.

ORESTES

Sin duda acogiéndose ya a lugar seguro.

PÍLADES

Pero no dentro de poco, que será esposa de Hades.

ORESTES

¿Y cómo lo lograremos? Bárbaros la acompañan.

PÍLADES

¿Cuáles? Nunca he temido a los frigios.

ORESTES

Como deben ser los que cuidan de sus espejos y perfumes.

PÍLADES

¿Todavía le place el lujo y la molicie troyana?

ORESTES

Tan es así, que la Grecia es para ella estrecha y pobre morada.

PÍLADES

Nada son los esclavos comparados con los que no lo son.

ORESTES

Y si lo consigo, no rehusaré morir dos veces.

PÍLADES

Ni tampoco yo, siempre que te vengue.

ORESTES

Di cómo hemos de realizar nuestro deseo.

PÍLADES

Entraremos en el palacio como si fuésemos a morir.

ORESTES

Entiendo esto, no lo demás.

PÍLADES

Nos lamentaremos en su presencia de los males que sufrimos.

ORESTES

Para que llore, aunque en su corazón se ría.

PÍLADES

Lo mismo que nos sucederá a nosotros.

ORESTES

¿Y cómo terminaremos la lucha?

PÍLADES

Ocultaremos nuestros puñales debajo de los vestidos.

ORESTES

Pero ¿cómo la hemos de matar, presentes sus servidores?

PÍLADES

Los enviaremos a distintas partes del palacio.

ORESTES

Y mataremos al que no callare.

PÍLADES

Después veremos lo que se ha de hacer.

ORESTES

Muerte a Helena: he aquí la señal.

PÍLADES

Ya lo has comprendido: ahora te probaré la excelencia de mi proyecto. Si fuese una mujer honesta, sería infame nuestra acción; pero ella pagará lo que debe a toda la Grecia, cuyos padres mató, cuyos hijos perdió, cuyas esposas dejó abandonadas. Habrá júbilo y el fuego brillará en las aras de los dioses; nos colmarán a los dos de bendiciones, porque hemos dado muerte a una mujer criminal. No te llamarán matricida, si la matas, y se olvidará ese nombre odioso, y te apellidarán matador de Helena, causa de muchas muertes. No es lícito, no, que Menelao sea nunca feliz, y que perezcan tu padre, tú, tu hermana y tu madre (dejando esto aparte, que no conviene ahora decirlo), y que posea tu palacio, habiendo recobrado su esposa por la lanza de Agamenón. No viviré más si no esgrimo contra ella el negro acero.[53] Y si no logramos matar a Helena, moriremos después de pegar fuego a este palacio: como no se puede frustrar uno de estos dos propósitos, alcanzaremos fama y pereceremos con honor, o nos salvaremos

con gloria.

EL CORO

Digna es la hija de Tindáreo, que ha deshonrado a su sexo, del odio de todas las mujeres.

ORESTES

¡Ah! Nada vale tanto, ni el cetro, ni las riquezas, como un leal amigo; y de necio es posponerlo, siendo fiel, al favor popular. Porque tú hallaste medio de vengarme de Egisto, y me ayudaste en el peligro, y me vuelves a vengar ahora de mis enemigos, y no te alejas de mi lado. Pero no te alabaré, porque la alabanza exagerada es enojosa. Yo, pues, a punto de morir, deseo con todas mis veras ofender a mis enemigos; perdámoslos, pues, que me han hecho traición, y giman por haberme causado tantos males. Hijo soy de Agamenón, que dominó en toda la Grecia, y lo creyeron digno de ese honor por su divina fortaleza, no un tirano; no lo deshonraré sufriendo muerte servil, que moriré como hombre libre, vengándome de Menelao; si realizamos uno solo de nuestros deseos seremos felices; esto es, si matamos, no moriremos, y de cualquier modo nos salvamos. Así lo pido, porque me place y me regocija el ánimo repetir con mis labios estas palabras, que se lleva el aire, expresión de mi mayor anhelo.

ELECTRA

Creo, ¡oh hermano!, que he encontrado medio de librarte de la muerte, y a este y a mí misma.

ORESTES

Sería obra de los dioses; pero veámoslo, pues conozco tu prudencia.

ELECTRA

Oye, y tú (*A Pílades*) atiende.

ORESTES

Habla, porque se siento cierto deleite acariciando esa consoladora esperanza.

ELECTRA

¿Sabes quién es la hija de Helena? Pregunto a quien puede responderme.

ORESTES

Conozco a Hermíone, a quien educó mi madre.

ELECTRA

Ha ido al sepulcro de Clitemnestra.

ORESTES

¿A qué? ¿Qué esperanza me haces concebir?

ELECTRA

A hacer libaciones en el sepulcro en nombre de su madre.

ORESTES

Y bien, ¿qué tiene esto que ver con nuestra salvación?

ELECTRA

Cuando vuelva, apoderaos de ella, para que sirva de rehén.

ORESTES

¿Y cómo nos salvará a los tres?

ELECTRA

Muerta Helena, si Menelao quiere ofenderte, o a este, o a mí (pues los tres somos uno solo, unidos por la amistad), amenázale con la muerte de Hermíone, desenvaina tu espada, suspéndela sobre el cuello de la virgen, y si Menelao por recobrar su hija no te mata, viendo ya a Helena en tierra, bañada en su sangre, devuélvela a su padre; pero si se deja llevar de la ira y

de su rabia impotente y quiere matarte, hiere tú también el cuello de la virgen. Yo creo que aunque se enfurezca al principio, después se ablandará su ánimo: no es osado ni fuerte. Tal es mi áncora de salvación, y lo que tenía que decir.

ORESTES

¡Oh doncella de ánimo varonil, y hermosa entre las mujeres! ¡Cuánto más digna eras de vivir que de morir! ¿Perderás, ¡oh Pílades!, esta esposa, cuando si vives serás feliz con ella?

PÍLADES

Ojalá se realicen tus deseos, y vaya a la ciudad de los focenses, y celebre en ella suntuosas nupcias.

ORESTES

¿Cuándo vendrá Hermíone? Porque habrás acertado, si tenemos la dicha de apoderarnos de la hijuela de ese padre impío.

ELECTRA

Debe estar cerca de aquí, atendiendo al tiempo transcurrido desde que salió.

ORESTES

Muy bien: tú, hermana Electra, sal del palacio y recibe a la virgen, y observa si alguno se aproxima antes de ejecutar nuestro proyecto, ya sea amigo suyo, ya el hermano de nuestro padre, y avisa entonces, o llamando a la puerta, o dando una voz. Entremos nosotros, ¡oh Pílades!, y armemos con la espada nuestras diestras para el último combate, que tú eres el que me ayudas en mis trabajos. ¡Oh padre, que habitas en la morada de la negra noche!; tu hijo Orestes te invoca para que vengas y lo auxilies: desgraciado, sufro por tu causa injustamente, y a pesar de esto, me hace traición tu

hermano, cuya esposa quiero matar: que nos socorras en este trance.

ELECTRA

Ven al fin, ¡oh padre!, si debajo de la tierra oyes a tus hijos, que te llaman y que mueren por tu causa.

PÍLADES

Oye también, ¡oh Agamenón!, pariente de mi padre,[54] mis súplicas, y salva a tus hijos.

ORESTES

Maté a mi madre...

PÍLADES

Y yo esgrimí la espada.

ELECTRA

Y yo los animé, y desvanecí sus temores.

ORESTES

Por vengarte, ¡oh padre!

ELECTRA

Y yo no te hice traición.

PÍLADES

Ensalza, pues, estas súplicas, y salva a tus hijos.

ORESTES

Sírvante de libaciones estas lágrimas.

ELECTRA

Y yo te ofrezco mis lamentos.

PÍLADES

Cesad ya, y ejecutemos nuestro proyecto. Sin duda nos ha oído, si las súplicas penetran debajo de la tierra. Tú, ¡oh Zeus!, padre de mi linaje y

protector de la justicia, muéstrate propicio a este, y a mí, y a aquella; una es la causa que a los tres mueve, lucha igual nos amenaza, y nos salvaremos o moriremos. (*Orestes y Pílades entran en el palacio*).

ELECTRA

Estrofa. — ¡Oh hijas amadas de Micenas, las primeras en el pelásgico suelo de los argivos!

EL CORO

¿Qué voz haces oír, ¡oh princesa nuestra!? Al menos te queda este título en la ciudad de las Danaides.

ELECTRA

Que parte de vosotras guarde este camino, y otras esta senda que viene hacia el palacio.

EL CORO

¿Por qué me ordenas esto, dime, ¡oh amada!?

ELECTRA

Temo que alguno se acerque y nos amenace de muerte, y añada nuevos males a los que ya sufrimos. (*El coro se divide en dos mitades, y cada una se sitúa en un extremo del teatro, entre el escenario y los espectadores*).

PRIMER SEMICORO (*mirando hacia la ciudad*).

Ea, apresurémonos; yo vigilaré la senda que se dirige hacia el oriente.

SEGUNDO SEMICORO (*hacia la parte opuesta*).

Y yo esta otra, que lleva al ocaso.

ELECTRA

Mirad a uno y otro lado, y después a vuestro frente.

PRIMER SEMICORO

Ya te obedecemos.

ELECTRA

Antístrofa. — Mirad alrededor, y que vuestros ojos, atravesando los rizos de vuestra cabellera, lo vean todo.

SEGUNDO SEMICORO

¿Quién está en la senda? ¿Quién es ese rústico que da vueltas alrededor de tu palacio?

ELECTRA (*al primer semicoro*).

Perdidas somos, ¡oh amigas!; descubrirá pronto a los enemigos, a las fieras armadas que están aquí escondidas.

SEGUNDO SEMICORO

No tengas miedo; nadie hay en la senda, aunque creas lo contrario.

ELECTRA (*al primer semicoro*).

¿Cómo, pues? ¿No hay temor por esta parte? Dadme una respuesta favorable, y decidme si nada se ve delante del palacio.

PRIMER SEMICORO

Por aquí todo va bien; pero observa por ahí, para que ninguno de los hijos de Dánao se acerque por esta parte.

SEGUNDO SEMICORO

Lo mismo decimos; por aquí nadie se mueve.

ELECTRA (*dirigiéndose hacia la puerta*).

Ea, pues; avisaré llamando a la puerta. (*Hablando a los de dentro*). ¿Por qué vaciláis, vosotros los que estáis dentro, y no inmoláis tranquilamente a la víctima?

Epodo. — No me oyen, ¡oh desventurada! La belleza embota vuestras cuchillas.[55] No tardará en acometerlos algún argivo armado que se acercará a pie a auxiliar a Helena. (*Al coro*). Mirad con más cuidado, que ahora no es

ocasión de estar sentadas, sino de que unas y otras observéis lo que sucede.

EL CORO (*varían de lugar los dos semicoros*).

Cambiemos de puesto, y miremos por todas partes.

HELENA (*desde dentro*).

¡Oh pelásgica Argos! ¡Miserablemente muero!

SEGUNDO SEMICORO

¿Oís? Ya los hombres han dado principio a la obra.

PRIMER SEMICORO

Al parecer son los clamores de Helena.[56]

ELECTRA

¡Oh Zeus, oh Zeus de eterno poder; ven, ven a ayudar a mis amigos!

HELENA

¡Yo muero, ¡oh Menelao!, y tú no me socorres!

ELECTRA (*hablando a los de dentro*).

Asesinad, matad, herid; que vuestras manos esgriman las espadas cortadoras de dos filos contra la que abandonó a sus padres y a su esposo y causó la muerte de muchos griegos, que perecieron en la guerra a las orillas del río Escamandro, desde donde las saetas de punta acerada hicieron derramar tantas lágrimas.

PRIMER SEMICORO (*acercándose a Electra*).

Callad, callad: oigo cierto ruido, como si alguno viniera corriendo a la senda próxima al palacio.

ELECTRA (*alejándose un poco y mirando con atención*).

Hermíone, ¡oh mujeres muy queridas!, llega ahora, en el momento más crítico; cesen vuestros clamores, que viene a caer en las redes. Presa egregia será si se enreda en ellas. Estaos, pues, otra vez quietas, y que vuestros

rostros no den a entender lo que ha sucedido (*Reúnense los semicoros*), que mis ojos aparecerán mustios, como si no supiera nada. (*Detiénese un momento, y habla con Hermíone*). ¿Llegaste al fin, ¡oh virgen!, después de coronar el sepulcro de Clitemnestra y de ofrecer las libaciones a los dioses infernales?

HERMÍONE

Vengo después de ofrecer las libaciones, pero tengo miedo, porque allá a lo lejos creo haber oído cierto grito en este palacio.

ELECTRA

¿Cómo así? Las nuevas desdichas que nos atormentan bien merecen tales lamentos.

HERMÍONE

No pronuncies palabras de mal agüero. ¿Hablas de nuevas desdichas?

ELECTRA

Los ciudadanos han decretado mi muerte y la de mi hermano.

HERMÍONE

Que no lo permitan los dioses, porque sois mis parientes.

ELECTRA

Se ha decretado ya; el yugo de la necesidad nos oprime.

HERMÍONE

¿Es esa la causa de los clamores que se oían?

ELECTRA

Suplicante y prosternado a las rodillas de Helena exclama...

HERMÍONE

¿Quién? Nada sé si no me lo dices.

ELECTRA

El desdichado Orestes, por salvar su vida y la mía.

HERMÍONE

Con razón, pues, se oyen tristes clamores en el palacio.

ELECTRA

¿Y qué motivo más justo? Pero ven, acompáñanos en nuestras súplicas; prostérnate con tus amigos ante tu madre muy feliz, para que Menelao no presencie nuestro suplicio. Y ya que te educó la mía, compadécete de nosotros y consuélanos en nuestros males; ven y serás testigo de nuestras angustias; yo te precederé, porque en ti sola ciframos nuestra esperanza.

HERMÍONE (*dirigiéndose con rapidez hacia la puerta*).

Mira cómo me apresuro a entrar en el palacio. Os salvaré, pues, si está en mi mano.

ELECTRA (*a los de dentro*).

Vosotros, mis amigos, que dentro estáis armados, ¿no os apoderaréis de vuestra presa? (*Orestes y Pílades aparecen a la puerta*).

HERMÍONE

¡Ay de mí! ¿A quiénes veo?

ORESTES (*apoderándose de ella*).

Calla por tu bien; prenda de salvación eres para nosotros, no para ti.

ELECTRA (*mientras se llevan a Hermíone*).

Aseguradla, aseguradla, y acercando a su cuello la espada, estaos quietos hasta que sepa Menelao que, habiendo aquí hombres, no cobardes frigios, ha sufrido la pena que merecen los villanos. (*Entra en el palacio*).

EL CORO

Estrofa. — ¡Hola, hola, amigas!; haced ruido, clamad y gritad delante del palacio, para que no se aterren los argivos al saber el asesinato cometido

y socorran a los tiranos antes de que yo vea muerta a Helena, yaciendo en tierra ensangrentada, o lo anuncie alguno de sus servidores, pues aunque algo ha llegado a mi noticia, no lo sé bien todo. Justa es la venganza que los dioses toman de Helena, que llenó de lágrimas a la Grecia a causa del funesto, del funesto pastor del Ida. Pero callaos, porque se oye ruido en los regios aposentos, y sale algún frigio, que nos contará lo ocurrido en ellos.

EL FRIGIO[57] (*saliendo precipitadamente del palacio*).

Con mi bárbaro calzado[58] me libré de la muerte con que me amenazaba la espada argiva, dejando los artesonados de cedro del tálamo nupcial, y los dóricos triglifos,[59] lejos, lejos, ¡oh tierra, oh tierra!, en mi bárbara fuga. ¡Ay de mí! ¿Cómo, ¡oh vosotras, que me dais hospitalidad!, cortaré volando el aire lúcido, o las ondas, que con su cabeza de toro revuelve el Océano,[60] que cerca a la tierra?

EL CORO

¿Qué sucede, servidor de Helena, habitante del Ida?

EL FRIGIO

¡Ilión! ¡Ilión! ¡Ay de mí! Ciudad frigia de fértil tierra, sagrado monte Ida, lloro tu ruina en triste canto, sí, en triste canto y bárbaro lenguaje, que te derribó la hija de Leda y del Cisne, la hermosa y funesta Helena, furia que allanó las murallas labradas por Apolo.[61] Oye mis lamentos, oye mis lamentos, mísera fundación de Dárdano,[62] cuna de Ganimedes, aficionado a los ejercicios ecuestres y querido de Zeus.

EL CORO

Dinos con claridad lo que ha sucedido en el palacio, que ni aun por conjetura puedo entender lo que acabas de decir ahora.

EL FRIGIO

Ælinon, ælinon, clamoroso grito con que principian los bárbaros sus fúnebres plegarias en lenguaje asiático cuando la cuchilla afilada de Hades derrama sobre la tierra sangre de reyes. Dos leones griegos gemelos, para contártelo todo, llegaron al palacio, y el uno llevaba el nombre del capitán de toda la Grecia,[63] y el otro era hijo de Estrofio, pérfido forjador de males, astuto y doloso como Odiseo, pero amigo fiel, osado en la pelea, hábil en la guerra y mortífero dragón. ¡Muera por su serena prudencia, porque es un malvado! Penetraron hasta el trono de la que fue esposa del flechero Paris, llenos de lágrimas sus ojos, y se sentaron humildes uno a un lado, otro al otro, y los dos nos espiaban a todos. Con sus manos suplicantes abrazan las rodillas de Helena uno y otro, sí, uno y otro. Presurosos acudieron los servidores frigios, presurosos acudieron, y hablaban entre sí temiendo algún lazo. Y los unos creían que no había motivo de desconfianza, y los demás que el dragón matricida atraería a sus dolosas redes a la hija de Tindáreo.

EL CORO

¿Y en dónde estabas tú entonces? ¿Habías huido ya?

EL FRIGIO

Casualmente, según costumbre, según costumbre frigia, echaba yo aire de frente con un abanico de plumas a los cabellos de Helena, de Helena, a la usanza bárbara. Ella hilaba lino con sus dedos y hacía girar la rueca, cayendo en tierra los hilos, porque quería engalanar con ellos frigios despojos para el túmulo de Clitemnestra, y ofrecerle un vestido de púrpura. Así habló Orestes a la lacedemonia: «Que tus plantas toquen la tierra, ¡oh hija de Zeus!: desciende de ese trono al hogar de mi viejo abuelo Pélope, para que oigas mi ruego». Llevósela, llevósela en efecto, y ella le

siguió sin adivinar su propósito. El malvado focense le ayudaba también diciendo: «¿Por qué no os alejáis de aquí, frigios imprudentes?»; y nos encerró en distintos lugares, ya en las cuadras, ya en las exedras, ya en distintos aposentos, separándonos a todos de nuestra señora.[64]

EL CORO

¿Y qué calamidad sucedió después?

EL FRIGIO

¡Poderosa, propicia madre idea![65] ¡Ay, ay, sangrienta calamidad! ¡Males impíos, que vieron mis ojos en la mansión de los reyes! Protegidos por la oscuridad sacan las espadas ocultas bajo sus vestidos de púrpura y miran a todas partes, temiendo que acudiese alguno. Como jabalíes de las selvas revuélvense contra Helena, y le dicen: «Morirás, morirás; te mata tu pérfido esposo, que ha vendido al hijo de su hermano, entregándolo en Argos a la muerte». Ella exclamó, ella gritó: «¡Ay de mí, ay de mí!», y con su blanca mano lastimó su pecho, y golpeó tristemente su cabeza, y huyó, huyó con sus doradas sandalias; pero Orestes la agarró por los cabellos, después de alcanzarla con su calzado miceno, y doblando su cuello sobre el hombro izquierdo, se disponía a hundir en la garganta la negra cuchilla.

EL CORO

Y los frigios que allí estaban, ¿no la socorrían?

EL FRIGIO

Después que, dando espantosos gritos, derribamos con palancas los postes y las puertas de los aposentos en que estábamos encerrados, cada cual acudió al socorro desde distintos puntos, este con piedras, el otro con armas arrojadizas, estotro esgrimiendo en sus manos la espada. Contra nosotros se adelantó el invencible Pílades, cual el frigio Héctor o cual

Áyax,[66] insigne por su casco de tres penachos, al que yo vi, sí, yo mismo vi a las puertas de Príamo, y comenzamos a pelear. Entonces, en verdad, probamos los frigios cuán inferiores somos a los griegos en la guerra: el uno huyó, el otro cayó muerto, este fue herido, aquel suplicaba pidiendo que le perdonasen la vida, pero las tinieblas nos salvaron a algunos. Parte exhalaban el alma, parte caían; otros, en fin, yacían heridos mortalmente. Hermíone, la desventurada, llegó al palacio cuando ya su madre no respiraba, su mísera madre, la que le dio la vida, y como tierna ciervecilla fue arrebatada por ellos, como ligeras bacantes sin tirsos, e hirieron otra vez a la hija de Zeus, que desapareció del lecho, ¡oh Zeus, y Tierra, y Luz, y Noche!, por encanto, o por arte mágica, o por obra de los dioses. Lo que después sucediera no lo sé, que fugitivo he salido del palacio. Menelao, víctima de tantas calamidades, ha recobrado inútilmente de los troyanos su esposa Helena.

EL CORO

Después de tan extraños sucesos algún otro ocurrirá, porque veo venir a Orestes hacia aquí con trémulo paso esgrimiendo su espada.

ORESTES[67]

¿En dónde está el que se escapó de mis manos en el palacio?

EL FRIGIO (*cayendo a sus pies*).

Yo te adoro, ¡oh rey!, prosternado a la usanza bárbara.

ORESTES

Aquí no estamos en Troya, sino en Argos.

EL FRIGIO

En todas partes creen los sabios que es más dulce la vida que la muerte.

ORESTES

¿No has llamado a Menelao para que te socorra?

EL FRIGIO

Al contrario, para que te diesen ayuda: tú vales más que él.

ORESTES

¿Ha sido justa la muerte de la hija de Tindáreo?

EL FRIGIO

La más justa, aunque tuviese tres gargantas para morir.

ORESTES

De miedo me alabas, aunque no digas lo que sientes.

EL FRIGIO

¿Cómo no, si nos ha perdido a todos, frigios y griegos?

ORESTES

Jura (porque si no, te mato) que no hablas así por congraciarte conmigo.

EL FRIGIO

Lo juro por mi alma, por la cual siempre he jurado santamente.

ORESTES

¿Tanto miedo tenían en Troya al acero todos los frigios?

EL FRIGIO

Separa de mí tu espada, que cerca vibra su resplandor cruelmente.

ORESTES

¿Temes convertirte en piedra, como si vieras la Gorgona?

EL FRIGIO

Morir es lo que temo: no he visto nunca la cabeza de la Gorgona.

ORESTES

Siendo esclavo, ¿odias la muerte, que te librará de tus males?

EL FRIGIO

Todos los hombres, aunque sean esclavos, gozan viendo la luz.

ORESTES

Dices bien; tu prudencia te salva, pero entra en el palacio.

EL FRIGIO

¿No me matarás?

ORESTES

Nada temas.

EL FRIGIO

Grata palabra has pronunciado.

ORESTES

Pero la retractaré.

EL FRIGIO

Estas no son gratas. (*Vase*).

ORESTES

Necio eres si piensas que tengo empeño en derramar tu sangre, porque ni naciste mujer, ni te puedo contar entre los hombres. Vengo del palacio para que no alborotes con tus gritos, que los argivos pronto acudirán si te oyen. No temo salir con mi espada al encuentro de Menelao, aunque venga ostentando sus blondos cabellos esparcidos por los hombros; pero si trae en su ayuda tropas argivas para vengar la muerte de Helena, y no me perdona la vida, ni a mi hermana, ni a Pílades, que ha sido en todo mi cómplice, verá dos cadáveres, el de su esposa y el de su hija virgen. (*Entra en el palacio*).

EL CORO

¡Ay, ay! ¡Nueva lucha, nueva y terrible lucha amenaza al linaje de los

Atridas!

PRIMER SEMICORO

¿Qué hacemos? ¿Lo anunciamos a los ciudadanos? ¿Nos callamos?

SEGUNDO SEMICORO

Esto es lo más seguro, ¡oh amadas!

PRIMER SEMICORO

Mira cómo se eleva el humo por los aires delante del palacio, y anuncia algún nuevo suceso.

SEGUNDO SEMICORO

Encienden las antorchas como para abrasar la morada de Tántalo, y no desisten de su sanguinario proyecto.

EL CORO

Los dioses acaban con los hombres, sí, acaban con ellos cuando quieren. Su fuerza es incontrastable; un numen vengador ha derruido, ha derruido este palacio con sangrientos horrores, por haber precipitado a Mírtilo de su carro. Pero veo a Menelao, que se acerca a paso rápido, sabedor acaso de la desgracia que aquí ha ocurrido. Atridas, que dentro estáis, que las barras cierren pronto las puertas. Cruel es que el hombre, mimado por la fortuna, haga la guerra a quienes, como a ti ahora, ¡oh Orestes!, se muestra adversa.

MENELAO

Traénme las execrables maldades cometidas por dos leones osados, pues no los debo llamar hombres. Me han dicho que no ha muerto mi esposa, sino que ha desaparecido del palacio, según cuenta un vano rumor, hijo acaso del miedo del que me lo refirió; pero estas son maquinaciones matricidas y un horrible sarcasmo. Que abra alguno el palacio; mandaré a

los esclavos que penetren en él a la fuerza para arrancar al menos a mi hija del poder de estos hombres manchados de sangre, y recobraré el cuerpo de mi desventurada esposa; si no, sus osados asesinos morirán como ella a mis manos.

(*Orestes, Píades y Electra aparecen en lo alto del palacio. Orestes amenaza con su espada el cuello de Hermíone. Píades y Electra agitan antorchas encendidas*).

ORESTES

¡Ay de ti si te acercas a estos aposentos!; a ti digo, ¡oh Menelao!, hinchado por la soberbia, que romperé tu cabeza con esta almena, destrozando tan antiguos techos, obra de ingenioso artífice: con barras están aseguradas las puertas, que te impedirán traer auxilio y entrar.

MENELAO

¡Hola! ¿Qué significa esto? Veo el resplandor de las llamas, y a los que aparecen en lo alto del palacio amenazando con su espada el cuello de mi hija.

ORESTES

¿Quieres preguntarme, oírme?

MENELAO

Ni una cosa ni otra; pero por lo visto es necesario escucharte.

ORESTES

Mataré a tu hija, si quieres saberlo.

MENELAO

Después de sacrificar a Helena, ¿intentas cometer otro asesinato?

ORESTES

Ojalá que así hubiera sido y no me engañaran los dioses.

MENELAO

¿Niegas que la has asesinado, y lo dices para insultarme?

ORESTES

Con tristeza lo niego: ojalá que hubiese logrado...

MENELAO

¿Qué hacer? Me vence el terror que me inspiras.

ORESTES

Lanzar al Orco a la furia de la Grecia.

MENELAO

Devuélveme el cadáver de mi esposa para depositarlo en su sepulcro.

ORESTES

Pídela a los dioses; pero mataré a tu hija.

MENELAO

El matricida comete un asesinato tras otro.

ORESTES

Vengador de mi padre, a quien tú vendiste para que muriese.

MENELAO

¿No te basta tu reciente matricidio?

ORESTES

No me cansaré nunca de matar mujeres perversas.

MENELAO

¿Tú también, ¡oh Pílades!, eres cómplice de este asesino?

ORESTES

Quien calla otorga; basta que yo hable.[68]

MENELAO

Pero no te alegrarás mucho tiempo si no tienes alas para huir.

ORESTES

No huiremos, que el fuego devorará al palacio.

MENELAO

¿Osarás destruirlo, siendo de tu padre?

ORESTES

Para que tú no lo poseas, y mataremos además a esta en medio de las llamas.

MENELAO

Mátala, que si lo haces, me lo pagarás todo.

ORESTES

Así será.

MENELAO

¡Ay, ay! ¡No, por los dioses!

ORESTES

Calla ya, y ten paciencia, sufriendo este mal merecido.

MENELAO

¿Y es justo que tú vivas?

ORESTES

Y que reine en este país.

MENELAO

¿En cuál?

ORESTES

En la pelásgica Argos.

MENELAO

¿Osarías tocar sin escrúpulos las libaciones?...

ORESTES

¿Por qué no?

MENELAO

¿Y tirar en tierra las víctimas antes de la pelea?[69]

ORESTES

¿Y tú puedes hacerlo sin obstáculo?

MENELAO

Porque están puras mis manos.

ORESTES

Pero no tu alma.

MENELAO

¿Quién te hablará?

ORESTES

Todo el que ame a su padre.

MENELAO

¿Y el que honre a su madre?

ORESTES

Es feliz.

MENELAO

No tú.

ORESTES

No me agradan las malvadas.

MENELAO

Aleja tu cuchilla de mi hija.

ORESTES

Te engañas.

MENELAO

¿Pero la matarás?

ORESTES

No lo dudarás mucho tiempo.

MENELAO

¡Ay de mí! ¿Qué haré?

ORESTES

Ve a Argos y persuade...

MENELAO

¿Qué?

ORESTES

A los ciudadanos que anulen nuestra sentencia de muerte.

MENELAO

¿O mataréis a mi hija?

ORESTES

Justamente.

MENELAO

¡Oh desventurada Helena![70]

ORESTES

Y mis desdichas, ¿nada son para ti?

MENELAO

Desde Troya te traje una víctima...

ORESTES

Ojalá que así hubiera sido.

MENELAO

Después de sufrir innumerables trabajos.

ORESTES

Solo que no han sido por mi causa.

MENELAO

Crueles fueron mis males.

ORESTES

Con razón: nada podías hacer entonces.

MENELAO

A ti me someto.

ORESTES

Tu misma maldad ha forjado tus cadenas. Pero tú, Electra, incendia este palacio, y tú, Pílades, el más leal de mis amigos, haz lo mismo con los techos sostenidos por estos muros.

MENELAO

¡Oh tierra de los dánaos y fundadores de la ecuestre Argos! ¿No acudís armados a mi socorro? Este devasta con violencia vuestra ciudad para salvar su vida, después de haber dado a su madre muerte abominable.

APOLO (*que aparece sobre el palacio*).[71]

Aplaca tu furia, ¡oh Menelao!, que yo, Febo, te lo digo, hijo de Leto, a quien ves delante de ti; y tú, Orestes, que con tus armas no te separas de esa virgen, oye mis palabras. Helena, a quien deseabas matar por vengarte de Menelao, no teme ya tu ira, y es esta que contemplas en los senos etéreos, salvada por mí, y no muerta a tus manos. Yo la liberté, yo la libré del filo de tu espada por mandato de Zeus, nuestro padre: basta que sea su hija para que viva inmortal con Cástor y Pólux y proteja a los navegantes desde los etéreos senos. Elige, pues, otra esposa, ya que los dioses, a causa de su belleza, hicieron combatir a griegos y frigios y consintieron esos horrores para purgar a la tierra de la soberbia de tantos mortales. Esto por lo que

toca a Helena: tú, Orestes, después de atravesar los confines de este territorio, habitarás un año[72] en el suelo parrasio,[73] que en memoria de tu destierro se llamará Oresteo por los arcadios y azanes.[74] Desde allí irás a la ciudad de los atenienses, y darás cuenta a las tres Furias del asesinato de tu madre; pues los dioses, patronos de tu causa, te harán cumplida justicia en el Areópago, y tú vencerás. El destino manda, ¡oh Orestes!, que te cases con Hermíone, cuya cerviz amenazas ahora, pues nunca será esposa de Neoptólemo, a pesar de sus esperanzas. Una espada délfica lo inmolará cuando pida que yo sea castigado por la muerte de su padre Aquiles. Que el himeneo selle la unión de tu hermana con Pílades, a quien en otro tiempo la prometiste, y su vida será feliz en adelante. Tú, Menelao, deja a Orestes reinar en Argos, y regirás a Esparta, dote de tu esposa, causa para ti hasta ahora de incesantes trabajos. Yo arreglaré tus asuntos en aquella ciudad,[75] puesto que te obligué a matar a tu madre.

ORESTES

¡Oh profeta Apolo!, no nos engañaron tus oráculos, que has sido veraz, aunque temí haber oído la voz de algún otro numen, creyendo escuchar la tuya; pero todo se ha cumplido felizmente, y te obedeceré en cuanto mandan. Perdono a Hermíone la vida, y será mi esposa si lo aprueba su padre.

MENELAO

Salve, Helena, hija de Zeus: yo celebraré tu gloria, porque habitas en la afortunada mansión de los dioses. Ya que Febo lo ordena, te doy mi hija por esposa: noble eres tú, y noble ella y su linaje; que seas dichoso y yo también, que te la entrego.

APOLO

Obedecedme, y que acaben de una vez vuestras disensiones.

MENELAO

Obedezcamos.

ORESTES

Y yo también. Propicia como la tuya es ya mi fortuna, ¡oh Menelao!, y propicios son también tus oráculos, ¡oh Apolo!

APOLO

Andad, pues, y venerad a la Paz, la más bella de las diosas: yo, atravesando el polo, sembrado de espléndidos astros, llevaré a Helena al palacio de Zeus, en donde se sentará al lado de Hera y de Hebe,[76] la esposa de Heracles, y será diosa entre los hombres, y la honrarán con libaciones, juntamente con los Tindáridas, hijos de Zeus, que protegen en el mar a los navegantes.

EL CORO

¡Oh Victoria, digna de la mayor veneración!; favoréceme mientras viva, y nunca dejes de coronarme.

* * *

Notas

1. Nada dice Eurípides en este prólogo de los demás tormentos de Tántalo, conocidos hoy hasta por los menos versados en la mitología griega. Fue castigado, como Ovidio por Augusto, por haber revelado lo que debió callar. Algunos mitólogos aseguran que el secreto era relativo a Zeus y Ganimedes.

2. Pélope, según la fábula, murió a manos de su padre Tántalo, que lo sirvió a los dioses a la mesa para probar su naturaleza divina; pero Zeus conoció el engaño y le devolvió la vida. Después pasó a la Élide y se casó con Hipodamía, hija de Enómao, y engendró a Atreo, Tiestes, Piteo y Trecén, llamados los Pelópidas.

3. Cloto, una de las tres Parcas.

4. Tiestes, por reinar, sedujo a su cuñada Aérope la cretense, mujer de Atreo, y tuvo de su adúltero comercio varios hijos; pero Atreo lo descubrió, y para vengarse los mató, fingió reconciliarse con él y se los sirvió en este festín fraternal, revelándoselo después de comidos.

5. Para asesinarlo sin riesgo. (V. el *Agamenón* de Esquilo).

6. Para vengarse de los amores de su esposo con Casandra, y por afecto a Egisto, su adúltero amante.

7. Nauplia, antiguo golfo de Argos, en el cual, y en una lengua de tierra a 40 kilómetros al sur de Corinto, se halla la antigua ciudad del mismo nombre.

8. Hija de Menelao y de Helena.

9. Estas palabras de Helena, verdaderos insultos a Electra, son incomprensibles, cuando lo natural era que intentara ganarse su corazón, según se comprende de la súplica que le hace en seguida.

10. Micenas, al norte de Argos y a corta distancia de ella, en la Argólida; fue fundada por Ínaco. Una y otra, sin duda por su proximidad, se confunden frecuentemente por los poetas.

11. Ordinariamente las libaciones destinadas a los muertos se componían de leche y miel mezcladas, que se llamaba μελίκρατον, otras veces eran de vino dulce o de agua. *Odis.*, X, 619. En la *Ifig.*, v. 618, se habla también de aceite. Además de los cabellos se les ofrecían flores.

12. El sueño de Orestes.

13. Es costumbre de Eurípides indicar, así a los actores como a los músicos, la manera particular con que han de declamar y acompañar sus versos. El acompañamiento musical y el canto han de ser aquí en un tono elevado, pero suave, como el de una flauta de caña. Según dice Arist., *Probl.* XI, 16, el tono débil ó la voz débil (v. gr., de niños o de mujeres) es claro (ἡ λεπτὴ φωνὴ ὀξεῖά ἐστιν). Y aunque este tono sea penetrante, debe sonar aquí suave y oscuro (ἀτρεμαῖος καὶ ὑπόφορος), como si solo se oyese entre cuatro paredes, según indica la voz ὑπόφορος. Este tono tan dulce favorece el sueño, como dice Estacio en la *Theb.*, I, 585, *suadetque leves cava fistula somnos*. Y como prueba de que la composición musical de este canto alternado ha de ser como decimos, ateniéndonos a las palabras de Eurípides, añade el

escoliasta al verso 170: «Este canto era acompañado por las cuerdas más graves (ταῖς λεγομέναις νήταις ἄδεται) y es del tono más alto (ἔστιν ὀξύτατον). Porque es inverosímil que Electra cante con voz clara e imponga silencio al coro, y lo más natural parece que usara del tono elevado, pero tan débil y concentrado como era posible». Para mayor ilustración, véase la nota de Hartung al verso 144. Adviértase, además, que Eurípides habla de la σύριγξ, flauta compuesta de varios trozos de caña desiguales, y distinta de la llamada ὄροφος, de una sola caña. Es la misma a que alude Virg. en su *Egl.* II, 36, cuando dice: *Et mihi disparibus septem, compacta cicutis fistula*.

14. Este verso, que en muchos códices y traducciones pronuncia Electra, no puede ser suyo, como acertadamente han pensado Hartung, Hermann y Diesdorf. En efecto; no solo conviene con esta opinión la cita que hacen de él Diógenes Laerc., IX, 60, y Plut. Simp., IX, pág. 737, a., sino que también se colige de los antecedentes y consiguientes. Orestes, en medio de su furor, la ha tomado por una de las Furias, y no es natural que ella, viéndolo en este estado aflictivo, le hiciese esa reflexión absurda, que para nada había de servir, y que era impropia en sus labios, aquejada por un espectáculo tan doloroso como el que su hermano le ofrecía. Por esto mismo extrañamos mucho encontrarlo en M. Artaud, cuya traducción, en lo demás, es inmejorable.

15. Varios fueron los lugares de la antigüedad célebres por sus oráculos, como los de Dodona, Delfos, Trofonio, Cumas, Preneste, y el de Zeus Amón en la Libia. Las respuestas se daban de distintas maneras. En Delfos, la pitonisa desde el trípode sagrado; en Dodona, ciertas mujeres o la deducían del vuelo de las palomas o de las hojas de los árboles; en la cueva de Trofonio, de los sueños; otras veces se interpretaba como oráculo la primera palabra que se oía al salir del templo, el más leve ruido, el menor movimiento de cualquier ser objeto perteneciente al dios. Ordinariamente estaban en verso, o se escribían en hojas de cañas, siempre en términos oscuros o ambiguos.

16. Malea, promontorio del Peloponeso, entre los golfos Lacónico y Argólico.

17. Glauco, dios marino, fue en un principio un pescador de Antedón, en la Beocia, que habiendo comido cierta hierba se precipitó en el mar, fue convertido en dios y recibió el don de profetizar.

18. Estas hojas eran de oliva o de laurel, y las usaban los suplicantes. Orestes no había tenido

tiempo de prepararse.

19. Esta pregunta de Menelao no tiene nada de oscura, ni en nuestro concepto merecía los comentarios que se le han hecho. Como pregunta a Orestes cuál es su enfermedad, esto es, su mal físico, extraña naturalmente la contestación, que no es directa, y en efecto, la conciencia no es enfermedad, sino todo lo más causa de ella, y esto es lo que pregunta Menelao.

20. No se encontrarán en Sófocles ni en Esquilo estas frases irreligiosas y escépticas, que justifican las acerbas censuras que bajo este aspecto se han hecho de Eurípides. La impiedad y las doctrinas de los sofistas se reflejan en ellas claramente.

21. Sin duda alude Orestes a Agamenón y a Menelao: al primero, porque lo vengó sin vacilar ni calcular las consecuencias de su delito; al segundo, porque le ha descubierto la verdad desnuda, sin disfraz ni ambages.

22. Este Éax y su hermano Palamedes eran hijos de Nauplio, rey de Eubea. Dícese que Palamedes inventó los pesos y medidas, el juego de ajedrez, las cuatro letras ξ, θ, φ, χ, y varias maniobras militares. Descubrió la astucia de Odiseo, que se fingió loco para no ir a Troya, y él en venganza lo acusó de traidor a los griegos, y lo hizo apedrear. Agamenón, padre de Orestes, no se opuso a este suplicio.

23. Por la enemistad que reinaba entre las dos familias de Atreo y de Tiestes. Orestes era nieto del primero, y Egisto hijo del segundo.

24. Tindáreo, hijo de Ébalo, rey de Esparta, debió suceder a su padre en el trono; pero su hermano Hipocoonte lo usurpó y se retiró a la Mesenia, hasta que Heracles le devolvió el cetro. Se casó con Leda, y tuvo de ella a Cástor y Pólux (los Dioscuros), Helena y Clitemnestra.

25. Leda, hija de Testio, rey de Etolia, seducida por Zeus bajo la forma de un blanco cisne. A los nueve meses puso dos huevos: del primero nacieron Pólux y Helena, y del segundo Cástor y Clitemnestra.

26. Creían los griegos que el macho de una serpiente llamada ἔχις o ἔχιδνα moría en la cópula a manos de la hembra, y que esta sufría la misma suerte de los hijos que concebía.

27. Extrañan algunos que Eurípides, celoso defensor de la justicia en este discurso de Tindáreo, no justifique la contradicción que se observa entre sus dichos y sus hechos,

puesto que nada intentó contra Clitemnestra después que asesinó a su esposo Agamenón. Adviértase, sin embargo, que Tindáreo no mandaba en Argos, y que sus esfuerzos hubieran sido inútiles; que era al fin su padre, y que, de ordinario, vemos la paja en el ojo del vecino y no la viga en el nuestro.

28. Esquilo en *Las Euménides*, verso 656-664, dice también:

29. Aunque diga el escoliasta ἔνιοι δὲ ἀθετοῦσι τοῦτον καὶ τὸν ἑξῆς στίχον· οὐκ ἔχουσι γὰρ τὸν Εὐριπίδειον χαρακτῆρα, esto es, que algunos suprimen este verso y el siguiente, porque no parecen de Eurípides, la verdad es que este trágico, enemigo de largos discursos en la ágora, no lo es en sus tragedias, como lo prueban innumerables ejemplos.

30. En Áulide, hoy Mocsovathi, ciudad de la Beocia, frente a Calcis, en la Eubea, se juntó la flota de los griegos antes de navegar hacia Troya y fue sacrificada Ifigenia, hija de Agamenón y de Clitemnestra y hermana de Orestes, para obtener de los dioses un viento favorable.

31. El escoliasta advierte oportunamente que desde las palabras ὦ μέλεος, Orestes habla aparte (ἠρέμα καθ' ἑαυτὸν λέγει), deplorando su humillación cuando invoca el nombre de Helena, a quien tanto odiaba.

32. Si a alguno parecen poco dignas las últimas palabras de Orestes, recuerde que los griegos, prontos como nosotros a sacrificar su vida cuándo lo exigía la salud de su patria, lo sentían, sin embargo, y sin degradarse daban rienda suelta a sus sentimientos. Entre ellos no era humillante apelar a los ruegos y lágrimas, como tampoco lo era recurrir en el foro a ciertos medios para excitar la compasión, que no están en uso entre nosotros.

33. Fócide, región de la Grecia que confinaba al este con la Beocia, al oeste con la Etolia, al NE con el mar de Eubea y al sur con Corinto. Sus ciudades principales eran Delfos y Elatea. Estrofio, padre de Pílades, era su rey.

34. Los agnados, lo mismo entre los griegos que entre los romanos, eran siempre preferidos a los afines, y de aquí que Orestes insista en esto particularmente.

35. No olvidemos que Eurípides habla a un pueblo democrático.

36. Este diálogo entre Pílades y Orestes, rápido, natural y animado, es uno de los mejores trozos de esta tragedia, y de los más notables del teatro antiguo.

37. Atreo y Tiestes, deseosos de reinar, se habían convenido en dejarlo al arbitrio de los dioses cuando estos les manifestasen su voluntad. En efecto, apareció una oveja de vellón

dorado en los rebaños de Atreo; pero Tiestes, con ayuda de Aérope, su cuñada, mujer de Atreo, pudo sustraerla y usurpar el trono.

38. Obsérvese el poco miramiento con que el mensajero anuncia a Electra nada menos que su sentencia de muerte. En un drama moderno no se haría así, porque se seguirían convulsiones y una explosión de dolor demasiado violenta. Pero realmente Electra estaba ya preparada a oírla, y las primeras palabras del mensajero lo hacen presumir.

39. Sobre esta colina, estaba edificado el castillo o ciudadela de Larisa, y en ella, según parece, se reunía el pueblo para emitir sus sufragios en tales casos. El litigio a que se refiere Eurípides fue el promovido por el asesinato de los hijos de Egipto a manos de las hijas de Dánao.

40. Este Diomedes debe ser el hijo de Tideo, rey de Etolia, y uno de los griegos más esforzados que sitiaron a Troya. Peleó con Héctor y Eneas, se apoderó de las flechas de Filoctetes y de los caballos de Reso (véase el *Filoctetes* de Sófocles y el *Reso* de Eurípides), robó el Paladión y, asistido de Atenea, combatió contra los dioses, hiriendo a Ares y a Afrodita. A su vuelta, vendido por su esposa Egialea, huyó de su patria y, según cuentan, fundó en Italia a Arpi y Benevento.

41. Algunos han creído que Eurípides aludía al demagogo Cleón, fundados en estas palabras, porque, según dice Aristófanes, no era ateniense, sino extranjero; sin embargo, Eurípides solo da a entender que no obraba como lo hubiera hecho un ciudadano probo y honrado, un argivo patriota. Por lo demás, este retrato es el de todos los demagogos, y así es aplicable a Cleón como a cualquiera otro.

42. Los pelasgos fueron un pueblo indo-germánico que penetró en la Grecia hacia el año 2000 antes de Jesucristo. Poblaron primero el Norte, la Tracia, la Macedonia, la Iliria, el Epiro y la Tesalia, y después se extendieron por toda la Grecia. Fueron vencidos por los dorios, y de ellos vinieron los ilotas de Lacedemonia. Aunque era un pueblo bárbaro, tenía conocimiento de la metalurgia y de la arquitectura, como lo prueban las construcciones ciclópeas de la Grecia y de la Etruria, y de la poesía. Su gobierno era generalmente monárquico y sacerdotal; su religión, una especie de fetichismo combinado con el culto de ciertos dioses orientales.

43. Ínaco, fenicio fundador de Argos que residió también en Egipto, desde donde vino con

pastores fenicios, egipcios y árabes.

44. Alude a la próxima llegada de Orestes con Pílades y otros amigos.

45. Hartung, en sus *Comm.* a esta tragedia, pág. 219, dice así: *Die Nägel sind nur bei den Leichen weiss, bei lebenden Menschen haben sie die Farbe der Finger*. «Solo las uñas de los cadáveres son blancas, las de los vivos del color de los dedos»; pero Eurípides las da el epíteto de blancas porque son de una princesa. Los esclavos, ocupados en trabajos mecánicos, no debían tenerlas así.

46. Cadena de montañas entre la Macedonia y la Tesalia.

47. Mírtilo fue un cochero de Enómao, rey de Pisa, y padre de Hipodamía, la esposa de Pélope, y fue sobornado por este para vencer a Enómao a la carrera. En efecto, le dio un carro cuyas ruedas, sujetas débilmente al eje, se estrellaron en el certamen, muriendo su dueño. Hipodamía, su hija, premio de la victoria, se casó con Pélope, y Mírtilo fue arrojado al mar cuando pidió el premio de su atentado.

48. Promontorio de la Eubea.

49. Horrorizado el sol de las atrocidades cometidas por Atreo y Tiestes, retrocedió en su carrera.

50. Por pueril que parezca esta exclamación de Orestes, es, sin embargo, la más natural.

51. En la edición de Théob. Fix, que hemos tenido a la vista, dice así el texto griego:

52. En opinión de Eurípides, a la muerte del hombre los átomos que lo componen vuelven a su antiguo ser, el cuerpo a la tierra y el alma al éter, en donde vive inmortal. *Supp.*, 533, πνεῦμα μὲν πρὸς αἰθέρ', τὸ σῶμα δ' εἰς γῆν. *Hel.*, 1016, ὁ νοῦς τῶν κατθανόντων ζῇ μὲν, οὔ γνώμην δ' ἔχει ἀθάνατον, εἰς ἀθάνατον αἰθέρ' ἐμπεσών.

53. Eurípides, casi siempre que habla de la espada, acero, cuchilla o puñal, usa de los epítetos μέλαν, μελαίνον o μελάνδετον, negro, oscuro, de negro puño. No se refiere, pues, a la muerte o a la sangre, sino a la materia o instrumento que la causa o derrama.

54. Pílades alude aquí a su madre Anaxibia, hermana de Agamenón, o a Cidrágora, hija de Atreo y esposa de Criso, padre de Estrofio, su abuelo.

55. Según dice el escoliasta, este pensamiento es de Estesícoro, en cuya tragedia *Helena* esta pronuncia dicha frase en el momento en que van a apedrearla, y hace tal efecto que sus

verdugos, admirando su belleza, dejan caer las piedras de las manos.

56. Seguimos aquí a Hermann, porque lo natural es que los semicoros pronuncien estos versos, no Electra, a la cual corresponde lo que dice más abajo.

57. El lenguaje ampuloso del frigio y sus continuas repeticiones caracterizan a esta clase de personajes, con arreglo a las ideas que reinaban entre los griegos acerca de los bárbaros.

58. Este calzado bárbaro de que habla Eurípides, cuya descripción no hemos encontrado en ningún escoliasta ni comentarista, ni en muchas obras de Arqueología, debió ser una especie de borceguí que cubría todo el pie y parte de la pierna, según es de colegir de los antiguos monumentos que representan a Paris vestido.

59. Triglifos (τρίγλυφος, de τρεῖς, *tres*, y γλύφω, *esculpo*), ornamento arquitectónico, especie de almohadillado, que en el friso dórico ofrece ranuras profundas y verticales, llamadas glifos o canales: se compone de dos estrías en medio y dos semiestrías a los lados, que juntas hacen tres. Los triglifos están separados por las metopas, y representan las extremidades de las vigas transversales que descansan en el arquitrabe. En su origen eran pequeñas ranuras prismáticas destinadas a facilitar el paso de las aguas. Como Helena era mujer de Menelao, rey de Esparta, los adornos arquitectónicos son dóricos.

60. Océano, que, según Homero, rodea a la tierra y abraza todos los mares; dios cuyo poder solo cedía al de Zeus, y esposo de Tetis. Moraba con esta en un palacio situado al occidente. Hesíodo dice que era hijo de Urano y de Gea, el primogénito de los Titanes, padre de tres mil ríos y otras tantas oceánides o diosas de las fuentes subterráneas que provenían del Océano. Se le representaba con cabeza de toro para indicar su fuerza.

61. Las murallas de Troya fueron construidas por Apolo y Poseidón en el reinado de Laomedonte. Apolo había sido desterrado del cielo por haber dado muerte a los cíclopes, forjadores de los rayos que exterminaron a su hijo Esculapio.

62. Dárdano, natural de Córito, en la Etruria. Intentó asesinar a su hermano para apoderarse del trono, y tuvo que huir al Asia Menor, en donde se casó con la hija del rey de Teucria. Mírasele como el fundador de Troya.

63. Hijo de Agamenón.

64. Para comprender estas palabras del frigio, tengamos presente la construcción de las casas griegas, que, según se colige de los distintos datos que se han reunido; era la siguiente:

entrábase por la puerta (θύρα) a un vestíbulo (θυρωρεῖον) que tenía distintos aposentos a derecha e izquierda, y servían de establos o cuadras, de portería y de habitaciones para los esclavos; seguía el primer patio con su peristilo y aposentos en los corredores, todo destinado a los hombres (ἀνδροῖτις), y separado por una puerta del gineceo, compuesto también de patio, peristilo y habitaciones (γυναικωνῖτις). En el extremo del gineceo, opuesto a la puerta, había una sala en donde residía de ordinario la dueña de la casa; junto a ella el tálamo nupcial, y detrás las piezas en que trabajaban las esclavas.

65. Cibeles, hija del Cielo, esposa de Cronos y madre de Zeus, Hera, Poseidón y otros muchos dioses. Representaba a la Tierra, y era adorada principalmente en Frigia y en Creta.

66. Áyax, hijo de Telamón, rey de Salamina, el más valiente de los griegos después de Aquiles. Peleó con Héctor un día entero sin decidirse la victoria por ninguno de los dos. Tomada Troya se atravesó con su espada, no habiendo conseguido las armas de Aquiles, que disputó a Odiseo, y lleno de vergüenza por haber degollado en su delirio los rebaños de los griegos. (Véase el *Áyax furioso*, de Sófocles).

67. Esta escena entre Orestes y el frigio es más bien cómica que trágica, no obstante la situación especial del primero, poco a propósito para abandonarse a tan divertidos diálogos.

68. Pílades aparecía sin duda como personaje mudo cubierto con su máscara, y el mismo actor representaba su papel y el de Menelao. El tercero, en todo caso, se reservaba para el de Apolo, que no tarda en presentarse.

69. Los paganos observaban la costumbre de sacrificar antes de ciertos actos solemnes, como las declaraciones de guerra, las batallas, etc., lo cual hacían en Esparta los reyes, como los cónsules en Roma. En este caso era requisito indispensable que el sacrificador no estuviese manchado, como Orestes, con la sangre de su madre. Eurípides, sin embargo, no parece muy conforme con estas ceremonias externas, cuando indica más abajo que lo principal es tener el alma pura.

70. Esta exclamación de Menelao retrata al vivo su carácter de esposo débil y apasionado de su esposa infiel. Su recuerdo le atormenta, y no puede menos de expresarlo.

71. Quizá la intervención de Apolo, mirada por algún crítico moderno como un simple adorno de la tragedia para darle más pompa o interés, es necesaria, en nuestro concepto, para desatar el nudo, porque el pueblo argivo, dado caso de intervenir en la contienda, solo

trataría de cumplir su sentencia y matar a Orestes, no de incurrir en tan corto plazo en una flagrante contradicción.

72. Plazo indispensable para purificarse en el destierro del asesinato; según las costumbres griegas.

73. Región de la Arcadia, llamada así de Parrasio, hijo de Licaón, cerca del monte Estínfalo. Ovidio en el libro II, *Fast.*, dice: *Altaque Trœzene Parrhasiæque nives*.

74. Azanes, en la Arcadia, del monte Azán o Azón, próximo al Peneo y Estínfalo, célebre por la fuente de Azania, que, como la Clitoria, tenía la virtud de infundir la sobriedad. Estacio en el libro IV, *Teb.*, dice: *Venit et Idæis ululatibus æmulus Azan*.

75. Atenas.

76. Hebe o la Juventud, hija única de Hera, que servía el néctar a la mesa de los dioses. Resbalose un día en el ejercicio de sus funciones y cayó al suelo, avergonzándose tanto que no quiso comparecer más ante la celestial asamblea. Entonces robó Zeus a Ganimedes, que fue desde su ascensión al cielo el copero de los dioses. Hebe se casó después con Heracles.

Alcestis

* * *

ARGUMENTO

Desterrado Apolo del cielo por la muerte de los cíclopes, forjadores de los rayos con que Zeus mató a su hijo Esculapio, se refugió en el palacio de Admeto, rey de la Tesalia, cuyos ganados guardó, siendo recompensado por él generosamente. Agradecido a sus beneficios le salvó una vez la vida engañando a las Parcas, y obtuvo después el consentimiento de Zeus para librarlo de la muerte, si encontraba algún otro que quisiese morir por él. La empresa no era nada fácil, y hasta los padres de Admeto, ya ancianos, rehusaron hacer por su hijo este sacrificio. Sin embargo, Alcestis, su esposa, no vaciló en dar por él su vida, aunque joven, bella y reina, y dejando dos hijos huérfanos.

La acción de la tragedia comienza poco antes de morir Alcestis, y Apolo y la Muerte discuten sobre este suceso inminente. Ambos esposos se despiden uno de otro con la mayor ternura, y ella muere después muy llorada de todos sus servidores, que la adoraban por su bondad. Admeto se

dispone a celebrar sus funerales con gran pompa y aparato, cuando primero se presenta su padre, que trae dones mortuorios para la difunta, dando origen a un altercado nada edificante entre ambos, y después Heracles pidiendo hospitalidad, puesto que ignoraba la desdicha de su amigo el rey de los tesalios. El hijo de Alcmena, que ve impresas las señales del más acerbo dolor en el rostro de su huésped, le pregunta la causa con interés, y a pesar de su insistencia, nada averigua de positivo, porque Admeto desea hospedarlo, y si le descubre la verdad, se expone a que se ausente en busca de otro albergue. Sus réplicas anfibológicas inducen a Heracles a aceptar el hospedaje que se le ofrece, y en su consecuencia penetra en la hospedería aislada del palacio, y a fuer de buen gastrónomo se abandona por completo a los placeres de la mesa, y come y bebe de lo lindo, coronado de mirto y entonando escandalosos y báquicos cantares. El esclavo que le sirve, no pudiendo disimular su pena, excita las sospechas del héroe, que llega al fin a saberlo lodo. Apodérase entonces de sus armas, y escondiéndose junto al túmulo de Alcestis, sorprende a Hades cuando venía a gustar las fúnebres ofrendas, y le obliga a soltar su presa, devolviendo la vida a la difunta, y llevándola cubierta con un velo al palacio de su esposo. Empéñase en persuadir a este que la guarde hasta su vuelta, pretextando que la ha ganado legítimamente en unos juegos, en que se ofrecía por premio al vencedor, y tanto le importuna, que Admeto consiente en hacer este nuevo sacrificio por su amigo, quien le descubre al cabo que aquella mujer confiada a su custodia es su propia esposa.

Fácil es de ver que esta tragedia, así por la sencillez de su plan como por la moralidad que resulta de la acción, es una de las mejores de Eurípides, acercándose a las de Sófocles. Apolo, agradecido a los beneficios de

Admeto, premia su virtud sin proponerse la satisfacción de ninguna pasión mezquina e indigna de los dioses; Admeto obtiene merecida recompensa por la generosa hospitalidad que dispensa a Apolo y a su amigo Heracles; Alcestis resucita en justo galardón del sacrificio que hace por su esposo; y Heracles, correspondiendo a la amistad de Admeto, paga con usura la hospitalidad que de él recibe. La diferente condición social de la mujer entre nosotros, comparada con la que tenía en Grecia, y el resto de sentimientos caballerescos que todavía conservamos, nos hacen mirar con desagrado la aquiescencia del rey de los tesalios al sacrificio de su esposa, y vituperar el egoísmo de un soberano que, por amor a la vida, consiente en perder la mejor de las mujeres; pero debemos advertir que las costumbres griegas eran muy diversas de las nuestras, y que, suponiendo su existencia, no aparece su acción tan baja como antes. Faltando Admeto, sus hijos quedan entregados a Alcestis en edad temprana, y expuestos a todas las violencias e iniquidades consiguientes al elevado rango que en su país ocupan, y a los amaños e intrigas de los ambiciosos que quieren reinar; la Tesalia pierde un rey piadoso, respetado y justo en la flor de sus años, y corre grave riesgo de sufrir los peligros de una larga minoría o del cambio de soberano; y Apolo, protector de Admeto y de los tesalios, o revela su impotencia en remediar estos males, o, en la imposibilidad de recompensar directamente a su bienhechor y amigo, ha de permitir que baje a los infiernos la dueña del palacio, en donde encontró un asilo en su desgracia. Verdad es que también nos repugna la escena en que se injurian gravemente Feres y Admeto, padre e hijo, ya porque no se conforma con nuestras ideas modernas, ya porque parecen contradecir las que tenemos formadas de los antiguos, los cuales, según dicen, hacían alarde de su

respeto a la ancianidad. Téngase, no obstante, en cuenta que los dramáticos griegos, por regla general, no ofrecen caracteres como debieran ser, sino cómo son en realidad, y que sus personajes ceden siempre al sentimiento más espontáneo, natural y sencillo, aunque no sea el más moral, como sucede el *Áyax*, de Sófocles, que se suicida, ciego de vergüenza, al recobrar el juicio y reflexionar en el ridículo en que ha incurrido, y a Admeto, en esta tragedia que criticamos, airado contra sus padres por la pérdida de su amada esposa, y en situación poco a propósito para medir sus palabras y moderar sus pasiones. Lo mismo sucede con Alcestis, algo vana y presuntuosa a nuestro juicio, pero natural y sencilla a pesar de todo. La escena en que se despiden ambos esposos es bellísima, y no menos bella la en que Heracles presenta a Admeto su perdida compañera. Obsérvase también que Eurípides no altera la tradición mitológica, y que el desenlace y algunas escenas son más cómicas que trágicas.

Esta última circunstancia se comprende recordando que dicha tragedia era la cuarta de una tetralogía cuyas tres primeras fueron, por su orden, *Las Cretenses, Alcmeón en Psófide* y *Télefo*, y que por consiguiente ocupaba el lugar del drama satírico, y tenía cierto carácter cómico. Se representó siendo arconte Glaucino, en la olimpiada 86, 2, ganando Sófocles el primer premio y Eurípides el segundo, según se desprende de las palabras del autor del argumento griego de esta tragedia, que dice así: τὸ δὲ δρᾶμα ἐποιήθη ιζ.' ἐδιδάχθη ἐπὶ Γλαυκίνου ἄρχοντος πέ ὀλ. πρῶτος ἦν Σοφοκλῆς, δεύτερος Εὐριπίδης Κρήσσαις, Ἀλκμαίωνι τῷ διὰ Ψωφῖδος, Τηλέφῳ, Αλκήστιδι.

El argumento de *Las Cretenses* era relativo al crimen de Atreo cuando sirvió a su hermano Tiestes sus propios hijos, y su título provenía del coro,

compuesto de mujeres de Creta, servidoras de Aérope, la esposa de Atreo; el de *Alcmeón* a las aventuras de este en Psófide, en donde se casó con Alfesibea y fue castigado por su suegro Fegeo por haber contraído segundas nupcias con Calírroe, hija del rey Aqueloo, viviendo su primera esposa; y por último el de *Télefo* a la cura de la herida de este rey de la Misia, hecha por la lanza de Aquiles, que podía solo sanarla.

PERSONAJES

Apolo.

La Muerte.

Coro de ancianos de Feres.

Una esclava de Alcestis.

Alcestis, *esposa de Admeto.*

Un criado de Admeto.

Admeto, *rey de Feres.*

Eumelo, *hijo de Admeto y de Alcestis.*

Heracles.

Feres, *padre de Admeto.*

La acción es en Feres, en la Tesalia.

* * *

Vese en la escena el palacio de Admeto, del cual sale Apolo.

APOLO

¡Oh palacio de Admeto,[1] en donde, siendo dios, me senté a la mesa de los siervos! Porque Zeus dio muerte a mi hijo Esculapio,[2] lanzando la llama contra su pecho, y excitó mi ira hasta el punto de obligarme a matar a los

cíclopes, que forjan los rayos de Zeus, y mi padre en castigo me forzó a servir a un mortal. Cuando vine, pues, a esta región, apacentaba los bueyes de mi huésped, y desde entonces he protegido siempre a su familia. Yo, piadoso, tropecé con un varón que también lo era, con el hijo de Feres,[3] a quien salvé de la muerte engañando a las Parcas; concediéronme estas librar a Admeto del duro trance que le amenazaba si en su lugar llevaba otro muerto a los infiernos. Exploré la voluntad de todos, importuné a sus amigos, a su padre, a la anciana madre que lo dio a luz, y ninguno quiso morir por él y dejar de ver el sol, excepto su esposa, la cual ahora, llevada en brazos ajenos, está próxima a expirar: hoy morirá fatalmente. Y yo, para no contaminarme[4] en este palacio, abandono sus techos muy queridos. Ya veo a la Muerte, sacerdotisa de Hades, que la llevará al Orco; oportunamente llega hoy, porque Alcestis ha de morir sin remedio.

LA MUERTE (*con negros vestidos, negras alas*
y armada de su guadaña).

¡Ah, ah! ¿Qué haces junto a este palacio? ¿Por qué rondas, Febo? Segunda vez eres injusto, pues cercenas y usurpas honores debidos a los dioses infernales. ¿No te bastó impedir la muerte de Admeto, engañando dolosamente a las Parcas?[5] Ahora, armada tu diestra con el arco, parece que defiendes a la hija de Pelias, que ha prometido sacrificarse por su esposo.

APOLO

No te alarmes, que el derecho y razones sólidas están de mi parte.

LA MUERTE

¿Y para qué traes arco si tienes razón?

APOLO

Acostumbro llevarlo siempre.

LA MUERTE

¿Y te es lícito socorrer a los habitantes de este palacio?

APOLO

Me compadezco de las desdichas de un hombre querido.

LA MUERTE

¿Y me robarás también este muerto?

APOLO

Recuerda que no te arranqué el otro a la fuerza.

LA MUERTE

¿Cómo, pues, vive, y no está debajo de la tierra?

APOLO

Porque su esposa, por la cual vienes, se obligó a morir por él.

LA MUERTE

Y seguramente me la llevaré ahora a las mansiones subterráneas.

APOLO

Cuando te apoderes de ella, vete; no se si podré persuadirte...

LA MUERTE

¿Que mate a quien debo? Tal es mi deber.

APOLO

De ninguna manera, sino que te ensañes en trémulos ancianos.

LA MUERTE

Ya comprendo tu razón y tus deseos.

APOLO

¿Podrá Alcestis llegar a la vejez?

LA MUERTE

No; has de saber que también me agradan los honores que me tributan los mortales.

APOLO

Pero seguramente no te llevarás más de un alma.

LA MUERTE

Cuando mueren los jóvenes es mayor mi gloria.

APOLO

Y si muere anciana la enterrarán con pompa.

LA MUERTE

Estableces esta ley, ¡oh Febo!, en notoria ventaja de los ricos.

APOLO

¿Qué has dicho? ¿Eres acaso sofista, ignorándolo yo?

LA MUERTE

Los ricos, merced a sus riquezas, morirán entonces ancianos.

APOLO

¿No quieres concederme esta gracia?

LA MUERTE

No, seguramente; conoces mi carácter.

APOLO

Funesto a los hombres y odioso a los inmortales.

LA MUERTE

Nada conseguirás que no convenga.

APOLO

Te aplacarás, sin embargo, aunque tu crueldad es grande: vendrá al palacio de Feres un hombre que envía Euristeo para robar en la fría Tracia un carro tirado por caballos;[6] después de recibir hospitalidad en el palacio

de Admeto, te arrebatará por fuerza esta mujer, y nada tendré que agradecerte, y harás, no obstante, lo que quiero, siéndome odiosa siempre.

LA MUERTE

Por más que hables, nada conseguirás. Esta mujer, por tanto, descenderá al palacio de Hades. En su busca voy para comenzar el sacrificio con mi guadaña, porque consagrado queda a los dioses infernales aquel de cuya cabeza corto un solo cabello.[7] (*Entra en el palacio, y se retira Apolo*).

(*El coro, dividido en dos semicoros, aparece en seguida*).

PRIMER SEMICORO

¿Por qué tan tranquilos los atrios? ¿Por qué este silencio en el palacio de Admeto?

SEGUNDO SEMICORO

No vemos aquí ningún amigo que nos diga si ya debemos llorar la muerte de la reina, o si Alcestis, la hija de Pelias,[8] para mí y para todos la mejor de las esposas, ve todavía la luz.

PRIMER SEMICORO

¿Oye alguno alaridos de dolor, golpes de manos dentro del palacio, o llanto como sí se hubiera consumado el sacrificio? Al contrario, ni un esclavo hay a la puerta. Ojalá, ¡oh Peán!, que te aparezcas y aplaques las olas de estos males.

SEGUNDO SEMICORO

No callarían, sin duda, si estuviese muerta.

PRIMER SEMICORO

Según creo, aún no han sacado el cadáver del palacio.

SEGUNDO SEMICORO

¿Por qué dices esto? Aún no me abandono a mi alegría. ¿Cuál es tu

esperanza?

PRIMER SEMICORO

¿Cómo es posible que haga Admeto a su querida esposa ocultos funerales?

SEGUNDO SEMICORO

No veo delante de la puerta agua de fuente,[9] según se acostumbra cuando muere alguno, y ninguna cabellera aparece suspendida en el vestíbulo en señal de duelo, ni las jóvenes se golpean con sus manos.

PRIMER SEMICORO

Y este es el día... en que ha de bajar fatalmente al infierno.

SEGUNDO SEMICORO

¿Por qué dices esto? Me afliges y contristas mi corazón.

PRIMER SEMICORO

Conviene, cuando las calamidades agobian a los buenos, que sean llorados por todos aquellos que siempre los tuvieron por tales. (*Únense los semicoros*).

EL CORO

Estrofa. — No hay nave en parte alguna del orbe, aunque vaya a la Licia[10] o al árido domicilio de Amón, que pueda salvar la vida de esta desventurada: no tardará en cumplirse el cruel destino, y no veo junto a las aras sacerdote alguno a quien acercarme.

Antístrofa. — Solo el hijo de Febo,[11] si viese esta luz con sus ojos, podría arrancarla del tenebroso palacio y de las puertas de Hades: resucitaba los muertos antes que lo matase el dardo de fuego que Zeus vibra. Pero ahora, ¿qué esperanza puedo abrigar de que recobre la vida? Todo se ha hecho ya por la reina, y sangrientos sacrificios se han

acumulado en las aras de los diversos dioses, y sin embargo, no hay remedio alguno contra estos males. Pero he aquí una sierva que sale llorando del palacio.¿Vendrá a decirme que se ha trocado la fortuna? Perdonable es llorar cuando sufren nuestros dueños, si bien lo que deseamos saber ahora es si aún vive esa mujer, o si ha muerto.

UNA ESCLAVA

Puedes asegurar que está a un tiempo viva y muerta.[12]

EL CORO

¿Y cómo ha de ser posible vivir y morir?

LA ESCLAVA

Cercano está ya su fin, mas todavía respira.

EL CORO

¡Oh desventurado! Siendo tú cual eres, ¡qué esposa pierdes![13]

LA ESCLAVA

No lo sabrá mi señor hasta que no fallezca.

EL CORO

¿No hay esperanza alguna de salvarle la vida?

LA ESCLAVA

Ya llegó el día fatal.

EL CORO

¿Se preparan en su honor las debidas exequias?

LA ESCLAVA

Preparadas tiene ya su marido las galas mortuorias que han de adornarla.

EL CORO

Sabed, pues, que muere con gloria, y que es la mejor de las esposas a

quienes el sol alumbra.

LA ESCLAVA

¿Y cómo no lo sería? ¿Quién lo disputará? ¿Qué mujer habrá que la supere? ¿Cómo probará ninguna lo que ama a su esposo, sino muriendo por él voluntariamente? Y esto lo sabe toda la ciudad, y te admirarás de lo que ha hecho en el palacio. Cuando conoció que se acercaba el día funesto, lavó su cuerpo blanco con agua corriente, y sacando de sus arcas de cedro ropas y joyas, se vistió con elegancia, y delante del hogar oró así: «¡Oh señora mía!;[14] yo voy a los infiernos, y ya que por última vez te adoro, ruégote que protejas a los que dejo huérfanos, y des al uno esposa amada, a la otra noble esposo, y que ya que yo que soy su madre muero, no perezcan prematuramente mis hijos, sino que dichosos vivan en su patria bienaventurada». Llegose a todas las aras[15] que hay en el palacio de Admeto y las adornó, y oró, tejiendo una corona de ramos de mirto, sin dar gritos, sin gemir siquiera, y sin que su semblante se alterase un punto al aproximarse la hora funesta. Después entró en su tálamo, y allí lloró y dijo: «Adiós, lecho en donde hice homenaje de mi virginidad al hombre por quien muero; no te aborrezco, pero a mí sola me has perdido, que perezco por no hacerte traición, ni tampoco a mi esposo. Otra mujer te poseerá, si no más casta, acaso más afortunada». Volviose y lo besó, y regolo todo con lágrimas abundantes, que caían de sus ojos. Pero después que derramó copioso llanto, se alejó de él con los ojos bajos, y abandonó el aposento nupcial, y muchas veces dejó el tálamo y volvió a él, y muchas otras se recostó en el lecho y se levantó de nuevo. Los hijos lloraban sin soltar los vestidos de su madre, y ella los besaba, ya abrazando al uno, ya al otro, como la que ha de morir en breve. Y todos los criados lloraban también,

compadecidos de su dueña, y ella a todos ofrecía su diestra, y a ninguno, por bajo que fuese su ministerio, dejó de hablar, y él a ella. Tales son las desdichas que ocurren en el palacio de Admeto: si él hubiese muerto nada sentiría, y librándose de este trance sufre tal dolor que jamás lo olvidará.

EL CORO

¿Y gime Admeto por estos males, forzado a perder tan incomparable esposa?

LA ESCLAVA

Llora teniendo en sus brazos a su amada compañera, y, queriendo imposibles, le ruega que no lo abandone: ella se consume y desfallece, aniquilada por su enfermedad, y pesa triste en su regazo. Sin embargo, aunque respira lentamente, desea ver la luz del sol. (Nunca más, y por la vez postrera, mirará sus rayos). Pero iré allá y anunciaré tu venida, porque no todos quieren bien a sus soberanos, y benévolos los consuelan en sus males; no así tú, que eres antiguo amigo de mis dueños. (*Entra en el palacio*).

PRIMER SEMICORO

¡Ay, Zeus!, ¿cuál será el término de estos males y el remedio del desastre que amenaza a mis reyes?

SEGUNDO SEMICORO

¿Sale alguien? ¿Cortaré mis cabellos y nos vestiremos ya negros ropajes?

PRIMER SEMICORO

Ya no hay duda, amigos, ya no hay duda alguna; pero roguemos a los dioses, cuyo poder es grande.

SEGUNDO SEMICORO

¡Oh rey Peán!,[16] que encuentres algún alivio a los males de Admeto;

concédelo, concédelo, ya que antes de ahora lo hallaste, y la librarás de la muerte y ahuyentarás al mortífero Hades.

PRIMER SEMICORO

¡Hola, hola, oh, oh, hijo de Feres!; ¡qué desdicha es la tuya de perder a tu esposa!

SEGUNDO SEMICORO

¿No merece esto el suicidio, y aun algo más que suspender el cuello de elevado lazo?

PRIMER SEMICORO

No a una mujer querida, sino a la más querida verás muerta hoy.

SEGUNDO SEMICORO

Mira, mira cómo ella y su esposo salen del palacio. ¡Oh, clama!, ¡Oh, gime, tierra ferea, que la mejor de las esposas, devorada por la enfermedad, descenderá al infernal subterráneo de Hades!...

EL CORO

Nunca dejaré de negar que las nupcias traen más placer que dolor, y así lo infiero de lo que nos dice la tradición, y de esta desdicha del rey, quien, después de perder a su esposa, la mejor de todas, no podrá vivir una vida tolerable. (*Llega Alcestis, sostenida por sus esclavas, con Admeto y sus hijos*).

ALCESTIS

¡Sol y luz del día, aéreos torbellinos de ligeras nubes!

ADMETO

A ti y a mí nos ven; a dos desdichados que para morir en nada pecaron contra los dioses.

ALCESTIS

¡Oh tierra y techos de estos atrios, y nupciales tálamos de Yolco, mi

patria!

ADMETO

Ten ánimo, ¡oh desventurada!; no me abandones, sino ruega a los dioses poderosos que de ti se apiaden.

ALCESTIS (*mirando fijamente, como fuera de sí*).

Veo, veo una lancha de dos remos; Caronte,[17] el barquero de los muertos, teniendo en sus manos el garfio, me llama ya. «¿Por qué vacilas? Date prisa; tú sola me detienes». Con estas palabras me insta.

ADMETO

¡Ay de mí!, ¡qué amarga navegación me has recordado! ¡Oh desventurada!, ¡qué horribles desdichas sufrimos!

ALCESTIS

Alguien, alguien me lleva (¿no lo ves?) a la mansión de los muertos. ¿Qué haces? ¡Suéltame! ¡Qué peregrinación emprendo, ay mísera!

ADMETO

Triste para los que te aman, y aún más triste para mí y para tus hijos, que te llorarán conmigo.

ALCESTIS (*volviendo en sí*).

Soltadme, soltadme; recostadme, que ya no puedo sostenerme. La muerte se acerca, y noche tenebrosa envuelve mis ojos. ¡Oh hijos, hijos, ya no, ya no tenéis madre! ¡Adiós, hijos, y que veáis esta luz! (*Se desmaya*).

ADMETO

¡Ay de mí! Oigo esta triste palabra, peor para mí que el último suplicio. No, por los dioses; no me abandones, no, por tus hijos, que dejarás huérfanos; levántate, reanímate; si tú mueres moriré también. Tú eres para mí todo, viva yo o no viva: solo a tu amor rindo culto. (*Cae a sus pies y*

apoya la cabeza en su regazo).

ALCESTIS (*abriendo los ojos y fijándolos en Admeto*).

¡Oh Admeto!, (ves en qué estado me hallo), quiero hablarte antes de morir. Dejo la vida probándote mi respetuoso amor, y consiento en que veas esta luz al precio de ella, y cuando en vez de esto podría casarme con el tesalio que quisiera, y habitar en palacio de reyes, no deseo vivir sin ti con hijos huérfanos de padre, ni me apiadé de mí poseyendo gracias juveniles que me prometían largo deleite. Pero tu padre y tu madre te hicieron traición, aun cuando por su edad bien podían haber muerto con decoro, y salvado a su hijo y alcanzado gloria. Tú eras el único fruto de su himeneo, y faltando no tenían esperanza de engendrar otros. Y ambos hubiésemos vivido y no gemirías huérfano de tu esposa, ni educarías a hijos huérfanos también. Pero algún dios ha dispuesto que así suceda: sea, pues. Concédeme una gracia teniendo presente que yo nunca te pediré demasiado, si la vida vale tanto, y será justo lo que te suplique; tú mismo lo conocerás si eres prudente, como creo, y amas a estos hijos no menos que yo: sean ellos los señores en mi palacio y no les des madrastra, que, como ha de ser peor que yo, por celos maltratará a tus hijos y a los míos. Ruégote, pues, que no te cases segunda vez. La madrastra, que sucede a la esposa, es enemiga de los frutos del anterior matrimonio, y no más piadosa que una víbora. Y el varón tiene en su padre gran defensa (porque le habla y con él se entiende); pero tú, ¡oh hija mía!, ¿cómo te educarán mientras seas virgen para vivir honestamente, cual la esposa de tu padre? Torpe fama puede mancharte con su hálito, y en la flor de tu juventud desbaratar tus bodas. No será tu madre la que te lleve al altar del himeneo, ni te infundirá valor con su presencia en los dolores del parto, ¡oh hija!, porque nadie es tan

cariñoso como una madre. Pero debo morir, y no mañana o el día tercero de este mes,[18] sino que dentro de muy poco me contarán entre los muertos. Reíd alegres, que tú, ¡oh esposo!, puedes vanagloriarte de haber poseído la mejor de las mujeres, y vosotros, hijos, la mejor de las madres.[19]

EL CORO

Ten confianza; no temo hablar por él; hará cuanto deseas si no pierde la razón.

ADMETO

Se hará, se hará lo que ruegas; no temas, que si yo te poseí viva, después que mueras tú sola serás llamada esposa mía, y ninguna otra tesalia ocupará tu lugar, que no hay quien te iguale ni en nobleza ni en belleza. A los dioses pido que me dejen gozar de la compañía de mis hijos, que de la tuya no he disfrutado como quería. No llevaré tu luto un año, sino mientras durare mi vida, ¡oh esposa!, y odiaré a mi madre y rechazaré a mi padre, que me amaban en apariencia, no en realidad; tú me has salvado dando tu existencia por la mía. ¿Y no he de gemir perdiendo tal compañera? Se acabarán los banquetes, no vendrán ya mis comensales, y desaparecerán para siempre las coronas y los cánticos que llenaban mi palacio; jamás tocaré la lira, ni cantaré al son de la flauta libia, que contigo se van todos mis placeres. Tu imagen, obra de hábil artista, será colocada en mi tálamo, y me prosternaré ante ella, y la ceñirán mis brazos invocando tu nombre muchas voces, y se me figurará, aunque no sea cierto, que estrecho a mi esposa amada; frío deleite según creo, pero suficiente, no obstante, para aliviar el peso que me oprime. En mis sueños te aparecerás y me llenarás de gozo, que es grato ver de noche a los que amamos en cualquier ocasión que se presenten. Si yo tuviese el estro y la voz de Orfeo para aplacar con mis

versos a la hija de Deméter o a su esposo, descendería al infierno y te sacaría de él sin temer al perro de Hades, ni al barquero que, apoyado en sus remos, transporta a las almas, hasta que te restituyese a la luz. Espérame allí, pues, cuando muera, y prepara la morada en donde vivirás conmigo. Una misma caja de cedro nos encerrará a ambos, y uno junto a otro descansarán nuestros cuerpos, que ni muerto me separaré de ti, ya que tú sola me has sido fiel.

EL CORO

Y yo llevaré contigo triste luto, como un amigo por otro, por esta reina que tanto lo merece.

ALCESTIS

¡Oh hijos, ya habéis oído a vuestro padre, que me ha prometido no casarse jamás en daño vuestro, ni olvidarse de mí!

ADMETO

Y ahora lo ratifico, y así lo haré.

ALCESTIS

Bajo esta condición recibe mis hijos de mi mano. (*Pone en las de Admeto las mano de sus hijos*).

ADMETO

Los acepto, caro presente de una mano también cara.

ALCESTIS

Que seas tú en mi lugar la madre de estos niños.

ADMETO

Y mucho lo necesitan, huérfanos de ti.

ALCESTIS

¡Oh hijos! ¡Cuando convenía que yo viviera, desciendo a los infiernos!

ADMETO

¡Ay de mí! ¿Qué haré, pues, sin ti?

ALCESTIS

El tiempo mitigará tu pena: el muerto nada es.

ADMETO

Llévame contigo, por los dioses, llévame allá abajo.

ALCESTIS

Basta conmigo, que muero por ti.

ADMETO

¡Oh destino! ¡Qué esposa me arrebatas!

ALCESTIS

En tinieblas mis ojos ya me pesan.

ADMETO

Yo también muero si me dejas, ¡oh mujer!

ALCESTIS

Ya puedes decir que he muerto, y que nada soy.

ADMETO

Alza el rostro; no abandones a tus hijos.

ALCESTIS

Contra mi voluntad lo hago: adiós, hijos.

ADMETO

Míralos, míralos.

ALCESTIS

Nada soy ya.

ADMETO

¿Qué haces? ¿Nos abandonas?

ALCESTIS

Adiós.

ADMETO

Yo muero, desventurado de mí. (*Déjase caer Admeto en el seno de Alcestis*).

EL CORO

Ya expiró, ya no existe la esposa de Admeto.

EUMELO

¡Ay de mí! ¡Cuánta es mi desdicha! Ya mi madre bajó a los infiernos; ya no respira, ¡oh padre!, debajo del sol, sino que, abandonándome infortunada, me deja huérfano. Mira, mira sus párpados y sus manos inertes. Escucha, oye, madre, yo te lo ruego. Yo te llamo, yo, madre, tu tierno hijo; yo te llamo besando tus labios.

ADMETO

Ya ni oye ni ve: grave calamidad nos ha herido a todos.

EUMELO

Tan joven, ¡oh padre!, me veo abandonado, y me deja solo mi madre. ¡Oh qué tristes penas sufro! Y tú, mi tierna hermana...[20] también te afliges... ¡Oh padre!, en vano, en vano tomaste esposa, y no has llegado a la vejez en su compañía, que ha muerto antes: contigo, ¡oh madre!, perece también tu familia.

EL CORO

Preciso es, ¡oh Admeto!, que soportes con valor esta desventura: tú no eres ni el primero ni el último de los mortales que pierde una buena esposa; recuerda, pues, que necesariamente todos hemos de morir.

ADMETO

Lo sé, y este mal no ha sobrevenido de repente; pero por lo mismo que me era conocido, atormentábame hacía tiempo. Ea, pues, celebremos con pompa sus exequias: quedaos aquí, y relevándoos unos a otros, cantad lúgubre canción al cruel dios de los infiernos. Que todos mis súbditos de la Tesalia lleven luto por esta mujer, corten sus cabellos y vistan negras ropas; y vosotros, los que uncís los caballos a las cuadrigas, y cabalgáis en sendos corceles, cortad con el hierro sus crines. Que en la ciudad no se oiga el sonido de las flautas, ni los acordes de la lira, en doce lunas completas. Nunca daré sepultura a otro cadáver más amado, ni a quien más obligaciones deba: digna es de que yo la honre, ya que solo ha muerto por mí. (*Mientras canta el coro se llevan al palacio el cadáver de Alcestis, seguido de Admeto y de sus hijos*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh hija de Pelias!, que habites contenta en el palacio tenebroso de Hades, y que sepa el dios de negra cabellera,[21] y el anciano que con el remo y el timón transporta sentado a los muertos, que la mujer más buena, sí, la más buena, atravesará la laguna Aquerontia en la birreme barquilla.

Antístrofa 1.ª — Mucho te celebrarán los poetas, y la rústica lira de siete cuerdas, y canciones no acompañadas de ella, cuando los años, en su curso, traigan en Esparta el aniversario del mes Carneo,[22] y se vea la luna en toda su plenitud y en la brillante y feliz Atenas. Inagotable materia dejas al morir a los que rinden culto a las Musas.

Estrofa 2.ª — Ojalá que en mi mano estuviera, ojalá que me fuese posible devolverte a la luz desde el palacio de Hades y las ondas del Cocito,[23] con los remos del río infernal: que tú, la única, la mujer más

querida, tú sola has consentido en rescatar de los infiernos a tu esposo al precio de tu vida. Leve sea la tierra que te cubra, ¡oh mujer! Si tu marido eligiere nuevo tálamo, muy odioso me será, sin duda, y también a tus hijos.

Antístrofa 2.ª — Como ni su madre ni su anciano padre quisieran morir por Admeto, habiéndolo engendrado, ni consintieran en salvarlo, a pesar de sus blancos cabellos, tú, en la flor de tu juventud, te sacrificaste por tu esposo. Séame dado tener en mi lecho compañera tan leal, que es suerte rara en la vida; viviría conmigo siempre sin molestia.

HERACLES (*que llega desde lejos*).

Extranjeros que habitáis esta tierra de Feres, ¿podré encontrar a Admeto en su palacio?

EL CORO

En él está el hijo de Feres, ¡oh Heracles! Pero di: ¿qué asunto te trae a la región de los tesalios? ¿Cuál es la causa de tu venida a la ciudad ferea?

HERACLES

Dar remate a uno de los trabajos que me impone el tirinteo[24] Euristeo.

EL CORO

¿Y adónde vas? ¿Qué errante peregrinación te ha ordenado?

HERACLES

Robar el carro de cuatro caballos del tracio Diomedes.

EL CORO

¿Y cómo podrás conseguirlo? ¿No sabes acaso quién es ese extranjero?

HERACLES

No; nunca estuve en territorio bistonio.[25]

EL CORO

Sin pelear no te harás dueño de los caballos.

HERACLES

Pero tampoco podía oponerme a este trabajo.

EL CORO

Tendrás que matarlo para volver, o allí morirás.

HERACLES

No será, sin duda, mi primera lucha.

EL CORO

¿Y qué ganarás si lo vences?

HERACLES

Traer los caballos al rey de Tirinto.

EL CORO

No es fácil hacerles tascar el freno.

HERACLES

Lo tascarán, a no respirar fuego.

EL CORO

Pero despedazan en un momento a los hombres.

HERACLES

La carne humana es pasto de las fieras de los montes, no de caballos.[26]

EL CORO

Verás los pesebres teñidos de sangre.

HERACLES

¿Quién es padre del que se jacta de darlos tal alimento?

EL CORO

Ares[27] es el señor de los tracios armados de peltas, ricos en oro.

HERACLES

Tal es uno de los trabajos que el destino me ordena (siempre cruel y

extremado conmigo), puesto que he de pelear con los hijos de Ares, primero con Licaón,[28] después con Cicno, y en tercer lugar con los caballos y con su dueño. Pero nadie podrá decir nunca que el hijo de Alcmena ha temido a ningún enemigo.

EL CORO

Mira a Admeto, nuestro soberano, que sale de su palacio.

ADMETO

Salve, hijo de Zeus, de la sangre de Perseo.[29]

HERACLES

Salve tú, Admeto, rey de los tesalios; que seas feliz.

ADMETO

Tal sería mi deseo; ya antes me has dado pruebas de tu benevolencia.

HERACLES

¿Qué significa esta lúgubre tonsura?

ADMETO

Hoy he de sepultar cierto cadáver.

HERACLES

Que los dioses libren de males a tus hijos.

ADMETO

Mis hijos viven en el palacio.

HERACLES

¿Quizá habrá muerto tu padre, ya de edad avanzada?

ADMETO

Vive, y mi madre también, ¡oh Heracles!

HERACLES

¿Ha muerto acaso tu mujer Alcestis?

ADMETO

De dos maneras distintas podría replicarte.

HERACLES

¿Y hablas de ella como si estuviese muerta, o como si viviese todavía?

ADMETO

Existe y no existe, y su recuerdo me llena de dolor.

HERACLES

Nada entiendo; pronuncias palabras incomprensibles.

ADMETO

¿Ignoras su destino?

HERACLES

Sé que se había obligado a morir por ti.

ADMETO

¿Cómo ha de existir, pues, si consintió en esto?

HERACLES

¡Ah! No llores a tu esposa antes de tiempo; espera que llegue su día.

ADMETO

El que había de morir ha muerto, y el muerto ya no existe.[30]

HERACLES

Diferencia hay; tal es la opinión común sobre el ser y el no ser.

ADMETO

Tú piensas así, Heracles, y yo de otra manera.

HERACLES

Y al fin, ¿por qué lloras? ¿Cuál de tus amigos es el difunto?

ADMETO

Una mujer; de ella hablé hace poco.

HERACLES

¿Extranjera, o pariente tuya?

ADMETO

Extranjera; aunque, por otra parte, era de mi familia.

HERACLES

¿Y cómo perdió la vida en tu palacio?

ADMETO

Muerto su padre, se educó en él como huérfana.

HERACLES

¡Ay de mí! ¡Ojalá, Admeto, que no te encontrara agobiado por ese dolor!

ADMETO

¿Y por qué hablas así?

HERACLES

Buscaré hospitalidad en otra parte.

ADMETO

No debes hacerlo, ¡oh rey!; mucho lo sentiría.

HERACLES

Molesta es a los que lloran la venida de un huésped.

ADMETO

Los muertos, muertos están; vente a mi palacio.

HERACLES

No parece bien sentarse a la mesa de amigos afligidos.

ADMETO

El aposento para los huéspedes, que te aguarda, está separado del palacio.

HERACLES

Déjame ir, que me harás singular favor.

ADMETO

No debes ausentarte en busca de otro albergue. Ve delante (*A uno de sus servidores*), abre los aposentos para los huéspedes que no comunican con mi morada,[31] y manda a los esclavos que los sirven que te den abundante alimento; cerrad por dentro la puerta que da al palacio, pues no está bien que quienes cenan oigan nuestros lamentos, ni que contristemos a los huéspedes. (*Vanse Heracles y el esclavo*).

EL CORO

¿Qué haces? Tú, víctima de tan intolerable calamidad, ¿te atreves a recibir huéspedes? ¿Deliras acaso?

ADMETO

¿Y me alabarías, por ventura, si rechazase de mi morada y de Feres al que me pide hospitalidad? No seguramente, que en nada se disminuiría mi mal, y me llamarían inhospitalario, y a mis desdichas domésticas se añadiría la de recibir mi palacio ese dictado odioso. Heracles es el mejor de mis huéspedes cuando voy al árido país de Argos.

EL CORO

¿Cómo, pues, ocultabas la calamidad presente a ese recién venido, tu amigo, según dices?

ADMETO

No hubiera entrado en mi palacio conociendo mis males. Y paréceme que, si acaso se los participo, no aprobará mi conducta, ni me alabará; pero mis atrios no están acostumbrados a rechazar ni a despreciar a los extranjeros. (*Entra en el palacio.*)

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh palacio de varón liberal!, que a muchos has hospedado, al pitio Apolo, poderoso por su lira, su más digno habitante, que se rebajó hasta el punto de ser pastor de tus ovejas, cantando pastoriles epitalamios en las tendidas laderas con deleite de sus ganados.

Antístrofa 1.ª — Y atraídos por sus cantos pastaban cerca de Apolo pintados linces,[32] y le acompañaba escuadrón de rojos leones, abandonando los bosques otrios,[33] y junto a tu cítara, ¡oh Febo!, saltaba el manchado cervatillo cruzando con pies ligeros entre los ásperos abetos, alegre y bullicioso con tus versos.

Estrofa 2.ª — Por esto habita un palacio riquísimo en ovejas, cabe la laguna Bebia, de cristalina corriente, y por límites de sus campos y tierras aradas tiene el cielo de los Molosos, hacia donde el sol se pone, y domina en el mar Egeo hasta la costa escarpada del Pelión.

Antístrofa 2.ª — Y ahora, húmedos sus párpados, abre las puertas de su palacio para dar hospitalidad, y llora en su regia mansión la reciente muerte de su muy amada esposa. Las almas nobles son naturalmente bondadosas, y los hombres de bien disfrutan de los dones de la sabiduría. Confianza abrigo en mi corazón que su piedad ha de contribuir a que le sea propicia la fortuna. (*Mientras canta el coro, traen a Alcestis en su féretro, rodeada de todos los esclavos, que forman el fúnebre cortejo*).

ADMETO

Benévolos habitantes de Feres, que estáis aquí presentes: ya los servidores llevan el cadáver, adornado con toda pompa, a la pira y al sepulcro; vosotros, como es costumbre, saludad a la difunta, que sale ahora a recorrer su último camino.

EL CORO

Veo a tu padre, que se acerca con trémulos pasos, seguido de sus servidores, quienes traen en sus manos tristes galas para ofrecerlas en los funerales de tu esposa.

FERES

Como tú siento tus males, ¡oh hijo!; has perdido (y nadie podrá contradecirlo) una esposa buena y casta. Pero es menester que te resignes, por insufrible que sea tu desdicha. Acepta estos dones, que cubrirá la tierra; debemos honrar este cuerpo, ya sin vida por salvar la tuya; no ha consentido que la muerte me robe mis hijos, ni que la tristeza consumiese mi vejez, privado de ti. Todas las mujeres deben alabarla eternamente por su valor en ejecutar tan gloriosa hazaña. Adiós tú, que salvaste a este, y nos diste la mano cuando caíamos; que plácida descanses en el palacio de Hades. Con tales esposas debían casarse los mortales y nada perderían, pues de otra manera no les conviene contraer himeneo.

ADMETO[34]

Ni yo te he llamado para que vengas a estos funerales, ni me es grata tu presencia. Y jamás le servirán tus dones, que nada tuyo necesita para ser enterrada. Debieras haber llorado cuando yo estaba amenazado de muerte; pero te alejaste, y consentiste que muriera otra más joven, siendo tú viejo, y ahora te lamentas de la suerte de esta. No verdaderamente has sido para mí un padre, ni la que dice que me dio a luz, y por eso la llaman mi madre, sino que, nacido de sangre de esclavo, allegáronme a escondidas a los pechos de tu esposa.[35] Viniendo ahora has probado quién eres, y no creo que puedas llamarme hijo tuyo. Cobarde apareces como ninguno, cuando en edad tan avanzada, y habiendo llegado al término de la vida, no quisiste

ni osaste morir por tu hijo, sino que aprobaste el sacrificio de esta mujer extraña, a la cual, después de esto, miraré como si hubiese sido a un tiempo mi padre y mi madre. Y renunciaste voluntariamente a la lucha, gloriosa para ti, de dar por tu hijo una vida que de todas maneras habías de perder en breve; si lo hubieses hecho, esta y yo hubiésemos vivido tranquilos el resto de nuestros días, y no gemiría por estos males, privado de mi esposa. Sin embargo, disfrutaste de cuanto puede gozar un hombre feliz; reinaste joven, y me engendraste para heredar tu cetro, y te libraste de morir sin descendencia, y de dejar abandonado este palacio para servir a otros extraños. No dirás por eso que yo, menospreciando tu vejez, he merecido que me condenes a esa pena; siempre te honré como pocos, y en agradecimiento de esto tú y mi madre me correspondisteis de esa manera. Date, pues, trazas de tener pronto otros hijos que te alimenten ya viejo, te sepulten con pompa y celebren en tu obsequio suntuosos funerales. No seré yo quien lo haga, que he muerto ya para ti, si atendemos a tu probada voluntad; y si he encontrado otro salvador, y veo la luz, digo que seré su hijo, y cuidaré con ternura de su vejez. Vanamente los ancianos desean morir, maldiciendo la senectud y larga vida; si la muerte se acerca, ninguno la desea, y ya la vejez no les parece tan intolerable.[36]

EL CORO

Dejaos de eso ahora: bastante tiene con la calamidad presente, ¡oh Admeto!; no exasperes a tu padre.

FERES

¡Oh hijo! ¿A quién insultas con tales oprobios? ¿A algún esclavo tuyo lidio o frigio?[37] ¿Ignoras acaso que yo soy tesalio, y que lo era también mi padre, y hombre libre, según la ley? Con harta injuria me tratas, y ya que

has lanzado contra nosotros esos dicterios juveniles, no te irás de aquí sin oír lo que mereces. Yo, que te engendré para mandar en este palacio, y te eduqué, no debo morir por ti, que ni mis padres ni los griegos me han enseñado que los padres han de morir por sus hijos. ¿Qué injusticia he cometido contigo? ¿De qué bien te he privado? No mueras tú por mí, ni yo tampoco por ti. Gozas viendo la luz; y ¿por qué has de creer que a tu padre no sucede lo mismo? He pensado que debe ser insoportable vivir en el infierno, y que, por corta que sea la vida, es, no obstante, dulce. Tú sí que temes la muerte sin decoro, y vives evitando tu funesto destino, y arrancando a esta la vida; y tú, el más pusilánime de todos, ¿me acusas de cobarde, vencido por una mujer que muere por ti, ¡oh bello jovencito!? ¡Sagazmente discurriste no perecer jamás, si persuades siempre a tu esposa que imite a Alcestis, y después afrentas a tus amigos que no han querido hacerlo, siendo tú tan tímido! Calla y piensa que, si tú amas tanto la vida, los demás también la aman; y si me maldices, yo te devolveré tu maldición, y no sin justicia.

EL CORO

Sobradas injurias se han oído ya y se oyeron antes. Deja, ¡oh anciano!, de maldecir a tu hijo.

ADMETO

Habla, que yo hablé ya; pero si te amarga la verdad, no debieras haber faltado en mi daño.

FERES

Pecara, sin duda, muriendo por ti.

ADMETO

¿Es lo mismo que perezca un hombre en la flor de sus años que un

anciano?

FERES

Está dispuesto que vivamos una sola vez, no dos.

ADMETO

¡Así vivirás más que Zeus!

FERES

¿Conque insultas injustamente a tus padres?

ADMETO

Ya sé que no te desagrada una larga vida.

FERES

¿Pero no entierras en tu lugar este cadáver?

ADMETO

Prueba indubitable de tu timidez, ¡oh tú!, el más cobarde de los hombres.

FERES

Nadie afirmará que ha muerto por mi causa; no lo dirás tú, en verdad.

ADMETO

¡Ay de mí! ¡Ojalá que algún día me necesites!

FERES

Cásate muchas veces, y habrá más mujeres que mueran por ti.

ADMETO

Es para ti una afrenta: tú no quisiste dejar la vida.

FERES

Agrádame esta luz: es de Apolo, y pláceme sin duda.

ADMETO

Cobarde eres, no cual conviene a los hombres.

FERES

No te burlarás de mí enterrando el cadáver de un anciano.

ADMETO

Y morirás sin gloria cuando llegue tu última hora.

FERES

Después de muerto pueden decir de mí lo que quieran.

ADMETO

¡Ay, ay de mí! ¡Qué impudente vejez![38]

FERES

Alcestis no fue impudente, pero fue necia.

ADMETO

Vete, y déjame sepultar este cadáver.

FERES

Me iré y lo sepultarás, habiendo sido tú causa de su muerte; pero todavía pagarás lo que debes a sus parientes. No será hombre Acasto[39] si no venga a su hermana. (*Retírase*).

ADMETO

Que mueras tú y tu compañera; sobrevivid a vuestro hijo, vegetad como merecéis, que nunca habitaréis conmigo bajo el mismo techo. Si pudiera renegar de tu paternidad por medio de pregoneros, no vacilaría en hacerlo. Pero vamos (ya que es preciso sufrir el mal presente) a acompañar el cadáver a la pira.

EL CORO (*mientras el fúnebre cortejo abandona el teatro*).

¡Ay, ay de mí!, desventurada por tu osadía; adiós, noble y la mejor de las mujeres; que Hades y el infernal Hermes te acojan benévolos, y si allí hay premio para los buenos, que participes de él y te sientes junto a la esposa

del rey de los infiernos. (*Acompaña al fúnebre cortejo*,[40] *que sale de palacio*).

UN ESCLAVO

Muchos huéspedes he visto en el palacio de Admeto de distinta procedencia, a quienes he servido a la mesa; pero jamás traspasó sus puertas ninguno como este. En primer lugar, aunque vio llorar a mi amo, entró en él sin miramiento; después no aceptó con modestia los presentes que se le hicieron, sabedor de nuestra desdicha, y si algo le faltaba, nos llamaba hasta que se lo llevábamos. Y tomando en su mano la copa de yedra, bebió el vino puro de negra uva hasta que sus ardientes vapores lo envolvieron, y coronó su cabeza de ramos de mirto, aullando y cantando desatinos.[41] Oíase una doble melodía: él entonaba sus canciones, sin cuidarse de los males que afligen al palacio de Admeto, y nosotros los siervos llorábamos a nuestra soberana, y, sin embargo, ocultábamos al huésped las lágrimas de nuestros ojos, como nos lo había mandado nuestro amo. Y yo ahora lo invito al banquete, cuando será quizá algún ratero redomado o algún salteador, mientras mi dueña deja su morada, y no la acompaño, ni levanto al cielo mis manos, ni la lloro, cuando era mi madre y de todos los esclavos, librándonos de innumerables males siempre que aplacaba con su dulzura las iras de su esposo. ¿No he de aborrecer a un huésped que en tan mala ocasión ha llegado?

HERACLES (*que viene coronado de mirto*).

¡Ay de ti! ¿Por qué me miras con esos ojos torvos e inquietos? No agradan a los huéspedes tristes servidores, sino que los traten con cortesía. Tú, al contrario, que ves delante de ti a un amigo de tu dueño, con tu semblante compungido y fruncidas cejas descubres a las claras la aflicción que te causan males ajenos. Acércate aquí, para que aprendas a ser más

comedido. ¿Conoces la naturaleza humana? Yo creo que no; ¿y cómo había de ser? Óyeme, pues. Necesariamente han de morir todos los hombres, y no hay uno que pueda contar con el día de mañana. Todos ignoramos el camino que lleva la Fortuna, y ni puede adivinarse, ni hay arte que lo enseñe. Ya que has oído esta lección de mí, alégrate y bebe, mira como tuyos estos instantes, y de los demás no te acuerdes. Rinde culto a Afrodita, la diosa más grata a los mortales, y la más afable. De nada más te cuides, y sigue mi consejo si, como yo creo, te parece razonable. ¿No abandonarás tu excesiva tristeza, y beberás conmigo atravesando estas puertas coronado de guirnaldas? No dudes que el ruido de las copas te llevará a otra región más alegre, y disipará tu pena y tus cuidados. Como somos mortales, debemos saber lo que nos interesa, puesto que, a mi juicio, para los tristes y austeros la vida no es vida, sino una calamidad.[42]

EL ESCLAVO

Lo sabemos; pero no está ahora mi ánimo para tomar parte en banquetes y bromas.

HERACLES

La muerta es una mujer extranjera; no llores, pues, más de lo justo, que viven los dueños de este palacio.

EL ESCLAVO

¿Cómo que viven? ¿Ignoras la desgracia ocurrida en él?

HERACLES

Acaso me haya engañado tu dueño.

EL ESCLAVO

Excesiva es su bondad para con los huéspedes.

HERACLES

Y por celebrar los funerales de un extranjero, ¿no debía tratarme bien?

EL ESCLAVO

Sin duda los funerales son peregrinos en demasía.

HERACLES

Nada me ha dicho por ventura de alguna otra calamidad que le haya sobrevenido.

EL ESCLAVO

No te inquietes; las desdichas de nuestros dueños solo a nosotros afectan.

HERACLES

Tus palabras no aluden seguramente a males extraños.

EL ESCLAVO

A no ser así, de ningún modo debiera contristarte cuando piensas disfrutar de los placeres de la mesa.

HERACLES

¿Habré acaso sufrido grave injuria de los que me dan hospitalidad?

EL ESCLAVO

No has llegado al palacio en la mejor ocasión para que se te hospede; estamos de luto, y ya ves nuestra cabeza rasurada y nuestros negros vestidos.

HERACLES

Pero ¿quién es el muerto? ¿Alguno de los hijos de Admeto, o su anciano padre?[43]

EL ESCLAVO

Quien ha fallecido, ¡oh huésped!, es su esposa Alcestis.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Y después me disteis hospitalidad?

EL ESCLAVO

Hubiese sentido que te rechazara este palacio.

HERACLES

¡Oh desventurado!, ¡qué mujer perdiste!

EL ESCLAVO

Todos perecemos, no ella sola.

HERACLES

Ya me lo figuré, sin embargo, al ver su semblante, sus ojos llorosos y su cabeza rasurada; pero me hizo creer lo contrario asegurándome que celebraba esos funerales en honor de un extranjero. Contra mi voluntad traspasé estas puertas, y he bebido en el palacio de un hombre hospitalario, víctima de tal desdicha. ¿Y en tan crítica aflicción me regalé coronando mi cabeza? ¿Tú, hombre, por qué no me dijiste que pesaba sobre esta familia tan grave infortunio? ¿En dónde la sepulta? ¿En dónde podré encontrarla?

EL ESCLAVO

Fuera de las murallas, y cerca del camino que lleva derecho a Larisa,[44] verás un elegante túmulo.[45]

HERACLES

¡Oh corazón, que tantas empresas osaste! ¡Oh alma mía, prueba que naciste de Zeus y de Alcmena la Tirintia, hija de Electrión! Ahora debo salvar a la mujer que ha muerto hace poco, devolver Alcestis a este palacio, y probar a Admeto mi gratitud. Iré, pues, al Orco a visitar al rey de los muertos, de negro manto vestido, y lo acecharé, y acaso lo encuentre junto al túmulo, bebiendo la sangre de las víctimas. Y si me oculto y salgo de repente, me apodero de él y lo ciñen mis brazos, no hay quien pueda

arrancarme sus miembros magullados a no soltar esa mujer. Y si se me escapa esta presa y no viniera a saborear la ensangrentada torta,[46] descenderé al oscuro palacio de los infiernos, en donde habitan Hades y Perséfone, y les pediré a Alcestis, y espero traerla y entregarla al huésped que me da asilo en su palacio y no me rechaza a pesar de su grave desdicha; al contrario, la oculta por mi causa, llevado de su nobleza. ¿Qué pueblo será más hospitalario que el tesalio? ¿Qué griego más que Admeto? No dirá, pues, que ha sido benéfico con un ingrato, y que su generosidad no obtiene recompensa. (*Entra Heracles en el palacio, y poco después regresa Admeto con el coro*).

ADMETO

¡Ay, ay de mí!; ¡triste es para mí el acceso a este solitario palacio; triste su aspecto! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ah, ah! ¿Adónde iré? ¿En dónde me detendré? ¿Qué diré? ¿Qué no diré? ¡Ay si muriera! ¡Desventurado nací! ¡Dichosos los muertos, envidiable es su suerte; yo desearía habitar entre ellos! No me alegra la luz, ni que mis pies huellen la tierra. ¡Funesta prenda que me ha arrebatado la muerte para entregarla a Hades!

EL CORO

¡Sigue, sigue tu camino! Ocúltate en el ángulo más recóndito de tu palacio.

ADMETO

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Lamentables son tus males.

ADMETO

¡Ah, ah!

EL CORO

Natural es tu dolor; bien lo sé.

ADMETO

¡Ay, ay!

EL CORO

Pero en nada puedes favorecer a la muerta.

ADMETO

¡Ay de mí!; ¡ay de mí!

EL CORO

Triste es no ver más el semblante de una esposa amada.

ADMETO

Me has recordado lo que contrista mi ánimo. ¿Qué desdicha mayor para un hombre que perder una esposa fiel? ¡Ojalá que nunca hubiese contraído himeneo, ni vivido con ella en este palacio! ¡Felices los célibes y los que no tienen descendencia! Un alma sola es la suya,[47] y sufrir con ella mediana carga; pero intolerable es contemplar los lechos nupciales devastados por la muerte, y las enfermedades de los hijos, dependiendo de nosotros vivir siempre libres de tales molestias.

EL CORO

El destino, el destino incontrastable lo dispuso.

ADMETO

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Y no vencerás tus dolores...

ADMETO

¡Ah, ah!

EL CORO

Insufribles son en verdad; pero...

ADMETO

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Resígnate; no eres tú el primero que ha perdido...

ADMETO

¡Ay de mí!, ¡ay de mí!

EL CORO

...su esposa; otras desdichas agobian también a los demás hombres.

ADMETO

¡Oh luto y eterna aflicción por la muerte de la que amo, ahora debajo de la tierra! ¿Por qué me impediste arrojarme en su tumba, y con ella, con esa mujer, la mejor de todas, yacería yo también sin vida? Dos almas fidelísimas obedecerían a Hades en vez de una, y ambas habrían atravesado juntas el lago infernal.

EL CORO

Yo tuve un pariente, cuyo hijo único, digno de ser llorado, murió en su casa;[48] pero soportaba con moderación su desgracia, aun cuando quedó huérfano de edad ya provecta y blancos sus cabellos.

ADMETO

¡Qué triste aspecto tiene este palacio! ¿Cómo entraré en él? ¿Cómo habitaré en él, trocada mi fortuna? ¡Ay de mí! ¡Grande es mi desventura! Penetré en él en otro tiempo, cuando celebré en él mi himeneo a la luz de las antorchas del Pelión,[49] llevando de la mano a mi amada esposa; muchedumbre de amigos me acompañaba, ensordeciendo el aire con sus

cantos y alabando mi ventura y la de ella, hoy muerta, porque nobles ambos y de noble estirpe, nos habíamos desposado; ahora se oyen lamentaciones que odia Himeneo, y envuelto, no en blancos, sino en negros vestidos, me encamino al aposento desierto en donde yace mi nupcial tálamo.

EL CORO

Sobrevínote esta pena cuando te sonreía la fortuna, y no conocías los males; pero no perdiste la vida. Murió la esposa, quedó su amor; ¿qué hay de nuevo en esto? La muerte de una compañera ha roto muchos lazos como el tuyo.

ADMETO

Mejor es el destino de mi esposa, ¡oh amigos!, que el mío, aunque no lo parezca. Ni sufrirá ya más dolores, ni padecerá molestias, de que se ha libertado con gloria; pero yo, que no debía existir, libre ya de la muerte, pasaré triste vida. Ahora, ahora lo conozco; ¿cómo entraré en mí palacio? ¿A quién llamaré y quién me llamará? ¿Cómo hollaré contento sus umbrales? ¿Adónde me dirigiré? Me rechazará la soledad que reina dentro cuando contemple vacío el aposento de mi esposa y las sillas en que se sentaba, y nada más que el suelo y el techo; sus hijos caerán a mis rodillas llorando a su madre, y otros gemirán por la dueña del alcázar, que han perdido. Esto en mi palacio; fuera no me dejarán sosegar los ruegos de los tesalios para que otra vez me case, y largo séquito de mujeres; yo no tengo valor para ver las compañeras de mi esposa. Todos mis enemigos hablarán así de mí: «Vedlo, vedlo deshonrado; no tuvo valor para morir, sino que, vendiendo cobardemente a su cónyuge, conservó la vida; y después de esto, ¿creerá que es hombre?, y aborrece a su padre cuando él no quiso

perecer».[50] Así me infamarán para poner el colmo a mi desdicha. ¿Por qué, pues, he de desear la vida, ¡oh amigos!, si he de oír tales injurias, y tan hondamente afligido?

EL CORO

Estrofa 1.ª — También frecuentaba yo el trato de las musas, y me remonté al empíreo, y después de profanos estudios nada encontré tan poderoso como la necesidad, ni hallé remedio alguno contra ella en las tablas tracias, que dictó la voz de Orfeo,[51] ni en los medicamentos innumerables que Febo enseñó a los descendientes[52] de Esculapio, manantial de salud para los míseros mortales.

Antístrofa 1.ª — De nada sirve acudir a las aras de esta diosa, ni tampoco adorar su imagen; no hace caso de las víctimas. Que jamás en mi vida, ¡oh venerable deidad!, sea más infortunada de lo que he sido hasta ahora. Tú ejecutas cuanto Zeus ordena. Tú doblegas por la fuerza el hierro de los cálibes,[53] y no hay poder bastante para torcer tu voluntad.

Estrofa 2.ª — Y te estrechó, ¡oh Admeto!, con sus lazos inevitables. Resígnate, pues por más que llores, nunca devolverás a la luz a los que murieron y yacen en los infiernos. Hasta a los hijos de los dioses se lleva la Muerte a las mansiones subterráneas. La amábamos cuando con nosotros vivía, la amamos después de muerta; noble como ninguna era la compañera de tu lecho.

Antístrofa 2.ª — Que el túmulo de tu esposa no sea un montón de tierra como el de los demás difuntos, para que lo adoren los caminantes y le rindan culto, igual al de los dioses. Y alguno dirá, torciendo sus pasos: «Esta murió en otro tiempo por su esposo; ahora es diosa bienaventurada; salve, ¡oh mujer veneranda!, que nos concedas la felicidad». Tales voces la

saludarán. Pero he aquí al hijo de Alcmena, ¡oh Admeto!, que se acerca a tu palacio.

HERACLES (*con una mujer cubierta con un velo*).

Con libertad, ¡oh Admeto!, debemos hablar a los amigos, y no callar, guardando en el pecho nuestras reconvenciones. Como yo llegué a tiempo para acompañarte en tus desdichas, creí que me las hubieses participado para poner a prueba mi amistad; pero me hospedaste en tu palacio como si solo te afligiera mal ajeno, cuando el cadáver de tu esposa yacía en su féretro. Y coroné mi cabeza, y ofrecí libaciones a los dioses en tu triste palacio. Y sin embargo, me quejo, me quejo de esto, aunque sienta agravar tus desdichas. Te diré la causa que me trae aquí de nuevo. Guárdame esta mujer que te entrego hasta que vuelva con los caballos de la Tracia, después de matar al tirano bistonio. Si la suerte no me es contraria, como deseo, tornaré, y mientras tanto te la doy para que sirva a tu familia. Con mucho trabajo llegó a mi poder: asistí a un certamen de atletas en que se proponía premio digno de esfuerzo, y en él lo he conseguido ganando la victoria. A los vencedores en más fácil combate se daba un caballo; ganados a los que lograban la palma en más grave contienda, como en la lucha y en el pugilato; después seguía esta mujer, y como me encontrase allí casualmente, pareciome vergonzoso despreciar tan gloriosa recompensa. Cuida, pues, de ella, como te he dicho; no la he robado, que la gané peleando, y acaso me lo agradecerás algún día.

ADMETO

No por menosprecio ni por enemistad te oculté la suerte sin ventura de mi esposa, sino porque, además de este dolor, hubiera sentido otro si en distinto albergue buscaras hospitalidad; bastábame deplorar aquella

desdicha. En cuanto a esta mujer, te ruego, ¡oh rey!, que si me lo permites, la deposites en poder de otro cualquier tesalio, ya que entre los fereos cuentas muchos amigos, y así no me recordarás mis penas. No podría menos de llorar viéndola en mi palacio; no aumentes mi aflicción, que bastante tengo con la intolerable calamidad que ya conoces. ¿En qué parte del palacio se podrá educar tan tierna joven? Porque lo es, si algo significan su vestido y sus atavíos.[54] ¿Habitará, pues, bajo el mismo techo que los hombres? ¿Y cómo se conservará pura entre jóvenes? No es fácil refrenarlos, ¡oh Heracles!, y solo de lo que te interesa me curo ahora. ¿La llevaré acaso al ala del palacio, en donde se halla el tálamo de la difunta? ¿Y cómo la he de conceder su lecho? Temo dos clases de reconvenciones: una, de los ciudadanos, no sea que alguno me reprenda porque, faltando a una esposa adorable, duermo con otra doncella; y otra, de la muerta (digna de mi respeto) por el poco caso que de ella hago. Mas sabe tú, ¡oh mujer!, seas quien fueres, que tu figura es la misma que la de Alcestis, y tu cuerpo semejante al suyo. ¡Ay de mí! Por los dioses, quita esta mujer de mi presencia; no me asesines, que harta es mi desventura. Me parece que veo a mi esposa cuando la miro: túrbase mi corazón, y ríos de lágrimas brotan de mis ojos. ¡Oh desventurado de mí! Ahora comprendo la amargura de mi suerte.

EL CORO

Yo no puedo alegrarme de tu infortunio, pero sea cual fuere el don que los dioses te ofrezcan, debes aceptarlo.

HERACLES

¡Ojalá que fuese tanto mi poder, que de los infiernos trajese a la luz a tu esposa, y te probara así mi amistad![55]

ADMETO

Ya sé lo que deseas; pero ¿cómo lograrlo? No es posible que los muertos vuelvan a ver la luz.

HERACLES

No seas exagerado en tu dolor: súfrelo con moderación.

ADMETO

Es más fácil exhortarme a ello que tolerarlo.

HERACLES

¿Y qué ganarás gimiendo siempre?

ADMETO

Lo sé también; pero me arrebata el amor que me inspiraba.

HERACLES

Amar a un muerto fuente es de lágrimas.

ADMETO

Mi desgracia es superior a toda expresión.

HERACLES

Perdiste una buena esposa; ¿quién lo negará?

ADMETO

Hasta el punto de que la vida no tiene encantos para mí.

HERACLES

El tiempo mitigará tu pena, ahora en todo su vigor.

ADMETO

El tiempo, es verdad, si el tiempo es la muerte.

HERACLES

Te consolará una mujer, y desearás celebrar nuevas bodas.

ADMETO

Calla. ¿Qué has dicho? No lo esperaba de ti.

HERACLES

¿Cómo, pues? ¿No elegirás una compañera, y dejarás vacío tu lecho?

ADMETO

Ninguna dormirá a mi lado.

HERACLES

¿Y eso aprovechará algo a la difunta?

ADMETO

Esté donde estuviere, es menester honrarla.

HERACLES

Alabo, alabo tu propósito, pero no deja de ser una necedad.

ADMETO

Y haces bien, porque nunca me llamarás esposo de otra.

HERACLES

Lo alabo, porque eres fiel amante de Alcestis.

ADMETO

Moriré si le falto, aunque ya ella no exista.

HERACLES

Haz, sin embargo, lo posible por acoger dignamente en tu palacio a la que te presento.

ADMETO

No, por Zeus tu padre.

HERACLES

Y no obrarás bien si no lo haces.

ADMETO

Y si lo hago, el dolor desgarrará mi pecho.

HERACLES

Sigue mi consejo; quizá a trueque de este favor obtendrás proporcionada recompensa.

ADMETO

¡Ay de mí! ¡Ojalá que nunca hubieras vencido en la lucha!

HERACLES

Tú también venciste conmigo.

ADMETO

Bien has dicho, pero que esta mujer se vaya.

HERACLES

Se irá, si conviene; pero reflexiónalo primero.

ADMETO

Así ha de ser, si no quieres indisponerte conmigo.

HERACLES

Sé muy bien las razones que tengo para insistir tanto en mi propósito.

ADMETO

Tú triunfas, mas no me es grata tu acción.

HERACLES

Pero llegará tiempo en que me alabes; obedéceme siquiera ahora.

ADMETO (*a sus servidores*).

Lleváosla, pues, si la he de recibir en mi palacio.

HERACLES

No seré yo quien la entregue a tus servidores.

ADMETO

Guíala tú mismo, si quieres.

HERACLES

Al contrario, la dejaré en tus manos.

ADMETO

No la tocaré; puede ir cuando quiera a mi palacio.

HERACLES

Solo a tu diestra la confío.

ADMETO

¡Oh rey!, me obligas contra mi voluntad.

HERACLES

Atrévete a extender la mano y a tocar a tu huéspeda.[56]

ADMETO (*volviendo hacia atrás el rostro*).

Ya la extiendo, volviendo mi cabeza como si hubiese de mirar el rostro de la Gorgona.

HERACLES

¿La estrechas ya?

ADMETO

Sí.

HERACLES

Está bien; guárdala, pues; algún día dirás que el hijo de Zeus es un noble huésped. (*Quítale el velo*). Mírala; quizá te parezca semejante a tu esposa; ya eres feliz, ya debe acabar tu dolor.

ADMETO

¡Oh dioses! ¿Qué diré? ¡Milagro inesperado! ¿Miro verdaderamente a mi esposa, o mi alegría es juguete de algún dios?

HERACLES

No es eso; la que ves es tu misma esposa.

ADMETO

¿Será acaso algún espectro infernal?

HERACLES

No vayas a creer que tu huésped es encantador.[57]

ADMETO

¿Pero es esta mi esposa, la que sepulté hace poco?

HERACLES

No tengas la menor duda, aunque no es extraño que desconfíes así de la fortuna.

ADMETO

¿La tocaré y hablaré como si fuese mi esposa?

HERACLES

Háblala; tienes cuanto podías desear.

ADMETO

¡Oh rostro y cuerpo de mi amada cónyuge!; poséote contra lo que esperaba, y cuando pensé que jamás te volvería a ver.

HERACLES

En tu poder está; cuidado no excites la envidia de los dioses.

ADMETO

¡Oh noble hijo de Zeus Máximo!; que seas dichoso, y que te conserve el padre que te engendró. Tú solo me has devuelto la vida. ¿Cómo desde los infiernos la trajiste a la luz?

HERACLES

Peleando con el dios de las tinieblas.

ADMETO

¿En dónde dices que has trabado batalla con Hades?

HERACLES

Junto al mismo túmulo, acechándolo, y sujetándolo con mis brazos.

ADMETO

¿Y por qué no habla esta mujer?

HERACLES

No te es lícito oír su voz antes de ofrecer la debida expiación a los dioses infernales, y hasta que no pasen tres días.[58] Pero llévala a tu palacio, y ya que eres justo, sigue, ¡oh Admeto!, siendo piadoso con tus huéspedes. Y adiós; yo voy a emprender el trabajo que me ha ordenado el rey, hijo de Esténelo.

ADMETO

Quédate conmigo, y acepta la hospitalidad que te ofrezco.

HERACLES

Otra vez será; ahora me urge dejarte sin dilación.

ADMETO

Pues que seas feliz, y vengas aquí a la vuelta. Mando a los ciudadanos de Feras y a toda la tetrarquía[59] que formen coros en celebridad de este fausto suceso, que sacrifiquen víctimas en las aras, y que el incienso acompañe a sus súplicas. Nuestra vida ahora es mejor que antes; no negaré que soy dichoso.

EL CORO

Muchas formas toman los sucesos que el cielo ordena, y muchas cosas hacen los dioses contra nuestras esperanzas, y lo que parecía que había de suceder no se verifica, y por obra del cielo termina felizmente lo que no se aguardaba. Así ha acontecido ahora.

* * *

Notas

1. Admeto, rey de Feras, en Tesalia, uno de los argonautas y de los cazadores del famoso jabalí de Calidón. Apolo fue protector de su familia porque habiendo sido su pastor fue tratado con benevolencia, y por esta causa libró a su protegido de la muerte, prometiendo a las Parcas otro muerto. Ninguno de su familia quiso dar por él su vida, excepto su virtuosa esposa Alcestis, salvada por Heracles.

2. Esculapio, hijo de Apolo y de Coronis, dios de la medicina, que le enseñó su protector el sabio centauro Quirón. Acompañó a los argonautas, y a su vuelta resucitó a Esculapio, si bien lo trasladó al cielo, en donde forma una de las constelaciones del Zodiaco. Adorábasele principalmente en Epidauro, Atenas, Pérgamo y Esmirna, y le estaban consagrados el gallo y la serpiente, símbolo de la vigilancia y de la prudencia. Apolo, para vengarse de su padre, mató a los cíclopes, forjadores de los rayos, y por esta causa fue desterrado del cielo.

3. Feres, según dice Apolod., *Bibliot.*, 1, 9, 11, 14, fue hijo de Creteo y de Tiro, fundador de Feras, ciudad de la Magnesia, a algunas millas de la costa.

4. Recuérdese que Artemisa dice lo mismo cuando se acerca el momento en que debe expirar Hipólito.

5. Ni ahora ni después cuenta Eurípides cuál fuese este primer engaño de Apolo. El escoliasta, siguiendo a Esquilo, *Euménides*, 728, dice que embriagó a las Parcas.

6. Uno de los trabajos de Heracles, de orden de Euristeo: apoderarse del carro y de los caballos de Diomedes, rey de la Bistonia o Tracia, que se alimentaban de carne humana.

7. En *Electra*, en el sacrificio celebrado por Egisto y Orestes, el sacrificador corta también algunos pelos de la víctima y los arroja al fuego. Virgilio, en la *Eneida*, IV, 698, dice así:

8. Pelias, hijo de Poseidón y de la ninfa Tiro, rey de Yolco. De Anaxibia, hija de Biante, o según otros, de Filómaca, hija de Anfión, tuvo a Acasto y a Alcestis, Pisídice, Pelopia e Hipótoe. (Véase la *Medea*).

9. Alusiva a las abluciones que se hacían al cadáver.

10. Licia, región del Asia Menor, al sur de la Frigia, entre la Caria y la Panfilia, cuyas ciudades principales eran Mira y Patara, famosa por su templo de Apolo. A él alude Virg., *Eneid.*, IV, 143, cuando dice, comparando a Eneas con Apolo:

11. Esculapio.

12. Dice la esclava que es tan débil la vida de Alcestis, que se puede llamar muerta. Por esto añade al coro que tanto monta llamarla viva o muerta.

13. A Admeto, su señor.

14. Es probable que esta diosa a quien invoca Alcestis sea la Ἑστία griega (Vesta romana) que presidia al hogar doméstico, y cuyo culto, entre los helenos, era muy semejante al de los latinos. Era hija de Cronos y de Rea.

15. Las de los dioses penates o domésticos, patronos de la familia, así de las personas como de los bienes.

16. Παιάν, nombre que da Homero al médico de los dioses, y sobrenombre de Apolo y de su hijo Esculapio, como de dioses que curan los males físicos.

17. Muy sabido es que Caronte, hijo del Érebo y de la Noche, tenía la obligación de transportar a los muertos de una a otra orilla del Aqueronte, siempre que hubiesen sido sepultados y que le pagasen el óbolo del pasaje. Su barca era birreme, y llevaba, además un garfio para atracarla a la orilla.

18. El texto griego dice así: ... καὶ τόδ' οὐκ ἐς αὔριον, οὐδ' ἐς τρίτην μοι μηνὸς ἔρχεται κακόν. Hartung traduce *Ich muss ja sterben: dieses Schicksal stellt sich auch nicht etwa morgen oder übermorgen ein*. Fúndase sin duda en estas palabras del escoliasta: οὐκ εἰς τὴν αὔριον τοῦ μηνος τούτου οὐδ' εἰς τὴν μετὰ τὴν αὔριον, en las cuales el τρίτην μοι μηνὸς se comprende como el día que sigue al de mañana. La exactitud y la fidelidad que merece el original nos impiden aceptar su opinión, porque así no sería la versión cual debiera ser. Según todas las probabilidades, Alcestis alude a un plazo, vulgar entre los atenienses y muy conocido, ya sea que se refiera al que se concedía a los deudores por sus acreedores para el pago de sus deudas, ya al de los condenados a pena capital, que era de tres días, ya, en fin, porque en general se pagasen las deudas el día primero del mes.

19. Chócanos no poco lo que Alcestis hace valer su sacrificio a los ojos de su marido, con escasa modestia y excesiva alabanza de sí misma, lo cual no está muy acorde con nuestras costumbres. A pesar de esto y de lo inverosímil que parece tan larga tirada de versos en boca de una moribunda, no puede negarse que es un bello trozo de poesía dramática, tanto por el patético que en él domina, cuanto por la naturalidad de las ideas y sentimientos que

expresa. Si ella insiste con tanto ahínco en el sacrificio que hace por su marido, es para obligarlo más a cumplir sus deseos y llevada de su amor maternal, que la fuerza a mirar con previsión por la suerte de sus hijos. Solo así se disculpan algún tanto sus exageradas alabanzas.

20. No hay necesidad de decir que la hermana de Eumelo, personaje mudo, está presente, puesto que ya lo advertimos a la llegada de Alcestis. Es fácil de deducir que no debía ser muy tierna la edad de este hijo de Admeto y de Alcestis, porque sus razones y quejas casi son ya de hombre, y porque en edad más temprana solo se imita lo que se ve hacer a los demás.

21. Representábase de ordinario a Hades con una corona de ébano en la cabeza, en la mano unas llaves, y en un carro tirado de negros caballos.

22. Carnos fue un poeta, hijo de Zeus y de Europa, que debió morir con violencia, pues Apolo, para vengarlo, envió crudísima peste a los dorios. Para aplacarlo instituyeron en su honor las fiestas Carneas, que duraban nueve días del mes Carneo (agosto), casi en la misma época que las Olímpicas, y poco después de las Jacínticas. Había carreras y luchas, y según dice Aten. (XIV, pág. 635 D.) leíanse también composiciones poéticas. Adviértase que Apolo amó mucho a Carnos, a Alcestis y a Jacinto.

23. El Cocito era un arroyo del Epiro, de aguas negras y fangosas, que desembocaba en la laguna Aquerontia. De aquí la fábula de que corría por los infiernos.

24. Porque reinaba en Tirinto, ciudad de la Argólida, a corta distancia del golfo Argólico y al NE de Nauplia. Fue fundada por Tirinto, hijo de Argos.

25. Parte de la Tracia, al sur del monte Ródope.

26. No es fácil de explicar cómo ignora Heracles este apetito antropófago de las caballos de Diomedes, sabiéndolo el coro, a no suponer que su desidia y ningún temor a los peligros y ciega sumisión a las órdenes de Euristeo le impedían informarse previamente de las hazañas que acomete.

27. Ares fue dios muy venerado de los tracios.

28. En los mitólogos griegos solo encontramos un Licaón, hijo de Pelasgo y de Melibea o Cilene (Apolod., III, 8.º-1.º), a quien mató Zeus con un rayo; pero no puede ser este hijo de Ares, según asegura Eurípides. Cicno fue hijo de Ares y de Pelopia, y murió a manos de

Heracles.

29. Alcmena fue hija de Electrión, y este de Perseo.

30. Adviértase que Admeto no contesta a Heracles categóricamente, y que unas veces le dice que vive y que ha muerto, otras da a entender que falleció hacia ya tiempo, y otras, en fin, le habla en términos vagos y generales. Para nosotros, que conocemos su muerte, son claras sus palabras; no así para Heracles, que nada sabe.

31. El texto griego dice: δωμάτων ἐξωπίους ξενῶνας, *la hospedería que se halla fuera del palacio*, puesto que ἐξώπιος es un adjetivo, derivado del adverbio ἔξω, fuera. Aristófanes, *Tesm.*, 881, dice también αὐτὸς δὲ Πρωτεὺς ἔνδον ἔστ' ἢ 'ξώπιος. Esta hospedería era, por tanto, un ala lateral del palacio, ya a la derecha, ya a la izquierda de los aposentos que daban al patio, y no detrás de él, porque en este lugar estaban las habitaciones de las mujeres. Es probable que estuviera unida al edificio por un corredor y una puerta intermedia, y de aquí el epíteto μέσαυλος con que la distingue el poeta. Una vez cerrada, la hospedería quedaba incomunicada con el resto del edificio.

32. Esto es falso, porque los linces, animales carniceros, no se alimentan de hierba.

33. El monte Otris estaba al S de Feres, y llegaba hasta el Osa. Entre uno y otro, de SE a NO, hallábase la laguna Bebia. Los Molosos, famosos por sus perros, eran habitantes del Epiro. Según la descripción que hace aquí el coro, los dominios de Admeto tenían por límites al O el país de los Molosos, y el Pelión al E hasta el mar Egeo.

34. No puede negarse que en estas quejas de Admeto, según nuestras ideas, encontramos mucho que reprender y poco o nada que alabar. Parécenos el colmo del egoísmo, de la cobardía y de la infamia que un hombre digno injurie nada menos que a su padre por no haber querido morir por él, y que consienta en el sacrificio de su esposa, por salvar su vida, cuando en nuestro juicio debiera hacer lo contrario. Nosotros, en efecto, creemos que esto es lo racional, lo justo y lo verdadero. Tengamos, no obstante, en cuenta que, a pesar de la veneración que se mostraba en general a los ancianos antiguamente, y mucho más a los padres, con arreglo a sus creencias los viejos se miraban como una verdadera carga del Estado, y en algunos pueblos se sacrificaban inexorablemente. Sabido es también que la mujer se miraba de ordinario como un mal irremediable y necesario, y que en esas épocas heroicas lo primero y más sagrado, aquello a cuya salud todo se sacrificaba, era la persona

del rey, cabeza y eje del Estado, porque faltando, venían guerras y revueltas que se habían de evitar a toda costa. Sin embargo, esta escena entre Admeto y su padre Feres es más bien cómica que trágica, y en vez de excitar el terror y la compasión, solo a risa nos mueve, porque ridículo es, a no dudarlo, que un padre y un hijo se injurien tan gravemente, defendiendo lo que ambos defienden.

35. Los lectores recordarán que entre los griegos eran muy frecuentes estas sustituciones y exposiciones de hijos, como veremos en Ion, y como nos lo prueban algunas comedias de Terencio y de Plauto, y hasta ciertas leyes que se han conservado de romanos y griegos.

36. Verdadera y oportuna es esta observación, ya porque el amor a la vida nunca nos abandona, ya porque, en realidad y contra la común opinión, los bienes humanos son más numerosos que los males, y en fin, porque el hombre, por grande que sea su fe, teme siempre dejar un mundo conocido por otro desconocido. En esta verdad se funda la fábula de *El Leñador y la Muerte*.

37. Los lidios y frigios en la antigüedad, como sucedía hace algunos años en nuestras colonias de América con los negros de Loango y de Angola, vendían sus hijos y prisioneros de guerra a los demás griegos. Debían ser los que más abundaran y los más baratos, porque el poeta los nombra como a los más despreciables.

38. Poco edificante es, en verdad, este diálogo, y escandalosa o irreverente en sumo grado la conducta de Admeto. Llama cobarde a su padre, reniega de él, amenázale no sepultarlo como conviene a su rango y abandonarlo si algún día lo necesita, y por último le desea la muerte, y todo ello por no haber querido dar por él su vida. Con nuestras ideas modernas es incomprensible todo esto.

39. Acasto, hijo de Pelias y de Anaxibia o Filómaca (Apolod., *Bibl.*, libro I, 10), era hermano de Alcestis. Su esposa Creteida se enamoró de Peleo, el padre de Aquiles, y viéndose despreciada como la mujer de Putifar y Fedra, hizo creer a su esposo que había querido seducirla. Acasto intentó ahorcar a Peleo; pero pudo escaparse y después se vengó matando a uno y a otra, apoderándose de Yolco, su reino.

40. M. Artaud, I, 340, observa muy oportunamente que hay pocos ejemplos de que el coro abandone la escena, como sucede ahora. Solo ocurre esto en *Las Euménides*, de Esquilo, y en el *Áyax*, de Sófocles.

41. Ya hemos visto antes que Heracles ni siquiera sabe las extrañas propiedades de los caballos antropófagos de Diomedes; y ahora, consecuente el poeta con la idea singular que había formado del carácter de este héroe, nos lo ofrece entregado por completo a los placeres de la gastronomía, sin dársele un ardite de la aflicción de su huésped. Nada tiene, pues, de extraño que Aristófanes nos lo presente en sus comedias como un glotón borracho y grosero, ya para satirizar a Eurípides, ya quizá acomodándose a las ideas de su tiempo acerca de este personaje.

42. Eurípides, por boca de Heracles, condena aquí el ascetismo y la mortificación corporal como lo hubiese hecho un economista moderno. Adviértase, sin embargo, que con esta doctrina sucede lo que con otras muchas de aplicación práctica, que raras veces se observan con rigor. Los antiguos ascetas conocían la naturaleza humana mucho mejor que los materialistas modernos, puesto que sabían que, a pesar de los rigores de su predicación, pocos la observaban, y que para alcanzar una mediana virtud, era preciso defender el ascetismo. Para que el hombre llegue a la mitad siquiera del camino que ha de recorrer, debe poner su mira en lo más alto, porque su naturaleza lo arrastra hacia la tierra, y si no se le contiene, se hunde por largo tiempo en el cieno y la inmundicia.

43. Como antes preguntó Heracles a Admeto claramente si habían muerto sus hijos o su padre, replicándole aquel que uno y otros vivían, y ahora repite la misma pregunta al esclavo, es de presumir que lo hace, o por creerse engañado y para averiguar la verdad, o porque con sus libaciones y cánticos se ha olvidado de lo que antes dijo.

44. Ciudad de la Tesalia, a orillas del Peneo, capital de Ftiótide, en donde reinó Aquiles.

45. Según nos dice Cicerón, *De leg.*, l. II, cap. XXV, *in Athenis jam ille mos a Cecrope, ut aiunt, permansit ocius terra humandi; quam cum proximi injecerant, obductaque terra erat, frugibus obserebatur, ut sinus et gremium quasi matris mortuo tribueretur*. Los primeros monumentos funerarios de los griegos fueron montones de tierra, γῆς χῶμα, rodeados de un muro circular que los sostenía, κρηπίς. El sepulcro de Patroclo, τύμβον, que edificó Aquiles junto a los muros de Troya, era de esta especie. El de Aquiles, que se ve en el promontorio Sigeo, no era distinto de estos, y lo mismo debieron ser los de otros muchos héroes celebrados por Homero. Consistían en verdaderos túmulos, κολῶναι, formando eminencias más o menos elevadas. Tales eran las de las Amazonas, las de los frigios, la de

Enómao, el padre de Hipodamía, la de Ífito, Ticio y otros. Todavía se encuentran en Grecia muchos túmulos de esta suerte, observados unos por los viajeros modernos y descritos otros por Pausanias. Sirva de ejemplo la eminencia que se ve cerca de Psófide a orillas del Erimanto, cercada de cipreses, la cual, según opina M. de Pouqueville, es la tumba de Alcmeón. Hállanse túmulos como este en Italia y en el Asia Menor, y cerca de Micenas se veían otros, descritos por Pausanias, que tenían la forma cónica. Otros pueblos de la Grecia enterraban sus muertos en sepulcros abiertos en la roca viva, como se ve en los laberintos de Nauplia.

46. La de salsa mola, que se rociaba con la sangre de las víctimas.

47. El texto griego dice terminantemente μία γὰρ ψυχή, porque su alma es solo una. Estas palabras que pronuncia Admeto, inmorales en absoluto, porque revelan un deseo egoísta y antisocial, son, sin embargo, muy naturales en su estado, porque el hombre a quien ciega una pasión, no suele ser enteramente responsable de lo que dice. Verdad es que pocos debieran callar como él, porque si se ve solo, a sí, no a otro lo debe.

48. Estas palabras que Eurípides pone en boca del coro, han servido a varios glosadores para levantar castillos en el aire. Unos han sostenido que aludía a algún hijo de Pericles, cuando se sabe que los dos que tuvo murieron casi al mismo tiempo, y aquí solo se habla de uno; y otros que a Anaxágoras, del cual dice Cicerón en su *Tuscul.*, III, 14: *Fuerat enim auditor* (Eurípides) *Anaxagoræ, quem ferunt, nuntiata morte filii, dixisse: Sciabam me genuisse mortalem*. La verdad es, en nuestro concepto, que el coro dice esto en general para exhortar a Admeto a que sufra con resignación la pérdida de una esposa, cuando no ha faltado quien soporte con moderación la muerte de un hijo único.

49. La antorcha se componía de pedacitos de pino unidos empapados en resina, y servía en las nupcias y procesiones; su figura era cónica, encendiéndose por la base, no por el vértice, y en este caso los romanos le llamaban *tæda*. La *fax* era de un solo trozo de madera resinosa, acabado en punta y mojado en aceite o pez, o bien manojos de estopa bañada en cera, sebo, pez, resina otras materias inflamables metidas en un tubo de metal, ya continuo, ya formando una especie de enrejado.

50. Eurípides, conociendo que la acción de Admeto era innoble y egoísta, pone ahora en sus labios estas frases que expresan sus remordimientos. No se puede negar que, dada la

fábula de la tragedia, este es el lugar acomodado a las quejas de Admeto contra sí mismo, puesto que la conciencia, como juez sapientísimo, solo pronuncia sus sentencias acabada toda la causa, y cuando se disipa la pasión que perturba el ánimo.

51. Ya en nuestra nota al verso 936 del *Hipólito* hemos hablado de los órficos y de sus tablas. Enseñaban misteriosas ceremonias y cantos, con los cuales se recuperaban las perdidas fuerzas y se ahuyentaban las enfermedades y los espíritus malignos. Así lo dice Pausanias, IX, 30, pág. 768. Filócoro, en su *Tratado de la adivinación*, cita una poesía de Orfeo, y Pausanias dice de él que sus versos épicos aventajaron en belleza a los de todos sus predecesores. Heráclito el físico habla también de las tablas órficas, y el escoliasta de *Hécuba*, al verso 1243, Matth., dice así: οἱ μὲν περὶ τὸ Παγγαῖον εἶναι τὸ μαντεῖόν φασι τοῦ Διονύσου, οἱ δὲ περὶ τὸν Αἷμον, οὗ εἰσὶ καὶ Ὀρφέως ἐν σανίσιν ἀναγραφαί. Unos sostienen que el oráculo de Dioniso estaba en el monte Pangeo; otros que en el Hemo, en donde se guardan también las tablas de la doctrina de Orfeo.

52. Macaón y Podalirio, hijos de Esculapio y de Epione o Arsínoe, célebres médicos y hábiles cazadores, capitanes de los guerreros de la Ecalia en el sitio de Troya. Macaón curó a Menelao, herido de un flechazo, y murió a manos de Eurípilo, hijo de Télefo. Podalirio, después de la toma de Troya, naufragó y desembarcó en Caria, en donde se casó con la hija del rey. Ambos fueron adorados después de su muerte.

53. Pueblo poco numeroso del Asia, en la Paflagonia, entre los tibarenos al O y los mosinecos al E. Abundaba en su país el hierro, y se fabricaba allí mucho acero.

54. Es natural que Heracles, al devolver Alcestis a su esposo, y no queriendo que la reconozca de pronto, la cubra con un velo y la adorne de distinta manera de la que convenía a una mujer casada.

55. El doble sentido que tienen estas palabras de Heracles solo el público lo comprendía. Admeto nada sabe del noble propósito de Heracles, y por consiguiente solo mira sus palabras como la expresión de un deseo generoso; no así los espectadores, que han oído antes al héroe declarar su proyecto, que lo han visto ausentarse, y volver después con esa mujer velada.

56. Eurípides intenta sin duda persuadir al lector que si Admeto recupera a su esposa, es en premio de su hospitalidad, puesto que Apolo solo aparece al principio de la tragedia, no

después. Por otra parte, aquel rey lleva tan lejos su amabilidad, tratándose de un amigo, que por darle gusto se resuelve a hacer cuanto desea. Heracles, en cambio, quiere probarlo hasta el fin, y acumula ruego sobre ruego y exigencia sobre exigencia.

57. Ψυχαγωγός, conductor o guía de almas, exorcista, encantador, mágico. El escoliasta dice así: «Hay ciertos mágicos entre los tesalios que, en virtud de sus artes y encantos, evocan las almas de los muertos. Los lacedemonios los mandaron llamar cuando el alma de Pausanias se aparecía en el templo de Atenea Calcieco, y espantaba a cuantos se acercaban a él, según cuenta Plutarco en sus estudios sobre Homero».

58. Como Alcestis pertenecía ya a los dioses infernales y les había sido arrebatada, era menester aplacarlos con sacrificios. El plazo de tres días durante los cuales Alcestis no podía hablar, es parte de esa misma expiación.

59. La Tesalia (primitivamente Hemonia) era una de las siete regiones de la Península helénica, al S del Escardo y del Hemón, en la costa oriental, entre la Macedonia al N y la Grecia propiamente dicha al S. Confinaba al O con el Pindo, que la separaba del Epiro; al E con la mar, y al S con el monte Eta. El Olimpo, el Osa y el Pelión formaban una cadena casi paralela a la costa. Sus ríos principales eran el Esperqueo al S y el Peneo al N. Esta tetrarquía (cuatro provincias o gobiernos) eran, según Focio, la Tesaliótide, la Ftiótide, la Pelasgiótide y la Histiótide.

Medea

* * *

ARGUMENTO

Medea, hija del rey de la Cólquida, con cuya poderosa ayuda pudieron los argonautas conquistar el vellocino de oro, se había desposado con Jasón, dando a luz dos hijos, siguiéndole a Grecia, y estableciéndose con él en Corinto. Jasón, sin embargo, en vez de corresponder a los sacrificios que había hecho en su obsequio, ya cediendo al amor que le inspirara la hija de Creonte, rey de Corinto, ya por motivos de conveniencia personal, pretendió la mano de esta, y logró el asentimiento de su padre para celebrar sus segundas nupcias; pero Creonte entonces, conociendo el carácter vindicativo y vehemente de Medea, ya famosa por su crueldad y sus mágicas artes, decretó su destierro inmediato con sus hijos, y solo a sus ruegos consintió en aplazarlo, señalándole un nuevo término. Medea aprovechó este descanso para fingir su reconciliación con su esposo, y llevó su aparente docilidad hasta el punto de regalar a la nueva desposada una corona de oro y un riquísimo peplo. Desgraciadamente ambos dones

estaban envueltos en eficacísimo veneno, que estalló en el momento de ponérselos la hija del rey, devorándola juntamente con su padre. No contenta con esto, se vengó también de Jasón matando a sus hijos, y huyó impune a la corte de Egeo, rey de Atenas, atravesando los aires en un carro tirado por dragones.

Si sujetamos el análisis de esta tragedia a nuestro criterio moderno, no podemos menos de confesar que es una de las mejores de Eurípides, ya por la sencillez de su argumento, la sobriedad del plan y la perfección de sus detalles, como por el patético que en toda ella reina, y la maestría con que el poeta desenvuelve el carácter cruel y apasionado de su singular protagonista. Así comprendemos también que todavía se sostenga en nuestra escena, y la multitud de imitaciones que se han hecho de ella. Entre los griegos, Neofrón de Sición; Ennio, Pacuvio, Aecio, Ovidio y Séneca, entre los romanos; el italiano Ludovico Dolce; el inglés Glower; La Peruse, P. Corneille, Tomás Corneille, Longepierre, Pellegrin y Clément entre los franceses, han seguido las huellas de Eurípides y de Séneca, deslumbrados, sin duda, por la creación de esta mágica heroína, sin rival en la dramática antigua y moderna.

Los críticos que la han analizado no están de acuerdo en sus juicios, y tanto Aristóteles como Augusto Guillermo Schlegel, Lefranc y otros desaprueban algunas de sus partes, aunque a nuestro poco autorizado parecer no se fijen en su defecto capital, que es el sello puramente humano que la distingue, lo cual, desde el punto de vista helénico, es lo más importante. Jasón, en efecto, se casa con la hija de Creonte por razones de utilidad personal, y Medea se venga de él y de los príncipes de Corinto envenenándolos y asesinando a sus hijos, y huye impune después de

cometer tales atentados. La moral de la fábula es, por tanto, incompleta, porque el principal delincuente, que es Medea, nada sufre en castigo de sus crímenes, al par que la pena de Jasón, de Creonte y de su hija es desproporcionada. El desenlace trágico no es el que debiera ser, porque estas luchas horribles, que trastornan el mundo moral, no se calman y apaciguan devolviéndole su anterior armonía, como sucede en las de Sófocles y Esquilo. En nuestra opinión, el mérito principal de esta tragedia consiste en el carácter y en la situación dramática de Medea, arquetipo de la mujer fuerte, de pasiones enérgicas, exagerada y vehemente en su amor y en su odio, herida como una leona en lo que más ama, rodeada de ingratos y de hombres inferiores en todo a ella, pero osada y terrible en sus iras y ardiente en su venganza, como el Sol, de quien desciende. Jasón, cual Teseo con Ariadna y Eneas con Dido, es un personaje que, bajo distintos nombres, aparece no una vez sola en la poesía pagana. Para comprender el valor dramático de esta tragedia, baste recordar que han transcurrido cerca de dos mil trescientos años desde su primera representación, y hoy no podemos asistir a ella sin sentirnos profundamente conmovidos, cuando casi ha desaparecido el pueblo que la produjo, y los imperios más vastos y poderosos han caído en tierra, y ha quedado desierto el Olimpo, y son distintas nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestra cultura.

En cuanto a la fecha de su representación, parece indudable que se verificó antes de la guerra del Peloponeso, si valen algo tres datos de alguna importancia que existen referentes a este punto. El autor del argumento griego dice así:

Ἐδιδάχθη ἐπὶ Πυθοδώρου ἄρχοντος κατα τὴν ὀγδοηκοστὴν ἑβδόμην Ὀλυμπιάδα. πρῶτος Εὐφωρίων, δεύτερος Σοφοκλῆς, τρίτος Εὐριπίδης.

Μήδεια, Φιλοκτήτης, Δίκτυς, Θερισταὶ σάτυροι. Οὐ σῴζεται.

Dedúcese, pues, de estas palabras que se representó en el arcontado de Pitodoro, el año primero de la olimpiada 87 (432 antes de Jesucristo), y que concurrieron a este certamen dramático Euforión, hijo de Esquilo, que ganó el primer premio, Sófocles el segundo, y Eurípides el tercero. Además, en la misma tragedia leemos estos versos, que pronuncia Medea:

χρὴ δ' οὔποθ' ὅστις ἀρτίφρων πέφυκ' ἀνὴρ,
παῖδας περισσῶς ἐκδιδάσκεσθαι σοφούς·
Χωρὶς γὰρ ἄλλης ἧς ἔχουσιν ἀργίας
φθόνον πρὸς ἀστῶν ἀλφάνουσι δυσμενῆ.
Σκαιοῖσι μὲν γὰρ καινὰ προσφέρων σοφὰ
δόξεις ἀχρεῖος κοὐ σοφὸς πεφυκέναι. κ. τ. λ.

en los cuales parece aludir Eurípides a las persecuciones que sufrieron los filósofos antes de la guerra del Peloponeso, según Plutarco, *Nic.*, cap. XXIII, y de cuyas resultas se vio la célebre Aspasia en inminente peligro de muerte, salvándose solo a ruegos de Pericles. Por último, en los versos 825 y 26 llama el coro al Ática ἱερᾶς χώρας ἀπορθήτου τε, «región sagrada e inexpugnable», indicando, sin duda, que aún no había sufrido los tristes reveses que después experimentó en la guerra.

PERSONAJES

La nodriza de Medea.

El pedagogo, *o ayo de los hijos de Medea.*

Medea.

Coro de mujeres corintias.

Creonte, *rey de Corinto.*

Jasón.

Egeo, *rey de Atenas.*

Un mensajero.

Los hijos de Medea.

La acción es en Corinto.

* * *

Vese en la escena el palacio de Creonte.

LA NODRIZA

¡Ojalá que la nave *Argo*[1] no volase a la Cólquida[2] y a las cerúleas Simplégadas,[3] y que nunca cayese en tierra el pino cortado en las selvas del Pelión,[4] ni la hubiesen armado de remos los héroes muy ilustres que fueron a conquistar el vellocino de oro de Pelias![5] No hubiera navegado mi dueña Medea hacia las torres del campo de Yolco,[6] enamorada de Jasón, ni las hijas de Pelias habrían dado muerte a su padre, ni habitaría en Corinto[7] con su esposo y sus hijos, muy querida de estos ciudadanos, a cuyo país vino fugitiva, y complaciendo sin tasa a Jasón; que el lazo más fuerte del matrimonio es la completa sumisión de la esposa al esposo. Pero hoy todo le es hostil, e indecibles sus sufrimientos. Jasón, faltando traidoramente a sus propios hijos y a mi dueña, contrae regias nupcias con la hija de Creonte,[8] rey de Corinto. La desdichada Medea, herida ignominiosamente en la fibra más sensible de su corazón, clama y jura, invoca la fidelidad que Jasón le prometió al darle su diestra, y pone a los dioses por testigos de su ingratitud. Yace sin tomar alimento, presa de intolerables dolores y siempre deshecha en lágrimas, desde que tuvo noticia de la injuria que su esposo le

hacía; ni levanta sus ojos, ni los separa de la tierra, sino que, impasible como una piedra o como las olas del mar, oye los consejos de sus amigos, a no ser cuando inclina su muy blanco cuello y llora a su padre amado, a su patria y sus palacios, abandonados por acompañar a su esposo, que ahora la desprecia. La infortunada aprende a conocer sus penas a costa de lo que vale el suelo patrio. Odia a sus hijos y no se alegra al verlos. Y temo que maquine algo funesto, que es de carácter vehemente y no puede sufrir injurias. Yo, que lo sé, me estremezco al pensar que acaso atraviese sus entrañas con afilado acero, o que mate a la hija del rey y al que se casó con ella, y le sobrevengan después mayores desdichas. Repito que es de carácter vehemente y que ningún adversario triunfará de ella con facilidad. Pero he aquí a sus hijos, que vienen del gimnasio en donde corren los carros, sin pensar en su madre, porque en su edad juvenil no se suelen sentir los males.

EL PEDAGOGO (*con los hijos de Medea*).

Antigua esclava del palacio de mi dueña: ¿por qué estás sola a la puerta reflexionando en tu infortunio? ¿Cómo es que Medea no apetece tu compañía?

LA NODRIZA

Anciano ayo de los hijos de Jasón: los buenos esclavos comparten las desventuras de sus amos y padecen también. Tan grande es mi dolor, que vengo a contar a la tierra y al cielo los infortunios de mi señora.[9]

EL PEDAGOGO

¿No cesa de gemir la desdichada?

LA NODRIZA

¡Singular es tu candor! Ahora empieza; aún no ha llegado a la mitad del camino.

EL PEDAGOGO

¿Nada sabe la inocente, sí es lícito hablar así de nuestros señores, de sus males novísimos?

LA NODRIZA

¿Qué hay, ¡oh anciano!? Dímelo al instante.

EL PEDAGOGO

Nada; ya me arrepiento de haber hablado.

LA NODRIZA

Te ruego, por tu barba, que nada ocultes a tu consierva, que, si es necesario, guardará silencio.

EL PEDAGOGO

Oí a uno casualmente (fingiendo no escucharlo, y acercándome al juego de los dados,[10] junto a la fuente sagrada de Pirene,[11] en donde se reúnen muchos ancianos) que Creonte, señor de esta tierra, había decretado que los hijos y la madre la dejasen. No sé si ese rumor es o no cierto; yo quisiera que no lo fuese.

LA NODRIZA

¿Y consentirá Jasón que sufran tal pena sus hijos, aunque no ame a la madre?

EL PEDAGOGO

Los nuevos amores triunfan de los antiguos, y Creonte no es amigo de la familia de Medea.

LA NODRIZA

Perdidos somos si al mal antiguo se añade el que anuncias, cuando aún no hemos apurado el primero.

EL PEDAGOGO

Pero tranquilízate (porque no conviene que lo sepa nuestra dueña), y calla la noticia.

LA NODRIZA

¿Ois, hijos, cuán cariñoso es con vosotros vuestro padre? No deseo que muera, es mi señor; pero es criminal su conducta con prendas tan caras.

EL PEDAGOGO

Entrad en el palacio, que no será inútil, ¡oh hijos! Aléjalos tú cuanto puedas de su madre, y que no los vea airada. He observado el furor que expresaban sus ojos al mirarlos, como si algo tramara, y no se aplacará su ira, lo sé bien, como no la descargue en alguno. ¡Ojalá que la víctima sea algún enemigo, no un amigo!

MEDEA (*desde dentro*).

¡Ay de mí, desventurada y mísera! ¡Ay de mis penas! ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Cómo moriré al fin?

LA NODRIZA

Esto es lo que os decía, amados hijos; vuestra madre se agita, su bilis se remueve. Entrad pronto en el palacio, que no os vea; no os acerquéis a ella; guardaos de su índole cruel, y del ímpetu terrible de sus pasiones. Marchaos ya, entrad cuanto antes. Ya se levanta la nube; no tardará en estallar con mayor furia. ¿Qué hará en su rabiosa arrogancia, qué hará su ánimo implacable, aguijoneado por el infortunio?

MEDEA

¡Ay, ay, ay, ay de mí! ¡Qué males sufro, mísera! ¡Qué males sufro tan deplorables! ¡Hijos malditos de funesta madre: que perezcáis con vuestro padre; que todo su linaje sea exterminado!

LA NODRIZA

¡Ay de mí, ay de mí, ay de mí, desventurada! ¿Por qué han de expiar tus hijos las faltas de su padre? ¡Ay de mí! ¡Pobres hijos! ¡Cuánta es mi angustia, cuánto mi deseo de que nada sufráis! Crueles son los tiranos, y como mandan mucho y obedecen poco, difícilmente se aplacan sus iras. Mejor es acostumbrarse a vivir modestamente. Que yo envejezca tranquila, no rodeada de magnificencia. El solo nombre de medianía es ya grato, su posesión el mayor beneficio de que disfrutan los mortales; nunca los excesos aprovechan a los hombres; al contrario, mayores son las calamidades que los dioses, cuando se enfurecen, lanzan contra las familias.

EL CORO

He oído las voces, he oído los clamores de la desdichada que nació en Colcos, y cuya ira no se ha mitigado todavía. Cuéntanos, ¡oh anciana!, lo que sucede; he oído lamentos en ese palacio de doble puerta,[12] y no me placen los infortunios de esa familia, ¡oh mujer!, a quien tengo afecto.

LA NODRIZA

Ya no existe; merced a estos sucesos ha desaparecido. Él duerme ahora en regio tálamo; la dueña se consume en su lecho, y no tiene amigos que la consuelen.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Que el fuego del cielo me abrase! ¿Qué gano yo con vivir? ¡Ay, ay! ¡Que la muerte me arrebate esta triste vida!

EL CORO

¿No habéis oído, Zeus, Tierra y Luz, las voces de la infeliz esposa? ¿No ves que tu insaciable deseo al verte sola en tu lecho, ¡oh insensata!, precipitará tu muerte? Vano será tu anhelo. Si tu marido descansa en nuevo tálamo, no te enfurezcas contra él, que Zeus te vengará. No te

contristes más de lo justo llorando a tu compañero.

MEDEA

¡Oh magna Temis y reverenda Artemisa!; ¿veis lo que sufro a pesar de los sagrados juramentos que ligan a mi execrable esposo? Ojalá que lo vea con su esposa (ya que han osado ofenderme primero) bajo las ruinas de su palacio, ¡oh ciudad!, ¡oh padre!, a quienes abandoné torpemente después de matar a mi hermano.[13]

LA NODRIZA

Ya oís lo que dice, y cómo invoca a Temis y a Zeus,[14] a quienes los hombres miran como a defensores de los juramentos. No es posible que mi señora aplaque fácilmente sus iras.

EL CORO

Ojalá que Medea se presente y atienda mis ruegos, si se ha de mitigar su furiosa ira y los ímpetus de su rabia. Nunca faltaré yo a los deberes de la amistad. Ve, pues, y sácala de su palacio, y dile que la amamos; apresúrate, antes que descargue su furor en los que están dentro; las lágrimas corren aquí con furia.

LA NODRIZA

Así lo haré, aunque no tengo confianza en persuadir a mi señora; os complaceré, sin embargo, aunque se lanza contra sus servidores como leona recién parida, si alguno se acerca a hablarle. No errarás si llamas necios e imprudentes a los hombres de los pasados tiempos, que para regocijo de la vida inventaron los himnos en fiestas, banquetes y cenas, y ninguno intentó disiparla con la música o el canto, acompañado de muchas liras, y por eso los asesinatos y las más fatales desgracias arruinan a las familias. Ventajoso hubiera sido curar con el canto los males de los hombres; porque

en un alegre festín, ¿a qué modular la voz agradablemente? Él solo, si es espléndido, deleita a los mortales.

EL CORO

He oído lúgubres clamores, he oído lamentos; quéjase amargamente del traidor a quien dio su mano, de su malvado esposo. Llena de ignominia invoca a Temis, hija de Zeus, defensora de los juramentos, que la arrastró a la Grecia enfrente de su patria,[15] atravesando de noche los mares hasta llegar a este salado y marino estrecho, de difícil paso.

MEDEA

Salgo de mi palacio, ¡oh mujeres corintias!, para que no me reconvengáis. Sé bien que algunos que viven en el extranjero, lejos de su patria, son orgullosos, y que otros, de costumbres apacibles y olvidadizos de ella, pasan tranquilamente la vida.[16] No mora la justicia en los ojos de los hombres, pues antes de conocer a fondo a los demás, odian a la simple vista, sin ser provocados a ello por injuria alguna. El que recibe hospitalidad debe adoptar las costumbres de la ciudad que se la da, pues no alabo al ciudadano, sea el que fuere, de arrogante índole que con su necedad molesta a sus conciudadanos. Este mal, que me ha sobrevenido cuando no lo esperaba, ha desgarrado mi corazón acabando conmigo, y como la vida no tiene ya atractivo para mí, deseo morir, ¡oh amigas! Mi esposo, el peor de los hombres, me ha abandonado, cuando en él tenía cifrada mi mayor dicha; de todos los seres que sienten y conocen, nosotras las mujeres somos las más desventuradas, porque necesitamos comprar primero un esposo a costa de grandes riquezas[17] y darle el señorío de nuestro cuerpo; y este mal es más grave que el otro, porque corremos el mayor riesgo, exponiéndonos a que sea bueno o malo. No es honesto el

divorcio en las mujeres, ni posible repudiar al marido.[18] Habiendo de observar nuevas costumbres y nuevas leyes, como son las del matrimonio, es preciso ser adivino (no habiéndolas aprendido antes, como sucede, en efecto) para saber cómo nos hemos de conducir con nuestro esposo. Si congenia con nosotras (y es la mayor dicha) y sufre sin repugnancia el yugo, es envidiable la vida; si no, vale más morir. El hombre, cuando se halla mal en su casa, se sale de ella y se liberta del fastidio o en la del amigo, o en la de sus compañeros; mas la necesidad nos obliga a no poner nuestra esperanza más que en nosotras mismas. Verdad es que dicen que pasamos la vida en nuestro hogar libres de peligros, y que ellos pelean con la lanza; pero piensan mal, que más quisiera yo embrazar tres veces el escudo que parir una sola. Pero tu suerte es distinta de la mía, y contigo no rezan mis palabras; esta es tu patria, este tu hogar paterno, y aquí disfrutas de las comodidades de la vida y del trato de los amigos; yo sin ellos, desterrada, sufriendo afrentas de mi marido, que me robó de un país bárbaro, no tengo madre, ni hermano, ni parientes que me consuelen en esta calamidad. Solo, pues, desearía que me indicases algún medio de vengarme de estos males que mi esposo me causa, y del que le dio a su hija en matrimonio, y de ella, y que lo calles. Porque la mujer es siempre tímida, cobarde en la lucha, y sin ánimo para mirar tranquilamente el acero; pero cuando la injuria que recibe afecta a su tálamo conyugal, no hay nadie más cruel.[19]

EL CORO

Haré lo que dices; con razón debes vengarte de tu esposo, ¡oh Medea! No me admira que llores tu desgracia. Pero veo a Creonte, señor de esta tierra, que se acerca a anunciarte sin duda nuevas órdenes.

CREONTE

Mándote, Medea de torva mirada, llena de ira contra tu esposo, que salgas desterrada, llevándote tus dos hijos, y sin dilatarlo un instante; que soy aquí soberano, y no volveré a mi palacio antes de expulsarte de los confines de este país.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Completa es mi desventura! ¡Muerta soy! Ya mis enemigos largan todas las velas y no hay remedio contra estos males. Pero dime, ¡oh Creonte!, a pesar de tu odioso comportamiento: ¿por qué me destierras?

CREONTE

Temo (dejándome de circunloquios) que infieras a mi hija algún daño irreparable. Muchas son las causas de mi temor; eres astuta, maestra en artificios, y sientes que tu esposo haya abandonado tu lecho; sé que profieres amenazas, según dicen, y que no disimulas tu propósito de vengarte de mí por haber casado a mi hija, y del esposo y de la esposa. Cuidaré, pues, de que no suceda. Más quiero incurrir en tu odio, ¡oh mujer!, que arrepentirme inútilmente de mi condescendencia.

MEDEA

¡Ay, ay! No ahora solo, ¡oh Creonte!, sino muchas veces, me ha perjudicado mi mala reputación y me ha acarreado graves males. Nunca conviene que el hombre de recto juicio enseñe a sus hijos demasiada filosofía, porque además de ganar fama de holgazanes, concitan contra sí la envidia de sus conciudadanos. Si enseñas a los necios nuevas y profundas doctrinas, creerán que para nada sirves y que no eres sabio; y hasta aquellos que estiman lo que sabes, si te creen superior, te aborrecerán porque los molestas. Ofrézcote una prueba de lo que digo: por mi saber me envidian

unos (estos me llaman ociosa, aquellos perversa), y para otros soy pesada carga, y sin embargo, no sé demasiado. Tú temes sufrir de mí algún daño injusto. No es ese mi pensamiento, ¡oh Creonte!; no receles que yo ofenda a tan ilustres personajes. ¿Qué iniquidades has perpetrado contra mí casando a tu hija, atento solo a su inclinación? A quien detesto es a mi marido; pero según creo, has obrado con prudencia. Y ahora no llevo a mal que salga todo a medida de tu deseo: que se casen, que aquí reinen la felicidad y el bienestar; pero déjame vivir en Corinto; yo callaré a pesar de mi afrenta, y cederé a la fuerza.[20]

CREONTE

Agrádame oír lo que dices; pero temo que fragües alguna maldad, y ahora tengo en ti menos confianza que antes, porque la mujer de pronta cólera, lo mismo que el hombre, es menos temible que quien calla y solapadamente forma propósito de vengarse. Vete, pues, cuanto antes y no me hables más; así lo he mandado y no hallarás medio de quedarte entre nosotros, siendo mi enemiga.

MEDEA

¡Oh, no, por tus rodillas y por tu hija recién casada!

CREONTE

Hablas en balde; nunca lograrás persuadirme.

MEDEA

¿Y me expulsarás de aquí y desoirás mis súplicas?

CREONTE

No te prefiero a mi familia.

MEDEA

¡Cuánto, ¡oh patria!, me acuerdo de ti ahora!

CREONTE

Fuera de mis hijos, lo que más amo es mi ciudad.

MEDEA

¡Ay, ay! ¡Qué grave mal es el amor en los hombres!

CREONTE

En mi juicio, según sea su fortuna.[21]

MEDEA

¡Oh Zeus, no olvides al autor de estos males!

CREONTE

Vete, insensata, y líbrame de cuidados.

MEDEA

Bastante tengo con los míos; no necesito más.

CREONTE

Pronto te desterrarán a la fuerza los de mi séquito.

MEDEA

No lo hagas; yo te lo suplico, ¡oh Creonte!

CREONTE

No me precipites tú, como llevas trazos de hacerlo.

MEDEA

Huiré; no es eso lo que te pido.

CREONTE

¿A qué, pues, te opones y no te alejas?

MEDEA

Concédeme de plazo este solo día, y pensaré en dónde he de refugiarme con mis hijos, ya que su padre no se cuida de ellos; compadécete de su suerte, que tú también los tienes; míralos con agrado. Poco me curo de mí

y de mi destierro, pero deploro su mala fortuna.

CREONTE

No es tiránica mi natural índole, y muchas veces me ha perdido mi bondad. Y veo que no obro bien ahora, ¡oh mujer!, y sin embargo, lograrás lo que deseas; pero advierto que morirás si te llega a alumbrar aquí o a tus hijos la antorcha del sol que ha de lucir mañana: lo dicho dicho está, y no me volveré atrás. Ahora, si te conviene quedarte aquí, quédate por un solo día, que no podrás cometer ningún crimen de los que temo.

EL CORO

¡Infeliz mujer! ¡Ay, ay, cuántos son tus dolores! ¿Adónde te encaminarás al fin? ¿Quién te dará hospitalidad, qué techo te cobijará, qué tierra podrás encontrar que te libre de males? ¡En peligrosa borrasca, ¡oh Medea!, te han lanzado los dioses![22]

MEDEA

Rodéanme solo desdichas: ¿quién podrá contradecirlo? Pero no será como pensáis, no. Nuevas luchas aguardan a los esposos y no pocos trabajos a los suegros. ¿Crees, acaso, que yo le habría hablado nunca con tanta dulzura sino por ganar tiempo y vengarme? Me hubiera callado, absteniéndome de tocar sus manos. Tan grande es su insensatez que, pudiendo desbaratar mis proyectos, desterrándome de aquí ahora, me ha concedido el plazo de un día, que bastará para dar muerte a tres enemigos míos: al padre, a la hija y a mi esposo. Aunque tengo muchos medios de hacerlos morir, no sé, ¡oh amigas!, cuál emplearé primero: si incendiaré el palacio nupcial, o si los atravesaré con el afilado acero, entrando ocultamente en el aposento en que está preparado el nupcial lecho. Solo un obstáculo me detiene: si al cumplir mi propósito me prenden, se

regocijarán con mi muerte. Lo mejor es matarlos con veneno, en cuyo arte soy maestra.

Sea así; supongamos que ya han perecido: ¿qué ciudad me acogerá? ¿Quién me dará hospitalidad, y me dejará libre, y me ofrecerá un país seguro y un albergue que me inspire confianza? No es fácil. Como me queda tan poco tiempo, si encuentro algún refugio que me tranquilice, cometeré mi crimen dolosa y ocultamente; si la inevitable fortuna trastorna mi plan, los mataré con mi espada, aunque después muera yo; ellos verán hasta dónde llega mi audacia. No, por Hécate,[23] deidad a quien rindo especial culto, y cuya protección he implorado en este trance en el secreto santuario de mi palacio; nadie se reirá de mis dolores. Amargas y tristes serán las nupcias, amargo el nuevo parentesco, amargo mi destierro de este país. Ea, pues, Medea; apela a todos tus artificios, delibera y medita, no vaciles en cometer tu atroz delito; veremos quién es más fuerte. ¿No consideras tu estado? ¿Has nacido de noble padre y desciendes del Sol,[24] y servirás de ludibrio en las bodas de Jasón y de los hijos de Sísifo?[25] Tú eres sagaz; por naturaleza somos las mujeres las más incapaces de hacer el bien, pero artífices los más ingeniosos de todo linaje de males.[26] (*Mientras canta el coro, Medea no abandona el teatro, aunque quede en segundo término*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Hacia atrás corren las ondas de las sagradas fuentes, y la justicia y todas las cosas hacia atrás se revuelven. El dolo preside en los consejos de los hombres y no hay fe en los dioses. Para que mi vida sea alabada ha de cambiar mi fama: sea honrado mi sexo, y las mujeres no gozarán de infausto renombre.

Antístrofa 1.ª — Las Musas, madres de las antiguas canciones, no

publicarán ya mi perfidia; Febo, dios de la poesía, no nos ha concedido componer cantos divinos, acompañados de la lira,[27] porque entonces yo hubiese entonado un himno contrario a los hombres, ya que la larga edad pasada aduce tantas pruebas contra nosotras y contra ellos.

Estrofa 2.ª — Mas tú abandonaste el hogar paterno, navegando airada; atravesaste los dos peñascos del mar,[28] habitas en tierra extranjera, y viuda solitaria yaces en el lecho, ¡oh desdichada!, y te destierran de este país con ignominia.

Antístrofa 2.ª — El aire se llevó los juramentos y desapareció el pudor de la Grecia, siendo tan vasta. Tú, desventurada, no tienes palacio paterno al cual recurras en tus miserias, y en el tuyo y en tu esposo domina otra reina más poderosa que tú.

JASÓN

No solo ahora, sino muchas veces he observado que la rabiosa cólera es mal irreparable. Cuando podías quedarte en tu casa y en este país, si obedecieras resignada las órdenes de los que mandan, los obligas, profiriendo vanas palabras, a que te lancen de aquí. Para mí no hay en esto la menor molestia; no dejes nunca de decir que Jasón es el peor de los hombres; pero en cuanto a tus injurias contra los príncipes, debes convenir conmigo en que no ganas poco siendo solo desterrada. Siempre me esforcé en aplacar la ira de los reyes, enfurecidos contra ti, y deseaba que te quedases; pero tú, siempre insensata, prosigues maldiciendo a los que reinan, y así no habrá otro remedio que desterrarte. Sin embargo, ni aun por esto falto a los que amo; tal es la razón que me ha obligado a venir aquí, ¡oh mujer!, para mirar por ti, para que no salgas pobre con tus hijos, si algo necesitas. Muchos males trae consigo el destierro, y aunque me aborrezcas,

nunca podré quererte mal.

MEDEA

¡Oh tú, el mayor de los malvados! (que, débil mujer, solo mi lengua debe ofenderte), ¿has venido a vernos, has venido a vernos cuando te odio más que a nadie? (y los dioses conmigo y todo el linaje humano).[29] No es confianza ni fortaleza mirar frente a frente a los amigos a quienes injurias, sino desvergüenza, la más grave de las debilidades humanas. No obstante, has hecho bien en venir, porque me consolaré maldiciéndote, y tú sufrirás oyéndome. Comenzaré, pues, tu apología. Te salvé, como saben todos los griegos que se embarcaron contigo en la nave *Argo*, cuando guiaste los toros uncidos al yugo, que aspiraban llamas, para sembrar el mortífero campo; y después que maté al vigilante dragón que guardaba el vellocino de oro envuelto en sus monstruosos pliegues, visto por mí la luz saludable.[30] Yo misma, abandonando traidoramente a mi padre y a mi familia, te acompañé a Yolco el del Pelión con más ligereza que prudencia, y maté a Pelias (cuando la muerte es el peor de los males) valiéndome de sus mismas hijas, y te liberté de todo temor. Y por estos beneficios, ¡oh tú, el más infame de los hombres!, me has vendido y buscado un nuevo tálamo para que no se acabe tu linaje. Si no tuviera hijos, podría perdonarte tus nuevas nupcias. No has hecho caso de tus juramentos, ni es fácil saber si crees que todavía reinan los dioses que antes reinaron, o si los hombres han recibido otras leyes, aun cuando estés bien seguro de que no me has sido lo fiel que debieras. ¡Ay de mi diestra, que tanto estrechaste! ¡Ay de mis rodillas, que en vano tocó un hombre malvado! Perdimos toda esperanza. Ea, pues, hablaré contigo como si fueras amigo, y aunque no eres capaz de hacerme bien alguno, te hablaré, sin embargo, para que cuando te

reconvenga, sea mayor tu oprobio. ¿Adónde me dirigiré ahora? ¿Al palacio de mi padre y a mi patria, abandonada antes por venir aquí? ¿Buscaré las míseras hijas de Pelias? Bien me recibirán, sin duda, en su palacio, después de haber dado muerte a su padre. Tal es mi desesperada situación, que me aborrecen los amigos a quienes no debí nacer mal, y tengo por enemigos a quienes solo dispensé beneficios, como sucede a ti. Soy por tu causa la esposa más feliz y envidiable de la Grecia, y tú un portentoso y fidelísimo marido: tú eres el autor de mis desventuras, tú me obligas a huir de aquí desterrada, sin amigos, sola con mis hijos, también solos. ¡Preclara gloria para el nuevo esposo reducir a sus hijos y a su salvadora a la condición de errantes mendigos! ¿Por qué, ¡oh Zeus!, has permitido que los hombres distingan el oro verdadero del falso, y no has impreso una señal en el cuerpo para que no se confundan los malos con los buenos?

EL CORO

Grave mal es la ira, y se cura con trabajo si los amigos luchan con amigos.

JASÓN

Preciso es, según parece, que yo no sea imperito en hablar, sino como prudente piloto que pliega las velas de la nave, ¡oh mujer!, para escapar a tu locuacidad desenfrenada. He de decirte, pues, ya que tanto ponderas tus beneficios, que Afrodita sola, no otro dios ni hombre, me salvó en mi navegación. Sutil es tu ingenio, y te será enojoso que yo cuente cómo te forzó el Amor con sus inevitables saetas a libertarme. Pero no insistiré en esto. No puedo negar que me ayudaste; pero probaré que tú has ganado en ello más de lo que hubieras perdido haciendo lo contrario. En primer lugar, vives en la Grecia y no en país bárbaro, y has conocido en ella lo que

valen el derecho y las leyes, no la arbitrariedad y la violencia; todos los griegos alaban tu ingenio, y has alcanzado gloria, y si habitases en los últimos confines del orbe, nadie hablaría de ti. Aunque en mi palacio no tenga riquezas, aunque no pueda componer versos superiores a los de Orfeo, que la fama, en cambio, celebre mis hazañas. He aquí mis obras, ya que tú has suscitado esta disputa. Por lo que hace a mis nupcias, que has escarnecido, probaré primero mi prudencia, después mi moderación, y, por último, que todo ello es la consecuencia del afecto que profeso a ti y a mis hijos. Tranquilízate, pues. Cuando llegué aquí desde Yolco, presa de intolerables sufrimientos, ¿qué mayor ventura para mí que casarme con la hija del rey, no siendo más que un mísero desterrado? No, como tú dices con sarcasmo, porque te aborrezca, ni por los incentivos que me ofrece una nueva esposa, ni por tener muchos hijos (que me bastan los tuyos, y no me quejo de ello), sino lo que es más importante, por vivir vida pacífica y no sufrir la miseria, sabiendo que los amigos huyen del pobre, y para educar a mis hijos como a su cuna corresponde, y si engendrare otros, hermanos de los tuyos, para que todos sean iguales, y verlos juntos, y disfrutar así de ventura. ¿Para qué necesitas a los tuyos? A mí me interesa servir con los que tenga a los que ya viven. ¿He pensado mal acaso? No lo dirías tú si no te amargara mi matrimonio. Vosotras las mujeres creéis poseerlo todo cuando vuestro lecho nupcial queda a salvo; pero si sufrís algo en esta parte, miráis como lo más adverso lo mejor y más útil. Convendría que los mortales procreasen hijos por otros medios, y que no hubiese mujeres, y así se verían libres de todo mal.

EL CORO

Elegante discurso has pronunciado, ¡oh Jasón!, y sin embargo me

parece, aunque de tu opinión disienta, que no has obrado en justicia faltando a tu esposa.

MEDEA

No hay duda que en muchos puntos no pienso como los demás mortales. En mi juicio, el que es sagaz hablando, cuando huella el derecho merece el mayor castigo; confiando en que podrá paliar sus defectos con la palabra, se atreve a obrar mal, y así no es bastante sabio. No pronuncies, pues, contra mí frases especiosas, ni te jactes de tu pericia en hablar, que una sola palabra mía bastará para confundirte. Si no obrabas con mala intención, debiste convencerme primero de ello antes de casarte, y no hacerlo sin conocimiento de tus amigos.

JASÓN

Seguramente hubieras aprobado mi propósito si te hubiese dicho que pensaba casarme, cuando ahora refrenas tu ira con trabajo.[31]

MEDEA

No te afligía ese cuidado; al contrario, era para ti humillante tener esposa extranjera acercándose tu vejez.

JASÓN

Te aseguro, ya que ha llegado la ocasión oportuna, que no por esa mujer he deseado y conseguido ese regio matrimonio, sino, como te dije antes, por tu bien y el de tus hijos, y porque tengan otros hermanos de sangre real, columnas de mi familia.

MEDEA

Que no me toque en suerte dicha mezclada con dolor, ni riquezas que atormenten mi ánimo.

JASÓN

¿Quieres hacer votos contrarios, y parecerás más prudente? No pienses jamás que los bienes son molestos, ni te tengas por infeliz cuando eres afortunada.

MEDEA

Insúltame, que aquí tienes un refugio, y yo huiré abandonada.

JASÓN

Tú misma lo has elegido; no acuses a nadie.

MEDEA

¿Y qué recurso me queda? ¿Casarme con otro y hacerte traición?

JASÓN

Proferir impías maldiciones contra los reyes.

MEDEA

Y a mí me maldicen también en tu palacio.

JASÓN

No pasaré más adelante. Si para ti o para tus hijos quieres aceptar algún socorro mío, dilo; pronto estoy a darte con generosidad lo que desees y encargar a los que te den hospitalidad[32] que te traten bien. Y si lo rehúsas, ¡oh mujer!, obrarás neciamente; si aplacas tu ira, ganarás mucho más.

MEDEA

Ni me hospedarán tus amigos, ni recibiré nada, ni nada me darás, que los dones de hombre malvado nunca aprovechan.

JASÓN

Pues yo pongo a los dioses por testigos de que soy capaz de hacer todo linaje de sacrificios por ti y por tus hijos; pero sin duda no te agradan los bienes, sino que, contumaz, rechazas a los que te aman, de lo cual has de arrepentirte.

MEDEA

Vete, que ya no puedes vivir separado de tu nueva esposa, ni estar tanto tiempo lejos de su palacio. Cásate con ella; quizás, si los dioses lo permiten, celebrarás un himeneo que rechazarías más adelante.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Cuando el Amor domina a los hombres, ni es buena su fama, ni tampoco merecen alabanza; al contrario, cuando Afrodita se acerca a nosotros con modestia, no hay diosa tan grata. Nunca, ¡oh señora!, vibres contra mí tu arco de oro, ni me hiera con tus deseos tu inevitable saeta.

Antístrofa 1.ª — Sea mi galardón la continencia, el más hermoso presente de los dioses; que jamás me obligue la poderosa Afrodita a tomar parte en luchas de éxito dudoso, ni en insaciables combates que trastornen el alma con envidia de ajeno lecho, sino que me conceda vivir en pacífico consorcio y distinguir con claridad los tálamos de las demás esposas.

Estrofa 2.ª — ¡Oh patria y familia mía!; que jamás sea desterrada, teniendo que pasar la vida en la indigencia, víctima de los más miserables trabajos. Que la muerte, que la muerte me arrebate antes que llegue ese día. No hay mayor mal que habitar lejos de la patria.

Antístrofa 2.ª — Lo vemos con nuestros ojos; no hablamos por lo que otros nos dijeron. Ni tu ciudad ni ninguno de tus amigos se ha compadecido de tus gravísimos infortunios. Perezca el miserable, sea el que fuere, que no honre a sus amigos y no les entregue la llave de su puro corazón. Nunca lo será para mí.

EGEO[33]

Salve, Medea; no hay más bello exordio para hablar a los que amamos.

MEDEA

Salve tú también, Egeo, hijo del prudente Pandión; ¿de dónde vienes?

EGEO

De visitar el antiguo oráculo de Febo.

MEDEA

¿A qué has ido al fatídico centro de la tierra?

EGEO

Llevado de mi deseo de tener hijos.

MEDEA

Por los dioses, ¿todavía arrastras sin ellos la vida?

EGEO

Sin hijos seguimos por decreto de algún dios.

MEDEA

¿Y estando casado vives sin tu esposa?

EGEO

No carecemos de tálamo conyugal.

MEDEA

¿Y qué te ha dicho Febo?

EGEO

Palabras demasiado sublimes para que un hombre las entienda.

MEDEA

¿Podría yo conocer el oráculo del dios?

EGEO

Sin duda, y con tanta más razón cuanto que se necesita para comprenderlo ingenio sagaz.

MEDEA

¿Qué respondió, pues? Dilo, si es que puedo oírlo.

EGEO

Que no saque mi pie de los odres.[34]

MEDEA

¿Antes que hicieres alguna otra cosa, o que llegues a algún país?

EGEO

Antes de volver al hogar patrio.

MEDEA

¿Y por qué causa has navegado a este país?

EGEO

Hay aquí un cierto Piteo, rey de Trecén.[35]

MEDEA

Según dicen, el más piadoso de los hijos de Pélope.

EGEO

Quiero comunicarle el oráculo del dios.

MEDEA

Es un varón sabio, y muy perito en tales interpretaciones.

EGEO

Y el más amado de todos mis huéspedes.

MEDEA

Que seas feliz, y que consigas lo que deseas.

EGEO

¿Qué ha nublado tus ojos y consumido tu cuerpo?

MEDEA

¡Oh Egeo, mi esposo es el más malvado de todos los hombres!

EGEO

¿Qué dices? Cuéntame con franqueza tus penas.

MEDEA

Jasón me ha cubierto de oprobio sin sufrir de mí mal alguno.

EGEO

¿Cuál es su crimen? Dímelo más claramente.

MEDEA

Ha tomado otra esposa para que gobierne su casa.

EGEO

¿Y cómo se ha atrevido a cometer tan vergonzosa maldad?

MEDEA

Pero no deja de ser cierta: llena estoy de ignominia, cuando antes me amaba.

EGEO

¿Enamorado de ella, o harto ya de tu lecho?

MEDEA

Cediendo a su amor vehemente: no era leal con sus amigos.

EGEO

Váyale, pues, bien si, como dices, es un malvado.

MEDEA

Quiso casarse con hijas de reyes.

EGEO

¿Quién se la da en matrimonio? Acaba de decírmelo.

MEDEA

Creonte, que reina en Corinto.

EGEO

Disculpable era sin duda tu dolor, ¡oh mujer!

MEDEA

No puedo sufrirlo, y además me destierran de este país.

EGEO

¿Quién? Ese es otro nuevo mal.

MEDEA

Creonte me destierra de Corinto.

EGEO

¿Y Jasón lo consiente? No alabo su conducta.

MEDEA

Si le oyes, no es así; pero en su corazón lo desea. Imploro, pues, tu ayuda; por estas barbas y por estas rodillas te suplico; compadécete, compadécete de mi desventura, no me veas desterrada y sin amigos; dame un asilo en tu reino y hospitalidad en tu palacio. Que los dioses te concedan descendencia, como se lo has pedido, y que feliz mueras. No sabes lo que puedes ganar conmigo; no solo no carecerás de hijos, sino que tendrás muchos; tales remedios conozco.

EGEO

Por muchas razones, ¡oh mujer!, estoy dispuesto a otorgarte ese favor, ya por honrar a los dioses, ya por tener los hijos que me prometes, perdida ya por completo la esperanza de engendrarlos. Siendo este mi mayor anhelo, si vas a mi reino te hospedaré, porque soy justo. Solo te advierto, ¡oh mujer!, que no quiero llevarte de aquí; pero si te refugias en mi palacio estarás allí segura, y a nadie te entregaré. Sal de este territorio, que no quiero faltar a los que me dan hospitalidad.

MEDEA

Así lo haré; jura cumplir lo que has prometido y me colmarás de júbilo.

EGEO

¿No tienes en mi palabra confianza? ¿Qué temes?

MEDEA

No desconfío de ella; pero la familia de Pelias y Creonte son mis enemigas. No consentirás, pues, si te obligas con juramento, que estos, cuando quieran, me arranquen de tu reino: pero si solo me das tu palabra y no me lo juras por los dioses, podrás hacerte amigo de los que me odian, y acaso cedas a los ruegos de sus heraldos; yo tengo poco, ellos riquezas y reales palacios.

EGEO

Gran previsión revelan tus palabras, ¡oh mujer!; así no rehusaré complacerte. Será para mí lo más seguro que pueda dar alguna excusa a tus enemigos, y nada tendrás que temer. ¿Por qué dioses he de jurar?

MEDEA

Jura por la Tierra, que pisamos, y por el Sol, padre de mi padre, y al mismo tiempo por todos los dioses.

EGEO

¿Qué he de hacer o no he de hacer? Dilo.

MEDEA

Que nunca me expulsarás de tu territorio, y que si alguno de mis enemigos quiere arrancarme de él, tú, mientras vivas, no lo consentirás.

EGEO

Juro por la Tierra, por la brillante luz del Sol y por todos los dioses que haré lo que dices.

MEDEA

Basta; ¿qué males sufrirás si no cumplieres tu juramento?

EGEO

Los que merecen los mortales impíos.

MEDEA

Vete contento; todo va bien; pronto iré a tu ciudad, así que ejecute lo que medito y consiga lo que deseo.

EL CORO

Que te acompañe a tu palacio el hijo de Maya,[36] regio guía, y logres lo que ahora te preocupa, porque tú, Egeo, eres conmigo generoso.

MEDEA

¡Oh Zeus, oh Justicia, hija de Zeus y del Sol! Ahora, ¡oh amigas!, venceremos con gloria a nuestros adversarios y entraremos en el camino recto; ahora espero que mis enemigos serán castigados. Egeo se nos ha aparecido en medio de nuestros trabajos como puerto en donde podremos realizar nuestros proyectos; en él ataré los cables de mí nave cuando vaya a la ciudad y al alcázar de Atenea. Ahora ya te descubriré mi propósito: oye, pues, mis palabras, no ordenadas para deleitar. Rogaré a Jasón, enviando uno de mis siervos, que venga a verme, y cuando llegue, le recibiré con frases halagüeñas y le diré que me agrada cuanto ha hecho (su regio enlace y vil traición), y que es útil y está bien pensado; y le suplicaré que me deje aquí con mis hijos, no con objeto de abandonarlos en este campamento enemigo y que sirvan en él de ludibrio, sino para matar dolosamente a la hija del rey. Llevarán presentes a la esposa, le pedirán que no los expulse de aquí, y le ofrecerán un finísimo vestido y una corona de oro. Y cuando se ponga estas galas, perecerá miserablemente y todos los que la tocaren: tan poderoso y eficaz será el veneno que ha de bañarla. Nada aquí me obliga ahora a disfrazar mis pensamientos; pero gimo cuando reflexiono en la

atroz maldad que he de cometer: mataré a mis hijos, nadie me los arrebatará, y después que arruine el palacio de Jasón, me iré de aquí y expiaré en el destierro la muerte de seres tan queridos, ya que he de atreverme a consumar el más impío de los crímenes. No es tolerable, ¡oh amigas!, servir de escarnio a nuestros enemigos. Sea, pues, así; ¿qué gano yo con vivir? Ni tengo patria ni hogar, ni refugio alguno en mis males. Falté en abandonar el hogar paterno dejándome seducir de un griego, que nos pagará lo que nos debe si los dioses lo permiten. Jamás verá vivos después a los hijos que en mí ha procreado, ni los tendrá de su nueva esposa, porque es menester que esa infame perezca antes envenenada por mí. Nadie pensará entonces que yo soy débil o impotente, ni que sufro mi daño tranquila, sino, al contrario, que soy terrible contra mis enemigos y benévola con los que me aman. Solo de esta manera se adquiere mayor gloria.

EL CORO

Ya que nos has participado tus proyectos, queremos servirte y defender las leyes a que obedecen los mortales, y te exhortamos, por tanto, a que no los realices.

MEDEA

No es posible hacer otra cosa; pero te perdono tus palabras, ya que no padeces mis males.

EL CORO

¿Pero te atreverás a matar tus hijos?

MEDEA

Así atormentaré horriblemente a mi esposo.

EL CORO

Y tú serás al mismo tiempo la madre más desventurada.

MEDEA

Así sea; superfluo es cuanto hablemos. (*A una enclava suya*). Ve, pues, tú, y haz venir a Jasón, que me sirves en todo fielmente. No le dirás nada de lo que he pensado, si es cierto que amas a tu señora y que eres mujer.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Desde las edades pasadas son afortunados los descendientes de Erecteo, hijos de los bienaventurados dioses; nútrelos preclara sabiduría en país inexpugnable, y discurren con pompa en lucidísima atmósfera,[37] en donde dicen que un tiempo la blonda Harmonía[38] dio a luz a las castas Musas, a las nueve Piérides.

Antístrofa 1.ª — Allí dicen también que Afrodita, con las ondas del Cefiso,[39] de cristalina corriente, refrescó las dulces y suaves auras, y visitó esa región, entretejiendo su cabellera con guirnaldas de fragantes rosas, y envió los Amores,[40] que forman el consejo de la Sabiduría, y que son origen de todo linaje de alabanzas.

Estrofa 2.ª — ¿Cómo, pues, la ciudad de los sagrados arroyos,[41] cómo la región que tanto favorece a sus amigos,[42] podrá acogerte como a los demás si matas impíamente a tus hijos? Piensa en su muerte, considera el castigo que mereces. No; todas te suplicamos, abrazadas a tus rodillas y con toda nuestra alma, que no mates a tus hijos.

Antístrofa 2.ª — ¿Cómo tu ánimo o tu mano serán tan audaces, cómo tu corazón podrá resolverse a hacer daño a tus hijos y cometer tan horrible maldad? ¿Cómo podrás mirarlos y presenciar sin lágrimas su martirio? No será posible, cuando caigan ante ti suplicantes, matarlos sin piedad, y manchar en su sangre tu mortífera mano.

JASÓN

A ruego tuyo vengo, aunque seas mi enemiga; no te faltaré en esto: te oiré, ¡oh mujer!, si tienes algo nuevo que decirme.

MEDEA

Suplícote, Jasón, que perdones mis anteriores palabras; justo es que disimules mi ira, ya que tanto te he servido. He reflexionado más tranquila, y me he dicho lo siguiente: ¿Por qué soy tan miserable que me enfurezco contra los que a mi bien atienden, y soy enemiga de los reyes de esta región, y de mi mismo esposo, que por nosotros hace lo que más nos conviene, casándose con la hija del rey para que mis hijos tengan hermanos? ¿No aplacaré al fin mi furor? ¿Cuánta no es mi locura rechazando estos bienes que los dioses me conceden? ¿No tengo hijos? ¿No sé que nos han desterrado de la Tesalia, y que carecemos de amigos? Después de resolver esto en mi ánimo, reconocí que era insensata en sufrir tan grandes males, y que sin razón me había encolerizado. Ahora te alabo, y me parece prudente que te cases en beneficio nuestro; y yo me tengo por insensata, porque debía haber aprobado tus proyectos, y ayudar a tu esposa, y asistirla en su lecho, y servirla contenta. Pero somos mujeres, somos como somos (no diré más). No debo, pues, confundirte con los malvados, ni has de pagar las culpas de los necios. Cedemos y confesamos que hicimos mal entonces, y que ahora lo pienso con más prudencia. ¡Oh hijos, hijos míos!, venid aquí, dejad vuestra habitación, saludad y hablad a vuestro padre, y reconciliaos con él al mismo tiempo que vuestra madre, por el odio que antes tuvimos a los que nos amaban: la paz sea con nosotros, lejos la ira. Tomad su diestra. ¡Ay de mis males! ¡Cómo embarga mi ánimo el recuerdo de mis recientes extravíos![43] ¿Acaso, ¡oh hijos!, viviréis así mucho tiempo, y me ofreceréis

vuestros brazos? ¡Ay, cuán mísera, cuán propensa al llanto, cuán tímida soy! Tarde se acaba el disgusto que tuve con vuestro padre. Las lágrimas surcan ahora mi rostro.

EL CORO

Una lágrima brota también de mis ojos, y ojalá que no deplore otro mal mayor.

JASÓN

Alabo tu conducta presente, ¡oh mujer!, y no puedo vituperar la pasada; es natural que las mujeres se enfurezcan contra su marido si se casa con otra. Pero tu corazón ha cambiado favorablemente, y al fin conociste que era el mejor mi proyecto. Así es como obran las prudentes. Vuestro padre, ¡oh hijos!, no ha vacilado, con ayuda de los dioses, en mirar por vuestra futura suerte, pues creo que con vuestros hermanos seréis algún día señores de Corinto. Lo demás, obra es de vuestro padre y del dios que os favorezca. Que yo os vea bien educados llegar al término de la pubertad, superiores a mis enemigos. Mas ¿por qué corre copioso llanto de tus hinchados ojos y no oyes con satisfacción mis palabras?

MEDEA

No es nada; pensaba en estos hijos míos.

JASÓN

Ten confianza en mí; yo miraré por ellos.

MEDEA

Así lo haré, y no desconfiaré de tus promesas; pero la mujer es sensible de suyo, y llorar su destino.[44]

JASÓN

¿Por qué, ¡oh desventurada!, sollozas por estos hijos?

MEDEA

Yo los di a luz, y cuando tú deseabas que vivieran, me compadecía de ellos, dudando si se realizaría o no tu deseo. Ya conoces en parte el motivo que te ha traído aquí, y yo te diré lo restante: ya que place a los reyes de esta ciudad desterrarme de ella, me parece mejor (bien lo conozco), para no servirte de impedimento, ni a los que aquí mandan (pues me miran como a enemiga de tu conyugal reposo), obedecer sus órdenes; pero a fin de que mis hijos se eduquen bajo tu vigilancia, ruega a Creonte que no compartan mi pena.

JASÓN

No sé si podré persuadirlo; probaremos, sin embargo.

MEDEA

Al menos rogarás a tu esposa que lo pida a su padre.

JASÓN

Sin duda alguna, y espero conseguirlo, si es una mujer como tantas otras.

MEDEA

También yo te ayudaré en esa empresa: le enviaré presentes que exceden en belleza a todos los humanos que he visto; a saber: un sutil vestido y una corona de oro, que llevarán mis hijos. Conviene, pues, que cuanto antes traiga aquí algún criado estas galas. Tu esposa será feliz e incomparable en su dicha, no solo porque se casa contigo, que tanto vales,[45] sino porque poseerá ese don que en otro tiempo hizo el Sol a mis ascendientes. Tomad en vuestras manos estos nupciales dones, ¡oh hijos!, y llevadlos a la afortunada esposa, a quien debéis obedecer. Tales regalos no deben despreciarse.

JASÓN

¿Por qué, ¡oh insensata!, te desprendes así de ellos? ¿Crees que faltarán vestidos en el palacio del rey? ¿Crees que faltará oro? Guárdalos, no los des. Mi esposa me estima; me preferirá, sin duda, a todas las riquezas.

MEDEA

No me digas eso; dícese que hasta los dioses se aplacan con dones;[46] el oro entre los hombres vale más que infinitos discursos; favorécele la fortuna, el cielo le es propicio; mi vida daría gustosa porque no fuesen desterrados mis hijos, no ya oro. Vosotros, ¡oh amados!, así que entréis en ese opulento palacio, rogad a la nueva esposa de vuestro padre, hoy mi señora; suplicadle que os libre de mi pena, y presentadle esos regalos: lo que más interesa es que los reciba en su mano. Id cuanto antes; traed a vuestra madre el feliz mensaje de que ha logrado lo que desea. (*Retírase Jasón con sus hijos*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Ya no tengo esperanza de que vivan sus hijos, ya no; ya caminan a la muerte. Daño recibirá la esposa de la diadema de oro; daño recibirá la desdichada. Ella con sus manos adornará con el letal presente su blonda cabellera.

Antístrofa 1.ª — Su belleza y divino brillo la invitarán a ponerse el vestido y la artística corona de oro, y después acabará su tocado en los infiernos. En tal lazo caerá y tal muerte sufrirá la infortunada; no, no evitará el daño que le amenaza.

Estrofa 2.ª — Y tú, ¡oh mísero, funesto esposo, yerno de reyes!; tú contribuyes también, sin saberlo, a la ruina de tus hijos y a la muerte deplorable de tu esposa. ¡Oh desdichado, qué distinta de lo que piensas

será tu suerte!

Antístrofa 2.ª — Pero también me hacen gemir tus dolores, ¡oh madre de hijos sin ventura!, que les darás muerte por vengar la injusta traición que se hace a tu lecho conyugal, y la infidelidad de tu esposo, que te deja por vivir con otra esposa.

EL PEDAGOGO (*con los hijos de Medea*).

Libres, ¡oh señora!, están ya tus hijos del destierro, y la regia consorte recibió en sus manos los presentes: paz hay ya para tus hijos.

MEDEA

¡Ay de mí!

EL PEDAGOGO

¿A qué viene ahora tu tristeza, cuando la fortuna te es favorable? ¿A qué ocultas tu rostro y no me oyes con alegría?

MEDEA

¡Ay, ay de mí!

EL PEDAGOGO

No es así como debes recibir mi grata nueva.

MEDEA

¡Ay, ay de mí otra vez!

EL PEDAGOGO

¿Acaso, sin saberlo, he anunciado alguna desdicha, creyendo falsamente que era alegre mi mensaje?

MEDEA

Anunciaste lo que anunciaste; tú has hecho bien.

EL PEDAGOGO

¿Por qué bajas tus ojos y rompes en lágrimas?

MEDEA

Mucho lo necesito, ¡oh anciano!; yo extraviada, y los dioses conmigo han pensado así.

EL PEDAGOGO

Confíamelo: por mediación de tus hijos volverás más tarde.

MEDEA

Y antes yo, infeliz, me llevaré otros.[47]

EL PEDAGOGO

No eres tú la primera que se separa de sus hijos. Los mortales han de sufrir con paciencia las desdichas.

MEDEA

Así lo haré; pero entra en mi palacio, y cuida de mis hijos como todos los días. ¡Oh hijos, hijos!; ya tenéis ciudad y casa, en la cual viviréis siempre sin vuestra mísera madre; yo iré desterrada a otro país, antes de recoger los frutos que habéis de dar y de veros felices; antes de casaros y de engalanar yo misma a vuestra esposa, y el tálamo nupcial, y de llevar las antorchas.[48] ¡Oh, cuán desdichada me hace mi feroz orgullo! En vano os eduqué, ¡oh hijos!, en vano trabajé, y graves molestias me consumieron,[49] y sufrí los intolerables dolores del parto. Sin duda, infeliz, puse en vosotros en otro tiempo mi esperanza, y pensé que me sostendríais en la vejez, y que con vuestras manos cerraríais mis ojos, deseo tan natural en los mortales: ya se desvaneció ese dulce consuelo. Sin vosotros pasaré mi vida llena de tristeza y de amargura. Ya no veréis con vuestros ojos amados a vuestra madre, y viviréis en adelante de otra manera.[50] ¡Ay, ay de mí! ¿Por qué me miráis, ¡oh hijos!? ¿Por qué me miráis y os sonreís así, con sonrisa peor para mí que la muerte? ¡Ah, ah! ¿Qué haré? Desfallece mi ánimo, ¡oh mujeres!, cuando

tropiezo con las alegres miradas de mis hijos. No podré... Pero valgan los proyectos anteriores; de la tierra arrancaré a mis hijos... ¿Qué necesidad tengo de afligir a su padre con estos males, de sufrirlos yo duplicados? No seré yo... Constancia en mis propósitos... Pero ¿qué sufro? ¿Serviré yo de risa, quedando impunes mis enemigos? ¡Audacia! ¡Cuánta es mi flaqueza, cuánta debilidad revelan estas frases afeminadas! Entrad en el palacio, ¡oh hijos!; de perpetuo tormento serviréis a ese hombre, que no debe asistir a mis sacrificios. ¡No se enervará mi mano! ¡Ah, ah! ¡No cometerás este crimen, ¡oh mujer!; déjalos, desventurada, perdona ya a tus hijos: viviendo, allá contigo serán tu encanto!... No, por los dioses, que moren en el Orco con los ministros de la venganza; jamás los abandonaré a los ultrajes de los que me odian. No hay más remedio; que mueran, y ya que es preciso, yo que les di la vida, yo se la quitaré. Resuelto está y se cumplirá. Y la corona orna ya las sienes de la regia esposa, y ya perece con su peplo. Ya, ya emprenderé mi funesta fuga, y les dejaré un legado aún más funesto... Quiero hablar a mis hijos. Dadme, dadme, ¡oh hijos míos!, vuestra diestra para que la bese. ¡Oh mano muy amada!, ¡oh labios queridos!, ¡oh noble rostro!, ¡oh talle gentil!; sed felices, pero allá; vuestro padre os arrebata la ventura que podríais disfrutar aquí. ¡Oh dulce abrazo!, ¡oh tez delicada!, ¡oh suavísimo hálito de mis hijos!; salid, salid; no puedo miraros más, que mis desdichas me agobian. Ya comprendo, ya conozco en toda su extensión la horrible maldad que voy a cometer; pero la ira es mi más poderosa consejera, causa entre los hombres de las mayores desventuras.[51] (*Medea permanece en el teatro, deseosa de saber el resultado de su funesto mensaje*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Ya más de una vez he hecho reflexiones más profundas y

estudios más serios de lo que conviene a mi sexo, y también nos favorece una musa que, para hacernos más sabias, conversa con nosotras (no con todas, que acaso encontrarás pocas a quien esto ocurra), y el estro poético es don de las mujeres.

Antístrofa 1.ª — Sostengo, pues, que los mortales que no conocen el himeneo ni las dulzuras de la paternidad, son más felices que los que tienen hijos. Como los célibes ignoran si aquellos sirven de placer o de pena a los hombres, se libran de muchas miserias.

Estrofa 2.ª — Los que tienen dulce prole, llenos están de cuidados, como yo observo, primero para educarla bien y dejarle medios de subsistencia, y después porque no saben si sufren esos trabajos por quienes han de ser buenos o malos.

Antístrofa 2.ª — Recordaré tan solo este mal, el más intolerable para todos los mortales: allegadas a veces abundantes riquezas, y ya hombres y buenos nuestros hijos, es tan grande nuestra desgracia que la muerte los arrebata de la tierra y los lleva al imperio de Hades. ¿Por qué los dioses, además de tantos otros, han de causar a los hombres este dolor, el más acerbo de todos?

MEDEA

Ya, amigas, gira veloz la rueda de la fortuna; ya veo claramente el término de todo esto. Paréceme desde aquí que se acerca un servidor de Jasón; diríase, por su aspecto, que viene conmovido, como a anunciar alguna desdicha.

EL MENSAJERO

¡Qué cruel y nefanda maldad has cometido, oh Medea! Huye, huye, ya en nave que como carro surque las ondas, ya en otro cualquier vehículo

que huelle la tierra.

MEDEA

¿Qué ha sucedido digno de tal destierro?

EL MENSAJERO

Han muerto ahora poco la princesa real y Creonte, su padre, envenenados por ti.

MEDEA

Me anuncias gratísima nueva, y en adelante serás uno de mis bienhechores y amigos.

EL MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Estás en tu cabal juicio? ¿No deliras, ¡oh mujer!? ¿Te alegras al saber la ruina del real palacio? ¿No temes las consecuencias?

MEDEA

Algo podría replicarte; pero no te exasperes demasiado, ¡oh amigo!, sino cuéntame cómo han perecido; doblado será nuestro deleite si fue su muerte la más horrible.

EL MENSAJERO

Cuando llegaron tus dos hijos con su padre y entraron en el palacio conyugal, nos alegramos todos los servidores, que deplorábamos tus desdichas; de uno en otro circuló de repente el rumor de que te habías reconciliado con tu esposo. El uno besaba la mano, el otro la blonda cabellera de tus hijos; y yo, lleno de alegría, los acompañé hasta el aposento de las mujeres. La dueña a quien ahora servimos en tu lugar, antes de venir tus dos hijos miraba a Jasón con amor;[52] después veló su rostro, y volvió a otro lado sus cándidas mejillas, mostrando su disgusto al entrar tus hijos. Pero tu esposo se esforzaba en aplacar el mal humor y la cólera de la

doncella, diciéndole: «No seas enemiga de los que me aman; mitiga tu ira y vuelve hacia aquí tu cabeza, y ten por amigos a los que lo son de tu esposo; acepta estos presentes, y ruega a tu padre que por mí revoque el destierro de mis hijos».[53] Ella, al ver tu regalo, no persistió en su propósito, sino prometió a Jasón hacer cuanto deseaba, y antes que saliesen los tres del palacio, tomó en sus manos el gentil vestido y se lo puso, y adornó sus rizos con la corona de oro, sonriéndose al contemplar en el espejo su bella imagen. Y después, descendiendo del solio, se paseaba por el palacio y andaba lenta y majestuosamente, satisfecha de los dones, y mirándose y remirándose desde los pies a la cabeza. Al poco tiempo presenciamos un espectáculo horrible: alterósele el color, retrocedió vacilante, tembló todo su cuerpo, y apenas pudo llegar al solio, cayendo en seguida en tierra. Una de sus viejas servidoras, creyendo que le acometía el furor de Pan o de algún otro dios,[54] dio un grito cuando observó que arrojaba por la boca blanca espuma, y que se extraviaban sus ojos y la sangre desaparecía del cuerpo, y prorrumpió en terribles clamores. Una corrió en aquel momento al palacio de su padre, otra en busca de su esposo, a anunciarles esta desdicha; todo era confusión, voces y carreras. Un luchador ágil hubiese tocado con su carro a la meta recorriendo seis pletros[55] con paso rápido, mientras ella, con los ojos cerrados y sin vida, gemía con pena, despertando al fin presa de dos graves males. La corona de oro que llevaba en la cabeza despedía llamas sobrenaturales que todo lo devoraban, y los sutiles vestidos, presente de tus hijos, se cebaban en las blancas carnes de la desventurada. Huyó, por fin, levantándose del solio ardiendo, y sacudía sus cabellos a uno y otro lado, pugnando por arrojar la corona; pero el oro, firmemente adherido a ella, no cedía, y el fuego, después de agitar sus cabellos, estallaba con doble

fuerza. Cayó, por último, en tierra, vencida por el mal y horriblemente desfigurada, hasta el punto de que solo su padre podía conocerla. No se distinguían bien sus ojos; su rostro había perdido toda su gracia; de su cabeza corría sangre mezclada con fuego, y la carne, como gotas de pez, se desprendía a pedazos de los huesos por la eficacia invisible del veneno, ofreciendo un espectáculo horrendo. Nadie osaba tocar el cadáver, temiendo participar de su desdicha. Pero su infortunado padre, que nada sabía de su mal, entró en el aposento de repente y se abalanzó a la muerta, y dio grandes alaridos, y abrazándola y besándola, decía: «¡Oh hija desventurada! ¿Qué dios te ha perdido tan miserablemente? ¿Quién acompañará a tu viejo padre a la pira, si tú mueres? ¡Ay de mí! ¡Perezca yo contigo, oh hija!». Después que cesaron sus gemidos y lágrimas y quiso levantarse, viose adherido al sutil traje, como la yedra a la ramas del laurel. Hubo una lucha horrible: pugnaba por alzar la rodilla, y los paños, firmemente unidos a ella, lo impedían, y cuando forcejeaba, sus viejas carnes se separaban de sus huesos. Al fin exhaló el alma el desdichado, rendido por el dolor. Yacen, pues, muertos los dos, la hija y su anciano padre, el uno junto al otro, calamidad que pide a voces lágrimas. Tú discurrirás el medio de salvarte, que yo nada puedo aconsejarte. Atormenta tu ingenio para evitar el castigo que te amenaza. No es ahora la vez primera que pienso que los proyectos de los mortales son solo humo, ni vacilo en afirmar que los que se tienen por sabios y se consagran a investigar la razón de las cosas, son los que más torpezas cometen. Nadie es feliz: si llega a poseer grandes riquezas, podrá serlo más que otro, pero nunca enteramente.[56]

EL CORO

No parece sino que un dios ha acumulado en este solo día merecidos males contra Jasón. ¡Oh hija desventurada de Creonte!, ¡cuánto deploramos tu desdicha, pues que, por casarte con Jasón, has bajado al palacio del dios de las tinieblas!

MEDEA

He resuelto, ¡oh amigas!, matar cuanto antes a mis hijos y huir de esta tierra, y no perderé el tiempo encomendando su muerte a manos más enemigas; sin remedio deben morir, y como es preciso, yo que los procreé, los mataré también. Ea, pues, ármate de valor. ¿Por qué titubeo en perpetrar males crueles, pero necesarios? Anda, mísera mano mía, empuña, empuña el acero, huella la triste meta de la vida, y no seas cobarde ni te acuerdes de tus hijos, a quien tanto amas porque los diste a luz; olvídate, en este breve día, de que los tienes y llora después, que, aunque los mates, siempre te fueron caros y siempre fuiste una mujer infeliz.

Estrofa. — Vitoreemos a la Tierra y a los rayos del Sol, que todo lo alumbran;[57] ved, contemplad aquella mujer desventurada antes que llene sus manos de sangre infanticida. De ti descienden sus hijos, Febo de cabellos de oro, y es horrible que la mano de los hombres derrame sangre de dioses. Refrénala, ¡oh luz divina!, detenla; arroja de este palacio a la sanguinaria y mísera Furia, inspirada por fatídicas deidades.

Antístrofa. — En vano los dio a luz con dolores, en vano fuiste tronco de amada prole, ¡oh tú, que atravesaste los escollos inhospitalarios de las cerúleas Simplégadas![58] ¡Oh infortunada! ¿Qué grave ira se ha apoderado de tu corazón, qué rabia fatal, sedienta de sangre, te ha trastornado? Funesta expiación amenaza a los mortales cuando riegan la tierra con sangre de su parientes, y para castigo de los parricidas el cielo envía a las

familias calamidades proporcionadas a la pena que merecen.

PRIMER NIÑO (*desde dentro*).

¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Adónde huiré de mi madre?

SEGUNDO NIÑO

No lo sé, hermano muy querido; ¡vamos a morir!

EL CORO

¿Oyes, oyes el clamor de sus hijos? ¡Oh mísera e infeliz mujer! ¿Entraré en el palacio? Salvemos a sus hijos de la muerte. (*El coro se detiene viendo cerradas las puertas*).

LOS NIÑOS

¡Pero socorrednos, por los dioses! ¿Vendréis a tiempo? Ya el puñal nos amenaza de cerca.[59]

EL CORO

¿Eres, ¡oh miserable!, piedra o hierro, para segar con tu mano infanticida la vida de los hijos que diste a luz? Solo sé de una, solo sé de una mujer de los pasados tiempos que matase a sus hijos; solo sé de Ino,[60] furiosa por orden divina, cuando la esposa de Zeus la arrojó de su palacio y trastornó su juicio, y la miserable cayó en la mar por el impío asesinato de sus hijos, saltando desde la orilla y pereciendo al mismo tiempo que ellos. ¿Puede suceder nada más horrible? ¡Oh funestos casamientos, cuántos males habéis acarreado a los hombres!

JASÓN

Mujeres que rodeáis a ese palacio, ¿está en él esa Medea que ha cometido tantos horrores? Menester es que se esconda en los abismos de la tierra, o que, cual ave, se lance a las aéreas regiones, para que no pague la pena que merece por su delito contra la real familia. ¿Cree acaso, después

de dar muerte a los soberanos de esta región, que podrá escaparse impune? Pero no tanto vengo por ella como por mis hijos; castíguenla los que han sufrido esos males. Mi objeto es salvar la vida de mis hijos, no se venguen en ellos los parientes de Creonte, en represalias de la nefanda maldad que ha cometido su madre.

EL CORO

¡Oh infeliz Jasón!, aún ignoras, sin duda, las desdichas que te aguardan; a no ser así, no hablaras como hablas.

JASÓN

¿Qué hay? ¿Quiere matarme también?

EL CORO

Tus hijos han muerto a manos de su madre.

JASÓN

¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Oh, mujer, cómo me has afligido!

EL CORO

No olvides que ya murieron tus hijos.

JASÓN

¿En dónde los ha asesinado? ¿Dentro o fuera del palacio?

EL CORO

Abre las puertas y los verás muertos.

JASÓN

Abrid cuanto antes las puertas, servidores; quitad las barras para que contemple dos males a un tiempo y vea a mis dos hijos muertos, y para que los vengue y muera también a mis manos.

MEDEA (*que aparece en un carro tirado*
por dragones con los cadáveres de sus hijos).

¿Por qué sacudes y das golpes en las puertas buscando los cadáveres de tus hijos, y a mí, que los he asesinado? No te molestes. Si me necesitas, dime lo que quieres: jamás me tocarán tus manos, porque el Sol, padre de mi padre, me ha dado un carro que me protegerá contra mis enemigos.

JASÓN

¡Oh, rabia! ¡Mujer odiosa, mujer la más detestada de los dioses, de mí y de toda la especie humana, que has osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste a luz, y me dejas huérfano, y ves la tierra y el sol a pesar de tu impiedad maldita! ¡Ojalá que mueras! Ahora te conozco, no cuando de un palacio y de un país bárbaro te traje a la Grecia, a ti, que eres el más terrible azote, y has hecho traición a tu padre y a la tierra que te crió. Obra es de los dioses que me arrastrara tu fatal destino cuando asesinaste a tu hermano junto a los altares y te embarcaste en la nave *Argo*, de bella proa. Tales fueron tus primeras hazañas: te casaste conmigo, y después que diste a luz mis hijos, los mataste llevada de tu odio y de tu envidia a mi segunda esposa. Ninguna griega lo hubiese osado jamás; te preferí a ellas, y fuiste mi compañera; enlace fatal y pernicioso para mí, que eres leona, no mujer, de índole más fiera que la tirrena Escila.[61] Pero (vanamente te insultaría con millares de lenguas, siendo tan grande tu impudencia) ojalá que mueras, infame como ninguna, y además manchada con la sangre de tus hijos. Solo puedo ahora deplorar mi suerte, porque ni he disfrutado de mi segundo himeneo, ni podré ya hablar con los hijos que engendré y eduqué, habiéndolos perdido.

MEDEA

Largamente replicaría a cuanto acabas de decir si el padre Zeus no conociera los beneficios que de mí has recibido y tu negra ingratitud. El

destino no podía permitir que, despreciándome, tú y tu real cónyuge vivierais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dio la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada, llámame, pues, leona o Escila, que habita en la costa tirrena, pues te he herido en el corazón como merecías.

JASÓN

Tú también sufres, y participas de mis males.

MEDEA

Puedes estar seguro de ello; sin embargo, es dolor que me agrada porque no te ríes.

JASÓN

¡Oh hijos! ¡Que madre tan perversa os tocó en suerte!

MEDEA

¡Oh hijos! ¡Cómo habéis muerto por culpa de vuestro padre!

JASÓN

Pero seguramente no los mató mi diestra.

MEDEA

No tu diestra, pero sí tu injusticia y tu segundo matrimonio.

JASÓN

¿Y te resolviste a asesinarlos para vengarte de mi enlace?

MEDEA

¿Es acaso leve desdicha para una mujer?

JASÓN

Sí, si es modesta; pero para ti todo es grave.

MEDEA

Ya murieron; bastante será tu tormento.

JASÓN

Dioses hay vengadores que te castigarán.

MEDEA

Ellos saben a quién debe imputarse todo.

JASÓN

De seguro conocen a fondo tu abominable corazón.

MEDEA

Te odio, y me burlo de tus palabras amargas.

JASÓN

Y yo de las tuyas; fácil es nuestra separación.[62]

MEDEA

¿Conque eso dices? ¿Qué haré yo ahora? También lo deseo ardientemente.

JASÓN

Déjame sepultarlos y llorarlos.

MEDEA

De ningún modo; yo los enterraré, y los llevaré al bosque sagrado de Hera, diosa Acrea,[63] para que ninguno de sus enemigos los insulte, removiendo su sepulcro; en este país de Sísifo[64] instituiré fiestas solemnes y sacrificios para lo futuro, en expiación de tan impío asesinato. Yo iré a la tierra de Erecteo, y habitaré con Egeo, el hijo de Pandión. Tú, que eres perverso, tendrás mala muerte, aunque justa, y los restos de la nave *Argo* herirán tu cabeza,[65] ya que has sido testigo del amargo fin de mis bodas.

JASÓN

Acabe contigo la Furia vengadora de tus hijos asesinados, y la Justicia castigue tu crimen.

MEDEA

¿Qué dios, qué divinidad podrá escucharte, cuando eres perjuro y traidor a quienes te dieron hospitalidad?

JASÓN

¡Fuera, fuera de aquí, malvada, asesina de tus hijos!

MEDEA

Vete al palacio y entierra a tu esposa.

JASÓN

Allá voy, huérfano de mis dos hijos.

MEDEA

Aún no has gemido bastante; la vejez te aguarda.

JASÓN

¡Oh, hijos muy amados!

MEDEA

De su madre, no de ti.

JASÓN

Y sin embargo los mataste.

MEDEA

Para ofenderte.

JASÓN

¡Ay de mí, desventurado! Solo deseo besar mis hijos queridos.

MEDEA

Ahora los llamas, ahora deseas verlos, y antes los rechazabas.

JASÓN

Concédeme, por los dioses, que toque siquiera sus infantiles cuerpos.

MEDEA

No; vanos son tus ruegos.

JASÓN

¿Oyes, Zeus, cómo desoyen mis súplicas? ¿Ves lo que sufro de esta execrable leona, asesina de sus hijos? Pero en cuanto pueda y me sea lícito, me lamentaré así y daré gritos, poniendo a los dioses por testigos de que me prohíbes tocar y sepultar los cadáveres de los hijos que mataste: ¡ojalá que nunca los viese, si habían de perecer a tus manos!

EL CORO

Zeus, desde el Olimpo, gobierna al mundo, y muchas veces hacen los dioses lo que no se espera, y lo que se aguarda no sucede, y el cielo da a los negocios humanos fin no pensado. Así ha acontecido ahora.[66]

FIN DEL TOMO PRIMERO

* * *

Notas

1. *Argo*, famosa nave en donde se embarcaron varios héroes griegos al mando de Jasón para conquistar el vellocino de oro de la Cólquida. Los más célebres, además de Jasón, fueron Heracles, que los dejó en la travesía, Orfeo, Tifis el piloto, Esculapio, Linceo, Cástor y Pólux, Calais y Zetes, Tideo y Néstor. Salieron del puerto de Yolco, y después de sufrir muchos peligros y contrariedades, llegaron a la Cólquida, y con ayuda de Medea, hija del rey de este país, se apoderaron del codiciado vellocino y volvieron a Grecia, según unos, por el Danubio y el Mediterráneo, o, según otros, por el Volga, el Báltico, el Océano y el estrecho de Gibraltar. Tres poemas se han escrito sobre esta expedición: uno que se atribuye falsamente a Orfeo, otro de Apolonio de Rodas, y el último de Valerio Flaco. Es probable que se hubiese verificado, o para explotar las minas de oro del Cáucaso, o para colonizar las ricas regiones situadas al norte del Asia Menor.

2. La Cólquida, hoy Imeretia y Mingrelia, región del Asia, yacía entre el Ponto Euxino al O,

el reino del Ponto al SO, el Cáucaso al N y la Iberia al E. Su río más célebre era el Fasis.

3. Simplégadas o Cianeas, escollos que se abrían y se cerraban para destrozar las naves en el estrecho de Constantinopla, hasta que las atravesó la nave *Argo*.

4. Pelión, monte de la Tesalia, en la Magnesia, prolongación del Olimpo, que; formaba un cabo al S.

5. Pelias, rey de Yolco, era hijo de Tiro y de Poseidón. Usurpó el trono de Yolco, que correspondía a Esón, padre de Jasón, su hermano uterino, y sugirió a este la expedición de los argonautas con el objeto de verse libre de este rival, y esperando que perecería en ella; pero a su vuelta, engañadas sus hijas por Medea, que prometió rejuvenecerlo, pereció, sufriendo una muerte horrorosa.

6. Yolco, ciudad de la Hemonia, en el golfo de Págasas, cerca del mar.

7. Medea, hija de Eetes, rey de la Cólquida, y de la mágica Hipsea. Enamorada de Jasón, le ayudó en la conquista del vellocino de oro, y huyó con él a Grecia.

8. Creonte, hijo de Sísifo, y por lo tanto pariente de Odiseo.

9. Cicerón, en el libro III, Tuscul., cap. XXVI, dice así: *Sunt autem alii, quos in luctu cum ipsa solitudine loqui sæpe delectat, ut illa apud Ennium nutrix:*

10. Los dados eran pequeños cubos de marfil, hueso o madera, en cada uno de cuyos lados se señalaban desde uno a seis puntos. Ordinariamente su jugaba con tres, que se tiraban con un cubilete; la mejor jugada era cuando cada uno de ellos presentaba en el mismo lado distintos puntos, y la peor la contraria. Otras veces servían para este juego los huesos de la ranilla de ciertos animales, o se montaban en piedra o bronce. Solo tenían cuatro lados, no seis, y los puntos que se señalaban eran uno y seis en los dos lados opuestos, y tres y cuatro en los otros dos; dos y cuatro no se señalaban si no se jugaba con cuatro dados en lugar de tres. Los corintios tenían fama de jugadores.

11. Famosa fuente al pie de la acrópolis de Corinto, dedicada a las Musas.

12. El texto dice ἀμφιπόλου, de dos puertas; pero en nuestra opinión esa palabra no quiere expresar que el palacio tenía dos puertas, una primero y otra después, y que eran tales los clamores de Medea que habían atravesado a ambas. Conocida la construcción y el plan de las casas griegas, y sabiendo que las habitaciones de las mujeres o el gineceo se encontraban en el extremo opuesto, es evidente que, ni aun teniendo Medea la voz de Esténtor, se

hubiese oído fuera. Lo más natural, por consiguiente, es que el coro le llame palacio de dos puertas, de puerta de dos hojas o batientes, como eran las de los teatros y palacios, distintas de las otras más pobres, que de ordinario constaban solo de una hoja.

13. Para retardar la persecución de su padre mató Medea a su hermano Apsirto, y dejó sus restos abandonados por el camino para que el padre, cuidadoso de darles sepultura, no pudiese alcanzarla.

14. Medea no ha invocado a Zeus, sino a Temis y a Artemisa; pero la nodriza, turbada por su emoción, confunde las especies.

15. Porque la Cólquida, patria de Medea, estaba en la costa opuesta.

16. Hasta ahora se puede decir que han sido tantas las traducciones hechas de estos versos, distintas entre sí, cuantos han sido los traductores, extraviados por los versos siguientes de Ennio:

17. El escoliasta observa que en la edad heroica sucedía lo contrario de lo que dice Eurípides, esto es, que el marido compraba a la mujer, no la mujer al marido.

18. Desde las leyes de Solón, la mujer podía separarse del marido o abandonarlo, no repudiarle, aunque con ciertas restricciones, y exponiéndose a la murmuración pública.

19. Eurípides, con su ordinaria sencillez, expresa este pensamiento tan profundo como verdadero, porque, en efecto, es una de las más graves injurias que puede recibir una mujer. Séneca, en cambio, en su *Medea*, verso 573, hace decir al coro estas palabras:

20. Medea, para conseguir su intento, como mujer de claras luces y consumada astucia, no obra como lo hubiera hecho un criminal ordinario. En virtud de un esfuerzo supremo, finge conformarse con las órdenes de Creonte, a quien detesta en realidad, pues bien sabía que Jasón era esposo de Medea y que estaba en su mano oponerse a este enlace, no autorizarlo ni consentirlo; pero no dice que ama a su esposo, a pesar de su infidelidad, sino claramente que lo aborrece, porque lo contrario hubiera sido sospechoso.

21. Aunque en general sea cierta esta máxima, y en ello, como en todo, tenga gran importancia la buena o mala fortuna, no es lo menos que mucha parte de estos males nos son imputables, examinados de cerca y conocidas sus causas. La fortuna hace un gran papel en el mundo cargando con nuestras torpezas y desaciertos, y si no existiera, más de una vez habíamos de vernos en apurado atolladero.

22. A los partidarios de la exagerada verosimilitud, no de la prudente, diremos que nos expliquen la connivencia de las mujeres corintias que componen el coro en los proyectos criminales de Medea, extranjera, odiosa por su mala fama y por su orgullo, y dirigidos contra Creonte, su rey, y contra su inocente hija. Parecía natural que el coro no se hubiese compuesto de corintias, sino de esclavas de Medea, o de otra cualquier manera.

23. Hécate, deidad infernal llamada así, según algunos etimologistas, de la palabra griega *ἑκατόν*, ciento, porque retenía cien años a las orillas de la Estigia a las almas de los insepultos. A veces se confunde con Artemisa, y a veces es una diosa distinta, hija del Sol, según Hesíodo. Otros aseguran que fue una mágica temible, que envenenó a su padre y se casó con Eetes, de cuyo matrimonio nacieron Medea y Circe. El triple culto de Hécate, Artemisa y la Luna parece una reminiscencia del de la Isis egipcia.

24. Eetes, el padre de Medea, era hijo del Sol y de Perseis, y Creonte, como dijimos al principio, hijo de Sísifo.

25. Sísifo era hijo de Eolo y esposo de Mérope. Fundó a Éfira, después Corinto, cerró el Istmo, obligó al Asopo a regar con sus aguas la acrópolis de Corinto, y exigió a cuantos pasaban por allí cierta cantidad de dinero. Murió a manos de Teseo, y habiendo conseguido de los dioses infernales que le permitiesen volver un día a la tierra para ser sepultado, no quiso regresar al infierno y fue arrastrado de nuevo a él a viva fuerza, y, ya sea en castigo de esta informalidad, ya por sus tropelías en vida, condenado a llevar un peñasco a la cima de una montaña, desde donde en seguida se despeñaba.

26. Estamos casi seguros que Eurípides no conoció a su madre.

27. Safo, Corina, Telesila y otras ilustres poetisas griegas anteriores a Eurípides, o sus coetáneas, podían muy bien haberlos escrito.

28. Las Simplégadas o Cianeas.

29. El texto vulgar griego dice así:

30. Según parece, las aventuras de Jasón para conquistar el vellocino de oro son semejantes a las de Cadmo cuando fundó a Tebas. Eetes, padre de Medea y dueño del vellocino, tenía dos toros gigantescos y bravos, de pies de bronce y abrasador aliento, que fueron uncidos al mismo yugo para labrar la tierra y sembrar en los surcos dientes de dragón, que se convirtieron en hombres armados, a los cuales venció Jasón con ayuda de Medea. Después,

esta misma lo llevó de noche al lugar en donde el dragón guardaba el vellocino, lo aletargó y Jasón le dio muerte, robando a Medea y huyendo con ella a la Grecia. (V. Apolod., libro I, cap. IX, § 23).

31. Ironía.

32. El texto griego dice ξένοις τε πέμπειν σύμβολ', y enviaré símbolos a los que han de hospedarte. Estos símbolos, llamados en latín *tesseræ hospitales*, consistían en una pequeña tablilla que el dueño de la casa daba al huésped cuando la dejaba, se partía en dos pedazos, y cada cual se quedaba con uno para que, si volvían a verse ellos o sus descendientes, se reconociesen y prestasen hospedaje y ayuda.

33. Egeo, rey de Atenas e hijo de Pandión, y padre de Teseo. Vencido por Minos, rey de Creta, tuvo que pagarle anualmente un tributo de siete doncellas y otros tantos mancebos, que devoraba el Minotauro. Teseo mató a este monstruo, y a la vuelta, y habiéndosele olvidado arbolar en su buque la señal que había de anunciar el fausto éxito de su expedición, Egeo creyó que había perecido, y se precipitó en la mar, que desde entonces llevó su nombre.

34. Este oráculo enigmático significa lo que traducimos, o bien si πόδα equivale a *pudendum*, y ἀσκοῦ, *venter*, que no toque a mujer alguna. Adviértase que este oráculo, no decente del todo, no es invención de Eurípides, sino tradicional y conocido de todos, y así no extrañemos que se oyese en una tragedia, fiesta solemne y religiosa.

35. Sobre Piteo véase la nota al prólogo del *Hipólito*, que pronuncia Afrodita.

36. Hermes, hijo de Zeus y de Maya, dios de la elocuencia, de los comerciantes y ladrones; era también el conductor de las almas a los infiernos y mensajero de los dioses. Habiendo robado el tridente de Poseidón, la espada de Ares γ el cinturón de Afrodita, fue desterrado del cielo y guardó con Apolo los rebaños de Admeto. Transformó a Bato en piedra de toque, y hurtó las armas y la lira de Apolo. Fue también el matador de Argos, el de los cien ojos, como se ve representado en el cuadro del inmortal sevillano Velázquez.

37. Creían los griegos y romanos que la densidad del aire que se respiraba influía en los ingenios de los hombres, y por esto eran tardos los beocios y vivos los atenienses. Horacio, en el libro II de sus *Epístolas*, verso 244, dice así:

38. Quizá sea solo Eurípides el que diga que Harmonía es la madre de las Musas. Apolod.,

cap. CXI, 1, asegura que ἐκ δὲ Μνημοσύνης μούσας, πρώτην μὲν Καλλιόπην, εἶτα Κλειώ, Μελπομένην, Εὐτέρπην, Ἐρατώ, Τερψιχόρην, Οὐρανίαν, Θάλειαν, Πολυμνίαν. El aserto de Eurípides parece fundado en alguna opinión filosófico-pitagórica, y no va descaminado, porque la armonía es uno de los principales encantos de las obras de las Musas.

39. El Cefiso era un riachuelo que bajaba del monte Parnés, bañaba las murallas de Atenas, atravesaba el Pireo y desembocaba en el golfo Sarónico.

40. Véase el *Hipólito* y la distinción que hace Eurípides entre los Amores. Aquí alude, sin duda, a los castos y sosegados.

41. El Iliso y el Cefiso.

42. Atenas era, en efecto, la más hospitalaria de las repúblicas y estados de la Grecia.

43. Llamamos la atención de los lectores hacia estas palabras de Medea, que debieron producir mucho efecto en su auditorio. Para Jasón llora de arrepentimiento; para el público, que conoce ya sus terribles proyectos, llora de pena, reflexionando en la triste suerte que ella misma depara a sus inocentes hijos.

44. Esta es la verdad, dicha con la sencillez con que suelen decirla los griegos. Hay opiniones, sin embargo, acerca de la causa de este llanto femenino, pues los unos creen que proviene de su naturaleza especial, parecida a la de los niños por la energía, la prontitud y la breve duración de sus sentimientos, y otros que es originado de su posición en la familia y en la sociedad.

45. La ironía con que habla Medea no puede ser más manifiesta.

46. Hesíodo, citado oportunamente por M. Artaud, había dicho ya que

47. Alude a la muerte de sus hijos, y dice que los llevará al infierno.

48. En *Las Fenicias*, versos 335 y 336, dice también Yocasta a Polinices:

49. Este mismo verso se halla en *Las Troyanas*, en donde dice también Andrómaca:

50. Como viven los muertos en el infierno.

51. Pocas situaciones dramáticas pueden compararse a esta de Medea, y pocos poetas han creado caracteres tan eminentemente trágicos como el de esta heroína griega. Luchando a un tiempo con tantas y tan poderosas pasiones, víctima de los celos, de su amor a Jasón, del cariño a sus hijos, de su ignominia, viéndose despreciada tan públicamente, y de su ardiente

sed de venganza, ya como frágil nave arrastrada por opuestos vientos cede a la fuerza del más poderoso, ya endereza con trabajo su rumbo y prosigue su peligroso viaje.

52. Debemos suponer que Jasón entró primero y anunció a la hija de Creonte, su esposa, el regalo que le traían sus hijos, porque de otra manera, y siendo tan rápida la visita, ni tuvo la desposada tiempo para fijarse en uno con complacencia, y en los otros con desagrado, ni pudieron advertirlo sus servidores.

53. Rogamos al lector que nos perdone la repetición de la palabra hijos, necesaria si la traducción ha de ser fiel y ha de expresar con sencillez el pensamiento del poeta. En esta parte no eran los griegos tan exigentes, ni el gusto del público se paraba en tales nimiedades. Advertiremos para lo sucesivo que cuando las encuentren tengan en cuenta que nosotros nunca repetimos una misma voz ni la mitad de las veces que el original.

54. Creían los griegos que la epilepsia era producida por Pan o por otra deidad, y miraban a los que la padecían con cierto temor respetuoso. Todos sabemos el partido que sacó Mahoma de esta enfermedad.

55. Estos símiles, familiares a todos los griegos, son comunes en sus poetas. El pletro equivale a unos 31 metros.

56. Este epifonema, algo largo en verdad para llamarlo así, es más natural de lo que a primera vista parece, porque ocurre de ordinario en estos o parecidos términos a los que presencian la muerte de los poderosos de la tierra. También es cierto que los filósofos, o los que se dedican exclusivamente a la investigación de la verdad, son los más propensos a extrañas aberraciones, ya arrastrados por su espíritu sistemático, ya por su escaso conocimiento del mundo y de los hombres, como lo prueban, entre otros muchos, Platón en su *República*, y el obispo Berkeley.

57. Ennio traduce así el principio de este canto del coro:

58. Véase la nota al prólogo de esta tragedia, que pronuncia la nodriza.

59. M. Artaud dice en su nota a estos versos que pronuncian los hijos de Medea: *Plusieurs critiques ont acusé ici le chœur de nonchalance et de lenteur; mais, dès qu'il a entendu les cris des enfants, il a couru vers le palais, et aussitôt que les portes s'ouvrent, il voit le crime consommé: c'est alors qu'il prononce les imprecations suivantes contre Médée*. No; el coro no socorre a los hijos de Medea porque encuentra cerradas las puertas, y las imprecaciones que

pronuncia contra Medea no son hijas de la indignación que le produce el asesinato de esos niños inocentes, puesto que Jasón, que llega poco después, las halla también cerradas y manda a los servidores que las abran.

60. Ino fue hija de Cadmo y de Hermíone, y mujer de Atamante, rey de Tebas. Repudiada por su esposo, que se casó con Néfele, volvió después a ocupar su lecho, y dio a luz dos hijos, llamados Melicertes y Learco. Celosa de los que Atamante tenía de Néfele, a saber, de Frixo y Hele, logró que su marido decretase su muerte; pero ambos, sabedores de la desdicha que les aguardaba, huyeron a la Cólquida en una oveja de vellón dorado. Atamante, presa de las Furias, estrelló a Learco contra una muralla, e Ino, desesperada, se arrojó a la mar con Melicertes, siendo transformados una y otro en dioses marinos. Hartung, en su nota al verso 1245, expone el argumento de una tragedia perdida de Eurípides, titulada *Ino*, cuya fábula es distinta. Hemos preferido seguir la opinión más admitida en este punto.

61. Escila, ninfa siciliana, amada de Glauco, el dios marino. Circe, su rival, la transformó en peñasco que tenía cierta semejanza con una mujer. Su busto se elevaba sobre la mar, y de su cintura salían las cabezas de seis perros horribles que ladraban sin cesar. Las olas se arremolinaban alrededor y hacían muy peligrosa la navegación. Yacía en el mar Tirreno. Hoy, sea por los progresos de la náutica, sea por revoluciones volcánicas que acaso hayan variado la configuración de estos peñascos, no es su paso tan difícil.

62. Esta disputa conyugal, no del todo trágica, nos recuerda los insultos que Aquiles prodiga a Agamenón en el canto I de la *Ilíada*. Tiene, sin embargo, su mérito, como las inocentadas de los niños y de los campesinos, indicio de ordinario de cierta virginidad de corazón y falta de malicia, que nos agrada por el contraste que forma con épocas más cultas y seres más corrompidos.

63. Tito Livio, XXXII, 231, dice así: *Promontorium est adversus Sicyonem Junonis, quam vocant Acræam, in altum excurrens; trajectus inde Corinthum septem milia ferme passuum*.

64. Sísifo, hijo de Eolo, fundador de Éfira, después Corinto.

65. Así, en efecto, murió luego Jasón.

66. Estos versos, que pronuncia Medea y hallamos también en *Helena, Las Bacantes, Las Suplicantes* y *Andrómaca*, indican que Eurípides, ya que no lo hiciese en el fondo y traza de

las tragedias, rendía, sin embargo, homenaje a las opiniones del público, acerca de lo que debían ser tales composiciones dramáticas, y a los precedentes sentados por Sófocles, Esquilo y otros poetas. Adviértase, no obstante, que no es el destino el autor de estas calamidades, sino Zeus o la Providencia.

Notas

* * *

1.º

El nacimiento de Esq. cae en la olimp.

LXIII

4

ant. J. C.

525

Su muerte

LXXXI

1

—

456

2.º

El nacimiento de Sófocles

LXXI

2

—

495

Su muerte

XCIII

3

—

406

3.º

El nacimiento de Eurípides

LXXV

1

—

480

Su muerte

XCIII

3

—

406

Esquilo murió, pues, a los sesenta años de edad. Sófocles a los noventa y Eurípides a los setenta y cinco.

Hemos preferido seguir los datos cronológicos de esta tabla, porque en la Crónica de Paros se observan ciertas contradicciones que han suscitado graves dudas entre los críticos, porque es ilegible en muchas de sus partes, por las dudas que se han promovido acerca de su autenticidad, por la fe que nos merecen Plutarco y Diógenes Laercio, por la tradición constante, seguida hasta ahora por la gran mayoría de los eruditos, de que Eurípides nació el año indicado, y porque, en realidad, es pequeña la diferencia de

seis años que se observa entre los datos de la Crónica y los que adoptamos.

Φρύγης ἐστὶ καινὸν δρᾶμα τοῦτ' Εὐριπίδου
Ὃ καὶ Σωκράτης τὰ φρύγαν' ὑποτίθησι

(*Los Frigios* son un drama nuevo de Eurípides, bajo el cual Sócrates puso también astillas).

Distintas opiniones hay también acerca de la muerte de Eurípides. Unos, como el elegíaco Hermesianax y varios biógrafos, dicen que murió despedazado por perros; otros por las mujeres, a quienes tanto había ofendido, y otros, en fin, que murió de viejo. Esta última opinión es para nosotros la más probable, puesto que, a ser ciertas las primeras, no hubiera dejado Aristófanes de hacer mención de ellas en *Las Ranas*, que se representaron poco después de la muerte de Eurípides.

Hæc omnis, quam cernis, inops, inhumanataque turba est:
Portitor ille, Charon: hi, quos vehit unda, sepulti.
Nec ripas datur horrendas, nec rauca fluenta
Transportare prius, quam reditus ossa quiescunt.
Centum errant annos, volitantque hæc litora circum.
Tum demum admissi stagna exoptata revisunt.

«Un día se llena de heridas vergonzosas, cubre sus hombros de viles harapos como un esclavo, y penetra en la vasta ciudad de Príamo disfrazado de mendigo, bien diferente del famoso héroe de la flota de los griegos».

Quod si levatur sanguine infans cinis
Opima Phrygii colla cædantur greges,
Fluatque nulli flebilis matri cruor.

Los lectores observarán la notable diferencia que hay entre la sencillez de Eurípides y la ampulosidad del célebre cordobés.

Ubi ego nunc Libanum requiram, aut familiarem filium
Uti ego illos lubentiores faciam quam Lubentia est.

Por lo demás, podríamos amontonar innumerables citas como estas, porque ese pensamiento es de los más frecuentes.

αἰθέρ ἀμπτάμενος οὐράνιον ὑψίπετὴς μέλαθρον, Ὠρίων ἢ
Σείριος ἔνθα πυρὸς φλογέας ἀφίησιν ὄσσων αὐγάς;
ἢ τὸν ἐς ἀΐδα μελανόχρωτα
πορθμὸν ἀιξω τάλας.

ὑψίπετὴς se halla en dos códices, y es necesario para entender la frase: ἀναπτάσθαι, construido con acusativo sin preposición, se encuentra también en *Orestes*, 1343. Acaso venga de allí αἰθέρα, cuya autenticidad rechaza otro escolio. Ὠρίων ha sido borrado de un MS. (Flor., 25), y otro (Mosq., B) pone ὁ Σείριος por ἢ Σείριος, haciendo presumir que Ὠρίων ἢ es obra de algún interpolador. Eurípides menciona juntos de ordinario a Orión y a las Pléyades (*Ion.*, 1153; *Hel.*, 1394), porque así se ven en medio del cielo. Sirio es, al contrario, para él el Perro pequeño, *canicula*, próximo al polo Norte, como observamos en la *Ifig. en A.*, v. 68. (N. de Hart.).

Nam quibusdam, quos audio sapientes habitos in Græcia, placuisse opinor mirabilia quædam, sed nihil est quod illi non persequantur argutius; partim fugiendas esse nimias amicitias, nec necesse sit nullum sollicitum esse pro pluribus: satis superque esse suarum cuique rerum: alienis nimis implicari molestum esse: commodissimum esse, quam laxissimas habenas habere amicitiæ, quas vel adducas, quum velis, vel remittas;

cuya traducción, de don Fernando Casas, Cádiz, 1841, pág. 76, dice así:

«Rarísimas son en esto las opiniones de algunos que, según oigo, son tenidos en Grecia por sabios, los cuales nada hay que no trastornen con sus agudezas. Pretenden que hayan de huirse las muchas y muy estrechas amistades para no verse uno rodeado de graves atenciones, pues harto tiene cada cual, y le sobra, con el cuidado de sus propios negocios, sin necesidad de mezclarse en los ajenos. Por esto les parece que deben traerse muy flojas las riendas de la amistad, para apretarlas o aflojarlas todavía más si conviniere».

Could I find out
The woman's part in me! For there's no motion
That tends to vice in man, but I affirm
It is the woman's part: be it lying, note it,
The woman's; flattering, hers; deceiving, hers;
Lust and rank thoughts, hers, hers; revenges, hers;
Ambitions, covetings, change of prides, disdain,
Nice longings, slanders, mutability,
All faults that may be nam'd; nay, that hell knows
Why, hers, in part, or all: but, rather, all;
For even to vice
They are not constant, but are changing still
One vice, but of a minute old, for one
Not half so old as that. I'll irrite against them,
Detest them, curse them. Yet 't is greater skill
In true hate, to pray they have their will:

The very devils cannot plague them better.

Τίς ἀχώ, τίς ὀδμὰ προσέπτα μ' ἀφεγγής.

y las de Virgilio (*Eneida*, I, 407):

Ambrosiæque comæ divinum vertice odorem spiravere.

Κόμιζ' Ὀδυσσεῦ μ' ἀμφιθεὶς κάρα πέπλοις

y Macaria a Yolao en *Los Heráclidas*:

πέπλοις δὲ σῶμ' ἐμὸν κρύψον παρών.

Preferimos, sin embargo, la sencillez de Eurípides a la novedad de Schiller.

δρομάδες ὦ πτεροφόροι ποτνιάδες θεαί...

Οὐκοῦν ἔδωκε τῇ τυχῇ τὸν δαιμώνα.

«Ha dado, pues, el destino a la fortuna», lo cual ni entendemos nosotros ni podrá nunca entender nadie. Δαίμων y τύχη significan la suerte, con la diferencia de que la primera es obra de los dioses y la segunda de la casualidad, como lo prueban estas palabras de Polinices, verso 403: ὁ δαίμων μ' ἐκάλεσεν πρὸς τὴν τύχην. Sin embargo, con el verbo ἔδωκε no nos es posible traducir el verso, y como ἔτισε de τίω, resuelve la cuestión satisfactoriamente, no hemos vacilado en aceptarlo, siguiendo la opinión de Hartung. (*Comm. a Las Fen.*, páginas 262-263).

Οὔκ ἔστι μήτηρ ἡ κεκλημένου τέκνου
τοκεύς, τροφὸς δὲ κύματος νεοσπόρου·
τίκτει δ' ὁ θρῴσκων, ἡ δ' ἅπερ ξένῳ ξένη
ἔσωσεν ἔρνος, οἷσι μὴ βλάψῃ θεός.
Τεκμήριον δὲ τοῦδέ σοι δείξω λόγου.
Πατὴρ μὲν ἂν γένοιτ' ἄνευ μητρός.

«No es la madre la que engendra al hijo, sino la que conserva el licor genital. Engendra el hombre; pero ella, como en hospedaje, guarda el germen para que el dios, así escondido, no le dañe. Daré una prueba de mi opinión. Puede haber padre sin madre». Alude claramente a Atenea, que nació, sin concurso de mujer, de la cabeza de Zeus.

De estas frases y de las que profiere Orestes debemos colegir que tal era la creencia vulgar de los griegos, en armonía con la distinta consideración social de que disfrutaban el hombre y la mujer, o el padre y la madre.

Ὦ φίλτατ', ὦ ποθεινὸν ἥδιστόν τ' ἔχων
τῆς σῆς ἀδελφῆς ὄνομα καὶ ψυχὴν μίαν,

que traducido al latín es: *O carissime, o qui desiderabile et dulcissimum habes nomen (fratris) ex tua sorore et unam (cum ea) animam*, cuyas palabras, vertidas al castellano, dan un verdadero absurdo bajo todos aspectos, así en el fondo como en la forma. Lo más probable, como observa oportunamente Hartung (*Comm.*, página 225), es que en vez de ὄνομα, causa del error, dijese ὄμμα.

Electra debió sentir aún más la pérdida de su hermano, porque se asemejaban sus facciones a las de su padre y a las suyas propias, como sucede de ordinario en las familias.

Nondum illi flavum Proserpina vertice crinem
Abstulerat, Stigioque caput damnaverat orco.
Ergo Iris, croceis per cœlum roscida pennis
Mille trahens varios adverso sole colores,
Devolat, et supra caput adstitit: Hunc ergo Diti
Sacrum jussa fero, teque isto corpore solvo.
Sic ait, et dextra crinem secat; omnis et una

Dilapsus calor, atque in ventos vita recessit.

Adviértase que se trata de la muerte de Dido, y que Iris es la mensajera enviada para acelerar su muerte.

Qualis ubi hibernam Lyciam Xanthique fluenta
Deserit, ac Delum maternam invisit Apollo,
Instauratque choros, mistique altaria circum
Cretesque, Dryopesque fremunt, pictique Agathyrsi.

Cupido cepit miseram nunc me proloqui
Cælo at terræ Medeai miserias.

Quæ Corinti altam arcem habetis, matronæ opulentæ optimates,
Nobis ne vitio vertatis hoc, quod a patria absumus: nam
Multi suam rem bene gessere et publicam patria procul;
Multi qui domi ætatem agerent propterea sunt improbati.

Sin embargo, se ve fácilmente que Ennio tradujo palabra por palabra, sin cuidarse gran cosa del sentido, porque ἐξῆλθον δόμων lo vertió en *patria absumus*, σεμνοὺς γεγῶτας en *rem bene gessere*, y leyó δομάτων ἄπο en vez de ὀμμάτων ἄπο. El sentido, como siempre, nos aclara este enigma, dictándonos que el objeto de Medea, extranjera en Corinto, no es otro que captarse la benevolencia del coro, para que la proteja y no la descubra, y en este concepto parécenos nuestra versión la más natural y aceptable.

Nulla vis flammæ, tumidique venti
Tanta, nec teli metuenda torti,
Quanta, quum conjux viduata tædis,
Ardet et odit.

ὦ παγκάκιστε, τοῦτο γάρ σ' εἰπεῖν ἔχω
γλώσσῃ μέγιστον εἰς ἀνανδρίαν κακόν.

La traducción latina de estos versos es la siguiente:
O pessime omnium! (hoc enim quo te appellem habeo
Linguæ summum, in (tuam) ignaviam convicium).

M. Artaud los traduce de esta manera:

O Le plus scélérat des hommes! (car ma voix peut donner ce nom le plus outrageux de tous à ta lâcheté).

Hartung, a su vez, lo interpreta así:
O schlechter Mann! ach leider kann ich Schlimm'res nicht
Dir mit der Zung' entgegnen, als ein schwaches Weib!

Si quisiéramos citar otros intérpretes o traductores además de estos, veríamos que todos ellos, sobre poco más o menos, se afanan en atormentar dichos versos para entenderlos y expresarlos, indicando de esta manera que son oscuros o defectuosos, como sucede de ordinario. En nuestro concepto, la palabra griega que puede darnos la clave para comprender estas palabras de Eurípides es *ἀνανδρία*, que significa propiamente afeminación; pero como esta afeminación se echa en cara al esposo de Medea, nos dice el sentido que no puede ser así, porque ni el casamiento de Jasón con Creusa es prueba de ello, sino de lo contrario, ni antes ni después se atribuye por Medea a afeminación dicho casamiento. Además, tampoco se comprende que se llame a un hombre afeminado, el peor de todos, porque esto es evidentemente falso, y entre ambas ideas no hay clara relación. Para salir de dudas consultemos al escoliasta, que se expresa en estos términos: τοῦτο γὰρ εἰπεῖν ἔχω σοι μέγιστον κακὸν διὰ τὴν

ἀσθένειαν τὴν ἐμήν, γυνὴ γάρ εἰμι καὶ ἀσθενὴς. Es, pues, de advertir que Medea insulta de este modo a Jasón por su debilidad: διὰ τὴν ἀσθένειαν τὴν ἐμήν: porque soy débil mujer, γυνὴ γάρ εἰμι καὶ ἀσθενὴς. La palabra ἀνανδρία no se refiere, por tanto, a Jasón, sino a Medea; por consiguiente, si la conservamos con una leve variación en el caso y sin alterar la versificación, habremos conseguido nuestro objeto.

Quod si
Judicium subtile videndis artibus illud
Ad libros et ad hæc Musarum dona vocares,
Bœotum in crasso jurares aere natum.

Cicerón, en el libro II de *Nat. deorum*, 16, dice también: *Etenim licet videre acutiora ingenia et ad intelligendum aptiora eorum, qui terras incolant eas, in quibus aer sit purus ac tenuis, quam illorum, qui utentur crasso cœlo atque concreto*.

De todas maneras, y tratándose de la mujer griega, las frases de Medea dicen mucho en brevísimos términos.

Δῶρα θεοὺς πείθει, δῶρ' αἰδοίους βασιλῆας.

Es probable, por tanto, que Eurípides lo conociera, y que sin temor alguno lo reprodujese en esta tragedia. Lo mismo hacen Esquilo y Sófocles, y en general todos los griegos, que, por lo visto, y en una época en que era más fácil que ahora, no pretendían pasar en todo por originales. Al contrario, hacían un servicio al público, obligándole de esta suerte a aprender bien notables frases tradicionales.

ἐγὼ δ' οὔτε σοι πυρὸς ἀνῆψα φῶς νόμιμον ἐν γάμοις,
ὡς πρέπει ματέρι μακαρίᾳ.

«Ni yo llevé en tus bodas la nupcial antorcha, como lo hubiera hecho otra madre afortunada».

μάτην δ' ἐμόχθουν καὶ κατεξάνθην πόνοις.

«Vanamente trabajé, y graves molestias me consumieron».

Jupiter, tuque adeo summe Sol, res omnes qui inspicis,
Quique lumine tuo maria, cœlum ac terram contues
Inspice hoc facinus, priusquam fiat; prohibissis scelus.

* * *

* * *

Tomo II

Las troyanas

* * *

ARGUMENTO

Eurípides intenta representar en esta tragedia uno de los episodios más terribles que siguieron a la toma de Ilión por los griegos, y con dicho objeto acumula varios incidentes trágicos, casi todos de su invención. Supone que los vencedores, que aguardaban vientos favorables para soltar sus naves, se reparten las esclavas, reservándose los más famosos capitanes las más distinguidas, ya para su servicio, como sucede a Hécuba respecto de Odiseo, ya para sus placeres, como acontece a Casandra y Andrómaca respecto de Agamenón y Neoptólemo. No contentos con esto, sacrifican a Políxena, hija de Hécuba y de Príamo, a los manes de Aquiles, y precipitan a Astianacte, nieto de aquellos reyes, desde las altas torres de Troya, temerosos de dejar con vida a este tierno retoño del linaje de Príamo, que más adelante podría reedificar su ciudad, a la que incendian también en presencia de la mísera viuda, antes reina y ahora esclava.

No hay, pues, en ella acción verdadera, ni causa ni obstáculos que la

aceleren o detengan. Carece, por tanto, de unidad dramática, a no ser que supongamos que Hécuba es aquí, como en la tragedia que lleva su nombre, el foco o centro en donde convergen estos sucesos. Como toca en suerte al astuto y cruel Odiseo, autor principal de sus últimas y más acerbas desdichas; como Poseidón pronuncia el prólogo, y juntamente con Atenea se prepara a emplear sus fuerzas en hacer desastrosa la vuelta de los griegos a su patria; como los coros aluden a los viajes de Odiseo y a sus trabajos, y como se sabe, por último, que Las Troyanas son la última pieza de una trilogía, cuyas dos primeras representaban el reconocimiento de Paris por sus padres y el suplicio de Palamedes, a causa de los infernales artificios del héroe de la *Odisea*, debemos suponer que el objeto del poeta ha sido probar lo vario e instable de las cosas humanas, puesto que los favorecidos hoy por la fortuna pueden ser mañana víctimas de los mayores sufrimientos. Partiendo de tal hipótesis no es posible desconocer la trágica grandeza de esta composición. Los cuadros más lúgubres se suceden unos a otros, formando grupos patéticos inimitables, y los rudos embates de la adversidad humillan en incesante acometida la vanidad y el orgullo humanos. Desde este punto de vista no podemos considerar como episodios inútiles el desvarío de Casandra, ni el diálogo de Helena con Hécuba y Menelao. Dolor grande para una madre es ver a su hija frenética, y más sabiendo que su delirio es efecto de infausto y deshonroso himeneo, y dolor el presenciar la impunidad en que queda su mayor enemiga. Debemos decir, sin embargo, que, a nuestro parecer, Eurípides se deja llevar demasiado lejos de su afán de hacer efecto en el auditorio; que amontona con profusión los incidentes desgarradores, siendo algunos innecesarios, y que a veces, como ocurre con las lamentaciones de Hécuba

ante el cadáver de Astianacte, después de las bellísimas quejas de su madre Andrómaca, es frío, inoportuno y algo declamatorio.

Séneca ha imitado esta tragedia en la suya titulada *Troades*, condensando en ella la acción de la *Hécuba*, de Eurípides, y de Las Troyanas. Incurre en sus faltas ordinarias, acompañadas como siempre de brillantes rasgos. Su estilo afectadamente sentencioso, sus disputas filosóficas, su mal gusto, su hinchazón y ampulosidad, y su poco conocimiento de la escena la deslucen y afean, sobre todo cuando sus imitaciones se leen después de los originales. La francesa de Châteaubrun es mejor, aunque con ese sabor transpirenaico al cual nunca podremos acostumbrarnos.

Representose Las Troyanas en la olimpiada 91, 1 (416 antes de J.-C.), ateniéndonos a las siguientes palabras de Eliano. *Var. Hist.*, II, 8:

κατὰ τὴν πρώτην καὶ ἐνενηκοστὴν Ὀλυμπιάδα..., ἀντηγωνίσαντο ἀλλήλοις Ξενοκλῆς, ὅστις ποτὲ οὗτός ἐστιν, Οἰδίποδι καὶ Λυκάονι καὶ Βάκχαις καὶ Ἀθάμαντι σατυρικῷ. Τούτου δεύτερος Εὐριπίδης ἦν Ἀλεξάνδρῳ καὶ Παλαμήδῃ καὶ Τρῳασὶ καὶ Σισύφῳ σατυρικῷ.

Resulta, pues, de ellas que concurrieron a este certamen Xenocles, con la trilogía compuesta de *Edipo, Licaón* y *Las Bacantes*, y el drama satírico titulado *Atamante*, y Eurípides con la trilogía de *Alejandro, Palamedes* y Las Troyanas, y el drama satírico denominado *Sísifo*. El escoliasta de Aristófanes, en *Las Avispas*, al verso 1326, confirma el testimonio de Eliano, diciendo: ὑστερεῖ ἡ τῶν Τρῳάδων κάθεσις ἔτεσιν ἑπτα. «*Las Avispas* se representaron siete años después que Las Troyanas»; y como se sabe que esta comedia de Aristófanes se representó en la olimpiada 89, 2, concuerda el testimonio el escoliasta con el de Eliano.

PERSONAJES

Poseidón, *dios del mar.*

Atenea, *diosa de la guerra y de la sabiduría.*

Hécuba, *exreina de Troya.*

Coro de cautivas troyanas.

Taltibio, *heraldo de los griegos.*

Casandra, *profetisa, hija de Hécuba.*

Andrómaca, *viuda de Héctor.*

Menelao, *rey de Micenas.*

Helena, *esposa de Menelao y de Paris.*

La acción es delante de Troya.

* * *

Se ve en el teatro una vasta tienda de las que forman el campamento griego, y en el fondo la ciudad de Ilión y su alcázar. Cerca de la tienda yace Hécuba, y dentro las cautivas troyanas.

POSEIDÓN

Yo, Poseidón, vengo del salado abismo del mar Egeo,[1] en donde las nereidas[2] danzan en coros con sus pies bellos. Desde que Febo y yo edificamos las altas torres de piedra de este campo troyano,[3] he favorecido siempre a la ciudad de los frigios, que ahora humea, destruida por el ejército argivo. Porque Epeo, el focidio del Parnaso,[4] fabricando por arte de Palas un caballo preñado de armas, introdujo en las torres esta carga funesta, que en adelante será llamada por los hombres el corcel bélico,[5] por contener en su vientre ocultas lanzas. Desiertos los bosques sagrados, los

templos de los dioses destilan sangre, y Príamo moribundo cayó al pie del altar de Zeus Herceo.[6] Mucho oro y muchos despojos frigios han llevado los griegos a sus naves; ahora esperan que sople un viento favorable que, hinchando sus velas, les proporcione el placer de abrazar a sus esposas e hijos, ya que al cabo de diez años se han apoderado de esta ciudad. Y yo, vencido por Hera, diosa argiva, y por Atenea, que juntas derribaron a los frigios,[7] abandono la ínclita Ilión y mis altares, que si reina en ella triste soledad, sufre detrimento el culto de los dioses y no suelen ser adorados como antes. Muchos alaridos de esclavas resuenan en las orillas del Escamandro,[8] mientras sus dueños las sortean, y unas tocan al pueblo arcadio, otras al tesalio, y otras a los hijos de Teseo, generales de los atenienses.[9] Todas las troyanas no sujetas a la suerte y reservadas a los principales del ejército están aquí, y Helena con ellas, la lacedemonia hija de Tindáreo, cautiva también, según las leyes de la guerra. Quienquiera puede contemplar a la mísera Hécuba, que yace en tierra delante de las tiendas, derramando abundantes lágrimas por la pérdida de tantas prendas amadas. Su hija Políxena ha sido sacrificada, sin saberlo ella, sobre el túmulo de Aquiles, y también perecieron Príamo y sus hijos, mientras que el rey Apolo inspiraba el delirio en la virgen Casandra,[10] impía y rebelde a las órdenes del dios, convertida hoy a la fuerza en esposa adulterina de Agamenón. Adiós, pues, ciudad feliz en otro tiempo y brillantes torres; si no te hubiese arruinado Palas, la hija de Zeus, aún subsistirías sobre tus cimientos.

ATENEA

¿Puedo hablar a un pariente de mi padre, gran dios, y entre los dioses venerado, depuesta nuestra antigua enemistad?

POSEIDÓN

Habla, que si los parientes se conciertan, ¡oh reina Atenea!, pueden conciliar los ánimos discordes.

ATENEA

Alabo tu afable respuesta; vengo a hablarte de un asunto, ¡oh rey!, que a ambos interesa.

POSEIDÓN

¿Acaso a anunciarme nuevos mandatos de algún dios? ¿Quizá del mismo Zeus o de algún otro?

ATENEA

No; tráeme a tu presencia Troya, y recurro a tu poder para que me ayudes.

POSEIDÓN

¿Acaso no la odias ya, y te has compadecido de ella al verla devorada por las llamas?

ATENEA

Contesta a mi primera pregunta: ¿me comunicarás tus proyectos, y querrás asociarte a los míos?

POSEIDÓN

Sí; pero deseo conocer tu voluntad, y si has venido por favorecer a los griegos o a los troyanos.

ATENEA

Anhelo ahora llenar de júbilo a los troyanos, mis anteriores enemigos, y que sea infortunada la vuelta del ejército aqueo.

POSEIDÓN

¿Cómo cambias así de parecer, y odias y amas con pasión, dejándote

llevar del viento de la fortuna?

ATENEA

¿No tienes noticia del insulto que han hecho a mi divinidad y a mi templo?

POSEIDÓN

Sí, cuando Áyax arrastraba por fuerza a Casandra.[11]

ATENEA

Y, sin embargo, nada sufrió, ni aun oyó nada de los griegos.

POSEIDÓN

Y con tu auxilio arrasaron a Ilión.

ATENEA

Por eso quiero afligirlos.

POSEIDÓN

Dispuesto estoy a complacerte, Pero ¿cuál es tu propósito?

ATENEA

Deseo que sea infortunada su vuelta.

POSEIDÓN

¿Que sufran desdichas mientras permanecen en tierra, o cuando entren en el salado mar?

ATENEA

Cuando naveguen hacia su patria desde Ilión, Zeus les enviará lluvias y fuerte granizo; el aire acumulará negras nubes, y hasta ha prometido darme su fulmíneo fuego para desbandarlos e incendiar sus naves. Haz tú lo que puedas; que graves borrascas retiemblen en el Egeo, y que revuelvan sus ondas saladas, y se llene de cadáveres el estrecho puerto de la Eubea.[12] Así respetarán los aqueos mis templos y venerarán a los demás dioses.

POSEIDÓN

No hablemos ya más, que no es necesario. Haré lo que anhelas, y removeré el mar Egeo; las riberas de Miconos,[13] las rocas de Delos, Esciros, Lemnos y el promontorio Cafereo se llenarán de cadáveres. Pero vete al Olimpo, recibe de manos de tu padre los fulmíneos dardos y deja que la armada aquea desate sus cables. Necio es cualquier mortal que conquista una ciudad y abandona sus templos y sepulcros, sagrado asilo de los muertos. Inevitable es su ruina.

HÉCUBA (*que se incorpora*).

Alza del suelo tu cabeza, ¡oh desventurada!; levanta tu cuello; ya no existe Troya, y nosotros no reinamos en ella. Sufre este nuevo golpe de la fortuna; navega siguiendo su corriente, navega por donde te lleve la suerte, y no vuelvas contra sus olas la proa de la vida, que te arrastra deidad caprichosa.

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay de mí! ¿Cómo no he de llorar, sin patria, sin hijos y sin esposo? ¡Oh fastuosa pompa de mis mayores! ¡Cómo has venido a tierra! ¡Nada eras!

¡Tantas deberían ser mis quejas, tantos mis lamentos, que no sé por dónde empezar! ¡Desdichada de mí! ¡Tristemente reclino mis miembros, presa de insoportables dolores, yaciendo en duro lecho!

¡Ay de mi cabeza! ¡Ay de mis sienes y de mi pecho! ¡Cuánta es mi inquietud! ¡Cuánto mi deseo de revolverme en todos sentidos para dar descanso a mi cuerpo y abandonarme a perpetuos y lúgubres sollozos! ¡También los desdichados entonan su canto y dan al viento tristes ayes!

Estrofa 1.ª — ¡Proas ligeras de las naves, que arribasteis con vuestros remos a la sagrada Ilión, atravesando el mar purpúreo y los abrigados

puertos de la Grecia al son de las flautas y de odiosos cantos, y os sujetaron, ¡ay de mí!, en la ensenada de Troya con cables torcidos por arte egipcio para rescatar la aborrecida esposa de Menelao, deshonra de Cástor[14] y afrenta del Eurotas,[15] por cuya causa fue degollado Príamo, padre de cincuenta hijos, y cayó sobre mí, sobre la desdichada Hécuba, esta calamidad!

Antístrofa 1.ª — ¡Ay de mí! ¡Funesto destino, que me obligas a habitar ahora en las tiendas de Agamenón! ¡Llévanme, vieja esclava, de mi palacio, y lúgubre rasura me ha despojado de mis cabellos![16] Míseras compañeras de los guerreros troyanos, míseras vírgenes y desventuradas esposas, ¡lamentémonos, que humea Ilión! Como madre alada levanta el grito por sus hijuelos cubiertos ya de pluma, así yo comenzaré mi canto, no como en otro tiempo, apoyada en el cetro de Príamo cuando celebraba a los dioses, resonando como pocos al compás frigio mis pies ligeros.

PRIMER SEMICORO (*que sale de la tienda*).

Estrofa 2.ª — Hécuba, ¿a qué esos clamores?, ¿a qué esos gritos?, ¿qué pretendes? Oí en las tiendas tus lamentos, y el miedo se apoderó de las troyanas, que lloran en ellas su esclavitud.

HÉCUBA

¡Oh hijas!, ya se mueven los remos de las naves argivas.

PRIMER SEMICORO

¡Ay de mí, desventurada! ¿Qué quieren? ¿Me llevarán, ¡ay mísera!, a las naves, arrancándome de mi patria?

HÉCUBA

No lo sé; pero mucho me lo temo.

PRIMER SEMICORO

¡Ay, ay! ¡Infelices troyanas! Venid y sabréis los trabajos que os aguardan;

salid de las tiendas; los argivos se preparan a navegar.

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! No llaméis ahora a mi lado a Casandra, bacante furiosa, que la afrentarán los griegos y doblará mi dolor. ¡Ay de ti, mísera Troya! ¡Pereciste con los desdichados que te abandonan, vivos y muertos!

SEGUNDO SEMICORO (*que sale de la tienda*).

Antístrofa 2.ª — ¡Ay de mí! Temblando dejé la tienda de Agamenón para oír de tus labios, ¡oh reina!, si los argivos me han condenado a muerte o si los marineros se aprestan a agitar en las popas los remos.

HÉCUBA

¡Oh hija, respira y reanímate! El terror embarga tus miembros.

SEGUNDO SEMICORO

¿Ha venido algún heraldo de los griegos? ¿Quién será el dueño de esta mísera esclava?

HÉCUBA

Pronto lo decidirá la suerte.

SEGUNDO SEMICORO

¡Ay, ay de mí! ¿Cuál de los argivos o de los ftiotas[17] me llevará lejos de Troya a alguna isla?

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! ¿A quién serviré yo, infeliz anciana, en qué país, en qué país, abeja ociosa, mísera imagen de la muerte, trasunto de impalpables manes? ¿Guardaré quizá algún vestíbulo, o cuidaré de los niños[18] que me confíen, después de disfrutar en Troya de regios honores?

EL CORO (*júntanse los dos semicoros*).

Estrofa 3.ª — ¡Ay, ay de mí! ¿Qué lamentaciones bastarán para deplorar

tu indigna suerte? No tejeré con la lanzadera telas ideas de varios colores. Por última vez saludo los cuerpos de mis hijos, por última vez; más graves serán mis trabajos,[19] ya en el lecho de los griegos (¡maldita noche!, ¡funesto destino!), o miserable sierva, trayendo agua de las puras ondas de Pirene.[20] ¡Ojalá que vayamos a la región preclara y afortunada de Teseo! Al menos que yo no vea al revuelto Eurotas, mansión odiosa de Helena, en donde serviría a Menelao, el destructor de Troya.

Antístrofa 3.ª — Sagrada es la tierra que baña el Peneo,[21] asiento bellísimo del Olimpo, abundante en riquezas, según dice la fama, y en sabrosos frutos. ¡Que vaya yo a ella, ya que no sea a la región sagrada y divina de Teseo! Alabáronme las coronas que premian la virtud de los habitantes de la Etnea,[22] amada de Hefesto, enfrente de la Fenicia, y madre de los montes Sículos. Los navegantes celebran también la tierra vecina al mar Jónico, regada por el Cratis,[23] de apuesta y blonda cabellera, que con sus sagradas fuentes le da vida, derramando la dicha en sus márgenes populosas. Pero he aquí un heraldo del ejército griego, que sin duda llega con ligeros pasos a comunicarnos nuevas órdenes. ¿Qué trae? ¿Qué dice? Ya somos esclavas de la Dóride.[24]

TALTIBIO

Te acordarás, ¡oh Hécuba!, de haberme visto en Troya en distintas ocasiones de heraldo del ejército aqueo; yo, Taltibio, a quien tú conoces, ¡oh mujer!, vengo a anunciarte una ley sancionada por todos los griegos.

HÉCUBA

Esto, esto, ¡oh amigas!, es lo que temía hace tiempo.

TALTIBIO

Ya habéis sido sorteadas, si tal es la causa de vuestros temores.

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! ¿A qué ciudad de la Tesalia, de la Ftía o de la Beocia, a qué ciudad iré, di?

TALTIBIO

Cada cual ha tocado a distinto dueño; una sola suerte no ha decidido a la vez de todas.

HÉCUBA

¿Y a quién servirá cada una? ¿Cuál de las hijas de Ilión ha sido afortunada?

TALTIBIO

Lo sé; pero pregúntamelo poco a poco, no todo a un tiempo.

HÉCUBA

¿Quién será el dueño de mi hija? Di, ¿quién será el dueño de la mísera Casandra?

TALTIBIO

La eligió para sí el rey Agamenón.

HÉCUBA

Para ser esclava de su lacedemonia esposa.[25] ¡Ay de mí, ay de mí!

TALTIBIO

No; ocultamente le acompañará en su lecho.

HÉCUBA

¿La virgen de Febo, a quien el dios de cabellos de oro concedió el don de vivir sin esposo?[26]

TALTIBIO

Hiriole el Amor, y se apasionó de esa fatídica doncella.

HÉCUBA

Deja las sagradas llaves, hija, y las guirnaldas, también sagradas, que te adornan.

TALTIBIO

¿No es acaso honor insigne compartir el lecho del rey?

HÉCUBA

¿Y dónde está mi hija, la que me arrancasteis ha poco de los brazos?

TALTIBIO

¿Me preguntas por Políxena, o por alguna otra?

HÉCUBA

¿De quién será esclava?

TALTIBIO

La han destinado al servicio del túmulo de Aquiles.[27]

HÉCUBA

¡Ay de mí! ¡La que di a luz destinada a servir a un sepulcro! Pero ¿qué significa esa ley de los griegos? ¿Qué esa costumbre, ¡oh amigo!?

TALTIBIO

Alégrate de la dicha de tu hija; su suerte es buena.

HÉCUBA

¿Qué has dicho? ¿Ve el sol mi hija?

TALTIBIO

Esclava es del destino, que la libra de males.

HÉCUBA

¿A quién tocó la mísera Andrómaca,[28] esposa de Héctor, el de la broncínea loriga?

TALTIBIO

El hijo de Aquiles la eligió también para sí.

HÉCUBA

Y yo, ¿cúya esclava soy, cuando para sostener mi blanca cabeza necesito de un báculo que me ayude a andar?

TALTIBIO

Odiseo, rey de Ítaca, es tu dueño, y tú serás su esclava.

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! Golpea tu cabeza rasurada, desgarra con las uñas tus mejillas. ¡Ay, ay de mí! La suerte me obliga a servir a un hombre abominable y pérfido, enemigo de la justicia, que desprecia las leyes, y todo lo trastrueca y resuelve con su engañosa lengua haciéndonos odiar lo que más amábamos. ¡Lloradme, oh troyanas! ¡Yo he muerto, desventurada de mí! ¡Yo he muerto! ¡No puede ser más funesto mi destino!

EL CORO

Ya sabes, ¡oh mujer venerable!, lo que te aguarda; pero ¿cuál de los aqueos o de los griegos es mi dueño?

TALTIBIO

¡Ea, servidores!; llevaos de aquí cuanto antes a Casandra, para que yo la entregue a nuestro general, y las demás a sus distintos dueños. ¡Ah! ¿Qué antorcha arde allá dentro? ¿Incendian las troyanas la tienda, o qué hacen? ¿Quizá por no ir a Argos desde aquí se abrasan voluntariamente, ansiosas de morir? Trabajo nos cuesta, cuando somos libres, sufrir tales desdichas. Abre, abre, no sea que su interesada resolución perjudique a los griegos y me obliguen a responder de ella.

HÉCUBA

No es eso; nada incendian; es mi hija Casandra que, arrebatada por su delirio, viene hacia aquí corriendo.

CASANDRA[29]

Estrofa. — Levántala en alto, vuélvela a un lado, trae la luz; mirad, mirad; yo venero con antorchas, yo ilumino este templo. ¡Oh Himeneo, oh rey Himeneo! Feliz esposo y feliz yo, que entre los argivos celebraré nupcias reales. ¡Oh Himeneo, oh rey Himeneo! Ya que tú, ¡oh madre!, lloras y suspiras por mi difunto padre, por mi patria amada, yo, en mis bodas, enciendo esta antorcha en loor tuyo, para que tú brilles. ¡Oh Himeneo, Himeneo! Derrama tu luz, ¡oh Hécate!, y alumbra las nupcias de las vírgenes, según costumbre.

Antístrofa. — Que tu pie hienda el aire, ¡oh tú que vas al frente de los coros! ¡Viva, viva, viva, como en los tiempos en que era feliz mi padre! Sagrado es el carro, guíalo tú, Febo: en tu templo, ceñida de laurel, yo soy sacerdotisa, Himeneo, ¡oh Himeneo, Himeneo! Danza, madre, alza tu pie, danza conmigo a uno y otro lado, que mi amor es grande. Celebrad el himeneo de la esposa con alegres cantares y sonoros vítores. Andad, vírgenes frigias de bellos mantos; cantad al esposo destinado fatalmente a acompañarme en el lecho, después que se celebren nuestras bodas.

EL CORO

¿No sujetarás, ¡oh reina!, a esa doncella delirante, no se precipite en su veloz carrera en medio del ejército argivo?

HÉCUBA

Tú, Hefesto, llevas sin duda la antorcha en las nupcias de los mortales; pero funesta es la llama que agitas ahora y contraria a nuestras pomposas esperanzas. ¡Ay de mí, hija! ¡Cómo había yo de pensar en cierto tiempo que celebraras estas bodas entre soldados enemigos y bajo la lanza argiva! Dame la antorcha, que la tuerces, ¡oh hija!, corriendo delirante a una y otra parte,

y todavía no está sano tu juicio. Guardadla (*da la antorcha a sus servidores para que la guarden en la tienda*), troyanas, y contestad con lágrimas a sus cánticos nupciales.

CASANDRA

Orna, madre, mi sien victoriosa, y alégrate de mis regias nupcias, y guía mis pasos, y si no te obedezco pronto, arrástrame con violencia, porque si Apolo existe, más funesto que el de Helena será el himeneo que contrae conmigo Agamenón, ese ínclito rey de los aqueos. Yo lo mataré y devastaré su palacio, pagándome lo que me debe por haber dado muerte a mi padre y a mis hermanos. Pero pasemos esto por alto: no hablaré de la segur, que herirá mi cuello y el de otros, ni de las luchas parricidas, que brotarán de mis nupcias, ni de la ruina de la familia de Atreo;[30] solo me detendré en esta ciudad, más feliz que sus enemigos (que el dios me inspira, y el delirio me dejará libre algunos instantes), los cuales, por la posesión de una mujer, por perseguir a Helena, perdieron a muchos. Su mismo general, tan prudente, sacrifica lo que más ama[31] en aras de los que más detesta, trueca los goces domésticos que le ofrecen sus hijos por una mujer, y los vende a su hermano, y eso que huyó de grado, no robada por fuerza. Y murieron muchos después que llegaron a las orillas del Escamandro, no por defender su país, ni sus elevadas torres; y los que mató Ares no vieron sus hijos, ni fueron vestidos por última vez por manos de sus esposas, sino yacen en país extranjero. Iguales desdichas acaecían en sus hogares: sus mujeres morían viudas, y otras perdían sus hijos, habiéndolos criado en vano, sin ofrecer sacrificios en su sepulcro. ¡Seguramente merece alabanza tan desastrosa expedición! Más vale callar ahora todo esto y que mi musa no cante tales infamias. En cambio los troyanos daban la vida por su patria, que es la más

pura gloria, y al menos los muertos en la guerra eran llevados a sus casas por sus amigos, y cubríalos después una capa de su tierra natal, y vestíanlos las manos de sus parientes. Los frigios que no morían en la batalla vivían con sus esposas e hijos, placer negado a los griegos. En cuanto al destino de Héctor, tan cruel a tus ojos, has de saber que murió después de alcanzar por su valor renombre famoso. Y lo debió a la llegada de los argivos, pues a no venir, su esfuerzo quedaría ignorado; Paris se casó con la hija de Zeus, y de no ser así, acaso en su país hubiese contraído algún oscuro himeneo. El hombre prudente debe evitar la guerra; pero si se llega a ese extremo, es glorioso morir sin vacilar por su patria, e infame la cobardía. Así, madre, no deplores la ruina de Troya, ni tampoco mis bodas, que perderán a los que ambas detestamos.[32]

EL CORO

¡Cuán dulcemente sonríes pensando en tus desdichas domésticas! Profetizas lo que acaso no suceda.

TALTIBIO

Si Apolo no trastornase tu juicio, no amenazarías impunemente a mis capitanes con tus fatídicos augurios. Los ilustres, y los que llama el vulgo sabios, en nada aventajan a los más humildes, si observamos que aquel gran rey de todos los griegos, el hijo amado de Atreo, solo se enamora de esta bacante, cuya mano rechazaría yo, a pesar de mi pobreza. El aire (pues tu razón no está sana) se llevará tus maldiciones contra los argivos y tus alabanzas a los frigios. Mas sígueme ahora a las naves, bella esposa de mi general. Tú, Hécuba, harás lo mismo cuando lo mande el hijo de Laertes; serás esclava de una mujer casta,[33] según dicen los que han venido a Troya.

CASANDRA

Cruel es, sin duda, el siervo; ¿qué quiere decir heraldos? Aborrecidos son de todos estos mensajeros de reyes y ciudades. ¿Aseguras tú que mi madre irá al palacio de Odiseo? ¿Y los oráculos de Apolo, según los cuales ha de morir aquí? Ya no te insultaré más. ¡Infeliz Odiseo! Ignora los males que ha de sufrir; tan codiciados como el oro serán después por él los míos y los de los frigios. Diez años de penalidades le restan, además de las que aquí ha experimentado, y volverá solo a su patria; errante atravesará los escollos del angosto estrecho,[34] en donde habita la cruel Caribdis, y verá al cíclope que mora en los montes[35] y se alimenta de carne humana, y a la ligur Circe,[36] que transforma a los hombres en cerdos, y naufragará en el mar salado, y le aguardan el apetecido loto[37] y los bueyes sagrados del Sol,[38] cuya carne dará voces amargas para Odiseo. En una palabra: irá en vida al reino de Hades y, después de escapar de los peligros de la mar, sufrirá en su palacio innumerables desdichas. Pero ¿a qué referir los trabajos de Odiseo? Anda, llévame a celebrar mi himeneo en los infiernos. Como eres malvado, ¡oh general de los griegos!, te sepultarán de noche, no de día, aunque, a tu juicio, te sonría la más envidiable suerte. Y mi desnudo cadáver, el de la sacerdotisa de Apolo, será arrojado también a los valles que riega el agua del torrente, cerca del sepulcro de mi esposo, para servir de pasto a las fieras. Adiós, coronas del dios más querido, fatídicas galas; adiós, fiestas que antes me deleitaban. Lejos de mí, arrancadas con violencia, que, puro todavía mi cuerpo, las entrego, ¡oh rey profeta!, a los alados vientos para que te las lleven. ¿En dónde está la nave del general? ¿Adónde he de subir? Ahora no esperarás con impaciencia viento favorable que hinche tus velas, porque, al arrebatarme de esta tierra, te acompañará una de las tres Furias. Adiós, madre mía, no llores; ¡oh cara patria, y vosotros, hermanos que guarda la

tierra, hijos todos de un mismo padre!; pronto me veréis llegar vencedora a la mansión de los muertos, después de devastar el palacio de los Atridas, autores de nuestra ruina. (*Vase con Taltibio*).

EL CORO

Vosotras, las que cuidáis de la mísera anciana Hécuba, ¿no la habéis visto caer en tierra sin habla? ¿No la sostenéis? ¿Consentiréis que así padezca esa anciana, ¡oh mujeres negligentes!? Levantadla de nuevo.

HÉCUBA (*postrada en tierra*).

¡Dejadme en tierra, ¡oh doncellas!, que no me placen vuestros cuidados! En tierra debo yacer, víctima ahora de estos males, y antes y después. ¡Oh dioses!; bien sé que no me favorecéis, pero debemos, no obstante, invocaros cuando la adversidad se ensaña en alguno de los nuestros. Agrádame recordar los bienes de que he disfrutado, y así será mayor la lástima que exciten mis males presentes. Fui reina y me casé en real palacio, y en él di a luz nobilísimos hijos, no solo por su número, sino porque fueron los más esclarecidos de los frigios. Ninguna otra mujer troyana, griega ni bárbara podrá vanagloriarse nunca de haberlos procreado iguales. Y sucumbieron al empuje de la lanza griega, y yo los vi muertos y corté estos cabellos que miráis para depositarlos en sus tumbas; lloré también a su padre Príamo, no porque otros me contasen su muerte, sino presenciándola con estos ojos, cuando fue asesinado junto al ara de Zeus Herceo, mientras se apoderaban sus enemigos de la ciudad. Las vírgenes, destinadas a ser la más preciosa joya de sus esposos, educadas fueron para deleite de mis enemigos, y las arrancaron de mis brazos, y no abrigo la más remota esperanza de que vuelvan a verme, ni yo tampoco a ellas. Y el último, mi mal más grave, es que yo vaya ahora a la Grecia, esclava y

anciana, y que en mi vejez sufra intolerables trabajos, ya guardando las puertas y las llaves, cuando soy madre de Héctor, ya amasando el pan y reclinando en el duro suelo mi arrugado cuerpo, después de haber descansado en regio lecho, y cubriéndolo de viles andrajos que deshonran y envilecen a los que antes fueron felices. ¡Oh desventurada de mí! Por solo una mujer, ¡cuántos males he sufrido y sufro! ¡Oh hija, oh Casandra, bacante que habla con los dioses! ¡Qué desdicha incomparable acaba al fin con tu castidad! Y tú, mísera Políxena, ¿en dónde estás? ¡Ninguna de mis hijas ni de mis hijos, siendo tantos, me socorre en mi aflicción! ¿A qué, pues, me levantáis? ¿Cuál será mi esperanza? Guiad mis pies, delicados ha poco en Troya y ahora esclavos, a mi vil lecho, y llevadme a un precipicio para lanzarme en él y morir allí consumida por las lágrimas. No creáis nunca que los opulentos son dichosos hasta no llegar su última hora.[39]

EL CORO

Estrofa. — Entona, ¡oh musa!, canto fúnebre y nuevos versos acompañados de lágrimas, deplorando la suerte de Troya, porque ahora comenzaré en su alabanza con voz clara triste canción, y lloraré su ruina y mi funesta suerte, cautiva en la guerra, merced al caballo de madera que abandonaron los griegos a las puertas con sus dorados arreos, llenas sus entrañas de armas. Y el pueblo exclamó desde la roca tróade: «Andad, que libres ya de trabajos podéis traer a Troya esta imagen sagrada de la virgen, hija de Zeus». ¿Qué doncella no fue? ¿Qué anciano no abandonó su hogar? Animados con alegres cánticos, se precipitaron ciegos en el abismo que había de perderlos.

Antístrofa. — Todos los frigios acorren a las puertas ansiosos de llevar al templo de Atenea la dolorosa ofrenda labrada por los argivos en silvestre

abeto, instrumento de muerte para la Dardania,[40] presente grato a la virgen inmortal que desconoce el himeneo; ciñéronlo con lazos de retorcido lino, como si fuese el negro casco de una nave, y arrastrándolo se encaminaron a la suntuosa morada de Palas, funesta enemiga de mi patria. Apenas había terminado esta fiesta nos envolvieron las tinieblas de la noche, y en toda ella no dejaron de oírse la flauta líbica y los alegres cánticos de las vírgenes frigias al compás de sus danzas ruidosas, mientras en las casas daba negro resplandor a los que dormían la luz de las antorchas.

Epodo. — Yo entonces, formando coros, celebraba en mi albergue a la virgen que habita en los montes, a la hija de Zeus. Voz funesta se oyó a la sazón en la ciudad, morada de los hijos de Pérgamo,[41] y los tiernos niños, agarrándose de los vestidos de sus madres, extendían aterrados sus brazos, y Ares salió de su emboscada por obra de la virgen Atenea. Alrededor de los altares morían los frigios, y en los aposentos destinados al sueño, y en el silencio de la noche, nos arrebataban nuestros esposos, y nos vencía la Grecia, madre de jóvenes guerreros, y llenaba de perpetuo luto a la patria de los frigios.

¿Ves, Hécuba, a Andrómaca en peregrino carro? Contra su pecho palpitante estrecha al caro Astianacte, tierno hijo de Héctor.

HÉCUBA

¿Adónde te llevan así, ¡oh mujer desdichada!, confundida con las armas de bronce de Héctor y con los despojos de los troyanos,[42] ganados en la guerra, que servirán al hijo de Aquiles para coronar los templos ftióticos?

ANDRÓMACA

Llévanme mis señores los aqueos.

HÉCUBA

¡Ay de mí!

ANDRÓMACA

¿A qué gimes, cuando yo debo entonar fúnebre canto?

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí!

ANDRÓMACA

Por estos dolores...

HÉCUBA

¡Oh Zeus!

ANDRÓMACA

Y por esta calamidad.

HÉCUBA

¡Hijos míos!

ANDRÓMACA

En otro tiempo lo fuimos.

HÉCUBA

Adiós dicha, adiós Troya.

ANDRÓMACA

¡Infeliz!

HÉCUBA

Adiós, nobles hijos.

ANDRÓMACA

¡Ay, ay de mí!

HÉCUBA

¡Ay también de mí! ¡Cuán deplorables son mis...!

ANDRÓMACA

Males.

HÉCUBA

Calamidad funesta.

ANDRÓMACA

De la ciudad...

HÉCUBA

Que humea.

ANDRÓMACA

¡Vuelve a mis brazos, oh esposo!

HÉCUBA

¿Llamas a mi hijo, que está debajo de la tierra, ¡oh desventurada!?

ANDRÓMACA

¡Escudo de tu esposa!

HÉCUBA

Mas tú, azote en otro tiempo de los griegos, tú, que eres mi primogénito, llévame a los infiernos y descansaré al lado de Príamo.

ANDRÓMACA

¡Tal es nuestro anhelo! ¡Tan sensible su falta! Tantos los dolores incesantes que sufrimos, asolada nuestra patria, desde que los dioses nos fueron adversos, y se libró tu hijo de la muerte,[43] el que arruinó los alcázares de Troya con su odioso himeneo. Cadáveres ensangrentados yacen junto al templo de Palas para servir de pasto a los buitres, y Troya sufre el yugo de la esclavitud.

HÉCUBA

¡Oh patria, oh desdichada! Te deploro al dejarte (ya ves mi triste fin), al abandonar mi palacio en donde nacieron mis hijos. ¡Oh prendas amadas!,

vuestra madre, sin hogar, se separa de vosotros. ¡Cómo las lamentaciones, cómo las lágrimas suceden a las lágrimas en nuestra familia! Pero el que muere, ni llora ni siente los dolores.

EL CORO

¡Qué gratos son a los afligidos los sollozos y el lúgubre luto, y los cantos que expresan su pena!

ANDRÓMACA

¡Oh madre de Héctor, guerrero que en otro tiempo mató con su lanza a muchos argivos!, ¿tú contemplas esto?

HÉCUBA

Veo que los dioses ensalzan lo que nada vale, y humillan lo que parece de más precio.

ANDRÓMACA

Me llevan con mi hijo, como parte del botín, y mi libertad se trueca en servidumbre, víctima de horribles mudanzas.

HÉCUBA

Inevitable es la necesidad; ahora poco me arrancaron por fuerza a Casandra.

ANDRÓMACA

¡Ay, ay de mí! Algún otro Áyax, según parece, tropezó con tu hija; pero varios son los males que te afligen.

HÉCUBA

Y para mí no tienen término ni medida; espantosa es mi lucha.

ANDRÓMACA

Pereció tu hija Políxena, sacrificada en el túmulo de Aquiles, ofrenda hecha a cadáver exánime.

HÉCUBA

¡Ay de mí, desventurada! Este es el enigma a que aludió hace poco Taltibio, oscuro entonces y ahora claro.

ANDRÓMACA

Yo misma la vi, y descendí de este carro, la cubrí con su peplo, y lloré sobre su cadáver.

HÉCUBA

¡Ay, ay hija mía, impío sacrificio! ¡Ay, ay de mí otra vez; triste ha sido tu muerte!

ANDRÓMACA

Murió, como sabemos, pero más feliz es su suerte que la mía, aunque yo viva.

HÉCUBA

No es lo mismo, ¡oh hija!, vivir que morir; la muerte es la nada,[44] y a la vida queda la esperanza.

ANDRÓMACA

¡Oh madre!, ¡oh tú, que siempre lo fuiste mía!, óyeme atenta, y que mis consoladoras palabras mitiguen tu amargura. Yo aseguro que el que no nace es igual al que se muere; pero más vale morir que vivir con trabajos, que así no se sienten los males. El mortal feliz que experimenta una calamidad languidece de tristeza recordando su anterior dicha; pero Políxena ha muerto como si no hubiese visto la luz; casi no tuvo tiempo para llorar sus infortunios; pero yo, que llegué a la cumbre de la felicidad y alcancé no escasa gloria, caigo despeñada por la fortuna. Yo, en el palacio de Héctor, cumplía las santas obligaciones propias de mi estado. En primer lugar, como mancilla la buena fama de las mujeres no estar en su casa, ya

falten, ya no, renuncié a salir, y vivía encerrada en ella; no me agradaba el trato de amigas elegantes;[45] mi única maestra era mi conciencia, naturalmente pura, y en verdad bastábame con ella; callábame delante de mi esposo y siempre le sonreía; solo en ocasiones sostuve mi parecer, cediendo otras. Perdiome mi reputación de honesta esposa, que llegó hasta el ejército aqueo porque después de cautivarme ha querido casarse conmigo el hijo de Aquiles, y serviré en el palacio de los que mataron a mi marido. Y si me olvido de mi amado Héctor y abro mi corazón a mi nuevo esposo, creerán que le falto; si, al contrario, le aborrezco, me odiarán mis dueños. Verdad es que, según dicen, basta una sola noche para que la mujer deponga su odio en el lecho conyugal;[46] mas yo detesto a la que pierde a su primer amante y ama pronto a otro. Ni aun la yegua que se separa de su compañera, con la cual fue alimentada, lleva sin trabajo el yugo, aunque sea bestia y muda y carezca de razón y en sus afectos no pueda compararse con el hombre. Esposo sin igual fuiste para mí, ¡oh Héctor querido!, por tu prudencia, por tu linaje, por tus riquezas y por tu valor, y al recibirme pura del palacio de mi padre, fuiste también el primero que te acercaste a mi tálamo virginal. Y tú pereciste, y yo navego esclava a sufrir en Grecia dura servidumbre. La muerte de Políxena, que tú deploras, ¿no es acaso un mal inferior a los míos? Ni aun esperanza me queda, último bien de los mortales, ni me engaño a mí misma hasta pensar que gozaré algún día de mejor fortuna, cuando solo el creerlo sería grato.

EL CORO

Tu calamidad es igual a la mía; al llorar tu suerte me recuerdas mis penas.

HÉCUBA

Jamás entré en nave alguna, y solo las conozco por haberlas visto pintadas, y por lo que de ellas me han contado. Pero si los marineros sufren la tempestad que no se desencadena en toda su furia, y por salvarse trabajan contentos, y el uno atiende al timón, el otro a las velas y el otro desagua la sentina del buque, y cuando la mar se revuelve con violencia, se resignan y se abandonan a merced de las olas, así yo también, presa de tantos males, estoy muda,[47] y me someto a mi desgracia, y renuncio a las lamentaciones, cediendo a la mísera borrasca que han enviado los dioses. No te cuides, ¡oh hija!, de la muerte de Héctor, que no le devolverán la vida tus lágrimas; respeta ahora a tu señor, y sedúcelo con los dulces atractivos de tu cariñoso trato. Y si lo hicieres, llenarás de alegría a tus amigos, y podrás educar a este hijo del que lo fue mío, última esperanza de Troya, para que tus descendientes reedifiquen a Ilión y vuelva a existir nuestra ciudad. Pero mientras nos desahogamos en no interrumpidos coloquios, ¿qué heraldo griego se acerca, mensajero de nuevas órdenes?

TALTIBIO

Tú que fuiste en otro tiempo esposa de Héctor, el más esforzado de los frigios, no me aborrezcas, que contra mi voluntad vengo a anunciarte los públicos decretos de los dánaos pelópidas.

ANDRÓMACA

¿Qué sucede? Tus palabras me anuncian nuevos males.

TALTIBIO

Han decretado que este niño... ¿Cómo lo diré?

ANDRÓMACA

¿Que no sea el mismo su dueño y el mío?

TALTIBIO

No será esclavo de ningún griego.

ANDRÓMACA

¿Dejan aquí al único frigio que sobrevive?

TALTIBIO

No sé cómo dulcificar la pena que voy a causarte.

ANDRÓMACA

Alabo tu temor, a no ser que me participes faustas nuevas.

TALTIBIO

Matarán a tu hijo; tal es la terrible desdicha que te amenaza.

ANDRÓMACA

¡Ay de mí! ¡Cuánto peor es esto que un himeneo!

TALTIBIO

El parecer de Odiseo triunfó en la asamblea de los griegos...

ANDRÓMACA

¡Ay, ay de mí otra vez! ¡No es igual nuestro infortunio!

TALTIBIO

...sosteniendo que no debía vivir el hijo de tan esforzado guerrero.

ANDRÓMACA

Ojalá que así triunfe cuando se trate de los suyos.

TALTIBIO

Será precipitado desde las torres de Troya. Así se hará, y tú parecerás más prudente si no lo retienes obstinada y sufres con fortaleza tu desdicha; no creas que, siendo impotente para oponerte a sus órdenes, conseguirás nada; nadie te socorrerá. Recuerda que pereció tu ciudad y tu esposo, que tú eres esclava y nosotros bastante fuertes para dominar a una sola mujer; no te resistas ni cometas torpezas, que te harán odiosa, ni maldigas

tampoco a los griegos. Porque si tus palabras excitan el furor del ejército, ni este niño será sepultado, ni podrás llorarlo; pero si callas y te resignas, no quedará insepulto su cadáver y los griegos serán contigo más complacientes.

ANDRÓMACA

¡Oh hijo de mis entrañas, oh hijo muy querido, morirás por mano de tu enemigos, abandonando a tu mísera madre! La nobleza de tu padre, fuente de salvación para otros, es causa de tu muerte, y su valor te es funesto. ¡Oh lecho mío infeliz, oh himeneo que me trajiste en otro tiempo al palacio de Héctor no para dar la vida a una víctima de los dánaos, sino un soberano a la fértil Asia! ¡Oh hijo! ¿Lloras? ¿Presientes acaso tu desdicha? ¿Por qué te agarras a mí y estrechas mi vestido, tierno hijuelo, que te cobijas bajo mis alas?[48] ¿No vendrá Héctor a salvarte, empuñando su famosa lanza y pasando de la luz a las tinieblas? ¿No los parientes de tu padre, no el poder frigio? ¿Exhalarás el alma, cayendo sin conmiseración desde las alturas, precipitado en letal salto? ¡Oh dulce carga, la más amada de los brazos de una madre! ¡Oh dulce hálito! ¡En vano, pues, envuelto en estos pañales te alimentó mi pecho; en vano sufrí por tu causa y me acabaron los trabajos maternales! ¡Ahora (nunca más será) abraza a tu madre, acércate a la que te dio a luz, échame tus bracitos al cuello, dame un beso! ¡Oh griegos, autores de bárbaros males!, ¿por qué matáis a este niño inocente? ¡Oh hija de Tindáreo!, no era tu padre Zeus: muchos fueron en verdad; algún mal genio, después la Envidia, el Asesinato y la Muerte y todos los males que produce la tierra. ¡Nunca diré que te engendró Zeus para perder a tantos bárbaros y griegos! ¡Que tú mueras, que tus bellísimos ojos devastaron torpemente los ínclitos campos de los frigios! Ea, pues,

lleváoslo; precipitadlo, si queréis; devorad sus carnes; mátannos los dioses, y no podremos librar a mi hijo de la muerte. Ocultad mi cuerpo miserable y llevadme a la nave: ¡feliz himeneo el mío, perdiendo antes a mi hijo!

EL CORO

¡Mísera Troya: por una mujer, por odiosas nupcias murieron innumerables guerreros!

TALTIBIO

Anda, niño, deja ya los dulces abrazos de tu desventurada madre, y sube a las altas almenas de las torres de tu padre, en donde rendirás el alma como han ordenado los griegos. Lleváoslo, pues. Para anunciar tales desdichas sería preciso no tener entrañas y ser más impudente de lo que yo soy.

HÉCUBA

¡Oh hijo, oh hijo de mi hijo desdichado!: inicuamente nos arrancan tu vida a mí y a tu madre. ¿Qué haré? ¿Qué haré yo por ti, ¡oh desventurado!? ¡Solo estas heridas en nuestra cabeza y estos golpes en nuestro pecho! ¡Solo podemos esto! ¡Ay de mí, ay de mi ciudad! ¡Ay de mí por tu causa! ¿Qué mal no sufrimos, cuál nos falta, para que acaben de una vez conmigo? (*Retíranse Taltibio, Andrómaca y Astianacte*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Oh Telamón,[49] rey de Salamina,[50] abundante en abejas y cercada del mar, próxima a la santa colina en donde enseñó Atenea el primer ramo de verde oliva,[51] celestial corona, gloria de la espléndida Atenas: tú viniste antes de la Grecia con el hijo de Alcmena, armado del arco, guerrero esforzadísimo, a derribar, a derribar a Ilión, nuestra ciudad.[52]

Antístrofa 1.ª — En cuyo tiempo capitaneó la flor de la Grecia,

enfurecido por la negativa de Laomedonte de entregarle los caballos,[53] e Ilión contempló sus naves, que cortaban las ondas, junto al Simois, de caudalosa corriente, y sujetó con los cables sus popas, y de ellas sacó las flechas que tiraba su certera mano y que dieron a Laomedonte la muerte, y demolió con la encendida tea las murallas construidas por arte de Apolo, y devastó el campo troyano. Ensangrentada lanza destruyó a Troya dos veces en dos asaltos distintos.

Estrofa 2.ª — En vano, pues, recostado con molicie entre doradas copas, ¡oh hijo de Laomedonte!, llenas los vasos en que bebe Zeus, honrosísimo cargo; el fuego devora a la tierra que te crió. Las riberas del mar resuenan, y como el ave que clama por sus hijuelos, así lloran unas a sus esposos, otras a sus hijos, otras a sus madres ancianas. Ya no existen tus deleitosos baños, ya no existen tus gimnasios, y tú, junto al trono de Zeus, ostentas tranquilo tu semblante gracioso y juvenil, y la lanza griega ha devastado la tierra de Príamo.

Antístrofa 2.ª — Amor, amor que viniste en otro tiempo al palacio de Dárdano por orden de los dioses. ¡Cuán soberbiamente ensalzaste entonces a Troya! ¡Qué estrechos lazos contrajo con los dioses! No lo diré para afrenta de Zeus; pero la luz de la Aurora, de blancas alas, grata a los mortales, alumbra a esta región mortífera y contempla impasible la ruina de Pérgamo, aunque de aquí fuese oriundo el esposo[54] que en su tálamo la hizo madre de sus hijos, y fue transportado entre los astros por la cuadriga dorada, consoladora esperanza de su patria; pero los amores de los dioses de nada han servido a Troya.

MENELAO

¡Oh cabellera del sol, que difundes la hermosa luz de este día en que

recuperaré a mi esposa Helena; yo soy ese Menelao que sufrió infinitos males, y este el ejército aqueo! Vine a Troya, no tanto, según piensan, por mi esposa cuanto por vengarme del hombre que, engañando a los que le daban hospitalidad, robó a Helena de mi palacio. Pero con el favor de los dioses pagó su delito, y él y su patria cayeron al empuje de las armas griegas. Ahora me llevaré esta lacedemonia (no la doy de buen grado el nombre de esposa que tuvo en otro tiempo) que se halla aquí con las demás esclavas troyanas. Los que a fuerza de trabajos la recobraron batallando, me la dan para matarla, o, si no quiero, para llevarla a Argos. Yo he resuelto no sacrificarla en Troya, sino conducirla a Grecia en mi nave para darle allí la muerte y vengar a los amigos que han perecido en esta guerra. Ea, pues, servidores, id allá y traedla arrastrándola por sus cabellos, tan manchados de sangre. Cuando soplen vientos favorables nos acompañará a la Grecia.

HÉCUBA

¡Oh Zeus!, tú que llevas a la tierra y que en ella moras, quienquiera que seas, impenetrable a nuestro entendimiento, ya una ley de la naturaleza, ya una invención de los mortales,[55] yo te venero: por oculta senda riges con justicia los negocios humanos.

MENELAO

¿Qué hay? ¡Cómo diriges a los dioses nuevas preces!

HÉCUBA

Te alabaré, Menelao, si matas a tu esposa. Pero cuida al verla de que el amor no te ciegue, que deslumbra los ojos de los mortales, derriba las ciudades e incendia los palacios. ¡Tales son sus atractivos! Yo la conozco bien, y tú y los que sufrieron tantas desdichas deben también conocerla.

HELENA (*a quien sacan a la fuerza de la tienda*).

Exordio es este, ¡oh Menelao!, que infunde pavor; a la fuerza me arrastran tus siervos fuera de esta tienda. Pero aunque casi segura de que me aborreces, quiero, no obstante, preguntarte qué habéis decretado tú y los griegos acerca de mi vida.

MENELAO

No te has expuesto a los azares de un juicio; todo el ejército, que te odia, te pone en mis manos para que yo te la quite.

HELENA

¿Puedo yo responderte que, si muero, será injustamente?

MENELAO

No vengo a disputar contigo, sino a matarte.

HÉCUBA

Óyela, Menelao, para que no muera sin defensa, y nosotras, si lo permites, le replicaremos: tú ignoras las faltas que cometió en Troya, y todas juntas serán bastantes para perderla y condenarla a muerte sin demora.

MENELAO

Sería menester para acceder a vuestros ruegos que hubiera tiempo para ello; pero si quiere hablar, que hable. Sepa, sin embargo, que a tu intercesión lo debe, no a sus méritos.

HELENA

Acaso, ya me des o no la razón, no me contestarás, mirándome como a tu enemiga; mas yo, segura de que al disputar conmigo me has de reconvenir, responderé anticipadamente a tu acusación, oponiendo mis cargos a los tuyos. En primer lugar, esta es madre de Paris, autor de nuestros males; después me perdió el viejo Príamo, y también a Troya, no

matando al niño que anunciaba la triste antorcha,[56] llamado luego Alejandro. Recuerda, además, que fue juez en la contienda de las tres diosas, y que Palas prometió a Paris el imperio de la Frigia y la destrucción de la Grecia; Hera, que reinaría en el Asia y en los confines de la Europa si salía vencedora; y Afrodita, ponderando maravillosamente mi hermosura, que sería suya si daba a ella la palma de la hermosura, no a las otras diosas. Reflexiona ahora en las consecuencias de este juicio: venció la deidad de Chipre, y mis nupcias con Paris fueron útiles a la Grecia, libre de bárbaros y de su tiranía desde que triunfó de ellos en el campo de batalla. Y lo que contribuyó a la dicha de la Grecia fue fatal para mí: me perdió mi belleza y me acusan de infame, cuando debía ceñir mis sienes una corona. Pero dirás que ni siquiera he aludido a mi huida de tu palacio. Vino mi mal genio protegido por deidad no despreciable, ya le quieras llamar Alejandro, ya Paris, al cual tú, ¡oh el más descuidado de los hombres!, dejaste conmigo en tu palacio mientras navegabas de Esparta a Creta.[57] Veamos, pues; esta pregunta me hago, no a ti...: ¿en qué pensaba yo cuando desde mi palacio seguí a tu huésped, faltando a mi patria y a mi honra? Insulta a la misma Afrodita, y serás más poderoso que Zeus, el cual, superior a los demás dioses, es su esclavo. Así, ¿no debes perdonármelo? Me acusarás quizá especiosamente porque, después de muerto Alejandro y de descender al seno oscuro de la tierra, hubiera yo debido, no ligándome a mi lecho ninguna ley divina, dejar estos palacios y encaminarme a Argos. En efecto, intenté hacerlo; testigos son los centinelas de las torres y los espías de los muros, que muchas veces me sorprendieron en las fortificaciones descolgándome con cuerdas. A la fuerza se casó conmigo Deífobo,[58] mi nuevo esposo, oponiéndose los frigios. ¿Cómo, pues, ¡oh Menelao!, moriré

justamente, y sobre todo por tu mano, cuando se casó conmigo contra mi voluntad, ya que esta belleza mía en vez de darme la palma de la victoria me ha condenado a dura esclavitud? Ahora, si quieres vencer a los dioses, tu propósito es insensato.

EL CORO

Defiende, reina, a tus hijos y a tu patria, refutando sus elocuentes palabras; habla bien, a pesar de sus maldades, don en verdad amargo.

HÉCUBA

Defenderé primero a las diosas, y probaré que no es cierto lo que dice. Yo no creo que Hera y la virgen Palas delirasen hasta el punto de vender aquella a Argos a los bárbaros, y Palas a Atenas, condenándolas a sufrir algún día el yugo de los frigios, ya que, como por juego o diversión, vinieron al Ida a disputar la palma de la hermosura. ¿Por qué razón había de dar Hera tanto valor a la belleza? ¿Quizá por tener un esposo superior a Zeus? ¿Anhelaría Palas casarse con algún dios, habiendo logrado de su padre vivir perpetuamente virgen por odio al matrimonio? No supongas necias a las diosas por disculpar tu falta, que nunca persuadirás a los prudentes. Dijiste que Afrodita (lo cual es ridículo) acompañó a mi hijo al palacio de Menelao. ¿No hubiese podido, permaneciendo tranquila en el cielo, llevarte a Ilión con la misma Amiclas?[59] Fue mi hijo de notabilísima hermosura, y tú, al verlo, la verdadera Afrodita. A todas sus locuras llaman Afrodita los mortales, y el nombre de esta diosa tiene en ellas su raíz,[60] y tú, al admirarlo con sus lujosas galas y vestido de oro resplandeciente, sentiste arder en tu pecho el fuego de la lujuria. Pocas riquezas poseías en Argos, y al dejar a Esparta esperabas que la opulenta ciudad de los frigios sufragaría a tus gastos, no bastando a satisfacer tus placeres el palacio de Menelao.[61]

¡Te atreves a decir que mi hijo te robó a la fuerza! ¿Qué espartano podrá asegurarlo? ¿Qué voces diste siendo Cástor adolescente y viviendo todavía su hermano en la tierra, no entre los astros?[62] Después que llegaste a Troya, y cuando siguieron tus huellas los argivos y se encendió la guerra, si la fortuna favorecía a Menelao, lo alababas para atormentar a mi hijo, aludiendo a tan poderoso rival; y cuando vencían los troyanos, Menelao era un desdichado. Solo te cuidabas de la fortuna, solo a ella seguías, no a la virtud. ¿Y añades que quisiste descolgarte con cuerdas desde las torres, indicando quizá que permanecías allí contra tu voluntad? ¿Cuándo te sorprendieron preparando fatales lazos o afilando homicida cuchilla? Hubiéralo hecho mujer noble, sensible a la pérdida de su anterior esposo. Yo, en cambio, te aconsejé así muchas veces: «Vete, ¡oh hija!; mis hijos contraerán himeneo con otras; yo te llevaré a las naves griegas, y te ayudaré en tu oculta huida; pon término a la guerra entre griegos y troyanos.» Pero esto te desagradaba, llena de orgullo en el palacio de Alejandro, y querías ser adorada de los bárbaros.[63] Y a pesar de todo, sales tan galana y contemplas junto a tu marido el mismo cielo, ¡oh mujer execrable!, ¡cuando debías aparecer humilde y desaliñada en tu traje, temblando de horror, con la cabeza rasurada y fingiendo modestia en vez de impudencia, en expiación de tus anteriores faltas! ¡Oh Menelao!, no es otro mi objeto sino que honres a la Grecia dándole merecida muerte, como cumple a tu dignidad, y que desde hoy en adelanto mueran todas las mujeres que son infieles a sus esposos.

EL CORO

¡Oh Menelao!, acuérdate de tus nobles abuelos y de tu linaje; castiga a Helena, y evita así las reconvenciones que te hará la Grecia. No podrá

echarte en cara tu molicie, si eres fuerte contra sus enemigos.

MENELAO

Creo, como tú, que esta huyó voluntariamente de mi palacio en busca de adúltero tálamo, y que solo invoca a Afrodita para cohonestar su delito. Anda, ve a buscar a los que han de apedrearte, y que tu pronta muerte expíe los prolongados padecimientos de los griegos, para que aprendas a no deshonrarme.

HELENA

¡Oh, no; por tus rodillas te ruego que no me mates, imputándome un crimen, obra de los dioses! ¡Perdóname!

HÉCUBA

No te olvides de los aliados, que por Helena murieron: por ellos y por mis hijos te lo pido.

MENELAO

Déjame, anciana; solo merece mi desprecio. Que mis servidores la arrastren a las naves para ser llevada a Grecia.

HÉCUBA

Que no vaya en la tuya.

MENELAO

¿Por qué, pues? ¿Pesa ahora más que antes?[64]

HÉCUBA

No hay enamorado que no ame siempre, piense como quiera la mujer amada.

MENELAO

Se hará lo que deseas: no entrará en la nave en que yo vaya, que no es despreciable tu consejo. Cuando llegue a Argos morirá indignamente

como merece, y servirá de escarmiento a las demás mujeres, enseñándolas a ser honestas; y aunque, en verdad, no sea esto fácil empresa, su suplicio, por el miedo que ha de infundirles, refrenará la femenil locura, aunque las haga más perversas. (*Vase con Helena*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Así nos abandonas, ¡oh Zeus!, dejando a los griegos tu templo edificado en Troya, el ara llena de perfumes, la llama de las libaciones, el humo de la mirra que se elevaba en los aires, la sagrada ciudadela de Pérgamo, los bosques, los bosques ideos, abundantes en yedra, regados por la nieve derretida de los ríos, y la cima que el sol hiere primero, aquella mansión divina que sus rayos purifican![65]

Antístrofa 1.ª — Acabáronse ya tus sacrificios, y el alegre compás de los coros durante la noche, y las fiestas que se celebraban a los dioses en las horas destinadas al sueño, y las estatuas resplandecientes, y los doce plenilunios divinos de los frigios.[66] Inquiétame, inquiétame, ¡oh rey que habitas en el éter y en palacio celestial!, penosa incertidumbre de si atiendes o no a mi ciudad arrasada, que devoró el furor impetuoso del fuego.

Estrofa 2.ª — ¡Oh esposo querido; vagas muerto, insepulto, no lavado por mis manos, y las naves del mar, agitando sus remos, me llevarán a Argos, rica en caballos, cercada de altísimas murallas de los cíclopes![67] Muchedumbre de hijos lloran a las puertas, agarrándose a nuestros vestidos y clamando en su aflicción: «Ay de mí, madre, que cuando me abandones, los aqueos me separarán de ti, y en negra nave de marinos remos me llevarán a la sagrada Salamina, o a la cumbre del Istmo,[68] que mira a dos mares, en donde se ven las puertas de la mansión de Pélope.»

Antístrofa 2.ª — ¡Ojalá que en la nave de Menelao, cuando hienda el

mar profundo, caiga en el Egeo el fuego sagrado que vibran tus dos manos, y la reduzcan a cenizas: de Ilión, mi patria, me arrastran, llorosa esclava, a la Grecia! ¡Que la hija de Zeus, que se lleva los dorados espejos,[69] delicia de las vírgenes, nunca llegue a la Laconia, ni a sus patrios lares, ni a la ciudad de Pirene,[70] ni al templo de puertas de bronce de la diosa![71] ¡Que Menelao no recobre a Helena, cuyo malhadado himeneo solo ha servido de oprobio a la Grecia, país poderoso y de perpetua desventura a las ondas del Simois! ¡Oh dolor, oh dolor! ¡Nuevas desdichas agobian a mi patria! ¡Oh míseras esposas de los troyanos, contemplad a Astianacte, sacrificado por orden de los griegos, que desde las torres lo han precipitado tristemente!
TALTIBIO (*acompañado de esclavos, que traen sobre un escudo el cadáver de Astianacte*).

¡Oh Hécuba!; la única nave con bancos de remeros del hijo de Aquiles, Neoptólemo, que queda, se prepara a llevar a las costas ftióticas los restantes despojos que le han tocado en suerte. Él se hizo antes a la vela, sabedor de ciertas desdichas que han ocurrido a Peleo, desterrado de su patria, según dicen, por Acasto, hijo de Pelias.[72] Tal es la causa que le obligó a retirarse más pronto de lo que pensaba. Creyó pasar aquí algún tiempo, pero al fin se embarcó con Andrómaca, que derramaba muchas lágrimas al separarse de esta tierra, lamentándose de los infortunios de su patria y apostrofando al túmulo de Héctor. Y le pidió permiso para sepultar a su hijo, precipitado desde las murallas, muerto horriblemente, y que le sirviese de féretro este escudo cubierto de bronce, terror de los aqueos, que defendió a su padre, en vez de llevarlo al palacio de Peleo o al mismo tálamo de su nuevo esposo.[73] Así no tendrá siempre a la vista tristísimos recuerdos, y hará las veces de caja de cedro y de marmóreo sepulcro. También dispuso

que te entregase su cadáver, para que, como puedas, lo adornes con peplos y coronas, ya que ella se ausenta, oponiéndose la precipitación del viaje de su señor a tributarle los últimos deberes. Nosotros, cuando engalanes su cuerpo y lo cubra la tierra, clavaremos una lanza en su tumba, y a ti sola corresponde lo demás. Observarás, sin embargo, que al pasar las aguas del Escamandro lo lavé y limpié sus heridas. Ahora le abriremos una hoya, y después, reuniendo nuestros esfuerzos y haciendo lo que nos han ordenado, nos volveremos a nuestro campo.

HÉCUBA

Dejad ahí el circular escudo de Héctor, recuerdo triste y desagradable para mí. ¡Oh aqueos!, más dignos de alabanzas por vuestras hazañas que por vuestros pensamientos: ¿cómo por temor a un niño habéis cometido un nuevo crimen? ¿Para que no reconstruyese a Troya arruinada? Hombres inútiles erais cuando la fortuna de las armas favorecía a Héctor, y perecimos sin embargo, a pesar de nuestros innumerables soldados, y tomada la ciudad y aniquilados los frigios, todavía os infunde miedo tan tierno niño. No alabo esta vil pasión, si carece de racional fundamento. ¡Oh tú el muy querido, qué deplorable ha sido tu muerte! Si hubieses perdido la vida por tu patria, después de llegar a edad adulta, de casarte y regir un imperio como el de los dioses, hubieras sido feliz, si hay felicidad en todo esto. Mas tú, ¡oh hijo!, cercado de regia pompa, no has sabido apreciarla, y no disfrutaste de los placeres que tu palacio te ofrecía. ¡Infeliz! ¡Cómo las murallas de tu ciudad natal, obra de Apolo, han puesto tu cabellera, que tanto cuidó tu madre, y a la cual prodigó tanto beso! De sus huesos destrozados brota ahora la sangre, por no nombrar más repugnantes objetos. ¡Oh manos, qué grata semejanza tenéis con las de su

padre, y ahora yacéis caídas, rotas vuestras articulaciones! ¡Oh dulce boca, que solías decir grandes cosas con infantil petulancia! ¡Pereciste! Me engañabas cuando agarrado a mis vestidos me hablabas así: «¡Oh madre, yo cortaré para ti muchos rizos de mis cabellos, y llevaré muchos niños a tu sepultura, y te diré palabras que te complazcan!». No tú a mí, que a pesar de tu edad infantil, yo anciana, desterrada, sin hijos, te sepulto, ¡oh mísero cadáver! ¡Ay de mí! ¡Aquellos ósculos innumerables, y mis desvelos en criarte, y mis interrumpidos sueños, todo esto fue inútil! ¿Qué inscripción, pregunto yo, grabará algún poeta en tu sepulcro? ¿Que los argivos por miedo te mataron tan niño? Vergonzoso para la Grecia sería tal epitafio. Pero ya que no disfrutaste de tus bienes patrimoniales, poseerás al menos un escudo de bronce, en el cual serás enterrado. ¡Oh escudo, que resguardabas en otro tiempo el bellísimo brazo de Héctor; ya perdiste a tu dueño incomparable! ¡Cuán dulce es la señal que dejó en la embrazadura y el sudor que derramó en tu centro bien torneado, cuando corría copioso de su frente, al acercarlo a sus mejillas pasando insoportables trabajos! Llevad, poned estas galas, las únicas que poseo, a ese cadáver desventurado, que los dioses no me favorecen lo bastante para hacerle funerales suntuosos; toma los tristes restos de mi pasada grandeza. Necio es el mortal que, creyéndose siempre feliz, se abandona al placer; la fortuna, cual furiosa delirante, salta aquí y allí, y a ninguno concede perpetua dicha.[74]

EL CORO

Mira los despojos frigios que en sus manos traen las cautivas, para que engalanes el cadáver de Astianacte.

HÉCUBA

¡Oh hijo!, aun cuando no has vencido a tus iguales a caballo ni con el

arco, según costumbre frigia (no obstante la moderada afición de los troyanos a esta clase de ejercicios), la madre de tu padre te pone estas galas, resto triste de lo que fue tuyo en otro tiempo, que hace poco te arrebató Helena, aborrecida de los dioses, causa además de tu muerte y de la ruina de todo tu linaje.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¡Tocaste, tocaste mi corazón! ¡Oh tú, que hubieses sido soberano inmortal de mi ciudad!

HÉCUBA

Con los ricos vestidos frigios que debían adornarte al celebrar tu himeneo con la más noble asiática, cubre ahora tu cuerpo. Y tú, escudo querido de Héctor, que en días más venturosos ganaste tantos trofeos, recibe esta guirnalda; aunque tu fama es imperecedera, morirá, sin embargo, con este cadáver; más justo es honrarte que no a las armas del astuto y malvado Odiseo.

EL CORO

¡Ay, ay, ay, ay de mí! Amargamente llorado, ¡oh hijo!, te recibirá la tierra. Llora, madre...

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Como debes llorar a los muertos.

HÉCUBA

¡Ay de mí, ay de mí!

EL CORO

¡Ay de tus males insufribles!

HÉCUBA

Yo, médico desventurado solo en el nombre, no en realidad, cuidaré como pueda de parte de tus heridas, ligándolas con vendajes; tu padre te curará las demás entre los muertos.

EL CORO

Golpea, golpea tu cabeza, que tus manos resuenen. ¡Ay de mí, ay de mí!

HÉCUBA

¡Oh mujeres muy amadas!

EL CORO

¿Qué significan esos clamores?

HÉCUBA

Dignáronse solo los dioses hacerme desgraciada y aborrecer a Troya más que a las otras ciudades, y de nada sirvieron nuestros sacrificios. Y sin embargo, debemos confesar que, si no nos precipitasen en el abismo desde la altura, yacería nuestro nombre en la oscuridad y sin que nadie se acordase de nosotros en sus cantos, y no seríamos para la posteridad manantial perenne de poesía. Andad, sepultad este cadáver en mísero túmulo, que ya ha recibido los fúnebres honores. A mi parecer, interesa poco a los muertos que se les tributen funerales suntuosos, y más bien son vana pompa de los vivos.[75]

EL CORO

¡Oh desventura, oh desventura! ¡Mísera madre que, al perderte, perdió contigo su más consoladora esperanza! Cuando se reputaba muy feliz, porque eran nobles tus padres, pereciste de muerte cruel. (*Aparecen a lo lejos guerreros con antorchas encendidas*).

HÉCUBA

¡Hola! ¿Qué es esto? ¿Quiénes son esos hombres que en sus manos llevan antorchas, y aparecen en las alturas? Alguna nueva desdicha amenaza a Troya.

TALTIBIO (*que vuelve, aunque manteniéndose a cierta distancia*).

Sepan los capitanes de las cohortes, a quienes se ha ordenado incendiar la ciudad de Príamo, que en sus manos no ha de estar ociosa la tea; abrásenla, pues, cuanto antes, para que, derribada en sus cimientos, tornemos alegres a nuestra patria. Y vosotras, hijas de los troyanos, para cumplir a un tiempo ambos mensajes, cuando los generales del ejército hagan sonar las trompetas encaminaos a las naves de los griegos para alejaros de aquí. Tú, anciana la más infortunada, sígueme; estos son servidores que vienen de parte de Odiseo, tu señor, para que abandones a Troya, según dispuso la suerte.

HÉCUBA

¡Ay desventurada de mí! ¡Remate es este y último fin de mis males! Dejo a mi país natal y a mi ciudad entregada a las llamas. Así, pies cansados por la vejez, daos prisa a saludarla por última vez, aunque os cueste trabajo. ¡Oh Troya, hace poco el orgullo de los bárbaros; no tardarás en perder tu ilustre nombre! Te incendian y nos arrancan esclavas de tu seno, ¡oh dioses! Pero ¿qué dioses invoco? Antes, cuando los llamé, no me oyeron. Precipitémonos, pues, en el fuego, pues será para mí lo más honroso perecer en él.

TALTIBIO

Tus males te hacen delirar, ¡oh desventurada! Lleváosla, pues, sin demora; es preciso entregarla a Odiseo, a quien ha tocado en el reparto del botín.

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay, ay de mí! ¡Oh Cronio!,[76] rey de la Frigia, tronco de mi estirpe, ¿contemplas impasible los indignos ultrajes que sufren los descendientes de Dárdano?

EL CORO

Lo ve; la gran ciudad, que ya no lo es, ha perecido; ya no existe Troya.

HÉCUBA

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay, ay de mí! Ilión resplandece; el fuego devora ya el elevado alcázar, y la ciudad entera, y las más altas murallas.

EL CORO

Y como el viento se lleva el humo, así pereció mi patria, cayendo desde la altura al empuje del hierro; abrasados han sido tus palacios, presa del fuego y de enemiga lanza.

HÉCUBA

¡Oh patria, madre de mis hijos!

EL CORO

¡Ay, ay de mí!

HÉCUBA

¡Oíd, hijos; reconoced la voz de vuestra madre!

EL CORO

¿Llamas a los muertos con voz lúgubre?

HÉCUBA (*arrodillándose*).

Arrastrando por la tierra mis cansados miembros, e hiriéndola con ambas manos.

EL CORO

Ahora nos toca a nosotras hincar la rodilla, llamando a nuestros

esposos desdichados, que moran en el infierno.

HÉCUBA

Nos llevan, nos arrastran...

EL CORO

Tu dolor, tu dolor publicas.

HÉCUBA

A los atrios, en donde seré esclava, lejos de mi patria. ¡Ay, ay de mí! ¡Oh Príamo, Príamo; tú, muerto, insepulto, sin amigos, ignoras mi desdicha!

EL CORO

La negra muerte cubre tus ojos; un crimen impío se burla de tu piedad.[77]

HÉCUBA

¡Ay de los templos de los dioses, y de mi ciudad amada!

EL CORO

¡Ay, ay de mí!

HÉCUBA

Mortífera es la llama que os abrasa, y la punta de la lanza que os hiere.

EL CORO

Pronto caeréis sin gloria en mi suelo adorado.

HÉCUBA

El polvo, semejante al humo, en alas de los vientos me roba la vista de mi palacio.

EL CORO

Se olvidará el nombre de esta región como todo se olvida; ya no existe la desdichada Troya.

HÉCUBA

¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis oído?

EL CORO

¿El fragor de Pérgamo al derrumbarse?[78]

HÉCUBA

Tiembla la tierra, tiembla la tierra al desplomarse toda la ciudad. ¡Ay de mí! Trémulos, trémulos miembros, arrastrad mis pies. Vamos a vivir en la esclavitud.

EL CORO

¡Ay de la ciudad infortunada! Ea, dirige tus pasos hacia las naves de los griegos.

* * *

Notas

1. El mar Egeo, hoy el Archipiélago, es un golfo del Mediterráneo entre la costa oriental de la península griega, la occidental del Asia Menor, la Tracia y la isla de Creta. Llamose así por haberse precipitado en sus aguas Egeo, padre de Teseo.

2. Las cincuenta hijas de Doris y del dios marino Nereo.

3. Poseidón y Apolo conspiraron contra Zeus, y en castigo fueron expulsados del Olimpo, y trabajaron ambos en la construcción de las murallas de Troya, reinando en ella Laomedonte.

4. Epeo, hijo de Panopeo, construyó el caballo de madera que los griegos introdujeron en Troya, y fundó después a Metaponto. Odiseo, en la *Odisea*, VIII, *v*. 492, dice así: «Prosigue, pues, y canta el caballo de madera, obra de Epeo y de Atenea, lleno de enemigos, que el divino Odiseo llevó astutamente al alcázar troyano».

5. El texto griego dice δούρειος ἵππος. Sin embargo, aunque δούρειος parezca derivado de δόρο, lanza, en su significación figurada quiere decir bélico o guerrero, puesto que, según leemos en Hesiquio, el caballo de la ciudadela de Atenea se llamaba también δούρειος ἵππος,

aunque era de bronce.

6. Murió a manos de Pirro o Neoptólemo, hijo de Aquiles. Este Zeus Herceo era uno de los penates que se adoraban dentro de las casas, si creemos lo que dice Festo: *Hercius Jupiter intra consemptum domus cujusque colebatur, quem etiam deum penetralem appellabant*. Pirro lo mató al pie del ara por vengar a su padre Aquiles, que cayó herido al pie del altar de Apolo Timbreo.

7. Hera y Atenea fueron enemigas encarnizadas de los frigios, por vengarse de Paris cuando en su célebre juicio adjudicó a Afrodita la manzana de la Discordia.

8. Río famoso de la Frigia, que nacía en el monte Ida. Sus fuentes eran dos, una termal y otra fría; desaguaba en el Simois, y juntos desembocaban en el mar Egeo, cerca del promontorio de Sigeo.

9. Acamante y Demofonte. (V. *Los Heráclidas*, de Eurípides).

10. Casandra, hija de Príamo y de Hécuba. Apolo fue su enamorado, y le concedió el don de profetizar en premio de sus favores; pero negándose ella a complacerlo, y no pudiendo el dios retractar su promesa, se vengó desacreditándola y haciendo que nadie creyese lo que decía. Ordinariamente tal ha sido la suerte de los profetas.

11. Casandra se había refugiado en el templo de Palas cuando los griegos tomaron a Troya, acogiéndose a su altar; pero Áyax, el hijo de Oileo, la arrastró por los cabellos, haciéndole sufrir los más indignos ultrajes, sin respetar a la diosa ni su templo. Virgilio, en su *Eneida*, II, 403, dice así:

12. Eubea, hoy Negroponte, isla grande del mar Egeo, frente al Ática, la Beocia, la Lócrida y el país de los melieos, desde el cabo Sunio hasta la Tesalia.

13. Miconos, Delos, Esciros son islas del mar Egeo. El promontorio Cafereo estaba situado en la costa SE de la Eubea.

14. Hijo de Tindáreo y de Leda, uno de los Dioscuros. Higino, en la fábula 77, dice así: *Jupiter Lædam Thestii filiam, in cignum conversus, ad flumen Eurotam compressit, et ex eo peperit Pollucem et Helenam, ex Tyndareo autem Castorem et Clytemnestram*.

15. El Eurotas, ὁ βασιλιπόταμος, río de la Laconia, que corre hacia el mediodía. Ovidio dice de él, lib. II, *Amor*, eleg. 17:

16. Los reyes y nobles cautivos se cortaban el cabello. Ovidio, *Amor*, I, 14, 15, dice así:

17. De la Ftía, ciudad de la Ftiótide, junto al golfo Maliaco y el río Apídano, patria de Aquiles. Ovidio, lib. 13, *Metamorf.*, dice así: *Quis locus Ajaci? Phthiam hæc, Scyrumve ferantur!*

18. Las esclavas ancianas que ya no servían para trabajos más duros, cuidaban de los niños de sus dueños o servían de porteras.

19. Las esclavas jóvenes solían traer agua de las fuentes o de los ríos, y ordinariamente dormían con sus dueños.

20. Persio la llama *fons caballinus*. Nacía en el Acrocorinto o ciudadela de Corinto, y sus aguas eran suavísimas. Estacio, lib. I, *Silv. Carm.*, 4, dice así:

21. Peneo, río de la Tesalia, que nacía en el Pindo, y por el valle de Tempe desaguaba en el golfo Pagásico. Ovidio, en su *Metamorf.*, lib. IV, dice así:

22. La región contigua al Etna.

23. Nombre de un monte y de un río del Peloponeso, que nace en él, y atravesando la Acaya, desemboca en el golfo de Corinto, cerca de Egas. Hay otro en la Calabria, que nace en los Abruzos y desemboca en el golfo de Tarento, famoso por las virtudes medicinales de sus aguas. El poeta alude a este, porque antes habla del Etna.

24. Llamábase Dóride un reducido territorio, cuna de los dorios, entre la Fócida, la Lócrida y la Tesalia. Los dorios, siempre en constante lucha con los demás pueblos helénicos, y distintos de ellos por su dialecto, costumbres y gobierno, conquistaron después el Peloponeso, en donde reinaba Menelao. Aludiendo a este último y a su reino, dice Hécuba que ya ella es esclava de la Dóride.

25. Clitemnestra, hermana de Helena y esposa de Agamenón. Fue hija de Tindáreo y de Leda, reyes de Esparta.

26. Porque no solo era profetisa, sino sacerdotisa de Apolo.

27. Como Políxena ha sido sacrificada en el túmulo de Aquiles, y Taltibio se compadece de Hécuba, no quiere aumentar su aflicción, y usa, sin faltar a la verdad, de palabras ambiguas, guardándose de responderle directa y categóricamente.

28. Andrómaca, esposa de Héctor, era hija de Eetión, rey de Cilicia.

29. Feliz y eminentemente trágica es esta invención de Eurípides, y quizá el único complemento que faltaba a tan sombrío cuadro. Cuando todas las esclavas lloran su triste suerte porque de libres se hacen esclavas, y abandonan su patria destruida, en donde dejan tantos restos queridos, se presenta delirante la fatídica Casandra y entona su lúgubre profecía, en horrible consonancia con las demás partes del cuadro. Aconsejamos al lector que, así al leer esta como las demás tragedias de Eurípides, se esfuerce en figurarse, no que él lee, sino que asiste a su representación. Nos dará las gracias, y formará de su mérito más acertado juicio.

30. (V. el *Agamenón*, de Esquilo.) Casandra alude aquí al hacha con que la matará después Clitemnestra, la esposa de Agamenón, a la muerte de este, de Egisto y de su esposa por Orestes y Electra.

31. El sacrificio de Ifigenia en Áulide, hija de Agamenón y Clitemnestra.

32. En todo este discurso de Casandra reina cierta filosofía práctica y tan sabia experiencia, tan atinado y sensato juicio, que, en nuestro concepto, es de gran mérito literario.

33. La famosa Penélope, madre de Telémaco y esposa de Odiseo.

34. El *Siculum fretum* o estrecho de Mesina. Caribdis, según la fábula, fue una mujer siciliana que robó los bueyes de Heracles, y en castigo fue transformada por los rayos de Zeus en un abismo horroroso en la costa NE de Sicilia, al SE de ScilLa, situada en la costa meridional de Italia.

35. Polifemo, antropófago y famoso cíclope, hijo de Poseidón y de la ninfa Toosa, rico en ganados, que habitaba en la Sicilia en una cueva inmediata al mar. Cuando Odiseo arribó a su país estuvo a punto de ser devorado con todos sus compañeros, y solo se salvó embriagándolo y cegando su único ojo con una estaca puntiaguda. (V. *El Cíclope*, de Eurípides).

36. Circe, célebre mágica, hija del Sol y de la ninfa Perseis, que habitaba en la isla de Eea, en Italia, al pie del promontorio de Circe. Transformó en cerdos a los compañeros de Odiseo y lo retuvo mucho tiempo a su lado, inspirándole un amor vehemente. Tuvo de ella un hijo llamado Telégono.

37. El loto, que crecía en el país de los lotófagos, antiguo pueblo del África occidental, al parecer hacia Trípoli. Los extranjeros que lo comían se olvidaban para siempre de su patria.

Se cree que el loto era una especie de azufaifa.

38. Estos bueyes del Sol, que debían ser sagrados e inviolables para los mortales, fueron devorados por los compañeros de Odiseo durante su sueño, a pesar de la expresa prohibición que tenían de hacerlo. Sus restos, después de asados, se arrastraban por la ribera y daban horribles mugidos. Zeus los castigó suscitándoles en la mar una furiosa tempestad. (V. el cap. XII de la *Odisea*).

39. Este tinte melancólico que se refleja en las palabras de Hécuba y que aquí parece originado de su aflictiva situación, reina también en la poesía épica griega, cuyos héroes más famosos, como Aquiles, mueren en la flor de sus años, y en la poesía dramática, en la cual el destino envuelve en sus sombríos decretos a los héroes y heroínas más famosos. Hasta en la estatuaria griega se observa, y en sus obras más célebres se nota sin esfuerzo, contribuyendo a llenar el alma de dulce melancolía.

40. Dardania, de Dárdano, hijo de Zeus y de Electra, hija de Atlas, natural de Samotracia, desde donde pasó a la Teucria, a orillas del Escamandro, poseyendo después todo este territorio y dándole su nombre.

41. Llamose Pérgamo al alcázar de Troya, en el monte Ida, y a las altísimas murallas que circundaban a aquella ciudad. Virgilio, *Eneid.*, III, dice así:

42. Parte de los despojos enemigos se llevaban a los templos de los dioses, así entre los griegos como entre los romanos, *ad perpetuam rei memoriam*, y para animar a los ciudadanos a imitar a los vencedores.

43. El poeta alude al sueño funesto de Hécuba cuando llevaba a Paris en sus entrañas, a la respuesta del oráculo aconsejando a Príamo que lo matase al nacer, y a la ternura de su madre, que por desgracia le salvó la vida encomendándolo a los pastores del Ida. Este himeneo es el de Paris y Helena.

44. He aquí la diferencia capital que separa a la religión gentílica de la cristiana. Entre ellos la vida era todo, la muerte nada; y entre nosotros, al contrario, la vida es solo breve peregrinación, y la verdadera vida comienza en el sepulcro. Esta sola idea fundamental abre un inmenso abismo entre la antigüedad y la historia cristiana, y caracteriza profunda e indeleblemente a las letras de los idólatras y de los cristianos.

45. Andrómaca parece una buena esposa, aunque ni la ocasión es muy oportuna para

vanagloriarse con sus virtudes, ni sientan bien en sus labios tales alabanzas.

46. Lo contrario sucede con más frecuencia.

47. Acerca de estas palabras de Hécuba solo debemos observar que en vez de dar al auditorio la excusa de que nunca ha visto nave alguna, para hacer la comparación que subsigue, impropia, sin duda, de su aflictiva situación, podía haber suprimido sin obstáculo el exordio y el símil que le sigue. Tampoco se comprende que diga más abajo ἄφθογγός εἰμι, muda estoy, habiendo hablado tanto. En todo caso sería de cansancio, no de horror.

48. Séneca, *Troades*, 791, dice así:

49. Telamón, hijo de Éaco, rey de Egina, y hermano de Peleo. Huyó de su patria por haber matado a su hermano primogénito con el disco, y se refugió en Salamina, casándose con la hija de su rey Cicreo. Acompañó a Heracles a la conquista de Troya, y en premio le dio aquel héroe a Hesíone por esposa. Fue padre de Áyax y de Teucro.

50. Salamina era una isla del mar Egeo, en el golfo Sarónico, a cuatro kilómetros del Ática, famosa por la batalla que ganó Temístocles a los persas.

51. Esta oliva, que se veneró mucho tiempo en Atenas, fue la que hizo brotar Atenea en su disputa con Poseidón, que a su vez creó el caballo de un golpe de su tridente.

52. Laomedonte, rey de Troya, prometió a Heracles doce de sus mejores caballos si libraba a su hija Hesíone de un monstruo marino que Poseidón había suscitado contra Troya en venganza de la mala fe de su rey, pues este había pactado con él y con Apolo que les daría cierto salario si edificaban las murallas de Troya, y faltó después a su promesa villanamente. Heracles, en efecto, libró a Hesíone de la muerte; pero Laomedonte tampoco cumplió su palabra. El hijo de Alcmena tomó entonces a Troya y mató a Laomedonte y a todos sus hijos, excepto a Príamo, a quien colocó en el trono.

53. Estos caballos, tan codiciados de Heracles, fueron presente de Zeus para consolar a Laomedonte de la pérdida de Ganimedes, a quien Zeus robó transformado en águila para que sirviese de copero en el Olimpo en lugar de Hebe.

54. Este amante de la Aurora era Titono, hijo de Laomedonte, de extraordinaria belleza, y padre de Memnón el egipcio y de Ematión. Su amada obtuvo de Zeus que le concediese la inmortalidad; pero habiéndosele olvidado pedir también para él juventud perpetua, llegó a ser tan viejo que la Aurora lo convirtió en cigarra, sin duda porque esta la saluda al aparecer

en el horizonte.

55. El filósofo es el que habla, no Hécuba. Sin duda estas palabras aluden al sistema astronómico de los torbellinos, que se arrastran unos a otros, y a la doctrina de Anaxágoras, su maestro, que enseñaba la existencia de un ser supremo, ya se le llamase Zeus, ya se le diese otro cualquier nombre. Eurípides no se contenta con poner en boca de Hécuba esta invocación insólita, y por si pasa desapercibida, le pregunta a continuación Menelao cuál es la causa de dirigir a los dioses preces inauditas, sin duda para llamar la atención hacia ellas. Por lo demás, calificar la existencia de Zeus, del *pater hominum atque deorum*, de pura invención humana es una verdadera impiedad, supuestas aquellas creencias.

56. Hécuba, cuando llevaba a Paris en sus entrañas, soñó que daba a luz una antorcha encendida que devoraba su palacio.

57. Paris o Alejandro, después que fue reconocido como hijo de Príamo, fue de embajador a Esparta, en donde reinaba Menelao, casado ya con Helena, a pedir su tía Hesíone, robada, como hemos dicho antes, por Heracles, que la dio en premio de su ayuda a Telamón. Menelao se ausentó entonces, dejándolos solos, y se embarcó para Creta a recoger la herencia de Creteo, su abuelo materno, rey de aquella isla.

58. Uno de los hijos de Príamo.

59. Amiclas, llamada también Táigete, ciudad del Peloponeso, próxima a Esparta, al pie del Taigeto, célebre por haber nacido en ella Cástor y Pólux, y por sus excelentes perros. Virgilio en el lib. III, *Georg.*, dice así:

60. Afrodita se llama en griego Ἀφροδίτη, y la locura, la falta de prudencia, ἀφροσύνης. Se ve fácilmente que es la misma la raíz de ambas voces.

61. Eurípides, como hace nuestro Calderón con Semíramis y otros personajes antiquísimos, habla de ellos y de sus pueblos como si fuesen de su tiempo; y así como Troya simboliza el lujo y la molicie asiática, así también supone que la Esparta de Menelao era igual a la de su época; esto es, pobre y poco amante de placeres.

62. Ambos fueron hermanos de Helena y famosos luchadores y marinos. Como Pólux solo era inmortal, porque su padre fue Zeus, y Tindáreo el de su hermano, rogó a su padre que concediese la inmortalidad a Cástor o se la quitase a él, y Zeus le otorgó que viviese uno de ellos mientras el otro habitaba en los infiernos. Por eso dice Virgilio:

63. Porque entre los bárbaros, no entre los griegos, los reyes y grandes personajes eran adorados a la usanza oriental.

64. El texto griego dice terminantemente:

65. M. Artaud, II, pág. 143, cita muy oportunamente estas palabras de Pomponio Mela: «El monte Ida, al salir el sol, ofrece aspecto muy diferente del que tiene en otras horas: cuando se mira desde su cumbre hacia la madrugada, se observan ciertas llamas que se cruzan y desaparecen; y a medida que viene el día, parece que se acercan y confunden.» Lo mismo sucedía en el Olimpo, y de aquí, sin duda, que supusieran los paganos que uno y otro eran residencia de los dioses. Hoy se explica esto por las auroras boreales.

66. Porque los frigios celebraban en los plenilunios alegres fiestas.

67. Todavía existen restos de estas construcciones ciclópeas. (Véase a Batissier, *Histoire de l'art monumental*).

68. El coro habla del istmo de Corinto.

69. Los espejos de los antiguos eran circulares, con mango, o cuadrados como los nuestros, aunque jamás los fijasen en ningún otro mueble. En un principio se hacían de metal blanco formado de una aligación de cobre y estaño (Plinio, *H. N.*, XXXIII, 45) y después de plata. Se pulimentaba su superficie, y se conservaba este pulimento con polvos de piedra pómez, que se pasaban por él por medio de una esponja atada al marco con un pequeño cordón.

70. Hubo varias ciudades llamadas así en la Tróade, en Macedonia, en la Misia y en la Laconia, a orillas del Eurotas. Eurípides habla de esta última.

71. El templo de Atenea Calcieco.

72. Acasto, hijo de Pelias y de Anaxibia, fue rey de Yolco, en donde se refugió Peleo huyendo de la venganza de los parientes de su suegro, a quien mató involuntariamente en la caza del jabalí de Calidón. Enamorose de él la mujer de Acasto, y enfurecida de su castidad, engañó a su esposo como la mujer de Putifar, haciéndole creer que había intentado violarla. Acasto desterró de su reino a Peleo, y cargándolo de cadenas, lo dejó abandonado en los montes. Tal es la versión de los mitólogos. Sin embargo, o este mito no es bien conocido, o la tradición a que alude Eurípides diverge de aquel. En efecto, cuando Aquiles había muerto y su hijo Neoptólemo era hombre, puesto que se trata de una época posterior al sitio de Troya, cuando Neoptólemo se había desposado con Andrómaca, no debía estar

Peleo, ya viejo, en disposición de inspirar a las mujeres pasiones tan violentas.

73. Como trofeo de Aquiles, padre de Neoptólemo.

74. La mayor ignominia que se podía sufrir entre griegos y romanos, era la de quedar insepulto. Así nos lo dice Vegecio, y así es de presumir, no solo por lo que Homero nos cuenta al principio de *La Ilíada*, en donde mira como una de las mayores desdichas de los aqueos la de no ser sepultados a causa de la peste, sino también por el cuidado que muestran los trágicos, así Esquilo como Sófocles y Eurípides, de no omitir nunca esta importantísima o imprescindible ceremonia. Cuando amenazaba algún naufragio, los que poseían riquezas solían atárselas a la cintura con una inscripción en que manifestaban su voluntad de cederlas al que los encontrase, siempre que enterraran su cadáver. Entre los cristianos, a pesar de recomendarse como obra de misericordia el enterrar los muertos, no se le da esa importancia, y los héroes de nuestros teatros mueren, y después el poeta se guarda bien de decir si son o no sepultados, lo cual nunca omitían los griegos. En nuestro concepto esta diferencia proviene de que para nosotros el cuerpo es polvo vil y despreciable, y el alma, inmortal, riquísimo oro de Ofir. Todo cambia en este mundo, y especialmente las costumbres que se fundan en determinadas creencias, pues faltando o variando estas, faltan o varían aquellas.

75. El buen sentido de Eurípides le hace pensar en este punto como piensan los cristianos más cuerdos, y es muy de extrañar en un pagano. Y sin embargo, podría pasar entre ellos, que no tenían de la otra vida la idea que nosotros, careciendo de las luces de la revelación; pero es inconcebible que los que preconizan las excelencias de la caridad, mirándola como una de las principales virtudes, gasten en suntuosos funerales lo que bastaría para hacer la felicidad de muchas familias desgraciadas y virtuosas.

76. Llama Cronio a Zeus, porque fue hijo de Cronos y de Rea.

77. Estas palabras se dirigen a Príamo.

78. La conclusión de esta tragedia con el incendio de Troya y su ruina, nos prueba que el arte escénico llegó entre los griegos a grande altura, o, por lo menos, que no se escaseaban los gastos en este género de espectáculos, puesto que como las tragedias se representaban de día y al aire libre, no podía haber entre ellos las imitaciones que entre nosotros, y era preciso hacer todo esto a lo vivo, o lo que es lo mismo, pegar fuego a la ciudad entera, que debía

verse en lontananza.

Heracles furioso

* * *

ARGUMENTO

Once de sus famosos trabajos había ya cumplido Heracles, y estaba ausente de Tebas para terminar el último, que consistía nada menos que en traer al Cancerbero de las tinieblas a la luz. En esta ciudad había dejado a su esposa Mégara, y a tres hijos que había tenido de ella, bajo la custodia de su padre Anfitrión que, temeroso de las violencias de que pudieran ser víctimas por parte de Lico, rey de la Eubea, que mandaba en Tebas apoyado por un partido rebelde y victorioso, se refugia junto al altar de Zeus Salvador, asilo sacrosanto que podía resguardarlos de sus iras; pero el tirano entonces inventa el medio de realizar su sanguinario intento sin tocar el ara, mandando a sus esclavos que la cerquen de leña y abrasen de este modo a los heráclidas. Anfitrión y Mégara convienen en tal apuro en someterse a su voluntad, abandonándoles su vida y la de los hijos de Heracles, siempre que perezcan de otra manera, y lo consiguen del tirano, y además un breve plazo para prepararse a la muerte y adornarse en el palacio de Heracles con

sus vestidos y galas funerarias.

Afortunadamente vuelve este héroe de los infiernos, y enterado por Anfitrión de lo que sucede, y aconsejado por él, entra en su morada, en donde después sorprende y mata a su enemigo al venir en busca de sus víctimas. Por desgracia, la diosa Hera, que siempre lo odia, y más ahora viendo que ha salido triunfante de la última y más peligrosa prueba, envía a su mensajera Iris y a la Locura para que trastornen su juicio y lo obliguen a matar a sus hijos. Así acontece, en efecto, y el héroe, víctima de su delirio, los sacrifica sin piedad con su madre, y aun intenta asesinar a su padre creyendo que todos eran de la familia de Euristeo, no de la suya, librando solo al último de la suerte que le aguarda la intervención de Atenea, que derriba a Heracles con una piedra, le infunde triste sueño y le devuelve la razón perdida. Al fin despierta de su letargo, llora su desventura cuando ya no tenía remedio, y se ausenta de Tebas con su amigo Teseo, que llega en tan crítico instante deseoso de auxiliarlo contra Lico, encargando a su padre Anfitrión que dé honrosa sepultura a Mégara y a sus hijos.

Tal es el argumento de esta tragedia, cuya acción parece doble a primera vista, según opinan críticos tan competentes como A. G. Schlegel y M. Artaud, quienes aseguran que la primera acaba cuando Mégara y sus hijos evitan la muerte por la llegada de Heracles y el castigo de Lico, y que la segunda expone el sacrificio de los heráclidas y de su desventurada madre. Sin embargo, con la desconfianza natural a quien intenta refutar juicios tan autorizados, debemos decir nosotros que esa primera acción es solo un complemento esencialísimo de la segunda, y está enlazada a ella tan íntimamente que ambas forman una sola, supuesta la intención del poeta y la misma índole de la tragedia, dirigida, como dice Aristóteles, a mover la

piedad y la compasión. El principal interés que nos inspira esta obra de Eurípides proviene de la situación del padre, esposa e hijos de Heracles, los cuales, amenazados primero de muerte por Lico, se libran de ella por la llegada del héroe; y cuando su gozo debía ser mayor, cuando se veían ilesos, cuando nada debieran temer, teniendo a su lado a su padre y protector, sucumben a manos de este de una manera inesperada. Por consiguiente, si suprimimos la primera parte se desvanece casi todo el interés de la segunda, y no aparecen tan claras esas alternativas del destino que ha querido figurar el poeta. El defecto capital de esta tragedia no es, pues, ese, en nuestro concepto, sino otro muy distinto, que salta a los ojos al leerla; a saber: que su trama y su espíritu están en abierta contradicción, o lo que es lo mismo, que toda ella en su plan y accidentes supone la existencia de los dioses que determinan la acción, y en su espíritu la niega. La piedad y la compasión que excita el poeta cuando paramos la atención en la suerte de Heracles, de su esposa e hijos, se convierten en indignación y odio contra Hera, que solo por satisfacer su celosa venganza sacrifica víctimas inocentes, y contra su esposo Zeus, que siendo el soberano del cielo y padre de Heracles, contempla impasible la ruina de su propia descendencia. Esto solo, supuestas aquellas creencias y prescindiendo ahora de las nuestras, como debemos hacerlo, era inmoral y altamente irreligioso, justamente tratándose de un espectáculo cuyo objeto era fortificar este sentimiento y moralizar al pueblo. Por lo demás, es obra, como todas las de Eurípides, notable por sus bellezas dramáticas aisladas, por su pintura de afectos, por su poesía sobria y elegante, por sus rasgos sencillos y por la armónica distribución de sus partes. Hay de ella una imitación de uno de los Sénecas, no se sabe si del filósofo o del retórico, como casi todas las suyas llena de

singularidades y absurdos, pues aun siendo español y poeta, y no obstante la cruzada que de algún tiempo a esta parte se ha levantado a su favor, para nosotros y para toda persona imparcial y sensata que lea sus imitaciones después de los originales, es y será siempre un trágico deplorable. El patriotismo tiene sus límites, y nunca debe hollar los del buen gusto, porque ni Lucano ni Séneca nos hacen falta, habiendo florecido tan famosos poetas españoles.

Si intentamos ahora fijar la época en que se representó esta tragedia, tendremos que contentarnos con presunciones más o menos fundadas, careciendo de datos positivos y fidedignos, ya transmitidos por los escoliastas, ya por otros escritores griegos. Parece lo más probable que la escribió Eurípides ya anciano, según se desprende de estos versos que pronuncia el coro y que indudablemente aluden al autor:

Οὐ παύσομαι τὰς Χάριτας
Μούσαις συγκαταμειγνύς,
ἀδίσταν συζυγίαν.
μὴ ζῴην μετ' ἀμουσίας,
αἰεὶ δ' ἐν στεφάνοισιν εἴην,
ἔτι τοι γέρων ἀοιδὸς
κελαδεῖ Μναμοσύναν.
ἔτι τὰν Ἡρακλέους
καλλίνικον ἀείδω, κ. τ. λ.

Calcúlase, por tanto, que no es anterior a la olimpiada 90 (420 antes de J.-C.), y que fue obra de un poeta sexagenario.

PERSONAJES

Anfitrión, *padre*
de Heracles.
y
Mégara, *esposa*
Coro de ancianos tebanos.
Lico, *rey de Tebas.*
Iris, *mensajera de los dioses.*
La Locura.
Un mensajero.
Heracles.
Teseo, *rey de Atenas.*
La acción es en Tebas.

* * *

Se ve en el teatro el palacio de Heracles, junto al templo de Zeus Salvador, cuya ara cerca la familia de aquel héroe. Anfitrión, abandonando los umbrales del templo, dice así:

ANFITRIÓN

¿Qué mortal no conoce al argivo Anfitrión,[1] padre de Heracles, que compartió su lecho con Zeus, y a quien engendró en otro tiempo Alceo,[2] hijo de Perseo?[3] Habitó en esta ciudad de Tebas, en donde nacieron los hijos de la Tierra,[4] que se sembraron como el grano, de cuyo linaje salvó muy pocos Ares, heredando sus nietos tan rico reino. De ellos descendía Creonte, hijo de Meneceo, rey de este país, padre de Mégara, esposa de Heracles, cuyo himeneo celebraron los hijos de Cadmo en mi palacio al son de la flauta. Ausente de Tebas mi hijo, de donde yo emigré, y lejos de

Mégara y de sus parientes, quiso vivir en Argos, ciudad ciclópea, de la cual me desterraron por haber dado muerte a Electrión; y como deseaba consolarme y restituirme a mi patria, ofreció a Euristeo,[5] si permitía mi vuelta, nada menos que pacificar todo el orbe, ya lo atormentase Hera, ya lo guiase el destino. Y en verdad que ha sufrido duros trabajos; al fin se encaminó al palacio de Hades, atravesando las bocas del Ténaro,[6] para sacar a la luz del sol al perro de tres cuerpos, de cuya expedición no ha vuelto. Antigua tradición hay entre los tebanos de que en otro tiempo se casó con Dirce[7] cierto Lico, señor de esta ciudad de siete torres, antes que reinasen en ella Anfión y Zeto, los de los blancos caballos, hijos de Zeus. Uno de sus descendientes, llamado como su padre, no tebano, sino oriundo de la Eubea, quitó la vida a Creonte y reina aquí, habiéndose apoderado de esta ciudad, afligida por sediciones. Pero a nosotros, según parece, nos perjudica no poco nuestro parentesco con Creonte, porque mientras Heracles yace en el seno de la tierra, Lico, ínclito[8] rey de Tebas, quiere exterminar a sus hijos y matar también a su esposa, para ahogar en sangre su estirpe, sin perdonarme a mí (si es lícito contarme entre los mortales, inútil anciano), temiendo que lleguen a ser hombres y venguen a su abuelo. Y yo (porque mi hijo me dejó en este palacio, encargándome de la educación de los suyos al bajar al oscuro seno de la tierra), para salvarlos de la muerte, me he refugiado con su madre en este ara de Zeus Salvador, erigida por su generoso padre como monumento de la victoria, que ganó con su lanza, sobre los minias.[9] Y aquí estamos, careciendo de todo, del sustento, de agua, de vestido y durmiendo en el duro suelo; nos echaron de nuestro palacio, y aquí nos acogimos desesperados. De nuestros amigos, unos han probado no serlo en realidad, y los leales no pueden socorrernos.

Así sucede en la adversidad (¡ojalá que nunca se ensañe ni aun en los que me aman sin pasión!), piedra segura de toque para conocer a los que nos rodean.

MÉGARA

¡Oh anciano, que en otro tiempo, al frente de guerreros de Tebas, arrasaste con tanta gloria la ciudad de los tafios![10] ¡Cuán cierto es que los dioses abandonan a los hombres a su ignorancia! Ni aun me fue contraria la fortuna, dándome ilustre padre, orgulloso en otro tiempo con sus riquezas y dueño de un reino cuya codiciosa posesión suelen disputar numerosas lanzas y ensañarse en sus felices soberanos; contento con sus hijos, me casó con el tuyo, y llegué a ser la noble esposa de Heracles. Y todos estos bienes se desvanecieron; ambos, ¡oh anciano!, moriremos, y con nosotros los heráclidas, tiernos hijuelos que abrigo bajo el calor de mis alas. Cércanme y me preguntan: «¿Adónde fue nuestro padre, madre mía? ¿Qué hace? ¿Cuándo volverá?». Engáñales su infantil inocencia, y lo buscan vanamente. Y yo los distraigo hablándoles de otras cosas, y me estremezco cuando rechinan las puertas, y todos se levantan como para abrazar sus rodillas. Ahora, pues, ¡oh anciano!, ¿cuál es tu esperanza? ¿Cómo podremos salvarnos, siendo tú solo nuestro defensor? Ni abandonaremos los confines de esta tierra (puesto que nos lo impide fuerza más poderosa que la nuestra), ni debemos esperar auxilio de amigos. Dime, pues, lo que piensas, para no perder tiempo, amenazándonos la muerte y siendo tan débiles para resistirla.

ANFITRIÓN

¡Oh hija!, no es fácil en tan críticos momentos evitar ligeramente y sin trabajo tan graves males.

MÉGARA

¿Hay dolor que no sufras, y sin embargo tanto amas la vida?

ANFITRIÓN

Pláceme, en verdad, y aún no desespero del todo.

MÉGARA

Ni yo; pero no esperemos imposibles, ¡oh anciano!

ANFITRIÓN

Ganar tiempo es ya un alivio a nuestras desdichas.

MÉGARA

Pero el que pasa, lleno de tristeza, me atormenta sin descanso.

ANFITRIÓN

No dudes, ¡oh hija!, que nuestros males presentes se trocarán en bienes, y que algún día vendrá mi hijo, tu bien amado esposo. Tranquilízate, pues, y enjuga las lágrimas perennes de tus hijos, y consuélalos, y engáñalos con fingidas palabras, por triste que sea este recurso. También se cansan las calamidades humanas, y los vientos no soplan siempre con igual fuerza, y los afortunados no lo son perpetuamente; todo cambia y se trastorna. El hombre virtuoso siempre tiene esperanza, y solo el malo desespera.

EL CORO

Estrofa. — Apoyado en mi báculo me acerco a la morada y al lecho del anciano Anfitrión, entonando lúgubre canto, como blanco cisne, y mi voz y mi aspecto son de fantasmas nocturnos, trémulo, aunque resuelto, ¡oh hijos sin padre!, ¡oh anciano!, y tú, madre infeliz, que lloras a tu esposo, ahora en el palacio de Hades.

Antístrofa. — No fatiguéis vuestros pies y vuestros miembros, agobiados por los años, cansándoos como el caballo uncido al yugo que, al

arrastrar el carro por inclinada ladera, se detiene sin aliento. Ayúdente mis manos y mi vestido, si tropiezan mis pies vacilantes; que un anciano guíe a otro; en los pasados días sufrimos iguales trabajos, y jóvenes peleamos juntos, sin deshonrar a nuestra patria celebérrima.

Epodo. — Observad sus terribles miradas,[11] semejantes a las de su padre; ni ha desaparecido su gracia, aunque el infortunio paterno alcance también a sus hijos; ¡oh griegos, de qué auxiliares, de qué auxiliares os priváis en la guerra si llegáis a perderlos! Pero veo a Lico, señor de este país, que se acerca.

LICO

Pregunto al padre y a la esposa de Heracles si me es lícito (y lo es, en verdad, y puedo preguntaros, siendo señor de este territorio): ¿hasta cuándo queréis prolongar vuestra existencia? ¿En qué esperanza, en qué auxilio confiáis para no morir? ¿Creéis acaso que vendrá el padre de estos niños, ahora en los infiernos? Indigna es vuestra aflicción al ver cercana la muerte, cuando te jactaste vanamente en toda la Grecia de que Zeus compartió tu lecho, y engendró un nuevo dios (*A Mégara*), llamándote esposa de varón gloriosísimo. ¿Qué preclara hazaña ejecutó tu esposo? ¿Dar muerte a la hidra de la laguna,[12] o a la fiera Nemea?[13] La apresó en sus redes, y dice que la ahogó en sus brazos. ¿Osáis luchar conmigo por esto? ¿Y bastará para librar de la muerte a los hijos de Heracles? Ganó fama de esforzado sin merecerlo, peleando solo con fieras, no en más altas empresas, porque nunca embrazó el escudo ni manejó la lanza en la refriega; estuvo pronto siempre a huir, armado solo del arco, la más cobarde de todas las armas. Pero este no es indicio de fortaleza, sino formar impasible en las filas sin miedo al surco que abre formidable enemigo. No atribuyas a crueldad

mi propósito, hijo solo de la previsión; sé muy bien que quité la vida a Creonte, padre de esta, y que poseo su reino. No consentiré, pues, que estos niños sean hombres, ni dejaré vivir a quienes se vengarán de mí.

ANFITRIÓN

Defienda Zeus a su hijo; yo, ¡oh Heracles!, probaré por ti la necedad de este, y no dejaré que te desacredite. Apelo al testimonio de los dioses para lavarte, ¡oh Heracles!, de la mancha de cobarde, absurdo inaudito y el más inverosímil. Hablen los rayos y las cuadrigas de Zeus que te llevaron, desde las cuales clavaste tus rápidas flechas en el pecho de los gigantes,[14] hijos de la Tierra, celebrando con los dioses el triunfo de tu gloriosa victoria. Hablen también los centauros;[15] ve a Foloe,[16] ¡oh tú el peor de los reyes!, y pregunta cuál es el varón más famoso, y te dirán que mi hijo, el que, según aseguras, solo es esforzado en apariencia. Si preguntas a Dirfis,[17] la de los abantes,[18] en donde te criaste, no te alabará, que en tu patria no has ejecutado hazaña alguna. Desprecias las saetas, sapientísima invención, como armas ofensivas. Óyeme y rectificarás tu juicio: el hombre pesadamente armado es esclavo de sus armas, y cuando los que forman con él en las filas no son valientes, sucumbe víctima de la cobardía de sus compañeros, y cuando se rompe su lanza no puede evitar la muerte, puesto que ella sola lo defiende. Pero el de ojo certero en disparar el arco disfruta del apetecido privilegio, después de lanzar millares de flechas, de defender a los demás, y desde lejos se venga de sus enemigos y hiere y ciega con ellas a los que ven, y no se expone a sus golpes situado en paraje seguro; lo esencial en el combate es guardar bien el cuerpo y hacer daño a los enemigos, sin exponerse a los caprichos de la fortuna. Mis palabras prueban, por tanto, lo contrario de lo que has dicho. Pero ¿por qué quieres matar a estos niños?

¿Qué te han hecho? Solo eres prudente, a mi juicio, temiendo, cobarde, a los hijos de varón tan ilustre. Pero es intolerable para nosotros morir víctimas de tu miedo. Lo justo hubiese sido que tú padecieses en nuestro lugar, si Zeus nos hiciese justicia, porque valemos más que tú. Si quieres reinar aquí, déjanos salir desterrados; nada conseguirás a la fuerza, y serás víctima de ella si cambia la fortuna. ¡Ay de mí! ¡Oh tierra de Cadmo, que yo te vea, que ensalces también mis maldiciones! ¿Así ayudas a Heracles y a sus hijos? Él solo peleó contra los minias y devolvió a Tebas su libertad. No alabo a la Grecia, ni callaré nunca paciente que sea impasible testigo de tu vituperable conducta con mi hijo, cuando debía venir al socorro de estos niños con fuego, con lanzas, con todo linaje de armas, y premiar los trabajos de Heracles, que ha purgado de enemigos el mar y la tierra. Ni la Grecia ni la ciudad de los tebanos os socorren, ¡oh hijos!, y cifráis en mí, débil amigo, vuestras esperanzas, cuando solo sirvo ya para hablar, y trémulos están mis miembros por los años, y desapareció mi antiguo vigor. Si fuese joven y de robusto cuerpo, empuñaría la lanza y llenaría de sangre la cabellera de este, para que, temeroso, huyera de mí más allá de los límites atlánticos.[19]

EL CORO

¿No encuentran ocasión de hablar los hombres buenos, aunque sea lenta su palabra?

LICO

Desata contra mí tu lengua, que pronto sufriréis justo castigo. Andad, que vayan unos al Helicón[20] y otros a los valles del Parnaso,[21] y mandad a los leñadores que corten troncos de encina; y cuando los trajeren a la ciudad y los amontonéis alrededor del ara, prendedles fuego y quemadlos a

todos, y así sabrán que no reina aquí el difunto Creonte, sino yo. A vosotros, ancianos, que os oponéis a mis proyectos, solo aseguro que lloraréis a los hijos de Heracles y los males que sobrevendrán a vuestras familias; así os acordaréis de que sois mis esclavos.

EL CORO

Hijos de la Tierra, que sembró Ares en otro tiempo arrancándoos de la boca voraz del dragón, ¿no levantáis los cetros en que se apoyan vuestras diestras y ensangrentáis con ellos la cabeza de este impío? ¿Cómo no siendo tebano, sino un advenedizo, osas tiranizar a estos jóvenes? Al menos no te atreverás a ofenderme impunemente, ni poseerás lo que gané con tanto trabajo de mis manos; vete al país de donde viniste para sufrir el condigno castigo y hacer alarde de tu insolencia; mientras yo viva no matarás nunca a los hijos de Heracles, aunque él los haya abandonado y yazga bajo la tierra. Tú has arruinado este país, y el que tanto le sirvió no obtiene la recompensa merecida. ¿Por ventura no debo acordarme de mis amigos difuntos cuando más me necesitan? ¡Oh diestra mía! ¡Cuánto anhelas empuñar la lanza, aunque los años frustren tu deseo! Te haría callar a no ser por esto, ya que osas llamarme esclavo, y con gloria habitaremos en Tebas, cuya posesión tanto placer te infunde. Desacertada anduvo entregándose a sediciosos y pérfidos consejeros; de otro modo nunca hubiese consentido que reinases en ella.[22]

MÉGARA

Alabo vuestra conducta, ¡oh ancianos!; justo es indignarse contra los que hacen sufrir a los amigos, pero que ningún daño padezcáis por causa nuestra de este rey airado. Oye, pues, mi parecer, ¡oh Anfitrión!, si en tu juicio lo merece. Ciertamente amo a mis hijos, ¿y cómo no, si los di a luz?

La muerte es para mí una desdicha, pero luchar contra la necesidad, necia pretensión. Ya que hemos de perecer, que sea de otra manera, no devorados por el fuego y sirviendo de escarnio a nuestros enemigos, mal más intolerable que la muerte, cuando, por otra parte, no debemos deshonrar a nuestros abuelos. Gloriosa fama alcanzaste tú en la guerra para morir sin valor; pero mi ínclito esposo, ¿no expresó también su deseo de que no viviesen sus hijos mancillados? Afligen a los nobles las acciones torpes de sus hijos, y yo no debo olvidar el ejemplo de Heracles. He aquí, pues, mi opinión acerca de tus esperanzas. Crees que tu hijo vendrá del centro de la tierra, pero ¿qué muerto ha vuelto jamás de los infiernos?[23] ¿Podremos acaso aplacar con ruegos a Lico? De ninguna manera: que el necio intente huir de su enemigo; los prudentes, los que han recibido educación distinguida, solo deben ceder, porque más fácilmente se apiadarán de ti si te resignas. Ya he pensado en solicitar el destierro de estos hijos a fuerza de súplicas. Miserable será, no obstante, su suerte si han de vivir pobres y sin ventura, pues, según dicen, los que dan hospitalidad a los desterrados solo el primer día los miran con buenos ojos. Soporta, como nosotros, la muerte que te aguarda. Apelamos a tu nobleza, ¡oh anciano! El que intente luchar contra las calamidades que mandan los dioses, por grande que sea su ánimo, no dejará de ser un insensato, pues nadie logrará evitar lo que ha de suceder necesariamente.[24]

EL CORO

Si mi brazo fuese vigoroso y os injuriaran, fácilmente castigaría a quien tal osase; ahora nada somos; así, ¡oh Anfitrión!, piensa en la mejor manera de evitar esos males.

ANFITRIÓN

Seguramente no es timidez ni afición a la vida lo que me impide morir, sino mi deseo de salvar a los hijos de mi hijo, aunque, por otra parte, parezca que pretendo imposibles. He aquí mi cerviz, que ofrezco al suplicio; hiéranla, sepárenla del tronco, precipítenla de elevado peñasco; solo te pedimos, ¡oh rey!, que a nosotros dos nos concedas una gracia: mátame a mí y a esta desventurada antes que a mis hijos, para no presenciar el espectáculo impío de su martirio llamando a su madre y al padre de su padre; no esperamos auxilio alguno que nos libre de la muerte.

MÉGARA

Y yo te ruego suplicante que me concedas otra gracia, para que tú solo nos dispenses dos a un tiempo: déjame entrar en nuestro palacio, y preparar las fúnebres galas de estos niños; ahora poco nos echaron de él. Así, al menos, poseerán los únicos restos de los bienes de su padre.

LICO

Se hará lo que pides; ordeno, pues, a mis servidores que abran las puertas. Entrad y preparad esas fúnebres galas, que mi odio no va tan lejos; pero cuando los hayáis vestido, vendré a buscaros para enviaros a la mansión subterránea. (*Vase*).

MÉGARA

Seguid, hijos míos, los tristes pasos de vuestra madre al hogar paterno, en donde otros poseen lo que os pertenece, y solo queda vuestro nombre. (*Entra en el palacio con sus hijos*).

ANFITRIÓN

¡Oh Zeus!, en vano disfrutaste de mi lecho, y en vano te llamábamos padre de mi hijo; me amas menos de lo que aparentabas; y yo, simple mortal, te aventajo en virtud, siendo tú dios poderoso, porque no he hecho

traición a los heráclidas. Tú sabías venir furtivamente a ajeno tálamo, o introducirte en él sin licencia de nadie, pero no salvar a tus amigos. Eres, por tanto, dios injusto o poco sabio.[25] (*Entra también en el palacio*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Entona, ¡oh Febo!, alegre canto, pulsando la sonora cítara con dorado plectro,[26] que yo quiero celebrar con alabanzas, corona de sus trabajos, al que penetró en las tinieblas subterráneas de los infiernos, ya le llame hijo de Zeus, ya de Anfitrión; cantar sus nobles hazañas es honrar a los muertos. Y primeramente mató al león de la selva de Zeus, y con su cabeza y con la terrible piel de la retinta fiera abrigó sus espaldas.

Antístrofa 1.ª — E hirió en otro tiempo con su arco mortífero al linaje de los crueles centauros[27] que vagaban por los montes, y les dio muerte con sus veloces saetas. Testigo fue el Peneo,[28] de deleitosa corriente, y las espaciosas y estériles llanuras, y los valles del Pelión,[29] y las peñas vecinas a Hómola,[30] desde donde, armados con pinos, devastaban con sus correrías el país de los tesalios. Y después que mató a la cierva de manchado lomo, envanecida con sus cuernos de oro, azote de los rústicos labradores, la ofreció a la diosa de Énoe, cazadora de fieras.[31]

Estrofa 2.ª — Y subió en las cuadrigas, y domó los caballos de Diomedes,[32] que, furiosos y sin freno, devoraban en sus letales pesebres ensangrentado pasto, disfrutando el nefando banquete del placer de desgarrar carne humana. Y pasó el Hebro,[33] de argentadas ondas, para cumplir el trabajo que le ordenó Euristeo, el tirano de Micenas, y atravesó las cumbres del Pelión, junto a la corriente del Anauro.[34] Y con su arco mató a Cicno,[35] asesino de extranjeros, inhospitalario habitante de Anfanas.

Antístrofa 2.ª — Y llegó al palacio Hesperio, en donde moraban las vírgenes cantoras, para coger el fruto de los manzanos de hojas de oro resplandeciente, después de exterminar al dragón rojo, que, enrollado en el árbol, lo guardaba de todos. Y entró luego en el seno del espacioso mar, y lo limpió de monstruos para que los mortales navegaran. Y con sus brazos sostuvo el cielo en su centro, cuando fue al palacio de Atlas,[36] y merced a su fortaleza la estrellada mansión de los dioses no vaciló en sus cimientos.

Estrofa 3.ª — Y hendiendo las olas del Euxino, buscó al escuadrón de las amazonas[37] cerca de la laguna Meótide,[38] en donde desaguan muchos ríos. ¿Cuántos amigos suyos de la Grecia no lo acompañaron en demanda del vestido de oro de la virgen, hija de Ares,[39] y del tahalí mortífero? La ínclita Grecia recibió los despojos de la virgen bárbara, que se guardan en Micenas. Y cauterizó las heridas de la hidra de Lerna, perro homicida de mil cabezas, y la mató con sus saetas, y al pastor de tres cuerpos de la Eritea.[40]

Antístrofa 3.ª — Y en otros combates ganó afortunada palma; y navegó en busca de Hades, que hace derramar tantas lágrimas, su último trabajo, y allí murió el desdichado, y aún no ha vuelto. Sin amigos está su palacio, y la barca de Caronte espera a sus hijos, que, desde la orilla de la vida, emprenderán peregrinación nefanda e impía, de la cual jamás se regresa; solo en tu brazo confía tu familia, y no te presentas. Si mis fuerzas fuesen ahora las de mi juventud; si yo pudiera vibrar la lanza en la pelea, con mis compañeros de Tebas socorrería a tus hijos; pero ya pasó ese tiempo.

Veo venir a los hijos de Heracles, antes tan famoso, con sus vestidos mortuorios, y a su esposa amada, que los guía con tardo paso, y al anciano Anfitrión. ¡Ay de mí, desventurado, que no puedo contener las lágrimas

que a torrentes brotan de mis viejos ojos!

MÉGARA

Veamos. ¿Quién es el sacerdote, quién el sacrificador de estos desdichados, quién el verdugo de mi mísera ánima? Prontas están las víctimas que se han de enviar al infierno. ¡Oh hijos, el carro que ha de conducirnos después de muertos no ofrecerá bello espectáculo, confundidos ancianos, jóvenes y madres! ¡Oh hado mío funesto, y de estos hijos a quienes veo por última vez! Yo, en verdad, os di a luz; pero os crié para que vuestros enemigos os deshonrasen, para que os sacrificasen, para servirles de ludibrio. ¡Ay de mí! ¡Cómo se han desvanecido las esperanzas que en otro tiempo me hizo concebir vuestro padre! (*A sus hijos*). Él, ahora difunto, te instituía heredero de Argos, en donde te esperaba el palacio de Euristeo, rey de la fértil Pelasgia, y cubría tu cabeza con los despojos del fiero león, que él mismo usaba. Tú habías de ser rey de Tebas, aficionada a carros, y poseer mis campos, según hubiesen convenido Heracles y mi padre; y a tu diestra entregaba esa incontrastable clava, vano don de Dédalo.[41] Y a ti te prometió, por último, que te daría la Tesalia, que despobló en otro tiempo con sus flechas de largo alcance. Como sois tres y era tanta la grandeza de su ánimo, os dejaba también tres reinos. Yo os buscaba bellas esposas y provechosas alianzas del campo ateniense, de Tebas y de Esparta, para que con tan dulces lazos vivieseis venturosos. Y todo se desvaneció, y cambió la fortuna, y la muerte es la esposa que os aguarda, y mis lágrimas infortunadas os servirán de ablución nupcial. Y vuestro abuelo os ofrece el banquete de bodas, y seréis yernos del Orco, cruel pariente. ¡Ay de mí! ¿Cuál de vosotros será el primero, cuál el último que estrecharé contra mi pecho? ¿A quién besaré? ¿A cuál abrazaré? Ojalá

que, como la abeja de transparentes alas, recoja todas vuestras lágrimas y, reuniéndolas, derrame abundantes las mías. ¡Oh tú, el muy amado!; si en los infiernos hay algún muerto que pueda oírme, óyeme, ¡oh Heracles!; mueren tu padre y tus hijos, y yo también, la que los hombres apellidaban feliz en otro tiempo por ser tu esposa; socórrenos; ven, aunque no seas más que una sombra; solo así nos salvarás, y cobardes serán en tu presencia los asesinos de tus hijos.

ANFITRIÓN

Tú, ¡oh mujer!, te has acordado de cuanto a Hades se debe; yo, elevando mis manos al cielo, te invoco, ¡oh Zeus!, para que auxilies a estos niños si en algo quieres servirlos, que no podrás dentro de poco. Verdad es que te llamé otras muchas veces... Vano es mi deseo; según parece, moriremos sin remedio. Breve es la vida, ¡oh ancianos!; pasadla, pues, lo más alegremente que os sea posible,[42] y que no os visiten los dolores ni de noche ni de día. Porque el tiempo no sabe acariciar nuestras esperanzas, sino solo volar cuando acaba sus obras. Contempladme: yo, en concepto de los hombres, disfrutaba de los favores de la fortuna. Un día me los arrebata veloz, como el ave que hiende los aires. Ignoro si la felicidad y la gloria han sido siempre duraderas. Adiós, pues; por última vez veis a vuestro amigo y compañero.

MÉGARA

¿Qué es esto, ¡oh anciano!? ¿Veo acaso al hombre más querido? ¿Qué diré?

ANFITRIÓN

No sé, hija; el estupor embarga también mi ánimo.

MÉGARA

Este, según afirmaban, yacía bajo la tierra, a no ser que nos engañe algún sueño a la luz del día. ¿Qué diré? ¿Deliro acaso y veo vano fantasma? Este no es otro que Heracles, ¡oh anciano! Agarraos, ¡oh hijos!, de los vestidos de vuestro padre; daos prisa, no lo soltéis, ya que para vosotros en nada cede a Zeus Salvador.[43]

HERACLES

Yo te saludo, palacio y vestíbulo de mis lares; ¡con qué gozo te miro de vuelta a la luz! ¡Hola! ¿Qué sucede? Delante de él veo a mis hijos, cuyas cabezas ornan fúnebres galas, y a mi esposa rodeada de hombres, y a mi padre, que llora alguna desdicha. Me acercaré a ellos, y averiguaré qué novedad ha ocurrido.

ANFITRIÓN

¡Oh, el más amado de los mortales!; ¡oh luz que alumbras a tu padre!; ya te veo, ya te salvaste; a tiempo apareces a tus amigos.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Qué desgracia ha sobrevenido, ¡oh padre!?

MÉGARA

Estábamos a punto de morir; perdóname, anciano, si te interrumpo, que las mujeres son en cierto modo más dignas de lástima que los hombres, e inminente era la muerte de mis hijos y también la mía.

HERACLES

¡Oh Apolo, triste es el exordio de tu discurso!

MÉGARA

Perecieron mis hermanos y mi anciano padre.

HERACLES

¿Qué nueva oigo? ¿De qué manera? ¿Qué lanza les dio muerte?

MÉGARA

Matolos Lico, ínclito[44] señor de este país.

HERACLES

¿En lucha armada, o favorecido por sediciones que hayan agitado a esta ciudad?

MÉGARA

Una sedición le dio el cetro de Tebas, la de las siete puertas.

HERACLES

¿Y por qué te embarga tal terror, y a este anciano?

MÉGARA

Porque intentaba matar a tu padre, a mí y a tus hijos.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Por qué temía a mis hijos, huérfanos?

MÉGARA

No vengasen algún día la muerte de Creonte.

HERACLES

¿Y por qué los veo revestidos de un traje que solo a los muertos conviene?

MÉGARA

Pusímonos ya nuestras fúnebres galas.

HERACLES

¿Y habíais de morir víctimas de la tiranía? ¡Cuánta es mi desventura!

MÉGARA

Y sin amigos: dijéronnos que habías sucumbido.

HERACLES

¿Y quién os trajo esa nueva, causa de vuestro abatimiento?

MÉGARA

Los mensajeros de Euristeo.

HERACLES

Pero ¿por qué habéis dejado mi palacio y mis lares?

MÉGARA

A la fuerza arrancaron a tu padre de su lecho.

HERACLES

¿Y no se avergonzó de insultar así a un anciano?[45]

MÉGARA

La vergüenza habita lejos de la violencia.

HERACLES

¿Y porque me ausento os abandonan los amigos?

MÉGARA

¿Y quiénes lo son del desgraciado?

HERACLES

¿Se olvidaron ya de la lucha que sostuve contra los minios?

MÉGARA

La desgracia, para decírtelo otra vez, no conoce amigos.

HERACLES

¿No arrojaréis esas lúgubres cintas que ornan vuestros cabellos, y miraréis la luz, contemplándola gozosos con vuestros ojos, en vez de las tinieblas infernales? Ya que hay necesidad de mi brazo, buscaré al nuevo tirano y derribaré su palacio, y después de cortarle la cabeza la echaré a los perros para que la devoren, y someteré con esta clava victoriosa a todos los tebanos que me han abandonado después de recibir de mí tantos beneficios; mis aladas saetas arrancarán a otros la vida, y con su estrago

llenaré de muertos el Ismeno, y de sangre las claras ondas de Dirce. ¿A quién he de socorrer con más razón que a mi esposa, a mis hijos y a este anciano? De nada me servirían mis trabajos si los sufrí sin provecho alguno mío, y no doy cima a este ahora. Yo debo morir defendiéndolos, ya que ellos habían de perecer en breve por causa de su padre. ¿Qué no se dirá de mí si después de vencer a la hidra y al león por orden de Euristeo no puedo auxiliar a mis infortunados hijos? No me llamarán, como antes, Heracles el de las gloriosas hazañas.

EL CORO

Justo es que un padre ayude a sus hijos, y un hijo a su padre anciano y a su compañera.

ANFITRIÓN

Digno es de ti, ¡oh hijo!, amar a tus amigos y aborrecer a tus enemigos; pero no te precipites.

HERACLES

¿Y cómo, ¡oh padre!, puede haber precipitación en esto?

ANFITRIÓN

El rey tiene muchos auxiliares miserables, aunque los hombres los llamen opulentos, que promovieron la sedición y perdieron la ciudad por despojar a los otros;[46] sus gastos y su vituperable holganza han dado fin a sus bienes. Te han visto llegar a la ciudad; guárdate, pues, de morir, contra lo que te figuras, si se reúnen tus adversarios.

HERACLES

Poco me importaría que toda la ciudad me viera, pues al observar cierta ave en paraje infausto, comprendí que alguna calamidad había ocurrido a mi familia, y sin rodeos, deliberada y públicamente, he venido aquí.

ANFITRIÓN

Está bien; acércate ahora a saludar a tus lares, que vea tu rostro el hogar paterno. El rey en persona vendrá a arrastrar a la muerte a tu esposa e hijos, y a sacrificarnos a los demás. Estate, pues, allí, y sin peligro saldrá todo como deseas, y no alborotarás tu ciudad, ¡oh hijo!, hasta no acabar esta empresa.

HERACLES

Así lo haré, y bien me aconsejaste; iré a mi palacio. Al fin, de vuelta de los subterráneos sin sol, donde moran Hades y su esposa, saludaré primero a mis dioses domésticos.

ANFITRIÓN

¿Y descendiste verdaderamente al palacio de Hades, hijo mío?

HERACLES

Y traje a la claridad del día a la fiera de tres cabezas.

ANFITRIÓN

¿En lucha vencedora, o por concesión de la diosa?

HERACLES

Después de vencerla; también tuve la fortuna de ser iniciado en los santos misterios.[47]

ANFITRIÓN

¿Y está ahora esa fiera en el palacio de Euristeo?

HERACLES

En la selva de Deméter y en la ciudad de Hermíone.[48]

ANFITRIÓN

¿Ignora acaso Euristeo que has vuelto a la tierra?

HERACLES

No lo sabe; yo, a mi regreso, deseaba visitar cuanto antes a mi familia.

ANFITRIÓN

¿Y cómo estuviste tanto tiempo en el infierno?

HERACLES

Me detuve por sacar de él a Teseo, ¡oh padre!

ANFITRIÓN

¿Y en dónde está? ¿Fue a su patria?

HERACLES

Encaminose a Atenas, lleno de alegría al verse fuera del Orco.[49] Pero seguid a vuestro padre a su palacio, ¡oh hijos!; vuestra entrada en él os será más grata que vuestra salida. Cobrad ánimo y no derramad a torrentes las lágrimas. Tú también, ¡oh esposa!, reanímate y no tiembles; soltad mis vestidos, que no soy ningún ave, ni quiero huir de mis amigos. ¡Ah! ¡No me obedecen, sino los estrechan con más fuerza! ¡Tan inminente era el peligro! Como si fuesen navecillas los llevaré de la mano y los remolcaré, que no me opongo a salvarlos. Todos los hombres son semejantes: aman a sus hijos los que más valen, y los que nada son; en punto a riquezas hay diversidad entre ellos: unos las tienen, otros no; pero todos los aman igualmente.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Grata es para mí la juventud, no la vejez, carga más pesada que los peñascos del Etna, que agobia mi cabeza y oscurece con sus tinieblas la luz de mis ojos.[50] Ni todo el lujo del imperio del Asia, ni un palacio lleno de oro valen para mí lo que ella, que si es muy dulce en la opulencia, también lo es en la pobreza. Aborrezco la triste y letal senectud; ojalá que desaparezca bajo las olas, pues nunca debió acercarse a los

hombres y a las ciudades, sino volar por los aires.

Antístrofa 1.ª — Si la prudencia y la humana sabiduría fuesen patrimonio de los dioses, disfrutaríamos de doble juventud los que la mereciésemos por nuestras virtudes, para que, después de muertos, volviésemos a ver de nuevo el sol y viviésemos dos veces, y así se distinguirían los buenos de los malos como los marineros distinguen las innumerables estrellas del firmamento. Pero ahora no hay señal alguna para conocerlos, y vivimos vida agitada, pensando solo en acumular riquezas.

Estrofa 2.ª — No cesaré de adorar a las Gracias y a las Musas, unidas en dulcísimo consorcio. Que yo no viva sin las nueve hermanas, y que las coronas ornen siempre mis sienes. Todavía el anciano poeta celebra a Mnemósine;[51] todavía cantaré el triunfo de Heracles, ya en el templo de Dioniso, que nos da aromático vino, ya al son de la lira de siete cuerdas y de la flauta líbica; aún alabaremos a las Musas, que me invitaron a formar estos coros.

Antístrofa 2.ª — Himnos entonan las delíades,[52] danzando en bellos grupos a las puertas del templo en loor de los bienaventurados hijos de Leto; yo, anciano poeta, como el cisne[53] cantaré también himnos en tu palacio, ¡oh Heracles!, con voz trémula; fausto argumento me da para ello el hijo de Zeus, que, superando con sus hazañas a sus nobles progenitores, ha logrado con sus trabajos que los mortales vivan tranquilos, sin miedo a las fieras. (*Sale Anfitrión del palacio, y aparece Lico*).

LICO

A tiempo sales del palacio, ¡oh Anfitrión!; no habéis tardado poco en vestiros el traje mortuorio. Pero ve y ordena que lo dejen ya los hijos y la esposa de Heracles, según prometisteis espontáneamente, sabedores de

vuestra próxima muerte.

ANFITRIÓN

¡Oh rey! Me persigues sin apiadarte de mi suerte, y tu conducta es insolente, cuando sabes que ha muerto mi hijo, y que, por lo mismo que mandas, debías ser mesurado y compasivo. Pero ya que nos obligas a morir, necesario es someternos a nuestro destino y obedecerle.

LICO

¿En dónde está Mégara? ¿Dó los hijos del hijo de Alcmena?

ANFITRIÓN

Figúraseme, en cuanto puedo presumir desde aquí fuera...

LICO

¿Qué? ¿En qué te fundas?

ANFITRIÓN

Que pide suplicante en el santuario de sus lares...

LICO

Seguramente suplica en vano que la salven.

ANFITRIÓN

Y en vano llama también a su esposo.

LICO

Que ni la oye, ni jamás vendrá.

ANFITRIÓN

No, a no ser que algún dios lo resucite.

LICO

Ve a buscarla, y arráncala del palacio.

ANFITRIÓN

Sería cómplice de este asesinato si lo hiciera.

LICO

Nosotros, libres de esos terrores que la religión te inspira, traeremos a los hijos y a la madre. Seguidme, servidores, para que, libres de inquietud, logremos al fin el descanso apetecido.

ANFITRIÓN

Ve tú también; ve adonde debes ir; quizá otro se encargue de lo restante. Pero ya que obras mal, lo sufrirás también. ¡Oh ancianos! Buen camino lleva; en lazos mortales ha de enredarse el malvado que espera matar a otros. Pero iré y le veré caer, que es grato presenciar la ruina de un enemigo cuando paga la pena de su delito.

PRIMER SEMICORO

Truécase la suerte; el que antes era gran rey, descenderá a los infiernos. ¡Ay de la justicia! ¡Ay de las alternativas del destino!

SEGUNDO SEMICORO

Tarde llegaste, ¡oh tú que injuriabas a quienes valían más que tú!, adonde expiarás con la vida tu crimen.

PRIMER SEMICORO

Pero veamos, ¡oh anciano!, lo que sucede en el palacio, y si alguno se encarga de realizar mi deseo. (*Acércanse a la puerta del palacio*).

LICO

¡Ay, ay de mí!

PRIMER SEMICORO

Ya escucho desde aquí canto grato a mis oídos; cercana está la muerte. Los clamores y los gemidos del rey son el prólogo que precede a su ruina.

LICO

¡Oh tierra entera de Cadmo! ¡Pérfidamente muero!

SEGUNDO SEMICORO

¡Así mataste a otros! Sufre, pues, ahora la pena que mereces, que tal debe ser el castigo de tus delitos.

PRIMER SEMICORO

¿Qué mortal, acusando injustamente a los dioses, profiere necias injurias contra los celestiales bienaventurados, diciendo que nada pueden?

SEGUNDO SEMICORO

Ancianos, ya no existe el impío. El silencio reina en el palacio; volvamos a nuestros coros; felices son aquellos a quienes amo. (*Vuelven los semicoros a su puesto, y se reúnen de nuevo*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Danzas, danzas y festines se celebran en la ciudad sagrada de Tebas; trocáronse las lágrimas, trocose la fortuna, y se oirán, se oirán nuestros cantos. Pereció este nuevo rey, y el antiguo impera, recién venido de las orillas del Aqueronte. Inopinadamente se realizó nuestra esperanza.

Antístrofa 1.ª — Los dioses, los dioses no se olvidan cuando es conveniente premiar a los piadosos o castigar a los impíos. El oro y la fortuna borran la modestia del corazón humano, y consigo traen la arbitrariedad y la injusticia. El que huella las leyes no arrostra las vicisitudes de la suerte, y el inicuo rompe por sí mismo el negro[54] carro de la felicidad.

Estrofa 2.ª — ¡Oh Ismeno!, corónate de guirnaldas;[55] danzad vosotras, moradas brillantes de esta ciudad de siete puertas, y tú, Dirce de bellas ondas, y vosotras, vírgenes ninfas del Asopo, andad, dejad las aguas de vuestro padre y cantad en coro la gloriosa lucha y la preclara victoria de Heracles. ¡Oh rocas de Apolo, cubiertas de selvas, y Helicón, albergue de las musas!; alabad con alegre algazara mi ciudad, alabad mis murallas, en

donde apareció un linaje de hombres sembrados que, embrazando sus escudos de bronce, formaron armado escuadrón y dejaron en herencia esta tierra a los hijos de sus hijos, luz sagrada de Tebas.

Antístrofa 2.ª — ¡Oh lecho, que en dulce consorcio fuiste visitado por un mortal y por Zeus, fogoso amante de la ninfa, hija de Perseo!; si no lo dudé en otro tiempo, ahora lo creo más firmemente, porque no lo esperaba; probado está el incomparable valor de Heracles, que volvió del centro de la tierra, después de haber visto el palacio infernal de Hades. Prefiero tu imperio al de reyes degenerados, como el que ha sucumbido en esta lucha, señal de que la justicia agrada todavía a los dioses. (*Aparécese la Locura en negro carro encima del palacio, e Iris a su lado*). ¡Hola!, ¡hola! ¿Volvemos, ¡oh ancianos!, a sentir el aguijón del temor? ¿Qué fantasma es ese que veo sobre el palacio? Huye, huye, aligera tu tardo paso, aléjate de aquí. ¡Oh rey Apolo, líbrame de estos males!

IRIS

No os alarméis, ancianos, de ver a la Locura, hija de la Noche, y a mí, Iris,[56] mensajera de los dioses; no venimos a hacer daño a esta ciudad, sino a la familia de un solo hombre, llamado hijo de Zeus y de Alcmena. Porque antes de terminar sus duros trabajos, guardábalo el destino, y no permitía Zeus que ni Hera ni yo le infiriésemos la más leve ofensa; pero ya que ha obedecido las órdenes de Euristeo, Hera y yo queremos castigarlo,[57] obligándolo a matar a sus hijos y a derramar la sangre de sus más allegados parientes. Anda, pues, hija virgen de la negra Noche, de corazón inexorable; inspírale la locura, trastorna su juicio hasta que extermine a sus hijos y se muevan sus pies en danzas insensatas; agítalo, envuélvelo en tus redes letales, para que sus hijos, muertos a sus manos siendo su más bella

corona, atraviesen el estrecho Aqueronte, y sepa lo que es la ira que a Hera y a mí animan; nada valdrán los dioses, y mucho los mortales, si no sufre ese castigo.

LA LOCURA

Nací de padre y madre nobles, de la sangre del Cielo y de la Noche, y ni me es dado aborrecer a mis amigos, ni ofender a los que lo son de los hombres. Pero quiero hacer una advertencia a ti y a Hera antes que te vayas, por si la tenéis en cuenta. Ni en la tierra ni en el Olimpo es desconocido este héroe a cuyo palacio me enviáis, pues pacificó regiones inaccesibles y el alborotado mar, y solo él reconstruyó los altares de los dioses que abandonaron los impíos, y por todo esto te aconsejo que no le suscites graves males.[58]

IRIS

No te opongas a mis deseos y a los de Hera.

LA LOCURA

La senda que yo trazo es la mejor.

IRIS

La esposa de Zeus no te ordenó que vinieses aquí para mostrarte afable.

LA LOCURA

Sea testigo el Sol de que la obedezco contra mi voluntad. Si es necesario que yo cumpla vuestros mandatos sin vacilar, como el perro del cazador, iré allá; ni la mar con sus olas que braman, ni el horrible terremoto, ni el incontrastable rayo, fuente de dolores, me igualarán cuando me enseñoree del pecho de Heracles, y pulverice los techos, y derribe su palacio, matando antes a sus hijos; y él no sabrá que los sacrifica, habiéndolos engendrado, hasta que no se vea libre de mi rabia.

Ved cómo el toro, pronto a embestir, sacude ya su cabeza y revuelve en silencio sus ojos extraviados, de mirar siniestro, y respira con trabajo, y muge terriblemente, invocando a las Furias del Tártaro. Luego te atormentaré más y te llenaré de terror. Vete al Olimpo, Iris; levanta tus pies generosos, que voy a penetrar invisible en la regia morada de Heracles. (*Retíranse Iris y la Locura*).

EL CORO

¡Gime, ay de mí, ay de mí, ¡oh ciudad!, que cortan tu flor, el hijo de Zeus! ¡Grecia infeliz, que pierdes tu bienhechor, víctima de los furores de la Locura, que no desaparece al son de las flautas! Causa de muchos gemidos, alejose en su carro y aguijó sus caballos para hacer el mal, que es la Gorgona,[59] hija de la Noche, cuyas sierpes silban a un tiempo con sus cien cabezas, la Locura de ojos ardientes. Pronto destruye un dios su felicidad, pronto expirarán los hijos a manos de su padre. ¡Ay de mí, desventurado! ¡Oh Zeus! En breve las crueles Furias, rabiosos ministros de venganza, azotarán a tu linaje, que se extinguirá. ¡Oh palacio! ¡Danza sin tímpanos,[60] sin el grato tirso de Dioniso! ¡Oh palacio!, que inundará de sangre, no del jugo de báquicos racimos. Huid, ¡oh hijos!; ya suena, ya suena el canto de guerra, y comienza a perseguir a sus hijos; la Locura no se desencadenará en vano en el palacio. ¡Ay de mí, ay de mis desdichas; ay, ay de mí, que lloro a su padre anciano, y a la madre de estos niños, en mal hora nacidos! Mirad, mirad; la tempestad conmueve el edificio, el techo se desploma. ¡Ay de mí! ¿Qué haces, hijo de Zeus? Desorden infernal promueves en tu morada, como Palas en otro tiempo luchando con Encélado.[61]

EL MENSAJERO (*que sale del palacio*).

¡Ancianos de blancos cabellos!

EL CORO

¿Por qué me llamas con esas voces?

EL MENSAJERO

Terribles sucesos ocurren no lejos de aquí.

EL CORO

No preguntaré a ningún adivino.

EL MENSAJERO

¡Perecieron sus hijos!

EL CORO

¡Ay, ay de mí!

EL MENSAJERO

Llorad, que lo merece esta desdicha; cruel muerte fue la suya.

EL CORO

Cruel también su padre, ¡oh!

EL MENSAJERO

Es increíble lo que hemos sufrido.

EL CORO

¿Cómo cuentas tan lamentable, tan lamentable desgracia, causada por un padre a sus hijos? Dime cómo la cólera divina ha descargado en esa familia, y cuál ha sido el fin miserable de los nietos de Creonte.

EL MENSAJERO

Preparadas estaban las víctimas ante el ara de Zeus para purificar el palacio, libre ya del odioso cadáver del rey de este país;[62] asistía a esta ceremonia el coro de sus bellos hijos, y Heracles y Mégara, y ya el cesto sagrado circulaba en torno del ara y guardábamos silencio. Cuando el hijo de Alcmena se disponía a tomar con su diestra el tizón y sumergirlo en el

agua lustral, detúvose sin decir palabra, y al verlo vacilar, miráronle sus hijos. Pero ya no era él; había perdido el juicio, y tenía los ojos extraviados y llenos de sangre, y de su poblada barba caía copiosa espuma. Entonces dijo con risa insensata: «¡Oh padre!, ¿a qué preparo el agua lustral antes de matar a Euristeo, y anticipo inútilmente esta expiación, que podrá hacerse después? Cuando traiga aquí su cabeza purificaré mis manos de sangre. Derramad el agua y tirad los cestos. ¿Quién me da el arco? ¿Quién mi arma terrible? Iré a Micenas; llevemos palancas y azadones para derribar con su corvo hierro la ciudad en donde habitaron los cíclopes, después de edificarla con ayuda de su regla roja y de haber observado los astros». Se apartó un poco, y no habiendo allí carro alguno, él lo afirmaba, y fingió subir en él, y agitaba la mano como si manejase el aguijón. Y a un mismo tiempo infundía risa y miedo en sus servidores, y uno de ellos se expresó así, mirando a los demás: «¿Está loco nuestro señor, o se divierte con nosotros?». Mientras tanto él subía y bajaba las escaleras, y apareciéndose de repente en el aposento de los hombres, aseguraba que había llegado a la ciudad de Niso,[63] cuando realmente no había salido de su palacio. Recostándose luego en tierra como si estuviera en aquella ciudad, preparó su alimento, pero a los pocos instantes decía hallarse en las cumbres frondosas del Istmo, y despojándose de sus vestidos luchaba solo, y se proclamaba vencedor, hablando a espectadores imaginarios. Profiriendo contra Euristeo palabras horribles, creía hallarse en Micenas. Su padre, estrechando su robusta mano, le habló así: «¡Oh hijo!, ¿qué sufres? ¿Qué peregrinación es esta a que aludes? ¿Acaso te ha trastornado el juicio la muerte de los que ha poco perecieron a tus golpes?». Pero él, creyendo ver al padre de Euristeo en ademán suplicante, lo rechaza, y amenaza a sus hijos

con su ligera aljaba y su arco, persuadido de que eran los de Euristeo. Ellos, consternados, huyeron en diversas direcciones, refugiándose uno bajo los vestidos de su mísera madre, otro detrás de una columna, y el último, en fin, como temblorosa ave, cerca del altar. Mégara exclamó: «¡Oh padre!, ¿qué haces? ¿Matas a tus hijos?». El anciano y todos los servidores dan voces; pero él, persiguiendo al pobre niño alrededor de la columna con pasos terribles, cuadrose enfrente y le hirió las entrañas, y cayó en tierra, tiñendo con su sangre, al morir, las columnas de piedra. Dio entonces un grito de júbilo, y vanagloriándose de su acción, dijo: «Ya murió un hijo de Euristeo, y yace en tierra en expiación de la enemistad paternal». Y tiende el arco contra el otro, que temblaba al pie del altar, pensando escaparse. Cayó el desdichado de rodillas ante su padre, y extendiendo sus manos hacia su cuello y barba, dijo: «¡Oh padre muy amado, no me mates!; hijo tuyo, hijo tuyo soy, no de Euristeo». Pero él, revolviendo con furor sus ojos gorgónicos, y viendo que estaba demasiado cerca para dispararle sus saetas, como el herrero que golpea en la encendida masa descargó su clava en la blonda cabeza del niño y desbarató sus huesos. Y después que dio muerte al segundo de sus hijos, fue en busca de la tercera víctima. Previnole su madre mísera, y cerró las puertas; pero él entonces, como si se hallase junto a los muros de los cíclopes, remueve la tierra, da golpes en las puertas con las palancas y, arrancando los postes, postró en tierra de un flechazo al hijo y a la madre. De allí corre apresurado a matar al anciano; mas se apareció Palas, según creímos, blandiendo en su mano aguda lanza, y tiró una piedra enorme que, dándole en el pecho, impidió que perpetrase su rabioso crimen, y le infundió sueño; cayó al suelo, recostándose en un trozo de columna que quedó en pie en el umbral después de caer el techo. Y

nosotros, cuando volvimos, lo atamos con cuerdas a ella ayudados del anciano, para que al despertar no derramase más sangre. El desdichado, ya sin esposa y sin hijos, duerme mísero sueño. No hay mortal más infortunado.

EL CORO

Celebérrimo e increíble fue en la Grecia el asesinato que en la región argólica osaron cometer las hijas de Dánao;[64] pero supéralo este, y aún es más deplorable que tan antiguo crimen. Yo puedo decir que la muerte que dio Procne[65] a su generoso y único hijo redundó en honor de las musas; pero tú, ¡oh desventurado!, asesinaste rabiosamente a los tres que engendraste. ¿A cuál gemiré o lloraré, por cuál entonaré fúnebre plegaria o pronunciaré los versos que cantan los coros infernales? ¡Ay, ay de mí! (*Ábrense las dos puertas del palacio y se ve a Heracles dormido y atado a un trozo de columna, rodeado de los cadáveres de su mujer e hijos*). Ved cómo se abren las dos puertas y se descubren los altares del palacio; contemplad los míseros hijos, que yacen cerca de su infortunado padre, mientras duerme profundamente lejos de este estrago, y los lazos y multiplicados nudos que envuelven su cuerpo, atado a la columna de piedra. Como el ave que llora a sus hijuelos implumes, así se acerca aquí el anciano con tardo paso, atravesando esta escena horrible. Helo ya aquí.

ANFITRIÓN

Ancianos de Tebas, ¿no guardaréis silencio para que olvide durmiendo sus males?[66]

EL CORO

Por ti lloro y gimo, y por estos hijos, y por el varón ilustre que ganó tan preclaras victorias.

ANFITRIÓN

Alejaos; no hagáis ruido, no gritéis, para que no despierte, pues duerme plácida y sosegadamente.

EL CORO

¡Ay de mí! ¡Cuántos horrores!

ANFITRIÓN

¡Ah, ah! Vosotros me desesperáis.

EL CORO

El que estaba tendido en tierra se levanta.

ANFITRIÓN

¿No os lamentaréis en silencio, ancianos? Cuidado no despierte y rompa las cuerdas que lo sujetan, y pierda a la ciudad, y pierda a su padre, y acabe de derribar el palacio.

EL CORO

¡Imposible, imposible!

ANFITRIÓN

Calla, que observaré cómo respira; vamos, me acercaré a escuchar.

EL CORO

¿Duerme?

ANFITRIÓN

Sí, duerme sueño parricida; mató a su esposa, mató a sus hijos, los hirió con su rechinante arco.

EL CORO

Gime, pues...

ANFITRIÓN

Gimo...

EL CORO

Por la muerte de sus hijos.

ANFITRIÓN

¡Ay de mí!

EL CORO

Y por el tuyo.

ANFITRIÓN

¡Ah, ah!

EL CORO

¡Oh anciano!...

ANFITRIÓN

Calla, calla, que ha despertado y se revuelve. Ea, pues, me ocultaré en el palacio.

EL CORO

No tengas miedo, que las tinieblas envuelven los párpados de tu hijo.

ANFITRIÓN

Mirad, mirad. Agobiado por males tan intolerables no temo dejar la luz, sino que cometa también el crimen de matar a su padre y aumente sus infortunios, y que además de las Furias, que ya lo agitan, vengan las que castigan a los parricidas.

EL CORO

Debiste morir cuando vengaste la muerte de los hermanos de tu esposa, derribando la ciudad de los tafios, bañada por las olas.

ANFITRIÓN

Huid, ancianos, huid de este palacio; huid de este hombre furioso, que despierta de su sueño. Pronto presenciaréis un nuevo asesinato, y

alborotará a la ciudad de Tebas.

EL CORO

¡Oh Zeus! ¿Por qué tan sin mesura odias a tu hijo y lo sumerges en este abismo funesto?

HERACLES (*que vuelve en sí poco a poco*).

¡Ah! Ya respiro. (*Anfitrión y el coro se ocultan cuando oyen las exclamaciones de Heracles*). Y veo lo que más anhelo, el aire, la tierra y estos rayos del sol; pero figúraseme que he sufrido grave borrasca y perturbación en mi juicio, y que abrasa mi aliento, saliendo de mis pulmones con trabajo, no como antes. ¿Qué es esto? ¿Por qué, como a una nave,[67] sujetan cuerdas mi pecho y vigorosos brazos, y estoy sujeto a este trozo de columna, cercado de cadáveres? Flechas aladas y un arco yacen esparcidos por el suelo, que antes no se separaban de mí, y me defendían, y yo los conservaba con cuidado. Según presumo, no he vuelto otra vez a los infiernos por orden de Euristeo, habiendo venido hace poco. Ni veo el peñasco de Sísifo, ni a Hades, ni el cetro de la hija de Deméter. Admirado estoy; ignoro en dónde me hallo. ¡Hola! ¿Hay cerca o lejos algún amigo que disipe mis dudas? Paréceme que me son desconocidos todos estos objetos.

ANFITRIÓN

Ancianos, ¿me acercaré ya al autor de mis males?

EL CORO

Y yo contigo, para compartir tu desgracia (*Acércanse a él el coro y Anfitrión, este sollozando y cubierto el rostro*).

HERACLES

Padre, ¿por qué lloras y ocultas tu rostro, apartándole de tu hijo muy

querido?

ANFITRIÓN

¡Oh hijo, que eres mi hijo, aunque desdichado!

HERACLES

Pero ¿cuál es mi infortunio, para que así llores?

ANFITRIÓN

Si algún dios lo sufriese, gemiría.

HERACLES

Tus palabras son graves, pero aún no has dicho lo ocurrido.

ANFITRIÓN

Tú mismo lo ves, si estás en tu juicio.

HERACLES

Di si me acusas de algún crimen que yo haya cometido.

ANFITRIÓN

Te lo diré, si ya no eres esclavo de Hades.

HERACLES

¿Qué es esto? Por dos veces has hablado en términos enigmáticos.

ANFITRIÓN

Estoy observándote, hasta cerciorarme de que has recobrado la razón.

HERACLES

No recuerdo haber padecido nunca dolencia alguna de ese género.

ANFITRIÓN

Ancianos, ¿desato a mi hijo? ¿Qué hago?

HERACLES

Dime también el nombre del que me sujetó, que al verme así me avergüenzo.

ANFITRIÓN

Piensa solo en tus males, y deja lo demás.

HERACLES

¿Basta, acaso, tu silencio para saber lo que deseo?[68]

ANFITRIÓN

¡Oh Zeus!, ¿impasible contemplas estas desdichas, fraguadas en el solio de Hera?

HERACLES

¿He recibido, por ventura, algún nuevo daño de esa diosa?

ANFITRIÓN

Olvídate de ella y acuérdate solo de tu infortunio.

HERACLES

¡Perdidos somos! ¿De qué calamidad hablas?

ANFITRIÓN

Mira, contempla estos cadáveres de tus hijos.

HERACLES

¡Ay de mí! ¡Horrible espectáculo! ¡Oh desgracia!

ANFITRIÓN

Guerra nefanda, ¡oh hijo!, has hecho a los tuyos.

HERACLES

¿De qué guerra hablas? ¿Quién los mató?

ANFITRIÓN

Tú y tu arco, y el dios que te sugirió ese crimen.

HERACLES

¿Qué dices? ¿Quién es el asesino? ¡Oh padre, mensajero de desdichas!

ANFITRIÓN

Víctima de tu delirio, deseas oír narración deplorable.

HERACLES

¿También soy yo el asesino de mi esposa?

ANFITRIÓN

Todos estos atentados obra son de la misma mano.

HERACLES

¡Ay, ay de mí! Tristes tinieblas me cercan.

ANFITRIÓN

¡Tus males me hacen llorar!

HERACLES

¿Furioso derribé, pues, mi palacio?

ANFITRIÓN

Solo sé que en todo eres desdichado.

HERACLES

¿Cuándo me acometió la locura? ¿Cuándo se ensañó en mí?

ANFITRIÓN

Al purificar con el fuego tus manos junto al ara.

HERACLES

¡Ay de mí! ¿Cómo no me arranco la vida,[69] cuando he asesinado a los hijos de mi corazón, o me precipito de algún peñasco escarpado, o atravieso mi pecho con la espada, para que yo sea también el vengador de su muerte, o abrase el fuego mi cuerpo para lavar esta infamia que me agobia? Pero aquí viene Teseo, mi pariente[70] y amigo, que se opondrá a mi suicidio. ¿Me verán los ojos de mi huésped más amado lleno de sangre de mis hijos? ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿A qué soledad dirigiré mis pasos para librarme de estos males? ¡Ay, si pudiera volar por los aires, o esconderme en la tierra!

Ocultaré mi rostro, que me avergüenzo de mis crímenes, y ya que estoy manchado con esta sangre, no quiero contaminar a los demás. (*Aparece Teseo con su séquito de guerreros atenienses*).

TESEO

Acompáñanme otros jóvenes guerreros de Atenas, que acampan a las orillas del Asopo, para auxiliar a tu hijo, ¡oh anciano! A la ciudad habitada por los descendientes de Erecteo llevó nueva la fama de que Lico, después de apoderarse de esta región, os había declarado la guerra y se preparaba a pelear con vosotros. He venido, pues, a pagar a Heracles el beneficio que me hizo sacándome de los infiernos, y por si necesitáis de mi auxilio o del de mis aliados. ¿Qué es esto? ¿Qué hacen aquí estos cadáveres? ¿He venido acaso tarde para evitar esta desgracia? ¿Quién mató a estos niños? ¿Cúya es esta esposa que miro? Porque presumo que no han muerto en la guerra, sino que han sido víctimas de alguna otra calamidad.

ANFITRIÓN

¡Oh rey, dueño de la colina cubierta de olivos!...

TESEO

¿Por qué comienzas tu plática con tan triste exordio?[71]

ANFITRIÓN

Hemos sufrido graves males, obra de los dioses.

TESEO

¿Quiénes son estos niños a quienes lloras?

ANFITRIÓN

Engendrolos mi desventurado hijo, y él mismo los mató; él osó asesinarlos.

TESEO

Otras palabras quiero oír.

ANFITRIÓN

Y de buen grado te obedeciera.

TESEO

¡Horribles son las que has proferido!

ANFITRIÓN

¡Perdidos somos! ¡Perdidos somos!

TESEO

¿Qué dices? ¿Cómo lo hizo?

ANFITRIÓN

Arrastrado por la locura; los mató con veneno de la hidra de cien cabezas.[72]

TESEO

Débelo al odio de Hera. ¿Quién es ese que yace entre los muertos, anciano?

ANFITRIÓN

Mi hijo, mi hijo mísero, que, armado de su escudo, combatió en mortal pelea a favor de los dioses, y luchó contra los gigantes en los campos de Flegra.[73]

TESEO

¡Ay, ay de mí! ¿Qué mortal fue nunca tan desdichado?

ANFITRIÓN

No hallarás otro víctima de tantas calamidades ni de tan inauditos infortunios.

TESEO

¿Por qué el infeliz oculta su cabeza bajo sus vestidos?

ANFITRIÓN

Porque se avergüenza de verte, recordando tu amistad fraternal y la muerte de sus hijos.

TESEO

También vine a compartir su dolor; descúbrelo.

ANFITRIÓN (*que se arrodilla delante de Heracles*).

¡Oh hijo!, quita ese vestido de tus ojos, sepáralo a un lado, muestra tu faz al sol, que un noble amigo viene a enjugar tus lágrimas. ¡Por tu barba, por tus rodillas y tu mano te lo suplico, por el llanto que vierte este anciano! ¡Hijo mío, aplaca tu ira de fiero león, que te arrastra fuerza mortífera e impía, y quieres añadir nuevos males a los que ya sufrimos!

TESEO

Vamos; a ti me dirijo, que yaces en tan deplorable postura; muestra tu rostro a tus amigos. ¡No hay nube tan negra que pueda encubrirnos la plaga de tus males! ¿Por qué extiendes hacia mí tu mano, y me señalas esos muertos? ¿Temes acaso contaminarme si me hablas? No rehúso compartir tus desdichas, que fui feliz algún día, y no olvido que me sacaste de las tinieblas a la luz. Detesto a los que muestran fría gratitud a sus amigos, y al que quiera disfrutar con ellos de sus placeres y abandonarles en la desgracia. Levántate, descubre tu cabeza desdichada, míranos. (*Quítale el vestido del rostro*). El mortal que es noble sufre con resignación la cólera del cielo.

HERACLES

¡Oh Teseo!, ¿no eres testigo del estrago que he hecho en mis hijos?

TESEO

Ya me lo han referido, y mis ojos contemplan el desastre a que aludes.

HERACLES

¿Por qué descubriste mi cabeza a la luz del sol?

TESEO

¿Y por qué no? Tú, siendo hombre, ¿ofendes acaso a los dioses?

HERACLES

Evita, ¡oh desdichado!, mi contagio impío.

TESEO

Nunca contagian los amigos.

HERACLES

Te alabo; no me arrepiento de los beneficios que te hice.

TESEO

Y yo que los recibí, me compadezco ahora de ti.

HERACLES

Digno soy de lástima por haber asesinado a mis hijos.

TESEO

Lamento tu desdicha y la mudanza de tu suerte.

HERACLES

¿Viste nunca a algún otro víctima de mayores males?

TESEO

Desde la tierra llegan los tuyos al cielo.

HERACLES

Dispuesto estoy a morir.

TESEO

¿Crees, acaso, que se cuidarán los dioses de tus amenazas?

HERACLES

Crueles son conmigo, y yo lo seré con ellos.

TESEO

Refrena tu lengua, que agravarás tus dolores si hablas con soberbia.

HERACLES

Tantos son ya mis males, que no hay lugar para más.

TESEO

¿Qué harás? ¿En dónde descargarás tu ira?

HERACLES

Muerto iré al infierno, de donde he venido.

TESEO

Palabras son las tuyas de un hombre vulgar.

HERACLES

Tú me aconsejas así porque no sufres lo que yo.

TESEO

¿Cómo? ¿Así se expresa Heracles, el que padeció tantos trabajos?

HERACLES

No los sufriré tan crueles, suponiendo que pueden tolerarse.

TESEO

¿El bienhechor y grande amigo de los hombres?

HERACLES

De nada me sirve esto, que vence Hera.

TESEO

No consentirá la Grecia que tan temerariamente mueras.

HERACLES

Oye, pues, y mis palabras desvanecerán tus escrúpulos; yo te explicaré por qué no debo vivir ahora, ni debía vivir antes. Recuerda, en primer lugar, que este es mi padre, manchado con la sangre del anciano que

engendró a mi madre Alcmena, su esposa.[74] Cuando es vicioso el tronco de un linaje, es necesario que sean desgraciados sus descendientes. Zeus, sea quien fuere, me dio el ser y me hizo odioso a Hera; no te ofendas, anciano, que para mí eres tú mi padre, no Zeus. Y cuando todavía mamaba envió a mi cuna terribles serpientes aquella diosa para que me ahogasen.[75] ¿A qué contar los trabajos que después sufrí, cuando la pubertad sombreó mi labio? ¿Qué luchas no he sostenido con leones, con tifones de tres cuerpos,[76] con gigantes o con innumerables centauros? Y después de dar muerte a la hidra, perro de muchas cabezas que sin cesar renacían, terminé otras muchas empresas, y fui a los infiernos por orden de Euristeo, para sacar a la luz del sol al monstruo de tres cabezas que guarda la entrada. Y ahora, por último, me aflige la desdicha de haber asesinado a mis hijos, para poner el colmo a los males que se ensañan en mi familia. A tal extremo he llegado; ni aun me es lícito habitar en mi amada Tebas, porque si permanezco en ella, ¿qué templo visitaré, qué amigos? Tan grande es mi desventura que no puedo hablar con nadie.[77] ¿Me encaminaré a Argos? ¿Cómo, estando desterrado de mi patria? ¿A qué otra ciudad iré? Me mirarán con malos ojos, porque todos me conocerán y amargamente murmurarán así de mí: «¿No es ese aquel hijo de Zeus que mató en otro tiempo a sus hijos y a su esposa? ¿No se irá de aquí a expiar en otra parte su crimen?». Tristes son las mudanzas de la fortuna para los que se reputan felices, que quien fue siempre desdichado no siente los nuevos males que le atormentan. Pienso que algún día ha de ser tan extremada mi desventura que la tierra me dará voces para que no la toque, y el mar para que no lo atraviese, y las fuentes de los ríos, y que sufriré un suplicio análogo al de Ixión en la rueda. Lo mejor es, por tanto, que ningún griego vuelva a

verme, ya que entre ellos fui feliz. ¿Para qué he de vivir ya? ¿Qué ganaré, hombre inútil y deshonrado? Dance ya contenta la ínclita esposa de Zeus, hiriendo el Olimpo con sus pies; logró lo que deseaba, aniquilar por completo al héroe más ilustre de la Grecia. ¿Quién adorará a semejante deidad? Por celos de una mortal, amada de Zeus, ha perdido al bienhechor de la Grecia, de todo punto inocente.

TESEO

La esposa de Zeus ha sido la única autora de todo: con razón lo has creído. (Más fácil es aconsejarle que soportar sus males). En todos los seres se ensaña la fortuna, hasta en los dioses, si no son falsas las narraciones de los poetas. ¿No han contraído entre sí incestuosos himeneos? ¿Por mandar, no han cargado a sus padres de ignominiosas cadenas?[78] ¡Y habitan en el cielo y no se afligen mucho recordando sus faltas! ¿Y qué dirás tú, mísero mortal, que sufres tan impaciente los males de esta vida, y quieres superar a los dioses? Deja, pues, a Tebas, si la ley te prohíbe residir en ella, y sígueme a la ciudad de Palas. Allí, purificando tus manos de este crimen, te daré un palacio, y parte de mis bienes, y los presentes que me hicieron los ciudadanos por haber salvado la vida a los catorce jóvenes, después de dar muerte al toro de Creta. Campos tengo propios en toda esta región: mientras vivas, tuyos los llamarán los hombres; y cuando mueras y desciendas al infierno, edificarán en ellos monumentos, se instituirán sacrificios en tu honor y te rendirá culto toda Atenas. Bello galardón es para sus ciudadanos alcanzar fama entre los griegos por servir a un hombre eminente. Y yo te lo debo por haberme salvado; además, no tienes ahora amigos. Cuando los dioses favorecen a un mortal, no los necesita, que nos basta su celestial protección si quieren dispensárnosla.

HERACLES

¡Ay de mí! Leve es este consuelo para mitigar mis males. No pienso probar que los dioses han celebrado himeneos incestuosos, ni he creído nunca, ni creeré jamás que encadenaron a otros, ni que haya uno que domine a los demás. El dios que lo es verdaderamente, de nadie necesita: esas son deplorables invenciones de los poetas.[79] Pero temo que alguno me llame cobarde si abandono la luz por evitar mis males. Porque el hombre que no sabe soportar los embates de la adversidad no podrá resistir tampoco los dardos enemigos. Aguardaré impávido la muerte; iré a tu ciudad, y desde ahora agradezco infinito tus dones. Pero ya he sufrido innumerables trabajos que no me hicieron mella alguna, ni mis ojos derramaron lágrimas, ni creí nunca que llegara al extremo de derramarlas. Ahora, según parece, debo también resignarme. Sea así: ya ves cómo me destierro, asesino de mis hijos, ¡oh anciano! Dales sepultura y adorna sus cadáveres, y hónralos con tu llanto (la ley no me lo permite), acercándolos al pecho de su madre y depositándolos en sus brazos; unión deplorable, obra involuntaria de mi mísera locura. Y después que la tierra los reciba en su seno, habita, infortunado, en esta ciudad y cobra ánimo para sufrir conmigo estos males. ¡Oh hijos!, el mismo padre que os engendró os ha perdido y ningún fruto sacasteis de mis triunfos, ni de lo que gané para vosotros en mis trabajos, la más grata recompensa para vuestro padre. También te perdí, ¡oh desventurada!, no pagándote como debía, que fielmente guardaste mi lecho, encerrada tan largo tiempo en mi palacio. ¡Ay de mi esposa y de mis hijos! ¡Ay de mí! ¡Lastimoso fue mi delito, y ya me separo de ellos y de mi amada compañera! ¡Oh amargos ósculos! ¡Oh funestas armas! No sé si conservarlas o abandonarlas, pues pendientes de

mis hombros me reconvendrán así: «Con nuestra ayuda mataste a tus hijos y a tu esposa; no nos dejas y somos sus asesinos». ¿Y yo las he de llevar? ¿Qué podré replicarles? Pero sin ellas, instrumentos de tan gloriosas hazañas en la Grecia, ¿me expondré a que mis enemigos me den muerte ignominiosa? No las soltaré nunca, para mi mayor tormento. ¡Oh Teseo!, solo te ruego que ayudes a este desdichado. Acompáñame a Argos a pedir conmigo el premio que se me prometió si traía al Cancerbero, no me suceda alguna otra desgracia, sin amigos y afligido por la pérdida de prendas tan caras. ¡Oh tierra de Cadmo y pueblo entero de Tebas!: cortad vuestros cabellos, llorad, sepultad a mis hijos, y gemid a un tiempo por los muertos y por mí. ¡Todos perecimos! Hera nos ha herido: a ella debemos esta horrible calamidad.[80]

TESEO

Levántate, ¡oh infeliz!; bastantes lágrimas has derramado.

HERACLES

No puedo; rígidos están mis miembros.

TESEO

También las desdichas abaten a los fuertes.

HERACLES

¡Ay de mí! ¡Ojalá que me convierta en monumento imperecedero de mis males!

TESEO

Basta ya; da la mano a un amigo que te ama.

HERACLES

Cuidado, no llene de sangre tus vestidos.

TESEO

Llénalos, no tengas miedo; poco me importa.

HERACLES (*levantándose*).

Huérfano de mis hijos, tú harás sus veces conmigo.

TESEO

Apóyate en mi cuello; yo te guiaré.

HERACLES (*abrazándole*).

He aquí dos amigos verdaderos, pero el uno es desdichado. ¡Oh anciano!, así deben ser los tuyos.

ANFITRIÓN

Afortunada es la patria madre de tales hijos.

HERACLES

Teseo, déjame mirar de nuevo a mis hijos.

TESEO

¿Podrá esto consolarte? ¿Sentirás así algún alivio?

HERACLES

Lo anhelo, y quiero abrazar también a mi padre.

ANFITRIÓN

Aquí me tienes, ¡oh hijo!; dulce es para mí tu recuerdo.

TESEO (*mientras Heracles y Anfitrión se abrazan*).

¿Te olvidaste ya de tus trabajos?

HERACLES

Inferiores son a estos todos ellos.

TESEO

Si alguno observa tu abatimiento, no te alabará.

HERACLES

Débil te parezco ahora, no antes, según creo.

TESEO

Seguramente: ¿qué se hizo el famoso Heracles? ¿Es este acaso?

HERACLES

¿Y cómo pensabas cuando yacías mísero en los infiernos?

TESEO

Encontrábame más abatido que otro cualquier hombre.

HERACLES

¿Y cómo dices que los males me humillan?

TESEO

Prosigamos nuestro camino.[81]

HERACLES (*desprendiéndose de los brazos de su padre*).

Adiós, anciano.

ANFITRIÓN

Adiós, hijo.

HERACLES

Que sepultes a los míos como te he dicho.

ANFITRIÓN

Y a mí, ¿quién me sepultará, ¡oh hijo!?

HERACLES

Yo.

ANFITRIÓN

¿Cuándo volverás?

HERACLES

Cuando entierres a mis hijos.

ANFITRIÓN

¿Cómo, pues?

HERACLES

Desde Tebas te llevaré a Atenas. Pero cuida tú de depositar a mis hijos en su última morada. ¡Triste encargo, en verdad! Nosotros, que deshonramos a nuestra familia, seguiremos a Teseo como perdida navecilla. Se engaña el que apetece el poder o las riquezas y las prefiere a los buenos amigos.

EL CORO

Alejémonos de aquí llenos de tristeza y derramando abundantes lágrimas, que hemos perdido a nuestro mejor amigo.

* * *

Notas

1. Anfitrión, rey de Tirinto, en la Argólida, hijo de Alceo, nieto de Perseo y esposo de Alcmena, hija de Electrión, rey de Micenas. Habiendo matado a su suegro en una disputa, huyó a Tebas, y mandó los ejércitos tebanos en diversas expediciones militares, que le hicieron célebre, si bien favorecieron los proyectos amorosos de Zeus, pues este, tomando su forma, visitó varias veces el lecho de su esposa. Alcmena dio a luz dos hijos: Heracles, que lo era de Zeus, e Ificles, de Anfitrión.

2. De este Alceo, rey de Tirinto, tomó Heracles el nombre de Alcides.

3. Perseo, hijo de Dánae y de Zeus, que, transformado en lluvia de oro, penetró en su palacio y la sedujo. Sabedor Acrisio de la deshonra de su hija Dánae, la arrojó a las olas con su hijo, y fueron llevados por ellas a Serifos, en donde su rey Polidectes los socorrió. Ya hombre, Perseo libró a su madre de la brutal lujuria de su protector, venció a las Gorgonas y cortó la cabeza de Medusa, de cuya sangre nació el caballo alado Pegaso. Montado en él libró a Andrómeda de un monstruo marino, y se casó con ella. Mató involuntariamente con el disco a su abuelo Acrisio, le sucedió en el trono de Argos, y fue padre de Esténelo y de Electrión.

4. Ya en *Las Fenicias* hemos hablado de este dragón y de los hijos de sus dientes, así como de

Creonte, hijo de Meneceo.

5. Este Euristeo es el famoso hijo de Esténelo, rey de Micenas, a quien obedeció siempre Heracles por haber nacido algunas horas después. Por su orden ejecutó sus famosos trabajos.

6. El Ténaro era un promontorio de la Laconia en su costa SO, a cuyo pie se veía una caverna que despedía vapores mefíticos, por lo cual se le miraba como la entrada de los infiernos.

7. Sobre Dirce y Anfión y Zeto, véase *Las Fenicias*.

8. Habla irónicamente.

9. Minias, nombre común a los habitantes de Yolco, en la Tesalia, y a los de Orcómeno, en Beocia. Anfitrión alude a estos últimos, a quienes venció Heracles, libertando a los tebanos de la obligación de pagarles cierto tributo.

10. Los tafios o teléboas habitaban en las pequeñas islas del mismo nombre, entre la Acaya y Léucade, llamados así de Tafio y Teleboas, hijos de Poseidón, que reinaron en ellas. Fueron famosos piratas, vencidos por Anfitrión y los tebanos, por haber dado muerto a los hermanos de su esposa Alcmena.

11. El coro alude a los hijos de Heracles.

12. La famosa hidra de Lerna tenía un cuerpo con cien cuellos, rematando en otras tantas cabezas, que renacían duplicadas al cortarse. Cuando Heracles combatió con ella, y a fin de evitar esta funesta reproducción, empleó a su escudero Yolao en cauterizar las heridas que le hacía. Heracles mojó en la sangre sus flechas, que desde entonces fueron mortales.

13. El león de Nemea era de monstruoso tamaño, y no se le podía herir ni con el hierro, ni con el bronce, ni con las piedras, y, por consiguiente, era necesario luchar con él a brazo partido. Escondíase en el monte Tretos, y desde su guarida devastaba todo el territorio comprendido entre Micenas y Nemea. Heracles lo persiguió, cerró la entrada de la caverna en donde habitaba, y lo ahogó en sus robustos brazos, llevando desde entonces consigo como un trofeo su hermosa y grande piel.

14. En la guerra de los dioses y de los gigantes, junto a Palene, Heracles fue terrible auxiliar de los primeros.

15. La guerra de Heracles y de los centauros fue de esta manera: un centauro, llamado Folo, que daba hospitalidad a Heracles, quiso obsequiarlo espléndidamente y para ello destapó un tonel de vino tan añejo como exquisito, cuyo aroma atrajo a la casa de Folo a todos los demás centauros, que a toda costa querían beber de él, oponiéndose Heracles y su huésped. Este se retiró al fin, y dejó al héroe con sus enemigos, trabándose al fin la batalla entre uno y otros, y siendo vencidos los segundos, a pesar del socorro que les dio su madre Néfele (*nube*).

16. Foloe, monte de la Tesalia, próximo al Otris, en donde Heracles peleó con los centauros. Sid. en el *Paneg. de Mayor.*, dice así:

17. Monte de la Eubea, llamada antiguamente Abántida, o país de los abantes. Homero nunca la denomina Eubea.

18. Los abantes, valientes y belicosos, fueron un pueblo originario de Tracia que se estableció en la Eubea.

19. Estos límites atlánticos son las columnas de Heracles, o estrecho de Gibraltar, la última tierra conocida de los griegos hacia el occidente. Así, cuando hablan de los límites atlánticos, es como cuando nosotros lo hacemos del Polo.

20. Helicón, famoso monte de la Beocia, muy celebrado por los poetas.

21. El Parnaso, monte de la Fócida, consagrado a las musas, cuyas dos cumbres se llamaban Cirra y Nisa, según Juvenal y Lactancio. Virgilio en sus *Georg.*, lib. III, dice así:

22. Estas palabras del coro y las anteriores que Lico le dirige, parecen indicar que existían entre los tebanos dos distintos partidos, en uno de los cuales dominaban los ancianos, enemigos de Lico, y en el otro los jóvenes, sus favorecedores. Eurípides retrata así al vivo la situación especial de aquellas ciudades griegas, dominadas por facciones, ya para hacer resaltar los inconvenientes de los partidos políticos cuando el patriotismo no los contiene en ciertos límites, ya la tendencia natural que se observa en los ancianos a conservar lo antiguo, opuesta a la de los jóvenes, irreflexivos y ávidos de novedades.

23. Eurípides, en boca de Mégara, habla como filósofo que rechaza los mitos y tradiciones, no como griego que les da crédito. Orfeo, antes que Heracles, bajó a los infiernos y volvió de ellos, y después Heracles y Odiseo, y entre los romanos Eneas, supuesto fundador de su ciudad.

24. Aquí tenemos el fatalismo oriental, que lleva al hombre a la inercia y al aniquilamiento de su ser, aunque bajo otro aspecto pueda también inspirarle la indiferencia ante el peligro.

25. Allá va esa tirada filosófica, que parece de Voltaire, nada propia, en verdad, de un espectáculo esencialmente religioso. Sin embargo, ahora al menos no está de todo punto injustificada, atendida la situación especial de Anfitrión y de sus nietos. Tampoco se puede negar que lo frecuente en tales casos es renegar de los poderes sobrenaturales, lo que por desgracia así sucede entre los gentiles como entre los cristianos, siendo de observar que semejantes impiedades prueban siempre lo que está muy lejos de pensar el que las profiere: la existencia de Dios o de los dioses.

26. El plectro (en griego *πλῆκτρον*, de *πλήσσω*, hiero) era un pedacito de madera o de pluma, que servía para tocar la cítara. En el Vaticano se conserva un antiguo fresco de Pompeya, en el cual vemos una joven que toca la lira con su mano izquierda, y con la derecha hace vibrar las cuerdas con el plectro.

27. Los centauros fueron hijos de Ixión y de una nube, que tomó la forma de Hera. En *La Ilíada* de Homero, como hemos dicho antes, los que luchan con los centauros son los lapitas y su rey Pirítoo, ayudado de Teseo, no de Heracles.

28. Famoso río de la Tesalia, que nacía en los confines de la Macedonia, corriendo entre el Olimpo y el Osa, y el célebre valle de Tempe. Desembocaba en el golfo Termaico, y se le miraba como a padre de Dafne, porque el laurel (*δάφνη*) abunda en sus orillas.

29. El Pelión es un monte de la Tesalia, en la Magnesia, al S, especie de prolongación del Olimpo, que formaba un cabo. Fue obra de los gigantes para escalar el cielo.

30. Hómola, monte de Tesalia, inmediato al Olimpo.

31. Esta cierva de cuernos de oro habitaba en la Acaya y en Énoe (Argos). Uno de los trabajos de Heracles fue apoderarse de ella, y lo consiguió al cabo de un año, según unos aprisionándola en una red, según otros sorprendiéndola de noche, y según Eurípides matándola con sus flechas. Como su muerte no agradó a Artemisa, que se veneraba en Énoe, la aplacó ofreciéndosela en don.

32. Diomedes, hijo de Ares, rey de la Bistonia (Tracia), tenía caballos antropófagos, de los cuales se apoderó Heracles, matando a su dueño y a los que los guardaban, y derrotando a los bistonios.

33. Hebro, río de la Tracia que sale de los montes Ródope, corre primero hacia el E, después hacia el S, y desagua en el mar Egeo.

34. Anauro, río de la Tesalia.

35. Cicno, hijo de Ares, que residía en Anfanas, ciudad situada en la parte meridional de la Tesalia, cerca de Traquinia, ya en los confines de la Lócrida. Cicno era un bandido como Sinis y Escirón, que murieron a manos de Teseo. (V. el *Hipólito*).

36. Atlas, hijo de Jápeto y de Clímene, y rey de la Mauritania, fue transformado en montaña por haber hecho la guerra contra los dioses en favor de los gigantes. Se cree que la fábula de que sostenía el cielo con los hombros proviene de sus conocimientos astronómicos, o de que, mirando los gentiles al monte Atlas como al más alto de la tierra, que tocaba al cielo, supusieron que lo sostenía. Heracles lo sustituyó en esta penosa tarea por algún tiempo.

37. Mujeres guerreras que habitaban a las orillas del Termodonte, y que, según se dice, extendieron sus conquistas hasta las fronteras de la Asiria y del Tanais, y fundaron a Éfeso, Esmirna y Magnesia. Fueron vencidas por Heracles.

38. La laguna Meótide, hoy mar de Azov, al N del Ponto Euxino, con el cual comunicaba por el Bósforo cimerio. El río más caudaloso que desagua un ella es el Tanais o Don.

39. Este vestido de oro y este famoso tahalí estaban en poder de las amazonas y de su reina Hipólita, y fueron un presente de Ares, dios de la guerra. Acompañaron a Heracles muchos griegos, y su expedición es muy parecida a la de los argonautas.

40. Gerión, hijo de Crisaor y de Calírroe, y rey de la Eritea o de las Baleares, gigante robustísimo de tres cuerpos, poseía grandes rebaños de bueyes, que alimentaba con carne humana. Guardábalos además un perro de dos cabezas y un dragón de siete. Heracles lo mató y se apoderó de sus bueyes. Diodoro de Sicilia enumera en este orden los trabajos de Heracles: 1.º, el león de Nemea; 2.º, la hidra de Lerna; 3.º, el jabalí de Erimanto; 4.º, la cierva de cuernos de oro; 5.º, las aves de la laguna Estinfalia; 6.º, los establos de Augías; 7.º, el toro de Creta; 8.º, los caballos de Diomedes; 9.º, las amazonas; 10, Gerión; 11, el cancerbero; 12, las Hespérides y Atlas. Eurípides ha omitido algunos y trastornado el orden en que los ejecutara, según convenía a su propósito.

41. Otros dicen que Heracles recibió la clava de Hefesto, en recompensa de los servicios que

prestó a los dioses en la guerra de los gigantes.

42. Máxima epicúrea y doctrina moral filosófica, muy del gusto del vate de Canossa. Sin embargo, examinándolas sin pasión, podemos decir que no es tan perjudicial como a primera vista parece, porque la tristeza y la falta de salud, que tanto amargan la vida, suelen ser hijas de los excesos, los cuales deben evitarse, con arreglo a esta doctrina. Entre el ascetismo y estos principios no hay otra diferencia sino que, predicando el primero, no es tan fácil que sus prosélitos incurran en la exageración, al paso que las máximas epicúreas son resbaladizas de suyo.

43. Zeus Salvador, Ζεὺς Σωτήρ, una de sus infinitas advocaciones. Según leemos en Pausanias, se veía en Tespias una estatua de bronce de este dios, que se le había consagrado por libertar a dicha ciudad de un terrible dragón. Tenía un templo en Argos, otro en Trecén, otro en Mantinea y otro en Megalópolis.

44. Irónicamente.

45. Conocida es la veneración que en Grecia y Roma se mostró a los ancianos. Aulo Gelio, II, 15, dice así: *Apud antiquissimos Romanorum neque generi neque pecuniæ præstantior honos tribui quam ætati solitus : majoresque natu a minoribus colebantur ad deum prope et parentum vicem : atque in omni loco, inque omni specie honoris priores potioresque habiti : a convivio quoque, ut scriptum est in antiquitatibus, seniores a minoribus domum deducebantur : eumque mores accepisse Romanos a Lacedæmoniis traditum est : apud quos Lycurgi legibus major omnium rerum honos majori ætati habebatur.*

46. Elocuente testimonio de que nada hay nuevo en la tierra, cuando hace tantos años los revolucionarios obedecían a móviles interesados y egoístas, como ahora sucede con frecuencia. Y, en efecto, el hombre es siempre el mismo, y las mismas sus debilidades y pasiones.

47. Los eruditos no están de acuerdo en este punto, y unos piensan que Heracles fue iniciado en los misterios de Eleusis antes de bajar a los infiernos, y otros que Eurípides, como Aristófanes en *Las Ranas*, habla de misterios infernales. Acaso los primeros fuesen necesarios para ser iniciados en los segundos, o que Eurípides hable en sentido figurado.

48. Hermíone era una ciudad edificada en la misma península en que estaba Trecén, en la costa SE, a la falda del monte Pron. (Pausanias, II, c. 35, pág. 191). Después dice así este

autor: «Es digno de verse el templo de Deméter, situado en la cima del Pron, construido por Clímeno, hijo de Foroneo, y por su hermana Ctonia... Detrás del templo hay dos explanadas, que se denominan de Hades y de Clímeno, y después la laguna Aquerusia, cercada de un muro de piedra. En la explanada de Clímeno hay una sima por la cual sacó Heracles al Cancerbero, según cuentan los habitantes de Hermíone».

49. De buen grado sonreímos observando el placer de los héroes de la antigüedad cuando se ven libres del infierno. Natural era, en efecto, que así sucediese, porque, entre otras cosas, eran muy amantes del sol y de la luz, y en el palacio y en el reino de Hades se vivía en las tinieblas.

50. Horacio, en su *De Arte Poet.* (169-175), dice a este propósito:

51. Mnemósine, hija de Urano. Enamorose de ella Zeus, y de estos amores nacieron las nueve musas, llamadas también piérides, porque vieron la luz en el monte Piero. Mnemósine era la Memoria. Eurípides dice en otra tragedia que la madre de las musas fue Harmonía, la esposa de Cadmo.

52. Delos, una de las Cícladas, en donde Leto, perseguida por mar y tierra por la celosa Hera, dio a luz a Artemisa y Apolo. Poseidón se apiadó de ella e hizo brotar a Delos del seno de los mares.

53. Esta fábula del canto del cisne antes de morir, tan en boga hace muchos siglos, es una pura ficción de los poetas, porque nunca canta. Su voz, como la de todos los palmípedos, es áspera y desagradable.

54. El texto griego dice terminantemente ὄλβου κελαινὸν ἅρμα, el negro carro de la felicidad. El epíteto κελαινόν parece impropio a primera vista, porque debiera ser lo contrario; pero en nuestro concepto no lo es, porque el poeta, al llamarle κελαινόν, *negro*, *horrible*, *sombrío*, no se refiere al color o aspecto del carro antes de romperse, sino después de roto, y ya desde entonces debe serlo así para el que lo poseyó.

55. Coronábanse los griegos y usaban guirnaldas de flores en sus fiestas, danzando y cantando en coros, a semejanza de los que formaban las ninfas y las musas. Por esta razón los ancianos invitan a las de los parajes vecinos más famosos a compartir su alegría. El Asopo era un río de la Beocia, hijo del Océano y de Tetis, que tuvo veinte hijas y dos hijos; el Ismeno, otro río que corría cerca de Tebas. Las rocas de Apolo son las de su templo de

Delfos, o el Parnaso con sus dos cumbres.

56. Iris, hija del centauro Taumante y de Electra, mensajera de los dioses, y especialmente de Hera, que la transformó en el arco llamado Iris, llevándola al cielo. La Locura es un ser alegórico.

57. La celosa Hera, perseguidora incansable de las amadas de su celestial esposo, no ofendió a Heracles, hijo de Zeus y de Alcmena, mientras obedeció las órdenes de Euristeo, esperando que perecería en alguna de sus arriesgadas empresas. Ahora que se ha salvado de todas y ganado inmensa gloria, firme en su propósito de perderlo, trama su ruina y la de toda su estirpe.

58. Cuando leemos estas palabras que Eurípides pone en boca de la Locura, nos parece que asistimos a la representación de los dramas religiosos que tan en boga estuvieron en otro tiempo. En el *Prometeo encadenado*, de Esquilo, aparecen también la Fuerza y la Violencia. Así es que los griegos son muy dignos de estudio, porque entre ellos encontramos en germen todas las invenciones dramáticas de los tiempos posteriores. Y esto que afirmamos de un género literario, es extensivo a todos los demás, como sucede también en la Filosofía y en la Política, pues que muchas ideas nuevas, o que pasan por tales en ambas esferas, fueron ya conocidas entre ellos.

59. Las Gorgonas eran hijas de Forcis y Ceto, y se llamaban Esteno, Euríale y Medusa. Habitaban cerca del jardín de las Hespérides, y su aspecto era tan horroroso que convertían en piedras a los que las miraban. Perseo las mató con ayuda de Atenea, y esta, en trofeo de su victoria, puso la cabeza de Medusa en su égida.

60. El tímpano y el tirso eran instrumentos de que usaban los gentiles en las fiestas de Dioniso. El primero era exactamente igual a nuestros panderos o panderetas, adornados también con cascabeles, y se tocaba con la mano o con un pedacito de madera. El tirso era un palo largo en cuya extremidad se sujetaba una piña u hojas de yedra o de parra, formando ramillete.

61. Encélado, terrible gigante, hijo del Tártaro y de la Tierra, vencido por Atenea en la guerra de los titanes y los dioses. Zeus lo sepultó en las entrañas del Etna, y cuando se revuelve tiembla la Sicilia. Es el mismo de quien nuestro Herrera dice en su oda *A don Juan de Austria*:

62. Siempre que se derramaba sangre humana creían los griegos que se manchaba el que la tocaba y el lugar en que se vertía, y, por consiguiente, era preciso purificarlo, ya haciendo un sacrificio, ya fumigaciones religiosas. En el primer caso, todos los asistentes rodeaban el altar, y un esclavo, llevando el cesto donde se guardaba el cuchillo del sacrificio, la ceniza y las coronas, daba una vuelta alrededor, de izquierda a derecha. El sacrificador entonces imponía silencio (en latín *favete linguis*) y, cogiendo un trozo de leña encendido, lo sumergía en el agua lustral, y rociaba con ella a los circunstantes. Este agua servía después a todos, y se llevaba con el cesto y la ceniza en torno del ara. Seguía a esto la oración, después la consagración de la víctima, poniéndole ceniza en la frente y arrojando al fuego parte de su lana o crin, y por último, el sacrificio.

63. Mégara. Niso, hijo de Pandión, tenía entre sus cabellos uno color de púrpura, de cuya existencia dependía la conservación de su reino. Cuando Minos, rey de Creta, puso sitio a Mégara, Escila, hija de Niso, enamorada del sitiador, cortó el cabello purpúreo de su padre y lo dio a Minos, que se apoderó de la ciudad y desdeñó a la traidora doncella. Los dioses convirtieron a Niso en gavilán y a Escila en alondra.

64. Las cuarenta y nueve hijas de Dánao, que degollaron a sus esposos la noche de bodas. (V. *Las Fenicias*).

65. Procne, hija de Pandión, rey de Atenas, se casó con Tereo, rey de Tracia, y tuvo un hijo llamado Itis. Su esposo violó a Filomela, su cuñada, arrancándole después la lengua para que no lo supiese Procne. Esta precaución bárbara fue inútil, sin embargo, porque lo supo la agraviada esposa. Para vengarse mató a Itis, sirviéndoselo a su marido en un festín. Los dioses convirtieron a Procne en golondrina, a Filomela en ruiseñor y a Tereo en abubilla.

66. Indudablemente debieron formar un cuadro trágico por excelencia los cadáveres de los hijos de Heracles no lejos de su padre, entregado al sueño y sujeto con cuerdas a una columna, el mísero Anfitrión y el coro de ancianos. No sabemos que en ninguna de las obras que tratan de la literatura dramática griega se haya llamado la atención hacia esta tendencia artística de los griegos, que hoy se denomina plástica, y que está tan en consonancia con sus ideas y costumbres.

67. Este símil de la nave es muy frecuente en Eurípides, y podríamos indicar muchos pasajes de sus tragedias en que se repite casi en los mismos términos. Sabido es que los atenienses

eran un pueblo muy dado a la navegación y al comercio y la primera potencia marítima de la Grecia, y que sus comparaciones habían de ser análogas a sus costumbres.

68. Esta sobriedad que muestran los griegos en sus composiciones dramáticas es muy notable en más de un concepto, porque nos revela su depurado gusto en tales materias. Heracles despierta poco a poco, y al pronto no conoce a sus hijos, atento solo a las palabras de Anfitrión, que lo prepara antes de oír la horrible nueva. Otro poeta no lo hubiera hecho así: Heracles despertaría de repente, reconocería a sus hijos, y atado a la columna daría voces y horribles lamentos.

69. Todos los héroes y heroínas de la antigüedad pagana, así los griegos como los romanos, apelan al suicidio cuando la desesperación los agobia, y especialmente cuando la vergüenza los mueve. Áyax en Sófocles, Fedra en Eurípides, y los ilustres suicidas romanos, prueban todos a una que lo que nosotros miramos como un crimen, casi era para ellos una virtud. Recuérdese que en los distintos poemas en que los héroes descienden a los infiernos, nunca se hace mención de la pena que sufren los suicidas. Esto debe atribuirse, en nuestro juicio, a sus ideas religiosas, porque el arrepentimiento no era entre ellos una de las más estimables virtudes, y a sus nociones confusas de los premios y castigos de la otra vida, y en parte también a su amor exclusivo a la patria, pues fuera de ella no esperaban gloria ni salud, y a cierto deseo del renombre que les daba su muerte.

70. Teseo y Heracles eran primos segundos, porque Etra, madre del primero, fue hija de Piteo, y Alcmena, madre del segundo, de Lisídice, y Piteo y Lisídice, hijos de Pélope e Hipodamía.

71. M. Artaud, en sus notas a esta tragedia, II, 430, dice así: *Ce dialogue entre Amphytrion et Thésée est un chant lyrique: il est probable que les paroles de Thésée font allusion au mode lugubre sur lequel Amphytrion a entonné son chant*. Parécenos, sin embargo, que se equivoca este ilustrado traductor de Eurípides, porque ni el metro nos autoriza a pensar que exista tal canto lírico, ni hay necesidad de semejante hipótesis para explicar las palabras de Teseo. Basta el tono con que se pronuncian las palabras, y el gesto y expresión, para indicar el afecto que domina a quien habla, ya de tristeza, de alegría o de otra pasión cualquiera.

72. Otra vez nos vemos obligados a citar a M. Artaud, y no para alabarlo, como quisiéramos y como lo hemos hecho otras veces. El texto vulgar griego dice así:

73. En estos campos de Flegra, cerca de Cumas, se dio la batalla entre los dioses y los gigantes. Llamáronse así porque abundaba en ellos el azufre, y porque se ven llamas, que provienen de la combustión natural de esta sustancia.

74. Cuando Anfitrión traía los rebaños de bueyes de Electrión, padre de Alcmena, que habían robado los teléboas, lanzó su maza contra un buey que se había separado de sus compañeros, acertándole en los cuernos, y de rechazo, hirió en la cabeza a su suegro, dejándole muerto. Es necesario tener esto presente, y entender lo que dice Heracles de Anfitrión en el sentido de que, siendo desafortunado el tronco de un linaje no criminal, sus descendientes también lo son. De otra suerte no se comprendería que así tratase a su padre.

75. Cuando su madre Alcmena vio las dos serpientes que amenazaban en la cuna a su hijo, entonces de ocho meses, comenzó a dar gritos horrorizada; pero Heracles se incorporó, y estrechándolas entre sus manos, ahogó a ambas.

76. Este Tifón, dios egipcio, hermano de Osiris, aparece también en la mitología griega como el principal gigante que hizo la guerra a los dioses. Fue padre de Gerión y del Cancerbero, y yacía vencido por Zeus bajo el Etna o bajo la isla Inarime.

77. Los homicidas sufrían por cierto tiempo la pena del destierro, y no volvían a su patria hasta después de haberse purificado. Cuando el muerto era pariente del asesino y habían de perseguirlo las Furias, todos estaban obligados a huirlo para no mancharse con su contacto.

78. Todo esto parece rezar con Zeus, que se casó con su hermana Hera y cargó de cadenas a su padre Cronos por reinar en el cielo. Indudablemente este diálogo es un anacronismo, por razonable que nos parezca, pues Heracles y Teseo no hablaron nunca, o no debieron hablar así. Dedúcese de las frases osadas e irreligiosas de Eurípides, que oye un pueblo entero en una fiesta popular y consagrada al culto, cuáles debían ser las creencias del auditorio y la honda brecha que la filosofía había hecho en el politeísmo. Los dioses no solo cometen verdaderos crímenes, según afirma el poeta, sino que tal es su moralidad que ni aun se inquietan ni afligen por esto. No se puede decir más porque tales dioses ni podían ni debían ser adorados.

79. Este es el complemento filosófico de lo dicho antes por Teseo acerca de los dioses. A la noción politeísta, desfigurada por los poetas y por la imaginación popular, cuya existencia combate Eurípides, sustituye esta otra idea más elevada de Dios, que revela sin ambages una

nueva creencia. Probable parece que este trágico la aprendiera en la escuela de Anaxágoras, cuyas persecuciones provinieron principalmente de la osadía y entereza que desplegó atacando las preocupaciones religiosas populares, y defendiendo doctrinas monoteístas mucho más racionales y sensatas.

80. Es muy bella esta despedida de Heracles, por la ternura que respira y por los sentimientos que expresa. No es posible negar que Eurípides, siempre que quiere, y cuando no lo arrastra su filosofismo o sus pretensiones oratorias, es incomparable en la pintura de afectos. Poseía a raudales ese raro e inapreciable don de sentir cierto orden de belleza moral que nace con el hombre y no puede adquirirse con el estudio.

81. Por su candor, naturalidad y sencillez nos agradan estas palabras de Heracles y Teseo. Viendo este a su amigo agobiado por tan grandes calamidades, le recuerda sus gloriosas empresas e inolvidables trabajos, más bien para infundirle fortaleza que para humillarlo, y Heracles, algo picado por el recuerdo, lo reconviene de manera que le obliga a callarse.

Electra

* * *

ARGUMENTO

Egisto y Clitemnestra, asesinos de Agamenón, esposo de esta y rey de Argos y Micenas, después de su muerte casaron a su hija Electra con un labrador, hombre oscuro, para no exponerse a su venganza ni a la de sus hijos, y hasta quisieron matar a Orestes, hermano de Electra, salvándose solo merced a la fidelidad de un viejo servidor de su padre que lo llevó a la Fócida, al palacio de Estrofio, rey de esta región y padre de Pílades. Ya hombre, el dios Apolo le ordenó que vengase a Agamenón, y con este objeto penetró en el territorio argivo, llegando a la pobre morada en donde vivía su hermana Electra, virgen aún, merced al respeto que a su elevada alcurnia profesaba su esposo. Como era tan grande la pobreza de este matrimonio, Electra aconsejó a su esposo que buscase al servidor de su padre que salvó a Orestes, pastor entonces de ricos rebaños a las orillas del Tanao, para que trajese algunos presentes a aquel y a su compañero Pílades. Vino, en efecto, el anciano, y habiendo reconocido a Orestes por una

cicatriz que tenía en la frente, concertáronse los cuatro (el anciano, Electra, Orestes y Pílades) para asesinar a Egisto y Clitemnestra. Casualmente había salido Egisto al campo a ofrecer a las ninfas un sacrificio, y presentándosele sus mortales enemigos, a quienes no conocía, como si fuesen extranjeros tesalios, tomaron parte en aquella religiosa ceremonia, siendo invitados por Egisto, que muere, mientras se celebraba, a manos de Orestes. Quedaba todavía otra víctima: la madre de sus asesinos. Electra, para atraerla a su casa, fingió que había dado a luz un niño, y lo participó a su madre para que viniese. Así sucedió, y sus propios hijos clavaron en ella sus puñales matricidas.

Entonces se aparecen los Dioscuros, hermanos de Helena y Clitemnestra, y ordenan a Pílades que se lleve a la Fócida a Electra, casándose con ella y dando a su esposo el labrador una libra de oro, y que Orestes se encamine a Atenas a ser juzgado en el Areópago, en donde Apolo será su defensor.

Como este mismo asunto ha servido a Esquilo y a Sófocles para la composición de dos tragedias, es conveniente que los estudiosos las comparen entre sí y noten las diferencias que las caracterizan. Así lo ha hecho Aug. Guill. Schlegel,[1] cuyo juicio acerca de la de Eurípides es el siguiente:

«La tragedia de Eurípides es un singular ejemplo de poético, o más bien dicho, de absurdo antipoético; sería difícil exponer todas las faltas y contradicciones que contiene. ¿Por qué, verbigracia, engaña Orestes a su hermana tanto tiempo, sin darse a conocer? ¿Por qué abrevia el poeta tan fácilmente su trabajo, prescindiendo sin escrúpulo de sus invenciones, como sucede con el labrador, de cuyo paradero nada se sabe después que

llega el anciano con los presentes? En parte quiso Eurípides dar a su tragedia novedad, en parte le pareció inverosímil que Orestes matase al rey y a su esposa en la misma ciudad, y por evitarlo ha sido aún más inverosímil. Lo trágico de esta obra no es suyo propio, sino de la fábula, de sus predecesores, de la tradición primitiva. Su plan no es tampoco de tragedia, sino de un cuadro familiar, en la significación que tiene hoy esta palabra. Los efectos de la miseria de Electra hacen una impresión lastimosa; el poeta ha descubierto su secreto en la grata exposición que ella hace de su triste estado. Todos los móviles de la acción son extremadamente superficiales y evidencian que no parten del convencimiento íntimo del autor; es inexplicable que Egisto conmueva con su generosa hospitalidad y Clitemnestra con la compasión que muestra a su hija: la acción, después de cumplida, remata desgraciadamente en deplorable arrepentimiento, el cual es de tal especie que, sin ofrecer sentido moral, puede tan solo calificarse de acceso ligero de moralidad. De los cargos que dirige al oráculo de Delfos nada queremos decir. Como en toda la composición se revela este espíritu, no puedo comprender qué objeto se propusiera Eurípides al escribirla, a no ser casar bien a Electra y hacer feliz al viejo labrador en premio de su continencia. Yo desearía, en verdad, que se verificase el enlace de Pílades, y que el labrador recibiese una cuantiosa suma de dinero; así todo acabaría como una comedia ordinaria, a satisfacción de los espectadores. Advertiré, para que no se me tache de injusto, que la Electra es quizá la peor tragedia de Eurípides. ¿Fue acaso su afán de novedades la causa que lo impulsó a escribir este absurdo? Sin duda sentía que dos predecesores de tal fama se le hubiesen adelantado. Pero ¿qué necesidad tenía de medirse con ellos y escribir una Electra?».

De acuerdo enteramente con este juicio de Schlegel, no obstante la complacencia con que señala todos sus defectos, sin indicar siquiera una belleza, solo debemos advertir que hasta el mismo Hartung, que rechaza la crítica de Schlegel, viene después a confirmarla, pues en su introducción a esta tragedia se limita, sin defenderla, a dar algunas reglas a los escolares que se dedican al estudio del griego.

En cuanto a la época de su representación, solo podemos atenernos a las indicaciones que hace el poeta en el texto, siguiendo a M. de Boissonnade, a Theod. Berghius (en su libro *De reliq. aut. comæd.*, pág. 50), y a Théob. Fix en su *Chronologia fabularum Euripides*, página XI. En efecto, los Dioscuros (versos 1329-1337), dicen así:

νὼ δ' ἐπὶ πόντον Σικελὸν σπουδῇ
σώσοντε νεῶν πρῴρας ἐνάλους.
διὰ δ' αἰθερίας στείχοντε πλακὸς
τοῖς μὲν μυσαροῖς οὐκ ἐπαρήγομεν,
οἷσιν δ' ὅσιον καὶ τὸ δίκαιον
φίλον ἐν βιότῳ, τούτους χαλεπῶν
ἐκλύοντες μόχθων σῴζομεν.
οὕτως ἀδικεῖν μηδεὶς θελέτω
μηδ' ἐπιόρκων μέτα συμπλείτω.

Por tanto, en atención a estas clarísimas alusiones que se hacen a la funesta expedición de Sicilia, al espíritu filosófico irreligioso de toda ella, al descuido de su versificación y a las faltas que hemos señalado más arriba, es de presumir que se representara hacia la olimpiada 91, 4.

PERSONAJES

Un colono *de Micenas.*

Electra, *hija*

de Agamenón.

y

Orestes, *hijo*

Pílades (*personaje mudo*).

Clitemnestra, *viuda de Agamenón*

y ahora esposa de Egisto.

Coro de mujeres *de Micenas.*

Un anciano.

Un mensajero.

Los Dioscuros (*Cástor y Pólux*).

La acción es en el campo, no lejos de Argos.

* * *

Se ve en la escena una pobre y rústica casa, de la cual, al romper el día, sale el colono.

EL COLONO

¡Oh Argos,[2] antigua ciudad y corriente del Ínaco,[3] desde el cual Agamenón navegó en otro tiempo hacia los campos troyanos llevando la guerra en mil naves! Muerto Príamo,[4] que reinaba en Ilión, y tomada la ínclita ciudad de Dárdano, volvió a Argos y depositó en los elevados templos[5] muchos trofeos de bárbaros. Y aunque allí fue, en verdad, afortunado, pereció en su palacio por engaño de su esposa Clitemnestra,[6] y a manos de Egisto, hijo de Tiestes. Y al morir dejó el antiguo cetro de Tántalo, y Egisto reina en esta tierra, casado con su esposa, la hija de

Tindáreo. De los herederos de su nombre que quedaron en su patria al navegar hacia Troya, a saber, Orestes y Electra, el primero, en gran peligro de muerte por el odio que le profesaba Egisto, fue llevado ocultamente por un viejo servidor de su padre al palacio de Estrofio, en la Fócida, para educarse en él, y la mano de Electra, que permaneció en el hogar paterno, fue solicitada por los próceres griegos cuando llegó a la pubertad. Pero Egisto la retenía en su palacio y no la dio a ninguno, temiendo que engendrara hijos argivos, vengadores de Agamenón; hasta quiso asesinarla, muy receloso que, de otra cualquier manera, se enlazase a algún hombre ilustre, y fue salvada por su madre, que si tuvo un motivo aparente[7] para asesinar a su esposo, no se atrevió, temerosa del escándalo, a ensañarse en sus hijos. Tal fue la razón que movió a Egisto a ofrecer un premio al que matase al hijo desterrado de Agamenón y a casarme con Electra. Aunque mis padres fueron ciudadanos de Micenas (que en esta parte a nadie envidio, pues mi linaje es preclaro, aunque carezca de bienes, causa de mi oscuridad), la entregó a un esposo poco distinguido, para no exponerse a tanto peligro. Porque si la poseyese un hombre poderoso por su dignidad, lo excitaría a vengar el asesinato impune de Agamenón, y el castigo alcanzaría a Egisto. Yo puedo decir, poniendo a Afrodita por testigo, que jamás manché su lecho, y que todavía permanece virgen. Sería para mi vergonzoso empañar el lustre de estos hijos de varones opulentos, y deploro, aunque solo sea su pariente en el nombre, que el desdichado Orestes, si vuelve alguna vez a Argos, contemple el miserable consorcio de su hermana. Quien dijere que soy un necio, porque he recibido una virgen en mi hogar y continúa inmaculada, sepa que la continencia no es joya de las almas pervertidas, y que el que así pensare será el verdadero necio.

ELECTRA (*llevando un cántaro en la cabeza*).

¡Oh negra Noche, madre de los dorados astros (que me ves llevando en mi cabeza este cántaro para llenarlo de agua de la fuente, no obligada por la pobreza, sino para probar a los dioses la injuria que me hizo Egisto,[8] y quejarme a mi padre en el seno del vasto éter)! Porque la malvada hija de Tindáreo, mi madre, me expulsó de su palacio por complacer a su esposo, tratándonos a mí y a Orestes como si no fuéramos sus hijos, mientras daba otros a Egisto.

EL COLONO

¿Por qué, ¡oh infortunada!, te fatigas por mi causa, pasando trabajos, educada antes con regalo, y no descansas a pesar de mis ruegos?

ELECTRA

Te miro como a un amigo, y eres para mí tan venerable como un dios, porque no me insultaste en mis desdichas. Dulcísimo consuelo es para los mortales encontrar alivio en su desgracia, como yo en ti. Conviene, por tanto, que aun sin mandármelo, y a medida de mis fuerzas, te ayude en el trabajo para que sea menos molesto, y sufrir contigo cuando tú sufres; que si fuera de casa tienes ocupación bastante, yo debo cuidar de ella para que, al regresar cansado, nada te falte. (*Retíranse en dirección opuesta, y al poco tiempo aparecen Pílades y Orestes*).

EL COLONO (*alejándose*).

Anda, pues, si te agrada, que la fuente no está lejos; yo, así que amanezca, llevaré al campo los bueyes, y sembraré la tierra, que el perezoso, aunque siempre tenga en los labios el nombre de los dioses, no ganará el sustento sin fatiga.

ORESTES

Para mí, ¡oh Pílades!, eres el más leal de los hombres, y al mismo tiempo mi amigo y huésped, y tú solo permaneces fiel al desdichado Orestes, que tanto sufría por causa de Egisto, asesino de mi padre y cómplice de mi depravada madre. Vengo al territorio argivo por orden secreta del dios Apolo, sin saberlo nadie, para castigar con la muerte a los asesinos de Agamenón. Esta noche he visitado su sepulcro, y llorado allí, y ofrecídole las primicias de mis cabellos,[9] y derramado sobre el altar la sangre de una oveja, ignorándolo los tiranos que dominan en este pueblo. Pero mis pies no pasarán las murallas, que vengo aquí con dos objetos: para refugiarme en otro país, si algún espía me conoce, mientras busco a mi hermana (que, según dicen, se ha casado y ya no es virgen), y para verla y participarla mis proyectos de venganza y saber con certeza lo que sucede en la ciudad. Ahora, pues, que la aurora muestra su rostro refulgente, dejemos esta senda; algún labrador o alguna esclava podrán vernos, y entonces preguntaremos si mi hermana habita en estos parajes. En efecto, se acerca una esclava, que en su rasurada cabeza trae un cántaro de agua de la fuente; sentémonos y averigüemos de ella, si podemos, algo de lo que nos trae a esta región. (*Ocúltanse detrás de un matorral. Llega Electra con el cántaro de agua*).

ELECTRA

Estrofa 1.ª — Apresura tus pasos, que ya es hora; entra, entra lamentándote. ¡Ay de mí, ay de mí! Engendrome Agamenón y pariome Clitemnestra, la odiosa hija de Tindáreo, y las gentes me llaman la desdichada Electra, con razón, es verdad, por los duros trabajos que sufro y por mi triste vida. ¡Oh padre, tú yaces en la morada de Hades, degollado por tu esposa y por Egisto!

Mesodo.[10] — Anda, pues, quéjate como siempre; disfruta de tus tristes goces.

Antístrofa 1.ª — Apresura tus pasos, que ya es hora; entra, entra lamentándote. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿En qué ciudad, en qué casa sirves, ¡oh hermano miserable!, dejando en el hogar paterno a tu hermana, mujer infeliz, presa de acerbos dolores? ¡Oh Zeus, Zeus, ven a librar a esta mísera de tantos males; ven a vengar el cruelísimo asesinato de un padre; ven alguna vez a Argos!

Estrofa 2.ª — Baja esta carga de mi cabeza para dar a mi padre quejas nocturnas, con voz clara, lamentos, cantos, fúnebres plegarias. ¡Oh padre, que yaces enterrado!; oye mis sollozos de cada día, mientras desgarro con las uñas mi cuello y lastimo mi cabeza sin cabellos para llorar tu muerte.

Mesodo. — ¡Ah, ah!, redobla tus golpes; como si el canto del cisne llamase a las ondas del río a un padre carísimo, asesinado en dolorosos lazos,[11] así yo te lloro, ¡oh mísero Agamenón!

Antístrofa 2.ª — Tú lavaste por última vez tu cuerpo en el lecho acerbísimo de la muerte. ¡Ay de mí, ay de mí, ¡oh padre!, herido por cruel segur y por crueles asechanzas a tu vuelta de Troya! Tu esposa no te recibió con guirnaldas ni coronas, que la cuchilla de dos filos de Egisto te causó grave ofensa, y así conservó mi madre su adúltero amante. (*Entra el coro de mujeres argivas*).

EL CORO

Estrofa 3.ª — ¡Oh Electra, hija de Agamenón!; llegué, por fin, a tu rústico albergue... Ha venido un hombre oscuro, un montícola de Micenas de los que se alimentan de leche, anunciando a los argivos que prevengan el sacrificio para dentro de tres días, y que todas las vírgenes se reúnan en el

templo de Hera.

ELECTRA

No me engalanan resplandecientes vestidos, ¡oh amigas!, ni ostento dorados collares, ni asisto a los coros de doncellas argivas, danzando con pie ligero, que, desgraciada, son las lágrimas mis coros, las lágrimas mis cuidados cotidianos. Mira si mi cabeza descuidada y mis rasgados vestidos convienen a la hija del rey Agamenón, el que tomó a Troya en otro tiempo.

EL CORO

Antístrofa 3.ª — Poderosa es Hera. Ya que he venido, recibe este palio,[12] que tejí para ti, y estos adornos dorados que aumentan la nativa gracia. ¿Crees acaso que bastan tus lágrimas, si no veneras a los dioses, para vencer a tus enemigos? Serás feliz, ¡oh hija!, no gimiendo, sino orando con frecuencia.

ELECTRA

Ningún dios oye los clamores de la infeliz Electra, ni se acuerda de los sacrificios que ofreció mi padre. Lloro al que ya murió; a Orestes, que vive errante, hollando miserable extraña tierra, acaso esclavo, cuando es hijo de ínclito padre. Verdad es que yo habito en una pobre cabaña, atormentando mi alma el destierro del hogar paterno y morando en sus ásperas rocas, mientras mi madre, casada con otro, duerme en lecho nupcial, manchado con la sangre de su esposo.

EL CORO

Helena, hermana de tu madre, fue causa de muchos males que afligieron a los griegos y a tu linaje.

ELECTRA

¡Ay de mí, oh mujeres!; dejemos ya los lamentos; ciertos extranjeros,

ocultos aquí cerca, salen de repente de su emboscada; huye tú por esa senda, que yo me refugiaré en mi cabaña, y escaparemos de estos criminales. (*Orestes le sale al encuentro*).

ORESTES

Detente, ¡oh desdichada!; no temas.

ELECTRA (*cayendo ante la estatua de Apolo que está a la puerta de su cabaña*).

¡Oh Febo Apolo,[13] ruégote suplicante que me salves!

ORESTES

Más bien que a ti, mataría a otros más odiosos.

ELECTRA

Vete, no toques a quien no debes.

ORESTES

A nadie podría tocar con mejor derecho.

ELECTRA

Pero ¿por qué te ocultas armado cerca de mi cabaña?

ORESTES

Detente y oye, y pronto pensarás como yo.

ELECTRA

Sea, pues; cedo porque eres más fuerte.

ORESTES

Te traigo noticias de tu hermano.

ELECTRA

¡Oh mensajero muy amado!; ¿está vivo o ha muerto?

ORESTES

Vive; quiero darte primero alegres nuevas.

ELECTRA

Que seas feliz; que los dioses premien palabras tan gratas.

ORESTES

Tal es mi deseo: que los dos seamos dichosos a un tiempo.

ELECTRA

¿En qué país vive ese mísero desterrado?

ORESTES

Sufre, y no obedece las leyes de una sola ciudad.[14]

ELECTRA

¿Carece acaso del sustento cotidiano?

ORESTES

Aunque no le falte, siempre es pobre un desterrado.

ELECTRA

¿Qué te encargó para mí?

ORESTES

Que averiguara si vives, y cuáles son tus males.

ELECTRA

Tú mismo observas mi cuerpo descarnado.

ORESTES

Enflaqueciéronlo los dolores para hacerme gemir.

ELECTRA

Y cortados los cabellos, sin rizos que me adornen.

ORESTES

¿Sientes acaso la ausencia de tu hermano y la muerte de tu padre?

ELECTRA

¡Ay de mí! ¿Qué prendas serán para mí más caras?

ORESTES

¡Ay, ay! ¿Cuáles son, a tu juicio, los sentimientos de tu hermano?

ELECTRA

Ausente, no presente, nos ama.

ORESTES

¿Por qué habitas aquí, lejos de la ciudad?

ELECTRA

Estoy casada, ¡oh extranjero!, en funesto matrimonio.

ORESTES

Deploro la suerte de tu hermano. ¿Quizá con alguno de Micenas?

ELECTRA

No, seguramente, como mi padre hubiera deseado.

ORESTES

Explícate para decirlo a Orestes.

ELECTRA

Vivo en esta casa lejos de él.[15]

ORESTES

El que habita en ella debe ser algún cavador o boyero.

ELECTRA

Un hombre pobre, aunque noble y piadoso conmigo.

ORESTES

¿Qué especie de piedad es la suya?

ELECTRA

Jamás subió a mi lecho.

ORESTES

¿Su castidad es sobrehumana, o hija del desprecio?[16]

ELECTRA

No ha querido deshonrar a mis padres.

ORESTES

¿Y cómo no se alegró de casarse contigo?

ELECTRA

Sabe que el que me dio a él en matrimonio no tenía derecho de hacerlo, ¡oh extranjero![17]

ORESTES

Ya entiendo; teme que Orestes lo castigue.

ELECTRA

Sin duda; pero además es hombre humilde.

ORESTES

Noble es su conducta y digna de premio.

ELECTRA

Si regresa alguna vez el ausente.

ORESTES

¿Y cómo lo consintió tu madre?

ELECTRA

Las mujeres, ¡oh extranjero!, aman más a los esposos que a los hijos.[18]

ORESTES

¿Qué objeto se propuso Egisto al injuriarte así?

ELECTRA

Que tuviese hijos tan oscuros como su padre.

ORESTES

¿Para que no te vengasen?

ELECTRA

Tal fue su propósito, y ojalá que lo expíe.

ORESTES

¿Sabe acaso el esposo de tu madre que permaneces virgen?

ELECTRA

No, se lo hemos ocultado.

ORESTES

¿Y estas amigas tuyas que nos escuchan?

ELECTRA

A nadie dirán tus palabras ni las mías.

ORESTES

¿Qué hará, pues, Orestes, si viene a Argos?

ELECTRA

¿Lo preguntas? Son palabras ociosas. ¿No han llegado ya las cosas al extremo?

ORESTES

¿Pero cómo dará muerte a los asesinos de su padre?

ELECTRA

Osando imitarlos.

ORESTES

¿Y te atreverías a asesinar con él a tu madre?

ELECTRA

Con la misma segur con que asesinaron a Agamenón.

ORESTES

¿Podré decirlo a él? ¿Estás decidida?

ELECTRA

Moriría de gozo si derramara la sangre de mi madre.[19]

ORESTES

¡Qué placer para Orestes si nos oyese!

ELECTRA

Y yo no lo conoceré si lo veo, ¡oh extranjero!

ORESTES

Nada tiene de extraño, separándoos tan jóvenes.

ELECTRA

Solo uno de mis amigos podría reconocerlo.

ORESTES

¿Quizá el que, según dicen, le salvó la vida?

ELECTRA

Sí, el ayo de mi padre, ya muy anciano.

ORESTES

¿Sepultaron a tu padre después de muerto?

ELECTRA

Sí, arrojándolo del palacio.

ORESTES

¡Ay de mí! ¿Qué has dicho? Tormento es para un hombre sentir demasiado los males ajenos. Habla, sin embargo, para que, instruido, lleve a tu hermano tristes nuevas que debe, no obstante, oír. La compasión, que no afectaría a un hombre grosero, aflige en ciertos casos a los más cultos, pues no carece de peligro la sabiduría de los sabios si pasa los límites ordinarios.[20]

EL CORO

Iguales son nuestros deseos,[21] ¡oh extranjero!, desde que te he oído.

Lejos de la ciudad, ignoro esas desdichas, y ya anhelo saberlas.

ELECTRA

Hablaré si conviene, y conviene sin duda, contar a un amigo mis infortunios y los de mi padre. Ya que me instigas a declarártelos, ¡oh extranjero!, suplícote que los refieras a Orestes, pues también le alcanzan, y que, en primer lugar, sepa cuál es mi traje, cuánto mi desaliño, bajo qué techo habito yo, nacida en regia morada; yo he de tejer mis peplos (o andar desnuda, careciendo de vestido) y traer el agua del río; no tomo parte en los coros ni en las sagradas fiestas, y huyo de las demás mujeres, siendo virgen; huyo de Cástor, que es de mi linaje, y con el cual me desposaron mis padres antes que volase al cielo.[22] Y mi madre se sienta en el trono entre despojos de troyanos, y la sirven esclavas asiáticas, cautivas de mi padre, que prenden sus palios frigios con broches dorados. Pero la negra sangre de Agamenón mancha todavía el pavimento, y su asesino se sirve de sus carros, empuñando gozoso en sus ensangrentadas manos el cetro con que rigió a los griegos. No se acuerdan de su sepulcro, ni le ofrecen libaciones, ni ramos de mirto, ni en la pira presentes de ningún género. Pero el esposo de mi madre, el ínclito Egisto, según dicen, orgulloso con su amor, insulta al sepulcro y arroja piedras al marmóreo monumento de mi padre, y se atreve a proferir contra nosotros estas palabras: «¿Dó yace el niño Orestes? Si lo sabe, ¿por qué no te defiende?». Tales injurias sufre ausente. Suplícote, pues, ¡oh extranjero!, que así se lo digas, pues muchos lo desean, siendo yo su intérprete, y mis manos, mi lengua, mi alma contristada, mi cabeza, mis cabellos y su propio padre; es vergonzoso que él aniquilara a los frigios y que Orestes no pueda matar a un solo hombre, cuando es joven e hijo de tan famoso padre.

EL CORO

Veo al que llaman tu esposo cansado del trabajo, que se apresura a llegar a su morada.

EL COLONO

¿Quiénes son esos extranjeros que están a la puerta? ¿Qué motivo los trae a mis umbrales? ¿Me necesitarán acaso? Indecoroso es para una mujer conversar con hombres jóvenes.

ELECTRA

¡Oh carísimo!, nada sospeches de mí; sabrás lo que sucede; estos extranjeros me traen nuevas de Orestes. Dispensadme vosotros estas palabras.

EL COLONO

¿Qué dicen? ¿Vive y ve la luz?

ELECTRA

Vive, según aseguran, y al parecer no mienten.

EL COLONO

¿Y se acuerda de su padre y de tus desdichas?

ELECTRA

Así lo creo, pero poco puede un desterrado.

EL COLONO

¿Y qué nuevas traen de su parte?

ELECTRA

Los envía para averiguar mis males.

EL COLONO

Algunos sabrán ya por sí mismos al verte; de los demás les habrás informado.

ELECTRA

Ya los conocen; nada les he callado.

EL COLONO

Más valiera llevarlos primero a casa. Id a ella, y recibiréis por tan alegres nuevas la hospitalidad que yo puedo daros; llevaos allá su equipaje, ¡oh siervos!, y no os opongáis a mi propósito, pues venís de parte de un ser querido al hogar de quien lo ama; y aunque pobre, no será villana mi conducta.

ORESTES

¿No es este, ¡oh dioses!, el hombre que respeta ocultamente tu virginidad, no queriendo ofender a Orestes?

ELECTRA

Llámanle el esposo de esta desgraciada.

ORESTES

¡Ah! No hay señal cierta para conocer la nobleza,[23] porque los ingenios de los mortales suelen padecer extrañas perturbaciones. Yo vi a un hijo de ilustre padre que no lo era, y después a hombres honrados hijos de otros malvados, y pobreza de espíritu en un opulento, y grandeza de ánimo en un miserable. ¿Quién, pues, podrá distinguirla y juzgar rectamente? ¿Atenderá a las riquezas? Sin duda será mal juez. ¿Se decidirá por los que nada poseen? La pobreza tiene sus inconvenientes; la necesidad obliga a veces a ser malo. ¿Apelará a las armas? ¿Pero quién, mirando una lanza, podrá testificar de la bondad del que la lleva? Lo mejor es abstenerse de juzgar. Este hombre, no distinguido entre los argivos, ni de familia ilustre, sino un pobre labrador, es, sin embargo, excelente. ¿No sabréis vosotros, los que os alucináis con falsas imágenes, llamar nobles a los hombres

ateniéndoos a su índole y costumbre? Estos gobiernan bien las ciudades y las familias, y los ricos sin seso son estatuas del ágora. Un brazo robusto no resiste mejor la lanza enemiga que uno débil, pues la verdadera fuerza es la energía y el valor natural. (*A Electra*). Por esta razón, ya presente, ya ausente el hijo de Agamenón, que nos manda, aceptemos la hospitalidad que nos ofrecen; entrad, pues, ¡oh siervos! Más quiero que me hospede un pobre atento que un rico. Alabo la recepción que este hombre nos ha hecho, aunque exigiera quizá más si, feliz tu hermano, me trajese a una casa también feliz. Quizá venga él, que Apolo ha pronunciado sus oráculos; las adivinaciones humanas solo compasión me inspiran. (*Retíranse Pílades, Orestes y los servidores, que entran en la casa*).

EL CORO

La alegría, ¡oh Electra!, fortalece ahora mi corazón más que antes; acaso la fortuna, que tan tristemente ha caminado hasta ahora, se detenga y nos favorezca.

ELECTRA

¿Cómo te has atrevido, ¡oh desgraciado!, a recibir en tu casa tan ilustres huéspedes, conociendo tu pobreza?

EL COLONO

Porque si, como parecen, son nobles, ¿no lo agradecerán, ya coman bien, ya mal?

ELECTRA

Puesto que erraste, siendo tanta tu miseria, ve en busca del anciano servidor de mi padre que, desterrado de la ciudad, guarda el ganado en las orillas del río Tanao,[24] límite de la tierra argiva y del suelo espartano, y dile que venga y traiga presentes para los extranjeros. Se alegrará y dará gracias a

los dioses de que viva el joven a quien salvó en otro tiempo. Del palacio paterno y de nuestra madre nada recibiremos, que no habría tan mala nueva para ese miserable como la de saber que vive Orestes.

EL COLONO

Iré, pues que te agrada, en busca de ese anciano; pero llégate a casa y prepara lo necesario. Como quiera, encontrará cualquier mujer abundante alimento. De lo que estoy seguro es de que, al menos, tenemos lo bastante para saciarlos un día. Cuando pienso en estas cosas siempre recuerdo lo que valen las riquezas para ofrecer la hospitalidad y curar el cuerpo si lo ataca alguna dolencia; pero con poco se satisface la necesidad de cada día, porque, estando harto, lo mismo es el rico que el pobre.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Ínclitas naves, que arribasteis un día a Troya con innumerables remos, danzando entre coros de nereidas, mientras que el delfín, apasionado de la flauta,[25] envolvía las cerúleas proas llevando al hijo de Tetis, a Aquiles de pies ligeros, y al rey Agamenón a las orillas del Simois, que riega los campos de Ilión.

Antístrofa 1.ª — Pero las nereidas, al dejar las riberas de la Eubea, llevaban las cinceladas armas que labró Hefesto en sus dorados yunques,[26] y buscaron a Aquiles por el Pelión y las altas y sagradas arboledas del Osa,[27] y por las grutas de las ninfas, testigos de sus amores, en donde el centauro Quirón[28] educó a este sol de la Grecia, hijo de la marina Tetis y veloz auxiliar del Atrida.

Estrofa 2.ª — Contome cierto griego que volvió de Troya al puerto de Nauplia, que en tu escudo, ¡oh hijo de Tetis!, estaban esculpidos estos signos, terror de los frigios: en el cerco, Perseo volando sobre los mares con

sus talares alígeras, mostrando la cabeza ensangrentada de la Gorgona, con Hermes, nuncio de Zeus, rústico hijo de Maya,[29] y en el centro el Sol resplandeciente con sus alados caballos, y los coros etéreos de astros, las Pléyades,[30] y las Híades, formidables a los ojos de Héctor. En su casco de áureas figuras, las Esfinges,[31] oprimiendo entre sus garras su famosa presa; en la loriga, que protege su cuerpo, la leona Quimera,[32] de rápido curso, respirando llamas, y en sus uñas el caballo Pegaso de Pirene.

Antístrofa 2.ª — Por último, en su mortífera lanza una cuadriga de fogosos caballos, envueltos en oscuro polvo. Al rey de tales guerreros mataste, ¡oh Tindáride!, mujer malvada, a tu mismo esposo, y los dioses en castigo decretarán tu muerte, y algún día, sí, algún día veré correr la sangre por tu cuello. (*Llega el viejo ayo de Agamenón*).

EL ANCIANO

¿En dónde, en dónde está mi dueña y veneranda virgen, la hija de Agamenón, que eduqué en otro tiempo? De arduo acceso es esta casa para los pies de un anciano, lleno de arrugas. Preciso es, sin embargo, ver a mis amigos, a pesar de mi encorvado cuerpo y vacilantes rodillas. ¡Oh hija!, ya que te veo junto a tu casa; tráigote este tierno cordero del rebaño de mis ovejas, y guirnaldas, y enjutos quesos, y este tesoro añoso de Dioniso, que perfuma el ambiente, escaso, en verdad, pero de dulce sabor cuando se vierte en la copa. Que alguno lo lleve a la casa para los huéspedes, mientras yo enjugo con mis vestidos las lágrimas que derraman mis ojos.[33]

ELECTRA

¿Por qué lloras, anciano? Después de tanto tiempo, ¿renuevan mis males tus dolores, o gimes por Orestes, mísero desterrado, y por mi padre, que en vano educaste en otro tiempo para ti y para tus amigos?

EL ANCIANO

Vanamente, es verdad; no puedo menos de llorar, que de paso visité su sepulcro, y solo derramé abundantes lágrimas, prosternado en tierra, y ofrecí libaciones del vino que he traído para tus huéspedes, y deposité alrededor del túmulo ramos de mirto; y en la misma pira vi vellón de negra oveja, y sangre recién vertida, y rizos de una rubia cabellera. Me admiré, ¡oh hija!, de que hubiese osado ningún hombre acercarse al túmulo, y no será ningún argivo, sino acaso tu hermano, que ha venido ocultamente, y ha tributado al mísero sepulcro de tu padre los honores debidos. Mira los cabellos de que hablo y compáralos con los tuyos, por si son como estos, cual suele suceder entre hermanos.

ELECTRA

No es de sabio lo que hablas, ¡oh anciano!, si crees que mi animoso hermano ha vuelto y se esconde por miedo de Egisto. Además, ¿cómo han de ser iguales los rizos de ambos, cuando los unos serían de un hombro noble, educado en la palestra, y los otros de una mujer que se peina con frecuencia?[34] Es, pues, imposible lo que pretendes, que encontrarás, ¡oh anciano!, muchos cabellos parecidos, aunque no sean parientes los que los llevan.

EL ANCIANO

Compara al menos su huella, examina los pasos impresos, a ver si el pie es igual al tuyo, ¡oh hija!

ELECTRA

¿Cómo se ha de imprimir la huella de los pies en la endurecida tierra? Y aunque así fuera, nunca es igual la de dos hermanos, si son varón y hembra, sino mayor la del primero.

EL ANCIANO

¿Y no podrías reconocer, si estuviese de vuelta, la tela que tejiste con tu lanzadera, y en la cual lo oculté en otro tiempo para salvarlo de la muerte?

ELECTRA

¿Ignoras que yo era jovencilla cuando huyó Orestes de este país? Y aunque la hubiera tejido, ¿cómo, siendo entonces niño, tendría ahora el mismo vestido, a no ser que crezca con el cuerpo? Así, pues, o algún peregrino se cortó el cabello, observando el abandono del sepulcro, o algún argivo, favorecido por las tinieblas.

EL ANCIANO

¿Pero en dónde están los huéspedes? Quiero verlos y preguntarles por tu hermano. (*Salen de la casa Píades y Orestes con su séquito*).

ELECTRA

De mi morada salen con pies ligeros.

EL ANCIANO

Y en verdad que parecen nobles, aunque la sola apariencia sea indicio falaz, pues muchos, nobles de aspecto, son villanos. Voy, sin embargo, a saludarles.

ORESTES

Salve, ¡oh anciano! ¿De cuál de tus amigos, ¡oh Electra!, es esta sombra?

ELECTRA

Es el que educó a mi padre, ¡oh huésped!

ORESTES

¿Qué dices? ¿El que ocultó a tu hermano?

ELECTRA

El que lo salvó, si de él queda algo.

ORESTES

¡Hola! ¿Por qué me mira como si examinara una obra curiosa de plata cincelada? ¿Me confunde con alguno?

ELECTRA

Acaso se alegra; creyéndote igual a Orestes.

ORESTES

Varón amado en verdad; ¿con qué objeto da vueltas?

ELECTRA

Yo misma me admiro, ¡oh huésped!, observándolo.

EL ANCIANO

¡Oh amada hija Electra!, da gracias al cielo.

ELECTRA

¿Por qué? ¿Está presente o no?

EL ANCIANO

Y acepta el rico tesoro que un dios te ofrece.

ELECTRA

He aquí cómo imploro a los dioses. ¿Pero qué dices, anciano?

EL ANCIANO

Mira con atención a este hombre muy amado, ¡oh hija!

ELECTRA

Temo, ya hace rato, que no está cabal tu juicio.

EL ANCIANO

Lo pierdo, en efecto, viendo a tu hermano.

ELECTRA

¿Qué extrañas palabras has proferido?

EL ANCIANO

Que veo aquí a Orestes, hijo de Agamenón.

ELECTRA

¿En qué señal te fundas que me inspire fe?

EL ANCIANO

En una cicatriz junto a la ceja que se hizo en otro tiempo persiguiendo contigo un cervatillo en el palacio paterno, y cayendo al suelo ensangrentado.[35]

ELECTRA

¿Qué dices? Veo, en efecto, esa señal.

EL ANCIANO

¿Y dudas abrazarlo?

ELECTRA

Ya no, ¡oh anciano!, pues me ha convencido la prueba que adujiste. ¡Oh, por fin viniste, por fin te vuelvo a ver inesperadamente!

ORESTES

¡Y al cabo también te encuentro!

ELECTRA

Cuando jamás lo hubiera pensado.

ORESTES

Ni yo tampoco.

ELECTRA

¿Aquel Orestes eres tú?

ORESTES

Tu solo compañero si, como el pescador, saco una vez la red que pienso echar. Confío, sin embargo, en que así sucederá, o no merecen fe los dioses, si los crímenes han de ser superiores a la justicia.

EL CORO

Llegaste, llegaste, ¡oh día tardío!; luciste, mostraste el astro que alumbra a la ciudad, desterrado antes del hogar paterno, y que ahora viene errante. Un dios, algún dios nos trae la victoria, ¡oh amiga!; levanta las manos, esfuerza el habla, implora a los dioses para que tu hermano entre en la ciudad con favorables auspicios.

ORESTES

Sea así, pues; gozaré en este momento de sus abrazos, y después me entregaré de nuevo a ellos. Pero tú, anciano, que tan a tiempo llegas, dime de qué modo podré castigar al asesino de mi padre, y a mi madre, su cómplice e impía esposa. ¿Tengo en Argos algunos amigos fieles? ¿Cómo la fortuna nos han abandonado todos? ¿A quién podré hablar de noche o de día? ¿Qué camino seguiré para caer de repente sobre mis enemigos?

EL ANCIANO

¡Oh hijo, eres desdichado y no tienes un solo amigo! Pocos, por puro afecto, comparten nuestros bienes y nuestros males. Tú (que has perdido todos los tuyos y con ellos toda esperanza) ten muy presente que de ti solo depende recuperar tu palacio paterno y tu ciudad.

ORESTES

¿Y qué haremos para conseguirlo?

EL ANCIANO

Matar al hijo de Tiestes y a tu madre.

ORESTES

He venido a recoger esta palma;[36] pero ¿cómo lograrlo?

EL ANCIANO

Si penetras dentro de las murallas no lo conseguirás, aunque lo desees.

ORESTES

¿Están guardadas por centinelas y armados satélites?

EL ANCIANO

Así es; te teme, sin duda, y no duerme tranquilo.

ORESTES

Piensa, pues, lo que debemos hacer.

EL ANCIANO

Escúchame; algo se me ocurre.

ORESTES

¡Ojalá que sea feliz la idea y yo la apruebe!

EL ANCIANO

Cuando venía hacia aquí encontré a Egisto.

ORESTES

Con atención te escucho: ¿en dónde lo viste?

EL ANCIANO

Cerca de estos campos, en los pastos de sus yeguadas.

ORESTES

¿Qué hacía? Vislumbro una esperanza en mi desesperación.

EL ANCIANO

Según me pareció, preparaba una fiesta a las ninfas.

ORESTES

¿Por los hijos que ya tiene, o por los que espera?

EL ANCIANO

No sé más que lo dicho, que se ceñía para sacrificar toros.

ORESTES

¿Con cuántos hombres? ¿Estaba solo con los esclavos?

EL ANCIANO

No estaba presente ningún argivo, sino algunos siervos.

ORESTES

¿Podrá descubrirme alguno si me ve, ¡oh anciano!?

EL ANCIANO

Son gentes de su servicio que jamás te vieron.

ORESTES

Si vencemos, ¿estarán de nuestra parte?

EL ANCIANO

Propio es de siervos, y útil a tu propósito.

ORESTES

¿Cómo podré acercarme a él?

EL ANCIANO

Si vas adonde sacrifica ahora...

ORESTES

Según parece, está en los campos próximos al camino.

EL ANCIANO

Probablemente te invitará al banquete cuando te vea.[37]

ORESTES

Amarga invitación será, sin duda, si los dioses quieren.

EL ANCIANO

Piensa lo que has de hacer después, según lo que ocurra.

ORESTES

Hablas con prudencia. Y mi madre, ¿en dónde está?

EL ANCIANO

En Argos; pero vendrá pronto a la cena.

ORESTES

¿Por qué no ha acompañado a su esposo?

EL ANCIANO

Temiendo las murmuraciones del pueblo, se ha quedado en su palacio.

ORESTES

Ya entiendo: recela que, como siempre, su conducta infunda sospechas en sus súbditos.

EL ANCIANO

Así es: la aborrecen por su impiedad.

ORESTES

¿Cómo mataré a los dos a un tiempo?

ELECTRA

A mi cargo queda la muerte de mi madre.

ORESTES

La fortuna nos favorecerá en todo.

ELECTRA

Este anciano nos servirá a ambos.

EL ANCIANO

Cierto; pero ¿cómo piensas asesinar a tu madre?

ELECTRA

Ve, ¡oh anciano!, y di a Clitemnestra que he dado a luz un hijo varón.

EL ANCIANO

¿He de decir que recientemente, o que hace algún tiempo?

ELECTRA

Di que ha llegado el momento de purificarme.[38]

EL ANCIANO

¿Y qué tiene que ver esto con su muerte?

ELECTRA

Cuando sepa que he sufrido los dolores del parto, vendrá sin falta.

EL ANCIANO

¿Por qué? ¿Crees que se cuida acaso de ti, hija?

ELECTRA

Sin duda, y llorará al recordar la humilde condición de mis hijos.

EL ANCIANO

Quizá llore; pero tratemos de nuestro asunto.

ELECTRA

Si llega a venir, morirá sin remedio.

EL ANCIANO

Y entrará por las puertas de tu casa.

ELECTRA

Y entonces será fácil que descienda al Orco.

EL ANCIANO

¡Que yo muera después de verlo!

ELECTRA

Lo primero que has de hacer es servir a este de guía.

EL ANCIANO

¿Adonde Egisto sacrifica ahora a los dioses?

ELECTRA

Busca después a mi madre, y dile lo que te he encargado.

EL ANCIANO

Creerá oírlo de tus mismos labios.

ELECTRA

Ahora te toca a ti, Orestes: la suerte ha decidido que mates primero a Egisto.

ORESTES

Allá voy, si alguien me enseña el camino.

EL ANCIANO

Yo te llevaré, y no de mala gana.

ORESTES

¡Oh Zeus, tronco de mi linaje,[39] vengador nuestro; compadécete de nosotros, que hemos sufrido males deplorables!

ELECTRA

¡Apiádate de tus descendientes!

ORESTES

¡Y tú, Hera, que presides en los altares de Micenas, danos la victoria si pedimos justicia!

ELECTRA

¡Déjanos vengar a mi padre!

ORESTES

¡Y tú, padre mío, que en los infiernos moras, infamemente asesinado, y soberana Tierra, a quien tiendo mis manos, socorre, socorre a estos tus hijos muy queridos! ¡Ven, Agamenón, y acompáñente en nuestra ayuda todos los muertos que contigo aniquilaron a los frigios, y cuantos detesten a los execrables asesinos! ¿Lo oíste, tú que has sufrido tales horrores de mi madre?

ELECTRA

Sé bien que todo lo oye mi padre, pero es hora de obrar. Y te recuerdo que Egisto ha de perecer, porque si vencido, por hado fatal, cayeres,

también yo moriré; y no se dirá que vivo, pues herirá mi cabeza cuchilla de dos filos. Voy a mi hogar a realizar mis proyectos, porque si de los tuyos viniese buena nueva, toda la casa saltará de júbilo; si sucumbes, sucederá lo contrario. Esto te digo.

ORESTES

Ya comprendo.

ELECTRA

Preciso es que pruebes tu valor. (*Vase Orestes*). Vosotras, ¡oh mujeres!, indicadme con claridad las tumultuosas alternativas de este combate. Yo esperaré empuñando cortadora espada; jamás se vengarán de mí mis enemigos, ni vencida injuriarán ni afrentarán mi cuerpo.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Famosa es la antigua tradición, según la cual Pan, protector de los campos, que espira dulcísonos versos,[40] trajo en mimbres donosamente tejidos una hermosa cordera de vellón dorado, amamantada por su tierna madre en las montañas de la Argólida, y subiéndose en las gradas de piedra, exclamó: «Al ágora, al ágora,[41] ¡oh habitantes de Micenas!: venid y veréis terribles prodigios de felices tiranos».

Antístrofa 1.ª — Y los coros llenaban el palacio de los Atridas, y se descubrían los dorados templos, y ardía el fuego en las aras de la ciudad de los argivos, y la flauta de Lotos, servidora de las musas, daba suavísimos sonidos, y se entonaban gratos cantos en honor del dorado cordero y de Tiestes. Seducida por él la esposa amada de Atreo en oculto lecho, llevó a su palacio el prodigio, y volviendo al ágora, dijo en alta voz que era suya la cornígera corderilla de maravilloso vellón dorado.

Estrofa 2.ª — Pero entonces, entonces torció Zeus el brillante rumbo

que siguen los astros, la luz del sol y el rutilante rostro de la Aurora; la ardiente llama encendida en el cielo descendió por las llanuras del occidente; las nubes, llenas de agua, se encaminaron a la constelación ártica, y el seco domicilio de Amón,[42] careciendo de rocío y privado por Zeus de las bienhechoras lluvias, aparece desde entonces árido y desierto.

Antístrofa 2.ª — Así dicen; pero yo doy poco crédito a esos insólitos giros del ardiente Sol, que, por castigar a los hombres, abandonó su dorado asiento en daño de ellos. Fábulas en verdad formidables a los mortales y útiles para mantener vivo en los hombres el culto de los dioses.

¿Por qué no te has acordado de ellas, tú, que mataste a tu esposo, madre de ínclitos hermanos? Callad, callad; ¿no habéis oído, ¡oh amigas!, un grito, o me engaña la fantasía, como si escuchase (*Se detiene y escucha*) el trueno infernal de Zeus?[43] Más claros son ya estos clamores. (*Llamando en alta voz*). Electra, nuestra dueña, sal de tu casa.

ELECTRA (*saliendo de su casa*).

¿Qué hay, amigas? ¿Cómo se muestra nuestra fortuna en esta lucha?

EL CORO

Solo sé que he oído el gemido de un moribundo.

ELECTRA (*escuchando*).

Yo también; desde lejos, es verdad, pero lo he oído.

EL CORO

De lejos viene la voz; pero es, sin embargo, clara.

ELECTRA

¿Será de algún argivo este gemido, o de alguno de mis amigos?

EL CORO

No lo sé; es un clamor confuso.

ELECTRA

Me anuncias que debo suicidarme; ¿por qué me detengo?

EL CORO

Aguarda hasta conocer tu suerte.

ELECTRA

No es posible; hemos sucumbido; ¿en dónde están los mensajeros?

EL CORO

Vendrán; no es fácil matar a un rey.

EL MENSAJERO (*que llega corriendo*).

Preclara victoria, ¡oh vírgenes de Micenas!, hemos alcanzado; sepan todos mis amigos que Orestes ha vencido, y que Egisto, asesino de Agamenón, yace postrado en tierra; pero demos las gracias a los dioses.

ELECTRA

¿Quién eres tú? ¿Cómo he de creer lo que me dices?[44]

EL MENSAJERO

¿No recuerdas que soy uno de los servidores de tu hermano?

ELECTRA

¡Oh tú, el muy amado!; no te conocí de miedo; ya sé quién eres. ¿Qué dices? ¿Murió el odioso asesino de mi padre?

EL MENSAJERO

Murió; dos veces te he dicho lo que tanto deseas saber.

ELECTRA

¡Oh dioses, y tú, Justicia, que todo lo ves, al fin venciste! Pero explícame todos los pormenores de la muerte del hijo de Tiestes.

EL MENSAJERO

Después que salimos de aquí, entramos en el camino trillado por los

carros, junto al cual estaba el ínclito príncipe de Micenas tejiendo coronas de tierno mirto. Al vernos dijo: «Salve, ¡oh huéspedes!; ¿quiénes sois?, ¿de dónde venís?, ¿en dónde habéis nacido?». Orestes respondió: «Somos de la Tesalia, y vamos al Alfeo[45] a adorar a Zeus Olímpico». Al oírlo Egisto replicó: «Hoy me acompañaréis a la cena, porque sacrificaré bueyes a las ninfas, y mañana temprano saltaréis del lecho y llegaréis al término de vuestro viaje. Pero entremos en la casa». Mientras decía esto nos guiaba a ella, y nosotros le seguíamos, no pareciéndonos bien rechazarlo. Ya dentro, dijo: «Tráiganse baños cuanto antes a estos huéspedes, para que se acerquen al altar y al agua lustral». Orestes le contestó así entonces: «Nos hemos purificado en las ondas puras de un río; pero si es lícito a los extranjeros sacrificar con los ciudadanos, ¡oh Egisto!, preparados estamos, y no nos opondremos, ¡oh rey!». Acabada esta plática, y dejando las lanzas los servidores que formaban su guardia, todos pusieron manos a la obra. Unos traían el vaso lustral, otros los cestos, otros encendían el fuego y ponían los vasos alrededor del hogar, y todos hacían gran ruido en el edificio. El esposo de tu madre derramaba la salsamola[46] en las aras, profiriendo estas palabras: «Ninfas que habitáis en las rocas, que yo os sacrifique muchas veces bueyes, y que mi esposa, la hija de Tindáreo, que está en el palacio, sea, como yo ahora, afortunada en cuanto emprenda, y desdichados mis enemigos». (Aludía a ti y a Orestes). Pero mi señor hacía votos contrarios, no, en verdad, en voz alta, para recuperar su patrimonio. Egisto tomó del cesto un cuchillo recto; cortó los pelos del novillo, echándolos con su mano derecha en el fuego; hirió a la víctima en los lomos al levantarla los sacrificadores, y dijo a tu hermano: «Los tesalios, entre otras artes insignes, se envanecen de ser maestros en despedazar un

toro y domar caballos. Toma el acero, ¡oh huésped!, y prueba que la fama no miente cuando así habla de los hijos de Tesalia». Orestes cogió en sus manos el bien templado cuchillo dórico;[47] sujetó el manto con el broche, y echándolo hacia atrás, eligió por sacrificador a Pílades, e hizo que se apartasen los demás servidores; y tomando un pie del novillo, descubría sus blancas carnes extendiendo la mano, y despojaba sus lomos de la piel en menos tiempo que tarda el jinete en recorrer dos veces el estadio.[48] Abría después las entrañas, y Egisto, recibiéndolas en su mano, las examinaba con cuidado porque faltaba el lóbulo en los intestinos, y así esta falta como el cuello de la vejiga de la hiel, presagiaban desdichas al que las escudriñara. Contrajo, pues, su rostro y, al observarlo, le preguntó mi dueño: «¿Por qué te entristeces?». «¡Oh huésped! —replicó—; temo fuera de aquí alguna asechanza; el hijo de Agamenón es mi más mortal enemigo, y también de mi familia». Él respondió: «¿Temes asechanzas de un desterrado, reinando tú en la ciudad? ¿No me dará alguno un cuchillo ftío, en vez del dórico,[49] para que, acabada la exploración, celebremos el banquete, después de abrir el pecho de la víctima?». Entonces Egisto se apoderó de las vísceras pectorales y se puso a examinarlas; mas al bajar la cabeza, tu hermano, levantándose sobre la punta de los pies, le descargó un golpe, rompiéndole las vértebras y tirando en tierra cuan largo era su cuerpo palpitante, que se revolcó en su sangre. Enteráronse sus servidores y tomaron las armas, y todos ellos, muchos en número, atacaron a los dos; pero los detuvo el valor de Pílades y Orestes, vibrando sus armas, y el último dijo: «No vengo como enemigo contra esta ciudad ni contra mis servidores; yo soy el mísero Orestes, que ha castigado al asesino de su padre. No me matéis, vosotros que sois mis antiguos súbditos». Contuviéronse ellos al oírlo, y fue

reconocido por cierto anciano que sirvió en su palacio. Regocijáronse entonces, y al punto lo coronaron. A buscarte viene, a enseñarte la cabeza, no de la Gorgona, sino de Egisto, a quien aborreces; su sangre paga con triste usura la derramada por él en otro tiempo.

EL CORO

Estrofa. — Prepara los pies para la danza, ¡oh amiga!, como el potrillo que salta con gracia en el aire. Tu hermano trajo una corona de más valor que la ganada en lucha victoriosa a las orillas del Alfeo.[50] Pero canta el himno triunfal en mi coro.

ELECTRA

¡Oh luz, oh crines de los cuatro caballos del Sol, oh tierra y tinieblas, que antes me envolvíais!; ahora están mis ojos libres y clara mi vista desde que sucumbió Egisto, el asesino de mi padre. Ea, amigas; con las galas que guardo en mi casa, coronaré la cabeza de mi hermano vencedor.

EL CORO

Hace bien en engalanar su cabellera, que nuestros coros seguirán gratos a las musas. Ahora que al rigor de la justicia perecieron estos hombres inicuos, gobernarán nuestro país sus antiguos y queridos reyes. Prosigan, pues, nuestros unánimes y alegres vítores. (*Aparecen Orestes y Pílades con su séquito, trayendo el cadáver de Egisto. Electra sale al encuentro de Orestes con coronas y cintas*).

ELECTRA

¡Oh victorioso Orestes, hijo de padre también victorioso en las guerras de Ilión!; toma para ti estas coronas entrelazadas. Vuelves a mi casa, no después de recorrer vanamente el estadio, sino después de matar a nuestro enemigo Egisto, asesino de tu padre y del mío. Y tú, Pílades, educado por

un varón muy piadoso,[51] que estás a su lado, toma de mi mano otra corona, que te expusiste a iguales peligros. Siempre desearé vuestra dicha.

ORESTES

A los dioses solo, ¡oh Electra!, la debemos; después puedes alabarme, que solo soy instrumento suyo y de la Fortuna. No me jacto vanamente de haber dado muerte a Egisto, y para que nadie lo dude te traigo su cadáver, ya por si quieres echarlo a las fieras que lo despedacen, o suspenderlo de un poste y ofrecer sus restos a las aves hijas del Éter. El que antes se llamaba tu señor es ahora tu siervo.

ELECTRA

De buena gana diría, a no ser por vergüenza...

ORESTES

¿Qué? Habla, ya no tendrás miedo.

ELECTRA

De que me aborrezcan si insulto a los muertos.

ORESTES

No hay quien lo reprenda.

ELECTRA

Nuestra ciudad es descontentadiza e inclinada a la maledicencia.

ORESTES

Di cuanto quieras, hermana; odio inextinguible profesamos siempre a Egisto.

ELECTRA

Sea, pues:[52] ¿cuál será mi primera injuria? ¿Cuáles otras le seguirán? Jamás, al levantarme, dejaba de pensar en lo que te diría al verte, si alguna vez no embargaba el temor mi lengua. Ya llegó ese día, y ahora, ¡oh Egisto!,

me oirás como si vivieras. Tú me perdiste, huérfana de mi caro padre; también a este, no provocado por agravio alguno; sedujiste a mi madre, y sin haber peleado contra los frigios mataste al general de los griegos. Tan lejos fue tu locura que creíste que no te sería infiel mi madre, con la cual te casaste, profanando el lecho de mi padre. Sepa, pues, todo el que corrompa a mujer ajena, que si después se ve obligado a tomarla por esposa, será infeliz si piensa que guarda para él solo el pudor que antes no tuvo. Desgraciada era tu suerte, aunque no lo creyeras así: no ignorabas que habías contraído un himeneo impío, ni mi madre que impío era también su esposo. Como los dos erais malvados, participasteis ambos de vuestras respectivas desdichas: tú de la suya, ella de la tuya. Todos los argivos decían a una: «Aquel es el esposo de esta mujer; esta mujer no es esposa de este hombre». Y era vergonzoso que una mujer estuviese al frente de un palacio, no un hombre, y yo aborrezco los hijos que en la ciudad llevan, no el nombre de su padre, sino solo el de su madre. Si alguno se casa con esposa más ilustre que él, nadie se acuerda del esposo y todos de la mujer. Te engañaste muy mucho y diste pruebas de ignorante si pensabas que eras algo porque tenías riquezas, que nada son y se disfrutan poco tiempo. Duradero es el ingenio, no ellas; mientras que poseyéndolo vencemos a los males, la opulencia es injusta y vive con los malvados, y vuela fácilmente y efímera es su flor. Callo lo que has hecho con las mujeres (que una virgen no debe decirlo); pero lo indicaré con reserva, para que se entienda: tu conducta era insolente, porque morabas en un palacio y eras hermoso. Que un marido tenga corazón varonil, no rostro virginal. Buenos son los mismos hijos de Ares, no los hombros bellos, gala de los coros. Muere, pues, necio como pocos; nunca sospechaste que pagarías la pena merecida.

Ninguno me diga que por haber dado con felicidad el primer paso en la carrera ha vencido, mientras no llegue a la meta y alcance el término de la vida. (*Dale con el pie*).

EL CORO

Cometió atentados horribles, y horriblemente os vengasteis tú y tu hermano. ¡Grande es el poder de la justicia!

ORESTES

Ea, servidores, llevaos ese cadáver y ocultadlo en las tinieblas, para que no lo vea mi madre antes de morir. (*Llévanse el cadáver*).

ELECTRA

Calla; hablemos de otra cosa.

ORESTES

¿Qué hay, pues? ¿Vienen a socorrerlo de Micenas?

ELECTRA

No; es la madre que me dio a luz.

ORESTES

A tiempo viene a caer en la red.

ELECTRA

Soberbia se presenta con su carro y con su estola.

ORESTES

¿Qué hacemos? ¿Matamos a nuestra madre?

ELECTRA

¿Sientes compasión al verla?[53]

ORESTES

¡Ay de mí! ¡Cómo he de matar a la que me alimentó y me dio a luz!

ELECTRA

Como ella mató a tu padre y al mío.

ORESTES

¡Oh Febo, seguramente es insensato tu oráculo!

ELECTRA

Si es Apolo necio, ¿quiénes serán los sabios?

ORESTES

Cualquiera que me aconseje matar a mi madre, lo cual no es lícito.

ELECTRA

¿Pero qué mal te aguarda vengando a tu padre?

ORESTES

Tendré que huir, reo de parricidio, cuando antes era inocente.

ELECTRA

Y si no vengas a tu padre serás impío.

ORESTES

Yo expiaré el asesinato de mi madre.

ELECTRA

¿Y no serás castigado si no vengas a tu padre?

ORESTES

¿Si el oráculo será obra de algún mal genio, no del dios?

ELECTRA

¿Sentándose en el sagrado trípode? No lo creo.

ORESTES

Ni yo que es piadoso ese oráculo.

ELECTRA

No te desalientes y pierdas el ánimo.

ORESTES

¿La mataré también dolosamente?

ELECTRA

Como a Egisto, su esposo.

ORESTES

Entraré; cruel es esta lucha y cruel será mi acción. Si los dioses lo quieren, así sea; combate es este para mí dulce y amargo a un tiempo.

EL CORO

Viva la hija de Tindáreo, reina de la tierra argiva, hermana de los fuertes hijos de Zeus[54] que moran entre los astros del ardiente éter y socorren a los mortales afligidos en medio de los mares. Salve: venérote como a los bienaventurados, que grandes son tus riquezas y tu dicha; tiempo es ya, ¡oh reina!, de rendir homenaje a la fortuna.

CLITEMNESTRA

Bajad del carro, troyanas, y dadme la mano para ayudarme a salir. Adornados están los templos de los dioses con los despojos frigios, aunque en mi palacio posea, en vez de la hija que perdí,[55] estas esclavas escogidas de la tierra de Troya, don exiguo, pero grato.

ELECTRA

¿No me será lícito, ¡oh madre!, a mí, esclava arrojada del hogar paterno, que habito en pobre casa, tocar tu bienaventurada mano?

CLITEMNESTRA

Para eso sirven estas esclavas; no me atormentes.

ELECTRA

¿Por qué no? Como a cautiva me lanzaste del hogar paterno; sin él, cautiva soy también como estas, huérfanas de padre, abandonadas.

CLITEMNESTRA

Así pensaba también tu padre de amigos que no lo merecían. Me explicaré, sin embargo, aunque se crea, y a mi parecer sin razón, que es interesado el lenguaje de una mujer de mala fama.[56] Si después de oírme estima alguno que debe odiarme, hágalo en buen hora; si no, ¿por qué aborrecerme? Tindáreo me dio a tu padre, no para que me matase ni tampoco a mis hijos, y Agamenón, al dejar su palacio, arrastró a Ifigenia a Áulide, en donde estaban detenidas las naves, pretextando que la casaría con Aquiles; y allí, llevándola a la pira, manchó con sangre sus blancas mejillas. Y esto podría perdonarse si lo hubiera hecho por librar de asedio a Argos o por salvar a su familia y los demás hijos, perdiendo uno por todos; pero no arrancármela por recobrar a la libidinosa Helena y porque su esposo no pudo refrenarla. Esto solo, a pesar de ser injusto, no me habría precipitado a asesinarlo; pero volvió en compañía de una bacante de inspirado estro,[57] y compartió con ella su lecho y quiso tener a un tiempo dos esposas en un mismo palacio. No diré que las mujeres no sean deshonestas; pero aun siendo cierto, si el esposo peca y rechaza sus abrazos, ella quiere imitarlo y buscar otro amante. ¡Y para nosotras es ignominioso, y si los hombres lo hacen nadie se admira! Si hubiesen robado a Menelao, ¿debía yo sacrificar a Orestes por salvar al esposo de mi hermana? ¿Y el que mató a mi hija no debía morir y yo sí? Yo lo maté; yo le salí al encuentro, y fueron mis cómplices sus enemigos; si no, ¿qué amiga hubiese osado ayudarme a perpetrar ese crimen? Di lo que quieras con toda libertad, y prueba que tu padre no sufrió el castigo merecido.

ELECTRA

Defendiste tu causa, pero es injusta. Conviene a la mujer prudente ceder siempre a su esposo; de la que así no piense, ni aun hablar quiero.

Acuérdate, ¡oh madre!, de tus últimas palabras concediéndome completa libertad de replicarte.

CLITEMNESTRA

Lo mismo repito ahora, y no me vuelvo atrás de lo dicho.

ELECTRA

Y después de oírme, ¿no me harás ningún mal, madre?

CLITEMNESTRA

De ningún modo, y seré contigo indulgente.

ELECTRA

Sea así, pues, y este será mi exordio.[58] ¡Ojalá, ¡oh madre!, tuvieses mejores pensamientos, porque es grande tu hermosura y la de tu hermana Helena!; pero sois dos hermanas igualmente frívolas e indignas de Cástor. La una consintió en su rapto y tú perdiste al más ilustre de los griegos, pretextando que le dabas muerte por haber degollado a tu hija, pues no todos saben como yo la verdad del caso, y que tú, antes de cerciorarte de ello y a poco de separarte de tu esposo, peinabas al espejo los rubios rizos de tu cabellera. Pero la mujer que, ausente de su esposo, se adorna para agradar, merece vituperio; nunca sale de su casa sino en demanda de traiciones. Tú fuiste la única griega que se alegraba de los triunfos de los troyanos, nublándose tus ojos cuando sucumbían, y deseando que Agamenón no volviese de Troya. Y justo motivo tenías para ser casta, pues en nada le aventaja Egisto, y los griegos le eligieron general; y por lo mismo que tu hermana Helena había cometido tales maldades más gloria reportarías, porque los delitos ajenos ofrecen a los justos útil enseñanza. Pero aun suponiendo, como dices, que mi padre matase a tu hija, yo y mi hermano, ¿qué daño te hemos hecho? ¿Por qué, después de muerto tu

esposo, no nos llevaste al palacio paterno en vez de traer a él otro lecho, y das una corona en precio de su crimen, ni destierras a tu esposo en vez de a tu hijo, ni por vengarme lo asesinas, cuando él en vida me ha hecho perecer, no una, como mi padre a mi hermana, sino dos veces? No hay duda que si un asesinato se venga con otro, yo y tu hijo Orestes vengaremos en ti el de nuestro padre. Si su muerte fue justa, lo será también la tuya. Todo el que se casa con una mujer malvada solo por sus riquezas o ilustre linaje, es un necio; que un himeneo modesto y casto es la bendición de una familia.[59]

EL CORO

La fortuna juega un gran papel en los casamientos de las mujeres, y hace la felicidad o la desdicha de los mortales.

CLITEMNESTRA

Obedeces, ¡oh hija!, a la ley natural amando al que te engendró. También sucede que unos hijos quieren solo a sus padres, y otros prefieren a la madre. Te perdono, porque no siempre, ¡oh hija!, me alegran mis recuerdos. ¿Pero así estás sin purificarte, y mal abrigada, y recién parida, sin embargo? ¡Oh, cuán desgraciada soy, solo por mi causa, excitando las iras de mi esposo más de lo justo!

ELECTRA

Tarde gimes, cuando no puedes remediarlo. Mi padre ha muerto; ¿cómo no llamas a tu hijo, que anda errante lejos de su patria?

CLITEMNESTRA

Tengo miedo; así me lo aconseja mi interés, no el suyo, porque, según dicen, se enfurece al recordar el asesinato de Agamenón.

ELECTRA

¿Y por qué nos trata tu esposo con tanto rigor?

CLITEMNESTRA

Tal es su carácter, pero no mejor el tuyo.

ELECTRA

Lo siento, aunque no me indigno.

CLITEMNESTRA

Ya no te hará ningún daño.

ELECTRA

Se llena de orgullo porque habita en mi palacio.

CLITEMNESTRA

¿Lo ves? ¿Promueves nuevas disputas?

ELECTRA

Me callo: le temo, y yo me entiendo.[60]

CLITEMNESTRA

No hables más de esto. ¿Para qué me llamabas, hija?

ELECTRA

Según creo, tienes ya noticia de mi parto; sacrifica en mi nombre, porque yo ignoro la costumbre observada cuando tiene el niño diez días, y no es extraño, por ser el primero.

CLITEMNESTRA

Eso corresponde a la que te asistió en el parto.

ELECTRA

Nadie me ayudó, y sola di a luz un hijo.

CLITEMNESTRA

¿No tenéis ningún amigo?

ELECTRA

Nadie codicia pobres amistades.

CLITEMNESTRA

Iré, pues, para sacrificar a los dioses, ya que el niño tiene el tiempo debido;[61] pero así que recibas esta gracia volveré al campo, en donde mi esposo sacrifica a las ninfas. Vosotros, servidores, llevad a los pesebres los caballos uncidos a la lanza, y regresad cuando calculéis que he concluido el sacrificio, pues también debo complacer a mi esposo. (*Entra en la casa*).

ELECTRA

Entra en mi pobre casa; cuida de que su ennegrecido techo no deslustre tu peplo; sacrificarás como conviene a los dioses. Pronto está el cesto para los sagrados auspicios, y aguzado el cuchillo que dio muerte al toro, junto al cual caerás tú misma herida; en el palacio de Hades te casarás también con quien dormías en el imperio del Sol: tan grande será la gracia que te dispense en pago de la pena que debes a mi padre. (*Entra tras ella*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Una cadena terrible forman los males, y vientos varios agitan a las familias. Mi príncipe, sí, mi príncipe sucumbió en otro tiempo en el baño, y resonó el pavimento, y resonaron las almenas de piedra del palacio mientras él exclamaba: «¡Oh mujer criminal!, ¿por qué me matas cuando vuelvo a mi patria amada después de diez sementeras?».

Antístrofa 1.ª — Pero sonó la hora de la venganza para esta infame, que profanó el lecho nupcial y mató con sus propias manos a su esposo desdichado, que regresaba tarde a su patria, a los muros de los cíclopes, que se elevan en los aires, blandiendo ella misma el puñal afilado. ¡Oh mísero esposo, qué ofensa tan grande te hizo esta furia ensañándose criminal en ti, como salvaje leona que mora en las espesuras de los montes!

CLITEMNESTRA (*dentro*).

¡Por los dioses, hijos, no matéis a vuestra madre!

EL CORO

¿Oyes una voz bajo el techo?

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

EL CORO

Deploro que sucumba a manos de sus hijos. La justicia divina ejerce su ministerio cuando la ocasión se presenta. Adversa es tu suerte, ¡oh desgraciada!, pero impíos fueron también tus hechos.

Vedlos, vedlos aquí manchados con la sangre de su madre, que salen de la casa, señal manifiesta de la victoria, como los lamentos que oímos antes. Nunca hubo palacio más funesto que el habitado por los hijos de Tántalo. (*Al salir Electra y Orestes ábrense las puertas, y se ven los dos cadáveres de Clitemnestra y Egisto*).

ORESTES[62]

Estrofa 2.ª — Ensalcemos a la Tierra y a Zeus, que ve cuanto hacen los mortales; contemplad, ¡oh dioses!, estos crímenes sangrientos y nefandos; dos cuerpos tendidos en tierra al golpe de mi mano, único remedio a mis desdichas.

ELECTRA

Lamentables son en verdad, ¡oh hermano!; autora soy también de ellos. Con furor me he ensañado en esta madre que me dio a luz.

ORESTES

¡Oh madre infortunada y criminal que me diste la vida! ¡Oh calamidad, oh calamidad, obra voluntaria de tus propios hijos! Sin embargo, has

expiado el asesinato de mi padre.

Antístrofa 2.ª — Me instigaste, ¡oh Febo!, a cumplir esta venganza, y cometiste horrible y manifiesto delito, y desataste funesto himeneo en la tierra helénica. ¿A qué ciudad iré? ¿Qué hombre piadoso me dará hospitalidad y mirará tranquilo el rostro del matador de su madre?

ELECTRA

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Y yo, ¿adónde iré? ¿Qué coro podré formar? ¿Quién me querrá por esposa? ¿Qué hombre querrá recibirme en su lecho conyugal?

ORESTES

Como el viento, sí, como el viento has cambiado; ahora piensas piadosamente, antes no, y excitaste a tu hermano, ¡oh hermana amada!, a cometer terribles atentados que no aprobaba. ¿No viste cómo la desdichada se despojó de su manto, me presentó su pecho para que lo hiriera, ¡ay de mí, ay de mí!, y, enterneciéndome, arrastró por tierra el cuerpo que me engendrara?

ELECTRA

Sé que vacilaste al oír el flébil clamor de la madre que te dio a luz.

ORESTES

Así habló, tocando mi barba: «¡Oh hijo mío, por los dioses te lo pido!». ¡Y besaba mis mejillas, y se me cayó el arma de las manos!

EL CORO

¿Cómo te has atrevido, ¡oh desgraciada!, a presenciar el asesinato de tu madre?

ORESTES

Yo la maté ocultando mi rostro con el palio y atravesando su cuello con

mi espada.

ELECTRA

Pero yo te animé y esgrimí también el acero.[63]

ORESTES

Envuelve en el manto a tu madre, quítala de nuestra vista, lava sus heridas. (*Dirigiéndose al cadáver de Clitemnestra*). ¡Oh madre de tus asesinos!

ELECTRA (*mientras cubre el cadáver*).

He aquí cómo amigas y enemigas te ocultamos bajo nuestros vestidos, última víctima de nuestra familia.

EL CORO

Mirad cómo aparecen ciertos seres sobrenaturales sobre lo alto de la casa; quizá sean algunos dioses, porque así no vienen los mortales. ¿Por qué se presentan de este modo a los hombres?

LOS DIOSCUROS (*habla Cástor*).

Oye, hijo de Agamenón, que te hablan los gemelos hijos de Zeus, hermanos de tu madre, Cástor y mi hermano Pólux. Después que aplacamos en la mar una borrasca fatal a las naves, vinimos a Argos, en donde presenciamos el asesinato de nuestra hermana, madre tuya. La justicia se ha cumplido, pero tú no has sido su ministro, que Apolo, Apolo... Pero es mi rey y callo, pues aunque sabio, no pudo inspirarte sabiduría. Mas después de todo, es menester resignarse, porque se han de obedecer los decretos del destino y de Zeus: que Electra sea esposa de Pílades y la lleve consigo; abandona tú a Argos, pues habiendo asesinado a tu madre, no debes entrar en ella. Las terribles Furias, diosas de feroces miradas, te perseguirán errante, víctima del delirio; pero encamínate a

Atenas y abraza la sagrada imagen de Palas, que ahuyentará a tus perseguidoras, azotándolas también con crueles dragones, y no osarán acercarse a ti, y te protegerá con la terrible égida y la cabeza gorgónica. Hay allí cierta colina de Ares, en donde los dioses se juntaron primero para dar sus votos y fallaron sobre el homicidio de Halirrotio,[64] hijo del rey del mar, que pereció a manos del dios cruel de la guerra, enfurecido a causa de las impías nupcias que celebró con su hija, desde cuyo suceso es para los dioses santísima o irrevocable la sentencia que allí se pronuncia.[65] En este mismo lugar te sujetarás al fallo que recaiga en tu causa. Votos iguales salvarán tu vida y no morirás por tu crimen, pues Febo será responsable de haberte aconsejado el parricidio. Y las crueles diosas, presas de profundo dolor, se precipitarán en una sima cerca de esa eminencia, oráculo sagrado desde entonces y temido de los hombres. Ley será en adelante para la posteridad que el reo se salve siempre que el mismo número de votos lo condene y lo absuelva. Conviene que después habites a las orillas del Alfeo, en la Arcadia, cerca del templo Liceo,[66] y se fundará además una ciudad que lleve tu nombre.[67] Esto es lo que te digo. El cadáver de Egisto será enterrado por los argivos. Menelao, dueño ya de los campos troyanos, y su esposa Helena, llevarán a tu madre a Nauplia, en donde le darán sepultura. Helena viene ahora del palacio de Proteo,[68] dejando a Egipto; no ha estado en Troya, pues Zeus, para suscitar guerras y muertes de hombres, envió a Ilión una falsa imagen suya.[69] Pílades llevará a su virgen esposa a la tierra aquea,[70] y al país de los focidios[71] al esposo de tu hermana,[72] tu pariente solo en el nombre, dándole una libra de oro. Tú irás por el Istmo a la afortunada roca de Cécrope,[73] y cuando cumplieres tu fatal destino y expiares tu parricidio, serás feliz, libre de estos males.

EL CORO

¡Oh hijos de Zeus!, ¿nos dais licencia de hablaros?

LOS DIOSCUROS

Podéis hacerlo, si no os habéis contaminado.

ORESTES

Y yo, ¿puedo hablar con vosotros, ¡oh hijos de Tindáreo!?

LOS DIOSCUROS

También tú, porque a Febo imputo este crimen sangriento.

EL CORO

¿Cómo siendo dioses y hermanos de esta, ahora cadáver, no habéis alejado de aquí a las Furias?

LOS DIOSCUROS

El destino lo ordenaba y la voz imprudente de Febo.

ELECTRA

¿Y qué me mandó Febo? ¿Qué oráculos me prescribieron dar muerte a mi madre?

LOS DIOSCUROS

Crimen común y común destino, y el delito de vuestro padre os perdió a ambos.

ORESTES

¡Oh hermana mía! Hoy que te veo después de tanto tiempo, me alejan al punto de tu presencia, y te abandono, y tú a mí.

LOS DIOSCUROS

Ya tiene hogar y esposo; solo en dejar la ciudad de los argivos participa de tus males.

ORESTES

¿Y qué cosa hay más deplorable que ser desterrado de su patria? Pero yo, reo de la muerte de mi madre,[74] abandonaré los lugares en que vivió mi padre para sujetarme al fallo de un tribunal extranjero.

LOS DIOSCUROS

No desmayes; resígnate, que vas a la santa ciudad de Atenea.

ELECTRA

Abrázame, ¡oh hermano muy amado!; las horribles imprecaciones de una madre nos alejan del hogar paterno.

ORESTES

Anda, pues, abrázame tú, y llora como si lo hicieses ante mi sepulcro.

LOS DIOSCUROS

¡Ay, ay! Tristes hasta para los dioses son tus lamentos. Nosotros y los demás habitantes del cielo nos compadecemos de las desdichas humanas.

ORESTES

¡No te veré ya más!

ELECTRA

¡Ni yo a ti tampoco!

ORESTES

Esta es la última vez que me hablas.

ELECTRA

Adiós, ¡oh ciudad!; adiós por largo tiempo vosotras, mujeres que la habitáis.

ORESTES

¡Oh hermana fidelísima!, ¿ya te vas?

ELECTRA

Me voy derramando tiernas lágrimas.

ORESTES

Alégrate tú, Pílades, que Electra será tu esposa.

LOS DIOSCUROS

Celebrar su himeneo será, en efecto, su primer cuidado; pero tú, si has de huir de estas Furias, encamínate a Tebas. Con sus manos armadas de dragones y su negro cuerpo te acometerán con terrible ímpetu, y te causarán atroces dolores. Nosotros vamos ahora volando al mar Sículo a proteger en sus aguas las proas de los bajeles. Cuando atravesamos el éter no socorremos a los impíos, salvando tan solo de graves trabajos a los que rinden culto a la Piedad y a la Justicia. Que nadie, pues, navegue que sea injusto ni perjuro. Yo, dios, lo anuncio a los hombres.

EL CORO

Y yo me despido de vosotros. Entre los mortales es solo feliz el que no sufre infortunios y está contento con su suerte.

* * *

Notas

1. *Vorlesungen über dramat. Kunst und Literatur*, IX. pág. 161. La traducción francesa de esta obra notabilísima se ha agotado hace ya tiempo.

2. Argos fue fundada por Ínaco hacia el año 2000 antes de J. C.

3. El fenicio Ínaco, padre de Ío y de Egialeo, dio su nombre a este río de la Argólida (hoy Najo o Planizza), que corre de N a S, pasa por Argos y desagua en el golfo Argólico.

4. Este rey, el último de Ilión y descendiente de Dárdano, fundador de su linaje, murió al pie del ara de Zeus Herceo, adonde se había refugiado, a manos de Pirro o Neoptólemo, hijo de Aquiles.

5. El texto griego dice *ὑψηλῶν δ' ἐπὶ ναῶν*, en los elevados templos, porque los de Zeus, Hera y Atenea, según Vitruvio, se edificaban generalmente en las eminencias. Adviértase que

Hera era adorada generalmente en Argos, y que, como sucede entre nosotros, se depositaban en los edificios consagrados al culto los trofeos de los enemigos.

6. De todos estos personajes hemos hablado ya en nuestras notas al *Orestes*.

7. Este pretexto, como puede verse en el *Agamenón* de Esquilo, y más adelante en esta misma tragedia (versos 1010-1014), fue el sacrificio en Áulide de Ifigenia, hija de Clitemnestra y de Agamenón. En Esquilo se atribuye también a sus celos de Casandra, esclava hija de Príamo, que trajo de Troya.

8. Electra pronuncia aparte estas palabras que encerramos en un paréntesis, porque de otra manera no se podría suponer que diga en ellas delante de su esposo que no lleva el cántaro en su cabeza obligada por la necesidad, y poco después lo contrario.

9. Los griegos se rasuraban el cabello en señal de duelo, y lo ofrecían a los manes de sus parientes muertos, como hace aquí Orestes.

10. El mesodo (en griego μεσῳδός) significa propiamente *entrecanto*. Era una especie de estribillo o canto corto que se halla entre las estrofas.

11. Esquilo refiere en *Las Euménides* la muerte de Agamenón a su vuelta de Troya. Al salir del baño, su esposa Clitemnestra lo envolvió en una red, y ella y Egisto lo cosieron a puñaladas.

12. El palio (φᾶρος, ἱμάτιον) era un paño grande de lana, cuadrado o cuadrilongo, que se sujetaba en la garganta o en el hombro con un broche. A veces era el único vestido que cubría el cuerpo; pero generalmente se ponía encima de la túnica. Se llevaba de distintas maneras, según el capricho de su dueño o la estación del año.

13. En todas las casas había a la puerta una estatua de Febo, θυραῖος o ἀγυιεύς. (V. nuestra nota a *Las Fenicias*).

14. Esto es, que varía de residencia, errando de una ciudad en otra, por lo cual es más triste su condición.

15. De Orestes.

16. En efecto, no se podía llevar más lejos la continencia, lo cual, si choca a nosotros, más extraño debía parecer a su auditorio, poco acostumbrado a la práctica de esa virtud. Así lo siente Eurípides, y de aquí sus esfuerzos para hacer más verosímil su singular ficción, hija

solo de su deseo de no imitar en nada a Sófocles y Esquilo.

17. Porque ni era su padre, ni la casó como debía, sino con la dañada intención de envilecerla.

18. La malevolencia de Eurípides al bello sexo no puede ocultarse, porque, ansioso de ofenderlo, no teme faltar a la verdad. Ordinariamente sucede lo contrario.

19. Estas frases bárbaras y desnaturalizadas, y en boca de una virgen como Electra, de regia estirpe o hija del ínclito Agamenón, nos repugnan hasta lo sumo. No cabe belleza de ningún género en este espectáculo, cuando hasta tal punto se atropellan los sentimientos naturales, y sabiendo sobre todo que el poeta no cree en la influencia del destino, ni el pueblo que lo escucha. Cualquiera diría que su objeto, más que revestir con los gratos colores de la poesía estas tradiciones populares, es hacerlas odiosas a toda costa.

20. El texto griego dice así:

21. Las de oír a Electra.

22. Electra alude aquí a su situación excepcional de ser casada y virgen, y a esto atribuye su aislamiento, pues siendo virgen no puede concurrir con ellas a las fiestas, porque no pasa por tal, ni tampoco con las matronas, porque su conciencia se lo impide, sabedora de su virginidad. Esta es también la causa de que huya de Cástor (hijo, como su madre, de Zeus y de Leda, que es mortal y dios de año en año), pues para él ya no es virgen, habiéndose casado con el colono.

23. De molde viene aquí a Eurípides esta ocasión para disertar un poco sobre la nobleza, la virtud y el valor, aunque ni la situación de los personajes lo consienta ni lo exija, ni tal disertación aumente en lo más mínimo los quilates de la tragedia. Nuestra opinión en este particular es que deben mirarse como síntoma de decadencia literaria estos esfuerzos de los escritores en poner de relieve su persona o sus ideas siempre que se trate de una fábula (llámesele drama, epopeya o novela), en la cual, a ser posible, se debería suprimir hasta el recuerdo de su existencia.

24. Según dice Pausanias, el Tanao es un río poco caudaloso que riega las fronteras de la Argólida y desagua en el golfo Tiríntico.

25. Sabida es la fábula de Arión, el poeta músico griego, que se supone autor del ditirambo, su viaje a Italia con Periandro, rey de Corinto, su exposición de ser robado a la vuelta,

codiciosos los marineros de las riquezas que traía, y el medio de que se valió para librarse de la muerte, tocando la lira y precipitándose al mar, en donde lo recogió un delfín, llevándolo ileso hasta el cabo Ténaro, en la Laconia.

26. Estas famosas armas fueron un presente que Hefesto hizo a Aquiles, el hijo de Tetis, y la causa de la locura de Áyax cuando, a la muerte de su dueño, fueron adjudicadas a Odiseo.

27. El Osa es un monte de la Tesalia, en la Magnesia, a lo largo del golfo Termaico, célebre porque en él habitaron los centauros, y por ser uno de los que levantaron los gigantes para escalar el cielo.

28. Quirón, centauro, hijo de Cronos y de Fílira, gran cazador, médico y astrónomo famoso. Habitaba en el monte Pelión, en la Tesalia, y fue maestro de Heracles y de Odiseo. Herido por una flecha empapada en la sangre de la hidra de Lerna, murió y fue trasladado al cielo, en donde forma el signo de Sagitario.

29. Maya, una de las Pléyades, hija de Atlas y de Pléyone, fue amada por Zeus, de quien tuvo a Hermes.

30. Las Pléyades, cuyo nombre proviene, según unos, de su madre Pléyone, según otros del verbo griego πλέω (navego), porque transformadas en astros se muestran en la época más favorable a la navegación, fueron hijas de Atlas y de Pléyone, como queda dicho. Eran siete: Maya, Electra, Táigete, Astérope, Mérope, Alcíone y Celeno.

31. Véase *Las Fenicias*. Esta presa era los caminantes, que llevaba en sus garras cuando no acertaban sus enigmas.

32. La Quimera, hija de Tifón y de Equidna, tenía la cabeza de león, la cola de dragón y el cuerpo de cabra, y vomitaba llamas. Denominose también así un monte de la Licia, en donde, según se dice, hubo un volcán que dio origen a esta fábula. Murió a manos de Belerofonte, que la atacó montado en el caballo Pegaso.

33. El pañuelo no era, sin duda, conocido de los antiguos griegos.

34. La malignidad de Eurípides y su envidia a Esquilo aparecen claramente en esta crítica que hace de la *Electra* de aquel poeta. La semejanza que en ella encuentra esta heroína entre su cabello y sus huellas con las de su hermano le bastan para afirmar su proximidad y después reconocerlo. Pensamos, sin embargo, que no es esto tan pueril como se supone, y que Esquilo, habiendo trazado a valientes rasgos el carácter de Electra, doncella vehemente,

apasionada y cuya imaginación solo piensa en su padre y en Orestes, preocupada constantemente con la idea de su venganza, crea que el cabello y las huellas que ha visto junto al sepulcro de Agamenón pertenecen a su hermano. De todas maneras, ni al poeta ni a la composición conviene descender a estas críticas literarias, que rebajan la elevación necesaria en uno y otra.

35. Esta invención de la señal o cicatriz de Orestes no tiene el mérito de la originalidad, porque es una imitación de la escena que leemos en el canto XIX de *La Odisea*, cuando la nodriza de Odiseo lo reconoce al lavarse, viendo la que le hizo el jabalí del Parnaso al visitar este héroe a Autólico y sus hijos.

36. La palma (φοῖνιξ, *phœnix dactylifera*) símbolo de la victoria entre griegos y romanos, a causa de su mucha elasticidad y de la resistencia que opone al que intenta romperla. (Aulo Gel., III, 6). Dábase como premio a los atletas y conductores de carros que vencían a sus adversarios, como dice Horac., IV, 2: *Sive quos Elea domum reducit palma cœlestes*; y de aquí, por extensión, a todo el que triunfaba.

37. Era costumbre de los griegos invitar al sacrificio a los caminantes o extranjeros que llegaban en el momento de celebrarlo, porque, como es sabido, los dioses solo saboreaban el humo que despedía la carne de las víctimas, y los sacrificadores la misma carne.

38. Los gentiles, lo mismo que los hebreos, se purificaban con frecuencia, sobre todo en ciertos actos solemnes, simbolizando la pureza del alma o el deseo de adquirirla con la purificación del cuerpo. Entre los griegos, las paridas se purificaban a los diez días del parto, porque los nueve primeros son los de más peligro.

39. Zeus fue padre de Tántalo, este de Pélope, Pélope de Atreo y Atreo de Agamenón, padre de Orestes y Electra.

40. M. Artaud recuerda a este propósito que si Pan trajo esta cordera de vellón dorado, fue para vengar al cochero Mírtilo, a quien Pélope precipitó en la mar, porque uno y otro eran hijos de Hermes. Nosotros, en honor de la verdad, debemos decir que Apolodoro no hace a Pan hijo de Hermes, sino de Zeus, y que este es el padre que le dan los mitólogos. Dice así Apolod., *Biblioth.*, cap. IV, pár. 2:

41. Llamábase ágora, ἀγορά, la plaza pública de las ciudades griegas. Las más bellas y regulares, sobre todo las del Asia Menor, eran cuadradas; en la Hélade había muchas, cuya

forma se ajustaba a la configuración del suelo; pero todas estaban rodeadas de pórticos, στοαί, compuestos de una o de dos filas de columnas, que terminaban en un terrado. Las antiguas ágoras no tenían pórticos continuos, sino que las atravesaban distintas calles. Tal era, entre otras, la plaza pública de Elis, descrita por Pausanias, l. VI, c. XXIV. En el ágora celebraba el pueblo sus asambleas; en ciertos casos, como en Megalópolis y en Atenas, una parte de los pórticos estaba dispuesta de tal manera que los magistrados podían administrar en ellos justicia. Dentro se elevaban los templos de muchas deidades, y altares y estatuas en honor de los dioses y de los ciudadanos que habían merecido bien de la patria. Algunos pórticos estaban decorados con pinturas, y en ese caso se llamaban *poeciles*, ποικίλια: eran verdaderos museos llenos de retratos de hombres ilustres, o conmemorativos de las hazañas más gloriosas de los ciudadanos. De estos monumentos no quedan ni en la Hélade ni en el Asia Menor sino restos incompletos. (Batissier, *Histoire de l'art monumental*, pág. 189).

42. Amón, nombre de Zeus entre los pueblos de la Libia. Se le representaba de ordinario con cuernos de carnero. En los desiertos de la Libia tenía un celebérrimo templo, cuyos oráculos fueron muy famosos. Alejandro lo visitó, y corrompiendo a los sacerdotes, fue proclamado hijo del dios.

43. Esto es, de Hades, el Zeus de las tinieblas, como el otro del cielo.

44. Tal es el terror y la ansiedad de Electra que no reconoce a este mensajero, servidor de su hermano. Verdad es que nada tenía de extraño, pues solo lo había visto entre otros momentos antes, y cuando su ánimo, embargado por la alegría de ver a Orestes, no podía fijarse mucho en él.

45. Alfeo (hoy Rufia), río de la Élide que nacía en la Arcadia, cerca de Megalópolis, pasaba por Herea, regaba las llanuras de Olimpia y de Pisa y desembocaba en el mar Jónico.

46. Salsamola, harina de cebada tostada y espolvoreada de sal que se usaba en los sacrificios, y aun se ofrecía sola, y se esparcía sobre las víctimas. Compárese este sacrificio con el descrito en el *Heracles furioso*, advirtiendo que uno es propiciatorio y otro expiatorio.

47. Este cuchillo dórico era grande, parecido al que usan nuestros carniceros para despedazar la carne. Hállase representado en muchos bajorrelieves de sepulcros, sobre todo en uno bellísimo de Pompeya.

48. Los griegos medían a veces el tiempo ateniéndose al que se invertía en recorrer el estadio,

ya por la frecuencia con que se celebraban entre ellos estos certámenes, ya para expresar con alguna novedad su pensamiento. Según Pausanias, la carrera a caballo del estadio era de dos diarcos, es decir, cuatro veces su longitud.

49. No se sabe la diferencia que había entre el cuchillo dórico y el ftío, pero es de presumir que su distinta forma se adaptase a los dos diversos usos a que alude el poeta, y este último debía ser más pesado y fuerte que el primero.

50. El Alfeo, como hemos dicho más arriba, pasaba por Olimpia, en donde se celebraban los famosos juegos. El anacronismo es evidente, pues los juegos comenzaron 775 años antes de Jesucristo, y la época en que se supone ocurrir la acción cae hacia el año 1180 antes de dicha Era.

51. De su padre Estrofio el focidio.

52. Este rencor inextinguible que Electra abriga contra Egisto hasta después de muerto, es repugnante e indigno de una doncella de su estirpe. Ni sus pasadas desdichas e intolerables agravios, ni su espíritu de venganza debían hallar satisfacción en proferir tales injurias contra un muerto. No obstante, el odio de la mujer, dado cierto carácter, es profundo y vehemente hasta el delirio, como lo probó Fulvia, la mujer de Antonio, atravesando con un punzón de oro la lengua de Tulio.

53. Prosigue el poeta desenvolviendo en este diálogo el carácter de la virgen Electra, de la hija de Agamenón, descendiente de dioses, y en verdad que es poco feliz en esta parte, porque solo nos inspira el horror y el desprecio, y es infinitamente inferior a Esquilo, su odiado rival. La Electra de Esquilo es una especie de Medea, dominada como esta de un furibundo vértigo, ciega y desatentada, que asesina a su madre en uno de sus transportes. Esta, a pesar de los esfuerzos de Eurípides, nos parece fría, calculadora, egoísta, cruel e interesada, y, a nuestro juicio, como dijimos en el prólogo, una criminal tan despreciable como vulgar.

54. Cástor y Pólux, los Dioscuros, hijos de Zeus, que eran para los marineros paganos lo que San Telmo para los nuestros, su protector y abogado.

55. Ifigenia, la sacrificada en Áulide por Agamenón.

56. Este largo discurso de Clitemnestra es ocioso e inoportuno, porque ni la ocasión es a propósito para pronunciarlo, ni lo exige el desarrollo del drama. Eurípides, sin embargo, a lo

Voltaire, no pierde esta coyuntura de desahogar el odio que profesa a las mujeres y su animadversión a las tradiciones y héroes más venerandos, y examina con la impasibilidad de un filósofo las causas a que se atribuía el sitio de Troya y los sucesos que, como el sacrificio de Ifigenia, le precedieron.

57. Casandra, la inspirada hija de Príamo, que, al finalizar el sitio de Troya, tocó en suerte a Agamenón, que la trajo consigo a su palacio. (V. el *Agamenón*, de Esquilo, y *Las Troyanas*, de Eurípides).

58. Lo mismo que en *Hécuba* esta y Poliméstor defienden su causa ante su juez Agamenón, y en *Orestes* él y Tindáreo ante Menelao, así en esta tragedia Clitemnestra y Electra, madre e hija, atacan y defienden a su esposo y padre como si se hallasen en un juicio, lo cual prueba, o que el gusto del público había sufrido no poco detrimento, o que el poeta, recordándoles en sus tragedias espectáculos tomados de la vida real de los espectadores, buscaba por este medio atraerse sus simpatías con menoscabo de su fama y sin consideración alguna a la índole augusta y elevada de este linaje de composiciones, que nunca debía confundirse con la comedia.

59. Dice bien Eurípides, porque la felicidad posible en la tierra no es hija de las riquezas ni de la nobleza, sino de la virtud y de la modestia. Ordinariamente, los que se casan con mujeres más ricas que ellos son esclavos, y los que lo hacen con nobles, si no lo son ellos, tenidos en poco, y una cosa y otra motivo continuo de disgustos. Creemos que fácilmente convendrán con nosotros los lectores en que una de las causas principales que contribuyen a la inmortalidad de ciertos poetas griegos y latinos es que sus sentencias son verdaderas y útiles casi siempre, interesantes a la vida humana y universales para todos los hombres y para todas las épocas y países. Muchas de ellas en su tiempo pudieron tener hasta el mérito de la novedad.

60. Electra habla aquí irónicamente, porque sabe muy bien que no debe temerlo habiendo muerto a manos de Orestes.

61. Esto es, los diez días, como Electra había dicho antes.

62. Estos grandes golpes de efecto, estas escenas perfectamente calculadas para hacer fuerte impresión en el auditorio, son frecuentes en las tragedias de Eurípides. Figúrense los lectores cuáles serían los sentimientos de aquel innumerable público cuando se abrían las

puertas de la casa de Electra y dejaban ver los cadáveres de Egisto y Clitemnestra, mientras sus hijos, presa ya de terribles remordimientos, se abandonan a ellos, y en cantos sublimes invocan a los dioses, expresan el horror que su propio delito les infunde y lloran y se quejan.

63. No se puede llevar más lejos la criminal impudencia de una doncella. No solo anima a su hermano a cometer el matricidio, crimen raro por lo horrible; no solo le ayuda con sus manos a perpetrarlo, sino que se vanagloria y enorgullece de haberlo cometido, cuando Orestes, que es un hombre, parece pesaroso de su acción. Ni aun tiene la disculpa de pronunciar estas palabras para aminorar la culpa de su hermano y para atenuar hasta cierto punto el delito, compartiendo con él su responsabilidad, puesto que, a ser así, lo hubiese indicado el poeta de otra cualquier manera.

64. Halirrotio fue hijo de Poseidón y de la ninfa Éurite, y murió a manos de Ares por haber violado a Alcipe, hija de este dios y de Aglauro. Poseidón acusó a Ares, y se celebró el juicio en la colina de Ares, y fueron doce los dioses que absolvieron al acusado.

65. Las sentencias del Areópago fueron respetabilísimas hasta la época de Eurípides, de general corrupción en todas las instituciones.

66. Pausanias (*Arcad.*, c. 38) y Estrabón (l. VIII, c. 8) hablan de un célebre templo de la Arcadia consagrado a Zeus Liceo. Este nombre de Liceo viene de λύκος, lobo, sin duda porque, abundando estas fieras en la Arcadia, sus habitantes miraban a Zeus como su protector contra ellas.

67. Llamose así una ciudad poco conocida de la Arcadia. Esta misma profecía hace Apolo en *Orestes*, v. 1013, en donde dice:

68. Esta fábula forma el argumento de la *Helena*, de Eurípides.

69. Este Proteo, distinto de su homónimo el dios marino multiforme, fue un rey de Egipto que, según una tradición distinta de la de Homero, tuvo a Helena en depósito en su palacio hasta que se acabó la guerra de Troya.

70. Región del Peloponeso, cuyos límites eran la Élide, la Arcadia, la Sicionia, el golfo de Corinto y el mar Jónico.

71. Parte de la Grecia antigua, entre la Beocia al E, la Etolia al O, el mar de Eubea al NE, y rodeada de las tres Lócridas.

72. El colono.

73. La ciudadela de Atenas.

74. Obsérvese el arte con que Eurípides acumula al fin de su tragedia las escenas patéticas, que han de hacer en su auditorio más duradera impresión. Tras la muerte de Clitemnestra y los lamentos y quejas de sus hijos, la aparición de los Dioscuros, el destierro de los criminales, calamidad gravísima entre los antiguos, y su tierna separación.

Ifigenia en Áulide

* * *

ARGUMENTO

Detenida en Áulide[1] la armada griega por vientos contrarios en su navegación a Troya, declara el adivino Calcas que no soplarán los favorables hasta que Ifigenia, hija de Agamenón y de Clitemnestra, sea sacrificada en el ara de Artemisa. Su padre, generalísimo del ejército, que está descontento e impaciente, instado por su hermano Menelao y por su propia ambición, accede a tan inhumana exigencia y escribe a su esposa mandándole que le envíe a Ifigenia para casarla con Aquiles. Pero se arrepiente después de su resolución, y le escribe otra carta diciéndole lo contrario. Carece de prólogo, y la acción comienza cuando el mensajero que ha de llevar la última carta se dispone a cumplir las órdenes novísimas de su señor. Pero esta última carta es interceptada por Menelao, y Clitemnestra e Ifigenia sobrevienen, deseosas de celebrar las bodas anunciadas. La mentira de Agamenón se descubre al fin; Ifigenia se conforma con su propio sacrificio, y al consumarse este, desaparece la

víctima destinada a sufrirlo, siendo sustituida milagrosamente por una cierva.

No crea el lector, sin embargo, que el desarrollo y exposición detallada de esta tragedia nos afecte desagradablemente, como podrá pensarlo cualquiera si tiene solo en cuenta el argumento de ella, trazado en las líneas anteriores con la concisión que nos impone la naturaleza y objeto primordial de nuestra versión. Se desenvuelve con arte y maestría sin apelar a recursos dramáticos violentos ni inesperados más o menos verosímiles, y motivados en general los unos en absoluto, y desapercibidos los otros por el interés de la curiosidad y por las pasiones que nos mueven al leerla, y que debió ser mucho más poderoso para los espectadores que asistieron a su representación. A pesar de la extensión y de los defectos del primer coro, indicados en las notas; prescindiendo de los largos parlamentos de Agamenón y de Menelao, y aun haciendo el traductor caso omiso de las interpolaciones de este drama, que saltan a la vista, de la inexperiencia poética y escénica que se revelan en su autor o en sus autores, de sus innovaciones y faltas en la versificación, en los metros usados y hasta en la cantidad de las sílabas, y del escaso e imperfecto partido que saca, al parecer, el poeta de algunas partes de su composición; a pesar de todo esto, que no es poco, repetimos, está tan magistralmente trazada en su conjunto, ofrece situaciones y complicaciones de sus personajes tan dramáticas y trágicas como la de la llegada de Clitemnestra y de Ifigenia y su entrevista con Agamenón, de mérito extraordinario, y resplandece tal verdad y tanta ternura y naturalidad en su diálogo, y en las resoluciones varias y hasta contradictorias de Agamenón, de Menelao y de la misma Ifigenia, y se presentan tan bien la ambición característica de Aquiles, de Menelao y del

mismo Agamenón, la nobleza, el amor filial y la resignación patriótica de Ifigenia, y un instinto poético tan recto, un gusto tan ático y seductor y un arte tan maravilloso e inesperado en la transición, que nos conduce sin sentirlo de los horrores y temores que nos asaltan en la entrevista de Agamenón con su esposa e hija, a la placidez y relativa dulzura del desenlace, que nos llena y encanta a su conclusión, y nos obliga a proclamar no solo que es su autor Eurípides, sino también que es esta tragedia, entre todas las suyas que conocemos, una de las más notables.

Racine la ha imitado con la alteración importante de transformar a Aquiles, el de *los pies ligeros*, discípulo del centauro Quirón, educado en las selvas y alcanzando a las ciervas en su carrera, y nada pulido, por tanto, en un galán almibarado, y a la estancia de la armada griega en Áulide en una sesión dramática del tiempo de Luis XIV.

La lectura y examen de esta tragedia y las manchas que la afean, juntamente con las noticias que dan acerca de ella el escoliasta de Aristófanes, Eliano y Hesiquio, su falta de prólogo y el uso de los anapestos en su principio, han inducido a los helenistas y eruditos a revisarla y disecarla de tal manera, con tanta desenvoltura y exceso de libertad y parsimonia de prudencia, que acaso si resucitara Eurípides le costaría harto trabajo y no poco dolor reconocerla como suya. La edición de Cambridge, una de las mejores, dice así hablando de la de Hermann, célebre helenista:

«Posible es que esa edición de la Ifigenia se haya escrito más ligeramente de lo que convenía; posible es que los años de su autor hayan trocado su perspicacia anterior en sutileza; posible que su indiscutible superioridad en este género de literatura, y el respeto que merecen a sus compatriotas sus juicios críticos, hayan exagerado su confianza en sí

mismo, estimulándolo a emplear su talento sin la debida prudencia. No me atrevo a decidir acerca de las causas probables del hecho; pero, en mi opinión, paréceme evidente que ha empeorado el texto en vez de mejorarlo». Y no decimos más, porque basta lo citado para los lectores y para nuestro propósito.

Se representó después de la muerte de Eurípides por el hijo del poeta, del mismo nombre que su padre, y formaba parte de una trilogía con *Las Bacantes* y *Alcmeón*. Se ignora si le acompañaba o no drama satírico, y la fecha de su representación.

PERSONAJES

Agamenón, *rey de Argos y de Micenas,*
general de los griegos en el sitio de Troya.

Un anciano, *servidor de Agamenón.*

Coro de doncellas de Calcis (*en la Eubea*).

Menelao, *hermano de Agamenón*
y esposo de Helena.

Clitemnestra, *esposa de Agamenón,*
hija de Tindáreo y hermana de Helena.

Ifigenia, *hija de Agamenón y de Clitemnestra.*

Aquiles, *hijo de Peleo y de Tetis.*

Un mensajero.

La escena es en Áulide, junto al Euripo.[2]

* * *

Envuelta en las sombras de la noche se ve en el teatro una tienda suntuosa próxima al campamento griego. Agamenón sale de ella con una carta en la mano y como hablando consigo mismo, y pronuncia las palabras que siguen:

AGAMENÓN (*dirigiéndose a la tienda*).

Hola, anciano, sal de la tienda y ven acá.

EL ANCIANO

Aquí estoy. Aunque viejo, no duermo, ni son torpes mis ojos. ¿Qué nueva orden quieres darme, rey Agamenón?

AGAMENÓN

Ya la sabrás.

EL ANCIANO

Pronto, pues.

AGAMENÓN

¿Cuál es esa estrella que sigue su curso por el cielo?

EL ANCIANO

Sirio,[3] que guía junto a las siete Pléyades, todavía a la mitad de su carrera.

AGAMENÓN

Aún no se oye el canto de las aves, ni la mar, y vientos silenciosos se deslizan en el Euripo.

EL ANCIANO

Pero, ¿a qué sales de tu tienda, rey Agamenón? Todavía descansa Áulide, y no se mueven los centinelas de las murallas. Entremos.

AGAMENÓN

Feliz eres, anciano; feliz es cualquier mortal que pasa su vida sin fama y

sin gloria, y menos felices los que disfrutan de honores.

EL ANCIANO

Y, sin embargo, son el encanto de los hombres.

AGAMENÓN

Pero ocasionados a peligros; y aun cuando agrade ser el primero, trae también sus penalidades: ya porque descuidamos el culto de los dioses y nos castiguen, ya porque nos atormentan los juicios humanos, varios y descontentadizos.

EL ANCIANO

No alabo tales palabras en boca de un príncipe. Atreo, ¡oh Agamenón!, no te engendró solo para gozar, sino para que sintieras placer y dolor, como mortal que eres. Y aunque no quieras, quiérenlo los dioses. Tú, a la luz de la lampara, has escrito esta carta, que todavía traes en tus manos, y borraste otra vez sus letras, y la sellaste, y la desataste y tiraste las tablillas por tierra, derramando abundantes lágrimas, y poco te faltaba para perder el seso. ¿Qué te aflige? ¿Qué te aflige? ¿Qué novedad ha ocurrido? ¿Qué novedad, rey? Vamos, habla conmigo, que soy bueno y leal, pues Tindáreo[4] me dio a tu cónyuge al casarte como prueba de su liberalidad, y he sido su fiel compañero.

AGAMENÓN

Tres vírgenes dio a luz Leda, hija de Testio:[5] Febe, Clitemnestra, mi esposa, y Helena, cuya mano pretendieron los mancebos más nobles y ricos de la Grecia. Atroces amenazas profería, abundante sangre se preparaba a derramar cualquiera de ellos que no la lograse. Tindáreo, su padre, dudaba, pues, si la daría o no a alguno, preocupándole cuál sería el partido más acertado. Y se le ocurrió entonces obligar a los pretendientes, con

juramento, juntando sus diestras y ofreciendo libaciones mientras el fuego consumía a las víctimas y pronunciaban terribles imprecaciones, a socorrer al que se casase con su hija si alguno la robaba de su palacio, arrancándola del lecho de su dueño, y que pelearían con él y derribarían su ciudad a mano armada, ya fuese griega, ya bárbara. Después que así lo hicieron todos y que el astuto viejo ejecutó su sagaz proyecto, dejó en libertad a su hija de elegir uno de ellos, el más favorecido por Afrodita, y ella (ojalá que nunca la tomase por esposa) prefirió a Menelao. Cuando desde la Frigia vino a Lacedemonia este juez de diosas (según es fama entre los hombres) con sus brillantes vestidos, lleno de oro resplandeciente y con su bárbaro lujo, enamorado de Helena y ella de él, la llevó a los pastos de Ida, ausente Menelao en lejanos países. Su esposo, al volver, recorrió toda la Grecia y recordó el antiguo juramento que sus rivales prestaron a Tindáreo, con arreglo al cual debían ayudar al ofendido. Por esta causa resolvieron los griegos hacer la guerra; tomaron las armas, y vinieron al estrecho de Áulide con naves y clípeos, y con muchos caballos y carros, y me eligieron su capitán por deferencia a Menelao, mi hermano. ¡Ojalá que otro cualquiera obtuviese en mi lugar esta dignidad! Reunido el ejército, permanecemos en Áulide sin poder navegar. El adivino Calcas[6] contesta a nuestras preguntas y vacilaciones diciéndonos que sacrifiquemos a Ifigenia, mi hija, para honrar a Artemisa, que mora en este suelo, y que si así lo hacemos, seguiremos nuestro rumbo y destruiremos a los frigios; y que si no, nada lograremos. Cuando lo supe, ordené a Taltibio[7] que licenciase sin dilación todo el ejército, ya que nunca conseguirá de mí que dé muerte a mi hija; pero después mi hermano, estrechándome vivamente, me ha persuadido que consienta en tales atrocidades. Y he escrito a mi esposa que me envíe a

Ifigenia como para casarla con Aquiles; le pondero la grandeza de este, y le digo que no quiere navegar con los aqueos a no tener en la Ftía esposa de nuestra sangre: he pensado convencer a Clitemnestra pretextando el falso matrimonio de su hija; pero la verdad, entre todos los griegos, solo la sabemos yo, Calcas, Odiseo y Menelao. Pero cuanto prometí entonces sin razón, lo borro ahora de estas tablillas mejor aconsejado, favorecido por las sombras de la noche; y habiéndolas desatado y sellado de nuevo, las entregaré a un anciano fiel a mi linaje y a mi esposa. Ahora llevarás a mi esposa la carta que me has visto abrir y sellar varias veces, diciéndote antes su contenido.

EL ANCIANO

Dímelo, decláramelo, para que, al hablar, mi lengua lo confirme.

AGAMENÓN

Además de mi carta anterior, te remito esta, ¡oh hija de Leda!, para que no venga tu hija al estrecho sinuoso de la Eubea, a Áulide, abrigada de las olas. El año próximo inmediato celebraremos su himeneo.

EL ANCIANO

Pero ¿cómo Aquiles, viéndose engañado, no se encolerizará, indignándose contra ti y contra tu esposa? Peligroso es esto. Dime lo que piensas.

AGAMENÓN

Aquiles solo es el pretexto, no la verdadera causa de su venida, y nada sabe de tales nupcias, ni de nuestros proyectos, ni que yo haya dado palabra de casarlo con mi hija, ni de entregársela.

EL ANCIANO

Grave es lo que meditas, rey Agamenón, pues en vez de casar a tu hija

con el hijo de la diosa, piensas sacrificarla a los griegos.

AGAMENÓN

¡Ay de mí, he perdido el juicio! ¡Ay, ay de mí, me precipito en mi daño! Pero vete ligero y olvídate de tu edad.

EL ANCIANO

Ya corro, ¡oh rey!

AGAMENÓN

Que no te detengas en las fuentes umbrosas ni te dejes dominar por el dulce sueño.

EL ANCIANO

Ruégote que pronuncies palabras de buen agüero.

AGAMENÓN

Siempre que atravieses una encrucijada mira alrededor, cuidando de que no se te oculte ningún carro de veloces ruedas que traiga a mi hija a las naves de los hijos de Dánao. Y si encuentras a los que la conducen, hazlos volver, apodérate de las riendas y llévalos a las murallas de los cíclopes.

EL ANCIANO

Así lo haré.

AGAMENÓN

Pero anda, sal cuanto antes de esta plaza.

EL ANCIANO

Mas, dime, ¿cómo darán crédito a mis palabras tu esposa e hija?

AGAMENÓN

Guarda el sello que cubre esta carta. Vete. Ya brilla la aurora y palidece esta luz, y asoma el fuego de la cuadriga del sol. Sírveme en mis trabajos. Ningún mortal es dichoso hasta el fin; ninguno ha habido hasta ahora que

no conozca el dolor. (*Vanse Agamenón y el anciano*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — He venido a la arenosa costa de la marítima Áulide navegando por las ondas de Euripo hasta el angosto estrecho, y dejando la Cálcide,[8] mi ciudad, bañada por la ínclita Aretusa,[9] que se precipita en la mar, para ver el ejército de los aqueos y las mil naves de belicosos guerreros que se dirigen a Troya, mandados por el blondo Menelao y por el noble Agamenón. Tratan, según cuentan nuestros esposos, de recobrar a Helena, robada del Eurotas, abundante en cañas, por el pastor Paris, don que le hizo Afrodita cuando, cerca de la oculta fuente, la declaró más bella que sus dos rivales Hera y Palas.

Antístrofa 1.ª — Presurosa atravesé el bosque en donde se elevaba el humo de muchos sacrificios en honor de Artemisa, tiñendo mis mejillas juvenil rubor por contemplar las trincheras de los que llevan clípeos, las tiendas de campaña de los hijos de Dánao y los escuadrones de caballos. Y he visto a los dos Áyax, amigos, al hijo de Oileo y al de Telamón, gloria de Salamina, y a Protesilao, que con Palamedes, el nieto de Poseidón, juega con varias figurillas;[10] y a Diomedes, aficionado a lanzar el disco, y junto a él a Meriones,[11] de la raza de Ares, portento entre los hombres; y al hijo de Laertes, oriundo de insulares montes, y a Nireo,[12] el más hermoso de los griegos.

Epodo. — Y vi también a Aquiles, ligero como el viento, hijo de Tetis, discípulo de Quirón,[13] corriendo con sus armas por la arenosa ribera, disputando a pie la victoria a una cuadriga. Y gritaba el auriga Eumelo,[14] del linaje de Feres, aguijando los hermosísimos caballos de insignes frenos llenos de oro: los de en medio, junto al yugo, eran pintados de blanco, y los

otros dos, los de más largas riendas, que se ayudaban mutuamente en su carrera, de pelo rojo, con manchas en las piernas, más arriba de su casco sólido; y junto a ellos, y cerca de la rueda y de sus rayos, corría armado el hijo de Peleo.

Estrofa 2.ª — Vi también sus numerosas naves, espectáculo admirable y que satisfizo mi juvenil curiosidad, disfrutando de dulce deleite. Formaba el ala derecha de la armada la escuadra ftiota de los mirmidones, con cincuenta bajeles impetuosos. Doradas imágenes en su parte más alta representaban a las nereidas, distintivo de las naves que llevaban el ejército de Aquiles.[15]

Antístrofa 2.ª — Cerca de ellas estaban los buques argivos, de igual número de remos, a cuyo frente iba el hijo de Mecisteo,[16] educado por su abuelo Tálao, y Esténelo, el hijo de Capaneo.[17] Seguían después las sesenta naves del Ática, mandadas por el hijo de Teseo,[18] llevando a Palas en ecuestre y alado carro, signo fausto a los navegantes.

Estrofa 3.ª — Vi también la armada de los beocios, compuesta de cincuenta naves adornadas de símbolos, y entre ellos, y en la parte más elevada, a Cadmo,[19] teniendo en sus manos un dragón dorado; Leitos, el hijo de la Tierra, los mandaba. Vi también a los de la Fócida,[20] y a los locrenses, iguales en número, capitaneados por el hijo de Oileo,[21] que abandonó a la ilustre ciudad Troniada.

Antístrofa 3.ª — El hijo de Atreo, de la ciclópea Micenas, iba al frente de cien naves, y con él su hermano, capitán también, como un amigo va con otro, para pedir en nombre de la Grecia estrecha cuenta a la que dejó su palacio para contraer, en las popas de las naves de Gerenio Néstor,[22] que vino de Pilos, bárbaras nupcias. Vi además una imagen con pies de toro,

símbolo del Alfeo.

Epodo. — Doce eran los bajeles de los enianes que obedecían al rey Guneo, y junto a ellos los príncipes de la Élide,[23] llamados epeos por todo el pueblo, a las órdenes de Eurito. Las naves tafias, armadas de brillantes remos, las guiaba Meges, hijo de Fileo, habiendo dejado las islas Equínadas, inaccesibles a los marineros. Y Áyax, criado en Salamina, juntaba las últimas del ala derecha a la izquierda, en doce ligerísimos bajeles, apostado cerca de ellos, según observé al visitar la flota griega; y si algún buque bárbaro se atreve a atacarla, no podrá volver, según es de presumir de su formidable aspecto. Oiga lo que oyere, en mi patria conservaré eterna memoria de tan importante armada.[24]

EL ANCIANO

Menelao, ¿osas cometer atrocidades que no debías intentar?

MENELAO

Aparta; eres demasiado fiel a tus señores.

EL ANCIANO

Honrosa es la injuria que me haces.

MENELAO

Llorarás si no desistes de tu propósito.

EL ANCIANO

No debiste abrir la carta que yo llevaba.

MENELAO

Ni tú llevarla, si habías de perjudicar a toda la Grecia.

EL ANCIANO

Con otros puedes disputar; pero déjamela ahora.

MENELAO

No la soltaré.

EL ANCIANO

Ni yo tampoco.

MENELAO

Pronto con mi cetro llenaré de sangre tu cabeza.

EL ANCIANO

Pero es glorioso morir por sus señores.

MENELAO

Suelta, que para esclavo hablas demasiado.

EL ANCIANO

Injúriannos, señor: Menelao, ¡oh Agamenón!, me ha arrancado con violencia tu carta, y desoye la voz de la justicia.

AGAMENÓN

¿Cómo? ¿Qué tumulto es este? ¿Qué sucede en las puertas? ¿Qué significan estas palabras descomedidas?

MENELAO

Más vale que yo te hable, no este.

AGAMENÓN

Pero, ¿por qué, ¡oh Menelao!, disputas y violentas a este esclavo?

MENELAO

Mírame, para saber cómo he de hablarte.

AGAMENÓN

¿Me impedirá el miedo abrir los párpados, siendo hijo de Atreo?

MENELAO

¿Ves esta tablilla? ¿Conoces su odioso contenido?

AGAMENÓN

La veo, y lo primero que hay que hacer es soltarla.

MENELAO

No antes de enseñar a todos los griegos lo que hay escrito en ella.

AGAMENÓN

¿Sabes acaso, habiendo roto el sello, lo que debías ignorar?

MENELAO

Aflígete, que se han de descubrir tus ocultas maldades.

AGAMENÓN

¿Cómo te apoderaste de ella? ¡Oh dioses, cuánta es tu impudencia!

MENELAO

Esperando a tu hija de Argos, si ha de venir a reunirse con el ejército.

AGAMENÓN

¿Y por qué tanto interés por mis asuntos? ¿No es inaudito descaro?

MENELAO

Solo porque quería; yo no soy tu esclavo.

AGAMENÓN

¿Y dejará de ser un abuso? ¿No podré gobernar mi casa?

MENELAO

Fácilmente varías de parecer: ahora piensas así, antes de otra manera, después pensarás de otra distinta.

AGAMENÓN

Sagaz eres en demasía; perjudicial la lengua hábil en hacerse odiosa.

MENELAO

Los ánimos versátiles, no sinceros, son injustos con los amigos. Pero deseo convencerte, para que ni la ira te desfigure la verdad, ni digas que te hablo con desprecio. ¿Acuérdaste de cuando deseabas llevar a los griegos a

Troya, no fingida, sino verdaderamente, cuán humilde eras y cómo estrechabas todas las diestras y dabas acceso en tu palacio a todo el pueblo, y audiencia aunque no quisieran, mostrándote afable con exceso, para que te confiasen el supremo mando? Y después, así que te lo concedieron, variaste de conducta, no fuiste ya amigo de tus amigos como antes, era difícil verte, y rara vez se te hallaba en tu palacio. El hombre probo que obtiene el mando, no debe ser tan inconstante, sino, al contrario, amar más a sus amigos, porque si la fortuna le sonríe, puede servirles mejor. Tales son tus primeras faltas. Después que llegaste a Áulide con todo el ejército, para nada servías, consternado con el contratiempo que te suscitaron los dioses, oponiéndose a nuestra navegación. Pero los griegos te pedían que disolvieras la armada, para no sufrir en Áulide inútilmente. ¡Qué triste era tu semblante y cuánta tu turbación si, capitán de cien naves, no llenabas con tus soldados los campos de Príamo! Y me mandabas llamar y me decías: «¿Qué haré? ¿Qué remedio pondré?». Y todo por temor de perder el mando y la preclara gloria que esperabas conseguir. Después, cuando Calcas sacrificó y te intimó que mataras a tu hija en honor de Artemisa, y que solo así podrían navegar los griegos, te llenó de gozo y prometiste hacerlo; y voluntariamente ordenaste a tu esposa, no obligado por la fuerza, como no te atreverás a sostener, que enviase aquí a tu hija con el pretexto de casarla con Aquiles. Luego cambias de parecer, y averiguamos que remites otras cartas y que no inmolarás a tu hija, lo cual, en verdad, no te favorece mucho. Así también se desprende de tus últimas palabras. Lo que a ti, sucede a muchos en la gestión de los negocios públicos: primero se afanan cuanto pueden, y a poco decaen vergonzosamente, ya por temor a necias hablillas, ya con razón, porque no pueden defender a la república.

Duélome sobre todo de la mísera Grecia, que deseaba acometer gloriosa empresa y se ve forzada a dejar impunes a bárbaros que nada valen, y que se burlarán de ella por tu causa y por tu hija. A ninguno pondría yo al frente de un estado ni de un ejército por su interés personal; el que manda en una ciudad ha de ser prudente; así cualquiera puede gobernarla, con tal de que sea sensato.

EL CORO

Amargo espectáculo es el de hermanos que se querellan, disputan y dan voces.

AGAMENÓN

Quiero replicarte como mereces, aunque con dulzura y en pocas palabras, sin fruncir mi ceño con impudencia, sino con moderación, porque eres mi hermano. El hombre de bien suele ser con todos respetuoso. Dime, ¿a qué viene tu desagrado y esos ojos que respiran sangre? ¿Quién te injuria? ¿Qué necesitas? ¿Deseas rescatar tu buena esposa? Yo no puedo dártela; mal la educaste. Y yo, que en nada pequé, ¿expiaré tus faltas? ¿Te atormenta mi ambición? ¿O quieres estrechar en tus brazos a tu bella compañera, sin acordarte del honor ni de la justicia? Son vituperables deleites de hombre depravado. Y si yo, pensando mal primero, varié prudentemente de parecer, ¿estaré loco por eso? Más bien tú que, perdiendo una esposa culpable, gracias a algún dios que te favorecía, quieres recuperarla. Sus necios pretendientes, ansiosos de casarse con ella, prestaron a Tindáreo el consabido juramento. Pero la Esperanza es diosa, según creo, y contribuyó más a ello que tú y tu poder. Emprende, pues, con su ayuda la guerra, que, a mi juicio, no tardarás en arrepentirte de tu insensatez. No hay deidad sin inteligencia que no sepa distinguir el

juramento informal y arrancado por la fuerza. Yo no mataré a mis hijos, ni será justo que tú logres tu deseo castigando a una mujer pésima, y me consuman las lágrimas noche y día si cometo iniquidades e injusticias contra los hijos que engendré. Pocas son mis palabras, pero claras, por lo cual, si no quieres moderarte, cuidaré de lo que me interesa.

EL CORO

Distintas son estas frases de las pronunciadas antes; pero aconsejan con razón que miremos por nuestros hijos.

MENELAO

¡Ay, ay de mí! ¡Que sea tanta mi desventura y me abandonen mis amigos!

AGAMENÓN

Sí, si no intentas perder los que tienes.

MENELAO

¿Cómo pruebas que eres también hijo de mi padre?

AGAMENÓN

Deseo ser contigo prudente, no enfurecerme.

MENELAO

Nuestros amigos deben participar de nuestras penas.

AGAMENÓN

Aconséjame haciéndome bien, no llenándome de amargura.

MENELAO

¿No piensas ya acabar con los griegos tu penosa empresa?

AGAMENÓN

La Grecia, sin duda por decreto de algún dios, delira como tú.

MENELAO

¡Envanécete, pues, con tu cetro, vendiendo a tu hermano! Apelaré a otros recursos y acudiré a otros amigos.

EL MENSAJERO

¡Oh Agamenón, rey de todos los griegos! Tráigote a tu hija, a la que llamaste Ifigenia en tu palacio. Acompáñanla su madre, tu esposa Clitemnestra, y tu hijo Orestes, para que goces al verlos tras dilatada ausencia. Como el camino ha sido largo, lavan sus delicados pies en una clara fuente, como yeguas sueltas en verde prado, para que saboreen agradable pasto.[25] Yo me adelanto para que te prepares, porque el ejército sabe (veloz fama ha corrido por él) que tu hija ha llegado. Presurosa muchedumbre acude a verla. ¡Bienaventurados los mortales que alcanzan preclara gloria! Mas dicen: «¿Qué nupcias son estas? ¿De qué se trata? ¿El rey Agamenón ha mandado llamar a su hija por regocijarse con su visita?». A otros hubieras oído estas palabras: «Van a iniciar a esa tierna doncella en los sacrificios de Artemisa, reina de Áulide. ¿Quién se casará con ella?». Pero date prisa en ofrecer los cestos sagrados,[26] y que tú y el rey Menelao coronéis vuestras cabezas; celebra con pompa el himeneo, y que en el palacio resuenen la flauta y las ruidosas danzas, que brilló para la doncella el día de su ventura.

AGAMENÓN

Está bien; pero entra en mi morada, que si es propicia la fortuna, no nos abandonará en lo demás. (*Vase el Mensajero*). ¡Ay de mí! ¿Qué diré yo, desventurado? ¿Cómo empezaré? ¿En qué lazo fatal hemos caído? El destino me previene, y es más sagaz que todas mis intrigas. ¡Cuántas ventajas trae el nacer en humilde cuna! Licencia tiene el hombre oscuro para llorar cuanto quiera y decir lo que le plazca, y esto es indecoroso para

los nobles; vanas apariencias gobiernan nuestra vida, y servimos a la plebe. Temo seguramente dar rienda suelta a mis lágrimas, y después, en mi desdicha, siento no llorar, víctima de tantas calamidades. Veamos. ¿Qué diré a mi esposa? ¿Cómo recibirla? ¿Con qué ojos mirarla? Y ha venido sin ser llamada, añadiendo este nuevo mal a los que ya sufría. Sin embargo, con razón ha seguido a su hija para celebrar sus bodas y entregarla a su esposo, ya que tanto la ama, y solo encontrará aquí hombres pérfidos. A la desdichada virgen (¿pero a qué la llamo virgen? Hades, según creo, la tomará en breve por esposa) ¡cuánto la compadezco! Paréceme oírla, diciéndome suplicante: «¿Por qué me matas, padre? ¡Que nupcias como estas celebres tú y todos los que ames!». Orestes gritará junto a ella no sabiendo lo que sucede, pues todavía es niño. ¡Ay, ay, cómo me ha perdido Paris, el hijo de Príamo, causa de todos mis males, por casarse con Helena!

EL CORO

Compasión me mueve, y, mujer peregrina, gimo, como debo, por la desdicha de mis príncipes.

MENELAO

Hermano, déjame tocar tu diestra.[27]

AGAMENÓN

Sea así; tuya es la victoria, mía la derrota.

MENELAO

Juro por Pélope, el que se llamaba padre del tuyo y del mío, y por Atreo, que me engendró, que te hablaré con franqueza y sin artificio ni disimulo. Cuando te vi llorar me compadecí de ti y lloré también, y abandono ahora mi anterior propósito, por no ser cruel contigo; pienso, pues, como tú, y te ruego que no mates a tu hija, ni solo atiendas a mi

conveniencia. No es justo que tú gimas y yo goce, que los tuyos mueran y los míos vean la luz. ¿Qué pretendo? ¿No podré celebrar otras nupcias gloriosas si las deseo? Y perdiendo a mi hermano, lo cual es indigno para mí, ¿recibiré a Helena, o lo malo por lo bueno? Como aturdido joven discurría, hasta que reflexionando un poco he llegado a comprender que es un verdadero crimen matar a nuestros hijos. Duélome también de esta infeliz doncella, pensando en los lazos de la sangre que a ella me unen, y en su sacrificio en aras de mi himeneo. ¿Qué relación hay entre tu hija y Helena? Acábese la expedición en Áulide. Tú, hermano, no llenes tus ojos de lágrimas y no me fuerces a llorar. Y si te inquieta el vaticinio sobre tu hija, a mí no; cédote todo mi derecho. Repruebo ahora mi cruel propósito, como debo; varié de parecer por afecto al hijo de mi padre. Costumbre es del hombre de bien elegir siempre lo mejor.

EL CORO

Has hablado con grandeza, digna de Tántalo, hijo de Zeus: no deshonras a tus mayores.

AGAMENÓN

Alábote, Menelao, porque, contra lo que esperaba, has pronunciado palabras razonables, tales cuales debías. Causas de discordia ha de ser entre hermanos el amor y el deseo de enriquecer su familia: maldigo tal parentesco, amargo para ellos. Pero la necesidad me obliga a consumar el sangriento asesinato de mi hija.

MENELAO

¿Cómo? ¿Quién podrá obligarte a matar a tu hija?

AGAMENÓN

Todo el ejército aqueo aquí reunido.

MENELAO

No, si ordenas a Ifigenia que se vuelva a Argos.

AGAMENÓN

En esta parte podría engañarlos, pero no en la otra.

MENELAO

¿Y cuál es la otra? Nunca conviene demostrar demasiado temor a la muchedumbre.

AGAMENÓN

Calcas declarará los oráculos al ejército de los griegos.

MENELAO

No si lo previenes, lo cual es fácil.

AGAMENÓN

El linaje entero de los adivinos es ávido de males.

MENELAO

Ni provechoso, ni útil en nada en que interviene.

AGAMENÓN

¿Pero no te infunde recelo la idea que me ocurre?

MENELAO

¿Cómo adivinarla?

AGAMENÓN

El hijo de Sísifo lo sabe todo.

MENELAO

Ni a ti ni a mí puede Odiseo dañarnos.

AGAMENÓN

Es siempre astuto y defensor del pueblo.

MENELAO

Domínalo la ambición, mal grave.

AGAMENÓN

No dudes, pues, que asistirá a la asamblea de los griegos, declarará los oráculos de Calcas y hablará del sacrificio que he prometido; añadirá que intento engañar a Artemisa, faltando a mi palabra, y arrastrará al ejército, y matándonos a ti y a mí, mandará a los griegos que maten también a mi hija. Y si huyo a Argos, me seguirán y arruinarán las murallas ciclópeas y a mí con ellas, y devastarán mi reino. Tales son mis desdichas. ¡Oh, cuánta es mi desventura! ¡A qué angustia me reducen los dioses! Cuida solo, ¡oh Menelao!, atravesando el campamento, de que nada sepa Clitemnestra antes de inmolar a mi hija y de entregarla a Hades, para que, ya que soy infortunado, derrame las menos lágrimas posibles. Y vosotras, extranjeras, guardad silencio.

EL CORO

Estrofa. — Felices los morigerados y castos que disfrutan del tálamo de Afrodita y de sus pacíficos goces libres de rabiosos ardores, cuando el Amor de cabellos de oro tiende contra nosotros sus dos arcos: el uno que da venturosa y duradera suerte, y el otro desordenada vida. Bellísima Afrodita, aparta este último de nuestro lecho: contenta con modesta hermosura que sean puros mis amores, que yo participe de tus placeres sin abusar de ellos.

Antístrofa. — Diversos son los caracteres de los mortales, diversas las costumbres, pero las buenas, dicha segura. Una educación escogida es de gran importancia para alcanzar la virtud. La vergüenza es sabiduría y da gracia que consuela, haciéndonos elegir lo que nos conviene, y en opinión de todos nos da inmarcesible gloria. Afanarse por el cumplimiento de

nuestro deber es digno de alabanza; eviten, pues, las mujeres los amores ilícitos, y sean los hombres modestos sin afectación, que así servirán mucho a su patria.

Epodo. — Tú viniste, ¡oh Paris!, desde donde te educabas, apacentando los blancos novillos del Ida, al son de tus cantos bárbaros y modulando con la flauta frigia imitaciones de Olimpo;[28] gozosas pacían la hierba las vacas, abundantes en leche, cuando te hicieron su juez las diosas, y de aquí tu embajada a los ebúrneos palacios de la Grecia, y el amor que al verte sintió Helena, y la herida que tú recibiste. De aquí también que la discordia, sí, que la discordia guiase a los griegos con sus lanzas y sus naves contra la Troya de Pérgamo. (*Ven llegar el carro de Clitemnestra*). ¡Viva! ¡Viva! Grandes son las felicidades de los poderosos: ved a mi reina Ifigenia, hija del rey, y a Clitemnestra, hija de Tindáreo, ambas de ilustre prosapia, y que han logrado afortunada suerte. Mucho pueden los dioses que conceden las riquezas a los mortales no desventurados. Detengámonos, ¡oh doncellas de Calcis!, ayudemos a la reina a descender de su carro y depositémosla en tierra con pie firme, extendiendo suavemente nuestras manos y con benévola sonrisa, para no afligir a la ínclita hija de Agamenón, que acaba de llegar a este país. Nosotras, extranjeras, no debemos infundir sobresalto ni terror a estas argivas, también extranjeras.

CLITEMNESTRA (*desde su carro*).

De buen agüero es para nosotras tu bondadosa acogida y corteses palabras, y abrigo cierta esperanza de que la desposada que me acompaña contraerá feliz himeneo. Saca del carro los presentes nupciales que traigo para la virgen, y llévalos con diligencia al palacio. Tú, hija, baja también, poniendo en tierra tu pie tierno y poco seguro. Vosotras, jóvenes de Calcis,

recibidla en vuestros brazos y ayudadle a descender, y a mí también, para apearme cómodamente; y otros sujeten a los caballos (que son asustadizos y no obedecen a la voz), y tomad a Orestes, hijo de Agamenón, que todavía no habla. ¿Duermes, hijo, arrullado por el movimiento del carro? Despierta, afortunado, y asistirás a la nupcias de tu hermana, que, siendo tú noble, vas a contraer ilustre parentesco con el nieto de Nereo, igual a los dioses. Ifigenia, hija mía, ven cerca de mí, cerca de tu madre, y prueba a estos extranjeros mi dicha, y saluda ya a tu amado padre. ¡Oh rey Agamenón!, para mí el más venerable de los hombres, ya hemos llegado, obedeciendo sin tardanza tus mandatos.

IFIGENIA

¡Oh madre! (*Saliéndole presurosa al encuentro*), (y no te enojes conmigo), estrecharé contra mi pecho a mi padre. Quiero abrazarle corriendo. ¡Oh padre!, al cabo de tanto tiempo, deseo gozar mirándote; no te enfades.

CLITEMNESTRA

Abandónate a tan puro placer, ¡oh hija!, que quisiste siempre a tu padre más que todos tus hermanos.

IFIGENIA

¡Oh padre! Con cuánta alegría te veo tras ausencia tan larga.

AGAMENÓN

Y yo a ti; tú sientes lo que yo.

IFIGENIA

Salve, padre. Alabo tu propósito de hacerme venir junto a ti.

AGAMENÓN

No sé, ¡oh hija!, si afirmarlo o negarlo.

IFIGENIA

¡Ay de mí! Poco halagüeño es ahora tu semblante, tan plácido ha poco al verme.

AGAMENÓN

Muchos son los cuidados de un rey y de un general.

IFIGENIA

Piensa solo en mí, y olvídate de lo demás.

AGAMENÓN

Y contigo estoy en cuerpo y alma, y no en otra parte.

IFIGENIA

Desarruga, pues, tu ceño y mírame con ternura.

AGAMENÓN

Ya me alegro; siempre me alegro al verte, ¡oh hija mía!

IFIGENIA

¿Y sin embargo derramas lágrimas de tus ojos?

AGAMENÓN

Larga será después nuestra ausencia.

IFIGENIA

No sé lo que dices; no sé lo que dices, padre muy querido.

AGAMENÓN

Cuanto más sensatas son tus palabras, más me mueves a lástima.

IFIGENIA

Diré, pues, sandeces, si así te complazco.

AGAMENÓN

¡Válganme los dioses! No puedo callar; alábote, sin embargo.

IFIGENIA

Quédate en tu palacio, ¡oh padre!, al lado de tus hijos.

AGAMENÓN

Lo deseo en verdad, y siento no poderlo hacer.

IFIGENIA

Perezcan los guerreros con Menelao, origen de nuestros males.

AGAMENÓN

Que a otros harán desdichados, como a mí me hicieron.

IFIGENIA

¡Cuánto ha durado tu ausencia, detenido en Áulide!

AGAMENÓN

Y algún obstáculo me impide también ahora proseguir mi rumbo con el ejército.

IFIGENIA

¿En dónde dicen que habitan los frigios, padre?

AGAMENÓN

En donde ojalá que nunca habitara Paris, hijo de Príamo.

IFIGENIA

Lejos navegas, padre, abandonándome.

AGAMENÓN

Igual es tu suerte, ¡oh hija!, a la de tu padre.

IFIGENIA

¡Oh! ¡Ojalá que fuese lícito a ambos que yo te acompañara!

AGAMENÓN

Y tú has de navegar ahora adonde te acordarás de tu padre.

IFIGENIA

¿Navegaré sola o con mi madre?

AGAMENÓN

Sola, separada de tu padre y de tu madre.

IFIGENIA

¿Me llevarás a otro palacio, padre?

AGAMENÓN

Hablemos de otra cosa; las doncellas no deben saber esto.

IFIGENIA

Que de la Frigia vuelvas pronto a mi lado, después de realizar tus proyectos, ¡oh padre!

AGAMENÓN

Antes he de hacer aquí cierto sacrificio.

IFIGENIA

Pero conviene que lo prepares aconsejado por los sacerdotes.

AGAMENÓN

Ya lo verás, porque has de estar cerca del vaso sagrado.

IFIGENIA

¿Danzaremos en coros alrededor del ara, padre?

AGAMENÓN

Más dichosa eres que yo, no sabiendo nada. Pero irás al palacio, para que te vean las doncellas, después de darme tu diestra y un ósculo amargo, ya que por largo tiempo te separarás de tu padre. ¡Oh pecho y mejillas, oh rubios cabellos, cuánto dolor nos ha causado Helena y la ciudad de los frigios! Pero callemos. Lágrimas incesantes corren de mis ojos cuando te abrazo. Vete al palacio. A ti ruego, ¡oh hija de Leda!, que te compadezcas de mí, pues voy a casar mi hija con Aquiles. Afortunada es esta separación, pero sensible para un padre llevar a palacio ajeno a los hijos que educó con

trabajo.

CLITEMNESTRA

No soy tan necia como crees. Advierte también que mi pena será igual a la tuya cuando lleve a la doncella al altar del himeneo, sin que te molestes en avisármelo; pero la necesidad y el tiempo mitigarán a una ese dolor. Sé el nombre del que desposaste con mi hija; pero deseo conocer su linaje y patria.

AGAMENÓN

Egina[29] fue hija de Asopo.

CLITEMNESTRA

¿Qué mortal o qué dios es su esposo?

AGAMENÓN

Zeus, que engendró a Éaco, príncipe de los enones.

CLITEMNESTRA

¿Pero cuál de los hijos de Éaco empuñó el cetro?

AGAMENÓN

Peleo, cónyuge de la hija de Nereo.

CLITEMNESTRA

¿Pero la recibió por esposa consintiéndolo el dios, o contra la voluntad divina?

AGAMENÓN

Zeus la desposó: se la dio quien tenía derecho de dársela.

CLITEMNESTRA

¿En dónde celebró sus nupcias? ¿En las olas del mar?

AGAMENÓN

En la estrecha morada del Pelión,[30] en donde Quirón habita.

CLITEMNESTRA

¿En donde dicen que habita también el linaje de los centauros?

AGAMENÓN

Allí celebraron los dioses con banquetes las bodas de Peleo.

CLITEMNESTRA

¿Y fue Tetis la que educó a Aquiles, o su padre?

AGAMENÓN

Fue Quirón, para que no aprendiese las pervertidas costumbres de los hombres.

CLITEMNESTRA

¡Bien! Sabio maestro, y más sabio aún el que le confió a su sabiduría.

AGAMENÓN

He aquí el esposo de tu hija.

CLITEMNESTRA

Seguramente no es despreciable. ¿Pero en qué ciudad de la Grecia reside?

AGAMENÓN

A orillas del Apídano,[31] en los confines de la Ftía.

CLITEMNESTRA

¿Y allá ha de llevar a nuestra hija virgen?

AGAMENÓN

Él, que ha de poseerla, lo decidirá.

CLITEMNESTRA

Que sean, pues, felices. ¿Qué día se celebrará el himeneo?

AGAMENÓN

Cuando en favorable auspicio la luna llegue a su plenitud.[32]

CLITEMNESTRA

¿Sacrificaste ya a la diosa víctimas propiciatorias por el casamiento de nuestra hija?

AGAMENÓN

Lo haré; tal es ahora mi propósito.

CLITEMNESTRA

¿Y habrá después festín nupcial?

AGAMENÓN

Cuando inmole las víctimas que he de sacrificar a los dioses.

CLITEMNESTRA

¿Y en dónde celebraremos nosotras el banquete de las mujeres?

AGAMENÓN

Aquí, junto a las naves de los griegos, engalanadas sus popas.

CLITEMNESTRA

Pláceme, y necesario es en verdad. En fin, que todo sea para bien.

AGAMENÓN

¿Sabes, ¡oh esposa!, lo que has de hacer? Obedéceme.

CLITEMNESTRA

¿Qué dices? Siempre acostumbro a obedecerte.

AGAMENÓN

Nosotros, allí en donde está el esposo...

CLITEMNESTRA

¿Cómo haréis sin la madre de la desposada lo que solo a ella incumbe?

AGAMENÓN

Llevaremos a tu hija en medio de los dánaos.

CLITEMNESTRA

Y mientras, ¿en dónde estaré yo?

AGAMENÓN

Vete a Argos, y educa a las vírgenes que allí quedan.

CLITEMNESTRA

¿Dejando a mi hija? ¿Quién llevará la antorcha?

AGAMENÓN

Yo llevaré la que ha de alumbrar a los esposos.

CLITEMNESTRA

No es esa la costumbre, aunque sea para ti poco importante.

AGAMENÓN

Indecoroso parece que fuera de aquí te cerque innumerable soldadesca.

CLITEMNESTRA

Pero no que como madre intervenga en las bodas de mis hijos.

AGAMENÓN

Ni las doncellas han de estar solas en el palacio.

CLITEMNESTRA

Bien las guardan seguros gineceos.

AGAMENÓN

Obedéceme.

CLITEMNESTRA

No, por la diosa, reina de los argivos. Atiende a tus negocios y deja a mi cargo los domésticos, y, entre ellos, el de casar a mis hijas. (*Vase*).

AGAMENÓN

¡Ay de mí! Infructuosos han sido mis esfuerzos desvaneciose la esperanza de alejar a mi esposa para que no presencie el espectáculo que se prepara. Engaño y tiendo asechanzas a los que más amo, y soy vencido.

Consultaré, no obstante, al adivino Calcas lo que puede ser grato a la diosa y a mí fatal, y pesada carga para Grecia. Conviene que el hombre sensato alimente en su casa a una mujer buena y complaciente o que no tenga ninguna. (*Vase*).

EL CORO

Estrofa. — Vendrá al Simois y a sus argentados remolinos numeroso ejército de griegos armados y en sus naves, y llegarán a Ilión, en la febea[33] tierra troyana, en donde dicen que Casandra esparce al aire sus rubios cabellos y se ciñe corona de verde laurel cuando la abrasa el fuego fatídico del dios.

Antístrofa. — Aguardarán los troyanos alrededor de las murallas y en la ciudadela de Pérgamo hasta que Ares, con su escudo de bronce y atravesando el mar en naves de afiladas popas, a fuerza de remos, se acerque al álveo del Simois, para arrancar del palacio de Príamo a Helena, hermana de los Dioscuros que están en el cielo, y llevarla a Grecia, y sean vencidos al empuje de las belicosas lanzas y de los clípeos griegos.

Epodo. — Y Pérgamo, ciudad de los frigios, después de presenciar sangrientos combates ante sus torres de piedra, y de ver separada de la cerviz la cabeza de sus hijos, será arrasada en sus cimientos, y hará derramar abundantes lágrimas a las hijas vírgenes y a la esposa de Príamo. Y Helena, hija de Zeus, llorará mucho al abandonar a su marido. Que ni yo ni los hijos de mis hijos vean nunca a las ricas lidias y a las esposas de los frigios hablando así unas con otras, mientras trabajan en sus labores: «¿Quién me arrancará de mi patria arruinada, arrastrando por lagrimoso surco mis cabellos bien peinados solo por tu causa, hija del cisne, orgulloso con su esbelto cuello? ¿Será cierto que Leda te concibió de ave voladora,

transformándose en ella Zeus, o que las piérides contaron a los hombres estas fábulas tan inoportunas como temerarias?».

AQUILES

¿Dó yace el capitán de los griegos? ¿Cuál de sus servidores podrá decirle que lo busca Aquiles, el hijo de Peleo? No es igual la suerte de cuantos permanecieron junto al Euripo, porque algunos célibes, lejos de sus hogares, se hallan detenidos en estas riberas, y otros dejaron en ellos mujer e hijos. ¡Tanto ardor (no sin intención de los dioses) mostró la Grecia en esta empresa! Conviene que yo defienda mi derecho; que otros, si les parece, defenderán el suyo. He abandonado la Farsalia y a Peleo, y se oponen a mi navegación estos vientos suaves que soplan en el Euripo, y con trabajo contengo a los mirmidones, que a cada instante me dicen: «¿Qué esperamos, Aquiles? ¿Por cuánto tiempo se ha de dilatar todavía nuestra partida a Troya? Vamos, pues, si ha de ser, o que el ejército vuelva a su patria; no te cuides de las vacilaciones de los Atridas».

CLITEMNESTRA

¡Oh hijo de la diosa nereida! Al oírte desde el palacio he salido a tu encuentro.

AQUILES

¡Oh pudor venerable! ¿Quién es esta mujer que veo, de tan apuesta belleza?

CLITEMNESTRA

No es de admirar que no conozcas a quien no has visto antes; alabo, no obstante, tu homenaje al pudor.

AQUILES

Pero ¿quién eres? ¿Por qué tú, siendo mujer, has venido al ejército

griego en busca de hombres armados de escudos?

CLITEMNESTRA

Soy hija de Leda, me llamo Clitemnestra y es mi esposo el rey Agamenón.

AQUILES

En pocas palabras has dicho muy bien cuanto debías; pero no es decoroso que yo hable con mujeres.

CLITEMNESTRA

Detente. ¿A qué huyes? Que tu diestra toque la mía, prenda feliz del futuro himeneo.

AQUILES

¿Qué dices? ¿Yo darte mi diestra? Respetemos a Agamenón no tocando lo que no es nuestro.

CLITEMNESTRA

Puedo hacerlo porque te unes a mi hija, tú que naciste de la marina diosa nereida.

AQUILES

¿De qué nupcias hablas? Admirado me dejas, ¡oh mujer!, a no ser que equivocada pronuncies tan extrañas frases.

CLITEMNESTRA

Natural es que cualquiera se avergüence al ver a sus sinceros amigos que le hablan de su himeneo.

AQUILES

Nunca, ¡oh mujer!, pretendí la mano de tu hija, y jamás los Atridas me hablaron de mi himeneo.

CLITEMNESTRA

¿Qué habrá, pues, sucedido? Si mis palabras te sorprenden, no me maravillan poco las tuyas.

AQUILES

Averígualo tú, que a ambos nos interesa; quizás nos habrán engañado.

CLITEMNESTRA

¿Acaso tramarán contra mí alguna maldad? Concierto bodas que, según parece, no han de celebrarse. Avergüénzome de ello.

AQUILES

Alguno acaso se ha burlado de ambos; pero no te aflijas y llévalo con paciencia.

CLITEMNESTRA

Adiós; ya no puedo mirarte cara a cara, después de haber dicho una mentira y de sufrir tal sonrojo.

AQUILES

Sucédeme lo mismo; voy, pues, a buscar a tu marido en este palacio.

EL ANCIANO

¡Detente, extranjero, hijo de Éaco, detente, que te lo pido, ¡oh hijo de una diosa!, y tú también, hija de Leda!

AQUILES

¿Quién me llama así, entreabriendo las puertas? ¡Cuán conmovido parece!

EL ANCIANO

Un esclavo, aunque no insolente, pues soy muy desdichado.

AQUILES

¿Cúyo eres? No mío, que mis bienes y los de Agamenón yacen separados.

EL ANCIANO

De la que está delante del palacio; diome a ella Tindáreo, su padre.

AQUILES

Henos aquí; di, si te place, por qué me llamas.

EL ANCIANO

¿Estáis solos?

CLITEMNESTRA

Puedes hablar como si lo estuviéramos; pero sal de la regia morada.

EL ANCIANO

¡Oh fortuna, oh providencia, salva a los que deseo salvar!

AQUILES

Tales voces indican ansiedad y cierto temor.

CLITEMNESTRA

Por mi diestra no vaciles,[34] si intentas decirme algo.

EL ANCIANO

Sabes quién soy, y has experimentado mi fidelidad contigo y con tus hijos.

CLITEMNESTRA

Sé que eres un antiguo servidor de mi familia.

EL ANCIANO

Y que fui a poder del rey Agamenón como parte de tu dote.

CLITEMNESTRA

Conmigo viniste a Argos, y fuiste siempre mío.

EL ANCIANO

Así es; y a ti te quiero bien, más que a tu esposo.

CLITEMNESTRA

Acaba, pues, de decirnos lo que deseas.

EL ANCIANO

El padre que engendró a tu hija ha decretado su muerte...

CLITEMNESTRA

Horrorízanme, ¡oh anciano!, tus palabras; a la fuerza has perdido el juicio.

EL ANCIANO

Hiriendo con la cuchilla la blanca cerviz de la desventurada.

CLITEMNESTRA

¡Oh, mísera yo! ¿Delira acaso mi esposo?

EL ANCIANO

Está en su acuerdo, excepto en lo que a ti y a tu hija atañe, que en esta parte es insensato.

CLITEMNESTRA

¿Por qué? ¿Qué genio maléfico le instiga?

EL ANCIANO

Los oráculos, como dice Calcas, para que los dioses favorezcan la navegación del ejército.

CLITEMNESTRA

¿Adónde? ¡Cuánta es mi desventura y la de esa desdichada que ha de morir a manos de su padre!

EL ANCIANO

A la tierra de Dárdano, para que Menelao recobre a Helena.

CLITEMNESTRA

¿Acaso ha decretado el destino que Helena vuelva con daño de Ifigenia?

EL ANCIANO

Así es. El padre inmolará a tu hija en el ara de Artemisa.

CLITEMNESTRA

Pero entonces, ¿a qué me llamó de mi palacio bajo el pretexto de casarla?

EL ANCIANO

Para que de buen grado la trajeses, como si hubiese de enlazarla con Aquiles.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, a morir has venido, y tu madre contigo!

EL ANCIANO

Desdicha grande es la vuestra, y crueldad inaudita la de Agamenón.

CLITEMNESTRA

Yo, infortunada, muero; ya mis ojos no pueden contener las lágrimas.

EL ANCIANO

Seguramente que es amargo llorar por la pérdida de nuestros hijos.

CLITEMNESTRA

¿Pero cómo lo has averiguado, ¡oh anciano!?

EL ANCIANO

Encargome que te llevara otra carta distinta de la primera.

CLITEMNESTRA

¿Prohibiéndome, o exhortándome a traer a mi hija a morir?

EL ANCIANO

Prohibiéndotelo; al fin pensó tu esposo cuerdamente.

CLITEMNESTRA

Pero ¿cómo habiendo llevado después esa carta no me la entregaste?

EL ANCIANO

Arrebatómela Menelao, autor de estos males.

CLITEMNESTRA

¿Lo oyes, hijo de la nereida, lo oyes, hijo de Peleo?

AQUILES

He comprendido tu desdicha, aunque no deja también de afectarme.

CLITEMNESTRA

Matarán a mi hija, engañándonos con el pretexto de casarla.

AQUILES

Muéveme también a ira tu marido, y no lo sufro con paciencia.

CLITEMNESTRA

No me avergonzaré de caer a tus rodillas, que soy mortal, y tú has nacido de una diosa. ¿De qué me serviría ya mi orgullo? ¿Qué podrá interesarme más que mi hija? Socórreme en mi infortunio, ¡oh hijo de una deidad!, y a la que llamaron tu esposa, vanamente, es verdad, pero socórrela, no obstante. Coronada de flores la traje para casarla contigo, y ahora la llevo a morir; será para ti una afrenta que no la auxilies. Aun cuando no os haya unido el himeneo, te han llamado caro esposo de virgen desventurada. Ruégotelo por tu barba, por tu diestra, por tu madre; tu nombre es causa de mi infortunio, y debes ayudarme. No tengo otra ara en donde refugiarme que tus pies, ni cerca amigo alguno, y ya conoces el proyecto cruel y bárbaro de Agamenón. Yo, siendo mujer, he venido a la armada, a una armada feroz y desenfrenada para el mal, pero que puede serme útil si quiere. Si tú te atreves a extender tu mano protectora, nos hemos salvado; si no, morimos.

EL CORO

Grave es tener hijos, e inspiran grande amor, y todos padecen por los suyos.

AQUILES

Rudo golpe sufre mi natural grandeza de ánimo; he aprendido a condolerme de ajenos males, y a gozar con moderación de los bienes. Los hombres de mi temple observan la regla segura de vivir esclavos de la prudencia. Ocasiones hay en que es agradable y útil seguir ciegamente sus consejos, y lo contrario otras. Yo, educado en el palacio de los dioses, aprendí de Quirón, hombre muy venerable, sencillas costumbres. Y me someteré a los Atridas, si gobiernan con justicia, pero si no, no los obedeceré; aquí y en Troya daré pruebas de mi libérrima índole, y me distinguiré en las batallas cuanto pueda. Mucha compasión me inspiras, sufriendo tales desdichas de los más amados, y te consolaré en cuanto puede un joven como yo; nunca será sacrificada por su padre la hija tuya, que se ha llamado esposa mía; no consentiré que Agamenón urda tan indignas tramas. Mi nombre solo, sin que yo levante el acero, podrá matar a tu hija; pero la verdadera causa es tu marido. Sin embargo, yo no sería inocente si bajo el pretexto de casarla conmigo muere una virgen, víctima de males atroces e intolerables y de las más extrañas e indignas afrentas. Sería el peor de los griegos, nada valdría, Menelao pasaría por hombre, y negarían que soy hijo de Peleo, creyendo que me engendró algún mal genio, si consintiese que bajo mi nombre cometiese tu esposo un asesinato. No, por Nereo, educado en las húmedas olas, y padre de Tetis, mi madre; por Nereo, no tocará a tu hija el rey Agamenón, ni aun con la punta de sus dedos llegará a su manto; de otro modo, Sípilo,[35] aldea bárbara de donde son oriundos esos Atridas, será una ciudad, y nadie pronunciará nunca con

respeto el nombre de Ftía. Amarga será la salsamola[36] y el vaso de los sacrificios que consagre el adivino Calcas. ¿Qué es un adivino sino quien dice muchas mentiras y pocas verdades, si alguna vez acierta, y si yerra nadie se cuida de él? No hablo así pesaroso de perder a Ifigenia (que infinitas doncellas me pretenden), sino la injuria que nos ha hecho el rey Agamenón. Debía haberme anunciado que mi nombre serviría para tender el lazo que preparaba a su hija. Si por mi causa hubiese venido Clitemnestra para dármela en himeneo, no me hubiera contrariado, suponiendo que de esa suerte conseguíamos llegar a Troya; no rehusaré sin duda contribuir al buen éxito de mis compañeros de armas. Ahora nada valgo en el concepto de estos capitanes, y soy un miserable, ya obren bien o mal conmigo. Pronto hará conocimiento con esta espada (que mancharé con sangre antes de llegar a Troya) el que me arrebatare tu hija. Tranquilízate, pues; un dios grande te protege, pues si no lo soy, he de parecerlo.

EL CORO

Has hablado cual conviene al hijo de Peleo y de la veneranda deidad marina.

CLITEMNESTRA

¡Ay! ¿Cómo te alabaré ni más ni menos de lo que debo, ingrata a tu beneficio? Cuando celebramos a los buenos exageradamente, nos exponemos a incurrir en su odio. Me avergüenzo de hablarte solo para excitar tu compasión, sufriendo yo sola, ya que tú no puedes sentir mis males; pero es consolador espectáculo el que ofrece el hombre probo, aunque no sea nuestro deudo, al socorrer a los afligidos. Apiádate, pues, de mí, que lo merecen mis infortunios, ya que en un principio acaricié la vana

esperanza de que serías mi yerno, y que la muerte de mi hija podrá ser de funesto agüero a tus próximas nupcias. Debes, por tanto, evitarlo. Hablaste bien al empezar, hablaste bien al concluir; mi hija se salvará si tú lo intentas. ¿Quieres que ella, suplicante, abrace tus rodillas? Verdad es que no conviene a una virgen, pero acudirá si te parece, y te mostrará su noble rostro, teñido de rubor. Ausente ella, ¿lo conseguiré de ti?

AQUILES

Que no venga; yo respeto su decoro.

CLITEMNESTRA

Pero solo hasta cierto punto debe respetarse.

AQUILES

¡Oh mujer!, no me traigas a tu hija para que yo la vea, ni cometamos esa falta. Un numeroso ejército, libre de cuidados domésticos, propende a acoger falsos y escandalosos rumores. Lo mismo conseguirás, sin duda, ya me supliques o no; porque estoy firmemente decidido a libraros de vuestros males. No olvides tan solo que yo no falto a mi palabra; y si no la cumplo y os engaño, que muera en castigo; evitaré la muerte si salvo a tu hija.

CLITEMNESTRA

Que seas feliz socorriendo siempre a los desdichados.

AQUILES

Oye, pues, para obrar como debo.

CLITEMNESTRA

¿Qué has dicho?, que sin duda me interesa.

AQUILES

Hablemos antes con tu esposo. Acaso la razón recobre en él su imperio.

CLITEMNESTRA

Es cobarde, y teme al ejército demasiado.

AQUILES

Pero hay ciertas razones más convincentes que otras.

CLITEMNESTRA

¡Triste esperanza! Di, no obstante, lo que he de hacer.

AQUILES

Primero le suplicarás que no sacrifique a tu hija, y si se resistiese, recurre a mí. Si lo persuades, como deseas, no hay necesidad de que yo intervenga en nada, que así se salvará tu hija, y él, que es mi amigo, me lo agradecerá, y el ejército no me culpará porque haya empleado la persuasión, no la fuerza. Y si consigues tu objeto, tú y los demás os congratularéis de que todo se haya acabado sin mi mediación.

CLITEMNESTRA

¡Cuán juiciosamente has hablado! Se hará como deseas. Y si no realizo mi propósito, ¿en dónde podré verte? ¿Adónde he de acudir en mi desventura, para encontrar tu mano, que ha de consolarme en mis males?

AQUILES

A mí cargo queda defenderte cuando sea menester, y yo cuidaré también de que nadie te vea atravesar consternada el ejército; que no deshonres tu linaje paterno, porque Tindáreo es famoso entre los griegos.

CLITEMNESTRA

Así será; manda y yo obedeceré. Si hay dioses, tú, que eres justo, serás premiado; si no, ¿para qué afligirnos?

EL CORO

Estrofa. — ¿Qué epitalamio resonó acompañado de la flauta líbica y de

la cítara, que alegra a los coros, y de las flautas de leve caña, como cuando atravesaron el Pelión las piérides de hermosos cabellos, e hirieron la tierra con sus doradas sandalias, y vinieron a las nupcias de Peleo, y en las selvas peliacas, en los montes de los centauros, alabaron a Tetis, al hijo de Éaco, con sus voces melodiosas? El hijo de Dárdano, delicia de Zeus, el frigio Ganimedes, escanció el néctar en copas profundas de oro, y las cincuenta hijas de Nereo celebraron juntas las bodas, saltando en círculo sobre la blanca arena.

Antístrofa. — Con dardos de abeto y coronas de grama acudió la ecuestre muchedumbre de los centauros al festín de los dioses, y a gustar el licor de Dioniso. Tales fueron las aclamaciones de las hijas de Tesalia: «Brillante, brillante astro, ¡oh hija de Nereo!, anuncian el profeta Apolo y el centauro Quirón (discípulo de las musas y conocedor de las generaciones futuras) que vendrá al campo troyano con los mirmidones armados de lanzas, a arrasar con el fuego la tierra ínclita de Príamo, revestido de armas de oro fabricadas por Hefesto, y don de su madre, la diosa Tetis, que lo dio a luz en hora afortunada». Entonces celebraron los dioses el noble enlace de Peleo con la primera de las nereidas.

Epodo. — Pero los griegos, ¡oh Ifigenia!, coronarán tu apuesta cabellera, gala de tu cabeza, como si fueses ternerilla inmaculada y de manchada piel que viene de las peñascosas cavernas de los montes, y llenarán de mugre tu cerviz, sin haberte criado al son de la flauta ni de los cantos de los pastores, sino al lado de tu madre, que te destinaba para esposa de alguno de los hijos de Ínaco.[37] ¿Qué valdrán el pudor y la virtud en donde domina la impiedad, en donde los mortales desprecian lo bueno y la injusticia se sobrepone a las leyes, y no todos se afanan en huir de la cólera del cielo?

CLITEMNESTRA

Separada ha tiempo de mi esposo, salí del palacio a verlo. Y mi hija mísera yace anegada en lágrimas, y exhala tiernas quejas desde que sabe el inhumano proyecto de su padre. Pero he aquí a Agamenón, que se acerca al nombrarlo, y que no tardará en cometer contra sus hijos impíos atentados.

AGAMENÓN

A tiempo, ¡oh hija de Leda!, te encuentro fuera del palacio, para hablarte sin que la virgen nos escuche, que mis palabras no deben ser oídas de las que van a casarse.

CLITEMNESTRA

¿Qué quieres? ¿Tanto te interesa aprovechar esta oportuna ocasión de hablarme?

AGAMENÓN

Llama a tu hija del palacio, para que yo la acompañe; ya la aguarda el agua consagrada y la salsamola que consumirá el fuego lustral, y las ternerillas que se han de sacrificar a Artemisa antes de las bodas, derramando su negra sangre.

CLITEMNESTRA

Buenas son tus palabras, pero no sé cómo calificar tus obras. Sal, hija mía; tú sabes cuanto trama tu padre; debajo de tu manto trae también a tu hermano Orestes. Hela aquí obediente a tus órdenes; en su nombre y en el mío diré lo que debes oír.

AGAMENÓN

¿Por qué lloras, hija, y no me miras afable, sino que con tu manto cubres tu rostro, fijo en tierra?

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¿Cuál será el exordio de mis males? ¿Cuándo brotará todo mi discurso, así en su principio como en su medio y fin?

AGAMENÓN

¿Pero qué hay? ¿Por qué conspiráis todos contra mí, retratándose en vuestros semblantes la confusión y el miedo?

CLITEMNESTRA

Contesta ingenuamente a mis preguntas, ¡oh esposo!

AGAMENÓN

No necesitas rogármelo; yo deseo que me interrogues.

CLITEMNESTRA

¿Quieres matar a tu hija y a la mía?

AGAMENÓN

¿Cómo? ¡Horribles son tus palabras! Sospechas sin motivo.

CLITEMNESTRA

No te alteres, y replícame a mi primera pregunta.

AGAMENÓN

Si fuera sensata, lo sería también mi respuesta.

CLITEMNESTRA

Solo esto te pregunto; contéstame, pues, y no divagues.

AGAMENÓN

¡Oh fortuna veneranda! ¡Oh destino y genio maléfico que me persigues!

CLITEMNESTRA

Y a mí también y a mi hija; es uno mismo el de estos tres desventurados.

AGAMENÓN

¿Cuál es tu ofensa?

CLITEMNESTRA

¿Tienes valor de hablar así? Tu disimulo es algo necio.

AGAMENÓN

¡Muerto soy! ¡Descubriose mi secreto!

CLITEMNESTRA

Todo lo sé; informáronme bien de tus inicuos proyectos. Tu mismo silencio y tus repetidos sollozos equivalen a una confesión. No pierdas tiempo en negarlos.

AGAMENÓN

Mira cómo callo. ¿A qué agravar mis males fingiendo engañosa impudencia?

CLITEMNESTRA

Oye, pues; seré franca y no usaré de enigmas, ajenos a mi propósito. En primer lugar, y para que esta sea también mi primera reconvención, te casaste conmigo contra mi voluntad, y me robaste a la fuerza, matando a Tántalo,[38] mi primer esposo, y estrellaste en el suelo a mi tierno niño, arrancándolo violentamente de mis pechos. Y los hijos de Zeus, mis hermanos, apuestos caballeros, te hicieron la guerra, y te libró de ella a tu ruego Tindáreo, mi anciano padre, y entonces te di mi mano. Así me reconcilié contigo, y tú mismo podías atestiguar que he sido esposa fiel, digna de ti y de tu linaje, y casta, y económica, de suerte que cuando entrabas en tu palacio gozabas, y cuando salías de él eras feliz. Preciosa joya es para un hombre tal esposa, así como no es raro tenerla mala. Y además de tres hijas te di este hijo, y tú piensas arrebatarme bárbaramente una de

ellas. Si alguno te pregunta por qué la matas, dime, ¿qué contestarás? ¿Debo yo hablar en tu nombre, para que Menelao recobre a Helena? Laudable costumbre, sin duda, que nuestros hijos paguen las culpas de una criminal mujer. Rescatamos lo más odioso a costa de lo que más amamos. Ea, pues; si vas a la guerra y me dejas abandonada en mi palacio largo tiempo, ¿cuáles serán mis pensamientos, viendo los solitarios aposentos que mi hija ocupaba, y solitaria también la morada de las vírgenes, y me halle sola llorando, y lamentándome siempre de este modo?: «Te ha perdido, hija mía, el padre que te engendró; él mismo te ha dado muerte, no otro, ni ajena mano; tal es el premio que da el traidor a su familia». Bastará entonces leve pretexto para que yo y las hijas que dejas te recibamos a tu vuelta como es justo. Por los dioses, no me obligues a faltarte ni tú me faltes. Pero supongamos que sacrificas a tu hija. ¿Qué preces recitarás en los altares? ¿Qué bien orarás dándole muerte? Seguramente será funesto tu regreso si así sales de tu palacio. Y yo, ¿qué podré pedir para ti? Creeríamos sin duda que son necios los dioses, si pidiésemos beneficios en pro de infanticidas. ¿Cómo abrazarás a tus hijos al tornar a Argos? No te será lícito. ¿Cuál de ellos podrá mirarte sin horror cuando deliberadamente has inmolado a uno de sus hermanos? ¿Reflexionaste en todo esto? ¿Solo anhelas llevar el cetro y mandar? En rigor, tal debía ser tu réplica a los griegos: «¿Queréis, ¡oh griegos!, navegar a la Frigia? Que decida la suerte cúya sea la hija que haya de morir». Esto sería equitativo; no que tú solo, entre todos, des a la tuya; o que Menelao, a quien más interesa, ofreciese a Hermíone por recobrar a su madre. Pero ahora me arrancan mi hija amada, cuando tan santamente cumplo mis deberes conyugales, y la que delinquió será feliz conservando a la suya en Esparta. Respóndeme si no tuviere razón

en cuanto he dicho; pero si la tengo, no mates a Ifigenia, y serás prudente y justo.

EL CORO

Accede a sus ruegos, Agamenón, que honra a los padres conservar a sus hijos la vida, y ningún mortal osará contradecirlo.

IFIGENIA

Si yo tuviese la elocuencia de Orfeo, ¡oh padre!, y las piedras me siguiesen cuando cantara, y mis palabras ablandasen los corazones, a ello apelaría. Pero lloraré ahora, que tal es mi única elocuencia y lo que puedo hacer. Y estrecho tu cuerpo, como rama de suplicantes, con este que dio a luz mi madre, no para que me sacrifiques prematuramente, ni me obligues a visitar las entrañas de la tierra. Yo la primera te llamé padre, y tú a mí hija; yo la primera, sentada en tus rodillas, te infundí dulce deleite y lo sentí a mi vez. Así hablabas tú: «¿Te veré feliz algún día, ¡oh hija!, al lado de tu esposo, llena de vida y de vigor, como mereces?». Y yo a mi vez te decía estas palabras, cerca de tus mejillas, que ahora tocan mis manos: «¿Y qué haré yo contigo? ¿Te recibiré anciano en mi palacio, ¡oh padre!, dándote grata hospitalidad en premio de las penalidades que sufriste al criarme?». Conservo el recuerdo de estas pláticas, pero tú las olvidaste y quieres matarme. ¿Por qué he de ser víctima de las nupcias de Alejandro y de Helena? ¿Por qué, ¡oh padre!, ha de ser su venida causa de mi perdición? Mírame, déjame tu rostro, y dame tierno ósculo, para que, a lo menos, al morir tenga esta memoria tuya, si no accedes a mi ruego. Tú, hermano, eres débil socorro a tus amigos, pero lloras sin embargo, y pides suplicante a tu padre que no muera tu hermana; hasta los niños que no hablan tienen cierto presentimiento de los males. Mira, padre, cómo te suplica callado;

compadécete de mí y de mi vida. Sí, por tus rodillas te rogamos dos a quienes amas: este, que aún no habla, y yo, mísera jovencilla. Basten estas frases para refutar todos tus argumentos. Ver la luz es lo más grato a los mortales; los muertos nada son, y delira el que anhela perecer. Más vale penosa vida que gloriosa muerte.

EL CORO

¡Oh infausta Helena! Por ti y por tu himeneo aflige horrible lucha a los Atridas y a sus hijos.

AGAMENÓN

Conozco, sin duda, cuándo debo compadecerme y cuándo no, y amo a mis hijos, que de otro modo sería insensato. Mucho, ¡oh mujer!, me aflige realizar mí proyecto, mucho también no osarlo, pero es mi deber. Ya veis qué formidable escuadra está aquí reunida, y cuántos griegos armados de bronce, a quienes no es permitido acercarse a las torres de Ilión si no te sacrifico, como ha dicho el adivino Calcas, ni les es lícito arruinar a la famosa Troya. Cierto afán insano de navegar cuanto antes a la tierra de los bárbaros se ha enseñoreado del ejército, y de castigar el rapto de una esposa griega, y matarán en Argos a mis hijos, y a vosotras y a mí, si por mi culpa no se cumple el oráculo de Artemisa. No me arrastra Menelao, ¡oh hija!, ni me conformé con su opinión, sino Grecia me obliga, en cuyo provecho, ya quiera o no, he de inmolarte, porque somos más débiles. Conviene que sea libre en cuanto de ti y de mí dependa, ¡oh hija!, y que los bárbaros no roben a los griegos sus esposas. (*Vase*).

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, oh extranjeras, cuán desventurada me hace tu inevitable pérdida! Tu padre huye, entregándote a Hades.

IFIGENIA

¡Ay de mí, madre, madre mía, un mismo canto de muerte conviene a nuestra común desgracia, que ya se acabó para mí la luz y este resplandor del sol! ¡Ay, ay de mí! Montes nevados de los frigios y selvas del Ida, en donde Príamo en otro tiempo expuso tierno niño[39] lejos de su madre, y condenó a Paris a funesta muerte, y se llamaba Ideo, sí, llamábanle Ideo en la ciudad de Dárdano. Ojalá que nunca se criase con sus toros el boyero Paris, por orden de Príamo, cerca de cristalinas aguas, en donde yacen las fuentes de las ninfas, y el verde prado de lozanas flores, y rosas y jacintos que habían de coger las diosas. Allí vino después Palas, y la dolosa Afrodita, y Hera, y Hermes, el mensajero de Zeus; Afrodita, envanecida con sus atractivos; Palas con su lanza, y Hera con su esposo el rey Zeus. Y acorrieron a juicio odioso y a disputar cuál era la más hermosa, y también a darme muerte, único medio de que logren fama los hijos de Dánao; tales son, ¡oh doncellas!, las princesas que Artemisa pide para favorecer la expedición contra Troya. Mas quien engendró a esta desventurada, ¡oh madre, madre mía!, huye y me abandona y me vende. ¡Ay de mí, mísera, que he visto a la funesta, a la funesta e infausta Helena sacrificarme, y perezco por orden impía de un padre, también impío! ¡Ojalá que no se refugiasen en Áulide las popas de mis naves con sus espolones de bronce, ni la armada que ha de llevar los griegos a Troya, ni que Zeus enviase al Euripo contrarios vientos, él, que a unos concede propicias auras, que llenan plácidamente sus velas, causa para otros de llanto; a estos para envolverlos el destino en sus redes, a aquellos para dejar puerto, a otros para recoger las velas, y a otros, en fin, para morir! Desdichado es, sin duda, sí, desdichado es el linaje humano, y fatal desgracia que los hombres se

atraigan además nuevos infortunios. ¡Ay, ay de mí! Fuente de graves males, fuente de graves dolores es para los griegos la hija de Tindáreo.

EL CORO

Compadézcome de ti; triste es tu suerte, y ojalá que nunca te amenazase.

IFIGENIA

¡Oh madre, que me diste a luz, yo veo multitud de hombres que se acercan aquí!

CLITEMNESTRA

Y el hijo de la diosa, causa de tu venida.

IFIGENIA

Abrid, esclavas, las puertas, que voy a ocultarme.

CLITEMNESTRA

¿Por qué huyes, hija?

IFIGENIA

Me avergüenzo de ver a Aquiles.

CLITEMNESTRA

¿Por qué?

IFIGENIA

El malogrado éxito de mi himeneo tiñe de rubor mis mejillas.

CLITEMNESTRA

No es lisonjera tu derrota. No te muevas; tan grande es nuestro dolor, que ni aun lugar deja a la vergüenza.

AQUILES

¡Oh hija de Leda, mujer desventurada!

CLITEMNESTRA

No es falso lo que dices.

AQUILES

Óyense horribles clamores entre los argivos.

CLITEMNESTRA

¿Qué clamores son esos? Dímelo.

AQUILES

Acerca de tu hija.

CLITEMNESTRA

De mal agüero son tus primeras palabras, y nada bueno anuncian después.

AQUILES

Dicen que es menester sacrificarla.

CLITEMNESTRA

¿Nadie lo contradice?

AQUILES

Yo vengo, como ves, exponiéndome al peligro.

CLITEMNESTRA

¿A cuál, ¡oh extranjero!?

AQUILES

A morir apedreado.

CLITEMNESTRA

¿Porque deseas salvar a mi hija?

AQUILES

Ciertamente.

CLITEMNESTRA

¿Quién sería tan osado que se atreviera a tocarte?

AQUILES

Todos los griegos.

CLITEMNESTRA

¿Y no te defenderá el ejército de los mirmidones?

AQUILES

Son mis mayores enemigos.

CLITEMNESTRA

Sin duda perecemos, ¡oh hija!

AQUILES

Afirmaban que me había seducido Ifigenia.

CLITEMNESTRA

¿Y qué respondiste?

AQUILES

Que por los dioses no mataran a mi futura esposa.

CLITEMNESTRA

Bien dicho.

AQUILES

La que me prometió su padre.

CLITEMNESTRA

Llamada por él de Argos.

AQUILES

Pero sus clamores ahogaban los míos.

CLITEMNESTRA

Intolerable es la muchedumbre.

AQUILES

Te ayudaré, sin embargo.

CLITEMNESTRA

¿Y pelearás solo contra tantos?

AQUILES

¿No ves esos que vienen armados?

CLITEMNESTRA

Que los dioses premien tu nobleza.

AQUILES

Así lo harán.

CLITEMNESTRA

¿No morirá ya mi hija?

AQUILES

No, a lo menos con mi asentimiento.

CLITEMNESTRA

¿Llegará acaso alguno que me la arrebate?

AQUILES

Muchos, sin duda, y Odiseo a su frente.

CLITEMNESTRA

¿El nieto de Sísifo?[40]

AQUILES

El mismo.

CLITEMNESTRA

¿Espontáneamente, o en nombre del ejército?

AQUILES

Elegido por él y por su propia voluntad.

CLITEMNESTRA

Mala elección, de seguro, para mancharos de sangre.

AQUILES

Pero yo lo impediré.

CLITEMNESTRA

¿Y se la llevarán resistiéndose?

AQUILES

Arrastrándola de sus rubios cabellos.

CLITEMNESTRA

¿Y qué haré yo entonces?

AQUILES

No soltarla.

CLITEMNESTRA

Si de esto depende su salvación, no la matarán.

AQUILES

Pero vendrán sin tardanza.

IFIGENIA

Madre, escúchame: veo que te indignas en vano contra tu esposo, pretendiendo imposibles. Justo es que alabemos por su decisión a este extranjero; pero tú debes evitar las acusaciones del ejército, y que por nuestra resistencia sobrevenga a Aquiles alguna calamidad. Oye, madre, lo que pensando se me ha ocurrido: resuelta está mi muerte, y quiero que sea gloriosa, despojándome de toda innoble flaqueza. Vamos, madre, atiéndeme, aprueba mis razones: la Grecia entera tiene puestos en mí sus ojos, y en mi mano está que naveguen las naves y sea destruida la ciudad de los frigios, y que en adelante los bárbaros no osen robar mujer alguna de nuestra afortunada patria, si ahora expían el rapto de Helena por Paris. Todo lo remediará mi muerte, y mi gloria será inmaculada, por haber

libertado a la Grecia. Ni debo amar demasiado la vida, que me diste para bien de todos, no solo para el tuyo. Muchos armados de escudos, muchos remeros vengadores de la ofensa hecha a su patria acometerán memorables hazañas contra sus enemigos, y morirán por ella. ¿Y yo sola he de oponerme? ¿Es acaso justo? ¿Podremos resistirlo? Pero vengamos a lo principal. No conviene que Aquiles pelee contra todos los griegos por una mujer, ni que por ella muera. Un solo hombre es más digno de ver la luz que infinitas mujeres. Y si Artemisa pide mi vida, ¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa? No puede ser. Doy, pues, mi vida en aras de la Grecia. Matadme, pues; devastad a Troya. He aquí el monumento que me recordará largo tiempo, esos mis hijos, esas mis bodas, esa toda mi gloria. Madre, los griegos han de dominar a los bárbaros, no los bárbaros a los griegos, que esclavos son unos, libres los otros.

EL CORO

Generosos sentimientos, ¡oh tierna joven!, víctima de tu adversa suerte y de Artemisa.

AQUILES

Algún dios, ¡oh hija de Agamenón!, me hubiese hecho feliz concediéndome tu mano. ¡Bienaventurada es la Grecia por tu causa, y tú por ella! No oponiéndote a una deidad más poderosa que tú, has pensado lo que es útil y necesario. Mayor es mi deseo de casarme contigo ahora que conozco tu noble índole y tu sin par grandeza. Escúchame, pues: quiero hacerte dichosa y llevarte a mi palacio, y sentiré, poniendo a Tetis por testigo, no salvarte y pelear contra toda la Grecia. Mira que la muerte es mal grave.

IFIGENIA

Hablo así sin acordarme de nadie. Baste a la hija de Tindáreo ser causa, por su hermosura, de batallas y muertes entre los hombres. Tú, ¡oh extranjero!, no mueras por mí, ni mates a nadie, sino déjame que si puedo, salve a la Grecia.

AQUILES

¡Oh criatura nobilísima! Nada te replicaré ya si así piensas. Generosos son tus sentimientos; ¿por qué no se ha de decir la verdad? Pero quizás te arrepientas de tu propósito. Para que comprendas bien mis intenciones, me colocaré junto al ara y apostaré allí estos soldados, no para asegurar, sino para impedir tu muerte, que acaso sigas luego mis consejos, al ver la cuchilla que amenaza a tu cuello. No te dejaré, pues, morir tan audaz y temerariamente, sino que iré acompañado de estos guerreros al templo de la diosa, y allí te esperaré. (*Vase*).

IFIGENIA

Madre, ¿por qué lloras en silencio?

CLITEMNESTRA

Bastante es mi desdicha para llorar.

IFIGENIA

Déjame, no me intimides; aprueba mi resolución.

CLITEMNESTRA

Habla, hija, porque yo no seré contigo injusta.

IFIGENIA

Que no cortes los rizos de tu cabellera ni te cubran negros vestidos.

CLITEMNESTRA

¿Qué has dicho, hija? ¿Cuándo te perderé?

IFIGENIA

Tú a mí no; me he salvado; por mi causa será más ilustre tu nombre.

CLITEMNESTRA

¿Qué dices? ¿Por qué no he de llorar tu muerte?

IFIGENIA

De ninguna manera, porque no me elevarán túmulo alguno.

CLITEMNESTRA

Qué, ¿la muerte no es una sepultura?

IFIGENIA

El ara de la diosa, hija de Zeus, será mi sepulcro.

CLITEMNESTRA

Te obedeceré, pues, ¡oh hija!, porque eres generosa.

IFIGENIA

Como feliz que soy, y causa de bien para la Grecia.

CLITEMNESTRA

Pero ¿qué diré de tu parte a tus hermanas?

IFIGENIA

No las obligues a ponerse negros vestidos.

CLITEMNESTRA

¿Qué diré en tu nombre que sea grato a las vírgenes?

IFIGENIA

Que deseo su felicidad. A Orestes edúcamelo como conviene a un hombre de su calidad.

CLITEMNESTRA

Abrázalo, que no volverás a verlo.

IFIGENIA

¡Oh tú, el más amado, ayudásteme cuanto podías!

CLITEMNESTRA

¿Qué haré en Argos en tu obsequio?

IFIGENIA

No aborrecer a mi padre y a tu esposo.

CLITEMNESTRA

Terrible desastre le acarreará tu muerte.

IFIGENIA

Contra su voluntad me sacrifica por salvar a la Grecia.

CLITEMNESTRA

Pero con dolo, no cual cumple al linaje de Atreo.

IFIGENIA

¿Quién me llevará antes que me arrastren por los cabellos?

CLITEMNESTRA

Yo iré contigo...

IFIGENIA

De ninguna manera; no dices bien.

CLITEMNESTRA

Sin soltar tu vestido.

IFIGENIA

Obedéceme, madre, no te muevas, que así lo aconseja tu decoro y el mío. Alguno de estos servidores de mi padre me acompañará hasta el prado de Artemisa, en donde me han de sacrificar.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija, te separas de mí!...

IFIGENIA

Y no volveré más.

CLITEMNESTRA

Y abandonas a tu madre.

IFIGENIA

Y, como ves, sin merecerlo.

CLITEMNESTRA

Detente, no me dejes.

IFIGENIA

No quiero que llores más. Vosotras, ¡oh doncellas!, cantad lúgubre himno en honor de Artemisa, hija de Zeus, y que felices presagios favorezcan a los griegos. Así, que se preparen los cestos y arda el fuego destinado a la salsamola; que mi padre toque el ara con su diestra, porque voy a dar a los griegos victoria salvadora. Llevadme al sacrificio, que triunfo de Troya y de los frigios. Traed las coronas que han de ceñir mis sienes, y dádmelas; ved mi cabellera, pronta a recibirlas, y el agua lustral dispuesta. Danzad vosotras alrededor del templo y del altar, alabad a Artemisa, a Artemisa, reina y bienaventurada, que, a costa de mi sangre y de mi vida, por ser necesario, cumpliré voluntaria el oráculo. ¡Oh madre mía veneranda, para ti son estas lágrimas que derramo, no lícitas en los sacrificios! ¡Oh doncellas, alabad conmigo a Artemisa, protectora de este lugar frontero a Calcis, en cuyo puerto estrecho de Áulide anclaron las naves griegas, y hará inmortal mi nombre! ¡Oh tierra mía natal, oh pelásgico Argos, oh Micenas, en donde me he criado!

EL CORO

¿Invocas a la ciudad fundada por Perseo,[41] obra de los cíclopes?

IFIGENIA

Eduqueme en su seno, y glorificará a Grecia, y no me apena la muerte.

EL CORO

Imperecedera será tu fama.

IFIGENIA

¡Oh día claro y luz de Zeus!, vivamos otra vida y sea otra nuestra suerte. ¡Adiós luz, para mí grata! (*Vase*).

EL CORO

Vedla, vedla cómo se encamina a regar con su sangre el ara de numen cruento, la vencedora de Troya y de los frigios, purificada con el agua lustral y coronada su cabeza, que se doblará en el sacrificio sobre su elegante cuello. Aguárdante las aguas lustrales paternales,[42] y los sagrados vasos, y el ejército griego, impaciente por llegar a Troya. Pero invoquemos a Artemisa, hija de Zeus, divina reina, para que favorezca al ejército. ¡Oh deidad augusta, a quien deleitan víctimas humanas, lleva al ejército griego al país de los frigios y a la pérfida Ilión, y concede a Agamenón llenar de gloria inmarcesible al ejército griego y ceñir sus sienes con aureola eterna!

EL MENSAJERO

¡Oh Clitemnestra, hija de Tindáreo, deja el palacio y óyeme!

CLITEMNESTRA

He venido al escuchar tu voz, temblando de miedo y temerosa de que me anuncies alguna nueva calamidad.

EL MENSAJERO

Al contrario, quiero contarte maravillas y portentos acerca de tu hija.

CLITEMNESTRA

No vaciles, pues; habla sin tardar.

EL MENSAJERO

Claramente lo sabrás todo, ¡oh cara dueña! Todo te lo contaré, desde el

principio, a no ser que la emoción que siento trabe mi lengua. Después que llegamos con Ifigenia al prado florido de Artemisa, hija de Zeus, en donde estaba reunido el ejército de los griegos, acudió a verla inmensa muchedumbre. Cuando el rey Agamenón vio a la doncella que se encaminaba a la muerte, gimió y volvió hacia atrás su cabeza, y lloró ocultando los ojos bajo el manto. Al detenerse ella junto a su padre dijo así: «¡Oh padre, aquí me tienes, que de buen grado vengo a dar mi vida por mi patria y por la Grecia, para que me sacrifiquéis en el ara de la diosa, ya que así lo pide el oráculo! Mi único deseo es que seáis afortunados, y que alcancéis insigne victoria, y regreséis después a vuestra patria. Así, que ningún griego me toque; callada y animosa entregaré mi cerviz al hierro». Tales fueron sus palabras, sorprendiendo a cuantos las oyeron la grandeza de ánimo y el valor de la virgen. Taltibio, de pie en medio de todos, como heraldo del ejército, pidió a los dioses felices presagios, e impuso silencio. Y el adivino Calcas, desenvainando la afilada cuchilla, la depositó en el dorado cesto, y coronó a la doncella. Pero Aquiles entonces se acercó presuroso al ara, y apoderándose del cesto y del agua lustral, dijo: «¡Oh Artemisa!, hija de Zeus, que gozas matando fieras y mueves de noche tu luz brillante, acepta propicia esta víctima que te ofrecemos el ejército de los griegos y el rey Agamenón, sangre inmaculada de la bella cerviz de una virgen; concédenos favorable navegación y que conquistemos con nuestras armas la ciudadela de Troya». Y los Atridas y todo el ejército quedaron suspensos mirando a la tierra. El sacerdote empuñó la cuchilla, recitó sus preces y examinó el cuello antes de herirlo. Dolor no leve afligía mi corazón, y no separaba mis ojos de la tierra. Entonces ocurrió un milagro repentino: todos oyeron claramente el ruido del golpe al herir, pero

ninguno vio en dónde se había ocultado la virgen. Clama el sacerdote, conclama todo el ejército, admirado de tal portento, obra sin duda de los dioses, y al cual, aun presenciándolo, no se daba crédito. En lugar de Ifigenia, yacía en tierra una cierva palpitante, muy grande y de maravillosa hermosura, inundando con su sangre el ara de la diosa. Imagínate, pues, con qué gozo pronunciaría Calcas estas palabras: «¡Oh capitanes del ejército griego!, ¿veis esta víctima, esta cierva de los montes, que la diosa ha traído al ara? Acéptala con preferencia a la doncella, para que tan noble sangre no mancille su altar. Y lo hace de buen grado, y nos concede favorable navegación y que conquistemos a Ilión. Cobren ánimo los marinos, y váyanse a las naves; hoy atravesaremos el mar Egeo, dejando las sinuosas ensenadas de Áulide». Después que la llama de Hefesto consumió a la víctima, pidió a los dioses que favoreciesen la vuelta del ejército. Agamenón me envió, pues, para anunciarte estas nuevas y el acuerdo de los dioses, y la gloria inmortal que ha alcanzado en Grecia. Yo que, presente, lo vi todo, te aseguro que Ifigenia ha volado al Olimpo. Que desaparezca, pues, tu dolor y se aplaque tu indignación contra tu esposo; inesperados sucesos ocurren a los mortales por mandato de los dioses, y así salvan a los que aman. Hoy he visto a tu hija viva y muerta.

EL CORO

¡Cuánta es mi alegría al oír estas nuevas! El Mensajero dice que tu hija vive entre los dioses.

CLITEMNESTRA

¡Oh hija! ¿Qué dios te ha arrebatado? ¿Cómo te invocaré? ¿Cómo hablarte? ¿Si habrá fingido este discurso para consolarme y para que cesen mis tristes lágrimas?

EL CORO

Mira al mismo rey Agamenón, que viene a repetirte sus palabras.

AGAMENÓN

Nada debemos temer por nuestra hija, ¡oh esposa! No dudes que se halla ahora con los dioses. Conviene que regreses a tu palacio, en compañía de este tierno novillejo, pues el ejército se prepara a darse a la vela. Adiós; largo tiempo ha de transcurrir antes que oigas mi voz y vuelva de Troya. Que la dicha te acompañe.

EL CORO

Que gozoso, ¡oh Atrida!, llegues a la Frigia, y que tornes contento, trayéndome de Troya bellísimos despojos.

* * *

Notas

1. Áulide, ciudad ribereña de la antigua Beocia, situada frente a Calcis, en Eubea.

2. Euripo, estrecho que separa a la isla de Eubea del Ática y de la Beocia, famoso por los singulares remolinos que en él producen el flujo y el reflujo.

3. Sirio es una estrella muy brillante que forma un ojo de la constelación de Taurus o el Toro. No está, sin embargo, inmediata a las Pléyades, por cuya razón hay que suponer con M. de Boissonnade que el poeta emplea la palabra Sirio en el sentido de estrella muy reluciente.

4. Tindáreo, hijo de Ébalo, rey de Esparta, y esposo de Leda, madre de Clitemnestra, mujer de Agamenón.

5. Testio, rey de Etolia.

6. Calcas, célebre sacrificador y adivino griego, hijo de Téstor, que, según dice Homero, murió despechado al verse vencido en su arte por Mopso.

7. Taltibio, heraldo del ejército griego.

8. Calcis, capital de la Eubea, y esta isla grande, de forma oblonga, hoy Negroponte, en el mar Egeo, que se extendía a lo largo de las costas del Ática, de la Beocia, de la Lócrida y de los Melieos, desde el cabo Sunio hasta la Tesalia.

9. Esta Aretusa, porque hay otras tres, es de la Eubea.

10. Protesilao era rey de una parte de la Tesalia, y Palamedes, hijo de Nauplio, rey de la Eubea e inventor del juego de ajedrez.

11. Héroe cretense que con Idomeneo fue a Troya con las naves de Creta.

12. Nireo, rey de Naxos, hijo de Caropo y de Aglaya, el más hermoso de los griegos de la expedición a Troya después de Aquiles.

13. Quirón, centauro famoso por su sabiduría, pedagogo y maestro de Aquiles.

14. Eumelo, hijo de Admeto y nieto, por tanto, de Feres, padre de Admeto, reyes de una región de Tesalia.

15. Porque su madre Tetis era nereida.

16. Eurílalo, según *La Ilíada*.

17. Uno de los siete sitiadores de Tebas.

18. Teseo, personaje histórico, héroe griego y fundador de Atenas, pero cuya vida ha llegado hasta nosotros exornada con innumerables fábulas. Créese que floreció en el siglo XIII o XIV antes de Jesucristo. No se sabe quién puede ser este hijo, porque en *La Ilíada*, de donde está tomado este pasaje, no se dice nada del hijo de Teseo.

19. Cadmo, hijo de Agénor, rey de Fenicia, fundó a Tebas, en la Beocia, e importó en Grecia la escritura fenicia. Sembró los dientes de un dragón y nacieron hombres, y uno de ellos fue Leitos.

20. La Fócida era una región de la antigua Grecia, entre la Beocia al E, la Etolia al O, el mar de Eubea al NE y el golfo de Corinto al S, y rodeada de las tres Lócridas. Delfos y el Parnaso estaban en su territorio.

21. Áyax el impío, no el de Salamina; Tronio era la capital de su reino.

22. Néstor, rey de Pilos y de los mesenios, hijo de Neleo y de Cloris, héroe griego, notable por su edad avanzada y por su prudencia. Pilos era una ciudad de la Mesenia, en frente de Esfacteria, que desempeñó un papel importante en la guerra del Peloponeso. El Alfeo era

un río de la Élide.

23. La Élide era una región pequeña del Peloponeso, en su parte occidental, entre la Acaya y la Mesenia, que comprendía varios estados insignificantes autónomos, y a Olimpia, tan célebre por sus juegos. Todos estos personajes y pueblos no merecen aclaraciones prolijas, que serían además superfluas e impertinentes. Otro tanto puede decirse de los tafios, que le siguen, porque todo esto discrepa de las tradiciones y datos autorizados preexistentes acerca de la guerra de Troya y del ejército griego. Solo añadiremos que las islas Equínadas estaban situadas en el golfo de Corinto, frente a la desembocadura del Aqueloo.

24. Parece probable, o casi seguro, que en esta larga tirada de versos del Coro hay interpolaciones posteriores a la fecha de la composición de esta tragedia por Eurípides, desde el Epodo, que sigue a la primera estrofa y antístrofa, hasta su conclusión. Lo advertimos así a los lectores, y nos fundamos para hacerlo en la extensión innecesaria y evidentemente absurda de este pasaje, en su inoportunidad manifiesta, en su contradicción con cuanto ha escrito el poeta en casos análogos, en la ignorancia de las exigencias escénicas del autor, sea el que fuere, en la impropiedad de que esas mujeres, que, como fugitivas y avergonzadas, vieron la armada griega, se fijaran en lo que no pudieron contemplar con detenimiento ni tampoco interesarles, y, por último, en el fondo, en la forma y en la exposición y los detalles. No ya Eurípides, ningún poeta mediano se hubiera atrevido a estampar su nombre al pie de centón semejante, prosaico y no bueno, sin orden ni concierto, plagado de inexactitudes, y en abierta oposición con *La Ilíada*, su fuente, que sabían de memoria los griegos, y a la que rendían todos un verdadero culto.

25. Esta comparación de Clitemnestra y de Ifigenia con las yeguas y su lavado de pies en la fuente, nos chocan, desde luego, y han chocado también antes a otros, porque algunos lo han suprimido. No imitamos su ejemplo porque, como traductores, no estamos autorizados para enmendar la plana al autor, diga lo que dijere, a no ser alguna indecencia o porquería inadmisible por completo. Por otra parte, la relación común entre los dos términos del símil es la de la mayor libertad, y en este sentido es exacta. Además, a un niño inocente se asemeja con frecuencia un corderillo, y hasta a algo más alto y sagrado, un valiente a un león, un hombre sanguinario a un tigre, etc. La consideración y el respeto que sentimos y demostramos a la mujer influye también en nuestro desagrado, pero conviene no

olvidar que las costumbres, ideas y sentimientos de los griegos del tiempo de Eurípides eran más sencillos y naturales que los nuestros, y que los de la época de la guerra de Troya, en que pasa la acción, lo eran más todavía.

26. Estos cestos contenían las primicias que habían de ofrecerse en los sacrificios.

27. En señal de reconciliación.

28. Olimpo, famoso tocador de flauta.

29. Egina, isla y ciudad del mar Egeo, entre la Argólida y el Ática, en el golfo Sarónico, llamada así de la ninfa del mismo nombre, hija de Asopo, uno de los ríos helénicos.

30. Pelión, monte de Tesalia, en Magnesia, al sur, prolongación del Olimpo.

31. Apídano, río de Tesalia, que nace en el monte Otris, pasaba cerca de Farsalia y desembocaba en el Peneo.

32. La luna llena, así entre los griegos como en otros pueblos, se ha mirado como causa bastante para influir en la vegetación, en la madurez de los frutos y en la procreación de los animales.

33. Febea por haber construido Apolo sus murallas.

34. El texto griego dice así: Δεξιᾶς ἔκατι μὴ μέλλ', εἴ... Como han sido tan diversas las versiones que se han hecho de estas palabras, ambiguas y poco inteligibles para nosotros, sobre todo después de conocer dichas versiones, a semejanza de lo que sucede a los jueces después de oír a los abogados de los litigantes, y hasta se ha llegado a dudar si la diestra en cuestión es la de Clitemnestra o del esclavo, nos atrevemos a disentir de todos y a traducir esta frase de otra manera. La diestra es a nuestro entender de Clitemnestra, porque es lo más natural y sensato suponer que el esclavo, conmovido profundamente por noticias tan aflictivas para su antiguo dueño y la hija de este, Clitemnestra, y por la venida de la madre y de la hija al campamento, y por otra parte deseando vivamente besar o tocar la mano de su señora por afecto, y acaso como medio de contar de antemano con la aquiescencia y el permiso de ella para hablarle, diese a entender ese deseo en sus ademanes, retardando, por consiguiente, explicarse, y que Clitemnestra, comprendiéndolo y ansiando oírlo, pronunciase las palabras que escribimos, no opuestas tampoco, sino conformes con la gramática y el significado del texto. La continuación del diálogo entre la señora y el siervo parecen continuar también nuestra opinión.

35. El Sípilo es un monte de Lidia, en cuya cima se fundó una aldea del mismo nombre, en donde reinó y vivió Tántalo, padre de Pélope, y tronco de la estirpe de los Atridas.

36. La salsamola o harina salada, la cebada sagrada, el agua lustral y los pelos de la víctima que se arrojaban al fuego componían las ofrendas de las sacrificios.

37. Ínaco, fundador del reino de Argos, era un fenicio que al frente de un ejército compuesto de pastores fenicios, egipcios y árabes, conquistó la parte del Peloponeso llamada la Argólida, y reinó allí sesenta años.

38. Este Tántalo no es ni puede ser el fundador del linaje de los Atridas, como dice uno de los traductores extranjeros de Eurípides, a quien no nombramos, sino otro Tántalo, primo hermano de Agamenón e hijo de Tiestes, su tío, esto es, de la misma familia de Egisto, el amante adúltero de Clitemnestra y asesino con ella de Agamenón.

39. Por haber soñado su madre Hécuba que daría a luz una antorcha que abrasaría a Europa y Asia.

40. Sísifo, hijo de Eolo y nieto de Heleno, cuya concubina, Anticlea, fue la madre de Odiseo. Fundó a Éfira, después Corinto, e instituyó los juegos ístmicos. Cometió grandes crímenes, y murió al fin a manos de Teseo. Hades le concedió volver a la tierra un solo día para hacerse enterrar, y no quiso regresar al infierno, siendo entonces condenado a subir un peñasco a lo más alto de una roca escarpada, desde cuya cumbre caía de nuevo en el abismo.

41. Perseo, héroe griego, hijo de Dánae y de Zeus, que se convirtió en lluvia de oro para poseerla. Cortó la cabeza de la gorgona Medusa, de cuya sangre brotó el caballo Pegaso, y al fin sucedió a su abuelo Acrisio en Argos, fundando a Micenas con murallas pelásgicas o ciclópeas.

42. Las llama el poeta paternales porque el sacrificio es en favor de su padre, y por lo mismo se dice antes que Agamenón toque el ara con su diestra, para que le sea propicio.

Ifigenia en Táuride

* * *

ARGUMENTO

Ifigenia, hija de Agamenón, que no ha muerto sacrificada en Áulide, siendo sustituida por obra de Artemisa por una cierva, vive en Táuride,[1] puerto del Quersoneso Táurico, y en un templo de la misma diosa en cuya ara son sacrificados todos los extranjeros que arriban a sus costas. Orestes, su hermano, con su amigo Pílades, desembarcan en Táuride con el propósito de robar la estatua de Artemisa, cuya sacerdotisa es Ifigenia, y son descubiertos y aprisionados por los indígenas, devotísimos de su deidad protectora. Ifigenia, antes de sacrificarlos, sabedora de que eran griegos y acordándose siempre de su patria, de su familia y de su rango, escribe una carta a su hermano Orestes, a quien no conocía, e intenta aprovechar la ocasión oportuna que se le presenta para servirse de uno de los dos extranjeros destinados al sacrificio, y salvarle la vida si acceden a su deseo. Al recibir Pílades la carta que ha de entregar a Orestes, la pone en los manos de su destinatario, llamándolo por su nombre, y se reconocen los

dos hermanos, y puestos todos de acuerdo, roban la estatua y huyen; y cuando el rey Toante se prepara a perseguirlos y capturarlos, aparece Atenea, que lo aplaca y salva a los fugitivos, anunciándolo que así lo ha decretado el poder divino.

Esta tragedia, en su plan, en su traza, en los caracteres de sus personajes, en sus pasiones y hasta en sus menores detalles nos ofrece el tipo distintivo y propio de las obras de Eurípides, y es muy útil, por tanto, para ilustrarnos acerca de sus rasgos poéticos personales, de su importante papel en la literatura helénica y de la influencia que ha tenido y tiene en los pueblos modernos, siendo inferior a Sófocles y Esquilo, y justamente por serlo.

Comienza con su prólogo o soliloquio expositivo de hechos supuestos anteriores relativos a la acción, en cuanto son necesarios para comprender los que le suceden, e indicar el lugar en donde se ejecutan y desenvuelven después, en virtud de pasiones puramente humanas y de caracteres que también lo son, enredándose y complicándose con naturalidad y verosimilitud; y cuando el nudo o el conflicto alcanza su punto culminante, y su desate o resolución parecen difíciles o imposibles, interviene un poder sobrenatural que desvanece rápida y milagrosamente los obstáculos que lo impiden. Concédese al destino la parte tradicional y preponderante que le corresponde, pero no lo domina y absorbe todo, como en Esquilo, sino, al contrario, lo menos posible, y no tanto por la convicción del poeta, cuanto atendiendo a las exigencias y costumbre del público. Ese poder superior a dioses y hombres ha ordenado el hecho final, pero los últimos obran y se mueven dentro de su natural esfera, y exactamente como lo harían si aquel no existiese. El discípulo de Anaxágoras, que no comparte las creencias y las supersticiones populares, y

las contradice y ataca por ser opuestas a la razón, se manifiesta sin rebozo siempre que la ocasión lo permite. Las flaquezas del bello sexo asedian al autor como perpetua pesadilla, quizás por considerarlo indigno de embargar con tanto imperio la atención de los hombres y apartarlos de más serias y útiles aficiones y pensamientos. Sobresale en la representación dramática de los afectos, como en el reconocimiento de los dos hermanos, justificando los elogios que Aristóteles le prodiga en su *Poética*, y por medios sencillos, verdaderos e interesantes. No olvida, sin embargo, congraciarse con sus compatriotas al hablar de la fiesta de las copas, del Areópago, del culto de la Artemisa ática en Braurón, opuesto al bárbaro táurico, y del oráculo de Delfos, distinto de la adivinación por los sueños. Su buen gusto se revela en la sobriedad y eficacia de sus recursos escénicos, y en el arte con que los reúne y los contrasta.

Despréndese de esto que el estudio de las obras de Eurípides, en las cuales desaparece sensiblemente el carácter religioso de la primitiva tragedia, acercándose más y más a la puramente humana que la ha sustituido y persiste en la actualidad, nos enseña la senda recorrida por esta parte de la poesía dramática desde sus orígenes hasta nuestros días, y las reformas radicales que ha sufrido hasta lograr su completa formación. De lo divino o religioso, que todo lo llena al principio, se va poco a poco separando lo puramente humano, que permanece luego independiente, perfeccionándose más y más hasta conseguir su esencia y su forma última y definitiva, más durable y constante. Lo mismo ha acontecido a los demás géneros poéticos, y casi pudiera decirse que a todas las instituciones humanas, incluyendo en ellas a las políticas. La religión ha sido la nodriza y el mentor de la humanidad, guiándola solicita y cariñosa en sus primeros

pasos, y sin separarse de ella.

Eurípides, como trágico griego, es así el menos griego de ellos, si atendemos solo a la índole característica y hierática de la tragedia griega, y en este sentido es el peor de los tres trágicos conocidos, pero precisamente por esto es el eslabón que une a la tragedia antigua con la moderna. Nos convencemos fácilmente de esta verdad si suprimimos mentalmente la influencia del destino en cualquiera de las obras de este poeta, o, al contrario, si suponemos que el objeto o término final de otra cualquiera moderna ha sido decretado y preparado por el destino, en cuya hipótesis resultará que en lo sustancial del fondo y de la forma son ambas iguales. Las demás diferencias que las separan, sin afectar a lo sustancial, provienen de muchas causas diversas relacionadas con los distintos elementos sociales de las naciones antiguas y modernas, como la diferencia de religión, de gobierno, de hábitos y costumbres, de educación, de mayor o menor cultura y de influencias nacionales o locales más o menos poderosas en el auge o en la decadencia de esta clase de composiciones.

Y así se comprende y se explica también que, desde el renacimiento clásico literario hasta nuestros días, haya sido Eurípides el preferido para estudio y para modelo, y que continúe siéndolo ahora, no Sófocles, ni menos Esquilo. El *Edipo rey* del primero, en nuestra modesta opinión, es la obra maestra e inimitable del teatro griego; no ha logrado adaptarse todavía al teatro moderno, ya por no haberlo intentado siquiera, ya por los resultados obtenidos por insignes poetas españoles y extranjeros que, habiéndolo intentado, encallaron en la empresa. Sin la creencia, y creencia firme y general en el destino, que no existe, la realización de ese deseo es de todo punto imposible. En cambio abundan las imitaciones de las tragedias

de Eurípides, sobre todo en Francia, en donde ocupan lugar preferente en su literatura clásica.

En las obras impresas de Racine se conserva el plan de un primer acto de *Iphigénie en Tauride*, y ha sido imitada también por Guimond de la Touche, siempre al estilo francés, aunque no sea el de Racine. Goethe ha escrito otra *Ifigenia en Táuride*, que solo tiene el título de común con la griega.

De algunas alusiones muy embozadas que se han visto o creído ver en la tragedia de Eurípides, no por cierto muy convincentes, se ha supuesto que su representación hubo de hacerse en el año primero de la olimpiada 92, que corresponde al 412 de nuestra era.

PERSONAJES

Ifigenia.

Orestes, *hermano de Ifigenia.*

Pílades, *amigo de Orestes.*

Coro de mujeres griegas.

Un pastor.

Toante.

Un mensajero.

Atenea.

El lugar de la acción es Táuride (Crimea).

* * *

Vese en la escena el templo dórico de Artemisa Táurica, en lo alto de una roca. El altar está salpicado de sangre, y alrededor se observan vestidos y

armas, despojos de las víctimas sacrificadas. Empieza a amanecer.

IFIGENIA

Pélope, hijo de Tántalo, obtuvo en Pisa,[2] con sus ligeros caballos, la mano de la hija de Enómao, madre de Atreo, que engendró a Menelao y Agamenón, y de este y de la hija de Tindáreo nací yo, Ifigenia, víctima sacrificada, a juicio de mi padre, en el claro seno de Áulide, para recobrar a Helena, y cerca de los torbellinos que revuelve el Euripo cuando impetuosos vientos lo llevan a la mar. En Áulide juntó también el rey Agamenón un ejército en mil naves para conquistar a Ilión y ganar gloriosa corona, castigando a Helena, esposa infiel, por complacer a Menelao. Graves obstáculos se oponían a la navegación, porque no soplaban vientos favorables. Calcas entonces, observando las llamas, habló así: «¡Oh tú, Agamenón, que mandas este ejército griego!; tus naves no dejarán el puerto antes que Artemisa acepte el sacrificio de tu hija Ifigenia, pues prometiste consagrar a la diosa lucífera lo más hermoso que el año produjera. Tu esposa Clitemnestra dio a luz en tu palacio una hija (aludió a mí y me llamó muy bella), que has de inmolar». Y por arte del sagaz Odiseo me arrancaron del regazo de mi madre, pretextando que lo hacían para casarme con Aquiles. Y al llegar, desdichada, a Áulide, ya en lo alto de la pira, y a punto de herirme la cuchilla, sustrájome Artemisa, poniendo en mi lugar una cierva, y llevándome a través del resplandeciente éter a esta tierra de los tauros, en donde Toante impera, rey bárbaro de bárbaro país que corre como las aves con sus pies ligeros, de donde le vino su nombre. La hija de Leto hízome su sacerdotisa en este templo, entre cuyos ritos, gratos a ella, hay uno cuyo solo nombre es bueno; pero callaré, por respeto a mi señora. Yo inmolo aquí, según antigua costumbre, a los griegos que

arriban a estas costas. Siempre doy principio a las ceremonias religiosas, y consuman el sacrificio los que habitan en la morada augusta de esta deidad nefanda. Sepan las auras, por si tienen remedio, las pavorosas visiones que me han perseguido esta noche. Pareciome en sueños que abandonaba este país y habitaba en Argos, y reposaba al lado de las vírgenes, mis compañeras, cuando tembló la tierra y hui de mi aposento, y se desplomó la cúspide del palacio, y toda la techumbre vino a tierra, hasta los más altos pilares. Solo quedaba en pie una columna del palacio paterno, de cuyo capitel pendía blonda cabellera que hablaba, y yo, lamentándome de mi triste ministerio de matar a los extranjeros, la rociaba con agua, como destinada a la muerte. He aquí la interpretación que doy a este sueño: no vive ya Orestes, porque lo purifiqué para su sacrificio. Son los hijos varones columnas de las familias, y los rociados con el agua de mis sagrados vasos están condenados a morir. Y, sin embargo, no puedo aplicar este sueño a otros amigos, porque Estrofio[3] no tenía hijos cuando me inmolaron. Quiero, pues, ahora celebrar los funerales de mi hermano ausente con las esclavas griegas que me dio para mi servicio el rey. Pero no sé qué causa les impide venir; entraré, pues, en el templo de la diosa, en donde habito. (*Vase*).

ORESTES

Mira, observa si hay gente en el camino.

PÍLADES

Miro, observo, y todo lo examino con mis ojos.

ORESTES

¿Crees, Pílades, que sea este el templo de la diosa, adónde hemos dirigido nuestra nave atravesando la mar desde Argos?

PÍLADES

A mí me lo parece; no basta, sin embargo, si tú no opinas lo mismo.

ORESTES

¿Y el ara empapada con sangre griega?

PÍLADES

Tiene, en efecto, coronas teñidas en sangre.

ORESTES

¿Ves, acaso, despojos suspendidos de sus muros?

PÍLADES

Restos de extranjeros sacrificados.

ORESTES

Pero conviene que lo escudriñes todo con diligencia. ¡Oh Febo! ¿Por qué tus oráculos me atraen a nuevas redes, después que me hiciste asesinar a mi madre para vengar a mi padre? Las Furias, siempre renovando sus persecuciones, atormentábanme en mi destierro, obligándome a vagar sin descanso. Y me acerqué a tu templo, y te pregunté cómo podría librarme de este furor que me agita, y de tantas penalidades como he sufrido en mi errante peregrinación por la Grecia. Tú me mandaste entonces que me encaminara a los confines de la Táuride, en donde es adorada tu hermana, y robase su estatua, que, según dicen estos habitantes, cayó del cielo en su templo, apoderándome de ella, ya por engaño, ya aprovechándome de alguna feliz casualidad, y que, arrostrando el peligro, la llevase al país de los atenienses; nada más me ordenaste, y si lo cumplo, pondré término a mis trabajos. He venido aquí obedeciéndote, a esta tierra desconocida e inhospitalaria. Ahora te pregunto, ¡oh Pílades!, ya que me ayudas en esta empresa, ¿qué hacemos? ¿Ves sus altos y fuertes muros? ¿Subiremos los

peldaños del templo? ¿Cómo nos ocultaremos después en él? ¿Abriremos las puertas de bronce de este recinto que no conocemos? Si nos sorprenden cuando intentemos entrar, moriremos; así, antes que suceda esto, huyamos a la nave que nos trajo.

PÍLADES

No debemos huir, ni acostumbramos hacerlo, ni el oráculo del dios merece menosprecio. Alejémonos del templo y refugiémonos en las cavernas que lava el negro Ponto con sus aguas, lejos de la nave, no la descubra alguno, nos delate a los reyes y nos cautiven a la fuerza. Y cuando viniere la oscura noche osaremos con maña robar del templo la tersa estatua de la diosa. Mira si los triglifos dejan bastante espacio para albergarnos. Audaces en sus empresas son los esforzados, no así los cobardes, que para nada sirven. ¿Acaso después de andar tan largo camino a fuerza de remos retrocederemos al llegar a la meta?

ORESTES

Has dicho bien, y debo obedecerte. Ocultémonos, pues, en donde nos sea posible. Como el dios no ha de impedir el cumplimiento de su oráculo, osémoslo: para los jóvenes no hay trabajo excusable.

EL CORO

Silencio, habitantes del Ponto Euxino, que moráis en dos peñascos que se besan;[4] ¡oh Dictina[5] de las selvas, hija de Leto!, a tu palacio, a las doradas almenas de tu templo, de bellas columnas, acerco mi pie santo y virginal, siervo de la sacerdotisa que lleva la clava, y habiendo abandonado las torres de la ecuestre Grecia, las murallas y los campos umbrosos de la insigne Europa, en donde yace el hogar de mi padre. Ya he llegado. ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué te inquieta? ¿Por qué me llamaste al templo, por qué me

llamaste?, ¡oh hija de los ilustres Atridas que asediaron las torres de Troya con famosa armada de mil naves, llenas de innumerables soldados!

IFIGENIA

¡Oh siervas, cómo me abandono a tristes plegarias, canto lúgubre en elegíacos, no acompañados de la lira, ¡ay, ay de mí!, sino solo de fúnebre llanto! Tales son mis desdichas, llorando la muerte de mi hermano, cuya sombra se me ha aparecido en sueños en las tinieblas de esta noche oscura. Yo muero, yo muero; ya pereció el linaje de mi padre, ¡ay de mí! Mi familia ya no existe, ¡ay, ay!, víctima de los infortunios sufridos en Argos. ¡Ay, ay del destino que me arranca mi único hermano, llevándolo a los infiernos! A sus manos ofreceré las libaciones que contiene este vaso, derramándolo en el seno de la tierra, y abundante leche de las vacas de los montes, vino de Dioniso y miel de abejas de amarillentas alas que aplacan a los muertos. Pero dame el vaso de oro macizo y la infernal ofrenda. ¡Oh hijo de Agamenón que yaces bajo la tierra! Como si hubieses muerto te ofrezco este don; acéptalo, que en tu túmulo no depositaré mi blonda cabellera ni tampoco derramaré mis lágrimas. Lejos estoy de tu patria y de la mía, en donde creen que yo, mísera, he sido inmolada.

EL CORO

Cantos que respondan a los tuyos, e himno asiático en bárbaro lenguaje haré oír, ¡oh señora!, musa lúgubre, grata a los muertos, tristes versos que a Hades deleitan. ¡Ay de mí! Desapareció el astro que iluminaba el augusto palacio de los Atridas, ¡ay de mí!, tu hogar paterno. ¿Quién, pues, ahora empuñará el cetro de los reyes famosos de Argos? Una pena sucede a otra desde que, torciendo las riendas de sus veloces caballos, el Sol se alejó, y apartó, indignado de tus progenitores, su sagrado y brillante

rostro.[6] Un dolor sucede a otro en su palacio, a causa del vellocino de oro; un asesinato a otro, a un llanto otro llanto, y de aquí que el funesto destino asentara su planta en la mansión de los Tantálidas, que ya perecieron, y con triste ímpetu te haya acometido numen nefando.

IFIGENIA

Desde el principio, y desde el himeneo de mi madre, ha sido adversa mi suerte, y desde la noche aquella en que las Parcas, que presiden al nacimiento, decretaron que yo viviera vida amarga, primogénita de la infortunada hija de Leda, que me concibió en mal hora en su tálamo, y me dio a luz y me educó para ser víctima de la debilidad de mi padre, quien me había de sacrificar cruelmente, y llevándome, en cumplimiento de su voto, a las arenas de Áulide en su carro ecuestre, como prometida, ¡ay!, como infeliz esposa del nieto de Nereo. Extranjera ahora en el inhospitalario Ponto, habito lúgubre mansión, sin esposo ni hijos, sin patria, sin amigos, cuando tantos amigos solicitaban mi mano; no cantando himnos a la argiva Hera, ni tejiendo con la lanzadera en finas telas la imagen de Palas Ática y de los Titanes,[7] sino manchando las aras de Artemisa con sangre, después de dar a los extranjeros deplorable muerte, y oyendo sus clamores, que mueven a lástima, y contemplando las lágrimas tristes que derraman. Y ahora me olvido de estos males, y lloro a un hermano, muerto en Argos, que dejé tierno infante, todavía en la lactancia, cara prenda en los brazos y en el seno de su madre, Orestes, en fin, que en Argos debía empuñar el cetro.

EL CORO

Desde la orilla del mar viene hacia aquí un pastor, quizá a anunciar alguna nueva importante.

EL PASTOR

Hija de Agamenón y de Clitemnestra, oye la noticia que voy a darte.

IFIGENIA

¿Quién osa interrumpirme en este momento?

EL PASTOR

Dos jóvenes fugitivos han arribado a esta región, a las Cianeas Simplégades, sacrificio y víctimas agradables a Artemisa. Prepara, pues, desde luego el agua lustral y las ofrendas.

IFIGENIA

¿De qué país? ¿Cómo se llama la patria de esos extranjeros?

EL PASTOR

Son griegos; solo sé esto y nada más.

IFIGENIA

¿Dices que ignoras sus nombres?

EL PASTOR

Uno llamaba Pílades al otro.

IFIGENIA

¿Y cuál era el nombre de su compañero?

EL PASTOR

No lo sé; no lo hemos oído.

IFIGENIA

¿Cómo los descubristeis y los cautivasteis?

EL PASTOR

En la extrema orilla del inhospitalario estrecho.

IFIGENIA

Pero vosotros los pastores, ¿qué hacíais en la mar?

EL PASTOR

Fuimos a lavar en sus olas los bueyes.

IFIGENIA

Dejemos eso, y dime ahora, para satisfacer mi curiosidad, de qué manera los cautivasteis. Largo tiempo hacía que no llegaban los griegos para regar el ara de la diosa con torrentes de sangre.

EL PASTOR

Cuando llevábamos a los bueyes selvícolas al mar que baña las Simplégades, llegamos a cierta caverna, abierta por el continuo embate de las olas, abrigo de pescadores de púrpura. Aquí vio a los dos jóvenes uno de nuestros compañeros, y retrocedió, desandando el camino con la punta de los pies, y dijo: «¿No veis? Ahí habitan ciertas deidades». Otro, el más religioso, alzó las manos y los adoró así al verlos: «¡Oh Palemón soberano,[8] hijo de la marina Leucótoe, patrono de los navegantes!, muéstratenos propicio, ya sean los Dioscuros quienes yacen en la ribera, ya los hijos amados de Nereo,[9] padre del noble coro de las cincuenta nereidas». Pero otro, vano, audaz e impío, se burló de sus plegarias, y dijo que los de la gruta eran náufragos, y que allí se ocultaban, sabedores de la costumbre observada entre nosotros de sacrificar extranjeros. Casi todos creíamos que tenía razón, y que debíamos apoderarnos de estas víctimas y traerlas, como siempre, a la diosa. Mientras tanto, uno de los peregrinos dejó la roca, se detuvo un poco, movió la cabeza a un lado y a otro, gimió y se estremeció su cuerpo como presa del delirio, clamando a modo de cazador: «¿La ves, Pílades? ¿No ves este dragón del Orco que intenta matarme, armado de horrendas víboras? ¿Y esta que espira fuego y muerte y sacude las alas que se destacan de su ropaje, llevando a mi madre en sus brazos, y quiere

lanzarme este peñasco? ¡Ay de mí! ¡Me matará! ¿Adónde huiré?». Sin embargo, nada se veía, confundiendo él el mugido de los novillos y el ladrar de los perros con los aullidos semejantes que, según se dice, dan las Furias. Nosotros, entretanto, aterrados y suspensos, permanecíamos quietos y en silencio. Pero él, desenvainando la espada, arremetió como un león a los novillos, los hirió en el vientre con su acero, atravesoles los costados, creyendo espantar a las Furias, hasta el extremo de llegar la sangre al mar. Todos entonces se armaron, viendo el estrago que hacía en los rebaños, y tocamos los caracoles, llamando en nuestra ayuda a los indígenas, pues contra peregrinos robustos y llenos de vida podrían poco débiles pastores. Muchos, en efecto, nos reunimos en breve. El extranjero cayó al fin víctima de su locura, arrojando espuma por la boca. Cuando lo vimos en tierra en sazón tan oportuna, todos nos pusimos a la obra, y juntamos piedras, tirámoslas, y lo herimos; el otro extranjero lo cuidaba y atendía, protegiéndolo la tela bien urdida de su vestido, y examinaba solícito sus heridas, y le prodigaba los tiernos desvelos de un leal amigo. Recobrando luego el juicio, se levantó del suelo, observó la muchedumbre de enemigos que les acometía, y presintiendo la calamidad que les amenazaba, gimió. Mas nosotros no cesamos de tirarle piedras a porfía. Entonces oímos esta exhortación atroz: «Moriremos, Pílades, pero con el honor posible; sígueme, esgrimiendo en tu diestra la espada». Cuando se adelantaron hacia nosotros vibrando sus armas, huimos y nos refugiamos en las frondosas selvas. Pero si alguno se intimidaba, los demás, amenazándole de cerca, le obligaban a la fuerza a volver, y si unos eran rechazados, los de reserva volvían a la carga con nuevas pedradas. Increíble parece que, siendo nosotros tantos, ninguno pudiese herir mortalmente a las víctimas de la

diosa. Con trabajo, al cabo, y faltándonos valor, los cautivamos, y cercándolos a pedradas, hicimos caer las espadas de las manos, obligándolos por el cansancio a arrodillarse en tierra. Llevámoslos, pues, a la presencia del rey, los vio y te los envió inmediatamente para que los purifiques e inmoles. Debes desear, ¡oh virgen!, que se repitan estos sacrificios, porque si das muerte a tales extranjeros, la Grecia pagará la que quiso darte, y expiará la pena del crimen cometido en Áulide.

EL CORO

Maravilloso es lo que has contado del extranjero, sea quien fuere, venido de la Grecia al inhospitalario Ponto.

IFIGENIA

Bien está; vete y trae a los extranjeros; yo cuidaré de lo demás. ¡Oh corazón desdichado, antes afable y misericordioso con las víctimas! Solías derramar lágrimas por tus compatriotas siempre que caían en tus manos; pero como ahora, y en vista de los sueños que me han asustado, creo que Orestes no ve ya la luz del sol, no os miraré con benevolencia, cualquiera que seáis. Es una verdad, y yo la he experimentado, ¡oh amigas!, que los infelices no quieren bien a los venturosos. Mas ni llegó nunca a esta costa inhospitalaria el viento de Zeus,[10] ni nave que, atravesando los escollos de las Simplégades, trajese a Menelao ni a Helena, que me perdieron, para vengarme de ellos, y que encontrasen aquí otra Áulide en vez de aquella en donde me sacrificaron los hijos de Dánao como a cautiva ternerilla, sacrificándome el mismo padre que me engendró. ¡Ay de mí! No olvido aquellos males y las veces que mis manos tocaron su rostro, y que me abracé a las rodillas de mi padre, diciéndole: «¡Oh padre!, hicísteme contraer vergonzoso himeneo, y mientras tú me matas, mi madre y las

argivas celebran mis bodas,[11] y en todo el palacio resuenan la flauta y los cánticos, y tú me sacrificas sin piedad. Hades era, pues, Aquiles, no el hijo de Peleo, el esposo que me habías anunciado; en carro me trajiste por engaño a sangrientas bodas». Y yo, al ponerme el sutil velo, no tomé en mis brazos a mi hermano, el que pereció hace poco, ni de vergüenza besé a mi hermana, creyendo encaminarme al palacio de Peleo; y no me despedí de muchas, pensando en mi pronto regreso a la ciudad de Argos. ¡Oh mísero Orestes, si has muerto, perdiste envidiable suerte y la herencia afortunada de tu padre! No alabo el siniestro placer de una diosa que aleja de su ara a cualquier mortal, considerándolo impuro, ya haya derramado sangre, ya sufrido los dolores del parto, o tocado algún cadáver con sus manos, y, sin embargo, se deleita con víctimas humanas. De ningún modo Leto, esposa de Zeus, ha dado a luz tan necia deidad. Increíble, en verdad, me parece el festín que dio Tántalo a los dioses, y que ellos disfrutaran comiendo un niño, y más bien creo que los moradores de esta región, para excusar sus homicidios, atribuyen a una divinidad su delito. A mi juicio, ningún dios es malo.[12] (*Ifigenia se calla, esperando a los extranjeros*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Cerúleas, cerúleas olas del mar, en donde Ío,[13] abrasada por el delirante estro, voló desde Argos al estrecho Euxino, y lo pasó, viniendo al Asia desde Europa, ¿quiénes son los que dejando el caudaloso Eurotas,[14] de verdes cañas, o las aguas sagradas de Dirce, arribaron, arribaron a una tierra insociable, en donde divina doncella riega con sangre humana las aras y los templos cercados de columnas?

Antístrofa 1.ª — ¿Navegaron acaso a fuerza de impetuosos remos de abeto, que resonaban a compás a los dos costados de la nave, llenando el

viento las velas, ávidos de riquezas, para llevar la abundancia a sus hogares? La dulce esperanza se torna insaciable en los hombres, en daño suyo, cuando traen la carga de sus tesoros, después de andar errantes por las olas y recorriendo bárbaras ciudades con vanas ilusiones. Vehementes son unos con su avaricia, y otros más moderados.

Estrofa 2.ª — ¿Cómo atravesaron los peñascos que se juntan,[15] cómo los escollos Fineos, nunca tranquilos, navegando cerca de la orilla en las revueltas olas de Anfitrite, en donde los coros de las cincuenta doncellas nereidas danzan a la redonda, mientras llenaba el viento las velas y rechinaba el timón que gobierna en la popa, ya impelida por las auras del Noto, o por los soplos del Céfiro, para arribar a una región abundante en aves, a la isla de Leuca, célebre estadio de las carreras de Aquiles en el Ponto Euxino?

Antístrofa 2.ª — ¡Ojalá que se realizasen los deseos de mi señora querida, y por alguna casualidad viniese aquí Helena, hija amada de Leda, dejando la ciudad troyana para rociar su cabello con el agua lustral, precursora de la muerte, y que mis manos la degollaran, sufriendo las penas que debe! Dulcísima nueva sería para nosotras que de la Grecia llegase algún navegante a poner término a mis trabajos y a mi desdichada servidumbre. Que en sueños siquiera me vea yo en la casa mía y en mi patria, para oír suave canto, deleite de los afortunados.

Epodo. — Pero he aquí a los extranjeros, atadas sus manos con dobles lazos, nuevas víctimas para la diosa. Callad, amigas. Ya mis compatriotas se acercan al templo, confirmando los anuncios del pastor. ¡Oh numen venerando!, si te es grata tal ofrenda, acepta las víctimas que te presentamos en observancia de nuestras costumbres, aun cuando no sean

para los griegos hijas de la piedad.

IFIGENIA (*a los que traen a los cautivos*).

Vamos, pues; mi primer cuidado es que nada falte al culto de la diosa. Desatad las manos de los extranjeros, que, consagrados, ya no han de estar así. Entrad en el templo, preparad lo que sea necesario para esta ceremonia, y lo que el ritual ordena. (*Vanse*). ¡Hola! ¿Qué madre os dio a luz en otro tiempo? ¿Cuál es vuestro padre?, ¿cuál vuestra hermana, si acaso la tenéis? ¡Qué dos jóvenes hermanos va a perder! ¡De qué hermanos quedará huérfana! ¿Quién está seguro de los golpes de la fortuna? ¿Quién sabe lo que le aguarda? Impenetrables son los decretos del destino; todos ignoran sus desdichas futuras, y la ciega deidad nos arrastra a desconocido abismo. ¿De dónde venís, extranjeros desventurados? ¡Qué larga navegación habéis traído para arribar a este país, y cuán eternamente estaréis ausentes de vuestra casa, sepultados en los infiernos!

ORESTES

¿A qué te lamentas así, ¡oh mujer!, seas quien fueres, y agravas nuestros próximos males? No es sabio, a mi juicio, el que ha de morir y disimula su miedo, excitando la piedad, ni el que deplora su fin cercano, sin esperanza de salvación: de un solo mal hace dos; de necio es su conducta, y muere no obstante. Sea libre la fortuna. No te compadezcas más de nosotros, que conocemos los sacrificios que se celebran aquí.

IFIGENIA

¿Cuál de vosotros se llama Pílades? Es lo que primero deseo saber.

ORESTES

Este, si tal es tu placer.

IFIGENIA

¿En qué ciudad de la Grecia has nacido?

ORESTES

¿Qué ganarás con saberlo, ¡oh mujer!?

IFIGENIA

¿Sois hermanos, hijos de la misma madre?

ORESTES

Somos hermanos por la amistad, no como dices.

IFIGENIA

Y a ti, ¿qué nombre te puso tu padre?

ORESTES

El nombre que me cuadra es el de infortunado.

IFIGENIA

No es esa mi pregunta: es obra de tu desgracia.

ORESTES

Si muero y no se sabe mi nombre, no serviré a nadie de ludibrio.

IFIGENIA

¿Por qué te opones a mi ruego? ¿Tan grande es tu soberbia?

ORESTES

Matarás mi cuerpo, no mi nombre.

IFIGENIA

¿Ni dirás tampoco la ciudad en donde moras?

ORESTES

Si he de morir, a nada conducen tus preguntas.

IFIGENIA

¿Pero por qué no me has de complacer en esto?

ORESTES

Me envanezco de tener por patria a la ínclita Argos.

IFIGENIA

Por los dioses, ¿eres de allí verdaderamente, o extranjero?

ORESTES

De Micenas, venturosa en otro tiempo.[16]

IFIGENIA

¿Saliste desterrado de tu patria, o huyendo de alguna otra desdicha?

ORESTES

En cierto modo, soy desterrado contra mi voluntad y voluntariamente.

IFIGENIA

¿Me dirás lo que deseo saber?

ORESTES

Sí, que no debo dar a esto importancia, cuando tan grande es mi infortunio.

IFIGENIA

Yo he deseado mucho que viniese alguno de Argos.

ORESTES

No yo; si te sucede lo contrario, sabrás por qué.

IFIGENIA

¿Has oído hablar de Troya, tan famosa en todas partes?

ORESTES

¡Ojalá que nunca oyese su nombre, ni siquiera en sueños!

IFIGENIA

Dicen que ya no existe, arrasada por la guerra.

ORESTES

Así es; no te engañaron al contártelo.

IFIGENIA

¿Y volvió Helena al palacio de Menelao?

ORESTES

Volvió, y su vuelta fue fatal a alguno de los míos.

IFIGENIA

¿En dónde está? Algo me debe también por cierta desgracia de que fue causa.

ORESTES

Habita en Esparta con su primer esposo.

IFIGENIA

Objeto de horror para toda la Grecia, no para mí sola.

ORESTES

Amargo fruto recogí yo también de sus nupcias.

IFIGENIA

¿Volvieron acaso los griegos, como pregona la fama?

ORESTES

¿Tantas preguntas me haces en una sola?

IFIGENIA

Antes que mueras quiero disfrutar de este placer.

ORESTES

Interrógame, pues, si lo deseas; yo te responderé.

IFIGENIA

Cierto adivino Calcas, ¿regresó de Troya?

ORESTES

Murió, según decían en Micenas.

IFIGENIA

Cuán justamente, ¡oh deidad veneranda! ¿Y el hijo de Laertes?

ORESTES

Aun no ha llegado a su patria, pero se cree que viva.

IFIGENIA

Que muera y nunca torne a ella.

ORESTES

No le desees mal, que su suerte no es envidiable.

IFIGENIA

¿Vive todavía el hijo de la nereida Tetis?

ORESTES

No; en vano celebró su himeneo en Áulide.

IFIGENIA

Era más bien un engañoso lazo, según aseguran los desdichados que deben saberlo.

ORESTES

¿Quién eres tú? ¿Con qué interés te informas del estado de la Grecia?

IFIGENIA

Soy también griega; cuando era jovencita, perecí.

ORESTES

Con razón, pues, ¡oh mujer!, te cuidas de averiguar lo que en ella sucede.

IFIGENIA

¿Y qué ha sido del capitán cuya dicha publica la fama?

ORESTES

¿Cuál? El que yo conozco, al menos, no es de ese número.

IFIGENIA

Cierto hijo de Atreo, que se llamaba el rey Agamenón.

ORESTES

No sé de quién hablas; dejemos esto, ¡oh mujer!

IFIGENIA

De ninguna manera, por los dioses; al contrario, contéstame, ¡oh extranjero!, para complacerme.

ORESTES

Murió el desdichado, y además arrastró consigo a la muerte a algún otro.

IFIGENIA

¿Murió? ¿Cómo? ¡Ay de mí, desventurada!

ORESTES

¿Por qué has gemido así? ¿Te unía a él algún lazo?

IFIGENIA

Gimo recordando su pasada dicha.

ORESTES

Murió miserablemente, asesinado por una mujer.

IFIGENIA

¡Oh! ¡Cuán deplorable es la suerte de la criminal y de su víctima!

ORESTES

Déjame ya; no me preguntes más.

IFIGENIA

Solo quiero saber si vive todavía la esposa de ese desdichado.

ORESTES

No vive; pereció a manos de su mismo hijo.

IFIGENIA

¡Oh palacio arruinado! ¿Y con qué objeto?

ORESTES

Por vengar el asesinato de su padre.

IFIGENIA

¡Ay de mí! ¡Instrumento deplorable de castigo merecido!

ORESTES

Sin embargo, los dioses no le favorecen, a pesar de su justicia.

IFIGENIA

¿Ha dejado Agamenón en el palacio algún otro hijo?

ORESTES

Electra, su única hija.

IFIGENIA

¿Se dice algo de la otra que mataron?

ORESTES

Nada, sino que, muerta, no ve la luz.

IFIGENIA

¡Desventurada, y desventurado también el padre que la sacrificó!

ORESTES

Pereció inicuamente por una mujer malvada.

IFIGENIA

¿Sobrevive en Argos algún hijo a su padre?

ORESTES

Sí, desdichado en verdad; en ninguna parte existe, y en todas a un tiempo.

IFIGENIA

Adiós, falsos sueños; nada erais, pues.

ORESTES

Ni los dioses, que se llaman sabios, son menos engañosos que los leves sueños. Grande confusión reina en las cosas divinas y humanas; solo me duele que, por obedecer a adivinos, perezca quien no carece de prudencia; bien lo saben algunos.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¿Quién se acordará de nosotras y de nuestros padres? ¿Viven acaso? ¿No viven? ¿Quién podrá decirlo?

IFIGENIA

Oíd: ya he tomado mi resolución, ¡oh extranjeros!, que puede seros útil y a mí también. Lo mejor será, sin duda, que nos convengamos todos. ¿Quieres acaso, si te salvo, llevar un mensaje mío a mis amigos de Argos, y cartas que me escribió cierto cautivo, compadecido de mi suerte, juzgando que no era homicida mi mano, sino que moría en virtud de una ley justa en concepto de la diosa? Hasta ahora no he encontrado ninguno que regrese a mi patria, y que, salvándose, entregase mis cartas a alguno de mis amigos. Tú, pues, que según parece no eres villano, y que has visto a Micenas y conoces a aquellos a quienes me dirijo, no morirás, alcanzando por obedecerme recompensa no despreciable. Pero el otro, ya que la ciudad me obliga a ello, será separado de ti y sacrificado a la diosa.

ORESTES

Apruebo cuanto has dicho, ¡oh extranjera!, excepto una cosa, porque la muerte de mi compañero me afligiría mucho. Yo soy el piloto que lo ha traído a este mar calamitoso, y navegó conmigo para compartir mis trabajos. No es, pues, justo que me salve y te sirva a costa de su vida. Más vale hacerlo así: tú le entregas las cartas que te interesa mandar a Argos, y a

mí me matará quien quiera. Es lo más infame arrastrar a la desgracia a los amigos y evitarla nosotros. Este lo es mío, y quiero que vea la luz no menos que yo.

IFIGENIA

¡Oh corazón generoso! ¡Cómo se conoce que es noble tu estirpe y que eres verdadero amigo de tus amigos! Que así sea el único pariente que me queda; yo también, ¡oh extranjeros!, tengo un hermano, aunque no le veo. Pero ya que tal es tu voluntad, enviemos a este que lleve las cartas; tú morirás, víctima de tu estrecha amistad.

ORESTES

¿Pero quién ha de sacrificarme? ¿Quién osará cometer tan bárbaro crimen?

IFIGENIA

Tal es mi deber en honor de la diosa.

ORESTES

No envidiable, sin duda, ¡oh virgen!, ni tampoco grato.

IFIGENIA

Oblígame la necesidad, numen incontrastable.

ORESTES

¿Tú, siendo mujer, matas a los hombres con la espada?

IFIGENIA

No, pero rociaré con agua lustral tu cabellera.

ORESTES

Pero ¿quién es sacrificador, si me es lícito preguntarlo?

IFIGENIA

Los encargados de este ministerio habitan en el templo.

ORESTES

¿Y qué sepulcro me recibirá cuando muera?

IFIGENIA

Dentro arde el fuego sagrado, y en la roca han abierto vasta sima.

ORESTES

¡Ay de mí! ¡Ojalá que mi hermana me tributase los últimos deberes!

IFIGENIA

Vano es tu deseo, ¡oh desventurado!, quienquiera que seas, que yace lejos de ti y de esta tierra bárbara. Pero basta que seas argivo para que te honre como pueda. Yo adornaré tu sepulcro, y mi mano untará tu cuerpo frío de amarillento aceite, y derramaré sobre tu pira la miel que liba de las flores la roja abeja. Pero voy a traer las cartas del templo de la diosa; no me odies por eso. Custodiadlos, servidores, sin ataduras, que acaso envíe cartas a alguno de mis amigos de Argos, que no las espera, y a quien amo mucho, participándole, con gran gozo suyo, que viven algunos que cree muertos.

EL CORO

Deploro tu destino: pronto serás sacrificado con las sangrientas gotas del agua lustral.

ORESTES

En vez de lamentarlo, ¡oh extranjeras!, debéis regocijaros.

EL CORO

Feliz eres, ¡oh joven!, y afortunada tu suerte, porque vuelves a tu patria.

PÍLADES

Nunca desea un amigo que su amigo muera.

EL CORO

¡Oh peregrinación infausta! ¡Ay, ay, tú morirás! ¡Ay, ay de mí! ¿Cuál de

los dos ha de perecer? Duda mi alma, y no sabe si llorar y gemir por ti primero o acaso por ti.

ORESTES

Di, Pílades, por los dioses, ¿estás tan conmovido como yo?

PÍLADES

No lo sé; me preguntas cuando no puedo responderte.

ORESTES

¿Quién es esa doncella? Como si fuese griega se ha informado de los trabajos sufridos en Troya, y de la vuelta del ejército, y de Calcas, sabio adivino, y de Aquiles; y se apiadó mucho del desventurado Agamenón, y me preguntaba con interés por su esposa y por sus hijos. Esa extranjera debe ser alguna argiva que ha llegado hasta aquí, pues no de otro modo enviaría esas cartas ni se interesaría por todo esto, como si hubiese de participar de la ventura de mi patria.

PÍLADES

Has prevenido mi juicio, y has dicho primero cuanto yo pienso, excepto que las desdichas de los reyes son conocidas de todos los que se cuidan de los asuntos humanos. Pero indicó también otra cosa.

ORESTES

¿Cuál? Mejor la entenderás participándomela.

PÍLADES

Que es vergonzoso que muerto tú vea yo la luz; si navegué contigo, contigo debo morir. Afrentosa reputación de tímido y de cobarde tendré en los valles de Argos y de la Fócida, y creerá la multitud, ya que abundan los malos, que habiéndote hecho traición vuelvo a mi patria sano y salvo, o que te he dado muerte por reinar, cuando a tu familia afligían tantas

calamidades, y por casarme con tu hermana, que ha de heredarte. Tal es mi temor, tal mi vergüenza, y estoy resuelto a rendir contigo el alma y a que me degüellen al mismo tiempo que a ti, y conviertan en ceniza mi cuerpo; basta que sea tu amigo, y mi horror al vituperio.

ORESTES

Ruégote que no pienses así; yo solo debo sufrir mis males, y si puede ser simple mi pena, no he de duplicarla. Lo que tú miras como horrible y afrentoso, caerá sobre mí si murieses por compartir mis trabajos. Por mí no te aflijas; no es mala mi suerte, que agobiado por tanto infortunio como los dioses me envían, me veré libre de la vida; tú eres feliz, tu familia está pura y contenta, y la mía es desdichada o impía. Cuando, ya en salvo, tengas hijos de la hermana que te di por esposa, durará mi nombre, y mi estirpe no se extinguirá. Vete, pues, y vive y habita el palacio de tu padre. Ruégote suplicante, por esta diestra, que cuando vayas a la Grecia y a la ecuestre Argos me consagres un sepulcro y un monumento, y que mi hermana ofrezca en mi túmulo su cabellera y sus lágrimas; anúnciale mi muerte a manos de cierta mujer argiva, inmolado en el ara. Ni la abandones nunca, recordando siempre que has contraído himeneo con la hija de Agamenón, y que tus nuevos parientes son huérfanos. Y adiós ya; tú has sido mi mayor y más leal amigo, tú me acompañabas en la caza, te educaste conmigo y has sufrido muchos trabajos por compartir mis desdichas. Apolo, dios adivino, nos engañó astutamente, nos ha alejado de la Grecia cuanto ha podido, avergonzado de sus anteriores vaticinios, y por dar crédito a sus palabras y obedecerlas di muerte a mi madre y ahora muero.

PÍLADES

Tendrás el sepulcro que deseas, y nunca abandonaré el lecho de tu

hermana, ¡oh desventurado!; más te amaré muerto que vivo. Sin embargo, no puedes decir todavía que te ha perdido el oráculo del dios, aunque estés a la orilla de la tumba: muchas veces, sí, muchas veces gravísima calamidad produce grandes mudanzas si la fortuna lo dispone.

ORESTES

Calla, que inútiles son ahora los vaticinios de Febo; esa mujer sale ya del templo.

IFIGENIA (*a los que han quedado guardando a los cautivos*).

Apartaos, servidores, y preparad allá dentro lo necesario para los que presiden el sacrificio. (*Vase el Coro*). Aquí tenéis las cartas en múltiples rollos, ¡oh extranjeros! Escuchad además: como ninguno es constante en la desgracia, y cuando la confianza sucede al miedo, recelo que, de vuelta a su patria, no se acuerde de mis cartas y no las lleve a Argos.

ORESTES

¿Qué quieres, pues? ¿Qué te inquieta?

IFIGENIA

Ha de jurarme que llevará estas cartas y las entregará a mis amigos de Argos.

ORESTES

Y tú, ¿jurarás cumplir tu promesa?

IFIGENIA

Di, ¿qué he de decir?, ¿qué callar?

ORESTES

Que lo dejarás ir sano y salvo de esta tierra bárbara.

IFIGENIA

Es justo tu deseo. ¿Cómo, pues, de otra manera conseguiría lo que

anhelo?

ORESTES

¿Y lo consentirá el tirano?

IFIGENIA

Yo me encargaré de esto y de dejarlo en la nave.

ORESTES

Jura, pues, y formula el piadoso juramento que ha de hacer él.

IFIGENIA

Que diga: «Yo entregaré estas cartas a tus amigos».

PÍLADES

«Entregaré estas cartas a tus amigos».

IFIGENIA

Y yo, en cambio, te facilitaré los medios de dejar las rocas Cianeas.

PÍLADES

¿Y a qué dios pones por testigo de tus juramentos?

IFIGENIA

A Artemisa, cuya sacerdotisa soy en este templo.

PÍLADES

Y yo al rey del cielo, al venerando Zeus.

IFIGENIA

¿Y si me faltas y no cumples tu juramento?

PÍLADES

Que no vuelva a mi patria. ¿Y tú, si no me salvas?

IFIGENIA

Que nunca vea la tierra de Argos.

PÍLADES

Oye ahora algo que pasamos por alto.

IFIGENIA

Seguramente no hay frases inoportunas si son útiles.

PÍLADES

Concédeme, sin embargo, que si sucede algún percance a la nave, y la mar borra tus cartas y se traga mis riquezas y yo solo me salvo, que no valga mi sagrada promesa.

IFIGENIA

¿Y sabes tú lo que haré? Cuanto mayor es nuestra prevención, más fácilmente realizamos nuestros deseos. Te diré lo que he escrito en las cartas, para que puedas referirlo a los amigos; así no hay temor alguno, y si las salvas, ellas dirán calladas lo que quiero; y si la mar las borra y tú te libras de la muerte, no lo olvidarás.

PÍLADES

Bien miras de este modo por mí y por los dioses. Indícame, pues, a quién debo entregarlas en Argos, y lo que he de decir de tu parte.

IFIGENIA

Anuncia a Orestes, hijo de Agamenón, «que estas cartas son de Ifigenia, viva, la sacrificada en Áulide, aunque crean lo contrario los que ven allí la luz».

ORESTES

¿Y en dónde está? ¿Resucitó acaso después de muerta?

IFIGENIA

Yo soy Ifigenia; no me interrumpas con tus preguntas. «Llévame a Argos, ¡oh hermano mío!, de esta tierra bárbara antes que muera, y líbrame de las víctimas de la diosa en cuyo honor sacrifico a los extranjeros...».

ORESTES

¿Qué te parece, Pílades? ¿En dónde estamos?

IFIGENIA

«O lanzaré, Orestes, imprecaciones contra tu familia». Repito dos veces su nombre para que no se te olvide.

ORESTES

¡Oh dioses!

IFIGENIA

¿Por qué invocas a los dioses, tratando solo de mis asuntos particulares?

ORESTES

Prosigue, no es nada; me había distraído. Preguntando después, averiguaré cosas increíbles.

IFIGENIA

Dile que Artemisa me salvó poniendo en mi lugar una cierva, a la cual mató mi padre creyendo que desenvainaba contra mí su espada, y después me trajo aquí. Tal es el contenido de mi carta.

PÍLADES

¡Oh, con qué juramento tan fácil de cumplir me obligaste, y cuán grata es la condición que fijaste al hacer el tuyo! No tardaré mucho en verme libre de ese sagrado lazo. He aquí cómo llevo tu carta y te la entrego, ¡oh Orestes!, de parte de tu hermana.

ORESTES

La acepto; dejaré, pues, a un lado las plegadas cartas, y gozaré de este placer, y no, en verdad, con meras palabras. ¡Oh hermana muy querida!; aunque mi sorpresa es grande, te estrecharé sin embargo en mis brazos. Increíble es lo que me pasa; disfrutaré de este puro goce oyendo milagros

portentosos.

EL CORO

No profanes, extranjero, a la sacerdotisa de la diosa, abrazando su manto, que no debes tocar.

ORESTES

¡Oh hermana!, hija como yo de mi padre Agamenón; no me rechaces, ya que encuentras un hermano que nunca creíste ver más.

IFIGENIA

¿Eres tú mi hermano? ¿Te atreves a repetirlo? Él recorre ahora el campo argivo y la tierra de Nauplia.[17]

ORESTES

No es allí donde está tu hermano, ¡oh desdichada!

IFIGENIA

¿Pero te dio a luz la lacedemonia hija de Tindáreo?

ORESTES

Mi padre fue el nieto de Pélope.

IFIGENIA

¿Qué dices? ¿Puedes probármelo de alguna manera?

ORESTES

Sí; pregunta lo que quieras del palacio paterno.

IFIGENIA

Tú debes hablar y yo oír.

ORESTES

Te diré primero lo que me contó Electra. ¿Tienes tú noticia de la lucha fratricida de Atreo y Tiestes?

IFIGENIA

La oí; fue por la posesión del vellocino de oro.

ORESTES

¿Y sabes que la representaste en bellas telas, tejidas de tu mano?

IFIGENIA

¡Oh tú, el muy amado, ya tocas mi corazón!

ORESTES

¿Y el retroceso del sol, también figurado en ella?

IFIGENIA

Obra fue también de mis manos ese sutil tejido.

ORESTES

¿Te bañó tu madre en Áulide?

IFIGENIA

Sí; y un ilustre himeneo no logró impedirlo.[18]

ORESTES

¿Que dices a esto? ¿No cortaste tu cabellera para entregarla a tu madre?

IFIGENIA

Seguramente: como recuerdo mío, para depositarla en el sepulcro en vez de mi cuerpo.

ORESTES

Te daré otras pruebas. Yo mismo he visto en tu aposento virginal la antigua lanza de Pélope, que se conservaba en el palacio de mi padre, con la cual consiguió la mano de Hipodamía,[19] después de matar a Enómao.

IFIGENIA

¡Oh tú, el más querido Orestes, eres el muy amado Orestes; al fin te veo, tanto como te he deseado, y lejos del suelo patrio, muy lejos de Argos!

ORESTES

Y yo a ti, muerta en opinión de los hombres. Lágrimas de alegría, copioso llanto, con gozo derramado, humedecen tus ojos y los míos.

IFIGENIA

Entonces te dejé, entonces te dejé, tierno niño, en brazos de tu nodriza, en el palacio. ¡Oh fortuna feliz, más de lo que puede expresarse! ¿Qué podré decir? Más que milagro, superior a todo encarecimiento, es lo que nos sucede.

ORESTES

Que en adelante seamos dichosos, viviendo juntos.

IFIGENIA

Placer inagotable he recibido, ¡oh mis amigas!; ahora temo que mi hermano huya de mis brazos, volando por los aires. ¡Oh lares ciclópeos, oh patria, oh Micenas amada, a ti te debo la vida, a ti la educación de mi hermano, astro de mi linaje!

ORESTES

Afortunados fuimos por nuestro nacimiento; pero las desdichas, ¡oh hermana!, han hecho infeliz nuestra vida.

IFIGENIA

Bien lo supe yo cuando mi padre, víctima de su destino, acercó a mi cerviz la espada.

ORESTES

¡Ay de mí! Paréceme que allí te veo, aunque no lo presenciara.

IFIGENIA

Cuando bajo pretexto de casarme con Aquiles me llevaban al supuesto aposento nupcial, y en torno del ara solo había lágrimas y sollozos. ¡Ay de mí, ay de mí, qué agua lustral me aguardaba allí!

ORESTES

La audacia de mi padre me hizo llorar también.

IFIGENIA

¡Indigno, sí, indigno de un padre fue ese atentado! Pero los males se suceden unos a otros.

ORESTES

Ciertamente, hubiera sido horrible, ¡oh mísera hermana!, que hubieses sacrificado a tu hermano por decreto de algún dios.

IFIGENIA

Tan atroz crueldad habría puesto el colmo a mis desdichas. Espantoso, sí, espantoso sin duda fuera mi delito, ¡ay de mí, oh hermano! Con trabajo evitaste muerte impía de mi misma mano. Pero ¿cuál será ahora el fin de tantas calamidades? ¿Cuál mi suerte? ¿De qué medio me valdré para salvarte y conducirte a Argos desde esta región y desde el borde de la tumba, antes que la cuchilla derrame tu sangre? Probar debes, ¡oh alma mísera!, si por tierra (no en la nave) y con veloz carrera, puedes escaparte de este mortal peligro, atravesando naciones bárbaras y sendas intransitables. Larga es la ruta por la mar, y difícil el paso por el angosto escollo cianeo. ¡Mísera, mísera! ¿Qué dios, qué hombre, qué casualidad inesperada nos abrirá feliz camino, mostrando el término de tantos males a estos dos últimos Atridas?[20]

EL CORO

Yo misma acabo de presenciar uno de los sucesos más sorprendentes, superior a todo encarecimiento: me guardaré bien de publicarlo.

PÍLADES

Justo es, ¡oh Orestes!, que amigos que se encuentran se abracen

mutuamente; pero ahora, y dejando ya de llorar, es preciso que salgamos de esta tierra bárbara, ya que nos hemos salvado con tanta gloria. Es de varones sabios no apartarse del rumbo que traza la fortuna, seducidos por deleites intempestivos.

ORESTES

Has dicho bien; creo que la suerte nos protege y, por tanto, si nos aprovechamos de ella pronto, será más eficaz su protección.

IFIGENIA

Nada me impide averiguar ahora, nada se opone a que me digas qué ha sido de Electra; mucho me alegraré de saberlo.

ORESTES

Con este vive, y es feliz.

IFIGENIA

¿De dónde es tu compañero? ¿Quién es su padre?

ORESTES

Su padre se llama Estrofio el focidio.

IFIGENIA

¿Es, pues, mi pariente, por su madre la hija de Atreo?[21]

ORESTES

Primo tuyo, sin duda, mi solo y único amigo.

IFIGENIA

No había, pues, nacido cuando me sacrificó mi padre.

ORESTES

No; algún tiempo estuvo Estrofio sin hijos.

IFIGENIA

Yo te saludo, esposo de mi hermana.

ORESTES

Y salvador mío, no solo pariente.

IFIGENIA

¿Y cómo osaste cometer tales atrocidades contra una madre?

ORESTES

No hablemos de ello: por vengar la muerte de mi padre.

IFIGENIA

¿Y por qué mató ella a su marido?

ORESTES

Te repito que no hablemos de mi madre; indecoroso es para tus oídos.

IFIGENIA

Callo. ¿Ahora Argos cifra en ti sus esperanzas?

ORESTES

Menelao manda en ella; yo estoy desterrado de mi patria.

IFIGENIA

¿Tu tío agrava, pues, las calamidades de su familia?

ORESTES

No; el terror que me infunden las Furias me aleja de mi patria.

IFIGENIA

A él aludían, sin duda, al decir que delirabas en la orilla del mar.

ORESTES

No es esa la vez primera que me han visto presa de esa desdicha.

IFIGENIA

Ya entiendo; te atormentaban las diosas vengadoras de tu madre.

ORESTES

Hasta un extremo indecible me subyugan con sangriento freno.

IFIGENIA

¿Y por qué has venido aquí?

ORESTES

Por obedecer un oráculo de Febo.

IFIGENIA

¿Y qué pensabas hacer? ¿Puedes decirlo, o debes callarlo?

ORESTES

Lo diré. Ese oráculo ha sido para mí causa de muchos disgustos. Después que castigué las faltas de mi madre, que omito, andaba desterrado, perseguido por los remordimientos de las Furias, y Febo me envió entonces a Atenas para aplacar a las diosas sin nombre. Hay allí un santo Tribunal fundado por Zeus en otro tiempo para juzgar a Ares, que había manchado sus manos.[22] Cuando llegué, nadie me quiso recibir en su casa, mirándome como a un ser detestado de los dioses; los más compasivos me dieron mesa hospitalaria, en donde yo solo me sentaba, aunque vivían bajo el mismo techo, y me acompañaron silenciosos, no queriendo que hablase con ellos ni gustase de sus bebidas y manjares; y con este objeto todos tenían vaso aparte e igual, y en él vertían el vino y lo saboreaban. Yo no osaba reconvenirlos, sino que callado lo sentía, y fingía no repararlo, y gemía mucho, acordándome del asesinato de mi madre. Me han dicho que en memoria de mis calamidades los atenienses han instituido solemne aniversario, y que el pueblo de Palas todavía guarda la costumbre de celebrar la fiesta de las copas que hacen un congio.[23] Después que llegué al túmulo de Ares y asistí al juicio, yo en un asiento y en el otro la mayor de las Furias, habló Apolo, y presenció los trámites seguidos para fallar mi parricidio, y me salvó, sirviéndome de testigo, y Palas contó por sí misma

los sufragios iguales por ambas partes, y escapé vencedor de este peligro inminente. Resolvieron que se consagrase un templo cerca de la misma curia a las Euménides que se sometieron al fallo del Tribunal; pero las que no se conformaron con la sentencia, me atormentaban siempre con su incesante persecución, hasta que volví a la tierra santa de Febo, y prosternándome ante el vestíbulo de su templo y ayunando, juré que allí mismo me arrancaría la vida si el que me había perdido no me protegía. Entonces, haciendo oír su voz desde el dorado trípode, me mandó venir aquí y que robase la estatua que había caído del cielo y la llevase al país de los atenienses. Ayúdame tú, pues, a recobrar mi salud, como el dios ha prometido; porque si nos apoderamos de la estatua, me veré libre de mi locura, y llevándote en un bajel de muchos remos, verás segunda vez a Micenas. Así, hermana amada, salva a tu familia, salva a tu hermano; perecerá cuanto me pertenece y el linaje de los Pelópidas si no nos acompaña la estatua celestial de la diosa.

EL CORO

Grande fue la ira de los dioses contra el viejo Tántalo, y lo agobiaron con terribles desdichas.

IFIGENIA

Antes que vinieras deseaba ir a Argos y verte, ¡oh hermano! Lo que tú quiero; que libre de tus males yo sea la columna que ha de sostener el palacio afligido de mi padre, puesto que no soy su enemiga por haberme condenado a muerte. No ensangrentaré en ti mis manos, y salvaré tu linaje. Pero temo a la diosa, temo al rey cuando note la falta de la estatua en el templo de Artemisa. ¿Cómo entonces podré evitar la muerte? ¿Cuál será mi excusa? Si consiguiéramos robar la imagen de la diosa y huir en tu nave

de bella popa, nos expondríamos a un peligro glorioso; pero separada de ella, pereceré sin duda, y tú, logrado tu objeto, volverás a tu patria. Pero nada rehuiré por salvarte, ni aun la muerte. Mucha falta hace a la familia el hombre que se muere; pero la mujer vale poco.

ORESTES

Nunca seré causa de tu ruina, como lo fui de la de mi madre; basta un asesinato; quiero vivir o morir contigo. Te llevaré a Argos si aquí no sucumbo, o nos guardará el mismo sepulcro. Pero oye mi parecer: si Artemisa fuese contraria a nuestros proyectos, ¿cómo había de mandar Apolo que trasladase su estatua a la ciudad de Palas y que yo te encontrase? Reflexionando, pues, en todo esto, espero volver.

IFIGENIA

¿Cómo es posible que no perezcamos y que realicemos nuestros deseos? Es la grave dificultad que se opone a nuestro regreso, que voluntad no nos falta.

ORESTES

¿Podríamos matar al tirano?

IFIGENIA

Cruel sería que quienes nos dan hospitalidad muriesen a manos de advenedizos.

ORESTES

Pero debemos intentarlo, si es el único medio de salvarnos.

IFIGENIA

Yo no podría hacerlo, aunque alabe tu decisión.

ORESTES

¿Y si me ocultas en el templo?

IFIGENIA

¿Para escaparnos, favorecidos de las tinieblas?

ORESTES

Sí; la noche protege a los ladrones y la luz es amiga de la verdad.

IFIGENIA

Hay en el templo guardianes que no engañaremos.

ORESTES

¡Ay de mí! Segura es nuestra muerte. ¿Cómo, pues, huiremos?

IFIGENIA

Se me ocurre una buena idea.

ORESTES

¿Cuál? Participámela sin tardanza.

IFIGENIA

Tu misma desdicha servirá para engañarlos.

ORESTES

Ingeniosas son las mujeres en urdir intrigas.

IFIGENIA

Diré que has venido de Argos por haber asesinado a tu madre.

ORESTES

Utiliza mis males en provecho tuyo.

IFIGENIA

Diré que con esa mancha no es lícito sacrificarte a la diosa.

ORESTES

¿Y qué pretextarás? Algo sospecho.

IFIGENIA

Que es preciso lavar tu mancha y después darte muerte.

ORESTES

¿Y cómo de esta manera nos será más fácil apoderarnos de la estatua?

IFIGENIA

Diré que quiero purificarte en las ondas del mar.

ORESTES

Pero está dentro la estatua por la cual vine.

IFIGENIA

Y diré que quiero lavarla, porque tú la has profanado.

ORESTES

¿En dónde? ¿Dijiste que en las húmedas olas del mar?

IFIGENIA

En donde está sujeta tu nave con cables de lino.

ORESTES

¿Y llevarás tú la estatua, o algún otro?

IFIGENIA

Yo, solo yo puedo tocarla.

ORESTES

¿Y qué haremos de Pílades?

IFIGENIA

Diré que sus manos están manchadas como las tuyas.

ORESTES

¿Sabiéndolo el rey, o ignorándolo?

IFIGENIA

Yo lo persuadiré, pues aunque quisiera no podría ocultárselo.

ORESTES

Numerosos remeros hay en nuestra nave.

IFIGENIA

Tú cuidarás de lo demás.

ORESTES

Solo falta que estas mujeres guarden silencio. Ruégales, pues, con frases persuasivas, que la mujer, cuando quiere, sabe excitar la compasión.

IFIGENIA

¡Oh esclavas muy queridas! A vosotras me dirijo, y de vosotras depende que prosperen mis proyectos o que se desvanezcan como el humo, y me quede sin patria, sin mi hermano amado y sin una hermana adorada. Tal es el exordio de mi discurso; todas somos mujeres y nos amamos unas a otras, y nadie nos aventaja en callar lo que nos interesa. Silencio, pues, y ayudadnos en nuestra fuga. Joya preciosa es la discreción. Reflexionad en la suerte que aguarda a tres seres muy amados: o regresar a su patria, o morir todos a un tiempo. Salvándome yo, tú participarás de mi ventura, y conmigo volverás a Grecia. Por tu diestra, pues, te ruego, y a ti, y a ti, por tu rostro y tus rodillas, y por las caras prendas que dejasteis en vuestros hogares, por vuestra madre y vuestro pudre y por vuestros hijos, si los tenéis. ¿Qué decís? ¿Cuál de vosotras aprueba, cuál se opone a mis proyectos? Decidlo. Si no os conformáis con ellos, pereceremos yo y mi mísero hermano.

EL CORO

Confía en nosotras, dueña querida, y atiende solo a tu salvación, que yo callaré cuanto te interese. A Zeus pongo por testigo de que haré lo que me ruegas.

IFIGENIA

Premio tengan tan gratas palabras, y que seáis felices. Debéis entrar en

el templo, que no tardará en venir el rey a averiguar si se ha celebrado el sacrificio de los extranjeros. ¡Oh tú, veneranda!, que en el seno de Áulide me libraste de las manos mortíferas de mi padre, sálvame también ahora, y conmigo a estos, o por tu causa los oráculos de Apolo no tendrán crédito entre los hombres. Que favorezcas tu huida de esta tierra bárbara a Atenas; no debes habitar aquí, sino en una tierra afortunada.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh alción!,[24] ave que en los peñascosos escollos del Ponto cantas tu triste destino con voz bien conocida de los prudentes, siempre llorando a tu marido; acompáñame en mi llanto, que yo, pájaro sin alas,[25] suspiro por las asambleas de los griegos, por Artemisa Lucina,[26] que habita junto al collado Cinto,[27] en donde ostenta la palma su delicada cabellera, el laurel sus ramos, su sagrado fruto el verde olivo, amado por Leto[28] en su parto, y la laguna que revuelve sus aguas en círculo, mientras el cisne canoro rinde homenaje a las musas.

Antístrofa 1.ª — ¡Oh lágrimas abundantes, que corristeis por mis mejillas cuando derribadas las torres de mi patria subí a las naves, llenas de remeros y de lanzas! Vendida a gran precio de oro vine a esta tierra bárbara, para servir a la hija de Agamenón, sacerdotisa virgen de la diosa que mata a los ciervos, y en los altares en donde se sacrifican ovejas, alabando mi suerte perpetuamente miserable, porque las penas no afligen cuando desde la cuna nos rodean. Pero la felicidad es inconstante, y cuando la aflicción viene después de la dicha, la vida es intolerable al hombre.

Estrofa 2.ª — Que la nave argiva, ¡oh señora!, armada de cincuenta remos, te lleve a tu patria, y que alivie el trabajo del remero el sonido de la flauta del rústico Pan, trabada con cera, y que el profeta Febo, cantando

acompañado de la canora lira de siete cuerdas, te conduzcan sin contratiempo a la fértil Atenas. Déjame aquí, y que al compás de impetuosos remos las cuerdas extiendan las hinchadas velas en la extremidad de la quilla, mientras esta surca ligera las olas.

Antístrofa 2.ª — ¡Ojalá que yo vuele al esplendido circo del aire, ruta que sigue el ardiente fuego del sol, y que cese el batir de mis alas al llegar a mi aposento nupcial, y asista a los coros de otro tiempo, cuando virgen digna de noble esposo rivalizaba en grupos bellos con mis compañeras en presencia de mi madre, dando sombra a mis mejillas mi velo, y mis rizos y mis cabellos, brillantemente exornados![29]

TOANTE

¿En dónde está la griega que guarda este templo? ¿Celebró ya el sacrificio de los extranjeros? ¿Arden sus cuerpos en el sagrado vestíbulo?

EL CORO

Aquí está, ¡oh rey!, quien te contestará como deseas.

TOANTE

Veamos, pues. ¿Por qué, ¡oh hija de Agamenón!, llevas en tus brazos la estatua de la diosa, que no debe moverse de su asiento?

IFIGENIA

¡Oh rey!, detente a la entrada del templo.

TOANTE

¿Qué hay de nuevo en él?

IFIGENIA

Se ha cometido un sacrilegio: tal es el nombre que da la religión a ese atentado.

TOANTE

¿Qué novedad me anuncias?

IFIGENIA

Impuras son las víctimas que me has traído, ¡oh rey!

TOANTE

¿Quién te lo ha dicho? ¿Es esa tu opinión?

IFIGENIA

Retrocedió la estatua de la diosa.

TOANTE

¿Por sí misma o por temblor de tierra?

IFIGENIA

Por sí misma, y cerró sus ojos.

TOANTE

¿Y cuál es la causa? ¿Acaso la profanación de los extranjeros?

IFIGENIA

Tal es, y no otra: cometieron abominaciones.

TOANTE

¿Mataron acaso algún bárbaro en la orilla del mar?

IFIGENIA

Vinieron aquí manchados con la sangre derramada en su patria.

TOANTE

¿En dónde? Yo deseo saberlo.

IFIGENIA

Hundieron sus espadas en el pecho de su madre.

TOANTE

¡Oh Apolo! Ni aun los bárbaros hubiesen cometido acción tan criminal.

IFIGENIA

Han sido desterrados de toda la Grecia.

TOANTE

¿Y por esto sacas la estatua del templo?

IFIGENIA

Sí, al aire santo, para alejarla del contacto de los asesinos.

TOANTE

¿Y cómo has averiguado el nefando crimen de los extranjeros?

IFIGENIA

Averigüelo cuando anduvo hacia atrás la estatua de la diosa.

TOANTE

Sabia te hizo la Grecia. ¡Qué bien lo has conocido!

IFIGENIA

Y ahora poco intentaron seducirme con dulces halagos.

TOANTE

¿Anunciándote alguna grata nueva de Argos?

IFIGENIA

Que mi hermano Orestes vivía.

TOANTE

Pero tú les replicarías con sensatez, alegando el sacerdocio que debes a la diosa.

IFIGENIA

Como quien detesta a toda la Grecia, que me perdió.

TOANTE

¿Y qué haremos, di, con los dos extranjeros?

IFIGENIA

Observar nuestra antigua ley.

TOANTE

¿Y por qué están ociosas la cuchilla y el agua lustral?

IFIGENIA

Quiero antes lavarlos, purificándolos, según ordena nuestra religión.

TOANTE

¿Con agua de fuente o de la mar?

IFIGENIA

El mar lava todos los crímenes.

TOANTE

Más santas serán las víctimas que han de sucumbir.

IFIGENIA

Y mejor conseguiré mi deseo.

TOANTE

¿No se estrellan las olas en el templo?

IFIGENIA

Necesitamos la soledad para practicar otros ritos.

TOANTE

Haz lo que quieras; no tengo empeño en saber esos misterios.

IFIGENIA

Deseo purificar la estatua de la diosa.

TOANTE

Si la han profanado los matricidas...

IFIGENIA

De otro modo, nunca la hubiese removido de su asiento.

TOANTE

Laudable es tu piedad y diligencia; con razón te admiran todos.

IFIGENIA

¿Mandarás hacer lo que nos falta?

TOANTE

Sepámoslo, pues.

IFIGENIA

Añadirás nuevas cadenas a las que llevan.

TOANTE

¿Y adónde podrían huir?

IFIGENIA

No hay que fiarse de los griegos.

TOANTE

Servidores, traed más cadenas.

IFIGENIA

Y también a los extranjeros.

TOANTE

Así se hará.

IFIGENIA

Que un velo cubra sus cabezas.

TOANTE

¿De los rayos del sol?

IFIGENIA

Que me acompañe también alguno de tus satélites.

TOANTE

Estos te escoltarán.

IFIGENIA

Y manda a la ciudad un extranjero que diga...

TOANTE

¿Qué?

IFIGENIA

Que nadie salga de su casa.

TOANTE

¿Para no mancharse si tropiezan con los sacrílegos?

IFIGENIA

Sería descuido abominable.

TOANTE (*a uno de sus guardias*).

Ve tú y publícalo así de mi parte.

IFIGENIA

Que ninguno se acerque a verlos.

TOANTE

Bien miras por la ciudad.

IFIGENIA

Y no hay tampoco gran necesidad de la ayuda de los amigos.

TOANTE

¿Lo dices por mí?

IFIGENIA

Tú, mientras tanto, ante el templo de la diosa...

TOANTE

¿Qué he de hacer?

IFIGENIA

Purifica el templo con el fuego.

TOANTE

¿Para cuando vuelvas?

IFIGENIA

Y al salir los extranjeros...

TOANTE

¿Y qué haré entonces?

IFIGENIA

Tapar tus ojos con el manto.

TOANTE

¿Para no contaminarme?

IFIGENIA

Y si te parece que tardo mucho...

TOANTE

¿A qué regla he de atenerme?

IFIGENIA

No te sorprendas.

TOANTE

Cumple, pues, tus piadosos deberes con la diosa.

IFIGENIA

¡Ojalá que esta expiación produzca el efecto que deseo!

TOANTE

Lo mismo pido.

IFIGENIA

Ya veo a los extranjeros, que salen del templo, y las suntuosas galas de la diosa, y los tiernos corderillos que lavarán con su sangre el sacrilegio, y el fulgor de las lámparas, y todo lo necesario para purificar a los criminales y a la divina imagen. Ordeno a los ciudadanos que no presencien esta

expiación, y que si algún guardián del templo desea conservar puras sus manos para el servicio de los dioses, que quien ha de contraer matrimonio, o las mujeres que hayan de parir, huyan y se alejen para no contaminarse. ¡Oh reina virgen, hija de Zeus y de Leto!, si llego a borrar el crimen sangriento de estos extranjeros y a sacrificar como conviene, habitarás un templo sin mancilla, y nosotros seremos felices; ya entiendes lo demás, aunque no lo exprese, ¡oh diosa!, y también los demás dioses, que todos lo saben.

EL CORO

Estrofa. — Bello fue el hijo que dio a luz Leto en los risueños valles de Delos, Apolo de cabellos de oro, hábil en tocar la cítara, y la que se deleita y hace gala de su destreza en tirar el arco, a los cuales, desde los bosques inmediatos a la mar, desde la célebre isla de abundantes aguas en que nacieron, llevó su madre a la cima del Parnaso, en donde Dioniso se entrega a sus orgías, y el dragón de manchado lomo y de cabeza roja, cubierto de escamas de bronce, bajo opaco y frondoso laurel, monstruo horrible, hijo de la Tierra, guardaba el oráculo subterráneo, sucumbió a tus flechas, ¡oh Febo!, cuando todavía eras niño, cuando saltabas en los brazos de la madre querida y diste principio a tus divinos oráculos; y te sientas en dorado trípode, en trono que no engaña, profetizando a los mortales desde el misterioso vestíbulo, cerca de la fuente Castalia,[30] en donde está el centro de la Tierra.

Antístrofa. Pero después que Apolo, usurpando las atribuciones de Temis, se reservó el derecho de dar sus oráculos divinos, la Tierra, madre de aquella diosa, creó fantasmas nocturnos que en sueños decían a muchos mortales lo pasado, lo presente y lo futuro en los tenebrosos y subterráneos

aposentos en donde estas deidades moran; y privó a Febo de su don profético por vengar la afrenta de su hija. El rey entonces, dirigiéndose al Olimpo con pie ligero, agitó su mano infantil desde el solio de Zeus para libertar al templo pítico del furor de la Tierra y sus respuestas nocturnas. Riose Zeus porque su hijo vino a él sin vacilar, ansioso de alcanzar pomposo culto, y accedió a sus ruegos besando su cabellera. Cesaron los nocturnos sueños, y libertó a los hombres de los oráculos hijos de la noche, y devolvió a Febo sus honores, y a los mortales confianza en las respuestas, que da en solio preclaro y célebre por la multitud que lo visita.

EL MENSAJERO

Vosotros los encargados de la guarda de este edificio y de sus altares, ¿adónde fue Toante, nuestro rey? Llamadle; que salga del templo abriendo sus seguras puertas.

EL CORO

¿Qué hay, pues, si puedo preguntarlo sin tu licencia?

EL MENSAJERO

Huyeron los dos jóvenes, por consejo de la hija de Agamenón, y se llevaron la estatua veneranda en la nave griega.

EL CORO

Increíble es lo que dices; ya sale del templo el rey de esta tierra, a quien buscas.

EL MENSAJERO

¿Adónde va? Él debe saber lo que sucede.

EL CORO

Nosotras lo ignoramos; anda, pues, y persíguelo hasta que lo alcances y le cuentes tu mensaje.

EL MENSAJERO

Observad la perfidia de las mujeres; vosotras sois cómplices de esta maldad.

EL CORO

¿Deliras? ¿Qué tenemos que ver nosotras con la huida de los extranjeros? ¿No irás cuanto antes a buscar al rey?

EL MENSAJERO

No antes de cerciorarme claramente de si está o no en el templo el príncipe de este país. ¡Hola!, abrid las puertas vosotros los de dentro, y decid al rey que aquí fuera le buscan para anunciarle nuevos e innumerables males.

TOANTE

¿Quién vocifera así, junto a la mansión de la diosa, llamando a la puerta y alborotándola dentro?

EL MENSAJERO

Engañábanme estas mujeres y me alejaban de ti como si hubieses salido, y, sin embargo, estabas en el templo.

TOANTE

¿Qué esperaban? ¿Con qué objeto lo hacían?

EL MENSAJERO

Después diré de ellas lo que merecen; pero ya que estoy en tu presencia, oye: la doncella Ifigenia, que presidía en los sacrificios, huye con los extranjeros, llevándose consigo la estatua veneranda de la diosa. Fingida era la expiación que proyectaba.

TOANTE

¿Qué dices? ¿Qué móviles le han inspirado?

EL MENSAJERO

Salvar a Orestes; te maravillarás sin duda.

TOANTE

¿Cuál, el hijo de la Tindáride?

EL MENSAJERO

El destinado por la diosa a perecer en sus aras.

TOANTE

¡Oh portento! ¿Cómo calificaré tan grave atentado?

EL MENSAJERO

Que tu imaginación no se extravíe; óyeme, y pensándolo bien todo, después que te lo explique, busca el mejor medio de perseguir a los extranjeros.

TOANTE

Habla; oportuna es tu advertencia; los fugitivos no dirigen su rumbo a ningún puerto inmediato, y los alcanzará mi lanza.

EL MENSAJERO

Después que llegamos a la orilla del mar, adonde había arribado ocultamente la nave de Orestes, la hija de Agamenón nos indicó (recordarás que nos enviaste con ella para llevar las cadenas de los extranjeros) que nos alejásemos de allí, pretextando que no tardaría en encender el fuego del misterioso sacrificio y en hacer la purificación, ya muy urgente. Iba detrás, y llevaba en sus manos las cadenas de los dos extranjeros. Esto nos infundía ciertas sospechas; pero tus servidores parecían satisfechos, ¡oh rey! Al fin, para engañarnos mejor, fingiendo hacer algo importante, aulló y cantó versos bárbaros, empleando artes mágicas, como si lavase la mancha del asesinato. Después que estuvimos

sentados mucho tiempo, recelamos que los extranjeros podían haberse soltado, y matarla y huir. Temiendo ver, no obstante, lo que no debíamos, permanecimos en silencio en nuestro puesto; pero, por último, todos fuimos de parecer que debíamos ir a buscarlos, aunque no nos fuese permitido. Entonces vimos el casco de una nave griega, bien provista de remos, que movía ya sus velas, y cincuenta marineros que los manejaban en los bancos, y que los jóvenes, libres de sus cadenas, se acercaban a la popa. Unos sujetaban la proa con perchas; otros suspendían el áncora; otros arrimaban las escalas precipitadamente, y llevaban cuerdas en las manos, que tiraron al mar, al alcance de los extranjeros. Sin temor al peligro, así que conocimos el engaño, nos apoderamos de la fugitiva y de las cuerdas, e intentamos arrancar el timón de la nave de bella popa, en donde estaba sentado el piloto. Díjímosle entonces: «¿A qué robáis de aquí la estatua y su sacerdotisa? ¿Cuál es tu padre? ¿Quién eres tú, que así la arrebatas?». Él respondió: «Sabe que soy Orestes, hijo de Agamenón, hermano de Ifigenia, y que me llevo a mi hermana, que he encontrado, arrancada de mi palacio». Reteníamos, sin embargo, a la extranjera, y queríamos obligarla a la fuerza a que nos siguiese y traerla a tu presencia. Ni ellos tenían espadas ni tampoco nosotros; pero había manos, y nos sacudíamos con estrépito, y ambos jóvenes a un tiempo nos golpeaban con sus pies los costados y el vientre, tanto, que nos desalentaban y nos llenaban de fatiga. Cubiertos de señales degradantes huimos a un lugar de difícil acceso, lastimados unos en la cabeza, otros en los ojos, y deteniéndonos en las pendientes peleábamos con más cautela, y les tirábamos piedras. Alejábannos, sin embargo, los flecheros, lanzándonos saetas desde la popa. Entonces una ola poderosa arrastró a la nave a la ribera; y cuando temían los marineros que se fuese a

pique, Orestes cargó con su hermana en el hombro izquierdo, y entrando en el mar y trepando por las escalas, la depositó en la nave, provista de buenos bancos de remos, juntamente con la estatua de la hija de Zeus, venida del cielo. Desde el medio de la nave se oyó una voz que dijo: «¡Oh remeros griegos!, empuñad los remos y llenad de espuma las ondas; ya poseemos lo que nos trajo al Ponto Euxino y nos obligo a penetrar en las Simplégades». Ellos, con alegre murmullo, azotaron la mar. Adelantaba la nave, ya en el puerto, y al entrar en la boca era juguete de soberbias olas. Levantándose de repente un viento fuerte la hizo retroceder, mientras los remeros resistían al empuje luchando con las ondas; al fin el reflujo la arrastró segunda vez contra la tierra. Derecha entonces la hija de Agamenón, oró así: «¡Oh hija de Leto!, sálvame, que tierna joven me sacrificaron a ti; llévame a la Grecia desde esta tierra bárbara, y perdona mi rapto. Tú, diosa, que amas a tu hermano, debes recordar que yo amaré también a mis parientes». Los marineros aclamaron a la doncella y entonaron un himno, y con sus brazos, desnudos desde el hombro, movieron a compás los remos. El bajel se acercaba más y más al escollo, y uno saltó a la mar, y otro recogió los torcidos cables, suspendidos del buque. Y entonces vine corriendo a buscarte, ¡oh rey!, para anunciarte todo lo ocurrido. Acude, pues, llevando cadenas y lazos, que si el mar no se sosiega, no hay esperanza de salvación para los extranjeros. El rey del mar, el venerando Poseidón, es amigo de Ilión y enemigo de los Pelópidas. Y ahora, según parece, pondrá en tus manos y en las de la ciudad al hijo de Agamenón, y recobrarás también a su hermana, ingrata con la diosa y olvidadiza del milagro que la libró en Áulide de la muerte.

EL CORO

¡Oh mísera Ifigenia!, morirás con tu hermano, cayendo otra vez en poder de tus dueños.

TOANTE

¡Ea, habitantes de esta tierra bárbara!, ¿no ponéis los frenos a los caballos, y corréis a la ribera, y os apoderáis de la nave griega que el mar ha echado en ella, y con ayuda de Artemisa cautiváis cuanto antes a esos impíos? Que otros arrastren a la mar ligeros bajeles para que, apresándolos por mar, o por tierra con mis tropas de a caballo, los precipitemos de áspera roca o los empalemos. Os castigaré cuando vuelva y descanse, ¡oh mujeres!, porque sabíais todo esto; ahora, atentos a lo que más nos importa, batallaremos hasta lograrlo.

ATENEA

¿Adónde, adónde llevas esta tropa perseguidora, ¡oh rey Toante!? Oye a Atenea que te habla. No ataques a los fugitivos, ni animes a tus soldados a la pelea. Orestes ha venido obedeciendo los fatales oráculos de Apolo, huyendo del furor de las Furias, para llevar a Argos a su hermana, y a mi país la sagrada estatua. Tal es el único medio de aliviar los males presentes. A ti dirijo estas palabras: en cuanto a Orestes, a quien resolviste matar, aprovechándote de la borrasca que ha sobrevenido, has de saber que ya Poseidón, por favorecerme, ha devuelto al mar su calma, y que la nave se desliza por sus ondas tranquilas. Tú, Orestes, entérate de mis órdenes (pues oyes mi voz, aunque no estés aquí), navega con tu hermana y con la estatua que has recibido. Y cuando llegues a Atenas, fundada por los dioses, no olvides que hay cierto lugar sagrado en los últimos confines del Ática, próximo a la costa Caristia,[31] que mi pueblo llama Hales; allí, edificando un templo, deposita la estatua, que se llamará Táurica, en

memoria de esta tierra y de los trabajos que has sufrido vagando errante por la Grecia, atormentado por las Erinias. Bajo la advocación de la diosa Táurica adorarán después los hombres a Artemisa. Que sea ley en el pueblo, al solemnizar el aniversario de tu salvación, acercar la cuchilla a la cerviz de alguno, y que derramen alguna sangre; así tributaréis a la diosa religioso homenaje y no carecerá de los honores debidos. Tú, Ifigenia, serás su sacerdotisa en su templo, en las sagradas rocas brauronias, y allí te sepultarán cuando mueras, y te ofrecerán después mantos tejidos con bello estambre las mujeres que perezcan en el parto. Mándote que te lleves también a estas griegas, recompensando su buena voluntad, ¡oh Orestes!; acuérdate que antes te salvé cuando votos iguales te absolvieron y condenaron en el Areópago, como será también salvado todo el que se encontrare en tu caso. Llévate, pues, a tu hermana de este campo, ¡oh hijo de Agamenón!, y tú, Toante, no te enfurezcas.

TOANTE

Reina Atenea, cualquiera que oye las órdenes del cielo y no las obedece, delira. No me encolerizo, pues, contra Orestes ni contra su hermana por haber robado la estatua de la diosa. ¿Quién se atreverá a pelear con tan poderosa deidad? Vayan a tu país con la estatua de Artemisa, y depositenla en él como desean. Dejaré ir también a estas mujeres a la afortunada Grecia, como me mandas, y daré contraorden al ejército que pensaba capitanear contra los extranjeros, y no se moverán los remos de las naves, si tal es tu buen placer, ¡oh diosa!

ATENEA

Alabo tu docilidad, que el destino es superior a ti y a todos los dioses. Soplad, auras, y llevad en la nave a Atenas al hijo de Agamenón; yo

también los acompañaré, guardando la veneranda estatua de mi hermana.

EL CORO

Andad, que os salva hado propicio. Haremos lo que nos ordenas, ¡oh Palas Atenea!, respetable entre los inmortales y los mortales. Grata e inesperada nueva escucharon ha poco mis oídos.[32] ¡Oh victoria muy veneranda!, asísteme mientras viva, y nunca dejes de coronarme.

* * *

Notas

1. Táuride, puerto del Quersoneso Táurico (Crimea), en donde habitaban los tauros, pueblo escita o medio escita, que inmolaban a su gran diosa Opis, o Artemisa Ortia, víctimas humanas.

2. Pisa, capital de la Élide, en donde reinaron Enómao y Pélope.

3. Estrofio era rey de la Fócida y padre de Pílades, el amigo inseparable de Orestes, y esposo después de la misma Ifigenia. Electra, hermana de Orestes, lo envió a la corte de Estrofio para salvarlo de las asechanzas de su madre Clitemnestra y de su amante adúltero Egisto.

4. Estos dos peñascos que se besan son las Simplégades o Cianeas, en el Bósforo, el uno en Asia y el otro en Europa.

5. Dictina, invocación de Artemisa, cazadora, que tiende redes, de δίκτυον, red.

6. El texto aparece aquí tan embrollado y confuso, y la significación de las palabras tan oscura e ininteligible, que no es extraña, sino, al contrario, muy natural la diversidad de versiones que se han hecho. La intención del poeta es sin duda recordar los crímenes espantosos de la estirpe de los Atridas, raza maldita, que inspiraron repugnancia y horror hasta a los dioses, y entre ellos al Sol, el más impasible, cuya aversión y enojo se manifestó de dos maneras, alejándose hacia el Sur y aumentando el frío en nuestro hemisferio boreal, cuando comenzaron los Tantálidas y Pelópidas sus fechorías, y ocultándose o eclipsándose cuando Tiestes robó a su hermano Atreo el cordero de vellón de oro, cuyo poseedor había de ser el rey de Argos, y Atreo, en venganza, dio a comer a Tiestes su mismo hijo.

7. Los Titanes eran hijos de Titán; hermano primogénito de Cronos, a quien cedió el reino del cielo con la condición de no criar hijo varón alguno; y como no cumpliera su palabra, se sublevaron contra él los Titanes, batallando entre sí los dioses, y siendo vencidos los Titanes. Después los Gigantes, parientes próximos de los Titanes, guerrearon también contra Zeus, para vengar a los Titanes y despojarle del cetro, en cuya lucha tomaron parte Heracles y otros dioses, entre ellos Atenea. Esto estaba representado en el rico y artístico peplo de Palas, que se sacaba en procesión en Atenas, a lo cual alude Eurípides.

8. Melicertes, hijo de Atamante y de Ino, huyendo con su madre de su padre, se precipitó en la mar. Fue transformado en una deidad marina bajo el nombre de Palemón. Ino, numen también marino como su hijo, fue llamada Leucótoe.

9. Nereo, dios marino, esposo de Doris y padre de las nereidas, ninfas del mar, habitaba en el mar Egeo.

10. Viento de Zeus, favorable a sus deseos.

11. Eurípides dice aquí que Clitemnestra no acompañó a Ifigenia a Áulide, y lo contrario en la *Ifigenia en Áulide*.

12. Adviértase que el poeta no afirma que sea necia Artemisa, ni ignorantes los dioses que se regalaron con las carnes de Pélope, el hijo de Tántalo, sin conocerlo, a pesar de ser dioses, sino solo que esas invenciones y patrañas son obra de los hombres.

13. Ío, hija del río Ínaco, amada por Zeus, que la transformó en vaca para librarla de los celos de Hera. Guardada y vigilada por Argos, el de los cien ojos, le fue robada por Hermes, que lo durmió con sus artes, y picada después por un tábano, enviado también por la celosa cónyuge de Zeus, que la obligó a emprender esas carreras furiosas a que alude Eurípides.

14. Eurotas, río de Esparta, y Dirce, fuente famosa inmediata a Tebas.

15. Los peñascos que se juntan son las Simplégades o Cianeas, y los escollos Fineos, otros peñascos peligrosos inmediatos, y Leuca o Léucade, una isla cerca de la desembocadura del Danubio, en donde se suponía que habitaba Aquiles con su madre Tetis.

16. Argos y Micenas estaban muy próximas.

17. Ciudad que se hallaba en el golfo del mismo nombre, a unos 40 kilómetros al sur de Corinto. Era el puerto de Argos.

18. Quiere decir Ifigenia que, a pesar de lo extraordinario y elevado de su himeneo, cuidó su madre de no faltar a la costumbre admitida en tales casos en su patria.

19. Enómao, rey de Pisa, en la Élide, prometió dar su hija Hipodamía por esposa al que lo venciese en la carrera de las cuadrigas. Pélope lo venció, y habiéndose negado a cumplir su promesa, lo mató y se casó con ella.

20. Últimos no quiere decir que son los dos únicos Atridas que quedan, sino que ellos dos y Electra pertenecen a la última generación de esta estirpe.

21. Llamábase Anaxibia esta hermana de Menelao y Agamenón.

22. Por haber dado muerte a Halirrotio, hijo de Poseidón.

23. El congio era una medida de capacidad para líquidos que contenía algo más de tres litros.

24. Alcíone, hija de Eolo y esposa de Ceix, rey de Traquinia, se precipitó en la mar al morir su marido, y fue transformada en el ave llamada martín pescador. Es pájaro triste y solitario.

25. Porque no puede volar a Grecia, y lo desea como las aves.

26. Lucina, invocación de Artemisa, por asistir a los partos.

27. El Cinto era un monte de la isla de Delos, en el Egeo, en donde Leto, hija de Titán y amada por Zeus, dio a luz a Apolo y a Artemisa.

28. Por haberse recostado en su tronco durante su parto.

29. Estos cantos del coro son notables por su mérito, y en particular la antístrofa última, de un sentimiento profundo. Hay que recordar esa bárbara costumbre de la antigüedad, que autorizaba al vencedor a disponer a su arbitrio de los bienes y vidas de sus prisioneros, en virtud de la cual ciudades enteras con todos sus habitantes eran asesinados en parte, si para nada servían o podían ofender, y vendidos los restantes como esclavos. Nótese la insistencia con que, así Ifigenia como las mujeres del coro, aluden sin cesar al matrimonio.

30. Castalia, fuente inmediata al altar de Apolo, en Delfos, y centro de la Tierra, por cuya razón le llamaban los gentiles *umbilicus terrae*.

31. La costa Caristia estaba enfrente de Hales, en la parte meridional de la Eubea.

32. Estas últimas palabras las dice el coro en nombre del poeta.

Helena

* * *

ARGUMENTO

Hera, irritada contra Paris, raptor de Helena, la arrebata de sus manos y deja un su lugar un fantasma que pasa por Helena nada menos que diecisiete años, diez con los troyanos y siete en compañía de su esposo Menelao, después de tomada Troya. Menelao, errante por los mares, arriba al fin con su cónyuge aérea a la isla de Faro, en Egipto, en donde la Helena real había sido confiada por los dioses a Proteo, su rey, para que la guardase. Pero a la muerte de este, su hijo Teoclímeno, enamorado de la pupila de su padre, y no pareciendo a reclamarla Menelao, quiere obligarla a la fuerza a ser su esposa, por cuya razón la perseguida se refugia en el asilo del sepulcro de Proteo. Menelao, con su fantasma, después de su naufragio, la encuentra entonces, desapareciendo la aérea, y se reconocen, y combinan los medios de escaparse de la isla y del poder de Teoclímeno. Y logran cumplidamente su propósito, engañando al enamorado rey con la ayuda de su misma hermana, la profetisa Teónoe, que, sabedora de la venida de

Menelao, la oculta a su hermano por respeto a la piedad y justicia de su padre.

En el sentido de llamarse tragedia esta Helena de Eurípides como representación dramática, destinada a las fiestas de Dioniso, nada tendríamos que decir contra esa palabra; pero en la significación moderna, como obra poética que ofrece y desenvuelve un asunto o fábula triste, es evidentemente impropia, porque su acción no tiene nada trágico, y podría denominarse sin reparo una comedia seria o de enredo. Cierto es que el fondo y los personajes están tomados de los tiempos heroicos, y que los dioses son los verdaderos causantes de todas sus peripecias, pero no lo es menos que la intervención divina de estos tiende a la consecución de un fin ajeno o contrario al de ese linaje de ficciones, deprimiéndolos y realzando a los hombres, y siempre sin acordarse del destino, superior a unos y otros. Todas las desdichas inseparables de la guerra de Troya, inmensas por su calidad, número y extensión para griegos y troyanos, son el resultado inmediato de los celos y de la vanidad de tres diosas principales, que sacrifican a sus rencillas y envidias miserables tantos millares de vidas humanas. En esto insiste el autor, y esto es lo que pone de relieve, no disminuir la excesiva población, ni aun llenar de gloria a Aquiles, como indica.

Apartándose de *La Ilíada* y de la tradición vulgar, y sin otro fin que dar cualquier base a su creación, apela al extraño recurso de suponer que la Helena robada por Paris era solo una sombra o vano fantasma formado por Hera para anular la obra de Afrodita, agradecida esta al triunfo conseguido por ella contra sus dos rivales en el juicio de Paris. Y si Eurípides no se muestra respetuoso en lo más mínimo con las creencias populares, sino

que, al contrario, las desprecia y rechaza, no se piense por esto que aspira en cambio a ganar el título de original, porque la innovación no es tampoco suya, sino de un poeta griego de Himera, en Sicilia, llamado Estesícoro, que murió unos quinientos setenta años antes de Jesucristo, o unos ciento cincuenta antes que Eurípides. Este poeta lírico épico, que escribió dos poemas famosos, *La Orestiada* y *La Destrucción de Troya*, célebre también como fabulista y autor de himnos en alabanza de los dioses, y de odas en loor de los héroes, fue el inventor primero de esta nueva intriga de Hera. En los caracteres de los dos personajes principales de su tragedia, de Menelao y de Helena, tampoco fue consecuente consigo mismo, porque en *Andrómaca*, por ejemplo, el hermano de Agamenón, en sus acciones y palabras, es lo más abyecto, bajo, cobarde y miserable que puede imaginarse, y su digna esposa Helena, la mujer liviana, ligera y caprichosa por excelencia. El viejo Peleo dispara contra ambos una filípica tremenda, y el ínclito Atrida deja abandonada a su hija Hermíone en mortal peligro. Pero en esta tragedia Menelao es un verdadero héroe, y modelo de castas y fieles esposas Helena.

Acaso en ninguna otra de sus tragedias incurra como en esta en el defecto, que Aristóteles le achaca en su *Poética*, de prescindir de la verosimilitud en el trazado y desarrollo de sus poemas dramáticos. La casualidad, o el arbitrio interesado del autor, lo arregla todo a su conveniencia. Helena ha sido confiada a la guarda de Proteo, rey de Egipto, y allí se conserva incólume hasta que Menelao se pierde en los mares navegando, y naufraga en la costa de Faros, en donde está ella. Teónoe, la profetisa hermana de Teoclímeno, prefiere ayudar a Menelao y a Helena a escaparse, callando la verdad de la llegada de Menelao, que conoce, por

amor a la justicia y por respeto a la buena reputación de su padre, porque de lo contrario se venía abajo todo el edificio levantado por Eurípides. Todo el enredo que maquinan los esposos fugitivos es tan burdo que, a no ser Teoclímeno el más torpe y confiado de los enamorados, cuando lo más ordinario es lo opuesto, no lo hubieran engañado ni un solo momento. Y cuando se dispone a perseguirlos se presentan los Dioscuros, y se resuelve satisfactoriamente el conflicto sin más consecuencias. Aquí encontramos también el consabido prólogo, que pronuncia Helena, altares de dioses y suplicantes, harapos y hambre en Menelao, un reconocimiento mutuo de los dos cónyuges separados, no muy expresivo ni rápido, repetidas alusiones a la facilidad y propensión de las mujeres a fraguar mentiras y enredos, fanfarronadas de *miles gloriosus* en el vencedor de Troya, y hasta doblez y malicia inoportuna en la hija de Zeus y de Leda. Sin embargo, no falta en esta tragedia de Eurípides alguno de esos rasgos dramáticos de fina malicia que lo distinguen, como, por ejemplo, la prisa en bañarse y lavarse juntos los dos esposos antes de emprender su huida.

Léese, no obstante, con gusto toda ella, y nos ofrece situaciones eminentemente dramáticas, no trágicas, sino cómicas, como la de Teoclímeno, aun teniendo en cuenta que su exceso de pasión y su misma ansia de poseer cuanto antes a su amada lo cieguen de una manera tan inexplicable. Los versos citados por Aristófanes de esta tragedia en una de las escenas de *La fiesta de Ceres*, parodiándola, no escasos por cierto, no se hallan en la que nosotros conocemos. ¡Cuánto habrá de esto en lo que se ha conservado de esa riquísima y variada literatura helénica!

De una indicación del mismo Aristófanes en la comedia citada, se conjetura que hubo de escribirse antes del año 413 de nuestra era.

PERSONAJES

Helena, *hija de Tindáreo, hermana de los Dioscuros y esposa de Menelao.*

Teucro, *de Salamina, hermano de Áyax.*

Coro de cautivas griegas.

Menelao, *esposo de Helena y hermano de Agamenón.*

Una vieja, *portera.*

Un mensajero.

Teónoe, *hermana de Teoclímeno, rey de Egipto, santa profetisa.*

Teoclímeno, *hijo de Proteo, rey de Egipto.*

Otro mensajero.

Los Dioscuros (*Cástor y Pólux*), *hijos de Zeus y de Leda y hermanos de Helena.*

La acción es en Egipto, en la isla de Faro, a la desembocadura del Nilo, cerca de la costa.

* * *

Se ve en el teatro el palacio del rey de Egipto, y delante, hacia uno de los lados, el sepulcro de Proteo, en el cual yace Helena suplicante.

HELENA

He aquí las puras ondas del Nilo,[1] que en vez de rocío del cielo se difunde por las sierras de Egipto al derretirse la blanca nieve, y riega sus campos. Proteo,[2] cuando vivía, reinaba aquí, y habitaba en la isla de Faro,[3]

casado con Psámate, virgen marina, después que abandonó ella el lecho de Éaco.[4] Tuvo dos hijos en este palacio, un varón llamado Teoclímeno, porque pasó su vida adorando a los dioses, e Ido, noble doncella, delicias de su madre en sus tiernos años, llamada Teónoe en edad núbil por su conocimiento de las cosas divinas, así presentes como futuras, don de su abuelo Nereo.[5] Esparta es nuestra patria, no innoble, en verdad, y Tindáreo nuestro padre. Según dice la fama, Zeus, transformándose en alado cisne, voló al seno de mi madre Leda y fue su esposo clandestino, fingiendo huir de un águila que lo perseguía, si la tradición no miente. Me llamo Helena, y publicaré los males que he sufrido. Tres diosas, Hera, Afrodita y la virgen hija de Zeus,[6] fueron al monte Ida[7] en busca de Alejandro,[8] a conquistar la palma de la belleza, haciéndolo su juez. Afrodita venció, prometiéndole mi mano y la posesión de mi hermosura, si tal puede llamarse la causa de mi desdicha. Y el ideo Paris, dejando sus rebaños, fue a Esparta para lograrla. Pero Hera llevó a mal no haber vencido a las otras diosas, y anuló mi matrimonio con Alejandro, y no consintió que me poseyera el hijo del rey Príamo, dándole en mi lugar una viva imagen mía formada de aire, y creyó falsamente disfrutarme, engañado por la diosa. Juntáronse a estos males ciertos proyectos de Zeus, que movió guerra entre los griegos y los infelices frigios, para aliviar a la madre Tierra de tan inmensa multitud de hombres y dar imperecedera gloria al más esforzado de los aqueos.[9] En poder de los frigios (yo no, sino mi vano nombre), fui para sus enemigos galardón de la victoria, pero Hermes me llevó volando por los aires, y ocultándome en una nube (no se olvidó de mí Zeus), me trajo a este palacio de Proteo, por creerlo el más casto de los hombres, y con la mira de conservarme inmaculada para mi esposo Menelao. Y aquí estoy, y él, desdichado, al

frente de su ejército, me busca como si me hubiesen robado en los alcázares de Troya. Muchos guerreros sucumbieron por mi causa a las orillas del Escamandro,[10] y yo, a pesar de mis incomparables sufrimientos, soy para ellos una mujer execrable, causa única de grave guerra en la Grecia, por haber faltado a mi marido. ¿Por qué vivo, pues, aún? El dios Hermes me dijo que algún día habitaría con mi esposo en la ínclita tierra de Esparta, cuando supiese que yo no había estado en Troya, ni profanado mi lecho. Mientras vio Proteo la luz del sol, estuve libre de nuevos pretendientes: pero desde que se sepultó en las tinieblas de la tierra, me persigue su hijo, ansioso de casarse conmigo. Y yo, fiel a mi primer esposo, vengo a prosternarme suplicante en este monumento de Proteo, para pedirle que conservo puro mi tálamo y no sea deshonrado mi cuerpo, ya que mi nombre es infame en toda la Grecia.

TEUCRO[11] (*que llega del campo*).

¿Quién es el señor de este palacio fortificado? Digno es de Pluto,[12] según parece, por sus vastas y regias murallas y por sus elevadas almenas. ¿Qué es esto? ¡Cielos! ¿Qué veo? Es la mujer más odiosa, cuya funesta hermosura fue causa de mi perdición y de la de todos los griegos. Maldígante los dioses, porque pareces otra Helena. Si este no fuese un país extranjero, te daría muerte mi alada flecha, en castigo de tu semejanza con la hija de Zeus.

HELENA

¿Por qué me rechazas, ¡oh desventurado!, quienquiera que seas, y por ajenas maldades me aborreces?

TEUCRO

Me equivoqué. Me dejé llevar de la ira más de lo que debía, porque

toda la Grecia odia a la hija de Zeus. Perdona mis palabras, mujer.

HELENA

¿Quién eres? ¿De dónde vienes a esta región?

TEUCRO

Soy, ¡oh mujer!, uno de los desdichados griegos.

HELENA

No es maravilla entonces que detestes a Helena. Pero ¿quién eres? ¿De dónde? ¿Cómo te llamaré?

TEUCRO

Teucro es nuestro nombre, Telamón mi padre y Salamina la patria que me crió.

HELENA

¿Y por que has venido a estos campos que riega el Nilo?

TEUCRO

Desterrado.

HELENA

Grande debe de ser tu pena. ¿Quién te desterró?

TEUCRO

Mi padre Telamón. ¿A quién podría yo amar más?

HELENA

¿Y por qué causa? Sin duda por alguna desgracia.

TEUCRO

La muerte de mi hermano junto a Troya me perdió.

HELENA

¿Cómo? ¿Tú lo mataste con tu espada?

TEUCRO

Él se atravesó con la suya.

HELENA

¿Loco? ¿Quién puede hacer esto sino un loco?

TEUCRO

¿Has oído hablar de Aquiles, el hijo de Peleo?

HELENA

Pretendiente a la mano de Helena, según he sabido.

TEUCRO

Pues bien; a su muerte se suscitó grave contienda entre sus compañeros por la posesión de sus armas.

HELENA

¿Y qué tiene esto que ver con la muerte de Áyax?

TEUCRO

Se suicidó por habérselas llevado otro.[13]

HELENA

¿Y tú sufres ahora las consecuencias de esa desdicha?

TEUCRO

Por no haber muerto con él.

HELENA

¿Fuiste, pues, ¡oh extranjero!, a la ínclita Troya?

TEUCRO

Y después de tomarla me condenó la suerte a perecer.

HELENA

¿El fuego no la ha consumido y arrasado?

TEUCRO

Hasta el extremo de no quedar ni señal de sus murallas.

HELENA

¡Oh mísera Helena, por tu causa murieron los frigios!

TEUCRO

Y los griegos también: sucedieron muchas desgracias.

HELENA

¿Cuánto hace que fue derribada esa ciudad?

TEUCRO

Cerca de siete revoluciones anuales de las que dan las cosechas.

HELENA

¿Y cuánto estuvisteis junto a Troya?

TEUCRO

Muchas lunas, hasta completar el número de diez años.

HELENA

¿Y recobrasteis a la mujer espartana?

TEUCRO

Menelao se la llevó, arrastrándola por los cabellos.

HELENA

¿Viste tú a esa desdichada, o cuentas lo que te han dicho?

TEUCRO

Como te estoy mirando ahora, con estos mismos ojos.

HELENA

Quizá fuera alguna vana imagen con que os engañaron los dioses.

TEUCRO

Habla de otra cosa; déjala en paz.

HELENA

¿Tan seguro estás de lo que dices?

TEUCRO

La vieron mis ojos y la contempló mi alma.

HELENA

¿Y Menelao está ahora en su patria con su esposa?

TEUCRO

No seguramente en Argos, ni en las márgenes del Eurotas.

HELENA

¡Ay, ay de mí! Un mal has anunciado a quien debe sentirlo.

TEUCRO

Se dice que ambos han perecido.

HELENA

¿No navegaban juntos todos los griegos?

TEUCRO

Sí; pero los dispersó una tempestad.

HELENA

¿En qué parte del mar salado?

TEUCRO

Al atravesar el Egeo.

HELENA

¿Y nadie ha sabido después adónde ha arribado Menelao?

TEUCRO

Nadie; pero se dice en Grecia que ha muerto.

HELENA

¡Cierta es mi perdición! ¿Vive todavía la hija de Testio?[14]

TEUCRO

¿Hablas de Leda? Ya falleció.

HELENA

¿La ha precipitado en la tumba la deshonra de Helena?[15]

TEUCRO

Dicen que ciñó con un lazo su noble cuello.

HELENA

Y los hijos de Tindáreo,[16] ¿viven o no?

TEUCRO

Han muerto, y no han muerto; corren dos distintos rumores.

HELENA

¿Cuál es el más grato? ¡Ay desventurada de mí, ay de mis males!

TEUCRO

Dicen que son dioses convertidos en astros.

HELENA

Agrádame lo que has dicho; ¿y cuál es el otro rumor que corre?

TEUCRO

Que han muerto a manos de su hermana. Pero bastante he hablado; no quiero llorar dos veces. Y ya que he venido a este palacio en busca de la profetisa Teónoe, ayúdame para que pueda oír los oráculos y dirigir después mi nave hacia la marina Chipre, en donde el adivino Apolo ordena que me establezca y ponga a la ciudad que funde el nombre de Salamina,[17] en recuerdo de mi patria.

HELENA

Navega, ¡oh extranjero!, y sabrás lo que deseas; pero huye de esta tierra antes que sepa tu llegada el hijo de Proteo, su soberano; ausente está ahora persiguiendo a las fieras con sus perros; mata a todos los griegos que cautiva, y no me preguntes la causa que le mueve a ello, que no te lo diré,

¿pues de qué te serviría saberlo?

TEUCRO

Bien has dicho, mujer. Que los dioses recompensen el bien que me haces. Aunque tu forma sea parecida a la de Helena, no solo no es tu alma como la suya, sino muy desemejante. Mala muerte tenga, que no vuelva a las orillas del Eurotas, y que tú, ¡oh mujer!, seas siempre feliz. (*Retírase*).

HELENA

Principio ahora a deplorar mi infortunio y mis grandes dolores. ¿Cuáles serán mis lamentaciones? ¿Cuál mi lúgubre canto? ¿Golpearé mi pecho, gemiré o lloraré?

Estrofa 1.ª — Vírgenes sirenas,[18] hijas de la Tierra, alígeras doncellas, ¡ojalá que vengáis a acompañar mis sollozos con la flauta líbica o la siringa,[19] y las tristes lágrimas que me hacen derramar mis desdichas!; que vuestros dolores, que otros lúgubres cantos concuerden con los míos, y que vuestra musa, lamentándose como la mía, envíe a Perséfone funestas, funestas quejas, ofrenda regada de lágrimas, himnos en honor de los muertos, que penetrarán en su tenebroso palacio.

EL CORO (*que aparece en el teatro*).

Antístrofa 1.ª — Fui casualmente a la orilla del mar cerúleo a secar en delgadas cañas o sobre el entretejido césped purpúreos vestidos a los dorados rayos del sol, cuando oí flébil sonido de flauta melodiosa, mezclado de sollozos y lamentos, como de alguna náyade[20] que llorase a su fugitivo amante, resonando en las cavernosas grutas el eco de su llanto, enamorada de Pan.

HELENA

Epodo. — ¡Oh dolor!, ¡oh dolor!, doncellas griegas apresadas por

bárbaro bajel; un navegante griego ha llegado, sí, ha llegado para aumentar mis lágrimas, anunciándome la ruina y el incendio de Ilión por sus enemigos, y todo por mi causa, por mi causa, por mi nombre desdichado, origen de muchas muertes. Leda pereció en fatal nudo, víctima del dolor de mi deshonra; mi esposo ha sucumbido, después de andar errante por los mares, y Cástor y Pólux, los dos gemelos, gloria de su patria, han desaparecido, sí, han desaparecido, dejando solitarios los campos que hollaron sus caballos y las orillas del Eurotas, llenas de delgadas cañas, gimnasio de sus ejercicios juveniles.

EL CORO

¡Ay, ay, ay, ay de mí! ¡Fortuna deplorable, funesto destino, oh mujer! Mísera es tu suerte, mísera sin duda desde que Zeus, hendiendo brillante los aires con sus alas de cisne, blancas como la nieve, te engendró en tu madre. ¿Qué mal no te aflige? ¿Qué dolor no has sufrido? Murió Leda, y los dos gemelos, hijos queridos de Zeus, no son felices; no huellas tu suelo patrio, y en las ciudades de la Grecia corre un rumor, ¡oh mujer veneranda!, que te acusa de haber celebrado bárbaro himeneo; tu esposo ha perecido en las ondas del mar, y nunca serás dichosa en tu patria, ni en el templo de Atenea Calcieco.[21]

HELENA

¡Ay, ay de mí! ¿Qué frigio, qué griego cortó el pino que ha llenado de lágrimas a Troya, y construyó el bajel funesto en que navegó el hijo de Príamo a mis lares con bárbaros remeros, solicitando mi mano y mi hermosura infortunada? Dolosa Afrodita, causa de la muerte de muchos griegos y de los hijos de Príamo, ¡oh mísera, cuán grande es mi desdicha! Hera, la del dorado solio, esposa veneranda de Zeus, envió al ligero hijo de

Maya, cuando yo recogía en mi seno frescas hojas de rosa para ofrecerlas a Atenea Calcieco, y, arrebatándome por los aires, me trajo a este país infortunado, convirtiéndome en manzana de discordia entre los griegos y los hijos de Príamo. Injusta es la Fama, que mancha mi nombre en las orillas del Simois.

EL CORO

Sé que te aquejan graves dolores; pero es preciso sufrir con resignación las calamidades de esta vida.

HELENA

Mujeres queridas, ¿qué fatal destino me persigue? ¿Diome a luz mi madre para que los mortales me miraran como a un prodigio? Porque ninguna mujer, ni griega ni bárbara, puso un blanco huevo, como cuentan de Leda, al darme la vida de su unión con Zeus. Portentosa es mi existencia y mi grave desdicha, ya por el odio de Hera, ya por mi belleza. ¡Ojalá que desapareciese borrada, cual pintada estatua,[22] y los griegos olvidarían mi deshonra, y no me infamaría su memoria, como ahora! Grave es, aunque tolerable, una sola desdicha enviada por los dioses, no así la multitud de calamidades que me agobian. Porque, en primer lugar, sin haber sido deshonrada, me infaman como si lo fuera, y este mal es mucho mayor fundándose en un falso supuesto, como sucede cuando se atribuyen vicios al que no los tiene. Después me arrancaron los dioses de mi patria, y me trajeron a esta tierra bárbara, y sin amigos soy esclava, cuando nací de padres libres, pues entre los bárbaros todos lo son, excepto uno. El áncora, que sola me sostenía en medio de mis males, la esperanza de que vendría algún día mi marido y me libraría de ellos, ha desaparecido ya, puesto que ha muerto, y no podrá socorrerme. Murió también mi madre, y me

imputan esta desdicha sin razón, es verdad, como lo es también que de sus resultas me mancilla la mala fama. Mi hija, honra de su linaje y de mi palacio, vegeta virgen, no al lado de un esposo, y Cástor y Pólux, que se dicen hijos de Zeus, no existen tampoco. Y como en todo me persigue la desgracia, mi perdición proviene de causas externas, no de mis hechos. Todavía resta que me encierren en una prisión si vuelvo a mi patria, creyéndome la Helena que estuvo en Troya, y en cuya persecución fue Menelao. Si él viviese nos reconoceríamos mutuamente en virtud de ocultas señales[23] que nosotros solos sabemos. Pero ya no es posible, porque no existe. ¿A qué, pues, vivir? ¿Qué suerte me aguarda? ¿Elegiré otro esposo para atraerme nuevos males, y será un bárbaro mi perpetuo compañero, y me sentaré con él en opulenta mesa? Pero cuando un hombre aborrecido habita con nosotras, es odiosa la vida. Más vale morir, ¿pero cómo hacerlo sin deshonrarme? Vergonzoso hasta para un esclavo es suspenderse de un lazo en los aires; derramar la propia sangre es mejor y más noble, y en poco tiempo dejamos de existir. ¡Tan profundo es el abismo de males en que me veo sumergida! Si la hermosura es para otras mujeres fuente deleitosa, para mí lo es de perdición.

EL CORO

No creas, Helena, que el extranjero que ha llegado ha dicho en todo la verdad.

HELENA

Pero aseguró bien a las claras que había muerto mi esposo.

EL CORO

Muchas veces se afirma lo que no es.

HELENA

Con ningún otro se confunde el lenguaje de la verdad, y tal fue el suyo.

EL CORO

Siempre te inclinas más a creer lo malo que lo bueno.

HELENA

El miedo me domina, y todo lo temo.

EL CORO

¿Cómo te tratan en este palacio?

HELENA

Todos son amigos, excepto el que pretende casarse conmigo.

EL CORO

¿Sabes lo que has de hacer? Dejar el sepulcro de Proteo...

HELENA

¿Qué vas a decir? ¿Qué consejo quieres darme?

EL CORO

Y entra en el palacio, y a la que todo lo sabe, a Teónoe, hija virgen de la marina nereida, pregunta si vive todavía tu marido o si no ve ya la luz; y cuando estés bien informada, y según sea lo que te dijere, abandónate al llanto o a la alegría. Porque antes de saberlo, ¿no son inoportunos tus lamentos? Sigue, pues, mi consejo: deja el sepulcro y busca a esa doncella, que todo te lo dirá. Teniendo en este palacio quien pueda declararte la verdad, ¿a qué buscarla tan lejos? Yo quiero entrar también contigo y oír los oráculos de la virgen; nosotras las mujeres debemos ayudarnos mutuamente.

HELENA

Sigo vuestros consejos, ¡oh amigas!; id, id al palacio, y oiréis en él mis cuitas.

EL CORO

Mandas a quien te obedece de buen grado.

HELENA

¡Oh infausto día! ¿Qué nuevas deplorables, qué nuevas deplorables oiré yo, desventurada?

EL CORO

No excites el llanto, ¡oh amada!, de siniestro agüero.

HELENA

¿Qué habrá sufrido mi desdichado esposo? ¿Verá acaso la luz, y la cuadriga del sol y el curso de los astros..., o en el infierno subterráneo yacerá entre los muertos?

EL CORO

No desesperes, sea cual fuere lo por venir.

HELENA

Yo te invoco, yo te suplico, ¡oh Eurotas de verdes cañas!, que me declares si es cierta la fama que hasta mí ha llegado de la muerte de mi esposo. ¿A qué tan necias dudas? Lazo mortífero oprimirá mi cerviz o letal cuchilla me dará muerte, y la sangre correrá de mi cuello, y empuñando yo misma el hierro lo hundiré en mis carnes, y me sacrificaré en honor de tres diosas y del hijo de Príamo, que en otro tiempo cantaba al son de la flauta, guardando los rebaños de bueyes.

EL CORO

Que no te aflijan esos males, y la dicha sea tu inseparable compañera.

HELENA

¡Ah mísera Troya, iniquidades te arruinan, y sufriste duras pruebas! Merced al don que me hizo Afrodita se ha derramado mucha sangre, y

muchas lágrimas, y unos dolores siguieron a otros, y el llanto al llanto, y las madres perdieron sus hijos, y las vírgenes hermanas de los muertos cortaron su cabellera para depositarla en las orillas del frigio Escamandro. Voz resonante dio la Grecia, y oyéronse tristes clamores, y golpeó la cabeza con sus manos, y lastimosas heridas llenaron de sangre tiernas mejillas. ¡Oh virgen Calisto,[24] feliz en otro tiempo en la Arcadia, que en innoble forma subiste al lecho de Zeus! ¡Cuán preferible fue tu suerte a la de mi madre! Transformada en fiera de miembros robustos, trocaste tu hermoso rostro en cabeza feroz de leona, y se mitigaron tus penas, como la beldad expulsada en otro tiempo de sus coros por Artemisa, cierva de dorados cuernos, titánide, hija de Mérope.[25] Yo he derruido, sí, he derruido a la troyana Pérgamo, y ocasionado la muerte de muchos griegos. (*Vase con el Coro*).

MENELAO (*miserablemente vestido*).

¡Oh Pélope!, que en los pasados días venciste en tu cuadriga a Enómao, cerca de Pisa;[26] ojalá que cuando te sirvieron hecho pedazos en la cena de los dioses, hubieses perecido entre ellos antes de haber engendrado a mi padre Atreo, que de su unión con Aérope nos procreó a Agamenón y a mí, Menelao, ínclito par de reyes. Glorioso es, sin duda, y lo digo sin jactancia, que yo llevase a Troya un ejército a fuerza de remos, rey a quien obedecía voluntariamente, no por la violencia, la brillante juventud griega. Y unos ya no se cuentan entre los vivos, mientras otros, que con no poca alegría suya evitaron los peligros del mar, llevan a su patria los nombres de los que perecieron. Mas yo, desventurado, navego errante por las marinas ondas del salado piélago desde que arruiné las torres de Ilión, y, deseando volver a mi país, muéstranseme adversos los dioses. He recorrido todos los desiertos

e inhospitalarias costas de la Libia, y cuando me acerco a mis hogares, el viento me rechaza y nunca llena mis velas aura favorable. Y ahora, mísero náufrago, después de perder a mis amigos me ha arrojado aquí el mar, y mi nave se ha estrellado en los peñascos pereciendo muchos de mis compañeros. Solo queda la quilla y parte de su armazón, en la que con dificultad y contra mis esperanzas me he salvado con Helena, que traigo de Troya. Pero ignoro el nombre de esta región y el de los pueblos que la habitan. Avergonzábame de presentarme así a la multitud, temiendo que viesen mis vestidos manchados, a pesar de mis esfuerzos en ocultar mi humillante miseria. Cuando un hombre cae desde la cúspide de la fortuna en el abismo de la desdicha, como no está acostumbrado a ella, su suerte es más amarga que la del que ya la conocía. La pobreza me atormenta; ni tengo qué comer, ni vestidos para cubrir mi cuerpo, como es fácil de ver contemplando los tristes restos del naufragio en que me envuelvo.[27] El mar me llevó mis peplos, mis vestiduras espléndidas y todas mis galas; y vengo aquí dejando oculta en una cueva a mi esposa, causa de todos mis males, confiada a la custodia de mis amigos que han sobrevivido. Solo, pues, doy vueltas y me afano en llevar lo más necesario, dudando si lo lograré, a mis compañeros que me esperan. Al ver este palacio cercado de almenas y sus puertas suntuosas, propiedad, sin duda, de algún hombre opulento, me he llegado a él con la esperanza de recibir algo de tan magnífica morada, para auxiliar a mis amigos. De seguro que quien apenas tenga para vivir no podrá socorrerme aunque quiera. (*Llamando a la puerta*). ¡Hola! ¿Qué portero acudirá aquí del palacio, que cuente a sus dueños mis males?

UNA VIEJA (*entreabriéndola*).

¿Quién hay a la puerta? ¿No te alejarás de este recinto sin molestar a

sus dueños en el atrio? Morirás si eres griego, que a ellos no se da hospitalidad.

MENELAO

¡Oh anciana!, bien me parece cuanto has dicho. No te molestaré más, y quiero obedecerte, pero déjame hablar.

LA VIEJA (*rechazándolo*).

Vete; mi obligación es, ¡oh extranjero!, impedir que ningún griego se acerque a este palacio.

MENELAO

¡Ah!, no me amenaces con el puño ni me rechaces tan despiadadamente.

LA VIEJA

No haces ningún caso de mis palabras; la culpa es solo tuya.

MENELAO

Ve a decirlo a tus amos.

LA VIEJA

Bien segura estoy de que si lo saben sufrirás daño.

MENELAO

Soy un náufrago, un extranjero, contra quienes no es justo emplear la violencia.

LA VIEJA

Llama a otra puerta y abandona esta.

MENELAO

No, que he de entrar; déjame.

LA VIEJA

Eres un importuno, y lo peor para ti es que te echarán pronto a viva

fuerza.

MENELAO (*aparte*).

¡Ay, ay de mí! ¿Dó yace mi valeroso ejército?

LA VIEJA

En otra parte te respetarán acaso, no aquí.

MENELAO (*aparte*).

¡Oh calamidad, cómo me insultas!

LA VIEJA

¿Por qué humedecen las lágrimas tus párpados? ¿Por qué te lamentas?

MENELAO

¡Oh pasada dicha mía!

LA VIEJA

¿Por qué no vas a llorar a tus amigos?

MENELAO (*reanimándose*).

¿Qué país es este? ¿Cúyo este regio palacio?

LA VIEJA

Proteo lo habita, y este país es el Egipto.

MENELAO

¿El Egipto? Desdichado de mí, ¿adónde he venido?

LA VIEJA

¿Qué dices contra las aguas del Nilo?

MENELAO

No es contra el Nilo; solo me quejo de mi desgracia.

LA VIEJA

Muchos son los desdichados, no tú solo.

MENELAO

¿Y está en el palacio el rey, o como tú quieras llamarle?

LA VIEJA

Este es su sepulcro; su hijo es el soberano de este país.

MENELAO

Pero ¿en dónde está? ¿Dentro o fuera del palacio?

LA VIEJA

No está en él ahora; pero es el más implacable enemigo de los griegos.

MENELAO

¿Por qué razón? ¿Por qué he de ser yo víctima de su odio?

LA VIEJA

Helena, la hija de Zeus, habita también aquí.

MENELAO

¿Qué dices? ¿Qué palabra has pronunciado? Repítela.

LA VIEJA

La hija de Tindáreo, que vivía antes en Esparta.

MENELAO

¿De dónde la han traído? ¿Quién entenderá esto?

LA VIEJA

Vino de la Laconia.

MENELAO

¿Cuándo? (*Aparte*). ¿Habrán arrebatado de la cueva a mi esposa?

LA VIEJA

Antes que los griegos fuesen a Troya, ¡oh extranjero! Pero aléjate de aquí, porque reina en el palacio cierta plaga, causa de no poco desorden.[28] A mal tiempo llegaste, porque si mi dueño te cautiva, en vez de hospitalarios dones, recibirás la muerte. Yo amo a los griegos, y no juzgues

de mí por mis ásperas palabras, hijas del miedo que a mi señor tengo. (*Retírase y cierra la puerta*).

MENELAO

¿Qué diré? ¿Cómo expresaré mi sorpresa? Nuevas penas vienen a aumentar las antiguas si al traer conmigo de Troya a mi esposa y dejarla segura en la cueva, habita otra de su mismo nombre en este palacio. Dijo que era hija de Zeus. ¿Habrá en las orillas del Nilo algún mortal que se llame también Zeus? Porque en el cielo no hay más que uno. ¿Hay otra Esparta en donde las bellas ondas del Eurotas reflejan las verdes cañas de sus orillas? ¡Solo se celebró a un Tindáreo! ¿Habrá también alguna tierra que se llame Lacedemonia, y otra Troya? Yo no sé qué decir. Muchos, según es de presumir, tienen en una misma región iguales nombres, y lo propio sucede a las ciudades y a las mujeres, y no por eso debemos admirarnos.[29] Ni tampoco huiré del peligro que me indicó la esclava; no hay mortal alguno tan bárbaro que, al oír mi nombre, no aplaque mi hambre. Todos conocen el incendio de Troya, y el nombre de Menelao, su autor, no es ignorado tampoco en país alguno. Esperaré al dueño de este palacio, como me lo aconsejan dos prudentes razones: si es, en efecto, cruel, me ocultaré e iré en busca de los destrozados restos de mi nave; y si pareciese bondadoso, le pediré el auxilio que reclama mi desgracia. El único mal que me quedaba por sufrir es que, siendo rey, pida a otros reyes el sustento, pero no hay otro remedio. Sentencia es de los sabios, no mía, que nada hay tan poderoso como la necesidad. (*Apártase a un lado al ver al Coro*).

EL CORO

Según he oído a la fatídica doncella que profetiza en la regia morada,

Menelao aún no ha bajado al negro Erebo, ni lo cubre la tierra, sino que todavía lucha con las olas, sin poder arribar a su patria, y vive errante separado de sus amigos, y ha recorrido muchas regiones desde su salida de Troya al compás de los remos.

HELENA

Vedme aquí; segunda vez vengo a este sepulcro, después de oír las gratas profecías de Teónoe, tan sabia en todo. Dice que mi marido ve la luz del sol, y disfruta de ella, y que después de navegar por mil mares, siempre errante, ha de llegar a Egipto, libre al fin de tantos males. Verdad es que no dijo si en caso de venir saldría de él en salvo. Yo no quise preguntárselo claramente, entregada al deleite que me causó tan dulce nueva. Y decía que no estaba lejos, habiendo naufragado con pocos amigos. ¿Cuándo te veré? ¡Cuánto he deseado tu llegada! ¡Hola! (*Preséntase Menelao*). ¿Quién es este? ¿Quizá algún satélite del hijo de Proteo, impío instrumento de sus insidiosas miras? ¿Me alejaré veloz de este sepulcro, como bacante o ligera yegua? Feroz es en verdad el aspecto de este que viene a robarme.

MENELAO (*cortándole el paso*).

Tranquilízate, ¡oh tú que corres con tanta presteza hacia este sepulcro a ofrecer ardientes libaciones!, ¿por qué huyes? ¡Cuánta es, al verte, mi admiración y mi sorpresa!

HELENA

Que nos amenazan con violencia, ¡oh mujeres!; este hombre nos ahuyenta del sepulcro, y quiere apoderarse de mí para entregarme al tirano, cuyo himeneo detesto.

MENELAO

No somos salteadores, ni satélites de malvados.

HELENA (*apartándose*).

Miserables son los vestidos que te cubren.

MENELAO

Detén tu pie ligero, y nada temas.

HELENA (*ya junto al sepulcro*).

Me detengo, pues ya llegué.

MENELAO (*mirándola frente a frente*).

¿Quién eres? ¿A quién te semejas, ¡oh mujer!?

HELENA

¿Y tú? Ambos preguntamos lo mismo.

MENELAO

Nunca he visto una mujer más parecida.

HELENA

¡Oh dioses!, pues obra vuestra es encontrar a los que amamos.

MENELAO

¿Eres griega o egipcia?

HELENA

Griega; pero también deseo saber cuál es tu linaje.

MENELAO

Eres, ¡oh mujer!, lo más semejante a Helena que he visto.

HELENA

Y tú eres para mí viva imagen de Menelao; no sé qué decir.

MENELAO

Muy pronto has reconocido al hombre más desventurado.

HELENA (*corriendo hacia él*).

¡Oh tú, qué tarde llegas a los brazos de tu esposa!

MENELAO

¿De cuál? No toques mis vestidos.

HELENA

La que te dio Tindáreo, mi padre.

MENELAO

¡Oh Hécate lucífera, qué gratos fantasmas nos ofreces!

HELENA

No soy nocturna visión de Perséfone, como piensas.

MENELAO

Positivamente sé que no tengo dos mujeres.

HELENA

¿Pues de cuál otra eres señor?

MENELAO

De la que está oculta en la cueva y traje de Troya.

HELENA

Yo sola soy tu esposa.

MENELAO

¿Pero estoy en mi juicio, o me engañan mis ojos?

HELENA

Al mirarme, ¿no te parece verla?

MENELAO

En el cuerpo eres semejante a ella; pero mi razón, bien serena, lo niega.

HELENA

Reflexiona. ¿Qué necesitas para convencerte? ¿Quién mejor que tú puede saberlo?

MENELAO

Eres igual a ella; no lo negaré.

HELENA

¿Quién podrá probártelo como tus ojos?

MENELAO

Mi tormento es que tengo otra.

HELENA

Yo no fui a Troya, sino mi imagen.

MENELAO

¿Pero quién puede crear cuerpos vivos?

HELENA

El Éter, que te dio una esposa obra de los dioses.

MENELAO

¿Pero qué dios la formó? Inaudito es lo que dices.

HELENA

La artificiosa Hera, para que no me poseyese Paris.

MENELAO

¿Y cómo habías de habitar a un tiempo aquí y en Troya?

HELENA

Mi nombre puede estar en muchas partes, no mi cuerpo.

MENELAO

Déjame en paz, que bastantes desdichas me afligen.

HELENA

¿Me abandonarás, llevándote esa vana imagen?

MENELAO (*haciendo ademán de irse*).

Adiós, pues, porque eres semejante a Helena.[30]

HELENA

¡Ay de mí! ¿Encuentro a mi marido para perderlo?

MENELAO

Los grandes males que allí sufrimos me hacen más fuerza que tus razones. (*Aléjase*).

HELENA

¡Ay de mí! ¿Quién más desventurada? Los que más amo, me abandonan; nunca volveré ya a la Grecia ni a mi patria.

EL MENSAJERO (*que se acerca a Menelao*
desde la extremidad de la orquesta).

¡Oh Menelao!, buscándote vengo por orden de tus compañeros, y con trabajo te hallo después de andar vagando por esta tierra bárbara.

MENELAO

¿Qué sucede? ¿Acaso os han robado los bárbaros?

EL MENSAJERO

¡Sorprendente maravilla!; lo que vengo a decirte es superior a toda expresión.

MENELAO

Habla, que tu traza me anuncia alguna novedad importante.

EL MENSAJERO

Has de saber que tus innumerables trabajos han sido infructuosos.

MENELAO

Deploras antiguos males; pero ¿qué me anuncias de nuevo?

EL MENSAJERO

Tu esposa se ha desvanecido en los aires, desapareciendo de la vista de los hombres, y se ocultó en el cielo, abandonando la sagrada cueva en donde la guardábamos. Solo pronunció estas palabras: «¡Oh míseros

frigios y griegos, que por mi causa y por engaño de Hera[31] habéis muerto a las orillas del Escamandro, creyendo falsamente que Paris poseyese a Helena! Yo, después de estar allí el tiempo que me convino, cumplido el fatal decreto, vuelvo al aire que me formó; infame, sin razón, es el nombre de la mísera hija de Tindáreo, libre de toda culpa». (*Acércase Helena mientras habla, y al verla dice así*): Salve, ¡oh hija de Leda!; ¿estabas aquí? Yo hablaba de ti como si te hubieses refugiado en los astros, ignorando que fuese tu cuerpo aéreo fantasma. No te reconvendré, pues, de nuevo por los infructuosos trabajos que Menelao y sus aliados en la guerra sufrieron junto a Ilión.

MENELAO

Vamos, así es; tus palabras convienen con las de esta, y por lo visto son verdaderas. ¡Oh día deseado, que te vuelve otra vez a mis brazos!

HELENA

¡Oh Menelao, el más querido de los hombres!; larga ha sido nuestra separación, pero al fin llegó la hora deseada. Alegre, ¡oh amigos!, recobro a mi esposo, y lo abrazo con cariño, después que el sol ha contemplado por tanto tiempo nuestro duelo.

MENELAO

Y yo a ti; teniendo tanto que decirte, no sé por dónde empezar.

HELENA

Grande es mi gozo, y parece que mis cabellos saltan de placer, y al mismo tiempo lloro; con mis brazos ciño tu cuerpo, para disfrutar de este deleite, ¡oh esposo!

MENELAO

¡Oh momento deseado! Ya no me quejo de la fortuna; ya poseo a mi

esposa, la hija de Zeus y de Leda; feliz, sí, feliz en otro tiempo, cuando te acompañaron llevando antorchas los jóvenes de blancos caballos, los hermanos gemelos; pero los dioses me abandonaron, arrebatándote de mi palacio.

HELENA

Más feliz es mi suerte ahora que antes; por obra del cielo en bien se ha convertido tu naufragio infortunado, ¡oh esposo!, y, aunque tarde, volvemos a juntarnos; ¡ojalá que esta dicha sea duradera!

MENELAO

Lo será, sin duda; tus deseos son los míos, como ha sido igual nuestra desventara.

HELENA

Amigas, amigas, no deploremos nuestros antiguos males, que ya cesó mi duelo. Ya poseo, ya poseo a mi esposo, a quien esperaba, sí, a quien esperaba, a su vuelta de Troya, al cabo de muchos años.

MENELAO

Ya me ves, y yo a ti, que he sufrido trabajos inolvidables, hasta que al fin descubrí con pena los artificios de la diosa. Mis lágrimas de alegría me consuelan más que me afligen.

HELENA

¿Qué diré? ¿Qué mortal podría esperarlo nunca? Contra lo que pensaba, te oprimo ahora contra mi pecho.

MENELAO

Y yo a ti, cuando creía que habías ido a la ciudad idea y atravesado las míseras murallas de Ilión. Por los dioses, ¿cómo saliste de mi palacio?

HELENA

¡Ay, ay de mí! ¡Exordio acerbo deseas oír! ¡Ay, ay de mí! ¡Acerba narración quieres escuchar![32]

MENELAO

Habla, que los beneficios de los dioses deben publicarse.

HELENA

Contrístame, en verdad, cuanto voy a decirte.

MENELAO

Pero dilo, sin embargo; es grato recordar los trabajos que hemos pasado.

HELENA

No subí al tálamo[33] de ningún joven bárbaro llevada por remo volador o en alas del deleite de ilícitos goces.

MENELAO

¿Qué dios, qué hado te alejó de tu patria?

HELENA

El hijo, el hijo de Zeus, ¡oh esposo!, me trajo al Nilo.[34]

MENELAO

Maravíllame lo que dices. ¿Quién lo envió? ¡Oh palabras inauditas!

HELENA

Lloro, y las lágrimas humedecen mis párpados; la esposa de Zeus me perdió.

MENELAO

¿Hera? ¿Qué males quería causarte?

HELENA

¡Ay de mis penas, ay de las fuentes en donde se lavaron las bellas diosas antes del juicio!

MENELAO

¿Mas por qué Hera lo convirtió en daño tuyo?

HELENA

Para arrancarme del poder de Afrodita...

MENELAO

¿Cómo, di?

HELENA

Que había prometido entregarme a Paris.

MENELAO

¡Oh desventurada!

HELENA

¡Desventurada, desventurada! Por eso me trajo a Egipto.

MENELAO

Y, según aseguras, en tu lugar dejó una imagen tuya.

HELENA

¡Ay de las calamidades, ay de las calamidades de mi familia! ¡Ay de mí, madre mía!

MENELAO

¿Qué dices?

HELENA

Mi madre no existe; por causa mía, deshonrada por mi vergonzoso himeneo, se ahorcó en funesto lazo.

MENELAO

¡Ay de mí! ¿Vive acaso mi hija Hermíone?

HELENA

Sin esposo, sin hijos, ¡oh marido mío!, llora avergonzada mi fatal

enlace.

MENELAO

¡Oh Paris, que no dejaste piedra sobre piedra de mi palacio! He aquí la causa de tu ruina y de la de muchos millares de griegos, armados de bronce.

HELENA

Un dios me separó de mi ciudad y de ti, sin apiadarse de mi pena, consagrándome al infierno, por abandonar mis lares y mi lecho en demanda de torpe himeneo, cuando verdaderamente nada de esto hice.

EL CORO

Si en adelante os es propicia la fortuna, podrá mitigar vuestros pasados males.

EL MENSAJERO

Déjame, ¡oh Menelao!, gozar también de este placer, aunque no entienda lo que sucede.

MENELAO

Toma también parte en nuestro diálogo, ¡oh anciano![35]

EL MENSAJERO

¿No fue causa esta de los trabajos que sufriste en Troya?

MENELAO

No, que los dioses nos engañaban con una imagen funesta, formada de nubes.

EL MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Sufrimos vanamente tantas penalidades por una nube?

MENELAO

Obra de Hera, efecto de la discordia de las tres diosas.

EL MENSAJERO

Pero esta, mujer verdadera, ¿es acaso tu esposa?

MENELAO

Sí; no lo dudes.

EL MENSAJERO

¡Oh hija, qué inconstante es cierta deidad, y cómo se burla de nuestros cálculos! Cambia fácilmente, y se inclina a un lado o a otro; hace a este desgraciado, y el otro, libre en un principio de infortunios, perece después de muerte desastrosa; caprichosa es siempre para distribuir sus dones. Graves penas habéis sufrido: tú a causa de los deshonrosos rumores que acerca de ti corrieron; él arrastrado por sus bélicas inclinaciones. Y cuando más se afanaba no adelantó nada, y ahora la más feliz casualidad le ofrece gratísimo presente. No llenaste de oprobio a tu anciano padre y a los hijos de Zeus, ni hiciste lo que dijeron. Ahora recuerdo tus bodas, y las antorchas que yo llevaba junto a tu carro de cuatro caballos, cuando en compañía de tu esposo dejabas tu palacio paterno. Malo es, sin duda, el que no se interesa por la suerte de sus amos, y ni se alegra cuando son dichosos, ni llora en sus adversidades. Yo, aunque nací esclavo, cuéntome, no obstante, entre los siervos nobles, y aunque no puedo llamarme libre, lo soy por mis pensamientos. Más vale esto que en un solo hombre se junten dos males: un corazón dañado y la esclavitud que lo sujeta a sus semejantes.

MENELAO

Anciano, que soportaste conmigo en la guerra innumerables trabajos, ahora, partícipe de mi felicidad, ve y anuncia a mis compañeros lo sucedido, y cuéntales mi próspera fortuna, y diles que permanezcan en la costa y aguarden el resultado de la lucha que, según creo, me espera; quizá nos llevemos de aquí a Helena si me ayudan, y aprovechando la ocasión,

dejaremos incólumes este país bárbaro.

EL MENSAJERO

Así se hará, ¡oh rey! Ahora comprendo cuán perjudiciales son los adivinos y cuán falsas sus profecías. No nos revelan lo futuro ni las llamas ni el canto de las aves; pura necedad de los mortales es la creencia en tales auspicios. Nada dijo Calcas,[36] nada anunció al ejército, como lo hubiera hecho si supiera que sus amigos morían por una nube, ni tampoco Heleno,[37] y Troya fue saqueada inútilmente. Dirás acaso que Dios no lo permitió. Pero entonces, ¿a qué consultar a los adivinos? Al sacrificar a los dioses, pidámosles lo que nos convenga, y dejémonos de oráculos, que son artificios y vanas invenciones, y nadie sin trabajar se ha enriquecido, examinando solo las llamas. La prudencia y la sensatez son los mejores adivinos.[38]

EL CORO

Lo mismo que este anciano pienso yo de los adivinos; los dioses nos sean propicios, y tendremos a nuestro favor la mejor de las profecías.

HELENA

Sea, pues, enhorabuena, que hasta aquí todo va bien. Pero nada se pierde en saber cómo has venido en salvo desde Troya, y es natural que deseemos conocer las desdichas de nuestros amigos.

MENELAO

Con una sola pregunta, y de una sola vez, quieres que te conteste a tantas cosas. ¿A qué te he de contar las calamidades que sufrí en el mar Egeo[39] y hablarte de hogueras de Nauplio,[40] en la Eubea, de Creta[41] y de las ciudades de la Libia que he cruzado, y de las grutas de Perseo?[42] Mis palabras no te satisfarían; al referirte mis trabajos los recordaría con pesar, y

ahora, después de pasados, siento natural fatiga, y sin fruto alguno me afligirían dos motivos de tristeza.

HELENA

Preferible es tu respuesta a mi pregunta. Dime tan solo, dejando lo demás, cuánto tiempo has andado errante por los mares.

MENELAO

Además de los diez años que estuve en Troya, han pasado después otros siete.

HELENA

¡Ay dioses! Largo tiempo es, ¡oh desventurado! Y allí te salvaste, y ahora vienes a morir.

MENELAO

¿Qué es eso? ¿Qué dices? ¡Tú me has perdido, mujer!

HELENA

Te dará muerte el dueño de este palacio.

MENELAO

¿Pues qué delito he cometido para merecerla?

HELENA

Has venido a contrariar sus deseos y a impedir mi enlace.

MENELAO

¿Pues quién desea contraerlo con mi mujer?

HELENA

Y afligirme con nueva afrenta.

MENELAO

¿Algún particular poderoso, o el soberano de este país?

HELENA

El hijo de Proteo, que aquí reina.

MENELAO

Vamos, ya comprendo el enigma de aquella esclava.[43]

HELENA

¿A qué puerta bárbara te acercaste?

MENELAO

A esta, y de ella me rechazaron como a un pordiosero.

HELENA

¿Pedías acaso que socorriesen tu necesidad? ¡Oh desventurada de mí!

MENELAO

Así era, en efecto; pero sin llevar ese nombre de mendigo.

HELENA

¿Luego, según parece, sabes cuanto ocurre acerca de mi himeneo?

MENELAO

Lo sé; pero ignoro si has procurado evitarlo.

HELENA

No dudes que mi tálamo te aguarda intacto.

MENELAO

¿Cómo lo probarás? Grato es lo que dices, siendo cierto.

HELENA

¿Ves mi asilo, cerca de este sepulcro?

MENELAO

Veo, desventurada, este lecho en tierra; pero ¿qué tiene de común contigo?

HELENA

Aquí venía yo suplicante a pedir que el cielo me librase de esas nupcias.

MENELAO

¿Sin haber ara en él?[44] ¿Es esa la costumbre de los bárbaros?

HELENA

Este sepulcro nos protege, como si fuese un templo de los dioses.

MENELAO

¿Y no podré llevarte a mi patria?

HELENA

En vez de un lecho, te espera homicida cuchilla.

MENELAO

Soy, pues, el mortal más desdichado.

HELENA

No te desanimes, sino huye de esta tierra.

MENELAO

¿Abandonándote? Por ti derribé a Troya.

HELENA

Más te conviene huir que perder la vida por ser mi esposo.

MENELAO

Como cobarde me aconsejas lo que es indigno del destructor de Ilión.

HELENA

No puedes matar al rey, como quizá deseas.

MENELAO

¿Es acaso su cuerpo invulnerable al hierro?

HELENA

Lo sabrás. Acometer imposibles no es de hombre prudente.

MENELAO

¿Entregaré callado mis manos a las esposas que han de sujetarlas?

HELENA

Ahora no sabes qué hacer. Es preciso inventar algún artificio.

MENELAO

Es más glorioso morir después de ejecutar alguna hazaña, que sin hacer nada.

HELENA

Una sola esperanza hay de salvarnos.

MENELAO

¿Recurriendo al soborno, a la audacia, o a la persuasión?

HELENA

Si el rey ignora que has venido...

MENELAO

¿Quién me ha de descubrir? Seguramente no sabrá quién soy.

HELENA

Allá dentro le auxilia alguna semejante a los dioses.

MENELAO

¿Algún oráculo?

HELENA

No, una hermana; llámanla Teónoe.

MENELAO

Fatídico es el nombre;[45] pero dime, ¿qué he de hacer?

HELENA

Todo lo sabe, y revelará a su hermano tu llegada.

MENELAO

Moriremos, porque no es posible ocultarme.

HELENA

A no ser que a fuerza de súplicas logremos persuadirla...

MENELAO

¿Qué? ¿Qué esperanza me dejas entrever?

HELENA

Que nada anuncie a su hermano de lo ocurrido.

MENELAO

Y si la persuadiéramos, ¿podríamos dejar este país?

HELENA

Fácilmente, si ella nos ayuda, pues ocultárselo es imposible.

MENELAO

A ti te toca esto, porque las mujeres se avienen bien unas con otras.

HELENA

No dejaré, sin duda, de abrazar sus rodillas.

MENELAO

¿Y si no aprueba nuestro proyecto?

HELENA

Tú morirás, y yo, desdichada, me casaré con él a la fuerza.

MENELAO

Tú me vendes; esa violencia es un pretexto.

HELENA

Lo juro por tu cabeza: el más santo juramento.

MENELAO

¿Qué dices? ¿Que morirás tú y no contraerás nuevas nupcias?

HELENA

A ambos nos matará la misma cuchilla, y después yaceré a tu lado.

MENELAO

Toca entonces mi diestra.

HELENA

Tócola, pues, y te juro que, muerto, dejaré también la luz.

MENELAO

Y yo, sin ti, acabaré mi vida.

HELENA

¿Y cómo moriremos gloriosa muerte?

MENELAO

Después de inmolarte en este sepulcro, me suicidaré. Mas primeramente acometeremos por tu posesión peligrosa lucha. Acérquese quienquiera, no ajaré la gloria ganada en Troya, ni volveré a la Grecia para servir de mofa, ya que Tetis perdió por mi causa su hijo Aquiles, y presencié la muerte de Áyax Telamonio, y vi sin hijo al que engendró Neleo.[46] Después de esto, ¿no osaré morir por mi esposa? Sí, sin duda, porque si son sabios los dioses, cubrirán de leve tierra el sepulcro del varón esforzado que muera a manos de sus enemigos, pues en el duro suelo echan sobre los cobardes pesada carga.

EL CORO

¡Oh dioses, que alguna vez sea afortunado el linaje Tantáleo, y se vea libre de males!

HELENA

¡Desventurada de mí! ¡Funesta es mi suerte, oh Menelao! Todo se acabó para nosotros. Del palacio sale la fatídica Teónoe. La puerta suena, las barras crujen; huye. Pero ¿a qué huir? Ya esté ausente, ya presente, sabe que has llegado. ¡Oh infeliz de mí, cuán cierta es mi muerte! Lejos ya de Troya y de los bárbaros, por segunda vez te amenazan bárbaras espadas.

TEÓNOE (*que sale del palacio, precedida de dos esclavas con antorchas*).

Precédeme tú, llevando la brillante luz de las antorchas, y purifica con azufre el aire, como manda la religión, para que aspiremos las auras puras del cielo.[47] Que la llama lustral alumbre el sendero, por si alguno lo ha hollado, profanándolo con su pie impío, y sacude la antorcha ardiente antes que yo pase; y observando el rito que me han enseñado los dioses, llevad otra vez el fuego al hogar doméstico. (*Volviéndose hacia Helena*). ¿Qué hay, Helena? ¿Qué dices de mis vaticinios? Vino al fin tu esposo Menelao: este es, sin sus naves y sin tu imagen. (*A Menelao*). ¡Oh desventurado!, de cuántos trabajos te libra tu venida, y no sabes si volverás a tu patria o si te quedarás aquí; causa de discordia eres entre los dioses, y hoy mismo, en presencia de Zeus, celebrarán consejo para decidir de tu suerte. Hera, hasta ahora tu enemiga, te ama ya, y quiere que vuelvas a Esparta con Helena, para que sepa la Grecia que fueron falsas las nupcias de Alejandro, don de Afrodita. Esta diosa se opone a vuestro regreso, temiendo duras reconvenciones, no se crea que ganó la palma de la belleza por la promesa que hizo a Paris de casarlo con Helena.[48] En mi mano está la postrera resolución de este asunto, ya perdiéndote, como Afrodita desea, si digo a mi hermano que estás aquí, ya salvándote la vida, si me inclino al parecer de Hera y lo oculto a mi hermano, que me ordenó participarle tu venida. ¿Quién irá a anunciarle a Teoclímeno que está aquí Menelao, para librarme de responsabilidad?

HELENA

¡Oh virgen!, suplicante caigo a tus rodillas, y en tan humilde postura permaneceré impetrando tu gracia en nuestro favor, puesto que apenas

encuentro a mi esposo cuando lo veo en peligro de muerte; no reveles a Teoclímeno su llegada a mis brazos, que tanto le aman; sálvalo, que te lo pido suplicante; por tu hermano no faltes a tu piedad, conciliándote su amor mala e injustamente. Dios odia la violencia, y nos manda que conservemos cuanto nos pertenezca, prohibiéndote el empleo de la fuerza. De todos los hombres es la tierra y el cielo, y conviene que los poderosos no se apropien lo ajeno, ni tampoco lo arrebaten. Hermes, por orden divina, pero con harta desdicha mía, me confió a tu padre, encargándole que me guardase para este esposo que ha venido ahora, ávido de recobrarme. ¿Cómo podrá lograrlo si muere? ¿Cómo me entregará viva al que no existe? Piensa, pues, en lo que debes al divino numen y a la religiosa memoria de tu padre, y si Hermes y él han de devolver o no ajeno depósito. Yo, en verdad, creo que sí. No ha de ser preferido tu hermano inicuo a tu honrado padre. Porque siendo tú profetisa, y creyendo en los dioses, te olvidas de la gloriosa justicia de tu padre por congraciarte con tu injusto hermano. Te deshonrarás si conociendo todas las cosas divinas, y cuánto es y no es, ignoras lo que es justo. Líbrame, pues, de los malos que me afligen, compadeciéndote de mi desdicha; no hay mortal que no aborrezca a Helena, a la que en Grecia fue infiel a su marido y habitó después en el opulento palacio de los frigios. Si vuelvo a mi patria y otra vez entro en Esparta y saben que han sido víctimas de los artificios de las diosas,[49] y que yo no falté a mis amigos, me devolverán mi honesta fama, casaré a mi hija, virgen ahora, y tranquila y dichosa gozaré de mis riquezas. Si Menelao hubiese muerto y el fuego de la pira lo consumiera, ausente y separada de él siempre lo lloraría; pero ¿me lo arrebatarán ahora, vivo y en salvo? Que no sea así, ¡oh virgen!, yo te lo ruego; de todo corazón te suplico que me

concedas esta gracia, y que imites al piadoso Proteo: es en los hijos la mayor gloria, si nacieron de padres buenos, imitar las costumbres de los autores de sus días.

EL CORO

Digna eres tú de lástima, y a compasión mueven tus palabras; pero deseo oír a Menelao defendiendo su vida.

MENELAO

No me es posible caer a tus rodillas, ni humedecer con lágrimas mis párpados; disminuiría muy mucho la gloria que gané en Troya, si mostrase timidez, aunque, según dicen, es de nobles corazones llorar en la adversidad. Pero nunca lo haré, decoroso y todo como es, en desdoro de mi fortaleza. Pero si te place libertar a un extranjero que con derecho quiere recuperar a su esposa, devuélvemela y sálvame además; si así no piensas, por grande que sea mi desdicha presente, igual a las pasadas, tú parecerás siempre mujer injusta. Diré, pues, a este monumento lo que es digno de mí, lo que creo justo y lo que tocará tu corazón, recurriendo a tu padre: «¡Oh anciano!, que habitas en este sepulcro de dura piedra, dame mi esposa, que yo te la pido, la que te entregó Zeus en depósito, para que me la guardases. Sé que, muerto, no me la devolverás jamás; pero tu hija no sufrirá que se invoque vanamente a su padre, que yace bajo la tierra, y que se aje su fama, en vida tan gloriosa; en su mano está el hacerlo. ¡Oh infernal Hades!, también imploro tu auxilio, ya que por causa de Helena recibiste a tantos en tu reino que murieron al filo de mi espada, y fueron tu recompensa: o restitúyelos la vida, u obliga a Teónoe a devolverme mi esposa, si su poder no ha de superar al de su piadoso padre». Si me arrebatáis a Helena, os expondré las razones que ha callado ella. Un

juramento me obliga, ¡oh virgen!, a pelear primero con tu hermano, y él o yo hemos de morir; nada hay más sencillo. Y si no nos encontramos uno frente a otro, y el hambre nos sitia, mientras yacemos suplicantes en este túmulo, he resuelto matar a esta y hundir después mi espada de dos filos en mis entrañas, para que corra dentro la sangre y ambos muramos sobre sus pulimentadas piedras, que serán testimonio de perpetuo dolor para ti y de la deshonra de tu padre. Ni tu hermano ni otro alguno se casará nunca con ella, que yo me la llevaré, ya que no a mi patria, al menos a los infiernos. Pero ¿por qué digo esto? Si femenil molicie me hiciera derramar lágrimas, sería más digno de lástima que haciendo alarde de mi entereza. Mata, pues, si lo deseas, que no será sin gloria mía; o, más bien, sigue mi consejo, para que seas justa, y yo recibiré a mi esposa.[50]

EL CORO

En tu mano está, ¡oh doncella!, decidir esta contienda. Falla, pues, y contenta a todos.

TEÓNOE

Amo la piedad por natural inclinación, no por la fuerza, y no me olvido de mí misma, y no mancharé la gloria de mi padre ni obtendré el favor de mi hermano llenándome de ignominia. Por naturaleza tributo a la justicia el más respetuoso culto, y ya que heredé de Nereo don inestimable,[51] intentaré salvar a Menelao. Hera desea favorecerte, y yo seguiré su dictamen; séame propicia Ciprina, aunque nunca me ha servido, pues quiero permanecer siempre virgen. Respecto a la invocación que hiciste a este sepulcro de mi padre, pienso como tú; obraré injustamente si no te la devuelvo, que él, si viviera, te la entregaría para que la poseyeses, porque en el infierno y en el cielo hay una justicia que venga las maldades

de todos los hombres. El alma de los que mueren, propiamente no vive si no siente su inmortalidad cuando camina en alas del sempiterno Éter.[52] Para acabar en pocas palabras, accederé a tu súplica, guardando silencio, y no ayudaré a mi hermano en su necio empeño. Aunque no lo parezca, es un verdadero beneficio borrar su impiedad y traerlo al buen sendero. Buscad, pues, vosotros el medio de resolver estas dificultades; yo me retiro, y os prometo callarme. Pero comenzad vuestra obra suplicando a los dioses, y especialmente a Afrodita, que os deje volver a vuestra patria, y rogad a Hera que persista en su propósito de salvaros. A ti, ¡oh mi difunto padre!, jamás llamarán impío habiendo sido piadoso. (*Entra en el palacio*).

EL CORO

Nunca fue el injusto afortunado; solo en la justicia hay esperanza de salud.

HELENA

Nos salvamos en cuanto depende de esta virgen. Menester es ahora que veamos el medio de librarnos de estos males.

MENELAO

Oye, pues, tú que has estado largo tiempo en este palacio y has vivido con los servidores del rey.

HELENA

¿Por qué lo dices? Me infundes alguna esperanza que podrás hacer algo en nuestro provecho.

MENELAO

¿Podrías persuadir a alguno de los que tienen cuadrigas que nos diese una?

HELENA

Sí. Pero ¿cómo hemos de huir no conociendo estos campos y tierras bárbaras?

MENELAO

¿Dices que es imposible? ¿Y si ocultándome en el palacio mato al rey con esta cuchilla de dos filos?

HELENA

No lo sufriría su hermana, ni se callaría tampoco, sabiendo que intentabas matarlo.

MENELAO

Ni aun nave tenemos en donde huir, en el mar está la única que poseíamos.

HELENA

Óyeme, si es que la mujer puede hablar con prudencia.[53] ¿Quieres fingirte muerto?

MENELAO

De mal agüero es eso; pero si hemos de ganar algo, preparado estoy a morir de esa manera, no en realidad.

HELENA

Y yo golpearé mis mejillas delante de ese rey impío, y cortaré mis cabellos y me lamentaré amargamente.

MENELAO

¿Y de que nos servirá? Algo callas.

HELENA

Pediré licencia al tirano para ocultarte en un cenotafio, como si hubieses muerto en la mar.

MENELAO

Supongamos que la concede. ¿Cómo nos escaparemos sin nave, si depositas mi cuerpo en un cenotafio?

HELENA

Le rogaré que me conceda una, en la cual llevaremos tus fúnebres galas para lanzarlas a las olas del mar.

MENELAO

¡Qué bien me parece! El único inconveniente que se me ocurre, es que si manda que me sepultes en tierra es inútil tu invención.

HELENA

Pero diremos que en Grecia no es costumbre sepultar en la tierra a los que perecieron en la mar.

MENELAO

También apruebo esto. ¿Y yo navegaré contigo, y en la misma nave irán mis fúnebres galas para arrojarlas a la mar?

HELENA

Es necesario que subas en ella[54] cuanto antes con tus compañeros de navegación que se libraron del naufragio.

MENELAO

Y cuando me embarque, echada el áncora, cada griego, armado de su espada, podrá atacar a nuestros enemigos.

HELENA

A ti te toca esto: que los vientos nos sean después favorables para llenar nuestras velas y dirigir nuestro rumbo.

MENELAO

Basta ya; los dioses pondrán término a mis sufrimientos. Pero ¿cómo dirás que supiste mi muerte?

HELENA

Diré que de ti la supe; tú fingirás que eres el único que se ha salvado cuando navegabas con el hijo de Atreo, y que lo viste morir.

MENELAO

Y al contemplar estos harapos que cubren mi cuerpo, restos del naufragio, quedará más convencido.

HELENA

A propósito vinieron; lástima ha sido que se perdieran tus vestidos; pero acaso este mal redundará en beneficio nuestro.

MENELAO

¿He de entrar contigo en el palacio, o permaneceremos en este sepulcro?

HELENA

Quédate aquí, porque si emplea contra ti la fuerza, este sepulcro y tu espada podrán defenderte. Yo entraré en el palacio, y cortaré antes mis cabellos, y en vez de vestidos blancos me los pondré negros, y con mis manos llenaré de sangre mis mejillas. Grande es el peligro, y resultará una de dos cosas: o moriré si descubren nuestro artificio, o volveré a mi patria, salvándote. ¡Oh Hera veneranda! que yaces en el lecho de Zeus, protege a dos desdichados que te lo ruegan tendiendo sus brazos al cielo, en donde habitas entre sus espléndidos astros. Y tú, Afrodita, que obtuviste la palma de la belleza al precio de mis nupcias, no me pierdas. Bastante daño me has hecho ya, dando a los bárbaros mi nombre, no mi cuerpo. Si quieres que muera, que sea en mi patria. ¿Nunca te compadecerás de los míseros mortales, olvidándote de amores, artificios y engaños, manantial de sangre que brota del seno de las familias, seducidas por tus dulces atractivos? Si te

moderases serías la diosa más amada de los hombres. Nada más diré. (*Vase*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Ruiseñor de triste canto, rey de las aves cantoras, que revuelas gozoso en las umbrías arboledas habitadas por las musas; ven a acompañar mis lamentaciones y modula tus trinos con tu garganta, recordando los trabajos de la mísera Helena y las desdichas deplorables de los hijos de Troya, vencidos por las lanzas griegas, cuando guiado por Afrodita vino Paris, tu infausto esposo, ¡oh Helena!, turbando la mar con bárbaros remeros, y llevándose de Lacedemonia la compañera de Menelao, tan funesta a los hijos de Príamo.

Antístrofa 1.ª — Muchos aqueos sufrieron dolorosa muerte, ya atravesados por la lanza, ya heridos por las piedras, obligando a cortar sus cabellos a sus esposas, que desde entonces yacen viudas en solitario hogar. A muchos perdió también el marino que usa un solo remo y alumbra con luz ardiente la isla de Eubea,[55] encendiendo luminar engañoso, y arrastrándolos a las rocas Cafereas o a las costas del mar Egeo. Funestos fueron los montes sin hospitalarios puertos, cuando el soplo de las tempestades llevó a Menelao lejos de su patria, acompañado de bellísimo portento, vestido a la bárbara usanza, causa de contienda entre los griegos, sagrada imagen que formó Hera de la niebla.

Estrofa 2.ª — ¿Qué hombre de los que investigan la razón de todo podrá afirmar que hay dioses o que no los hay, viéndolos girar en todos sentidos por los accidentes más imprevistos?[56] Tú, ¡oh Helena!, hija de Zeus que transformado en ave te engendró en el seno de Leda, infame has sido en la Grecia, que te llama deshonesta, traidora, pérfida e impía, y al fin no sé lo que creerán los hombres. Pero la palabra de los dioses ha sido para

mí verdadera.

Antístrofa 2.ª — Insensatos sois cuantos ansiáis bélica gloria, dirimiendo neciamente las míseras contiendas humanas con la punta de la guerrera lanza. Si ha de resolverlas lucha sangrienta, nunca huirá la discordia de las ciudades. También invadió los lechos nupciales de la tierra de Príamo, cuando por medios pacíficos hubiesen podido arreglar sus encontradas pretensiones acerca de tu posesión, ¡oh Helena! En el Orco yacen ahora los troyanos, y la llama arrasó, cual rayo de Zeus, las murallas, y unas desdichas siguen a otras, y nunca cesan las calamidades que afligen a los míseros troyanos. (*Mientras canta el Coro, Menelao se esconde detrás del sepulcro de Proteo. Así permanece oculto a la vista de Teoclímeno, que llega del campo acompañado de monteros y perros*).

TEOCLÍMENO

Salve, sepulcro de mi padre: a la puerta de mi palacio te sepulté, ¡oh Proteo!, atento solo a mi salvación, y siempre tu hijo Teoclímeno, cuando sale o entra en él, te saluda respetuosamente, ¡oh padre mío! Vosotros, servidores, llevad a la regia estancia los perros y las redes de las fieras.[57] Muchas veces me he arrepentido de no castigar a los malvados con la muerte. Y ahora poco supe que cierto griego había arribado públicamente a esta costa y engañado a los espías, ya él también lo sea, ya trate de robar a Helena; pero morirá si cae en mis manos. ¡Hola! Ya, según parece, ha realizado su propósito, porque, abandonando el sepulcro, la hija de Tindáreo ha huido en alguna nave de este país. Eh, servidores, abrid las puertas, desatad los caballos y sacad los carros, para que en cuanto pueda no me engañen, arrebatándome la esposa que deseo. (*Sale Helena del palacio vestida de luto, cortados los cabellos y derramando lágrimas*). Pero

no os mováis, que en el palacio está la que vamos a perseguir, y no ha huido. ¡Hola! ¿Por qué te vistes de negro, no de blanco, y has cortado con el hierro los cabellos de tu bella cabeza y lloras, regando tus mejillas lágrimas abundantes? ¿Te hacen gemir nocturnos sueños o la fama te ha traído triste nueva, llenándote de aflicción?

HELENA

¡Oh señor!,[58] que ya te debo llamar así, muerta soy. Completa es mi ruina, todo se acabó ya para mí.

TEOCLÍMENO

¿Qué calamidad te aqueja? ¿Qué ha ocurrido?

HELENA

Menelao, ¡ay de mí!, ¿cómo lo diré?, ha muerto.

TEOCLÍMENO

No creas que me alegra esa noticia, aunque por otra parte me haga feliz. ¿Cómo lo has sabido? ¿Te lo dijo acaso Teónoe?

HELENA

Ella me lo dijo, y además quien presenció su muerte.

TEOCLÍMENO

¿Ha llegado acaso alguno que lo anuncie con toda certeza?

HELENA

Sí, y ojalá que se presente como yo deseo.

TEOCLÍMENO

¿Quién es? ¿En dónde está? Quiero saberlo con seguridad.

HELENA

El que se sienta trémulo cerca de este monumento. (*Aparece entonces Menelao*).

TEOCLÍMENO

¡Oh Apolo!, y qué traza tan miserable es la tuya.

HELENA

¡Ay de mí! Paréceme que veo a mi marido.[59]

TEOCLÍMENO

¿Cuál es la patria de este hombre y de dónde viene?

HELENA

Es griego, y uno de los aqueos que navegaban con mi esposo.

TEOCLÍMENO

¿Y dice cómo pereció Menelao?

HELENA

Del modo más deplorable, en las húmedas ondas del mar.

TEOCLÍMENO

¿En qué paraje bárbaro navegaba?

HELENA

La tempestad le arrojó contra los escollos inaccesibles de la Libia.

TEOCLÍMENO

Y estando en la misma nave de Menelao, ¿cómo no pereció también?

HELENA

A veces los malos son más afortunados que los buenos.

TEOCLÍMENO

Y el recién venido, ¿en dónde dejó los restos de la nave?

HELENA

En donde valiera más que hubiese muerto, en vez de Menelao.

TEOCLÍMENO

Murió, pues. ¿Qué buque ha traído a ese mensajero?

HELENA

Según dice, lo recogió uno que sobrevino en el momento del naufragio.

TEOCLÍMENO

¿Y qué se hizo de la calamidad que en tu lugar estuvo en Troya?

HELENA

¿Aludes a mi vaporosa imagen? Se desvaneció en el aire.

TEOCLÍMENO

¡Oh Príamo y míseros troyanos, cuán vanamente perecisteis!

HELENA

Víctima soy también de las desdichas de los troyanos.

TEOCLÍMENO

¿Dejó insepulto a tu marido, o lo enterró?

HELENA

Dejolo insepulto. ¡Ay de mi desventura, ay de mis males![60]

TEOCLÍMENO

¿Y por eso cortaste los rizos de tu blonda cabellera?

HELENA

Ámolo siempre, aunque yazga en los infiernos.

TEOCLÍMENO

¿Y es verdad que deploras esta desdicha?

HELENA

¿Es fácil acaso ocultarla a tu hermana?[61]

TEOCLÍMENO

De ninguna manera. Y después de esto, ¿continuarás habitando en este sepulcro?[62]

HELENA

¿Por qué me mortificas con preguntas y ni aun a los muertos respetas?

TEOCLÍMENO

Fiel eres, sin duda, a tu esposo, negándote siempre a acceder a mis deseos.

HELENA

Pero ya no; dueño eres de mi mano.

TEOCLÍMENO

Tarde has consentido, y sin embargo lo apruebo.

HELENA

¿Sabes lo que has de hacer? Olvidémonos de lo pasado.

TEOCLÍMENO

¿Bajo qué condición? Un favor se paga con otro.

HELENA

Hagamos las paces; roconcíliate conmigo.

TEOCLÍMENO

Desaparezca, pues, mi indignación contra ti, y que el viento la lleve.

HELENA (*arrojándose a sus pies*).

Por estas rodillas te ruego, ya que me amas...

TEOCLÍMENO

¿Qué deseas, suplicándome así?

HELENA

Que me dejes sepultar a mi difunto esposo.

TEOCLÍMENO

¿Cómo, pues? ¿Se sepulta a los ausentes? ¿Enterrarás acaso una sombra?

HELENA

Es costumbre entre los griegos, si alguno muere en la mar...

TEOCLÍMENO

¿Qué se hace? Astutos son los Pelópidas en tales ocasiones.

HELENA

Sepultar el vacío tejido de un peplo.[63]

TEOCLÍMENO

Celebra sus funerales; levántale un túmulo en el campo, en donde quisieres.

HELENA

No sepultamos así a los navegantes que murieron.

TEOCLÍMENO

¿Cómo, pues? Ignoro los ritos funerarios de los griegos.

HELENA

Lanzamos al mar cuanto se consagra al muerto.

TEOCLÍMENO

¿Qué quieres, pues, que te conceda en su favor?

HELENA

No lo sé. (*Mirando a Menelao*). Nuevo es para mí todo, habiendo sido antes feliz.

TEOCLÍMENO

¡Oh extranjero!, grata nueva has anunciado.

MENELAO

No para mí, al menos, ni tampoco para el difunto.

TEOCLÍMENO

¿Cómo sepultáis a los muertos que perecieron en la mar?

MENELAO

Con arreglo a la fortuna de cada uno.

TEOCLÍMENO

No repares en gastos y di lo que quieras, que lo conseguirás, si algo vale mi amor a Helena.

MENELAO

Primeramente se les ofrecen libaciones de sangre.

TEOCLÍMENO

¿Sangre de qué? Dilo, que se te facilitará cuanto quieras.

MENELAO

Manda tú lo que mejor te parezca; bastará lo que dieres.

TEOCLÍMENO

Entre los bárbaros se acostumbra inmolar un caballo o un toro.[64]

MENELAO

Pero no nos hagas algún presente que sea de poco valor.

TEOCLÍMENO

En mis numerosos rebaños no escasean nobles víctimas.

MENELAO

Y se lleva un lecho preparado, por supuesto sin el cadáver.

TEOCLÍMENO

Se cumplirán tus deseos. ¿Y qué otra cosa falta con arreglo a vuestros ritos?

MENELAO

Bronceadas armas, porque era aficionado a ellas.

TEOCLÍMENO

Dignas del hijo de Pélope serán las que te demos.

MENELAO

Y además cuantas bellas flores produzca la tierra.

TEOCLÍMENO

¿Y para qué? ¿De qué manera arrojáis a la mar todo esto?

MENELAO

Necesitamos una nave con sus remeros.

TEOCLÍMENO

¿Y a qué distancia se ha de alejar de la tierra?

MENELAO

Apenas se han de ver desde la orilla las ondas que la cerquen.

TEOCLÍMENO

¿Con qué objeto? ¿Quién instituyó entre los griegos esta costumbre?

MENELAO

Para que las ofrendas no sean rechazadas por las olas contra la costa.

TEOCLÍMENO

Pondré a vuestra disposición ligera nave fenicia.

MENELAO

Basta esto, y lo agradecerá Menelao.

TEOCLÍMENO

¿Y puedes hacerlo sin el concurso de Helena?

MENELAO

Al contrario, ha de presidir la madre, la esposa o los hijos.

TEOCLÍMENO

¿Ella, pues, según dices, ha de celebrar las exequias de su marido?

MENELAO

Piadosa obligación es para los justos no defraudar las legítimas

esperanzas de los muertos.

TEOCLÍMENO

Así sea. Interésame que sea piadosa la compañera de mi lecho. Iré, pues, al palacio y enviaré las fúnebres galas; y cuando te vayas, no será con las manos vacías, si en algo estimo el favor que Helena me dispensa. Por haberme traído tan fausta nueva, recibirás, en vez de tus sórdidos harapos, un nuevo traje y abundantes provisiones, para que puedas volver a tu patria, ya que tu estado es tan miserable. Tú, ¡oh desventurada!, no te atormentes deplorando una desgracia irreparable. Se ha cumplido el destino de Menelao, y muerto ya, no puede resucitar.

MENELAO (*a Helena*).

Deber tuyo es, ¡oh joven!, amar a tu esposo mientras exista, y cuando muera no acordarte de él; paréceme lo mejor que puedes hacer ahora. Si llego con felicidad a la Grecia, lavaré tu antigua mancha, si, como espero, te comportas cual debes con tu marido.

HELENA

No lo dudes; no podrá quejarse, como tú mismo has de ver. Pero entra, ¡oh desventurado!, lávate y deja esos harapos. No tardaré en probarte mi bondad. Con más afición harás a mi querido Menelao sus exequias, si de nosotros consigues lo que mereces. (*Vanse los tres*).

EL CORO

Estrofa 1.ª[65] — La rústica madre de los dioses recorrió en otro tiempo con pies ligeros los agrestes bosques, y atravesó las corrientes de los ríos, y las ondas del mar que resuena gravemente buscando a su perdida hija, que no debemos nombrar,[66] mientras las báquicas campanillas se agitaban con ruido, y al carro de la diosa, tirado por fieras, acompañaban ágiles

doncellas, en busca de la que fue arrebatada de los coros virginales, y Artemisa, armada de sus saetas, y Palas, de semblante adusto, empuñando la lanza. Pero Zeus, mirándolas desde el cielo...

... ...

otra cosa decretaba.

Antístrofa 1.ª — Cuando después de vagar incesante descansó de sus trabajos la afligida madre y supo el pérfido rapto de su hija, tan difícil de hallar, recorrió las nevadas rocas de las ninfas del Ida, y se arrojó llorosa sobre los peñascos cubiertos de nieve; y como el arado no surcaba los campos, nada producían para los mortales, y el hambre azotaba a los pueblos; no brotaba lozana y abundante hierba, alegre pasto de los ganados; faltó el alimento a las ciudades, cesaron los sacrificios a los dioses, las ardientes libaciones no regaban las aras y de las húmedas fuentes no manaban límpidas aguas; anunciaba todo el dolor que sentía por la pérdida de su hija.

Estrofa 2.ª — Cuando los dioses y el linaje humano llegaron a carecer de su ordinario sustento, Zeus, para aplacar la ira funesta de la triste madre, dijo: «Andad, Gracias venerandas, id a desvanecer con vuestro canto la aflicción de Deméter, airada por el rapto de su hija, y vosotras, Musas, cantad himnos en vuestro coro». Afrodita, la más bella de los bienaventurados, tocó primero la resonante trompeta, y tomó el tambor, cubierto de piel, y sonrió la diosa, y cogió en sus manos la flauta de sonido grave, deleitándose con sus modulaciones.

Antístrofa 2.ª — (*A Helena*). Y te olvidaste, orgullosa, de celebrar en tu aposento tan santa fiesta, e incurriste en la cólera de la divina madre, ¡oh hija!, no sacrificando a los dioses. Mucho pueden, en verdad, las pieles de

los manchados cervatillos, y las sagradas férulas, y las fuentes ceñidas de hiedra, y las ondulaciones que en el aire imprimen las campanillas dispuestas en círculo, y la cabellera desordenada de las bacantes, y las fiestas nocturnas de la diosa ...

... ...

Pero solo te envanecías con tu hermosura.

HELENA (*que sale del palacio con Menelao, ya armado*).

Todo va bien en el palacio, ¡oh amigas! La hija de Proteo, que favorece nuestro engaño, interrogada por su hermano acerca de la muerte de mi marido, que estaba presente, no lo ha descubierto; al contrario, dijo que había muerto y que ya no veía la luz. Muy importante es para mi esposo tan oportuno beneficio; lleva las armas, que debe lanzar al mar, y embrazando el escudo con siniestra mano, y empuñando con la diestra la lanza, se prepara a celebrar conmigo tan gratos funerales. No esquivará así la pelea, y triunfará de innumerables bárbaros cuando entremos en la nave, armada de numerosos remos. Ya dejó los vestidos de náufrago y se puso otros, y yo misma le ayudé a lavarse en agua de río, después de tanto tiempo. Pero debo callar, porque sale del palacio quien se lisonjea de celebrar conmigo en breve su himeneo; ruégote (*Al Coro*) que me pruebes tu afecto, y que cierres tus labios, si es posible, para que todos nos salvemos.

TEOCLÍMENO

Adelantaos en buen orden, servidores, a celebrar las marinas exequias, como ha dispuesto el extranjero. Tú, Helena, obedéceme, si no te desagrada mi consejo; quédate aquí; lo mismo honrarás a tu marido presente que ausente. Temo que tu aflicción y tristes recuerdos te

trastornen lo bastante para que te precipites también a las olas del mar; aunque no asistas a esa ceremonia, lo llorarás, sin embargo, cuanto quieras.

HELENA

¡Oh ínclito esposo mío!, necesario es que yo honre al primero que visitó mi lecho nupcial tan grande es mi amor a él, que quisiera morir también. Pero ¿de qué servirá? Déjame, pues, que vaya y que celebre sus exequias. Que los dioses te concedan lo que deseo, y a este extranjero que ahora nos ayuda.[67] Y en el palacio seré para ti tan buena esposa como anhelas, por los beneficios que a Menelao y a mí dispensas. Parece que la fortuna protege estos funerales; pero manda que nos entreguen la nave en que hemos de llevarlo todo, para que el favor sea completo.

TEOCLÍMENO (*a uno de sus servidores*).

Ve tú y dales una nave sidónica de cincuenta remos, con los necesarios remeros.

HELENA

¿Pero no manejará el timón el que ha dispuesto los funerales?

TEOCLÍMENO

Sin duda, y lo obedecerán mis marineros.

HELENA

Repite, pues, tus órdenes con toda claridad.

TEOCLÍMENO

Lo mandaré dos y hasta tres veces, si quieres.

HELENA

Que seas feliz y que el mejor éxito corone mis proyectos.

TEOCLÍMENO

No llores demasiado, que marchitarás tu belleza.

HELENA

Hoy sabrás hasta dónde llega mi gratitud.

TEOCLÍMENO

Vano trabajo nos tomamos por los muertos.

HELENA

Aquí y allí hay algunos a quienes aludo.

TEOCLÍMENO

En mí tendrás un esposo en nada inferior a Menelao.

HELENA

Exento estás de culpa; solo falta que me proteja la fortuna.

TEOCLÍMENO

De ti dependo, si me amas.

HELENA

Hace ya tiempo que aprendí a estimar a los amigos.

TEOCLÍMENO

¿Quieres, acaso, que yo te acompañe y gobierne la nave?

HELENA

No, rey, que no has de servir a tus esclavos.

TEOCLÍMENO

Ea, pues, olvidemos ya los ritos de los hijos de Pélope; puro está nuestro palacio, pues Menelao no expiró en él. Anuncíese a mis sátrapas que me traigan presentes nupciales; conviene que en todo mi reino resuenen faustos epitalamios por mi himeneo con Helena, y que celebre mi dicha. Vete, extranjero, y cuando abandonares en los brazos de la mar al primer esposo de esta, vuelve pronto a mi palacio con Helena para solemnizar mis bodas, ya regreses luego a tu patria, ya prefieras quedarte

con nosotros y ser feliz. (*Retírase*).

MENELAO

¡Oh Zeus!, llamado padre y dios sabio, míranos y líbranos de nuestros males, y ayúdanos diligente, ya que hasta ahora arrastro penosa cadena de males. Basta que nos toque tu dedo, y alcanzaremos la dicha que deseamos. Innumerables trabajos hemos sufrido ya. Muchas veces, ¡oh dioses!, os he invocado en vano para que os compadezcáis de mis miserias; no siempre he de ser desdichado; concededme al fin próspera fortuna. Acceded ahora a mis ruegos, y seré después feliz. (*Vase con Helena*).

EL CORO

Estrofa 1.ª — Veloz nave fenicia de Sidón, que cortas las ondas mugidoras,[68] amada de los remeros, y precedes danzando a los graciosos coros de los delfines, cuando los vientos no agitan las olas; que Galanea,[69] la azulada hija del Ponto, diga así: «Tended las velas a las marinas brisas, y empuñad los remos de abeto, ¡oh marineros!, y llevad a Helena a los puertos de Perseo».[70]

Antístrofa 1.ª — (*A Helena*). Cerca de la corriente del río[71] hallarás a las doncellas Leucípides,[72] o ante el templo de Atenea, mezclándote al fin, aunque tarde, en los coros o en las fiestas nocturnas de Jacinto,[73] muerto a manos de Apolo cuando intentó llegar a la meta con el disco, origen de las fiestas anuales que fundó entonces en la Laconia el hijo de Zeus. Y casarás a la tierna doncella[74] que dejaste en su casa ... pues todavía no han lucido en su honor las antorchas.

Estrofa 2.ª — ¡Ojalá que aladas cortáramos los aires, formando escuadrón como las aves líbicas,[75] cuando emigran huyendo del invierno, obedientes a la voz de su capitán, resonando a su paso por los campos

áridos y los llenos de frutos! ¡Oh aves de largo cuello, que rivalizáis con las nubes, llegad hasta las Pléyades y el nocturno Orión, y anunciad, deteniéndoos en la orilla del Eurotas, que Menelao, después de tomar a la ciudad de Dárdano, volverá a su patria!

Antístrofa 2.ª — Surcando el aire de vuestro carro, venid al fin, hijas de Tindáreo, que habitáis en el cielo bajo los torbellinos de los brillantes astros, y velad por Helena en el mar azulado, y en sus olas espumosas y cerúleas, enviando desde vuestra morada vientos propicios a los navegantes; no consentid que llene a vuestra hermana de ignominia su bárbaro himeneo, resultado de la contienda del Ida, causa para ella de graves penas, aunque nunca haya pisado las torres febeas[76] del Ilión.

EL MENSAJERO

¡Oh rey!, muy oportunamente te encuentro en tu palacio; pronto oirás males inesperados.

TEOCLÍMENO

¿Qué hay?

EL MENSAJERO

Busca otra mujer, que Helena desapareció ya de aquí.

TEOCLÍMENO

¿Volando, u hollando la tierra?

EL MENSAJERO

Menelao, el mismo que se presentó a anunciarte su propia muerte, se la llevó en la nave.

TEOCLÍMENO

¿Qué prodigio cuentas? ¿Pero cúyo era el bajel en que huyeron? Increíble es lo que dices.

EL MENSAJERO

El mismo que cediste al extranjero. En una palabra, se escapó con tus marinos.

TEOCLÍMENO

¿Cómo? Deseo saberlo. No puedo creer que uno solo haya vencido a tantos como te acompañaban.

EL MENSAJERO

Después que la hija de Zeus se encaminó desde este palacio a la orilla del mar, astuta, andaba con molicie, y gemía al lado de su esposo, no en verdad muerto. Cuando llegamos a la cerca en que se guardan tus naves, sacamos a la mar un bello buque sidonio, que contaba cincuenta remos con sus bancos. Todos trabajaban a porfía: uno preparaba el mástil, otro ponía el remo al alcance de su mano, estos desataban las blancas velas, aquellos soltaban las riendas del timón. Mientras nos afanábamos así, ciertos griegos, compañeros de viaje de Menelao, que nos esperaban, se acercaron a la orilla, vestidos como náufragos y de escuálido aspecto, al menos en la apariencia. Cuando los vio el hijo de Atreo, les habló así, fingiendo dolor engañoso: «¡Oh desdichados!, ¿en qué lancha os salvasteis? ¿Qué nave griega os trajo? ¿Queréis acompañarnos a celebrar los funerales del difunto Atrida, al cual, aunque ausente, tributa los últimos honores la hija de Tindáreo, que aquí veis?». Ellos, derramando falsas lágrimas, entraron en la nave, ofreciendo a Menelao las libaciones que él mismo hacía a la mar. Mas nosotros empezábamos ya a desconfiar y hablábamos unos con otros, viendo la multitud que llenaba el buque, y callábamos, sin embargo, obedientes a tus órdenes insensatas, pues habías mandado que el extranjero manejase el timón. Ya todo estaba pronto, no

con mucho trabajo, y solo faltaba que el toro salvase el tablado por donde se entraba en la nave; mugía, revolviendo los ojos a todas partes, y bajaba la cabeza y nos miraba, sin permitir que nos acercásemos. Entonces exclamó el marido de Helena: «Vosotros los que derribasteis a Troya, ¿no cargaréis al toro en vuestros hombros, como los griegos acostumbran, y lo arrojaréis a la proa, y mi cuchilla, ya pronta, herirá la víctima, que se ha de inmolar al muerto?». Ellos, dóciles a su mandato, se apoderaron de él y lo llevaron a las tablas de la nave, y Menelao, acariciando su cuello y su frente, sujeta con un solo nudo, lo hizo entrar en ella. Al fin, después que todo estuvo preparado, subió Helena las escalas con sus pies bellos, y tomó asiento en medio de la nave, y junto a ella Menelao, el que se decía difunto. Los griegos, sin separarse unos de otros, formando grupos iguales a la derecha y a la izquierda de ambos, sentáronse también, ocultando sus espadas bajo los vestidos. Al oír la voz del capitán de los remeros, resonaron en la mar nuestros clamores. Cuando estábamos a cierta distancia de la tierra, el piloto que regía el timón hizo esta pregunta: «¿Navegamos más allá, ¡oh extranjero!, o nos quedamos aquí, ya que tú eres nuestro capitán?». Él dijo «Basta», y empuñando la espada en la diestra se encamino a la proa a degollar al toro, aunque sin hacer mención del muerto, y al cortar su cuello, se expresó así: «¡Oh marino Poseidón, que habitas en el salado piélago, y castas hijas de Nereo, de aquí llevadme en salvo, con mi esposa, hasta la costa Nauplia!». Ya la sangre saltaba a borbotones a la mar, feliz presagio de la navegación del extranjero. Alguno exclamó entonces: «Nos engaña, marineros, retrocedamos; tú ordena la maniobra, y tú da vuelta al timón». Pero el hijo de Atreo, así que mató al toro, derecho, en medio de sus compañeros, los exhortó con estas palabras: «¿Por qué titubeáis, ¡oh

flor de la Grecia!, en degollar y matar a estos bárbaros y en arrojarlos a la mar?». Tu prefecto entonces, por la otra parte, arengó de esta suerte a los marineros: «¿No habrá quien empuñe un trozo de lanza, quien rompa un banco, ni quien arranque un remo para resistir, como nos sea posible, a estos extranjeros?». Y todos se levantaron, unos con remos y otros con espadas. La sangre corrió por el navío. Helena animaba así a los suyos desde la popa: «¿Qué se hizo de la gloria que ganasteis en Troya? Probad vuestro esfuerzo contra estos bárbaros». Caían unos, que se precipitaban demasiado, otros se levantaban y otros yacían sin vida. Pero Menelao, bien armado, observaba cuándo cedían sus compañeros, y acudía allí, esgrimiendo sus armas hasta echarnos del buque y quitar los remos a tus marineros. Después, apoderándose del timón, dirigió el rumbo hacia la Grecia. Levantaron el mástil, soplaron vientos favorables, y se alejaron de la costa. Yo, por evitar la muerte, me tiré al mar junto al áncora, y me echaron una cuerda desde la orilla, que me salvó, y llegué a tierra para anunciarte lo ocurrido. Nada es tan útil a los hombres como una prudente desconfianza.

EL CORO

Nunca hubiese creído, ¡oh rey!, que Menelao en persona te engañase a ti y a nosotros, como lo ha hecho.

TEOCLÍMENO

¡Desventurado de mí, víctima de artificios mujeriles! Desvaneciéronse mis bodas. Si pudiese salir en persecución de la nave y apoderarme de ella, me consolaría, vengándome pronto de los extranjeros; ahora castigaré a mi hermana, que me ha vendido, y que, viendo a Menelao en mi palacio, no me lo dijo. No volverá a engañar a nadie con sus vaticinios.

EL CORO

¿Adónde te diriges, señor? ¿Vas a derramar sangre?

TEOCLÍMENO

Adonde me lleva la justicia. Pero no me lo impidas.

EL CORO

No soltaré tu vestido: te precipitas en vasto abismo de males.

TEOCLÍMENO

¿Y mandarás a tu señor, siendo su esclavo?

EL CORO

Bien sé lo que digo.

TEOCLÍMENO

No lo creeré, si no me dejas...

EL CORO

Al contrario, no te dejaremos...

TEOCLÍMENO

Matar a mi hermana, malvada si las hay...

EL CORO

Te equivocas; es la más piadosa.

TEOCLÍMENO

Que me vendió...

EL CORO

Traición honrosa en verdad, para que no fueses injusto.

TEOCLÍMENO

Entregando mi esposa a otro...

EL CORO

Que tiene más derecho a ella.

TEOCLÍMENO

¿Quién es dueño de lo mío?

EL CORO

El que la recibió de su padre.

TEOCLÍMENO

Pero la fortuna me la dio.

EL CORO

Y el destino te la quitó.

TEOCLÍMENO

Tú no eres juez de mis asuntos.

EL CORO

Sin duda, si son más sensatas mis palabras.

TEOCLÍMENO

Luego servimos, no mandamos.

EL CORO

Para ser piadoso, no para cometer injusticias.

TEOCLÍMENO

Paréceme que deseas la muerte.

EL CORO

Mata. No consentiré que sacrifiques a tu hermana. Aquí me tienes. Nada glorifica tanto a nobles esclavos como morir por sus dueños.

LOS DIOSCUROS

Refrena, ¡oh Teoclímeno!, rey de este país, la ira que te extravía; somos los gemelos Dioscuros, hijos de Leda y hermanos de Helena, que huyó de tu palacio. Te enfureces al verte obligado a renunciar a un himeneo que no aprobaba el destino; ni Teónoe, tu hermana, la doncella que nació de la diosa nereida, te hizo injuria; adora a los dioses y obedece los justos

mandatos de tu padre. Hasta ahora debía Helena residir en tu palacio; pero arruinada Troya y desvaneciéndose su imagen, obra de Hera, ha de unirse otra vez a su primer esposo, y volver a su palacio y habitar en su compañía. Aleja, pues, de tu hermana la negra espada, y no dudes que su conducta ha sido prudente. Ya ha mucho tiempo que protegemos a Helena, desde que Zeus nos hizo dioses; pero cedimos al destino y a las deidades autoras de estos sucesos. Tales son las palabras que te dirigimos. Tú, ¡oh hermana!, navega con tu marido; soplará viento favorable, velarán por ti tus hermanos gemelos y, cabalgando a tu lado en los mares, te llevaremos a tu patria. Y cuando llegues al término de la vida y fallezcas, te llamarán diosa y, con los hijos de Zeus, participarás de los sacrificios: así lo quiere Zeus. Y el lugar en donde te depositó el hijo de Maya, cuando te robó de Esparta, dejando las mansiones celestiales, para que no te llevase Paris, isla que como baluarte se extiende junto al Ática, se llamará Helena en adelante por los hombres,[77] porque te hospedó después de tu rapto. Fatalmente han ordenado también los dioses que Menelao, que tanto ha peregrinado, habitará en las islas Afortunadas. Los dioses no odian a los nobles, y reservan los trabajos para los hombres vulgares, que son innumerables.[78]

TEOCLÍMENO

¡Oh hijos de Leda y de Zeus!; reprimo mi rabia al verme sin vuestra hermana, y no mataré ya a la mía. Que vaya, pues, a su patria, si así place a los dioses. Pero sabed vosotros, unidos a ella por un lazo común de parentesco, que es la mejor y la más casta. Adiós, pues, que noble es su corazón, prenda rara en muchas mujeres.

EL CORO

Varia es la forma sensible con que los dioses nos revelan su voluntad, y

muchas veces es contraria a lo que esperábamos; y lo que aguardábamos no sucede, y Dios, sin tener en cuenta nuestros cálculos, resuelve lo que le parece. Así ha sucedido ahora.[79]

FIN DEL TOMO SEGUNDO

* * *

Notas

1. Este celebérrimo río, llamado también antiguamente Tritón, Melas y Siris, nace al sur de Darfour, en los montes Al-Kamar, y corre primero bajo el nombre de río Blanco al este y noroeste, dirigiéndose después al Norte y aumentando sus aguas con las del Maleg, el río Azul y el Tacazzé o Albarah, y riega el Donga, el país de los Chelouks, el Denka, el Dar-el-Aïze y el Kordofan; toma aquí el nombre de Nilo, y atraviesa la Abisinia y la Nubia, y llega al Egipto, en donde corre de sur a norte, dividiéndose en dos brazos que se subdividen en siete bocas, que forman los deltas. Desbórdase poco en el alto Egipto, no así en el medio y bajo, cuyas tierras fecunda con su cieno. Su curso es de 5500 kilómetros. Las fuentes no se han descubierto hasta el año de 1846. Diodoro de Sicilia atribuye a Anaxágoras, el maestro de Eurípides, esta opinión que expresa Helena acerca de las causas de sus periódicas inundaciones. Esquilo, en *Las Suplicantes*, verso 560, llama a las llanuras regadas por el Nilo λειμῶνα χιονόβοσκον, pradera fecundada por el derretimiento de las nieves. Pomponio Mela dice también, I, c. 9: *Crescit porro Nilus, sive quod solutæ magnis æstibus nives ex commmunibus Æthiopiæ jugis, largius quam ripis excipi queant, definient*. Esta debe ser, en efecto, una de las causas de su extraordinario crecimiento, juntamente con las lluvias torrenciales que lo llenan en el estío.

2. Antiguo rey de Egipto, cuyo reinado se fija en el año 1280 antes de Jesucristo.

3. Pequeña isla inmediata a Alejandría.

4. Hijo de Zeus y de la ninfa Egina; reinó en la isla Enopea, a la cual dio el nombre de su madre, y fue tan sabio y justo que su padre, después de muerto, lo nombró juez en los infiernos. Fue padre de Telamón y de Peleo, padres, respectivamente, de Áyax y de Aquiles.

5. Nereo, dios marino hijo de Océano y de Tetis, esposo de Doris, padre de las nereidas, ninfas del Océano. Habitaba en el mar Egeo y, como Proteo, disfrutaba del doble don de mudar de forma y de predecir lo futuro. Se le representaba viejo y con la barba azul.

6. Atenea.

7. Monte de Troya.

8. Paris.

9. Aquiles.

10. Río de la Tróade.

11. Hijo de Telamón y de Hesíone y hermano de padre de Áyax, a quien acompañó al sitio de Troya. A su vuelta fue desterrado por su padre, furioso al verlo sin su hermano, y fundó Salamina, en Chipre. Algunos han sostenido que fundó Cartagena, en España, y que llegó en sus excursiones marítimas hasta el país de los galaicos.

12. Dios de las riquezas y de las minas de metales preciosos, hijo de Yasión y de Deméter. Habitaba en los infiernos, y se le representa ciego y con una bolsa en la mano, para indicar que la fortuna hace rico de ordinario a quien menos lo merece.

13. Véase el *Áyax Furioso* de Sófocles, en donde se representa detalladamente todo esto que cuenta Teucro.

14. Testio, rey de la Etolia, hijo de Agénor o de Ares, y padre de Plexipo y Toxeo y de Altea, Leda o Hipermnestra.

15. Helena era hija de Zeus y de Leda.

16. Los Dioscuros, Cástor y Pólux.

17. Hubo dos Salaminas: una era cierta isla del mar Egeo, en el golfo Sarónico, a 4 kilómetros de la costa del Ática, en donde reinaba Telamón, el padre de Teucro, y la otra una ciudad de la costa oriental de la isla de Chipre, fundada por Teucro, que le dio el nombre de su patria.

18. Divinidades marinas, hijas de Aqueloo, de melodiosa voz, que atraían a los navegantes con sus cantos, y los obligaban a precipitarse en la mar y ahogarse.

19. Ya en otro lugar hemos indicado la diferencia que había entre la flauta líbica y la siringa, compuesta la una ordinariamente de un solo cañón, y la otra de varios desiguales.

20. Ninfas de ríos y fuentes, que se representaban coronadas de hojas de cañas y recostadas sobre un cántaro que derrama agua.

21. Calcieco, de nicho o templete de bronce, como la de Esparta.

22. Todos los arqueólogos saben que los griegos no solo pintaban las estatuas, sino sus templos y más notables edificios.

23. Es muy bueno esto de las ocultas señales, en cuya virtud Menelao podría reconocer a Helena. Es tan natural, tan sencillo, tan infantil, que excita nuestra involuntaria sonrisa, y no solo lo perdonamos, sino que sentiríamos no verlo escrito. La poesía griega puede compararse a esos valles de los montes en donde crecen confundidos flores, arbustos y árboles sin orden ni concierto, pero formando un todo encantador y risueño, porque vemos en ellos la mano de Dios sola, la vida inagotable de la Naturaleza; parte de la moderna se asemeja a esos jardines simétricos en donde todo es regular y ordenado, con sus cuadros geométricos, sus árboles en fila, sus fuentes en los ángulos o el centro; en fin, todo prosaico, artificial y frío.

24. Calisto, hija de Licaón, seducida por Zeus, transformado en la diosa Artemisa para lograr su amoroso intento. Hera la convirtió en osa, no en leona, como dice Eurípides más abajo, y Zeus la trasladó al cielo con su hijo Arcas, en donde fueron conocidos con los nombres de la Osa grande y pequeña.

25. Poco se sabe de esta Cos, citada por Helena sin nombrarla. Estéfano, en su obra sobre las ciudades, dice así: Κίος δὲ ἀπὸ Κῶ, ἥτις Μέροπος γηγενοὺς θυγάτηρ. «Cos (la isla del Egeo, patria de Hipócrates, Epicarmo y Apeles), llamada así de Cos, hija de Mérope». Higino, *Astron.*, 16, dice que este Mérope fue rey de la isla de Cos, cuyo nombre viene del de su hija. Parece que Mérope contrajo himeneo con una ninfa llamada Etemea, castigada a flechazos por Artemisa, furiosa al contemplar el desprecio con que la trataba. Perséfone, sin embargo, la arrastró a los infiernos todavía con vida. Así es de presumir que algunos, como hace aquí Eurípides, atribuyen a una hija de Mérope lo que otros cuentan de su esposa.

26. Véase el *Orestes*, en donde se refiere todo esto que dice Menelao.

27. Ya en otra ocasión hemos recordado las burlas de Aristófanes acerca de los harapos que suelen cubrir a los héroes de Eurípides. Los de Sófocles y Esquilo excitan el terror y la compasión, no por estos accesorios externos, sino por su especial situación trágica. Sin

embargo, no puede negarse que ahora, al menos, están justificados.

28. El amor de Teoclímeno a Helena.

29. No deja de ser dramática la situación de Menelao que, habiendo dejado a Helena en poder de sus compañeros, oye de los labios de la vieja portera tan extrañas nuevas. Sus dudas y reflexiones son tan naturales que no pueden menos de excitar nuestro interés. Tantas casualidades no son creíbles, y por eso excitan hasta ese punto su extrañeza; pero como su situación no es a propósito para perder el tiempo analizándolas, las deja para mejor ocasión.

30. Parecía lo natural que Menelao, al encontrar inesperadamente a Helena a quien había dejado oculta en la cueva, creyese que de cualquier modo había salido de ella y estaba allí como él, pues el mismo tiempo necesitaban uno y otro para llegar a aquel paraje. Un marido de nuestros tiempos se hubiera apoderado de ella y la hubiese arrastrado a la cueva para compararlas y desvanecer sus dudas; pero Menelao, seguro de que no la dejarían escapar sus compañeros, dominado de mil supersticiones, desconfiando de todo después de haber sufrido tantas desdichas, y viéndola correr hacia el sepulcro de Proteo como hacia un edificio conocido y hablar con el Coro como con antiguos amigos, vacila, y no sabe qué pensar ni qué hacer.

31. Hera fue siempre celosa, vengativa y cruel, y no pudo perdonar la injuria que le hizo Paris, dando a Afrodita la palma de la belleza en los bosques de Ida. Con este objeto supone Eurípides que solo dejó al hijo de Príamo una vana sombra, alterando a su capricho la tradición y atribuyendo a una de las deidades principales del Olimpo tan bárbara venganza, puesto que por un fantasma aéreo y para satisfacer su rencorosa pasión, causó la muerte de tantos griegos y troyanos.

32. El texto griego dice terminantemente: πικρὰς ἐς ἀρχὰς βαίνεις. Esta locución, muy común en la lengua helénica, es natural en un pueblo acostumbrado a oír frecuentemente a sus oradores y familiarizado con los términos de la Retórica. Otras muchas frases revelan también que era una ciudad marítima y mercantil.

33. Los personajes de Eurípides, siempre que hablan del lecho, dan a entender lo que media realmente, esto es, que estaban a considerable altura, hasta el extremo de que para llegar a ellos se hacía uso de una escalera (*gradus*) o de un taburete alto (*scamnum*). Venían a ser una especie de sofás muy grandes, con una elevación en la cabecera y a veces otra en los pies

(ἀνακλιντήριον) y un respaldo en uno de los lados, mientras que el otro (*sponda*) dejaba franca la entrada. Fuertes fajas (*fascias, restes, institae*), sujetas en el catre, sostenían un colchón bien relleno (*torus, culcita*) con un travesero y una almohada (*cubital, cervical*).

34. Hermes, mensajero de los dioses.

35. Como este mensajero es un esclavo, no osa, sin permiso de su dueño Menelao, tomar parte en el diálogo de ambos esposos, y solo cuando este le da licencia para ello se atreve a hablar con sus dueños.

36. Famoso adivino, hijo de Téstor, que acompañó a los griegos a su expedición a Troya y predijo que duraría diez años, y que la flota que conducía a los guerreros no saldría del puerto de Áulide hasta que Agamenón sacrificase a su hija Ifigenia en el altar de Artemisa. Homero dice que murió de despecho, vencido por el adivino Mopso.

37. Heleno, otro adivino hijo de Príamo, a quien cautivó Odiseo en la guerra de Troya, y después de tomada fue hecho esclavo de Pirro, cuya amistad se granjeó prestándole importantes servicios. Pirro le cedió su esposa Andrómaca, y al morir, parte de sus estados.

38. Esta diatriba contra el arte de las adivinaciones, aunque conforme con nuestras ideas, no deja de ser un rasgo inaudito de irreligiosa osadía, tratándose de un griego de la antigüedad. Justamente, uno de los lazos comunes que unía a los distintos pueblos de la Grecia era esta creencia en los oráculos, y la veneración que se profesaba a algunos, como al de Apolo en Delfos, asilo sacrosanto en tiempo de disturbios, a cuyo lustre contribuían con sus dones todas las ciudades helénicas.

39. Esta tempestad de que habla Menelao es la que promovió Poseidón a ruego de Atenea, para vengarla de la profanación de su templo por Áyax, de todo lo cual hacemos mención en *Las Troyanas*, verso 77 y siguientes.

40. Nauplio, rey de la Eubea y padre de Palamedes, que pereció apedreado en el campamento de los griegos junto a Troya, por engaño de Odiseo, se vengó de sus enemigos encendiendo hogueras en el promontorio Cafereo, y atrayendo hacia él a los vencedores de Ilión, cuyas naves se estrellaron casi todas en los escollos.

41. Creta, a consecuencia de los amores de Pasífae, de la expedición de Teseo y de la muerte de Minotauro era para los griegos una isla novelesca.

42. Hallábanse estas grutas, en las cuales Perseo cortó la cabeza de la Gorgona, en la parte

occidental del delta del Nilo.

43. Las frases pronunciadas antes por la vieja portera del palacio de Proteo, cuando Menelao se llega a él pidiendo hospitalidad. Recuerda lo que le ha dicho del odio que su señor profesa a los griegos y sus noticias sobre Helena, la hija de Zeus, incomprensibles entonces pera él.

44. Ejemplos innumerables que hemos visto en otras tragedias nos enseñan que entre los antiguos griegos los altares de los dioses servían de asilo a los criminales y desdichados, y como Menelao solo ve un sepulcro, no un templo ni un altar, extraña esta costumbre de los egipcios, distinta de la de sus compatriotas. Sin más explicación se comprende fácilmente que Helena, expuesta a los ardores amorosos de Teoclímeno, cuidase de dormir de noche en el sepulcro, no en el palacio de su amante desdeñado.

45. Teónoe, de θεός, dios, y νοῦς, entendimiento.

46. Neleo, hijo de Poseidón y de Tiro, y hermano de Pelias, a quien ayudó a usurpar el cetro de Yolco, que empuñaba Esón; desterrado después por el usurpador, fundó Pilos y Mesenia, y se casó con Cloris, de quien tuvo doce hijos, y a Néstor entre ellos. Se atrevió a pelear con Heracles, y murió a sus manos con casi todos sus hijos, excepto Néstor. Neleo fue uno de los argonautas. Su hijo y sucesor, de quien habla Menelao, el Matusalén de los griegos, asistió al combate de los centauros y los lapitas, y capitaneó a pilios y mesenios en el sitio de Troya, en donde perdió a su hijo Antíloco. Néstor, como hemos dicho, era tan viejo que, según Homero, contaba tres edades de hombre, y fue también muy famoso por su sabiduría y su elocuencia.

47. Desde los tiempos más remotos fueron mirados los egipcios por los demás gentiles, sobre todo por los griegos, como un pueblo excesivamente religioso, fanático y supersticioso, y su país como la patria natural de prodigios y portentosas maravillas. Recuérdese también que entre los idólatras la purificación corporal era signo de la espiritual, y consecuente con esta creencia la divina Teónoe, purifica la atmósfera que respira y la tierra que pisa con el fuego, el azufre y la resina.

48. Curiosas son en extremo estas razones de alta política que mueven a las diosas Hera y Afrodita, atentas a que no sufra menoscabo entre los mortales la idea que tienen de su poder. La vanidad mujeril, que así reinaba entre los griegos en el cielo como en la tierra,

excitan a cada una a favorecer o dañar a Helena y Menelao; y aunque Artemisa a la conclusión del *Hipólito* diga que está prohibido a los dioses usurpar lo que a otros corresponde, ni intervenir en sus asuntos particulares, ocurría sin duda a veces que chocaban sus intereses, y en este caso no había otro recurso que celebrar solemnes consejos, en los cuales se resolvían tan importantes cuestiones.

49. Algo crítica es la situación de Teónoe, porque en último caso probará que ella, simple mortal, si favorece a Menelao y a Helena, es más justa y filantrópica que la misma Afrodita, lo cual no habla muy alto en favor de su piedad para con una divinidad injusta. Obsérvese la tendencia irreligiosa de Eurípides, siempre dispuesto a rebajar a los dioses y a ensalzar a los hombres a costa de aquellos, pues dentro de poco Teónoe demostrará con su conducta que, fiel a la memoria y a la voluntad de su padre, despreciando las iras de su hermano y de Afrodita, se declara sin rebozo por lo que cree justo y humano.

50. Seguramente no será necesario llamar la atención de los lectores hacia la castiza y natural belleza de los dos discursos que pronuncian Helena y Menelao. Nutridos de sólidas razones, llenos de espontáneos y sencillos afectos y apropiados a la aflictiva situación en que ambos se encuentran, prueban una vez más el indispensable talento dramático de Eurípides, siempre que no lo extravíe el filosofismo, su amor a la novedad, su afán inmoderado de distinguirse de los demás poetas, y como consecuencia de todo esto, las radicales alteraciones que hace sufrir a las fábulas mitológicas tradicionales, al carácter de los personajes que intervienen en ellas, consagrado por los siglos, y a los dioses que forman en los negocios humanos, a imitación de lo que sucede en *La Ilíada*, una parte tan activa.

51. El de profetizar, de que se ha hablado antes.

52. Estas opiniones filosóficas de Eurípides, que expone en distintos pasajes de sus tragedias, provienen sin duda de su maestro Anaxágoras, y no dejan de ser curiosas. En su concepto, el cuerpo, formado de tierra, vuelve a ella después de la muerte, y el alma, emanación del Éter, torna también a él. Acaso los griegos, dotados de singular perspicacia para penetrar en los arcanos psicológicos, hubieron de conocer el problema, que aún no ha resuelto la ciencia en nuestros días, abandonada a sí misma, esto es, el de la unión del alma y del cuerpo, espíritu simple la primera y materia compuesta el segundo. La Filosofía hasta ahora se limita a consignar el hecho de esta unión, pero no lo explica ni probablemente podrá explicarlo

nunca.

53. Aquí respira de nuevo la animosidad de Eurípides contra el bello sexo.

54. Fácilmente recordarán los lectores que la palabra cenotafio (de κενοτάφιον, *sepulcro vacío*) de que usa antes Helena, indica con claridad que Menelao no ha de ser sepultado en él, sino que se le va a erigir en el supuesto de que ha perecido en la mar, llevándose esta su cadáver. Menelao representará ante Teoclímeno el papel de náufrago compañero de aquel héroe, que se ha salvado con trabajo. Recuérdese también que en casi todas las tragedias de Eurípides las mujeres son de ordinario las que urden estos astutos artificios, como en la *Hécuba*, para mutilar a Poliméstor, y en la *Electra*, para vengarse de Menelao.

55. Alusión al falaz faro encendido por Nauplio para vengarse de los griegos, de que ya hemos hablado más arriba.

56. Justa y terrible acusación que Eurípides lanza contra los dioses del gentilismo, aunque más propias del filósofo que enseña que del poeta, intérprete de la tradición y de las creencias de sus mayores. La verdad es que el Olimpo con sus númenes, víctima de pasiones humanas y personificación antropomórfica de la sencilla religión de un pueblo primitivo y no alumbrado por la luz de la revelación, era ya en tiempo de Eurípides poética ficción, tan desnuda de verosimilitud como opuesta a la razón filosófica.

57. Sabido es que los antiguos cazadores usaban de una red grande y muy fuerte (*longo meantia retia tractu. Nemes Cyneg.*, 300), con la cual, antes de comenzar la batida, rodeaban vasta extensión de los montes para impedir que la caza se dispersase en la llanura.

58. Helena, con refinada astucia, llama señor a Teoclímeno, cual si fuera su esposo, dejándole entrever que ya consiente en su nuevo himeneo.

59. Fácilmente apreciarán los lectores la finísima ironía que respiran estas palabras de Helena, comprensibles en sus dos sentidos solo para los espectadores, no para Teoclímeno, ignorante de todo lo ocurrido.

60. Recuérdese lo que antes hemos dicho repetidas veces acercado la importancia que daban los griegos a la sepultura.

61. Esta es la principal razón que da Helena a Teoclímeno para convencerle de la verdad de su aserto, pues no es fácil suponer que su propia hermana se uniese con dos extranjeros, como eran Menelao y Helena, para engañar a su hermano.

62. La pregunta de Teoclímeno retrata fielmente la pasión amorosa del hijo de Proteo, que si finge en un principio participar del dolor de su amada, y casi parece olvidarse de su amor, aprovecha sin embargo la primera coyuntura favorable para enterarse de lo que más interesa a la satisfacción de sus deseos.

63. El texto original dice: κενοῖσι θάπτειν ἐν πέπλων ὑφάσμασιν, porque el peplo no envolvía al cadáver, como se acostumbraba en tales casos.

64. Jenofonte en su *Cirop.*, VIII, 3, 24, dice así: Ἐπεὶ δὲ ἀφίκοντο πρὸς τὰ τεμένη, ἔθυσαν τῷ Διὶ, καὶ ὡλοκαύτωσαν τοὺς ταύρους· ἔπειτα τῷ Ἡλίῳ, καὶ ὡλοκαύτωσαν τοὺς ἵππους. «Habiendo llegado después a los templos, sacrificaron a Zeus, consumiendo las llamas toros enteros; luego sacrificaron al sol, y el fuego devoró entonces por completo *a los caballos* que se inmolaron». Se ve, pues, que entre los persas, prototipo de los bárbaros para los griegos, se sacrificaban caballos a los dioses.

65. Estos cantos del Coro, bellísimos como poesía independiente de la tragedia, no lo son tanto interpoladas en ella, por la escasa relación que tienen con la misma, a pesar de la contraria aseveración de algunos críticos modernos alemanes. Será todo lo más una digresión poética que hace Eurípides, pero es indudable también que en ninguna otra tragedia suya hay tan lejana alusión en los cantos del Coro al argumento o a los personajes del mismo. En los últimos versos parece que atribuye las desdichas de Helena a su indiferencia hacia el culto de la *Mater Deorum*, cuidadosa solo de su belleza; pero esto, suponiendo que no haya habido transcendentales interpolaciones, no obstante las correcciones de Hermann, Hartung y otros sabios filósofos, en nada debilita nuestra opinión, puesto que de todas maneras resulta que los cantos del Coro están en contradicción con lo restante de la tragedia. ¿No ha dicho antes el poeta que si el rapto de Helena ha sido origen de la guerra de Troya, solo debe atribuirse a Afrodita, que prometió su posesión a Paris por haberle adjudicado la palma de la belleza? ¿No ha dicho también que Hera, para vengarse de Paris y de Afrodita, formó vano fantasma, engañando con él a griegos y troyanos, y transportando a Egipto a la verdadera Helena? Verdad es que el mismo Eurípides afirma otras veces que la grave contienda de aqueos y frigios era obra de Zeus, a fin de librar a la madre Tierra de tantos hombres como oprimían su seno; pero aun concediendo al poeta libérrima facultad de alterar la tradición a su antojo, y por tanto la de

variar de opinión cuando le parece, siempre resulta en definitiva que este canto del Coro, cuyo objeto es achacar los infortunios de la hija de Leda a su indiferencia religiosa, tiene más trazas de adición poética, extraña a la composición, que de parte esencial de la misma.

66. Alusión a los misterios de Eleusis.

67. Helena hace aquí y posteriormente malignas alusiones, que los espectadores debían comprender fácilmente, a expensas de Teoclímeno. Creemos, sin embargo, que no todas están en su lugar, porque la crítica situación de Helena momentos antes de acometer su atrevida empresa, de la cual depende su salvación y la de su esposo, expuesta a fracasar inesperadamente por cualquier suceso imprevisto, no era, sin duda, la más conveniente para hablar de esta manera. Acaso sea nuestro escrúpulo infundado; pero en ocasiones semejantes no es costumbre entre los mortales expresarse así. Parece que habla Eurípides, no Helena.

68. El texto griego dice: ῥοθίοισι μάτηρ. Ῥόθος significa ruido, rumor como de olas, torrentes, remos, etc. El poeta llama madre a la nave porque, al cortar las olas, hacen estas ruido.

69. Γαλάνεια en griego, deidad y nombre creado por Eurípides, derivado de γαλήνη, calma marina, tiempo sereno.

70. Micenas, fundada por Perseo, famoso héroe griego, hijo de Zeus y Dánae. Acrino, padre de esta, temeroso de que la sedujeran, la encerró en una torre, bien guardada, en donde penetró el rey del Olimpo, convertido en finísima lluvia de oro. El fruto de esta unión fue abandonado a la merced de las olas, que lo llevaron a la costa de Serifos, cuyo rey Polidectes lo adoptó por hijo. Mató, ya hombre, a las Gorgonas, de cuya sangre brotó el caballo alado Pegaso, con cuyo auxilio libertó a Andrómaca del monstruo marino que había de devorarla.

71. El Eurotas.

72. Llamábanse Leucípides las vírgenes sacerdotisas Febe e Hilaíra, hijas de Leucipo, de las cuales habla Pausanias, *Lacónica*, y Propercio, 1, 2.

73. Príncipe lacedemonio, hijo de Amiclas, de extraordinaria belleza, de quien se enamoraron a un tiempo Apolo y Céfiro, siendo preferido el primero. Jugando un día al disco con aquel dios, Céfiro torció el disco, que, hiriendo a Jacinto, lo dejó sin vida, y fue convertido en la flor que lleva su nombre. Era adorado como una divinidad por los

lacedemonios y amicleos.

74. Hermíone, hija de Menelao y de Helena.

75. Las grullas.

76. Llámales febeas porque fueron edificadas por Febo en el reinado de Laomedonte, padre de Príamo.

77. Es esta una isla pequeña, frente al promontorio Sunio, llamada Cránae. Homero, *Iliad.*, III, 445, y Estrabón, IX, 1, la mencionan.

78. Estas ideas aristocráticas, siempre que viene a cuento la nobleza, es otra de las flaquezas del poeta, que no se compagina con su origen plebeyo.

79. De la misma manera, y con iguales palabras, terminan casi todas las tragedias de Eurípides. Algo análogo hacía también Demóstenes con los exordios de sus arengas.

Notas

* * *

Ecce trahebatur passis Priameia virgo
Crinibus a tempto Cassandra adytisque Minervæ.

Frigidus Eurotas populiferque Padus.
Nunc tibi captivos mittet Germania crines:
Culta triumphatæ munere gentis eris.

Claud. in Eutrop., I, 385, se expresa de esta suerte:

Militet ac nostris detonsis Sicambria signis.

Sidonio Apol., Epist. VIII, 9, dice también:

Et sic crinibus ad cutem recisis
Decrescit caput, additurque cultus.
Hic tonso occipite senex Sicamber,
Postquam victus es, elictis retrorsum
Cervicem ad veterem novos capillos.

Excludat Pimplæa sitim, nec conscia detur Pirene.
Vocant Tempe, per quæ Peneus ab imo
Effusus Pindo.

Virgilio, en el lib. IV, *Georg.*:

Pastor Aristæus fugiens Peneia Tempe.

Pergama, reliquias Danaum atque immitis Achillei.

Marcial, en el lib. XIV, epigram. 51, se expresa así:

Pergamus has misit, curvo destringere ferro.

Virgilio, *Eneid.*, VII, 183, dice así:

Multaque præterea sacris in postibus arma,
Captivi pendent currus, curvæque secures,
Et cristæ capitum et portarum ingentia claustra,
Spiculaque, clipeique, ereptaque rostra carini.

... Quid meos retinet sinus
Manusque matris?, cassa præsidia ocupas:
Fremitu leonis qualis audito tener
Timidum juvencus applicat matri latus.

Ahora, como casi siempre, vale más el original que el imitador.

Armaque Amycleumque canem, Cressamque pharetram.
Si fratrem, Pollux alterna morte redemit
Itque reditque viam toties.

Al fin fueron convertidos en astros, y forman el signo de Géminis.

τί δ' ἔστι; μεῖζον βρῖθος ἢ πάροιθ' ἔχει;

Su verdadera traducción es, pues, la nuestra, por más que nos haga reír y nos parezca más propia de comedia que de tragedia. Lo ridículo no tanto es aquí lo que dice Menelao, que sospecha si Helena estará encinta, cuanto su sorpresa y el susto que lleva.

... non sic Pholoetica monstra
Atque Pelethronios Lapithas semelejus Evan...

Ovidio en sus *Metam.*, lib. II, dice así:

Virgineusque Helicon et nondum Oeagrius Haemus.

Y Estacio en su *Tebaid.*, lib. VII:

Horrent Tyrrhenos Heliconia plectra tumultus.
Sed me Parnassi decerta per ardua dulcis raptat amor.

Juvenal en la sát. XIII, 54, dice también:

Credebant hoc grande nefas, et morte piandum,
Si juvenis vetulo non adsurrexerat, et si
Barbato cuiqumque puer, licet ipse videret,
Plura domi farra, et majoris glandis acerbos.

Multa senen circumveniunt incommoda, vel quod
Quærit, et inventis miser abstinet, ac timet uti;
Vel quod res omnis timide, gelideque ministrat;
Dilator, spe longus, iners, avidusque futuri,
Difficilis, querulus, laudator temporis acti
Se puero, censor, castigatorque minorum.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso.
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso.

Μαινομένῳ πιτύλῳ πλαγχθεὶς,
ἑκατογκεφάλου βαφαῖς ὕδρας.

(*Furioso stimulo agitatus, venenis hydræ centipitis*). Su traducción por el escritor citado es la siguiente: *C'est dans l'égarement de sa fureur, causé par les poisons de l'hydre aux cent têtes*. Esta versión, demasiado literal, no expresa el pensamiento del poeta, porque el sentido es absurdo. De la tragedia se desprende claramente que la locura de Heracles es obra de la vengativa y celosa Hera, nunca del veneno de la hidra de Lerna. Tampoco puede deducirse así de la tradición mitológica, porque a dicho veneno no se le atribuye más virtud que la de matar a aquellos a quienes hería la flecha empapada en él. Nosotros creemos que la respuesta de Anfitrión comprende dos partes, que es preciso entender de distinta manera: la primera, Μαινομένῳ πιτύλῳ πλαγχθεὶς, *furioso stimulo agitatus*, se refiere a Heracles, y la segunda, ἑκατογκεφάλου βαφαῖς ὕδρας, *venenis hydræ centipitis*, es la contestación a la pregunta de Teseo: δράσας.

οὐ γὰρ οὐδ' ἀζήμιον γνώμην ἐνεῖναι τοῖς σοφοῖς λίαν σοφήν.

La traducción de M. Artaud es la siguiente:

Une sagesse trop raffinée chez les sages n'est pas non plus sans dangers.

Hartung lo traduce de esta otra manera:

Ohne Schmerzen ist es nicht, Dass höhre Einsicht Menschen über andre hebt.

El pensamiento del autor parece ser, o que en igualdad de circunstancias el hombre más civilizado es más sensible que el inculto y el muy sabio más que el civilizado, o que el exceso de sabiduría tiene, entre otros inconvenientes, el de afectar más el alma, porque cuanto más sabio es el hombre mejor conoce la extensión y alcance de una desdicha.

Ἀπόλλων δὲ τὴν μαντικὴν μαθὼν παρὰ Πανὸς τοῦ Διὸς καὶ Ὕβρεως

Para entender bien estos cantos del coro, es preciso recordar nuestras

notas al *Orestes*, en donde se refieren las discordias de la casa de Pélope.

κεκλήσεται δὲ σῆς φυγῆς ἐπώνυμος
Ἀζᾶσιν Ἀρκάτιν τ' Ὀρεστεία πόλις.

Observen también los lectores que el poeta confunde a Cibeles, Deméter y Dioniso, los atributos de cada uno y las ceremonias religiosas del culto de estas tres deidades, acaso porque realmente los unía cierto vínculo común, puesto que Cibeles es la Tierra, Deméter la diosa que enseñó a los hombres su cultivo, y Dioniso el que ofreció a los mortales el vino.

* * *

* * *

Tomo III

Ion

* * *

ARGUMENTO

Enamorado Apolo de Creúsa, hija de Erecteo, rey de Atenas, logró a la fuerza la satisfacción de su deseo arrastrándola a la gruta de Macra, sita en la Acrópolis, en donde después dio a luz el fruto de esta unión, exponiéndolo allí mismo con ciertas señales para ocultar su deshonra; Apolo rogó entonces a Hermes que lo llevase a su templo de Delfos, en donde lo adoptó la Pitia, criándolo como si fuera suyo y destinandolo más tarde al servicio del dios, cuyos tesoros guardaba.

Creúsa, mientras tanto, se había desposado con Juto, hijo de Helén, famoso guerrero auxiliar de los atenienses, con quienes venció a los calcodóntidas de la Eubea, recibiendo, en premio la mano de aquella; mas como no tuviesen hijos que heredaran su cetro y sus riquezas, fueron a Delfos a consultar el oráculo y a rogar a Apolo que se los concediese. El dios respondió a Juto que reconociera como tal al primero que encontrare al salir del templo; y siendo el primero el hijo adoptivo de la Pitia, que lo

era realmente de Apolo y Creúsa, Juto lo miró como suyo, y quiso solemnizar tan deseado hallazgo con banquetes suntuosos, a los cuales fueron invitados todos los amigos del hijo hallado, llamado Ion por su padre. Creúsa, sin embargo, sabedora de la respuesta del oráculo, que daba un descendiente a su esposo, dejándola a ella huérfana, resolvió envenenarlo aconsejada de su pedagogo, y al efecto encargó a este que sirviese a los convidados, y que al escanciarles el vino vertiese en la copa de Ion una gota letal de la sangre de Medusa, que Atenea había dado a uno de sus abuelos. El pedagogo obedeció sus órdenes, y ya estaba Ion a punto de apurar la fatal copa, cuando oyó cierto ruido de mal agüero, y la derramó, ofreciendo su libación a la tierra. Casualmente había penetrado en el tabernáculo del festín una bandada de palomas, las cuales bebieron del líquido que habían vertido los convidados, muriendo presa de agudas convulsiones la que gustó del vino de Ion. Este se apoderó entonces del pedagogo, que tan oficiosamente le había asistido en el banquete, y haciéndole confesar su delito, supo la tentativa de envenenamiento de Creúsa, a quien acusó ante la asamblea de próceres de Delfos, los cuales la condenaron a ser precipitada desde las rocas de Delfos. Creúsa, que supo la suerte que le aguardaba, se refugió en el ara de Apolo, asilo seguro y sacrosanto.

Ion se presentó, no obstante, con satélites armados para prenderla, y cuando estaban a punto de arrancarla de allí a viva fuerza, acude la Pitia, que le entrega el cestillo en que lo trajo Hermes, y las prendas que contenía. Al verlas Creúsa, deja el ara y las reconoce como suyas y a Ion como a fruto de su unión con Apolo. Grande fue, pues, la alegría de ambos, y, para colmarla, se aparece Atenea profetizando a Ion las glorias

reservadas a su nombre y a sus hijos.

Desde luego se comprende que esta obra dramática de Eurípides no es propiamente una tragedia, sino lo que hoy se apellida un drama entre los críticos modernos, en su acepción más estricta. Fundado, como tantos otros, en una ἀναγνώρισις, o reconocimiento de un hijo, es notable en más de un concepto por lo perfecto del plan, por los caracteres de los personajes, y por las bellezas particulares que encierra, hijas del buen gusto y del talento dramático del poeta. Es lástima, sin duda, que Juto sea engañado a un tiempo por Apolo, por Creúsa, su esposa, y por Ion, cuando, según nuestras ideas, nada tenga de lisonjero el papel que se le hace representar. Adviértase, no obstante, que los griegos no pensaban en este particular como nosotros, y que en más de una ocasión, y en las mismas tragedias de Eurípides (véase el *Heracles Furioso*), los mortales se muestran muy complacidos de compartir con un inmortal el lecho en que descansa su esposa. Lo peor es que el antojo libidinoso de un dios sea causa de la violación de una doncella, de la separación de la madre y del hijo, y de las consecuencias que trae. Tampoco parece laudable el propósito de Creúsa de envenenar a Ion, y el de este de arrancar a su madre del ara, cuando tan religioso se muestra en todo el poema, y a pesar de las violentas y poderosas pasiones que mueven a ambos. Así y todo, no puede negarse que el carácter de este último, su piedad y mansedumbre, sus apacibles costumbres y santa vida, la resignación con que sufre su suerte, su deseo de averiguar quiénes fueran sus padres, el sentimiento que le aqueja cuando se ve obligado a dejar el servicio del dios para heredar una corona, y su respeto a Juto y a Creúsa cuando los reconoce como a sus padres, nos interesan en alto grado, revelándonos en sus distintas fases la pureza de su alma y los

dulces afectos que la alientan. Cuando se queja de la conducta de Apolo, lo hace con dolor y como contra su voluntad, y cuando duda de la veracidad de su madre, procura siempre expresar sus recelos y sospechas sin ofenderla. También es raro, conocidas las tendencias filosóficas y antipoliteístas de Eurípides, que, encontrando ocasión tan propicia para explanarlas, se contente con hacer algunas indicaciones o envolverlas en el fondo del argumento. En general, la poesía de esta composición es fácil, amena y esencialmente helénica, brillando en algunos cantos del coro con vivísima luz e imponderable armonía. A nuestro juicio, la escena más bella es la del reconocimiento de Creúsa e Ion.

En cuanto a la época de su representación, únicamente debemos decir que nada se sabe de positivo, y que las conjeturas en que se apoyan para indicarla, así Hermann como Théob. Fix y otros, no dejan de ser, al menos en nuestro concepto, simples presunciones individuales que distan mucho de convencernos. En efecto; conocido el amor con que los atenienses y sus poetas hablan siempre de su ciudad, de sus fundadores y de los progenitores de su raza; sabido el intolerante exclusivismo con que miraban a los extranjeros y la tradición popular en este pueblo, que se tenía por autóctono o indígena, no daremos gran peso a las alusiones que se han creído percibir a la época en que la distribución entre las ciudadanos de cierta cantidad de granos, traídos de la Eubea, produjo alguna recrudescencia contra los que no disfrutaban de los derechos de ciudadanía, haciendo emigrar a muchos millares de ellos. ¿Por qué razón apoyarnos en tan frágiles indicios cuando es poco lo que se dice a favor de la autoctonía de los atenienses, poco también y a la ligera lo que se increpa a los extranjeros, nada odioso el papel que Juto representa, y, por último,

cuando en otras tragedias de Eurípides se dice tanto o más contra ellos? Hacer gala de erudición a costa de la sana lógica no nos parece razonable. Lo mismo decimos de otra presunción, según la cual debió representarse hacia la Olimp. 97, 4 (478 años antes de Jesucristo), porque se ha creído ver otra alusión en las palabras del protagonista de la tragedia al coro describiéndole los cuadros que adornan el pórtico del templo de Apolo, y al presente que los atenienses hicieron a este dios, construyendo a sus expensas un nuevo pórtico, poco después de la victoria que ganó Formión a los lacedemonios. Lo primero que se ha de probar es que el pórtico descripto por Ion y el edificado por los atenienses en la época mencionada son uno mismo, lo cual dista mucho de ser fácil, y mientras esto no se haga, tal indicación no deja de ser una de las infinitas visiones de arqueólogos y eruditos, muchas veces los poetas fantásticos de la Historia.

PERSONAJES

Hermes.

Ion, *hijo de Apolo y de Creúsa.*

Coro de esclavas de Creúsa.

Creúsa, *reina de Atenas.*

Juto, *su esposo.*

Un anciano, *pedagogo de Creúsa.*

Una esclava de Creúsa.

La Pitia *o sacerdotisa de Apolo.*

Atenea.

La acción es en Delfos, ante el templo de Apolo.

* * *

Se ve el vestíbulo del templo, y delante del pórtico las estatuas de Febo y Artemisa. En el tímpano del frontón, esculpidas y pintadas, las luchas de Heracles y la Hidra y la de Belerofonte y la Quimera, y en el muro la batalla de los Gigantes.

HERMES (*saliendo del bosquecillo contiguo*).

Atlas,[1] que sustenta en sus férreos hombros el cielo, antigua mansión de los inmortales, engendró en una diosa[2] a Maya,[3] mi madre; yo soy, pues, Hermes, servidor de Zeus, el más poderoso de todos los dioses. He venido a esta tierra de Delfos, en donde Febo, en el centro de nuestro globo,[4] anuncia siempre a los hombres lo presente y lo futuro. Hay una ciudad griega, no innoble, llamada como Palas, la de la dorada lanza,[5] en donde Febo poseyó por fuerza a Creúsa, la hija de Erecteo,[6] en el lugar llamado Macra por los soberanos del Ática, rocas septentrionales situadas bajo la ciudadela. Ignorándolo su padre (que así plugo al dios), llevó la carga de su vientre y a su tiempo dio a luz un niño en su palacio, y lo llevó a la misma gruta en donde fue concebido, exponiéndolo a la muerte en un cestillo redondo, según costumbre de sus antepasados, y de Erictonio, el hijo de la Tierra; y la hija de Zeus, para defenderlo, envió allí dos dragones y lo dio a guardar a las hijas de Aglauro.[7] En recuerdo de este suceso, los erecteidas crían a sus hijos ceñidos de serpientes doradas.[8] Pero Creúsa, suponiendo que moriría, lo adornó con sus mismas galas. Mi hermano Febo me rogó entonces así: «Ve, ¡oh hermano!, a la ínclita Atenas, en donde habita un pueblo indígena, a la ciudad de Palas, que tú conoces, y sacando al niño recién nacido de la gruta, en el mismo cesto que lo contiene y sin tocar a

sus envolturas, tráelo a mi fatídico templo de Delfos, y déjalo a la entrada. Yo cuidaré de lo demás, porque has de saber que es mi hijo». Y yo, queriendo hacer este favor a mi hermano Apolo, me apoderé del cesto entretejido, y dejé al niño a la entrada de este templo, abierto el redondo cestillo, para que se viese. Y cuando el sol subía dando vueltas, entró la sacerdotisa y, al mirar al niño, se quedó sorprendida, creyendo que alguna joven de Delfos había sido bastante osada para exponer en la mansión divina el fruto de su vientre. Quiso primero arrojarlo de allí; pero se compadeció de él y no fue tan cruel, porque el dios protegía al niño, y no consintió que lo echasen. Y adoptándolo lo crio, e ignora que su padre es Febo, y cuál haya sido su madre, y nada más sabe. Mientras fue niño vivió de las ofrendas, y vagaba jugando; cuando llegó a ser hombre, los de Delfos lo hicieron guardián de las riquezas del dios y su fiel cuestor, y en el templo ha llevado hasta ahora santa vida. Entonces se casó su madre Creúsa con Juto, a consecuencia de la guerra que estalló entre los atenienses y los calcodóntidas,[9] habitantes de la tierra eubeica, que concluyó Juto con la fuerza de las armas, aunque no indígena, pero que era, sin embargo, oriundo de la Acaya y descendiente de Eolo, hijo de Zeus. Mucho tiempo llevan de matrimonio, y hasta ahora no han engendrado hijos, y por esta causa han venido a consultar el oráculo de Apolo, deseosos de tenerlos. Y Apolo lo ha dispuesto así, y no a ciegas, según se cree; y cuando entre en el templo, dará a Juto su hijo, y le dirá que es de él, para que sea reconocido por Creúsa a su vuelta al hogar materno, y permanezca oculta su unión con Apolo, y obtenga su hijo la herencia que le corresponde. Cuidará de que los griegos le llamen Ion, fundador de la región asiática.[10] Pero entraré en este templo laurífero para saber lo que hay resuelto acerca del niño.

Aquí veo al hijo de Apolo que sale a limpiar la puerta con ramas de laurel, y yo, el primero de los dioses, lo llamo Ion desde ahora. (*Ocúltase en el bosquecillo de laurel*).

ION (*que sale del templo*).

Ya el sol pasea por la tierra este carro esplendente de cuatro caballos, y los astros huyen por el aire de su fuego a refugiarse en el seno de la sagrada noche; las cumbres inaccesibles del Parnaso brillan a la vista de los hombres, alumbradas por las ruedas, que traen el día, y el humo de la seca mirra llena el templo de Febo; la délfica sacerdotisa se sienta en el santo trípode, cantando a los griegos los oráculos que Apolo inspira. Id, pues, ministros del delfín Febo, a las ondas argentadas de Castalia,[11] y, lavándoos en sus puras aguas, volved al templo y guardad religioso silencio para que vuestra lengua anuncie favorables presagios a los que vienen a consultar el oráculo. Nosotros, cumpliendo con el deber que acatamos desde niños, purificaremos el vestíbulo del templo de Apolo con ramas de laurel y guirnaldas entretejidas, y humedeceremos el suelo con nuestras líquidas gotas, y ahuyentaremos con nuestras saetas las bandadas de aves que ofenden a los sagrados presentes, porque siendo hijo de padres desconocidos, venero solo a la mansión divina de Febo, en donde me he criado.

Estrofa. — Bellísimo laurel que barres el arca del templo de Febo, recién cortado de jardines inmortales, en donde bullen aguas sagradas de perenne corriente, y hojas, también sagradas, de mirto, con que purifico cada día este santo suelo, así que el sol extiende sus ligeras y brillantes alas. ¡Oh Peán, Peán bienaventurado,[12] bienaventurado seas, oh hijo de Leto!

Antístrofa. — ¡Oh Febo! Sírvote y cuido de tu morada fatídica;

honroso ministerio es para mí trabajar por los dioses inmortales, no por los mortales, y no me molesta cumplir tan gloriosos deberes. Febo es el padre que me engendró; yo lo alabaré por haberme criado, y este templo, en donde habita y me dispensa sus dones, hará para mí las veces de padre. ¡Oh Peán, Peán bienaventurado, bienaventurado seas, oh hijo de Leto!; pero acabaré de barrer con el laurel, y regaré la tierra con el agua de los dorados vasos que corre de la fuente Castalia, derramando sus frescas ondas, ya que duermo en casto lecho. ¡Ojalá que nunca deje el servicio de Febo, o que, si lo abandono, sea con buena suerte! ¡Ea..., ea!

Estrofa 2.ª — Ya vienen, ya dejan las aves su morada del Parnaso. Os anuncio que no os acerquéis a las almenas ni a este templo, rico en oro. Te alcanzarán mis saetas, ¡oh mensajera de Zeus!,[13] que con tu fuerte y corvo pico vences a las demás aves. He aquí este otro cisne que se dirige hacia los atrios. ¿No moverás hacia otro lado tus pies rojos? No te libertará de mis saetas la melodiosa cítara de Febo.[14] Pasa a todo vuelo; entra en la laguna de Delos; derramaré tu sangre e interrumpiré tus cantos suaves si no obedeces.

Antístrofa 2.ª — ¡Hola, hola! ¿Cuál es esta nueva ave que llega? ¿Hará bajo sus almenas el nido de leña y paja para sus hijuelos? La alejará de aquí el silbido de las flechas. ¿No obedecerás? Vete; procrea tus hijos en los remolinos del Alfeo, o en la selva istmia,[15] y no ofendas los presentes y el templo de Febo. Temo, no obstante, mataros, porque anunciáis a los mortales las órdenes de los dioses; pero no faltaré a mis deberes ni dejaré de venerar nunca a los que me criaron. (*El coro de mujeres de Atenas, servidoras de Creúsa, dividido en dos semicoros, aparece en la escena*).

PRIMER SEMICORO (*ante el pórtico*).

Ni en la divina Atenas hay tan bellas columnatas en templos de los

dioses, ni en el de Apolo Agieo;[16] luz bella y resplandeciente brilla en ambas fachadas de la morada de Loxias, hijo de Leto.

SEGUNDO SEMICORO (*mirando las pinturas del frontón*).

Mira esta pintura, que representa al hijo de Zeus,[17] dando muerte con su dorada y corva espada a la hidra Lernea; mírala, amiga, con tus ojos.

PRIMER SEMICORO

Ya la veo. Y otro, junto a él, levanta la ardiente antorcha.[18] ¿Quién es? ¿Es el escudero Yolao, el representado en mis labores mujeriles,[19] el que acompañó en sus trabajos al hijo de Zeus?

SEGUNDO SEMICORO

Pero mira al otro cabalgando en caballo alado, que mata a la robusta fiera de tres cuerpos, que arroja llamas.[20] (*Los dos semicoros penetran en la columnata del pórtico*).

PRIMER SEMICORO

Hacia todas partes miro y contemplo en los muros de piedra la batalla de los Gigantes.

SEGUNDO SEMICORO

La admiramos, ¡oh amigas!...

PRIMER SEMICORO

¿Ves a aquella que vuelve su gorgóneo escudo contra Encélado?

SEGUNDO SEMICORO

Veo a Palas, mi diosa.

PRIMER SEMICORO

¿Cómo, pues? ¿Ves el ardiente rayo impetuoso que lanzan las manos de Zeus, que hieren desde lejos?

EL SEMICORO

Ya lo veo; abrasa con su fuego al horrible Mimas.[21] Y Bromio o Dioniso, que da muerte a uno de los hijos de la Tierra con sus débiles férulas,[22] coronadas de yedra. (Júntanse los dos semicoros.)

EL CORO (*a Ion, que está a la puerta del templo*).

A ti digo, que estás a la puerta del templo, ¿pueden mis blancos pies pisar sus umbrales y entrar?

ION

No es lícito, ¡oh extranjeras!

EL CORO

¿Ni oiré de tu boca palabra alguna?

ION

¿Qué quieres oír?

EL CORO

¿Es verdad que el templo de Febo está en el centro de la Tierra?[23]

ION

Sí, adornado de guirnaldas y cerca las Gorgonas.

EL CORO

Así dice también la fama.

ION

Si delante del templo derramasteis sangre, y deseáis saber algo de Febo, entrad en los atrios; pero si no habéis sacrificado ovejas, no penetréis en la nave.

EL CORO

Ya sé lo que debo hacer: no desobedeceremos las órdenes del dios, y se deleitarán nuestros ojos examinando por el templo.

ION

Observad lo que sea lícito.

EL CORO

Mis señores me dieron licencia para ver esa mansión del dios.

ION

¿A qué familia servís?

EL CORO

En donde Palas habita se criaron mis dueños. (*Llega Creúsa*). Pregunta a mi señora, que es esta que ves aquí.

ION

Noble eres, en verdad; es dulce tu belleza, sin duda como tus costumbres, quienquiera que seas, ¡oh mujer! Fácil es decidir con solo ver a la mayor parte de los hombres, si su prosapia es ilustre. ¿Qué es eso? Me sorprende que cierres tus ojos y que las lágrimas surquen tus nobles mejillas, aunque has contemplado el santo oráculo de Apolo. ¿Cuál es la causa de tu tristeza, ¡oh mujer!? Cuando se alegran todos los que miran el templo del dios, lloran tus ojos.

CREÚSA

No es extraño, ¡oh extranjero!, como dices, que te sorprendan mis lágrimas; yo, al ver este templo de Apolo, he evocado antiguas memorias, y mi alma vaga ahora en mi hogar, aunque esté presente mi cuerpo. (*Aparte*). ¡Oh mujeres desdichadas! ¡Oh injustos dioses! ¿Y qué hemos de hacer? ¿En dónde buscaremos nuestros soberanos y nuestros jueces si nos injurian y nos pierden?

ION

¿Por qué te afliges, ¡oh mujer!, por causas que nos está vedado investigar?

CREÚSA

Por nada; aflojé ya el arco; en cuanto a lo demás, me callo, y te ruego que no te cuides más de ello.

ION

Pero ¿quién eres?, ¿de dónde has venido?, ¿cuál es tu patria?, ¿cuál el nombre que he de darte?

CREÚSA

Creúsa es mi nombre, y Erecteo mi padre; mi patria es la ciudad de los atenienses.

ION

Ilustre, ¡oh mujer!, es la ciudad que habitas, y nobles los padres que te educaron. Yo te respeto.

CREÚSA

En cuanto a eso, somos felices, ¡oh extranjero!; no en otras cosas.

ION

Por los dioses te ruego; ¿es acaso cierto, como la fama cuenta entre los hombres...?

CREÚSA

¿Qué preguntas, extranjero? Deseo saberlo bien.

ION

¿Nació acaso de la Tierra el abuelo de tu padre?

CREÚSA

Sí, Erictonio; pero de nada me sirve la alteza de mi linaje.

ION

¿Y se lo llevó Atenea?

CREÚSA

En sus manos virginales, aunque no fuese su madre.[24]

ION

¿Y lo entregó como suele representarlo la pintura?

CREÚSA

A las hijas de Cécrope, para que lo guardasen, no para sanar sus ojos.

ION

Oí decir que las vírgenes abrieron el cofrecillo de la diosa.

CREÚSA

Y por eso murieron, llenando de sangre las piedras.

ION

Vamos, y ¿qué hay de verdad en esto? ¿Ese rumor es cierto o no?

CREÚSA

¿Qué preguntas? No me molesta este descanso.

ION

¿Mató tu padre Erecteo[25] a tus hermanas?

CREÚSA

Siendo vírgenes, osó sacrificarlas por la patria.

ION

¿Y cómo te salvaste tú sola?

CREÚSA

Tenía pocos años, y estaba en los brazos de mi madre.

ION

¿Y es verdad que se abrió la tierra y se tragó a tu padre?

CREÚSA

Perdiéronle las heridas que le hizo el tridente de Poseidón.

ION

¿Y se llama Macra el lugar en donde ocurrió esa catástrofe?

CREÚSA

¿Por qué me interrogas así? ¡Qué recuerdo traes a mi memoria!

ION

Pitio y sus resplandores lo honran.

CREÚSA

Hónralo, y no debía honrarlo; ¡ojalá que nunca lo hubiese visto!

ION

¿Cómo, pues? ¿Lo aborreces tú, siendo tan grato al dios?

CREÚSA

De ninguna manera; tengo noticia de cierta afrenta que se cometió en esa gruta.

ION

¿Qué ateniense se casó contigo, ¡oh mujer!?

CREÚSA

No fue ciudadano, sino un extranjero advenedizo.

ION

¿Quién? ¿Sin duda algún noble?

CREÚSA

Juto, que desciende de Eolo y de Zeus.[26]

ION

¿Pero cómo logró tu mano siendo extranjero y tú indígena?

CREÚSA

Hay una región, llamada la Eubea, próxima a Atenas.

ION

Y la mar, según dicen, las separa.

CREÚSA

La sometió guerreando con los hijos de Cécrope.

ION

¿Vino como auxiliar, y se casó después contigo?

CREÚSA

Sí; tal fue el premio que ganó en la guerra; tal su bélica dote.

ION

¿Has venido sola a consultar el oráculo, o en compañía de tu esposo?

CREÚSA

Con él; pero fue hace poco a la cueva sagrada de Trofonio.[27]

ION

¿A verla, o a consultar al oráculo?

CREÚSA

Deseoso de oír la misma respuesta de él y de Febo.

ION

¿Vinisteis en demanda de frutos de la tierra, o de hijos?

CREÚSA

No los tenemos, aunque hace mucho tiempo que estamos casados.

ION

¿Y nunca diste a luz a ninguno? ¿Ninguno tienes?

CREÚSA

Febo sabe que soy estéril.

ION

¡Oh desventurada! Aunque feliz en todo, no lo eres en esto.

CREÚSA

Pero ¿quién eres tú? ¡Cómo me place llamar dichosa a tu madre!

ION

Soy y me apellidan siervo del dios, ¡oh mujer!

CREÚSA

¿Ofrenda de alguna ciudad, o comprado para su servicio?[28]

ION

Solo sé que me llaman servidor de Febo.

CREÚSA

Yo también, ¡oh extranjero!, te compadezco ahora.

ION

Ignoro quién me diera a luz, y cuál sea mi padre.

CREÚSA

¿Habitas en este mismo templo, o en tu casa?

ION

Todo el templo del dios es mío, y duermo en donde me sorprende el sueño.

CREÚSA

¿Viniste niño a él, o ya adolescente?

ION

Los que deben saberlo dicen que no hablaba.

CREÚSA

¿Y cuál de las mujeres délficas te alimentó con su leche?

ION

Nunca conocí nodriza; pero a la que me crio...

CREÚSA

¿Cuál fue, ¡oh desventurado!? ¡Cómo, llena de aflicción, encuentro otros también afligidos!

ION

A la sacerdotisa de Febo la miro como a madre.

CREÚSA

Y cuando llegaste a la edad viril, ¿cómo vivías?

ION

Con las ofrendas de los altares y los dones de los peregrinos, que nos visitaban con frecuencia.

CREÚSA

¡Madre desdichada, quien quiera que sea!

ION

Acaso he sido fruto de algún amor culpable.

CREÚSA

¿Y cuentas con otros recursos? Buenos son tus vestidos.

ION

Gracias a las ofrendas del dios a quien sirvo.

CREÚSA

¿No has intentado averiguar quiénes pueden ser tus padres?

ION

No tengo el más leve indicio que me guíe, ¡oh mujer!

CREÚSA

¡Ay! Alguna otra madre hay semejante a la tuya.

ION

¿Cuál? Si su infortunio es igual al mío, ambos nos alegraremos.[29]

CREÚSA

Es la que me obliga a adelantarme ahora a mi esposo.

ION

¿Y con qué objeto? Yo la serviré, ¡oh mujer!

CREÚSA

Con deseo de que un oráculo de Febo explique cierto misterio.

ION

Habla; yo cuidaré de lo demás.

CREÚSA

Oye, pues; pero tengo vergüenza.

ION

Entonces nada conseguirás; la vergüenza es deidad negligente.

CREÚSA

Cierta amiga mía dice que la poseyó Febo.

ION

¿Febo a una mortal? No lo digas, ¡oh extranjera!

CREÚSA

Y que del dios tuvo un hijo, ignorándolo el padre de la desdichada.

ION

De ningún modo; se avergüenza de su falta, obra de algún hombre.

CREÚSA

Ella lo niega, y cometió después un delito deplorable.

ION

¿Qué hizo, si se desposó con un dios?

CREÚSA

Expuso al hijo que parió.

ION

¿Y en dónde está ese expósito? ¿Ve acaso la luz?

CREÚSA

Nadie lo sabe; tal es mi consulta al oráculo.

ION

Si, pues, no existe, ¿cómo pereció?

CREÚSA

Créese que las fieras mataron al desventurado.

ION

¿Y en qué se fundan para pensar así?

CREÚSA

Cuando volvió al lugar en que lo expuso, no lo encontró.

ION

¿Había cerca rastro de sangre?

CREÚSA

Lo niega, aunque examinó el suelo con cuidado.

ION

¿Cuánto tiempo hará que desapareció ese niño?

CREÚSA

Tendría tu misma edad si viviera.

ION

Injusto fue con ella el dios. ¡Pobre madre!

CREÚSA

Y después no tuvo más hijos.

ION

¿Lo habrá arrebatado Febo para criarlo?

CREÚSA

No obra justamente si él solo disfruta de un goce que debiera ser común a ambos.

ION

¡Ay de mí! ¡Parecida es su desgracia a la mía!

CREÚSA

Creo que tú también, ¡oh extranjero!, suspiras por una madre mísera.

ION

No me recuerdes un dolor ya olvidado.

CREÚSA

Me callaré; pero prepárate a responder a mis preguntas.

ION

¿Sabes acaso lo que más debe afligirte de todo eso?

CREÚSA

¿Deja de ser todo igualmente aflictivo?

ION

¿Cómo es posible que el dios revele lo que desea ocultar?

CREÚSA

Sin duda lo hará, si el trípode en que se sienta sirve a toda la Grecia.

ION

Se avergonzará; no se lo preguntes.

CREÚSA

Y mientras tanto sufre la víctima de esa desgracia.

ION

No hay quien te vaticine lo que deseas. Convicto de un crimen en su mismo templo, con razón castigará al que te declare sus oráculos. Aléjate, mujer, que no se ha de preguntar al dios lo que le ofenda.[30] Porque sería el colmo de la demencia obligar a los inmortales a decir lo que no quieren, ya sacrificando ovejas en sus aras, ya observando las aves. Vanos son los bienes

que logramos, ¡oh mujer!, cuando a la fuerza y contra su voluntad los arrancamos de los dioses, y solo nos aprovechan los que voluntariamente nos conceden.

EL CORO

Muchas y diversas son las calamidades humanas, muchos los hombres que las sufren; casi nunca conseguirán en vida felicidad perpetua.

CREÚSA

¡Oh Febo!, ni antes fuiste justo, ni ahora lo eres con la amiga ausente, a quien defiendo. Ni salvaste a su hijo cuando debías, ni siendo adivino responderás a su madre, que por él te pregunta para que le labre un sepulcro si ya no existe, y si vive para abrazarlo al fin. Pero es menester dejarlo si el dios me prohíbe saberlo. Yo, ¡oh extranjero!, veo acercarse a mi noble esposo Juto, que viene de la gruta de Trofonio; cállalo todo en su presencia, no sufra alguna afrenta por tratar de estos misterios y el vulgo los sepa, no como nosotros podríamos explicárselos. Amarga es la suerte de la mujer, y nos odian los hombres sin distinguir las buenas de las malas;[31] ¡tanta es nuestra desventura!

JUTO (*que llega de la gruta de Trofonio*).

Que el dios reciba mi primer saludo, y tú también, ¡oh esposa! ¿Te inquietaba acaso mi tardanza?

CREÚSA

Nada de eso; has llegado a tiempo para evitarlo: dime el oráculo que has oído en la gruta de Trofonio y el medio de lograr algún fruto de nuestra unión.

JUTO

No quiso anticiparse al oráculo del dios; solo dijo que ni tú ni yo

volveríamos a nuestra patria sin hijos, después de consultar a Apolo.

CREÚSA

¡Oh venerable madre de Febo!, que nuestra venida redunde en nuestro bien y que seamos más afortunados que antes con tu hijo.[32]

JUTO

Así sea. ¿Pero cuál es el profeta del dios?

ION

Yo solo cuido de la parte exterior del templo, y de la interior otros, que se sientan cerca del trípode, ¡oh extranjero!, notables de Delfos, elegidos por la suerte.

JUTO

Bien; ya estoy enterado de cuanto deseaba saber. Entraré, porque, según oigo, ya se sacrificó la víctima que los extranjeros deben inmolar a la entrada; quiero, en este funesto día, oír los oráculos del dios. Tú, mujer, toma las ramas de laurel y suplica ante las aras para que desde aquí, según me han profetizado, lleve a mi patria feliz prole. (*Entra en el templo*).

CREÚSA

Así sea, así sea. Si al menos quiere ahora Apolo enmendar sus anteriores yerros, aunque no nos favorezca cuanto puede, acogeré solícita sus órdenes, que al fin es dios. (*Retírase hacia la ciudad*).

ION

¿Por qué esta extranjera siempre habla a Febo en términos enigmáticos y parece reconvenirle por lo bajo o por afecto a la que le encarga consultarlo, o callando algo que le conviene? Pero ¿por qué siento esta inquietud por la hija de Erecteo, cuando nada me interesa? Iré con estos vasos de oro, y llenaré de agua los destinados a las aspersiones. Paréceme,

sin embargo, que no es justo Apolo si abandona a las vírgenes a quienes posee a la fuerza, y deja morir a los hijos que en ellas engendra. No seas así, sino practica la virtud, ya que eres nuestro soberano. Si alguno delinque, los dioses le castigan. ¿Cómo, pues, vosotros, que dais leyes a los mortales, seréis los primeros en despreciarlas? Y si (lo que no será, aunque mis labios osen proferirlo) imponéis graves penas a los violadores de mujeres, tú y Poseidón y Zeus, que reina en el cielo, os veréis obligados a despojar vuestros templos para pagar los estupros[33] que cometisteis. Injustos sois abandonándoos a esos goces, sin cuidaros de nada. Ya no se deben expiar los delitos humanos si imitamos a los dioses, sino solo a nuestros maestros. (*Vase*).

EL CORO

Estrofa. — Yo te invoco, ¡oh Atenea!, mi dueña, que nunca viste a Ilitía[34] en los dolores del parto, y naciste, por obra del titán Prometeo, de la cabeza de Zeus,[35] y a ti, ¡oh Victoria[36] veneranda!, ven al templo Pítico volando desde los dorados tálamos del Olimpo, adonde, en su mansión divina, situada en el centro de la tierra, Febo pronuncia oráculos en el trípode tan visitado de coros; tú y la hija de Leto sois dos diosas, dos vírgenes castas, hermanas de Febo. Pedid, ¡oh doncellas!, que al antiguo linaje de Erecteo concedan oráculos explícitos larga, aunque tardía descendencia.

Antístrofa. — Firme base de la mayor felicidad es para los mortales contemplar en el hogar paterno juventud florida y brillante, bellos hijos que recibirán después de sus padres riquezas hereditarias para transmitirlas a los suyos. En la adversidad nos protegen y en la prosperidad nos llenan de alegría, y con sus armas sirven a su patria y la salvan en sus peligros. Yo

prefiero educar buenos hijos a las riquezas y a los regios palacios. Odio la vida sin ellos, y reprendo a quienes la desean; con fortuna modesta vivo yo feliz en su compañía.

Epodo. — ¡Oh morada de Pan[37] y peñasco vecino a la cavernosa Macra, en donde, formando coros y en el verde prado, delante del templo de Palas, danzan las tres hijas de Aglauro al compás, ¡oh Pan!, de tu melodiosa flauta cuando la haces sonar en tu gruta, en la cual cierta doncella desventurada dio a luz un hijo de Febo, abandonándolo a la voracidad de las aves y al sanguinario apetito de las fieras, triste prenda de amor infausto! Ni vi en tejido alguno, ni la tradición dice tampoco que fueran afortunados los hijos de los dioses.

ION

Esclavas que cercáis los umbrales de este santo templo aguardando a vuestro señor, ¿dejó ya Juto el sagrado trípode, sabido el oráculo, o continúa ansioso de remediar allí su orfandad?

EL CORO

Dentro está, ¡oh extranjero!; aún no ha salido; pero suenan las puertas como si saliese, y, en efecto, ya lo veo fuera del templo.

JUTO (*transportado de alegría, saluda a Ion al dejar el templo*).

Salve, ¡oh hijo!, que tales deben ser mis primeras palabras.

ION

En salvo estamos; que la sabiduría os ilumine, y así nos irá bien a los dos.

JUTO

Trae tu mano para que la bese, y tu cuerpo para que lo abrace.

ION

¿Estás, ¡oh extranjero!, en tu juicio, o dios te hace delirar?

JUTO

Bien sé lo que hago deseando besarte y habiéndose realizado mis votos más fervientes.

ION

Apártate; no ajen tus manos, al tocarme, las coronas del dios.

JUTO

Te abrazaré, y no a la fuerza, que al fin encuentro lo que más anhelo.

ION (*arrancándose de los brazos de Juto*).

¿No te retirarás, si no quieres que mis flechas atraviesen tu pecho?

JUTO

¿Por qué me huyes, cuando encuentras a quien tanto amas?

ION

No me agrada devolver el juicio a extranjeros ineptos e insensatos.

JUTO

Mata y abrasa; asesinarás a tu padre si así lo haces.

ION

¿Cómo has de ser mi padre? ¿No es esto ridículo?

JUTO

De ningún modo; lo que voy a decirte te lo probará.

ION

Pero ¿qué dices?

JUTO

Soy tu padre, y tú mi hijo.

ION

¿Quién lo ha asegurado?

JUTO

Apolo, que te crio siendo tú mío.

ION

Tú solo afirmas, no otro testigo.

JUTO

Solo refiero el oráculo del dios después de conocido.

ION

Te engaña algún enigma.

JUTO

¿No oí acaso bien?

ION

¿Cuáles fueron las palabras de Febo?

JUTO

Que aquel que saliese a mi encuentro...

ION

¿En dónde?

JUTO

Al salir del templo del dios...

ION

¿Qué le ha de suceder?

JUTO

Es mi hijo.

ION

¿Verdaderamente, o solo como don que te hacía?

JUTO

Como don suyo y fruto, además, de mi matrimonio.

ION

¿Y yo he sido el primero que encontraste al paso?

JUTO

No otro, hijo.

ION

Y al cabo, ¿de dónde viene esta dicha?

JUTO

Igual es nuestra sorpresa.

ION

Vamos, ¿cuál fue mi madre?

JUTO

No puedo afirmarlo.

ION

¿Ni tampoco Febo?

JUTO

Gozoso con lo que ya sabes, no le pregunté más.

ION

¿La tierra ha sido, pues, mi madre?

JUTO

No engendra hijos.[38]

ION

¿Y cómo lo sería yo?

JUTO

No lo sé, pero el dios lo dice.

ION

Vaya; hablemos de otra cosa.

JUTO

Mejor es hablar de esto, ¡oh hijo!

ION

¿Te deslizaste acaso en algún lecho ilegítimo?

JUTO

Quizá en la época de mis extravíos juveniles.

ION

¿Antes de casarte con la hija de Erecteo?

JUTO

Nunca después.

ION

¿Me engendrarías acaso entonces?

JUTO

Según parece, debió ser hacia ese tiempo.

ION

Si fue así, ¿cómo vine aquí?

JUTO

Lo ignoro.

ION

¿Andando un trayecto tan largo?

JUTO

Esto me hace también dudar.

ION

¿Has estado antes en la roca Pítica?

JUTO

Sí; para celebrar las orgías de Dioniso.

ION

¿Y quién te dio hospitalidad?

JUTO

El que a las doncellas de Delfos...[39]

ION

¿Te hizo acompañar? ¿Qué dices?

JUTO

Sí, a las Ménades de Dioniso.

ION

¿Sobrio o ebrio?

JUTO

Entregado a los placeres de Dioniso.

ION

¿Entonces, sin duda, lo engendraste?

JUTO

Lo reveló el Destino, ¡oh hijo!

ION

Pero ¿cómo vine a parar a este templo?

JUTO

Quizá exponiéndote esa doncella.

ION

Librémonos de la esclavitud.

JUTO

Abraza ahora a tu padre, ¡oh hijo!

ION

Conviene no desobedecer al dios.

JUTO

Bien piensas.

ION

¿Y que más puedo desear...

JUTO

Ahora discurres como debes.

ION

Que haber nacido del hijo de Zeus?

JUTO

Tal es tu suerte.

ION

¿Abrazaré, pues, al que me engendró?

JUTO

Sí, obedeciendo al dios.

ION (*abrazando a Juto*).

Salve, pues, ¡oh padre!

JUTO

Acepto tan dulce nombre.

ION

Y este día...

JUTO

También me ha hecho feliz.

ION

¡Oh madre amada!, ¿nunca he ver tu faz? Más deseo conocerte ahora que antes, quienquiera que seas. Pero quizás hayas muerto, y no será posible.

EL CORO

También participamos nosotros de la dicha de la familia;[40] pero quisiera que mi señora fuese feliz con sus hijos y todos los descendientes de Erecteo.

JUTO

Insigne favor del dios ha sido encontrarte, ¡oh hijo!, y consentir que nos juntáramos, y no menos señalado el que te hizo dándote lo que más anhelabas, cuando nada sabías. Tu razonable deseo es también el mío, ¡oh hijo!: que logres ver a tu madre, y yo a la mujer en quien te engendré. Dejémoslo, pues, al tiempo, que acaso nos lo conceda. Ahora dejarás la tierra del dios y tu incierta vida, y vendrás a Atenas dócil a los ruegos de tu padre, en donde te aguardan cetro venturoso y grandes riquezas; no sufrirás ya dos males a un tiempo, ni te llamarán villano y miserable, sino noble y opulento. ¿Callas? ¿Por qué fijas en tierra tus ojos y te abandonas a profundas meditaciones, y renunciando a tu anterior alegría inspiras a tu padre serios temores?

ION

No es lo mismo contemplar las cosas desde lejos que tocarlas. Pláceme la fortuna de encontrarte; pero oye lo que pienso: dicen que los ilustres atenienses son indígenas,[41] y no han venido de otro país, por cuya razón sufriré dos males, que me miren como hijo bastardo y de padre extranjero. Y así deshonrado, si valgo poco, me despreciarán, y si obtengo los cargos más elevados y quiero darme importancia, me odiará el pueblo; aborrecidos son siempre los poderosos, los buenos y los prudentes, que no acuden en tropel a tomar parte en el gobierno de la república; callarán y se reirán de mí, y me tendrán por necio, reprobando mi inquieta ambición en

una ciudad tan tumultuosa; y si me confieren las mayores dignidades y llego a manejar los negocios de la república, más maligno me espiará el pueblo. Así suele suceder, ¡oh padre!: los que mandan y desempeñan los primeros puestos tienen ardentísimos rivales. Y cuando yo, extranjero, penetre en un palacio que no es el mío, y viva con una mujer que no tiene hijos, heredera de tu anterior desdicha, y cuyas esperanzas se verán ahora frustradas, no podrá mirarme con buenos ojos; y ¿cómo, con razón, no ha de aborrecerme, cuando me siente a tu lado y ella se vea huérfana? Y ¿cómo no ha de contemplar a tu hijo con dolor? ¿Y si después me desprecias por ella, o me honras más de lo justo, y siembras en tu palacio la discordia? ¡Cuánto linaje de muertes y letales venenos no han empleado las mujeres para librarse de sus maridos! Además, me compadezco de tu esposa, ¡oh padre!, que envejece sin descendencia, no mereciéndolo, cuando tanta es su nobleza. En vano me celebras lo que vale reinar, grato en la apariencia, pero triste en realidad; ¿cómo ha de disfrutar de ventura, cómo ha de ser feliz el que arrastra la vida siempre receloso, esperando que le den muerte violenta? Más quisiera vivir contento como simple ciudadano, que ser el primero y gozar en compañía de malos amigos, mientras odio a los buenos temiendo que me asesinen. Acaso digas que el oro triunfa de todo y que es dulce nadar en la opulencia. No me place oír los vanos rumores del vulgo y atesorar riquezas, ni sufrir trabajos. Tóqueme en suerte grata medianía para vivir tranquilo. Oye ahora, ¡oh padre!, los bienes que aquí poseo: el primero es el descanso, tan amado de los mortales; pocos cuidados me inquietan; ningún criminal me estorbará el paso, que no es tolerable cederlo a los que valen menos que nosotros. Pasaba mi vida orando a los dioses o hablando con los hombres, y servía a los alegres, no a los llorosos.

Cuando despedía a unos extranjeros, otros venían, y amable y nuevo era yo para ellos, como ellos para mí. El respeto a la ley y mi índole bondadosa me han conservado justo ante el dios, la mayor dicha entre los hombres, aunque lo sean sin quererlo. Habiendo reflexionado en todo esto, ¡oh padre!, prefiero lo que aquí tengo a lo que allí me espera. Déjame, pues, que viva a mi gusto, que igual es el deleite de los que nadan en la opulencia y el de los que se contentan con poco.[42]

EL CORO

Bien has dicho, si los que amo aprueban tus palabras y son felices.

JUTO

No hables más así, y no desprecies la ocasión que te ofrece la fortuna. Ya que te he encontrado, ¡oh hijo!, quiero celebrarlo, y sentados a la mesa en público banquete y con sacrificios festejaré tu natalicio, ya que antes no lo he hecho. Y ahora gozaré en el convite como si llevase algún huésped a mi palacio; en este concepto vendrás conmigo a visitar el Ática, más bien que como hijo. Ya que soy dichoso, no quiero afligir a mi esposa, recordándole su esterilidad. Cuando se presente favorable coyuntura, le rogaré que consienta en que yo te deje el cetro de mi reino. Y te llamo Ion,[43] nombre adecuado a tu suerte, porque fuiste el primero que encontré al salir del templo. Convoca, pues, a tus amigos, e invítalos a este sacrificio y grato banquete, y despídete de ellos, puesto que abandonarás la ciudad de Delfos. Os ordeno, esclavas, que nada de esto digáis, que la muerte os aguarda si lo participáis a mi esposa.

ION

Iré; solo falta a mi ventura que encuentre, ¡oh padre!, a la madre que me dio a luz, porque de otro modo será triste nuestra vida; y si algo

podemos desear es que sea ateniense, para que pueda hablar libremente. Porque si algún extranjero llega a una ciudad en que no los hay, aun cuando sea ciudadano en el nombre, es servil su lengua y no tiene suficiente libertad para hablar. (*Vanse los dos*).

EL CORO

Estrofa. — Presumo que ha de haber lágrimas y luto y lamentos cuando sepa mi señora que su marido tiene un hijo hermoso, y ella es estéril y huérfana. ¿Qué oráculo has pronunciado, ¡oh hijo!, profeta de Leto? ¿De dónde vino este adolescente, criado en tu templo? ¿Cuál fue su madre? No me satisfacen tus palabras, no encubran algún engaño. No puedo adivinar cuál será el término de todo esto. Maravilloso es Apolo, y prodigios son estos, sí, si son propicios. Algún fraude, algún siniestro artificio[44] creo descubrir en este niño de sangre extranjera. ¿Quién no pensará como yo?

Antístrofa. — ¿Diremos a mi señora, ¡oh amigas!, lo que ha sucedido aquí, declarándole cuanto ha hecho su marido, en quien confiaba, y de cuyas esperanzas participó siempre la desdichada? Los males la acabarán cuando llegare a la cara vejez, mientras él es dichoso; su marido desprecia a los que la aman, mientras que él, mísero extranjero, fue admitido en nuestra familia y le sonrió la suerte, y no se contentó con ella. Muera, muera el que engañó a mi señora, y que la alegre llama no consuma nunca la libación que ofrezca a los dioses. Sabrá, en cuanto de mí depende...

... ...

amiga del reino.

Epodo. — Ya el hijo y el padre, de reciente data, vienen al banquete que se prepara en las cumbres del Parnaso, de encrespados peñascos que se

pierden en el aire, y en donde Dioniso, agitando antorchas ardientes, danza con ligereza, acompañado de las Bacantes que vagan durante la noche. Que nunca vaya este niño a mi ciudad; muera en sus floridos años, y mi patria no gemirá justamente víctima de esta irrupción extranjera.[45] Bástale Erecteo, nuestro antiguo rey.

CREÚSA (*que vuelve con su anciano pedagogo*).

¡Oh anciano, ayo de Erecteo, mi difunto padre!; anímate a llegarte al oráculo del dios, para que te regocijes conmigo si el rey Apolo ha declarado que tendré hijos. Dulce es la felicidad en compañía de los que amamos; al contrario, si nos sucede algún infortunio (lo que Dios no permita), es dulce también mirar los ojos de un hombre benévolo. Yo, aunque reina, te respeto como a un padre, de igual manera que tú respetaste al mío en otro tiempo.

EL PEDAGOGO

¡Oh hija! Dignas son las costumbres de tus ilustres antepasados, y no deshonrarás con ellas a tus viejos progenitores, hijos de la tierra. Llévame, llévame al templo y sírveme de guía; molesto es para mí llegar hasta el oráculo;[46] ayúdame, y que tú seas quien me asista en las enfermedades en mi vejez.

CREÚSA (*sosteniéndolo*).

Sígueme, y mira por dónde andas.

EL PEDAGOGO

Vamos; tardos son mis pasos, vivo mi ánimo.

CREÚSA

Cuidado con esa senda; apóyate con firmeza en el báculo.

EL PEDAGOGO

Ciego es también mi báculo, que mi vista de poco sirve ya.

CREÚSA

Bien me parece lo que dices, pero no te dejes dominar del cansancio.

EL PEDAGOGO

No es ese mi deseo; poro no está en mi mano adquirir lo que me falta.

CREÚSA (*al llegar arriba*).

¡Oh mujeres!, fieles esclavas que me ayudáis con vuestras lanzaderas a tejer mis telas, ¿qué sabe mi marido de nuestros hijos, única causa de su venida? Hablad, si son alegres vuestras nuevas; no diréis que soy una dueña ingrata.

EL CORO

¡Ay de mí, oh Fortuna!

EL PEDAGOGO

No es de buen agüero tu exordio.

EL CORO

¡Ay de mí, desventurada!

EL PEDAGOGO

¿Me harán acaso infeliz los oráculos de mis señores?

EL CORO

Paciencia; ¿qué hemos de hacer cuando nos amenacen de muerte?

CREÚSA

¿Qué significa esto? ¿Qué les infunde miedo?

EL CORO

¿Hablaremos, o nos callaremos? ¿Qué hacemos?

CREÚSA

Hablad; sin duda sabéis algo siniestro que me interesa.

EL CORO

Lo diremos, pues, aunque perezcamos dos veces.[47] No tomarás en tus brazos a tus hijos, ¡oh señora!, ni los alimentarán tus pechos.

CREÚSA (*horrorizada en extremo*).

¡Ay de mí! ¡Que yo muera!

EL PEDAGOGO (*consolándola*).

¡Hija!

CREÚSA

¡Cuán desdichada soy! ¡Grande es mi infortunio, intolerable el dolor que sufro, oh, amigas!

EL PEDAGOGO

Perecimos, hija mía.

CREÚSA

¡Ay, ay de mí! ¡Ay, ay de mí! ¡Dolor agudo ha penetrado en mi corazón!

EL PEDAGOGO

No solloces todavía...

CREÚSA

Deplorable es nuestra suerte.

EL PEDAGOGO

Hasta no saber...

CREÚSA

¿Qué nueva?

EL PEDAGOGO

Si mi dueño es tan desventurado como tú, o tú sola la infeliz.

EL CORO

Diole Apolo un hijo, ¡oh anciano!; él solo es venturoso.

CREÚSA

Lo que has dicho, lo que has dicho pone el colmo a mi pena y a mi extrema aflicción.

EL PEDAGOGO

Ese hijo de que has hablado, ¿ha de nacer, o, según el oráculo, ha nacido ya?

EL CORO

Febo le ha devuelto uno, que vivía, ya en la pubertad; presente estuve yo.

CREÚSA

¿Que dices? Infausto, infausto, inaudito es lo que me cuentas.

EL PEDAGOGO

Y también para mí. Acábame de decir más claramente el oráculo, y quién es ese hijo.

EL CORO

El dios declaró que era el primero que encontrase al salir del templo.

CREÚSA (*sollozando*).

¡Ay, ay de mí! ¡Pero yo he de vivir sin hijos, sin hijos he de vivir, y solitaria y sin ellos habitaré en mi palacio!

EL PEDAGOGO

¿Y a quién aludió el oráculo? ¿Con quién tropezó el marido de esta desdichada? ¿Cómo, en dónde lo vio?

EL CORO

¿Te acuerdas, ¡oh señora amada!, del joven que cuidaba de este templo? Ese es su hijo.

CREÚSA

¡Ojalá que yo vuele por el húmedo aire,[48] lejos de la Grecia, hasta llegar a los luceros vespertinos: que tan grande es mi dolor, ¡ay!, que tan grande es mi dolor!

EL PEDAGOGO

¿Y qué nombre le puso su padre? ¿Lo sabéis, o también lo ignoráis?

EL CORO

Ion, por ser el primero que encontró.

EL PEDAGOGO

¿Y quién es su madre?

EL CORO

No puedo decírtelo; pero el esposo de esta, sin que ella lo sepa, para decírtelo todo, ¡oh anciano!, ha ido a sacrificar en acción de gracias, por el hallazgo de su hijo y por la hospitalidad que le dio, a los sagrados tabernáculos y a celebrar con él un banquete.

EL PEDAGOGO

Tu esposo nos hace traición, ¡oh señora!, y, como tú, lo deploro. Estamos llenos de oprobio, y nos arrojarán del palacio de Erecteo; no me inspira el odio a tu marido, sino el afecto que te profeso, porque habiéndose casado contigo, aunque solo era en la ciudad un extranjero intruso, y habitado en tu palacio y poseído todo tu patrimonio, engendró hijos en otra mujer. Yo te explicaré lo que ha hecho sin tu consentimiento: cuando supo que eras estéril, no contento ya con que fuese igual vuestra desgracia, compartió el lecho de alguna esclava, de quien tuvo a ese niño; lo alejó de ella, dándolo a educar en Delfos, y sin obstáculo ha crecido ocultamente en el templo del dios. Ya hombre, te persuadió que vinieras aquí pretextando que no tenías hijos tú; el dios no te ha engañado; él sí,

criando hace tiempo al suyo y tramando tales engaños; si se averiguaban, los atribuiría a Apolo;[49] si permanecían ignorados, se aprovecharía de ellos para darle el reino de Atenas. Tranquilo forjó, pues, el nuevo nombre de Ion, por haber sido el que encontró al salir del templo. ¡Ay de mí! ¡Cómo he aborrecido siempre a los malvados que maquinan injusticias o iniquidades y después las engalanan artificiosamente! Prefiero un amigo sencillo y bueno a otro más sagaz si es malo. Y sufrirás el colmo de los males si un hombre oscuro, hijo de madre incierta, de una esclava cualquiera, ha de mandar en tu palacio. Más tolerable sería que habiendo nacido de noble ciudadana, te hubiese persuadido, viéndote sin descendencia, que lo adoptaras, llevándolo a tu palacio; y si te desagradaba, contraer nuevo himeneo con alguna de las nietas de Eolo. Deber tuyo es, pues, ahora, acometer alguna hazaña mujeril, o empuñando el acero, o armándole alguna celada, o matando con veneno a tu marido y a tu hijo antes que ellos lo hagan contigo. Y si no lo intentas, perderás la vida, que cuando dos enemigos viven bajo un mismo techo, amenaza grave peligro al uno o al otro.[50] Yo te ayudaré, y nos presentaremos en el festín, mataremos juntos a su hijo, y pagaré así a mis dueños cuanto han gastado en sustentarme, y moriré o viviré con ellos. Solo el nombre de esclavo es deshonroso, que en todo lo demás, ningún siervo, siendo bueno, vale menos que los hombres libres.

EL CORO

Y yo, dueña querida, quiero compartir contigo esta desdicha, y morir o vivir sin oprobio.

CREÚSA (*que de repente sale de un doloroso estupor*).

¡Oh alma mía! ¿Cómo he de callar? Y por otra parte, ¿cómo publicar

mis ignoradas aventuras amorosas desoyendo los consejos del pudor? Ya, ¿qué obstáculo me lo impide? ¿Con quién rivalizaré en virtud? ¿No es un traidor mi marido? Usúrpanme mi palacio, quédome sin hijos, y se desvanecieron esperanzas que ya no puedo abrigar, a pesar de mis deseos, callando mis amores, callando mi deplorable pasado. Pero no; por el solio estrellado de Zeus, por la diosa que habita en mis peñascos y por la sagrada orilla de la pantanosa laguna Tritónide,[51] no ocultaré mi falta, y me consolaré abriendo mi pecho. Lágrimas destilan mis pupilas, y duélese mi corazón, víctima de las asechanzas de los dioses y los hombres, cuya ingrata traición a mi lecho probará mi esfuerzo.

Proodo o canto preliminar. — ¡Oh tú!, que acompañas tu canto con la cítara de siete cuerdas, que en sus rústicos e inanimados cuernos[52] haces oír los suaves himnos de las Musas; tu crimen, ¡oh hijo de Leto!, por mí será publicado.

Estrofa. — Brillaba tu cabellera y me buscaste cuando yo cogía en mi falda bellas flores que emulaban el esplendor del sol, y, sujetando mis blancas manos, sin pudor me llevaste, ¡oh dios enamorado!, a la gruta que me sirvió de lecho, a pesar de los gritos con que llamaba a mi madre, cediendo a sus deshonestos deseos.

Antístrofa. — Doite a luz un hijo, ¡oh desventurada!, y temerosa de mi madre arrojelo a tu gruta, en donde en mísero maridaje te uniste a esta desdichada. ¡Ay de mí, ay de mí!, y ya murió el infortunado, sirviendo de pasto a las aves y despedazado por ellas, mientras tú, tañendo la cítara, cantas himnos. ¡Hola! A ti me dirijo, ¡oh hijo de Leto!, que por suerte pronuncias tus oráculos a todos en dorado asiento y en el centro de la tierra, y a tus oídos llegarán estas voces.

Epodo. — ¡Ay de ti, punible estuprador!, que en tu templo das un hijo a mi marido, no habiendo recibido antes de él beneficio alguno; mi hijo y el tuyo, que nada sabe, perece arrebatado por las aves, perdidas las fajas en que lo envolvió su madre. Delos te odia, y las ramas de laurel y la palma de suelto follaje, bajo la cual Leto le dio a luz en parto venerando, fruto de su unión con Zeus.

EL CORO

¡Ay de mí! Gran cúmulo de males nos amenaza, capaz de arrancar lágrimas a los más indiferentes.

EL PEDAGOGO

¡Oh hija!, no me canso de mirar tu rostro hasta perder el juicio. Cuando apuraba la amarga copa de estos infortunios, tus palabras, como nueva ola que me arroja de la popa, otra vez me acomete y trueca los males presentes en otros más graves. ¿Qué dices? ¿De qué crimen acusas a Febo? ¿Auguras haber dado vida a un hijo? ¿En qué parte de la ciudad expusiste ese parto de tu vientre, grato a las fieras? Repítelo, explícate.

CREÚSA

Respeto me infundes, ¡oh anciano!; pero lo declararé, no obstante.

EL PEDAGOGO

Sí, que honroso es llorar con los amigos.

CREÚSA

Oye, pues: ¿sabes en dónde está la gruta septentrional de la roca de Cécrope, que llamamos Macra?

EL PEDAGOGO

Sí, allí se ve el templo de Pan, cerca del ara.

CREÚSA

Pues en ese paraje luchamos tan tristemente.

EL PEDAGOGO

¿Cómo? ¡Cuántas lágrimas me haces derramar!

CREÚSA

Contra mi voluntad tuve con Febo infausto ayuntamiento.

EL PEDAGOGO

¡Oh hija! ¿Es esto acaso lo que yo sospechaba?

CREÚSA

Lo ignoro; pero si dices verdad, la confirmaré.

EL PEDAGOGO

¿Cuando ocultamente te quejabas de enfermedad misteriosa?

CREÚSA

Así era; y ahora confieso mi desventura.

EL PEDAGOGO

¿Y cómo ocultaste después tus nupcias con Apolo?

CREÚSA

Di a luz el fruto de nuestro amor; óyeme con paciencia, anciano.

EL PEDAGOGO

¿En dónde? ¿Quién te ayudó en tu parto? ¿Acaso tú sola sufriste sus dolores?

CREÚSA

Sola en la gruta, en donde celebré mi himeneo.

EL PEDAGOGO

¿Y en dónde está ese niño, para que no vivas sin hijos?

CREÚSA

Murió, ¡oh anciano!, habiendo sido expuesto a las fieras.

EL PEDAGOGO

¿Murió? ¿Y osó Apolo abandonarlo?

CREÚSA

No quiso socorrerlo; críase en el palacio de Hades.

EL PEDAGOGO

¿Y quién lo expuso? ¿No serías tú, sin duda?

CREÚSA

Yo, en una noche oscura, envuelto en sus pañales.

EL PEDAGOGO

¿Y nadie lo supo?

CREÚSA

Tan solo mi desdicha, tan solo el misterio.

EL PEDAGOGO

¿Y cómo osaste dejar a tu hijo en la gruta?

CREÚSA

¿Cómo? Después de exhalar tristes quejas.

EL PEDAGOGO

¡Qué horror! ¡Oh, tú, corazón de hierro, que a tanto te atreviste, y aún más cruel el dios!

CREÚSA

¡Si hubieses visto al niño extendiendo hacia mí sus manecitas!

EL PEDAGOGO

¿Porque tenía hambre, o para que lo tomases en tus brazos?

CREÚSA

Por gustar la leche de mis pechos, que no lo alimentaron, víctima de mi injusticia.

EL PEDAGOGO

¿Y cuál fue tu objeto al exponer a tu hijo?

CREÚSA

Creí que el dios lo salvaría por ser también suyo.

EL PEDAGOGO

¡Qué furiosa borrasca azota a tu familia!

CREÚSA

¿Por qué lloras ocultando tu cabeza, ¡oh anciano!?

EL PEDAGOGO

Pensando en tu aflicción y en la que sentirá tu padre.

CREÚSA

Tal es la suerte reservada a los mortales; nada hay constante en ellos.

EL PEDAGOGO

Dejémonos ya de lamentos, ¡oh hija!

CREÚSA

¿Y que haré? Desdicha grande es la irresolución.

EL PEDAGOGO

Véngate del dios, que te injurió primero.

CREÚSA

¿Y cómo yo, simple mortal, venceré a deidades más poderosas?

EL PEDAGOGO

Incendia el venerando templo de Febo.

CREÚSA

Tengo miedo; bastantes males me atormentan.

EL PEDAGOGO

Mata, pues, a tu marido, que esto es posible.

CREÚSA

Me acuerdo de nuestra unión, cuando era bueno.

EL PEDAGOGO

Mata, al menos, al niño, que nació para tu daño.

CREÚSA

¿Cómo? ¡Si pudiera! ¡Cuánto lo anhelo!

EL PEDAGOGO

Arma a tus satélites, que llevan espada.

CREÚSA

Pronta estoy; pero ¿adónde iremos?

EL PEDAGOGO

A los sagrados tabernáculos, en donde celebra el banquete, con sus amigos.

CREÚSA

Hazaña es asesinar, y los esclavos valen poco.

EL PEDAGOGO

¡Ay de mí! Tu ánimo desfallece. Vamos, decídete.

CREÚSA

Dolorosa y eficaz es la venganza que medito.

EL PEDAGOGO

Lo mismo te serviré.

CREÚSA

Oye, pues: ¿te acuerdas de la batalla de los gigantes?

EL PEDAGOGO

Sí, la trabaron en Flegra[53] con los dioses.

CREÚSA

Allí la tierra dio a luz a la Gorgona,[54] monstruo horrible.

EL PEDAGOGO

¿Para auxiliar a sus hijos y combatir con los dioses?

CREÚSA

Sí, y la mató Palas, hija de Zeus.

EL PEDAGOGO

¿Y cuál era su forma, espantosa sin duda?

CREÚSA

Armado estaba su pecho de víboras entrelazadas.

EL PEDAGOGO

¿No es esta la misma tradición que oí en otro tiempo?

CREÚSA

Atenea ostenta la piel de ella en su seno.

EL PEDAGOGO

¿No la llaman la *Égida*, atributo de Palas?

CREÚSA

Así la nombraron cuando peleó a favor de los dioses.

EL PEDAGOGO

¿Y cómo, ¡oh hija!, ofenderá a tus enemigos?

CREÚSA

Conociste, sin duda, a Erictonio, ¡oh anciano! ¿No es así?

EL PEDAGOGO

¿El primero de tus antepasados que dio a luz la tierra?

CREÚSA

A poco de nacer le concedió Palas...

EL PEDAGOGO

¿Qué? Parece que temes hablar.

CREÚSA

Dos gotas de sangre de la Gorgona.

EL PEDAGOGO

¿Y qué efecto harán en los hombres?

CREÚSA

Una da la muerte, otra cura las enfermedades.

EL PEDAGOGO

¿Y las suspendió del cuerpo del niño?

CREÚSA

Con ligaduras doradas; él las dio a mi padre.

EL PEDAGOGO

¿Y a su muerte las heredaste?

CREÚSA

Así fue, y las traigo ocultas en mi mano.

EL PEDAGOGO

¿Y de dónde proviene este doble presente de la diosa?

CREÚSA

Es la sangre que derramó la vena cava.[55]

EL PEDAGOGO

¿Y para qué sirve? ¿Cuál es su virtud?

CREÚSA

Ahuyenta las enfermedades e infunde nueva vida.

EL PEDAGOGO

¿Y cuál dijiste que era el efecto de la otra?

CREÚSA

Mata, porque es veneno de los dragones de la Gorgona.

EL PEDAGOGO

¿Y están juntas las dos, o separadas?

CREÚSA

Separadas; la buena no se mezcla con la mala.

EL PEDAGOGO

¡Oh hija muy amada!, posees cuanto necesitas.

CREÚSA

Así morirá a tus manos el hijo de Juto.

EL PEDAGOGO

¿En dónde y cómo? Manda tú, y yo obedeceré.

CREÚSA

En Atenas, cuando habite en mi palacio.

EL PEDAGOGO

No has dicho bien; hace poco reprobaste mi consejo.

CREÚSA

¿Cómo? ¿No tienes confianza en mi proyecto?

EL PEDAGOGO

Se creerá que tú misma has envenenado al hijo de Juto, aunque su muerte no sea obra tuya.

CREÚSA

Bien está; dicen que las madrastras aborrecen a los hijastros.

EL PEDAGOGO

Mátalo, pues, aquí, en donde negarás el crimen.

CREÚSA

De antemano saboreo ya este deleite.

EL PEDAGOGO

Y ocultarás a tu esposo lo que él quiere callarte.[56]

CREÚSA

¿Sabes lo que has de hacer? Después que recibas de mi mano este antiguo vaso dorado, presente de Palas, irás adonde mi marido sacrifica a escondidas, y cuando acaben de cenar y vayan a ofrecer libaciones a los dioses, ocultándolo bajo tu vestido, derrámalo en la copa del joven, pero solo en la suya, no en todas, para que la beba el futuro señor de mi palacio, que si llega a humedecer su garanta, nunca irá a la ínclita Atenas, y se quedará aquí.

EL PEDAGOGO

Vete ahora tú a las habitaciones destinadas a los peregrinos, que yo haré cuanto me has ordenado. ¡Vamos, pies trémulos, manteneos firmes a pesar de mis años y encaminaos hacia el enemigo, como ordena mi dueña, y dadle muerte, y librad el palacio de su presencia! Buena es la piedad cuando la fortuna se muestra propicia; pero ninguna ley prohíbe que hagamos daño a nuestros enemigos.[57] (*Retíranse los dos en dirección opuesta*).

EL CORO

Estrofa. — ¡Oh Trivia!,[58] hija de Ceres, que presides a los crímenes nocturnos; lleva también de día a feliz término el que ha de perpetrar esta copa mortífera, como desea mi venerable, mi venerable señora, y que beba estas gotas de la garganta de Medusa, hija de la Tierra, el que intenta penetrar en el palacio de los hijos de Erecteo; que ningún otro de distinto linaje domine en mi ciudad, excepto los nobles Erecteidas.

Antístrofa. — Pero si se frustra el asesinato que osa mi dueña y pasa la

ocasión de cometerlo, y se desvanece su esperanza, o herirá su pecho afilada cuchilla, o ceñirá un lazo su cuello, y acabando sus dolores, vivirá con otra forma. Mientras exista, no verán sus ojos, brillantes luceros, que dominen en su morada señores extranjeros, siendo ella de noble estirpe.

Estrofa. — Me avergozaré, por el dios que alaban los cantos, si, junto a las fuentes de Calícoro, y al celebrarse con antorchas las Vigésimas,[59] hemos de contemplar a Ion vigilando durante la noche, cuando los coros conmueven el aire a la luz del cielo estrellado y de la Luna, y las cincuenta hijas de Nereo danzan en la mar y en el fondo de los ríos perennes en honor de Perséfone, la de corona de oro, y de su madre veneranda, si allí quiere reinar un vagabundo, esclavo de Febo, y disfrutar de riquezas que otros ganaron.

Antístrofa. — Vosotros los que satirizáis a las mujeres en vuestros versos y reveláis en vuestros himnos nuestras faltas conyugales y nuestros amores adulterinos e impíos, observad cuán superior es nuestra piedad al desordenado apetito de los hombres. Componed, pues, contra ellos y mis adulterios vuestras mordaces canciones. Juto, descendiente de Zeus, ha probado su ingratitud, puesto que participando de la desgracia de mi dueña y no teniendo hijos de ella, los buscó en otras, y ha logrado uno espurio.

EL CRIADO

¿En dónde estará, ¡oh mujeres!, mi señora, la ínclita hija de Erecteo? He corrido toda la ciudad sin poder encontrarla.

EL CORO

¿Qué sucede, ¡oh consiervo!, que te trae tan azorado? ¿Cuál es tu mensaje?

EL CRIADO

Nos persiguen, y los magistrados de Delfos la precipitarán desde una roca si la hallan.

EL CORO

¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¿Se ha averiguado acaso que maquinábamos la muerte de ese joven?

EL CRIADO

Me has entendido, y no serás la última que lo pague.

EL CORO

¿Y cómo se ha descubierto ese crimen misterioso?

EL CRIADO

El dios, no queriendo contaminarse, ha hecho triunfar la justicia.

EL CORO

¿Cómo? Suplicándote te ruego que lo digas; cuando te hayamos oído, si nos conviene morir, moriremos de mejor grado, o viviremos si preferimos ver la luz del sol.

EL CRIADO

Después que se ausentó Juto, el marido de Creúsa, conocido el oráculo del dios, en compañía de su hijo, para llevarlo al banquete y al sacrificio que a los dioses preparaba, se dirigió adonde brilla el fuego dionisíaco[60] para que la sangre de las víctimas regase ambas cumbres en acción de gracias por tan feliz hallazgo, hablándole así: «Quédate tú aquí, ¡oh hijo!, para levantar muchos tabernáculos, ayudado de trabajadores. Cuando yo sacrifique a los dioses que presiden al nacimiento, invita, si tardo, a los amigos que han de acompañarnos». Y se alejó llevándose los novillos. El adolescente levantó con cuidado los pilares del tabernáculo, huyendo de los rayos del sol de

mediodía y de poniente, y midió un espacio rectangular de 100 pies de largo por cada lado, cuya superficie era de 10.000 pies cuadrados, según dicen los peritos, para convidar a todo el pueblo de Delfos. Y con los sagrados tapices del tesoro cerró sus costados, que era una maravilla. Primero colocó en el techo uno, trofeo de la derrota de las Amazonas, don que ofreció al dios Heracles, el hijo de Zeus. Tales eran los asuntos que sus tejidos representaban: el cielo convocando a las estrellas en los aires; el Sol guiando a sus caballos poco antes de su ocaso, llevando en pos el brillante lucero vespertino, y la Noche, de negras vestiduras, rigiendo su carro de dos caballos, rodeada de espléndidos luminares. Las Pléyades y Orión[61] con su espada hendían el firmamento, y encima la Osa, envolviéndose en su cola de oro, y opuesta al polo; más alta, resplandecía la Luna llena, que divide los meses; las Híades, señal muy conocida de los navegantes, y la rosada Aurora ahuyentando a los astros. Añadió en los costados otros tapices de bárbaros dibujos, como de naves enemigas de los griegos, bien armadas de remos y de hombres semifieras, y de cacerías a caballo, y de ciervos y feroces leones ya encadenados. Inmediato a la puerta estaba Cécrope, envolviéndose en espirales, junto a sus hijas,[62] ofrenda de algún ateniense. Después que trajeron los vasos de oro, un heraldo, sobre las puntas de los pies, invitó al banquete a todos los ciudadanos que quisiesen asistir. Llena la copa, se adornaron de coronas y gustaron deleitosos manjares. A la mitad del festín se adelantó hasta la mesa un anciano, y excitó gran risa entre los convidados, sirviéndoles oficiosamente. De las urnas les ofrecía agua para lavarse, y los perfumaba con mirra,[63] y a todos presentaba doradas copas, encargándose él solo de este ministerio. Cuando sonaron las flautas y circuló la copa común, dijo el anciano: «Tiempo es ya

de llevarse las copas pequeñas de vino y traer los vasos grandes,[64] para que más pronto la alegría penetre en los ánimos de todos». Entonces trajeron vasos cincelados de oro y plata. Él, tomando uno de los más bellos, como para congraciarse con su nuevo señor, se lo dio lleno, echando en el vino un veneno activo que, según dicen, le había dado su señora para que el nuevo hijo dejase de ver la luz, sin excitar sospechas; pero cuando este tenía en su mano la libación, como los demás, uno de los servidores profirió una palabra de mal agüero,[65] y como criado en el templo y entre sabios adivinos, pudo apreciar su valor y mandó que le llenasen otra copa, y derramó la primera en honor de la Tierra, y ordenó a todos que lo imitaran. Reinó entonces el silencio, y volvimos a verter en los vasos sagrados agua y vino biblino.[66] Al mismo tiempo penetró en la tienda una bandada de ligeras palomas, que vivían seguras en el templo de Apolo. Y después que derramaron el vino...

... ...

sedientas bebieron de él, y lo tragaron con sus cuellos cubiertos de pluma. Y las demás apuraron sin peligro la libación divina; pero la que se posó en la tierra, en el lugar en donde el hijo recién hallado vertió la suya, y sació allí su sed, comenzó a temblar y a estremecerse toda, y, como si gimiera, arrulló confusamente; todos los convidados quedaron maravillados contemplando sus sufrimientos, y murió presa de convulsiones y se estiraron sus pies purpúreos. Entonces, el hijo declarado por el oráculo, arrollando su manto y descubriendo sus hombros y su brazo,[67] exclamó así: «¿Quién ha intentado envenenarme? Dilo, anciano; tú has sido, y de tu mano recibí la copa». Y cogiéndolo de sus viejos brazos, comenzó a interrogarle, para que no se le escapase, siendo tan manifiesto su

delito. Descubriose, pues, y a la fuerza declaró el crimen de Creúsa y su propósito de envenenarlo. El joven designado por el oráculo salió entonces presuroso al frente de sus compañeros, y habiendo buscado a los próceres de esta ciudad de Apolo, Pitia les dijo: «¡Oh santa tierra!, la mujer extranjera, hija de Erecteo, ha intentado envenenarme». Enterados los notables de Delfos, decretaron unánimes que mi señora fuese precipitada desde la roca, por haber osado dar muerte a un varón tan santo y cometer este crimen en el templo. Todos los ciudadanos persiguen ahora a la que emprendió anhelosa tan malhadada peregrinación, pues deseando que Febo le conceda hijos, perderá su vida juntamente con la esperanza de tenerlos.

EL CORO

No hay medio de que yo, infortunada, evite mi suerte; todo se sabe, todo se sabe por la muerte de la paloma al beber la libación compuesta del jugo de los racimos de Dioniso, y de las gotas del activo veneno de las víboras; inevitable es el sacrificio mortífero, la calamidad que amenaza a mi vida y el suplicio de mi dueña, despeñada desde la roca. ¿Cómo huiré volando, o me refugiaré en tenebrosas cavernas, para librarme de las piedras que han de darme la muerte, o llevada por los ligeros cascos de los caballos uncidos a la cuadriga, o en la popa de alguna nave? No es posible ocultarme, a no ser que algún dios quiera salvarnos. ¿Qué sufrimientos, ¡oh desdichada señora!, te esperan? ¿Por ventura seremos víctimas nosotras del mal que intentamos hacer a otros, como exige la justicia?

CREÚSA (*que llega azorada*).

Búscanme, ¡oh esclavas!, para darme funesta muerte, condenada por los sufragios délficos;[68] dispuesta estoy a sufrir el suplicio.

EL CORO

Conocemos tus desdichas, ¡oh infortunada!, y la pena que te aguarda.

CREÚSA

¿Adónde huiré, pues? Con trabajo he podido escaparme del edificio en que estaba, huyendo de mi ruina, y callada llego aquí burlando a mis enemigos.

EL CORO

¿Adónde mejor que al ara?

CREÚSA

¿Pero de qué me servirá?

EL CORO

No es lícito matar al suplicante.

CREÚSA

Pero la ley lo manda.

EL CORO

Si hubieses caído en sus manos...

CREÚSA

Ya vienen mis crueles ejecutores con las espadas desenvainadas.

EL CORO

Siéntate, pues, junto al ara. Porque si ahí mueres, tus verdugos expiarán tu muerte; menester es sufrir resignados nuestro destino.

ION (*con séquito de guerreros*).

¡Oh padre Céfiro de faz taurina![69] ¿Cómo engendraste esta víbora o dragón, y de cuyos ojos brota letal llama? Todo lo osa, y no es menos cruel que el veneno de las Gorgonas con que quiso matarme. Apoderaos de ella para que sus rizos, no humedecidos por las libaciones, sean desgarrados por

los peñascos del Parnaso, desde los cuales será precipitada. Fortuna tuve antes de llegar a Atenas y caer bajo la férula de mi madrastra, pues entre mis compañeros he podido conocer tu malevolencia y el odio que me profesas. Es seguro que al pisar tu palacio me hubieras lanzado a la morada de Hades. Pero ni el ara ni el templo de Apolo te salvarán. Yo y mi madre somos más dignos de lástima que tú, pues aunque no la conozca invoco su nombre con frecuencia. Contemplad a esta mujer malvada, maestra de engaños, que se sienta trémula junto al ara del dios, como si no hubiese de expiar su delito.

CREÚSA

Ordénote que no me mates, en mi propio nombre y en el del dios, junto a cuya ara estamos.

ION

¿Qué tienes tú de común con Febo?

CREÚSA

Consagro a este dios mi cuerpo.

ION

Y, sin embargo, intentabas envenenarme cuando yo era suyo.

CREÚSA

No suyo, sino de tu padre.

ION

Pero me adoptó por hijo y ha sido conmigo un verdadero padre.

CREÚSA

Eras antes servidor de Apolo; ahora yo, y tú no.

ION

Impía es tu consagración, y piadosa fue la mía.

CREÚSA

Pero quise matarte porque eras enemigo de mi familia.

ION

No fui armado a tu país.

CREÚSA

Sí, sin duda alguna; e incendiabas además el palacio de Erecteo.

ION

¿Con qué teas incendiarias, o con qué otro linaje de fuego?

CREÚSA

Arrebatándome mis bienes, habías de poseerlos contra mi voluntad.

ION

Sí, mi padre me cedía el país que ganó con sus armas.

CREÚSA

¿Qué derecho podían tener los descendientes de Eolo a la ciudad de Palas?

ION

Con sus armas la salvó, no con vanas palabras.

CREÚSA

El auxiliar no es poseedor del país que socorre.

ION

¿Luego querías matarme para no temer nada en adelante?

CREÚSA

Para no morir si tú perecías antes.

ION

Me odias porque mi padre me encontró, y tú no tienes hijos.

CREÚSA

¿Tú usurparás acaso la herencia de los huérfanos de ellos?

ION

¿Pues qué, no había de heredar parte de los de mi padre?

CREÚSA

Solo una lanza y un escudo; he aquí tu patrimonio.

ION

Deja el ara y el templo consagrado al dios.

CREÚSA

Aconseja a tu madre en dondequiera que esté.

ION

¿Pero no serás castigada por haber intentado envenenarme?

CREÚSA

Sí, si te atreves a hacerlo en este templo.

ION

¿Y por qué te agrada morir entre las guirnaldas de Febo?[70]

CREÚSA

Así padecerá alguno que nos hizo sufrir.

ION

¡Válganme los dioses! Lastimoso es que Apolo no estableciese leyes justas y prudentes para los hombres; los criminales no debían refugiarse en el ara, sino ser lanzados de ella; ni es honroso acercarse a los dioses con las manos manchadas, y solo los justos debían acogerse a los lugares consagrados si se los hacía injusticia, y nunca consentir que disfrutaran del mismo privilegio el sacrílego y el delincuente.

LA PITIA (*que sale del templo*).

Detente, hijo mío; yo, la sacerdotisa de Febo, acabo de dejar mi sagrado

asiento, y vengo aquí encargada de la custodia del antiguo trípode, elegida entre todas las mujeres délficas.

ION

Salve, madre amada, aunque no me dieras a luz.

LA PITIA

Pero llámame madre tuya, que este nombre no me desagrada.

ION

¿Has sabido que esta mujer quería darme muerte con malas artes?

LA PITIA

Sí, y tú pecas también y eres cruel.

ION

¿No debo acaso castigar a mis asesinos?

LA PITIA

Las madrastras odian siempre a sus hijastros.

ION

Y nosotros a nuestras madrastras, cuando intentan ofendernos.

LA PITIA

Déjate de esto; al abandonar el templo para encaminarte a tu patria...

ION

¿Qué he de hacer, obediente a tus consejos?

LA PITIA

Vete puro a Atenas, y con auspicios favorables.

ION

Puro es, sin duda, el que se venga de sus enemigos.

LA PITIA

No lo hagas tú así; oye lo que voy a decirte.

ION

Habla, que tus palabras serán benévolas.

LA PITIA

¿Ves este cestillo que traigo debajo de los brazos?

ION

Veo un viejo cesto, ceñido de larga banda.

LA PITIA

Tal fue tu cuna, que te acogió al nacer.

ION

¿Qué dices? Nuevo es para mí esto.

LA PITIA

Oculto lo tenía; pero ahora lo descubro.

ION

¿Por qué lo has callado tanto tiempo?

LA PITIA

Quiso el dios que le sirvieses en su templo.

ION

¿Y ya no? ¿Cómo puedo saberlo?

LA PITIA

Obra suya es tu reconocimiento por Juto, y señal de que consiente que abandones este país.

ION

¿Lo guardaste porque te lo ordenó, o por qué motivo?

LA PITIA

Me dio a entender Apolo...

ION

¿Qué? Acaba.

LA PITIA

Que reservase hasta ahora este hallazgo.

ION

¿Y en qué puede servirme o perjudicarme?

LA PITIA

También contiene las fajas que te ceñían.

ION

Quizá me den alguna luz para buscar a mi madre.

LA PITIA

Cuando el dios lo quiere, nunca antes.

ION

¡Oh fausto día!

LA PITIA

Acéptalo, pues, y busca con diligencia a tu madre. Recorre todo el Asia y los confines de la Europa. Te crié por orden del dios, ¡oh hijo!, y te devuelvo lo que le plugo confiarme en deposito, sin que ningún mortal me lo mandase; pero no puedo adivinar el objeto que se propuso. Nadie sabía que yo lo poseyese, ni en dónde lo guardaba. Y adiós; te amo como una madre. Así, averigua cuanto antes si alguna mujer de Delfos, después de darte a luz, te expuso en este templo, o si ha sido otra griega. Febo y yo, que lo sabíamos, te lo anunciamos. (*Entra en el templo*).

ION

¡Ay, ay de mí! ¡Cómo derraman mis ojos copiosas lágrimas, pensando en mi madre, que se casó clandestinamente y me vendió a hurtadillas! Y no me dio su pecho, antes bien vivía como un esclavo en el templo del dios.

Bueno ha sido él conmigo, y mala mi suerte, que me privó de los cuidados de una madre amantísima, cuando debí gozar de sus abrazos, plácido deleite de la vida. ¡Desventurada también la que me dio el ser, ya que su infortunio fue igual al mío, careciendo de los goces que ofrecen los hijos! Y ahora, cuando reciba este cesto, me lo llevaré como presente de Apolo, para buscar vanamente lo que deseo encontrar. Si me concibió alguna sierva, peor es hallarla. ¡Oh Febo!, yo lo consagro a tu templo.[71] Pero ¿qué hago? ¿Me rebelaré contra la voluntad del dios, que me suministra esos indicios para hallar a mi madre? Abriremos el cestillo y acometeremos la empresa, que nunca podrá triunfar de mi destino. ¡Oh sagrada banda! ¿Por qué has estado oculta, y vosotras, fajas que me ceñisteis? Ved cómo este redondo cestillo no ha sufrido en su cubierta injuria ninguna del tiempo, sin duda por obra del dios, ni tampoco sus mimbres, y eso que larga es la fecha de tal tesoro.

CREÚSA

¿Qué inesperado objeto contemplo?

ION

Calla; bien sabes que antes fuiste reservada hasta el exceso.

CREÚSA

No puedo callar ahora; no me lo aconsejes; veo el cesto que sirvió para exponerte, ¡oh hijo!, en tus más tiernos años, en la gruta de Cécrope y en las peñascosas bóvedas de Macra. Abandonaré, pues, esta ara, aunque haya de morir.

ION (*a los de su séquito*).

Prendedla; por decreto de Febo deja precipitadamente el ara en que se ha refugiado; sujetadla.

CREÚSA (*que se apodera mientras tanto del cesto*).

¿Todavía persistís en matarme? A la fuerza retendré este cesto y a ti y a cuanto contiene.

ION

¿No es esto intolerable? Fingido es lo que hace.

CREÚSA

No; ya tus amigos encontraron a quien aman.

ION

¿Me amas acaso, y querías ha poco envenenarme?

CREÚSA

Eres mi hijo, prenda la más cara de los padres.

ION

No recurras a tales artificios; fácilmente te los probaré.

CREÚSA

Pruébalo, hijo; ese es mi mayor deseo.

ION

¿Está vacío este cesto, o contiene alguna cosa?

CREÚSA

Los vestidos con que te expuse.

ION

¿Y dirás cuáles son antes de pasar adelante?

CREÚSA

Y si no lo acierto, moriré gustosa.

ION

Dilo, que es algo extraña tu confianza.

CREÚSA

Mirad la tela que tejí en mi juventud.

ION

¿Cuál? Muchas clases de tela tejen las jóvenes.

CREÚSA

No está bien acabada, y se conoce que era inexperta la lanzadera que la tejió.

ION

¿Y qué representa? Ahora no podrás engañarme.

CREÚSA

A la Gorgona, figurada con el estambre del manto.

ION

¡Oh Zeus, qué destino es el mío!

CREÚSA

Y su cabeza, a modo de égida, está coronada de serpientes.

ION (*que enseña la tela*).

Vedla; esta es la tela y las fajas que hemos encontrado.

CREÚSA (*examinándola*).

¡Oh, paños, antigua obra de mis manos virginales!

ION

¿Hay alguna señal además, o basta lo dicho?

CREÚSA

Dos brillantes dragones de oro macizo, ofrenda a Atenea, destinados a guardar niños, en recuerdo del viejo Erictonio.

ION

Mas ¿para qué sirven estas alhajas de oro? Dímelo.

CREÚSA

Para adornar el cuello del recién nacido, ¡oh hijo!

ION

Aquí está, en efecto; deseo que me reveles la tercera señal.

CREÚSA

Púsete entonces una corona de olivas, primera que plantó Atenea en la ciudadela, la cual, si existe, no pierde nunca el verdor de sus hojas, porque es inmortal.

ION

¡Oh madre muy querida!, contento miro tus ojos gozosos y beso tus mejillas.

CREÚSA

¡Hijo mío!, luz más grata a una madre que la del sol (con perdón sea dicho de él); en mis brazos te estrecho encontrándote cuando menos lo esperaba y cuando creía que habitabas con los manes debajo de la Tierra, en el reino de Perséfone.

ION

¡Oh madre amada!, en tus brazos me ves; vivo cuando me creías muerto.

CREÚSA

¡Cuán grande es mi alegría! ¿Qué diré, cómo la expresaré, llenando los espacios del aire resplandeciente? ¿A quién debo este gozo inesperado? ¿A quién esta dicha?

ION

¡Oh madre!, todo lo hubiese pensado, menos que yo era tu hijo.

CREÚSA

Todavía tiemblo de miedo.

ION

Temes acaso perderme, cuando me estrechas en tus brazos.

CREÚSA

Ya no lo esperaba. ¿Cómo, ¡oh mujer! (*a la Pitia*), vino este niño a tus manos? ¿Quién le trajo al templo de Apolo?

ION

Orden divina; seamos felices desde ahora con los dones de la fortuna, antes tan adversa.

CREÚSA

¡Oh hijo!, no viniste al mundo sin lágrimas, ni te arrancaron sin lamentos del pecho de tu madre; pero en este instante disfruta de dulcísimo deleite respirando cerca de tus mejillas.

ION

Al recordar mi destino, recuerdas también el tuyo.

CREÚSA

Ya no soy huérfana, ya no carezco de hijos; ya mi linaje será respetado, y mi país tendrá rey, y Erecteo se rejuvenece, y mi estirpe, hija de la Tierra, no quedará envuelta en oscuras tinieblas y verá otra vez las antorchas del sol.

ION

¡Oh madre!, que mi padre participe también de este deleite.

CREÚSA

¿Qué palabras pronuncias? ¡Cómo, cómo me reconoces!

ION

¿Qué has dicho?

CREÚSA

¡Otro, otro fue tu padre!

ION

¡Ay de mí! ¿Sin haber contraído himeneo diste la vida a un bastardo?

CREÚSA

Ni antorchas ni danzas celebraron el mío, ¡oh hijo!, cuyo fruto fuiste.

ION

¡Ay, ay de mí! Innoble es mi nacimiento, ¡oh madre! ¿Quién me engendró?

CREÚSA

Sábelo la que dio muerte a la Gorgona...

ION

¿Por qué te expresas así?

CREÚSA

La que habita en mis peñascos y plantó la oliva en la roca.

ION

No te entiendo, no te entiendo; no puedo adivinar el sentido de tus palabras.

CREÚSA

En el monte frecuentado por ruiseñores con Febo...

ION

¿Qué dices de Febo?

CREÚSA

Me uní en furtivo lecho.

ION

Explícate, que me es grato y placentero.

CREÚSA

Y en la décima revolución del mes te di a luz ocultamente, y fue tu

padre Febo.

ION

¡Cuánto me place lo que dices, si es verdad!

CREÚSA

Mis manos virginales te envolvieron en estas telas, obra de mi lanzadera. No te acerqué a mi pecho, ni te alimentó mi leche maternal, ni mis manos te lavaron, sino que te expuse a la muerte en una gruta desierta, para que te despedazaran las garras de las aves.

ION

¡Oh madre!, cruel fue tu resolución.

CREÚSA

Vencida por el miedo, te entregué a la muerte, ¡oh hijo!, aunque lo hice contra mi voluntad.

ION

¡Y estuviste a punto de perecer a mis manos impías!

CREÚSA

Deplorable, ¡ay de mí!, fue todo aquello; deplorable también esto; juguete somos de penas y placeres, y pronto cambió el viento; sea constante el aura propicia que ahora sopla, después de tantos males, ¡oh hijo!

EL CORO

Ningún mortal, en vista de lo que nos sucede, debe extrañar nada.

ION

¡Oh, Fortuna, que todo lo trastornas, y haces a unos desdichados y a otros felices!; en mortal peligro estuvimos de matar a nuestra madre y de sufrir nosotros mismos muerte indigna. ¡Ay de mí! ¿Por ventura nada nos enseñan cada día las brillantes revoluciones del Sol? Deseado hallazgo es el

tuyo, ¡oh madre!, y no me quejaré de mi linaje; lo demás debes tú saberlo. Acércate, quiero hablarte al oído, y dejemos eso envuelto en las tinieblas. Cuida, madre mía, de no achacar al dios tu falta, como suele suceder a las vírgenes, y guárdate, deseosa por mi causa de evitar tu deshonra, de afirmar falsamente que fue mi padre Febo.

CREÚSA

No; por la Victoria que acompañó a Atenea al socorrer en su carro a Zeus contra los hijos de la Tierra, ningún mortal es tu padre, ¡oh hijo!, sino el rey Apolo, que te conservó.

ION

¿Cómo, pues, da un hijo a otro, y dice que me engendró Juto?

CREÚSA

No dijo que te engendrara Juto, sino que, siendo suyo, te entregó a Juto; como amigo le ofrece su hijo, para que él lo herede.

ION

Con razón me inquietas, ¡oh madre!, si será veraz el dios, o si vaticina erradamente.

CREÚSA

Oye lo que me ocurre, ¡oh hijo!: Apolo, deseoso de protegerte, te hace miembro de su noble familia; pero si dices que eres su hijo, no serás nunca su heredero ni llevarás su nombre. ¿Cómo había de ser así, cuando oculté yo misma ese himeneo y quise matarte en secreto? Él te socorrió y te da ahora otro padre.[72]

ION

No me satisfacen tus razones; entraré, pues, en el templo y preguntaré a Febo si he nacido de padre mortal, o de él mismo. (*Cuando va a entrar en*

el templo, se aparece Atenea en resplandeciente carro). ¿Qué es esto? ¿Qué deidad muestra su faz brillante como el sol sobre el sagrado templo? Huyamos, madre; no miremos a los dioses cuando no conviene verlos.

ATENEA (*a Ion*).

No huyáis, que no soy vuestra enemiga, sino la que os ama, y también a Atenas. Yo soy Palas, que me llamo como vuestra ciudad, y vengo aquí ligera a ruego de Apolo, que no osa presentarse, arrepentido de su falta. Nos envía para deciros que Creúsa te dio a luz y Apolo fue tu padre, haciéndote adoptar por los que no te engendraron, para que pertenezcas a nobilísima familia. Ya que todo se sabe claramente, disipó la borrasca que te amenazaba, temiendo que murieses a manos de tu madre, o ella a las tuyas. Deseaba el rey Apolo callarlo y declarar a Atenas que Creúsa era tu madre, y tú hijo de ambos. Para que se cumpla el oráculo y terminar mi misión, os diré el motivo que me obligó a uncir al carro mis caballos; ve, ¡oh Creúsa!, con tu hijo a la tierra de Cécrope y colócalo en el trono, porque es justo que reine en mi país el descendiente de Erecteo. Será famoso en la Grecia; cuatro ramas brotarán de este tronco, que darán tu nombre al territorio y a las tribus que habitan en mi alcázar.[73] Geleón será el primero; a esta tribu seguirán las de los Hopletes, Argades y Egícores, del mismo nombre de mi égida, que formarán la cuarta. Cuando llegue la época fijada por el destino, sus descendientes fundarán las ciudades insulares de las Cícladas y colonizarán las orillas de la mar, principal nervio de un estado, y poblarán los campos de ambos continentes, así del Asia como de Europa; y perpetuando el nombre de Ion, serán famosos los jonios.[74] Pero Juto y tú tendréis otros hijos; a saber: Doro,[75] estirpe de los preclaros dorios, y Aqueo,[76] en el país de Pélope, que dominará en la costa

del mar, cerca de Río,[77] y será padre de un pueblo insigne, que se llamará como él. (*A Creúsa*). Muchos beneficios debes a Apolo; primeramente te libró en tu parto de dolores, para que tus amigos no lo sospecharan, y después que diste a luz este hijo y lo fajaste, ordenó a Hermes que lo trajese aquí en sus brazos, y lo educó y le conservó la vida. Calla, pues, ahora, y no digas que es tu hijo, para que Juto, engañado, se deleite, y tú, mujer, puedas gozar tranquila de su compañía. Y sed felices, que os prometo suerte venturosa y alivio en vuestros malos.

ION

¡Oh Palas!, hija de Zeus Máximo, no incrédulo te escucho, que convencido estoy ya de ser hijo de Apolo y de Creúsa, y aun antes no era para mí increíble.

CREÚSA

Óyeme ahora: alabo a Febo, aunque no lo hiciera antes, porque me ha devuelto el hijo que despreció en otro tiempo. Bendigo, pues, ahora las puertas de este santuario y los oráculos del dios, hasta aquí adversos. De buen grado oprimirán ya mis manos las argollas de estas puertas, y las saludaré con amor.

ATENEA

Celebro que honres al dios, variando de parecer; hasta cierto punto podrá ser tarda la voluntad divina, pero se cumplirá al fin siempre.

CREÚSA

¡Oh hijo!, vamos a nuestra patria.

ATENEA

Andad, y yo os seguiré.

ION

Digna patrona, en verdad, de nuestro viaje.

CREÚSA

Y amante de nuestra ciudad.

ATENEA

Y siéntate en el antiguo trono.

CREÚSA

¡Bien inestimable para mí!

EL CORO

Adiós, Apolo, hijo de Zeus y de Leto; nunca desconfíe el desdichado si honra a los dioses. Al fin, los buenos obtienen justa recompensa, que los malos nunca serán felices.

* * *

Notas

1. «Atlas —dice Hesíodo— sostiene en sus hombros el cielo en los confines de la tierra, allá en el país de las Hespérides». Era hijo de Jápeto y de Clímene, hija del Océano y hermana de Menecio, Prometeo y Epimeteo.

2. Esta diosa fue Pléyone, madre de las siete Pléyades, hijas suyas y de Atlas.

3. Maya, una de las Pléyades.

4. Delfos, famosa ciudad de la antigua Grecia, junto al Parnaso y las riberas del golfo Criseo. Creían los griegos que era el centro de la tierra.

5. Atenas.

6. Erecteo o Erictonio, cuarto rey de Atenas, era hijo de la Tierra y de Hefesto, y reinó en aquella ciudad hacia el año 1489. Dicese que Atenea, al verlo cojo y contrahecho, como su padre, lo encerró en un cesto y lo dio a guardar a Aglauro, prohibiéndole mirarlo; pero esta no la obedeció, y encontró en el cesto un niño, cuyas piernas eran dos serpientes.

7. Aglauro, hija de Cécrope, que, según unos, fue atormentada por las Furias por haber

desobedecido la orden de Atenea de no mirar el cestillo en que le dio a guardar a Erictonio; según otros, fue convertida en roca por Hermes, por entrometerse indiscretamente en los amores de este dios y de su hermana Herse, y, por último, según otros, se sacrificó voluntariamente por su patria en una guerra.

8. Collares de esta forma.

9. De Calcodonte, rey de la Eubea, padre de Elefénor, uno de los héroes griegos del sitio de Troya. Calcodonte murió en una batalla que le dio Anfitrión y los tebanos. (V. el *Heracles Furioso*).

10. De la Jonia, región del Asia Menor, separada de la Eolia por el río Hermo, y regada por el Meandro y el Caistro.

11. Castalia, fuente de la Fócida, entre Delfos y el Parnaso, muy celebrada de los poetas, así llamada de la virgen Castalia que, huyendo de Apolo, fue convertida en fuente. Virgilio, en sus *Geórgicas*, dice así: *Castaliam molli divertitur orbita clivo*.

12. Peán, himno religioso, especialmente el que se cantaba a Apolo. Virgilio, en su *Eneida*, VI. 657, dice así: *laetumque choro paeana canentis*; y Claud., in Ruf., praef. n. 11, *Omnis, io paean, regio sonat*.

13. El águila, que, como se sabe, era mensajera de Zeus, consagrada a él por ser la reina de las aves, como él era rey del cielo.

14. La voz del cisne.

15. En el istmo de Corinto.

16. Advocación de Apolo como guardián de las calles. (V. nuestra nota a *Las Fenicias*).

17. Heracles.

18. Vanagloriábanse las mujeres griegas de su habilidad en esta clase de labores, especialmente las atenienses, que las ofrecían primorosas a Atenea en la fiesta de las Panateneas.

19. Yolao, su escudero, que cauteriza las heridas de la hidra.

20. Belerofonte, que montado en el caballo Pegaso dio muerte a la Quimera.

21. Famoso gigante, de quien Horacio (III, od. IV) dice:

22. Especie de junco con que hacían los tirsos.

23. Según dice Estrabón (IX, pág. 420), en el centro de la Tierra había dos palomas que, por orden de Zeus, vinieron a él de los extremos de la Tierra. Eurípides, como se ve en la réplica de Ion, dice que eran las gorgonas quizá para asustar a las mujeres, o para expresar el terror con que los mortales debían visitarlo.

24. Nació, como hemos dicho, de la Tierra y de Hefesto, esto es, *ex Vulcani semine, Minervam appetentis*. (Véanse las notas que van al principio de esta tragedia).

25. Eurípides alude aquí a la guerra de Erecteo con Eumolpo, rey tracio que con numeroso ejército vino a devastar el Ática. Consultado entonces el oráculo, ordenó que fuesen sacrificadas las hijas de Erecteo. Este las atrajo a su campamento e inmoló a Ctonia, una de ellas, y las demás se precipitaron desde unos peñascos, por haber jurado antes que si moría una, las demás la seguirían. Erecteo venció a Eumolpo, hijo de Poseidón, y su padre, por vengarlo, lo hirió con su tridente.

26. Los mitólogos no dicen que Eolo fuese padre de Juto, sino Helén. Apolod. Bibliot., lib. I, cap. 7. dice así: Ἕλληνος δὲ καὶ Νύμφης Ὀρσηΐδος, Δῶρος, Ξοῦθος, Αἴολος. De Helén y de la ninfa Orseida fueron hijos Doro, Juto y Eolo. Doro fue el tronco de los dorios; Juto, de los aqueos; Eolo, de los eolios, e Ion, el protagonista de esta tragedia, de los jonios, los cuales pasaron al Asia Menor y fundaron Éfeso, Mileto, Miunte, Lébedos, Colofón, Priene, Teos, Eritras, Focea, Clazomene, Quíos y Samos. Así lo contaba la tradición, aunque la historia diga que todo esto sucedió dos siglos antes, cuando los heráclidas invadieron el Peloponeso y arrojaron de allí a los aqueos, los cuales expulsaron a su vez a los jonios, que fundaron las doce colonias mencionadas.

27. Trofonio y Agamedes fueron dos hermanos, famosos arquitectos que edificaron el templo de Apolo en Delfos. Hirieo, rey de Orcómeno, los llamó para que construyesen su tesoro. Así lo hicieron, en efecto, aunque con tanta malicia que, de noche, por una puerta secreta, entraban en él y robaban a Hirieo. Súpolo este, que los cogió en un lazo, y Trofonio, para que su hermano no le descubriese, le cortó la cabeza y pudo huir con tan sangriento despojo, muriendo a poco en una caverna cerca de Lebadea (Beocia). Apolo, agradecido porque le había edificado su templo, le concedió el don de profetizar lo futuro. Pausanias cuenta (Beot., IX, 39) que cuando alguno quería consultarlo debía pasar muchos días purificándose en el templete o capilla de la Buena Dicha (δαίμονος ἀγαθοῦ καὶ τύχης).

Bañábase en el arroyo llamado Hercina y solo comía carne consagrada de la que se sacrificaba a unos seis dioses, probada por un sacerdote para declarar si Trofonio lo recibiría benévola o agriamente. El ánimo y más solemne sacrificio era el de un carnero, que se inmolaba en un hoyo llamado Agamedes. Si los augurios eran favorables, llevábanlo a las aguas de Hercina, en donde dos muchachos de trece a catorce años lo ungían y lavaban; de allí lo llevaban los sacerdotes al nacimiento de dicho arroyo, en donde bebía nuevamente el agua del olvido y el de la memoria; después le enseñaban la estatua de Trofonio, obra de Dédalo, y la adoraba. Poníanle un saco de lino y le daban su calzado. El oráculo estaba en una montaña, y la caverna no era natural, sino obra de los hombres y regular su figura. Para bajar a ella tenía que valerse de una estrecha escalera y había de llevar en cada mano una torta hecha con miel. En esta caverna había un hoyo de una braza de alto y dos de ancho en donde se colocaba el curioso para conocer las respuestas de Trofonio, que consistían en visiones o en voces articuladas e inteligibles. Las tortas estaban destinadas a las culebras que se criaban allí. Recibíanlo los sacerdotes a la salida, que tardaba más o menos tiempo, y lo sentaban en la silla del recuerdo, preguntándole lo que había visto u oído. Entregábanlo luego al cuidado de sus servidores, los cuales le transportaban a la capilla de la Buena Dicha, en donde volvía en sí al cabo de algún tiempo.

28. Como el oráculo de Delfos era tan célebre en toda Grecia, de aquí también que se le hiciesen ricas ofrendas y presentes de todo género, como esclavos, vasos sagrados, obras de arte, etc. El respeto y la veneración que le profesaban todos los griegos hizo que depositasen en él sus tesoros, cuya posesión más tarde, cuando las creencias religiosas no eran tan vivas, produjeron la guerra sagrada (355 a 345 antes de Jesucristo) y la invasión de los galos, mandados por Breno (278 antes de Jesucristo).

29. Nosotros decimos, al contrario, que mal de muchos es consuelo de tontos. Pensando cristianamente, no debemos nunca regocijarnos de las desdichas ajenas, aunque sean semejantes a las nuestras, pero como no todos piensan así, lo más común es sentir y expresar lo contrario, ya porque la soledad de los males nos horroriza, ya porque así creemos que de este modo apreciarán los demás en su justo valor nuestros sufrimientos, experimentándolos en propia cabeza. Tal parece ser el sentido de estas palabras de Ion.

30. Este principio desenvuelve el poeta en *La Andrómaca*, pues Neoptólemo, el hijo de

Aquiles, muere en Delfos por haber osado acusar a Febo como autor del asesinato de su padre.

31. Rasgo de benevolencia hacia el bello sexo, rarísimo en Eurípides, pues ya dice que hay mujeres buenas, lo cual para él es mucho decir.

32. Esto es, con Apolo, porque la invocación es a Leto. Estas palabras envuelven dos sentidos: el uno se refiere al anterior agravio que Creúsa recibió de Febo y a la esperanza de que lo repare, y el otro es el de significar un vago deseo, cuyo fundamento no pueden penetrar los demás interlocutores.

33. Sin duda la pena del estuprador era una multa pecuniaria, y por esto dice Ion que estos dioses, para pagarlas, tendrían necesidad de desprenderse de las riquezas acumuladas en sus templos.

34. Ilitía, *genialis tori custos*, como le llama Séneca, diosa que presidía a los partos. Según unos, era advocación de Artemisa o Hera, y según otros, una deidad, distinta de ellas, hija de esta última.

35. Según algunos mitólogos, Atenea salió armada de la cabeza de Zeus, con la cooperación de Hefesto; según otros, del titán Prometeo.

36. Νίκη, Victoria, sobrenombre de Atenea, bajo cuya advocación tenía un santuario en la ciudadela de Atenas.

37. «Cuando se baja de la ciudadela (dice Pausanias, cap. I, 28, 4), antes de llegar a la ciudad que yace a su falda, en dirección de los Propileos, se encuentra una fuente, y, junto a la eminencia, un santuario consagrado a Pan y Apolo. En él, según se dice, se unieron Apolo y Creúsa, la hija de Erecteo». Esta capilla o santuario (Herod., VI, 105) se edificó después de la batalla de Maratón, cuando el dios llamó al correo Fidípides, encargado de pedir socorro a los espartanos, al monte Partenio, y reprendió a los atenienses porque descuidaban su culto, prometiéndoles ayudarle en la guerra. Desde entonces se le honró allí con sacrificios cotidianos y con antorchas. Así es que su culto y el de las hijas de Aglauro se celebraba al mismo tiempo, ya en razón al lugar en donde estaban sus templos, ya porque estas otras divinidades locales protegían, como Pléyades, los campos y ganados. Sus capillas estaban, sin duda, hacia el mismo paraje de la ciudadela, en su parte más elevada, y como a la mitad de ella (Herod., VIII, 53). Su fiesta (según Hesiquio) se denominaba πλυντήρια, pues se

confundían con las Pléyades, como hemos dicho, y sus nombres Ἔρση y Πάνδροσος, aludían al rocío; de aquí que su culto se trueque con el de Atenea, pues en el templo de esta, en lo alto del alcázar, se hallaba la oliva sagrada, apellidada (Apolod., III, 14, 1-2) πανδρόσιον. Las hijas de Aglauro formaban una especie de trinidad, como las Gracias; y así como estas bailaban con las Musas y las Ninfas (Horac., 88, I, 4, 6) y las Nereidas en la mar, y las Sílfides del norte al claro de la luna, y Dioniso con las Ménades todas las noches en el Parnaso, así también estas tres hermanas bailaban con Pan, que las acompañaba tocando la flauta, como Apolo acompañaba a las Musas con la lira.

38. El texto dice οὐ πέδον τίκτει τέκνα, la tierra no engendra hijos, negación de muchas fábulas que aseguran lo contrario, y que contradice las creencias de algunos pueblos que se miraban como autóctonos, contándose entre ellos los atenienses. Eurípides ha dicho antes también que Erecteo era hijo de la Tierra.

39. Esto mismo viene a decir Aristófanes en *Las Nubes*, 603, cuando exclama: Παρνασσίαν θ' ὃς κατέχων πέτραν σὺν πεύκαις σελαγεῖ Βάκχαις Δελφίσιν ἐμπρέπων, κωμαστὴς Διόνυσος.

40. Recuérdese que el coro está compuesto de esclavas de Creúsa.

41. Sabido es que los pueblos gentílicos se enorgullecían mucho de esta cualidad, y que los atenienses no eran de los menos vanos en esta parte. Tal empeño provenía en parte del deseo que han mostrado casi todos los pueblos de hacer creer a los demás en su antigua existencia, causa de infinitos errores, así cronológicos como históricos, en el natural anhelo de alegar un título más legítimo de posesión y dominio que los venidos después al mismo lugar, y por último, en el carácter egoísta y exclusivo de esos antiguos estados. La historia y las sagradas letras a un tiempo niegan terminantemente la verdad de tales asertos.

42. Este discurso de Ion es notable en más de un concepto, así por la dulce serenidad que todo él respira, cuanto por lo apropiado a su situación y a su carácter. Diríase que ha sido la fuente en donde bebió el maestro León el aromático néctar que perfuma a algunas de sus más celebradas odas, si no supiéramos que en ellas se advierte ese descontento de todo lo mundano, esa eterna e inextinguible aspiración a algo más elevado que no se puede encontrar en la tierra, diferencia capital y característica entre la poesía gentílica y la cristiana.

43. En griego, Ἰών, participio de *aor*. 2, del verbo εἶμι, *voy*.

44. El texto griego vulgar dice así: Ἔχει δόλον τύχαν θ' ὁ παῖς, cuya traducción literal es esta:

habet dolum fortunamque hic puer. Tyrwhitt vierte así la frase: *fortunam dolo et astutia comparatam*; Theobaldo Fix, *dolum et sinistri aliquid*; pero el primero supone que el texto no escribe δόλον, sino δόλιον, lo cual no es cierto, y el segundo no justifica su versión, puesto que la de su texto es la que nosotros damos más arriba. En esta duda apelamos, como de ordinario, al sentido y a los antecedentes y consiguientes del verso, que pueden explicárnoslo, y no vacilamos en adoptar la corrección de Hartung y, por grande que sea el respeto que el texto deba merecernos, el cual, a nuestro juicio, debe posponerse cuando no sea inteligible, como ahora sucede. El coro, llevado de ese espíritu de exclusivismo que distingue a los ciudadanos de los antiguos estados, habla una y otra vez de extranjeros, y parece temer que, además de Juto, entre algún otro en la real familia, que mañana pueda ser su soberano. A nuestro parecer, este verso alude a ese temor, y en su consecuencia aceptamos la sustitución de κρύφιον por τύχαν.

45. Porque Juto era también extranjero, según antes hemos visto, cuya circunstancia concurre también en Ion.

46. Según dice Estrabón (IX, 3, pág. 288, 17, *El Parnaso*), en su parte meridional forma con sus peñascos una especie de anfiteatro; en una de sus cimas estaba el oráculo y la ciudad, abrazando el espacio de una media legua. Allí yacía también Licorea, en cuyo lugar se edificó después Delfos y el templo de Apolo. Cerca estaba la fuente Castalia.

47. Como las mujeres no son de ordinario fieles guardadoras de secretos, y Eurípides tenía formada de ellas idea bien poco favorable, no es extraño que revelen el misterio a su dueña, no obstante las amenazas de Juto. Adviértase además que para ellas es extranjero, y Creúsa ateniense y del linaje de Erecteo, y, por último, que de ordinario la mejor manera de difundir un secreto es encargar que se guarde.

48. Ya antes de ahora hemos visto repetidas veces que los personajes de Eurípides expresan este deseo en situaciones análogas. Suelen añadir que anhelan hundirse en las entrañas de la tierra, o precipitarse desde empinada roca. Así lo leemos en *Hécuba, Orestes, Las Fenicias, Heracles furioso* y en *Helena*.

49. Alude aquí Eurípides, en boca del Pedagogo, a la frecuencia con que los mortales cohonestaban sus maldades invocando la intervención de los dioses. Ya hemos visto en *Orestes* que Helena atribuye a Afrodita toda la culpa de sus escándalos, y que los dioses,

especialmente Zeus, sirvieron no poco a muchas mujeres griegas para santificar sus adulterios y liviandades.

50. En *Las Fenicias*, versos 363 y 364, dice también Polinices, hablando con Yocasta:

51. Esta laguna Tritónide se halla en el África propiamente dicha (hoy llamada Faroun o El Laudeah) hacia el sur, y en comunicación con otro lago denominado Palus Lybica. Heródoto dice que en la laguna Tritónide desagua el caudaloso río Tritón. Píndaro apellida Tritón a un golfo desconocido; en la Beocia había un arroyuelo de este mismo nombre; y Apolonio, en sus *Argonautas*, llama así al Nilo. Esta voz Τρίτων parece derivada de τρέω, *tremo*, y a Atenea se le daba el nombre de Τριτογένεια, según cierto mito, acaso de origen egipcio, que la hacía hija de Poseidón y de la ninfa Tritónide. Lucano, en su *Fars.*, IX, 350-4, se expresa de este modo:

52. Alude aquí Eurípides a la lira primitiva, compuesta de dos cuernos unidos por la base y sujetos a cierta distancia por la extremidad, desde la cual hasta la primera bajaban cuatro, seis o siete cuerdas, de donde el nombre de tetracordon o hexacordon con que se le distingue. Tal es la forma con que se representa la lira en algunas urnas funerarias.

53. Llamose Flegra cierto paraje de Palene, península de la Macedonia, en donde se suponía que pelearon dioses y gigantes, y otro cerca de Bayas y de Cumas, en Italia.

54. El adjetivo γοργὸς, ὴ, ὸν, *terrible, vivo, activo, ardiente, violento, rápido*, parece derivatio de ὀργὴ, ῆς, pasión, orgullo, crueldad, sed de venganza. Todos saben que Γοργώ era un atributo esencial de Atenea, cuyo escudo αἰγίς (de ἀΐσσω) hace temblar el orbe. Hesiquio dice que γοργόνις y αἰγίδες significan lo mismo. Γοργωπός indica una mirada ceñuda, como el *torvus* o *trux* latino. Ahora bien: si γοργίδες equivale a ὠκεανίδες, y γοργάδες a ἁλιάδης (Hesiquio), indudablemente aluden a cierta propiedad de la mar, a su cólera y violentas tempestades. Adviértase que Forcis, el padre de las Gorgonas, habitaba en la extremidad de la tierra, en el profundo mar, y que Ceto, su madre, era una de las nereidas.

55. Se da en Anatomía el nombre de vena cava (de *cavus*, cóncavo), sin duda a causa de su diámetro considerable, a dos venas por las cuales vuelve al corazón la sangre del cuerpo; una es la vena cava torácica, llamada también superior o descendente, y otra la vena cava abdominal, inferior o ascendente.

56. El hallazgo del hijo, que para Juto no es de Creúsa, y a quien le conviene ocultárselo.

57. Estas máximas son inmorales en alto grado, porque si solo hemos de ser piadosos mientras nos favorezca la fortuna, debemos ser impíos cuando nos aflija, esto es, casi siempre. Tampoco se puede asentar de una manera tan absoluta que podemos hacer daño a nuestros enemigos. Nuestra religión no solo lo prohíbe terminantemente, sino que nos manda amarlos; y entre los gentiles no eran lícitos todos los medios de ofensa, ni en todos los casos.

58. Esta es la Hécate, invocada por los mágicos y por los criminales, de quien hablamos ya en *Las Fenicias*, al verso 108.

59. El 20 del mes βοηδρομιών (septiembre y octubre) salía de Atenas una procesión hacia Eleusis llevando la estatua de Dioniso, y en la fuente Calícoro las mujeres de Eleusis danzaban en coros y alababan al dios con sus cantos. Plut. Phoc., c. 28, pág. 754; Pausan., I, 38, 6, página 93. El escol. a las Ran. de Aristófanes, v. 323. Llamábanse las Vigésimas porque se celebraban el 20 de dicho mes, y, según indica el coro, los extranjeros no podían tomar parte en ellas.

60. Ya hemos dicho que el Parnaso tenía dos cumbres, y que en una de ellas brillaban de noche las antorchas que alumbraban a los devotos de Dioniso.

61. Orión, hijo de Hirieo, nació de la piel de un buey, con cuya carne obsequió aquel a Zeus, Poseidón y Hermes en una de sus correrías, por cuya razón los dioses le premiaron concediéndole un hijo en su vejez. Astuto e infatigable cazador, desafió a Artemisa, o según otros, desdeñó su amor. Ella se vengó suscitándole un escorpión, que lo mordió, de cuyas resultas falleció. A sus ruegos, sin embargo, debió después ser trasladado al cielo, en donde forma una constelación de las más brillantes.

62. Se le adoraba bajo la figura de una serpiente.

63. El árbol de la mirra es descrito por Plinio, XII, 15, 16, Sect. 33-35. Crecía en la Arabia y en las islas, ya espontáneamente, ya merced al cultivo humano, y llegaba hasta la altura de cinco varas. Dos veces al año se le hacía una hendidura a lo largo del tronco, y de ella manaba el perfume. Plinio afirma que la mejor manaba naturalmente del árbol.

64. Tal era la costumbre de los griegos, según dice Dióg. Laerc. Anach. (1, 8, 5, 104): καὶ θαυμάζειν φησὶ, πῶς Ἕλληνες ἀρχόμενοι μὲν ἐν μικροῖς πίνουσι, πλησθέντες δὲ ἐν μεγάλοις.

65. Cualquier ruido que se oyese al celebrar un sacrificio, como el de escupir, toser,

quejarse, respirar, etcétera, se miraba como de mal agüero. Por esto se imponía silencio antes de comenzar, y si involuntariamente se rompía, los romanos le llamaban *dirae*, y los griegos, βλασφημίαι. Teofrasto, al trazar el carácter del imprudente, dice que cuando su madre quiere consultar las aves, las interrumpe con sonidos de mal agüero: εἰς ὀρνιθοσκόπον τῆς μητρὸς ἐξελθούσης, βλασφημῆσαι.

66. Había dos ciudades con el nombre de Biblos, una en Fenicia, a la orilla del mar, entre Trípoli y Beirut, célebre por el culto que se tributaba en ella a Tammuz (el Adonis griego); y la otra en el bajo Egipto, a igual distancia de los brazos de mar Artabequico y Termatiaco. Es probable, sin embargo, que el poeta aluda aquí a cierto paraje de la Tracia llamado βιβλίνη, celebrado por sus vinos, Aten. I. 31. B., o a un arroyuelo de Naxos citado por Delio en Steph. Byz., y Simo en Etym. M., pág. 197.

67. El texto griego dice así: γυμνὰ δ' ἐκ πέπλων μέλη ὑπὲρ τραπέζης ἦχ' ὁ μαντευτὸς γόνος, cuya traducción latina es la siguiente: *nuda tum ex pallio membra supra mensam proyecit vaticinio declaratus filius*. Musgrave, sin asustarse de lo ridículo que parece su versión, asegura que Ion se sube desnudo sobre la mesa y habla después con los convidados. M. Artaud se expresa de esta manera: *Alors le fils désigné par l'oracle dechire ses vêtements, il se roule sur la table, et s'écrie*. Nosotros, aunque desconfiamos del acierto, nos limitamos a decir que, descubriendo su pecho, arengó a los convidados, omitiendo su ascensión a la mesa, por parecernos ridículo, innecesario y no autorizado por el texto, que, usando de la palabra μέλη, no dice que desnudo se subiera en la mesa, sino que solo ciertas partes del cuerpo, esto es, sus brazos al hablar.

68. Recuérdese que Creúsa había ido a la hospedería del templo de Delfos.

69. Apolod., III, 15, 1, dice así: Γήμας δὲ Ἐρεχθεὺς Πραξιθέαν τὴν Φρασίμου καὶ Διογενείας τῆς Κηφισοῦ, ἔσχε παῖδας Κέκροπα, Πάνδωρον, Μητίονα, θυγατέρας δὲ, Πρόκριν, Κρέουσαν, Χθονίαν, Ὠρείθυιαν, ἣν ἥρπασε Βορέας. «Erecteo se casó con Praxitea, hija de Fráximo y de Diogenía, la hija del Cefiso, y engendró a Cécrope, Pandoro y Metión, varones, y a Procris, Creúsa, Ctonia y Oritía, a la cual robó Bóreas». Sabido es que el Cefiso es un riachuelo que nacía en el monte Parnés, bañaba los muros de Atenas, y atravesando el Pireo, desembocaba en el golfo Sarónico. Ion lo llama padre, como de ordinario se hace siempre con los ríos.

70. Las aras y altares consagrados a los dioses solían estar adornados de guirnaldas del árbol

especial que cada uno amaba. Así es probable que estas fuesen de laurel. A veces el mismo escultor las representaba en la piedra. Ovid., Trist., V. eleg. 5, v. 9, dice:

71. El cestillo y las envolturas.

72. Esta ἀναγνώρισις, o reconocimiento, está perfectamente trazada y desenvuelta, y bastaría para dar a Eurípides preciada palma de poeta dramático. No hemos querido interrumpir la lectura con notas impertinentes, ya por ser innecesarias, ya para dejar libre al lector de saborear sus clásicas bellezas. Todo camina naturalmente, sin afectación ni violencia, y al mismo tiempo que recrea nuestro ánimo y nos interesa, pinta dulcísimos afectos perdurables y eternos para el hombre. La ansiedad de Creúsa, viéndose amenazada de muerte; la ira su hijo, la esperanza que agita a aquella al ver el cestillo, su resolución de dejar el ara, sin acordarse ya del peligro; la sorpresa de Ion, los tiernos abrazos de ambos al reconocerse, el deseo legítimo del hijo de que su padre participe también de su dicha, el dolor de la madre, obligada a revelar su falta a su propio hijo; las dudas de este y la delicadeza con que las expone, sin faltar al respeto de su madre, todo esto es bello en sumo grado y digno de nuestro estudio.

73. Heródoto, lib. V, c. 66, dice así: μετὰ δὲ (Κλεισθένης), τετραφύλους ἐόντας Ἀθηναίους δεκαφύλους ἐποίησε, τῶν Ἴωνος παίδων Γελέοντος καὶ Αἰγικόρεος καὶ Ἀργάδεω καὶ Ὁπλητος ἀπαλλάξας τὰς ἐπωνυμίας, ἐξευρὼν δὲ ἑτέρων ἡρώων ἐπωνυμίας ἐπιχωρίων...; pero después Clístenes dividió en diez las cuatro tribus atenienses, mudando sus nombres, que eran los de los hijos de Ion, Geleón, Egícoro, Argadeo y Hoples, e inventó otros en su lugar alusivos a héroes indígenas.

74. Hacia el año 1440 los jonios invadieron la Ogigia occidental y la Egialea, y dieron a estos dos países su nombre (después el Ática y la Acaya). Cuando los dorios penetraron en el Peloponeso (1190), los jonios de la Egialea, expulsados por los aqueos, se refugiaron en el país de sus hermanos del Ática; pero como esta hallábase ya muy poblada de eolios, corintios y epidauros, se dirigieron, al mando de Neleo y de otros hijos de Codro, a las Cícladas y a la costa occidental del Asia Menor y a las islas vecinas, y fundaron las doce ciudades de la Jonia. Fue un pueblo muy civilizado, y dejó su nombre a un dialecto, a un modo de la música, y a un orden arquitectónico.

75. Los dorios habitaban primero al pie del Eta; apoderáronse después de la Histiótide; y

cuando los arrojaron de ella los cadmeos, se fijaron a la falda del Pindo y se llamaron macedones. Unidos después con los melieos de Traquinia, se posesionaron de la Driópide, que tomó el nombre de Dórida. Subyugaron luego la Hemonia, abandonándola en seguida, y atacando dos veces vanamente el Peloponeso, del cual se apoderaron al fin, unidos con los Heráclidas y los eolios. Conquistaron también a Mégara y la isla de Creta, y fundaron diversas colonias, como Rodas, Bizancio, Siracusa, etc.

76. La Acaya fue una región del Peloponeso habitada desde 1184 por los aqueos ftióticos, que le dieron su nombre, expulsando de ella a los jonios. Formaban una federación de doce ciudades.

77. Río, promontorio de la Acaya, a la entrada del golfo de Corinto.

Andrómaca

* * *

ARGUMENTO

Andrómaca, viuda de Héctor, esclava concubina de Neoptólemo, hijo de Aquiles, de cuya unión ha nacido Moloso, de tierna edad al comenzar la acción de esta tragedia, sufre las consecuencias de su rivalidad con Hermíone, esposa legítima de Neoptólemo, sin duda originada de las preferencias de este con Andrómaca y por su desvío o antipatía a Hermíone, y contenida por la presencia y la autoridad del amante y marido. Pero ausente este en Delfos en expiación de una injuria a Apolo, y libre Hermíone del freno que la reprimía, extremó de tal manera su odio que obligó a Andrómaca, amenazada de muerte con su hijo Moloso, a huir del palacio de Neoptólemo y demandar protección a la diosa Tetis, abrazando su estatua y sin separarse de ella. Moloso estaba oculto, y Menelao, padre de Hermíone y rey de Esparta, había venido para ayudarla en su abominable proyecto.

Por la fuerza no era lícito entre los griegos, dadas sus ideas religiosas,

violar por ningún pretexto el asilo sagrado de Andrómaca, y Menelao recurre para lograrlo al engaño, prometiéndole salvar la vida de Moloso, ya en poder suyo. No cumple, sin embargo, su palabra, y hubiera sacrificado sin piedad al hijo y a la madre sin la llegada y la intervención de Peleo, abuelo de Neoptólemo y bisabuelo del niño, avisado oportunamente por Andrómaca del peligro mortal que la amenazaba. Menelao renuncia a su cruel empresa y abandona a Hermíone, y esta intenta suicidarse desesperada por el mal éxito de su plan, y sobre todo por el miedo que le inspira su marido, librándose al fin de la suerte que le aguardaba por la aparición de Orestes, hijo de Agamenón y primo suyo, que la ayuda a huir a su ruego y por vengarse de Neoptólemo, que se había casado con Hermíone sabiendo que era su prometida y sin hacer caso alguno de las súplicas y razones que le expuso. Anuncia también a Hermíone que los habitantes de Delfos, a instigación suya, se han conjurado para matar a Neoptólemo; y en efecto, preséntase poco después un mensajero que confirma el asesinato del hijo de Aquiles. La unidad de tiempo, como se ve, se quebranta evidentemente. Llega también el cadáver de Neoptólemo, y por último la misma diosa Tetis en persona, que desata el nudo o resuelve el conflicto dramático, ordenando que Neoptólemo sea sepultado en Delfos para recordar a la posteridad el crimen de sus habitantes; que Andrómaca vaya al país de los molosos para casarse con Héleno y perpetuar allí a los descendientes de Éaco, que serán sus reyes, y, por último, anuncia también a Peleo que será inmortal como los dioses y que vivirá siempre en su palacio y en su compañía.

Racine ha escrito una *Andrómaca* imitada de esta de Eurípides, y los franceses, en general, la estiman superior a su modelo. Se comprende

fácilmente que así sea si tenemos en cuenta la ordinaria parcialidad de sus compatriotas en todo cuanto atañe a su vanidad nacional, como en parte acontece también a los demás pueblos; pero también se comprende sin grande esfuerzo que el culto ciego a las tres unidades, dogma de la mayoría de los literatos y críticos que las han comparado y juzgado, y la violación manifiesta de dos de ellas por Eurípides, y la posibilidad de que número no escaso de aquellos, habiéndola leído solo traducida, hayan tenido también influjo importante en esos fallos, erróneos en nuestro modesto juicio. La impresión que produce la obra del poeta griego desenvolviendo una fábula religiosa a la vez que popular, conforme con las costumbres, ideas y sentimientos nacionales; con personajes de caracteres naturales y pasiones sencillas y reales, dentro del círculo de la civilización helénica, y exornado este cuadro con una poesía sobria, viril y eminentemente dramática, pierde no poco de sus encantos leyendo en seguida la de Racine, que extrema las virtudes de Andrómaca hasta convertirla en una reina cristiana, y a Neoptólemo o Pirro en héroe semibárbaro, a pesar de sus galanterías francesas, y que ofrece personajes, pasiones y caracteres antihelénicos, amanerados e insípidos, y todo esto expuesto en una versificación y una rima tan monótona como insoportable.

Andrómaca es una tragedia griega notable, con todos sus elementos esenciales, porque el destino, o la voluntad divina, sobreponiéndose a las humanas, inspirándolas y moviéndolas como dóciles instrumentos, lleva a cabo sus acuerdos humillando su orgullo y sus pretensiones, y demostrando la flaqueza o inanidad de los cálculos de los mortales. Neoptólemo ha ofendido gravemente a Apolo y ha de expiar su pecado, y de aquí sus amoríos con Andrómaca, su casamiento con Hermíone y las

consecuencias funestas de su predilección por la primera. Obra de un dios, solo otra diosa, Tetis, y cumplida la expiación, puede y debe resolver el conflicto suscitado. Pero ni Esquilo ni Sófocles la hubieran escrito como Eurípides, porque este prefiere, dentro de esa esfera tradicional, presentar a los hombres como son, no como deben ser ni superiores a la realidad, como sus dos ilustres predecesores. No hubieran llamado a Febo *rencoroso como un hombre malvado*, y habrían también omitido la exposición o prólogo de Andrómaca, y las dos justas forenses de Hermíone y de Andrómaca, y de Peleo y Menelao, y los flechazos contra las mujeres, con la agravante de ser ellas mismas las que las disparan para darlas más fuerza. Filósofo de su época y nada crédulo, pinta a nuestro linaje como es, desenvuelve la tesis de los males e inconvenientes de la poligamia, fin moral y político, y observa también los preceptos de la misma moral dramática, puesto que el principal culpable respecto a los dioses y a los hombres, o Neoptólemo, es castigado y premiada Andrómaca como merecía.

En cuanto a la fecha de su representación, basta su simple lectura para averiguar que debió ser durante la guerra del Peloponeso, porque el poeta no pierde nunca la ocasión de congraciarse con los espectadores, ensañándose en los lacedemonios, achaque muy democrático y causa probable de los largos parlamentos forenses ya citados, gratísimos a los atenienses, y objeto de las donosas burlas de Aristófanes en *Las Avispas*. Los eruditos dicen que se representó el año segundo de la olimpiada 89, 422 antes de Jesucristo.

PERSONAJES

Andrómaca, *viuda de Héctor y mujer de Neoptólemo.*

Una esclava troyana.

El coro, *compuesto de mujeres tesalias.*

Hermíone, *esposa de Neoptólemo, hija de Menelao.*

Menelao, *padre de Hermíone.*

Moloso, *hijo de Andrómaca y de Neoptólemo.*

Peleo, *abuelo de Neoptólemo.*

Una nodriza.

Orestes, *hijo de Agamenón y de Clitemnestra.*

Un mensajero.

Tetis, *diosa del mar y esposa de Peleo.*

* * *

El teatro representa el palacio de Neoptólemo, y enfrente el templo de Tetis, ante cuyo altar aparece Andrómaca suplicante.

ANDRÓMACA

Ciudad de Tebas,[1] honra del Asia, de donde en otro tiempo vine con opulenta dote a la regia morada de Príamo para casarme con Héctor y darle hijos; yo soy Andrómaca, feliz sin duda en los pasados días, y ahora la mujer más desventurada que hay y habrá jamás, pues presencié la muerte de mi esposo, Héctor, a manos de Aquiles, y la de Astianacte, su hijo y el mío, precipitado desde torres empinadas después que los griegos tomaron a Troya; sufro dura esclavitud, cuando fue libérrima mi familia, y he venido a la Grecia a manos del insular[2] Neoptólemo, como trofeo de guerra elegido para él en el botín de Troya. Habito los campos vecinos a la ciudad de Farsalia y a la Ftía,[3] en donde moraba con Peleo la marina Tetis,

separada del comercio de los hombres y esquivando su trato, por lo cual el pueblo tesálico llama a este lugar Tetidio, en conmemoración del himeneo de la diosa con ese mortal. Aquí el hijo de Aquiles reside en su palacio, y deja a Peleo reinar en la Farsalia, no queriendo empuñar el cetro mientras ese anciano viva. Y yo he dado a luz en él un niño, hijo del hijo de Aquiles, mi señor. Antes, a pesar de las desdichas que me rodeaban, me consolaba la esperanza de que, viviendo mi hijo, encontraría en él alguna defensa y como el baluarte contra mis males; pero desde que mi dueño se casó con la lacedemonia Hermíone,[4] despreciando mi tálamo servil, atorméntame su esposa con innumerables pesares. Dice que con ocultos filtros la hago estéril y odiosa a su marido, y que yo sola quiero mandar en este palacio, arrojándola por fuerza de su lecho cuando lo acepté en un principio contra mi voluntad, y ahora lo he abandonado. Bien sabe Zeus Máximo que yo no comparto de buena gana su tálamo. Pero no puedo convencerla, y quiere matarme, y su padre, Menelao, le ayuda en su propósito. Ahora está en el palacio, habiendo venido de Esparta. Yo, aterrada, me he refugiado en este santuario de Tetis, próximo al palacio, y aquí ruego a esa diosa que me libre de la muerte, puesto que Peleo y su descendencia lo respetan como monumento de sus nupcias con Tetis. En cuanto a mi hijo único, lo tengo oculto en otra parte para salvarle la vida; su padre ni se cuida de mí, ni en nada le sirve; ausente en Delfos, en donde paga a Apolo la pena impuesta a su furor, cuando fue en otro tiempo al templo Pitio a pedir al dios que se obligase a sufrir el castigo que merecía la muerte de su padre, con la mira de expiar ahora su falta anterior y obtener en lo futuro el favor de Febo.[5]

LA ESCLAVA

¡Oh señora!, que no temo darte este nombre, habiéndolo pronunciado

tantas veces en tu palacio, cuando residíamos en Troya, y te amaba, y a tu marido, entonces vivo; ahora te hablo para anunciarte nuevas que te interesan, con miedo, es verdad, por si lo saben mis señores, pero compadecida de ti: Menelao y su hija maquinan atroces crueldades, que debes precaver.

ANDRÓMACA

¡Oh consierva muy amada!, pues consierva eres de una reina, feliz en otro tiempo, ahora infortunada: ¿qué hacen, qué lazos nuevos me tienden, queriendo matarme sin compasión por mis desdichas?

LA ESCLAVA

Tratan, ¡oh mujer sin ventura!, de matar a tu hijo, al que alejaste de tu palacio.

ANDRÓMACA

¡Ay de mí! ¿Ha sabido ella que está oculto mi hijo? ¿Cómo? ¡Oh desventurada de mí, que voy a perecer!

LA ESCLAVA

No lo sé; pero he averiguado que Menelao ha salido a buscarlo.

ANDRÓMACA

¡Cierta es mi muerte! ¡Oh hijo!, estos dos buitres te arrebatarán y te sacrificarán inhumanamente. ¡Y el que se llama tu padre, todavía en Delfos!

LA ESCLAVA

Creo que si él estuviera aquí no sería tanta tu desventura; pero ahora careces de amigos.

ANDRÓMACA

¿Ni se sabe nada de Peleo, cuya próxima venida se anunciaba?

LA ESCLAVA

Es más viejo de lo necesario para servirte su presencia.

ANDRÓMACA

Y lo he llamado, y no una sola ver.

LA ESCLAVA

¿Piensas acaso que se cuida nadie de tus mensajes?

ANDRÓMACA

¿Cómo pensarlo?[6] ¿Quieres ser tú mi mensajera?

LA ESCLAVA

¿Y qué diré si falto mucho tiempo del palacio?

ANDRÓMACA

Ya encontrarás razones; eres mujer.[7]

LA ESCLAVA

Es peligroso, porque Hermíone nos vigila sin descanso.

ANDRÓMACA

¿Lo ves? Abandonas a tus amigos en la desgracia.

LA ESCLAVA

Nunca podrás reconvenirme por esa falta. Iré, pues, aunque me exponga, que ni aun envidiable es la vida de una esclava.

ANDRÓMACA

Ve, y yo, como siempre, dirigiré al cielo mis gemidos, mis lamentos y mis lágrimas, que es ingénito en las mujeres deleitarse con sus desdichas y tenerlas siempre en los labios. No por un solo motivo, sino por muchos debo gemir: por mi ciudad patria, por la muerte de Héctor, por la cruel fortuna, que me agobia condenándome a indigna servidumbre. Ningún mortal puede llamarse feliz hasta su día postrimero y su descenso en los infiernos. Paris, en la alta Ilión, al casarse con Helena y hacerla compañera

de su tálamo, no llevó a él a una recién desposada, sino a alguna Furia. Por su causa, ¡oh Troya!, a hierro y fuego te devastó el ligero Ares, que de Grecia vino en una nave, y a Héctor, al marido de esta desventurada, lo arrastró alrededor de las murallas, rigiendo su carro el hijo de la marina Tetis; yo misma fui arrancada del tálamo a la orilla del mar, y sujeta a triste esclavitud. Muchas lágrimas corrieron por mi rostro cuando abandoné la ciudad y el tálamo, y a mi marido cubierto de polvo. ¡Ay de mí, desventurada! ¿Por qué había de ver yo más la luz, esclava de Hermíone? Afligida por ella, suplicante, recurro a la estatua de la diosa, y la abrazo, y me consumo llorando como la fuente que se desliza por la peña gota a gota.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh mujer!, que por tanto tiempo resides en el templo y en el suelo consagrado a Tetis, y no lo abandonas; aunque yo sea ftiota y tú asiática, vengo, sin embargo, en tu ayuda, y a ofrecerte algún remedio a tus males, que os han convertido a ti y a Hermíone en rivales odiosas, sin duda porque compartes con ella el lecho del hijo de Aquiles.

Antístrofa 1.ª — Piensa en tu suerte, reflexiona en el infortunio que te agobia. Tú, joven troyana, luchas con tus señores, oriundos de Lacedemonia. Deja el palacio de la diosa del mar, en donde sacrificamos nuestras ovejas. ¿De qué te sirve macerar tu cuerpo, desfigurado por las penas, y ser víctima de las violencias de tus dueños? La fuerza te someterá. ¿A qué sufrir trabajos, no pudiendo?

Estrofa 2.ª — Vete, pues; abandona la espléndida mansión de la diosa nereida, y no olvides que eres esclava en extranjera tierra, en peregrina ciudad, en donde no vea ningún amigo, ¡oh infelicísima, oh esposa digna

de lástima!

Antístrofa 2.ª — Porque tú, mujer troyana, viniste a este palacio y excitaste mi compasión; pero no me atrevo a moverme por miedo a mis dueños, y sufro con pena tu desdicha, temerosa de que la nieta de Zeus advierta mi benevolencia.

HERMÍONE

Ni las joyas de oro que ciñen mi cabeza y son su encanto, ni este vestido y el lujoso manto que cubre mi cuerpo me acompañaron como primicias nupciales, dones de la casa de Aquiles o Peleo, cuando aquí vine, sino que mi padre, Menelao, me los trajo de la región espartana, con rica dote para hablar con libertad; con estas palabras os respondo.[8] Pero tú, cautiva y esclava, quieres poseer este palacio expulsándome de él; mi esposo me odia por tus filtros, y por tu causa mis entrañas no conciben, que es sagaz en tales artes el ingenio de las mujeres de Asia. Y yo pondré freno a tu maldad y no te servirá esta mansión de la nereida, ni el ara ni el templo, y habrás de morir. Si algún dios o algún hombre quiere salvarte, es menester que en vez de tu anterior orgullo, hijo de tu dicha, te inspire la humildad y te haga caer a mis rodillas, y barrer mi casa, y derramar con tu mano el agua del Aqueloo[9] de los vasos de oro, y conocer el país en que vives; no tienes aquí a Héctor, ni a Príamo, ni riquezas, sino solo una ciudad griega. A tal extremo ha llegado tu locura, ¡oh desventurada!, que te atreves a dormir con el hijo del que mató a tu esposo y a dar descendientes a su asesino. Tales son los bárbaros: el padre se casa con la hija, el hijo con la madre y la hermana con el hermano; mátase a los que más se ama, y nada de esto prohíben sus leyes. No introduzcas esas costumbres entre nosotros, que no es decoroso que un hombre solo tenga las riendas de dos mujeres, sino un

solo amor conyugal, y que, contento con él, pueda vivir tranquilo en su hogar.

EL CORO

Envidiosa es la mujer, y aborrece más que nada a las compañeras de su lecho nupcial.

ANDRÓMACA

¡Ay, ay de mí! Fatal, sin duda, es para los mortales la juventud, y cuando son jóvenes, sentir injustas pasiones. Yo temo que me trates como a esclava y me impidas hablar, cuando tantas razones me asisten; y que si venzo reciba también daño. Los arrogantes oyen difícilmente sólidos argumentos de sus inferiores; sin embargo, nunca podré decidirme a faltarme a mí misma. Di, ¡oh jovencilla!, ¿qué motivos justos alegas para oponerte a los deseos legítimos de tu esposo? ¿Será la ciudad Lacedemonia inferior a la de los frigios, y más envidiable mi fortuna? ¿Me odias porque me ves libre, o porque te inquieta mi robustez y juventud,[10] mis grandes riquezas y numerosos amigos, y mi ambición de poseer el palacio que tú sola poseerías? ¿Quizá porque tengo hijos esclavos, para colmo de mis desdichas? ¿Acaso porque será preciso sufrir con resignación que mis hijos sean reyes de la Ftía, si tú no los tienes? Y en verdad que me aman los griegos porque también estimaban a Héctor, y soy mujer oscura, no reina de los frigios. No te aborrece tu esposo por mis filtros, sino porque careces de prendas amables. Tal es el verdadero filtro: no la hermosura, ¡oh mujer!, sino las virtudes deleitan a los maridos. Pero tú, si algo te ofende, hablas con arrogancia de la ciudad Lacedemonia, menosprecias a Esciros,[11] y entre pobres haces ostentación de tus riquezas; y Menelao es, en tu concepto, superior a Aquiles. Por esto seguramente te odia tu marido. Conviene que

la mujer, aunque se case con un esposo malo, trate de agradarle y no de disputar con él, llena de orgullo. Si te hubieses casado con un rey de la nevada Tracia, en donde un solo lecho sirve a un hombre y a muchas mujeres, ¿las matarías acaso? Esa mancha hubiera recaído en todo tu sexo, y lo deshonrarías haciéndolo aparecer como aquejado de insaciable lujuria; vergonzoso sería, sin duda; y aunque esta enfermedad nos ataca con más fuerza que a los hombres, nos refrenamos por propio decoro. ¡Oh cariñoso Héctor! Por ti amaba yo a las que te inclinaba la astuta Afrodita, y muchas veces, para agradarte, di mi pecho a tus hijos bastardos.[12] Y al hacerlo así, mi virtud aumentaba la estimación que me profesaba mi esposo; pero tú, por miedo, no consientes que una leve gota de celestial rocío toque siquiera al tuyo. Cuida de no superar a tu madre, ¡oh mujer!, en tu amor a los hombres,[13] porque los hijos de sano corazón no deben imitar las costumbres de sus madres cuando son malas.

EL CORO

¡Oh señora!, si puedes hacerlo, transige siquiera con ella.

HERMÍONE

¿Por qué hablas con arrogancia y te atreves a disputar conmigo? ¡Como si tú sola fueras casta y yo no!

ANDRÓMACA

Si a tus palabras nos atenemos, nada tienen de castas.

HERMÍONE

Que nunca piense yo como tú, ¡oh mujer!

ANDRÓMACA

Eres jovencita y hablas de lo que debiera ruborizarte.

HERMÍONE

Tú no hablas así, en verdad, pero me ofendes cuanto puedes.

ANDRÓMACA

¿No sufrirás, pues, los dolores que da Afrodita?

HERMÍONE

¿Y por qué? ¿No miran sus goces todas las mujeres como el bien supremo?

ANDRÓMACA

Sí, cuando lo hacen con decoro; si no, no son honestas.

HERMÍONE

No gobernamos a nuestros súbditos con las leyes de los bárbaros.

ANDRÓMACA

Lo que es vergonzoso entre ellos es aquí infame.

HERMÍONE

Astuta, astuta eres; pero has de morir.

ANDRÓMACA

¿Ves la estatua de Tetis que te contempla?

HERMÍONE

Y que seguramente aborrece a tu patria por la muerte de Aquiles.

ANDRÓMACA

Tu madre, Helena, lo perdió; no yo.

HERMÍONE

¿Todavía me has de causar más disgustos?

ANDRÓMACA

Callo, pues, y refreno mi lengua.

HERMÍONE

Di, pues, la razón que aquí me trae.

ANDRÓMACA

Digo tan solo que tú no sabes lo que te conviene.

HERMÍONE

¿Dejarás este templo de la diosa del mar?

ANDRÓMACA

Sí, si no muero; pero si no, nunca.

HERMÍONE

Así se ha decretado, y no esperaré a que venga mi esposo.

ANDRÓMACA

Y hasta que no llegue no me pondré en tus manos.

HERMÍONE

Y el fuego te ahuyentará sin cuidarme de ti.

ANDRÓMACA

Enciéndelo, pues; los dioses lo tendrán presente.

HERMÍONE

Y llenaré tu cuerpo de graves y dolorosas heridas.

ANDRÓMACA

Hiéreme; mancha con sangre el ara de la diosa, que ella te castigará.

HERMÍONE

¡Oh tú, bárbara bestia, dura y obstinada, sufrirás la muerte! Yo te obligaré a que desalojes pronto este lugar, y para lograrlo emplearé cierto cebo. Pero más vale callar, que no tardará en saberse. Persiste en tu propósito, que aun rodeándote por todas partes plomo derretido,[14] te haré huir antes que venga el hijo de Aquiles, en quien confías.

ANDRÓMACA

Y en él sigo confiando: maravilla es que algún dios hallase remedios

contra las ponzoñosas serpientes y ninguno contra las mujeres, peores que la víbora y el fuego, y calamidad verdadera para los hombres.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Causa de grandes desdichas fue sin duda la llegada a los montes ideos del hijo de Zeus y de Maya,[15] guiando el hermoso carro de las tres diosas, para oír el funesto fallo acerca de su belleza, encaminándose a los establos del boyero en busca del joven y solitario pastor y de los lares desiertos de su cabaña.

Antístrofa 1.ª — Cuando las tres llegaron a las umbrosas selvas de los montes, lavaron sus refulgentes cuerpos en las aguas de las fuentes y buscaron al hijo de Príamo. Dirigiéronle a porfía palabras lisonjeras; y Afrodita venció con sus frases insinuantes, gratas al oído, causa de la deplorable ruina de la ciudad de los frigios y de los alcázares de la infortunada Troya.

Estrofa 2.ª — Ojalá que alejase tal desdicha de su cabeza[16] la que dio a luz en otro tiempo al malhadado Paris, antes de enviarlo al Ida, cuando Casandra[17] clamó junto al laurel sagrado que era preciso matarlo, porque sería causa de grande estrago para la ciudad de Príamo. ¿A quién no incitó a ello? ¿A qué anciano del pueblo no rogó que matase al niño?

Antístrofa 2.ª — El yugo de la servidumbre no pesaría sobre Troya, y tú, mujer, hubieses disfrutado de tu real palacio, y los griegos no habrían sufrido nuevos trabajos, vagando los jóvenes diez años alrededor de Troya, víctimas de bélicas fatigas, y ni los lechos nupciales hubiesen quedado desiertos, ni los ancianos sin hijos.

MENELAO

En mi poder está ya tu hijo, escondido por ti en otra casa, sin que

Hermíone lo supiese. Pensabas que te salvaría la imagen de Tetis, y a tu hijo el estar oculto; pero sabes menos que Menelao, ¡oh mujer! Y si no abandonas este lugar, morirá por ti. Decídete, pues, si quieres, a sacrificarte por él, o al contrario, único medio de expiar las ofensas que nos has hecho a mí y a mi hija.

ANDRÓMACA

¡Oh fama, fama!, a miles de mortales que nada eran concediste gloriosa vida. Felices juzgo a los que disfrutan de renombre merecido; pero los falsamente famosos no los tengo por ilustres, puesto que su reputación de sabios solo de la casualidad depende. Tú, hombre tan cobarde, ¿tú mandaste en otro tiempo griegos escogidos y arrebataste a Príamo su ciudad de Troya? ¿Te han bastado las palabras de tu hija, todavía niña, para hacer alarde de tu orgullo y descender hasta el extremo de luchar con una pobre esclava? No eres digno adversario de Troya, ni Troya de ti. En apariencia brillan tales hombres, pero por dentro son semejantes a los demás, sin otra diferencia que las de sus riquezas, de mucho precio en verdad. Dejémonos de hablar, ¡oh Menelao!; tu hija es causa de mi ruina y de mi muerte; ya no podrá evitar la pena de su delito, y para el pueblo también tú serás reo, porque tu complicidad te acusa. Pero si yo conservo la vida, ¿mataréis acaso a mi hijo? ¿Cómo lo llevará su padre con paciencia? Troya no lo llama cobarde; ha ido adonde debe; y su conducta no es indigna de Peleo ni de su padre Aquiles; expulsará a tu hija del palacio, y tú, después de darla a otro en matrimonio, ¿qué le dirás?, ¿que su castidad la ha obligado a huir de un mal esposo? Pero esto será falso. ¿Y quien se casará con ella? ¿Le alcanzará viuda la vejez cana, sin marido que la acompañe? ¡Oh varón infortunado!, ¿no te compadeces de los infinitos males que me

persiguen?; ¿cuántos amantes indignos quisieras que deshonrasen a tu hija antes que sufrir lo que te digo? Por pequeñas causas no se deben cometer grandes maldades; y si nosotras las mujeres somos una calamidad funesta, los hombres no deben asemejársenos. Si yo, pues, doy a tu hija veneno para que aborte, como dice, a ciencia cierta, no involuntariamente, ni prosternándome ante el ara con ese objeto, me someteré, sin que nadie me obligue, al juicio a que me sujete tu yerno, puesto que tiene derecho para condenarme, dejándolo sin hijos. Tal es mi ruego; pero me infundes no poco temor, recordando que por cuestiones mujeriles perdiste a la desventurada ciudad de los frigios.

EL CORO

Demasiado has dicho; has hablado con los hombres más de lo justo, y tu modestia, dejándose llevar del fuego de la pasión, ha agotado sus dardos.

MENELAO

Todo esto, ¡oh mujer!, es poco importante y no digno de mi cetro, como dices, ni tampoco de la Grecia. Pero has de saber que cualquiera estima en más lo que le interese que tomar a Troya; y como para mí es muy grave que mi hija pierda su esposo, la ayudo, teniendo en cuenta que todo lo demás que pueda sufrir una mujer vale menos que perder a su marido, porque entonces pierde la vida. Natural es que Neoptólemo mande a mis siervos, y los que me tocan de cerca y yo mismo, a los suyos. Los verdaderamente amigos no tienen nada propio: son comunes sus bienes. Si, por esperar a los ausentes, no proveo lo mejor, soy descuidado, no cauto. Anda, pues, y retírate de este templo de la diosa, porque si tú mueres, este niño no morirá; pero si lo rehúsas, lo mataré; es necesario que uno de los dos deje de existir.

ANDRÓMACA

¡Ay de mí! Amarga es mi suerte y la mortal opción que me propones, y ya elija mísera, ya no, siempre seré una desdichada. ¡Oh tú, que tramas grandes maldades por causas pequeñas!, oye: ¿con qué objeto me matas?, ¿por qué causa?, ¿qué ciudad he vendido?, ¿a cuál de tus hijos he dado muerte?, ¿qué población he incendiado? Por fuerza comparto el lecho de mi señor, y, sin embargo, intentas sacrificarme, no al autor de todo; pero ¿por qué, prescindiendo del origen de tu ofensa, diriges tus ímpetus contra sus consecuencias, que es lo último? ¡Cuánta es mi desventura por estos males! ¡Oh mísera patria mía, qué trato sufro tan indigno! ¿Qué necesidad había de añadir esta doble carga a la antigua? Pero ¿a qué me lamento de este mal del momento, y no me acuerdo de otros? Yo presencié la muerte de Héctor, destrozado por el carro, y el deplorable incendio de Ilión, y subí esclava a las naves de los argivos, arrastrada por los cabellos; y después que vine a la Ftía me casé con los asesinos de Héctor. ¿Qué dulzuras tiene para mí la vida?; ¿qué debo considerar, mi presente o mi pasada desventura? Un solo hijo me quedaba, querido como las niñas de mis ojos, y solo porque les place tratan de matarlo. No morirá, de seguro, por salvar yo mi vida infeliz; él es mi esperanza, y no perecerá; que para mí sería una deshonra no sacrificarme por mi hijo. Voy, pues, a abandonar el ara; ya me entrego a las manos que me han de degollar, que me han de matar, que me han de atar, que me han de ahorcar. ¡Oh hijo mío!, yo, tu madre, iré al Orco por salvarte; pero si escapas de la muerte, acuérdate de ella y de su desdicha y sufrimientos; y cuando veas a tu padre, bésalo, llora y abrázalo y cuéntale mis tormentos. Para todos los hombres, los hijos son tan amados como el vivir; quienquiera que me critique sin saber lo que son, sufrirá menos; pero

su felicidad no es envidiable.

EL CORO

Compadézcote al oírte; dignas de lástima son las desdichas de todos los mortales, aunque sean extranjeros. ¡Oh Menelao!, tú y tu hija debíais reconciliaros con ella y librarla de sus males.

MENELAO

Sujetadla, esclavas, que oirá palabras amargas. Yo te amenacé con la muerte de tu hijo para que abandonaras el ara de la diosa, y así te engañé para que cayeras en mis manos, y después matarte. Y esto, por lo que a ti atañe; por lo que hace a este niño, mi hija decidirá si ha de morir o no. Pero anda al palacio, para que aprendas, ya que eres esclava, a no insultar jamás a los que son libres.

ANDRÓMACA

¡Ay de mí! Con fraude obraste: me has engañado.

MENELAO

Publícalo a todos; no lo negamos.

ANDRÓMACA

¿Así pensáis vosotros, los que habitáis las orillas del Eurotas?[18]

MENELAO

Y los que moran en Troya, cuando ofendidos se vengan.

ANDRÓMACA

¿Crees que los dioses no son dioses, y no castigan a los culpables?

MENELAO

Si lo hacen, lo sufriremos; pero te mataré.

ANDRÓMACA

¿Y también a este hijo mío, arrancado de debajo de mis alas?[19]

MENELAO

No, seguramente; lo entregaré a mi hija para que lo mate si quiere.

ANDRÓMACA

¡Ay de mí! ¿Cómo no te he de llorar, ¡oh hijo!?

MENELAO

Ya ves la lisonjera esperanza que debes alimentar acerca de su muerte.

ANDRÓMACA

¡Oh habitantes de Esparta!, mortales muy enemigos de todos los hombres, conciliábulo engañoso, los primeros en mentir, forjadores de dolosos males, de torcidos pensamientos y llenos de falsía: sin razón florecéis en la Grecia. ¿Qué delito no se comete entre vosotros? ¿No se repiten con frecuencia los asesinatos? ¿No sois ávidos de torpes ganancias? ¿No habéis probado siempre que decís una cosa y sentís otra? ¡Que los dioses me oigan y perezcáis! No es para mí mal tan grave el morir como tú piensas. Perdiéronme otras desdichas, perdiome la ruina y el incendio de la mísera ciudad de los frigios, y mi ilustre marido, que con su lanza te obligó a probar tu cobardía y a ser soldado de mar, no de tierra.[20] Ahora me matas, convertido en esforzado guerrero contra una pobre mujer. Mátame, pues, que seguramente mi lengua no te adulará, ni a tu hija tampoco; si eres grande en Esparta, yo lo soy en Troya, y si mi presente fortuna es adversa, no te jactes de la tuya, que de un momento a otro puedes sufrir la mía.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Nunca alabaré a los mortales que tienen dos lechos nupciales, ni que engendran hijos de diversas madres, causa de disensión en las familias y de tristes calamidades. Que mi marido, cuando me case, se

contente con un solo tálamo, y que con ninguna otra lo comparta.

Antístrofa 1.ª — Ni en las ciudades son más útiles dos gobernantes que uno solo, y en realidad son dos verdaderas cargas y cuna de sedición entre los ciudadanos; hasta las Musas siembran la discordia entre dos que compongan himnos a un tiempo.

Estrofa 2.ª — Y cuando los ligeros vientos se llevan a los marineros, dos que rijan el timón y gran multitud de sabios valen menos que una inteligencia inferior que mande sola, y es más útil en casas y ciudades cuando se quiere gobernar con fruto.

Antístrofa 2.ª — Pruébalo la lacedemonia, hija del capitán Menelao; furor ardiente la arrastra contra la rival de su tálamo, y trama la muerte de esa infeliz troyana y de su hijo, dominada por la envidia. Impío, injusto, odioso es el asesinato. Acaso algún día sienta laudable arrepentimiento. Pero veo juntos delante del palacio a los dos desdichados que aguardan la muerte. ¡Mísera mujer, y tú, niño desventurado, víctima del himeneo de tu madre, sin participar de su cuerpo, sin haber cometido crimen alguno contra los reyes!

ANDRÓMACA

Ved cómo me llevan debajo de la tierra, y las ligaduras que llenan de sangre mis manos.

MOLOSO

Madre, madre, bajo tus alas desciendo también al infierno.

ANDRÓMACA

¡Mísera víctima! ¡Oh príncipes de la Ftía!

MOLOSO

¡Oh padre, ven a socorrer a los que te aman!

ANDRÓMACA

Tú, hijo querido, yacerás junto a los pechos de tu madre, muerto bajo la tierra, con ella, también muerta.

MOLOSO

¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué haré? Desventurado soy sin duda, y tú también, ¡oh madre!

MENELAO

Andad a los infiernos, que vinisteis de torres enemigas. Los dos habéis de morir por dos causas inevitables: mi interés te mata, y a este niño mi hija Hermíone. Es gran imprudencia dejar hijos enemigos de los que lo han sido nuestros, pudiendo matarlos, y no librar de ese peligro a las familias.

ANDRÓMACA

¡Oh esposo, esposo, hijo de Príamo, ojalá que mi mano fuese tan robusta como la tuya y empuñara tu salvadora lanza!

MOLOSO

¡Infeliz de mí! ¿A quién invocaré para evitar la muerte?

ANDRÓMACA

Arrástrate, y besa las rodillas de tu señor, ¡oh hijo!

MOLOSO

¡Oh señor, oh señor,[21] perdóname la vida!

ANDRÓMACA

Riegan las lágrimas mis mejillas; de mis ojos caen poco a poco, como gota opaca de empinado risco.

MOLOSO

¡Ay de mí, ay de mí! ¿Qué remedio podré hallar a mis males?

MENELAO

¿Por qué imploras mi perdón y me suplicas, cuando soy solo ola o marino peñasco? Yo solo ayudo a los míos, y nunca podré reconciliarme contigo, puesto que ya en edad adulta tomé a Troya y cautivé a tu madre; para que goces de su compañía descenderás a la morada del infernal Hades.

EL CORO

Veo cerca a Peleo, que dirige hacia aquí de prisa sus trémulos pasos.

PELEO

A vosotros pregunto, y a este maestro de asesinos: ¿Qué sucede? ¿Cómo reina tal desorden en este palacio? ¿Por qué causa? ¿Por qué hacéis esto, condenando al suplicio sin juzgar antes? Detente, Menelao; no te precipites sin oír a las partes. (*Al servidor que le acompaña*). Precédeme tú, apresúrate; según me parece, esto no admite dilación; que aquí, y no en otra parte, quisiera recobrar mi fuerza juvenil. Y primero, en verdad, con viento favorable, como bajel de hinchadas velas, enderezaría hacia este mi rumbo. Di: ¿con qué derecho, atadas tus manos, se llevan estos a ti y a tu hijo? Como la oveja que defiende a su cordero, mueres tú en nuestra ausencia y en la de tu señor.

ANDRÓMACA

Como ves, ¡oh anciano!, me llevan a morir con mi hijo. ¿Qué te diré, habiéndote llamado no una sola, sino mil veces? Acaso tienes noticia de la cuestión que se ha promovido en este palacio, si has hablado con la hija de Menelao, autores ambos de mi muerte. Y ahora me arrastran arrancándome del ara de Tetis, que te dio a luz noble hijo, y a la que rindes venerable culto, no juzgándome con arreglo a derecho, ni esperando a los ausentes, sino prevalidos de mi aislamiento y del de mi hijo, al que quieren matar también, inocente de toda culpa. Pero te ruego, pues, ¡oh anciano!,

cayendo a tus rodillas, ya que mis manos no puedan tocar tu muy amada barba,[22] que me salves por los dioses; de otro modo moriremos con vergüenza vuestra, ¡oh anciano!, y miserable daño nuestro.

PELEO

Os mando desatar sus ligaduras, si no queréis arrepentiros, y soltar sus manos.

MENELAO

Y yo, no inferior a ti, te lo prohíbo, porque mis derechos señoriales en esta son superiores a los tuyos.

PELEO

¡Cómo! ¿Acaso, y solo por venir aquí, gobiernas ya mi palacio? ¿No te basta mandar a los habitantes de Esparta?

MENELAO

Yo me apoderé de esta cautiva troyana.

PELEO

Y diéronla a mi nieto y la aceptó como parte del botín.

MENELAO

¿No es lo mío suyo y lo suyo mío?

PELEO

Para hacer el bien, no el mal, ni para matar tampoco.

MENELAO

Ten entendido que nunca la sacarás de mi poder.

PELEO

Con este cetro llenaré de sangre tu cabeza.

MENELAO

Toca, acércate a mí y sabrás quién soy.

PELEO

Y querrás que te llamen hombre, ¡oh tú, el más malvado e hijo de malvados![23] ¿Cómo te han de contar entre los hombres? Un frigio robó tu esposa, que abandonaste en un palacio no cercado y sin siervos que lo guardasen, como si en él tuvieras una mujer casta, no la peor de todas. Ni aunque quiera puede ser honesta ninguna doncella espartana, acostumbrada a salir de su casa y a tomar parte con muslos desnudos y suelta túnica en las carreras y palestras de los jóvenes; lo cual, en mi concepto, no debe tolerarse. ¿Y es después sorprendente que no eduquéis mujeres castas? Convendría preguntarlo a Helena, que procaz huyó con un joven a tierra extraña, abandonando sus lares conyugales. Y por ella capitaneaste contra Troya tan grande ejército de griegos, cuando hubiera sido mejor que la despreciaras y no movieses guerra, puesto que estabas seguro de su crimen, dejándola allí. Hasta debieras haberla recompensado y no admitirla en tu palacio. Pero no tuviste tan feliz inspiración, sino que perecieron muchas vidas preciosas, y a muchas ancianas privaste de hijos y arrebataste a muchos padres de blancos cabellos sus nobles descendientes. Yo soy uno de estos infortunados; mírote como al matador de Aquiles, como a una deidad malévola; tú solo viniste sin heridas de Troya, y trajiste tus bellas armas guardadas en ricas vainas, como allá las llevaste. Y yo mismo intenté persuadir a mi hijo que no se casase ni contrajese contigo parentesco, ni admitiese en su palacio a la hija de una mujer mala, teniendo presente que se heredan las faltas maternales. Aprended, ¡oh enamorados!, la conveniencia de casaros con hijas de buenas madres. Además, ¡cuánta no fue tu sinrazón con tu hermano, mandando matar neciamente a su hija![24] ¡Tanto temiste no poseer una mujer adúltera! Tomada Troya, para seguirte

también en este terreno, no mataste a esa mujer que volvía a tu potestad, sino que al ver su pecho tiraste a un lado la espada, recibiste sus ósculos y adulaste a una perra traidora vencido por la lujuria, ¡oh tú, el más villano de los hombres! Y después vienes al palacio de mis hijos, no respetas su ausencia y matas con infamia a una pobre mujer y a un niño, cuya muerte os hará llorar a ti y a tu hija, la que mora en el palacio, aun cuando fuese tres veces bastardo. Muy a menudo las cosechas de tierras áridas son superiores a las que nacen en pingües terrenos, y muchos bastardos aventajan a los hijos legítimos. Pero llévate tu hija. Mejor es para los hombres amar a un yerno pobre y honrado que a uno criminal y rico, y tú nada vales.

EL CORO

Por causas insignificantes la lengua promueve entre los hombres grandes disputas, y por esto los prudentes no discuten con sus amigos.

MENELAO

¿Cómo dirás que los ancianos son sabios, y los que por tales tiene la Grecia? Tú, Peleo, hijo de ilustre padre y unido conmigo por los lazos de la afinidad, ¿no debieras avergonzarte de hablar así y de afrentarme por una mujer bárbara, a quien te convendría desterrar mas allá del Nilo y del Fasis, y excitarme tú mismo a hacerlo, solo recordando que es oriunda del continente de Asia, en donde yacen muchos cadáveres de griegos muertos por las lanzas, y manchada con sangre de tu hijo? Paris, que mató a Aquiles, era hermano de Héctor, y esta, esposa también de Héctor. Y, sin embargo, a ti y a ella os cobija el mismo techo y te dignas sentarte con ella a la mesa, y consientes que dé a luz hijos odiosos a tu linaje; por estas razones, ¡oh anciano!, y atendiendo a tu interés y al mío, quiero matarla, y

tú me la arrancas de las manos. Pero veamos, pues, si, como creo, no es vergonzoso que hablemos ahora: si mi hija no tiene descendientes y esta sí, ¿los harás señores del territorio ftiótico, y, siendo bárbaros, mandarán a los griegos? ¿No soy, pues, prudente evitando tales iniquidades? ¿Tienes tú razón? Reflexiona también en esto: si casaras a tu hija con alguno, ¿sufrirías tales injurias en silencio? No lo creo. ¿Por una mujer extranjera insultas así a tus amigos y parientes? Igual derecho tiene el marido y la mujer, ya ultraje a esta, ya lo sea él por la deshonestidad de su cónyuge. El hombre tiene en sus manos medios de lograrlo; pero la mujer solo puede conseguirlo valiéndose de sus padres y amigos. ¿No es justo, por tanto, que yo socorra a mis parientes? Anciano, anciano eres, y cuando hablas de mi campaña más me favoreces que callando. Helena no sufrió voluntariamente tantas penas sino por decreto de los dioses, y esa guerra fue muy útil a Grecia, porque, poco perita antes en las armas y combates, salió aguerrida de esta empresa: en todo es la experiencia maestra de los mortales. Y si yo, al ver a mi esposa, me contuve y no la maté, fue por prudencia. ¡Ojalá que tú no hubieras matado a Foco![25] Tal es mi benévola réplica, no inspirada por la ira; pero si te encolerizas, tú perderás por tu locuacidad lo que ganaré por mi previsión.

EL CORO

Lo mejor será que os dejéis de vanas palabras y no incurráis ambos a un tiempo en la misma falta.

PELEO

¡Ay de mí! ¡Qué depravadas costumbres reinan en Grecia! Cuando el ejército erige trofeos de sus victorias, no se atribuyen a los soldados que pelearon, sino a su general, que se lleva toda la gloria, cuando él maneja la

lanza como otros muchos, y sin aventajarles en nada logra mayor fama.[26] Y en la ciudad se sientan después orgullosos con los magistrados, y miran a la plebe con desdén, cuando nada valen, y en cambio los plebeyos suelen ser mucho más sabios si a un tiempo están dotados de voluntad y osadía. Así tú y tu hermano os habéis enorgullecido con la toma de Troya y por haber mandado a los griegos, y os llenan de arrogancia las fatigas y trabajos de los demás. Yo te probaré, después de esto, que no debes mirar al ideo Paris como a un enemigo superior a Peleo, si tú y tu hija estéril no os alejáis cuanto antes enhoramala de este palacio, puesto que mi nieto, agarrándola por los cabellos, la arrastrará por el suelo, porque es estéril y tiene envidia a la que no lo es. ¿Acaso porque ella sea infeliz sin hijos no los hemos de tener nosotros? Dejad a Andrómaca, esclavos; veremos si alguno me impide desatar sus manos. Levántate, que yo, aunque anciano trémulo, aflojaré los apretados nudos de estas ligaduras. ¡Así, oh tú, el peor de los hombres, has lastimado estas manos! ¿Creías atar algún toro o algún león? ¿Temiste que desenvainando su espada te obligase a huir? Ven, niño, a mis brazos; desata conmigo a tu madre; yo te educaré en la Ftía, y serás grande enemigo de estos. Sabed que los espartanos, sin su bélica gloria y su valor en las batallas, en ninguna otra cosa serían superiores a los demás.

EL CORO

Desenfrenados son los ancianos, y la cólera los arrastra más allá de los justos límites.

MENELAO

Te dejas llevar demasiado de la propensión a la injuria. Yo, que a la fuerza he venido a la Ftía, ni haré nada indigno de mí, ni lo sufriré tampoco. Y ahora, que no tengo tiempo para vagar, vuelvo a mi palacio,

porque hay una ciudad no lejos de Esparta, que antes era amiga y ahora no; quiero castigarla al frente de mis tropas y reducirla a mi dominio.[27] Y cuando lo arregle todo a mi placer, volveré. Presente yo entonces, y también mi yerno, hablaré sin ambages, y oiré sus razones. Y si Neoptólemo castiga a Andrómaca, y después es prudente, yo lo seré también; si se enfurece, me enfureceré, y mis acciones corresponderán en todo a las suyas. No me ofenden tus palabras, porque eres a modo de sombra que habla, y no sirves más que para esto.

PELEO

Ve delante de mí, ¡oh hijo!, protegido por mi brazo, y tú también, ¡oh desventurada!, que después de tan recia tempestad, habéis encontrado seguro puerto.

ANDRÓMACA

Que los dioses, ¡oh anciano!, sean propicios a ti y a los tuyos, ya que nos has salvado a mí y a mi hijo. Pero ten cuidado, no sea que estos, ocultos en el camino solitario, me arrebaten a la fuerza viéndote viejo, y a mí débil y a mi hijo niño; no lo olvides, y evita el peligro presente, sin exponernos a ser cautivados después.

PELEO

No hables el tímido lenguaje de las mujeres. Anda. ¿Quién osará tocaros? Llorará, sin duda, el que lo haga; por la gracia de los dioses mandamos en Ftía, y disponemos de escuadrones de caballería y de muchos infantes. Todavía conservamos todas nuestras fuerzas, y no nos ha gastado la vejez, como tú piensas; me bastaría mirar a ese hombre para vencerlo, aunque sea viejo. Si el anciano es animoso, vale más que muchos jóvenes; ¿qué aprovecha al cobarde su robusto cuerpo?

EL CORO

Estrofa. — O que yo no nazca, o que mis padres sean buenos y me sea dado disfrutar de la opulencia de ciertas familias. No falta a los nobles consuelo en sus desdichas, y a las claras prosapias pertenece la gloria y el honor, que da la fama; nunca borra el tiempo la memoria de los grandes varones, y la virtud de los muertos brilla también perenne.

Antístrofa. — Más vale no ganar deshonrosa victoria que hollar a la justicia por la envidia y por la fuerza; al pronto agrada esto a los hombres, pero con el tiempo se hace molesto y redunda en desdoro de su linaje. Quiero que me alaben, que este sea el bálsamo de mi vida, y que no haya potestad alguna ilegítima ni en la familia ni en el gobierno.

Epodo. — ¡Oh anciano, hijo de Éaco!; creo que con los lapitas peleaste contra los centauros con lanza celebérrima, y que en la nave Argos atravesaste el inhospitalario mar de las Simplégades, ilustre empresa; y cuando en otro tiempo el hijo preclaro de Zeus[28] destruyó a la ciudad de Ilión, participaste de su gloria y volviste luego a Europa.

LA NODRIZA

¡Oh mujeres muy amadas!, como el mal nunca viene solo, otro nos amenaza en este día: Hermíone, la que manda en el palacio, abandonada de su padre y arrepentida de su atentado, cuando quiso matar a Andrómaca y a su hijo, desea morir, temiendo que su marido la castigue alejándola ignominiosamente de su lado, o dándola muerte en represalias de la que quiso dar a quien no debía. Trabajo cuesta a los servidores que la celan impedir que se ahorque, como quiere, y arrebatarle de las manos el acero; y entonces se lamenta amargamente y confiesa su falta. Yo, amigas, hago cuanto puedo para disuadirla de su propósito suicida; entrad vosotras en el

palacio y evitad su muerte, porque los amigos recientes persuaden con más facilidad que los antiguos, aunque sean íntimos.

EL CORO

Oímos, en efecto, los gritos de los servidores, originados, sin duda, de la causa que anunciaste. Parece que la infortunada desea hacer público su sentimiento por las atrocidades que antes cometiera. Ahora sale del palacio, escapándose de las manos de los criados, arrastrada de suicida anhelo.

HERMÍONE

¡Ay de mí, ay de mí! Yo arrancaré mis cabellos y me desgarraré el pecho con mis uñas enemigas.

LA NODRIZA

¿Que haces, hija? ¿Afearás así tu belleza?

HERMÍONE

¡Ay, ay, ay, ay de mí! Vuela por los aires, lejos de mis cabellos, ¡oh velo sutil!

LA NODRIZA

Cubre tu pecho, hija; cúbrelo con tu manto.

HERMÍONE

¿Por qué he de cubrir mi pecho con el manto? Manifiesto y público, no oculto, ha sido mi atentado contra mi esposo.

LA NODRIZA

¿Deploras tu tentativa de sacrificar a la compañera de tu tálamo?

HERMÍONE

Gimo, sin duda, por mi osadía al cometer ese atentado, haciéndome execrable, sí, execrable a los hombres.

LA NODRIZA

Tu marido te perdonará.

HERMÍONE

¿Por qué arrancaste la espada de mi mano? Dámela, dámela, ¡oh querida!, para que con ella me mate; ¿por qué me quitas los lazos que han de acabar conmigo?

LA NODRIZA

¿Y he de consentir que mueras víctima de tu furor?

HERMÍONE

¡Oh ruina!, ¿en dónde hay fuego que me devore?; ¿desde qué escollo me precipitaré?; ¿en qué mar, en qué selva solitaria, abandonada de todos, me salvará la muerte?[29] ¿Cómo me entregaré a los dioses infernales?

LA NODRIZA

¿Por qué te afliges así? Las calamidades divinas aquejan a todos los hombres, ya en un tiempo, ya en otro.

HERMÍONE

Me has abandonado, me has abandonado, ¡oh padre!, dejándome solitaria en la orilla, sin remo para navegar. Tú me pierdes, tú me pierdes; ya no habitaré más este palacio conyugal. ¿A qué estatuas acudiré suplicante? ¿Caeré como esclava a las rodillas de mi esclava? ¡Ojalá que me alejase de la Ftía ave de cerúleas alas, o nave de pino, como la que arribó primero a las costas cianeas![30]

LA NODRIZA

¡Oh hija!, ni aprobé tus excesos contra la troyana, ni tampoco el miedo que ahora te domina y tanto te acobarda. Tu marido no te rechazará tan fácilmente, persuadido por los desatinados discursos de una mujer bárbara.

No eres ninguna cautiva de Troya, sino hija de varón ilustre, y has traído rica dote, y vienes de una ciudad no poco afortunada. Ni tu padre, ¡oh hija!, te abandonará, como temes, ni consentirá que te expulsen de este palacio. Entra, pues, y no salgas de él, que te deshonrarás si te ven de esta manera, ¡oh hija!

EL CORO

Mirad cómo apresura su paso ese huésped extranjero, dirigiéndose hacia nosotras.

ORESTES

Decidme, ¡oh mujeres!, ¿es este acaso el real palacio en donde habita el hijo de Aquiles?

EL CORO

Sí; pero ¿quién eres tú, que así me interrogas?

ORESTES

El hijo de Agamenón y de Clitemnestra, y me llamo Orestes; ahora voy a consultar el oráculo de Zeus que hay en Dodona; pero ya que he llegado a la Ftía, he querido preguntar si vive mi prima, la espartana Hermíone, y si está buena; pues aunque habite lejos de aquí la amo todavía.

HERMÍONE

¡Oh, hijo de Agamenón!, puesto que apareces en medio de la tempestad, ruégote por estas rodillas, que abrazo, que te apiades de mí, no dichosa, ya que llegaste a tiempo para ser testigo de mi desventura. Con mis brazos te oprimo, no con menos fuerza que lo haría a los ramos de los suplicantes.[31]

ORESTES

¡Cómo! ¿Qué es esto? ¿Me equivoco acaso, o veo claramente a la hija de

Menelao, reina de este palacio?

HERMÍONE

Ciertamente: la sola hija que la tindáride Helena tuvo de mi padre; nada debo ocultarte.

ORESTES

Ayúdame, Febo, y líbrala de sus males. ¿Qué es esto? Las desdichas que sufres, ¿son obra de los dioses o de los hombres?

HERMÍONE

En parte, de mí misma; en parte, de mi esposo; en parte, de algún dios; la muerte me rodea por todos lados.

ORESTES

No teniendo hijos, ¿qué calamidad puede afligir a una mujer, a no ser alguna que a su amor se oponga?

HERMÍONE

Esa es, en efecto, la causa de mi mal; me has comprendido; sábelo, pues.

ORESTES

¿Tu esposo ama, acaso, a otra?

HERMÍONE

A la que fue esposa de Héctor, hoy cautiva.

ORESTES

No es conveniente, sin duda, que un hombre tenga dos mujeres.

HERMÍONE

Y así es, sin embargo; y además me he vengado de ella.

ORESTES

¿Has maquinado, acaso, contra tu rival alguna asechanza de las que traman en esos casos las mujeres?

HERMÍONE

He querido matarla, y a su hijo bastardo.

ORESTES

¿Y los mataste, o lo frustró algún accidente?

HERMÍONE

El viejo Peleo, que tomó bajo su protección a los más malos.

ORESTES

¿Hubo alguno que fuese tu cómplice en este delito?

HERMÍONE

Mi padre, que vino de Esparta con ese objeto.

ORESTES

¿Y fue vencido por un anciano?

HERMÍONE

Se avergonzó, sin duda, y se fue, abandonándome.

ORESTES

Ya te he entendido: temes que tu marido castigue tu atentado.

HERMÍONE

Así es; y con razón me perderá. ¿Qué he de decir, pues? Pero te ruego, invocando a Zeus, tronco de mi linaje,[32] que de aquí me lleves a algún lugar muy remoto o al palacio de mi padre, porque temo que el de Neoptólemo, maldiciéndome como si tuviera voz, me expulse, y que la misma tierra Ftía me odia. Si antes viene mi marido, después de consultar el oráculo de Febo, me matará en castigo de mis acciones muy torpes, o serviré a la concubina a quien yo mandaba. Pero ¿cómo has obrado así?, dirá alguno. Perdiéronme mujeres malvadas llenándome de orgullo con estas palabras: «¿Sufrirás tú que una vil cautiva, esclava en tu palacio, sea la compañera de tu lecho?

¡Por la reina te juro[33] que en mi casa no vería la luz usurpando mis más caros derechos!». Y yo, oyendo estas pláticas de astutas sirenas seductoras, redomadas y locuaces, me llené de necia vanidad. ¿Por qué tomarme estos cuidados por mi marido, cuando nada me faltaba? Muchas eran mis riquezas, y mandaba en el palacio; yo hubiese dado a luz hijos legítimos, y los de ella, bastardos, casi hubiesen sido siervos de los míos. Pero nunca, nunca conviene, y no lo diré una sola vez, que los hombres casados, si son prudentes, dejen entrar en sus casas a las amigas de sus esposas, de ordinario sus maestras en maldades. Una, por ganar algo, corrompe a la casada; otra, que delinque, quiere que ella la imite, y muchas lo hacen por su natural perversidad, y de aquí los disgustos de las familias. Guardad bien de ellas las puertas de vuestras casas con cerraduras y barras, porque estas mujeres de fuera, en vez de hacer algo bueno, son causa de muchos males.

EL CORO

Demasiado te has ensañado en tu propio sexo; debe perdonársete; pero bueno es que las mujeres disimulen sus defectos.

ORESTES

Sabio fue, sin duda, el que nos enseñó a oír las razones de los mismos labios de los interesados. Cuando llegaron a mi noticia las disensiones de esta familia y tu contienda con la esposa de Héctor, estaba esperando, o que te decidieras a permanecer aquí, o que aterrada por el miedo que te infunde esa cautiva querrías alejarte de este palacio. Yo vengo aquí, no para obedecerte en lo que me ordenes, sino para llevarte lejos de la Ftía, si, como dijiste hace poco, optas por ese extremo. Porque, habiendo sido antes mía, vives con Neoptólemo por la deslealtad de tu padre, que antes de acometer a Troya te desposó conmigo, y después te prometió a tu actual esposo si la

tomaba. Cuando volvió aquí el hijo de Aquiles, perdoné a tu padre y rogué a aquel que renunciase a este matrimonio, contándole mis penas y mi reciente desgracia, porque podría solo casarme con alguna de mi familia y no de otra manera, desde que desterrado de mi palacio ando vagando tristemente. Él, entonces, me insultó por la muerte de mi madre; dijo que era justa la persecución de las terribles diosas de mirada torva. Y yo, agobiado por mis desdichas domésticas, lo sentí, sí, lo sentí en el alma y sufrí con paciencia este nuevo infortunio, y sin esperanza de lograr tu mano me retiré contra mi voluntad. Ahora, pues, que la fortuna te ha vuelto la espalda, te llevaré de aquí y volverás a poder de tu padre. Mucho pueden los lazos de parentesco, y en la adversidad nada hay mejor que un amigo de la familia.

HERMÍONE

Mi padre cuidará de mis nupcias; a mí no me corresponde resolverlo. Pero llévame cuanto antes de este palacio, no sea que vuelva mi marido y prevenga mi fuga, o Peleo me persiga a caballo sabiendo que abandono el palacio de su hijo.

ORESTES

No temas a un anciano ni el daño que pueda hacer el hijo de Aquiles después de los agravios que me infirió el insolente, que esta mano ha preparado contra él mortales asechanzas, de las cuales no podrá escapar, y que no publicaré hasta que se realicen y las sepa el peñasco délfico. El matricida, si se mantienen firmes mis aliados de la tierra ftiota, le enseñará a no casarse con ninguna de mis prometidas. Con daño suyo pedía que el rey Febo fuese castigado por la muerte de su padre; no le valdrá haber mudado de parecer, que ahora paga al dios lo que debe, que por su causa y por mi

acusación tendrá muerte desastrosa y se acordará de mi enemistad. El dios trueca la fortuna de los hombres, que odia y no tolera su arrogancia.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh Febo!, que en Ilión ceñiste de murallas colina bien defendida,[34] y tú, Poseidón, que hiendes el marino piélago con tus cerúleos caballos, ¿por qué consentisteis primero en edificar con vuestras manos cuanto había de ser profanado por Enialio, perito en lides, y abandonasteis a la mísera Troya?

Antístrofa 1.ª — ¿Y para qué juntasteis muchos carros tirados de briosos caballos a las orillas del Simois e instituisteis allí luchas homicidas no premiadas con coronas? Y murieron los reyes de Ilión, y jamás lucirá el fuego ni subirá el humo del incienso de las aras de los dioses de Troya.

Estrofa 2.ª — También murió el Atrida a manos de su esposa, y ella pagó con la vida su delito, asesinada por sus hijos. El decreto fatídico del dios, sí, del dios, la castigó cuando el hijo de Agamenón vino de Argos y la mató, asesino de su madre, después de visitar tu templo. ¡Oh Dios, oh Febo! ¿Cómo he de creerlo?[35]

Antístrofa 2.ª — Muchas esposas troyanas, en el campamento de los griegos, gemían por la muerte de sus desdichados hijos, y dejaron sus hogares y cayeron bajo el dominio de otros esposos. No tú sola, ¡oh Hermíone!, ni solo tus amigos sufrieron tristes dolores. Grecia entera lloró esa calamidad, esa misma calamidad, y el rayo hendió otros fértiles campos después que los frigios, sembrando la infernal muerte.

PELEO

Mujeres ftiotas, contestadme a lo que os pregunto: ha llegado a mis oídos vago rumor de que la hija de Menelao, abandonando este palacio,

había huido de aquí. Vengo, pues, con deseo de saber si es verdad, porque es nuestro deber cuidar de cuanto interese a los amigos y ausentes.

EL CORO

Cierto es lo que oíste, ¡oh Peleo!; yo no debo ocultar los males que me afligen; es verdad que la reina ha huido de su palacio.

PELEO

¿Y que temía? Replícame.

EL CORO

Que su marido la desterrase.

PELEO

¿Quizá por haber atentado a la vida de su hijo?

EL CORO

Sí, y por miedo a la cautiva.

PELEO

¿Huyó con su padre o con algún otro?

EL CORO

El hijo de Agamenón se la ha llevado.

PELEO

¿Con qué objeto? ¿Para casarse con ella?

EL CORO

Y maquinando la muerte del hijo de tu hijo.

PELEO

¿Por medio de asechanzas, o peleando con él frente a frente?

EL CORO

En el templo sagrado de Apolo, ayudado de los de Delfos.

PELEO

¡Ay de mí! ¡Horrible trama! ¿No habrá alguno que vaya cuanto antes al ara pítica, y cuente lo que pasa a nuestros amigos antes que el hijo de Aquiles muera a manos de sus enemigos?

EL MENSAJERO

¡Ay de mí, ay de mí! ¡Qué calamidades vengo a anunciarte, ¡oh anciano!, y a los amigos de mi señor!

PELEO

¡Ay, ay de mí! Mi ánimo, tristemente preocupado, espera saber alguna desdicha.

EL MENSAJERO

Dígote, anciano Peleo, que ya no existe el hijo de tu hijo; mortales fueron las heridas, y obra de los hombres de Delfos y del huésped de Micenas.[36]

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¿Qué haces, anciano? ¡No te caigas; levántate!

PELEO

Nada soy, yo muero; mi voz se apaga, mis miembros desfallecen.

EL MENSAJERO

Oye; si quieres vengar a tus amigos, reanímate para informarte de lo que ha sucedido.

PELEO

¡Oh destino, cómo me has cercado, llenándome de amargura en mi extrema vejez! ¿Cómo ha muerto el hijo único de mi único hijo? Dilo, que deseo oírlo, aunque sea intolerable.

EL MENSAJERO

Después que llegamos a la tierra preclara de Febo, saciamos primero

nuestra curiosidad visitando cuanto era digno de verse, mientras el sol giró tres veces en su órbita brillante. Y esto bastó para infundir sospechas, y el pueblo, que adora a Apolo, se juntaba en conciliábulos y corrillos. El hijo de Agamenón, recorriendo toda la ciudad, deslizaba en todos los oídos frases hostiles: «Mirad a este —decía— que visita las cavernas del dios llenas de riquezas, tesoros de los hombres; por segunda vez viene aquí con igual propósito que lo trajo la vez primera, por robar el templo de Apolo». Circularon, pues, por la ciudad rumores malvados, y los magistrados cuidaban del tesoro, se congregaban en las curias, y privadamente pusieron centinelas en el templo de Febo, rodeado de columnas. Pero nosotros, llevando ovejas criadas en el frondoso Parnaso, y sin saber nada, lo veneramos, y nos acercamos a las aras con los que nos hospedaban, y con los adivinos píticos. Y alguno habló así: «¡Oh joven! ¿Qué pediremos al dios para ti? ¿Qué motivo te ha traído?». Él respondió: «Queremos expiar nuestro anterior pecado, cuando yo mismo exigí de él en otro tiempo que expiase la muerte de mi padre». Entonces hizo su efecto la infame calumnia de Orestes, de que mi señor mentía, y de que había venido con siniestro propósito. Entró en el templo para invocar a Febo ante el oráculo, y comenzó a examinar las víctimas mientras el fuego las consumía. Muchos hombres, con armas, coronados de laurel, estaban enfrente, y entre ellos el hijo de Clitemnestra, autor de esta trama. Él, a la vista de todos, suplicaba al dios que le fuese propicio, cuando los armados de cortantes espadas acometieron a traición al desprevenido hijo de Aquiles. Retrocedió, haciéndoles frente, porque sus heridas no eran mortales, desenvainando la espada arrebatada del pórtico con otras armas suspendidas de los clavos, y se detuvo junto al ara, guerrero de terrible aspecto, gritando así e

interrogando con sus voces a los hijos de Delfos: «¿Por qué queréis matarme, cuando solo he venido aconsejado de mi piedad? ¿Por qué causa muero?». Ninguno, aunque eran muchos, replicó una palabra, sino le contestaron tirándole piedras. Agobiado de innumerables dardos se defendía con su armas, y esquivaba los golpes, presentando a todos el escudo que embrazaba. Pero de nada le servía; toda clase de armas arrojadizas, saetas, jabalinas, dardos sueltos, flechas mortales, volaban hacia él y caían a sus pies. Hubieras de ver entonces los maravillosos saltos que daba tu hijo para evitarlos; pero cercado y sin refugio, y no dejándole respirar, abandonó el hogar del ara, que recibía las víctimas, y dando un salto troyano[37] los acometió de repente; ellos, como palomas que ven al gavilán, emprendieron la fuga. Muchos cayeron juntos, ya heridos, ya atropellados en los angostos tramos de las puertas. Clamor nefando resonó en el templo sagrado y peñascoso; pero como bajo sereno cielo[38] mi señor se detuvo, resplandeciendo sus brillantes armas, hasta que del centro del templo se oyó una voz espantosa y terrible, y la multitud volvió otra vez a la pelea. Entonces cayó el hijo de Aquiles, herido su costado por la aguda espada de un hombre de Delfos, que perdió la vida con otros muchos. Después de caer en tierra, ¿quién no le acometió con espadas y lanzas?, ¿quién no lanzó piedras?, ¿quién no le aplastó con ellas? Y crueles heridas destrozaron su hermoso cuerpo. Su cadáver, que yacía junto al altar, fue arrastrado fuera del templo, rico en víctimas. Nosotros, apoderándonos de él lo más pronto que nos fue posible, te lo traemos para que lo llores, ¡oh anciano!, y para que le des honrosa sepultura. El rey que profetiza, el defensor de la justicia entre los hombres, castigó así al hijo de Aquiles, y como un mortal malvado guardó su rencor por antiguos ultrajes. ¿Cómo,

pues, ha de ser sabio?[39]

EL CORO

He aquí al rey, que desde Delfos lo traen a su palacio. ¡Oh desventurado que sufriste tales oprobios!, ¡oh desventurado!, y tú también, anciano; tú recibes en su palacio al hijo de Aquiles, no como quisieras: fatal desdicha te hiere; su calamidad es también la tuya.

PELEO

Estrofa. — ¡Ay de mí! ¡Qué infortunio contemplo! ¡Cómo lo recibo en mi propio palacio! ¡Ay de mí, ay de mí, ah, ah! ¡Oh ciudad tesálica, morimos, perecemos, desapareció ya mi linaje; ya no me sobrevivirán mis hijos en mi palacio patrimonial! ¡Qué desdichado me hacen estos males! ¿En qué ser amado se recrearán mis ojos? ¡Oh labios y mejillas tan queridos! ¡Ojalá que el destino te hubiese arrancado la vida junto a Ilión, a las orillas del Simois!

EL CORO

Y muerto entonces, ¡oh anciano!, lo fuera con más honra, no como ahora, y más feliz hubieras tú sido.

PELEO

Antístrofa. — ¡Oh nupcias, oh nupcias, causa de perdición, causa de perdición para esta familia y para mi ciudad! ¡Ah, ah, ah, ah! ¡Oh hijo, ojalá que el linaje de tu esposa, infausto para mí, para mis hijos y para mi palacio, no te hubiese acarreado la muerte a que te destinaba Hermíone, ¡oh hijo!, sino que ella pereciese, herida por el rayo, por haber cometido el sangriento crimen! ¡Ojalá que nunca acusases a Febo de lanzar contra tu padre mortíferas saetas, tú mortal y él dios!

EL CORO

¡Ay, ay! Mis lamentos acompañarán los fúnebres cantos que voy a entonar a los manes de mi señor, muerto.

PELEO

¡Ay, ay de mí! ¡Yo también lloro, anciano mísero y desventurado!

EL CORO

¡Destino del dios, calamidad obra de un dios!

PELEO

¡Oh tú, que dejas desierto tu palacio, abandonando a un anciano sin hijos!

EL CORO

Tú, viejo Peleo, debías morir, sí; debías morir antes que tus hijos.

PELEO

¿No arrancaré mis cabellos, no golpearé mi cabeza con mis manos al llorarlo? ¡Oh ciudad!, Febo me arrebató dos hijos.

EL CORO

¡Oh infeliz anciano, que contemplas y sufres estos males, qué triste será tu existencia!

PELEO

Sin hijos, solitario, sin ver el fin de mis desdichas, pasaré trabajos hasta la muerte.

EL CORO

De nada te sirvió que los dioses te hicieran feliz en tus nupcias.

PELEO

Todo se desvaneció en los aires, humo fue tan vana pompa.

EL CORO

Solitario discurrirás en tu desierto palacio.

PELEO

Ni ciudad quiero tampoco, ni ciudad; que este cetro vegete en la tierra; y tú, hija de Nereo, que vives retirada en las cavernas, me verás postrado sin vida ni movimiento.

EL CORO

¡Hola, hola!, ¿qué sucede?; ¿tiembla el suelo?; ¿qué numen se presenta? Ved, mirad, doncellas; algún dios, atravesando el blanco éter, penetra en los campos de la Ftía, fecunda en caballos.

TETIS

Dejando el palacio de Nereo vengo yo, Tetis, acordándome de los nupciales lazos que antes nos unieron, ¡oh Peleo! Ruégote primero que no te dejes abatir por tus males, puesto que yo misma, que nunca debí llorar a mis hijos, perdí a Aquiles, de pies ligeros, príncipe de la Grecia e hijo tuyo. Pero te diré el motivo que aquí me trae, para que le conozcas. Sepulta al difunto hijo de Aquiles junto al ara de Apolo Pítico: eterno oprobio será de Delfos y monumento que recuerde el sangriento atentado de Orestes. La cautiva Andrómaca debe, ¡oh anciano!, habitar en la Molosia, unida a Héleno en legítimas nupcias, y con ella ese niño, el único que queda de la estirpe de Éaco;[40] de él descenderán los felices reyes de la Molosia, porque no ha de perecer tu linaje y el mío y el de Troya, que de ella cuidan también los dioses, aunque la perdiera el odio de Palas. Y para que sepas lo que vale tu himeneo conmigo, que nací diosa e hija de un dios, te libertaré de los humanos y te haré inmortal e incorruptible. Y en adelante, ya dios, vivirás conmigo, también diosa, en el palacio de Nereo; y desde él, saliendo del mar con los pies secos, verás a Aquiles, hijo tuyo y mío muy amado, que mora en los palacios de la isla de Leuca, en el estrecho Euxino. Ve, pues, a la

divina ciudad de Delfos, y acompaña a este muerto; y cuando lo cubra la tierra, vuelve a la lejana caverna de la antigua roca de Sepia,[41] y detente allí y espérame, que yo iré a buscarte desde el mar acompañada de un coro de cincuenta nereidas. Así lo ha dispuesto el destino, así agrada a Zeus. No llores más a los muertos; todos los hombres están sujetos a este decreto inevitable de los dioses.

PELEO

¡Oh esposa noble y veneranda, hija de Nereo, salve!; digna de ti y de tus hijos es tu conducta. Calmaré mi dolor, que tú, diosa, lo mandas, y sepultado este, iré a las cavernas del Pelión, en donde mis manos palparán tu hermosísimo cuerpo. ¿No conviene, pues, elegir noble esposa, de honrada familia, y no es esto lo más sensato, y no anhelar funestos himeneos, aun cuando la desposada aporte riquísima dote? Jamás los que así obran temerán el castigo del cielo.

EL CORO

Vario es el destino de los hombres; inesperadas son muchas veces las órdenes de los dioses, y las que se aguardan no llegan, y en ocasiones desenlazan lo que parecía inextricable. Así ha acontecido ahora.

* * *

Notas

1. Esta Tebas asiática, distinta de la griega de Epaminondas, arrasada por Alejandro, y de la egipcia, famosísima todavía por sus ruinas, no se encuentra siquiera mencionada en los diccionarios geográficos.

2. Llama insular a Neoptólemo por haber nacido en Esciros, isla próxima a Tesalia.

3. Ambas ciudades formaban parte de la Tesalia meridional, aunque pertenecían a regiones

diversas, porque Ftía correspondía a la Ftiótide, y Farsalia a la Histecoide.

4. Hermíone, hija de Helena y Menelao, hermano de Agamenón.

5. La última parte del soliloquio de Andrómaca declara cuál es el fundamento religioso y tradicional de esta tragedia, como indicamos en el Argumento. El uso de los prólogos de nuestro poeta, como signo para muchos de su falta de capacidad dramática para intercalarlos en la acción, en la forma ordinaria, no satisface a nadie. Los inteligentes teóricos y prácticos en tales asuntos saben todos perfectamente que es una de las tareas más fáciles del autor dramático. Suponer, por tanto, que Eurípides no pudiera hacerlo, es con toda evidencia tan absurdo como inverosímil. Su origen o su causa verdadera nos es desconocida.

6. Hay aquí dos palabras griegas, parte de una frase elíptica, πόθεν, *de dónde, de qué*, que se ha traducido de distintas maneras. Naturalmente, preferimos la nuestra, más conforme, a nuestro parecer, con el texto y con el buen sentido.

7. Empieza el poeta a emprenderla con el bello sexo, y continúa poco después en las palabras de Andrómaca.

8. Hermíone no puede responder al coro sin haber oído antes preguntas, acusaciones o alusiones que lo justifique; y como ni consta así por el texto, ni se indica tampoco en las palabras del coro nada que exprese sorpresa alguna por este de la posibilidad siquiera de haber sido escuchado, hay que suponer, o que faltan algunos versos perdidos para nosotros, o que oyera Hermíone, ignorándolo en absoluto el mismo coro, algo que le molestara y que le arrancara su respuesta, de otro modo inexplicable.

9. Nombre de varios ríos de la antigua Grecia. El texto dice: δρόσον, *rocío*.

10. Andrómaca, según costumbre de Eurípides, censurada por Aristófanes en *Los Acarnienses*, debía aparecer en la escena macilenta, flaca y mal vestida, y así se desprende de sus frases rebosando amarga ironía.

11. Lugar del nacimiento de Neoptólemo, que tuvo por padres a Aquiles y Deidamía.

12. La abnegación de Andrómaca antójasenos excesiva.

13. Terrible insulto para una hija, como lo era Hermíone de Helena, pero rasgo feliz del poeta, que nos ofrece a su rival conteniéndose a duras penas en su discurso, y que al fin deja desbordar su odio.

14. Con plomo derretido afirmábanse las estatuas a su pedestal.

15. Hermes, mensajero y cochero de los dioses, y también de los mortales, por orden divina, puesto que desempeña este último oficio en Homero guiando al carro que lleva a Príamo a la tienda de Aquiles para pedirle el cuerpo de Héctor y sepultarlo.

16. El texto dice ὑπὲρ κεφαλὰν ἔβαλεν, que lo arrojara por encima de su cabeza, como solía hacerse con los objetos nefandos dignos del infierno.

17. Casandra, hija de Príamo y de Hécuba, profetisa por don de Apolo, pero condenada a no ser nunca creída por haberle engañado no accediendo después de recibir el don profético a los deseos de su interesado favorecedor.

18. El Eurotas es un río de la Laconia que bañaba a la ciudad de Esparta y desembocaba en el golfo Lacónico. Hoy se llama Iri o Vasili Potamo, de su antiguo nombre dórico, porque los espartanos lo denominaban así, el río Rey. Estas palabras injuriosas de Andrómaca, y las que pronuncia después, que lo son más, naturales en su sexo, inclinado por la pasión a abusar de su lengua, debían ser muy agradables a los atenienses, y nos indican, como decimos en el Argumento, la fecha de la representación de esta tragedia. Vemos que la corrupción dominaba ya en los espartanos, consecuencia inevitable de su régimen político, dirigido principalmente a formar soldados valerosos, como lo fueron en realidad superiores a los demás griegos; pero su vida y sus costumbres ascéticas habían de tropezar necesariamente con obstáculos invencibles, no previstos por su legislador Licurgo, desde el momento en que hubieron de tomar parte en guerras extranjeras, y aspiraron a la hegemonía helénica. Los romanos conservaron sus virtudes privadas y cívicas más tiempo porque su constitución política era más perfecta, y por la materia y el tamaño y peso de su moneda, como dice Polibio, porque no sé vieron obligados a servirse de las extranjeras en sus gastos fuera de su territorio y a apreciar el valor del oro, como sucedió a los espartanos.

19. Símil sacado de ciertas aves, como las gallináceas, que cobijan y protegen así a sus polluelos, ocultándolos a las miradas de las rapaces.

20. Alude el poeta a la huida y derrota de los griegos por Héctor, cuando los forzó a refugiarse en las naves.

21. El texto griego dice ὦ φίλος, *amigo*, expresión impropia de un niño horrorizado, como lo es también su frase inmediatamente anterior en el texto, porque solo dice que no sabe

qué verso o conjuro invocará para evitar la muerte. Conste así para que los lectores elijan y queden en salvo nuestros escrúpulos como traductores.

22. Esta acción de tocar la barba, como Hécuba intenta hacerlo con Odiseo, que lo evita, en la tragedia del mismo título de Eurípides, obligaba al tocado a acceder al ruego del suplicante, o indicaba por lo menos aquiescencia del suplicado a los deseos de quien lo imploraba, y se consideraba como respuesta tácita favorable.

23. Esta familia se distinguió por su maldad desde Pélope, su fundador, que reinó en el Peloponeso, y le dio su nombre. Tántalo, padre de Pélope, lo mató y lo sirvió a los dioses en un banquete, siendo condenado al suplicio que todos conocen. Pélope, resucitado después de servido, engendró a Atreo, Tiestes y otros dos llamados los Pelópidas. Tiestes sedujo a Aérope, mujer de Atreo, rey de Argos y de Micenas, y Atreo se vengó matando a los dos hijos adulterinos, fruto de estos amores ilícitos, y los hizo comer a su hermano. Egisto, hijo de Tiestes y sobrino de Atreo, mató a este. Agamenón, nieto de Pélope, sucumbió a manos de su esposa, Clitemnestra, y de su amante adúltero, Egisto, a su vuelta de Troya, y Clitemnestra y Egisto fueron asesinados por Orestes, hijo de Agamenón y de Clitemnestra, el personaje de esta tragedia que roba a Hermíone y mata a Neoptólemo.

24. Ifigenia, hija de Agamenón y de Clitemnestra, sacrificada en Áulide por su padre y su tío Menelao para aplacar a los dioses y para que soplasen vientos favorables a la navegación de los griegos, detenidos en ese puerto. Este episodio de la expedición a Troya constituye la fábula de una tragedia de nuestro poeta.

25. Peleo mató a Foco por equivocación.

26. Este aserto es evidentemente falso, de adulación populachera y de origen idéntico a las lisonjas de igual índole, ya tácitas, ya expresas, que muchos periódicos propinan por interés y cálculo a sus lectores, extraviando así su corazón y pervirtiendo su inteligencia. Las batallas no se ganan si no son valerosos los soldados; pero la valentía de estos es inútil si su general no es hábil. Y esta última parte es la principal y la más importante, y por esta razón, desde que comienza la historia de la humanidad hasta la fecha, se atribuye la gloria de los triunfos a los generales, sin defraudar a los soldados de la que conquistan, y todos reconocen en las armas y en otras empresas análogas que no ha de confundirse ni equipararse a la cabeza que manda y dirige con los miembros que la obedecen. Plutarco y

Quinto Curcio dicen que estos versos de Eurípides, recitados por Clito ante Alejandro, fueron la causa de su muerte.

27. En virtud de una interpretación algo forzada de este pasaje, se ha querido variar la fecha de la representación de esta tragedia; pero datos más numerosos y fehacientes lo rechazan sin dejar lugar a dudas.

28. Heracles.

29. El texto solo dice «en las selvas de los montes», pero resulta oscuro, y para facilitar su inteligencia nos hemos tomado la licencia de aclararlo.

30. Las Cianeas o Simplégades eran unos escollos en el estrecho de Constantinopla que, en opinión de los antiguos, se juntaban o se separaban para dejar o no el paso a los navegantes.

31. Era esta costumbre de llevar ramas los suplicantes antiquísima, porque en *La Odisea* Odiseo nos ofrece un ejemplo memorable al presentarse con ellas después de su naufragio a la princesa de los feacios.

32. Leda, mujer de Tindáreo, rey de Esparta, fue seducida por Zeus transformado en cisne. Según la mitología helénica, del primero de los huevos que puso salieron Pólux y Helena, hijos de Zeus, y del segundo Cástor y Clitemnestra, de Tindáreo. Hermíone fue hija de Menelao y de Helena.

33. Una de las dos diosas, Artemisa o Hera, defensoras de la fidelidad conyugal.

34. Poseidón y Apolo, que juntos conspiraron para derribar a Zeus, fueron expulsados del cielo y condenados durante un año a vivir despojados de su divinidad. Entonces contrataron con Laomedonte, rey de Troya, la construcción de sus murallas.

35. Esta incredulidad del poeta, muy racional por otra parte, confirma sus estudios filosóficos con Anaxágoras, señalado en Atenas por su impiedad, y su huida a la corte de Arquelao, rey de Macedonia. Al mismo tiempo es útil para caracterizar bajo este aspecto a Sófocles y a Eurípides, porque en ninguna de las obras del primero se lee palabra o frase alguna semejante. En esta misma tragedia, como observaremos después, remacha aún más el clavo, y contra el mismo dios Apolo.

36. En donde se había refugiado Orestes después de matar a su madre, Clitemnestra, y a su amante adúltero, Egisto.

37. Este salto troyano es semejante al que dio Aquiles desde su navío a la ribera de Troya.

38. Así lo dice el texto, para indicar que estaba tranquilo, sin apresuramiento ni miedo.

39. Blasfemia verdadera contra Apolo, y osada o temeraria hasta el extremo, si recordamos las persecuciones y los males que sufrieron en Atenas cuantos se atrevieron a pronunciarlas análogas. Aquí lo agravante y lo más inexplicable es que la tragedia se hubiera leído antes por los encargados de examinarla y aprobarla para ser representada, y que tales palabras se declamaran en el teatro ó a la faz del pueblo.

40. Éaco, hijo de Zeus y de la ninfa Egina, reinó en la isla Enopea, a la cual llamó Egina como su madre, sobresaliendo de tal modo en sabiduría y en prudencia, que Zeus, a su muerte, le nombró juez de los infiernos. Fue padre de Telamón y de Peleo.

41. Promontorio de Tesalia consagrado a Tetis.

Las suplicantes

* * *

ARGUMENTO

Adrasto, rey de Argos, rechazado por Creonte, tirano de Tebas, en su demanda de sepultar los cadáveres de los cinco jefes que la atacaron, porque Polinices, hijo de Edipo, había sido inhumado por su hermana Antígona, y a Anfiarao se lo tragó la tierra, acude para lograr su objeto a Teseo, rey de Atenas, que al principio se niega a complacerlo y hasta lo trata con escasa cortesía y miramiento. Pero las madres ancianas de los insepultos son más afortunadas con Etra, madre de Teseo, a la sazón en Eleusis para celebrar la fiesta de Deméter. Imploran su piedad como suplicantes, consiguen que acceda a sus ruegos, recaba de su hijo lo que no pudo conseguir Adrasto, y los difuntos son al fin recuperados por la fuerza de las armas y traídos a Atenas. Evadne, esposa de Capaneo, se precipita en la pira de su marido, y Atenea aconseja a Teseo que conserve a su disposición para lo sucesivo testimonio fehaciente del favor dispensado entonces a Argos.

Para nosotros no ofrece esta tragedia grande interés en ningún concepto, aunque debió inspirarlo extraordinario a los atenienses, para quienes lo escribió el poeta. Celebrar las glorias de una ciudad, y más siendo tan pura y tan generosa como esta, siempre agrada a sus habitantes, averiguado como está ya hasta la saciedad que el amor propio del linaje humano es también la flaqueza mayor, la más constante y la más asequible a los encantos de la adulación. Atenas se constituía además en defensora de la religión helénica, que hasta entre enemigos exigía el respeto a los muertos contrarios, creencia que servía de base a esa costumbre tradicional observada en la guerra, y característica en general en los atenienses, el pueblo más compasivo y tolerante en tales materias. Recuérdese su conducta con sus rivales los lacedemonios cuando la guerra de Mesenia, rasgo de magnanimidad inmarcesible, rarísimo en la Historia. Socorrieron a sus mortales enemigos y los salvaron de su ruina contra sus propios intereses. Y si, como parece probable, se escribió y se representó esta tragedia durante la guerra del Peloponeso, cuando los argivos se aliaron con los lacedemonios e invadieron el territorio ático, su oportunidad y su interés hubieron de aumentar sobremanera. Ateniense era el héroe, Teseo, y atenienses los soldados que combatieron a sus órdenes.

El asunto no podía, pues, ser más trágico; sus personajes pertenecían al ciclo mitológico heroico, explotado para este linaje de composiciones, y la traza y disposición de la obra, en su conjunto y en sus detalles, sin prólogo en esta, con la intervención de Palas al fin y el suicidio de Evadne cuando menos se esperaba, la distinguen como obra de Eurípides, sin dar lugar a dudas de ningún género. Lo cual no obsta, sin embargo, para hacernos sonreír, por lo menos el diálogo y la disputa del heraldo tebano y de Teseo,

que toca en lo cómico, o sus respectivas disertaciones acerca de las ventajas e inconvenientes de la monarquía y de la república, propias de escuela o de academia, o las alabanzas de Adrasto a los muertos, más aplicables a pacíficos ciudadanos de Atenas del tiempo de Eurípides que a los feroces guerreros que sucumbieron peleando ante las murallas de Tebas, ni cuadra tampoco con nuestro gusto y nuestras ideas modernas la aparición de Evadne en lo alto del peñasco, al terminarse la tragedia, aunque también es posible que en el auditorio hiciera por lo mismo singular y grato efecto.

Ateniéndonos a la indicación del autor griego que la encabeza, su representación se hizo bajo el arconte Antifón el año III de la olimpiada 90, o el 418 antes de nuestra era.

PERSONAJES

Etra, *madre de Teseo y esposa de Egeo.*
Coro de ancianas, *madres de los siete héroes sitiadores de Tebas.*

Teseo, *hijo de Egeo.*
Adrasto, *rey de Argos.*
Un pregonero o heraldo.
Un mensajero.
Evadne, *esposa de Capaneo e hija de Ifis.*
Ifis, *padre de Evadne.*
Niños, *hijos de los siete jefes.*
Atenea.
La acción pasa en Eleusis, aldea inmediata a Atenas.

* * *

Se ve en el teatro el templo de Deméter y de Perséfone, y delante de él a Adrasto, cubierta la cabeza y acompañado de siete niños, hijos de los siete jefes que sitiaron a Tebas. Cerca del ara yace Etra rodeada de las siete madres de los jefes, de rodillas y llevando los distintivos de las suplicantes. Detrás de ellas hay siete esclavas.

ETRA[1]

¡Oh Deméter!,[2] divina protectora de esta tierra de Eleusis, y sacerdotes que habitáis en los templos de la diosa; que yo, Etra, sea feliz y mi hijo Teseo, y la ciudad de Atenas y la tierra de Piteo,[3] en donde me educó mi padre en opulento palacio y me dio por esposo a Egeo, el hijo de Pandión,[4] obedeciendo los oráculos de Apolo. Tal es mi súplica, compadecida de estas ancianas, que han abandonado sus hogares de Argos, víctimas de grave calamidad, y ciñen sus rodillas con el ramo de oliva de las suplicantes. Huérfanas han quedado de siete nobles hijos, muertos junto a las puertas de Cadmo, cuando fueron a las órdenes de Adrasto,[5] rey de los argivos, a restituir a su yerno Polinices su parte de la herencia de Edipo. Las madres de estos héroes, que perecieron en la guerra, quieren sepultar sus cadáveres, y los poderosos lo prohíben y no acceden a sus ruegos, menospreciando las leyes divinas. Adrasto, su compañero de infortunio, implora también mi protección, llenos sus ojos de lágrimas, y yace aquí lamentándose de esa guerra y expedición muy desdichada que lo sacó de su palacio; exhórtame a que suplique a mi hijo para que recupere los cadáveres, y ya por la persuasión, ya por la fuerza de su lanza, que autorice su sepultura; tal es la única gracia que pide a mi hijo y a la ciudad de Atenas. Sacrifico ahora por

mi patria, antes de ararse la tierra, y con ese objeto he venido desde mi palacio a este templo, en donde apareció primero lozana la fructífera espiga. Ceñida, pues, con este lazo de sagradas hojas que no ciñe,[6] hállome junto a los santos hogares de las dos diosas Perséfone y Deméter, compadecida, en verdad, de estas madres de blancos cabellos, huérfanas de sus hijos por respeto a los venerables ramos, cubiertos de lana.[7] Un heraldo ha ido de mi parte a la ciudad para llamar a Teseo y librar a esta región de su incómoda presencia, o dejarme en libertad después de probar a los dioses de algún modo mis piadosas intenciones. Conviene que en tales casos las mujeres prudentes se valgan siempre de los hombres.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Ruégote, anciana, con mis viejos labios, y cayendo a tus pies, que rescates a mis hijos de entre los muertos, que si no servirán de pasto sus cuerpos a las fieras de los montes, sin fuerza sus miembros por obra de la muerte.

Antístrofa 1.ª — Mira mis párpados llenos de lágrimas de mis ojos, que mueven a lástima, y el estrago que en mi rostro y en mis blancos cabellos han hecho mis arrugadas manos; ¿cómo, pues, demostraré mi pena, cuando ni he expuesto en mi casa a mis hijos difuntos, ni veo los túmulos de tierra de sus sepulcros?

Estrofa 2.ª — Tú también, ¡oh mujer venerable!, diste a luz un hijo hace tiempo, y llenaste a tu esposo de alegría; ponte, ponte, pues, en mi lugar, y considera cuánto es mi dolor y mi desventura por la pérdida de los hijos a quienes di la vida; persuade al tuyo, a quien suplicamos que vaya al Ismeno y que ponga en mis manos desdichadas los cuerpos insepultos de los jóvenes que han perecido.

Antístrofa 2.ª — No como mandan los ritos, sino impelida por la necesidad, me he prosternado en tu presencia, viniendo a suplicarte ante las aras de los dioses que reciben el fuego; justo es nuestro ruego, y tú, en cierto modo, ya que eres afortunada, puedes inclinar a tu hijo a que remedie mi desventura. Sufriendo males lamentables, yo, infeliz suplicante, te pido que pongas a mi hijo en mis manos para abrazar sus tristes restos.

Estrofa 3.ª — Nueva lucha, nuevo llanto sucede al mío; ya resuenan las manos de mis esclavas. Id, oh vosotras las que respondéis a mis lamentos; id, compañeras de dolor a componer el coro que Hades ama; llenad de sangre vuestras mejillas; desgarrad vuestro cuerpo con vuestras blancas uñas: los honores que se tributan a los muertos glorifican a los vivos.

Antístrofa 3.ª — Siento en llorar placer insaciable y molesto; como gota que cae de elevado y húmedo peñasco es mi perenne llanto; a raudales brotan las lágrimas de los ojos de las mujeres cuando la muerte se apodera de sus hijos. ¡Ay, ay de mí! ¡Ojalá que muerta no sintiese tales dolores!

TESEO

¿Qué sollozos he oído y qué golpes de pechos y lamentaciones fúnebres, que parecen salir de estos templos? El miedo me deja en suspenso, temiendo que a mi madre, a quien busco, ausente del palacio hace tiempo, haya sucedido alguna desgracia. ¿Qué es esto?; todo me anuncia extraños sucesos. Veo a mi anciana madre sentada junto al ara, y acompáñanla mujeres extranjeras que dan inequívocas señales de dolor: de sus ojos venerables derraman lágrimas que mueven a lástima, sus cabezas están rasuradas y su traje no es el de las sagradas fiestas. ¿Quiénes son estas mujeres, madre?; a ti te toca decirlo; a mí, oírlo; de seguro será alguna novedad.

ETRA

Hijo, estas mujeres son las madres de los siete capitanes que murieron junto a las puertas cadmeas; con los ramos de las suplicantes me cercan y me custodian como ves, ¡oh hijo!

TESEO

¿Y quién es ese que gime tan miserablemente a las puertas del templo?

ETRA

Adrasto, según dicen, rey de los argivos.

TESEO

Y los niños que le rodean, ¿son acaso sus hijos?

ETRA

No, que son hijos de los muertos.

TESEO

¿Por qué nos imploran con sus manos suplicantes?

ETRA

Lo sé; pero a ellos toca decírtelo, ¡oh hijo!

TESEO

A ti me dirijo, que estás envuelto en tu manto: habla, descubre tu cabeza y deja de llorar; nada podrás conseguir si no te explicas antes.

ADRASTO

¡Oh Teseo!, rey del Ática, ilustre por tus victorias, suplicante vengo en tu busca y en la de tu ciudad.

TESEO

¿En demanda de qué? ¿Cuál es tu cuita?

ADRASTO

Conoces mi funesta expedición.

TESEO

Sin duda no atravesaste invisible la Grecia.

ADRASTO

Allí perdí a los próceres argivos.

TESEO

Tales son los efectos de una guerra desdichada.

ADRASTO

Fui a pedir esos muertos a la ciudad.

TESEO

¿Confiabas en los heraldos de Hermes para sepultarlos?

ADRASTO

Pero sus matadores no me lo conceden.

TESEO

¿Y qué dicen, siendo justa tu petición?

ADRASTO

¿Qué ha de ser? Como les favoreció la fortuna, no saben contenerse.

TESEO

¿Has venido acaso a consultarme, o con qué objeto?

ADRASTO

Solo ansío, ¡oh Teseo!, que rescates a los hijos de los argivos.

TESEO

¿Qué hizo vuestra Argos? ¿Fue vana su jactancia?

ADRASTO

Frustrado nuestro empeño, recurrimos a ti.

TESEO

¿Tú en particular, o en representación de los ciudadanos?

ADRASTO

Todas las danaides[8] te ruegan suplicantes que entierres a los muertos.

TESEO

¿Por qué llevaste a Tebas siete carros?

ADRASTO

Cumpliendo este deber en beneficio de mis dos yernos.

TESEO

¿Con qué ciudadanos de Argos casaste a tus hijas?

ADRASTO

Mi familia no ha contraído alianza con ninguno de ellos.

TESEO

¿Pero diste a extranjeros esas doncellas argivas?

ADRASTO

A Tideo y a Polinices, oriundo de Tebas.

TESEO

¿Qué motivo te indujo a emparentar con ellos?

ADRASTO

Los oscuros enigmas de Febo.[9]

TESEO

Pero ¿qué dijo Apolo aludiendo al casamiento de tus hijas?

ADRASTO

Que las casase con el jabalí y el león.

TESEO

¿Y cómo entendiste los oráculos del dios?

ADRASTO

Al venir de noche a mi palacio desterrados...

TESEO

¿Quién y quién?, di: hablaste de dos a un tiempo.

ADRASTO

Tideo y Polinices, que se pelearon entre sí.

TESEO

¿Y les diste tus hijas, como si fuesen fieras?

ADRASTO

Semejante fue su combate al de dos fieras.

TESEO

¿Cómo vinieron, dejando su patria?

ADRASTO

Tideo vino de la suya por haber dado muerte a uno de sus parientes.[10]

TESEO

¿Y cómo vino el hijo de Edipo, abandonando a Tebas?

ADRASTO

A causa de las maldiciones de su padre, para no matar a su hermano.

TESEO

Prudente fue, en verdad, el destierro voluntario de que hablas.

ADRASTO

Pero los que permanecieron en su patria obraron injustamente en su ausencia.

TESEO

¿Acaso su hermano le usurpó su patrimonio?

ADRASTO

Salí para castigarlo, y así me arruiné.

TESEO

¿Consultaste a los adivinos y examinaste las llamas de las víctimas?

ADRASTO

¡Ay de mí, adivinaste mi mayor pecado!

TESEO

Según parece, no fuiste a la guerra contando con la protección de los dioses.

ADRASTO

Lo que es peor, fui a ella contra la voluntad de Anfiarao.[11]

TESEO

¿Y cómo hiciste tan poco aprecio de la protección de los dioses?

ADRASTO

Aturdiome el tumulto que promovieron los jóvenes.

TESEO

Hiciste lo que te aconsejaba la audacia, no la prudencia, causa de la perdición de muchos generales.

ADRASTO

Pero, ¡oh tú, rey de Atenas, el más fuerte de los griegos: aunque me sonroje, caeré en tierra abrazando con mis manos tus rodillas! Y aunque me acuerde de mis blancos cabellos y de que fui rey feliz en otro tiempo, véome obligado a ceder a la desgracia: ruégote, pues, que me entregues esos muertos; compadécete de mis males y de estas madres de hijos ya difuntos, también ancianas, huérfanas de canos cabellos. Tuvieron valor para venir aquí y andar a pie el camino, moviendo a lástima sus trémulos pasos; triste embajada, no para tomar parte en las ceremonias de Deméter, sino para sepultar muertos, cuando debieran haberlo sido por las manos de ellos, y mucho menos celebrar en su honra prematuros funerales. Prudente es que

el rico se acuerde de los pobres y el pobre de los ricos, para que el amor al lucro lo estimule en vez de abandonarse, y que los afortunados se apiaden de las miserias, y que el poeta[12] escriba alegre; a no ser así, a los demás no deleitará, y sí su alma afligida; lo contrario no sería natural. Acaso dirás: «¿Por qué no acudes al país de Pélope y echas esta carga sobre los atenienses?». Yo puedo explicártelo mejor que nadie: Esparta es cruel y cauta; las demás ciudades pequeñas y débiles. Así, solo tu Atenas puede ampararme, que suele compadecerse de las desdichas ajenas, y tú la gobiernas, joven y vigoroso. Por falta de tales gobernantes perecieron muchos estados.

EL CORO

Y yo, Teseo, uno a los suyos mis ruegos, y te suplico que te compadezcas de mis calamidades.

TESEO

Ya traté de esto con otros, que me hablaron como tú lo haces ahora. Alguno ha dicho que los males humanos son más numerosos que los bienes. Yo, sin embargo, creo lo contrario, y que los bienes aventajan en número a los males, porque, a no ser así, no existiríamos. Alabo, pues, al dios, sea el que fuere, que nos hizo de distinta condición que la confusa y grosera de los brutos, dándonos primero la razón; después, la palabra para expresar nuestras ideas y comunicárnoslas mutuamente, y los granos por alimento, y el húmedo rocío, que baja del cielo para regar los frutos, de suerte que lo que nace de la tierra vuelve a ella y la fertiliza; y además, abrigo contra el invierno y sombra para evitar el ardor del sol, y medios de navegar para que el comercio nos suministre todo aquello con que cuenta cada país. Lo desconocido y lo que no comprendemos con claridad,

examinando las llamas y las entrañas de las víctimas, lo descubren los adivinos o lo conjeturan de los augurios. ¿No somos, pues, ingratos, cuando los dioses nos han dado tales medios de vivir y no nos bastan? Pero nuestra ambición aspira a superarlos en poder, y llevados de nuestra soberbia, pretendemos ser más sabios que ellos. Tu ligereza me inclina a pensar que eres de este número, puesto que diste tus hijas a extranjeros, como si fuesen dioses, obligado por el oráculo de Febo, y empañaste el lustre de tu distinguida familia enlazándola con otras de mala fama. El hombre prudente no debe mezclar a los inocentes con los culpables, sino ganar amigos opulentos. Los dioses confunden a todos a veces, y con sus calamidades suelen perder a un tiempo al culpable con el que no lo es tanto y con el que no pecó en nada. Llevaste a tu empresa a todos los argivos, aunque los adivinos te decían a gritos los oráculos, y tú los despreciaste, sin hacer caso de los dioses, y te dejaste arrastrar de tu violencia, y perdiste a tu ciudad, seducido por jóvenes, los cuales, como solo ansían honores, apetecen la guerra, y sin razón la fomentan, y pervierten a sus conciudadanos, uno, para ser general; otro, para satisfacer su ambición y mandar, y algunos, para adquirir riquezas, sin acordarse del daño que puede recibir el pueblo. Tres son los partidos de las ciudades: el primero, de los ricos inútiles, que siempre quieren más; el segundo, de los pobres, que carecen del sustento, vehementes en sus deseos, muy dados a la envidia, siempre prontos a herir a los ricos con sus malignos aguijones y engañados por sus malvados jefes; y el tercero, el de aquellos que están a igual distancia de ambos, que conserva los estados y defiende las leyes que la ciudad ha establecido. En vista de tales razones, ¿te debo yo auxiliar? ¿Cómo podré defenderme? Vete, pues, y sufre las consecuencias de tu mal consejo, no sea

que tu mala fortuna nos contagie.

EL CORO

Erró Adrasto, pero merece el perdón; arrastráronlo sus fogosos yernos.

ADRASTO

Nunca te elegí para juez de mis males, sino que recurrimos a ti, ¡oh rey!, para que los remediaras; ni aun admitiendo que yo no obrara bien, tú no me has de reprender y castigar, sino solo socorrerme. Si no quieres hacerlo, no me queda otro recurso que obedecerte; ¿qué he de hacer, pues? Vamos, ancianas, marchaos dejando aquí la verde hoja de los ramos, ceñida de lana, y poned por testigos a los dioses, a la Tierra, a Deméter, diosa flamígera,[13] y a la luz del Sol de que han sido inútiles las súplicas que les hicimos.

EL CORO[14]

... ...

el cual era hijo de Pélope, y nosotros, que somos de la tierra pelopea, tenemos la misma sangre en nuestras venas. ¿Qué haces? ¿Renegarás de tu origen y expulsarás de este territorio a ancianos, desoyendo sus justos ruegos? De ninguna manera: la fiera busca un refugio en los peñascos; el esclavo, en las aras de los dioses; y la ciudad, bamboleada por las tempestades, recurre suplicante a otra ciudad; en las cosas humanas nada hay perpetuamente feliz.

Vete, ¡oh desventurada!, del suelo sagrado de Perséfone; vete, y suplica por las rodillas que abraces con tus manos que traiga los cadáveres de mis hijos muertos, ¡oh desdichada de mí!, a quienes perdí en la flor de sus años bajo las murallas cadmeas.

¡Ay de mí! Coged mis trémulas manos, levantadme, llevadme, enderezad a esta desventurada. Suplícote por tu barba, ¡oh tú, muy

querido!, ¡oh tú, el más ilustre de los griegos!, prosternándome a tus rodillas y delante de tu mano, ¡ay de mí, mísera!, que por mis hijos te apiades de mis súplicas, ya que como fugitiva doy flébil, flébil lamento, y te ruego con todas mis veras, ¡oh hijo!, que no dejes insepultos en la tierra de Cadmo, para servir a las fieras de juguete, a los que son de tu misma edad.

Mira las lágrimas que cubren mis párpados y cómo caigo a tus rodillas, para que sepultes a mis hijos.

TESEO

Madre, ¿por qué lloras, cubriendo tus ojos con el sutil manto? ¿Acaso te compadeces de las lamentables querellas de estas mujeres? A mí también me han conmovido. Levanta tu blanca cabeza, no derrames lágrimas, sentada ante los sagrados hogares de Deméter.

ETRA

¡Ay, ay de mí!

TESEO

Tú no debes gemir por estos males.

ETRA

¡Oh mujeres desdichadas!

TESEO

Tú no eres una de ellas.

ETRA

¿Diré algo, ¡oh hijo!, que pueda redundar en tu honor y en el de la ciudad?

TESEO

Habla, que las mujeres suelen dar muchas veces sabios consejos.

ETRA

Pero las palabras que callo me hacen vacilar.

TESEO

Vergonzoso es que calles lo que conviene a tus amigos.

ETRA

Ciertamente, no callaré si después me he de arrepentir de mi silencio y calificarlo de vergonzoso; si, por temor de que sean inútiles las bellas frases de las mujeres, reservara mi honesto consejo. Ordénote, ¡oh hijo!, primeramente, que obedezcas a los dioses y que no los ofendas despreciándolos, pues podría suceder que no los veneraras ahora, aunque en lo demás fueras sabio. Nada diría de seguro mi audacia si no hubiese de favorecer a los que sufren injustamente; pero será glorioso para ti, ¡oh hijo!, y no vacilaré en aconsejártelo, que con tu poder obligues a esos hombres desalmados, que se oponen a dar a los muertos la debida sepultura y a que se les tributen los últimos honores, a llenar este deber indispensable, y a que por fuerza los refrenes en castigo del desdén que muestran en la observancia de los ritos de toda la Grecia. La guarda cuidadosa de las leyes es el sostén de los estados. Dirá alguno quizás que pudiendo ganar para tu ciudad una corona de gloria, no la logras por cobardía, y que si has luchado con un feroz jabalí, sufriendo ese trabajo poco famoso, cuando debías mostrar tu esfuerzo contra cascos y lanzas en batalla, obrabas como un villano. De ningún modo lo harás, que yo te di a luz, ¡oh hijo! ¿Acaso no ves cómo tu patria, de cuya imprudencia se burlan, mira con torvos ojos a los que de ella se mofan? Con los peligros prospera. Las ciudades ociosas que pasan en la oscuridad su existencia, oscuras también quedan cuando temen más de lo justo. ¿No socorrerás, ¡oh hijo!, a muertos y mujeres desdichadas, que necesitan ayuda? Yo nada recelo contra ti cuando vas a

defender la justicia; y al ver al afortunado pueblo de Cadmo, que no vacila en probar otra vez su suerte, debes tener confianza, que Dios suele trastornarlo todo.

EL CORO

¡Oh tú, la muy querida, bien has hablado en nuestro favor, y doble es por esto mi alegría!

TESEO

Las palabras que pronuncié, ¡oh madre!, contra este son razonables, y ya conoces mi opinión acerca de sus proyectos insensatos; pero yo convengo también en lo que me adviertes, y que no es conforme a mis hábitos huir del peligro. Después de ejecutar muchas honrosas hazañas hasta ahora entre todos los griegos, he acostumbrado siempre castigar a los malvados. ¿Qué dirán mis enemigos cuando tú, que me engendraste y que temes por mi vida, eres la primera en encomendarme este trabajo? Iré, pues, a cumplirlo, y rescataré los cadáveres, y con mis palabras los persuadiré a que me los entreguen; si no, se decidirá la cuestión por la fuerza de las armas, si no se oponen los dioses. Deseo que así lo decrete toda la ciudad, y lo hará queriendo yo; pero si dejo al pueblo el derecho de deliberar, me será más propicio; yo le he cedido la soberanía, haciendo libre a esta ciudad y facultándola para emitir sus sufragios. Adrasto me acompañará para probar con su presencia la verdad de mis palabras, y con él me presentaré ante la multitud, y convocada la juventud ateniense, vendré aquí, y ya preparados a la guerra, enviaré mensajeros a Creonte pidiéndole los muertos. Pero quitad a mi madre, ¡oh ancianas!, las sagradas coronas,[15] para que la lleve al palacio de Egeo de su amada mano; que el hijo que no sirve a sus padres es infeliz. Solo de esta manera recibirá a su vez

de los suyos lo que haya dado a sus padres.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh Argos, abundante en caballos, mi patrio suelo; ya has oído, ya has oído estas palabras del rey, testimonio de su piedad, que serán apreciadas en su justo valor en la Argólida y en la gran región de los pelasgos![16]

Antístrofa 1.ª — ¡Ojalá que poniendo término a mis males, y aun algo más, me traiga los sangrientos trofeos que llenarán de gozo a mi corazón maternal, y que contraiga conmigo alianza la tierra de Ínaco,[17] agradecida a su auxilio!

Estrofa 2.ª — Tan piadoso servicio honra a las ciudades y engendra perpetua gratitud. Pero, al fin, ¿qué decretará la ciudad en mi favor? ¿Será mi aliada y obtendremos el derecho de sepultar a nuestros hijos?

Antístrofa 2.ª — ¡Socorre a una madre, socórrela, ciudad de Palas, que no sean holladas las leyes de los hombres! Tú rindes culto a la justicia, tú castigas a los injustos y ayudas a todos los afligidos cuando sufren sin razón.

TESEO (*hablando con un heraldo*).

Publicar los edictos es siempre tu obligación, y así me sirves y a la ciudad también. Encamínate ahora más allá del Asopo y de las aguas del Ismeno, y habla así al venerable tirano de los cadmeos: «Teseo te pide amistosamente los cadáveres que han de sepultarse; habita un país vecino y lo reputa justo, y desea granjearse el afecto de todos los hijos de Erecteo». Y si lo conceden, vuelve; si no, añade que esperen en breve mi escuadrón de jóvenes armados de escudo. Ya el ejército se apresta al combate, y lo revisto cerca del pozo sagrado de Calícoro.[18] Y con placer y buena voluntad se

encarga la ciudad de dar cima a este trabajo, conocido mi deseo. ¡Hola! ¿Quién interrumpe mis palabras? Un heraldo tebano, según parece, aunque no estoy de ello muy seguro. Espera a ver si te libra de tu pena y con su llegada previene mis proyectos.

EL HERALDO

¿Quién es el tirano de esta región? ¿A quién he de anunciar la embajada de Creonte, que impera en la tierra de Cadmo, muerto Etéocles por su hermano Polinices junto a las siete puertas?

TESEO

Errado vas desde el principio de tu discurso, ¡oh extranjero!, buscando aquí a un tirano; libre es esta ciudad, y no la rige uno solo; el pueblo gobierna por medio de sus magistrados anuales, y no da el mando a los ricos: el pobre disfruta de iguales derechos.

EL HERALDO

Ventaja nos das en esto como en el juego de dados, pues en la ciudad que me manda, uno solo gobierna, no la muchedumbre, ni hay quien la llene de orgullo con vanos discursos, atentos solo a su interés personal, mientras otros la distraen indebidamente, y quien era grato ha poco y gozaba de mucho favor después la ofenda, y empleando nuevas calumnias para paliar sus anteriores faltas, evite su castigo. ¿Cómo, de otra manera, no apreciando bien el pueblo la razón, podrá gobernar la ciudad? La calma vale más que la precipitación. Pero el pobre rústico, aunque no sea ignorante, ocupado en su trabajo, no podrá atender al bien público. Y sin duda perjudicará a los de más valía que un malvado consiga las primeras dignidades, embaucando al pueblo con sus discursos, cuando antes no era nada.

TESEO

Ingenioso es este heraldo, y hace gala de su elocuencia cuando la ocasión se presenta. Pero ya que concluiste tu arenga, oye: tú has iniciado esta cuestión; nada hay más dañoso para un estado que un tirano. En primer lugar, no hay leyes comunes; uno solo manda; en sus manos está la balanza de la justicia, y ya no es igual a los demás. Pero con legislación escrita, el pobre y el rico tienen iguales derechos, y es lícito a los indigentes echar en cara sus faltas a los más poderosos cuando no es buena su fama, y el inferior vence al superior teniendo razón. He aquí la libertad: «¿Quién quiere proponer públicamente lo que haya pensado en utilidad de la república?». Y el que mira por su bien adquiere gloria, y el que no, se calla. ¿Qué será más provechoso a la ciudad? Y seguramente en donde el pueblo es soberano se deleita con los ciudadanos esforzados que aparecen; pero el tirano es su mayor enemigo, y mata a los que lo aventajan en prudencia por el miedo que lo infunde su propia tiranía. ¿Cómo puede estar segura una ciudad si alguno, como a espiga en el prado de primavera, arranca los ciudadanos osados y siega a los jóvenes? ¿De qué sirve adquirir riquezas y dar a los hijos el sustento para que sea más opulenta la vida del tirano? ¿A qué educar con cuidado a las hijas vírgenes, grato deleite para el tirano y lágrimas para sus padres si él las quiere? Que yo no viva más si mis hijas se han de casar a la fuerza. Y así contesto a cuanto has dicho. ¿Qué has venido a pedir aquí? A llorar hubieses venido, ya que tanto hablas de más, si tu sagrado carácter no te salvase; porque el mensajero, dicho lo que se le encargare, debe volverse cuanto antes. Advierte a Creonte que en adelante no envíe a Atenas heraldos tan charlatanes como tú.[19]

EL CORO

¡Ay, ay! Cuando la fortuna favorece a los malvados, ¡cuán insolentes los hace, como si hubiesen de ser siempre felices!

EL HERALDO

Hablaré ya: de nuestra cuestión puedes creer lo que has dicho, y yo lo contrario. Yo y todo el pueblo tebano te prohibimos que des asilo a Adrasto en este país, y si está aquí, que lo expulses antes que el dios oculte su cabellera, sin hacer caso del religioso respeto que puedan merecer estos suplicantes, ni te traigas los muertos por fuerza, puesto que nada te interesa de lo que sucede en Argos. Y si me obedecieres, gobernarás tu ciudad sin contratiempo; pero si no, tendremos guerra contigo y tus aliados. Reflexiona, pues, y sin enfurecerte al oír mis palabras, como gobernante que eres de una ciudad libre, no me respondas con soberbia, y no habrá necesidad de apelar a la violencia. La excesiva confianza es el mayor enemigo del hombre, y ha llevado la desolación a muchas ciudades, llenando de orgullo los ánimos. Cuando se ha de decidir la guerra por los sufragios, nadie piensa en su muerte, sino en la de los demás; pero si la tuviesen delante de los ojos al dar su voto, jamás la Grecia furiosa padecería tales desdichas. Y, sin embargo, todos los hombres conocemos lo mejor y distinguimos los bienes de los males, y preferimos la paz a la guerra; porque la primera es muy agradable a las Musas y enemiga de las lágrimas, y goza con abundante y alegre descendencia, y disfruta de las riquezas. Y sin hacer caso de estos beneficios por nuestra maldad, emprendemos la lucha, y al que puede menos lo reducimos a la servidumbre de otro hombre, y hacemos a una ciudad esclava de otra. Tú quieres servir a enemigos y a muertos, sepultándolos y cuidando de ellos cuando su sinrazón los perdió. En tu concepto, pues, no cayó justamente de las escalas derechas el cuerpo

de Capaneo,[20] abrasado por el rayo al arrimarlas a las puertas, jurando que arrasaría la ciudad, ya le fuesen propicios los dioses, ya adversos; ni el abismo se tragó justamente al augur,[21] sepultándolo en sus simas con su carro de cuatro caballos, ni los demás capitanes yacen justamente junto a las puertas, aplastados por los peñascos las junturas de sus huesos. O te jactas de saber más que Zeus, o confiesas que los dioses pierden a los malos. Conviene que los sabios amen primero a sus hijos, y después a sus parientes y a la patria, a la cual se debe favorecer, no dañar. Peligroso es un capitán temerario, y el que gobierna la nave es sabio si permanece tranquilo cuando la ocasión lo pide, y tanto más cuanto la prudencia es también la verdadera fortaleza.

EL CORO

Bastaba que Zeus fuese el vengador de la injusticia; vosotros no debíais ser insolentes.

ADRASTO

¡Oh, tú, malvado como ninguno!

TESEO

Calla, Adrasto; refrena tu lengua, no hables antes que yo; este heraldo no viene a buscarte a ti, sino a mí; luego yo debo replicarle. Y primero responderé a lo que primero dijiste. No reconozco a Creonte como a mi señor, ni sé que su poder alcance a obligar a Atenas a hacer lo que desea. ¡Bien andaría la república si él nos mandase! Yo no soy, no, quien declara la guerra, puesto que no fui con ellos a la tierra de Cadmo; pero sí creo justo sepultar los cadáveres de los que en ella murieron, sin ofender por eso a la ciudad, ni trabar con los hombres mortales combates solo por guardar una ley común a toda la Grecia. ¿Cuál de estos propósitos no es justo? Si

sufristeis males de los argivos, muertos están; con gloria vuestra y con deshonra suya castigasteis a vuestros enemigos y os vengasteis plenamente. Dejad, pues, que la tierra cubra a los muertos; que vuelva a cada parte lo que vivió, el espíritu al éter, el cuerpo a nuestra madre común; no lo poseemos en propiedad sino mientras en él reside la vida, y la tierra que lo alimentó debe después recuperarlo. ¿Crees acaso que Argos recibirá daño si no dejas sepultarlos? De ninguna manera: toda la Grecia se encargará de obligaros a ello, como siempre que se defrauda a los muertos en lo que se les debe, y se les retiene insepultos; si vuestra ley se aprueba, infundirá cobardía en los fuertes. ¿Has venido aquí a hacerme atroces amenazas, y teméis a los muertos si los cubre la tierra? ¿Qué receláis acaso, que los sepultados arruinen a Tebas? ¿Que enterrados engendren hijos de quienes os venga el castigo? Inútil alarde has hecho de tu lengua, mostrando vano o infundado temor. No os olvidéis, ¡oh necios!, de la suerte miserable de los hombres; una lucha es nuestra vida: de los mortales, los unos son ahora afortunados, otros lo serán después, otros lo han sido antes. Inconstante es la fortuna: hónrala el desdichado para que se le muestre propicia, y el feliz la ensalza cuanto puede, temeroso de que su aura le abandone. Conocido esto, debemos resignarnos si no es grave su injuria, y sufrirla si no perjudica al estado. ¿Cómo, pues, lo lograremos? Concedednos que sepultemos a los muertos, que solo la piedad nos guía, o pronto os arrepentiréis. Decidido estoy a ir allá y sepultarlos a la fuerza. Jamás dirán los griegos que caen en desuso antiguas leyes de los dioses, hoy vigentes para mí y para la ciudad de Pandión.

EL CORO

Confía en tu piedad; rinde culto al astro de la Justicia, y evitarás la

reprobación de muchos hombres.

EL HERALDO

¿Quieres que resuma en pocas palabras mi réplica?

TESEO

Hazlo, si gustas; nada tienes de taciturno.

EL HERALDO

Jamás sacarás de nuestros campos a los hijos de los argivos.

TESEO

Y a tu vez, óyeme ahora, si te place.

EL HERALDO

Te oiré; conviene que alternemos.

TESEO

Sepultaré los cadáveres, y antes me los llevaré de la tierra asopia.

EL HERALDO

Has de probar primero la suerte de las armas.

TESEO

Otros muchos trabajos he sufrido ya.

EL HERALDO

¿Te engendró acaso tu padre para resistir a todos?

TESEO

A los malos, sí; a los buenos no los castigamos.

EL HERALDO

Tú y tu ciudad acostumbráis a arriesgaros a menudo sin necesidad.

TESEO

Pero así y todo es también muy feliz.

EL HERALDO

Ven, pues, para que la lanza tebana te cautive junto a la ciudad.

TESEO

¿Y habrá algún guerrero esforzado, hijo del dragón?

EL HERALDO

Lo sabrás con tu daño; eres todavía demasiado fogoso.

TESEO

No podrán encolerizarme tus palabras soberbias. Pero aléjate de aquí, mensajero de vanas frases; nada conseguimos hablando. Conviene que se encaminen a la tierra cadmea todos los armígeros infantes, los que manejan los carros y los sendos caballos enjaezados que destilan espuma de su boca. Yo mismo me presentaré ante las siete puertas de Cadmo, llevando en mi mano el afilado acero, y seré también heraldo. Mándote, ¡oh Adrasto!, que no salgas de aquí para que no me contagie tu mala fortuna, que con la mía capitanearé esforzadas huestes que me llenarán de gloria. Solo me falta que me ayuden todos los dioses defensores de la justicia. Solo así ganaré la victoria, que el valor de nada sirve a los hombres si algún dios no los favorece.

EL SEMICORO A

¡Oh madres desventuradas de infelices capitanes! ¿Cómo el pálido miedo penetra en mis entrañas?

EL SEMICORO B

¿Qué nueva voz pronuncias?

EL SEMICORO A

¿En dónde se junta el pueblo de Palas?

EL SEMICORO B

¿Has dicho que lo decidirán las armas, o negociaciones pacíficas?

EL SEMICORO A

Mejor sería lo último; pero si las matanzas de Ares, si los combates, si los golpes y heridas de quienes pelean se repiten otra vez, ¡oh desventurada!, ¿qué dirán de mí, señalándome como causa de todo?

EL SEMICORO B

¡Y si alguna vuelta de la fortuna derriba al que se ha ilustrado con gloriosas hazañas! Esta confianza me sostiene.

EL SEMICORO A

Tú dices que los dioses son justos.

EL SEMICORO B

¿Quiénes sino estos deciden de la suerte de los hombres?

EL SEMICORO A

De distinta manera afectan sus decretos a los mortales.

EL SEMICORO B

Mátate tu antiguo miedo: la venganza evoca a la venganza; la sangre, a la sangre también; los dioses consuelan a los hombres en sus males, puesto que en sus manos está el éxito de todo.

EL SEMICORO A

¿Cómo llegaremos a los campos de bellas torres, dejando las aguas de la diosa de Calícoro?

EL SEMICORO B

¡Ojalá que algún dios me diese alas para llegar a la ciudad situada entre dos ríos! Conocerías, sí, conocerías, sin duda, la fortuna que aguarda a tus amigos.

EL SEMICORO A

Desconocida es todavía la suerte reservada al valeroso príncipe de esta

tierra.

EL SEMICORO B

Invoquemos otra vez a los dioses que invocamos, que en estos pongo mi principal esperanza para librarme de mis temores.

EL SEMICORO A

¡Oh Zeus, esposo de nuestra antigua madre, de la tierna hija de Ínaco! Protege a los atenienses. Favoréceme.

EL SEMICORO B

Dame, dame los que fueron tu gloria, los que destinaste a habitar en la ciudad y padecen grave injuria para que yo los lleve a la pira.

EL MENSAJERO

Vengo, ¡oh mujeres!, a anunciaros alegres nuevas, habiéndome salvado (hiciéronme prisionero en la batalla, junto al río Dirceo, en donde pelearon los escuadrones de los siete capitanes muertos), y a contaros la victoria ganada por Teseo. No te molestaré con largo discurso: yo era esclavo de Capaneo, a quien Zeus abrasó con ardiente rayo.

EL CORO

¡Oh tú, el muy querido, grata me es tu vuelta y lo que refieres de Teseo! Si está en salvo el ejército de los atenienses, me regocijará cuanto digas.

EL MENSAJERO

En salvo, y todo se ha hecho como Adrasto debió hacerlo con los argivos que llevó del Ínaco contra la ciudad de los cadmeos.

EL CORO

¿Cómo el hijo de Teseo y sus compañeros de armas erigieron los trofeos a Zeus? Dilo, que ya que lo presenciaste, alegrarás, refiriéndolo, a los que no lo vieron.

EL MENSAJERO

Brillante rayo del sol, presagio favorable, alumbraba a la tierra; yo lo observaba todo junto a la puerta Electra desde una torre elevada que dominaba a la llanura. Vi las tres filas de los tres cuerpos de ejército, y la multitud de guerreros de pesadas armas que se extendía por las alturas próximas al Ismeno, como se había dicho, y al mismo rey, al ínclito hijo de Egeo, y a los habitantes de la antigua Cecropia,[22] que lo acompañaban en el ala derecha; en la izquierda los paralios[23] armados de lanza, junto a la misma fuente de Ares, y el escuadrón de caballería a los flancos del ejército, distribuido en partes iguales, y los carros más allá del sepulcro sagrado de Anfión. El pueblo de Cadmo se extendía delante de las murallas, y a su retaguardia yacían los cadáveres, causa de la batalla, y la caballería tebana enfrente de la ateniense, y los carros enfrente de los carros de cuatro corceles. Entonces el heraldo de Teseo habló así: «Callad, pueblos; callad, tropas tebanas, y oíd: venimos a pedir los cadáveres para sepultarlos, como manda una ley que se observa en toda la Grecia, y sin ánimo de derramar sangre». Y Creonte nada respondió, permaneciendo armado en silencio; pero los que guiaban los carros de cuatro caballos comenzaron después la pelea, y en su primer ímpetu rompieron las filas de los carros enemigos, mientras desde estos peleaban los soldados esgrimiendo el acero, y dando lugar a que retrocedieran los caballos para combatir otra vez con los armados de lanzas. Viendo Forbas, capitán de la caballería ateniense, la confusión que habían producido los carros, el ataque de la caballería cadmea tomó parte en el combate con sus tropas, que alternativamente vencían y eran vencidas. Yo, que lo he visto con estos ojos, y no oído de otros (en el mismo lugar en donde peleaban los carros, y los soldados que

en ellos iban), y los infinitos horrores que se sucedían, no sé por dónde empezar, si por el polvo tan espeso que llegaba al cielo, o por los que eran arrastrados en todos sentidos, envueltos en las riendas, mientras la sangre corría, ya cayendo los unos, ya precipitados con violencia los otros de cabeza cuando los carros se rompían, y expirando entre sus destrozados restos. Al observar Creonte que la caballería ateniense venía, se adelantó embrazando el clípeo antes que se desanimaran sus soldados. Ni Teseo anduvo tampoco ocioso, saliéndole al encuentro con sus brillantes soldados; trabaron, pues, la batalla, y los enemigos mataban mezclados con sus adversarios, y morían a sus manos, y se animaban con grandes clamores. «Herid, resistid a los hijos de Erecteo con vuestra fuerte lanza». El ejército de los descendientes del dragón peleaba con valor, y cejaba nuestra ala izquierda; pero al mismo tiempo vencía la derecha a la contraria, y era igual la batalla. Teseo, mientras tanto, ganaba nuevos lauros, y no solo estuvo en donde los suyos derrotaron a sus enemigos, sino que acudió al socorro del ala que cedía. Dio un grito espantoso, que repitieron los ecos: «¡Oh hijos!, si no resistís con vuestros pechos a la enhiesta lanza de estos espartos,[24] perece la ciudad de Palas». Y así inspiró nuevo aliento a los hijos de Cránao.[25] Y empuñó la clava formidable de Epidauro,[26] y la esgrimió a una y otra parte; separaba los cuellos de los troncos y aplastaba las cabezas cubiertas de cascos, derrotándolos al fin. Yo grité también entonces, salté de gozo y aplaudí mientras se dirigían hacia las puertas. En la ciudad se oían clamores y alaridos de jóvenes y ancianos, y el terror llenaba los templos. Teseo, que hubiera podido entrar en ella, contuvo a su gente, asegurando que no venía a asaltarla, sino solo a pedir los cadáveres. Así debe ser el capitán que vaya al frente de las tropas:

valiente en el peligro y poco amigo de dejarse llevar de la insolencia del populacho, porque este, intentando subir las últimas gradas de la escala, cuando la fortuna le favorece, suele perder la felicidad, de que en otro caso disfrutaría.

EL CORO

Yo, ahora, que veo este día inesperado, creo en los dioses, y siento menos mis desdichas al recordar el castigo que han sufrido.

ADRASTO

¡Oh Zeus! ¿Por qué se llaman sabios los míseros mortales? De tu voluntad dependemos, y cumplirla es nuestro destino. Estrechos nos encontrábamos en Argos, y éramos muchos jóvenes y de robusto brazo; y cuando Etéocles quiso transigir, no aceptamos, y después perecimos. Él, afortunado entonces, como el pobre que se ve rico de repente, se llenó de orgullo para que no quedase impune el necio pueblo de Cadmo, y perdió la batalla. ¡Oh vanos mortales, que, como el que tiende el arco más de lo justo, sufrís con razón tristes males y no hacéis caso de los que os aman, sino solo de la fortuna, y vosotras, ciudades, que pudiendo evitar pacíficamente vuestra ruina resolvéis vuestras cuestiones derramando ríos de sangre! Pero ¿a qué viene esto? Quiero saber ahora cómo te has salvado; después preguntaré lo restante.

EL MENSAJERO

Cuando el tumulto que ocasionó la batalla alborotó a la ciudad, me escapé por la puerta por donde entraba el ejército.

ADRASTO

¿Recuperasteis acaso los cadáveres causa del combate?

EL MENSAJERO

Sí; los de los capitanes de las siete ínclitas cohortes.

ADRASTO

¿Qué dices? ¿Y los demás muertos?

EL MENSAJERO

Han sido enterrados en los valles del Citerón.

ADRASTO

¿Del lado allá o del lado acá? ¿Quién los enterró?

EL MENSAJERO

Teseo, junto al umbroso peñasco de Eleuterís.[27]

ADRASTO

¿Y en dónde ha dejado los muertos no enterrados?

EL MENSAJERO

Cerca; que cerca está cuanto se hace con actividad.

ADRASTO

Sin duda indignos esclavos los han sacado de entre los muertos.

EL MENSAJERO

Ningún esclavo tomó parte en este trabajo.

ADRASTO

... ...[28]

EL MENSAJERO

Así habrías hablado si hubieras sido testigo de los cuidados que Teseo prodigó a los muertos.

ADRASTO

¿Él mismo lavó los cadáveres de esos desventurados llenos de sangre?

EL MENSAJERO

Y preparó los lechos mortuorios y cubrió sus cuerpos.

ADRASTO

Importante era este deber y no exento de humillación.

EL MENSAJERO

¿Qué humillación cabe en los males humanos comunes a todos?

ADRASTO

¡Ay de mí! ¡Cuánto mejor hubiese querido morir con ellos!

EL MENSAJERO

En vano lloras y haces derramar lágrimas a estas desventuradas.

ADRASTO

Ellas son, al contrario, las que me enseñan a hacerlo. Pero vamos, levantaré mis manos, saliendo al encuentro de los muertos, y cantaré a sus manes triste canción invocando a mis amigos, privado de los cuales vegeto en triste soledad; daño irreparable para los mortales es perder la vida, que recobrar lo demás es posible.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Nuevas alegres en parte, en parte tristes; los honores de la victoria duplican la fama de la ciudad y de sus capitanes; amargo será para mi ver a mis hijos muertos, y sin embargo, grato espectáculo alcanzar este día venturoso, aunque sufra al mismo tiempo el mayor de los dolores.

Antístrofa 1.ª — ¡Ojalá que el viejo padre de los días[29] me hubiese conservado perpetuamente libre de los conyugales lazos! ¿Qué necesidad tenía yo de hijos? Si no me hubiese casado, nunca podría esperar tan horrible calamidad; ahora soy víctima de manifiesta desdicha sin mis hijos muy amados. Pero he aquí sus cuerpos sin vida. ¡Cuánta es mi desventura! ¡Ojalá que con ellos muera, bajando a la común morada de Hades!

ADRASTO

Estrofa 2.ª — Gemid, ¡oh madres!, por los muertos que han de ir debajo de la tierra; responded a mis lamentos.

EL CORO

¡Oh hijos! ¡Oh amargo nombre de madre, yo te hablo, y muerto no me oyes!

ADRASTO

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

¡Ay de mis males!

ADRASTO

¡Ah, ah!

EL CORO

... ...

ADRASTO

¡Ay de mí! ¡Cuánto hemos sufrido!

EL CORO

Las más espantosas calamidades.

ADRASTO

¡Oh ciudad argiva! ¿No te apiadas de mi destino?

EL CORO

¡Mírame también huérfana de mis hijos!

ADRASTO

Acercad los cuerpos llenos de sangre de estos desventurados, que ni merecían la muerte ni han perecido a manos de dignos adversarios en medio del combate.

EL CORO

Dádmelos, que yo los estreche y en mis brazos los sustente.

ADRASTO

Ya los tienes, ya los tienes en tus brazos.

EL CORO

¡Carga bastante pesada es la de mis dolores!

ADRASTO

¡Ay, ay de mí!

EL CORO

Pero hablas con madres.

ADRASTO

Vosotras me oís.

EL CORO

Gimes por nuestros males comunes.

ADRASTO

¡Ojalá que las tropas tebanas me hubiesen dado muerte entre el polvo!

EL CORO

¡Ojalá que nunca hubiese dormido al lado de mi esposo!

ADRASTO

¡Contemplad este piélago de desdichas, madres desventuradas que habéis perdido vuestros hijos!

EL CORO

¡Con las uñas nos hemos lacerado, y sobre nuestras cabezas hemos derramado las cenizas!

ADRASTO

¡Ay, ay de mí, ay de mí! ¡Que a mí solo me trague la tierra, que la tempestad me despedace, que el rayo de Zeus me hiera!

EL CORO

Asististe a tristes nupcias,[30] y funesto fue el oráculo de Apolo; el genio maléfico de Edipo, abandonando su palacio, ha venido a hacerte la guerra sembrando lágrimas.

TESEO

Deseaba interrogaros cuando os lamentabais delante del ejército; pero dejémoslo ahora, aunque os interese, y preguntemos a Adrasto. Dime, ¿por qué estos mortales se hacen ilustres por su fortaleza? Responde tú, más sabio que estos jóvenes y hombre de experiencia. He admirado sus hazañas, superiores a toda expresión, en virtud de las cuales esperaban apoderarse de la ciudad. Nada diré para no excitar la risa,[31] ni para averiguar con cuál ha peleado cada uno en el campo de batalla, ni la lanza enemiga que los ha herido. Vanas son las palabras de los que escuchan y del que cuenta, si después de asistir a la pelea y de contemplar espeso bosque de lanzas se quiere referir quién ha sido valiente. Ni yo lo preguntaría, ni daría crédito a los que se atreviesen a narrarlo, porque estando enfrente del enemigo apenas se puede ver lo que más nos interesa.[32]

ADRASTO

Óyeme, pues; no contraríes mi voluntad permitiéndome alabar a amigos de quienes solo diré lo que sea justo y verdadero. ¿No ves a aquel a quien atravesó el instantáneo dardo de Zeus? Ese es Capaneo, que disfrutaba de opulentas riquezas, aunque sin insolencia ni más orgullo que un pobre, y huía de los que se jactan de sentarse a mesa abundante y desprecian la frugalidad; en su concepto, la virtud no era la glotonería, sino contentarse con el sustento necesario. Amigo leal de sus amigos, presentes y ausentes (cuyo linaje de hombres no es, en verdad, numeroso), de

costumbres sencillas, afable lenguaje y fiel a sus promesas, ya las hiciese a siervos, ya a ciudadanos. El segundo es Etéocles,[33] también bondadoso como pocos, joven, con escasa fortuna, y, sin embargo, obtuvo en Argos muchos honores. A menudo le ofrecieron oro sus amigos, y no lo aceptó para no esclavizarse por dinero. Odiaba a los malos, no a la república, porque no debe culparse a esta si no tiene buena fama porque no es bueno quien la gobierna. El tercero fue Hipomedonte, que no se consagró desde niño a los placeres de las Musas ni a vivir muellemente; habitaba en el campo, y agradábanlo los ejercicios corporales y las empresas arriesgadas, la caza, los caballos, tirar el arco, y deseaba servir a su patria con su esfuerzo. El otro el niño Partenopeo, hijo de la cazadora Atalanta, de bellísima forma, nacido en la Arcadia, aun cuando después vino a las orillas del Ínaco y se educó como extranjero en Argos; a nadie molestaba ni excitó la envidia de los ciudadanos, ni le gustaban las disputas, defecto intolerable así en el ciudadano como en el extranjero; formaba humildemente en las filas como si fuese argivo, defendía su territorio cuando era menester; si la ciudad prosperaba era grande su alegría, y grande su tristeza si recibía daño; y aunque tuvo muchas amantes y no pocas que se enamoraron de él, nunca faltó en nada. En pocas palabras haré la mayor alabanza de Tideo: no era claro en su lenguaje, sino esforzado sofista en las armas y muy perito en bélicas estratagemas. Inferior en prudencia a su hermano Meleagro, alcanzó igual renombre en el arte de la guerra y mucha pericia militar: ánimo ávido de gloria, ingenio fecundo en obras, no así en el decir. No te admires, pues, ¡oh Teseo!, recordando mis palabras, que osaran arrostrar la muerte delante de las torres. La buena educación es madre del pundonor, y el hombre que acostumbra a bien obrar se sonroja de aparecer malo. La

fortaleza puede enseñarse si desde niño se aprende a decir y a oír lo que no se conoce, y lo que se ha aprendido se conserva hasta la vejez. Así, educad bien a vuestros hijos.

EL CORO

¡Oh hijo!, te crié desventurado, y te llevé en mis entrañas, y sufrí por ti los dolores del parto; y ahora se lleva Hades el fruto de mis míseros cuidados; yo, desdichada, no tendré en mi vejez hijo que me sustente.

TESEO

Al noble hijo de Oicleo,[34] arrebatado en vida por los dioses a los ocultos senos de la tierra con su cuadriga, lo han colmado de claras alabanzas; y si alabamos al hijo de Edipo, a Polinices, no mentiremos; me dio hospitalidad antes de dejar la ciudad de Cadmo, y dejome pasar a Argos en destierro voluntario. Pero ¿sabes lo que desearía hacer de estos?

ADRASTO

No lo sé; pero obedeceré tus órdenes.

TESEO

A Capaneo, herido por el rayo de Zeus...

ADRASTO

¿Quieres quemarlo aparte como cadáver sagrado?

TESEO

Seguramente, y a todos los demás en una misma pira.

ADRASTO

¿Y en dónde edificarás en su honor un monumento separado de los otros?

TESEO

Cerca de este palacio se levantará su sepulcro.

ADRASTO

De esto cuidarán los siervos.

TESEO

Y nosotros de los demás; vayan delante los que llevan los cadáveres.

ADRASTO

Id cerca de vuestros hijos, madres desdichadas.

TESEO

De ningún modo, ¡oh Adrasto!, debe hacerse lo que dices.

ADRASTO

¿Por qué no ha de ser conveniente que las madres toquen a sus hijos?

TESEO

Morirán si los ven desfigurados; horrible espectáculo ofrecen los cadáveres a poco de expirar. ¿A qué, pues, os ruego, queréis aumentar su dolor?

ADRASTO

Ya me convences. Es menester que os quedéis aquí; tiene razón Teseo. Después que los hayamos puesto en la pira, acompañaréis sus restos. ¡Oh, míseros mortales!, ¿a qué aprestáis las lanzas para ruina vuestra? Deteneos; descansad de vuestros trabajos, y tranquilos conservad vuestras ciudades en compañía de otros también pacíficos. Breve es la vida, y debemos pasarla lo más agradablemente que se pueda, no con penas.

EL CORO

Estrofa. — Ya no feliz con mis hijos, ya no dichosa con mi prole, ni puedo participar de la ventura de las madres argivas, ni nos saludará Artemisa, que asiste a las que sufren los dolores del parto, huérfanas de los nuestros. Miserable es mi vida; como a vaga nube, impéleme airado viento.

Antístrofa. — Nosotras, siete madres desdichadas, dimos a luz siete hijos, los más ilustres de los argivos, y ahora, sin ellos, envejezco víctima de tristísima suerte, y ni me cuentan entre los muertos ni entre los vivos, sufriendo en la orfandad una acerba fortuna.

Epodo. — Lágrimas solo quedan para mí, desventurada: yacen en mi casa, como recuerdos de mi hijo, lúgubres cabellos cortados, tristes coronas y las libaciones que se hacen a los muertos; cantos que no agradan a Apolo, de dorada cabellera, y al rayar el día lloraré mi infortunio, y mis lágrimas humedecerán el manto que cubre mi pecho. Pero ya veo el último lecho de Capaneo y el sagrado túmulo, y fuera de los atrios las ofrendas que Teseo consagra a los muertos, y a Evadne, que se acerca, ínclita esposa del que pereció herido por el rayo, e hija del rey Ifis. Pero ¿por qué se detiene en ese peñasco elevado que domina a este palacio después de andar esta senda?

EVADNE

¿Qué luz, qué resplandor derramó el sol con su carro cual la luna por el cielo, precedida en las tinieblas de ligeras ninfas que llevaban antorchas, cuando en mis suntuosas nupcias la ciudad argiva cantó mi epitalamio deseándome la dicha, y a mi esposo, el guerrero Capaneo? Desolada, vengo de mi palacio buscando las llamas y su sepulcro, para acabar en el palacio de Hades mi trabajosa vida y mis eternos dolores. Dulcísima es la muerte, y perecer con los que amamos si Dios lo decreta.

EL CORO

Tú ves esta pira, tesoro de Zeus,[35] cerca de la cual estás, en donde yace tu marido herido por el rayo.

EVADNE

Ya veo el término de mi carrera; en él estoy ahora; la fortuna dirige mis

pasos. Me precipitaré desde aquí para probar mi honesta fama saltando en el fuego desde esta roca; y confundiendo en la ardiente llama mi amado cuerpo con el de mi esposo, mis miembros yacerán junto a los suyos, y descenderé al tálamo de Perséfone; fiel te seré también bajo la tierra, ya que has muerto. Adiós, luz; adiós, bodas. ¡Ojalá que mis hijos contraigan en Argos legítimo himeneo, y que casto compañero acompañe en su lecho a mi noble hija!

EL CORO

Mira a tu padre, el anciano Ifis, que se acerca a saber tristes nuevas; dolor sentirá al escucharlas; y más le valiera no oírlas.

IFIS[36]

¡Oh desventurada, y yo también, mísero anciano! Vengo llorando dos desgracias de mi familia: la muerte de mi hijo Etéocles por la lanza tebana, que volverá a su patria sin vida, y la desaparición de mi hija, la esposa de Capaneo, que salió precipitadamente de su palacio, anhelando morir con su esposo, Guardábala antes en él; pero aprovechose de un leve descuido, hijo de los malos presentes, y pudo escaparse. Presumí que estuviera aquí: decídmelo vosotras si lo sabéis.

EVADNE

¿Por qué interrogas a estas? Mírame en este peñasco, como un ave, ¡oh padre!, sobre la pira de Capaneo, pronta a levantar mi triste vuelo.

IFIS

¿Qué viento te trajo? ¿Qué senda? ¿Por qué después que huiste del palacio te viniste aquí?

EVADNE

Ira sentirás si conoces mi propósito; pero no quiero que lo oigas, ¡oh

padre!

IFIS

¿Por qué, pues, no es justo que tu padre lo sepa?

EVADNE

Serías juez mío no imparcial.

IFIS

¿Por qué te has vestido de esta manera?

EVADNE

Algo nuevo indican estas galas, ¡oh padre!

IFIS

No es tu aspecto de quien llora a su marido.

EVADNE

Preparada estoy a osar inaudita empresa.

IFIS

¿Y por qué te has puesto tan cerca del sepulcro y de la pira?

EVADNE

He venido aquí a ganar preclara palma.

IFIS

¿Qué palma ganarás? Deseo saberlo.

EVADNE

Seré superior a todas las mujeres que el sol alumbra.

IFIS

¿En las labores de Atenea o en prudencia?

EVADNE

En fortaleza; muerta yaceré al lado de mi marido.

IFIS

¿Qué dices? ¿Qué das a entender con tan necio enigma?

EVADNE

Me precipitaré en esa pira de Capaneo.

IFIS

¡Oh hija!, no profieras tales palabras delante del vulgo.

EVADNE

Justamente deseo que lo sepan todos los argivos.

IFIS

Pero yo no lo consentiré.

EVADNE

Lo mismo da, no pudiendo impedirlo. Ya me precipito, aunque no te sea grato; pero lo será para mí y para el esposo que se ha de quemar conmigo.[37]

EL CORO

Atroz hazaña, ¡oh mujer!, has ejecutado.

IFIS

Yo, desventurado, muero, ¡oh mujeres argivas!

EL CORO

¡Ay, ay! Horrible, ¡oh desdichado!, es tu suplicio; has presenciado un acto inaudito de osadía.

IFIS

No encontraréis otro más infortunado que yo.

EL CORO

¡Oh infeliz! Hasta cierto punto, ¡oh anciano!, tú y tu mísera ciudad habéis participado de la muerte de Edipo.

IFIS

¡Ay de mí! ¿Por qué no es lícito a los hombres ser dos veces jóvenes y otras tantas viejos? Si en nuestro palacio hay algo que no nos parezca bien, podemos corregirlo, no así en la vida. Si fuésemos dos veces jóvenes y ancianos y faltásemos, dotados de dos vidas podríamos enmendarnos. Al ver yo a otros con hijos también los deseaba, y atormentábame ese deseo; pero si hubiera experimentado lo que es su pérdida para un padre, jamás sufriera el infortunio que ahora me aqueja por haber contraído himeneo y dado vida a un fortísimo joven, que me han arrancado después. Pero así es. ¿Qué debo hacer en mi desventura? ¿Iré a mi palacio? ¿Veré allí la espantosa soledad que en él reina, desesperación de mi vida? ¿Me encaminaré a la morada de Capaneo? Mucho gozaba antes en ella cuando mi hija vivía, pero ya no existe: ella besaba siempre mis mejillas, y con sus manos sustentaba mi cabeza. Nada es más sabroso para un padre anciano que una hija, pues aunque sean más nobles los varones son menos cariñosos. ¿No me llevaréis cuanto antes a mi palacio, y me sepultaréis en las tinieblas, para que el hambre acabe al fin con mi viejo cuerpo? ¿De qué me servirá tocar las cenizas de mi hija? ¡Oh vejez incontrastable, cómo te aborrezco! Odio a cuantos quieren alargar la vida y previenen la muerte con determinados alimentos, con abrigos y artes mágicas, cuando lo que convenía, ya que de nada sirven, es que dejaran de existir y cedieran su puesto a los más jóvenes.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¡Ved cómo traen los restos de nuestros hijos, consumidos por el fuego! Tomadlos, esclavas de ancianas débiles (que las lágrimas que por ellos hemos derramado nos han dejado exánimes) que han vivido largo tiempo y se desvanecen agobiadas por las desdichas. ¿Qué desventura hay

mayor para el hombre que contemplar las cenizas de sus hijos?

UN NIÑO

Estrofa 1.ª — Traigo, traigo de la pira, ¡oh mísera madre!, los restos de mi padre, peso no leve por los dolores que causa, y reducido cuanto me es caro a breve espacio.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¿A qué traes lágrimas a la madre amada de estos muertos, y un puñado de cenizas, en vez de los cuerpos de aquellos que en otro tiempo fueron ilustres en Micenas?

EL NIÑO

Antístrofa 1.ª — ¡Oh dolor, oh dolor! Desventurado huérfano de mi mísero padre, viviré en desierto palacio, no en los brazos del que me engendró.

EL CORO

¡Ay, ay de mí! ¿Qué se hizo mi dolor al dar a luz mis hijos? ¿Qué mis desvelos y mi educación maternal, y los insomnios que sufrí por ellos y mis tiernos besos?

ADRASTO

Estrofa 2.ª — Desaparecieron, ya no existen para ti, ¡oh madre!, ya no viven tus hijos; volverán al éter reducidos a cenizas por el fuego, y después de visitar veloces el palacio de Hades.

EL NIÑO

Padre, ¿oyes tú también los gemidos de tus hijos? ¿No vengaré algún día tu muerte con las armas?

EL CORO

¡Ojalá, hijo, que así sea!

EL NIÑO

Antístrofa 2.ª — Alguna vez, con ayuda de los dioses, vengaré a mi padre; aún no duerme en el olvido esta desgracia.

EL CORO

¡Ah, ah! ¡Bastante he llorado mi desdicha; bastantes dolores sufro!

EL NIÑO

¿No me verán las corrientes del Asopo capitaneando huestes argivas armadas de bronce para vengar la muerte de mi difunto padre?

EL NIÑO

Estrofa 3.ª — Paréceme, ¡oh padre!, que todavía te miran mis ojos...

EL CORO

... dando un dulce beso en tus mejillas.

EL NIÑO

Que te oigo hablar.

EL CORO

Y que sus palabras se han desvanecido en el aire.

EL NIÑO

Para dos dejó llantos y también para una madre.

EL CORO

Antístrofa 3.ª — Y nunca te abandonará la amarga memoria de tu padre. Tan grave es el peso que me agobia, que me ha perdido. Vamos, en el pecho guardaré las cenizas.

EL NIÑO

Me lamento al oír esta tristísima palabra; llegome al corazón.

EL CORO

¡Desapareciste, ¡oh hijo!; no te veré ya más, imagen querida de una

madre que te amaba!

TESEO

¡Oh Adrasto y mujeres argivas! ¿Veis a estos niños, que en sus manos llevan los restos de sus esforzadísimos padres, rescatados por mí? A mí y a la ciudad los debéis. Conservadlos, acordándoos de este favor que de mí habéis recibido. Lo mismo digo a estos niños: honrad a Atenas, y que los hijos de vuestros hijos no lo olviden nunca. Testigo es Zeus y los dioses del cielo del beneficio que os hago al ausentaros.

ADRASTO

Conocemos bien, ¡oh Teseo!, todo lo que has hecho en pro del territorio argivo cuando más necesitaba de bienhechores, y nuestro agradecimiento será eterno; porque si tu servicio ha sido señalado, nuestra gratitud debe ser lo mismo.

TESEO

¿En qué otra cosa puedo mostraros mi afecto?

ADRASTO

Libre estás: digno eres de tu ciudad y ella de ti.

TESEO

Así sea; que la dicha también te acompañe.

ATENEA

Oye, Teseo, las palabras de Atenea, para que sepas lo que has de hacer en provecho de Atenas. No des estos restos mortales a los niños que han de llevarlos al campo argivo, ni los dejes ir tan fácilmente sin exigirles que presten juramento, en justa reciprocidad de tus servicios y de los de tu ciudad: conviene que jure Adrasto por toda la tierra de las danaides que, como rey, tiene autoridad. Ha de obligarse a impedir que los argivos pisen

nunca el territorio ateniense con ejército enemigo, y que si vienen otros, los rechazará con las armas, y si violando su solemne promesa acomete a esta ciudad, ruega a los dioses que perezca. Yo te señalaré el lugar en donde has de sacrificar las víctimas. En tu palacio tienes un trípode de pies de bronce que te dio en otro tiempo Heracles para el ara pítica, derribadas las murallas de Ilión y presuroso de dar cima a otro trabajo suyo. En él cortarás los cuellos de tres ovejas e inscribirás el juramento en su cavidad, y lo darás después a guardar al dios que cuida de Delfos, como monumento de tu alianza y testimonio irrecusable para la Grecia. La afilada cuchilla con que abrirás las víctimas y las matarás, será escondida por ti en la tierra, junto a las piras de los siete muertos; que bastará mostrarla para inspirarles miedo si alguna vez vinieren contra esta ciudad, y les deparará vuelta funesta. Hecho esto, saca de aquí las cenizas, y que junto a la misma encrucijada istmia sea en adelante un bosque consagrado a Apolo el lugar en donde sus cuerpos han sido purificados por el fuego. Esto para ti; a los hijos de los argivos anuncio que conquistarán la ciudad que besa el Ismeno, y vengarán a sus padres. Tú, Egialeo,[38] joven capitán, mandarás en lugar del tuyo, y el hijo de Tideo, que vendrá de la Etolia, a quien el suyo llamó Diomedes. Que la barba cubra cuanto antes vuestras mejillas para que al frente del ejército bien armado de los danaides vengáis contra las siete torres de los cadmeos; cuando seáis hombres, las acometeréis con terrible ímpetu como leoncillos que las han de conquistar. No sucederá de otra manera: vosotros, con el nombre de epígonos, daréis en toda la Grecia a la posteridad abundante materia para la poesía: a tales tropas mandaréis, y Dios os será propicio.

TESEO

Atenea, mi señora, obedeceré tus órdenes (que tú me diriges para que no yerre) y me obligaré a ello con juramento: llévame tú tan solo por el camino derecho, porque si tú eres propicia a la ciudad, siempre viviremos seguros.

EL CORO

Vamos, Adrasto, prestemos ese juramento a este héroe y a Atenas: bien merece lo que han sufrido antes que nosotros que les demos esta prueba de gratitud.

* * *

Notas

1. Etra, hija de Piteo, rey de Trecén, fue seducida por Egeo, rey de Atenas, de quien tuvo a Teseo. Después, con su hijo, a quien hizo reconocer por su padre, vivió en Atenas.

2. Deméter, hija de Cronos y de Cibeles, y madre de Perséfone, que concibió de Zeus. Era la diosa de la agricultura, muy venerada en Ática y en Sicilia. Su hija Perséfone fue robada por Hades, dios de las infiernos. En Eleusis, población distante unos 17 kilómetros de Atenas, en el golfo Sarónico, entre el Pireo y Mégara, tenía un magnífico templo en donde se celebraban los famosos misterios de Eleusis. Esos misterios, amalgama del culto cabírico, importado por los fenicios, del culto pelásgico y del helénico o griego, eran sacratísimos, estando encargada la familia ateniense de los Eumólpidas de cuanto se refería a este culto.

3. Piteo, hijo de Pélope y de Hipodamía, reinó en Trecén, ciudad de la Argólida, hoy Damala, en la costa oriental. Fue grande su sabiduría, y educó a su nieto Teseo y a su biznieto Hipólito, hijo de Teseo.

4. Pandión, hijo y sucesor de Erictonio, rey de Atenas, fue padre de Erecteo, de Progne y de Filomela. Hubo después otro Pandión, padre de Egeo, que fue expulsado por los Metiónidas, descendientes de Erecteo.

5. Adrasto, rey de Argos, que casó a su hija con Polinices, hijo de Edipo, y emprendió dos expediciones militares contra Tebas: la de los siete jefes, y la de los Epígonos, sus hijos.

6. Al decir Etra que está ceñida de un lazo que no ciñe, da a entender que no sujeta materialmente, y que su verdadera fuerza estriba en el deber religioso y espiritual que significa.

7. Así los llevaban las suplicantes.

8. Descendientes de Dánao, egipcio que emigró a Argos y fue su rey.

9. En este lugar, como siempre que la ocasión se presenta, Eurípides lanza sus anatemas, claros o encubiertos, contra los dioses del gentilismo. Esto no obsta para que otras veces, hablando del mismo oráculo de Apolo, diga lo contrario. Es también probable que su filosofía, su escepticismo y su incredulidad manifiesta contribuyeran en no pequeña parte a la antipatía que le profesó Aristófanes, celoso admirador y defensor de las creencias y costumbres antiguas. Nótese que sus sátiras contra nuestro poeta indican, más que odio, animadversión y desprecio, y de aquí sus burlas contra los harapos de sus personajes para excitar la compasión de los espectadores. Contra Sócrates, en *Las Nubes*, lo hace con mayor saña, virulencia y peor intención, revelando los efectos de sus doctrinas, dirigidas, en su opinión, a confundir y anular la verdad y la justicia y a demoler la religión en sus fundamentos, acusaciones mucho más graves y peligrosas, como lo demostró después la condenación y muerte de Sócrates.

10. Tideo mató involuntariamente a su hermano Menalipo.

11. Anfiarao, famoso adivino griego, hijo de Ecles y de Hipermnestra, competidor de Adrasto para ocupar el trono de Argos, se avino al fin a compartir con él el mando, casándose con Erífile, hermana de Adrasto. Sabiendo que moriría en el sitio de Tebas, se ocultó, y fue descubierto por su mujer, sobornada por un collar de diamantes que le ofreció Polinices. Y, efectivamente, la tierra se lo tragó en ese asedio.

12. Esta salida acerca del poeta parece inoportuna y extraña, y más tratándose de un poeta trágico que, para hacer llorar, como dice Horacio, *si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi*.

13. Porque se representaba a Deméter con una antorcha en la mano buscando a su hija Perséfone.

14. Hay aquí una laguna en el texto que se ha llenado por el crítico Hermann añadiéndole dos versos y partiendo del supuesto, sin duda razonable, de que hubieron de pertenecer al

coro. «Ya que la conmiseración, natural a todos los hombres —dicen—, no te mueve a socorrernos, quizás lo consigan los vínculos que nos unen de parentesco, porque tu madre es hija de Piteo, el cual era hijo de Pélope...».

15. Las ramas de las suplicantes, el lazo que materialmente no ata, pero sí religiosa y moralmente.

16. Las alusiones frecuentes que se hacen a les pelasgos, sobre todo cuando se habla del Peloponeso, y particularmente de Argos y de Micenas, se fundan en la creencia general en Grecia de que dominaron mucho tiempo en esta región de Europa y dejaron en ella testimonios durables de esta verdad. Al fin fueron vencidos, exterminados o esclavizados por los griegos, principalmente por los dorios. Los desdichados ilotas, según la opinión más común, eran pelasgos.

17. Ínaco, fenicio, fundador de Argos.

18. En Eleusis, dice Pausanias, hay un templo de Triptólemo, otro de Artemisa y otro de Poseidón, y más allá el pozo llamado Calícoro, porque allí se reunían las mujeres de Eleusis para celebrar a la diosa con sus cantos y sus coros (Pausanias, I, 38, 6).

19. Esta disquisición pesada, larga e impropia de la ocasión en que se hace, es curiosa, sin embargo, por instruirnos acerca de las ideas políticas del poeta y de sus coetáneos. Obsérvese que se extiende más censurando a los gobiernos de los tiranos por ser ateniense y dirigirse a ellos; pero a pesar de su prudencia y parsimonia respecto a las instituciones democráticas de su patria, señala con exactitud y acierto su principal peligro y su constante amenaza: la del predominio en ventaja de sus intereses personales de los demagogos arrastrando al pueblo a su capricho y conveniencia, ya se llamen Pericles, Cleón o Esquines, ya lo hagan hablando o escribiendo, con la lengua solo en los días de Eurípides, y con la lengua y más con la pluma ahora.

20. Capaneo, uno de los siete jefes que sitiaron Tebas con Polinices.

21. Anfiarao.

22. Cecropia, de Cécrope, fundador de Atenas. Era originario de Sais, en Egipto, e instituyó el Areópago, difundió el culto de Atenea y de Zeus, enseñó la agricultura a los habitantes del Ática e introdujo entre ellos los casamientos y las sepulturas.

23. Los paralios son los habitantes de las costas del Ática, junto a los cuales estaba formada

la caballería. La fuente de Ares es la de Dirce, y el sepulcro de Anfión se hallaba a la izquierda y más allá de la puerta Proítica. Anfión fue notable poeta y rey de Tebas.

24. Espartos, que nacieron de los dientes del dragón, sembrados por Cadmo, de σπείρω, siembro.

25. Cránao, rey de Atenas, sucesor de Cécrope I.

26. Esta maza, según dice Plutarco, era de Perifetes de Epidauro, de quien la conquistó Teseo.

27. Eleuteria o Eleuterís, ciudad próxima al Citerón, en donde había un altar consagrado a Zeus Eleuteros o *libertador*.

28. Faltan estas palabras que debía decir Adrasto.

29. El Tiempo.

30. El casamiento de sus dos hijas con Tideo y Polinices.

31. Esta alusión satírica de Eurípides a *Los siete jefes contra Tebas*, de Esquilo, en que se dan minuciosos detalles de esas luchas personales, no lo honran demasiado ni como poeta trágico ni como entendido y justo en sus juicios. En las obras de Esquilo, el drama y la epopeya estaban todavía más unidas y dependientes una de otra que en tiempo de Eurípides, y si Eurípides hubiera escrito cuando lo hizo su predecesor, lo hubiera hecho como él. Los celos de gloria se han sobrepuesto a otras consideraciones más atendibles.

32. Esto es, a la propia defensa, no a mirar lo que hacen los demás.

33. Este Etéocles no es el hijo de Edipo y el hermano de Polinices, sino otro Etéocles, argivo, hijo de Ifis.

34. Faltaba el cuerpo de este, de Anfiarao, por habérselo tragado la tierra, y el de Polinices, porque su hermana Antígona lo había sepultado contra las órdenes de Creonte.

35. Llámale tesoro de Zeus por haber sido Capaneo herido por el rayo y quedar ya consagrado a Zeus.

36. Ifis, uno de los grandes de Argos, era hijo de Aléctor y tío de Esténelo.

37. La llegada de Evadne y de Ifis, que supone el conocimiento por ambos de la victoria ganada por Teseo, es uno de tantos otros ejemplos en que la regla de las tres unidades es evidentemente violada por los mismos a quienes se considera como a sus más fieles

guardadores.

38. Egialeo era hijo de Adrasto, el cual, con Diomedes el de Tideo, y Tersandro de Polinices, Esténelo de Capaneo, Estratolao de Partenopeo, Polidoro de Hipomedonte, Alcmeón y Anfíloco de Anfiarao, y Melón de Etéocles, hijos de los siete jefes, fueron los epígonos que a su tiempo renovaron la guerra contra Tebas.

Las bacantes

* * *

ARGUMENTO

La institución del culto de Dioniso, expuesta dramáticamente, es el asunto de esta tragedia y el fin del poeta que la compuso. Acudió para lograrlo a las tradiciones mitológicas existentes, numerosas y difundidas entre los gentiles, como lo demuestra la relación detallada que de la vida y hechos de este dios nos ha conservado Diodoro, historiador harto prolijo sin duda en este linaje de narraciones. Penteo, rey de Tebas, y la familia de Cadmo, fundador de esta ciudad, unos en más y otros en menos, son las víctimas de las iras del nuevo numen, por haberse opuesto a la admisión y establecimiento del culto del hijo, no adorado antes, de Zeus y de Sémele. Penteo, juguete miserable de Dioniso, que lo humilla y se burla de él sin piedad, perece al fin desgarrado por las bacantes, y entre ellas por su propia madre y sus tías, y los demás individuos de la familia cadmea son condenados unos a perpetuo destierro de Tebas, y otros, como Cadmo y su esposa Harmonía, hija de Ares, a ser metamorfoseados en dragones y a un

destierro de siglos entre los bárbaros. Harmonía es rescatada de su pena por Ares.

De su autenticidad, como obra de Eurípides, responden unánimes autoridades críticas competentes, no solo por los datos y noticias que han llegado hasta nosotros, sino también, y quizás más principalmente, por atestiguarlo así la misma obra en su plan, peripecias y personajes, por el espíritu que la anima y por otros innumerables rasgos y signos elocuentes de la factura peculiar de este poeta. En cuanto a su mérito literario, reina gran disparidad de opiniones, no faltando algunos, como La Harpe, nada justos ni benévolos con ella. Ocasión y lugar es este oportuno para advertir que la manera de leer y estudiar fuera del teatro las obras dramáticas influye poderosamente en los juicios que después se emiten. Tal es el origen más frecuente de los errores, engaños y desengaños de los autores de estas obras, y de la contradicción, tantas veces repetida, de los juicios que acerca de ellas forman sus censores o jueces, que solo las leen, y el público, que no las lee, sino que asiste a su representación. Para fallar con acierto sería necesario verlas en el teatro: pero como esto no es posible, y mucho menos tratándose de tragedias griegas, es muy útil siempre leerlas representándolas imaginariamente el lector, nunca como se lee otro escrito cualquiera.

No nos sorprende, por tanto, que la impresión sentida por quien lee Las Bacantes, como indicamos, no le haya sido favorable. Ni el objeto que se propone Eurípides, ni su plan o la invención de los medios elegidos para realizarlo, ni sus personajes divinos ni humanos, ni sus caracteres, ni sus pasiones, ni su principio, medio, ni fin nos satisfacen. Pero cuando se leen como apuntamos y reconstituimos el teatro griego, nos identificamos con su religión, y en cuanto se puede nos transformamos en atenienses de los

tiempos en que se escribió y representó esta tragedia; truécase esta en un drama trágico, soberbio, de espectáculo, de los más notables, vivos y característicos del mundo helénico. Su fábula está admirablemente concebida, trabada y desenvuelta; sus personajes, sus caracteres, sus pasiones y actos son como debieran ser, y en su conjunto y representación escénica hubo de distinguirse en muchos conceptos por su novedad, por su aparato escénico y por la admiración y la curiosidad y el interés que debió excitar en los espectadores.

Menester es que nos despojemos de nuestra idea cristiana y filosófica de Dios, como ser justo y bueno, y atribuyamos a esta palabra la significación que tenía en la casi totalidad de los espectadores, ni siquiera la que le daban Anaxágoras, Sócrates y los filósofos griegos con el mismo Eurípides. Dioniso era para ellos un ser humano en sus ideas, sentimientos y pasiones, aunque inmortal y de poder superior. Debía pensar, sentir y obrar como lo hace. Los bienes aportados por la invención del vino y su uso entre los mortales merecían de sobra ser recordados, ensalzados y recompensados con fiestas y signos exteriores sensibles, análogos en su apariencia exterior a los efectos más ordinarios y salientes del nuevo licor inventado, y establecidos además por su inventor. ¿Qué importancia podía tener el sacrificio de algunas víctimas, como Penteo y la familia de Cadmo, si se comparaba con la suma inmensa de placeres y alegrías que había el nuevo dios de dispensar al linaje humano? Al contrario, la pena que sufren sirve a los demás de escarmiento, y afirma y perpetúa su futura expansión por el mundo. Además, nada hay tan trágico ni tan humillante para la soberbia y el orgullo humanos; mala hierba tenaz, que asoma sin cesar en los sembrados todos de los hombres, como la flaqueza y la impotencia de los

mortales más poderosos en pugna con los justos decretos, con los caprichos y hasta con las injusticias de los dioses. Esa caridad y conmiseración a que nos mueven sus desdichas y la razón de su oposición al nuevo culto, y su conducta, que aprobamos y justificamos, apenas si la sentía el público, y desde luego no la apreciaba como nosotros, sino como ceguera y obstinación imperdonable. Todo lo cual no quiere decir que no estemos nosotros, como cristianos, en terreno firme, y ellos, como paganos, en terreno falso.

Por lo demás, Eurípides nos sale aquí al encuentro de cuerpo entero. Empieza Dioniso descerrajándonos el consabido prólogo, y termina el drama apareciéndose en toda su gloria y resolviendo con su intercesión el conflicto suscitado. La deidad que figura aquí o interviene, como es uso suyo y costumbre, se conduce de tal modo que resulta inferior y más injusta que un mortal mediano. Sémele es la esposa de Zeus y la madre gloriosa de Dioniso; pero se ha pensado y dicho por alguno que pudo *muy bien deslizarse con algún simple mortal, y aconsejada por su padre, y por salvar su honra, atribuir la hazaña al rey del Olimpo*. El Universo está sujeto a las leyes divinas, y por consiguiente, el legislador es lógicamente un dios, *sea el que fuere*. Dioniso, numen egoísta, como la mayoría de los hombres de aquel tiempo y de los posteriores, es *pro dominatione* capaz de todo, y se cuida poco de proporcionar a las mujeres en sus orgías y bacanales ocasión propicia para abandonarse a Afrodita, por la sencilla y espeluznante razón de que la luz del día no las evita tampoco, o lo que viene a ser lo mismo, que él añadirá a los excesos diurnos, inevitables, los nuevos nocturnos que serán la consecuencia del nuevo culto. Y esta saeta va contra lo divino y lo femenino humano. Ni se olvida de lisonjear al rey

de Macedonia, que lo protege, y en general al pueblo helénico extremando el valor de sus creencias populares, superior al de los sabios pensadores. Y, sin embargo, en esta obra como en casi todas las suyas, se encuentra también una situación o escena eminentemente trágica, como la de Ágave al recobrar la razón y darse cuenta del horror de su desdicha, y su buen gusto y su aticismo se revela en la manera de presentarla, sobria, interesante y conmovedora, sin esbozarla tan solo, porque su efecto dramático sería escaso, ni apurándola y alargándola con exceso, porque debilitaría y anularía la impresión que ha de nacer en los espectadores, como suele suceder comúnmente.

En cuanto o la fecha probable de su representación, y teniendo en cuenta la noticia del escoliasta de Aristófanes al verso 67 de *Las Ranas*, a la estancia de Eurípides en Macedonia, en la corte del rey Arquelao, en los últimos años de su vida, a lo escrito por Diodoro en el capítulo XVI de su libro VIII de los juegos públicos instituidos por ese rey en Díon, en honor del dios del vino, y hasta la métrica usada en Las Bacantes, parece lo más sensato fijar su representación en el año 3 de la olimpiada 93, lo más pronto en seguida de su muerte, o el 405 antes de Jesucristo, o con mayor seguridad poco después, sabiéndose que se puso en escena después de su muerte por su hijo del mismo nombre, juntamente con *Alcmeón* o *Ifigenia en Áulide*, las otras dos partes de la trilogía.

PERSONAJES

Dioniso.

Coro de bacantes.

Tiresias, *adivino.*

Cadmo, *fundador de Tebas.*

Penteo, *rey de Tebas, hijo de Ágave.*

Un criado.

Un mensajero.

Otro mensajero.

Ágave, *hija de Cadmo, madre de Penteo.*

La acción pasa en Tebas.

* * *

Se ve en el teatro el palacio de Penteo, y a un lado ruinas, de las cuales sale humo de tiempo en tiempo. Cércalas una empalizada, y entretejida en ella una vid frondosa.

DIONISO

A esta tierra tebana he venido yo, Dioniso, hijo de Zeus, a quien Sémele, hija de Cadmo,[1] dio a luz en otro tiempo, ayudándola en su parto el rayo del cielo; de dios hecho hombre, hállome ahora junto a la fuente de Dirce y las aguas del Ismeno.[2] Y veo inmediato a este palacio el sepulcro de mi madre, herida por el rayo, y las ruinas de su regia morada, cuyo humo anuncia la llama viva del divino fuego y el odio perpetuo de Hera. Pero alabo a Cadmo, que ha hecho inaccesible este lugar sagrado, convirtiéndolo en santuario de su hija, y yo le doy sombra por todas partes con los frondosos racimos de la vid. Y dejando los campos de los lidios,[3] ricos en oro, las abrigadas llanuras de los frigios[4] y los persas,[5] las ciudades de los bactrianos,[6] y después de recorrer el país de los medos,[7] de áspero cielo, la Arabia feliz y toda el Asia que yace junto al mar salado en donde se ven

ciudades populosas y bien defendidas por torres, habitadas a un tiempo por griegos y bárbaros, me he acercado primero a esta ciudad griega, después de establecer allí mi culto y mis fiestas, para que los hombres me adoren. Tebas es la primera ciudad griega que ha acudido a mi llamamiento, dando alaridos, cubiertos sus habitantes con una piel de ciervo y llevando en sus manos el tirso,[8] dardo adornado de hiedra, porque las hermanas de mi madre, por su interés particular, negaban que yo, Dioniso, fuese hijo de Zeus, y afirmaban que Sémele me había concebido de algún mortal, atribuyendo a Zeus la falta a instigación de Cadmo, y que por eso repetían que el rey de los dioses le había dado muerte, alegando falsamente que la amase. Así es que yo, inspirándoles mis furores, las he obligado a abandonar su residencia, y delirantes habitan en el monte, adornadas con mis sagradas insignias; a todas las mujeres de los cadmeos, ya adultas, víctimas de mis furores, he arrebatado de sus casas, y mezcladas con las hijas de Cadmo, se hallan a la intemperie en las alturas bajo los verdes abetos. Conviene que esta ciudad, aunque no quiera,[9] reconozca que ignora mis misterios, que defiendo a mi madre Sémele, y que, como dios, me he aparecido a los mortales después de engendrarme Zeus. Cadmo hizo heredero de su dignidad y de su imperio a Penteo, hijo de su hija, que rechaza mi culto y me niega las libaciones, y no se acuerda de mí en sus preces. Yo le probaré, pues, y a todos los tebanos, que soy dios. A otra región, fundado aquí mi culto, pasaré después, en donde haré lo mismo. Y si la ciudad de los tebanos, enfurecida, quiere obligar a las bacantes a abandonar el monte, daré la batalla al frente de las ménades.[10] Con este objeto he trocado en humana mi divina naturaleza, revistiendo la forma mortal. Así, ¡oh mujeres!, mis amigas, que dejasteis el Tmolo,[11] baluarte de

la Lidia, y desde las naciones bárbaras habéis sido mis compañeras y auxiliares en tan larga peregrinación, levantad los tímpanos usados entre los frigios, invención mía y de la madre Rea,[12] y encaminándoos al regio palacio de Penteo, tocad a vista y presencia de la ciudad de Cadmo. Yo danzaré también en los coros de las bacantes, dirigiéndome ahora a las alturas del Citerón,[13] en donde se hallan.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Desde el Asia, abandonando el sagrado Tmolo, sufro por Bromio[14] grato trabajo y dulce fatiga, alabando al dios Dioniso.

Antístrofa 1.ª — ¿Quién está en el camino? ¿Quién está en el camino? ¿Quién en su casa? ¡Apártese de aquí!, y que todos, con labios piadosos, guarden silencio, porque como esta solemnidad exige, cantaré las glorias de Dioniso.

Estrofa 2.ª — Feliz el bienaventurado que conociendo los divinos misterios purifica su alma, y les consagra su existencia errante en los montes, en expiación sagrada; y celebrando, según los ritos, las orgías de la madre Cibeles, agita el tirso, y adora a Dioniso, coronado de hiedra. Andad, bacantes; andad, bacantes, que desde los montes frigios acompañáis a Dioniso Bromio, a Dioniso Bromio, dios, hijo de dios, a las ricas ciudades de la Grecia.

Antístrofa 2.ª — Cuando en otro tiempo lo llevaba Sémele en sus entrañas, al sentir los dolores del parto cayó un rayo de Zeus, y la madre lo lanzó de su vientre, dejando también la vida, herida por el fuego sagrado. Zeus Cronida lo recogió del tálamo de su madre, y guardándolo en su muslo lo encerró en él con broches de oro, ocultándolo de la vista de Hera, y dio a luz al dios cornígero[15] cuando lo acabaron las Parcas, y lo coronó

con guirnaldas de dragones, y de aquí que las ménades, armadas de tirsos, entrelazaron con ellos su cabellera.

Estrofa 3.ª — ¡Oh Tebas!, en donde se crio Sémele, corónate de hiedra; florece, florece, con la verde férula[16] de bellos racimos, y adórnate, según los ritos de Dioniso, con hojas de encina o de abeto y con vestidos manchados de pieles de ciervas, mezclándolos con blanca lana; muestra tu piedad cogiendo las férulas lujuriosas, que luego toda la tierra celebrará con danzas a Bromio, que lleva sus tropas al monte, al monte, en donde se halla femenil muchedumbre furiosa por obra de Dioniso, y olvidada de sus lanzaderas y sus telas.

Antístrofa 3.ª — ¡Oh templo de los curetes[17] y santuarios divinos de Creta!, en donde Zeus celebra su natalicio, y en donde los coribantes, llevando en las cavernas su casco de triplicado cuero, inventaron en honor mío este círculo, cubierto de estirada piel, y mezclaron sus clamores báquicos con el dulce sonido de las flautas frigias, y lo entregaron a la madre Rea, formando coro con los alaridos de las bacantes; y los sátiros furiosos lo obtuvieron de la madre diosa y lo llevaron a los coros de las trietérides, con los cuales se deleita Dioniso.

Epodo. — Y se alegra cuando en los montes, dejando los ágiles coros, se recuesta en tierra, llevando el vestido sagrado del cervatillo, o persigue a los ciervos y goza en agrestes festines, recorriendo las cumbres de la Lidia y de la Frigia, y Bromio es el primero que cantó *Evohé*.[18] Mana leche la tierra, mana vino, mana néctar de abejas, y parece perfumado el aire con el incienso sirio. El mismo Dioniso, con el rostro alumbrado por la negra antorcha de la férula, precipita su carrera, alienta a los coros errantes, y excitándolos con sus clamores, esparce al aire sus bellísimos cabellos. Al

mismo tiempo, y con grandes alaridos, dice así: «Andad, bacantes; andad bacantes, delicias del Tmolo,[19] que arrastra el oro, cantad a Dioniso, celebrad al dios con los tambores sonoros, gritando *Evohé* con gritos y clamores frigios, cuando la flauta de dulce sonido toca las sagradas danzas que celebran corriendo en el monte, en el monte». Gozosa la bacante, como el potrillo que pace la hierba con su madre, mueve en las danzas su pie ligero.

TIRESIAS[20]

¿Quién llamará a la puerta de esta casa a Cadmo, hijo de Agénor, que, dejando a Sidón, edificó la ciudad de Tebas? Que vaya alguno a anunciarle que Tiresias lo busca. Él sabe el motivo que me trae y el pacto que yo, anciano, he celebrado con quien lo es más, para que empuñe los tirsos y lleve las pieles de ciervo y corone su cabeza con hojas de hiedra.

CADMO

¡Oh, tú, muy querido, que al oírte conocí tu voz desde allá dentro, voz sabia de sabio varón! Preparado vengo con este distintivo del dios. Conviene que yo tribute grandes honores a Dioniso en cuanto pueda, ya que nació de mi hija y como dios ha aparecido a los hombres. ¿Adónde llevamos los coros? ¿En dónde nos detenemos y agitamos nuestros blancos cabellos? Tú, anciano Tiresias, guía a otro anciano, que eres sabio. No me cansaré de noche ni de día de herir con el tirso la tierra, que placentero me olvido de mis años.

TIRESIAS

Lo mismo sentimos ambos: yo me remozo y asistiré a los coros.

CADMO

¿Iremos, pues, al monte en el carro?

TIRESIAS

No se honrará al dios como se debe.

CADMO

Yo, anciano, te llevaré a ti, también anciano, como si fueras un niño.

TIRESIAS

El mismo dios nos llevará allá sin trabajo.

CADMO

¿Y de todos los ciudadanos solo nosotros formaremos coros en honor de Dioniso?

TIRESIAS

Nosotros solos somos sensatos; los demás deliran.

CADMO

Mucho tardaremos; coge tú mi mano.

TIRESIAS

Hela aquí, enlázala, y júntala con la tuya.

CADMO

No soy yo, simple mortal, quien desprecia a los dioses.

TIRESIAS

Tratándose de ellos, dejémonos de sutilezas. Respetamos las tradiciones de nuestros padres, sean cuales fueren, y no habrá razón que las destruya, aunque sean parto del más agudo ingenio. Quizá dirá alguno que no sienta bien a mis años danzar coronado de hiedra. El dios no ha establecido si ha de ser joven o viejo el que guíe los coros; solo quiere que todos le tributen comunes honores, y no fija que sean tantos o cuantos los que han de adorarle.

CADMO

Ya que tú, ¡oh Tiresias!, no ves esta luz, yo seré para ti el adivino que ha de explicarte lo que suceda. Penteo, hijo de Equión,[21] a quien di el cetro de Tebas, se acerca precipitadamente a este palacio. ¡Qué sorprendido parece! ¿Qué dirá de nuevo?

PENTEO

Ausente estaba, y supe que en esta ciudad habían ocurrido extraños males; que nuestras mujeres habían abandonado sus casas por engañosas bacanales, y andan errantes en los umbrosos montes adorando con sus danzas a Dioniso, nuevo dios, o a un impostor cualquiera; que en sus conciliábulos circulan copas llenas, y que, huyendo unas de otras, se dejan abrazar de los hombres, pretextando, es verdad, que son ménades que celebran sagradas fiestas, pero, en rigor, honrando a Afrodita más que a Dioniso. En la cárcel guardan mis servidores a cuantas he atrapado, atadas las manos; también vendrán las que faltan cuando las prendan en el monte; esto es, Ino, Ágave, que me concibió de Equión, y Autónoe,[22] la madre de Acteón, y les pondré férreas cadenas, y las apartaré de esta bacanal malvada. Dicen, no obstante, que ha llegado de la Lidia cierto farsante extranjero, cierto encantador de blondos rizos y perfumado cabello, de negros y agraciados ojos, que no las deja de día ni de noche, con achaque de celebrar con las doncellas sagradas bacanales. Si le llego a cautivar, cesarán de una vez sus gesticulaciones acompañadas del tirso, separándole la cabeza del cuerpo. Él dice que es el dios Dioniso; él, que en otro tiempo estuvo encerrado en el muslo de Zeus, y que el rayo lo abrasó con su madre, dando a entender falsamente que se había casado con el rey de los dioses. ¿No merece muerte infame la petulante conducta de ese extranjero, quienquiera que sea? Pero he aquí otro milagro: mirad al adivino Tiresias con pieles de

cervatillo manchadas, y al padre de mi madre, ridícula pareja, que como bacantes agitan la férula. Me avergüenzo, padre, viéndote chochear tan viejo. ¿No tirarás la hiedra? ¿No soltarás el tirso, padre de mi madre? ¿Tú lo has seducido, Tiresias? ¿Quieres, acaso, difundiendo entre los hombres el culto de ese nuevo dios, observar el vuelo de las aves y enriquecerte examinando el fuego? Si no fuese por tu cana vejez, atado te había de ver en medio de las bacantes, ya que favoreces este culto dañoso. Cuando en los banquetes prueban las mujeres el zumo de la uva, se acabó ya el orden en las orgías.

EL CORO

¿No respetas a la piedad venerable, ¡oh extranjero!, ni a Cadmo, el que sembró los hijos de la Tierra?[23] ¿Cómo siendo tú hijo de Equión deshonras así tu linaje?

TIRESIAS

Cuando el sabio encuentra ocasión oportuna, no es difícil que hable bien. Voluble es tu lengua como de hombre sagaz, pero insensatas tus palabras. El atrevido, como sea poderoso y elocuente, perjudica más que aprovecha si le falta el juicio. Este dios nuevo, de quien tú te burlas, ha de ser tan grande en la Grecia, que yo no puedo expresarlo. Dos dioses, ¡oh joven!, son los principales entre los hombres: Deméter (la Tierra es, llámala como quieras), que les da alimentos secos, y en segundo lugar, y distinto de ella, el hijo de Sémele, que inventó el llamado licor de la uva y quiere divulgarlo entre los mortales, librándolos de dolores en sus infinitas miserias cuando de él se hartan, y entregándolos al sueño, olvido de los males cotidianos. Ningún otro filtro es tan poderoso para desterrar sus cuidados. Con este mismo dios se hacen libaciones a los demás, para que,

intercediendo él, seamos dichosos. ¿Te ríes de que Zeus lo haya guardado en su muslo? Te lo explicaré de la mejor manera. Después que lo libró del fuego fulmíneo y llevó al Olimpo al recién nacido, quiso Hera expulsarlo del cielo; pero Zeus se valió de cierta astucia, digna de un dios. Cortando parte del aire que rodea a la tierra, lo transformó en Dioniso y lo dio en rehenes a Hera para evitar disputas, y después dijeron los hombres que acabó de formarse criado en el muslo de Zeus, alterando la palabra por el motivo indicado, y fingieron esa fábula. Es dios adivino, porque el mismo desorden y la locura que produce ayudan a profetizar. Cuando se apodera de nosotros nos obliga a predecir lo futuro, haciéndonos perder la razón. También se asemeja a Ares, que aterra a los ejércitos armados puestos en orden de batalla, antes de acometer con la lanza; también este furor es obra de Dioniso. Algún día le veréis en las rocas de Delfos danzando con antorchas en su peñasco de dos puntas, y vibrando y sacudiendo el báquico ramo. No dudes que será grande en la Grecia. Obedéceme, pues, Penteo; no creas que el mandar vale algo entre los hombres, ni, si lo crees (vana es tu opinión), te tengas por sabio; acoge al dios en tus dominios, y ofrécele libaciones, y celebra bacanales, y corona tu cabeza. Dioniso no incita a las mujeres a ser deshonestas, al contrario, según la naturaleza de cada uno, enseña siempre en todo la continencia. Considera que, aun en las bacanales, la que es casta no se pervierte. ¿Ves? Tú gozas cuando vienen muchos a tus pnertas y ensalza la ciudad el nombre de Penteo, y él, a mi parecer, gozará también cuando le tributan honores. Así, yo y Cadmo, a pesar de tus burlas, nos coronaremos de hiedra y danzaremos, ancianos los dos y de cabellos blancos, y por mi parte no resistiré al dios arrastrado por tus consejos. Deliras de la manera más desdichada y no hay remedio que

pueda sanarte, y si no empleas los indicados, cierta es tu ruina.

EL CORO

¡Oh anciano, tus palabras no deshonran a Febo, y eres prudente adorando a Bromio, dios grande!

CADMO

Buenos, ¡oh hijo!, son los consejos de Tiresias; imítanos y no desprecies las nuevas leyes. Tu entendimiento se ha extraviado y tu razón es sinrazón. Aun cuando no sea dios, como dices, afírmalo, sin embargo, y miente en honra suya, y se creerá que Sémele le dio a luz, y no padecerá nuestro linaje. ¿No recuerdas la mísera muerte de Acteón? Devoráronlo en las selvas rabiosos perros que crio, por sostener que era mejor cazador que Artemisa. Para que no te suceda esto, ven y coronaré de hiedra tu cabeza; alaba con nosotros al dios.

PENTEO

No me toques siquiera; vete a celebrar tus bacanales y no me hagas partícipe de tu necedad. Castigaré a este maestro tuyo en tales delirios. Que alguno, sin perder tiempo, se encamine a la casa de Tiresias, en donde examina los auspicios, y fuerce las puertas y las derribe, y lo revuelva todo, y entregue las coronas a los vientos y a las borrascas, que así será grande su tormento. Recorred vosotros toda la ciudad en busca de ese afeminado extranjero que intenta pervertir aún más a las mujeres y desunir los matrimonios; y si os apoderáis de él, traedlo aquí atado, y que muera a pedradas, ya que ha promovido en Tebas acerbas bacanales.

TIRESIAS

¡Oh desventurado! ¡Cómo ignoras las consecuencias de tus órdenes! Ya estás furioso, cuando hace poco eras solo insensato. Vámonos nosotros,

Cadmo, y roguemos al dios por él, a pesar de su crueldad, y por Tebas, y que nos libre de mal. Pero sígueme con tu báculo de hiedra, para que me sostengas como puedas y yo a ti. Es vergonzoso que caigan en tierra dos ancianos; pero, en fin, suceda lo que quiera. Es preciso servir a Dioniso, hijo de Zeus. ¡Ojalá que Penteo, ¡oh Cadmo!, no lleve el luto a tu palacio!; y no mires esto como una profecía, sino como el efecto natural de lo que intenta; su necedad le hace decir sandeces.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh santidad, diosa venerable! ¡Oh santidad, que recorres el orbe con tus alas de oro! ¿Oyes las palabras de Penteo? ¿Oyes sus impías injurias contra Bromio, hijo de Sémele, entre los inmortales el primero, cuando las alegres coronas adornan los banquetes? Suyo es guiar en las fiestas a los coros, infundir la alegría al son de las flautas y disminuir los cuidados cuando el licor de la uva circula en la mesa de los dioses, o cuando la copa invita al sueño a los mortales en los festines en que abunda la floreciente hiedra.

Antístrofa 1.ª — Fin infortunado tienen la lengua desenfrenada y la demencia que desprecia las leyes; al contrario, la vida práctica y la moderación permanecen inalterables y conservan las familias, pues aunque los dioses habiten lejos el éter, no descuidan las cosas humanas. La sabiduría demasiado sutil no es sabiduría, ni el ambicionar lo que no está al alcance del hombre. Breve es la vida, y el que acomete grandes empresas no goza de los bienes presentes. Inclinaciones son estas, en mi juicio, de insensatos y necios.

Estrofa 2.ª — Que yo vaya a Chipre,[24] isla de Afrodita, en donde moran los amores que difunden dulce deleite entre los mortales,[25] hacia

donde las cien bocas del Nilo, río bárbaro, fecundan la tierra sin las lluvias del cielo; que vaya a la bellísima morada de las Piérides,[26] colina sagrada del Olimpo. Llévame allá, Bromio; Bromio, dios que las bacantes adoran: allí están las gracias, allí el amor, allí es lícito celebrar báquicas orgías.

Antístrofa 2.ª — Este dios, hijo de Zeus, goza con los alegres banquetes y ama la Paz, madre de las riquezas, diosa que alimenta a los jóvenes y distribuye por igual entre el rico y el pobre los placeres del vino, que destierran la tristeza; aborrece a quien no se cuida de sus bienes, y nos da grata vida de día y de noche. Lejos de ti el sutil ingenio y los pensamientos de los muy sabios; lo que el humilde vulgo sigue y aprueba será también mi divisa.

UN CRIADO

Aquí nos tienes, Penteo, con la presa que anhelabas, que tus órdenes no han sido vanas. Dulce fue con nosotros esta fiera, y no huyó, entregándose a nosotros sin repugnancia, y risueña nos mandó que la trajésemos aquí atada, y se estuvo quieta, facilitando nuestro trabajo. Yo le dije con respeto: «¡Oh extranjero, no te llevo por mi voluntad, sino por mandato de Penteo, que me envió!». Pero las bacantes que habías encerrado, apoderándote a la fuerza de ellas y maniatándolas en la cárcel pública, se han escapado y danzan en los bosques lejanos invocando al dios Bromio. Sus grillos se abrieron por sí mismos, y las prisiones las dejaron atravesar sus puertas sin intervenir la mano del hombre. Muchos milagros acompañan en Tebas a este varón. A ti te toca cuidar de lo demás.

PENTEO

Desata las manos de este prisionero, que, ya en mis redes, no es tan ligero que pueda escapárseme. Y seguramente, ¡oh peregrino!, no es

deforme tu cuerpo para seducir a las mujeres, motivo que te trajo a Tebas; larga es tu cabellera, no para la lucha, y oculta parte de tus mejillas excitando al deleite, y blanco y bello tu color, hijo de la sombra, no de los rayos del sol, que fascina por su belleza. Dime primero cuál es tu linaje.

DIONISO

No seré jactancioso; fácil es decirlo. Acaso hayas oído hablar del florido Tmolo.

PENTEO

Sí, el que rodea por todas partes a la ciudad de Sardes.

DIONISO

De allí soy, y la Lidia es mi patria.

PENTEO

¿De dónde importas este culto en la Grecia?

DIONISO

Dioniso nos inició, hijo de Zeus.

PENTEO

¿Y hay allí, en efecto, algún Zeus que engendra nuevos dioses?

DIONISO

No; es el mismo que se casó aquí con Sémele.

PENTEO

¿Quizá de noche en sueños, o se te apareció despierto excitándote a celebrar su culto?

DIONISO

Yo lo vi y él me veía, y me inició en sus misterios.

PENTEO

¿Pero qué significan esas orgías?

DIONISO

Está prohibido que lo sepan los hombres no iniciados en los misterios de Dioniso.

PENTEO

¿Y para qué sirven?

DIONISO

Tú no puedes oírlo, pero importa conocerlos.

PENTEO

Sagazmente lo encubres, cuando quiero saberlo.

DIONISO

Los misterios del dios no son para los impíos.

PENTEO

Si dices que viste al dios claramente, ¿cómo era?

DIONISO

Como quiso; yo nada le mandaba.

PENTEO

Esquivas deliberadamente mi pregunta para no replicar nada.

DIONISO

El que habla a un necio, aunque sea prudente parecerá también necio.

PENTEO

¿Fuiste tú el primero que vino aquí adorando ese nuevo dios?

DIONISO

Todos los bárbaros con danzas celebran tales orgías.

PENTEO

En prudencia son muy inferiores a los griegos.

DIONISO

En esto, al menos, son superiores, no obstante la diversidad de sus costumbres.

PENTEO

Y su culto, ¿se celebra de noche o de día?

DIONISO

Generalmente de noche: hay en las tinieblas yo no sé qué de santo.

PENTEO

Peligroso es para las mujeres y expuesto a graves males.

DIONISO

Quienquiera encontrará torpezas a la luz del día.

PENTEO

Castigo merecen tus perjudiciales sofismas.

DIONISO

Y tu estolidez y tu impiedad.

PENTEO

¡Osado es este sectario de Dioniso, y, a la verdad, no imperito en el decir!

DIONISO

Dime... la pena que me aguarda: ¿qué castigo piensas darme?

PENTEO

En primer lugar, cortaré tus delicados rizos.

DIONISO

Son sagrados: los dejo crecer en honor del dios.

PENTEO

Dame ahora el tirso que llevas en la mano.

DIONISO

Quítamelo tú; el mismo Dioniso me lo dio.

PENTEO

Y seguras cadenas te guardarán.

DIONISO

Me libertará cuando yo quiera el mismo dios.

PENTEO

Cuando puedas invocarlo en medio de las bacantes.

DIONISO

Y ahora, junto a mí, ve lo que sufro.

PENTEO

¿En dónde está? Yo no lo veo.

DIONISO

Conmigo; tú no lo ves porque eres impío.

PENTEO

A él, servidores: se burla de mí y de Tebas.

DIONISO

Yo, en mi sano juicio, mando a insensatos que no me aten.

PENTEO

Y yo, que mando más que tú, ordeno que te sujeten.

DIONISO

Ni conoces tu destino, ni lo que haces, ni quien eres.

PENTEO

Soy Penteo, hijo de Ágave, y Equión es mi padre.

DIONISO

Bien indica tu nombre la desgracia que te aguarda.[27]

PENTEO

Vete; atadlo junto al pesebre, y que lo rodeen oscuras tinieblas. Baila allí: en cuanto a las que te acompañan, cómplices de tus crímenes, o las venderemos o acabaremos con su alboroto y sus tambores, y serán mis esclavas y tejerán mis telas.

DIONISO

Voime: lo que no está decretado, no debe sufrirse; pero no dudes que Dioniso, a quien niegas, te castigará por tus ultrajes, porque ofendiéndome, lo llevas también a la prisión.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ..., hija del Aqueloo, venerable y noble virgen Dirce, que en otro tiempo recibiste en tus ondas al hijo de Zeus, cuando su padre lo libró del fuego inmortal y encerrándole en su muslo exclamó: «Andad, Ditirambo,[28] sufre un nuevo y varonil útero: con este nombre te mostraré, ¡oh Dioniso!, y así te llamará Tebas». Y tú, ¡oh bienaventurada Dirce!, ¿tú me rechazas, cuando te traigo coronada muchedumbre? ¿Por qué me desprecias?¿Por qué huyes? En verdad te digo que en adelante, sí, por los racimos de la vid, delicias de Dioniso, que en adelante cuidarás de Bromio.

Antístrofa 1.ª — Mira, mira cuán cruel es el linaje de Penteo, hijo de la Tierra, que nació del dragón, hijo de Equión, parto de la Tierra, monstruo cruel, no hombre mortal, sino como sanguinario gigante enemigo de los dioses, que en un momento ató mis manos, siendo sacerdotisa de Dioniso, y en el palacio guarda en cárcel tenebrosa a mi compañero en los coros. ¿Lo ves tú, ¡oh Dioniso!, hijo de Zeus, ves a tu sacerdote en peligro? Ven, ¡oh rey!, atravesando el Olimpo, agita tu tirso florido de color de oro, y refrena la osadía de este hombre impío.

Epodo. — ¿En dónde, pues, ¡oh Dioniso!, presides con tu tirso en los

coros? ¿En Nisa,[29] madre de fieras, o en la cima del Coricio?[30] ¿Quizá en las cavernas frondosas del Olimpo, en donde Orfeo tocaba la cítara en otro tiempo, arrastrando con su canto a los árboles y a las fieras de los montes? ¡Oh Pieria, tierra desventurada! Evios te adora, y vendrá con sus coros y sus bacantes, y, pasando solamente las corrientes del Axio,[31] guiará a las ménades danzando y atravesará el Lidias, que derrama la dicha y riega con sus aguas, según he oído, esa fértil región de muchos y buenos caballos.

DIONISO

¡Alerta, bacantes; alerta bacantes! ¡Oíd, oíd mi voz!

EL CORO

¿De quién es esta voz?, ¿de quién? ¿Desde dónde me llama Dioniso?

DIONISO

Venid, venid, que por segunda vez os llamo, yo, hijo de Sémele y de Zeus.

EL CORO

¡Vítor, vítor; dueño mío, dueño mío! Ven a nosotras, que juntas te aguardamos, ¡oh Bromio, oh Bromio! ¡Temblor sagrado de la tierra! ¡Ah, ah! ¡No tardará el palacio de Penteo en convertirse en ruinas! En él está Dioniso. ¡Adoradlo! Nosotros te adoramos, ¡oh Dioniso! Ved cómo saltan las piedras que se apoyan en las columnas.[32] Bromio da triunfales clamores bajo su techo.

DIONISO

Enciende la tea, ardiente como el rayo. Incendia, incendia el palacio de Penteo.

UN SEMICORO

¡Ah, ah! ¿No ves el fuego, ni el sagrado sepulcro de Sémele, y la llama

que en otro tiempo se desprendió del rayo de Zeus, hiriéndole?

EL OTRO SEMICORO

Prosternaos en tierra, prosternad vuestros trémulos cuerpos, ménades: el rey, hijo de Zeus, se acerca, arruinando este palacio.

DIONISO

Mujeres bárbaras, ¿tanto es vuestro pavor que habéis caído en tierra? Según parece, sentisteis a Dioniso que sacude el palacio de Penteo. Pero levantaos y recobrad ánimo, no tembléis.

EL CORO

¡Oh astro el más resplandeciente de las báquicas fiestas, cuánto ha sido mi placer al verte, antes solitaria!

DIONISO

¿Os desesperasteis acaso cuando me llevaban, creyendo que habían de encerrarme en la negra cárcel de Penteo?

EL CORO

¿Cómo no? ¿Quién me defendería si eras víctima de alguna desdicha? ¿Pero cómo te has salvado, luchando con ese impío?

DIONISO

Yo mismo, sin ajeno auxilio, me salvé fácilmente.

EL CORO

¿Y no puso esposas en tus manos?

DIONISO

También me burlé de él, porque creyendo sujetarme, ni me tocó ni me prendió, y fue vana su esperanza. Encontrando un toro en la cuadra adonde nos llevó para encerrarnos, lo enlazó por las rodillas y los pies, respirando cólera, sudando y mordiéndose los labios, y yo, tranquilo,

comtemplaba su faena sentado. Entonces vino Dioniso, e hizo temblar el edificio, y encendió el fuego del sepulcro de su madre, y así que Penteo lo vio, creyendo que ardía su palacio, corrió a uno y otro lado pidiendo agua a sus servidores, y todos le ayudaron en este inútil trabajo. Receloso de que yo me escapara, se precipita en el palacio, desenvainando su negra espada. Después Bromio, según me pareció, salvo error, evocó un fantasma en el palacio, al cual acometió Penteo, dando sendas cuchilladas al brillante éter, como si tratara de degollarme. Dioniso le suscitó además nuevos males: hizo que el regio alcázar cayera en tierra, lo redujo a polvo mientras examinaba mis dolorosas ligaduras; y soltando fatigado la espada, descansaba sin aliento. Siendo mortal, osó pelear contra un dios. Yo salí tranquilo del palacio y he venido a buscaros sin cuidarme de Penteo. Pero, según creo, se oyen pasos solitarios, y no tardará en llegar al vestíbulo. ¿Qué dirá después de todo esto? Lo sufriré sin indisponerme, aunque lo exalte furiosa ira, ya que es propio del sabio ser afable y tolerante.

PENTEO

¡Extraño es lo que me pasa! Se me escapó el extranjero cargado hace poco de cadenas, ¡Hola, hola! Aquel es. ¿Qué es esto? ¿Cómo desde el vestíbulo contemplas mi palacio, libre de tu prisión?

DIONISO

Detente y reprime tu cólera.

PENTEO

¿Cómo sacudiendo tus cadenas te has escapado?

DIONISO

¿No te he dicho, o no lo has oído, que alguno me libertaría?

PENTEO

¿Quién? Siempre dices cosas nuevas.

DIONISO

El que crea la vid, provechosa a los hombres.

PENTEO

A Dioniso atribuyes, pues, tan rico presente.

... ...

PENTEO

Que se cierren todas las torres vecinas.[33]

DIONISO

¿Y para qué? ¿No atraviesan los dioses las murallas?

PENTEO

Sabio, sabio eres, excepto en lo que más te interesa.

DIONISO

Sabio soy, sin duda, en lo que es más necesario. Pero entérate primero de lo que quiere decirte ese mensajero que viene del monte a anunciarte alguna novedad, que nosotros nos estaremos quietos y no huiremos.

EL MENSAJERO

¡Oh Penteo, rey de esta tierra de Tebas! Vengo del Citerón, en donde siempre hay blanca nieve, de resplandeciente brillo.

PENTEO

¿Y qué vienes a anunciarme?

EL MENSAJERO

Habiendo visto a las furiosas bacantes que de aquí, agitadas del divino estro, huyeron con sus blancos pies, he venido deseando anunciarte, ¡oh rey!, y también a la ciudad, los milagros portentosos y superiores a todo encarecimiento que hacen. Pero desearía saber si puedo hablarte

libremente, o si he de hacerlo con las consideraciones debidas. Temo, ¡oh rey!, tus ímpetus y tu cólera, y tus hábitos tiránicos.

PENTEO

Habla: por mi parte estás libre de toda pena, que cuando hay razón nunca me enfurezco. Cuanto más grave sea lo que tienes que decirme de las bacantes, tanto mayor será el castigo de este que ha enseñado a las mujeres tan malas artes.

EL MENSAJERO

Al llevar los rebaños de bueyes a la cumbre del monte, cuando el sol, calentando a la tierra, le enviaba sus rayos, vi tres coros de mujeres, presididos el uno por Autónoe, el otro por tu madre Ágave y por Ino el tercero. Todas dormían descuidadas, descansando unas en hojas de abeto, otras en hojas de encina, apoyando humildemente sus cabezas en el suelo, y en distintas actitudes, no, como tú dices, ebrias por las libaciones y por el sonido de las flautas para entregarse a Afrodita en las solitarias selvas. Tu madre, que yacía en medio de las bacantes, las despertó al oír el mugido de los cornígeros bueyes. Ellas, entonces, sacudiendo el profundo sueño que cerraba sus ojos, se levantaron con maravillosa modestia, tanto las más jóvenes como las de más edad y las vírgenes no casadas. Primero desataron sus cabellos y cubrieron sus hombros, y se pusieron las pieles de ciervo, sin lazo alguno, ciñéndolas después con serpientes que les besaban las mejillas. Otras tenían en sus brazos cabritillos o fieros lobeznos, y les daban blanca leche, sin duda recién paridas que habían abandonado sus hijos, según era de presumir de sus hinchados pechos, y se pusieron coronas de hiedra y de encina y de florida férula. Una de ellas tomó su tirso e hirió una piedra, de la cual brotó clara corriente; otra dejó caer la férula y el dios hizo salir una

fuente de vino, y las que apetecían leche entreabrían la tierra con los dedos de sus pies y la tenían abundante, y de los tirsos de hiedra corría dulce miel, de tal suerte que si la hubieses visto, con tus ardientes votos habrías llamado al dios que ahora rechazas. Todos los boyeros y pastores de ovejas resolvimos juntarnos para hablar y discutir lo que conviniese en vista de tantos milagros, y uno que se explica bien, y que va con frecuencia a la ciudad, dijo a los demás: «¿Queréis, vosotros los que habitáis las sagradas cimas de estos montes, que cautivemos a Ágave, madre de Penteo, que se halla entre las bacantes, que esto agradará al rey?». Parecionos prudente su consejo, y nos pusimos en acecho, ocultándonos entre las hojas de los árboles. Ellas, a la hora acostumbrada, aprestaban ya sus tirsos para celebrar las bacanales invocando a un tiempo a Yaco,[34] hijo de Zeus, y a Bromio, y el monte entero comenzó a bailar entonces, arrastrando en su curso a fieras y a cuanto contenía. Casualmente danzaba Ágave no lejos de mí y di un salto para apresarla, saliendo del arbusto que me ocultaba. Pero ella exclamó: «¡Oh perros míos ágiles, que estos hombres nos cautivan; seguidme, seguidme, armados de tirsos!». Nosotros huimos al oírla y evitamos así que nos despedazaran las bacantes, y ellas entonces acometieron inermes a los novillos que pastaban. Te hubieras maravillado de ver a una que tenía en sus manos una vaquilla de hinchada ubre, partida por medio y mugiendo todavía, mientras las otras desgarraban a las restantes, y hubieras contemplado sus costillas o sus pezuñas hendidas diseminadas aquí y allí, y los pedazos de sus carnes palpitantes, que en los abetos manaban sangre. Los toros feroces, que furiosos embestían antes con sus cuernos, yacían tendidos en tierra por mano de innumerables doncellas, y las pieles que los cubrían, hechas pedazos en un abrir y cerrar de ojos. Después, cual

bandada de aves que levantan por los aires su vuelo, se extendieron por la ancha llanura que a orillas del Asopo da a Tebas abundantes cosechas, y atacando como enemigos a Hisias y Eritras,[35] a la falda del Citerón, todo lo destruyen y saquean: arrebatan a los niños de sus casas, y cuanto cargan en sus hombros sin ataduras, ya fuese de bronce, ya de hierro, ni se mueve ni se cae en el oscuro suelo: luego radiaban sus cabellos y, sin embargo, no los abrasaba. Los atacados, furiosos, tomaron las armas al verse despojados por las bacantes. Admirable era aquel espectáculo, ¡oh rey! El dardo de acerada punta no las hería, y ellas, lanzando los tirsos, destrozaban a sus enemigos, y siendo mujeres, ponían en fuga a los hombres, no sin ayuda de algún dios. Otra vez volvieron a las mismas fuentes que hizo brotar el dios, de donde habían salido, y se lavaron la sangre, y las serpientes con su lengua limpiaban las gotas que de las mejillas corrían por su cuerpo. Adora, pues, a este dios, ¡oh soberano de Tebas!, quienquiera que sea, porque en las demás ciudades es muy venerado, y dicen de él, según he oído, que da a los mortales la vid, que destierra los cuidados. Si el vino desaparece, se acabó Afrodita y escasos serán los goces de los hombres.

EL CORO

Temo hablar al rey con demasiada libertad; pero lo haré, sin embargo: Dioniso no es inferior a ningún dios.

PENTEO

Ved cómo se acerca ya a nosotros hasta tocarnos, semejante al fuego, la vituperable osadía de las bacantes, deshonra de la Grecia. No hay, pues, que vacilar; ve a la puerta Electra y manda que se preparen todos los armados de escudos, los que montan ligeros caballos, cuantos vibran las peltas y tienden los nervios de los arcos, para hacer la guerra a las bacantes.

Cansado estoy ya de sufrir las locuras de estas mujeres.

DIONISO

No haces caso alguno de lo que te digo, ¡oh Penteo!; pero aunque me maltrates te aconsejaré que no hagas la guerra al dios, sino al contrario, que te sosiegues. Bromio no sufrirá que lances a las bacantes de los montes evios.

PENTEO

Déjate de corregirme, que si tuviste la fortuna de escaparte cargado de cadenas, aprovéchate de ella, pues de otro modo te expones todavía a sufrir el condigno castigo.

DIONISO

Yo, simple mortal, preferiría rendirle culto a rechazarle obstinado, siendo un dios.

PENTEO

Haré sacrificios en su honor matando a muchas mujeres, como merecen, en la cima del Citerón.

DIONISO

Todos huiréis; es vergonzoso que os pongan en fuga los tirsos de Dioniso, armados vosotros con sendos escudos de bronce.

PENTEO

Intratable es el extranjero con quien nos las habernos, y no callará, ya sufra, ya obre.

DIONISO

¡Oh amigo!, todavía puede arreglarse todo.

PENTEO

¿Cómo? ¿Me haré esclavo de mis esclavos?

DIONISO

Yo traeré aquí a las mujeres, desarmadas.

PENTEO

¡Ay de mí! Ya preparas en daño mío indignos artificios.

DIONISO

¿Cómo así, si yo solo deseo salvarte con ellos?

PENTEO

¿Os habéis convenido todos en celebrar perpetuas bacanales?

DIONISO

Es cierto, y no dudes que he hecho ese pacto con el dios.

PENTEO

Vengan mis armas; calla tú ahora.

DIONISO

¡Ah! ¿Quieres verlas juntas en los montes?

PENTEO

Sí, sin duda, y aun daré por lograrlo mucho oro.

DIONISO

¿Y por qué es tan vehemente tu deseo?

PENTEO

Por observarlas agobiadas por el vicio, con gran pesar suyo.

DIONISO

¿Y presenciarás de buen grado lo que te será fatal?

PENTEO

No lo dudes, y me estaré callado bajo los abetos.

DIONISO

Pero te descubrirán, aunque vayas con cautela.

PENTEO

Iré sin ocultarme; has dicho bien.

DIONISO

¿Vendrás, pues, sirviéndote yo de guía?

PENTEO

Anda cuanto antes; te doy todo el tiempo que sea necesario.

DIONISO

Ponte, pues, un vestido de lino.

PENTEO

¿Y para qué, siendo hombre, he de disfrazarme de mujer?

DIONISO

Para que no te maten si ven allí a un hombre.

PENTEO

Has dicho bien, y se conoce que la experiencia te ha hecho maestro.

DIONISO

Así nos lo enseñó Dioniso.

PENTEO

¿Y cómo llevaremos a cabo lo que me aconsejas?

DIONISO

Yo me encargo de tu persona si entramos en el palacio.

PENTEO

¿Cómo?, ¿con traje de mujer? Me da vergüenza.

DIONISO

No muestras ya tanto deseo de ver a las ménades.

PENTEO

¿Cómo dices que vas a vestirme?

DIONISO

Una larga cabellera caerá de tu cabeza.

PENTEO

¿Y qué más?

DIONISO

Manto talar y una mitra.

PENTEO

¿Y qué más?

DIONISO

Un tirso en las manos y una piel de manchado cervatillo.

PENTEO

No puedo yo vestirme traje mujeril.

DIONISO

Entonces te acarrearás la muerte peleando con las bacantes.

PENTEO

Está bien; exploraremos primero el campo.

DIONISO

Preferible es a emplear otros medios violentos, fecundos en males.

PENTEO

¿Y cómo atravesaré la ciudad sin ser visto de los tebanos?

DIONISO

Iremos por calles excusadas; yo seré tu guía.

PENTEO

Cualquier medio es bueno, siempre que las bacantes no se burlen de mí.

DIONISO

Cuando entremos en el palacio resolveremos lo más acertado.

PENTEO

No me opongo a ello; a todo estoy dispuesto. Voy a entrar y marcharé allá, acompañado de soldados, o seguiré tus consejos. (*Penteo entra en el palacio*).

DIONISO

Mujeres, este hombre ha caído en la red, y buscará a las bacantes, y morirá allí como merece. Manos, pues, a la obra, ¡oh Dioniso!, que no estás lejos; venguémonos de él. Perturba primero su mente inspirándole leve furor, porque mientras conserve sano el juicio no querrá vestirse traje mujeril. Al contrario, si su imaginación se extravía, no vacilará en hacerlo. Quiero que se burlen de él los tebanos, llevándolo en ese traje ridículo por toda la ciudad, que recordará sus anteriores amenazas, tan terribles en apariencia. Pero voy a vestirlo y componerlo; irá a los infiernos después de que muera a manos de su madre. Al fin conocerá a Dioniso, hijo de Zeus, dios de los más sensibles, y al mismo tiempo muy benévolo con los mortales.

EL CORO

Estrofa. — Luego, en los nocturnos coros moveré, como bacante, mi blanco pie, agitando mi cuello en el húmedo aire, como el cervatillo que juega en los verdes prados, sus delicias, libre ya de los crueles cazadores, y se escapa de sus emboscadas y atraviesa las redes bien tejidas, mientras el cazador, dando voces, alienta a sus ágiles perros; y con trabajo, como rápido torbellino, salta por la llanura que riega el río, y goza, lejos de los hombres, en las umbrías y espesas selvas. ¿Qué don más útil, cuál más precioso han concedido los dioses a los mortales que tener sus manos vencedoras

pendientes sobre la cabeza de sus enemigos?

Antístrofa. — Tarde llega, pero cierta es la divina providencia, y castiga a los hombres que rinden culto a la iniquidad, e insensatos desprecian a los dioses. Astutos son, y ocultos acechan los tardos pasos del tiempo, y persiguen al impío. Nunca debemos pensar, jamás proyectar nada contrario a las leyes. Poco cuesta creer que son poderosos los dioses, sean quienes fueron, como lo ha consagrado siempre un largo tiempo y como nos enseña la misma naturaleza.

Epodo. — ¿Qué don más útil, cuál más precioso han concedido los dioses a los mortales que tener sus manos vencedoras pendientes sobre la cabeza de sus enemigos? Lo que es bello es siempre grato. Dichoso aquel que se escapa de las olas del mar, y arriba al puerto; dichoso también el que sale triunfante de sus trabajos. En otro sentido, algunos superan a los demás en felicidad y en poder. Innumerables son las esperanzas humanas: las hay que terminan en la opulencia, al paso que otras se desvanecen; pero yo tengo por feliz al que vive siempre tranquilo.

DIONISO

Yo te llamo, ¡oh Penteo!, que anhelas ver lo que no debes, y acometer lo que no debe intentarse; sal del palacio, veámoste adornado como una ménade para servir de expiación a tu madre y a la tropa de que forma parte; te asemejas a una hija de Cadmo.

PENTEO

Paréceme ver dos soles y dos Tebas de siete puertas; que tú, convertido en toro, me precedes, y que en tu cabeza han nacido dos cuernos. ¿Eres acaso fiera? Ahora tienes figura de toro.

DIONISO

Con nosotros va el dios, antes adverso y ya nuestro aliado. Ya verás lo que te interesa ver.

PENTEO

¿Qué parezco yo? ¿Ino o mi madre Ágave?

DIONISO

Imagino que al mirarte miro a ella. Pero no está bien este rizo, como yo te lo puse, debajo de la mitra.

PENTEO

Tales movimientos hice allá dentro en todos sentidos, como una bacante, que descompuso mi peinado.

DIONISO

Pero nosotros, que nos hemos encargado de tu aliño, volveremos a arreglártelo. Levanta la cabeza.

PENTEO

Anda, pues; a tu disposición estamos...

DIONISO

Flojo está el cinturón, y los pliegues de tu vestido no caen con elegancia.

PENTEO

Así me parece por este lado izquierdo; mas por el otro creo que el manto cae bien.

DIONISO

Seguramente seré tu mejor amigo, cuando, contra tu opinión, observes la modestia de las bacantes.

PENTEO

¿Cómo me asemejaré más a una bacante, llevando el tirso en la mano

derecha o en la izquierda?

DIONISO

Es menester levantarlo con la derecha y con el pie del mismo lado; alabo tu cambio de opinión.

PENTEO

¿No puedo llevar en mis hombros con las bacantes la cima del Citerón?

DIONISO

Podrás, si quieres; antes no estabas en tu sano juicio; ahora piensas como debes.

PENTEO

¿Llevaremos palancas, o lo arrancaré con mis manos y llevaré su cumbre sobre mis hombros o en mis brazos?

DIONISO

No trastornes los lugares en donde residen las ninfas o Pan, y en los cuales suele tocar la flauta.

PENTEO

Has dicho bien: por la fuerza no se vence a las mujeres; así me ocultaré entre los abetos.

DIONISO

Te esconderás como debes, ya que vas engañado a servir de expiación a las ménades.

PENTEO

Y espero cautivarlas, como si fueran aves, en las muy dulces redes de sus lechos.

DIONISO

Todo tu afán es presenciar ese espectáculo; quizá las cautives, si no te

cautivan antes.

PENTEO

Llévame ahora por medio de la sierra tebana, que soy el único habitante de esta ciudad que osa acometer tal empresa.

DIONISO

Tú solo te ufanas en provecho de Tebas, tú solo; así te aguardan luchas que han de darte gloria. Sígueme, que yo seré el guía que te salve; de allí te traerá otro.

PENTEO

Sin duda mi madre.

DIONISO

Es claro.

PENTEO

Allá voy.

DIONISO

De allí te traerán.

PENTEO

¿Aludes a mi molicie?

DIONISO

En brazos de tu madre.

PENTEO

Y me obligas a consagrarme al deleite.

DIONISO

Tales son los que para ti prevengo.

PENTEO

Digna de mí es la empresa que acometo.

DIONISO

Temible eres, temible eres, y vas a presenciar espantosa matanza para alcanzar la gloria que en el cielo te aguarda. (*Vase Penteo*). Extiende tu mano, ¡oh Ágave!, y vosotras, hermanas, hijas de Cadmo; llevo a este joven a sufrir terrible lucha; yo y Bromio seremos vencedores; lo que después suceda os enseñará lo demás.

EL CORO

Estrofa. — Andad, andad al monte, ágiles perros del Furor, en donde las hijas de Cadmo celebran las bacanales; excitadlas contra este espía rabioso de las ménades revestido de adornos mujeriles. Su madre le verá primero acechando detrás de pulida piedra, o en algún árbol, y gritará a las bacantes: «¿Quién, ¡oh bacantes!, es este explorador de los cadmeos, que ha llegado con felicidad al monte? ¿Quién lo engendró? No ha nacido de sangre de mujer, sino de alguna leona o del linaje de las Gorgonas líbicas». Preséntese la justicia armada de su cuchilla y húndala en el cuello de este impío, de este malvado, de este engendro de la tierra, hijo de Equión, violador del derecho.

Antístrofa. — Con inicua atención y criminal furor viene, ¡oh Dioniso!, a tus orgías y a las de tu madre, lleno de furia, y delirante como si fuera a vencer a tu deidad invicta. El hombre modesto, pronto a tributar a los dioses los honores que les deben los mortales, y de humanos sentimientos, vive sin dolor. Con placer sería sabio, sin excitar su envidia; honor grande e ilustre es también vivir de día y de noche honradamente, ser piadoso y adorar a los dioses, rechazando cuanto se opone a las leyes establecidas. Preséntese la justicia armada de su cuchilla y húndala en el cuello del impío, del malvado engendro de la tierra, hijo de Equión, que

viola el derecho.

Epodo. — Aparécete, toro o dragón de muchas cabezas, o león rojo como el fuego. Ea, Dioniso, echa tu lazo fatal con semblante risueño al que viene en busca de las bacantes, que caerá en medio de las ménades.

EL MENSAJERO

¡Oh linaje del anciano sidonio, que florecías en otro tiempo en la Grecia y sembraste la semilla serpentina del dragón, hijo de la tierra! ¡Cómo deploro tu suerte, aunque esclavo, ya que el esclavo leal comparte también las desdichas de sus dueños!

EL CORO

¿Qué hay? ¿Anuncias algo nuevo relativo a las bacantes?

EL MENSAJERO

Murió Penteo, hijo de Equión.

EL CORO

¡Oh rey Bromio! ¡Has probado cuán grande, cuán grande eres!

EL MENSAJERO

¿Qué dices? ¿Por qué hablas así? ¿Te alegran acaso, ¡oh mujer!, los males de mis señores?

EL CORO

Extranjera soy, y prorrumpo en versos bárbaros, acompañados de báquicos clamores, que ya no me hacen temblar las cadenas.

EL MENSAJERO

¿Crees tú acaso que Tebas es tan cobarde?...

EL CORO

Dioniso, Dioniso es mi soberano, no Tebas.

EL MENSAJERO

Digna eres de perdón; pero no es honesto, ¡oh mujeres!, alegrarse de los males ajenos.

EL CORO

Dime, cuéntame cómo ha muerto ese hombre, fautor de injusticias.

EL MENSAJERO

Después de pasar más allá de Terapnas[36] la tebana y de las aguas del Asopo, comenzamos a subir la pendiente del Citerón Penteo, yo, su fiel servidor, y el extranjero que nos guiaba para enseñarnos las bacantes. Primero hicimos alto en un valle lleno de hierba, andando con cuidado y en silencio para que viésemos sin ser vistos. Estaba cercado de peñascos por ambas partes, con arroyos que lo regaban, y lleno de umbrosos pinos, y en él yacían las ménades, ocupadas en gratos trabajos. Unas coronaban otra vez de hiedra sus tirsos, ya despojados de ella; otras, como los potrillos que dejan sus pintorescos pastos, se respondían cantando báquicos versos. El desdichado Penteo, no viéndolas, no obstante su número, dijo: «¡Oh extranjero!, no veo aquí a las ménades por más que miro; quizá si me subo a alguna eminencia o en algún elevado abeto presenciaré claramente sus torpezas». Entonces fui yo testigo de un milagro que hizo el extranjero; agarró la rama más alta de un abeto, la dobló hasta el oscuro suelo, encorvola como un arco o cual rueda cuando gira moviéndose alrededor de su eje, y de este modo, atrayéndolas, él las doblaba hasta tocar la tierra, haciendo lo que no hubiera hecho ningún hombre. Colocado Penteo en las ramas del abeto, las soltó otra vez con cuidado, de modo que no lo dejase caer si se enderezaba de pronto. El abeto, ya derecho, elevaba al cielo su cima, y en ella aparecía sentado mi dueño. Viéronlo las ménades antes que él las viese, apenas llegó a lo alto, desapareciendo el extranjero y

oyéndose cierta voz, al parecer de Dioniso, que exclamó desde los aires: «¡Oh tiernas jóvenes!, os traigo al que se burla de vosotras, de mí y de mis orgías; castigadlo, pues». Y mientras esto decía relampagueaba el fuego sagrado en la tierra y en el cielo. El aire quedó mudo, callaron las hojas del umbrío bosque, y ni se percibían los aullidos de las fieras. Ellas, al escuchar confusamente la voz, se levantaron y miraban a todas partes. Volvió entonces él a exhortarlas. Cuando las hijas de Cadmo conocieron distintamente la báquica trompeta, se precipitaron en veloz carrera, no más tardas que palomas, Ágave, su madre, sus hermanas y todas las bacantes, y recorrían las rocas y el valle dividido por el torrente, agitadas del estro furioso del dios. Cuando vieron a mi señor en el abeto, primero le tiraron piedras con gran fuerza, subiéndose a un peñasco como si fuera una torre; después ramas; otras lanzaron al aire sus tirsos contra Penteo, blanco desdichado, pero nada conseguían. El infeliz, a una altura a la cual no podían llegar las bacantes a pesar de sus esfuerzos, no se movía, sin saber qué hacer. Al fin rompieron ramas de encina, y con tales palancas intentaban arrancar de raíz al abeto; pero cansadas de sus inútiles tentativas, dijo así Ágave: «Andad, ménades, cercad el árbol para apoderarnos de la fiera que se ha subido en él, y evitaremos que publique las danzas misteriosas del dios». Todas ellas sacudieron juntas el abeto y lo arrancaron de la tierra, y Penteo, sentado en lo más alto, cayó desde allí al suelo dando un gran gemido, presintiendo sin duda la desdicha que le amenazaba. Su madre, la primera, comenzó como sacerdotisa el sacrificio, y le acometió; él se quitó la mitra de la cabeza para que la mísera Ágave, conociéndolo, no lo matase, y dijo tocando sus mejillas: «Yo, madre, soy tu hijo Penteo, que diste a luz en el palacio de Equión; compadécete de mí,

¡oh madre!, y, por sus pecados, no mates a tu hijo». Mas ella, echando espuma por la boca y revolviendo sus ojos extraviados, sin sentir compasión y poseída de Dioniso, no se apiadó de él. Cogió con sus dos manos la izquierda de Penteo, y apoyando su pie en el cuerpo del desventurado, le arrancó el brazo no a impulso de su fuerza, sino ayudada del dios. Ino acababa la obra, por otra parte, desgarrando sus carnes, y Autónoe y toda la muchedumbre de las bacantes le amenazaba también. Oíanse clamores de toda especie, y él gemía mientras respiraba, y ellas aullaban a un tiempo. Y una le arrancaba el otro brazo, otra un pie con su calzado y desgarraba sus entrañas, y otras, llenas de sangre las manos, rasgaban sus carnes. Yace, pues, su cuerpo hecho pedazos, parte bajo ásperos peñascos, parte en las espesas ramas de la selva, y no es fácil encontrarlos; y la cabeza, de que se apoderó su madre, clavada está en un tirso como la de un león, y la pasean por el Citerón mientras danzan sus hermanas en el coro de las ménades. Y envanecida con tan triste trofeo regresa a estas murallas invocando a Dioniso, su compañero y victorioso auxiliar en la conquista de este botín, fuente para ella de lágrimas, no de placer. Yo me alejaré de este teatro de calamidades antes que Ágave llegue al palacio. Someterse a las leyes divinas y obedecerlas es para mí lo mejor y lo más prudente, y dignos de alabanza los mortales que así lo hacen. (*Vase.*)

EL CORO

Celebremos con danzas a Dioniso, cantemos la desdicha de Penteo, descendiente del dragón, que, al vestirse el traje mujeril y empuñar la férula, recibió segura muerte, coronado de bellas hojas, arrastrándolo un toro al abismo. Bacantes, descendientes de Cadmo, en luto y lágrimas trocasteis vuestro egregio canto de victoria. Grata lucha la de despedazar

un hijo con manos que gotean sangre. Pero veo a Ágave, madre de Penteo, que viene apresurada a su palacio con los ojos extraviados. Acoged a las compañeras del dios Evio.

ÁGAVE

¡Bacantes asiáticas!

EL CORO

¿Para qué me llamáis?

ÁGAVE

Traemos de los montes al palacio hiedra recién cortada y rica presa.

EL CORO

Ya la veo: bienvenida seas, ¡oh compañera de mis danzas!

ÁGAVE

Cogí sin lazos... este león nuevo, como puedes verlo.

EL CORO

¿En qué desierto?

ÁGAVE

En el Citerón.

EL CORO

¿Qué hizo el Citerón?

ÁGAVE

Lo mató.

EL CORO

¿Cuál fue la primera que lo hirió?

ÁGAVE

Mío es este honor. Yo, la bienaventurada Ágave, seré inmortal en las asambleas báquicas.

EL CORO

¿Y cuál después?

ÁGAVE

Los descendientes...

EL CORO

¿Qué descendientes?

ÁGAVE

Los de Cadmo; pero después que yo, después que yo se acercaron a esta fiera.

EL CORO

¡Felices vosotras, que os apoderasteis de tal presa!

ÁGAVE

Ya participarás del banquete.

EL CORO

¿De qué banquete, desventurada?

ÁGAVE

Este novillo, tierno aún, tiene en sus mejillas vello reciente, y suaves cabellos adornan su cabeza.

EL CORO

Notable es su melena; como de salvaje alimaña.

ÁGAVE

Dioniso, prudente cazador, excitó sabiamente a las ménades a cazarlo.

EL CORO

Este rey es el que preside a la caza.

ÁGAVE

¿Lo apruebas?

EL CORO

¿Cómo no? Lo apruebo.

ÁGAVE

Y después también los cadmeos...

EL CORO

Y Penteo también a su madre...

ÁGAVE

Alabará por haber apresado a este león.

EL CORO

Hermoso, en verdad.

ÁGAVE

Hermoso, en efecto.

EL CORO

¿Te alegras?

ÁGAVE

Me alegro por las grandes, por las grandes hazañas que se han ejecutado en esta región.

EL CORO

Enseña, pues, ¡oh desventurada!, enseña a los ciudadanos el trofeo que traes de tu victoria.

ÁGAVE

¡Oh vosotros!, que habitáis la ciudad bien fortificada de este campo tebano, venid y veréis esta presa, esta fiera que apresamos nosotras las hijas de Cadmo, no valiéndonos de los aguzados dardos tesalios, no de redes, sino de los dedos de nuestras blancas manos. ¡Vanagloriaos, pues, ahora, y preparad, fabricando lanzas, inútiles armas! Nosotras con esta mano nos

apoderamos de él y en diversos trozos portamos sus miembros. ¿En dónde está mi anciano padre? Que se acerque. Y mi hijo Penteo, ¿en dónde está? Que traiga escalas de compactos peldaños, y clave en los esculpidos artesonados esta cabeza de león que os presento.

CADMO

Seguidme, cargados con el cadáver del mísero Penteo; seguidme, siervos, al palacio: con mucho trabajo encontré su pecho despedazado en las gargantas del Citerón, no en donde lo inmolaron, sino en lo más áspero de la selva, en lugar oculto y de difícil acceso. Contáronme las maldades que han cometido mis hijas al atravesar las murallas y penetrar en la ciudad, acompañado de Tiresias a mi vuelta de las bacanales; y regresando otra vez al monte traigo aquí a mi hijo, muerto a manos de las ménades. Y vi a Ino y a Autónoe, que de Aristeo dio a luz en otro tiempo a Acteón, danzando todavía furiosas, y alguno me dijo que Ágave se dirigía aquí con pie báquico, y no fue falso, en verdad, que la veo, y al mismo tiempo un espectáculo nada grato.

ÁGAVE

Mucho, ¡oh padre!, puedes vanagloriarte por haber engendrado dos hijas de las más ilustres; todas ellas lo son y yo principalmente, que, dejando la tela en la lanzadera, acometo más altas empresas, apresando en persona a las fieras. Ves en mis brazos la recompensa que ha tenido mi valor, para que puedas clavarla en tu palacio. Acéptala, ¡oh padre!, y gozoso con el fruto de mi caza, convida a tus amigos: bienaventurado, bienaventurado eres por haber dado el ser a hijas capaces de tales hazañas.

CADMO

¡Oh asesinato funesto, fuente de inagotable llanto! ¡Y tú lo has

perpetrado con tus manos desventuradas! Inspirada por los dioses celebraste este sacrificio y me invitas al festín y también a Tebas. ¡Ay de mí! ¡Qué desdicha para ti y para mí también! Justamente, aunque con rigor, nos perdió el dios, el rey Bromio, a pesar de su parentesco con nosotros.

ÁGAVE

¡Cuán molesta es para los hombres la vejez, y cuán triste su aspecto! ¡Ojalá que mi hijo sea afortunado en la caza, y tan ingenioso como su madre, cuando persiga a las fieras con los jóvenes tebanos! Pero solo sabe resistir a los dioses. Tú, ¡oh padre!, y yo también debemos aconsejarle que no se complazca siguiendo las lecciones de malhadados maestros. ¿En dónde está? ¿Quién lo llamará para que venga a verme tan gozosa?

CADMO

¡Ay, ay de mí! Grave dolor ha de causarte tu acción, cuando recobres el juicio; si siempre permanecieras así, aunque no fuerais felices, no conoceríais, sin embargo, toda la extensión de vuestro infortunio.

ÁGAVE

¿Pero hay en todo esto algo que no te parece bien o es causa de pena?

CADMO

Primeramente mira el aire con tus ojos.

ÁGAVE

Así lo hago. ¿Por qué me lo mandas?

CADMO

¿Es para ti el mismo, o crees que ha variado?

ÁGAVE

Figúraseme más transparente y que brilla más que antes.

CADMO

¿Sientes todavía en tu alma la misma perturbación?

ÁGAVE

No entiendo lo que dices, pero poco a poco recobro mi juicio y vuelvo a mi estado natural.

CADMO

¿Oirás lo que te diga? ¿Me responderás con claridad?

ÁGAVE

Como que ya no me acuerdo de lo que acabo de decir, ¡oh padre!

CADMO

¿A que palacio viniste después de celebrar tu himeneo?

ÁGAVE

Me casaste con Equión, hijo, según dicen, de los dientes del dragón, que se sembraron.

CADMO

¿Qué hijo nació en ese palacio, de tu marido y tuyo?

ÁGAVE

Penteo, fruto de nuestra unión.

CADMO

¿Y cúya es la cabeza que sostienes con tus brazos?

ÁGAVE

De un león, según dijeron las cazadoras.

CADMO

Mírala con cuidado; poco cuesta observarla.

ÁGAVE

¡Ay de mí! ¿Qué veo? ¿Qué es esto que traigo en mis manos?

CADMO

Contémplalo y examínalo atenta.

ÁGAVE

¡Desventurada de mí! ¡Contemplo la mayor desventura!

CADMO

¿Te parece ahora semejante a un león?

ÁGAVE

No. ¡Qué infortunada! Tengo en mis manos la cabeza de Penteo.

CADMO

Llorado antes de ser reconocido.

ÁGAVE

¿Quién lo mató? ¿Cómo ha venido a mi poder?

CADMO

¡Mísera realidad, cuán intempestiva eres!

ÁGAVE

Habla, porque tiemblo al pensar en lo que vas a decir.

CADMO

Tú y tus hermanas lo matasteis.

ÁGAVE

¿En dónde pereció? ¿En el palacio, o en qué lugar?

CADMO

En donde tus perros despedazaron antes a Acteón.

ÁGAVE

¿Y por qué fue al monte este desdichado?

CADMO

Fue a burlarse del dios y de tus bacanales.

ÁGAVE

¿Pero cómo nosotras nos acercamos a él?

CADMO

Estabais furiosas, y toda la ciudad corría al mismo tiempo agitada por el ardor báquico.

ÁGAVE

Dioniso nos perdió; al fin lo entiendo.

CADMO

Lo injuriabais no adorándolo.

ÁGAVE

¿Pero en dónde está el cuerpo de mi hijo muy querido, ¡oh padre!?

CADMO

Aquí, habiéndolo encontrado con no poco trabajo.

ÁGAVE

¿Pero no ha sufrido mutilación alguna?

... ...

ÁGAVE

¿Y qué relación hay entre Penteo y mi locura?

CADMO

Os imitó no adorando al dios. Sin duda por esto padecisteis igual daño así él como vosotras, y arruinasteis a esta familia y a mí, que, no teniendo hijos varones, veo, ¡oh desventurada!, muerto torpe y tristemente a este fruto de tu vientre; que en ti, ¡oh hijo!, cifrábamos todos nuestra esperanza, y tú eras nuestro báculo, hijo de mi hija, venerado de los ciudadanos; ninguno, solo al mirarte, se atrevía a ofenderme en mi vejez, que pronto le hubiese alcanzado justo castigo. Despreciado ahora, me echarán de este palacio, a mí, aquel famoso Cadmo que sembró el linaje de

los tebanos y segué óptima mies lisonjera. ¡Oh hijo!, el más amado de los hombres, aunque no existas, siempre serás el más querido, ya que no tocaré más esta barba con mi mano ni abrazarás más al padre de tu madre, diciéndole: «¿Quién te injuria, anciano? ¿Quién te desprecia? ¿Quién aflige tu corazón? ¿Quién te ofende?, dímelo que yo castigaré al que tal haga, ¡oh padre!». Ahora soy desdichado, y tú también, y tu madre y tus infelices hermanas dignas de lástima. Así, si alguno no venera a los dioses, acuérdese de la muerte de Penteo y crea en ellos.

EL CORO

Duéleme tu suerte, ¡oh Cadmo!; tu nieto ha recibido el castigo que merecía, aunque te llene de amargura.

ÁGAVE

¡Oh padre!, ya ves cuánto he cambiado... si no cometiese este crimen que debo expiar.[37]

... ...

DIONISO

... ...

dragón serás, cambiando de forma, y tu esposa Harmonía, hija de Ares, con la que te casaste, siendo tú mortal, será convertida en fiera serpiente. Con tu esposa guiarás una yunta de novillos, como dice el oráculo de Zeus, y reinarás entre los bárbaros. Y con tropas innumerables derribarás muchas ciudades; pero cuando devastaren el oráculo de Apolo será infeliz su vuelta.[38] Ares, sin embargo, te salvará, y también a Harmonía, y te llevará a vivir al país de los bienaventurados. Yo, Dioniso, lo digo, no nacido de padre mortal, sino de Zeus. Si hubieseis sido prudentes, cuando no queríais, os hubiese ayudado el hijo de Zeus, y sería feliz vuestra suerte.

ÁGAVE

¡Oh Dioniso!, nosotros te suplicamos que nos perdones nuestros pecados.

DIONISO

Tarde lo conocéis, no cuando debíais.

ÁGAVE

Así lo confesamos; pero es cruel tu venganza.

DIONISO

Vosotros, siendo yo dios, me injuriabais.

ÁGAVE

Los dioses no han de imitar a las mortales.

DIONISO

Zeus, mi padre, lo había decretado largo tiempo hacía.

ÁGAVE

¡Ay, ay de mí! Condenados estamos, ¡oh Cadmo!, a mísero destierro;

DIONISO

¿Por qué, pues, vaciláis en cumplir vuestro destino?

CADMO

¡Oh hija, qué deplorable es nuestra suerte, y tú qué desdichada, y cuánto tus hermanas! Yo, mísero anciano, pediré hospitalidad en tierra extranjera, y obediente al triste hado, traeré a la Grecia mis tropas de bárbaros, y a la hija de Ares, a Harmonía, mi esposa, convertida en dragón espantoso, como yo, al frente de mi ejército, a devastar los altares y sepulcros griegos, y será tanta mi desdicha, que nunca me veré libre de males, ni tranquilo pasaré el Aqueronte en la navecilla.

ÁGAVE

¡Oh padre!, y yo, separada de ti, seré también desterrada.

CADMO

¿Por qué me abrazas, ¡oh hija desdichada!, como si fuese un cisne, blanca ave agobiada por los años?

ÁGAVE

¿Adónde iré, expulsada de mi patria?

CADMO

No lo sé, hija; de poco puede servirte tu padre.

ÁGAVE

¡Adiós, palacio, adiós, ciudad en que nací; mísera desterrada de mi hogar, te dejo presa de amarga pena!

CADMO

Busca, ¡oh hija!, a Aristeo...

ÁGAVE

¡Por ti lloro, padre!

CADMO

¡Y yo por ti, hija, y por tus hermanas!

ÁGAVE

Cruel es el castigo que el rey Dioniso da a tu familia por la injuria que le hicisteis.

CADMO

Atroz fue también el agravio no honrándose en Tebas su nombre.

CADMO

¡Adiós, hija desdichada! Difícilmente recobrarás tu alegría.

ÁGAVE

Guiadme, ¡oh amigas!, en busca de mis hermanas, que me

acompañarán en el destierro. Lejos iré del abominable Citerón, en donde no lo vean mis ojos, ni sepan lo que es tirso. De él cuidarán otras bacantes.

EL CORO

Bajo múltiples formas se muestra el hado, y muchas cosas que no se esperan hacen los dioses y lo que se aguardaba no viene, y el cielo les da fin inopinado. Así ha sucedido ahora.

* * *

Notas

1. Cadmo, personaje fenicio, fundador de Tebas, padre de Sémele, y por tanto abuelo materno de Dioniso. Harmonía fue la madre de Sémele. Los celos de Hera, esposa de Zeus, la indujeron a aconsejar a Sémele que pidiera a su amante una gracia, obligándose él a cumplirla cualquiera que fuese. Era esta gracia presentarse a su amada en toda su gloria, esto es, con sus rayos mortales. Sémele logró su propósito estando encinta de Dioniso; pero abrasada por su celestial amante, dio a luz prematuramente al fruto de sus amores, que fue recogido por Zeus y guardado en uno de sus muslos hasta cumplir todo el tiempo de su formación total.

2. El Ismeno era un río de la Beocia que nacía al norte de Tebas, y Dirce una fuente cerca de la misma ciudad.

3. La Lidia era una región de Asia, parte occidental de la Anatolia, en el Asia Menor, entre la Misia y la Caria, cuya capital era Sardes, en donde reinó Creso. En las costas de Lidia estaban situadas todas las ciudades griegas que componían la Confederación jónica.

4. La Frigia primitiva era una región del Asia Menor que se extendía a lo largo del mar, desde la embocadura del Meandro hasta la del Partenio, y bañada, por consiguiente, por el Egeo, la Propóntide y el Ponto Euxino. Entre los pueblos que la habitaron, estaban los dárdanos o troyanos.

5. Esta Persia o Pérside primitiva era una región reducida de Asia, cuya capital era Persépolis, y cuyos límites eran: al N la Media, al S el golfo Pérsico, al O la Babilonia y la

Susiana, y al E la Carmania.

6. La Bactriana era una antigua región de Asia, cuyos límites eran: al S los montes Paropamisos y la India, al N la Sogdiana, y al E la Escitia.

7. La Media era una región asiática, entre la Asiria al O, los montes que rodean al mar Caspio al N, la Susiana al S, y la Hircania y la Partia al E. La capital era Ecbatana.

8. El tirso era una especie de lanza envuelta en pámpanos y hiedra que llevaban las bacantes en las fiestas de Dioniso, y el cetro de este mismo dios, según los poetas.

9. Porque cree saberlo bien y no es así hasta que el mismo Dioniso los enseñe.

10. Estas ménades son las mujeres que Dioniso ha traído de Asia, y componen su séquito o ejército y el coro, a diferencia de las bacantes, que son aquí las mujeres de Tebas de que habla.

11. El Tmolo es un monte de la Lidia, célebre por sus vinos, su azafrán y su aire salubre. Llámase hoy Tomolitzi.

12. Rea o Cibeles, esposa de Cronos y madre de Zeus, adorada principalmente en Frigia y en Creta. Sus sacerdotes celebraban sus fiestas con bailes y contorsiones extrañas, y al son de instrumentos músicos estrepitosos.

13. El Citerón, montaña de la Beocia que se extendía hasta el Parnaso al O y hasta la Megáride al E. El Helicón forma parte de él y en sus selvas fue expuesto Edipo.

14. Bromio, invocación de Dioniso, que significa resonante o estrepitoso, por serlo su culto.

15. Representábase a Dioniso con cuernos de toro, símbolo de robustez y de fuerza.

16. La férula o cañaheja tiene una médula que cuando se enciende arde poco a poco sin consumir el receptáculo que la contiene. *Lujuriosa*, por la abundancia y lozanía de sus flores.

17. Para comprender bien este párrafo, conviene tener presente que Zeus fue salvado de la muerte por su madre Rea, dando a su padre Cronos una piedra en vez del niño recién nacido, que devoró Cronos, dios seguramente de quijadas leoninas y de paladar de avestruz. Ocultó al recién nacido en Creta, en donde lo amamantó la cabra Amaltea, y lo cuidaron los curetes o coribantes, sacerdotes de Rea o Cibeles, inventores también del tambor, para que no se oyesen los llantos del niño. Las trietérides eran las fiestas de Dioniso, que se

celebraban de tres en tres años.

18. Evohé, grito peculiar de las bacantes y de las fiestas de Dioniso, que equivale a ¡viva, vítor!

19. En el Tmolo nace el río Pactolo, de arenas de oro.

20. Tiresias, adivino célebre tebano, hijo de Everes y de la ninfa Cariclo, que vivió en tiempo de Edipo y fue condenado a perder la vista por ofensas a Atenea o a Hera, concediéndosele en compensación larga vida y el don profético. Fue padre de la famosa profetisa Manto.

21. Equión, rey de Tebas por su casamiento con Ágave, hija de Cadmo.

22. Autónoe, otra hija de Cadmo, esposa de Aristeo y madre de Acteón, célebre cazador que fue convertido en ciervo y devorado por los perros de Artemisa por haberse alabado de ser superior a esta diosa.

23. Equión fue llamado hijo de la Tierra por haber nacido de los dientes de un dragón que guardaba la fuente de Ares, cerca de Tebas, al fundarla Cadmo. Se proponía este sacrificar una vaca a Atenea, y envió por agua a esa fuente a algunos de sus compañeros, que murieron devorados por el dragón. Cadmo mató al monstruo, sembrando sus dientes por orden divina y naciendo de ellos hombres que se mataron unos a otros, excepto muy pocos, entre los cuales se contaba este Equión, padre de Penteo.

24. Chipre, isla hoy de la Turquía de Europa, en el Mediterráneo, entre el Asia Menor y la Siria, cuya capital es Nicosia. Sus ciudades principales eran Amatunte, Pafos e Idalion.

25. Cuanto dice en este pasaje el texto griego, en su forma actual, es un desatino manifiesto, a no ser que supongamos que Eurípides comete un crasísimo error geográfico, porque ni Chipre pertenece a Egipto, ni le es aplicable en ningún concepto el riego del Nilo. Y no hemos de suponer que el poeta ignoraba lo que decimos, porque los atenienses conocían bien a Chipre y a Egipto por su comercio con esta última región africana, y no parece verosímil que el autor osara cometer error tan garrafal respecto al público y a sus rivales. Lo más extraño es que traducciones muy acreditadas, que se han reimpreso, hayan traducido el supuesto original sin advertencia, corrección ni enmienda alguna a tamaños dislates. Nuestra versión, por tanto, sin pretender la infalibilidad, nos parece más sensata.

26. La Pieria, región inmediata a la Macedonia, en donde reinaba Arquelao, en cuya corte se había refugiado Eurípides al fin de su vida, y en donde se cree que escribió Las Bacantes.

27. Penteo, de πενθεῖν, estar de duelo, sufrir.

28. Ditirambo, de la palabra griega δίθυρος, alusiva al nacimiento de Dioniso.

29. Nisa, residencia preferida de Dioniso, de naturaleza y situación incierta.

30. Monte de Cilicia, al noroeste del cabo Sarpedón, en el Asia Menor.

31. El Axio y el Lidias son dos ríos de Macedonia, no distantes uno de otro, que forman un lago, denominándose hoy Vardar el primero, que desemboca en el golfo de Salónica. Pela, antigua capital de este reino, estaba edificada en el delta de estos ríos.

32. Los arquitrabes o parte superior del edificio.

33. Las de las murallas, en donde estaban las puertas.

34. Yaco, invocación de Dioniso.

35. Antiguas ciudades de esta región.

36. Porque había otras Terapnas además de la tebana.

37. El texto griego ofrece aquí una laguna, que comprende las lamentaciones perdidas de Ágave y el principio de la profecía de Dioniso. Se supone que esta falta, común a todos los códices existentes, proviene de la hoja del primer original, ya hubiera sido causada por rotura casual de la misma o por otro cualquier accidente. Toda la diligencia y las investigaciones de los helenistas y eruditos que se han propuesto llenar este hueco, se han estrellado en la imposibilidad material de lograrlo cumplida y seguramente, habiéndose por necesidad reducido a cazar indicaciones de su contenido, como la de Apsines, retórico griego, en la *Colección de retóricos griegos*, de Walz, tomo IX, pág. 587, o en el escoliasta de Aristófanes acerca del verso 908 del *Plutus*. Se conjetura, con mayor o menor probabilidad de acierto, que al recobrar Ágave su razón y sentir su enorme desdicha, cuyo autor es ella misma, ha de abstenerse del desahogo de las maldiciones contra su causante, y que, al contrario, ansía extremar su dolor contemplando los estragos, que fueron su obra, al descubrir los restos de su hijo, y que, al quejarse y recordar lo sucedido, Dioniso se aparece ya en toda su gloria y como *Deus ex machina*.

38. Alusión a la llegada de los persas y a su castigo por los destrozos que hicieron en los templos.

Los heráclidas

* * *

ARGUMENTO

El objeto de Los Heráclidas, como el de *Las Suplicantes*, es alabar a Atenas por sus leyes y sentimientos humanitarios favoreciendo al débil y al desdichado. Los descendientes de Heracles, con Hilo, hijo del héroe y de Deyanira, con Yolao, sobrino y escudero del hijo de Zeus y de Alcmena, y con esta, se han refugiado como suplicantes en el ara de Zeus, en Maratón, aldea de Ática, huyendo de la persecución constante de Euristeo, que no los deja tranquilos en toda la Grecia. En Atenas reinaban entonces Demofonte y Acamante, hijos de Teseo. Preséntase, en efecto, en seguida un heraldo argivo en nombre de Euristeo, que no puede arrancarlos de su asilo ni con amenazas ni con razones de conveniencia para Atenas y sus autoridades, concluyendo en declarar la guerra a los atenienses en nombre de Euristeo. Pelean después los dos ejércitos enemigos: el argivo, mandado por Euristeo en persona, y el de los atenienses y los heráclidas, por Hilo, Yolao y los reyes de Atenas, siendo vencidos los invasores y hecho

prisionero Euristeo. El oráculo había declarado que para alcanzar la victoria contra los argivos los atenienses y los heráclidas, era necesario el sacrificio previo de una víctima humana, y Macaria, hermana de Hilo, entonces ofrece espontáneamente su vida, y se logra el triunfo deseado.

En la traza y desarrollo del plan de esta tragedia se observa, desde luego, mejor gusto que en otras más famosas de nuestro poeta, como si se hubiese escrito en una época más clásica y atildada, así en el ajuste y distribución de sus partes, como en la sobriedad que en toda ella reina, en la extensión menor de los coros, en la relación más estrecha y constante con el asunto que guardan, y en la falta o parsimonia de las digresiones del poeta, cuando se ofrece la ocasión de entremezclar disputas o alegatos jurídicos, o sostener opiniones más o menos inoportunas sobre política, religión o filosofía. No por esto se abstiene Eurípides, al hablar de Heracles, de decir que fue un héroe, *esté donde estuviere*, ni de afirmar de Euristeo que sus maldades no son tanto obra suya como de Hera, ni, por último, de asegurar rotunda y categóricamente, sin paliativos de ningún género, que esa misma diosa Hera lo ha engañado y vendido. El personaje de Alcmena, como el de Hécuba en la tragedia de este nombre, atrabiliario, desvergonzado e insolente, iracundo y cruel, como vaciados en el mismo molde, sírvenos además para confirmar el odio del poeta al bello sexo, comparando estos tipos de ancianas con sus semejantes del sexo masculino. Néstor es la personificación homérica del anciano griego, trazado magistralmente con sus largas y viejas narraciones, sus alabanzas exageradas a las cosas y a los hombres que fueron, y con sus arranques extemporáneos juveniles, pero experimentado, prudente y hábil en los consejos. Cuando Eurípides nos presenta ancianos, como el Yolao de esta tragedia o el Peleo de *Andrómaca*,

no se nota en él antipatía, odio ni ensañamiento; no así cuando introduce en sus dramas mujeres ancianas, como las dos citadas, en cuyo trazado brilla siempre la benevolencia por su ausencia.

Esta tragedia y *Las Suplicantes*, fijándonos en su objeto y en la manera de conseguirlo, nos revelan ya, sin ulteriores disquisiciones, la decadencia sufrida en corto tiempo por la primitiva y verdadera tragedia griega. El espíritu, profunda y exclusivamente religioso, que anima desde el principio hasta el fin a las obras de Esquilo y de Sófocles, ha desaparecido casi por completo; porque lo que de él queda aparece casi siempre empequeñecido y degenerado, e injustos y malvados los dioses, inferiores a los hombres, ya sean Zeus o Hera, Artemisa o Apolo. La influencia del destino se nombra y señala solo por cumplir con la tradición, pero se ve con claridad que el poeta obedece a una fórmula, no a su convicción plena y sincera. Solo Atenea, la patrona de Atenas, sin duda por serlo, disfruta del privilegio de intervenir para hacer el bien de los atenienses, anunciándoles dichas y bienes futuros. El arte drámatico baja desde el cielo a la tierra, y se convierte en instrumento de adulación popular, como la elocuencia de sus oradores y demagogos, y llega en esta parte adonde no llegaron Tucídides, Jenofonte ni aun Heródoto, ni siquiera Demóstenes, que, cuando hay necesidad, no se muerde la lengua y dice al pueblo que lo oye amargas y saludables verdades. Llámanos también la atención la pobreza de inventiva que ambas obras ostentan, signo evidente de decadencia, puesto que son los mismos los motivos dramáticos, igual el enredo y la misma también su resolución. Todas las épocas de decadencia artística o literaria se distinguen generalmente por este fenómeno: porque parece que artistas y literatos pierden la inventiva y carecen del vigor, de la originalidad y de la energía de

sus ilustres predecesores.

No hay dato o indicación alguna cierta para señalar, con apariencias siquiera de exactitud, la fecha de su representación, y por tanto, no queda otro recurso que atenernos a simples conjeturas, más o menos aceptables. La diferencia, entre las dos que se admiten, es nada menos que de veintitrés años, porque la fijada por Böckh en sus *Tragicis graecis* es la del año 3 de la olimpiada 90, o 418 años antes de Jesucristo, o el año 13 de la guerra del Peloponeso, y otros piensan que ha debido escribirse hacia la olimpiada 84, más de diez años antes de dicha guerra. Su factura más parece de esta última fecha.

PERSONAJES

Yolao, *escudero de Heracles.*

Un heraldo de Euristeo, *rey de Argos.*

Coro de ciudadanos de Maratón.

Demofonte, *hijo y sucesor de Teseo en Atenas.*

Macaria, *hija de Heracles.*

Un criado, *escudero de Hilo, hijo de Heracles.*

Alcmena, *madre de Heracles.*

Un mensajero ateniense.

Euristeo, *rey de Argos y de Atenas, pariente de Alcmena y de Heracles.*

La acción pasa en Maratón.

* * *

Se ve en el teatro el templo de Zeus, y en torno del ara varios jóvenes, hijos de Heracles, con los distintivos de los suplicantes, y Yolao entre ellos, el

escudero de Heracles.

YOLAO[1]

Por cierto tengo hace tiempo que el hombre honrado ha nacido para bien de los demás, y que el codicioso es inútil a la república y molesto en el trato social, por fructuoso que sea para sí. Así me lo ha enseñado la experiencia. Yo, por pundonor, fiel a los deberes que me imponía mi parentesco, he participado solo de los infinitos trabajos de Heracles mientras estuvo a mi lado, pudiendo vivir en Argos tranquilo; ahora, desde que habita en el cielo, solo cuido de proteger a sus hijos, cuando yo soy, en verdad, el que necesita de protección para salvarse. Después que su padre abandonó la tierra, quiso Euristeo matarnos; pero evitamos la muerte, y aun cuando perdimos la patria, conservamos la vida. Vagamos, pues, desterrados, emigrando de una en otra región. Además de otros males con que nos aflige Euristeo, envía también heraldos a las ciudades en donde nos fijamos, y nos reclama y nos expulsa de ellas, haciendo amenazador alarde del poder de Argos, temible como amigo o enemigo, de sus propias fuerzas y de los favores que le dispensa la Fortuna. Y ellos, cuando ven mis escasos recursos y contemplan a estos niños, de tierna edad y sin padre, obedecen a los más poderosos y nos destierran. Yo huyo entonces con mis hijos, y con los afligidos me aflijo, temeroso de hacerles traición y de que exclame alguno: «Ved cómo Yolao, desde que no tienen padre estos niños, no los socorre, y eso que es su pariente». Y rechazados por toda la Grecia, desde que hemos llegado a Maratón[2] yacemos suplicantes junto a las aras de los dioses, pidiéndoles que no nos abandonen; dicen que en estas llanuras habitan dos hijos de Teseo, que las rigen alternativamente, del linaje de Pandión y parientes de los heráclidas,[3] y por esta causa hemos venido a los

confines de la ínclita Atenas. Dos ancianos los protegen en su triste destierro; yo defiendo a estos niños, y Alcmena,[4] a las hijas de su hijo, dentro del templo, temerosa de que tan tiernas vírgenes se confundiesen con la multitud que rodea a las aras. Hilo[5] y sus hermanos, de más edad, buscan algún alcázar donde refugiarnos, si nos echan de aquí a la fuerza. ¡Oh hijos, hijos míos!, acercaos y agarrad mis vestidos; ya veo al heraldo de Euristeo,[6] que viene hacia nosotros a perseguirnos, y a hacernos vagar por todo el orbe. ¡Hombre odioso, que perezcas tú y quien te envía! ¡Cuántos males anunciaron también tus labios al noble padre de estos desdichados!

EL HERALDO COPREO

Equivocadamente crees ya, sin duda, que has encontrado la tranquila residencia que buscabas llegando a una ciudad aliada. Nadie preferirá tu débil poder al de Euristeo. Vete. ¿Por qué te afanas? En derechura debías ir a Argos, en donde morirás apedreado.

YOLAO

De ninguna manera; el ara del dios y la tierra libre en que estamos no me abandonarán así.

COPREO

¿Quieres hacer más penoso mi trabajo?

YOLAO

Nunca me arrastrarás por la fuerza, ni tampoco a estos.

COPREO

Ya veremos; que, a mi juicio, también ahora te equivocas.

YOLAO

No será mientras yo viva.

COPREO

Apártate; me los llevaré contra tu voluntad, autorizado por Euristeo, cuyos súbditos son.

YOLAO

¡Oh vosotros los que habitáis en Atenas desde los pasados tiempos!: socorrednos, que suplicantes de Zeus Agoreo[7] nos hacen violencia, y los ramos envueltos en lana se manchan con desdoro de la ciudad y ofensa de los dioses.

EL CORO

¡Hola, hola! ¿Qué significa este clamor que se levanta junto al ara? ¿Anunciará, acaso, alguna calamidad?

YOLAO

Mirad a este débil anciano tendido en tierra; ¡ay de mí, desdichado!

EL CORO

¿Qué desgracia te ha postrado?

... ...

YOLAO

Este, ¡oh extranjeros! en cuya tierra busco hospitalidad, despreciando vuestros dioses, me arrastra con violencia desde el vestíbulo del ara de Zeus.

EL CORO

¿De dónde, ¡oh anciano!, has venido a esta tetrápolis[8] y en busca de sus habitantes? ¿Acaso de la región opuesta os ha traído el marino remo, dejando las costas de la Eubea?

YOLAO

No vivo en ninguna isla, ¡oh extranjeros!; desde Micenas hemos venido a este país.

EL CORO

¿Qué nombre, ¡oh anciano!, te daba el pueblo de Micenas?

YOLAO

Quizá hayáis oído hablar de Yolao, el escudero de Heracles; no es oscuro su nombre.

EL CORO

En efecto, lo he oído antes; mas di cúyos son los hijos impúberes que te acompañan.

YOLAO

Son hijos de Heracles, ¡oh extranjeros!, que recurren suplicantes a ti y a tu ciudad.

EL CORO

¿De qué necesitan, dime? ¿Impetran algo de esta ciudad?

YOLAO

Que no los entregue ni los arranquen a la fuerza de tus templos para llevarlos a Argos.

COPREO

Pero ninguna de tus razones satisfará a tus dueños, a quienes debes obediencia en dondequiera que te encuentren.

EL CORO

Preciso es, ¡oh extranjero!, respetar a los suplicantes, y no obligarles a abandonar a la fuerza la mansión de los dioses; no lo sufrirá la Justicia venerable.

COPREO

Expulsa, pues, de aquí a estos súbditos de Euristeo y no apelaré a medios violentos.

EL CORO

¡Impía es la ciudad que desprecia a extranjeros suplicantes!

COPREO

Pero sensato no entrometerse en asuntos que no interesan, y más útil es seguir los consejos de la prudencia.

EL CORO

Después que lo sepa nuestro rey podrás hacerlo, no como intentas, arrancando a los extranjeros de los templos sin respetar este país libre.

COPREO

¿Quién es vuestro rey y el de esta ciudad?

EL CORO

Demofonte, hijo del ínclito Teseo.

COPREO

Pues con él trataré primero de este asunto; nada valga cuanto he dicho.

EL CORO

Helo aquí, que viene apresurado con su hermano Acamante. Ambos te oirán.

DEMOFONTE

Ya que tú, más anciano, nos precediste acudiendo a este ara de Zeus, di: ¿qué causa ha traído aquí a tanta gente?

EL CORO

Esos suplicantes que, como ves, coronan con ramas el ara, son, ¡oh rey!, los hijos de Heracles, y Yolao, fiel compañero de su padre.

DEMOFONTE

¿Y por qué daban tales clamores?

EL CORO

Porque este heraldo intentaba arrancarlos del ara a la fuerza; dio esos

gritos el anciano y dobló sus rodillas, obligándome a derramar lágrimas de compasión.

DEMOFONTE

Y, sin embargo, griegos son su traje, sus galas, aunque no lo sean sus hechos. Ahora puedes hablarme sin demora y decirme de dónde vienes.

COPREO

Soy argivo, ya que quieres saberlo. Te diré, además, el motivo que me trae y quién me envía. Euristeo, rey de Micenas, me manda aquí para llevarme a estos fugitivos, y mi misión, ¡oh extranjeros!, y cuanto expondré en su apoyo, será arreglada a justicia. Yo, argivo, me llevo estos argivos que han huido de su patria, condenados a muerte por las leyes, que nos autorizan, como sucede en tales casos, a llevar a ejecución nuestros fallos. Y cuando se han refugiado en los altares de otros estados, empleamos los mismos medios, y ninguno osa atraerse desdichas merecidas. Han venido aquí, o para aprovecharse de tu imprudente condescendencia si con ellos la tienes, o desesperados, temiendo el peligro que corrían, ya se haga lo que desean, ya no. No esperan seguramente que tú, mientras conserves sana la razón, y solo entre todos los soberanos de la Grecia cuyos dominios recorrieron, te compadezcas de su triste situación. ¿Calcularás, pues, lo que puedes ganar si dejas que nos los llevemos? Cuenta desde luego con todo el numeroso ejército argivo y con el poder de Euristeo, que serán aliados de esta república. Pero si después de oírlos te apiadas de ellos y tu corazón se ablanda, se decidirá la cuestión por la fuerza de las armas, para que no creas que cederemos sin apelar al hierro. ¿Qué contestarás? ¿Te han despojado los tirintios[9] y argivos de parte de tus dominios para declararles la guerra? ¿Será, acaso, por socorrer a tus amigos? ¿Cómo podrás dar justa sepultura a

los que mueran en la guerra? Mala fama tendrás entre los atenienses si por un anciano al borde del sepulcro, si por una sombra, por decirlo así, y por estos niños te precipitas en tal abismo. Dirás quizá, lo cual es muy especioso, que lo haces mirando a lo que podrá suceder más adelante. Sin embargo, es preferible lo que te propongo; mal pelearán contra los argivos estos niños armados cuando lleguen a la pubertad, suponiendo que así lo esperes, y mientras tanto ha de transcurrir largo tiempo y te expones a morir. Sigue, pues, mi consejo; sin dar tú nada, deja que me lleve lo que me pertenece, y contrae amistad con Micenas, para que no te suceda lo que a tus conciudadanos, que pudiendo tener aliados poderosos eligen los más débiles.[10]

EL CORO

¿Quién fallará bien tal contienda y conocerá a fondo este litigio sin oír a las dos partes?

YOLAO

¡Oh rey!, confesaré que soy deudor a tu patria de no leve beneficio, pudiendo hablar y oír a mis enemigos sin correr el riesgo de ser arrojado antes de aquí como en otras partes. No hay lazo alguno legal entre este y nosotros; en nada dependemos de Argos, habiéndose cumplido el decreto que de allí nos desterraba; ¿cómo podrá reclamarnos en justicia como argivos, cuando nos han expulsado de nuestra ciudad? Ahora somos extranjeros; ¿creéis justo lanzar de los confines de la Grecia, para que padezcan la pena del destierro, a todos los que lo han sido de Argos? No, seguramente, de Atenas, que por miedo a los argivos no será tan inhumana con los hijos de Heracles, ni como Traquinia, o la pequeña plaza aquea, de donde tú, sin derecho alguno, exagerando el poder de Argos como ahora,

nos expulsaste cuando nos refugiamos en ellas suplicantes dentro de los altares. Si logras tu deseo y los atenienses lo aprueban, no diré jamás que Atenas es una ciudad libre. Conozco bien cómo piensan y sienten estos ciudadanos; preferirán morir si el honor, en los hombres dignos, vale más que la vida. Pero no hablemos de esto; odioso es alabar sin tasa, y así me parecía cuando me ensalzaban demasiado. Quiero ahora demostrarte que debes proteger a estos suplicantes como rey de Atenas. Piteo es hijo de Pélope; de Piteo nació Etra, y de Etra tu padre Teseo. Veamos ahora cuál es el linaje de los heráclidas. Heracles era hijo de Zeus y de Alcmena, y Alcmena de Pélope. Así, eran primos tu padre y el de estos niños. El parentesco te une, pues, a ellos, ¡oh Demofonte! Pero además de los deberes que te impone, te indicaré otros que debes cumplir; aludo ahora a la navegación que su padre hizo con Teseo cuando era yo su escudero, en demanda de cierto tahalí,[11] origen de muchas desgracias, y el servicio que te prestó sacándolo de las oscuras mansiones del infierno,[12] como toda la Grecia puede atestiguarlo. Por cuyos beneficios a su vez te piden que no los entregues a sus enemigos ni consientas que los arranquen a viva fuerza de tus templos y los expulsen de aquí. Sería para ti vergonzoso y una desdicha para tu ciudad que tus parientes, cuando imploran el favor de Zeus, desterrados y errantes (¡ay de mí, ay de mis males; míralos, míralos!), fuesen víctimas de la violencia. Ruégote, pues, tocándote con este ramo, que no abandones a los hijos de Heracles, que demandan tu ayuda, sino que vean en ti un pariente, un amigo, un padre, un hermano, su señor; todo esto es preferible a caer otra vez en manos de los argivos.

EL CORO

Al oírlo muévenme a lástima sus males, ¡oh rey! Ahora me he

convencido como nunca de que la fortuna vence a la nobleza, pues estos, hijos del mejor de los padres, son infelices sin merecerlo.

DEMOFONTE

Tres razones, ¡oh Yolao!, me inducen a no rechazaros: la primera y principal es Zeus, en cuya ara te has refugiado, protegiendo a estos tiernos hijuelos; después, el parentesco y la deuda antigua que tengo con ellos de hacerlos el bien, agradecido a su padre; y por último, la torpe fama que de lo contrario ganaría, lo cual debo evitar a todo trance. Si consiento que un extranjero se los lleve del ara a la fuerza, nadie creerá que este país es libre, sino que he vendido a unos suplicantes por miedo a los argivos, infamia digna de la horca. ¡Ojalá que tu llegada hubiese sido más feliz!; pero así y todo no tiembles, que nadie te arrebatará de aquí con violencia, ni a esos niños tampoco. Y tú vuelve a Argos, y dilo así a Euristeo: si acusa a estos extranjeros de algún delito, se le hará justicia; pero llevártelos, nunca.

EL HERALDO

¿Y si mi pretensión es fundada y te convence?

DEMOFONTE

¿Cómo ha de serlo nunca arrancar a un suplicante de los altares?

COPREO

Luego para mí solo es la vergüenza, sin daño tuyo.

DEMOFONTE

Seguramente lo sería para mí, si consiento que te los lleves.

COPREO

Relégalos, pues, de tu territorio, y entonces nos los llevaremos.

DEMOFONTE

Necio eres, si piensas saber más que los dioses.

COPREO

Según parece, este es el refugio de todos los malos.

DEMOFONTE

Asilo de todos es el templo de los dioses.

COPREO

No pensarán así los de Micenas, por ventura.

DEMOFONTE

¿No soy yo aquí soberano?

COPREO

Siempre que no los ofendas, si presumes de prudente.

DEMOFONTE

Pero me importa, si no soy sacrílego.

COPREO

No deseo que te muevan guerra los argivos.

DEMOFONTE

Y, sin embargo, tales son mis sentimientos; no los abandonaré.

COPREO

No obstante, me apoderaré de ellos, y me los llevaré.

DEMOFONTE

No será fácil tu vuelta a Argos.

COPREO

Pronto lo sabré, haciendo la prueba.

DEMOFONTE

Guárdate de tocarles, si no quieres llorar también pronto.

EL CORO

No, por los dioses; no osarás maltratar a un heraldo.

DEMOFONTE

Sin duda, si no aprende a conducirse con humildad.

EL CORO

Vete. Tú, ¡oh rey!, no le toques.

COPREO

Voyme. Poco vale uno solo en la pelea; pero vendré con numeroso ejército de argivos, cubiertos de bronce, que me esperan infinitos, armados de clípeos, y el mismo rey Euristeo, que se pondrá a su frente, y que me aguarda en los últimos límites de Alcátoo,[13] preparado a todo evento. Cuando conozca la injuria que le haces, terrible será para ti y para los ciudadanos, y para esta tierra y estos árboles; inútiles serían tantos jóvenes como hay en Argos si no te castigáramos.

DEMOFONTE

Vete enhoramala; que no me infunde miedo tu ciudad de Argos. Nunca de aquí, llenándome de ignominia, arrancarás a estos a la fuerza: que gobierno una ciudad libre, no sujeta a los argivos.

EL CORO

Tiempo tienes de reflexiones, antes que el ejército argivo se acerque a nuestro territorio; esforzados en la guerra son los de Micenas, y en vista de lo ocurrido lo serán mucho más; y como es costumbre de los heraldos exagerarlo todo, es probable que diga al rey, entre otras cosas, que ha sufrido bárbaros tratamientos, y quizá que ha estado a punto de perder la vida.

YOLAO

Nada es tan honroso para los hijos como haber nacido de un padre bueno y valiente, y casarse con mujeres que pertenezcan a familias

honradas. El que, dominado por pasión libidinosa, se junta con los malos, no oirá mis alabanzas, ya que por disfrutar de vituperable deleite deja sin honra a sus hijos. Más preserva del infortunio la nobleza de la estirpe que la oscuridad del nacimiento. Nosotros, víctimas de males extremos, hemos hallado amigos y parientes que solos nos defienden en toda la Grecia, a pesar de ser tan grande y tan ensalzada. Dadles, ¡oh niños!, vuestra diestra; dádselas, y vosotros a ellos, y andad juntos. ¡Oh hijos!, nos han probado su amistad; si algún día tenéis la dicha de volver a vuestra patria y habitar vuestros palacios, y alcanzáis los honores de que disfrutaron vuestros padres, acordaos siempre de que fueron bondadosos y os salvaron, y no empuñad contra su país lanza hostil, teniendo presentes tales beneficios, sino amadlos más que a nadie. Dignos son de vuestra estimación, ya que nos han librado del pueblo pelásgico y de su inmenso poder, concitando su odio, y que, al veros miserables y sin hogar, no os entregaron a vuestros enemigos ni os expulsaron de su suelo. Yo, por mi parte, ahora que vivo y cuando muera, ¡oh amigo!, te alabaré en presencia de Teseo; lo llenaré de alegría refiriéndole todo lo ocurrido, ya que nos acogiste humano y has socorrido a los hijos de Heracles, y porque, generoso, conservas en la Grecia la gloria de tu padre, y, nacido de claro linaje, no lo deshonras. Quizás, entre muchos, solo encuentres uno que no sea inferior a tu padre.

EL CORO

Siempre este país ayuda a los débiles; los protege la justicia. Así ha sufrido por sus aliados innumerables trabajos, y ahora veo ya otra lucha que amenaza.

DEMOFONTE

Y tú has dicho bien, anciano, y espero que cumplirán los deberes a que

has aludido. Yo, por mi parte, convocaré la asamblea de los ciudadanos todos, y tendré preparado, para oponer al ejército de Micenas, numerosas tropas. Enviaré primero espías para que no me encuentren desprevenido, ya que los de Argos son ágiles guerreros, y celebraré los sacrificios, congregados los adivinos. Entra tú en el palacio con los niños y deja el ara de Zeus, que no faltará quien te ampare, aunque yo me ausente. Anda, pues, al palacio, anciano.

YOLAO

No abandonaré el ara; como suplicantes permanecemos aquí, para que tu ciudad consiga la victoria; iremos adonde deseas cuando deis glorioso término a esta lucha; los dioses que nos auxilian, ¡oh rey!, no son inferiores a los de los argivos; y si entre ellos la primera es Hera, esposa de Zeus, tenemos de nuestra parte a Atenea. Yo aseguro que para obtener buen éxito en esta empresa es muy importante invocar a los dioses más poderosos, porque Palas no consentirá que se le humille.

EL CORO[14]

Estrofa. — Si te llena de orgullo tu poder, a otros es indiferente, ¡oh extranjero de Micenas!; no temas que tus palabras jactanciosas me aterren. Nunca lograrás amedrentar a la famosa Atenas, la de bellos coros. Y tú eres un insensato, y el hijo de Esténelo, el tirano de Argos.

Antístrofa. — Que has llegado a una ciudad en nada inferior a la tuya, para arrancar con violencia a desterrados que suplican a mis dioses y se refugian en mi país, siendo tú también extranjero, y no obedeces a nuestros reyes ni es justo lo que reclamas. ¿Cómo podrán nunca aprobarlo los hombres prudentes?

Epodo. Pláceme la paz; pero te digo, ¡oh necio rey!, que si vienes a

buscarnos no quedará impune tu osadía. Tú solo no estás armado de lanza y de clípeo cubierto de bronce. Sin embargo, no me agrada la guerra. No molestes a mi ciudad, floreciente con los dones de las Gracias, sino modérate, como debes.

YOLAO

¡Oh hijos!, ¿por qué venís, mostrando tanta ansiedad en vuestros ojos? ¿Me anunciaréis algo nuevo de los enemigos? ¿Se pondrán en marcha? ¿Están aquí ya? ¿Qué sabéis? No serán vanas las amenazas del heraldo; su general, favorecido antes de la fortuna, vendrá, lo sé bien, y no con pocas pretensiones, a hacer a Atenas la guerra. Pero Zeus castiga a los soberbios.

DEMOFONTE

Han llegado el ejército argivo y su rey Euristeo; yo los he visto. Conviene que el buen general, si sabe su deber, no observe a sus enemigos con ojos ajenos. Aún no acampan sus tropas en estas llanuras, sino en la pendiente de un collado, y espía (según presumo) la ocasión oportuna para traer aquí su ejército y situarse en lugar seguro. Por mí parte, bien prevenido me halla: armados estamos, prontas las víctimas que se han de inmolar a los dioses, y ya los adivinos purifican la ciudad para ahuyentar a los enemigos y salvarla. Y aun cuando sean diversos los oráculos, todos claramente convienen en mandarme sacrificar a Perséfone, hija de Deméter, una virgen de noble estirpe. Decidido, como ves, estoy a defenderte; pero ni mataré a mi hija, ni obligaré a ningún ciudadano a hacerlo contra su voluntad: ¿quién, en efecto, pierde la razón hasta el punto de entregar a la muerte a los hijos, que tanto se aman? Y ahora podrías observar agitadas asambleas, sosteniendo unos que es justo socorrer a los extranjeros, y otros que me acusan de imprudente; si realizo,

pues, lo que deseo, sobrevendrá una guerra civil. Considera todo esto, y pensemos ambos en los medios de salvarte, así como a esta región, sin exponerme a las reconvenciones de los ciudadanos. No soy tirano, como sucede entre los bárbaros; si es justo lo que hago, justos serán conmigo.

EL CORO

¿Se oponen acaso los dioses a que esta ciudad, a pesar de sus deseos, socorra pronto a los extranjeros?

YOLAO

¡Oh hijos!, parecemos navegantes que habiendo escapado de tempestad violenta, tocan la tierra con sus manos, y los vientos y la mar los rechazan. Tal es nuestra triste suerte después que, ya en salvo, pisamos la ribera. ¡Ay de mí! ¿A qué me lisonjeaste, ¡oh mísera esperanza!, si no habías de ser nunca realidad? Perdón merece Demofonte si no quiere sacrificar a las hijas de los ciudadanos; alabo su bondad y la de sus conciudadanos; y si mi desgracia es obra de los dioses, no por eso será menor mi agradecimiento. ¡Oh hijos, no sé qué hacer por vosotros! ¿Adónde nos dirigiremos? ¿Qué dioses no hemos coronado? ¿A qué ciudad bien guardada no recurrimos? Moriremos, ¡oh hijos!; nos entregarán sin duda. Poco me cuido de mi suerte, si debo morir, a no ser por el gozo que sentirán mis enemigos; pero deploro la vuestra y os compadezco, ¡oh hijos!, y a la vieja Alcmena, madre de vuestro padre. ¡Oh infortunada por tu larga vida, e infortunado yo también, que tanto he sufrido inútilmente! Oblíganos, sí, oblíganos el destino a caer en manos de nuestro enemigo, y a morir miserable y torpemente. ¿Pero sabes tú un remedio a nuestros males, ya que todavía no he perdido por completo la esperanza de salvarlos? Entrégame a los argivos; por ellos, ¡oh rey!, no te expongas al peligro, y que mis hijos se libren de la

muerte; yo no debo amar la vida; piérdola, pues. Mucho anhela Euristeo, hombre sin entrañas, apoderarse de mí e injuriarme, por haber sido compañero de Heracles. El sabio prefiere enemistarse con el sabio, no con el necio, porque hasta el más despreciable encuentra en aquel protección.[15]

EL CORO

¡Oh anciano!, no acuses a esta ciudad, que si pudiera sernos útil vender a los que imploran nuestra ayuda, nos cubriría de infamia.

DEMOFONTE

Generoso es lo que has dicho, pero imposible. Ese rey no ha traído aquí su ejército para cautivarte. ¿Qué ganaría Euristeo dando muerte a un anciano? Solo quiere matar a los heráclidas. Tremenda amenaza es para los enemigos la existencia de hijos esforzados y nobles que no olvidan las injurias de su padre, y así lo habrá pensado Euristeo. Quizás se te ocurra algún otro remedio, porque no sé qué hacer, conociendo ya los oráculos, y me embarga el miedo. (*Vase*).

MACARIA[16]

Extranjeros, no atribuid a audacia mi venida; es mi primer ruego, pues la mayor gloria de una mujer es el silencio y la modestia y vivir tranquila en su casa. Pero he salido al oír tus lamentos, ¡oh Yolao!, aunque mi linaje no me impusiese ese deber. Sin embargo, en cierto modo soy a propósito para cumplirlo, porque he puesto todo mi cariño en mis hermanos, y quiero saber también por mí misma si te atormenta algún nuevo mal, además de los antiguos.

YOLAO

¡Oh hija!, con mayor razón debo alabarte que a los demás hijos de Heracles. Cuando creíamos que la suerte favorecía a nuestra familia, le

amenaza de nuevo peligro inevitable. Según afirma Demofonte, los adivinos han dicho que no se ha de sacrificar toro ni novillo, sino una virgen hija de noble padre, si todos hemos de salvarnos. Tal es nuestra angustia, resistiéndose él a matar a sus hijas o a las de los demás ciudadanos. Y aunque no me lo haya dicho claramente, me ha dado a entender que si no encontramos algún medio de evitar esas desdichas, nos encaminemos a otro territorio, que él no quiere comprometer la paz de Atenas.

MACARIA

¿Nada debemos temer si se cumple esa condición?

YOLAO

Basta esa sola, la única que se opone a nuestra dicha.

MACARIA

Que no te espante ya el enemigo ejército de los argivos; dispuesta estoy, ¡oh anciano!, antes que me lo manden, a morir y entregar mi cuello al dios. ¿Qué diremos si la ciudad quiere exponerse por nosotros a grandes peligros y nos infunde pavor la muerte, nuestro solo recurso? ¿Qué, cuando somos causa de ajenos trabajos? No, sin duda; que sería ridículo estar aquí gimiendo y suplicando, cuando nos engendró tal padre, y aparecer como cobardes. ¿Quién lo creería decoroso? Más vale, pues, hacerlo que exponer a esta ciudad (¡ojalá que nunca suceda!) a caer en manos de sus enemigos, y perecer yo misma al fin, después de sufrir ultrajes indignos de la hija de tan noble padre. ¿Me desterrarán y andaré errante? Que el rubor nunca tiña mis mejillas, si ha de decir alguno: «¿A qué vinisteis con ramos de suplicantes si tanta afición mostráis a la vida? Alejaos, que no auxiliaremos a pusilánimes». Y ni aunque mis hermanos muriesen y yo no, espero ser feliz, aunque muchos, con esa esperanza, vendieron a sus amigos. ¿Quién

querría casarse con una doncella abandonada y tener hijos de ella? Mejor es perecer que exponerme a tan indignos peligros. A algún otro que no fuese noble, como yo, convendría esto acaso. Llevadme, pues, adonde han de inmolarme, y coronadme, y comenzad los auspicios si os parece, pero venced a los enemigos; pronta está mi existencia, de buen grado, no forzada; protesto que muero por mis hermanos y por mí. Tal es el honroso medio que he encontrado, yo que no amo la vida, para dejarla con gloria.

EL CORO

¡Hola, hola! ¿Qué diré al oír las palabras de esta doncella valerosa, que quiere sacrificarse por sus hermanos? ¿Quién hablará más noblemente? ¿Qué hombre haría otro tanto?

YOLAO

¡Oh hija!, tus divinos pensamientos demuestran bien a las claras que eres hija de Heracles, no de otro alguno. No me hacen sonrojar tus palabras, aunque me aflija la desgracia; pero te diré cómo, en justicia, puede hacerse esto: convoca aquí a todas tus hermanas, y que muera por ellos la que designe la suerte, que no es razonable que tú sola seas la víctima, sin correr las demás ese riesgo.

MACARIA

Nunca moriré por obra de la casualidad, pues no habría que agradecerlo; no te cuides de ello, ¡oh anciano! Pero si aceptas mi ofrecimiento y pronto queréis utilizarlo, de buen grado doy por ellos mi vida, lo cual no haría obligada.

YOLAO

¡Ah dioses! Más generosas que antes son tus palabras de ahora, y eran, no obstante, las mejores; pero superas en fortaleza a lo más fuerte y eres

más buena que la bondad misma. No te mando, ni prohíbo tampoco, ¡oh hija!, que te sacrifiques, pues así salvas a tus hermanos.

MACARIA

Prudente es tu resolución; no temas contaminarte llevándome al sacrificio, que moriré por mi voluntad. Pero sígueme, que deseo morir en tus manos y que cubras con tus vestidos mi cuerpo, que yo arrostraré el horror de esta fúnebre ceremonia, ya que he nacido de un padre que es todo mi orgullo.

YOLAO

Yo no podré presenciar tu muerte.

MACARIA

Ruega a estos, al menos, que no lance mi último suspiro en manos de hombres, sino de mujeres.

EL CORO

Se cumplirá tu deseo, ¡oh virgen desdichada!, porque sería vergonzoso para mí no cuidar de tu decoro corporal por muchas razones, por la grandeza de tu ánimo y por ser contigo justo; que mis ojos te han admirado y eres valerosa como ninguna. Pero si quieres despedirte de tus hermanos y de este anciano, apresúrate a darles el último adiós.

MACARIA

Adiós, adiós, ¡oh anciano!; enseña a estos niños a ser tan sabios como tú; nada más tengo que decirte de ellos. Mira por su vida y no apetezcas la muerte; hijos tuyos somos, a tus manos nos hemos criado. Ya ves cómo en edad núbil muero por salvarlos. Vosotros, mis hermanos, sed felices y que os favorezca la suerte dándoos todo aquello que me mueve a perder la existencia. Y honrad a este anciano y a Alcmena, madre de mi padre, que se

halla en el palacio, y a los que nos ofrecen asilo hospitalario. Y si os conceden los dioses que os veáis libres de tantos males, y que volváis a vuestra patria, recordad que debéis sepultar a vuestra salvadora, sin duda con magnificencia, porque no os ha faltado, sino al contrario, ha muerto por vuestro linaje. Vosotros, en vez de hijos, seréis mis más gloriosos monumentos; vosotros la palma de mi virginidad, si algo se siente bajo la tierra, y ¡ojalá que así no sea! Si allí hemos de sufrir también trabajos, no sé adónde dirigirme, que la muerte se mira como el mayor remedio de todos nuestros males.

YOLAO

Sabe, ¡oh tú la más animosa y magnánima de todas las mujeres!, que serás muy honrada por nosotros mientras vivas y después de muerta. Y, adiós, temo que mis palabras ofendan a la diosa, hija de Deméter, a quien se ha consagrado tu cuerpo. ¡Oh hijos!, llegó nuestra última hora; el dolor hiela nuestra sangre; venid a mi lado y dejadme en un asiento cubriéndome con este vestido, ¡oh hijos!, porque este sacrificio no me agrada, y sin embargo, no podremos vivir si no se cumple el oráculo, y aun nos expondríamos a mayor peligro, lo cual en esta situación sería una verdadera calamidad.

EL CORO

Estrofa. — Yo digo que ningún hombre es feliz ni desdichado sino por obra de los dioses, y que no hay familia siempre dichosa; uno a otro se suceden los golpes del destino, que humilla al afortunado y eleva al hombre oscuro. Inevitables son sus decretos; la sabiduría no puede resistirlos, y vano es el trabajo de quien lo intente, que su desastre no es menos seguro.

Antístrofa. — Pero no te postres en tierra para sufrir el rigor del hado,

ni atormentes tu alma con el más acerbo dolor; gloriosa es la muerte de esta desventurada por sus hermanos y por Atenas, y su fama brillará siempre entre los hombres. El sendero de la virtud es el de los trabajos. Digno es el hijo de su padre, digno también de su noble linaje.

UN CRIADO

¡Oh hijos, yo os saludo! ¿En dónde están Yolao y la madre de vuestro padre?

YOLAO

Mírame cómo debo estar ahora.

EL CRIADO

¿Por qué yaces en tierra y está triste tu semblante?

YOLAO

Atormentábame cierto disgusto doméstico que acabo de experimentar.

EL CRIADO

Levántate; endereza la cabeza.

YOLAO

Viejo soy y no tengo fuerza alguna.

EL CRIADO

Vengo, sin embargo, a comunicarte gratísima nueva.

YOLAO

Pero ¿quién eres? ¿En dónde te he visto? No lo recuerdo ahora.

EL CRIADO

Soy un servidor de Hilo; ¿no me has conocido?

YOLAO

¡Oh tú el más amado! ¿Vienes, pues, a aliviar nuestras penas?

EL CRIADO

Sí; y desde este instante puedes disfrutar de tales bienes.

YOLAO

¡Oh madre de esforzado hijo!, ¡oh Alcmena!, sal y oye tan dulcísimo mensaje, que, angustiada hace tiempo por las desdichas de los que aquí vinieron, te consumías esperando a tus demás hijos.

ALCMENA

¿Qué significan tan desusados clamores en este recinto? ¡Oh Yolao! ¿Ha vuelto otro heraldo de Argos? Débiles, en verdad, son mis fuerzas, pero ten entendido, ¡oh extranjero!, que nunca mientras yo viva podrás llevarte a mis hijos, si me han de llamar madre de Heracles; si a tanto te atreves, no lucharás con gloria con dos ancianos.

YOLAO

Alégrate, anciana, no temas; no viene ningún heraldo de Argos a traer nuevas hostiles.

ALCMENA

¿Por qué levantaste la voz como si tuvieras miedo?

YOLAO

Para llamarte; para que te acerques a mí y a este templo.

ALCMENA

Nada sabía. ¿Quién es este?

YOLAO

Anuncia la llegada del hijo de tu hijo.

ALCMENA

¡Salve, pues, por este mensaje! Pero si al fin vino, ¿en dónde está? ¿Qué causa le impide acompañarte y llenarme de ventura?

EL CRIADO

Dispone y ordena el ejército que manda.

ALCMENA

Sabido esto, ya nada me interesa.

YOLAO

Sí; pero yo debo informarme de todo.

EL CRIADO

¿Qué deseas saber?

YOLAO

¿Cuántos son sus auxiliares?

EL CRIADO

Muchos; no puedo decir su número.

YOLAO

¿Lo sabrán, sin duda, los generales atenienses?

EL CRIADO

Lo saben; ya ocupan su puesto en el ala izquierda.

YOLAO

¿Está el ejército preparado a la pelea?

EL CRIADO

Lejos de las filas se han llevado a las víctimas.

YOLAO

¿A qué distancia se hallan los argivos?

EL CRIADO

Se distingue claramente a su general.

YOLAO

¿Y qué hace? ¿Ordena, acaso, las tropas enemigas?

EL CRIADO

Así lo presenciamos, aunque no lo hayamos oído. Pero iré allá; líbrenme los dioses, en cuanto pueda, de que mis señores den la batalla en mi ausencia.

YOLAO

También yo iré contigo; los dos pensamos, sin duda, ayudar a nuestros amigos.

EL CRIADO

No debías decir tal necedad.

YOLAO

¿Por qué no he de tomar parte con mis amigos en lo más recio de la pelea?

EL CRIADO

La vista sola no hiere, si la mano está quieta.

YOLAO

¿Cómo, pues? ¿No heriré yo también si asisto a la batalla?

EL CRIADO

No digo que no, pero podrías caer antes.

YOLAO

No habrá enemigo que me resista.

EL CRIADO

No tienes ya la fuerza de otros tiempos.

YOLAO

Pelearé, no obstante, con igual número que en otras épocas.

EL CRIADO

De poco servirás a tus compañeros.

YOLAO

No me detengas cuando estoy dispuesto a hacer algo por ellos.

EL CRIADO

Acaso, aunque quieras, será inútil tu ayuda.

YOLAO

Puedes decir cuanto te plazca, pero no me harás desistir de mi propósito.

EL CRIADO

¿Cómo te has de oponer, inerme, a hombres armados?

YOLAO

En este palacio hay armas, botín de guerra, que manejaremos y las volveremos a traer si sobrevivimos; que si muero, los dioses no las reclamarán. Pero entra, y descolgándolas de los clavos que las sustentan, vísteme cuanto antes los militares arreos; vergonzosa es nuestra tardanza mientras pelean unos y otros se esconden de miedo.

EL CORO

El tiempo no quebranta tu ánimo, tan esforzado como antes; pero nada vale tu cuerpo. ¿Por qué intentas valiente lo que ha de perjudicarte y aprovechar poco a Atenas? Debes reconocer tu debilidad, hija de tus años, y no acometer imposibles. Aunque lo desees ardientemente, no podrás ser dos veces joven.

ALCMENA

¿Cómo, pues, insensato, quieres dejarme aquí abandonada con estos niños?

YOLAO

La pelea es para los hombres; a ti te toca cuidar de ellos.

ALCMENA

Pero si mueres, ¿cómo me salvaré?

YOLAO

Los hijos de tu hijo que sobrevivan velarán por ti.

ALCMENA

¿Y si (¡lo que no suceda!) son víctimas de nuevas desdichas?

YOLAO

Estos extranjeros nunca faltarán; nada temas.

ALCMENA

Solo en ellos confío; no en otro alguno.

YOLAO

Y Zeus, estoy seguro de ello, se conduele también de sus trabajos.

ALCMENA

¡Bah! Nada que le desagrade oirá de mí; pero bien sabe si es justo o no conmigo.

EL CRIADO

Ya tienes aquí las armas necesarias para que te las pongas cuanto antes; se acerca el momento de dar la batalla, y Ares odia a los tardos; pero si temes su peso, déjalas ahora y en las filas podrás armarte. Yo las llevaré.

YOLAO

Bien has dicho; encárgate, pues, de su custodia hasta que yo te las pida; dame la lanza y sostén mi brazo izquierdo para dirigir mis pasos.

EL CRIADO

¿Cuándo se ha visto a un soldado a quien guían como a un niño?

YOLAO

Marchemos sin tropezar, que es señal de buen agüero.

EL CRIADO

¡Ojalá que tu vigor igualase a tu buen deseo!

YOLAO

Date prisa; sentiré mucho no asistir a la batalla.

EL CRIADO

Vacilas tú, sin duda, y no yo, aunque creas lo contrario.

YOLAO

¿Pero no ves con qué vigor ando?

EL CRIADO

Veo que tu imaginación va mucho más allá de la realidad.

YOLAO

No dirás eso cuando lleguemos.

EL CRIADO

¿Qué has de hacer? Quisiera, sin duda, que salieras con felicidad de este trance.

YOLAO

Hiriendo a algún enemigo en la lucha.

EL CRIADO

Si llegamos allí alguna vez, temo que no.

YOLAO

¡Ay de mí! ¡Ojalá, ¡oh brazo mío!, que seas tan buen compañero como allá en mi pubertad, cuando domaste a Troya con Heracles! ¡Ojalá que ponga en fuga a Euristeo!: es cobarde, y no resistirá al empuje de la lanza. No es cierta la fama de esforzados que tienen los poderosos, creyéndose falsamente que el hombre feliz lo sabe todo bien.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh Tierra, y Luna, que luces toda la noche, y espléndida

cabellera del dios, que alumbras a los mortales!; sed hoy mis mensajeros, y llevad al cielo mi voz, y al regio solio, y a Atenea de ojos azules. Por mi patria, por mi hogar, por haber protegido a suplicantes, canto el peligro que conjuraré con mi espada.

Antístrofa 1.ª — Formidable es una ciudad como la de Micenas, afortunada y célebre por sus bélicas hazañas, que arde en ira contra mi patria; pero sería vergonzoso, ¡oh Atenas!, que entregásemos, obedientes a los argivos, a los que suplicantes nos piden hospitalidad. Zeus es mi aliado en esta guerra, y nada temo. Zeus, con justicia, aprecia la rectitud de nuestras intenciones. Nunca mis dioses más reverenciados serán inferiores a los mortales.

Estrofa 2.ª — Tuyo es este suelo, ¡oh virgen veneranda!, tuyo es, y esta ciudad, de quien eres madre, y dueña y protectora; aleja de ella al que trajo aquí de Argos ejército enemigo, y no castigues mi piedad consintiendo en que me expulse del hogar en que nací.

Antístrofa 2.ª — Numerosos sacrificios se hacen aquí en tu honra, y nunca nos olvidamos del día que cierra el mes, y con vasos sagrados y coros de jóvenes celebramos tus fiestas, y en la colina que azota el viento[17] resuenan nuestros vítores al compás nocturno de los pies de las vírgenes.

EL CRIADO

¡Oh señora!, tráigote una nueva que oirás en un instante, la más grata para mí: vencimos a los enemigos, y ya se erigen trofeos de todas las armas que han caído en nuestro poder.

ALCMENA

¡Oh tú el más querido!; por la nueva que me traes, recobrarás tu libertad. Pero aún no has disipado mi inquietud, pues no sé si viven

aquellos cuya vida me es cara.

EL CRIADO

Viven, y han ganado en el ejército gloria incomparable.

ALCMENA

Y el anciano Yolao, ¿ha sobrevivido?

EL CRIADO

Sí, y con ayuda de los dioses ha hecho brillantes hazañas.

ALCMENA

¿Cómo, pues? ¿Se ha distinguido en la batalla?

EL CRIADO

Joven se ha vuelto, siendo viejo.

ALCMENA

Me sorprenden tus palabras: pero deseo que me describas primero la acción en que vencieron nuestros amigos.

EL CRIADO

De una vez te lo referiré todo. Después que ordenamos nuestras huestes enfrente de los enemigos, Hilo bajó de su carro de cuatro caballos, y colocándose a igual distancia de ambos ejércitos, ya preparados a la pelea, habló así: «¡Oh capitán que has venido de Argos!, ¿por qué hemos de causar daño en esta región? Ni aun perjudicarás en nada a Micenas si la privas de un solo hombre. Yo te desafío a singular combate: si me matas, te llevas a los hijos de Heracles, y si tú mueres, me devolverás mi palacio y disfrutaré de los honores debidos a mi padre». El ejército aprobó su resolución, ya por la grandeza de ánimo que revelaba, ya mirándola como el fin de tantos males. Pero Euristeo ni mostró su deferencia a tan justo y universal deseo, ni, siendo general, se atrevió por cobardía a combatir con

la lanza, y se condujo indignamente. Y, sin embargo, vino a reducir a esclavitud a los hijos de Heracles. Hilo, en virtud de su negativa, volvió a incorporarse a las filas. Los adivinos, sabedores de que no se obtendría la paz en singular combate, se apresuraron a sacrificar a Macaria y derramaron sangre salutífera de humana garganta. Unos subían en los carros, otros resguardaban sus cuerpos con los clípeos, y el rey de los atenienses, varón esforzado, animaba así a su ejército: «¡Oh ciudadanos!: necesario es que todos, según vuestras fuerzas, ayudéis a la patria que os engendró y alimentó». El otro, por su parte, rogaba a sus aliados que no deshonrasen a Argos y a Micenas. Cuando la trompeta tirrénica dio claramente la señal y trabaron la batalla, ¡cuánto choque de escudos, cuántas voces, cuántos gemidos! En la primera acometida, el ejército argivo nos puso en desorden, pero después retrocedió. Pie con pie luego, y cuerpo a cuerpo, resistían con denuedo, y caían muchos. Dos exhortaciones se oían a un tiempo: «Vosotros los que habitáis en Atenas; vosotros los que sembráis los campos de Argos, ¿no libraréis de oprobio a vuestra patria?». Con trabajo y esforzándonos cuanto nos era dable, derrotamos al ejército argivo. Entonces el viejo Yolao, viendo a Hilo que, ansioso de pelear, se salió de las filas, extendiendo su diestra le rogó que lo subiese en su carro, y tomando en su manos las riendas, lo dirigió contra los caballos de Euristeo. Lo que sucedió después lo sé por haberlo oído, no así lo demás, que yo mismo presencié. Al atravesar la aldea de Palene,[18] consagrada a la diosa Atenea, vio el carro de Euristeo, e hizo un voto a Hebe y a Zeus si le devolvían el vigor de sus juveniles años y lo vengaban de sus enemigos. Ahora sabrás el milagro: dos dioses se aparecieron en el yugo de los caballos y envolvieron su carro en oscura nube; los más sabios aseguran que eran tu hijo y Hebe.

En efecto; el ínclito Yolao recobró la fuerza de su brazo, alcanzando la cuadriga de Euristeo cerca de los peñascos escironios,[19] y, atado de manos y gozoso con tan rica presa, trajo al general enemigo, antes el hijo de la dicha. Tan feliz casualidad anuncia a los mortales que aprendan a no llamar afortunado al que por tal celebran antes de que muera, porque la fortuna cambia a cada instante.

EL CORO

¡Oh Zeus!, a quien debemos estos trofeos; ya puedo, libre de espantoso miedo, mirar el día.

ALCMENA

¡Oh Zeus!, aunque tarde, te apiadaste de mis males; agradezco tu beneficio. Ahora me convenzo de que mi hijo vive en el cielo, lo cual no creía antes. ¡Oh hijos!, al fin, ya libres de trabajos, no debéis temer a Euristeo, que recibirá muerte desastrosa, y veréis la ciudad de vuestro padre, y poseeréis su herencia, y sacrificaréis a los dioses patrios, ya que hasta ahora no habéis podido hacerlo viviendo errantes mísera vida. Pero decidme la oculta causa que ha movido a Yolao a perdonar la vida a Euristeo; en mi juicio, no es prudente cautivar a su enemigo y no castigarlo como merece.

EL CRIADO

Por honrarte y para que lo contemplasen tus ojos sujeto a tu poder, y pendiente de tu voluntad. Lo trajo a la fuerza, no de buen grado, pues no quería venir vivo a tu presencia y sufrir justo castigo. Alégrate, pues, ¡oh anciana!, y acuérdate de lo que dijiste antes: dame la libertad, porque en ocasiones como esta deben ser veraces los labios de los ingenuos.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Grata es para mí la danza cuando suena la flauta en el festín; grata es también Afrodita, y dulcísimo ver dichosos a nuestros amigos, humillados antes. Poderosa entre los hombres es la Parca, que decreta nuestra muerte, y el Tiempo, hijo de Cronos.

Antístrofa 1.ª — Con razón, ¡oh ciudad! (esto nunca debe aplazarse), adorarás a los dioses; insensato es el que se oponga a ello mediante tales pruebas, y cuando con gloria nuestra el dios nos exhorta a hacerlo, quebrantando para siempre la soberbia de los malvados.

Estrofa 2.ª — En el cielo vive tu hijo, ¡oh anciana! (nunca pienses que ha bajado a la morada de Hades, cuando llama ardiente consumió su cuerpo), y Hebe[20] es la amada compañera de su lecho en el palacio de oro. ¡Oh Himeneo!, tú has llenado de gloria a dos hijos de Zeus.

Antístrofa 2.ª — Igual es la suerte de muchos mortales; si dicen que Palas protegió a Heracles, su ciudad y su pueblo salvaron a sus hijos castigando la insolencia de un hombre que, dominado de furor violento, llegó a hollar la Justicia. Que nunca sean insaciables mi espíritu ni mi corazón.

EL MENSAJERO

¡Oh señora!, aunque ya lo veas, te diré, sin embargo, que te traemos a Euristeo cuando menos lo esperabas y él también. Jamás creyera caer en tus manos cuando salió de Micenas al frente de sufrido ejército, arrastrado por su orgullo, no por su sed de justicia, para derribar a Atenas; pero el cielo lo dispuso de otro modo, retirándole su protección. Hilo y el valiente Yolao han consagrado a Zeus vencedor triunfal estatua, y me ordenaron que te presentase el prisionero para complacerte. Dulcísimo es contemplar desdichado a un enemigo, antes feliz.

ALCMENA

¡Hombre odioso, ya estás aquí; al fin caíste en poder de la Justicia; vuelve primero hacia mí tu rostro, y ten valor bastante para mirar cara a cara a tus enemigos; en nuestros manos estás, no nosotros en las tuyas! ¿Eres, acaso, aquel (pues quiero saberlo) que osó, ¡oh malvado!, afrentar a mi hijo, esté en donde estuviere? ¿Qué tormento no le hiciste sufrir? ¿No lo mandaste en vida a los infiernos, y a matar hidras y leones? Omito por brevedad otros males que le causaste. Y no contento con esto nos rechazaste de toda la Grecia a mí y a mis hijos cuando éramos suplicantes, ancianos los unos, de tierna edad los otros. Pero tropezaste con una ciudad y con unos hombres libres, que no te temieron. Debes morir miserablemente y siempre ganarás, que no debías perecer una sola vez, siendo tantos tus crímenes.

EL MENSAJERO

Tú no puedes decretar su muerte.

ALCMENA

Inútil ha sido entonces qué lo cautivemos. ¿Qué ley prohíbe inmolarlo?

EL MENSAJERO

La voluntad de los principales de este país.

ALCMENA

¿Por qué, pues? ¿Reputan acaso torpe matar a los enemigos?

EL MENSAJERO

Así lo creen, tratándose de un prisionero de guerra.

ALCMENA

¿Hilo lo consiente?

EL MENSAJERO

Debe respetar las costumbres de esta ciudad.

ALCMENA

Lo cierto es que no debía vivir ni ver más la luz.

EL MENSAJERO

En un principio no se le hizo justicia, conservándole la vida.

ALCMENA

Luego conviene imponerle la pena que merece.

EL MENSAJERO

No hay quien lo mate.

ALCMENA

Yo misma; por lo menos me cuento en el número de los vivos.

EL MENSAJERO

Te expondrías a oír duras reconvenciones si lo hicieras..

ALCMENA

Amo a esta ciudad, y en ninguna otra cosa me opondré a sus decretos; pero no hay mortal que lo arranque de mi poder, ya que en él ha caído. Diga, pues, quienquiera que soy audaz y orgullosa más de lo justo; a pesar de todo lo haré.

EL CORO

Confieso, en verdad, que es grande y disculpable, ¡oh mujer!, el odio que profesas a este hombre.

EURISTEO

Te advierto, Alcmena, que no he de adularte, ni por salvar mi vida incurrir en la nota de cobardía. No por mi voluntad me empeñé en esta contienda (yo sabía que Demofonte era sobrino tuyo y pariente de tu hijo);

pero quisiera o no, Hera, que es diosa, me inspiró ese odio tenaz contra Heracles; cuando rompí con él y conocí la lucha que me amenazaba, maquiné muchos males en su daño, siempre fraguándolos en el silencio de la noche, para que, vencidos y muertos mis enemigos, pudiese vivir tranquilo en adelante, aun sabiendo que tu hijo no era un hombre vulgar, sino un varón esforzado. Aunque haya sido mi enemigo, nunca ofenderán mis labios a un héroe tan verdadero. Muerto él, ¿debía yo, detestado de estos herederos de su odio, descansar un momento hasta desterrarlos y matarlos, acumulando sobre ellos todo linaje de males? Solo así podía salvarme. Tú misma, si te pones en mi lugar, ¿no serías el perpetuo azote de los hijuelos de ese león odioso? ¿Los dejarías vivir tranquilos en Argos? Nadie lo creerá. Ahora, pues (ya que no me mataron antes cuando estaba dispuesto a morir, como acostumbran los griegos), si me sacrifican no será piadoso mi verdugo, y los ciudadanos, obrando con prudencia, me han concedido la libertad, más atentos a honrar a los dioses que a dejarse llevar de su odio. Ya has oído mi réplica, por la cual comprenderás que debes mirarme como a valeroso suplicante. Tal es la disposición de mi ánimo, que si no deseo la muerte, tampoco sentiré perder la vida.

EL CORO

De buen grado te aconsejaría, ¡oh Alcmena!, que dieses libertad a este hombre, mostrando tu deferencia a los ciudadanos.

ALCMENA

¿Y si hay medio de que muera y al mismo tiempo de complacerlos?

EL CORO

Sería lo mejor; pero ¿cómo puede ser eso?

ALCMENA

Fácilmente te convenceré: después que yo lo mate entregaré el cadáver a sus amigos, que han de reclamarlo; de esta manera, por lo que hace a su cuerpo exánime, respetaré las costumbres de este país, y dándole muerte me pagará lo que me debe.

EURISTEO

Mátame, que no te rogaré lo contrario; pero ya que los ciudadanos me han restituido la libertad, y llenos de respeto no han querido inmolarme, les descubriré un oráculo antiguo de Apolo, que acaso más adelante pueda aprovecharles. Me sepultaréis, cuando muera, en el lugar señalado por el destino, delante del templo de la divina virgen paléníde.[21] Y a los atenienses seré siempre propicio, y en mi sepulcro bajo tierra les serviré, y perseguiré cruelmente a los descendientes de los heráclidas cuando vinieren aquí con numeroso ejército, sin acordarse de este beneficio. ¡Tales son los extranjeros a quienes protegéis! ¿Cómo, pues, sabiendo lo que había de suceder, he venido aquí sin respetar el oráculo? Pensaba que Hera sería superior a él y no me vendería. Pero no consientas que me hagan libaciones, ni que en mi túmulo se derrame sangre; yo haré que quien me desobedezca sea desdichado a su vuelta en castigo de su inhumanidad, y conmigo ganaréis en dos sentidos cuando muera; a saber: protegiéndoos y haciendo daño a estos.

ALCMENA

¿Por qué, pues, vaciláis si sabéis de sus labios que matándolo decreta el destino que salve a vuestra ciudad y a vuestros descendientes? Segurísima es la senda que os traza; ahora vuestro enemigo será, al morir, vuestro amigo. Lleváoslo, pues, servidores, y cuando expire echadlo a los perros. No volverás ya en vida a desterrarme de mi patria.

EL CORO

Paréceme bien. Andad, servidores; absteniéndonos nosotros, nuestros reyes estarán libres de esa mancha.[22]

* * *

Notas

1. Yolao, sobrino de Heracles, hijo de Ificles, hermano uterino de Heracles; fue rejuvenecido por Zeus después de la muerte de su tío, y defendió a los heráclidas, o descendientes del héroe, contra Euristeo.

2. Maratón, aldea del Ática, a 31 kilómetros al NE de Atenas. Milcíades, en la primera guerra médica, venció allí a los persas en el año 490 antes de Jesucristo. El toro de Maratón, que hacía grandes estragos en el país, murió a manos de Teseo.

3. Unos y otros descendían de Pélope, tronco común.

4. Alcmena, hija de Electrión, prócer argivo, y mujer de Anfitrión, rey de Tirinto. Zeus la engañó y sedujo apareciéndosele con los rasgos de su esposo, engendrando en ella a Heracles.

5. Hilo, hijo de Heracles y de Deyanira, estuvo al frente de los heráclidas, siendo expulsado del Peloponeso por Euristeo, y refugiándose en Atenas. Después venció y mató a Euristeo, pero no pudo penetrar en sus estados, pereciendo en un combate singular con un rey de los tegeatas.

6. Euristeo era rey de Micenas, superior a Heracles porque era su primogénito en una hora, y fue el que le impuso la ejecución de sus doce trabajos.

7. Protector de la ἀγορά o plaza pública.

8. Tetrápolis, nombre dado por los antiguos a ciertas regiones en donde existían cuatro ciudades notables. Las hubo en Siria, en la Lócride doria, en África y en otras partes. Esta ática, según dice Pausanias, fue fundada por Juto, que se casó con una hija de Erecteo, rey de Atenas, y comprendía a Énoe, Maratón, Probalinto y Tricorinto.

9. Tirinto era una ciudad de la Argólida, a poca distancia del golfo, al NE de Nauplia,

fundada por Tirinto, hijo de Argos. Anfitrión reinaba en ella, y su hijo Heracles residió allí.

10. Porque elegían al partido popular.

11. El tahalí de Hipólita, reina de las amazonas, que murió a manos de Heracles, que dio Antíope, hija de Hipólita, a Teseo.

12. Cuando entró con Pirítoo en los infiernos para robar a Perséfone.

13. Alcátoo o Mégara, porque reinó en ella Alcátoo, hijo de Pélope. Estaba situada entre Atenas y Corinto, a alguna distancia del golfo de este nombre; Mégara era doria, y sus habitantes y los atenienses se odiaban cordialmente.

14. El coro se dirige contra el heraldo, que está presente.

15. Porque el arreglo o la reconciliación son más fáciles con el sabio que con el ignorante.

16. Ni este nombre de Macaria ni el de Copreo, del heraldo, existen en la tragedia, y han sido obra de los gramáticos, para la mejor inteligencia de ella. Los hemos copiado porque aclaran sin perjudicar. Macaria era hija de Heracles y de Deyanira.

17. La Acrópolis.

18. Palene, aldea del Ática, de la tribu Antióquide, situada entre Atenas y Maratón.

19. Estos peñascos yacían entre Mégara y Corinto.

20. Hebe era hija de Zeus y de Hera, y copera de los dioses. Cayose una vez desempeñando esta obligación, y fue tanta su vergüenza que no quiso servir de hazmerreír a la celestial asamblea. Zeus robó entonces a Ganimedes, que sustituyó a Hebe; Hebe significa la juventud.

21. El traductor francés M. Artaud cita, para ilustrar el texto en este lugar, lo que dice Estrabón acerca del sepulcro de Euristeo: «Euristeo, habiendo atacado en Maratón a los hijos de Heracles y a Yolao, auxiliados por los atenienses, pereció en el combate, según cuentan. Su cuerpo fue sepultado en Gargeto, y su cabeza, aparte, en la aldea de Tricorinto, no lejos del camino real. Este paraje se llama la Cabeza de Euristeo». Palénide, de Palene, aldea ática.

22. La conclusión de esta tragedia, leída por ver primera por quien ignore las dudas y opiniones sostenidas por críticos y eruditos, no sorprende ni causa extrañeza alguna, y ni hay necesidad de atribuir al poeta descuidos y omisiones inadmisibles, ni ver

contradicciones chocantes o inexplicables en la conducta de los personajes y en el giro de la acción.

Reso

* * *

ARGUMENTO

La fábula o acción de esta tragedia está tomada del canto o libro X de *La Ilíada*, y expone dramáticamente las dos muertes de Dolón y de Reso, troyano el primero, que se propone robar el carro y los caballos de Aquiles, y rey tracio el segundo, que llega en la misma noche al campamento de Héctor. Los dos mueren a manos de Odiseo y de Diomedes, que habían penetrado a favor de las tinieblas en el campamento troyano, y el último principalmente por consejo y a instigación de Atenea, que se aparece a los dos griegos y los salva. Reso, hijo de una de las Musas y del río Estrimón, es la verdadera víctima trágica del destino, porque sabiendo su madre la suerte que le esperaba en Troya, y habiendo intentado vanamente disuadirlo de su propósito, no lo consigue, y parece como que estaba decretada su muerte. Rey Reso, y rey poderoso, y además de origen divino por sus padres, el poder fatal del destino, que se burla del orgullo humano y lo humilla o anonada, muéstrase aquí conforme con la índole

característica de este linaje de obras dramáticas.

La trama o el tejido de la acción es sencillo y sobrio, sin notables ni numerosas peripecias, ni sobresale tampoco por sus pasajes patéticos, en que más descuella Eurípides, si se exceptúa la intervención final de la Musa, madre de Reso, ante el cadáver de su hijo, bien trazada y expuesta, digna de su autor, y calculada hábilmente para dejar en los espectadores la impresión dolorosa propia de tales composiciones poéticas. Sin embargo, ninguno de los dos personajes más conspicuos del drama, ni Héctor ni Reso, logran inspirarnos interés ni simpatía, ni se ajustan tampoco a la idea que teníamos de ellos, y en particular el primero, que en nada se asemeja al Héctor del poema inmortal de Homero. El ingenio y el arte incomparables de este poeta brillan sin rival en la creación y diversidad infinita de sus héroes, ninguno de ellos abstracción sensible, seca, vaga ni confusa, sino individuos reales, distintos unos de otros, y de personalidad tan característica, casi tan palpable, que se nos figura conocerlos todos como si los hubiéramos visto y tratado. El Héctor de *La Ilíada*, valeroso, modesto y bueno, nos es más simpático que el mismo Aquiles, y en esta tragedia, ambos monarcas, orgullosos, fanfarrones e hinchados con su poder y con su grandeza, más mueven en nosotros la antipatía que la admiración o la benevolencia. Como carácter dramático, parécenos mejor el del cochero de Reso, muy natural y muy propio de su situación y de su clase.

Mucho se ha discutido también, e inútilmente, a nuestro juicio, acerca de la autenticidad de esta tragedia de Eurípides, negándole algunos críticos y eruditos sus títulos legítimos de paternidad por su demérito, comparada con otras composiciones del mismo autor.

Desde luego se comprende que su inferioridad respectiva no es ni

puede ser por sí sola argumento suficiente para demostrar tal aserto, porque la juventud y la consiguiente inexperiencia de literatos, de poetas y de artistas puede influir sobremanera en el valor de sus obras, como influye también evidentemente en las de su vejez, y como lo confirman numerosos ejemplos. Aun en igual edad de la vida coexisten muchas causas que alteran y pueden alterar notablemente las facultades del hombre en general y diferenciar sensiblemente sus creaciones, en más o en menos, sin dejar por eso de ser suyas. Y las hay, en efecto, tan desemejantes que algunas, a no constar fijamente que lo son, serían unánimamente rechazadas si no lo asegurasen pruebas fidedignas.

Pero cuando la duda o la disputa versa sobre obras muy antiguas, como esta, no hay otro recurso que atenerse a la opinión de su autenticidad, afirmada constantemente por testimonios autorizados desde los coetáneos, o más próximos, hasta nuestros días. En *Las Didascalias*, o escritos diversos griegos conservados y relativos al arte escénico, y empezando por Aristóteles, de peso enorme en esta cuestión en todos conceptos, siempre se ha atribuido este drama a Eurípides sin contradicción ninguna seria y atendible, puesto que no merece ese dictado la de ningún escoliasta, sea el que fuere. Propio y característico de Eurípides es la intervención de los dioses en la acción en ocasión apurada, y en forma poco respetuosa y reverente, como la de Atenea; sus alardes democráticos contra los monarcas; sus lisonjas a los atenienses, como las de la Musa, madre de Reso, en su plegaria; el conjunto y el corte, por decirlo así, de la ostentación de sus conocimientos astronómicos; el diálogo irónico y eminentemente dramático de Palas y de Paris, y hasta el pensamiento y las palabras de la Musa al hablar de los padres que no tienen hijos iguales a los

de Andrómaca. Y si carece, por último, de prólogo, siéndonos desconocida la causa de su existencia y de la fecha del primero que escribiera, no hay fundamento bastante para conceder a tan liviano razonamiento exagerada importancia.

El año de la representación de esta obra dramática es desconocido, y por tanto, solo puede sensatamente suponerse que hubo de ser en la primera juventud del poeta, puesto que si se supiera de cierto, dejaría de ser una presunción y se convertiría en rotundo aserto.

PERSONAJES

Coro de centinelas troyanos.

Héctor, *hijo de Príamo.*

Eneas, *hijo de Anquises y de Afrodita, yerno de Príamo.*

Dolón, *troyano.*

Un mensajero.

Reso, *hijo del Estrimón, río tracio, y de una Musa.*

Odiseo, *rey de Ítaca.*

Diomedes, *hijo de Tideo.*

Atenea.

Paris, *hijo de Príamo.*

El cochero de Reso.

Una Musa, *madre de Reso.*

La acción pasa en el campamento troyano, cerca de Troya.

* * *

Es de noche, y se ve en el teatro la tienda de Héctor.

EL CORO[1]

Que algún vigilante del rey que no duerma entre en la tienda de Héctor y le pregunte si quiere oír un mensaje de los soldados que velan por todo el ejército en la cuarta vigilia de la noche. Levanta la cabeza, apóyate en el codo, abre tus ojos feroces; abandona, ¡oh Héctor!, tu lecho de hojas extendido en el suelo, que es tiempo de oírme.

HÉCTOR

¿Quién es?; ¿por ventura una voz amiga? ¿Quién es este hombre? Di la seña; sepamos quiénes son los que en las tinieblas se acercan a nuestro lecho.

EL CORO

Los vigilantes del ejército.

HÉCTOR

¿Por qué mueves tal tumulto?

EL CORO

Ten confianza.

HÉCTOR

La tengo. ¿Se temen acaso asechanzas nocturnas?

EL CORO

Aún no.

HÉCTOR

¿Y por qué razón, abandonando tu puesto, turbas el ejército si no tienes que comunicarme nueva alguna? ¿Ignoras que nuestros soldados, inmediatos a los griegos, pasan la noche sobre las armas?

EL CORO

Cíñete tu espada, Héctor; ve a las tiendas de tus aliados; exhórtales a

que empuñen la lanza, despiértalos, envía a tus amigos para que vengan a reunirse a tu cohorte; poned los frenos a los caballos. ¿Quién irá en busca del hijo de Pántoo,[2] o del de Europa,[3] capitán de los guerreros licios?[4] ¿En dónde están los que inspeccionan las víctimas? ¿En dónde los que mandan las tropas ligeras? Vosotros, flecheros frigios, atad los nervios a los arcos de cuerno.

HÉCTOR

En parte amedrentas a quienes te oyen, en parte nos animas; pero no te explicas con claridad. ¿Te ha herido el trémulo látigo del crónida Pan,[5] y alborotas al ejército, abandonando tu nocturno puesto? ¿Qué hablas? ¿Qué novedad anuncias? Aunque no has dicho poco, no se entiende lo que deseas.

EL CORO

Todas las noches, ¡oh Héctor!, brillan los fuegos en el campamento griego, y las antorchas alumbran las estaciones navales. Y todo el ejército se acerca con tumulto a la tienda de Agamenón, ansioso de oír alguna nueva orden. Nunca antes ha habido en la armada tal algazara. Yo, pues, temiendo algún ataque, he venido a anunciártelo, para que no acuses mi negligencia.

HÉCTOR

A tiempo has llegado, a pesar de tus nuevas, que espantan; sin duda esos guerreros quieren huir de aquí navegando a favor de las tinieblas, y se aprestan a emprender la fuga ocultándose de mi vista; alégranme las antorchas nocturnas. ¡Oh deidad que me arrebatas la victoria, como a león su presa, antes de aniquilar con esta lanza todo el ejército griego! Si no me lo hubiesen impedido los brillantes rayos del sol, no hubiera dejado mi

lanza vencedora sin incendiar sus naves y recorrer sus tiendas, matando a mis enemigos con esta mano mortífera. Pronto estaba a pelear de noche y aprovecharme de mi fortuna, a no detenerme los sabios y los adivinos que conocen las voluntades de los dioses, persuadiéndome que esperase la luz del día, para no dejar aquí griego alguno. Ellos no aguardan el cumplimiento de los pronósticos de mis arúspices, que la oscuridad es preciosa para los fugitivos. Conviene formar cuanto antes al ejército; que los soldados tomen las armas y se abstengan del sueño, para que los sitiadores, saltando en las naves, heridos por la espalda, manchen las escalas con su sangre, y para que otros, cautivos cargados de cadenas, aprendan a labrar los campos de los frigios.

EL CORO

Te precipitas, Héctor, antes de saber con certeza lo que sucede; aún no estamos seguros de la huida de los griegos.

HÉCTOR

¿Por qué, pues, brillaron en su campamento esos fuegos?

EL CORO

No lo sé; pero me infunden sospechas.

HÉCTOR

Todo lo temerás, si temes esto.

EL CORO

Nunca nuestros enemigos encendieron antes tantas hogueras.

HÉCTOR

Ni tampoco antes, con vergüenza suya, fueron derrotados como ahora.

EL CORO

Obra tuya fue cuidar, pues, de acabarla.

HÉCTOR

Sencilla es mi arenga contra los enemigos: «Tomar las armas».

EL CORO

He aquí a Eneas,[6] que viene con ligero paso para anunciar a sus amigos alguna nueva.

ENEAS

¿Por qué los vigilantes nocturnos, ¡oh Héctor!, atravesaron aterrados el ejército, dirigiéndose a tu tienda, e interrumpen con sus murmullos el silencio de la noche, y todo lo alborotan?

HÉCTOR

Ármate, Eneas.

ENEAS

Pero ¿qué hay? ¿Se dice, acaso, que los enemigos preparan algún ataque nocturno?

HÉCTOR

Huyen y suben a las naves.

ENEAS

¿En qué señal cierta te fundas?

HÉCTOR

Toda la noche están encendidas sus hogueras, y paréceme que no aguardarán a mañana, sino que validos de ellas huirán desde aquí a su patria en sus naves, bien provistas de remos.

ENEAS

¿Y qué piensas hacer armado contra ellos?

HÉCTOR

Detendré con mi lanza a los fugitivos y a los que se refugien en las

naves, y seré su azote; es vergonzoso para nosotros, y perjudicial además de vergonzoso, que cuando Dios lo permite dejemos escapar sin combatir a los enemigos que tantos males nos han causado.

ENEAS

¡Ojalá que fueses tan prudente como esforzado!; pero la Naturaleza no concede a todos iguales dones, que a cada cual da el suyo, y así como a ti te concedió el de pelear, a otros el de obrar con cordura. Tú, oyendo hablar de las hogueras, diste ya por cierto que emprendían la fuga los griegos, y quieres sacar al campo el ejército y atravesar los fosos en medio de la noche. Y si lo consigues, a pesar de su profundidad, y no encuentras a tus enemigos fugitivos sino esperando el empuje de tu lanza, ¿no volverás aquí vencido? ¿Y cómo, en verdad, pasarás las empalizadas si eres derrotado? ¿Y cómo atravesarán los puentes los de los carros sin que se rompan los radios de las ruedas? Y aunque venzas, vendrá a su socorro el hijo de Peleo, que te impedirá incendiar las naves y exterminar a los griegos como presumes, que es fogoso guerrero y está orgulloso con su fuerza. Dejemos, pues, dormir tranquilo al ejército junto a las armas, descansando de sus bélicas fatigas; yo creo que debe enviarse un explorador al campamento enemigo, sea el que quiera, y si huyen, en efecto, que les sigamos y ataquemos a los argivos; y si estas hogueras encubren algún engaño, resolveremos lo que ha de hacerse después que el explorador lo averigüe. Tal es mi parecer, ¡oh rey!

EL CORO

Apruébalo y varía de opinión. No me agradan las órdenes de capitanes temerarios. ¿Qué mejor precaución que acercarse a las naves ligero explorador, para saber la causa de esos fuegos que arden en la estación naval?

HÉCTOR

Vosotros vencéis; hágase, pues, lo que agrada a todos. Vete y distribuye los aliados; quizás el ejército se alborote si tiene noticias de estas asambleas nocturnas. Yo enviaré un explorador al campo enemigo, y si llegamos a descubrir alguna asechanza te la participaré, y asistirás al consejo; pero si se desbandan y emprenden la huida, prepárate al oír el sonido de la trompeta, porque yo no me detendré, sino que, al contrario, me dirigiré esta misma noche a la estación naval a atacar a los argivos.

ENEAS

Envíalo cuanto antes; ahora piensas con prudencia. A tu lado me verás, peleando con esfuerzo, cuando fuere necesario.

HÉCTOR

¿Hay algún troyano de los que toman parte en este diálogo que quiera ir de explorador a las naves de los griegos? ¿Quién prestará ese servicio a su patria? ¿Quién se obliga a ello? Yo solo no puedo hacerlo todo, mandando a un tiempo a los troyanos y sus aliados.

DOLÓN

Yo, exponiéndome al peligro por la salud de la patria, quiero espiar las naves de los griegos, y volveré después que conozca sus proyectos; con estas condiciones afrontaré la muerte.

HÉCTOR

Tienes, ¡oh Dolón!, un nombre[7] que conviene a tu empresa, y eres amante de tu patria, y duplicas la nobleza de tu paterno linaje, ya noble.

DOLÓN

Debo, pues, acometer esta hazaña, pero el que trabaja ha de obtener proporcionada recompensa. Cuando esperamos ganar lucro, doble es

nuestro deleite.

HÉCTOR

Seguramente, y es justo, y no digo lo contrario. Fija, pues, tú el premio, excepto mi mando.

DOLÓN

No apetezco tu mando, lleno de cuidados.

HÉCTOR

Pero contraerás himeneo con una hija de Príamo y serás su yerno.

DOLÓN

No quiero esposa de alcurnia más elevada que la mía.

HÉCTOR

Hay también oro si lo deseas.

DOLÓN

Tengo en mi casa; no me aflige la pobreza.

HÉCTOR

¿Qué deseas, pues, de lo que guarda Troya?

DOLÓN

Si vences a los griegos, prométeme alguna parte del botín.

HÉCTOR

La tendrás; pide la que quieras, excepto los capitanes de las naves.

DOLÓN

Mátalos; no me opondré a que dejes caer tu mano sobre Menelao.

HÉCTOR

¿No quieres el hijo de Oileo?

DOLÓN

Las manos acostumbradas al regalo son perezosas para labrar la tierra.

HÉCTOR

¿Acaso el precio del rescate de algún griego vivo?

DOLÓN

Ya te he dicho antes que tengo oro en mi casa.

HÉCTOR

Tú mismo elegirás los despojos que quieras.

DOLÓN

Cuélgalos en los templos de los dioses.

HÉCTOR

¿Anhelas más rico don?

DOLÓN

Los caballos de Aquiles: el que expone su vida a los azares de la suerte, debe obtener digna recompensa.

HÉCTOR

Me disputas estos caballos, que yo también deseo: inmortales e hijos de inmortales, llevan al belicoso hijo de Tetis. Dicese que Poseidón, rey de los mares, después de domarlos, los dio a su padre Peleo. Pero ya que te sonríe esa esperanza, no la verás frustrada. Te daré, pues, como deseas, el más bello adorno de tu casa, el carro de Aquiles.[8]

DOLÓN

Bien; si lo consigo, diré que entre todos los frigios he recibido el más rico presente en premio de mi valor. No debes tenerme envidia; tú poseerás otros muchos presentes que te han de deleitar, ya que eres el más esforzado de los troyanos.

EL CORO

Grande es el peligro; grande la recompensa. Feliz serás cuando

disfrutares de ella, y gloriosa tu hazaña. Y honor insigne es también casarse con la hija de príncipes. Por lo que hace a los dioses, que te proteja la Justicia; de mano de los hombres obtendrás la más preciosa recompensa.

DOLÓN

Iré; pero voy antes a mi casa, a mis lares, y me vestiré como conviene, y desde allí enderezaré mis pasos a las naves de los argivos.

EL CORO

Dime si tu vestido será distinto del que ahora llevas.

DOLÓN

Adecuado a esta empresa y a mi furtiva peregrinación.

EL CORO

Bueno es conocer hasta dónde llega tu astucia; di, ¿cuál será tu traje?

DOLÓN

Cubrirá mis espaldas una piel de lobo; la abertura de su boca caerá sobre mi cabeza, sus garras delanteras vendrán a mis manos, y a mis pies las traseras, e imitaré su paso; así será difícil que me sientan los enemigos, y me acercaré al foso y a las trincheras de las naves. Al penetrar en algún lugar desierto andaré en dos pies; tal es mi estratagema.

EL CORO

Que Hermes, el hijo de Maya, te lleve y te traiga con felicidad, que él es rey de los ladrones. Bien lo has pensado; solo falta que la fortuna te favorezca.

DOLÓN

Así me escaparé de la muerte, mataré a Odiseo y verás su cabeza. Seguro podrás decir entonces que Dolón estuvo junto a las naves de los griegos. Quizá muera el hijo de Tideo;[9] no volveré a mi casa sin llenar de

sangre mis manos, antes que la luz alumbre de nuevo a la tierra.

EL CORO

Estrofa 1.ª — ¡Oh Apolo Delio, que moras en tu templo de Timbrea y de Licia!;[10] ¡oh numen divino!, ven armado de tu arco, ven y sirve de guía salvador en esta peregrinación nocturna; ven y socorre a los hijos de Dárdano,[11] que eres todopoderoso y el fundador de las antiguas murallas de Troya.[12]

Antístrofa 1.ª — Que el espía llegue a las naves, y se salve, después de observar al ejército griego, y vuelva otra vez a los lares de Troya, su patria, y que suba en el carro tirado de yeguas ftiotas,[13] presente que el dios de la mar hizo a Peleo, el hijo de Éaco, cuando Héctor, nuestro dueño, derrotare al Ares griego.

Estrofa 2.ª — Él solo, por sus lares y su patria, osa explorar las estaciones navales de los griegos. Yo admiro su valor, pocos son en verdad los hombres esforzados, cuando las tinieblas envuelven la mar y la ciudad se estremece.[14] Algún frigio, sí, alguno hay animoso; hay una lanza bastante osada para atacar a los que desprecian mi alianza con los misios.[15]

Antístrofa 2.ª — ¿A cuál de los aqueos herirá en sus tiendas este guerrero que camina a pie imitando el paso de una fiera? ¡Perezca Menelao, y traiga la cabeza de Agamenón, para aliviar el llanto que derrama la infortunada Helena, y entréguesele en castigo de haber venido contra la patria y contra Troya al frente de mil naves!

EL MENSAJERO

¡Oh rey!, que siempre anuncie yo a mis soberanos nuevas como las que sabrás en breve.

HÉCTOR

Necios son de ordinario los rústicos; tú, sin duda, creerás participar a tus dueños noticias importantes si les hablas de la fecundidad de sus rebaños en ocasión inoportuna. ¿No sabes a mi palacio o al de mi padre, adonde debías dirigirte si la fortuna sonríe a tus rebaños?

EL MENSAJERO

Necios somos los pastores, no lo niego; pero, sin embargo, es fausto mi mensaje.

HÉCTOR

No me hables de dichas pastoriles, que ahora solo nos preocupan las batallas y los combates.

EL MENSAJERO

De lo mismo vengo a hablarte: un capitán, al frente de numeroso ejército, se acerca a tus tiendas para ayudarte en la guerra como amigo y aliado.

HÉCTOR

¿Y cuál es la patria que ha abandonado por socorrerme?

EL MENSAJERO

La Tracia;[16] él se llama el hijo del Estrimón.[17]

HÉCTOR

¿Dices que Reso pisa el suelo troyano?

EL MENSAJERO

Así es, y me ahorras las molestias de un largo discurso.

HÉCTOR

¿Y cómo camina por los bosques del Ida, alejándose de los caminos llanos y trillados?

EL MENSAJERO

No lo sé de cierto, pero no es difícil conjeturarlo. Peligroso es mover de noche un ejército, sabiendo que la llanura está cubierta de tropas enemigas. Gran terror ha infundido en los rústicos pastores que habitamos en el monte Ida, primer hogar de este pueblo,[18] penetrando de noche en selvas llenas de fieras. El ejército tracio marchaba con gran ruido, como la mar, y nosotros, consternados y atónitos, nos llevamos los rebaños a los montes más altos, temiendo que los griegos nos atacaran y robasen tus ganados, hasta que nuestros oídos percibieron voces amigas y perdimos el miedo. Salí yo entonces a su encuentro, y pregunté en lenguaje tracio a los exploradores que enviaba su general, y de ellos supe el nombre y el linaje del guerrero que venía a socorrer a la ciudad de Príamo. Y después que oí cuanto deseaba, me detuve y vi a Reso, que, como un dios, regía un carro tracio. El yugo, de oro, sujetaba el cuello de caballos más blancos que la nieve. En los hombros traía una pelta de bronce,[19] de dorados relieves, y las frentes de los caballos relucían como la Gorgona de la diosa,[20] sembrando el terror al agitar sus numerosas campanillas. No hubieras podido contar sus tropas. ¡Tanta era su numerosa caballería, las multiplicadas filas de los armados de peltas, los infinitos flecheros y la multitud de los armados a la ligera que vestían el traje tracio! Formidable aliado se presenta; ya huya, ya le aguarde[21] para combatir, el hijo de Peleo no podrá escapársele.

EL CORO

Cuando los hombres aplacan sumisos la cólera de los dioses, la fortuna siempre los favorece.

HÉCTOR

Encontraré muchos amigos, ya que vence mi lanza con ayuda de Zeus. Pero no necesitamos de los que no compartieron antes nuestros trabajos,

cuando encarnizada guerra rasgaba con violencia las velas de esta nave. La llegada de Reso en estos momentos prueba bien a las claras la clase de amistad que profesa a Troya; viene a disfrutar del festín, no habiendo acompañado a los cazadores que se apoderaron de la presa, ni manejado con ellos sus armas.

EL CORO

Con razón desprecias y acusas a esos amigos; disimula, no obstante, tu enojo, y no rechaces a los que vienen en ayuda de la ciudad.

HÉCTOR

Bastamos nosotros, que la hemos defendido largo tiempo.

EL CORO

¿Crees ya haber vencido a tus enemigos?

HÉCTOR

Sí; lo probarán los rayos del sol de mañana.

EL CORO

Ignoramos lo futuro; recuerda los cambios que decretan los dioses.

HÉCTOR

Odio a los que socorren tarde a sus amigos.

EL MENSAJERO

Rechazar a los aliados es peligroso. Bastará su presencia para aterrar a los argivos.

EL CORO

Que el que llega ahora no se siente como aliado a nuestra mesa, sino como simple huésped; no son para él los favores de los hijos de Príamo.

HÉCTOR

Bien me aconsejas (*Al coro*), y oportuna es tu advertencia; ese Reso, de

brillantes y doradas armas, según anuncia el mensajero, será recibido como aliado nuestro.

EL CORO

Estrofa 1.ª — Que Adrastea,[22] hija de Zeus, ahuyente la envidia que puedan excitar mis palabras; diré ya lo que me agrada. Viniste, ¡oh hijo!, de un río; viniste, te acercaste a la tienda frigia y salgo a saludarte, ya que te envió al fin tu madre, una de las Piérides,[23] y el Estrimón, de bellos puentes.

Antístrofa 1.ª — Este te engendró en otro tiempo, revolviendo sus ondas por el inmaculado seno de la cantora Musa. Tú has venido a buscarme como Zeus esplendente arrastrado por veloces caballos. Ahora, ¡oh patria!, ¡oh Frigia!, si Dios nos es propicio, podrás entonar cánticos en alabanza de Zeus salvador.

Estrofa 2.ª — ¿Celebrará otra vez ahora la antigua Troya, durante todo el día, estas fiestas acompañadas de cantos amorosos, embriagándose con las copas que circulan alternadamente por la huida a Esparta de los Atridas, que atravesarán el mar desde las troyanas costas? ¡Oh rey amado, ojalá que después de darles muerte con tu mano y con tu lanza vuelvas a tu patria!

Antístrofa 2.ª — Ven, comparece, muestra a los ojos del hijo de Peleo tu pelta de brillante oro, levantándola oblicuamente junto a la abertura circular de tu carro, mientras animas a los caballos y vibras el dardo de dos puntas. Ninguno podrá resistirte; ninguno volverá jamás a danzar en el templo de la argiva Hera; que esta tierra soportará esa carga muy deseada después que muera a manos de un tracio. (*Reso se acerca*). ¡Viva, viva! ¡Oh gran rey!, ¡oh Tracia! Criaste un hijo de noble aspecto, hoy tu soberano. Mira las armas de oro que lo defienden; oye el ruido de las campanillas de la

embrazadura de su escudo. Un dios, ¡oh Troya!, un dios, el mismo Ares es este hijo del Estrimón y de la Musa cantora, que viene a socorrerte.

RESO

¡Salve, Héctor, buen hijo de buen padre, señor de esta región! Al fin te hallo después de tanto tiempo. Alégrome que venzas, y que sities las torres de tus enemigos; yo también vengo a derribar las trincheras de los griegos y a incendiar sus naves.

HÉCTOR

Hijo de madre cantora, una de las Musas, y del Estrimón, río tracio, agrádame decir siempre la verdad, porque no soy hombre artificioso. Mucho tiempo ha, sí, mucho tiempo ha que debías haber venido a nuestro socorro, y no consentir, en cuanto pudieras, que los argivos sitiasen armados a Troya. No dirás que no te llamaron tus amigos, y que por eso no viniste a auxiliarnos ni te has cuidado de nosotros. ¿Cuántos heraldos o embajadas de los frigios, llegando hasta tu palacio, no te han rogado que socorrieses a nuestra ciudad? ¿Qué presentes no te han llevado de nuestra parte? Tú, pariente nuestro y también bárbaro, nos has abandonado a merced de los griegos. Y yo, con esta diestra, cuando era reducido tu imperio, te di el cetro de la vasta Tracia, cerca del monte Pangeo y de las llanuras peonias,[24] acometiendo a los más valerosos tracios, y destrocé sus escudos y sometí este pueblo. Olvidaste tan grandes beneficios, y tarde socorres a tus amigos que padecen. Algunos, que por cierto no son nuestros parientes, habiendo venido hace mucho tiempo, yacen muertos en apiñados túmulos, en prueba de su lealtad; otros, armados y cerca de sus ecuestres carros, continúan arrostrando esforzadamente los vientos helados, y el fuego del dios que engendra sed, no como tú, haciendo

frecuentes libaciones en los lechos del festín. Tales son los cargos que te hago; tales mis recomendaciones, para que conozcas la franqueza de Héctor.

RESO

Igual al tuyo es mi carácter: de los que buscan en sus palabras el camino más corto; no falaz ni artificioso. Mayor que la tuya era mi indignación y el dolor que roía mis entrañas al verme lejos de ti, pero los escitas,[25] mis vecinos, me hicieron la guerra cuando pensaba venir a Troya, y me dirigí a las costas del mar Euxino,[26] al frente de mi ejército. Allí la sangre escita, al par que la tracia, derramada por la lanza, ha empapado la tierra. Tal ha sido la causa que me detenía, impidiéndome venir a esta guerra como aliado tuyo. Después que los derroté y que me dieron en rehenes a sus hijos, obligándose a pagar un tributo anual, emprendí mi marcha, pasando en naves las gargantas del Ponto, y recorriendo otros países, no, como tú dices en mi oprobio, bebiendo en grandes copas ni descansando bajo artesonados de oro, sino azotado por los vientos que combaten el mar de Tracia y por las brisas heladas de la Peonia, sin dormir, y arrostrándolas con estos vestidos. Pero aunque tarde, todavía llego a tiempo; diez años ha que peleas y nada consigues, sino que pasa un día y otro día sufriendo los inconstantes azares de la guerra; uno solo me bastará a mí para asaetear sus torres, acometer las estaciones navales y destruirlos, y al siguiente tornaré a mi patria desde Ilión, dando breve fin a tus trabajos. Que ninguno de vosotros levante con sus manos el clípeo;[27] yo, aunque haya venido tarde, refrenaré a los aqueos, orgullosos con sus lanzas.

EL CORO

¡Viva, viva! Gratas son tus palabras; amigo eres de Zeus...; pero que

Zeus Máximo aleje la invencible envidia que pueden excitar tus palabras. Ni ahora ni antes trajo la armada de Argos varón más ilustre que tú. ¿Cómo Aquiles, cómo Áyax podrán resistir tu empuje? ¡Ojalá, oh rey, que yo vea el día en que los castigues con tu lanza, llenando de sangre tus manos!

RESO

Disculparás mi larga ausencia cuando te deje gozar de esos deleites; dígote, pues, con perdón de Adrastea, que después de librar a Troya de sus enemigos, y cuando apartes los despojos que has de consagrar a los dioses, iremos juntos a la tierra argiva y devastaré con mis armas a toda la Grecia, para que a su vez sufran tan aflictivos males.

HÉCTOR

Sí; libre del que ahora nos aqueja, habitaré en Troya, segura como en otro tiempo, y daré eternas gracias a los dioses. Por lo que toca a Argos y a la Grecia, no es tan fácil devastarla como aseguras.

RESO

¿No dicen que los sitiadores son los más esforzados de los griegos?

HÉCTOR

No, en verdad; rebajamos su valor; bástanos rechazarlos siempre.

RESO

Muertos, pues, estos, lo demás será fácil empresa.

HÉCTOR

No pienses ahora en lo más remoto, olvidándote de lo que tienes más a la mano.

RESO

¿Y te contentas con sufrir, no con curar males?

HÉCTOR

Vasto es mi imperio, aun sin salir de aquí; llévate, pues, los armados de peltas, y acampa tu ejército, ya en el ala izquierda, ya en la derecha, ya en el centro de los aliados.

RESO

Mi único deseo es pelear con los enemigos, ¡oh Héctor! Así, si no te avergüenzas de no incendiar conmigo las popas de las naves, ya que tantas han sido tus bélicas fatigas, déjame acampar frente a las huestes de Aquiles.

HÉCTOR

Es imposible que le ataques con irresistible lanza.

RESO

Se dijo que había navegado también contra Troya.

HÉCTOR

Navegó y vino, en efecto; pero airado con los generales, dejó ociosa su mano.

RESO

Después de él, ¿cuál se distingue más?

HÉCTOR

En mi concepto, no le son inferiores Áyax y el hijo de Tideo; Odiseo es también elocuentísimo hablador, bastante animoso, y fautor de muchos males que afligen a Troya. Penetró de noche en el templo de Atenea, robó el Paladión[28] y lo llevó a las naves de los argivos. Merodeando otra vez, disfrazado de mendigo, atravesó las murallas y pedía a los dioses que enviasen a los argivos muchas desdichas, y vino de espía a Ilión, y se escapó, después de matar a los centinelas y capitanes de las puertas; siempre está armando asechanzas cerca de la ciudad, junto al altar Timbreo,[29] y

sostenemos con él frecuentes luchas, hijas de su sagacidad maléfica.

RESO

Ningún varón esforzado quiere matar a su enemigo a traición, sino atacándolo frente a frente. A mis manos vendrá vivo el que tú dices que trama dolorosas asechanzas y espía ocasión oportuna para ejecutar sus insidiosos intentos, y lo clavaré por la espalda a la salida de las puertas, y será pasto de los buitres y demás aves; que si es un salteador y despoja los templos de los dioses, debe sufrir este género de muerte.

HÉCTOR

Ahora ocupad vuestro puesto en los reales, que es de noche. Yo te enseñaré el lugar en donde pernoctará tu ejército, separado de las filas. No olvides, por si fuera menester, que la seña es «Febo», y anuncíalo a los tracios. Adelantaos vosotros (*A los vigilantes*) un poco y vigilad con cuidado, y aguardad a Dolón, que ha ido a explorar las naves, que, si se salva, no tardará en volver al campamento troyano.[30]

EL CORO

¿A quién toca hacer la guardia? ¿Quién me releva? Ya se ocultan las primeras estrellas y se ven las siete Pléyades, y el águila vuela en los aires. Despertad. ¿Por qué vaciláis? Levantaos del lecho; despertad, que la vigilia os aguarda. ¿No veis la luz de la luna? Ya se acerca, ya se acerca la aurora, precedida del matutino lucero.

EL SEMICORO

¿A quién toca la primera guardia?

EL OTRO SEMICORO

Dicen que a Corebo, el hijo de Migdón.

EL SEMICORO

¿Y a quién después?

EL OTRO SEMICORO

El ejército peonio relevó a los cilicios, y nosotros a los misios.

EL SEMICORO

Tiempo es ya, según ha dispuesto la suerte, de que nosotros llamemos a los licios para la cuarta vigilia.

EL CORO

Ya oigo al ruiseñor de artificioso canto, asesino de sus hijos,[31] que a las orillas ensangrentadas del Simois canta sus penas; ya los rebaños pastan en el Ida, ya se percibe el sonido de la flauta, que interrumpe el silencio de la noche; el sueño solicita dulcemente mis ojos, y al despuntar la aurora, se desliza suavísimo en mis párpados.

EL SEMICORO

¿Por qué no vendrá el espía que envió Héctor a explorar las naves?

EL OTRO SEMICORO

Algo temo; mucho dura su ausencia.

EL SEMICORO

¿Habrá perecido víctima de ocultas asechanzas? Casi estoy por creerlo.

EL OTRO SEMICORO

Llamemos a los licios, a quienes la suerte ha designado para montar la quinta vigilia.[32]

ODISEO

¿Oíste, Diomedes? ¿Son vanos ruidos que se deslizan hasta mí? ¿Es estrépito de armas?

DIOMEDES

No; son las cadenas de hierro de los carros ecuestres; el miedo me

sobrecogió también antes de asegurarme que era el crujir de las cadenas de los caballos.

ODISEO

Cuida no tropieces con los centinelas nocturnos.

DIOMEDES

Mío es ese cuidado, aunque nos oculten las tinieblas.

ODISEO

Si despierta alguno, ¿te acordarás de la seña del ejército troyano?

DIOMEDES

«Febo» es la seña, según dijo Dolón.

ODISEO

Vamos; abandonadas están estas tiendas.

DIOMEDES

Mas Dolón dijo que era la tienda de Héctor, contra cuyo pecho viene esta lanza.

ODISEO

¿Qué será, pues? ¿Se habrá ido a otra parte su cohorte?

DIOMEDES

Quizá a armarnos alguna asechanza.

ODISEO

Audaz es Héctor; audaz porque ahora vence.

DIOMEDES

¿Qué hacemos, Odiseo? No encontramos a nuestro hombre en la tienda, y vano ha sido nuestro empeño.

ODISEO

Vayamos cuanto antes a la estación naval. Sálvalo algún dios que lo

favorece; no debemos pelear contra la fortuna.

DIOMEDES

Busquemos, pues, a Eneas, o a Paris, el más odioso de los frigios, y cortemos en castigo su cabeza.

ODISEO

Pero ¿cómo podrás encontrarlos de noche, en medio de un ejército enemigo, y matarlos sin peligro?

DIOMEDES

Es vergonzoso volver a las naves de los argivos sin ejecutar ninguna hazaña que humille a los troyanos.

ODISEO

¿Cómo que no? ¿No matamos a Dolón, espía de nuestras naves, y guardamos sus despojos? ¿Crees que tú solo acabarás con todo el ejército? Obedéceme y volvámonos. ¡Que la fortuna nos favorezca!

ATENEA

¿Adónde, pues, os volvéis desde el campamento troyano, agobiado vuestro corazón por la tristeza, porque los dioses no os conceden matar a Héctor ni a Paris? ¿No sabéis que ha venido Reso, aliado de Troya, con pomposo aparato? Si mañana viene, ni la lanza de Aquiles ni la de Áyax le impedirán destruir el campamento griego, arruinar las trincheras y abrirse con su esfuerzo ancha puerta dentro de ellas. Si lo matas, todo es tuyo. Deja la tienda de Héctor, y no pienses en cortarle la cabeza, que otra mano ha de matarlo.

ODISEO

Hiriome, ¡oh Atenea soberana!, el eco conocido de tu voz; tú siempre me socorres en el peligro; dinos en dónde yace ese guerrero y en qué parte

del ejército bárbaro tiene su puesto.

ATENEA

Aquí cerca, separado de sus compañeros, fuera de las filas, por orden de Héctor, hasta que suceda a la noche la luz del día. Caballos blancos, visibles en la noche, están próximos, atados a sus carros tracios; brillan como el plumaje del cisne de los ríos. Robadlos, pues, que son riquísimo botín, después de matar a sus dueños; en todo el orbe no se encontrará un carro semejante.

ODISEO

O mata tú, Diomedes, a los tracios, o déjame a mí que lo haga y tú robarás los caballos.

DIOMEDES

Yo mataré y tú sujetarás los caballos. Mucha es tu experiencia en tales hazañas y grande tu sagacidad. Es menester que se utilicen los servicios de cada uno según sus facultades.

ATENEA

Alejandro[33] se acerca a nosotros, sin duda porque algún centinela le habrá comunicado sus vagas sospechas acerca de la llegada de los enemigos.

DIOMEDES

¿Solo o acompañado?

ATENEA

Solo; según parece, viene a la tienda de Héctor a participarle que espías griegos rondan el campamento.

DIOMEDES

¿Muere este primero?

ATENEA

Tú no podrás más que el destino, el cual no consiente que perezca a tus manos. Pero aproxímate cuanto antes a Reso, a quien has de dar muerte fatal; yo me apareceré a Paris como si fuese Afrodita que le socorre en sus peligros, y me burlaré a mansalva de mi enemigo. Y esto solo vosotros lo sabéis, que quien debe padecer, ni lo conoce ni lo oye, aunque esté inmediato.

PARIS

¿Duermes, Héctor, mi capitán y hermano? ¿No debías velar? Enemigos se acercan a nuestro ejército, ya sean ladrones, ya espías.

ATENEA

Nada temas; yo, Afrodita,[34] que te estimo, cuido de ti. Yo también me intereso en esta guerra, y no me olvido de la palma que me diste, y agradecida te favorezco. Y ahora vengo a salvar al ejército troyano y te traigo un guerrero esforzado, amigo tuyo, hijo tracio de la divina Musa que canta,[35] y a cuyo padre llaman Estrimón.

PARIS

Siempre eres benévola conmigo y con mi patria; gran tesoro aseguré en favor de Troya dándote la palma. He venido, no por saber claramente lo que pasaba, sino guiado por cierto rumor vago. Los centinelas dicen que se han acercado espías griegos; y el que no los ha visto lo afirma, y el que los vio no puede indicar el camino que han tomado. He aquí el motivo que me trajo a la tienda de Héctor.

ATENEA

Nada temas; no amenaza al ejército peligro alguno. Tu hermano, ausente, da sus órdenes para que acampe el ejército tracio.

PARIS

Tus palabras me persuaden, y dándoles la fe que merecen, voy, libre de temor, a conservar el orden en el campo.

ATENEA

Vete; no te olvides que velo por cuanto te interesa, y que nada me satisface tanto como contemplar felices a mis amigos. Algún día sabrás hasta dónde llega mi benevolencia. (*Vase Paris*). A ti digo, ¡oh hijo de Laertes!, que te dejas arrastrar de tu ánimo, fogoso en demasía, y que ocultes sin tardanza tu afilado acero. Por tierra yace el capitán tracio, y vuestros son sus caballos; pero los enemigos, sabedores de lo que sucede, vienen a buscaros. Huid, pues, cuanto antes a la estación naval. ¿Por qué vaciláis? Salvad vuestra vida, que llega un tropel de troyanos.

EL CORO[36]

¡Ea, ea; hiere, hiere, hiere, hiere: mata, mata! ¿Quién es este hombre? Helo aquí; este digo. Ladrones son que de noche perturban el ejército. Que venga, que venga por aquí alguno. Aquí están, ya son míos. ¿Que dices? ¿De dónde has venido? ¿Cuál es tu patria?

ODISEO

No te interesa saberlo; hoy morirás si me haces algún mal.

PRIMER SEMICORO

¿No dirás la seña antes que te atraviese el pecho con mi lanza?

ODISEO

Detente; nada receles.

SEGUNDO SEMICORO

Acércate más. (*A uno de los soldados que le acompañan*). Hiere, quienquiera que sea.

PRIMER SEMICORO

¿Fuiste tú, acaso, el que mataste a Reso?

ODISEO

No; el que había de matarlo.

SEGUNDO SEMICORO

Quietos todos.

PRIMER SEMICORO

De ninguna manera.

SEGUNDO SEMICORO

Cuidado, no mates a algún amigo.

PRIMER SEMICORO

Pero ¿cuál es la seña?

ODISEO

Febo.

SEGUNDO SEMICORO

Ya entiendo. Que nadie mueva su lanza.

PRIMER SEMICORO

¿Sabes, acaso, hacia dónde se dirigieron esos guerreros?

SEGUNDO SEMICORO

Por esta senda los vimos.

PRIMER SEMICORO

Que alguno siga sus huellas. ¿Se da la voz de alarma?

SEGUNDO SEMICORO

No es conveniente alborotar a los aliados durante la noche, madre de terroríficos fantasmas.

EL CORO

Estrofa. — ¿Qué guerrero es el que ha venido aquí? ¿Quién, haciendo

alarde de su audacia, se jactará de escaparse de mis manos? ¿En dónde lo alcanzaré? ¿A quién lo compararé? ¿Ha venido, intrépido, durante la noche, atravesando las cohortes y los vigilantes? ¿Es acaso tesalio, o habitante de la ciudad marítima de los locrenses?[37] ¿Se crio en alguna de las Espóradas?[38] ¿Quién era? ¿De qué gente? ¿De qué patria? ¿A qué dios venera?

PRIMER SEMICORO

¿Será esa hazaña obra de Odiseo? ¿Quién será este héroe?

SEGUNDO SEMICORO

¿Por qué no, si así nos lo hace presumir lo que ha sucedido hasta ahora?

PRIMER SEMICORO

¿Lo crees, acaso?

SEGUNDO SEMICORO

¿Por qué no?

PRIMER SEMICORO

Osado es, sin duda, en daño nuestro.

SEGUNDO SEMICORO

¿Quién? ¿A quién alabas por su valor?

PRIMER SEMICORO

A Odiseo.

SEGUNDO SEMICORO

No celebres a un guerrero que solo se distingue hurtando.

EL CORO

Antístrofa. — También vino antes a la ciudad y era su apariencia de imbécil, y estaba cubierto de harapos, y bajo ellos llevaba escondida su espada. Mendigando el sustento iba como siervo fugitivo, con sus cabellos

desaliñados y sucios; muchas imprecaciones lanzó contra el linaje de los Atridas como si fuese enemigo. ¡Ojalá que hubiese perecido, que hubiese perecido en rigurosa justicia antes de pisar la tierra de los frigios!

EL SEMICORO

Ya haya sido Odiseo, ya otro cualquiera, el miedo me sobrecoge.

PRIMER SEMICORO

Héctor se enfurecerá contra nosotros, que estábamos de centinela.

SEGUNDO SEMICORO

¿Y cómo nos ha de reconvenir?

PRIMER SEMICORO

Lo llevará a mal.

SEGUNDO SEMICORO

Pero ¿en qué faltamos? ¿Qué temes?

PRIMER SEMICORO

Que entre nosotros pasaran...

SEGUNDO SEMICORO

¿Quiénes?

PRIMER SEMICORO

Los que han venido esta noche al campamento frigio.

EL COCHERO

¡Ay, ay! ¡Grave golpe de la fortuna! ¡Ay, ay!

EL CORO

Pist..., callad todos; estaos quietos; alguno caerá, acaso, en la red.

EL COCHERO

¡Ay, ay de mí! ¡Cuán funesta es la desdicha que sufren los aliados tracios!

EL CORO

¿Quién gime?

EL COCHERO

¡Ay, ay de mí! ¡Desventurado soy, y tú también, rey de los tracios! ¡Oh, en mal hora viniste en ayuda de la funestísima Troya! ¡Cuál ha sido el término de tu vida!

EL CORO

¿Quién eres, en fin, de nuestros aliados? Las tinieblas de la noche no me dejan ver ni conocerte claramente.

EL COCHERO

¿En dónde encontraré a algún príncipe troyano? ¿En dónde duerme Héctor, resguardado con su escudo? ¿A cuál de los capitanes del ejército contaré, ¡ah, ah, ah, ah!, los males que hemos sufrido, la desgracia de que hemos sido víctimas, obra de un desconocido, pródigo en desdichas deplorables para los tracios?

EL CORO

Algún infortunio ha sobrevenido al ejército de Reso, según parecen indicar las palabras de este.

EL COCHERO

¡Pereció el ejército, cayó el rey, víctima de pérfida mano! ¡Dolor mortal me causa la herida que me consume! ¡Que yo muera! ¡Ah, ah, ah, ah! Reso y yo debíamos perecer miserablemente por socorrer a Troya.

EL CORO

No hay duda que estos lamentos indican alguna calamidad; claramente dan a entender que han perecido los aliados.

EL COCHERO

Calamidad grave y afrentosa, doblemente intolerable, nos ha herido. El morir con gloria, si al fin se ha de morir, paréceme amargo al que lo sufre; ¿cómo no? La nobleza y el lustre de las familias es goce de los vivos; nosotros, al contrario, perecemos temeraria y torpemente. Después que Héctor nos señaló nuestro puesto en los reales, y nos comunicó la seña, dormíamos recostados en la tierra, vencidos del cansancio, y no velaban por el ejército nocturnos centinelas, ni estaban a mano las armas ni guardados los yugos de los caballos, confiando el rey en que vosotros erais vencedores y amenazabais a las popas de las naves; descuidados nos entregábamos todos al reposo. Yo, solícito, desperté de mi sueño y di abundante pienso a los caballos, creyendo que mañana pelearíamos con ellos. Vi entonces a dos hombres que, en la oscuridad de la noche, rondaban nuestro campamento, y que al moverme se deslizaron y huyeron; les di voces para espantarlos, pensando que fuesen ladrones que venían a robarnos. Pero nada replicaron; yo no sé mas; volví a mi tienda y me dormí. Y en sueños se me apareció cierto fantasma; en sueños, según creía, vi dos lobos que se cebaban en los lomos de los caballos que yo crie y a los cuales regía, unidos al carro de Reso, y que azotándolos con sus colas[39] los aguijoneaban, dando ellos resoplidos de ira y resistiéndose de miedo. Despierto entonces pugnando por ahuyentar a esas fieras de los caballos, y agitado de nocturnos terrores. Al levantar la cabeza oigo gemidos de moribundo. Un río de sangre juvenil caliente me inunda al acercarme a mi señor, víctima de triste muerte. Sobresalteme, sin tener a mano la lanza, y al buscar y requerir mi espada, hiriome un robusto brazo en el costado; sentí el golpe que abrió en mi cuerpo profundo surco. Caí en tierra, y ellos, dueños del yugo ecuestre, aceleran en su huida el paso de los caballos. ¡Ay,

ay de mí! ¡El dolor me atormenta, y ya, desventurado, no puedo sostenerme! Y aunque he presenciado esta desgracia, no puedo decir quiénes han sido sus autores, ni cómo la han causado. Presumo, sin embargo, que deben ser amigos.[40]

EL CORO

Cochero del mísero tracio, no sospeches que no son enemigos los que han perpetrado ese crimen. Pero Héctor, sabedor de él, se acerca; como es justo, se conduele de tus males.

HÉCTOR

¿Por qué, ¡oh fautores de gravísimos males!, se os escaparon vergonzosamente los espías griegos que han asesinado a vuestros compañeros, y no los rechazasteis ni al entrar ni al salir del campamento? ¿Quién expiará esta falta? Tú, que guardabas nuestro ejército. Ilesos huyeron, burlándose del descuido de los frigios y de mí, que soy vuestro capitán. Tened, pues, por cierto, y os lo juro por el poder de Zeus, que, en castigo, serás azotado o muerto. Creed, si no lo hago, que Héctor es un cobarde y para nada sirve.

EL CORO

¡Ay, ay! ¡A mí grande, grande...![41] ¡Oh general, defensor de la ciudad!; sin duda penetraron cuando vine a anunciarte que se veían luces junto a las naves del ejército argivo; ni mis ojos vigilantes se cerraron esta noche, ni un momento durmieron, no, por las fuentes del Simois; no te encolerices conmigo, ¡oh rey!; yo no he faltado a mi deber. Y si después llega a tu noticia algún hecho o dicho mío intempestivo, entiérrame vivo, que no pediré perdón.

EL COCHERO

¿A qué tales amenazas? ¿Por qué, siendo tú también bárbaro, intentas engañarme con artificiosos discursos? Obra tuya es todo; ningún otro fue autor de la muerte de Reso ni de la herida que he recibido; larga y sagaz oración necesitas, sin duda, para persuadirme de que no has asesinado a tus amigos. Tu deseo de poseer los caballos te arrastró a matar a tus aliados. Recuerdo bien las protestas que hiciste. Los desdichados llegaron y murieron. Menos criminal fue Paris violando el derecho de la hospitalidad que tú, que asesinaste a los que te socorren. No digas que algún argivo, acercándose a nosotros, ha sido el delincuente. ¿Quién, en verdad, atravesando las cohortes troyanas, podría llegar oculto a nuestros reales? Tú y el ejército argivo estabais aquí antes. ¿Cuál otro fue herido, cuál de tus aliados ha muerto, si vinieron los griegos, como dices? Las víctimas que han derramado su sangre nosotros somos y lo que es más sensible, nuestros son también los que ya no ven la luz. En suma: no acusamos a ningún griego. ¿Quién podría encontrar la tienda de Reso en las tinieblas de la noche, a no decirlo algún dios? Ni aun sabían que hubiese llegado; luego tú eres el verdadero criminal.

HÉCTOR

En tantos años como han transcurrido desde que nos ayudan nuestros aliados y el pueblo aqueo sitia a Troya, nadie me ha reconvenido por ningún delito; tú eres el primero que lo hace. Por grande que fuese mi afición a esos caballos, nunca me hubiese arrastrado a dar muerte a mis amigos. Obra es de Odiseo. ¿Qué otro argivo podría haber concebido ese proyecto? ¿Cuál realizarlo? Le temo, y me aflige que hayan encontrado a Dolón y perecido a sus manos; hace ya largo tiempo que se ausentó, y por ninguna parte parece.

EL COCHERO

Nada sé de ese Odiseo a que aludes; pero estoy seguro de que ningún enemigo nos ha herido.

HÉCTOR

Piensa tú lo que quieras, si tal es tu placer.

EL COCHERO

¡Oh tierra patria, ojalá que muriese en tu seno!

HÉCTOR

No morirás; bastantes han muerto ya.

EL COCHERO

¿Adónde volveré mis ojos, no existiendo mis dueños?

HÉCTOR

Mi palacio te acogerá y te cuidará.

EL COCHERO

¿Y cómo me han de curar las manos de mis asesinos?

HÉCTOR

No dejarás de repetir siempre lo mismo.

EL COCHERO

Muera el que lo hizo; no te maldigo, como piensas; pero la Justicia lo sabe mejor que yo.

HÉCTOR

Lleváoslo a mi palacio, y cuidad de que no sufra; y vosotros encaminaos a la ciudad, y decid al Senado que mande sepultar los muertos en las encrucijadas de los caminos.[42]

EL CORO

¿Qué objeto se propone el numen adverso, que, después de tanta

ventura, llena otra vez a Troya de lágrimas? Pero ¿qué es esto, ¡oh, oh!? ¿Qué diosa, ¡oh rey!, lleva en sus brazos por el aire el cuerpo de Reso? Estupefacto quedo al contemplar este portento.

MUSA

Podéis mirar, troyanos; yo, Musa adorada de los sabios, una de las nueve hermanas, me presento a vosotros; vengo por este hijo mío, asesinado miserablemente por sus enemigos. El pérfido Odiseo, que lo mató, pagará algún día su crimen. Con lágrimas míseras, ¡oh hijo!, te lloro, con dolor de madre. Funesta ha sido tu venida a Troya, funesta tu obstinación, sin haber celebrado los auspicios, prohibiéndotelo yo y desoyendo los ruegos de tu padre. ¡Ay de mí, mísera! ¡Oh hijo amado!, ¡oh hijo amado! ¡Ay de mí!

EL CORO

En cuanto debo, no uniéndome contigo lazo alguno de parentesco, deploro la triste suerte de tu hijo.

LA MUSA

¡Perezca el nieto[43] de Eneo; perezca también el de Laertes, que me han arrebatado el mío nobilísimo, y Helena, que abandonó su palacio, navegando, robada, al tálamo frigio y perdiéndote miserablemente junto a Ilión, ¡oh tú, el muy querido!, arrancando de innumerables ciudades esforzadísimos varones! Mucho, ¡oh hijo de Filamón!,[44] ya mientras viviste, ya al descender al Orco, atormentaste mi corazón; tu arrogancia, que te perdió, y tu lucha con las Musas, fueron causa de que yo diese a luz este hijo desdichado. Atravesando las ondas del río, llegué al lecho en que te engendró el Estrimón, cuando nosotras las Musas fuimos al monte Pangeo, rico en oro terrenal, a celebrar cantando famoso certamen con el

ilustre tracio, y cegamos a Tamiris, que había lanzado contra nuestro arte muchas injurias. Y después que te di la vida, por respeto a mis vírgenes hermanas, te deposité en los remolinos de tu caudaloso padre; pero Estrimón, para criarte, no te confió a manos mortales, sino a las ninfas de las fuentes. Allí, bien educado por ellas, llegaste a ser el más famoso, ¡oh hijo!, y el soberano de la Tracia. No temía que murieses en tu patrio suelo, cuando ordenabas las huestes ávidas de sangre; sabedora de tu destino, te prohibía que auxiliases a Troya. Las embajadas de Héctor y los frecuentes mensajes del Senado te indujeron a venir al socorro de tus amigos. No creas que ignoro que a Atenea se debe esta desdicha; nada hizo Odiseo ni el hijo de Tideo, aunque lo parezca. Y sin embargo, nosotras las Musas adoramos todas a Atenas, ciudad de esa diosa, y con ella tenemos frecuente trato, y Orfeo,[45] primo de Reso, a quien tú mataste, reveló en ella secretos misterios, y a Museo,[46] tu santo ciudadano, y uno de los que más se distinguieron en el arte, enseñamos nosotras las nueve hermanas y el mismo Febo, y en premio de esto lloro ahora a mi hijo, llevándolo en mis brazos. No tengo necesidad de acudir a nadie que me explique esta desgracia.

EL CORO

Temerariamente, ¡oh Héctor!, nos calumnió el cochero tracio diciendo que habíamos maquinado ese crimen.

HÉCTOR

Ya lo sabía; no necesitaba oír a ningún adivino para asegurar que había perecido por obra del astuto Odiseo. Pero al ver que el ejército griego sitiaba a mi patria, ¿por qué no había de enviar mensajeros a mis amigos para que viniesen a socorrer a Troya? Los envié, pues; como debía, vino a

ayudarme en esta guerra. No me alegro, en verdad, de su muerte. Y ahora estoy pronto a erigirle un sepulcro y a quemar en la pira muchos y ricos vestidos; vino como aliado, aunque haya muerto miserablemente.

LA MUSA

No lo cubrirá el negro manto de la tierra; yo pediré a la esposa de Hades, a la hija de Ceres, diosa frugífera,[47] que me lo entregue; débeme este favor, agradecida a mis esfuerzos en hacer creer que honra a los amigos de Orfeo. Y para mí será en adelante como un muerto y como quien no ve la luz; nunca me acompañará ni verá a su madre; oculto en las cavernas de la tierra argentífera,[48] de hombre convertido en dios, vivirá, sacerdote de Dioniso, en la roca Pangea, en donde habita el dios, a quien adoran los iniciados en sus divinos misterios. Yo lo lloraré con moderación, imitando a la diosa marina, cuyo hijo ha de morir también fatalmente. Nosotras, las nueve hermanas, entonaremos en su honor fúnebres cánticos, y después celebraremos a Aquiles, hijo de Tetis, que llorará también. Palas, que te mató, no podrá librarlo de la muerte; que en el carcaj de Apolo se guarda la flecha que ha de quitarle la vida. ¡Cuántos cuidados dan los hijos! ¡Cuántas penas afligen a los mortales! Alejad de vosotras pensamientos temerarios y pasad sin ellos la vida,[49] y no os veréis en el duro trance de sepultarlos.

EL CORO

La madre de Reso cuidará de sus funerales; si tú, Héctor, meditas algún proyecto, ocasión es de realizarlo, que dentro de poco nos inundará la luz del día.

HÉCTOR

Andad, y que los aliados tomen al punto las armas y ajusten el yugo al cuello de los caballos. Conviene, no obstante, que, provistos de antorchas,

aguarden la señal de la trompeta tirrena.[50] Espero derrotar el ejército, asaltar las trincheras de los aqueos e incendiar sus naves, y que los rayos del sol, que se acerca, solemnicen con su esplendor el día de nuestra libertad.

EL CORO

Obedece al rey; cúbrannos nuestras armas, y hagamos saber a los aliados las órdenes de Héctor; y que el dios que nos protege nos conceda la victoria.

* * *

Notas

1. El corifeo con el coro; parte de los que vigilan llegan a la tienda de Héctor, y primero habla con los circunstantes, y después con el mismo Héctor. La vigilia comprendía doce horas, divididas en cuatro partes de tres, y por consiguiente, la cuarta era la más próxima al alba.

2. Euforbo, el primero que hirió a Patroclo, y murió a manos de Menelao.

3. Sarpedón, hijo de Zeus y de Europa, y hermano de Minos, a quien disputó el trono de Creta, siendo vencido, y fundando en la Licia un pequeño reino. Murió peleando con Patroclo.

4. Aliados de los troyanos, mandados por Sarpedón.

5. Pan, dios que presidía a los ganados y pastos, hijo de Zeus, según algunos mitógrafos, y de Hermes, según otros. Llámalo crónida el poeta, porque de Cronos descendía, ya fuese su nieto o su biznieto. Aparecíase a las gentes cuando menos lo esperaban, con sus cuernos, su medio cuerpo velludo, como el de un macho cabrío, y con su cortejo semejante a él, y de aquí el miedo o terror pánico, locución que dura todavía.

6. Eneas, hijo de Afrodita y de Anquises, y esposo de Creúsa, hija de Príamo; se distinguió en el sitio de Troya y por su amor filial, y arribó a Italia, en donde llegó a ser rey. Es, como se sabe, el héroe de *La Eneida*, de Virgilio.

7. De la palabra griega δόλος, que significa lo que la castellana *dolo*.

8. Se entiende, con los caballos.

9. Tideo era hijo de Eneo, rey de Calidón, y padre de Diomedes, uno de los grandes héroes de *La Ilíada*. Huyó de su patria por haber matado involuntariamente a su hermano Menalipo, y se casó con la hija de un rey de Argos. Fue, con Polinices, uno de los siete sitiadores de Tebas.

10. Timbrea, ciudad de la Tróade, en donde había un templo célebre de Apolo, y un oráculo del mismo dios en Licia.

11. Dárdano, natural de la Etruria, de donde se expatrió, pasando al Asia, y casándose con una hija de Teucro, rey de Teucria. Se le mira como a fundador de Troya. La Tróade se denominó Dardania hasta Tros, uno de sus reyes posteriores, que le impuso el suyo, como Ilo, otro de estos soberanos, llamó con su nombre a la capital del reino.

12. Porque Apolo construyó con Poseidón las murallas de Troya.

13. Los caballos ftiotas, de la Ftiótide, eran muy ligeros.

14. Esta palabra ciudad, πόλις, significaba para los griegos lo que para nosotros nación o estado, como lo fue también Roma para los romanos y Cartago para los cartagineses.

15. Porque tenían fama de cobardes.

16. La Tracia, hoy parte NE de la Rumelia, era en estas edades remotas una vasta región de Europa, limitada al N por el Hemo, al S por el mar Egeo y la Propóntide, al E por el Ponto-Euxino, y al O por la Macedonia. En su litoral había muchas ciudades griegas; su suelo era montañoso y frío y abundante en excelentes caballos. Hubo de ser civilizada, porque de ella fueron Lino, Orfeo, Tamiris y otros, y de Tracia provenían los misterios sagrados de los griegos. Zamolxis fue su gran legislador.

17. El Estrimón era un río de Tracia y de Macedonia, llamado hoy Struma o Karasu, que desembocaba en el mar Egeo, un poco mas abajo de Anfípolis.

18. Ida, hoy Kas-dag, cadena pequeña de montañas del Asia Menor, en Misia, que se extendía de sur a norte, desde el golfo de Adramita hasta cerca de la Propóntide. Troya estaba a su pie.

19. Escudo pequeño, tracio, ligero, y escotado o sesgado.

20. Las Gorgonas eran tres, Esteno, Euríale y Medusa, mujeres monstruosas, hijas de Ceto y

de Forcis, que solo tenían un ojo para las tres, y convertían en piedra a quienes miraban. Perseo, ayudado por Atenea, cortó a Medusa la cabeza, fijándola la diosa en su escudo.

21. Aquiles.

22. Adrastea o Némesis, hija de Zeus y de la Necesidad, o del Océano y de la Noche, era la diosa de la venganza y de las represalias. Castigaba los delitos y la prosperidad insolente.

23. Las Piérides eran hijas de Piero, rey de Macedonia, y fueron vencidas por las Musas y transformadas en urracas, por haber osado disputarles el premio del canto. Pero las mismas Musas se apellidaban también Piérides, por estarles consagrado el monte Piero, o por su victoria contra las Piérides.

24. El Pangeo es una pequeña cadena montuosa de Tracia que une al Ródope y al Hemo. La Peonia era una región limitada de Grecia, que comprendía en una de sus mitades el territorio de Macedonia en su parto NO y en la otra a Tracia en su parte SE.

25. La Escitia era una dilatada región indefinida, que se extendía por el norte y el oriente de los pueblos entonces civilizados de Europa y de Asia, occidental y de Europa, u oriental y de Asia. La primera estaba situada entre los dos grandes ríos Borístenes y Tanais, y la de Asia comenzaba al oriente del Tanais, dividiéndose en Escitia allende el Imao y aquende el Imao, al sur y próxima a la India. Los escitas eran un pueblo nómada, y se distinguían unos de otros, contándose entre ellos los getas, yacigios, roxolanos, agatirsos, hérulos, etc., regidos por distintas formas de gobierno, generalmente monárquicas. Desde el Araxes llegaron a penetrar con sus armas o invasiones hasta Egipto. Ni Ciro, ni Darío, ni Alejandro pudieron someterlos, y de ellos salieron después los godos y los hunos, europeos los primeros y asiáticos los segundos. La invasión de estos en los dominios de aquellos fue la causa principal de la de los bárbaros a fines del siglo IV y principios del V. Figuraban entre ellos etchudos, uralios o fineses turcos, tártaros y otros muchos.

26. El mar Negro de nuestros días.

27. Escudo redondo, ἀσπίς en griego.

28. El Paladión era una estatua de Palas o Atenea que se decía caída del cielo, y el ídolo más venerado de Troya, por creerse que esta ciudad no sería tomada nunca mientras lo conservase dentro de su recinto. Odiseo y Diomedes lo robaron, y entonces cayó Troya en poder de los griegos.

29. Consagrado a Apolo.

30. Vase Héctor con Reso.

31. Filomela, hija de Pandión, rey de Atenas, ultrajada por su cuñado Tereo, rey de Tracia, casado con su hermana Procne, pudo escaparse de la prisión en que la guardaba Tereo, pero con la lengua cortada por su violador, para que no lo descubriese. Consiguió después matar a Itis, hijo de Tereo, y lo sirvió e hizo comer a su padre. Filomela fue transformada en ruiseñor; Procne, madre de Itis, en golondrina, e Itis, en faisán.

32. Esta quinta vigilia es una de las incoherencias de la tragedia, contraria a las opiniones y datos que existen acerca de esta materia. La vigilia nocturna de la milicia, que, según las estaciones, había de durar más o menos tiempo, se dividía en Homero en tres partes de cuatro horas cada una. Después se dividió en cuatro partes de tres horas, y así continuó entre los griegos y después entre los romanos, según atestigua Vegecio. Aquí aparece dividida en cinco partes, divisor inexacto de doce, sin alegarse causa ni pretexto que justifique o excuse tal innovación. Algunos eruditos y traductores han corregido el texto griego, suprimiéndola. Nosotros la dejamos ateniéndonos a la creencia más admitida, y nos abstenemos de aburrir a la casi totalidad de los lectores con cuestiones que no les interesan demasiado, y renunciamos gustosos a explotar este filón de lucimiento del traductor a expensas de la paciencia del lector. El coro debía retirarse, porque de otro modo no podían presentarse Odiseo y Diomedes y hablar en voz alta. Ni se puede tampoco suponer que cuantos lo componían se quedasen dormidos de repente, por convenir a la ficción poética; ni que ninguno despertase después, ni que los dos nuevos interlocutores osaran hablar como lo hacen.

33. Alejandro o Paris son la misma persona.

34. La intervención de Atenea y sus palabras, cruelmente irónicas para el espectador, no para su interlocutor, tan significativas y características de la mujer y de la diosa, es de lo mejor de Reso. Hay que suponer que el coro se va antes de presentarse Odiseo y Diomedes, y que estos desaparecen a su vez para matar a Reso antes de la llegada de Paris. Atenea queda siempre invisible, y solo se oye su voz.

35. Observen los lectores que no se puede saber cuál de las Musas es la madre de Reso, ni ahora ni después. Como los distintos géneros poéticos estaban repartidos entre ellas, y

fueron todos religiosos en sus albores, y cantados, por tanto, no hay razón pata afirmar que fuese Polimnia, la que presidía a la poesía lírica. A nuestro juicio, no se nombra porque siendo todas vírgenes y no la madre de Reso, el poeta no se ha atrevido a decir cuál de ellas no lo era, y sale de su empeño calumniando a varias, y a su parecer con menor riesgo.

36. El coro se presenta persiguiendo a los dos griegos, que han matado a Reso mientras Atenea hablaba con Paris, y después, al retirarse este, con Odiseo, que trae su espada llena de sangre en la mano. Diomedes ha escapado con los caballos.

37. No se fija aquí de cuál de las Lócridas se habla, pero es de suponer que se aluda a Naupacto, hoy Lepanto, porque las capitales de las otras dos no eran puertos. Las Lócridas eran tres: la epicnemidia, la opuntia y la ozolia, a la cual pertenecía Naupacto.

38. Las Espóradas o *Dispersas* son unas islas del archipiélago al este de las Cícladas y a lo largo de la costa sur del Asia Menor, entre Samos y Rodas.

39. Nunca han hecho los lobos tan extrañas maniobras, y por tanto debemos recordar que se trata de un sueño, en cuyo caso ya es otra cosa.

40. El cochero juzga imposible que ningún enemigo ose penetrar en un campamento tan bien guardado, vencedor, y sobre todo siendo Reso, su señor, tan fuerte y tan poderoso.

41. Falta aquí parte del texto, aunque es fácil de suponer, por su simple lectura, a primera vista, que el coro se lamenta de la pena o del castigo que le amenaza.

42. La costumbre de griegos y romanos de sepultar sus muertos en los caminos, a que aluden tragedias y comedias griegas e historiadores y polígrafos de ambas naciones, se fundaba en dos verdades muy útiles, higiénica la una, y moral la otra; la primera, hoy aceptada y practicada por los pueblos cultos, consistía y consiste en alejar la putrefacción y sus consecuencias de la residencia de los vivos, por miedo a las enfermedades que origina; y la segunda es, como dice Tito Livio: *Quo praetereuntes admoneant et se fuisse et illos esse mortales*.

43. Eneo, padre de Tideo, padre de Diomedes.

44. Tamiris, antiguo poeta griego, hijo de Filamón y de Arsínoe, tracio edonio, obtuvo el premio de la lira en los juegos píticos; pero fue vencido por las Musas, a quienes desafió. Perdió también la vista por su atrevimiento, y se le creía inventor del modo musical dorio y de muchos poemas perdidos.

45. Orfeo, célebre cantor y poeta griego, tracio también de origen, e hijo del rey Eagro y de la musa Calíope, o de Apolo y de Clío; tomó parte en la expedición de los Argonautas y estuvo en Egipto, en donde murió su mujer, Eurídice, mordida por un áspid. La perdió después de sacarla de los infiernos, por mirarla antes de salir de él. Los animales feroces lo seguían, y los árboles llevaban el compás con sus ramas. Fue, además, astrónomo, moralista y excelente cantor y poeta.

46. Museo, antiguo poeta griego, ateniense, y discípulo o hijo de Orfeo y padre de Eumolpo, vivió en el siglo XIII o XIV antes de Jesucristo. No se conserva de él obra alguna, y son apócrifas las que se le atribuyen.

47. Perséfone, esposa de Hades. Llama frugífera a *la que trae los granos ó cereales*, a Deméter, diosa de la agricultura.

48. Había minas de plata en el monte Pangeo, y por esto le llama tierra argentífera.

49. Sin hijos.

50. Los tirrenios pasan por haber sido los inventores de la trompeta guerrera.

El Cíclope

* * *

ARGUMENTO

El famoso Odiseo, rey de Ítaca, no voluntariamente, sino arrastrado por vientos contrarios, arriba a la costa de Sicilia, en donde habitaba Polifemo, el Cíclope, consagrado en absoluto, a pesar de su origen divino, a satisfacer sus apetitos bestiales. Como gigante, necesitaba una cantidad de alimento proporcionada a su estatura, y aunque constituían su más suculenta comida ordinaria los animales domésticos, regalábase también, cuando la ocasión se presentaba, con la carne de los desventurados náufragos o extraviados que aportaban a sus dominios. Los esclavos que a la sazón le servían para atender a su ganadería y a su labranza eran Sileno y los sátiros hijos de este, que habían caído en sus manos cuando buscaban a Dioniso, su señor, en poder de unos piratas tirrenios enviados por Hera, su enemiga.

Odiseo pide a Sileno víveres y agua, estando ausente el Cíclope, y pagándole su precio; y cuando el viejo exayo del hijo de Sémele se dispone a complacerlo, por el vino del comprador y con la piadosa intención de

guardarse el precio de la venta, aparece el Cíclope, que desbarata tan seductores proyectos, desoye las súplicas y exhortaciones de Odiseo, y lo destina a ser asado o cocido con sus compañeros. Y, en efecto, mata y se come a dos de ellos, accediendo solo por pura benevolencia y cortesía ciclópea, agradecido al deleite que ha recibido de su prisionero escanciándole el licor de Dioniso, a reservarlo para el último de su antropófago banquete. No queda, pues, otro recurso al héroe de Homero que matar a Polifemo, y así lo hace, embriagándolo primero e introduciendo después en su único ojo frontal un enorme tizón puntiagudo ardiendo.

Esta obra dramática de Eurípides es preciosa para nosotros, por ser la única de su especie que se conserva, por su mérito literario intrínseco, y porque nos ofrece al eminente trágico cómico consumado, y justamente en la época más brillante de su vida y en la flor de su talento. Contaba entonces el año 57 de su edad, y la representación de esta obra tuvo lugar en la olimpiada 85, y en su tercer año, 438 antes de Jesucristo.

El drama satírico, según la opinión más admitida por los eruditos dedicados a estos estudios, fue inventado como homenaje o expiación en favor de Dioniso, de cuyas fiestas habían nacido la tragedia y la comedia, aunque ni la una ni la otra conservaban de su primitivo origen sino la tradición del hecho, desfigurado y casi olvidado, hasta el extremo de afirmar los mismos atenienses que en ninguna de ellas se veía rastro o huella de su origen, aparte de la formación de las palabras que expresaban el nombre de la tragedia de τράγος, *macho cabrío*, animal consagrado a Dioniso, y de la época de su representación en las fiestas dionisíacas. La prueba evidente y al alcance de todos de esta verdad la hallamos en seguida

en los lectores vulgares de esas composiciones, ignorantes por completo de esa relación entre el dios coronado de hiedra y las obras dramáticas griegas, si antes no han llegado a su noticia las indicaciones expuestas. Se exigió, pues, en desagravio del dios, que a las obras trágicas acompañase un drama satírico, cuyo asunto había de desenvolver una fábula o acción relativa a Dioniso, directa o indirectamente, con un coro compuesto de sátiros, de donde le vino su nombre, y sujeto, además, a ciertos límites previamente trazados en su exposición y desarrollo, a sus danzas peculiares y hasta a sus ritmos. Solamente en la mitología o en la edad heroica, a diferencia de la tragedia y de la comedia, habían de fundarse sus argumentos, y fueron entre los griegos lo que las farsas *atelanas* de los romanos y los entremeses entre los españoles: lo bufo y lo alegre después de lo serio y lo triste. Los escribieron y perfeccionaron todos los grandes poetas, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Pratinas, Hegemón y otros muchos.

Pero prescindiendo de su rareza, recomienda especialmente al Cíclope su valor literario intrínseco, extraordinario a nuestro juicio. Su acción, elegida, trazada y desenvuelta con naturalidad, sencillez y sobriedad dramática, tan hábil como práctica en su conjunto y en sus más ínfimos detalles; la gracia, la claridad y la aparente ligereza de sus distintas peripecias, y la variedad, la novedad y el interés escénico de las situaciones burlescas de sus distintos personajes; la mezcla de serio y de ridículo de un gusto depurado y ático que resplandece en todas sus estrofas; la diversidad de los caracteres de sus personajes, maravillosamente diseñados y sostenidos, y, por último, la poesía verdadera derramada a manos llenas en toda ella, y en particular en los cantos de los coros, obligan por necesidad a cuantos lean este drama, si poseen sentido natural para la percepción de la

belleza literaria, y han aprovechado la educación consiguiente para perfeccionarla, a admirar a su autor como merece, y a confesar con justicia que su capacidad poética en lo trágico no es inferior, sino más bien al contrario, en el drama satírico titulado El Cíclope. Hasta en las groserías o indecencias que contiene, se muestra hasta cierto punto moderado, porque, comparadas con las de los poetas cómicos contemporáneos, resultan, así respecto a su número como a su calidad, pálidos y vagos reflejos del cinismo, de la desvergüenza y de la osada procacidad de esos antiguos predecesores helenos de algunos novelistas, periódicos y autores dramáticos modernos.

PERSONAJES

Sileno, *exayo de Dioniso.*

Coro de sátiros, *hijos de Sileno.*

Odiseo, *príncipe de Ítaca.*

El Cíclope, *Polifemo.*

La acción pasa en Sicilia, delante de la caverna del Cíclope.

* * *

Se ve en el teatro una caverna y su entrada, y próximo a ella un verde prado.

SILENO

¡Oh Dioniso!, por ti soporto ahora innumerables trabajos, semejantes a los de mi florida juventud. Primero envió Hera contra mí a las Furias para que me atormentaran en tu ausencia, después que dejaste a las ninfas de los montes que te criaron; luego fui tu auxiliar, y a tu lado combatí en la lucha contra los gigantes y di muerte a Encélado, rompiendo con mi lanza el

centro de su escudo. Pero, poco a poco, ¿no he soñado todo esto? No, por Zeus, que presenté a Dioniso los bélicos despojos. Pero nada de esto es comparable a mi última desdicha, cuando Hera suscitó contra ti a los piratas tirrenios para que te vendiesen en lejanas tierras, y yo lo supe y con mis hijos navegué en busca tuya, y yo mismo, empuñando el timón en la popa de la nave, al compás de los remos y sentados mis hijos en los bancos, azotamos la blanca espuma del azulado mar, ansiosos de encontrarte, ¡oh rey! Y ya cerca de Malea,[1] un viento que soplaba del oriente combatió nuestro bajel y nos arrojó contra estos escollos del Etna, en donde habitaban los cíclopes[2] homicidas, hijos de un solo ojo del dios marino. Esclavos somos de uno de ellos, que nos apresó; Polifemo se llama nuestro dueño, y en vez de celebrar danzas báquicas, apacentamos los rebaños del impío Cíclope. Mis hijos, muchachos ya crecidos, apacientan las ovejas en las últimas colinas; yo lleno los abrevaderos y limpio la casa, y en ella resido, y sirvo al impío Cíclope en sus nefandas cenas. Y ahora, obediente a sus órdenes, barreré la gruta con estos rastrillos de hierro, para que esté limpia a la vuelta del Cíclope, mi señor, y de las ovejas. Pero ya veo a mis hijos que se acercan apacentando los ganados. ¿Qué es esto? ¿Acaso os entregáis a vuestras ruidosas danzas,[3] como en otro tiempo, cuando erais fieles compañeros de Dioniso en la casa de Altea[4] y os deleitabais al son de las liras y del canto?

EL CORO

¿Adónde caminas, ¡oh hijo de padre noble y de noble madre!? ¿Por qué vas hacia los escollos? ¿Por ventura no tienes aquí suave aura y alegre césped, y agua clara de los ríos que reposa en los abrevaderos junto a la gruta en donde balan tus corderillos? ¡Ay de ti! ¿No pacerás aquí; no

pacerás aquí? ¿No en la colina llena de húmedo rocío? ¡Hola! Pronto te lanzaré una piedra. Apártate; apártate, ¡oh carnero!, vete al establo del pastor, del rústico Cíclope.

Déjame, oveja, tus tetas turgentes; entrega tus pezones a los corderillos que yacen en los lechos. Los balidos de tus hijuelos, que duermen durante el día, te llaman. ¿No volverás al fin a tu establo, abandonando los pastos herbosos bajo las rocas del Etna? Aquí no está Dioniso, aquí no hay coros ni bacantes armadas de tirsos, ni estrépito de tímpanos junto a las fuentes de agua cristalina, ni frescas gotas de vino, ni Nisa[5] con sus ninfas.

Báquicos, báquicos versos me hace cantar Afrodita, a la cual perseguía yo ligero con las bacantes de pies blancos. ¡Oh Dioniso, oh Dioniso querido! ¿En dónde yaces solitario sacudiendo tu blonda cabellera? Yo, mientras tanto, tu servidor, soy ahora esclavo del Cíclope de un solo ojo, siervo errante cubierto con esta piel miserable de macho cabrío, lejos de ti, a quien amo.

SILENO

Callad, ¡oh hijos!, y ordenad a los criados que traigan los rebaños a la cóncava gruta que forman estos peñascos.

EL CORO

Andad; pero ¿a que tanta precipitación, ¡oh padre!?

SILENO

Veo a la orilla del mar el casco de una nave griega, y a los remeros con su capitán que vienen hacia aquí y traen colgados de su cuello vasos vacíos, sin duda en busca de alimento, y las urnas del agua. ¡Oh extranjeros desdichados! ¿Quiénes son? No sabrán quién es Polifemo, nuestro señor, cuando se dirigen hacia este techo inhospitalario, arrastrados por su triste

destino para servir de pasto al Cíclope que devora a los hombres. Pero callaos, y les preguntaremos de dónde vienen a las sículas rocas del Etna.

ODISEO

¿Me diréis, ¡oh extranjeros!, en dónde encontraremos algún río para apagar nuestra sed, y alguno que quiera vender víveres a navegantes hambrientos? ¿Qué es esto? Parece que hemos arribado a la tierra de Dioniso, porque veo junto a esa gruta multitud de sátiros. Saludo al más anciano.

SILENO

Salve, ¡oh extranjero!; di quién eres y cuál es tu patria.

ODISEO

Odiseo, de Ítaca, rey de los cefalonios.

SILENO

He oído hablar de cierto Odiseo, hombre locuaz, del astuto linaje de Sísifo.[6]

ODISEO

Yo soy, pero no me insultes.

SILENO

¿Desde dónde venís por mar a Sicilia?

ODISEO

Desde Troya, después de haber sufrido en ella muchos trabajos.

SILENO

¿Cómo, pues? ¿No sabías navegar hacia tu patria?

ODISEO

Las tempestades y los vientos me han traído aquí a la fuerza.

SILENO

¡Hola! Tu fortuna es igual a la mía.

ODISEO

¿Contra tu voluntad estás aquí también?

SILENO

Por seguir a los piratas que robaron a Dioniso.

ODISEO

Pero ¿qué país es este y quienes lo habitan?

SILENO

El monte Etna, el más alto de Sicilia.

ODISEO

¿Y las murallas y las torres de la ciudad?

SILENO

No hay; en estas cumbres no habitan hombres, ¡oh extranjero!

ODISEO

¿A quién pertenece esta región? ¿A las fieras, acaso?

SILENO

A los cíclopes, que moran en cavernas, no en casas.

ODISEO

¿A quién obedecen? ¿Gobierna el pueblo?

SILENO

Son pastores nómadas; ninguno obedece a otro.

ODISEO

¿Siembran las espigas de Deméter, o de qué viven?

SILENO

De leche y de queso, y de la carne de sus ganados.

ODISEO

¿Y saborean el licor de Dioniso, el suave jugo de la viña?

SILENO

De ninguna manera; en este país son desconocidas las danzas.

ODISEO

¿Son hospitalarios y benévolos con los extranjeros?

SILENO

Dicen que no hay manjar tan exquisito como su carne.

ODISEO

¿Qué dices? ¿Celebran deleitosos banquetes y devoran los hombres después de matarlos?

SILENO

Ninguno se ha escapado hasta ahora.

ODISEO

Y el Cíclope, ¿está en la gruta?

SILENO

Fue al Etna a cazar fieras con sus perros.

ODISEO

¿Podrás ayudarnos a huir de aquí?

SILENO

No me es posible; pero pídeme otra cosa.

ODISEO

Véndenos víveres, que no tenemos.

SILENO

Ya te he dicho que solo hay carne.

ODISEO

¡Dulce alivio de nuestra hambre!

SILENO

Y queso y leche de vaca.

ODISEO

Traedlo todo, pues, que la luz es necesaria en estos tratos.

SILENO

Dime tú ahora: ¿cuánto piensas darme en cambio?

ODISEO

No traigo dinero, sino néctar de Dioniso.

SILENO

¡Dulcísima nueva! ¡Largo tiempo hace que no lo probamos!

ODISEO

Regalo es de Marón, hijo del dios.

SILENO

¿El que tuve en otro tiempo en mis brazos?

ODISEO

El hijo de Dioniso, para que me entiendas mejor.

SILENO

¿Y lo guardas en la nave, o lo traes allí?

ODISEO

En este odre, ¡oh anciano!

SILENO

Ni para un trago tengo.

ODISEO

Traeremos dos veces otro tanto.

SILENO

¡Deleitosa, gratísima fuente!

ODISEO

¿Quieres probarlo, que es puro?

SILENO

Así debe ser; la prueba atrae compradores.

ODISEO

Con el odre viene también una copa.

SILENO

Llénala, pues, y recordaré haber bebido en otro tiempo.

ODISEO

Hela aquí.

SILENO

¡Oh placer! ¡Qué aroma despide!

ODISEO

¿Lo viste acaso?

SILENO

No, por Zeus, pero lo percibo.

ODISEO

Pruébalo, pues, y serán fondadas tus alabanzas.

SILENO

¡Oh gozo! Dioniso me excita a bailar. ¡Ah, ah, ah!

ODISEO

¿Qué tal sonaba al atravesar tu garganta?

SILENO

Hasta los tuétanos ha penetrado.

ODISEO

Te daré además dinero.

SILENO

Bástame el odre; déjate ahora de dinero.

ODISEO

Vengan ya los quesos o los corderillos.

SILENO

Los traeré, sin cuidarme de mi amo; por beber una copa daría todos los rebaños de los cíclopes, y me precipitaría, por embriagarme y desarrugar mi ceño, en la mar desde la roca Léucade. El que no goza bebiendo es un insensato; así puedes disfrutar de todos los variados y dulces goces del amor,[7] y bailar, y olvidar tus penas. ¿Y no besaré tan suave licor sin hacer caso de las necias lágrimas del Cíclope, y del único ojo que brilla en medio de su frente? (*Sileno entra en la caverna*).

EL CORO

Oye, Odiseo, quisiéramos hablarte.

ODISEO

Amigos sois; acercaos al que lo es vuestro.

EL CORO

¿Tomasteis Troya y recobrasteis a la cautiva Helena?

ODISEO

Y también cautivamos a toda la familia de Príamo.

EL CORO

Y después que recobrasteis a esa tierna joven, ¿no la disfrutasteis todos, por su orden, ya que tanto le plugo casarse con distintos maridos? De la traidora hablo, que, al contemplar los calzones de variados colores y el collar de oro que adornaba la garganta de Paris, perdió el juicio y abandonó a Menelao, el mejor de los hombrecillos. Ojalá que nunca hubiese nacido

mujer alguna..., a no ser para mí solo.

SILENO

Aquí tienes, ¡oh rey Odiseo!, nuestras rústicas riquezas, corderillos que balan, y no pocos quesos de cuajada leche. Lleváoslos, pues; alejaos cuanto antes de estas cavernas, y dadme en cambio este dulce néctar de los báquicos racimos. ¡Ay de mí! El Cíclope viene; ¿qué hacemos?

ODISEO

Perdidos somos, anciano. ¿Adónde huimos?

SILENO

Entrad en las cavernas; quizá logréis esconderos.

ODISEO

Peligroso es tu consejo, pues nosotros mismos nos precipitaremos en las redes.

SILENO

No lo es; hay dentro ciertos rincones en donde podéis refugiaros.

ODISEO

No será así; Troya se quejaría bastante si huyésemos de un solo hombre, cuando yo resistí muchas veces con mi escudo numeroso escuadrón de frigios. Si hemos de morir, será con gloria; y si vivimos, que sea después de defendernos con valor, cual cumple a nuestra antigua fama.

EL CÍCLOPE

Detente; trae la luz. ¿Qué es esto? ¿Jugáis acaso? ¿Qué significan esas bacanales? No está aquí Dioniso, ni suenan las trompetas ni se oyen los tambores. ¿Y los corderillos recién nacidos? ¿Maman todavía y corren alrededor de sus madres? ¿Echasteis ya en las cestillas de junco la leche para los quesos? ¿Qué decís? ¿Qué respondéis? Este palo os hará llorar en breve;

mirad hacia arriba, no al contrario.

EL CORO

Observa tú cómo levantamos al cielo los ojos; veo a las estrellas y a Orión.[8]

EL CÍCLOPE

¿Preparasteis la comida?

EL CORO

Sí; apresta también tus fauces.

EL CÍCLOPE

¿Llenasteis los vasos de leche?

EL CORO

Si quieres, puedes beberte una cuba entera.

EL CÍCLOPE

¿Es de oveja, de vaca, o mezclada?

EL CORO

La que más te agrade, siempre que no me tragues.

EL CÍCLOPE

De ninguna manera, porque bailando en medio de mi vientre, me mataríais con vuestros saltos. ¡Hola! ¿Qué gente es esa que veo junto al establo? ¿Son piratas, o ladrones que han arribado? Sí, sin duda alguna; observo también corderillos de mis rebaños atados con mimbres, y entre ellos, castillos con quesos, e hinchada la frente calva de este viejo, efecto de los golpes que ha sufrido.

SILENO

¡Ay de mí! Tales fueron, que estoy calenturiento.

EL CÍCLOPE

¿Quién fue el agresor? ¿Quién, ¡oh anciano!, esgrimió sus puños en tu cabeza?

SILENO

Esos, ¡oh Cíclope!, porque me opuse a que se llevaran tus bienes.

EL CÍCLOPE

¿No sabían que yo era dios e hijo de dioses?

SILENO

Así les dije, y sin embargo se llevaban tus corderos y comieron queso, a pesar de mi resistencia, y se disponían a apropiarse los corderos; aseguraban que te habían de atar a un madero de tres codos, y te sacarían las entrañas por el ombligo y azotarían soberbiamente tus espaldas, y después, bien sujeto, te llevarían a la nave y te venderían para mover piedras con palancas o a trabajar en un molino.

EL CÍCLOPE

¿Conque así hablaron? ¿No cortarás pronto estacas puntiagudas y encenderás bastante leña? No tardaré en matarlos, y llenarán mi estómago, y sin ayuda de trinchante los comeré, los unos calientes, recién sacados de las ascuas, y otros bien cocidos en el puchero, cansado ya de carne montés; bastantes ciervos y leones he tragado, y hace mucho tiempo que no como carne humana.

SILENO

Nada hay más sabroso, ¡oh señor!, que alternar con nuevos manjares los ordinarios; mucho ha que no vienen extranjeros a tu caverna.

ODISEO

Atiende también a estos. Nosotros, deseosos de comprar víveres, vinimos a tu caverna desde nuestra nave; este nos ha vendido y entregado

los corderos por una copa de vino, que apuró, reinando entre todos la mejor armonía y sin apelar a la fuerza. Nada tiene de extraño que este viejo no haya dicho palabra de verdad, porque lo has cogido *in fraganti* vendiendo lo tuyo.

SILENO

¡Yo! ¡Mala muerte te lleve!

ODISEO

Sí, si miento.

SILENO

No, por Poseidón que te engendró, ¡oh Cíclope!; no, por Tritón el magno[9] y por Nereo;[10] no, por sus hijas y por Calipso,[11] por las sagradas olas y por todos los peces te juro, ¡oh Cíclope bellísimo, oh dueñecito mío!, que nada tuyo vendí a los extranjeros; si así no fuere, que tengan mala muerte estos hijos míos que tanto amo.

EL CORO

Oye tú; seguro estoy de haberte visto vendiendo a los extranjeros, y si es falso, que se muera mi padre; pero no seas injusto con ellos.[12]

EL CÍCLOPE

Mentís; más confianza me inspira Sileno que Radamanto,[13] y declaro que es más imparcial. Pero voy a interrogaros. ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestra patria? ¿En qué ciudad nacisteis?

ODISEO

Nacimos en Ítaca, y después de derribar a Ilión, vientos marinos, ¡oh Cíclope!, nos han arrojado a tus dominios.

EL CÍCLOPE

¿Sois, acaso, de los que fueron a la ciudad de Ilión, próxima al

Escamandro,[14] a vengar el rapto de la malvada Helena?

ODISEO

Somos, en efecto, los que sufrieron tan intolerables trabajos.

EL CÍCLOPE

Vergonzosa empresa, en verdad, navegar a la Frigia por una mujer.

ODISEO

Obra fue de una deidad, y así, no acuses a los mortales. Nosotros, ¡oh noble hijo del dios marino!, te suplicamos y te pedimos, a fuer de hombres libres, que no mates a tus amigos que han llegado a esta caverna, convirtiéndolos en manjar impío de tu boca, porque nosotros, ¡oh rey!, dimos a tu padre posesión de varios templos en distintos lugares de la Grecia, e inviolados continúan el santo puerto del Ténaro y las alturas inaccesibles de Malea, y el promontorio Sunio, abundante en plata, consagrado a la diosa Atenea, y los asilos Gerésteos,[15] y no perdonamos a los frigios los graves insultos con que deshonraron a la Grecia, de cuya gloria tú también participas, puesto que griego es este rincón apartado[16] que habitas bajo las rocas volcánicas del Etna. Ley es entre los mortales, si no te convencen mis palabras, acoger benévolos a los suplicantes que se pierden en la mar y ofrecerles presentes hospitalarios y vestidos, no clavarlos en largos asadores para llenar tu vientre y ejercitar tus mandíbulas. Bastantes griegos perecieron en la tierra de Príamo, que bebió la sangre de muchos muertos al empuje de la lanza, y muchas esposas quedaron sin maridos, y sin hijos ancianos y ancianas de blancos cabellos. Si devoras en tus crueles banquetes a algunos de mis compañeros, asándolos antes, ¿adónde nos dirigiremos? Sigue, pues, mi consejo, ¡oh Cíclope!; refrena tu voraz gula, y piadoso, no impío, recuerda que ilícitas

ganancias son de ordinario gravosas.

SILENO

Si te atienes a mi dictamen apurarás la carne de este, y si comes su lengua, ¡oh Cíclope!, serás charlatán elocuentísimo.

EL CÍCLOPE

Las riquezas, ¡oh hombrecillo!, son la única deidad de los prudentes; todo lo demás, sonoras y vanas palabras. No me cuido de los marinos alcázares consagrados a mi padre, e inútilmente los ensalzaste en tu discurso. Tampoco temo el rayo de Zeus, ¡oh extranjero!, ni creo que sea un dios más poderoso que yo. Este rey del Olimpo, por las razones que te diré, me inquieta muy poco; cuando difunde la lluvia desde el cielo, me refugio en esta caverna en donde no penetra el agua, y saboreo una ternera asada o algún otro animal bien rollizo, y descanso en cómoda postura[17] después de beberme una ánfora de leche, resonando mi manto con un ruido émulo de los truenos de Zeus. Cuando el tracio Bóreas arrastra nieve, me envuelvo en pieles de fieras, enciendo fuego y no me curo de nada. Necesariamente la tierra, ya quiera o no, produce hierba que engorda a mis rebaños; yo no mato para ofrecer víctimas a los dioses, sino solo para mí y para mi vientre, el principal de todos; beber y comer y satisfacer la necesidad de cada día es el Zeus de los sabios, y no afligirme por nada; me compadezco de los que establecieron leyes para civilizar al humano linaje, y no dejaré de regalarme absteniéndome de comerte. Y para que no me reconvengas, recibirás, en presente hospitalario, fuego, agua y esta caldera que contendrá tu carne hecha pedazos y la cocerá de lo lindo. Pero entrad y os acercaréis al ara del dios de la caverna, y celebraré con vosotros opíparo banquete. (*Entra el Cíclope en la caverna*).

ODISEO

¡Ay, ay de mí! Ileso salí de los peligros de Troya y de la mar, y tropiezo ahora con este ser impío, de corazón inexorable. ¡Oh Palas, oh señora, hija de Zeus, socórreme, socórreme! Aguárdanme trabajos más graves que los de Troya, y más temibles riesgos. Y tú, Zeus, protector de la hospitalidad, que habitas entre los astros brillantes, mira todo esto, que si no me atiendes serás un Zeus inútil, un dios que para nada sirve. (*Sigue al Cíclope*).

EL CORO

Abre, ¡oh Cíclope!, los labios de tu inmensa boca, que ya están prontos tus cocidos y asados; limpielos después de apartarlos del fuego, para que tragues y tritures con tus dientes los miembros de los extranjeros, recostado en la erizada piel de macho cabrío. Ruégote que para mí nada dejes; disfruta tú solo y llena tu vasto vientre. ¡Ojalá que yo no vea más esta caverna, ni presencie el impío sacrificio de víctimas que celebra el Cíclope del Etna, ávido de devorar las carnes de los navegantes! Cruel es el miserable que degüella a los viajeros suplicantes que se acercan a sus lares y los despedaza y traga, ya comiéndolos cocidos con sus abominables dientes, ya asando carne humana y devorándola caliente cuando la aparta del fuego.

ODISEO

¡Oh Zeus! ¿Qué diré, testigo en esta caverna de tales horrores, increíbles y más fabulosos que reales?

EL CORO

¿Qué hay, Odiseo? ¿Por ventura el impío Cíclope saboreó ya a tus amados compañeros?

ODISEO

Sí; a dos que examinó y pesó con cuidado, muy rollizos por cierto.

EL CORO

¿Quieres contarme esa desdicha, ¡oh desventurado!?

ODISEO

Después que entramos en esta peñascosa caverna encendió fuego, arrojando al vasto hogar troncos de robusta encina, en cantidad suficiente para cargar tres carros. Preparó luego su lecho junto a él con hojas de abeto que extendió en el suelo; llenó de blanca leche de vaca, ordeñada por su mano, un vaso que contendría unas diez ánforas, y puso a su alcance una copa de hiedra de tres brazas de ancho y cuya profundidad parecía de cuatro. Arrimó al fuego una caldera de bronce llena de agua y endureció en él la punta de los asadores de espino blanco, puliendo con la hoz lo restante, y pidió vasos del Etna, para que al filo del hacha...

... ...

Hechos estos preparativos por el odioso cocinero de Hades, se apoderó de dos compañeros míos y los mató, guardando cierto orden; arrojó al uno a la caldera de bronce, y cogiendo al otro por los pies, lo machacó contra el filo de una piedra que sobresalía en la roca, le hizo saltar los sesos, y, cortando sus carnes con cruel cuchillo, asó parte al fuego, y echó la restante en la caldera, para guisarla. Yo, desventurado, derramaba abundantes lágrimas y servía al Cíclope, sin separarme de su lado. Los demás, como aves asustadas, se refugiaban, temblando, en las hendiduras de la caverna, helada su sangre de terror. Harto ya, después de haber devorado a mis compañeros, se abandonó al descanso, exhalando de sus fauces hediondo aliento. Ocurrióseme entonces, por inspiración divina, ofrecerle una copa de este vino Marón, para que lo gustase, diciéndole así: «¡Oh Cíclope, hijo del dios marino!, mira el néctar suave que te ofrezco, licor de Dioniso,

extraído de las viñas de la Grecia». Aceptolo; se llenó de manjar abominable, y la apuró y la alabó de este modo, levantando la mano: «¡Oh tú el más amable de los huéspedes!; grata copa es esta para coronar mi banquete». Conocí que le había gustado y le di otra, previendo que el vino sería su mayor enemigo y el mejor medio para que expiase su delito. Empezó a cantar, bebiendo a mi ruego copa tras copa, difundiéndose el calor por sus entrañas. En este momento entona desaliñadas canciones, mientras lloran mis compañeros de navegación y repite sus lamentos la caverna. He salido, pues, con cuidado, y si quieres, nos salvaremos todos. Decid, pues, si deseáis abandonar a este monstruo inhospitalario y habitar el palacio de Dioniso en compañía de vírgenes náyades.[18] Apruébalo tu padre, que está dentro; pero como es débil y ha percibido el aroma del vino, vacila como el ave presa con liga, pegadas sus alas a la copa; pero tú, que eres joven, sálvate conmigo y busca a Dioniso, tu antiguo amigo, bien distinto del Cíclope.

EL CORO

¡Oh tú el más querido, ojalá que veamos este día venturoso, y huyamos del impío Cíclope! Mi larga y forzosa continencia es ya intolerable.

ODISEO

Oye ahora cómo nos vengaremos de esa bestia feroz y nos libraremos de su servidumbre.

EL CORO

Habla, pues; que más placer ha de infundirnos la muerte del Cíclope que si oyésemos el sonido de la cítara asiática.[19]

ODISEO

Trastornado su juicio con el licor báquico, quiere visitar a los cíclopes,

sus hermanos, para comer con ellos.

EL CORO

Ya comprendo: proyectas matarlo cuando atraviese solo las selvas o acaso precipitarlo desde las rocas.

ODISEO

No es eso; astuto es mi proyecto.

EL CORO

¿Cómo, pues? Ya antes de ahora celebró la Fama tu astucia.

ODISEO

Quiero disuadirlo de ese banquete diciéndole que no debe compartir el vino con los cíclopes, sino regalarse solo, y cuando se duerma, vencido por el licor, cogeré cierta estaca de olivo que hay en la caverna, y afilando su extremo con mi espada, lo pondré al fuego, y cuando se encienda, lo introduciré por la frente del Cíclope y abrasaré su único ojo. Como el que traba la tablazón de una nave y mueve el taladro con las dos correas, así haré girar el tizón en el ojo brillante del Cíclope y quemaré su pupila.

EL CORO

¡Viva, viva! Nos llena de alegría, locos nos vuelve tu invención.

ODISEO

Y después que te embarque con tus amigos y con ese anciano en el cóncavo casco de la negra nave, con duplicados remos os alejaréis de esta tierra.

EL CORO

¿Y no consentirás que yo lo ciegue también con el tizón, a guisa de purificación divina? Quisiera ayudarte en este atentado.

ODISEO

Me ayudaréis, sin duda; el tizón es grande, y todos vosotros podréis manejarlo.

EL CORO

Con gusto soportaría la carga de cien carros, siempre que vaciase el ojo del Cíclope cual nido de avispas, y le diese mala muerte.

ODISEO

Callad ahora; ya conocéis mi proyecto. Y cuando yo lo mande, obedeced a los arquitectos, que no huiré solo abandonando a los amigos que hay dentro de la caverna. Aunque podría escaparme y ya estoy fuera de la cueva, no es justo que, siendo mis compañeros, me salve solo. (*Entra de nuevo en la caverna*).

PRIMER SEMICORO

Vamos. ¿Quién será el primero? ¿Quién empuñará el segundo el tizón, e introduciéndolo por los párpados del Cíclope, perforará su ojo claro?

SEGUNDO SEMICORO

Calla, calla. Ebrio ya el cantor discordante, y entonando una canción desapacible que aullará después, se adelanta desde su peñascosa caverna. Vamos; enseñemos a este ignorante lo que debe hacer en los banquetes. Pronto quedará completamente ciego.

EL CORO

Bienaventurado el que se embriaga con el grato licor de la uva, tan dulce en los festines, estrechando en sus brazos a su joven amigo y guardando en su lecho bella y tierna amiga, mientras sus cabellos brillan perfumados, y canta: «¿Quién me abrirá la puerta?».

EL CÍCLOPE

¡Hola, hola, hola! Anegado en vino, regocíjanme los banquetes, y mi

vientre, como nave de carga, relleno está hasta los bordes. El risueño césped me invita a comer, en este hermoso tiempo de primavera, con mis hermanos los cíclopes. Vaya, huésped, dame, dame el odre.

EL CORO

Bellos son sus ojos y bello todo él, ahora que sale de su morada. Ámanos él, y nosotros le correspondemos. Las antorchas te aguardan y tierna ninfa te espera en la gruta, llena de húmedo rocío. Pronto llevarás en tu cabeza corona de varios colores.

ODISEO

Escúchame, Cíclope, que yo conozco perfectamente ese Dioniso que te di a beber.

EL CÍCLOPE

¿Y qué dice la fama de ese dios Dioniso?

ODISEO

Que ninguno como él alegra la vida humana.

EL CÍCLOPE

Por eso yo le eructo tan suavemente.

ODISEO

Tan bondadoso es; a nadie daña.

EL CÍCLOPE

¿Y cómo, siendo dios, se complace encerrado en un odre?

ODISEO

En todas partes contento.

EL CÍCLOPE

Pero no parece regular que un dios se envuelva en pieles.

ODISEO

¿Y qué, si te deleita? ¿Te ofende la piel, acaso?

EL CÍCLOPE

Detesto el odre, pero me gusta la bebida.

ODISEO

No te vayas, pues; bebe y alégrate, ¡oh Cíclope!

EL CÍCLOPE

¿Pero no debo compartirla con mis hermanos?

ODISEO

Mayor será tu dicha si solo la disfrutas.

EL CÍCLOPE

Pero convidando a mis amigos, me lo agradecerán.

ODISEO

Propensos son los banquetes a disputas y reyertas escandalosas.

EL CÍCLOPE

Nos embriagaremos, y nadie osará tocarme.

ODISEO

¡Oh amigo!, conserva ese licor en tu gruta.

EL CÍCLOPE

Necio es el que, bien bebido, no ama los banquetes.

ODISEO

El que, ebrio, no sale de su casa, es prudente.

EL CÍCLOPE

¿Qué hacemos, Sileno? ¿Me aconsejas quedarme?

SILENO

Sí. ¿Qué necesidad tienes de compañeros para beber, ¡oh Cíclope!?

EL CÍCLOPE

Y en verdad que florido césped cubre la tierra.

SILENO

Y grato es beber al sol. Recuéstate, pues, y descansa junto a mí.

EL CÍCLOPE

Aquí me tienes ya; pero ¿por qué pones la copa detrás de mí?

SILENO

No se la lleve alguno que pase.

EL CÍCLOPE

Lo que tú quieres es empinarla a hurtadillas; ponla en medio de los dos. Tú, ¡oh huésped!, dime cómo he de llamarte.

ODISEO

Ninguno. Pero ¿qué gracia me dispensarás para que yo te alabe?

EL CÍCLOPE

Serás el último que devore.

ODISEO

Egregio favor para tu huésped, ¡oh Cíclope!

EL CÍCLOPE

¡Hola!, ¿qué haces? ¿Te bebes el vino a escondidas?

SILENO

No; Dioniso me ha dado un ósculo, enamorado de mi gracia.

EL CÍCLOPE

Lágrimas ha de costarte tu afición al vino, que no te ama.

SILENO

No, por Zeus; dice que adora mi belleza.

EL CÍCLOPE

Viértelo, y llena la copa para mí solo.

SILENO

¿Qué tal? Veamos si está bien hecha la mezcla.

EL CÍCLOPE

Tú me desesperas; dámela así.

SILENO

No, por Zeus; antes veré la corona en tu cabeza, y lo probaré.

EL CÍCLOPE

¡Copero bribón!

SILENO

No, por Zeus; que el vinillo es exquisito. Límpiate bien las narices antes de beberlo.

EL CÍCLOPE

Mira; limpios están mis labios y mi barba.

SILENO

Apoya el codo con gracia; bebe después como me ves beber... y como ya no me ves.

EL CÍCLOPE

¡Ah, ah! ¿Qué haces?

SILENO

Suavemente me la bebí de un trago.

EL CÍCLOPE

Tómala tú, huésped, y serás mi copero.

ODISEO

Ya conoce mi mano la viña.

EL CÍCLOPE

Vamos; llénala ya.

ODISEO

Eso hago; calla ahora.

EL CÍCLOPE

Difícil será, después de beber mucho.

ODISEO

Aquí la tienes; no dejes una sola gota, que, apurada la copa, lo mejor es morirse.

EL CÍCLOPE

¡Hola! Precioso don es la vid.

ODISEO

Seguro es que si después de comer mucho bebes mucho y humedeces tu vientre, aun sin sed, sentirás sueño; pero si dejas algo, Dioniso secará tus fauces.

EL CÍCLOPE

¡Viva, viva! ¡Casi nado! ¡Puro es este goce! Paréceme que el cielo y la tierra se mueven confundidos, y que veo el trono de Zeus y toda la corte celestial. No los besaré; las Gracias me provocan; pero contento con este Ganimedes,[20] descansaré por las Gracias muy gustoso. Hasta cierto punto me gustan más los jóvenes que las mujeres.

SILENO

Pero ¿soy acaso el Ganimedes de Zeus, Cíclope?

EL CÍCLOPE

Sí, por Zeus, que yo lo arrebato del palacio de Dárdano.[21]

SILENO

Yo muero, ¡oh hijos! Voy a ser víctima de una desgracia indigna.

EL CÍCLOPE

¿Rechazas a tu amante ebrio y con tanto desdén me tratas?

SILENO

¡Ay de mí! Amargo, en verdad, será pronto para mí el vino que he bebido. (*El Cíclope arrastra a Sileno a la caverna*).

ODISEO

Vamos ahora, hijos de Dioniso, mancebos generosos; ya entró en la gruta; rendido por el sueño, no tardarán sus horribles fauces en devolver la carnaza. El tizón humea ya dentro; todo está preparado, y solo nos resta abrasar el ojo del Cíclope; prueba ahora tu valor.

EL CORO

Duros seremos como la piedra y el hierro. Entra, sin embargo, antes que mi padre sea deshonrado; aquí todos te obedecemos.

ODISEO

¡Oh Vulcano, rey del Etna!, protégeme, y que al primer golpe abrase el ojo de tu mal vecino; y tú, Sueño, hijo de la negra Noche, socórreme con todo tu poder contra esta bestia enemiga de los dioses; después de pasar en Troya tan honrosos trabajos, no entreguéis a la muerte a estos navegantes y al mismo Odiseo por un hombre que desprecia a un tiempo al cielo y a la tierra. ¿Creeremos que es diosa la Fortuna, y superior a los demás dioses? (*Entra en la caverna*).

EL CORO

Fuertes tenazas oprimirán el cuello del comedor de extranjeros, y el fuego abrasará después su brillante pupila, porque ya cubre la ceniza esta robusta rama. Venga, pues, Marón, y trastornándole el juicio con su fuego, hágale pagar su pena, y destruya el párpado del Cíclope, ya que lo ha bebido en su daño. Y yo, dejando este desierto, quiero ver al afable

Dioniso, amante de la hiedra. ¿Lo conseguiré algún día?

ODISEO

Callad, por los dioses, ¡oh fieras!; estaos quietas y no despegad los labios; ni respirar os permito, ni guiñaros los ojos, ni aun escupir siquiera; no despierte este calamitoso Cíclope antes que el fuego acabe con su ojo.

EL CORO

Callemos, y que solo el aire atraviese nuestras fauces.

ODISEO

Entrad ya, y coged el tizón encendido en punto.

PRIMER SEMICORO

¿No señalarás tú por su orden los que primero han de quemar el ojo del Cíclope con esta palanca inflamada, para que todos contribuyamos al buen éxito de esta empresa?

SEGUNDO SEMICORO

Nosotros estamos a la puerta, algo lejos, en verdad, para abrasarlo.

PRIMER SEMICORO

Nosotros cojeamos hace poco.

SEGUNDO SEMICORO

Algo parecido me pasa, porque en pie y todo, me acomete una convulsión, cuya causa ignoro.

PRIMER SEMICORO

¿Y cómo, estando en pie, padecéis convulsiones?

SEGUNDO SEMICORO

Y nuestros ojos están llenos de polvo, o de ceniza, o de otra cualquier cosa.

ODISEO

Cobardes auxiliares son estos, y para nada sirven.

EL CORO

¿Es cobardía acaso cuidar de nuestro pellejo y de nuestras espaldas, y oponernos a perder los dientes a fuerza de azotes? Conozco un encanto excelente de Orfeo, cuya virtud es tal, que el tizón encendido se introducirá por sí mismo en el cráneo del hijo de la Tierra que ve con un ojo solo.

ODISEO

Aunque ya sabía hasta dónde llega tu valor, ahora no tengo la menor duda. Más vale que mis amigos me ayuden en la obra. Si nada has de hacer, aliéntanos siquiera con tus palabras.

EL CORO

Así lo haré. En los carios[22] confiamos. Que nuestras exhortaciones contribuyan a abrasar al Cíclope. (*Odiseo entra en la caverna*). ¡Ánimo, ánimo! Blandid el tizón con esfuerzo; daos prisa; quemad las cejas de la bestia que traga a los huéspedes. Devorad con el fuego, ¡oh!, abrasad al pastor de las ovejas del Etna. Taládralo; déjalo ya, no te maltrate, atormentado por el dolor.

EL CÍCLOPE

¡Ay de mí! ¡Apagan la luz de mi ojo!

EL CORO

¡Suave himno!; cántalo, ¡oh Cíclope!

EL CÍCLOPE

¡Ay de mí, otra vez! ¡Cómo me ultrajan! ¡Cómo me asesinan! Pero nunca os escaparéis contentos de esta cueva, hombres que nada valéis; yo cerraré la puerta, y mis manos os atraparán.

EL CORO

¿Qué significan esos clamores, ¡oh Cíclope!?

EL CÍCLOPE

¡Muerto soy!

EL CORO

Deplorable es tu estado.

EL CÍCLOPE

Y bien mísero, además.

EL CORO

¿Caíste ebrio en medio del fuego?

EL CÍCLOPE

Ninguno me perdió.

EL CORO

Luego ninguno te ha ofendido.

EL CÍCLOPE

Ninguno cegó mi ojo.

EL CORO

¿Luego no estás ciego?

EL CÍCLOPE

Así lo estés tú.

EL CORO

Pero ¿cómo no te ha cegado ninguno?

EL CÍCLOPE

¿Te ríes? ¿En donde está *Ninguno*?

EL CORO

En ninguna parte, ¡oh Cíclope!

EL CÍCLOPE

Me perdió el huésped odioso que trastornó con su vino mi juicio; ¿lo entiendes ya?

EL CORO

Grande es el poder del vino, y se domina con trabajo.

EL CÍCLOPE

Por los dioses, ¿se escaparon, o están todavía en la caverna?

EL CORO

Escondiéronse callados bajo el oscuro peñasco.

EL CÍCLOPE

¿Hacia qué parte?

EL CORO

A tu derecha.

EL CÍCLOPE

¿En dónde?

EL CORO

Junto a la misma roca. ¿Los encontraste ya?

EL CÍCLOPE

¡Desdicha sobre desdicha! Al tropezar me he roto el cráneo.

EL CORO

Y se escapan.

EL CÍCLOPE

No estaban, pues, hacia aquí, como dijiste.

EL CORO

No digo que ahí.

EL CÍCLOPE

Pues ¿en dónde?

EL CORO

Dan vueltas a tu alrededor por la izquierda.

EL CÍCLOPE

¡Ay de mí! ¡Cómo se burlan! Os reís de mis males.

EL CORO

Ya no; ahora está delante de ti.

EL CÍCLOPE

¡Oh infame! Al fin, ¿dónde estás?

ODISEO

Lejos de ti se halla Odiseo, bien defendido.

EL CÍCLOPE

¿Qué dices? ¿Cambiaste de nombre? ¿No es este nuevo?

ODISEO

Llámome Odiseo, como me puso el padre que me engendró. Justo era que expiases tus banquetes impíos; poco glorioso sería para mí haber incendiado a Troya y que no vengara en ti la muerte de mis compañeros.

EL CÍCLOPE

¡Ay, ay de mí! Cúmplese un oráculo según el cual tú habías de cegarme al volver de Troya. Pero también predijo que serías castigado vagando largo tiempo por la mar.

ODISEO

Llora tú ahora, que yo logré mi deseo. Me dirigiré a la ribera, y navegaré hacia el mar Síciulo y hacia mi patria.

EL CÍCLOPE

No será así; que este peñasco que he arrancado alcanzará y aplastara a ti y a tus compañeros de navegación. Subiré, pues, la colina, ciego y todo,

atravesando esta caverna de dos bocas.

EL CORO

Y nosotros navegaremos con Odiseo, y en adelante serviremos a Dioniso.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO TOMO

* * *

Notas

1. Malea, promontorio y cabo del Peloponeso, de navegación peligrosa, entre los golfos Lacónico y Argólico. Sicilia queda, pues, al occidente, y, por tanto, el viento Levante impulsa a los buques hacia ella.

2. Los cíclopes eran hijos del Cielo y de la Tierra, gigantes con un solo ojo en medio de la frente. Habitaban en Sicilia o Lemnos, y se les atribuye las construcciones denominadas ciclópeas, de enormes peñascos sin labrar, que se encuentran en Italia y Grecia.

3. Danza peculiar de los sátiros, de los dramas satíricos, llamadas así de su inventor Sicinnis.

4. Altea era hija de Testio, mujer de Eneo, rey de Calidón, y madre de Meleagro. En premio de su tolerancia con los amores de su esposa y de Dioniso, enseñó ese dios al marido complaciente el arte de cultivar la viña y de elaborar el vino.

5. Nisa, famoso lugar mitológico, residencia favorita de Dioniso, ya monte, ya ciudad, ya isla en Etiopía, en Arabia o en la India, y nombre también de dos ciudades, una en la India y otra en Lidia.

6. Sísifo, rey de Corinto, el condenado en los infiernos a subir a lo alto de un cerro un peñasco enorme, que al llegar a la cumbre se precipita de nuevo; tuvo relaciones amorosas con Anticlea, madre de Odiseo, y como se llamaba hijo de Laertes, de ahí su natural enfado contra Sileno.

7. Las frases indecentes de este viejo verde son tales, que su traducción es imposible. Uno de sus traductores latinos, T. Fix, dice:

8. Orión, cazador famoso qué despreció a Artemisa y fue trasladado después al cielo,

formando una constelación notable.

9. Tritón, dios marino, hijo de Poseidón y de Anfitrite, que precedía en los mares al carro de su padre, tocando en vez de trompeta un caracol.

10. Nereo, deidad marina, hijo del Océano y de Tetis, esposo de Doris y padre de las Nereidas, habitaba en el mar Egeo, y como Proteo, variaba de forma y predecía lo futuro.

11. Calipso, hija de Atlas o del Océano, que habitaba en la isla Ogigia, en donde fue visitada por Odiseo, su amante por espacio de siete años.

12. El coro, compuesto de sátiros, hijos de Sileno, acusa, sin embargo, a su padre, consecuente con el papel de juez y de personificación de la moral, o cede tan cobardemente al miedo que le infunde el Cíclope, que llega hasta a renegar de su padre.

13. Radamanto, cretense, hijo de Zeus y de Europa, uno de los jueces del infierno.

14. Escamandro, río célebre de Troya.

15. En todos estos lugares, cabos y promontorios de Ática o de Laconia, había templos o santuarios consagrados a Poseidón.

16. Es sabido que los griegos fundaron en Sicilia numerosas y florecientes ciudades griegas, aunque no en los tiempos de Odiseo y de los cíclopes. Las obras dramáticas de todos los pueblos están llenas de anacronismos de toda especie, no solo porque, como dice Horacio, *Pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas*, sino también porque la casi totalidad de sus auditores eran en esta materia tan ignorantes como los autores de las obras representadas, y además porque atribuían tanta importancia a la verdadera poesía dramática, cuanta negaban a esas pequeñeces, más fielmente guardadas por quienes más que a lo principal suelen atender a lo accesorio.

17. Alude a ciertos ruidos del vientre; pero tengamos en cuenta, sin excusar tales groserías, que El Cíclope es una obra burlesca, que la acción a que se refieren esas palabras sirve de hazmerreír constantemente a la humanidad entera, y que son solo hombres quienes habían de oírlas. En Aristófanes forman legión, y aun más sucias, esas alusiones.

18. Náyades, ninfas de los ríos y de las fuentes.

19. Cítara con que se acompañaba el canto lidio, muelle y afeminado.

20. El Ganimedes del Cíclope, copero y favorito de Zeus, como es harto sabido, es el viejo

Sileno, cuya honestidad se ve en un trance supremo.

21. Dárdano, fundador de Troya.

22. Creíase que los carios habían sido los primeros mercenarios, y por tanto, lo que dice el coro es que de sí mismo nada espera.

Notas

* * *

Sed quid Typhoeus et validus Mimas,
Aut quid minaci Porphyrion statu,
Quid Rhoetus evulsisque truncis
Enceladus, jaculator audax,
Contra sonantem Palladis aegida
Possent ruentes?

Y nuestro divino Herrera, en su oda a don Juan de Austria:

—¡Oh duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fue deshecho.

ὡς δεινὸν ἔχθρα, μῆτερ, οἰκείων φίλων,
καὶ δυσλύτους ἔχουσα τὰς διαλλαγάς.

Hanc et Pallas amat, patrio quae vertice nata
Terrarum primam Libyen... tetigit, stagnique quieta
Vultus vidit aqua, posuitque in margine plantas,

Et se dilecta Tritonida dixit ab unda.

Araque gramineo viridis de caespite fiat,
Et velet tepidos nexa corona focos.

Se ha llegado hasta el extremo de suponer que Eurípides sublimó tanto su abandono y su negligencia, que habiendo incurrido al escribirla en contradicciones tan absurdas como estúpidas, las dejó después sin corregirlas ni enmendarlas. Si se tratara de un articulo de periódico de nuestro tiempo, escrito, impreso y publicado de prisa, quizá pudiera pasar, no como regla general, sino como excepción, porque así y todo se corrigen con frecuencia no una sola vez; pero de una obra dramática del fuste de estas de Eurípides, no ya el pensarlo, el decirlo solo nos parece archimayúsculo desatino. Nadie ha escrito más a la ligera que nuestro Lope de Vega, y, sin embargo, subsiste y en manos de todos se halla el manuscrito de *El Bastardo Mudarra*, lleno de correcciones y mudanzas. Suponer ni por un instante que habiendo de escribir los trágicos griegos para un certamen público en el cual habían de encontrar temibles rivales; que sus obras habían de ser leídas y examinadas por jueces competentes; que después habían de ser revisadas y releídas por su autor, encargado de ponerlas en escena, y que el público, al fin, había de escucharlas; y que después de todo esto sea razonable sospechar siquiera tan incomprensible negligencia, se nos antoja el colmo de la credulidad.

En toda la escena entre Alcmena y Euristeo no hay contradicción alguna imputable al poeta, sino a los personajes, efecto natural de las diversas y contradictorias pasiones que los mueven, advirtiéndose que son justamente esos efectos los que debían sentir, y en esa forma contradictoria.

Alcmena, al contemplar en su presencia a Euristeo vencido y prisionero, ciega de ira, de sed de venganza y de rencor por tantos años acumulado, solo piensa en matarlo; cuando se entera de las leyes y costumbres humanas de Atenas, se contenta con matarlo sin privarlo de la sepultura; pero cuando después oye de los mismos labios de su aborrecido enemigo que desde su sepulcro perseguirá y dañará a los heráclidas, se deja arrebatar de nuevo de su ira y manda que lo maten y que echen a los perros su cadáver. Téngase en cuenta que Alcmena es de regio abolengo, y ha sido esposa de Zeus y madre de Heracles, y es abuela de los heráclidas; anciana harta de sufrir persecuciones, afrentas y males de Euristeo, y que cuanto hace, dice, siente y manda es lo más natural, humano y verdadero en su situación, antecedentes y circunstancias. Alguna cristiana en su lugar, acaso no perdonaría a sus deudores, como dice el Padrenuestro, y nunca una pagana.

... ut hocce in erectum excites,
mammasque contrectes, et obumbratum
manibus tangam hortum...

* * *

* * *

Índice

Tomo I **4**

Prólogo del traductor 5

Introducción 8

Hécuba 26

Hipólito 83

Las fenicias 146

Orestes 224

Alcestis 307

Medea 366

Notas 425

Tomo II **436**

Las troyanas 437

Heracles furioso 493

Electra 557

Ifigenia en Áulide 621

Ifigenia en Táuride 690

Helena 754

Notas 837

Tomo III **842**

Ion 843

Andrómaca 928

Las suplicantes 979
Las bacantes 1031
Los heráclidas 1089
Reso 1132
El Cíclope 1178
Notas 1215